LIBRO dot.com

EL VIZCONDE DE BRAGELONNE

TOMO II

Alejandro Dumas



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I
EL NUEVO GENERAL DE LOS JESUITAS

En tanto que La Valliére y el rey confundían en su primera declaración todas las penas pasadas, toda la dicha presente y todas las esperanzas futuras, Fouquet, de vuelta a la habitación que se le había señalado en Palacio, conversaba con Aramis sobre todo aquello que precisamente el rey olvidaba.

-Decidme ahora -preguntó Fouquet-, a qué altura estamos en el asunto de Belle-Isle, y si tenéis noticias de allá.

- Señor superintendente -contestó Aramis-, todo va por ese lado conforme a nuestro deseo; los gastos han sido pagados y nada se ha traslucido de nuestros designios.

-Pero, ¿y la guarnición que el rey quería poner allí?

-Esta mañana he sabido que llegó hace quince días.

-¿Y cómo se la ha tratado?

-¡Oh! Muy bien.

-¿Y qué se ha hecho de la antigua guarnición?

-Fue trasladada a Sarzeal, y desde allí la han enviado inmediatamente a Quimper.

-¿Y la nueva guarnición?

-Es nuestra ya.

-¿Estáis seguro de lo que decís, señor de Vannes?

-Absolutamente; y ahora veréis cómo ha pasado la cosa.

-Ya sabéis que de todos los puntos de guarnición, Belle-Isle es el peor.

-No lo ignoro, y ya está esto tenido en cuenta; ni allí hay espacio, ni comunicaciones, ni mujeres, ni juego; y es una lástima -repuso Aramis, con una de esas sonrisas que sólo á él eran peculiares- ver el ansia con que los jóvenes buscan hoy las diversiones y se inclinan hacia aquel que las paga.

-Pues procuraremos que se diviertan en Belle-Isle.

-Es que si se divierten por cuenta del rey, amarán al rey; en cambio, si se aburren por cuenta de Su Majestad y se divierten por cuenta del señor Fouquet, amarán al señor Fouquet.

-¿Y habéis avisado a mi intendente para inmediatamente que llegasen...?

-No; se les ha dejado aburrirse a su sabor durante ocho días; pero al cabo de este tiempo han reclamado, diciendo que los antecesores suyos divertíanse más que ellos. Contestóseles entonces que los antiguos oficiales habían sabido atraerse la amistad del señor Fouquet, y que éste, teniéndolos por amigos, procuró desde entonces que no se aburrieran en sus tierras. Esto les hizo reflexionar. Pero, acto continuo, añadió el intendente que, sin prejuzgar las órdenes del señor Fouquet, conocía lo suficiente a su amo para saber que se interesaba por cualquier gentilhombre que estuviese al servicio del rey, y que, a pesar de no conocer todavía a los nuevos oficiales, haría por ellos tanto como hiciera por los anteriores.

-Perfectamente. Supongo que a las promesas habrán seguido los efectos; ya sabéis que no permito que se prometa nunca en mi nombre sin cumplir.

-En seguida púsose a disposición de los oficiales nuestros dos corsarios y vuestros caballos, y se les dio la llave de la casa principal, de suerte que forman partidas de caza, y deliciosos paseos con cuantas mujeres hay en Belle-Isle. Más las que han podido reclutar en las inmediaciones y no han temido marearse.

-Y hay buena colección en Sarzeau y Vannes, ¿no es cierto?

-¡Oh! En toda la costa -respondió tranquilamente Aramis.

-¿Y para los soldados?

-Para éstos, vino, excelentes víveres y buena paga.

-Muy bien; de modo...

-Que podemos contar con la actual guarnición, más, si es posible, que con la anterior.

-Bien.

-De lo cual se deduce que, si Dios quiere que nos renueven la guarnición cada dos meses, al cabo de tres años habrá pasado por Belle--Isle, todo el ejército, y en vez de tener un regimiento a nuestra disposición, tendremos cincuenta mil hombres.

-Bien suponía yo -dijo Fouquet- que no había en el mundo un amigo más precioso e inestimable que vos, señor de Herblay; pero con todas estas cosas -repuso, riendo- nos hemos olvidado de nuestro amigo Du-Vallon. ¿Qué es de él? Declaro que en esos tres días que he pasado en Saint-Mandé todo lo he olvidado.

-¡Oh! Pues yo..., no -replicó Aramis-. Porthos se encuentra en Saint-Mandé untado en todas sus articulaciones, atestado de alimentos y con vinos a todo pasto; he dispuesto que le franqueen él paseo del pequeño parque, paseo que os habéis reservado para vos solo, y usa de él. Ya comienza a poder andar, y ejercita sus fuerzas doblando olmos jóvenes, o haciendo saltar añejas encinas, como otro Milón de Crotona. Ahora bien, como no hay . leones en el parque, es probable que le encontremos entero. Es todo un intrépido nuestro Porthos.

-Sí; pero, entretanto, va a aburrirse.

-¡Oh! No lo creáis.

-Hará preguntas.

-No, porque no ve a nadie.

-De todos modos, ¿espera alguna cosa?

-Le he dado una esperanza que realizaremos algún día, y con eso vive satisfecho.

-¿Qué esperanza?

-La de ser presentado al rey.

-¡Oh! ¿Y con qué carácter?

-Con el de ingeniero de Belle-Isle.

-Tenéis razón.

-¿Es cosa que puede hacerse?

-Sí, ciertamente. ¿Y no creéis conveniente que vuelva a Belle-Isle cuanto antes?

-Lo creo indispensable, y pienso enviarle lo más pronto posible. Porthos tiene mucha apariencia, y sólo conocemos su flaco Artagnan, Athos y yo. Porthos nunca se vende, pues está dotado de gran dignidad; en presencia de los oficiales hará el efecto de un paladín del tiempo de de las

Cruzadas. Es bien seguro que emborrachará al Estado Mayor sin emborracharse él, y será para todos objeto digno de admiración y simpatía, aparte de que, si tuviésemos que ejecutar alguna orden, Porthos es una consigna viviente, y tendremos qué pasar por lo que él diga.

-Pues enviadle.

-Ese es también mi proyecto, pero dentro de algunos días, pues habéis de saber una cosa.

-¿Qué?

-Que temo a Artagnan. Ya habréis advertido que no se encuentra en Fontainebleau, y Artagnan no es hombre que esté ausente u ocioso impunemente. Ya que he terminado mis asuntos, procuraré averiguar en qué se ocupa Artagnan.

-¿Decís que habéis terminado vuestros asuntos?

-Sí.

-En tal caso sois feliz, y por mi parte quisiera decir lo propio.

-Creo que no tengáis que temer.

-¡Hum!

-El rey os recibe perfectamente, ¿no es verdad?

-Sí.

-¿Y Colbert os deja en paz? Casi, casi.

-Así, pues -dijo Aramis-, podemos pensar en lo que os manifestaba ayer respecto de la pequeña.

-¿Qué pequeña?

-¿Ya la habéis olvidado?

-Sí.

-Respecto de La Valliére.

-¡Ah! Tenéis razón.

-¿Os repugna conquistar a esa joven?

-Por un solo motivo.

-¿Por qué?

-Porque ocupa otra mi corazón, y nada siento absolutamente hacia esa joven.

-¡Oh, oh! -exclamó Aramis-. ¿Decís que tenéis ocupado el corazón?

-Sí.

-¡Pardiez! ¡Hay que tener cuidado con eso!

-¿Por qué?

-Porque sería cosa terrible tener ocupado el corazón cuando tanto necesitáis de la cabeza.

-Es verdad. Pero ya visteis que apenas me habéis llamado he acudido. Mas, volviendo a la pequeña. ¿Qué provecho veis en que le haga la corte?

-Dicen que el rey ha concebido un capricho por esa pequeña, por lo menos según se cree.

-Y vos, que todo lo sabéis, ¿tenéis noticias de algo más?

-Sé que el rey ha cambiado casi repentinamente; que anteayer el rey era todo fuego por Madame; que hace algunos días se quejó Monsieur de ese fuego a la reina madre; y que ha habido disgustos matrimoniales y reprimendas maternales.

-¿Cómo habéis sabido todo eso?

-Lo cierto es que lo sé.

-¿Y qué?

-A consecuencia de tales disgustos y reprimendas, el rey no ha dirigido la palabra ni ha hecho el menor caso de Su Alteza Real.

-¿Y qué más?

-Después, se ha dirigido a la señorita de La Valliére. La señorita de La Valliére es camarista de Madame. ¿Sabéis lo que, en amor, se llama una pantalla?

-Lo sé.

-Pues bien: la señorita de La Valliére es la pantalla de Madame. Aprovechaos de esa posición; bien que, para vos, esa circunstancia la creo innecesaria. No obstante, el amor propio herido hará la conquista más fácil; la pequeña sabrá el secreto del rey y de Madame. Ya sabéis el partido que un hombre inteligente puede sacar de un secreto.

-Pero, ¿cómo he de abrirme paso hasta ella?

-¿Eso me preguntáis? -repuso Aramis.

-Sí, pues no tengo tiempo de ocuparme en tal cosa.

-Ella es pobre, humilde, y bastará con que le creéis una posición. Entonces, ya subyugue al rey como amante, ya llegue a ser sólo su confidente, siempre habréis ganado un nuevo adepto.

-Esta bien. ¿Y qué hemos de hacer en cuanto a esa pequeña?

-Cuando deseáis a una mujer, ¿qué hacéis, señor superintendente?

-Le escribo, hago mil protestas de amor y mis ofrecimientos correspondientes, y firmo: Fouquet.

-¿Y ninguna ha resistido hasta ahora?

-Sólo una -contestó Fouquet-; pero hace cuatro días que ha cedido como las otras.

-¿Queréis tomaros la molestia de escribir? -preguntó Aramis a Fouquet, presentándole una pluma. Fouquet la cogió.

-Dictad -le dijo-; tengo de tal modo ocupada la imaginación en otra parte,. que no acertaría a trazar dos líneas.

-Vaya, pues -dijo Aramis-; escribid.

Y dictó lo que sigue:

"Señorita: Os he visto, y no os sorprenderá que os haya encontrado hermosa.

"Pero, faltándoos una posición digna de vos, no podéis hacer otra cosa que vegetar en la Corte.

"El amor de un hombre de bien, en el caso de que tengáis alguna ambición, podría servir de ayuda a vuestro talento y a vuestras gracias.

"Pongo mi amor a vuestros pies; pero, como un amor, por humilde y prudente que sea, puede comprometer al objeto de su culto, no conviene que una persona de vuestro mérito se arriesgue a quedar comprometida sin resultado para su porvenir.

"Si os dignáis corresponder a mi cariño, os probará mi amor su reconocimiento haciéndoos libre para siempre."

Después de escribir Fouquet lo que antecede, miró a Aramis.

-Firmad -dijo éste.

-¿Es cosa necesaria?

-Vuestra firma al pie de esa carta vale un millón; sin duda lo habéis olvidado, mi amado superintendente.

Fouquet firmó.

-¿Y por quién vais a remitir esa carta? -dijo Aramis.

-Por un criado excelente.

-¿Estáis seguro de él?

-Es mi correveidile ordinario.

-Perfectamente.

-Por lo demás, ¿no es pesado el juego que llevamos por este lado?

-¿En qué sentido?

-Si es verdad lo que decís de las complacencias de la pequeña por el rey y por Madame, le dará el rey cuanto dinero desee.

-¿Conque el rey tiene dinero? -preguntó Aramis.

-¡Cáscaras! Preciso es que así sea, cuando no pide.

-¡Oh! ¡Ya pedirá, estad seguro!

-Hay más aún, y es que yo creía que me hubiera hablado de esas fiestas de Vaux.

-¿Y qué?

-Nada ha dicho de eso.

-Ya hablará.

-Muy cruel creéis al rey, amigo Herblay.

-Al rey, no.

-Es joven, y, por lo tanto, bueno.

-Es joven, y, por lo tanto, débil o apasionado; y el señor Colbert tiene en sus villanas manos su debilidad o sus vicios.

-Ya véis cómo le teméis.

-No lo niego.

-Pues estoy perdido. ¿Por qué?

-Porque mi fuerza con el rey consistía sólo en el dinero.

-¿Y qué?

-Y estoy arruinado.

-No.

-¿Cómo que no? ¿Estáis acaso mejor enterado que yo de mis asuntos?

-Quizá.

-¿Y si pide que se celebren las fiestas?

-Las daréis.

-Pero, ¿y dinero?

-¿Os ha faltado acaso alguna vez?

-¡Ah! ¡Si supierais a qué precio me he procurado el último!

-El próximo nada os costará.

-¿Y quién me lo dará?

-Yo.

-¿Vos, seis millones?

-Diez, si fuese necesario.

-En verdad, amigo Herblay -dijo Fouquet-, vuestra confianza me asusta más aún que la cólera del rey.

-¡Bah!

-Pero, ¿quién sois?

-Creo que ya me conocéis.

-Tenéis razón; ¿y qué queréis?

-Quiero en el trono de Francia un soberano que dé su entera confianza al señor Fouquet, y que el señor Fouquet me sea fiel.

-¡Oh! -murmuró Fouquet estrechándole la mano-. En cuanto a seros fiel, podéis contar siempre con ello; mas, creedme, señor de Herblay, os hacéis ilusiones.

-¿En qué?

-Jamás me dará el rey su entera confianza.

-No he afirmado que el rey os dé su entera confianza.

-Pues eso es lo que habéis dicho.

-No he dicho el rey; te dicho un soberano.

-¿Y no es igual?

-No, por cierto, que hay mucha diferencia.

-No os comprendo.

-Ahora me comprenderéis; supongamos que ese soberano fuera otra persona que Luis XIV.

-¿Otra persona?

-Sí, que todo lo deba a vos.

-Imposible.

-Hasta su trono.

-¡Oh! ¡Estáis loco! No hay más hombre que Luis XIV que pueda ocupar el trono de Francia. No veo ni uno solo.

-Pues yo, sí.

-A menos que sea Monsieur -repuso Fouquet, mirando a Aramis con ansiedad...

- Pero Monsieur...

-No es Monsieur ...

-¿Y cómo queréis que un príncipe que no sea de la sangre, que no tenga derecho alguno...?

-El rey que yo me doy, es decir, el que os daréis vos mismo, será cuanto tenga que ser, no os preocupéis.

-Cuidado, señor de Herblay, qué me hacéis estremecer. Aramis sonrió.

-Así como así, ese estremecimiento os cuesta muy poco -dijo.

-Repito que me asustáis.

Aramis volvió a sonreír.

-¿Y os reís con esa calma? -dijo Fouquet.

-Y cuando llegue el día reiréis vos como yo; pero, por ahora, debo ser sólo yo el que ría.

-No comprendo.

-Cuando llegue el día, ya me explicaré, no tengáis miedo. Ni vos sois san Pedro ni yo Jesús, y, sin embargo, os diré: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?"

-¡Diantre! Dudo..., dudo porque no veo.

-Es que entonces estáis ciego, y os trataré, no ya como a San Pedro, sino como a San Pablo, y os diré: "Llegará día en que se abrirán tus ojos."

-¡Oh! -murmuró Fouquet-. ¡Cuánto desearía creer!

-¿Y no creéis aún vos, a quien tantas veces he hecho atravesar el abismo en que os hubieseis sepultado sin remedio si hubierais caminado solo; vos, que de procurador general habéis ascendido al cargo de

intendente, del puesto de intendente al de primer ministro, y que de primer ministro pasaréis a ser mayordomo mayor de Palacio? Pero, no -añadió con su habitual sonrisa-; no, no, vos no podéis ver, y, por consiguiente, tampoco podéis creer eso.

Y Aramis se levantó para ausentarse.

-Una palabra no más -dijo Fouquet-; nunca habéis hablado así; nunca os habéis mostrado tan confiado, o mejor dicho, tan temerario.

-Porque para hablar alto es preciso tener la voz libre.

-¿De modo que vos la tenéis?

-Sí.

-Será de poco tiempo a esta parte.

-Desde ayer.

-¡Oh! Señor de Herblay, ¡pensad bien lo que hacéis, pues lleváis la seguridad hasta la audacia!

-Porque uno puede ser audaz cuando es poderoso.

-¿Y lo sois?

-Os he ofrecido diez millones, y os los ofrezco de nuevo.

Fouquet levantóse turbado.

-Veamos -dijo-; hace poco hablabais de derribar reyes y reemplazarlos por otros reyes. ¡Dios me perdone, pero, si no estoy loco, eso es lo que habéis dicho no hace mucho!

-No estáis loco, y es realmente lo que he dicho no hace mucho.

-¿Y por qué lo habéis dicho?

-Porque a uno le es dado hablar de tronos derribados y de reyes creados, cuando es superior a los reyes y a los tronos ... de este mundo.

-¡Entonces, sois omnipotente! -exclamó Fouquet.

-Ya os lo he dicho y os lo repito -contestó Aramis con ojos encendidos y labio trémulo.

Fouquet se arrojó sobre su sillón y dejó caer su cabeza entre las manos.

Aramis lo contempló por un instante como hubiera hecho el ángel de los destinos humanos con cualquier sencillo mortal.

-Adiós -le dijo-, estad tranquilo, y enviad vuestra carta a La Valliére. Mañana sin falta nos volveremos a ver, ¿no es verdad?

-Sí, mañana -dijo Fouquet moviendo la cabeza como hombre que vuelve en sí; pero, ¿dónde nos veremos?

-En el paseo del rey, si os place.

-Muy bien.

Y los dos se separaron.

II
LA TEMPESTAD

El día siguiente amaneció sombrío y nebuloso, y como todos co nocían el paseo dispuesto en el rea¡ programa, las primeras miradas de todos al abrir los ojos se dirigieron al cielo.

Sobre los árboles flotaba un vapor denso, ardiente, que apenas tenía fuerza para levantarse a treinta pies del suelo, bajo los rayos del sol que sólo podía distinguirse a través del velo de una pesada y espesa nube.

Aquel día no había rocío. Los céspedes estaban secos, las flores mustias. Los pájaros cantaban con más reserva que de costumbre entre el ramaje inmóvil, como si estuviera muerto. No se oían aquellos murmullos extraños, confusos, llenos de vida, que parecen nacer y existir por influjo del sol, ni aquella respiración de la Naturaleza, que habla sin cesar en medio de todos los demás ruidos: nunca había sido tan grande el silencio.

Aquella melancolía del cielo hirió los ojos del rey cuando se asomó a la ventana al levantarse.

Mas como hallábanse dadas las órdenes para el paseo, como estaban hechos todos los preparativos, y como, lo que era aún más perentorio e importante, contaba Luis con aquel paseo para responder a las promesas de su imaginación, y hasta podemos decir a las necesidades de su corazón, decidió el rey, sin vacilaciones, que el estado del cielo nada tenía que ver con todo aquello, que el paseo estaba resuelto, y que hiciera el tiempo que quisiese, se llevaría a cabo.

Por lo demás, hay en algunos reinados terrenales, privilegiados del cielo, horas en que se creería que la voluntad de los soberanos de la tierra tiene su influencia sobre la voluntad divina. Augusto tenía a Virgilio para decirle: Nocte placet tota redeunt spectacula mane. Luis XIV tenía a Boileau, que había de decirle otra cosa, y a Dios, que debía mostrarse casi tan complaciente con él como lo había sido Júpiter con Augusto. .

Luis oyó misa según costumbre; pero, hay que decirlo, algo distraído de la presencia del Creador por el recuerdo de la criatura. Durante el oficio divino púsose a calcular más de una vez el número de minutos, y después el de segundos que le separaba del bienhadado momento en que Madame se pondría en camino con sus camaristas.

Por lo demás, excusado es manifestar que todos en Palacio ignoraban la entrevista que se había verificado el día anterior entre La Valliére y el rey. Tal vez Montalais, con su habitual charlatanería, la hubiera revelado; pero Montalais se hallaba en esta ocasión contenida por Malicorne, quien le había cerrado los labios con -la cadena del interés común.

Respecto a Luis XIV, se contemplaba tan dichoso, que había perdonado casi enteramente a Madame su jugarreta de la víspera; y, en efecto, más motivo tenía para alegrarse que para entristecerse de ello. Sin aquella intriga, no hubiese recibido la carta de La Valliére; sin aquella carta, no hubiese habido audiencia; y sin aquella audiencia, habría permanecido el rey en la indecisión. Había demasiada dicha en su corazón para dar entrada al rencor, al menos por aquel momento.

Así fue, que, en lugar de fruncir el ceño al ver a su cuñada, se propuso mostrarle más afabilidad y benevolencia que de costumbre.

Era, sin embargo, con una condición: que estuviese lista muy pronto.

Tales eran las cosas en que pensaba Luis durante la misa, y que, digámoslo, le hacían olvidar durante el santo ejercicio aquellas en que hubiera debido pensar por su carácter de soberano cristianísimo y de hijo primogénito de la Iglesia.

Sin embargo, es Dios tan bondadoso con los errores juveniles, y todo lo que es amor, aun cuando no sea de los más legítimos, halla tan fácilmente perdón a sus miradas paternales, que al salir de la misa miró

Luis al cielo, y pudo ver por entre los claros de una nube un rincón de ese manto azul que huella el Señor con su planta.

Volvió a Palacio, y, como el paseo no debía verificarse hasta las doce, y no eran todavía más que las diez, se puso a trabajar tenazmente con Colbert y Lyonne.

Mas, como en algunos intervalos de descanso fuese Luis de la mesa a la ventana, en atención a que esa ventana daba al pabellón de Madame, pudo divisar en el patio al señor Fouquet, de quien hacían sus cortesanos más caso que nunca desde que vieran la predilección que el rey habíale mostrado el día antes, y que venía por su parte con aire bondadoso y placentero a hacer la corte al rey.

Instintivamente, al ver a Fouquet, el rey se volvió hacia Colbert. Colbert parecía estar contento y mostraba su semblante risueño y hasta gozoso. Dejóse ver ese gozo desde el momento en que, habiendo entrado uno de sus secretarios, le entregó una cartera que puso Colbert, sin abrirla, en el vasto bolsillo de sus calzas.

Pero como siempre había algo de siniestro en el fondo de la satisfacción de Colbert, optó Luis, entre las dos sonrisas, por la de Fouquet.

Hizo seña al superintendente de que subiese, y, volviéndose después hacia Lyonne y Colbert.

-Terminad -dijo- esos trabajos y ponedlos sobre mi mesa, que luego los examinaré despacio.

Y salió.

A la señal del rey, Fouquet se apresuró a subir. En cuanto a Aramis, que acompañaba al superintendente, se había replegado gravemente entre el grupo de cortesanos vulgares, confundiéndose en él sin ser visto por el rey.
El rey y Fouquet encontráronse en lo alto de la escalera.

-Señor -dijo Fouquet al observar la graciosa acogida que le preparaba Luis-, señor, hace algunos días que Vuestra Majestad me colma de bondades. No es un rey joven, sino un joven dios el que reina en Francia, el dios de los deleites, de la felicidad y del amor.

El rey se ruborizó. A pesar de lo lisonjero del cumplimiento, no por eso dejaba de envolver alguna reticencia.

El rey condujo a Fouquet a una salita que separaba su despacho del dormitorio.

-¿Sabéis por qué os llamo? -dijo el rey sentándose al lado de la ventana, de modo que no pudiese perder nada de lo que pasase en los jardines, adonde daba la segunda entrada del pabellón de Madame.

-No, Majestad; pero estoy persuadido de que será para algo bueno, según me lo indica la graciosa sonrisa de Vuestra Majestad.

-¡Ah! ¿Prejuzgáis?

-No, Majestad; miro y veo.

-Entonces, os habéis equivocado.

-¿Yo, Majestad?

-Porque os llamo, por el contrario, a fin de daros una queja.

-¿A mí, Majestad?

-Sí, y de las más serias.

-En verdad, Vuestra Majestad me hace temblar... y no obstante, espero lleno de confianza en su justicia y en su bondad.

-Tengo entendido, señor Fouquet, que preparáis una gran fiesta en Vaux.

Fouquet sonrió como hace el enfermo al primer ataque de una calentura olvidada que le vuelve.

-¿Y no me invitáis? -prosiguió el rey.

-Majestad -respondió Fouquet , no me acordaba ya de semejante fiesta, hasta que anoche, uno de mis amigos (y Fouquet acentuó noblemente esta expresión) quiso hacerme pensar en ella.

-Pero anoche os vi, y nada me dijisteis, señor Fouquet.

-¿Cómo podía suponer que Vuestra Majestad quisiese descender de las altas regiones en que vive, hasta dignarse honrar mi morada con su real presencia?

-Eso es una excusa, señor Fouquet; nunca me habéis hablado de vuestra fiesta.

-No he hablado desde luego al rey de esta fiesta, primero porque nada había resuelto aún acerca de ella, y luego porque temía una negativa.

-¿Y qué os hacía temer esa negativa, señor Fouquet? Mirad, estoy decidido a apuraros hasta lo último.

-Majestad, el ardiente deseo que tenía de ver al rey aceptar mi invitación.

-Pues bien, señor Fouquet, nada más que entendernos, ya lo veo. Vos tenéis deseos de invitarme a vuestra fiesta, y yo de ir a ella; conque invitadme e iré.

-¡Cómo! ¿Se dignaría aceptar Vuestra Majestad? -exclamó el superintendente.

-Creo que hago más que aceptar -dijo el rey riendo-, puesto que me convido a mí mismo.

-¡Vuestra Majestad me colma de honor y alegría! -exclamó Fouquet-. Y me veo en el caso de tener que repetir lo que el señor de la Vieuville decía a vuestro abuelo Enrique IV: Domine, non sum dignus.

-Mi contestación a eso es que, si dais alguna fiesta, invitado o no, asistiré a ella.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias, rey mío! -dijo Fouquet, levantando la cabeza en vista de aquel favor, que a su juicio era su ruina-. Pero, ¿cómo ha llegado a conocimiento de Vuestra Majestad?

-Por el rumor público, señor Fouquet, que refiere maravillas de vos y milagros de vuestra casa. ¿No os enorgullece, caballero, que el rey esté celoso de vos?

-Eso, Majestad, me hará el hombre más dichoso del mundo, puesto que el día en que el rey esté envidioso de Vaux tendré algo digno que ofrecer a mi rey.

-Pues bien, señor Fouquet, preparad vuestra fiesta, y abrid las puertas de vuestra morada.

-Y vos, Majestad -dijo Fouquet-, determinad el día.

-De hoy en un mes.

-¿Vuestra Majestad no tiene otra cosa que desear?

-Nada, señor superintendente, sino veros a mi lado cuanto os sea posible de aquí a entonces.

-Tengo el honor de acompañar a Vuestra Majestad en su paseo.

-Perfectamente; salgo, en efecto, señor Fouquet, y he aquí las damas que van a la cita.

El rey, al decir estas palabras, con todo el ardor no sólo de un joven, sino de un enamorado, retiróse de la ventana para tomar los guantes y el bastón, que le presentaba su ayuda de cámara.

Oíanse fuera las pisadas de los caballos y el rodar de los carruajes sobre la arena del patio.

El rey descendió. Todo el mundo se detuvo al aparecer en el pórtico. El rey se dirigió derecho a la joven reina. - En cuanto a la reina madre, siempre padeciendo con la enfermedad de que estaba atacada, no había querido salir.

María Teresa subió a la carroza con Madame, y preguntó al rey hacia qué lado deseaba se dirigiese el paseo.

El rey, que acababa de ver a La Valliére, pálida aún por los acontecimientos de la víspera, subir en una carretela con tres de sus compañeras, respondió a la reina que no tenía preferencia por ninguno y que .iría satisfecho donde se dirigiesen.

La reina mandó entonces que los batidores se dirigiesen hacia Apremont.

Los batidores marcharon inmediatamente.

El rey montó a caballo. Durante algunos minutos siguió al carruaje de la reina y de Madame, manteniéndose al lado de la portezuela.

El tiempo se había aclarado, a pesar de que una especie de velo polvoroso, semejante a una gasa sucia, se extendía sobre la superficie del cielo; el sol hacía relucir los átomos micáceos en el periplo de sus rayos.

El calor era asfixiante.

Pero, como el rey no parecía fijar su atención en el estado del cielo, nadie pareció inquietarse, y el paseo, según la orden dada por la reina, partió hacia Apremont.

El tropel de cortesanos iba alegre y ruidoso; veíase que cada cual tendía a olvidar y á hacer olvidar a los demás las agrias discusiones de la víspera.

Madame, especialmente, estaba lindísima.

En efecto, Madame veía al rey a su estribo, y como suponía que no estaría allí por la reina, esperaba que habría vuelto a caer en sus redes.

Pero, al cabo de un cuarto de legua, o poco menos, el rey, tras una grandiosa sonrisa, saludó y volvió grupas, dejando desfilar la carroza de la reina, después la de las primeras camaristas, luego todas las demás sucesivamente, que, viéndole detenerse, querían detenerse a su vez. Pero el rey, haciéndoles seña con la mano, les decía que continuasen su camino.

Cuando pasó la carroza de La Valliére, el rey se le aproximó. Saludó a las damas, y se disponía a seguir la carroza de las camaristas de la reina como había seguida a las de Madame, cuando- la hilera de carrozas se paró de pronto.

Sin duda, la reina, inquieta por el alejamiento del rey, acababa de dar orden de consumar aquella evolución.

Téngase presente que la dirección del paseo le había sido concedida.

El rey le hizo preguntar cuál era su deseo al parar los carruajes.

-El de marchar a pie -contestó ella.

Sin duda esperaba que el rey, que seguía a caballo la carroza de las camaristas, no se atrevería a seguirlas a pie.

Encontrábanse en medio del bosque.

El paseo, en efecto, se anunciaba hermoso, hermoso sobre todo para poetas o amantes.

Tres bellas alamedas largas, umbrosas y accidentadas, partían de la pequeña encrucijada en que acababan de hacer alto.

Aquellas alamedas, verdes de musgo, festoneadas de follaje, teniendo cada una un pequeño horizonte de un pie de cielo columbrado bajo el entrelazamiento de los árboles, presentaban bellísima vista.

En el fondo de aquellas alamedas pasaban y volvían a pasar, con patentes señales de temor, los cervatillos perdidos o asustados que, después de haberse parado un instante en mitad del camino y haber levantado la cabeza, huían como flechas, entrando nuevamente y de un solo salto en lo espeso de los bosques, donde desaparecían, mientras que, de vez en cuando, se distinguía un conejo filósofo, sentado sobre sus patas traseras, rascándose el hocico con las delanteras e interrogando al aire para reconocer si todas aquellas gentes que se aproximaban y venían a turbar sus meditaciones, sus comidas y sus amores, no iban seguidas por algún perro de piernas torcidas, o llevaban alguna escopeta al hombro.

Toda la cabalgata habíase apeado de las carrozas al ver bajar a la reina.

María Teresa tomó el brazo de una de sus camaristas, y, después de una oblicua mirada dirigida al rey, quien no pareció advertir que fuese en manera alguna objeto de la atención de la reina, se introdujo en el bosque por la primera senda que se abrió ante ella.

Dos batidores iban delante de Su Majestad con bastones, de que se servían para levantar las ramas o apartar las zarzas que podían embarazar el camino.

Al poner pie en tierra, Madame vio a su lado al señor de Guiche, que se inclinó ante ella y se puso a sus órdenes.

El príncipe, encantado con su baño de la víspera, había declarado que optaba por el río, y, dando licencia a Guiche, había permanecido en palacio con el caballero de Lorena y Manicamp.

No sentía ya ni sombra de celos.

Habíanlo buscado inútilmente entre la comitiva; pero, como Monsieur era un príncipe muy personal, y que pocas veces concurría a los placeres generales, su ausencia había sido un motivo de satisfacción más bien que de pesar.

Cada cual había imitado el ejemplo dado por la reina y por Madame, acomodándose a su manera según la casualidad o según su gusto.

El rey, como hemos dicho, había permanecido cerca de La Valliére, y, apeándose en el momento en que abrían la portezuela de la carroza, le había ofrecido la mano.

Inmediatamente Montalais y Tonnay-Charente habíanse alejado, la primera por cálculo, la segunda por discreción.

Únicamente que había esta diferencia entre las dos: la una se alejaba con el deseo de ser agradable al rey, y la otra con el de serle desagradable.

Durante la última media hora, el tiempo también había tomado sus disposiciones: todo aquel velo, como movido por un viento caluroso, se había reunido en Occidente; después, rechazado por una corriente contraria, avanzaba lenta, pausadamente.

Sentíase acercar la tempestad; pero, como el rey no la veía, nadie se creía con el derecho de verla.

Continuó, por tanto, el paseo; algunos espíritus inquietos levantaban, sin embargo, alguna que otra vez sus ojos hacia el cielo.

Otros, más tímidos aún, se paseaban sin apartarse de los carruajes, donde pensaban ir a buscar un abrigo, caso de tempestad.

Pero la mayor parte de la comitiva, viendo al rey entrar resueltamente en el bosque con La Valliére, le siguió.

Lo cual, advertido por el rey, tomó la mano de La Valliére y la condujo a una avenida lateral, donde nadie se atrevió a seguirlos.

III
LA LLUVIA

En aquel instante, y en la misma dirección que acababan de tomar el rey y La Valliére, iban también dos hombres, sin cuidarse poco ni mucho del estado de la atmósfera, sólo que en vez de seguir la calle de árboles, caminaban bajo los árboles.

Llevaban inclinada la cabeza, como personas que piensan en graves negocios. Ninguno de ellos había visto a Guiche ni a Madame, ni al rey y a La Valliére.

De pronto pasó por el aire algo así como una llamarada, seguido de un rugido sordo y lejano.

-¡Ah! -exclamó uno de ellos levantando la cabeza-. Ya tenemos encima la tempestad. ¿Volvemos a las carrozas, mi querido Herblay?

Aramis levantó los ojos y examinó la atmósfera.

-¡Oh! -dijo-. No hay prisa todavía.

Luego, prosiguiendo la conversación en el punto en que sin duda la había dejado:

-¿Conque decís -añadió- que la carta que escribimos anoche debe de estar a estas horas en manos de la persona a quien iba dirigida?

-Digo que la tiene ya de seguro.

-¿Por quién la habéis remitido?

-Por mi correveidile, como ya tuve el honor de decir.

-¿Y ha traído contestación?

-No le he vuelto a ver: indudablemente la pequeña estaría de servicio en el cuarto de Madame, o vistiéndose en el suyo, y le habrá hecho aguardar. En esto llegó la hora de partir y salimos, por lo cual no he podido saber lo que habrá ocurrido.

-¿Habéis visto al rey antes de marchar?

-Sí.

-¿Y qué tal se ha mostrado.?

-Bondadosísimo.... o infame, según haya sido veraz o hipócrita.

-¿Y las fiestas?

-Se verificarán dentro de un mes.

-¿Y se ha convidado él mismo?

-Con una tenacidad en que he reconocido a Colbert.

-Perfectamente.

-¿No os ha desvanecido la noche vuestras ilusiones?

-¿Acerca de qué?

-Acerca del auxilio que podéis proporcionarme en esta ocasión.

-No; he pasado la noche escribiendo, y ya están las órdenes dadas para ello.

-Tened presente que la fiesta costará algunos millones.

-Yo contribuiré con seis... Agenciaos dos o tres, por vuestra parte, para todo evento.

-Sois un hombre admirable, querido Herblay.

-Pero -preguntó Fouquet con un resto de inquietud-, ¿cómo es que manejando millones de esa manera no disteis de vuestro bolsillo a Baisemeaux los cincuenta mil francos?

-Porque entonces me hallaba tan pobre como Job.

-¿Y ahora?

-Ahora soy más rico que el rey -dijo Aramis.

-Estoy contento -dijo Fouquet-, pues me precio de conocer a los hombres y sé que sois incapaz de faltar a vuestra palabra. No quiero arrancaron vuestro secreto, y así no hablemos más de ello.

En aquel momento oyóse un sordo fragor que estalló de repente en un fuerte trueno.

-¡Oh, oh! -murmuró Fouquet-. ¿Qué os decía yo?

-Volvamos a las carrozas -dijo Aramis.

-No tendremos tiempo -dijo Fouquet-, pues comienza a llover con fuerza.

En efecto, como si el cielo se hubiera abierto, un diluvio de gruesas gotas hizo resonar casi al mismo tiempo la cima de los árboles.

-¡Oh! -dijo Aramis-. Aún tenemos tiempo de llegar a los carruajes antes de que las hojas se impregnen de. agua.

-Mejor sería -observó Fouquet- retirarnos a una gruta.

-¿Hay alguna por aquí? -preguntó Aramis.

-Conozco una a pocos pasos de aquí -dijo Fouquet con una sonrisa.

Luego, como quien procura orientarse:

-Sí -añadió-, porque aquí es.

-¡Qué dichoso sois en tener tan buena memoria! -dijo Aramis sonriéndose a su vez-; ¿pero no teméis que si vuestro cochero no nos ve regresar, crea que hayamos vuelto por otro camino y siga los carruajes de la corte?

-¡Oh! -dijo Fouquet-. No hay tal peligro; cuando dejo apostados mi cochero y mi carruaje en un sitio cualquiera, sólo una orden expresa del rey es capaz de hacerlos mover de allí; y, además, creo que no somos los únicos que nos hayamos alejado tanto, pues si no me engaño oigo pasos y ruido de voces.

Y al pronunciar estas palabras, se volvió Fouquet, separando con su bastón un espeso ramaje que le ocultaba el camino.

Aramis miró por la abertura al mismo tiempo que Fouquet.

-¡Una mujer! -exclamó Aramis.

-¡Un hombre! dijo Fouquet.

-¡La Valliére!

-¡El rey!

-¡Oh, oh! ¿Será que el rey conoce también vuestra caverna? No me extrañaría, porque me parece que está en buenas relaciones con las ninfas de Fontainebleau.

-No importa -replicó Fouquet-; de todos modos, vamos a la gruta; si no la conoce, veremos lo que hace; y si la conoce, como tiene dos aberturas, en tanto que entra el rey por una, saldremos nosotros por la otra.

-¿Está lejos? -preguntó Aramis-. Pues gotean ya las hojas.

-Vedla aquí.

Fouquet separó algunas ramas, y dejó al descubierto una excavación de roca, oculta completamente con brezos, hiedra y espesa bellotera. Fouquet mostró el camino. Aramis le siguió.

En el momento de entrar en la gruta, Aramis se volvió.

-¡Oh! -exclamó éste-. Pues entran en el bosque y se dirigen hacia este lado.

-Cedámosle entonces el puesto -dijo Fouquet sonriéndose-.; pero no creo que el rey conozca esta gruta.

-En efecto -repuso Aramis-; veo que lo que andan buscando es un árbol más espeso.

No se equivocaba Aramís, pues el rey miraba a lo alto y no en torno suyo.

Luis llevaba del brazo a La Valliére y le tenía cogida la mano con la suya.

La Valliére comenzaba a insinuarse en la hierba húmeda.

Luis miró con mayor atención en derredor de sí, y, viendo una enorme encina de espeso ramaje, llevó a La Valliére bajo aquel árbol.

La pobre muchacha miraba a su alrededor, y parecía que deseaba y temía al mismo tiempo que la siguiesen.

El rey la hizo recostar en el tronco del árbol, cuya circunferencia, protegida por las ramas, estaba tan seca como si en aquel momento no cayese la lluvia a torrentes; él mismo púsose delante de ella con la cabeza descubierta.

Al cabo de un instante, algunas gotas que filtraron por entre las ramas del árbol le cayeron al rey en la frente, sin que hiciera éste el menor caso.

-¡Oh, Majestad!-murmuró La Valliére, llevando su mano al sombrero del rey.

Mas Luis se inclinó y se negó obstinadamente a cubrirse la cabeza.

-Esta es la ocasión de ofrecer nuestro sitio -dijo Fouquet a Aramis.

-Esta es la ocasión de escuchar y no perder una palabra de lo que se digan -respondió Aramis al oído do Fouquet.

En efecto, callaron ambos y pudieron percibir la voz del rey.

-¡Ay, Dios mío! Señorita -dijo el rey-, adivino vuestra inquietud; creed que siento de corazón haberos aislado del resto de la comitiva, y, lo que es peor, para traeros a un sitio donde estáis expuesta a la lluvia. Ya os han caído algunas gotas. ¿Sentís frío?

-No, Majestad.

-Sin embargo, veo que tembláis.

-Majestad, es que temo que se interprete torcidamente mi ausencia en momentos en que estarán ya todos reunidos.

-Os propondría que volviésemos a tomar los carruajes, señorita; pero, mirad y escuchad; decidme si es posible marchar con un aguacero como éste.

En efecto, el trueno retumbaba y la lluvia caía a torrentes.

-Además -prosiguió el rey-, no hay interpretación posible en perjuicio vuestro. ¿No estáis con el rey de Francia, es decir, con el primer caballero del reino?

-Ciertamente, Majestad -respondió La Valliére-, y me hacéis en ello un honor grandísimo; por eso no es por mí por quien temo las interpretaciones.

-¿Pues por quién?

-Por vos, Majestad.

-¿Por mí, señorita? -dijo el rey sonriéndose-. No os comprendo.

-¿Ha olvidado ya Vuestra Majestad lo que pasó anoche en el cuarto de Su Alteza Real?

-¡Oh! Os suplico que olvidemos eso, o más bien permitidme que sólo lo recuerde para agradeceros una vez más vuestra carta y...

-Majestad -dijo La Valliére-, el agua penetra hasta aquí, y seguís con la cabeza descubierta.

-Os suplico que sólo nos ocupemos de vos, señorita.

-¡Oh! Yo -dijo sonriendo La Valliére- soy una provinciana habitauada a correr por las praderas del Loira y por los jardines de Blois, haga el tiempo que quiera. En cuanto a mis vestidos -añadió, mirando su pobre traje de muselina-, bien ve Vuestra Majestad que no pierdo gran cosa.

-En efecto, señorita; más de una vez he notado que casi todo lo debéis a vos misma y nada a vuestro traje. No sois coqueta, y eso es para mí una gran cualidad.

-Majestad, no me hagáis mejor de lo que soy, y decid sólo que no puedo ser coqueta.

-¿Por qué?

-Pues -dijo sonriendo La Valliére- porque no soy rica.

-¡Entonces confesáis que os gustan las cosas hermosas! -exclamó vivamente el rey.

-Majestad, sólo encuentro hermoso lo que está al alcance de mis facultades, y todo cuanto es superior a mí...

-¿Os es indiferente?

-No, lo juzgo extraño, como cosa que me está prohibida.

-Y yo, señorita -dijo el rey-, advierto que no estáis en la Corte bajo el pie en que debéis estar. Sin duda no me han hablado lo suficiente acerca de los servicios de vuestra familia, y creo que mi tío ha descuidado de un modo poco conveniente la fortuna de vuestra casa.

-¡Oh! ¡No, Majestad! Su Alteza Real, el señor duque -de Orléans, ha sido siempre muy bondadoso con mi padrastro, el señor de Saint-Remy. Los servicios han sido humildes, y podemos afirmar que hemos sido recompensados según sus obras. No todos tienen la fortuna de hallar ocasiones en que poder servir a su rey con brillo. De lo que estoy cierta es de

que, si se hubiesen presentado esas ocasiones, habría tenido mi familia el corazón tan grande como su deseo; pero no hemos tenido esa suerte.

-Pues bien, señorita, a los soberanos toca enmendar el destino, y me encargo con el mayor placer de reparar inmediatamente, con respecto a vos, los agravios de la fortuna.

-¡No, Majestad, no! -exclamó con viveza La Valliére-. Os ruego que dejéis las cosas en el estado en que se hallan.

-¡Cómo, señorita! ¿Rehusáis lo que debo, lo que quiero hacer por vos?

-Todos mis deseos están cumplidos, señor, con habérseme concedido formar parte de la servidumbre de Madame.

-Mas, si rehusáis para vos, aceptad al menos para los vuestros.

-Majestad, vuestras generosas intenciones me deslumbran y me asustan, pues al hacer por mi casa lo que vuestra bondad os impulsa a hacer, Vuestra Majestad nos creará envidiosos, y a ella enemigos. Dejadme, señor, en mi medianía; dejad a todos los sentimientos que yo pueda abrigar ¡a grata delicadeza del desinterés.

-¡Admirable es vuestro lenguaje, señorita! -exclamó el rey.

-Tiene razón -murmuró Aramis al oído de Fouquet-, pues es cosa a la que no debe estar habituado.

-Pero -replicó Fouquet-, ¿y si da igual contestación a mi billete?

-¡Bien! -dijo Aramis-. No prejuzguemos y esperemos el fin.

-Y luego, querido Herblay -añadió el superintendente dando poca fe a los sentimientos que había manifestado La Valliére-, no pocas veces es un cálculo muy hábil el echarla de desinteresado con los reyes.

-Eso es justamente lo que me decía yo a mí mismo -repuso Aramis -. Escuchemos.

El rey se acercó a La Valliére, y, como el agua filtrase cada vez más a través del ramaje de la encina, sostuvo su sombrero suspenso por encima de la cabeza de la joven.

La joven levantó sus encantadores ojos azules hacia el sombrero que la resguardaba del agua, y meneó la cabeza exhalando un suspiro.

-¡Oh Dios mío! -dijo el rey-. ¿Qué triste pensamiento puede llegar a vuestro corazón, cuando le formo un escudo con el mío?

-Majestad, voy a decíroslo. Ya había tocado esta cuestión, no fácil de discutir por una joven de mi edad; pero Vuestra Majestad me ha impuesto silencio. Vuestra Majestad no se pertenece; Vuestra Majestad es casado; todo sentimiento que alejase a Vuestra Majestad de la reina, impulsándole a ocuparse de mí, sería para la reina origen de profundo pesar.

El rey quiso interrumpir a la joven, pero ella continuó en ademán de súplica.

-La reina ama a Vuestra Majestad con un afecto fácil de comprender, y sigue con ansiedad cada uno de los pasos de Vuestra Majestad que le separan de ella. Habiendo tenido la dicha de encontrar un marido semejante, pide al Cielo con lágrimas que le conserve la posesión de él, y está celosa del menor movimiento de vuestro corazón.

El rey quiso de nuevo hablar, pero La Valliére volvió a interrumpirle.

-¿No será una acción muy culpable -le dijo- que viendo Vuestra Majestad una ternura tan intensa y tan noble, diese a la reina motivo de celos? ¡Oh! ¡Perdonadme esta palabra, Majestad! ¡Dios mío! Bien sé que es

imposible, o mejor dicho, que debería ser imposible que la reina mas grande del mundo llegara a tener celos de una pobre muchacha como yo. Pero esa reina es mujer, y su corazón, lo mismo que el de otra cualquiera, puede dar entrada a sospechas que los perversos no descuidarían de envenenar. ¡En nombre del Cielo, señor, no nos ocupéis de mí, pues no lo merezco!

-¡Ay, señorita! -exclamó el rey-. ¡Sin duda no observáis que al hablar de esa manera cambiáis mi estimación en admiración!

-Majestad, tomáis mis palabras por lo que no son; me veis mejor de lo que soy; me hacéis más grande de lo que Dios me ha hecho. Gracias por mí, Majestad; porque si no estuviera cierta de que el rey es el hombre más generoso de su reino, creería que quiere burlarse de mí.

-¡Oh! ¡Seguramente no creéis semejante cosa! -exclamó Luis.

-Majestad, me vería precisada a creerlo si el rey continuara empleando el mismo lenguaje.

-Soy entonces un príncipe bien desgraciado -dijo el rey con una tristeza en que no había la menor afectación-; el príncipe más desgraciado de la cristiandad, puesto que no puedo conseguir que mis palabras merezcan crédito a la persona que más aprecio en este mundo, y que me destroza el corazón negándose a creer en mi amor.

-¡Oh, Majestad! -dijo La Valliére, apartando dulcemente al rey, que se había acercado a ella cada vez más-. Me parece que la tempestad va cediendo, y cesa de llover.

Pero, en el momento en que la pobre niña, por huir de su corazón, indudablemente muy de acuerdo con el del rey, pronunciaba aquellas palabras, se encargaba la tempestad de desmentirla. Un relámpago azulado iluminó el bosque de un modo fantástico, y un trueno semejante a una descarga de artillería estalló sobre la cabeza de los dos jóvenes, como si la elevación de la encina que los resguardaba hubiese provocado el trueno.

La joven no pudo contener un grito de espanto.

El rey la aproximó con una mano a su corazón, y extendió la otra por encima de su cabeza como para protegerla del rayo.

Hubo un instante de silencio, en que aquel grupo, encantador como todo lo que es joven, permaneció inmóvil, mientras que Fouquet y Aramis lo contemplaban, no menos inmóviles que La Valliére y el rey.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! -exclamó La Valliére-. ¿Oís?

Y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

-Sí -dijo el rey-; ya veis como no cesa la tempestad.

-Majestad, eso es un aviso. El rey sonrió.

-Majestad, es la voz de Dios que amenaza.

-Pues bien -repuso el rey-,acepto realmente ese trueno como un aviso, y hasta como una amenaza, si de aquí a cinco minutos se renueva con la misma fuerza y con igual violencia; mas si así no sucede, permitidme creer que la tempestad es la tempestad, y no otra cosa.

Y al mismo tiempo levantó el rey la cabeza como para examinar el cielo.

Pero, como si el cielo fuese cómplice de Luis, durante los cinco minutos de silencio que siguieron a la explosión que tanto había atemorizado a los dos amantes, no se dejó oír el menor ruido, y, cuando se repitió el trueno fue ya alejándose de una manera visible, como si en aquellos cinco minutos

la 'tempestad, puesta en fuga, hubiera recorrido diez leguas, azotada por las alas del viento.

-Y ahora, Luisa -dijo el rey por lo bajo-, ¿me amenazaréis aún con la cólera celeste? Ya que habéis querido hacer del rayo un presentimiento, ¿dudaréis todavía que al menos no es un presentimiento de desgracia?

La Valliére levantó la cabeza: en aquel intervalo el agua había filtrado la bóveda de ramaje y le corría al rey por el rostro.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! -dijo La Valliére con acento de temor irresistible, que conmovió al rey hasta el extremo-. ¡Y por mí permanece el rey descubierto de ese modo y expuesto a la lluvia! . . . ¿Pues quién soy yo?

-Bien lo veis -dijo Luis-; sois la divinidad que hace huir la tempestad; la diosa que vuelve a traernos el buen tiempo.

En efecto, un rayo de sol pasaba a la sazón a través del bosque, haciendo caer como otros tantos diamantes las gotas de agua, que rodaban sobre las hojas o caían verticalmente por los intersticios del ramaje.

-Majestad -dijo la joven casi vencida, pero haciendo un último esfuerzo-; reflexionad en los sinsabores que vais a tener que sufrir por mi causa. En este momento. ¡Dios santo!, os andarán buscando por todas partes. La reina debe de estar alarmada, y Madame... ¡oh, Madame! -exclamó la joven con un sentimiento que se asemejaba al espanto.

Este nombre produjo algún efecto en el rey, el cual se estremeció y soltó a La Valliére, a quien había tenido abrazada hasta entonces.

Después se adelantó hacia el paseo para mirar, y volvió casi con ceño adonde estaba La Valliére.

-¿Madame habéis dicho? -dijo el rey.

-Sí, Madame... Madame, que está celosa también -repuso La Valliére con acento profundo.

Y sus ojos, tan tímidos, tan castamente fugitivos, atreviéronse por un momento a interrogar los ojos del rey.

-Pero -replicó Luis haciendo un esfuerzo sobre sí mismo- me parece que Madame no tiene por qué estar celosa de mí; Madame no tiene derecho alguno . . .

-¡Ay! -exclamó La Valliére.

-¡Señorita! -dijo el rey con acento casi de reconvención-. ¿Seríais vos también de las que piensan que la hermana tiene derecho a estar celosa del hermano?

-No me corresponde penetrar los secretos de Vuestra Majestad.

-¡Oh! También lo creéis como los demás -exclamó el rey.

-Creo que Madame está celosa, sí, señor -respondió firmemente La Valliére.

-¡Dios mío! -exclamó el rey con inquietud-. ¿Lo habéis echado de ver acaso en su modo de portarse con vos? ¿Os ha hecho algo que podáis atribuir a semejantes celos?

-¡De ningún modo, Majestad! ¡Soy yo tan poca cosa!

-¡Oh! Es que si así fuese... -exclamó Luis con singular energía.

-Majestad -interrumpió La Valliére-, ya no llueve, y creo que alguien se acerca.

Y, olvidando toda etiqueta, se apoyó en el brazo del rey.

-Bien, señorita -replicó Luis-; dejemos que vengan. ¿Quién osaría llevar a mal que haya hecho compañía a la señorita de La Valliére?

-¡Por favor, Majestad! Van a extrañar que os hayáis mojado de ese modo, que os hayáis sacrificado por mí.

-No he hecho más que cumplir con mi deber de caballero -contestó el rey-; y ¡ay de aquel que no cumpla con el suyo y critique la conducta de su rey!

En efecto, en aquel momento veíanse asomar por el paseo algunas cabezas, solícitas, curiosas, como si buscaran algo, y que, habiendo divisado al rey y a la joven, parecieron haber hallado lo que buscaban.

Eran los enviados de la reina y de Madame, los cuales se quitaron el sombrero en señal de haber visto a Su Majestad.

Pero Luis, a pesar de la confusión de La Valliére, no dejó por eso su actitud respetuosa y tierna.

En seguida, después que todos los cortesanos estuvieron reunidos en la avenida, cuando todo el mundo pudo ver la muestra de deferencia que había dado a la joven permaneciendo de pie y con la cabeza descubierta delante de ella durante la tempestad, le ofreció el brazo, la llevó hacia el grupo que esperaba, respondió con la cabeza a los saludos que cada cual le hacía, y, sin dejar el sombrero de la mano, la condujo hasta su carroza.

Y, como la lluvia continuara todavía, último adiós de la tempestad que se alejaba, las demás damas, que por respeto no habían subido a su carruaje antes que -el rey, recibían sin capa ni capotillo aquella lluvia de la que el rey resguardaba con su sombrero, en lo que era posible, a la más humilde de entre ellas.

La reina y Madame debieron ver, como las otras, aquella exagerada cortesanía del rey; Madame perdió la continencia hasta el punto de dar con el codo a la joven reina, diciéndole:

-¡Pero mirad, mirad!

La reina cerró los ojos como si hubiese sentido un vértigo; se llevó la mano al rostro, y subió a la carroza.

Madame subió detrás de ella. El rey montó a caballo, y, sin inclinarse con preferencia a ninguna portezuela, volvió a Fontainebleau, con las riendas sobre el cuello de su caballo, pensativo y todo absorto.

Cuando la multitud estuvo alejada, cuando oyeron que iba extinguiéndose el ruido de caballos y carruajes, cuando se hubieron asegurado de que nadie podía verlos, Aramis y Fouquet salieron de su gruta.

Luego, en silencio, pasaron a la avenida.

Aramis echó una mirada, no sólo en toda la extensión, que tenía detrás y delante de sí, sino en la espesura del bosque.

-Señor Fouquet -dijo, cuando se hubo asegurado de que todo estaba solitario-, es preciso a toda costa hacernos con la carta que habéis escrito a La Valliére.

-Será cosa fácil -repuso Fouquet- si mi sirviente no la ha entregado.

-Es preciso; en cualquier caso, que sea cosa posible, ¿entendéis?

-Sí; el rey ama a esa joven; ¿no es cierto?

-Mucho; y lo peor es que ella ama al rey con pasión.

-Lo cual quiere decir que mudamos de táctica, ¿no es verdad?

-Sin duda alguna; no tenéis tiempo que perder. Es preciso que veáis a La Valliére, y que, sin pensar más en haceros amante suyo, lo que es imposible, os declaréis su más celoso amigo y su más humilde servidor.

-Así lo haré -contestó Fouquet-, y sin repugnancia; esa muchacha me parece plena de corazón.

-O de astucia -lijo Aramis-; pero, en ese caso, razón de más. Y añadió, tras una breve pausa: -O mucho me engaño, o esa jovencita será la gran pasión del rey. Subamos al carruaje, y a galope tendido a Palacio.

IV
TOBIAS

Dos horas después de haber partido el carruaje del superintendente por orden de Aramis, conduciendo a ambos hacia Fontainebleau con la rapidez de las nubes que corrían en el cielo bajo el último soplo de la tempestad, estaba La Valliére en su cuarto con un sencillo peinador de muselina, terminando su almuerzo junto a una mesita de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró un ayuda de cámara a avisar que el señor Fouquet pedía permiso para ofrecerle sus respetos.

La Valliére se hizo repetir dos veces el recado; la pobre niña no conocía al señor Fouquet más que de nombre, y no acertaba a adivinar qué podía tener ella de común con un superintendente de Hacienda.

No obstante, como éste podía venir de parte del rey, y, en vista de la conversación que hemos referido, la cosa era muy posible, echó una ojeada al espejo, prolongó algo más todavía los largos bucles de sus cabellos, y ordenó que se le hiciese entrar.

No obstante, La Valliére no podía menos de experimentar cierta turbación. La visita del superintendente no era un suceso vulgar en la vida de una dama de la corte. Fouquet, tan célebre por su generosidad, su galantería y su delicadeza con las mujeres, había recibido más invitaciones que pedido audiencias.

En no pocas casas la presencia del superintendente había significado fortuna. En no pocos corazones había significado amor.

Fouquet entró respetuosamente en el cuarto de La Valliére, presentándose con aquella gracia que era el carácter distintivo de los hombres eminentes del siglo, y que hoy no se comprende ni aun en los retratos de la época, donde el pintor trató de hacerlos vivir.

La Valliére correspondió al respetuoso saludo de Fouquet con una reverencia de colegiala, y le indicó una silla.

-No me sentaré, señorita -dijo-, hasta tanto que me hayáis perdonado.

-¿Yo? -preguntó La Valliére.

-Sí, vos.

-¿Y qué os he de perdonar, Dios mío?

Fouquet fijó una mirada penetrante en la joven, y no creyó ver en su rostro más que ingenua extrañeza.

-Veo, señorita -dijo-, que tenéis tanta generosidad como talento, y leo en vuestros ojos el perdón que solicitaba. Pero no me basta el perdón de los

labios, os lo prevengo, porque necesito sobre todo el perdón del corazón y del alma.

-A fe mía, señor -dijo La Valliére-, os juro que no os comprendo.

-Esa es aún mayor delicadeza -replicó Fouquet-, y veo que no queréis que tenga que avergonzarme en vuestra presencia.

-¡Avergonzaros en mi presencia! Pero, por favor, caballero, ¿de qué os tenéis que avergonzar?

-¿Sería tal mi suerte -exclamó Fouquet- que mi modo de proceder no os haya ofendido?

La Valliére se encogió de hombros.

-Veo, caballero -replicó-, que estáis hablando en enigmas, y soy, a lo que parece, demasiado ignorante para comprenderos.

-Sea -dijo Fouquet-; no insistiré más. Decidme únicamente que puedo contar con vuestro perdón, y quedaré tranquilo.

-Señor -dijo La Valliére con cierto asomo de impaciencia-, no puedo daros más que una respuesta, y espero que os deje satisfecho. Si supiese la ofensa que decís haberme hecho, os la perdonaría; con mucha más razón lo haré no conociéndola...

Fouquet mordióse los labios, como lo habría hecho Aramis.

-Entonces -dijo-, puedo esperar que, a pesar de lo ocurrido, quedaremos en buena inteligencia, y me haréis el favor de creer en mi respetuosa amistad.

La Valliére creyó que principiaba ya a comprender.

"¡Oh! dijo para sí-. No hubiera creído al señor Fouquet tan solícito en buscar la fuente de un favor tan reciente."

Y luego; en alta voz:

-¿Vuestra amistad, señor? -dijo-. Creo que en el ofrecimiento que me hacéis de vuestra amistad sea para mí todo el honor.

-Conozco, señorita -repuso Fouquet-, que la amistad del amo puede parecer más brillante y deseable que la del servidor; pero os garantizo que esta última será por lo menos tan fiel y desinteresada como la que más.

La Valliére se inclinó; había, en efecto, mucha convicción y rendimiento en la voz del superintendente.

Así fue que le alargó la mano.

-Os creo -dijo.

Fouquet tomó la mano que le alargaba la joven.

-Entonces -añadió-, ¿no tendréis inconveniente en devolverme esa desdichada carta?

-¿Cuál? -preguntó La Valliére. Fouquet volvió a examinarla, como había hecho antes, con toda la penetración de su mirada.

Igual ingenuidad de fisonomía, igual candor de semblante.

-Ea, señorita -dijo después de aquella negativa-, me veo obligado a confesar que vuestro proceder es el más delicado del mundo, y no me tendría por hombre honrado si temiera algo de una joven tan generosa como vos.

-En verdad, señor Fouquet -respondió La Valliére, con profundo sentimiento me veo precisada a repetiros que no acierto a comprender vuestras palabras.

-Pero, en fin, señorita, ¿no habéis recibido ninguna carta mía?

-Ninguna, os lo aseguro -respondió con firmeza La Valliére.

-Bien, eso me basta; y ahora, señorita, permitidme que os renueve la seguridad de todo mi aprecio y respeto.

E, inclinándose, se retiró para ir a reunirse con Aramis, que le aguardaba en su casa, dejando a La Valliére con la duda de si se habría vuelto loco el superintendente.

-¿Qué tal? -preguntó Aramis, que esperaba a Fouquet con impaciencia-. ¿Habéis quedado satisfecho de da favorita?

-Encantado -respondió Fouquet-: es mujer de talento y de corazón.

-¿No se ha encontrado resentida?

-Lejos de eso, ni aun ha dado a entender que comprendiese.

-¿Que comprendiese qué?

-Que yo le hubiese escrito.

-Con todo, por fuerza habrá debido comprenderos para devolveros la epístola, porque supongo que os la habrá devuelto.

-¡Ni pensarlo!

-Por lo menos os habréis asegurado de que la ha quemado.

-Mi querido señor de Herblay, hace una hora ya que estoy hablando a medias palabras, y por divertido que sea ese juego, comienza a cansarme. Oídme bien: la pequeña ha fingido no comprender lo que decía, y ha negado que haya recibido carta alguna; por consiguiente, es claro que no ha podido ni devolvérmela ni quemarla.

-¡Oh, oh! -dijo Aramis con inquietud-. ¿Qué me decís?

-Digo que ha jurado formalmente no haber recibido carta alguna.

-Pues no lo comprendo... ¿Y no habéis insistido?

-He insistido hasta la impertinencia.

-¿Y ha negado siempre?

-Siempre.

-¿Y no se ha desmentido ni una sola vez?

-No.

-¿Entonces, querido, le habéis dejado nuestra carta en sus manos?

-No ha habido otro remedio.

-Pues es una gran falta.

-¿Y qué diantres habríais hecho en mi lugar?

-Verdaderamente, no se le podía obligar, pero es cosa que me inquieta: semejante carta no puede quedar en sus manos.

-¡Oh! Esa joven es generosa.

-Si lo fuese os habría devuelto la carta.

-Os aseguro que es generosa; he leído en sus ojos, y me precio de tener algún conocimiento en eso.

-Entonces, la creéis de buena fe.

-Con todo mi corazón.

-Pues yo entiendo que estamos en un error.

-¿Cómo en un error?

-Creo que, efectivamente, como ella os ha dicho, no ha recibido ninguna carta.

-¡Cómo! ¿Ninguna carta?

-Lo que digo.

-Supondríais...

-Supongo que, por algún motivo que ignoramos, vuestro hombre no ha entregado la carta.

Fouquet dio un golpe en el timbre.

Un sirviente se presentó.

-Que venga Tobías -dijo.

Un momento después entraba un hombre de mirar inquieto, labios delgados, brazos cortos y cargado de espaldas.

Aramis clavó en él su mirada penetrante.

-¿Me permitís que le interrogue yo mismo? -preguntó Aramis.

-Hacedlo -dijo Fouquet.

Aramis hizo un ademán para dirigir la palabra al lacayo, pero se detuvo.

-No -dijo-, porque vería que dábamos demasiada importancia a sus respuestas; interrogadle vos; entretanto haré yo como que escribo.

Aramis se sentó en efecto a una mesa, con la espalda vuelta al lacayo, cuyos gestos y miradas examinaba en un espejo paralelo.

-Ven aquí, Tobías -dijo Fouquet.

El lacayo acercóse con paso bastante seguro.

-¿Cómo has desempeñado mi comisión? -le preguntó Fouquet.

-Como siempre, monseñor -replicó Tobías.

-Vamos a ver.

-Penetré en el aposento de la señorita de La Valliére, que estaba en misa, y puse el billete encima de su tocador. ¿No es eso lo que me encargasteis?

-Sí; ¿y no ha habido más?

-Nada más, monseñor.

-¿No había nadie allí?

-Absolutamente nadie.

-¿Te ocultaste como te encargué?

-Sí.

-¿Volvió ella?

-Diez minutos después.

-¿Y nadie pudo coger la carta?

-Nadie, porque nadie entró.

-De fuera, bien, pero, ¿y del interior?

-Desde el lugar en que estaba escondido podía ver hasta el fondo de la cámara.

-Escucha -dijo Fouquet, mirando fijamente al lacayo-. Si esa carta ha ido casualmente a otro destino, confiésalo; porque, sí se ha cometido algún error, lo pagarás con tu cabeza.

Tobías se estremeció, pero se recobró al punto.

-Monseñor -dijo-, he puesto la carta en el sitio que he dicho, y no pido más que media hora para probaron que la carta se halla en poder de la señorita de La Valliére, o para traeros la carta misma.

Aramis observaba con gran atención al lacayo.

Fouquet no desconfiaba de él, pues aquel hombre le había servido bien por espacio de veinte años.

-Anda -dijo-; está bien; mas tráeme la prueba de lo que dices. El lacayo salió.

-Veamos, ¿qué pensáis? -preguntó Fouquet a Aramis.

-Pienso que es preciso, por un medio u otro, averiguar la verdad. La carta habrá llegado o no a poder de La Valliére; en el primer caso, es necesario que La Valliére os la devuelva, o que os dé la satisfacción de quemarla en vuestra presencia; en el segundo, es necesario recobrar la carta, aunque tengamos que gastar para ello un millón. ¿No es ése vuestro parecer?

-Sí; pero, a decir verdad, querido obispo, creo que exageráis la situación.

-¡Qué ciego sois! -murmuró Aramis.

-La Valliére, a quien tomamos por una política consumada, no es más que una coqueta que aguarda que yo le haga la corte, porque he principiado a hacérsela, y que habiéndose asegurado ya del amor del rey, querrá tenerme sujeto con la carta. Nada encuentro en eso de particular.

Aramis movió la cabeza.

-¿No es ésa vuestra opinión? -preguntó Fouquet.

-Esa mujer no es coqueta -dijo Aramis.

-Permitidme deciros...

-¡Oh! Conozco a las mujeres coquetas -dijo Aramis.

-¡Amigo mío, amigo mío!

-¿Queréis decir que ha transcurrido mucho tiempo desde que hice mis estudios? No importa; las mujeres no varían.

-Sí; pero los hombres cambian, y hoy día sois más suspicaz que en otro tiempo.

Luego, echándose a reír:

-Vamos a ver -dijo-; si La Valliére quiere darme una tercera parte de su amor, y al rey las otras dos terceras partes, ¿no encontraréis aceptable la condición?

Aramis se levantó con impaciencia.

-La Valliére -dijo- ni ha amado ni amará a nadie más que al rey.

-Pero, en último resultado -dijo Fouquet-, ¿qué haríais vos?

-Preguntadme mejor qué hubiera hecho.

-Bien, ¿y qué habríais hecho.

-En primer lugar, no hubiese dejado salir a ese hombre.

-¿A Tobías?

-¡Sí, a Tobías, que es un traidor!

-¡Oh!

-¡Estoy seguro! No le hubiera dejado salir sin que me hubiese dicho la verdad.

-Aún es tiempo.

-¿De veras?

-Llamémosle, e interrogadle vos mismo.

-¡Corriente!

-Pero os aseguro que será inútil. Lo tengo hace veinte años, y jamás ha incurrido en torpeza alguna, lo cual -añadió riendo Fouquet- no hubiera tenido nada de extraño.

-Llamadle, sin embargo. Creo haber visto esta mañana esa cara muy en conversación con uno de los hombres del señor Colbert.

-¿Dónde?

-Delante de las caballerizas.

-¡Bah! Todos mis sirvientes están a matar con los de ese pedante.

- Digo que le he visto, y su rostro, que me debía ser desconocido cuando entró hace poco, me ha chocado de un modo desagradable.

-¿Por qué no despegasteis los labios mientras permaneció aquí?

-Porque en este momento es cuando veo claro en mis recuerdos.

-¡Oh! -dijo Fouquet-. Empezáis a asustarme.

Y dio un golpe en el timbre.

-Quiera el Cielo que no sea tarde -dijo Aramis.

Fouquet llamó otra vez. El ayuda de cámara ordinario se presentó.

-Pronto, que venga Tobías -ordenó Fouquet.

El ayuda de cámara volvió a cerrar la puerta.

-Supongo que me dais carta blanca, ¿no?

-Entera.

-¿Puedo usar todos los medios para averiguar la verdad?

-Sí.

-¿Hasta la intimidación?

-Os constituyo procurador general en mi lugar.

Esperaros diez minutos, pero inútilmente.

Fouquet, impaciente, llamó de nuevo en el timbre.

-¡Tobías! -gritó.

-Monseñor -dijo el criado-, le están buscando.

-No debe estar lejos, pues no le he encargado ningún mensaje.

-Voy a ver, monseñor.

Y el ayuda de cámara cerró la puerta.

Entretanto se paseaba Aramis impaciente, pero en silencio, por el gabinete.

Pasaron diez minutos más. Fouquet volvió a llamar de manera capaz de despertar a toda una necrópolis.

El criado volvió bastante trémulo para hacer sospechar alguna mala noticia.

-Monseñor debe de padecer alguna equivocación -dijo antes de que Fouquet le preguntase-; por fuerza ha dado monseñor alguna comisión a Tobías, pues ha ido a las caballerizas, y ha ensillado por sí mismo el mejor corredor de monseñor.

-¿Y qué?

-Ha partido.

-¡Se. fue! -exclamó Fouquet-. ¡Que corran tras él y me lo traigan!

-¡Bah, bah! -dijo Aramis cogiéndole de la mano-. Un poco de calma, ya que el mal está hecho.

-¿Cómo que está hecho el mal?

- Yo estaba cierto de ello. Ahora procuraremos evitar la alarma; calculemos el resultado del golpe, y veamos de remediarlo, si es posible.

-De todos modos-replicó Fouquet-, no creo el mal tan grave.

-¿Os parece así? -dijo Aramis.

-Sin duda. Es muy natural que un hombre escriba un billete amoroso a una mujer.

-Un hombre, sí; un súbdito, no; especialmente cuando esa mujer es la que ama el rey.

-Es que, amigo mío, el rey no amaba a La Valliére hace ocho días; no la amaba ayer, y la carta es de ayer. Era difícil que adivinara yo el amor del rey cuando no existía ese amor.

-Está bien -replicó Aramis-, pero, por desgracia, la carta no estaba fechada. Eso es lo que me atormenta, sobre todo. ¡Ah! Si llevara fecha de ayer, no tendría el menor asomo de inquietud por vos. Fouquet se encogió de hombros.

-¿Estoy por ventura en tutela -repuso-, hasta el punto de que el rey sea rey de mi cerebro y de mi carne?

-Tenéis razón -dijo Aramis-; no demos a las cosas más importancia de la que conviene; además... si nos vemos amenazados, medios tenemos de defensa.

-¡Amenazados! -exclamó Fouquet-. Supongo que no contaréis esa picadura de hormiga en el número de las amenazas que puedan comprometer mi fortuna y mi vida, ¿no es eso?

-Cuidado, señor Fouquet, que la picadura de una hormiga puede matar a un gigante, si la hormiga es venenosa.

-Pero esa omnipotencia de que habláis, ¿desapareció ya?

-No; soy omnipotente, pero no inmortal.

-Veamos; lo que más urge por ahora es encontrar a Tobías. ¿No opináis lo mismo?

-¡Oh! Fin cuanto a eso, no le hallaréis -dijo Aramis-; y si lo consideráis necesario, dadlo por perdido.

-Mas en alguna parte estará -dijo Fouquet.

-Tenéis razón; dejadme obrar -respondió Aramis.

V
LAS CUATRO PROBABILIDADES DE MADAME

Ana de Austria había suplicado a la reina que fuese a verla. Enferma hacía algún tiempo, y cayendo desde lo alto de su hermosura y de su juventud con aquella rapidez de descenso que marca la decadencia de las mujeres que han luchado mucho, la reina Ana veía unirse al padecimiento físico el dolor de no figurar ya sino como recuerdo vivo en medio de los jóvenes ingenios y potentados de su corte. Las advertencias de su médico y las de su espejo la desconsolaban mucho menos que los avisos inexorables de la sociedad de los cortesanos, que, semejantes a las ratas de los barcos, abandonan la cala donde va a penetrar el agua a causa de las averías del tiempo.

Ana de Austria no se hallaba satisfecha con las horas que le consagraba su primogénito.

El rey, buen hijo, pero con más afectación que cariño, dedicaba en un principio a su madre una hora por la mañana y otra por la noche; pero, desde que se encargó de los. asuntos del Estado, las visitas de la mañana y de la noche se redujeron sólo a media hora, y poco a poco quedó suprimida la de la mañana.

Veíanse en misa, y hasta la visita nocturna era a veces reemplazada por una entrevista, bien en el aposento del rey en tertulia, o bien en el de Madame, adonde corría gustosa la reina por miramiento a sus dos hijos.

De ahí nacía el inmenso ascendiente de Madame sobre la Corte, que hacía de su sala la verdadera tertulia real.

Ana de Austria lo comprendió. Viéndose enferma y condenada por sus padecimientos a hacer una vida retirada, se desconsoló al prever que la mayor parte de sus días y sus noches transcurrirían solitarios, inútiles, desesperados.

Recordaba con terror el aislamiento en que la tenía en otro tiempo el cardenal Richelieu; noches fatales e insoportables, en las cuales le quedaba, no obstante, todavía el consuelo de la juventud y de la belleza, que van siempre acompañadas de la esperanza.

Entonces formó el proyecto de trasladar la Corte a su habitación y de atraer a Madame con su brillante escolta a la morada, triste ya y sombría, donde la que era viuda y madre de un rey de Francia se veía reducida a consolar de su viudez anticipada a la esposa, siempre llorosa, de un rey de Francia.

Ana reflexionó.

Mucho había intrigado durante su vida. En los buenos tiempos, cuando su juvenil cabeza concebía proyectos siempre felices, tenía a su lado, para estimular su ambición y su amor, una amiga más ardiente y ambiciosa que ella misma, una amiga que la había amado, cosa rara en la Corte, y que, por mezquinas consideraciones, habían alejado de ella.

Mas después de tantos años, si se exceptúan a las señoras de Motteville y la Molena, nodriza española, confidente suya por el doble carácter de compatriota y de mujer, ¿quién podía lisonjearse de haber dado un excelente consejo a la reina?

¿Quién, asimismo, entre aquellas cabezas juveniles, podría recordarle el pasado, por el cual vivía solamente?

Ana de Austria acordóse de la señorita de Chevreuse, desterrada primero, más bien por su voluntad que por la voluntad del rey, y muerta después en el destierro siendo mujer de un obscuro hidalgo.

Se preguntó lo que en tal caso le habría aconsejado la señora de Chevreuse en otro tiempo, cuando estaban metidas en sus intrigas comunes; y, después de una seria meditación, le pareció que aquella mujer astuta, llena de experiencia y sagacidad, le respondía con su tono irónico:

-Toda esa juventud es pobre y ambiciosa. Necesita oro y rentas para alimentar sus placeres: sujetadla por medio del interés.

Ana de Austria adoptó ese plan. Su bolsa estaba bien provista; disponía de una suma considerable que Mazarino había reunido para ella y colocado en sitio seguro. Poseía, además, las más hermosas pedrerías de Francia, especialmente unas perlas de tal magnitud, que hacían suspirar al rey cada vez que las veía, porque las perlas de su corona no eran más que granos de mijo al lado de las otras.

Ana de Austria no tenía ya belleza ni encantos de que poder disponer. Se hizo rica y presentó como cebo a los que viniesen a hacerle la corte, ya buenos escudos que poder ganar en el juego, ya buenos regalos hábilmente hechos los días de buen humor, así como algunas concesiones de rentas

que solicitase del rey, y que se había decidido a hacer para sostener su crédito.

Desde luego ensayó este medio con Madame, cuya posesión era la que más tenía en estima de todas.

Madame, no obstante la intrépida confianza de su carácter y de su juventud, se dejó llevar por completo, y, enriquecida paulatinamente con donativos y cesiones, fue tomando gusto a aquellas herencias anticipadas.

Ana de Austria empleó igual medio con Monsieur y con el rey mismo, y estableció loterías en su habitación.

El día de que hablamos se trataba de una reunión en el cuarto de la reina madre, y esta princesa rifaba dos brazaletes de hermosísimos brillantes y de un trabajo delicado.

Los medallones eran unos camafeos antiguos del mayor valor. Considerados como renta, no representaban los diamantes una cantidad considerable, pero la originalidad y rareza de aquel trabajo eran tales, que se deseaba en la Corte, no sólo poseer, sino ver aquellos brazaletes en los brazos de la reina, y los días en que los llevaba puestos considerábase como un favor el ser admitido a admirarlos besándole las manos.

Hasta los cortesanos habían dado rienda suelta a su imaginación para establecer el aforismo de que los brazaletes no habrían tenido precio si no les hubiera cabido la desgracia de hallarse en contacto con unos brazos como los de la reina.

Este cumplimiento había tenido el honor de ser traducido a todos los idiomas de Europa, y circulaban sobre el particular más de mil dísticos latinos y franceses.

El día en que Ana de Austria se decidió por la rifa, era un día decisivo: hacía dos días que el rey no iba al cuarto de su madre.

Madame estaba de mal humor desde la célebre escena de las dríadas y de las náyades.

El rey no estaba enojado, pero una distracción poderosísima le tenía completamente apartado del torbellino y de las diversiones de la Corte.

Ana de Austria llamó la atención de la concurrencia anunciando su proyectada rifa para la noche siguiente.

Al efecto, quiso ver a la reina joven, a quien, como hemos dicho, había pedido una entrevista por la mañana.

-Hija mía -le dijo-, tengo que anunciaros una buena nueva. El rey me ha dicho de vos las cosas más afectuosas. El rey es joven y fácil de distraer; pero, en tanto que permanezcáis a mi lado, no se atreverá a separarse de vos, a quien por otra parte profesa el más vivo cariño. Esta noche hay rifa en mi habitación. ¿Vendréis?

-Me han dicho -repuso la reina con cierto asomo de tímida reconvención- que Vuestra Majestad iba a rifar sus valiosos brazaletes, cuyo mérito es tal, que no hubiéramos debido consentir que saliesen del guardajoyas de la Corona, aun cuando no fuese más que porque os han pertenecido.

-Hija mía -dijo entonces Ana de Austria conociendo todo el pensamiento de su nuera y procurando consolarla de no haberle hecho aquel regalo-, era preciso atraer para siempre a mi tertulia a Madame.

-¿A Madame? -murmuró ruborizándose la reina.

-Sí, por cierto: ¿no os parece mejor tener en vuestro cuarto a una rival para vigilarla y dominarla, que saber que el rey está siempre en su cuarto dispuesto a galantearla y a dejarse galantear? Esa rifa es el cebo de que me valgo para ello. ¿Me lo censuráis todavía?

-¡Oh, no! -murmuró María Teresa dando una mano con otra, con ese impulso propio de la alegría española.

-¿Ni sentiréis ya tampoco, querida mía, que no os haya dado esos brazaletes, como era mi intención?

-¡Oh! ¡No, no, querida madre! ...

-Pues bien, hija mía, tratad de poneros guapa, y que sea brillante nuestra tertulia: cuanta más alegría manifestéis, pareceréis más encantadora y eclipsaréis a todas las damas en esplendor y dignidad.

María Teresa se retiró entusiasmada.

Una hora más tarde recibía Ana de Austria a Madame, y, llenándola de caricias:

-¡Buenas noticias! -le dijo-. Al rey le ha agradado sobremanera la idea de mi rifa.

-Pues a mí no tanto, señora -repuso Madame-; ver unos brazaletes tan hermosos como ésos en otros brazos que los vuestros o los míos, es cosa a que no me puedo acostumbrar.

-¡Vaya! -dijo Ana de Austria ocultando bajo una sonrisa un agudo dolor que le acometió en aquel momento-. No toméis las cosas tan a pechos, ni vayáis a mirarlas por el lado peor.

-Señora, la suerte es loca, y según me ha dicho, habéis puesto doscientos billetes.

-Así es; pero no ignoráis que sólo ha de haber un ganancioso.

-Indudablemente. Pero, ¿quién será?... ¿Podéis decírmelo? -preguntó desesperada Madame.

-Ahora me recordáis que he tenido un sueño esta noche... ¡Oh! ¡Mis sueños son buenos!... ¡Duermo tan poco!

-¿Qué sueño?... ¿Estáis mala?

-No -dijo la reina ahogando con una constancia admirable el tormento de otra punzada en el seno-. He soñado que le tocaban los brazaletes al rey.

-¿Al rey?

-Vais a preguntarme qué es lo que el rey puede hacer con los brazaletes, ¿no es cierto?

-Así es.

-Y pensáis que sería una fortuna que el rey obtuviese los brazaletes..., porque entonces se vería obligado a regalarlos a alguien.

-A vos, por ejemplo.

-En cuyo caso los regalaré yo a mi vez, porque no iréis a suponer -dijo riendo la reina- que ponga esos brazaletes en rifa por gusto de ganar, y sí sólo por regalarlos sin causar envidias. Pero si la suerte no quisiera sacarme del apuro, entonces corregiré a la suerte, y ya tengo pensado a quién he de ofrecer los brazaletes.

Estas palabras fueron pronunciadas con una sonrisa tan expresiva, que Madame debió corresponder a ella con un beso en señal de gracias.

-Pero -repuso Ana de Austria-, ¿no sabéis tan bien como yo que si el rey obtuviese los brazaletes no me los devolvería?

-Entonces se los daría a la reina. No, por la misma razón que tiene para no devolvérmelos a mí, pues si hubiese querido dárselos a la reina, no tenía necesidad de valerme de él para hacerlo.

Madame lanzó una mirada oblicua a los brazaletes, que resplandecían en su estuche sobre una consola inmediata.

-¡Qué hermosos son! Pero olvidamos -añadió- que el sueño de Vuestra Majestad no es más que un sueño.

-Mucho extrañaría -replicó Ana de Austria- que mi sueño me engañase, porque rara vez me ha sucedido.

-Entonces, podéis ser profeta.

-Ya os he dicho, hija mía, que casi nunca sueño; ¡pero es una coincidencia tan rara la de ese sueño con mis ideas! ¡Se ajusta tan perfectamente a mis combinaciones!

-¿Qué combinaciones?

-Por ejemplo, la de que los brazaletes fuesen para vos.

-Entonces no le tocarán al rey.

-¡Oh! -dijo Ana de Austria-. No hay tanta distancia del corazón de Su Majestad al vuestro ... a vos, que sois su hermana amada ... No hay tanta distancia, repito, que pueda decirse que el sueño sea engañoso. Examinad y pensad bien las probabilidades que tenéis a vuestro favor.

-Veamos.

-En primer lugar, la del sueño. Si el rey gana, de seguro son para vos los brazaletes.

-Admito esa probabilidad.

-Si la suerte os es propicia, entonces no hay que dudar que son vuestros ...

-Naturalmente; también es admisible.

-Luego si la suerte se decide por Monsieur. . .

-¡Oh! -exclamó Madame prorrumpiendo en una carcajada-. Se los daría al caballero de Lorena.

Ana de Austria se echó a reír como su nuera, es decir, de tan buena gana, que le repitió el dolor y se puso lívida en medio de aquel acceso de hilaridad.

-¿Qué tenéis? -dijo asustada Madame.

-Nada, nada; el dolor de costado... He reído mucho... Estábamos en la cuarta probabilidad.

-¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

-¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

-Perdonad, que no estoy excluida de entrar en suerte, y, si me tocan los brazaletes, estáis segura de mí.

-¡Gracias, gracias! -exclamó Madame.

-Espero que os consideréis como favorecida, y que ahora empiece a tomar mi sueño a vuestros ojos aspecto de realidad.

-Me dais realmente esperanza y confianza -dijo Madame-, y los brazaletes ganados de este modo serán mucho más valiosos para mí.

-¿Conque hasta la noche? -¡Hasta la noche!

Y ambas princesas se separaron. Ana de Austria, después que se marchó su nuera, dijo entre sí, examinando los brazaletes:

-Preciosos son, efectivamente, puesto que por ellos me conciliaré esta noche un corazón, al paso que habré adivinado un secreto.

Y, volviendo luego hasta su desierta alcoba:

-¿Es de este modo como te habrías manejado tú, pobre Chevreuse? -dijo lanzando al aire su voz-. Sí, ¿no es verdad?

Y, con el eco de aquella invocación, se reanimó en ella, como un perfume de otro tiempo, toda su juventud, toda su loca imaginación, toda su felicidad.

VI
EL SORTEO

A las ocho de la noche hallábanse todos reunidos con la reina madre. Ana de Austria, en traje de ceremonia y engalanada con los restos de su hermosura y todos los recursos que la coquetería puede poner en manos hábiles, disimulaba, o procuraba más bien disimular, a la turba de jóvenes cortesanos que la rodeaban y admiraban todavía, merced a las combinaciones que dejamos expuestas en el capítulo anterior, los estragos ya visibles de aquella enfermedad que debía llevarla al sepulcro algunos años después.

Madame, casi tan coqueta como Ana de Austria, y la reina, sencilla y natural como siempre, estaban sentadas a sus lados y se disputaban sus agasajos.

Las camaristas, reunidas en cuerpo de ejército para resistir con más fuerza, y, de consiguiente, con mejor éxito, a los maliciosos dichos que los cortesanos les dirigían, prestábanse, como un batallón en cuadro, el mutuo auxilio de un buen ataque y de una buena defensa.

Montalais, hábil en semejante guerra de tiradores, protegía toda la línea con el fuego incesante que dirigía contra el enemigo.

Saint-Aignan, desesperado del rigor, insolente a fuerza de ser obstinado, de la señorita de Tonnay-Charente, procuraba volverle la espalda; pero, vencido por el irresistible resplandor de los dos grandes ojos de la hermosura, volvía a cada paso a consagrar su derrota con nuevas sumisiones, a las que no dejaba de contestar la señorita de Tonnay-Charente con nuevas impertinencias.

Saint-Aignan no sabía a qué santo encomendarse.

La Valliére tenía, no una corte, sino un principio de cortesanos. Saint-Aignan, con la esperanza de a raerse por medio de su maniobra las miradas de Atenaida, fue a saludar a la joven con un respeto que a ciertos espíritus miopes les había hecho creer en la voluntad de contrapesar a Atenaida con Luisa.

Pero éstos eran solamente los que no habían visto ni oído referir la escena de la lluvia. Sólo que, como la mayoría estaba ya informada, y bien informada, su favor declarado había atraído hacia ella a los más hábiles como a los más imbéciles de la Corte.

Los primeros, porque decían, unos como Montaige: "¡Qué sabemos!"; y otros, como Rabelais: "Puede se?'.

El mayor número siguió a aquéllos, como en las cacerías cinco o seis podencos hábiles siguen solos la pista de la presa, en tanto que el resto de la traílla no sigue más que la pista de los podencos.

Las reinas y Madame examinaban los trajes de sus camaristas, así como los de otras damas, dignándose olvidar por un instante que eran reinas, para acordarse de que eran mujeres.

Lo cual equivale a decir que destrozaban sin piedad a las pobres víctimas.

Las miradas de ambas princesas recayeron simultáneamente sobre La Valliére, la cual, según hemos dicho, se hallaba a la sazón rodeada de mucha gente.

Madame no tuvo piedad.

-Verdaderamente -dijo inclinándose hacia la reina madre-, si la suerte fuese justa, debería favorecer a la pobre La Valliére.

-Eso no es posible -repuso la reina madre, sonriendo.

-¿Por qué?

-No hay más que doscientos billetes, y no todos han podido ser puestos en lista.

-¿Conque no entra en suerte?

-No.

-¡Qué lástima! Pues hubiese podido ganarlos y venderlos. -¡Venderlos! -exclamó la reina. -Sí; con eso hubiera podido formarse una dote, y no se vería obligada a casarse sin llevar nada, como le sucederá probablemente.

-¡Oh! ¡Bah! ¡Pobre niña! -dijo la reina madre-. Pues qué, ¿no tiene vestidos?

Y pronunció estas palabras como mujer que nunca ha podido saber lo que era medianía.

-¡Caramba! Dios me perdone, pero me parece que trae el mismo vestido que llevaba esta mañana en el paseo, y que habrá podido conservar, gracias al cuidado que se tomó el rey de ponerla a cubierto de la lluvia.

En el mismo instante en que pronunciaba Madame estas palabras, entraba el rey.

Las dos princesas no hubieran advertido quizá esta llegada, tan ocupadas como se hallaban en murmurar, si Madame no viera de pronto turbarse a La Valliére, de pie frente a la galería, y decir algunas palabras a los cortesanos que la rodeaban, los cuales se apartaron al punto. Este movimiento hizo que Madame mirase hacia la puerta, mientras el capitán de los guardias anunciaba al rey.

A aquel anuncio, La Valliére, que hasta entonces había tenido los ojos fijos en la galería, los bajó de pronto.

El rey entró.

Presentóse con una magnificencia llena de gusto, y conversaba con Monsieur y el duque de Roquelaure, los cuales iban, el primero a la derecha, y el segundo a la izquierda del rey.

El rey se adelantó primero hacia las reinas, a quienes saludó con gracioso respeto. Cogió la mano de su madre, la besó, dirigió algunos cumplidos a Madame sobre la elegancia de su traje, y principió a dar la vuelta a la asamblea.

La Valliére fue saludada lo mismo que las demás.

Luego volvió Su Majestad adonde estaban su madre y su mujer. Cuando los cortesanos notaron que el rey no había dirigido más que una frase trivial a aquella joven tan solicitada por la mañana, sacaron al momento una conclusión de aquella frialdad.

La conclusión fue que el rey había atenido un capricho, pero que el capricho había pasado ya.

Sin embargo, una cosa era de advertir, y es, que junto a La Valliére, y en el número de los cortesanos, se hallaba el señor Fouquet, cuya respetuosa urbanidad servía de escudo a la joven en medio de las distintas emociones que la agitaban visiblemente.

Disponíase el señor Fouquet a hablar más íntimamente con la señorita de La Valliére, cuando se aproximó el señor Colbert, y después de hacer una reverencia a Fouquet con todas las reglas de la más respetuosa cortesanía, pareció resuelto a instalarse al lado de La Valliére para trabar conversación con ella.

Fouquet dejó al punto el puesto. Montalais y Malicorne devoraban con los ojos toda aquella maniobra y enviábanse mutuamente sus observaciones.

Guiche, colocado en el hueco de una ventana, no veía más que a Madame. Mas como ésta, por su parte, fijaba con frecuencia su mirada en La Valliére; los ojos de Guiche, guiados por los de Madame, se encaminaban también alguna que otra vez hacia la joven.

La Valliére sentía como por instinto que le abrumaba cada vez más el peso de todas aquellas miradas, cargadas unas de interés y otras de envidia; pero no tenía para compensar su padecimiento ni una palabra de interés de parte de sus compañeras, ni una mirada amorosa del rey.

De manera que nadie podría decir lo que padecía la pobre muchacha. La reina madre hizo acercar entonces el velador donde estaban los billetes de la rifa, en numero de doscientos, y rogó a madame de Motteville que leyese la lista de los elegidos.

Excusado es decir que esa lista estaba formada con sujeción a las reglas de la etiqueta: primero figuraba el rey, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y por este orden los demás.

Latían los corazones al escuchar aquella lectura. Bien habría trescientos convidados en la habitación de la reina. Cada cual se preguntaba si su nombre figuraría en el número de los privilegiados.

El rey escuchaba con tanta atención como los demás. Pronunciado el último nombre, vio que La Valliére no estaba incluida en la lista.

Por lo demás, todos pudieron advertir aquella omisión.

El rey se puso encendido, como siempre que sufría alguna contrariedad.

La Valliére, apacible y resignada, no manifestó la menor emoción. Durante toda la lectura no había el rey apartado de ella los ojos; la joven mostrábase en extremo complacida bajo aquella feliz influencia que sentía extenderse en rededor suyo, sin que su alegría y su pureza le permitieran abrigar en su alma y en su ánimo otro pensamiento que no fuese amor.

El rey pagaba con la duración de su mirada aquella profunda abnegación, mostrando de este modo a su amante que comprendía toda la extensión y delicadeza de ella.

Cerrada la lista, todos los semblantes de las mujeres omitidas u olvidadas no pudieron menos de manifestar su descontento.

Malicorne quedó olvidado también en el número de los hombres, y su gesto dijo claramente a Montalais, a quien le había cabido igual olvido:

-¿Será cosa de que nos compongamos con la fortuna, de modo que no nos deje olvidados?

-¡Oh! ¡Sí tal! -respondió la sonrisa inteligente de la señorita Aura.

Distribuyéronse los billetes entre todos los incluidos, por su orden de numeración.

El rey recibió primero el suyo, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y así los otros.

Entonces abrió Ana de Austria un saquito de piel de España que contenía doscientos números grabados en otras tantas bolas de nácar, y lo presentó abierto a la más joven de sus camaristas, a fin de que sacase una bola.

La ansiedad general, en medio de todos aquellos preparativos hechos lentamente, era más bien de codicia que de curiosidad.

Saint-Aignan se inclinó al oído de la señorita de Tonnay-Charente:

-Ya que cada uno de nosotros tiene su número, unamos nuestra suerte, señorita -le dijo-: Si gano, son para vos los brazaletes; si ganáis, me contentaré con una sola mirada de vuestros encantadores ojos.

-No -repuso Atenaida-; si ganáis, serán vuestros los brazaletes. A cada cual lo suyo.

-Sois inexorable -exclamó Saint-Aignan-, y os contestaré con esta redondilla; Iris bella que a mis penas Os manifestáis esquiva . . .

-¡Silencio! -dijo Atenaida-. Que vais a impedirme oír el número premiado.

-¡Número uno! -gritó la joven que había sacado la bola de nácar del saquito de piel de España.

-¡El rey! -exclamó la reina madre.

-¡El rey ha ganado! -repitió la reina, gozosa.

-¡Oh! ¡El rey! ¡Vuestro sueño! -exclamó Madame, gozosa también, acercándose al oído de Ana de Austria.

El rey fue el único que no dio señal alguna de satisfacción. Únicamente dio gracias a la fortuna de lo que había hecho en su favor dirigiendo un ligero saludo a la joven que había sido elegida como mandataria de fugaz diosa. Luego, recibiendo de manos de Ana de Austria, en medio de los murmullos codiciosos de toda la asamblea, el estuche que contenía los brazaletes:

-¿Son realmente preciosos estos brazaletes? -preguntó.

-Examinadlos -repuso Ana de Austria- y juzgad por vos mismo.

El rey los miró atentamente.

-Sí -dijo-. ¡Admirable es, en efecto, este medallón! ¡Qué bien acabado!

- Sí que lo está -añadió Madame.

La reina María Teresa conoció fácilmente, y a la primera ojeada, que el rey no le ofrecería los brazaletes, pero, como tampoco parecía pensar siquiera en ofrecerlos a Madame, se dio por satisfecha, o poco menos.

El rey tomó asiento.

Los cortesanos que gozaban de mayor familiaridad vinieron entonces sucesivamente a admirar de cerca la alhaja, que muy luego, con la venia del rey, fue pasando de mano en mano.

Seguidamente, todos, entendidos o no, lanzaron exclamaciones de sorpresa y abrumarán al rey a felicitaciones.

Había motivo, en efecto, para que todo el mundo admirase, unos los diamantes, otros el grabado.

Las damas mostraban patentemente su impaciencia por ver aquel tesoro monopolizado por los caballeros.

-Señores, señores -dijo el rey, a quien nada pasaba inadvertido-; nadie diría sino que lleváis brazaletes como los sabinos; dejad que los vean las damas, que me parece son en este punto más inteligentes que vosotros.

Semejantes palabras le parecieron a Madame el principio de una decisión que se esperaba.

Leía , además, esa bienhadada creencia en los ojos de la reina madre.

El cortesano que los tenía en el instante de lanzar el rey aquella observación en medio de la agitación general, se apresuró a poner los brazaletes en manos de la reina María Teresa, la cual, sabiendo que no le estaban destinados, los miró muy por encima y los pasó a manos de Madame.

Esta, y, más -particularmente todavía, Monsieur, fijó en los brazaletes una detenida mirada de codicia.

Luego pasó la alhaja a las damas inmediatas, pronunciando una sola palabra, pero con acento que equivalía a una larga frase:

-¡Magníficos!

Las damas que recibieron los brazaletes de manos de Madame emplearon el tiempo que les pareció conveniente en examinarlos, y en seguida los hicieron circular por su derecha.

Mientras tanto conversaba el rey tranquilamente con Guiche y Fouquet. Dejaba hablar, más bien que escuchaba.

Acostumbrados a 'ciertos giros de frases, su oído, como el de todos los hombres que ejercen sobre otros una superioridad incontestable, no recogía de los discursos pronunciados en torno suyo más que la palabra indispensable que merece una contestación.

En cuanto a su atención, estaba en otra parte. Vagaba con sus ojos. La señorita de Tonnay-Charente era la última de las damas inscritas para los billetes, y, como si hubiera tomado jerarquía según su inscripción, no tenía después de ella más que a Montalais y a La Valliére.

Al llegar los brazaletes a estas últimas, nadie pareció hacer alto en ello.

La humildad de las manos en que momentáneamente estaban aquellas joyas, les quitaba toda su importancia.

Lo cual no impidió, sin embargo, que a Montalais le brincase el corazón de alegría, de envidia y de codicia a la vista de. aquellas hermosas piedras, más todavía que por aquel exquisito trabajo.

Era indudable que si a Montalais le hubiesen dado a elegir entre el valor pecuniario y la belleza artística, habría preferido sin titubear los diamantes a los camafeos.

De suerte que le costó gran trabajo hacerlos pasar a manos de su compañera La Valliére.

La Valliére fijó en las alhajas una mirada casi indiferente.

-¡Oh! ¡Qué preciosos son estos brazaletes y qué magníficos! -exclamó Montalais-. ¿Y no te extasías en ellos, Luisa? ¿Has dejado de ser mujer?

-No -respondió la joven con un tono de encantadora melancolía-. ¿A qué desear lo que no puede pertenecernos?

El rey, con la cabeza inclinada hacia adelante, escuchaba lo que la joven iba a decir.

Apenas la vibración de aquella voz llegó a herir su oído, se levantó lleno de satisfacción, y, atravesando todo el círculo para ir adonde estaba La Valliére:

-Os equivocáis, señorita -dijo-; sois mujer, y toda mujer tiene derecho a las alhajas de mujer.

-¡Oh! -exclamó La Valliére-. ¿Vuestra Majestad no quiere creer en m¡ modestia?

-Creo, señorita, que tenéis todas las virtudes, tanto la franqueza como las demás; por consiguiente, os conjuro que digáis francamente lo que pensáis de estos brazaletes.

-Que son tan hermosos, Majestad, que sólo pueden ser ofrecidos a una reina.

-Celebro mucho que sea ésa vuestra opinión, señorita; los brazaletes son vuestros, y el rey os ruega que los aceptéis.

Y como La Valliére, con un movimiento parecido al espanto, alargase vivamente el estuche al rey, el rey rechazó dulcemente con su mano la mano trémula de La Valliére.

Un silencio de sorpresa, más fúnebre aún que un silencio sepulcral, reinaba en toda la asamblea Y, sin . embargo, por el lado donde estaban las reinas, nadie había oído lo que el rey dijera, ni comprendido lo que había hecho.

Una caritativa amiga se encargó de esparcir la noticia. Fue la señorita de Tonnay-Charente, a quien Madame había hecho seña que se aproximase.

-¡Dios mío! -exclamó Tonnay-Charente-. ¡Qué afortunada es esa La Valliére! ¡El rey le ha regalado los brazaletes!

Madame se mordió los labios con tal coraje, que la sangre brotó en la superficie de la piel.

La reina joven miraba sucesivamente a La Valliére y a Madame, y se echó a reír.

Ana de Austria apoyó su barba en su hermosa y blanca mano, y permaneció largo rato absorta por una sospecha que le roía el ánimo, y por un dolor terrible que le roía el corazón.

Guiche, viendo palidecer a Madame, adivinando la causa de aquella palidez, abandonó precipitadamente la asamblea y desapareció.

Malicorne pudo deslizarse entonces hasta donde se hallaba Montalais, y, a favor del tumulto general de las conversaciones:

-Aura -le dijo-, tienes cerca de ti nuestra fortuna y nuestro porvenir.

-Sí -contestó aquélla.

Y abrazó tiernamente a La Valliére, a quien en su interior estaba tentada de estrangular.

VII
MALAGA

Durante todo aquel largo y violento debate entre- las ambiciones de la Corte y los amores del corazón, uno de nuestros personajes, el que menos desatendido debía ser tal vez, se hallaba olvidado completamente y reducido a una posición poco lisonjera.

En efecto, Artagnan, Artagnan, porque es preciso llamarle por su nombre para que se recuerde que ha existido. Artagnan no tenía nada que hacer en aquel mundo brillante y frívolo. Después de haber seguido al rey a Fontainebleau, y de haber visto todas las diversiones pastoriles y todos los disfraces cómico-heroicos de su soberano, el mosquetero había llegado a persuadirse de que aquello no bastaba a tenerle satisfecho.

Acometido a cada paso por personas que le decían:

-¿Cómo os parece que me cae este traje, señor de Artagnan?

Les respondía con su voz placentera y socarrona:

-Os hallo tan bien vestido como el mono más hermoso de la feria de San Lorenzo.

Era éste uno de aquellos cumplimientos que acostumbraba a hacer Artagnan cuando no quería hacer otro: de consiguiente, no había más remedio que contentarse con él de grado o por fuerza.

Y cuando le preguntaban:

-Señor Artagnan, ¿cómo os vestís esta noche?

Respondía:

-Lo que haré será desnudarme. Lo cual hacía reír hasta a las damas.

Pero después que el mosquetero pasó dos días de aquel modo, y conoció que ningún asunto serio se ventilaba, y que el rey había olvidado o parecía haber olvidado completamente a París, Saint-Mandé y Belle-Isle; que el señor Colbert soñaba con morteretes y fuegos artificiales; Que las damas tenían un mes, por lo menos, para dar y recibir miradas; Artagnan solicitó al rey una licencia para asuntos de familia. En el momento en que Artagnan hacía aquella petición, el rey se acostaba, cansado de tanto bailar.

-¿Conque queréis dejarme, señor de Artagnan? -preguntó con aire de sorpresa.

Luis XIV no llegaba a comprender nunca que se separase nadie de su lado cuando podía tener el insigne honor de permanecer cerca de su persona.

-Señor -dijo Artagnan-, os dejo porque no os sirvo de nada. Si al menos pudiera tener yo el balancín mientras vos bailáis, entonces sería otra cosa.

-¿No sabéis, mi apreciado señor de Artagnan -replicó gravemente el rey-, que se baila sin balancín?

-¡Ah! -repuso el mosquetero sin dejar su imperceptible ironía-. No lo sabía, en efecto.

-¿No me habéis visto bailar? -preguntó el rey.

-Sí, más creo que las dificultades irían en aumento. Me he engañado; razón de más para retirarme. Señor, lo siento; pero Vuestra Majestad no necesita de mí, y demás, si me necesitase, ya sabría dónde hallarme.

Está bien -dijo el rey. Y le concedió la licencia.

o buscaremos, pues, a Artagnan en Fontainebleau, porque sería cosa inútil; pero, con la venia de nuestros lectores, lo hallaremos en la calle de los Lombardos, en "El Pilón de Oro", en casa de nuestro distinguido amigo Planchet.

Son las ocho de la noche, hace calor, y sólo se ve abierta una ventana en un cuarto entresuelo.

Un olor de especias, unido al olor menos exótico del fango de la calle, subía a las narices del mosquetero.

Artagnan, recostado en un sillón de respaldo plano, con las piernas no estiradas, sino colocadas sobre un escabel, formaba el ángulo más obtuso que puede suponerse.

Sus ojos, tan astutos y movibles ordinariamente, estaban fijos y casi velados, y habían tomado por punto de mira invariable el trocito de cielo azul que se ve detrás de los desgarrones de las chimeneas, porción justa y precisa de azul que se necesitaría para remendar uno de los sacos de lentejas o de judías que formaban el principal mueblaje de la tienda del piso bajo.

Así tendido, así abismado en sus observaciones ultrafenestrales, no era ya el hombre de guerra ni el oficial de Palacio, sino un pechero bostezando entre la comida y la cena, y entre la cena y la hora de acostarse; uno de esos cerebros osificados, que no tienen sitito para la menor idea, merced a la tenacidad con que la materia acecha en los puestos de la inteligencia, y vigila el contrabando que pudiera hacerse, introduciendo en el cerebro un síntoma de pensamiento.

Hemos dicho que era de noche; las tiendas se iban iluminando, al paso que se cerraban las ventanas de los cuartos superiores; una patrulla de la ronda dejaba oír el ruido desigual de sus pasos.

Artagnan continuaba sin oír cosa alguna ni divisar más que el trocito azul de su cielo.

A dos pasos de él, enteramente en la sombra, se hallaba acostado Planchet sobre un saco de maíz, con el vientre sobre el saco y los brazos bajo la barba, mirando a Artagnan pensar, soñar o dormir con los ojos abiertos.

La observación duraba ya largo tiempo.

Planchet principió por hacer:

-¡Hum! ¡Hum!

Artagnan no se movió.

Planchet conoció entonces que era necesario apelar a un medio más eficaz, y, después de maduras reflexiones, lo que halló más ingenioso en las circunstancias del momento fue dejarse rodar desde el saco al suelo, murmurando contra él mismo la palabra:

-¡Imbécil!

Pero, a pesar del ruido ocasionado por la caída de Planchet, Artagnan, que en el transcurso de su vida había oído ruidos mucho más extraños, no hizo el menor caso de aquél.

Por lo demás, una enorme carreta, cargada dé piedras, desembocaba por la calle de Saint-Médéric y embebía en el ruido de sus ruedas el ruido de la caída de Planchet.

Sin embargo, éste creyó ver sonreírse imperceptiblemente a Artagnan como en señal de aprobación tácita a la palabra imbécil.

Por lo que, haciéndole cobrar algún ánimo, se aventuró á decir:

-¿Dormís acaso, señor de Artagnan?

-No, Planchet; ni siquiera duermo -respondió el mosquetero.

-Mucho siento -dijo Planchet- haber oído la palabra siquiera.

-¿Y por qué? ¿No es palabra inteligible?

-Sí tal, señor de Artagnan.

-¿Pues qué?

-Es que esa palabra me aflige.

-Desarróllame tu aflicción, Planchet -dijo Artagnan.

-Si no dormís siquiera, según vuestra expresión, tanto vale a no tener el consuelo de dormir. O mejor, es como si dijerais en otros términos: "Planchet, me aburro hasta no poder más."

-Planchet, ya sabes que no me aburro jamás.

-Excepto hoy, ayer y anteayer.

-¡Bah!

-Señor de Artagnan, hace ocho días que habéis venido de Fontainebleau; hace ocho días que no tenéis nada que ordenar, ni podéis hacer maniobrar a vuestra compañía. Os falta el ruido de los mosquetes, de los tambores y de todo el aparato real; y yo, que también he llevado mosquete, sé perfectamente lo que es eso.

-Planchet -respondió Artagnan-; te aseguro que no me aburro lo más mínimo.

-Entonces, ¿qué hacéis ahí echado como un muerto?

-Amigo Planchet, en el sitio de La Rochela, cuando yo permanecía allí, cuando tú estabas, cuando estábamos nosotros, en fin, había un árabe que tenía adquirida cierta celebridad por la destreza con que apuntaba las culebrinas. Era un mozo de talento, aunque de color extraño, de color de aceituna. Pues bien, ese árabe, luego que había comido o trabajado, se tumbaba como yo lo estoy en este momento, y fumaba ciertas hojas mágicas en un gran tubo con boquilla de ámbar, y si acertaba a pasar algún jefe y le echaba en cara que estuviese durmiendo siempre, le respondía tranquilamente: "Más vale estar sentado que de pie, acostado que sentado, muerto que acostado."

-Ese árabe era tan lúgubre por su valor como por sus sentencias -dijo Planchet-; me acuerdo de él muy bien, y también de que cortaba cabezas de protestantes con mucha satisfacción.

-Precisamente; y por cierto que las embalsamaba cuando valían la pena.

-Sí, y cuando se hallaba en esa operación, con todas sus hierbas y todas sus grandes plantas, tenía las trazas de un cestero haciendo azafates.

-Sí, Planchet; así era en efecto.

-¡Oh! También yo tengo memoria.

-Lo creo; más, ¿qué me dices de su razonamiento?

-Señor, lo encuentro exacto en parte, pero estúpido en otra.

-Explícate, Planchet, explícate. -Pues bien, señor, en efecto, más vale estar sentado que de pie; eso es incontestable, sobre todo cuando se halla uno fatigado, en ciertas circunstancias... (y Planchet sonrió con aire

picaresco). Más vale estar acostado que sentado; pero, en cuanto a la última proposición de que más vale estar muerto que acostado, declaro que la encuentro absurda; que mi preferencia absoluta está por la cama, ' y que, si no sois vos de mi opinión, es porque, como he tenido el honor de deciros hace poco, os aburrís soberanamente.

-Planchet, ¿conoces al señor de La Fontaine?

-¿El farmacéutico de la esquina de la calle Saint-Médéric?

-No, el fabulista.

-¡Ah! Maese Cuervo. -Exactamente; pues bien, yo soy su liebre.

-¿Tiene también una liebre?

-Y toda especie de animales.

-¿Y qué hace su liebre?

-Piensa.

-¡Ah!

-Planchet ,yo soy como la liebre del señor de La Fontaine, y pienso.

-¿Conque piensa ? -preguntó inquieto Planchet.

-Sí, Planchet; tu habitación es bastante triste para inclinar a uno a la meditación; me p que no podrás menos de convenir en ello.

Sin embargo, tenéis vistas a la calle.

-¡Pardiez! Hay que ver lo recreativo que es, ¿eh?

-No por eso es menos cierto, señor, que si habitáis la parte de atrás os aburriríais igualmente... No, quiero decir que pensaríais más todavía.

-No lo sé, a fe mía. Planchet.

-Si a lo menos -repuso el abacero- fuesen vuestros pensamientos de la especie del que os condujo a la restauración de Carlos II.

Y Planchet hizo asomar a sus labios una sonrisita que no carecía de significación.

-¡Hola, hola! ¿Eres ambicioso, Planchet?

-¿No hay por ahí algún otro rey a quien restaurar, señor de Artagnan, u otro Monk a quien meter en algún cajón?

-No, mi querido Planchet, todos los reyes están en sus tronos... quizá no tan bien como yo en esta silla, pero al fin mantiénense en ellos.

Y Artagnan exhaló un suspiro.

-Señor de Artagnan -dijo Planchet-, me estáis dando pena.

-Tienes excelente corazón, Planchet.

-¡Una sospecha me asalta, Dios me perdone!

-¿Cuál?

-Que os vais poniendo flaco, señor de Artagnan.

-¡Oh! -murmuró Artagnan dándose una puñada en el tórax, que resonó como una coraza hueca-; no puede ser, Planchet.

-Es que -dijo Planchet con efusión- si enflaquecieseis en mi casa...

-¿Qué?

-Sería capaz de cometer un atentado.

-¿Cómo?

-Sí.

-Veamos: ¿qué harías?

-Buscar al que es causa de vuestra pena.

-¿Conque tengo una pena?

-Sí, una tenéis.

-No, Planchet.

-Os digo que sí. Tenéis una pena, y eso es lo que os pone flaco.

-¿Estás cierto de que voy enflaqueciendo?

-A ojos vistas... ¡Málaga! Si continuáis enflaqueciendo, cojo mi tizona y me voy a cortar la cabeza al señor de Herblay.

-¡Cómo! -dijo Artagnan dando un brinco en su silla-. ¿Qué estás diciendo, Planchet, ni qué tiene que ver con vuestra abacería el nombre del señor de Herblay?

-¡Bien, bien! Enojaos cuanto queráis, ofendedme, si os agrada; pero ¡pardiez! que sé muy bien lo que me sé.

Durante esta segunda salida de Planchet, se había colocado Artagnan de modo que no se le escapase una sola de las miradas de aquél; es decir, que se hallaba sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas y el cuello estirado en la dirección del digno abacero.

-Veamos -dijo-, explícate, y dime cómo has podido proferir semejante blasfemia. El señor de Herblay, tu antiguo jefe, amigo mío, un eclesiástico, un mosquetero transformado en obispo... ¿Te atreverías a levantar tu acero contra él, Planchet?

-Sería capaz de levantarlo contra mi padre, cuando os veo en ese estado.

-¡El señor de Herblay, un gentilhombre!

-Poco me importa que sea un gentilhombre o no. Lo que sé es que os hace estar triste, y de estar triste se pone uno flaco. ¡Málaga! No quiero que el señor de Artagnan salga de mi casa más flaco que entró.

-¿Y por qué me hace estar triste? Explícate.

-Hace tres noches que tenéis pesadillas.

-¿Yo?

-Sí, y en ellas no hacéis más que repetir: "¡Aramis, solapado Aramis!"

-¿Eso he dicho? -preguntó Artagnan.

-Sí por cierto, a fe de Planchet.

-Bien, ¿y qué? Ya sabes el proverbio que dice: "Quimeras son los sueños".

-No, porque en estos tres días, siempre que habéis salido no habéis dejado de preguntarme al volver: "¿Has visto al señor de Herblay?" O bien: "¿Has recibido alguna carta del señor de Herblay para mí?"

-Pero creo que nada tenga de particular que me interese por ese querido amigo -dijo Artagnan.

-Sí, por cierto, mas no hasta el punto de enflaquecer.

-Planchet, ya engordaré, te doy mi palabra de honor.

-Bien, señor; la acepto, pues sé que cuando dais vuestra palabra, eso es sagrado...

-No soñaré más con Aramis.

-¡Muy bien!

-No te preguntaré tampoco si hay carta del señor de Herblay.

-¡Perfectamente!

-Pero vas a explicarme una cosa.

-Hablad, señor.

-Ya sabes que soy naturalmente observador.

-Lo sé muy bien...

-Y hace poco has pronunciado un juramento singular...

-Sí.

-Que no te había oído jamás.

-¿Malagá, queréis decir?

-Precisamente.

-Es el juramento que empleo desde que soy abacero.

-Lo encuentro muy natural; ése es el nombre de unas pasas.

-Es mi juramento de ferocidad; cuando llego a decir ¡malagá!, ya no soy un hombre.

-Pero es el caso que no te conocía ese juramento.

-Así es, señor; me lo han dado. Y, al pronunciar Planchet estas palabras, guiñó el ojo con cierto aire de truhanería que llamó la atención de Artagnan.

-¡Je, je! -dijo.

-¡Je, je! -repitió Planchet.

-¡Hola, hola, señor Planchet!

Qué diantre, señor! –dijo Planchet-. Yo no soy como vos, ni me paso la vida en pensar.

-No haces bien.

-Quiero decir, en aburrirme, señor: ya que la vida es corta, ¿por qué no aprovecharla?

-Por lo que veo, eres filósofo epicúreo, Planchet.

-¿Y por qué no? La mano está buena, y escribe y pesa azúcar y especias; el pie está seguro, se baila y se pasea; el estómago tiene dientes, se devora y se digiere; el corazón no está aún muy encallecido... Pues bien, señor...

-¿Qué? Veamos.

-¡Ahí está!. . . -dijo el abacero restregándose las manos. Artagnan cruzó una pierna sobre otra.

-Planchet, amigo mío -dijo-, ¿sabes que me dejas estupefacto de sorpresa?

-¿Por qué?

-Porque te revelas a mí bajo un aspecto del todo nuevo. Lisonjeado Planchet en alto grado, continuó restregándose las manos hasta arrancarse la epidermis.

-¡Ah! ¡ah! -dijo-. ¿Creéis que porque sea un bestia, soy un imbécil?

-Bien, Planchet; eso ya es un razonamiento.

-Seguid bien mi idea, señor. Yo he dicho para mí -prosiguió Planchet-: sin placer, no hay felicidad sobre 1ª tierra.

-¡Qué verdad es eso que has icho, Planchet! -interrumpió Artagnan.

-Pues procurémonos, si no placer, por lo menos consuelos.

-¿Y consigues consolarte?

-Sí, por cierto.

-¿Y a ver cómo?

-Armándose de un broquel para ir a combatir el fastidio. Arreglo mi tiempo de paciencia, y la víspera, precisamente, del día en que veo que voy a aburrirme, me divierto.

-¿Y no es más difícil que eso?

-No.

-¿Y has hallado eso tú solo?

-Yo solo.

-¡Pues es prodigioso!

-¿Qué os parece?

-Afirmo que tu filosofía no tiene igual en el mundo.

-Entonces seguid mi ejemplo.

-No deja de ser tentador.

-Haced lo que yo.

-No desearía otra cosa; pero no todas las almas tienen un mismo temple, y quizá si tuviese que divertirme como tú, me aburriría terriblemente.

-¡Bah! Probad.

-Vamos a ver, ¿qué haces tú?

-¿Habéis notado que suelo ausentarme de vez en cuando?

-Sí.

-¿Y de cierta manera?

-Periódicamente.

-Así es; ¿conque lo habéis notado?

-Amigo Planchet, ya conocerás que cuando dos se están viendo todos los días, si uno de ellos se ausenta, le falta al otro. ¿No te falto yo a ti, cuando estoy en campaña?

-¡Inmensamente! Soy como cuerpo sin alma.

-Esto supuesto, continuemos.

-¿Y a qué épocas suelo ausentarme?

-Los días 15 y 30 de cada mes.

-¿Y estoy fuera?

-Unas veces dos días, otras tres, otras cuatro... según.

-¿Y qué suponéis que voy a hacer?

-Compras.

-Y al volver me encontráis con el semblante...

-Muy satisfecho.

-Ya veis que vos mismo decís que vengo siempre satisfecho. ¿Y a qué habéis atribuido esa satisfacción?

-A que marchaba bien tu comercio; a que las compras de arroz, de ciruelas, de cogucho, de peras en conserva y de melaza, te salían a pedir de boca. Tú has tenido siempre un carácter muy pintoresco, y así es que jamás he extrañado verte optar por ese ramo, que es uno de los comercios más variados y más dulce al carácter, en cuanto a que casi todas las cosas que en él se manejan son naturales y aromáticas.

-Perfectamente, señor; pero ¡qué equivocado estáis!

-¡Yo equivocado¡ ¿En qué?

-En creer que-voy cada quince días a compras o a ventas. ¡Oh señor! ¿Cómo diablos habéis podido figuraros semejante cosa? ¡Jo, jo, jo!

Y Planchet comenzó a reír en términos de inspirar a Artagnan las dudas más injuriosas acerca de su propia inteligencia.

-Declaro -dijo el mosquetero que no llegan a tanto mis alcances.

-Así es, señor.

-¿Cómo que así es?

-Necesario es que así sea, cuando vos lo decís; pero advertid que eso no os hace perder nada en mi concepto.

-¡Vamos, no es poca fortuna! No, sois hombre de ingenio, y, cuando se trata de guerra, de táctica y de golpes de mano, ¡diantre!, los reyes valen muy poco a vuestro lado; mas en punto a descanso del alma, a regalos del cuerpo, a dulzuras de la vida, no me habléis de los hombres de genio, señor, porque son sus propios verdugos.

-Querido Planchet -dijo Artagnan con viva curiosidad-; llegas a interesarme en el más alto grado.

-A que os aburrís ahora menos que antes, ¿no es verdad?

-No me aburría; no obstante, desde que has empezado a hablarme, estoy más divertido.

-Vamos, vamos, ¡excelente principio! Respondo de llegar a curaros.

-No deseo otra cosa.

-¿Queréis que haga la prueba?

-Al instante.

-Está bien. ¿Tenéis aquí caballos?

-Sí; diez, veinte, treinta.

-No hay necesidad de tantos: con dos, basta.

-Están a tu disposición, Planchet.

-¡Bueno! Vendréis conmigo.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-¿Adónde?

-Esto es preguntar ya demasiado.

-Sin embargo, no podrás menos de convenir en que es importante que sepa a dónde voy.

-¿Os agrada el campo?

-Medianamente, Planchet.

-Entonces, ¿preferís la ciudad?

-Según y cómo.

-Pues bien, os llevo a un sitio mitad ciudad, mitad campo.

-Sea enhorabuena.

-A un punto en que estoy seguro que os divertiréis.

-Muy bien.

-¡Y cosa extraña! A un punto de donde habéis venido por aburriros en él.

-¿Yo?

-Terriblemente.

-¿De modo que es a Fontainebleau adonde vas?

-A Fontainebleau, sí, señor.

-¿Tú a Fontainebleau?

-Yo en persona.

-¿Y qué vas a hacer allí, Dios santo?

Planchet contestó a Artagnan con un guiño de malicia.

-¿Tienes allí tierras, pícaro?

-¡Oh! Una miseria, una bicoca.

-¿Y para eso vamos?

-Es que es cosa buena, palabra de honor.

-¿Conque voy a la casa de campo de Planchet? -dijo Artagnan.

-Cuando gustéis.

-¿No hemos dicho mañana?

-Pues bien, mañana; así como así, mañana estamos a 14, víspera del día en que temo aburrirme; así, pues, convenido.

-Convenido.

-¿Me prestáis uno de vuestros caballos?

-El mejor.

-No; prefiero el más dócil, porque ya sabéis que nunca he sido buen jinete, y en la abacería he acabado de perder la costumbre. Luego...

-¿Qué?

-Luego -repuso con otro guiño-, no quiero fatigarme.

-¿Y por qué? -se aventuró a preguntar Artagnan.

-Porque entonces no me divertiría -contestó Planchet.

Y en seguida se levantó del saco de maíz, estirándose y haciendo crujir todos sus huesos, unos tras otros, con cierta armonía.

-¡Planchet, Planchet! -exclamó Artagnan-. Declaro que no hay sobre la tierra sibarita que se te pueda comparar. ¡Ay, Planchet! Ya se conoce que no hemos comido juntos todavía un tonel de sal.

-¿Por qué, señor?

-Porque no te conozco aún -dijo Artagnan-; y vuelvo de hecho a creer definitivamente lo que pensé de ti el día en que en Boulogne estrangulaste, o poco menos, a Lubin, el criado del señor Wardes; quiero decir que eres hombre de recursos.

Planchet prorrumpió en una risa llena de fatuidad, dio las buenas noches al mosquetero y bajó a su trastienda, que le servía de dormitorio.

Artagnan recobró su primera posición ?h la silla, y su frente, desarru gada por un momento, tomó una expresión más meditabunda que nunca. Había olvidado ya las locuras y los sueños de Planchet.

"Sí -se dijo reanudando el hilo de sus ideas, interrumpidas por el grato coloquio que hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores-, sí, todo está en esto:

"1° Saber lo que Baisemeaux quería de Aramis;

'2° Saber por qué Aramis no me comunica noticias suyas;

"3° Saber dónde está Porthos. "En estos tres puntos está el misterio.

Ahora bien; puesto qué nuestros amigos nada nos dicen, valgámonos de nuestra pobre inteligencia. Uno hace lo que puede, ¡pardiez!, o ¡malagá!, como dice Planchet."

VIII
LA CARTA DEL SEÑOR BAISEMEAUX

Artagnan, fiel a su plan, iba al día siguiente a visitar al señor Baisemeaux.

Era día de limpieza en la Bastilla; los cañones estaban bruñidos, relucientes, las escaleras raídas; los llaveros parecían ocupados en pulir hasta sus mismas, llaves.

Respecto a los soldados de la guarnición, se paseaban en los patios, bajo pretexto de que se hallaban asaz limpios.

El comandante Baisemeaux recibió a Artagnan muy políticamente; pero estuvo con él tan reservado, que toda la sutileza de Artagnan no pudo sacarle una sola palabra.

Cuanto más se contenía, más crecía la desconfianza de Artagnan.

Este creyó observar que el comandante obraba así en virtud de una recomendación reciente. Baisemeaux no fue en el Palais Royal, con Artagnan, el hombre frío e impenetrable que éste hallara en el Baisemeaux de la Bastilla. Cuando Artagnan quiso hacerle hablar sobre la necesidad urgentísima de dinero que había conducido a Baisemeaux en busca de Aramis, y lo hizo expansivo aquella noche, Baisemeaux pretextó que había de dar órdenes en la prisión, y dejó a Artagnan fastidiarse tanto esperándole, que nuestro mosquetero, seguro de no obtener una palabra más, partió de la Bastilla sin que Baisemeaux hubiera regresado de su inspección.

Pero tenía una sospecha, y Artagnan, una vez despertadas sus sospechas, no podía dormir.

Era con relación a los hombres lo que el gato respecto a los cuadrúpedos; el emblema de la inquietud y de la impaciencia a un mismo tiempo.

Un gato inquieto no está en un mismo sitio más tiempo que el copó de seda que se mece al soplo del viento. Un gato que acecha muere en su puesto de observación, y ni el hambre ni la sed pueden sacarlo de su meditación.

Artagnan, que se abrasaba de impaciencia, sacudió de pronto aquel sentimiento como un manto asaz pesado. Díjose a sí mismo que lo que le ocultaban era cabalmente lo que más le importaba saber.

En consecuencia, reflexionó que Baisemeaux no dejaría de avisar a Aramis, si Aramis le había hecho alguna recomendación. Así sucedió.

Apenas Baisemeaux había tenido tiempo para regresar del torreón cuando ya Artagnan se había colocado de emboscada cerca de la calle del Petit-Musc, de manera que pudiese ver a cuantos salieran de la Bastilla.

Después de una hora de plantón en el Rastrillo de Oro, bajo el colgadizo que le daba algo de sombra, Artagnan vio salir a un soldado de la guardia.

Era éste el mejor indicio que pudiera desearse. Todo guardián o llavero tiene sus días de salida y sus horas de servicio en la Bastilla, puesto que todos están obligados a no tener ni mujer ni habitación en la fortaleza, y pueden salir por consiguiente sin excitar la curiosidad.

Pero un soldado acuartelado está encerrado veinticuatro horas cuando está de guardia, y Artagnan sabía esto mejor que nadie. Aquel soldado no podía dejar el servicio sino por orden expresa y urgente.

El soldado, hemos dicho, partió de la Bastilla, y lentamente, como un dichoso mortal a quien, en vez de una facción ante un aburrido cuerpo de guardia, o en un baluarte no menos fastidioso, le llega la buena ganga de una libertad unida a un paseo, a cuenta de un servicio que son dos placeres. Dirigióse hacia el arrabal San Antonio, aspirando el aire, el sol, y mirando a las mujeres.

Artagnan lo siguió de lejos, pues aún no había fijado sus ideas sobre lo que había de hacer.

"Es preciso, ante todas las cosas -pensó-, que vea la cara de esa buena pieza. Un hombre visto es un hombre juzgado."

Artagnan dobló el paso, y, lo que no era difícil, alcanzó al soldado.

No sólo vio su rostro, que era bastante inteligente y resuelto, sino también su nariz, que era un poco colorada.

"Al tunante le gusta el aguardiente" -se dijo.

Al mismo tiempo que veía la nariz encarnada, veía en el cinturón del soldado un papel blanco.

"Bueno, carta tenemos -añadió para sí Artagnan-. Ahora bien, un hombre que se siente satisfecho de ser elegido por el Señor Baisemeaux para estafeta, no vende el mensaje."

En tanto que Artagnan se mordía los puños, el soldado avanzaba siempre por el arrabal de San Antonio.

"De fijo va a Saint-Mandé -se dijo-, y no sabré lo que esa carta contiene."

Era para perder la cabeza.

"Si estuviese de uniforme -se dijo Artagnan-, haría arrestar a ese pillastre y a su carta con él. El primer cuerpo de guardia me ayudaría a ello. Pero al demonio si doy mi nombre para asunto de esta clase. Hacerlo beber... desconfiará, y después tal vez me emborrache... ¡Cáscaras! Ya no tengo talento, y para nada sirvo... Atacar a ese desgraciado, matarlo para obtener su carta... eso estaría bien si se tratase de una misiva de la reina o de un lord, o de una carta del cardenal a la reina. ¡Pero, Dios mío, qué miseria las intrigas de los señores Aramis y Fouquet con Colbert! La vida de un hombre para eso... ¡Ah! Ni diez escudos siquiera."

Filosofando así, y mordiéndose las uñas y el bigote, distinguió a un pequeño grupo de arqueros y un comisario.

Aquellas gentes llevaban a un hombre de buena presencia, que luchaba por escapar.

Los arqueros habíanle desgarrado sus vestidos y casi lo arrastraban.

Pedía lo condujesen con miramientos, pues se tenía por hidalgo y soldado.

Vio a nuestro soldado marchar por su camino y gritó:

- ¡Soldado, a mí!

El soldado partió con el mismo paso hacia aquel que lo interpelaba, y la multitud los siguió.

Una idea le ocurrió entonces a Artagnan. Era la primera, y ya se verá luego que no era mala.

Mientras el hidalgo refería al soldado que acababa de ser cogido en cierta casa cono ladrón, cuando sólo era amante, y el soldado le compadecía y le daba consuelos y consejos con esa seriedad que el soldado francés trata el espíritu de cuerpo, Artagnan se deslizó detrás del soldado, apretado por la multitud, y le sacó limpia y prontamente el papel de su cinturón.

Como en aquel momento el hidalgo desgarrado tiraba hacia sí al soldado; como el comisario tiraba del hidalgo, Artagnan pudo realizar su captura sin el menor obstáculo.

Colocóse a diez pasos detrás de la columna de una portada, y leyó el sobre:
"Al señor Du-Vallón, en casa del señor Fouquet, en Saint-Mandé." -¡Bueno! -dijo.

Y la abrió sin desgarrarla; después sacó el papel, doblado en cuatro dobleces, y el cual sólo contenía estas palabras:

"Querido señor Du-Vallón: Dignaos decir al señor de Herblay que ha venido a la Bastilla y que me ha interrogado.
"Vuestro afectísimo. "BAISEMEAUX."

-¡Muy bien! -exclamó Artagnan-. He aquí una cosa clara. Porthos está allí. Seguro de lo que quería saber: "¡Diablo! -pensó el mosquetero-. Ved ahí a un pobre soldado, a quien ese endemoniado de Baisemeaux va a hacer pagar cara mi superchería... Si regresa sin la carta... ¿qué le harán? En verdad, yo no la necesito, pues sabido lo que contiene, nada me importa."

Artagnan conoció que el comisario y los arqueros habían convencido al soldado, y se llevaban su prisionero.

Éste permanecía rodeado de la multitud, prosiguiendo sus quejas. Artagnan llegó en medio de todos, dejó caer la carta sin que nadie lo viese, alejándose luego con rapidez.

El soldado continuaba su camino hacia Saint-Mandé, pensando mucho en aquel caballero que había implorado su protección.

De pronto pensó un poco en su carta, y, mirando en su cinturón, vio que no estaba en él. Su grito de espanto produjo placer a Artagnan.

Aquel pobre soldado miró en torno suyo con angustia, y al fin, detrás de él, a veinte pasos, vio el dichoso sobre. Cayó sobre él como el milano sobre su presa.

El sobre estaba un poco empolvado, un poco arrugado; pero al fin había encontrado su carta.

Artagnan advirtió que el sello roto preocupaba mucho al soldado; pero al fin el buen hombre acabó por consolarse, y volvió a colocar la carta en su cinturón.

-Parte -dijo Artagnan-; ya me queda tiempo suficiente y no importa que te adelantes. Parece que Aramis no está en París, puesto que Baisemeaux escribe a Porthos. El querido Porthos, ¡qué alegría volverlo a ver... y hablar con él!

Y, regulando su paso por el del soldado, se prometió llegar un cuarto de hora después de él a casa del señor Fouquet.

IX
DONDE EL LECTOR VERA CON PLACER QUE PORTHOS CONSERVA TODA SU FUERZA

Artagnan, según acostumbraba, había calculado que cada hora vale sesenta minutos, y cada minuto sesenta segundos.

Por este cálculo exacto, llegó a la puerta del superintendente en el momento mismo en que el soldado salía con el cinturón despejado.

Un conserje asomóse a la puerta. Artagnan hubiera querido entrar sin nombrarse, pero no había otro medio, y se nombró.

A pesar de esta concesión, que debía alzar toda dificultad, al menos en el sentir de Artagnan, el conserje vaciló; pero al título, por segunda vez repetido, de capitán de los guardias del rey, sin dejar completamente paso, el conserje dejó de oponerse.

Artagnan comprendió que se había dado una consigna formidable. Y se decidió a mentir, lo cual no le costaba mucho, cuando veía sobre la mentira el bien del Estado, o pura y simplemente su interés personal.

Añadió, por tanto, a las declaraciones ya hechas, que el soldado que acababa de llevar una carta al señor Du-Vallon no era otro que su mensajero, y que la tal carta tenía por objeto comunicarle su llegada.

Desde entonces nadie se opuso a la entrada de Artagnan, y Artagnan entró.

Un sirviente quiso acompañarle, pero él respondió que era inútil, pues sabía perfectamente dónde estaba el señor Du-Vallon.

Nada había que contestar a un hombre tan completamente instruido. Escalinatas, salones, jardines, todo lo revisó el mosquetero. Un cuarto de hora anduvo por aquella casa más que regia, que contaba tantas maravillas como muebles y tantos servidores como columnas y puertas.

"Indudablemeente -dijo par a sí-, esta casa no tiene más límites que los de la tierra. ¿Si habrá tenido Porthos el capricho de volver a Pierrefondos, sin salir de casa del señor Fouquet?"

Por fin, llegó a una parte remota del palacio, ceñida con un muro de piedras, sobre el cual, de distancia en distancia, se alzaban estatuas en posiciones tímidas o misteriosas. Eran vestales con peplos a grandes pliegues, ágiles custodias con sus largos velos de mármol que abrigaban el palacio con sus furtivas. miradas. Un Hermes, con el dedo sobre la boca, un Iris de alas desplegadas, una Noche toda rociada de adormideras dominaban los jardines, y los edificios que se entreveían detrás de los árboles; todas aquellas estatuas se perfilaban en blanco sobre los cipreses que lanzaban sus negras copas hacia el cielo. Estos encantos parecieron al mosquetero el esfuerzo supremo de la inteligencia humana. Encontrábase en una disposición de ánimo propia para poetizar, y .la idea de que Porthos habitaba en semejante edén, le dio de Porthos una idea más alta; tan cierto es que los ánimos más elevados no están libres de la influencia de lo que les rodea.

Artagnan encontró la puerta, y en la puerta una especie de resorte que descubrió y oprimió. La puerta se abrió.

Entró, cerró la puerta y penetró en un pabellón construido en rotonda, y en el cual no se oía otro ruido que el dé las cascadas y el canto de los pájaros.

A la puerta del pabellón encontró un lacayo.

-¿Es aquí -preguntó Artagnan sin vacilar- donde habita el señor barón Du-Vallon, no es verdad?

-Sí, señor -contestó el lacayo.

-Pues avisadle que el .señor caballero de Artagnan, capitán de los mosqueteros del rey, le espera.

Artagnan fue conducido a un salón, y no esperó mucho tiempo: un paso muy conocido estremeció el pavimento de la sala inmediata, una puerta se abrió, o más bien se derribó, y Porthos echóse en brazos de su amigo con una cortedad que no le sentaba mal.

-¿Vos aquí? -exclamó.

-¿Y vos? -contestó Artagnan-. ¡Ah, socarrón!

-Sí -dijo Porthos, sonriente y cortado-; me encontráis en casa del señor Fouquet, y eso os sorprende un poco, ¿no es verdad?

-No; ¿por qué no habéis de ser de los íntimos del señor Fouquet? El señor Fouquet tiene un gran número de ellos, y, especialmente, entre los hombres de talento.

Porthos tuvo la modestia de no considerar el cumplido por él.

-Y luego -añadió-, ya me habéis visto en Bulle-Isle.

-Motivo de más para que me incline a creer que sois de los amigos del señor Fouquet.

-El hecho es que lo conozco -dijo Porthos con cierto embarazo.

-¡Muy culpable sois para conmigo! -exclamó Artagnan.

-¿Cómo es eso? -contestó Porthos.

-¡Cómo! ¡Lleváis a cabo una obra tan admirable como las fortificaciones de Bulle-Isle, y nada me decís!

Porthos se sonrojó.

-Hay más -continuó Artagnan-, me veis allá, y no adiviná is que el rey, deseoso de saber quién es el hombre de mérito que realiza una obra, de la cual le han hecho las relaciones más magníficas, me envía para averiguar quién es ese hombre.

-¡Cómo! El rey os ha enviado para saber...

-¡Diantre! No hablemos de eso.

-¡Cuerno de buey! -dijo Porthos-. Hablemos de ello, por el contrario. ¿Conque el rey sabía que se fortificaba a Bulle-Isle?

-¡Bueno! ¿Es que el rey no lo sabe todo?

-¿Pero no sabía quién la fortificaba?

-No; pero lo sospechaba desde que le dijeron que dirigía los trabajos un ilustre hombre de guerra.

-¡Pardiez! -dijo Porthos-. Si yo hubiera sabido eso . . .

-No os hubiérais escapado de Vannes, ¿eh?

-No. ¿Qué dijisteis cuando no me encontrasteis?

-Amigo, reflexioné.

-¡Ah, sí! Vos reflexionáis. . . ¿Y a qué os condujo el reflexionar?

-A adivinar toda la verdad.

-¡Ah! ¿Habéis adivinado?

-¿Qué habéis adivinado? Veamos -dijo Porthos arrellanándose en un sillón y adoptando aspecto de esfinge.

-Adiviné, en primer lugar, que fortificábais a Belle-Isle.

-Eso no era muy difícil, pues me habéis visto manos a la obra.

-Pero adiviné otra cosa, y es que fortificábais a Belle-Isle por mandato del señor Fouquet.

-Es verdad.

-No es eso todo; cuando me pongo a adivinar, no me detengo en el camino.

-¡Este querido Artagnan!

-He adivinado que el señor Fouquet quería guardar el más profundo secreto sobre las fortificaciones.

-Esa era su intención, en efecto, según creo -dijo Porthos.

-Sí. ¿Y sabéis por qué deseaba guardar el secreto?

-¡Toma! Para que la cosa no fuera sabida -dijo Porthos.

-Eso en primer lugar; mas ese deseo estaba sometido a las ideas de una galantería...

-En efecto -dijo Porthos-; he oído decir que el señor Fouquet era muy galante.

-A la idea de una galantería que quería hacer al rey.

-¡Oh, oh!

-¿Os sorprende eso?

-Mucho.

-¿No lo sabíais?

-No.

-Pues yo sí lo sé.

-¿Sois por ventura brujo?

-Nada de eso.

-¿Cómo lo sabéis entonces?

-¡Ah! Por un medio sencillísimo; se lo he oído decir al mismo señor Fouquet al rey.

-¿Decirle qué?

-Que había hecho fortificar a Belle-Isle, y que se la regalaba.

-¡Ah! ¿Eso habéis oído que le decía al rey?

-Con todas sus letras. Y hasta añadió: Belle-Isle ha sido fortificada por un ingeniero amigo mío, hombre de mucho mérito, a quien pediré la venia de presentar al rey.

-¿Su nombre? -preguntó el rey-. El barón Du-Vallon -respondió Fouquet-. Perfectamente -contestó el rey-; me lo presentaréis."

-¿Eso respondió el rey?

-A fe de Artagnan!

-¡Oh! -murmuró Porthos-. Pero, ¿por qué no se me ha presentado entonces?

-¿No se os ha hablado de esa presentación?

-Sí tal; pero siempre la estoy esperando.

-Estad tranquilo, ya llegará.

-¡Hum! ¡Hum! -gruñó Porthos.

Artagnan fingió no oír, y cambió de conversación.

-Pero creo que habitáis un lugar muy solitario, querido amigo -le dijo.

-Siempre he amado el aislamiento, porque soy melancólico -respondió Porthos con un suspiro.

-Pues es raro -dijo Artagnan-, no había caído en éso.

-Eso me sucede desde que estoy entregado a los estudios -repuso Porthos..

-Pero los trabajos del espíritu no habrán dañado al cuerpo, ¿eh?

-¡Oh! De ningún modo.

-¿Conque las fuerzas siguen bien?

-Demasiado bien, amigo.

-Es que he oído decir que en los primeros días de vuestra llegada.

-No podía moverme, ¿no es así?

-¿Y por qué causa no podíais moveros? -preguntó Artagnan con una sonrisa.

Porthos comprendió que había dicho una tontería, y quiso componerla.

-Sí, he venido de Belle-Isle en malos caballos, y eso me cansó mucho.

-No me sorprende, pues yo, que venía detrás de vos, me he encontrado en el camino siete u ocho reventados.

-Ya veis que peso mucho -dijo Porthos.

-¿De modo que estabais molido.

-La grasa me ha derretido, y ese derretimiento me ha puesto enfermo.

-¡Ah, pobre Porthos! Y Aramis, ¿cómo se ha portado en esta ocasión?

-Muy bien... Me hizo sangrar por el propio médico del señor Fouquet. Pero figuraos que al cabo de ocho días ya no respiraba.

-¿Pues cómo?

-El cuarto era demasiado chico, y yo absorbía demasiado aire.

-¿De veras?

-Así me lo han dicho, al menos... Y entonces me trasladaron a otro aposento.

-¿Dónde ya respiráis?

-Más... libremente, sí; pero nada de ejercicio. El médico pretende que no debía moverme, pero yo me encuentro más fuerte que nunca. Esto ocasionó un grave accidente.

-¿Qué accidente?

-Imaginaos, amigo, que yo me rebelé contra los preceptos de ese médico imbécil, le conviniese o no, y en consecuencia pedí al criado que me servía que me trajera vestidos.

-¿Pues qué, estabais desnudo?

-Por el contrario, tenía una bata hermosa. El lacayo obedeció; me puse mi vestido, que se me había quedado demasiado ancho; pero, ¡cosa rara!, mis pies también se habían puesto muy anchos, y las botas les venían muy estrechas.

-¿Continuaban los pies hinchados?

-Lo habéis adivinado.

-¿Y es ese el accidente de que queríais hablarme?

-Sí tal; yo hice la misma reflexión que vos, y dije: ya que mis pies han entrado diez veces en las botas, no hay razón para que no entren la undécima.

-Permitidme os diga, amigo Porthos, que esta vez faltáis a la lógica.
do frente a un tabique, y empecé a meterme la bota derecha, tirando con las manos, empujando con el talón, y haciendo esfuerzos tremendos,' de pronto se quedaron entre mis manos los tirantes de la bota, y mi pie salió como una catapulta.

-¡Catapulta! ¡Qué fuerte estáis en fortificaciones, amigo Porthos! -exclamó sorprendido Artagnan.

-Mi pie salió, pues, como una catapulta, que dio contra el tabique y lo derribó. Amigo, creí que, como Sansón, había derribado el templo. Los

cuadros, las porcelanas, los vasos de flores, las barras del cortinaje, y no sé qué más, se cayeron; fue cosa estupenda.

-¡De veras!

-Sin contar con que al otro lado del tabique había un armario lleno de porcelanas.

-¿Que echásteis por tierra? -Que arrojé al otro extremo de la otra habitación.

Porthos se echó a reír.

-¡En verdad, como decís, es inaudito!

Y Artagnan se puso a reír como Porthos.

Porthos, inmediatamente, se puso a reír más fuerte que Artagnan.

-Rompí -dijo Porthos con voz entrecortada por aquella hilaridad creciente- más de tres mil francos de porcelanas. ¡Jo, jo, jo!

-¡Bueno! -dijo Artagnan.

-Destrocé más de cuatro mil francos de espejos. ¡Jo, jo, jo!

-¡Excelente!

-Sin contar una araña que me cayó justamente sobre la cabeza, y que se rompió en mil pedazos. ¡Jo, jo, jo!

-¿Sobre la cabeza? -dijo Artagnan sin poderse tener de risa.

-¡De lleno!

-¡Pero os hubierais roto la cabeza!

-No, porque ya os he dicho, al contrario, que la araña fue la que se rompió, como cristal que era.

-¡Ah! ¿La araña era de cristal.

-De cristal de Venecia; una curiosidad sin igual; una pieza que pesaba doscientas libras.

-¿Y que os cayó sobre la cabeza?

-¡Sobre... la ... cabeza! Figuraos un globo de cristal dorado, con incrustaciones que ardían dentro, y unos mecheros que despedían llamas cuando estaba encendida.

-Se entiende, pero no lo estaría.

-Felizmente; si no, me hubiese incendiado.

-Y sólo os ha aplastado, ¿eh?

-No.

-¿Cómo que no?

-Porque la araña me cayó sobre el cráneo. Aquí tenemos, según parece, una corteza excesivamente sólida.

-¿Quién os ha dicho eso?

-El médico. Una especie de cúpula que soportaría a Nuestra Señora de París.

-¡Bah!

-Sí, parece que tenemos hecho el cráneo de ese modo.

-Hablad por vos, querido amigo, que los cráneos de los demás no están hechos de ese modo.

-Es posible -dijo Porthos con fatuidad-. Pues cuando cayó la araña sobre esta cúpula que tenemos en lo alto de la cabeza, hubo una detonación igual a la de una pieza de artillería; el globo se rompió y yo caí todo inundado...

-¡De sangre! ¡Infeliz Porthos! -No, de perfumes, que olían a cremas y que me aturdieron un poco; habréis experimentado eso alguna vez, ¿no es verdad, Artagnan? -Sí, con el muguete; de suerte, mi pobre amigo, que fuisteis derribado por el choque y aturdido por el olor.

-Pero lo más particular, y que el médico me ha asegurado no haber visto cosa semejante...

-¿Que sacáisteis algún chichón? -preguntó Artagnan.

-Saqué cinco.

-¿Y por qué cinco?

-Porque la araña tenía en su extremidad inferior cinco adornos muy puntiagudos..

-¡Ay!

-Esos cinco ornamentos penetraron en mis cabellos, que, según veis, tengo muy espesos.

-Felizmente!

-Y se imprimieron en mi piel. Pero, advertid la singularidad, estas cosas no suceden a nadie más que a mí. En lugar de hacerme agujeros me hicieron chichones, lo cual no ha podido jamás explicarme el médico de una manera satisfactoria.

-Pues breen, yo os lo explicaré. -Me haréis un servicio -dijo Porthos guiñando los ojos, que era en él el signo de atención llevado a su más alto grado.

-Desde que hacéis funcionar vuestro cerebro en profundos estudios y cálculos importantes, la cabeza ha medrado; de modo que tenéis ahora la cabeza demasiado llena de ciencia.

-¿Eso creéis?

-Estoy cierto de ello. De aquí resultó que, en vez de dejar penetrar nada extraño en el interior de la cabeza, ésta se aprovechó de todas las aberturas para dejar salir una poca de aquélla.

-¡Ah! -murmuró Porthos, a quien parecía más clara esta explicación que la del médico.

-Las cinco protuberancias causadas por los cinco ornamentos, fueron ciertamente cúmulos científicos, llevados exteriormente por la fuerza de las cosas.

-En efecto -dijo Porthos-; y la prueba es que eso me hacía más daño por fuera que por dentro; de modo que, cuando me ponía el sombrero de una puñada, con esa graciosa energía que nosotros los hidalgos de espada poseemos, si no iba muy mesurado el puñetazo, sentía dolores terribles.

-Os creo, Porthos.

-Por eso -continuó el gigante-, el señor Fouquet se decidió, viendo la poca solidez de la casa, a darme otro aposento, y roe condujeron aquí.

-Este es el parque reservado, ¿no?

-Sí.

-¿El de las citas? ¿El que se ha hecho tan famoso en las historias misteriosas del superintendente?

-Yo no sé; no tengo aquí ni citas ni historias misteriosas; pero me han autorizado para que ejercite mis músculos, y me aprovecho del permiso desarraigando árboles.

-¿Para qué?

Para ocupar las manos y para coger nidos de pájaros; esto lo encuentro más fácil que trepar por ellos.

-Estáis pastoral como Tirsis, amigo Porthos.

-Sí; me gustan mucho más los huevos pequeñitos que los gordos. No tenéis. una idea de lo delicado que es una tortilla de cuatrocientos o quinientos huevos de verderol, de pinzón, de estornino, de mirlo y de todo.

-¡Pero quinientos huevos monstruoso!

-¡Ca! Todo cabe en un salero. Artagnan contempló cinco minutos a Porthos, como si lo viese por primera vez.

Y Porthos quedó muy satisfecho de la mirada de su amigo.

Así permanecieron algunos momentos; Artagnan mirando a Porthos, y Porthos lleno de satisfacción.

Artagnan intentaba evidentemente dar un nuevo, giro a la conversación.

-¿Os divertís mucho aquí? -le preguntó por fin, sin duda después de haber encontrado lo que buscaba.

-No siempre.

-Lo concibo; y cuando os aburris demasiado, ¿qué haréis?

-Como no estoy aquí por mucho tiempo, Aramis aguarda que desaparezca mi último chichón para presentarme al rey, que no puede sufrir los chichones, según él me ha dicho.

-¿Pero Aramis continúa en París?

-No.

-¿Pues dónde se halla?

-En Fontainebleau.

-¿Solo?

-Con el señor Fouquet.

-¡Muy bien! Pero, ¿sabéis una cosa?

-No. Decídmela y la sabré.

-Que creo que Aramis os olvida.

-¿Creéis?

-¿Ignoráis que en Fontainebleau se ríe, se danza, se beben los vinos de Mazarino y que todas las noches hay baile?

-¡Diablo! ¡Diablo!

-Os aseguro, pues, que nuestro querido Aramis os olvida.

-Pudiera muy bien ser, y lo he pensado a veces.

-¡A menos que no os haga traición, el solapado!

-¡Oh!

-Ya sabéis que Aramis es un astuto zorro.

-Sí, mas traicionarme...

-Mirad; en primer lugar os tiene secuestrado.

- ¡Cómo que me tiene secuestrado! ¿Estoy secuestrado yo?

-¡ Pardiez!

-¡Quisiera que me lo probaseis!

-Nada, más fácil. ¿Salís alguna vez?

-Jamás.

-¿Montáis a caballo?

-Nunca.

-¿Permiten que vuestros amigos se aproximen a vos?

-No.

-Pues bien, amigo mío, no salir nunca, no montar nunca a caballo, y no poder ver a sus amigos, es lo que se llama estar un hombre secuestrado.

-¿Y con qué fin me había de tener secuestrado Aramis? -preguntó Porthos.

-Vamos a ver, Porthos -dijo Artagnan-; sed sincero.

-Lo seré.

-Aramis ha sido el que ha formado el plano de las fortificaciones de Belle-Isle, ¿no es cierto? Porthos se sonrojó.

-Sí -dijo-; pero no ha hecho más.

-Precisamente, y a mi juicio no es gran trabajo.

-Eso creo yo también.

-Bien; me alegro de que seamos del mismo parecer.

-Ni ha ido siquiera una vez a Belle-Isle -dijo Porthos.

-Ya lo veis.

-Yo era el que iba a Vannes, como lo habréis podido ver.

-Decid como lo he visto. Pues bien, ahí está el negocio, querido Porthos. Aramis, que no ha hecho más que los planos, quería hacerse pasar como el ingeniero, mientras que a vos, que habéis edificado piedra por piedra la muralla, la ciudadela y los baluartes, quería relegaros a la clase de simple constructor.

-De constructor, es decir, ¿de albañil?

-De albañil, eso es.

-¿De amasador de mortero?

-Precisamente.

-¿De peón?

-Justo.

-¡Vaya, vaya, con mi querido Aramis! ¿Os creéis, sin duda, todavía de veinticinco años?

-Y no es eso todo, sino que a vos os considera de cincuenta. -Hubiera querido verle hincando el pico.

-Sí.

-Un hombre que padece de gota.

-Sí.

-Y de mal de piedra.

-También.

-A quien faltan tres dientes.

-Cuatro.

-¡Mientras que yo, mirad!

Y separando Porthos sus labios, enseñó dos hileras de dientes algo menos blancos que la nieve, pero tan limpios, duros y sanos como el marfil.

-No podéis figuraros, Porthos --dijo Artagnan- lo mucho que le place al rey una hermosa dentadura. La vuestra me decide, y quiero presentaros al rey.

-¿Vos?

-¿Por qué no? ¿Creéis que no tengo en la Corte tanto poder como pueda tercer Aramis?

-¡Oh, no!

-¿Supondréis que tenga la menor pretensión de atribuirme las fortificaciones de Belle-Isle?

-No, por cierto.

-De modo que ya veis que sólo puede llevarme a ello vuestro interés.

-No me queda la menor duda.

-Pues bien, yo soy amigo íntimo del rey, y la prueba es, que cuando hay que comunicarle alguna cosa desagradable, siempre me encargo yo de hacerlo.

-Pero, amigo mío, si vos me presentáis...

-¿Qué?

-Se incomodará Aramis.

-¿Contra mía?

-No, contra mí.

-¡Bah! Lo mismo da que os presente yo, que os presente él, ya que de todos modos debéis ser presentado.

-Es que me tenían que hacer vestidos.

-¡Si los tenéis espléndidos!

-¡Oh! Los que tenía encargados eran mucho más hermosos.

-Mirad que al rey le gusta la sencillez.

-Entonces seré sencillo. Pero, ¿qué dirá el señor Fouquet cuando sepa que he marchado?

-¿Estáis acaso prisionero bajo palabra?

-No, por cierto. Mas le tengo prometido no alejarme sin avisarle antes.

-Bueno; ahora iremos a eso. ¿Tenéis algo que hacer aquí?

-¿Yo? Nada... Al menos nada importante.

-A menos que le sirváis a Aramis como intermediario para algo grave.

-A fe que no.

-Ya comprenderéis que lo digo por interés vuestro. Quiero suponer, por ejemplo, que estuvieseis encargado de enviar a Aramis mensajes, cartas.

-¡Ah!, Cartas, sí. Le envío ciertas cartas.

-¿Adónde?

-A Fontainebleau.

-¿Y tenéis esas cartas?

-Pero...

-Dejadme hablar. ¿Tenéis esas cartas?

-Ahora precisamente acabo de recibir una.

-¿Interesante?

-Lo supongo.

-¿No las leéis?

-No soy curioso.

Y Porthos sacó del bolsillo la carta del soldado que Porthos no había leído, pero sí Artagnan.

-¿Sabéis lo que debéis hacer? -preguntó Artagnan.

-¡Pardiez! Lo que hago siempre: remitirla.

-No.

-Pues qué ... ¿guardarla?

-Tampoco. ¿No os han asegurado que esa carta era interesante?

-Y mucho.

-Pues bien: lo que habréis de hacer es llevarla vos mismo a Fontainebleau Aramis?.

-Sí.

-Tenéis razón.

-Y puesto que el rey está allí... -Aprovecharemos la oportunidad...

-Para presentaros al rey.

-¡Cuerno de buey! Artagnan, sois el único para hallar expedientes.

-Por tanto, en vez de mandar, a nuestro amigo mensajeros más o menos fieles, le llevamos la carta nosotros mismos.

-Pues no se me había ocurrido siquiera, a pesar de que la cosa no puede ser más sencilla.

-Por eso urge mucho, querido Porthos, que marchemos al momento.

-En efecto -dijo Porthos-, cuanto antes salgamos, menos retraso sufrirá el despacho de Aramis.

-Porthos, discurrís con mucha solidez, y en vos la lógica favorece a la imaginación.

-¿Os parece? -dijo Porthos.

-Es resultado de los estudios sólidos -contestó Artagnan-. Conque vamos.

-Pero, ¿y la promesa que he hecho al señor Fouquet? -preguntó Porthos.

-¿Qué promesa?

-La de no salir de Saint-Mandé sin avisarle.

-¡Vaya, amigo Porthos -dijo Artagnan- qué niño sois!

-¿Por qué?

-¿No vais a Fontainebleau?

-Iré.

-¿No veréis allí al señor Fouquet?

-Sí.

-¿Probablemente en la cámara del rey?

-¡En la cámara del rey! -repitió majestuosamente Porthos.

-Pues os acercáis a él y le decís: "Señor Fouquet, tengo la honra de avisaros que acabo de ausentarme de Saint-Mandé."

-Y -dijo Porthos con igual majestad- viéndome el señor Fouquet en Fontainebleau en la cámara del rey, no podrá decir que miento.

-Justamente abría la boca para deciros eso mismo, amigo Porthos; pero en todo me adelantáis. ¡Qué naturaleza tan privilegiada la vuestra! La edad no ha hecho mella en vos.

-No mucho.

-De modo que no hay más que hablar.

-Así es.

-¿No tenéis ya más escrúpulos?

-Creo qué no.

-Entonces partamos.

-Voy a hacer que ensillen mis caballos.

-Tengo cinco.

-¿Qué habéis hecho traer de Pierrefonds?

-Que me ha regalado el señor Fouquet.

-Querido Porthos, no hay necesidad de cinco caballos para dos personas; además, que tengo ya tres en París, y serían entre todos ocho, número que considero excesivo.

-No lo sería si tuviese aquí a mis criados; pero, ¡ay! no los tengo.

-¿Echáis de menos a vuestros criados?

-A Mosquetón; Mosquetón me hace falta.

-¡Qué corazón tan excelente! -exclamó Artagnan-. Pero, creedme, dejad aquí vuestros caballos, como habéis dejado allá a Mosquetón.

-¿Por qué?

-Porque tal vez más adelante...

-¿Qué?

-Podrá resultar que el señor Fouquet no os haya dado nada. -No comprendo -dijo Porthos.

-Ni hay necesidad.

-Sin embargo...

-Más adelante os lo explicaré, Porthos.

-Apuesto que es cuestión política.

-Y de la más sutil.

Porthos bajó la cabeza al oír la palabra: política; luego, tras un instante de reflexión, añadió:

-Os confieso, Artagnan, que no soy político.

-¡Bien lo sé, diantre!

-¡Oh! Nadie sabe eso. Vos mismo me lo habéis dicho, vos, el valiente de los valientes.

-¿Qué he dicho yo, Porthos?

-Que cada uno tiene sus días.

-Eso me habéis dicho, y yo lo he experimentado. Hay días en que se encuentra menos placer en recibir estocadas que en otros.

-Esa es mi idea.

-Y la mía, aunque no crea en los golpes que matan.

-¡Diantre! Pues a algunos habéis muerto.

-Sí, pero a mí nunca me han matado.

-No es mala la razón.

-De consiguiente, no creo que haya de morir nunca por la hoja de una espada o la bala de un mosquete.

-Entonces, ¿no tenéis miedo a nada?... ¡Ah! ¿Al agua acaso?

-No tal, que nado como una nutria.

-¿A las cuartanas?

-Nunca las he tenido ni creo haya de tenerlas jamás; pero os manifestaré una cosa...

Y Porthos bajó la voz.

-¿Cuál? -preguntó Artagnan, acomodándose al diapasón de Porthos.

-Que tengo un miedo horrible a la política -dijo Porthos.

-¡Ah! ¡Bah! -exclamó Artagnan.

-¡Poco a poco! -dijo Porthos con voz estentórea-. Yo he visto a Su Eminencia el cardenal Richelieu y a Su Eminencia el cardenal Mazarino; el uno seguía una política roja, y el otro una política negra. Yo nunca he estado más contento de la una que de la otra: la primera hizo cortar la cabeza al señor de Marcillac, al señor de Thou, al señor de Cinq-Mars, al

señor de Chalais, al señor de Boutteville y al señor de Montmorency; la segunda ha hecho ahorcar a una multitud de frondistas, a cuyo partido pertenecíamos también nosotros, amigo.

-No hay tal -dijo Artagnan.

-¡Oh, sí! Porque si yo tiraba de la espada por el cardenal, daba tajos por el rey.

-¡Querido Porthos!

-Voy a terminar. Mi miedo a la política es tal, que si hay política en esto, prefiero volverme a Pierrefonds.

-Tendríais razón para ello, si tal hubiera; pero conmigo, querido Porthos, no hay nada de política. La cosa es clara; habéis trabajado en fortificar a Belle-Isle; el rey tuvo deseos de conocer el nombre del hábil ingeniero que ha hecho esos trabajos; vos sois tímido, como todos los hombres de mérito; quizá Aramis trate de dejaros en la obscuridad. Pero yo os tomo por m¡ cuenta, os hago salir a luz, os presento, y el rey os recompensa. Esta es toda mi política.

-¡Esa es también la mía, pardiez! -dijo Porthos tendiendo la mano a Artagnan.

Pero Artagnan conocía la mano de Porthos; sabía que aprisionada una mano común entre los cinco dedos del barón, jamás salía de ellos sin contusiones. Tendió, pues, a su amigo, no la mano, sino el puño. Porthos ni siquiera lo advirtió. Después de lo cual, salieron ambos de Saint-Mandé.

Los guardianes cuchichearon entre sí ciertas palabras, que Artagnan comprendió, pero que se guardó muy bien de hacer comprender a Porthos. "Nuestro amigo -dijo para si no era más ni menos que un prisionero de Aramis. Veremos lo que resulta de la liberación de este conspirador."

X
EL RATÓN Y EL QUESO

Artagnan y Porthos regresaron a pie, como había ido Artagnan. Cuando Artagnan, que fue el primero que penetró en la tienda "El Pilón de Oro" anunció a Planchet que el señor Du-Vallon sería uno de los viajeros privilegiados, y Porthos, al pasar a su vez, hizo crujir con la pluma de su sombrero los mecheros de madera colgados del cobertizo, algo parecido a un presentimiento doloroso turbó la alegría que Planchet prometíase para el día siguiente.

Pero era un corazón de oro nuestro abacero, resto precioso de una época que es y ha sido siempre para los que envejecen la de su juventud, y para los jóvenes la vejez de sus antepasados.

Planchet, no obstante aquella conmoción interna, pronto reprimida, recibió a Porthos con un respeto mezclado de tierna cordialidad.

Porthos, algo estirado' al principio, a causa de la distancia social que existía en aquella época entre un barón y un abacero, concluyó al fin por humanizarse al ver en Planchet tan buena voluntad y tanto agasajo.

Principalmente, no pudo menos de mostrarse sensible a la libertad que se le dio, o más bien se le ofreció, de sumergir sus anchas manos en las

cajas de frutos secos y confites, en los sacos de almendras y avellanas, y en los cajones llenos de dulces.

De modo que a pesar de las invitaciones que le hizo Planchet para que subiese al entresuelo, eligió por habitación favorita, durante la noche que iba a pasar en casa de Planchet, la tienda, donde sus dedos hallaban siempre lo que su nariz había olfateado.

Los hermosos higos de Provenza, las avellanas del Forest, y las ciruelas de Turena, fueron para Porthos objeto de una distracción que saboreó por espacio de cinco horas sin interrupción.

Entre sus dientes y muelas triturábanse los huesos, cuyos residuos sembraban luego el suelo y crujían bajo la suela de los que iban y venían; Porthos desgranaba entre sus labios, de una vez, los sabrosos racimos de moscatel secos, de violáceos colores, de los que hacía pasar media libra de su boca al estómago.

En un rincón del almacén, los mancebos, llenos de espanto, se miraban mutuamente sin atreverse a hablar.

No sabían que tal Porthos existiese, pues jamás le habían visto. La raza de aquellos titanes que habían llevado las últimas corazas de Hugo Capeto, de Felipe Augusto y de Francisco I, principiaba a desaparecer. Así era que se preguntaban si sería aquél el duende de los cuentos de encantamientos que iban a sepultar en su insondable estómago todo el almacén de Planchet, sin mover de su sitio los barriles y cajones.

Porthos, mascando, triturando, chupando y tragando, decía de vez en cuando al abacero:

-Tenéis un lindo comercio, querido Planchet.

-Pronto dejará de tenerlo, si esto sigue así -dijo el primer mancebo, a quien Planchet había prometido que le sucedería en la tienda.

Y, en su desesperación, acercóse a Porthos, que ocupaba todo el sitio que conducía desde la trastienda a la tienda, esperando que aquél se levantase y que ese movimiento le distrajese de sus ideas devoradoras.

-¿Qué queréis, querido mío? -preguntó Porthos con aire afable.

-Quería pasar, señor, si no os sirve de molestia.

-De ningún modo, amigo -dijo Porthos.

Y, cogiendo al mismo tiempo al mancebo por la cintura, lo levantó en el aire y lo transportó al otro lado.

Por supuesto, que todo esto lo hizo sonriendo, con el mismo aire de afabilidad.

Al asustado mancebo faltáronle las piernas en el momento en que Porthos le dejaba en tierra, de modo que cayó de espaldas sobre los corchos. Sin embargo, viendo la dulzura de aquel gigante, se aventuró a decir:

-¡Ay, señor, pensad lo que hacéis!

-¿Por qué decís eso, querido? -preguntó Porthos.

-Porque vais a quemaros el estómago.

-¿Cómo es eso, mi buen amigo?

-Todos esos alimentos son ardientes, señor.

-¿Cuáles?

Las pasas, las avellanas, las almendras ...

-Sí; mas si las pasas, las avellanas y las almendras son ardientes...

-No hay la menor duda, señor.

Y, alargando su mano hacia un barril de miel abierto, donde estaba la espátula con que se servía a los compradores, tragó una buena media libra.

-Querido -dijo Porthos-, ¿queréis traerme agua?

-¿En un cubo, señor? -preguntó sencillamente el mancebo.

-No; en una garrafa; con una garrafa tendré suficiente -respondió Porthos con la mayor naturalidad.

Y, llevándose la garrafa a la boca, como hace un músico con su trompa, la vació de un solo trago.

Planchet estremecíase entre todos los sentimientos que corresponden a las fibras de la propiedad y del amor propio.

Sin embargo, como digno dispensador de la hospitalidad antigua, simulaba conversar con la mayor' atención con Artagnan, y no hacía más que repetir:

-¡Ay, señor, qué placer!... ¡Ay, señor, qué honra para mi casa!

-¿A qué hora cenaremos, Planchet? -preguntó Porthos-. Tengo apetito.

El primer mancebo juntó sus manos.

Los otros dos escurriéronse bajo el mostrador, temiendo que Porthos oliese la carne fresca.

-Aquí tomaremos un bocado nada más -dijo Artagnan-, y cenaremos luego en la casa de campo de Planchet.

-¡Ah! ¿De modo que vamos a vuestra casa de campo, Planchet? -dijo Porthos-. Tanto mejor.

-Me hacéis grande honor, señor barón.

Las palabras señor barón produjeron grande efecto en los mancebos, los cuales vieron un hombre de la clase más distinguida en un apetito de aquella naturaleza.

Por otra parte, aquel título les tranquilizó. Nunca habían oído decir que a un duende se le llamase señor barón.

-Tomaré algunos bizcochos para el camino -dijo Porthos con indiferencia.

Y diciendo esto vació un cajón de bizcochos en el bolsillo de su ropilla.

-¡Salvóse mi tienda! -murmuró Planchet.

-Sí, como el queso --dijo el primer mancebo.

-¿Qué queso?

-Aquel queso de Holanda en que entró un ratón y del que sólo hallamos la corteza.

Planchet echó una mirada por la tienda, y al ver lo que había escapado de los dientes de Porthos, parecióle exagerada la comparación.

El primer mancebo conoció lo que querían decir los ojos de su amo.

-¡Cuidado con la vuelta! -le dijo.

-¿Tenéis frutos en vuestro cuarto? -preguntó Porthos subiendo al entresuelo, donde acababan de anunciar que estaba servido el refrigerio. -

-¡Ay! -exclamó el abacero, dirigiendo a Artagnan una mirada suplicante, que éste comprendió a medias.

Terminado el refrigerio pusiéronse en camino.

Era ya tarde cuando los tres viajeros, que salieron de París a eso de las seis, llegaron a Fontainebleau.

El viaje fue muy divertido, Porthos se complació con la compañía de Planchet, porque éste le manifestaba mucho respeto, y le hablaba con interés de sus prados, de sus bosques y de sus conejares.

Porthos tenía los gustos y el orgullo del propietario.

Artagnan, así que divisó a sus dos compañeros tan engolfados en la conversación, tomó la ladera del camino, y, echando la brida sobre el cuello de su caballo, se aisló del mundo entero, como también de Porthos y de Planchet.

La luna penetraba dulcemente a través del ramaje azulado del bosque. Las emanaciones de la llanura subían, embalsamadas, a las narices de los caballos, que resoplaban con grandes saltos de alegría.

Porthos y Planchet se pusieron a hablar aparte.

Planchet manifestó a Porthos que, en la edad madura de su vida, había descuidado la agricultura por el comercio; pero que su infancia había transcurrido en Picardía, entre las hermosas alfalfas que le subían hasta las rodillas y bajo los verdes manzanos de frutos sonrosados; así es que había jurado, tan pronto como su fortuna estuviera hecha, volver a la naturaleza y terminar sus días como los había empezado, lo más próximo a la tierra, adonde van a parar todos los hombres.

-¡Hola, hola! -dijo Porthos-. Entonces, querido Planchet, vuestro retiro está próximo

-¿Por qué?

-Porque me parece que estáis en camino de hacer una regular fortuna.

-Sí -contestó Planchet-, se hace lo que se puede.

-Vamos a ver, ¿cuánto es lo que ambicionáis, y con qué cantidad contáis poder retiraros?

-Señor -dijo Planchet sin responder a la pregunta, sin embargo de lo interesante que era-, señor, una cosa me causa mucha pena.

-¿Qué? -preguntó Porthos mirando a sus espaldas, como para buscar esa otra cosa que apenaba a Planchet y librarle de ella.

-En otro tiempo me llamabais simplemente Planchet, y me habríais dicho: "¿Cuánto ambicionas, Planchet, y con qué cantidad cuentas poder retirarte?"

-Seguramente, así es; en otro tiempo eso te habría dicho -replicó el buen Porthos con cierta perplejidad llena de delicadeza-, pero en aquel tiempo...

-En aquel tiempo era el lacayo del señor de Artagnan, ¿no es eso lo que queríais decir?

-Sí.

-Pues bien, si no soy ahora lacayo suyo, soy todavía su servidor; y, además, desde aquella época ...

-¿Qué?

-Desde aquella época he tenido la honra de ser su socio.

-¡Oh, oh -exclamó Porthos-. ¡Cómo! ¿Artagnan ha tomado parte en el comercio de comestibles?

-No, no -dijo Artagnan, a quien aquellas palabras sacaron de sus meditaciones y pusiéronle al corriente de la conversación con la habilidad y penetración que distinguía cada operación de su entendimiento y de su

cuerpo-. No ha sido Artagnan el que entró en el comercio de comestibles, sino Planchet, que se ha dedicado a la política. ¡Eso es!

-Sí -contestó Planchet con orgullo y satisfacción a la vez-; hemos hecho juntos un pequeño negocio que nos ha producido a mí cien mil libras, y al señor de Artagnan doscientas mil.

-¡Oh, oh! -exclamó Porthos con admiración.

-De suerte, señor barón -contestó el abacero-, que os suplico de nuevo me llaméis Planchet como antiguamente, y continuéis tuteándome. No podéis suponeros el placer que eso me causará.

-Si así es, lo haré como deseas, querido Planchet -replicó Porthos. Y, como al decir esto se hallara cerca de Planchet, levantó la mano para darle un golpecito en el hombro, en señal de cordial amistad.

Mas un movimiento providencial del caballo dejó frustrado el ademán del jinete, de suerte que su mano cayó sobre la grupa del caballo de Planchet.

El animal dobló los riñones. Artagnan empezó a reír, y dijo en voz alta:

-Cuidado, Planchet, que si Porthos te llega a querer mucha, te acariciará; y si te acaricia, te aplasta el día menos pensado: ya ves que Porthos no ha perdido nada de su fuerza.

-¡Oh! -dijo Planchet- Mosquetón no ha muerto, y sin embargo, el señor barón lo aprecia mucho.

-Así es -dijo Porthos con un suspiro que hizo encabritar simultáneamente a los tres caballos-; y aun decía esta mañana a Artagnan lo mucho que le echaba de menos; pero dime, Planchet...

-¡Gracias, señor barón, gracias! -¡Bien, Planchet, bien! ¿Cuántas arpentas tienes de parque?

-¿De parque?

-Sí; luego contaremos los prados, y después los bosques.

-¿Dónde, señor?

-En tu palacio.

-Pero, señor barón, si no tengo palacio, ni parque, ni prados, ni bosque.

-Entonces, ¿qué es lo que tienes, y por qué llamas a eso casa de campo?

-No he dicho casa de campo, señor barón -objetó Planchet algo humillado-, sino simple apeadero.

-¡Ah, ah! --dijo Porthos-. Ya entiendo; te reservas.

-No, señor barón, digo la verdad pura: no tengo más que dos cuartos para amigos.

-Entonces, ¿por dónde pasean tus amigos?

-Por los bosque del rey, que son encantadores.

-El caso es que esos bosques son muy hermosos, casi tanto como los míos del Berry.

Planchet abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Tenéis bosques semejantes a los de Fontainebleau, señor barón? -murmuró asombrado.

-Sí, tengo dos; pero el del Berry es el predilecto.

-¿Por qué? -preguntó graciosamente Planchet.

-En primer lugar, porque no conozco sus límites; y, después, porque está poblado de cazadores furtivos.

-¿Y cómo puede haceros tan grato el bosque esa profusión de cazadores furtivos?

-Porque ellos cazan mis piezas, y yo los cazo a ellos, y esto es para mí, en tiempo de paz, una imagen en pequeño de la guerra.

A este punto llegaba la conversación, cuando Planchet, levantando la cabeza, divisó las primeras casas de Fontainebleau, que se diseñaban vigorosamente en el cielo, en tanto que por encima de la masa compacta e informe se elevaban las techumbres agudas del palacio, cuyas pizarras relucían a la luna como las escamas de un pez enorme.

-Señores -dijo Planchet-: tengo el honor de anunciaron que hemos llegado a Fontainebleau.

XI
LA CASA DE CAMPO DE PLANCHET

Levantaron la cabeza los jinetes, y vieron que el honrado Planchet decía exactamente la verdad.

Diez minutos más tarde se hallaban en la calle de Lyón, al otro lado de la posada "El Hermoso Pavo Real".

Una inmensa cerca de espesos saúcos, espinos y lúpulos formaba un vallado impenetrable y negro, detrás del cual se elevaba una casa blanca, con la techumbre de grandes tejas.

Dos ventanas de aquella casa daban a la calle. Las dos eran sombrías. Entre ambas, una portecita, resguardada por un cobertizo sostenido sobre pilastras, daba entrada a ella.

El umbral de esta puerta estaba bastante elevado.

Planchet echó pie a tierra como para llamar a dicha puerta; pero, cambiando desde luego de parecer, cogió a su caballo de la brida y anduvo unos treinta pasos más.

Sus dos compañeros siguiéronle. Llegó hasta una puerta cochera, situada treinta pasos más allá, y, levantando un picaporte de madera, única cerradura de aquella puerta, empujó una de sus hojas. Entonces penetró el primero, llevando el caballo por la brida, en un pequeño corral, rodeado de estiércol, cuyo olor revelaba la proximidad de un establo.

-Bien huele -dijo ruidosamente Porthos, echando al mismo tiempo pie a tierra-; no parece sino que estoy en mis vaquerías de Pierrefonds.

-No tengo más que una. vaca -se apresuró a decir modestamente Planchet.

-Pues yo tengo treinta -dijo Porthos-, y a decir verdad, no sé el número de las vacas que tengo.

Después que entraron los dos jinetes, Planchet cerró la puerta. Entretanto, Artagnan, que se había apeado con su ligereza acostumbrada respiraba aquella saludable atmósfera, y alegre como un parisiense que sale al campo, cogía, ora un ramo de madreselvas, ora un agavanzo.

Porthos echó mano a unos guisantes que subían a lo largo de los palos, y se comía, o más bien engullía, vainas y fruto a la vez.

Planchet corrió a despertar a cierto campesino, viejo y cascado, que dormía bajo un cobertizo sobre una cama de musgo, cubierto con una chamarreta.

El campesino, que conoció a Planchet, le llamó nuestro amo, con gran placer del abacero.

-Llevad los caballos al pesebre, buen viejo, y dadles buena pitanza -dijo Planchet.

-¡Oh! Hermosos animales -exclamó el campesino-, procuraré que se harten.

-Poco a poco, poco a poco, amigo -dijo Artagnan-; no tanto ya: avena, y la paja correspondiente, nada más.

-Y agua de salvado para mi caballo -repuso Porthos-, porque se me figura que suda mucho.

-¡Oh! Nada temáis, señores -contestó Planchet-: el tío Celestino es un antiguo gendarme del Ivry, y sabe lo que es cuidar caballos. Pasemos a la casa.

Y llevó a sus amigos por una alameda muy poblada que atravesaba una huerta, luego un campo de alfalfa, que, por ultimo, terminaba en un jardinito, tras del cual se elevaba la casa, cuya fachada principal se había visto ya desde la calle.

A medida que se iban acercando, podía distinguirse por dos ventanas abiertas del piso bajo el interior, el penetral de Planchet.

Aquella habitación, suavemente iluminada por una lámpara situada sobre la mesa, se destacaba en el fondo del jardín como una risueña imagen de la paz, de la comodidad y de la dicha.

Donde quiera que caía la lentejuela de luz desprendida del centro luminoso sobre una antigua fayenza, sobre un mueble resplandeciente de limpieza, sobre un arma colgada en la tapicería, la pura claridad encontraba un puro reflejo, y la gota de fuego iba a reposar sobre el objeto grato a la vista.

Aquella lámpara, que iluminaba el cuarto, mientras que por el cerco de las ventanas caían las ramas de jazmín y de aristoloquia, daba luz a un mantel adamascado, blanco 1 como la nieve.

Había dos cubiertos sobre aquel mantel. Un vino clarete mecía sus rubíes en el cristal labrado de la larga botella, y una vasija de fayenza azul, con tapadera de plata, contenía una espumosa sidra.

Al lado de la mesa, y en un sillón de mucho respaldo, dormía una mujer de treinta años, cuyo rostro rebosaba salud y frescura.

Sobre las rodillas de aquella fresca criatura, un gatazo manso, apelotonando su cuerpo sobre sus patas dobladas, hacía oír ese ronquido característico que, con los ojos medio cerrados, significa en los hábitos felinos: "Soy enteramente feliz."

Los dos amigos detuviéronse delante de aquella ventana, mudos de sorpresa.

Al ver Planchet su admiración experimentó una dulce alegría. -¡Ah, pícaro Planchet! -exclamó Artagnan-. Ahora comprendo tus ausencias.

-¡Oh, oh! Vaya un lienzo blanco -dijo a su vez Porthos con voz de trueno.

Al ruido de aquella voz, el gato escapó, el ama se despertó asustada, y Planchet, tomando un aire afable, introdujo a los dos compañeros en la habitación donde estaba puesta la mesa.

-Permitidme, amiga mía, que os presente al señor caballero de Artagnan, mi protector.

Artagnan cogió la mano de la dama como hombre cortesano, y con los mismos modales con que habría tomado la de Madame.

-El señor barón Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds -añadió Planchet.

Porthos hizo un saludo que hubiera dejado satisfecha a la misma Ana de Austria, so pena de ser tenida por muy exigente.

Entonces le tocó su vez a Planchet, el cual abrazó con gran franqueza a la dama, no sin haber hecho antes un ademán que parecía pedir su permiso a Artagnan y Porthos, permiso que le fue concedido en el acto.

Artagnan hizo su cumplido a Planchet.

-He aquí un hombre que sabe vivir.

-Señor -contestó Planchet riendo-, la vida es un capital que el hombre debe tratar de colocar lo más ingeniosamente que pueda ...

-Y del que obtienes grandes intereses -dijo Porthos riendo como un trueno.

Planchet se volvió hacia el ama de la casa.

-Amiga mía -le dijo-, aquí tenéis a los dos hombres que han dirigido una parte de mi existencia, y que os he nombrado tantas veces.

-Con otros dos más -dijo la dama con acento flamenco de los más pronunciados

-¿Sois holandesa? -preguntó Artagnan.

Porthos retorcióse el bigote, lo cual notó Artagnan, que todo lo observaba.

-Soy de Amberes -respondió la dama.

-Y se llama la señora Gechter -dijo Planchet.

- Pero supongo que no la llamaré de ese modo -dijo Artagnan.

-¿Por qué? -preguntó Planchet.

-Porque sería envejecerla cada vez que la llamaseis.

-No: la llamo Trüchen. -Bonito nombre -dijo Porthos.

-Trüchen -replicó Planchet me ha venido de Flandes con su virtud y dos mil florines, huyendo de un marido que le pegaba. Como natural de Picardía, me han gustado siempre las mujeres de Artois. Del Artois a Flandes no hay más que un paso. La desgraciada vino a llorar a casa de su padrino, mi predecesor de la calle de los Lombardos, y colocó en mi casa sus dos mil florines, que en el día le rentan diez mil.

-¡Bravo, Planchet!

-Es libre, es rica; tiene una vaca; manda a una sirviente y al tío Celestino; me hace todas mis camisas y todas mis medias de invierno; sólo me ve de quince en quince días, y se considera dichosa
-y lo soy efectivamente -dijo Trüchen con abandono.

Porthos se retorció el otro hemisferio del bigote.

-¡Diantre, diantre! -dijo para sí Artagnan-. Será que Porthos tenga intenciones.

Entretanto, Trüchen, comprendiendo lo que había de hacer, dio prisa a la cocinera, añadió dos cubiertos, y puso sobre la mesa manjares delicados, capaces de convertir una cena en comida y una comida en festín. Manteca. fresca, cecina, anchoas y atún, todo lo mejor de la tienda de Planchet.

Pollos, legumbres, ensalada, pescados de estanque y de río, caza del monte, en fin, todos los recursos de la provincia.

Además, Planchet volvía de la bodega cargado con diez botellas, cuyo vidrio desaparecía bajo una densa capa de polvo ceniciento.

Aquello alegró el corazón de Porthos.

-Tengo hambre -dijo.

Y se sentó junto a la señora Trüchen con una mirada asesina. Artagnan se sentó al otro lado. Planchet, discreta y alegremente, se colocó enfrente.

-No os extrañéis -dijo- si durante la comida abandona Trüchen la mesa frecuentemente, pues tiene que disponer vuestros dormitorios. En efecto, el ama hacía numerosos viajes y se oían crujir en el piso superior las armaduras de las camas y chillar las rodezuelas sobre el pavimento.

Entretanto, los tres hombres comían y bebían, especialmente Porthos. Era maravilloso el verlos. Cuando Trüchen volvió con el queso, las diez botellas no eran más que diez sombras.

Artagnan conservó toda su dignidad.

Porthos, al contrario, perdió parte de la suya.

Hubo brindis y canciones. Artagnan propuso otra nueva excursión a la bodega, y como Planchet no caminaba con la regularidad debida, el capitán de mosqueteros se ofreció a acompañarle. Marcharon, pues, tarareando canciones capaces de asustar al mismo demonio.

Trüchen se quedó en la mesa al lado de Porthos.

Mientras los dos golosos elegían detrás de loe haces de leña, dejóse oír ese ruido seco y sonoro que producen al hacer el vacío los labios sobre una mejilla.

"Porthos se habrá creído estar en La Rochela", pensó Artagnan.

Ambos subieron cargados de botellas.

Planchet no veía ya de tanto cantar.

Artagnan, que todo lo observaba, notó que la mejilla izquierda de Trüchen estaba mucho más colorada que la derecha.

Porthos sonreía a la izquierda de Trüchen, y se retorcía con sus dos manos las puntas de su bigote.

Trüchen sonreía también al magnífico señor.

El vino espumoso de Anjou hizo de aquellos tres hombres, primero tres demonios, y luego tres leños.

Artagnan no tuvo fuerzas más que para coger una luz y alumbrar, a Planchet.

Planchet arrastró a Porthos, a quien empujaba Trüchen, muy contenta también.

Artagnan fue el que halló los dormitorios y descubrió las camas. Porthos se sumió en la suya, después de haberle desnudado su amigo el mosquetero.

Artagnan se arrojó sobre la que le habían dispuesto, diciendo:

-¡Diantre! Y eso que había jurado no tocar a ese vino dorado que trasciende a piedra de chispa. ¡Si los mosqueteros viesen a su capitán en semejante estado!

Y corriendo las cortinas del lecho:

-Por fortuna no me verán - añadió.

Planchet fue trasladado en brazos de Trüchen, la cual le desnudó, y cerró cortinas y puertas.

-Es divertido el campo -observó Porthos estirando sus piernas que pasaron a través de la armadura de la cama, lo cual produjo un ruido enorme. Verdad es que nadie paró atención en ello, pues tanto era lo que se habían divertido en la casa de campo de Planchet.

A las dos de la madrugaba todo el mundo roncaba.

XII
LO QUE SE VEÍA DESDE LA CASA DE PLANCHET

El siguiente día sorprendió a los
tres héroes durmiendo a pierna suelta.

Trüchen había cerrado los postigos de las ventanas para que el sol no les diera en los ojos al salir por levante.

De modo que reinaba noche obscura bajo las cortinas de Porthos, y bajo el baldaquino de Planchet,
cuando Artagnan, despertado el primero por un rayo indiscreto que penetraba por un intersticio de la ventana, saltó de la cama como para llegar el primero al asalto.

Tomó en efecto por asalto el cuarto de Porthos, que estaba inmediato al suyo.

Porthos dormía lo mismo que zumba un trueno, y mostraba orgullosamente en la obscuridad su enorme cuerpo, del que colgaba fuera de la cama hasta el suelo su nervudo brazo.

Artagnan despertó a Porthos, quien se restregó los ojos con bastante soltura.
Mientras tanto se vestía Planchet, y salía a recibir a la puerta de su cuarto a los dos huéspedes, vacilantes todavía de resultas de la cena última.
Aunque aun era muy temprano, toda la casa estaba ya en pie. La cocinera degollaba sin piedad en el corral, y el viejo Celestino cogía cerezas en el jardín.

Porthos, satisfecho en extremo, tendió una mano a Planchet, y Artagnan pidió permiso para abrazar a la señora Trüchen.
Esta, que no conservaba odio a los vencidos, se aproximó a Porthos, al cual le fue otorgado igual favor.

Porthos abrazó a la señora Trüchen con un fuerte suspiro. Entonces Planchet cogió a los dos amigos de la mano.

-Voy a enseñaros la casa -dijo-. Anoche entramos aquí como en un horno, y no hemos visto nada; pero de día todo cambia de aspecto, y espero que no quedaréis descontentos.

-Principiemos por las vistas -dijo Artagnan-: las vistas me gustan más que nada; yo he vivido siempre en casas regias, y he observado que los príncipes no saben elegir mal sus puntos de vista.

-Yo -observó Porthos- he sido siempre aficionado a. las vistas; así es que en mi posesión de Pierrefonds he hecho abrir cuatro alamedas que dan vista a una perspectiva muy pintoresca.

-Ahora veréis mi perspectiva -repuso Planchet.

Y condujo a sus huéspedes a una ventana.

-¡Ah, sí! Es la calle de Lyón -dijo Artagnan.

-Sí; por este lado hay dos ventanas, desde las que nada se ve de particular si no es esa posada de enfrente, siempre bulliciosa y alborotada; es una vecindad muy incómoda. Antes tenía cuatro ventanas a ese lado, pero he quitado dos.

-Adelante -dijo Artagnan.

Pasaron a un corredor que conducía a los dormitorios, y Planchet abrió los postigos.

-¡Calla! -dijo Porthos-. ¿Qué es aquello que se ve allá abajo?

-El bosque -dijo Planchet-. Ese es el horizonte; una densa faja amarilla en primavera, verde en verano, rojiza en otoño y blanca en invierno.

-Muy bien; pero es una cortina que impide ver más lejos.

-Sí -dijo Planchet-; pero desde aquí se ve...

-¡Ah! Ese gran campo... -dijo Porthos-. ¡Calla! ¿Qué es lo que diviso en él?... Cruces, piedras.

-¡Vamos! ¡Pero si es el cementerio! -exclamó Artagnan. -Justamente -dijo Planchet-; y os aseguro que es muy curioso. No pasa día en que no entierren ahí a alguien. Fontainebleau tiene bastante gente. Unas veces son jóvenes vestidas de blanco, con pendones, otras regidores o vecinos pudientes, con los chantres y la fábrica de la parroquia; a veces también oficiales de la casa del rey.

-No me place eso mucho -dijo Porthos.

-No es muy divertido que digamos -añadió Artagnan.

-Os aseguro que eso inspira ideas santas -repuso Planchet.

-¡Ah! No digo que no.

-Pero -continuó Planchet-, algún día hemos de morir, y hay en no sé dónde una máxima que he retenido, y es la siguiente: "No hay pensamiento más saludable que el pensamiento de la muerte."

-No afirmo lo contrario -dijo Porthos.

-Pero -replicó Artagnan- también es un pensamiento saludable el del verdor de los campos, de las flores, de los ríos, de los horizontes azules, de las vastas llanuras sin fin...

-Si los tuviese no les haría ascos -contestó Planchet-; pero no teniendo más que ese pequeño cementerio, florido también, cubierto de musgo, sombrío y tranquilo, me contento con él, y pienso en la gente de la ciudad que vive, pongo por caso, en la calle de los Lombardos, y oye rodar dos mil carruajes al día, y andar por el lodo a ciento cincuenta mil personas.

-¡Pero vivas -exclamó Porthos-, vivas!

-Eso es precisamente -dijo Planchet con timidez- lo que me distrae de los muertos.

-Este diablo de Planchet -repuso Artagnan- ha nacido para poeta tanto como para abacero.

-Señor -dijo Planchet-, yo era una de esas buenas pastas de hombre que Dios ha hecho para animarse durante cierto tiempo, y considerar bueno todo lo que acompaña su permanencia sobre la tierra.

Artagnan se sentó junto a la ventana, y, habiéndole parecido sólida la filosofía de Planchet, se puso a reflexionar.

-¡Cáscaras! -exclamó Porthos-. Si no me engaño, ya tenemos espectáculo, pues me parece que oigo cantar.

-Sí que cantan -dijo Artagnan.

-¡Oh! ¡Es un entierro de última clase! -murmuró Planchet desdeñosamente-. No vienen más que el cura oficiante, el pertiguero y el niño de coro. Ya veis, señores, que el difunto o la difunta no debían ser príncipes.

-No, nadie sigue su féretro. -Sí -dijo Porthos-, veo a un hombre.

-Sí, es verdad; un hombre embozado en una capa -añadió Artagnan.

-No vale la pena mirarlo -observó Planchet.

-Eso me interesa -dijo vivamente Artagnan acodándose sobre la ventana.

-Vamos; veo que al fin caéis en la tentación -dijo gozoso Planchet-; os sucede lo que a mí: los primeros días me ponía triste de tanto persignarme, y los cánticos me penetraban como clavos en el cerebro; pero ahora me mezclo al son de ellos, y se me figura que no he visto nunca pájaros más hermosos que los del cementerio.

-Pues yo -dijo Porthos- no me divierto aquí y prefiero bajar. Planchet dio un brinco, y ofreció su mano a Porthos para conducirle al jardín.

-¿Y qué, os vais a quedar ahí? -preguntó Porthos volviéndose hacia Artagnan.

-Sí, querido, sí; luego iré a reunirme a vos.

-¡Je, je! ¡El señor de Artagnan no hace mal! ¿Están ya enterrando?

-Todavía no.

-En efecto; el sepulturero aguarda a que estén atadas las cuerdas alrededor del ataúd. ¡Mirad!. . . Por aquel lado del cementerio entra una mujer.

-Sí, sí, querido Planchet -dijo con viveza Artagnan-; pero déjame, déjame, que empiezo a engolfarme en meditaciones saludables, y no quiero que me interrumpan.

Planchet se marchó, y Artagnan devoraba con los ojos, detrás del postigo, medio cerrado, lo que pasaba enfrente.

Los dos sepultureros habían sacado los correones de las angarillas, y dejaban deslizar su carga en la fosa.

A pocos pasos, el hombre de la capa, único espectador de aquella escena lúgubre, se arrimaba a un gran ciprés y ocultaba enteramente su rostro a los sepultureros y al cura. El cuerpo del difunto quedó enterrado en cinco minutos.

Rellenada ya la sepultura, se volvió el cura con la comitiva; el sepulturero le dirigió algunas palabras y luego echó a andar tras ellos.

El hombre de la capa los saludó al pasar, y puso una moneda en la mano al sepulturero.

-¡Pardiez! -exclamó Artagnan-. ¡Ese hombre es Aramis!

Aramis, en efecto, quedó solo, al menos por aquel lado, pues apenas volvió la cabeza cuando oyéronse cerca de él en el camino los pasos de una mujer y el crujir de un vestido.

Volvióse al momento, y, quitándose el sombrero con mucho respeto cortesano, condujo a la dama bajo un grupo de castaños y de tilos que daban sombra a una tumba fastuosa.

-¡Tate! -dijo Artagnan-. ¡El obispo de Vannes dando citas! Vamos, es el mismo abate Aramis, galanteando en Noisy-le-Sec... Sí -añadió el mosquetero-; mas, en un cementerio, la cita es sagrada.

Y se echó a reír.

La conversación duró una media hora.

Artagnan no podía ver el semblante de la dama, porque ésta le daba la espalda; pero conocía en la postura de los dos interlocutores, en la simetría de sus ademanes y en la manera acompasada, mañosa, con que se dirigían miradas, como de ataque o defensa, que no hablaban de amor.

Al fin de la conversación la dama se levantó, y fue ella la que hizo una profunda reverencia a Aramis.

-¡Oh, oh! -dijo Artagnan-. ¡Esto acaba como una cita amorosa!

El caballero se arrodilla al principio, y luego la vencida y la que suplica es la dama... ¿Quién será esa señorita?... Daría una uña por verla.

Pero no pudo ser. Aramis se fue el primero, la dama se cubrió con sus chales y partió en seguida.

Artagnan no guardó a más, y corrió a la ventana de la calle de Lyón.

Aramis acababa de entrar en la posada.

La dama se dirigía en sentido contrario. Iba a reunirse a un carruaje de dos caballos de mano y una carroza que se veían en la linde del bosque.

La dama caminaba despacio, con la cabeza baja, absorta en profunda meditación.

-¡Pardiez, pardiez! Es preciso que sepa quién es esa mujer -dijo el mosquetero.

Y, sin más deliberaciones, empezó a andar tras ella.

Por el camino se iba preguntando cómo se compondría para hacerle alzar el velo.

-Ella no es joven -dijo-, es mujer del gran mundo. Lléveme el demonio, o ese continente no me es desconocido.

Conforme corría, el ruido de sus botas y el traqueteo de sus espuelas sobre el suelo de la calle iba haciendo un sonsonete extraño; esto le proporcionó una feliz coyuntura, con la cual no contaba.

Aquel ruido alarmó a la dama; creyendo que la seguían o perseguían, como así era, volvió la cabeza.

Artagnan dio un brinco, como si hubiese recibido en las pantorrillas una carga de perdigones; después, dando un rodeo para volver atrás:

-¡Madame de Chevreuse! -murmuró.

Artagnan no se quiso quedar sin saberlo todo.

Pidió al tío Celestino que se informara por el sepulturero quién era el muerto que habían enterrado aquella misma mañana.

-Un pobre franciscano mendicante -replicó éste-, que no tenía ni un perro que le amase en este mundo y le acompañase a su última morada.

-Si así fuese -pensó Artagnan-, no habría asistido Aramis a su entierro... El señor obispo de Vannes no es un perro en cuanto al cariño; para el olfato no digo.

XIII
CóMO PORTHOS, TRÜCHEN Y PLANCHET SE SEPARARON AMIGOS, GRACIAS A ARTAGNAN

Hiciéronse muchos aprestos .para el almuerzo en casa de Planchet. Porthos rompió una escalera de mano y dos cerezos, despojó los frambuesos, y no le fue posible coger fresas, a causa, según decía, de su cinturón.

Trüchen, que se había familiarizado ya con el gigante, le dijo:

-No es por el cinturón; es por el fiendre.

Y Porthos, radiante de alegría, abrazó a Trüchen, quien le cogió una almorzada de fresas y se las hizo comer en sus manos. Artagnan, que llegó en esto, riñó a Porthos por su pereza y compadeció por lo bajo a Planchet.

Porthos desayunó bien; y cuando hubo concluido:

-¡Qué bien lo pasaría aquí! -dijo mirando a Trüchen.

Trüchen sonrió.

Planchet hizo lo propio, no sin cierta desazón.

Entonces Artagnan dijo a Porthos:

-Es necesario, amigo mío, que las delicias de Capua no os hagan olvidar el objeto primordial de nuestro viaje a Fontainebleau.

-¿Mi presentación al rey?

-Justamente. Voy a dar una vuelta por la población para preparar lo conveniente. No salgáis de aquí, os lo ruego.

-¡Oh, no! -exclamó Porthos. Planchet miró a Artagnan con temor.

-¿Estaréis ausente mucho tiempo? -dijo.

-No, amigo mío, pues esta misma noche quedarás desembarazado de dos huéspedes algo molestos.

-¡Bah! Señor de Artagnan, ¿como podéis decir?

-No, mira, tu corazón es bondadoso; pero tu casa es pequeña. Hay quien no tiene dos arpentas de tierra y puede alojar a un rey y hacerlo muy feliz; pero tú no has. nacido gran señor, Planchet.

-Ni el señor Porthos tampoco -murmuró Planchet.

-Mas lo ha llegado a ser, querido; en primer lugar, es dueño hace veinte años de cien mil libras de renta, y dueño también, hace cincuenta, de dos puños y un espinazo que no han reconocido rivales en este encantador reino de Francia. Porthos es un gran señor al lado tuyo, hijo mío. . . y no te digo más creo que ya me entenderás.

-No, no, señor; explicadme...

-Mira tu jardín devastado, tu despensa vacía, tu cama rota, tu bodega exhausta; mira... a la señora Trüchen...

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Planchet.

-Porthos es señor de treinta pueblos, con trescientas vasallas muy desenvueltas, y Porthos es un buen mozo.

-¡Ah, Dios mío! -repitió Planchet.

-La señora Trüchen es una excelente persona -prosiguió Artagnan-; guárdala para ti, ¿entiendes? . . .

Y le dio un golpecito en el hombro.

En aquel momento, el abacero vio a Trüchen y a Porthos guarecidos bajo un emparrado.

Trüchen, con una gracia enteramente flamenca, ponía pendientes a Porthos con pares de cervezas, y Porthos reía amorosamente como Sansón delante de Dalila.

Planchet apretó la mano de Artagnan, y corrió hacia el emparrado. Hagamos a Porthos la justicia de decir que no se movió... Indudablemente creía que no obraba mal. Trüchen tampoco se alteró, lo cual incomodó a Planchet; pero tenía éste bastante mundo para poner buen semblante ante un contratiempo.

Planchet cogió el brazo de Porthos, y le propuso ir a ver los caballos.

Porthos dijo que estaba fatigado. Planchet propuso al barón Du Vallon probar un noyó hecho por su mano, y que no tenía igual.

El barón aceptó.

De este modo pudo Planchet tener ocupado todo el día a su enemigo, sacrificando la despensa a su amor propio.

Artagnan volvió dos horas después.

-Todo está preparado -dijo-; he visto a Su Majestad un momento cuando salía a cazar, y esta noche nos espera.

-¡El rey me espera! -murmuró Porthos engriéndose.

Y, preciso es decirlo, pues el corazón del hombre es una ola en extremo movible: desde aquel instante dejó Porthos de mirar a la señora Trüchen con aquella gracia impresionante que había ablandado el corazón de la flamenca.

Planchet estimuló lo que pudo aquellas disposiciones ambiciosas. Refirió, o más bien recorrió, todos los esplendores del último reinado, las batallas, los sitios, las ceremonias. Habló del lujo de los ingleses Y de los beneficios reportados por los tres intrépidos camaradas, de
quienes Artagnan, el más humilde en un principio, había llegado a ser el jefe.

Entusiasmó a Porthos mostrándole su juventud desvanecida; elogió la castidad de aquel gran señor y su religioso respeto a la amistad; estuvo, en una palabra, elocuente y diestro, hasta el punto de tener embobado a Porthos, hacer temblar a Trüchen, y hacer meditar a Artagnan.

A las seis, el mosquetero mandó preparar los caballos, e hizo que Porthos se vistiese.

Dio gracias a Planchet por su buena hospitalidad, lo deslizó algunas palabras vagas acerca de proporcionarle algún empleo en la Corte, lo cual hizo subir desde luego el concepto de Planchet en el ánimo de Trüchen, donde el pobre abacero, tan bueno, tan generoso, tan leal, había perdido mucho terreno con la aparición y el paralelo de dos grandes señores.

Porque las mujeres son así: ambicionan loa que no tienen, y desdeñan lo que ambicionaban cuando ya lo tienen.

Después que Artagnan hizo aquel servicio a Planchet, dijo en voz baja a Porthos:

Tenéis en vuestro dedo, amigo mío, una sortija muy bella.

-Trescientos doblones -dijo. Porthos.

-La señora Trüchen conservará mucho mejor vuestro recuerdo si le dejáis esa sortija -replicó Artagnan. Porthos dudaba.

-Creéis que no es bastante bueno, ¿no es verdad? -dijo el mosquetero- Os comprendo, un gran señor como vos jamás va a hospedarse a casa de un antiguo criado sin pagar liberalmente la hospitalidad; pero, creedme, Planchet tiene un corazón tan bueno, que no notará siquiera que tenéis cien mil libras de renta.

-Si os parece -dijo Porthos engreído con aquellas palabras-, daré a la señora Trüchen mi alquería de Bracieux; es también una bonita sortija para el dedo... de doce arpentas.

-Es demasiado, mí buen Porthos, demasiado por ahora... Dejadlo para más adelante.

Le quitó el diamante del dedo, y. aproximándose a Trüchen:

-Señora -dijo-, el señor barón no sabe cómo suplicaron que aceptéis por amor suyo esta sortijilla. El señor Du Vallon es uno de los hombres más generosos y discretos que conozco. Quería regalaros una alquería que posee en Bracieux; pero le he disuadido de ello.

-¡Oh! -murmuró Trüchen, devorando. con los ojos el diamante.

-¡Señor barón! -exclamó enternecido Planchet.

-¡Mi buen amigo! -balbuceó Porthos encantado de haber sido tan bien interpretado por Artagnan.

Todas aquellas exclamaciones, al cruzarse, dieron un desenlace patético al día que hubiese podido terminar de una manera grotesca.

Pero Artagnan estaba allí, y donde quiera que Artagnan mandaba, terminaban las cosas siempre a medida de su deseo.

Llegaron los abrazos de despedida. Trüchen. colocada en su lugar por la munificiencia del barón, sólo ofreció una frente tímida al gran señor, con quien tanta familiaridad había gastado el día antes.

El mismo Planchet sintióse penetrado de humildad.

El barón Porthos, suelta ya la vena de su generosidad, habría vaciado de buena gana sus bolsillos en manos de la cocinera y de Celestino.

Pero Artagnan le contuvo.

-Ahora me corresponde a mí -1e dijo.

Y dio un doblón a la mujer y dos al hombre.

Aquello era oír bendiciones, capaces de alegrar el corazón de Harpagón, y de hacerlo pródigo.

Artagnan se hizo acompañar por Planchet hasta Palacio, e introdujo a Porthos en su cuarto de capitán, donde entró sin ser visto de las personas a quienes temía encontrar.

XIV
LA PRESENTACIÓN DE PORTHOS

Aquella misma noche, a las siete. concedía el rey audiencia a un embajador de las Provincias Unidas en el gran salón.

La audiencia duró un cuarto de hora.

En seguida recibió el rey a los nuevos presentados y a algunas damas, que pasaron las primeras.

En un ángulo del salón, detrás de una columna, conversaban Porthos y Artagnan, esperando que les llegase la vez.

-¿Sabéis lo que sucede? -dijo el mosquetero a su amigo.

-Pues bien, miradle.

Porthos se puso de puntillas, y r vio el señor Fouquet en traje de ceremonia, que conducía a Aramis a la presencia del rey.

-¡Aramis! -dijo Porthos. -Presentado al rey por el señor Fouquet.

-¡Ah! -exclamó Porthos. -Por haber fortificado a Belle-Isle -continuó Artagnan.

-¿Y yo?

-Vos, como he tenido el honor de deciros, sois el buen Porthos, la bondad misma; por eso querían que' permanecieseis por algún tiempo en Saint-Mandé.

-¡Ah! -repitió Porthos. -Pero, afortunadamente, estoy yo aquí -dijo Artagnan-, y me llegará el turno en seguida.

En aquel momento dirigíase Fouquet al rey.

-Señor -dijo-: tengo que pedir un favor a Vuestra Majestad. El señor de Herblay no es ambicioso, pero sabe que puede ser útil. Vuestra Majestad necesita tener un agente en Roma, y un agente poderoso; creo que podemos obtener un capelo para el señor de Herblay. El rey hizo un movimiento.

-No suelo molestar a Vuestra Majestad con pretensiones -dijo Fouquet.

-Ya veremos -contestó el rey, que empleaba siempre esa frase en los casos dudosos.

A esa frase nada había que replicar.

Fouquet y Aramis se miraron. El rey continuó:

-El señor de Herblay puede servirnos también en Francia: algún arzobispado, pongo por caso.

-Señor -objetó Fouquet con la gracia que le era peculiar-: Vuestra Majestad honra mucho al señor de Herblay: el arzobispado puede servir de complemento al capelo; no excluye lo uno a lo otro.

El rey admiró aquella presencia de ánimo y sonrió.

-No hubiese respondido mejor Artagnan -dijo.

Apenas pronunció este nombre, acudió presuroso Artagnan.

-¿Vuestra Majestad me llama? -preguntó.

Aramis y Fouquet dieron un paso para retirarse.

-Permitid, señor -dijo vivamente Artagnan, haciendo acercarse a Porthos-, que presente a Vuestra Majestad al señor barón Du-Vallon, uno de los más valientes hidalgos de Francia.

Aramis, al ver a Porthos, palideció, y Fouquet crispó los dedos bajo sus puños de encaje.

Artagnan dirigió a ambos una sonrisa, en tanto que Porthos se inclinaba visiblemente conmovido ante la majestad real.

-¡Porthos aquí! -murmuró Fouquet al oído de Aramis.

-¡Silencio! Es una traición -dijo éste.

-Señor -dijo Artagnan-, hace seis años que debería haber presentado al señor Du-Vallon a Vuestra Majestad; pero algunos hombres se asemejan

a las estrellas: nunca van sin el séquito de sus amigos. Los pléyades no se desunen y por eso he elegido para presentaros al señor Du-Vallon el momento en que pudierais ver al lado suyo al señor de Herblay.

Aramis estuvo a pique de perder los estribos, y miró a Artagnan con aire arrogante, como aceptando el desafío que éste parecía proponerle.

-¡Ah! ¿Estos señores son buenos amigos? -dijo el rey.

-Excelentes, señor, y el uno responde del otro. Preguntad al señor de Vannes cómo ha sido fortificada Belle-Isle.

Fouquet alejóse un paso.

-Belle-Isle -dijo fríamente Aramis-, ha sido fortificada por el señor.

Y señaló a Porthos, que saludó por segunda vez.

Luis admiraba y desconfiaba.

-Sí -dijo Artagnan-; pero preguntad al señor barón quién le ha ayudado en sus trabajos.

-Aramis -dijo Porthos francamente.

Y señaló al obispo.

-¿Qué diablos significa todo esto? -pensó el prelado-, y ¿qué desenlace tendrá esta comedia?

-¡Cómo! -dijo el rey-. ¿El señor cardenal... quiero decir, el señor obispo ... se llama Aramis?

-Nombre de guerra -dijo Artagnan.

-Nombre de amistad -repitió Aramis.

-¡Modestia a un lado! -exclamó Artagnan-. Bajo ese traje de eclesiástico, señor, se oculta el militar más brillante, el caballero más intrépido y el teólogo más profundo de vuestro reino.

Luis levantó la cabeza.

-¡Y un ingeniero! -dijo admirando la fisonomía verdaderamente admirable entonces de Aramis.

-Ingeniero por incidencia, señor -dijo éste.

-Mi camarada en los mosqueteros, señor -dijo con calor Artagnan-, el hombre cuyos consejos han servido de mucho a los ministros de vuestro padre. . . El señor de Herblay, en fin, que con el señor Du-Vallon, yo, y el conde de la Fére, conocido ya de Vuestra Majestad, formaba esa compañía de mosqueteros que tanto dio que hablar en tiempo del difunto rey y durante la minoridad.

-Y que ha fortificado Belle-Isle -dijo el rey con profundo acento.

Aramis se adelantó.

-Para servir al hijo -dijo-, como serví al padre.

Artagnan observó bien a Aramis mientras pronunciaba estas palabras: pero Aramis mostró en ellas un respeto tan verdadero, una lealtad tan profunda, y una convicción tan incontestable, que el mismo Artagnan, que dudaba de todo, cayó en el lazo.

"No miente el que habla con ese acento", se dijo.

Luis quedó satisfecho.

-En ese caso -dijo a Fouquet, que esperaba con ansiedad el resultado de aquella prueba-, está concedido el capelo. Señor de Herblay, os doy mi palabra para la primera promoción. Dad las gracias al señor Fouquet.

Estas palabras fueron escuchadas por el señor Colbert, a quien desgarraron el corazón.

Colbert salió apresuradamente de la sala.

-Vos, señor Du-Vallon -dijo el rey-, pedid. Tengo gran placer en recompensar a los servidores de mi padre.

-Señor... -dijo Porthos.

Y no pudo añadir una palabra más.

-Señor -exclamó Artagnan- este digno gentilhombre está turbado por la majestad de vuestra persona, no obstante haber sostenido con orgullo la mirada y el fuego de mil enemigos. Pero yo sé lo que piensa, y yo, más habituado a mirar al sol... voy a deciros su pensamiento: nada necesita, ni desea otra cosa que la dicha de poder contemplar a Vuestra Majestad por un cuarto de hora.

-Esta noche cenaréis conmigo -dijo el rey saludando a Porthos con una graciosa sonrisa.

Porthos se puso como el carmín , de satisfacción y orgullo.

El rey le despidió, y Artagnan le empujó hacia la sala después de haberle abrazado.

-Sentaos a mi lado en la mesa -le dijo Porthos al oído.

-Sí, amigo mío.

-Aramis me mira con malos ojos, ¿no es cierto?

-Antes bien, nunca os ha querido más. Tened presente que le he hecho obtener el capelo de cardenal.

-Es verdad -dijo Porthos-.. Decid, ¿le gusta al rey que se coma mucho en su mesa?

-Es halagarle -dijo Artagnan-, pues posee un apetito real.

-¡Qué fortuna! -dijo Porthos.

XV
ACLARACIONES

Aramis había efectuado una hábil maniobra para encontrarse con Artagnan y Porthos. Acercóse a este último detrás de la columna, y, apretándole la mano:

-¿Os habéis fugado de mi prisión? -le dijo.

-No le riñáis -dijo Artagnan-, pues he sido yo, querido Aramis, quien le ha hecho salir.

-¡Ah, amigo mío! -replicó Aramis mirando a Porthos-. ¿Es que habéis perdido la paciencia esperándome?

Artagnan acudió en ayuda de Porthos, que no sabía qué decir.

-Vosotros, los eclesiásticos -dijo a Aramis-, sois grandes políticos. Nosotros, los militares, vamos al bulto. He aquí el hecho. Fui a ver al buen Baisemeaux.

Aramis aguzó el oído.

-¡Ah! -exclamó Porthos-. Ahora me hacéis recordar que tengo una carta de Baisemeaux para vos, Aramis.

Y Porthos entregó al obispo la carta que ya conocemos.

Aramis pidió permiso para leerla, y la leyó, sin que Artagnan pareciese contrariado en lo más mínimo por aquella circunstancia, que había previsto absolutamente.

Por su parte, Aramis mostró tal serenidad, que Artagnan le admiró más que nunca. Leída la carta, guardósela Aramis en el bolsillo con la mayor indiferencia.

-Decíais, querido capitán... -dijo.

-Decía -prosiguió el mosquetero-, que fui a visitar a Baisemeaux para asuntos del servicio.

-¿Para asuntos del servicio? - dijo Aramis.

-Sí -contestó Artagnan-á y, naturalmente, hablamos de vos y de nuestros amigos. Por cierto que Baisemeaux me recibió con bastante frialdad. Me despedí. Cuando volvía, acercóseme un soldado, y, reconociéndome sin duda, a pesar de ir vestido de paisano, me dijo: "Capitán, ¿queréis tener la amabilidad de leer el nombre escrito en este sobre?"' Y leí: "Al señor Du Vallon, en Saint-Mandé, casa del señor Fouquet. "¡Pardiez! -dije para mí-. Porthos no ha vuelto, como creía, a Pierrefondos o a Belle-Isle. Porthos está en Saint Mandé en casa del señor Fouquet. El señor Fouquet no está en Saint Mandé. Luego Porthos está solo
o con Aramis; vamos a ver a Porthos." Y fui a verle.

-¡Muy bien! -dijo Aramis pensativo.

-Pues no me habíais contado eso -repuso Porthos.

-No tuvo tiempo para ello, amigo mío.

-¿Y trajisteis a Porthos a Fontainebleau?

-A casa de Planchet.

-¿Reside Planchet en Fontainebleau? -preguntó Aramis.

-¡Sí, cerca del cementerio! -exclamó Porthos con aturdimiento.

-¿Cómo cerca del cementerio? -preguntó Aramis receloso.

"¡Bueno! -pensó el mosquetero-. Aprovechémonos de la sorpresa, puesto que no parece floja."

-Sí, cerca del cementerio -con-testó Porthos-. Planchet es un excelente mozo, que hace excelentes confituras, pero tiene ventanas que dan al cementerio... ¡Es cosa que entristece! Así, esta mañana... -¿Esta mañana? -interrumpió Aramis cada vez más alarmado. Artagnan volvió la espalda, y se puso a tamborilear en un vidrio un aire de marcha.

-Esta mañana -continuó Porthos- vimos enterrar un cristiano.

-¡Ah, ah!

-¡Es cosa que entristece! No viviría yo en una casa donde se están viendo continuamente muertos... Por el contrario, a Artagnan parece que le place mucho eso.

-¡Ah! ¿También vio Artagnan?

-No vio, sino que devoró con los ojos.

Aramis estremecióse y se volvió para mirar al mosquetero; pero éste se hallaba ya muy en conversación con Saint-Aignan.

Aramis prosiguió interrogando a Porthos, y después de exprimir todo el jugo de aquel limón gigantesco, arrojó la cáscara.

Acercóse a su amigo Artagnan, y le tocó en el hombro.

-Amigo -le dijo luego que se marchó Saint-Aignan, pues habían anunciado que iba a servirse la cena del rey.

-Querido amigo -replicó Artagnan.

-Nosotros no cenamos con el rey.

-Sí tal; yo, a lo menos.

-¿Podéis concederme diez minutos de conversación?

-Veinte. Es el tiempo que falta todavía para que Su Majestad se siente a la mesa.

-¿Dónde queréis que hablemos?

-Aquí, sobre estos bancos: habiéndose ausentado el rey, podemos sentarnos, y el salón está desierto.

-Sentémonos, pues.

Sentáronse. Aramis cogió una de as manos de Artagnan.

-Confesadme, querido amigo -dijo-, que habéis aconsejado a Porthos a que desconfíe algo de mí. Lo confieso, pero no en el sentido en que lo tomáis. He visto que Porthos estaba aburrido en extremo, y he deseado, presentándole al rey, hacer por él y por vos lo que nunca hubiérais hecho vos mismo.

-¿Qué?

-Vuestro elogio.

-¡Y lo habéis hecho noblemente; gracias!

-Y os he acercado el capelo, que parecía aún bastante lejano.

-¡Ah! ¡Lo confieso! -dijo Aramis con particular, sonrisa-. En verdad sois el único para hacer la fortuna de vuestros amigos.

-Ya veis que lo que he hecho la sido solamente por el bien de Porthos.

-¡Oh! Yo me había encargado de hacer su suerte, pero vos tenéis el brazo más largo que nosotros.

Esta vez tocóle a Artagnan sonreír.

-Vamos a ver -dijo Aramis-; debemos hablarnos con confianza. ¡Me queréis todavía, mi querido Artagnan?

-Lo mismo que antes -respondió Artagnan, sin comprometerse ¡gran cosa con esta respuesta!

-Entonces, gracias, y franqueza por franqueza -dijo Aramis-, ¿fuísteis a Belle-Isle por el rey?

-¡Diantre!

-¿Queríais privarnos del placer de ofrecer Belle-Isle completamente fortificada al rey?

-Pero, amigo mío, para privaros de ese placer hubiera sido preciso que estuviese enterado de vuestra intención.

-¿Fuisteis a Belle-Isle sin saber nada?

-De vos, sí. ¿Cómo diantres queréis que me figurase encontrar a Aramis convertido en ingeniero, hasta el punto de fortificar como Polibio o Arquímedes?

-Verdad es; no obstante, confesad que allá me adivinasteis.

-¡Oh! Sí.

-¿Y a Porthos también?

-Amigo querido, yo no adiviné que Aramis fuese ingeniero. Tampoco pude adivinar que Porthos lo fuese. Hay un proverbio latino que dice: "El poeta nace, el orador se hace". Pero jamás se ha dicho: "Se nace Porthos, y se hace ingeniero."

-Siempre lucís vuestro ingenio -dijo con frialdad Aramis-. Prosigo.

-Proseguid.

-Cuando os hicisteis dueño de nuestro secreto, os apresurasteis a ponerlo en conocimiento del rey.

-Y corrí tanto más aprisa, mi buen amigo, cuanto mayor vi que era vuestra precipitación. Cuando un hombre, que como Porthos, pesa doscientas cincuenta y ocho libras, corre la posta; cuando un prelado gotoso (dispensad, vos sois el que me lo ha dicho) cuando un prelado, repito, traga, por decirlo así, el camino, nada tiene de extraño que pensara que esos dos amigos, que no quisieron avisarme, me ocultaban cosas de gran importancia, y a fe mía corrí con tanta celeridad como me lo permitían mis pocas carnes y el no tener gota.

-¿Pero no reflexionásteis que pudisteis hacernos a Porthos y a mí un flaco servicio?

-Sí que lo reflexioné; mas tanto Porthos como vos me obligásteis a hacer un papel bien triste en Belle-Isle.

-Perdonadme -dijo Aramis.

-Excusadme -dijo Artagnan.

-¿De modo -prosiguió Aramis-, que en la actualidad lo sabéis todo?

-No, a fe mía.

-¿Sabéis que tuve que avisar al señor Fouquet a fin de que se anticipase a vos cerca del rey?

-Eso es lo que encuentro obscuro.

-No hay tal. ¿No sabéis que el señor Fouquet tiene enemigos?

-¡Oh, sí!

-Y especialmente tiene uno ...

-¿Peligroso?

-¡Mortal! Pues bien, para combatir la influencia de ese enemigo, quiso el señor Fouquet dar pruebas al rey de grande adhesión y de grandes sacrificios, y le preparó una sorpresa a Su Majestad con el ofrecimiento de Belle-Isle. Llegando vos a París el primero, la sorpresa quedaba frustrada... Podía parecer que cedíamos al temor.

-Comprendo.

-Ahí tenéis todo el misterio -dijo el obispo, satisfecho de haber convencido al mosquetero.

-Sólo que lo más sencillo -dijo éste- hubiera sido llamarme aparte en Belle-Isle y decirme: "Querido amigo: estamos fortificando a Belle-Isle-en-Mer para ofrecérsela al rey. Hacednos el favor de decirnos por cuenta de quién venís. ¿Sois amigo del señor Fouquet o del señor Colbert?" Quizá no hubiera contestado nada; pero hubiérais añadido: "¿Sois amigo mío?' Y yo os hubiese dicho: "Sí." Aramis bajó la cabeza.

-De esa manera -continuó Artagnan- me habríais atado las manos, y hubiera dicho al rey. "Señor, vuestro superintendente fortifica Belle-Isle, y muy bien; pero aquí tenemos este mensaje de que me ha encargado el gobernador de Belle-Isle para Vuestra Majestad." O bien: "Aquí tenéis una visita del señor Fouquet relacionada con sus intenciones." Así no habría hecho yo un papel tonto, vosotros habríais gozado de vuestra sorpresa, y no tendríamos necesidad ahora de mirarnos de reojo al hablamos.

-Mientras que en la actualidad -repuso Aramis-, habéis procedido como amigo del señor Colbert. ¿Sois, en efecto, amigo suyo?

-¡No, a fe mía! -exclamó el capitán-. El señor Colbert es un pedante, y le odio como odiaba a Mazarino, pero sin temerle.

-Pues bien, yo -dijo Aramis- quiero al señor Fouquet, y soy completamente suyo. Ya conocéis mi posición... No tengo bienes... El señor Fouquet me ha procurado beneficios, un obispado: el señor Fouquet me ha obligado como hombre muy cumplido, y me acuerdo todavía bastante del mundo para saber apreciar un buen proceder. De consiguiente, el señor Fouquet me ha ganado el corazón, y me he consagrado a su servicio.

-Y habéis hecho muy bien: tenéis en él un buen amo.

Aramis mordióse los labios.

-Creo que el mejor de cuantos pueden tenerse.

Aquí hizo una pausa.

Artagnan se guardó mucho de interrumpirle.

-Ya os habrá dicho Porthos cómo se ha visto mezclado en todo esto.

-No -dijo Artagnan-; si bien es cierto que soy curioso, nunca pregunto a un amigo cuando conozco que éste quiere ocultarme su verdadero secreto.

-Pues voy a decíroslo.

-No os molestéis, si esa confidencia me compromete a algo.

-¡Oh! Nada temáis. Porthos es el hombre a quien más he querido, porque es sencillo y bueno; Porthos es un alma recta. Desde que soy obispo busco los caracteres sencillos, que me hacen amar la verdad, aborrecer la intriga.

Artagnan se atusó el bigote. -Hice buscar a Porthos; estaba ocioso, y su presencia me recordaba mis bellos días de otra época, sin desviarme por eso del bien. Llamé a Porthos a Vannes. El señor Fouquet, que me quiere, sabiendo lo mucho que yo amaba a Porthos, le prometió la orden para la primera promoción. Ahí tenéis todo el secreto.

-No abusaré de él.

-Lo sé, pues nadie sabe mejor que vos lo que es el verdadero honor.

-Me precio de ello, Aramis.

-Ahora...

Y el obispo miró a su amigo hasta el fondo del alma.

-Ahora, hablemos de nosotros y por nosotros. ¿Queréis ser amigo del señor Fouquet? No me interrumpáis antes de saber lo que eso significa.

-Escucho.

-¿Queréis ser mariscal de Francia, par, duque, y poseer un ducado de un millón?

-Pero, amigo mío -replicó Artagnan-, para obtener todo eso, ¿qué es necesario hacer?

-Ser el hombre del señor Fouquet.

-Es que yo soy el hombre del rey, querido amigo.

-Pero presumo que no exclusivamente.

-¡Oh! Artagnan no es más que uno.

-Es natural que tengáis una ambición correspondiente a vuestro gran corazón.

-Sí que la tengo.

-Entonces. . .

-Sí, deseo ser mariscal de Francia; pero el rey me hará mariscal, duque, par; el rey me dará todo eso.

Aramis fijó en Artagnan su mirada penetrante.

-¿Pues no es el rey el amo? -añadió Artagnan.

-Nadie lo duda; pero Luis XIII era también el amo.

-¡Oh querido! Es que entre Richelieu y Luis XIII no había un Artagnan -dijo tranquilamente el mosquetero.

-Mirad que alrededor del rey hay innumerables piedras en que tropezar.

-No para el rey.

-Sin duda; pero...

-Mirad, Aramis, observo que todo el mundo piensa en sí propio, y nunca en ese principillo; pues yo quiero sostenerme, sosteniéndole a él.

-¿Y la ingratitud?

-¡Los débiles son quienes la temen!

-¿Estáis bien seguro de vos?

-Creo que sí.

-Pero el rey puede no necesitaros.

-Creo que me necesita más que nunca. Y si no, en el caso de tener que prender a un nuevo Condé, ¿quién le prendería? Esta ... ésta sola en Francia.

Y Artagnan golpeó su espada.

-Tenéis razón -dijo Aramis, palideciendo.

Y se levantó y apretó la mano a Artagnan.

-Están dando el último aviso para la cena -dijo el capitán de mosqueteros-; permitidme...

Aramis rodeó con su brazo el cuello del mosquetero, y le dijo: -Un amigo como vos es la más hermosa joya de la corona real. En seguida se separaron.

"Bien decía yo -dijo para sí Artagnan- que aquí había algo." "Hay que apresurarse a dar fuego a la pólvora -dijo Aramis-, pues Artagnan ha descubierto la mecha."

XVI
MADAME Y GUICHE

Hemos visto que el conde de Guiche se había marchado del salón el día en que Luis XIV ofreció con tanta galantería a La Valliére los maravillosos brazaletes ganados en la lotería.

El conde permaneció paseando por algún tiempo fuera de Palacio, devorado su corazón por mil sospechas e inquietudes.

Después se le vio acechar en la terraza, frente a los tresbolillos, la salida de Madame.

Pasó una media hora larga. Sólo enteramente, no podía tener pensamientos más halagüeños.

Sacó su librito de memorias del bolsillo, y, después de muchas dudas, se decidió a escribir estas palabras:

"Señora: Os suplico que me concedáis un minuto de conversación. No os alarméis por esta petición, que nada ajena es al profundo respeto con que, etc., etc."

Firmaba esta rara súplica, doblada en forma de billete amoroso, cuando vio salir del palacio varias mujeres, luego algunos hombres, y en una palabra, casi toda la tertulia de la reina.

Vio a la misma La Valliére, y también a Montalais, hablando con Malicorne.

Distinguió hasta el último de los convidados que poco antes poblaban el gabinete de la reina madre.

Madame no había pasado; pero por fuerza tenía que atravesar aquel patio para volver a su cuarto, y

Guiche espiaba el patio desde la terraza.

Por último, vio salir a Madame con dos pajes que llevaban los hachones.

Caminaba de prisa, y cuando llegó a su puerta gritó:

-Pajes, que vayan a informarse dónde está el señor conde de Guiche. Tiene que darme cuenta de una comisión. Si está desocupado, decidle que haga el favor de venir a verme.

Guiche permaneció mudo y ocultó en la sombra; pero apenas entró Madame, se lanzó de la terraza, bajando aprisa los escalones, y tomó el aire más indiferente para hacerse encontrar por los pajes, que corrían ya hacia su cuarto.

"¡Ah! ¡Madame me manda buscar!", se dijo, todo emocionado. Y guardóse el billete, qué había llegado a ser inútil.

-Conde -dijo uno de los pajes divisándole-, fortuna ha sido encontraros.

-¿Qué hay señores?

-Una orden de Madame.

-¿Una orden de Madame? -dijo Guiche con aire de sorpresa.

-Sí, conde, Su Alteza Real desea veros; según nos ha dicho, tenéis que darle cuenta de una comisión. ¿Estáis libre?

-Estoy a las órdenes de Su Alteza Real.

-Pues tened a bien seguirnos. Cuando Guiche subió a la habitación de la princesa, encontró a ésta pálida y agitada.

Montalais permanecía a la puerta, algo quieta por lo que pasaría con el anillo de Madame.

Guiche se presentó.

-¡Ah! ¿Sois vos señor de Guiche? -preguntó Madame-. Tened a bien entrar... Señorita de Montalais, a terminado vuestro servicio.

Montalais, más alarmada aún, saludó y salió.

Los dos interlocutores quedaron solos.

El conde tenía toda la ventaja de su parte, pues Madame era la que le había dado la cita. ¿Mas cómo podía el conde aprovecharse de aquella ventaja? ¡Era tan fantástica Madame! ¡Tenía un carácter tan veleidoso Su Alteza Real!

Bien lo manifestó, porque, abordando al punto la conversación:

-Conde -le dijo-, ¿no tenéis nada que decirme?

Supuso Guiche que Madame había adivinado su pensamiento, y, como los que aman son crédulos y ciegos, como poetas o profetas, creyó que ella sabía los deseos que tenía de verla y la causa de esos deseos.

-Sí, señora -dijo-, y encuentro eso muy extraño.

-¡El asunto de los brazaletes! -exclamó Madame con viveza-. ¿No es eso?

-Sí, señora.

-¿Creéis que el rey esté enamorado? Decid.

Guiche miróla con detención; ella bajó los ojos ante aquella mirada que penetraba hasta el corazón.

-Creo -dijo- que el rey puede haber tenido el designio de atormentar a alguien; de no ser así, no se habría mostrado tan solícito como le vimos, ni se habría arriesgado a comprometer, por capricho, a una joven hasta ahora inaccesible.

-¡Bien! ¿Esa descarada? -dijo altivamente la princesa.

-Puedo asegurar a Vuestra Alteza Real -dijo Guiche con respetuosa firmeza- que la señorita de La Valliére es amada por un joven dignísimo porque es un cumplido caballero.

-¡Oh! ¿Habláis de Bragelonne?

-Mi amigo, sí, señora.

-Y bien, aun cuándo sea amigo vuestro, ¿qué le importa al rey?

-El rey sabe que Bragelonne está comprometido con la señorita de La Valliére; y, como Raúl ha servido al rey valerosamente, no es de presumir que el rey vaya a causar una desgracia irreparable.

Madame prorrumpió en carcajadas que hirieron a Guiche dolorosamente.

-Os repito, señora, que no considero al rey enamorado de La Valliére, y la prueba de que no lo creo, es que quería preguntaros a quién puede desear Su Majestad herir el amor propio en esta circunstancia. Vos, que conocéis la Corte, me ayudaréis a encontrar esa persona, con tanto mas vivo motivo, cuanto que, según todos dicen, Vuestra Alteza Real está en gran intimidad con el rey.

Madame se mordió los labios, y, a falta de buenas razones, cambió de conversación.

-Probadme -dijo, fijando en él una de esas miradas en las que el alma parece pasar toda entera-, probadme que deseábais hablarme a mí, que os he llamado.

Guiche sacó de su librito de memorias lo que había escrito, y se lo enseñó.

-Simpatía -dijo Madame.

-Sí -repuso el conde con insuperable ternura-, sí, simpatía; pero yo os he explicado cómo y por qué os buscaba; vos, señora, aún no me habéis dicho para qué me habéis hecho llamar.

-Es verdad.

Y pareció vacilar.

-Esos brazaletes me harán perder la cabeza -añadió de repente.

-¿Esperábais vos que el rey os los ofreciese? -replicó Guiche.

-¿Por qué no?

-Pero antes que a vos, señora, antes que a su cuñada, ¿no tenía el rey a la reina?

-Y antes que a La Valliére -exclamó la princesa, resentida-, ¿no me tenía a mí, no tenía a toda la Corte?

-Os aseguro, señora -dijo respetuosamente el conde-, que si os oyesen hablar de esa manera, si viesen vuestros ojos enrojecidos, y, Dios me perdone, esa lágrima, que asoma por vuestras pestañas... ¡oh, sí todo el mundo diría que Vuestra Alteza Real está celosa!

-¡Celosa! -murmuró la princesa con altivez-. ¿Celosa yo de La Valliére?

Madame esperaba sojuzgar a Guiche con aquel ademán altivo y aquel tono orgulloso.

-Celosa de La Valliére, sí, señora -repitió el conde con energía.

-Creo, señor -balbució la princesa-, que os permitís insultarme.

-Yo no lo creo, señora -dijo el conde algo agitado, pero resuelto a domar aquella fogosa cólera.

-¡Salid! -gritó la condesa en el colmo de la exasperación, pues tanta era la rabia que le causaban la sangre fría y el respeto mudo de Guiche.

El conde retrocedió un paso, hizo un saludo con lentitud, se irguió, blanco como los encajes de sus puños, y con voz ligeramente alterada:

-No valía la pena -dijo- de que me apresurase para sufrir esta injusta desgracia.

Y le volvió la espalda sin precipitación.

No había aún dado cinco pasos, cuando corrió a él Madame como un tigre, y cogiéndole de una manga le hizo volver.

-El respeto que me afectáis -repuso trémula de rabia-, es más insultante que el insulto. ¡Vamos, insultadme, pero, al menos, hablad!

-Y vos, señora -dijo afablemente el conde desenvainando su espada-, atravesadme el corazón, pero no me hagáis morir a fuego lento.

Madame conoció en la mirada que Guiche fijó sobre ella, mirada llena de amor, de resolución y hasta de desesperación, que un hombre tan tranquilo en apariencia se atravesaría el pecho con la espada, si ella añadía una palabra.

Arrancóle el acero de las manos, y, apretándole el brazo con un delirio que podía pasar por ternura.

-Conde -dijo-, excusadme. Veis lo que sufro, y no tenéis misericordia de mí.

Las lágrimas, última crisis de aquel acceso, ahogaron su voz. Guiche, viéndola llorar, tomóla en sus brazos y la llevó hasta el sillón, oprimido todavía su corazón.

-¿Por qué -murmuró a sus pies-, por qué no me contáis vuestras penas? ¿Amáis a alguien? ¡Decídmelo! Yo moriré, pero será después de haberos aliviado, consolado y hasta servido.

-¡Oh! ¿Tanto me amáis? -replicó ella vencida.

-Os amo hasta ese extremo; sí señora.

Ella le abandonó sus manos. -Amo, efectivamente -murmuró la princesa en voz tan baja que nadie hubiera podido oírla. Guiche la oyó.

-¿Al rey? -dijo.

La princesa movió la cabeza, y su sonrisa fue como esos claros que forman las nubes, por entre los cuales, después de la tempestad, cree uno ver abrirse el paraíso.

-Pero -repuso-, hay otras pasiones en un corazón bien nacido. El amor, es la poesía; pero la vida de ese corazón, es el orgullo. Conde, yo he

nacido sobre el trono, y tengo el orgullo y dignidad propios de mi jerarquía. ¿Por qué el rey trata de acercar al su lado a personas indignas de él?

-¡Todavía, señora! -exclamó el conde-. ¿No reparáis que estáis maltratan o a esa infeliz muchacha que va a se esposa de mi amigo?

-¿Y sois tan simple para creer eso?

-Si no creyera -dijo Guiche muy pálido-, haría avisar inmediatamente a Bragelonne; sí, si creyese que esa pobre La Valliére había olvidado los juramentos que ha hecho a Raúl... Pero, no, sería una infamia vender el secreto de una mujer; sería un gran crimen turbar la tranquilidad de un amigo.

-¿Creéis, según eso -repuso la princesa, con un salvaje estallido de risa-, que la ignorancia sea una dicha?

-Lo creo -replicó él.

-¡Pues probadlo, probadlo! -dijo Madame con viveza.

-Nada mas fácil; señora, la Corte toda ha dicho que el rey os amaba, y que amabais al rey.

-¿Y qué? -dijo la princesa respirando penosamente.

-Suponed que Raúl, mi amigo, hubiese venido a decirme: "¡Sí, el rey ama a Madame; sí, el rey ha logrado ganarse el corazón de Madame!..." ¡Tal vez habría matado a Raúl!

-Hubiera sido preciso -dijo la princesa con esa obstinación de las mujeres que se consideran inexpugnables-, que el señor de Bragelonne hubiera tenido pruebas para hablaros así.

-De todos modos -respondió Guiche suspirando-, ello es que, no habiendo sido advertido, nada he profundizado, y hoy mi ignorancia me ha salvado la vida.

-Veo que lléváis hasta tal extremo el egoísmo y la frialdad -dijo Madame-, que dejaréis a ese desgraciado joven continuar amando a La Valliére.

-Hasta el día en que sepa que La Valliére es culpable, sí, señora.

-¡Pero, ¿y los brazaletes?

-¡Ay, señora! Ya que vos esperabais recibirlos del rey, ¿qué hubiera yo podido decir?

El argumento era poderoso; la princesa se sintió vencida, hasta el punto de no volver a recobrarse más.

Pero, como tenía el alma llena de nobleza y un entendimiento claro, comprendió toda la delicadeza de Guiche.

Leyó evidentemente en. su corazón que sospechaba que el rey amaba a La Valliére, y no quiso valerse de ese expediente vulgar, que consiste en arruinar a un rival en el ánimo de una mujer, dando a ésta la certeza de que ese rival corteja a otra mujer.

Adivinó que sospechaba de La Valliére, y que, para darle tiempo a convertirse, a fin de que no se perdiese para siempre, se reservaba alguna gestión directa o algunas observaciones más claras.

Leyó, en fin, tanta grandeza real, tanta generosidad en el corazón de su amante, que sintió abrasarse el suyo al contacto de una llama tan pura. Guiche, conservándose, aun a riesgo de desagradar, hombre de lealtad, se elevaba a clase de héroes, . y la reducía al estado de mujer celosa y mezquina.

Y le amó tan intensamente, que no pudo menos de darle un testimonio de ello.

-He ahí una porción de palabras perdidas -dijo tomándole una mano-: sospechas, inquietudes, desconfianzas, dolores... creo que todos esos nombres hemos pronunciado.

-¡Ay! Sí, señora.

-Borradlas de vuestro corazón, como yo lo hago del mío. Conde, que La Valliére ame o no al rey, que el rey ame o no a La Valliére, hagamos desde este momento una distinción en nuestros dos papeles... ¿Por qué abrís tanto los ojos? Apuesto a que no me comprendéis.

-Sois tan viva, señora, que temo siempre desagradaros.

-¡No tembléis así bello asustado! -dijo ella con encantadora jovialidad- Sí, señor, tengo que desempeñar dos papeles ... Soy la hermana del rey, y la cuñada de su esposa. Con este título, ¿no es lógico que me mezcle en las intrigas del matrimonio?... ¿Qué decís?

-Lo menos posible, señora.

-Convengo en ello, mas ésta es una cuestión de dignidad; además, soy la esposa de Monsieur.

Guiche suspiró.

-Lo cual -repuso la princesa con ternura- debe induciros a hablarme siempre con el más soberano respeto.

-¡Oh! -murmuró el conde, cayendo a sus pies, que besó como si fueran los de una divinidad.

-En verdad -murmuró la princesa-, creo que tengo todavía otro papel... Ya lo olvidaba.

-¿Cuál, cuál?

-Soy mujer -dijo más bajo todavía-. Amo.

El conde se incorporó. Ella le abrió los brazos; sus labios se tocaron.

Oyéronse pasos detrás de la tapicería. Montalais llamó.

-¿Qué hay, señorita? -preguntó Madame.

-Buscan al señor de Guiche -respondió Montalais, la cual tuvo tiempo `de observar todo el desorden de los actores de aquellos cuatro papeles, pues Guiche había constantemente desempeñado el suyo con la mayor heroicidad.

XVII
MONTALAIS Y MALICORNE

Montalais tenía razón. El señor de Guiche, llamado por todas partes, estaba muy ex pues , por la multiplicidad misma de os asuntos, a no contestar en ninguna.

Así sucedió que Madame, tal es la fuerza de las situaciones débiles, no obstante su orgullo ofendido, a pesar de su cólera interior, nada pudo decir, al menos por aquel instante, a Montalais, que acababa de infringir con tan osadía la consigna casi real que la había alejado.

Guiche perdió también la cabeza, o mejor dicho, la había perdido ya antes de la llegada dé Montalais: porque, no bien oyó la voz de la joven, sin despedirse de Madame, como exigía la más elemental cortesía, aun entre

iguales, huyó, con el corazón encendido y la cabeza loca, dejando a la princesa con una mano levantada y haciendo un ademán de despedida.

Y era que Guiche podía decir, como dijo Querubín cien años después, que llevaba en los labios dicha para una eternidad.

Montalais halló, pues, a los dos amantes en gran desorden; desorden en el que huía y desorden en la que quedaba.

La joven murmuró entonces, echando en torno suyo una mirada investigadora:

-Creo que por ahora sé cuanto podía desear saber la mujer más curiosa.

Madame se quedó tan turbada con aquella mirada inquiridora, que, como si hubiera oído el aparte de Montalais, no dijo una palabra a su camarista, y, bajando la cabeza, pasó a su alcoba.

Viendo lo cual Montalais, se puso a escuchar.

Entonces oyó que Madame corría los cerrojos de su habitación. Comprendió por ese ruido que tenía la noche por suya, y, haciendo en dirección a la puerta que acababa de cerrarse un ademán bastante irreverente que quería decir: "¡Buenas noches, princesa!" bajó a reunirse otra vez con Malicorne, que se hallaba a la sazón muy ocupado en seguir con la vista un correo polvoriento que salía del aposento del conde de Guiche.

Montalais conoció que Malicorne tenía entre manos alguna obra de importancia, y le dejó tender la vista y alargar el cuello. Después que Malicorne volvió a tomar su posición natural, le dio un golpecito en el hombro.

-¡Hola! -preguntó Montalais-. ¿Qué hay de nuevo?

-El señor de Guiche ama a Madame -dijo Malicorne.

-¡Noticias frescas! Yo sé algo más nuevo.

-¿Y qué sabéis?

-Que Madame ama al señor de Guiche.

-Lo uno es consecuencia de lo otro.

-No siempre, mi buen señor.

-¿Decís eso por mí?

-Las personas presentes quedan siempre exceptuadas.

-Gracias -contestó Malicorne-. ¿Y por la otra parte?

-El rey quiso esta noche, después de la lotería, ver a la señorita de La Valliére.

-¿Y la ha visto?

-No.

-¿Cómo que no?

-La puerta estaba cerrada.

-De modo que...

-De modo que el rey se volvió todo corrido, como ladrón que ha olvidado sus instrumentos.

-Bien.

-¿Y por la otra parte? -dijo Montalais.

-El correo que acaba de llegar para el señor de Guiche es enviado por el señor Bragelonne.

-¡Bueno! -dijo Montalais dando una palmada.

-¿Por qué bueno?

-Porque tenemos ocupación. Si ahora nos aburrimos, grande será nuestra desgracia.

-Importa dividirnos el trabajo -dijo Malicorne-, a fin de evitar confusión.

-Nada más sencillo -replicó Montalais-. Tres intrigas un poco animadas, manejadas con cierta cautela, dan una con otra, echándolo por lo corto, tres billetes por día.

-¡Oh! -exclamó Malicorne encogiéndose de hombros-. No tenéis en cuenta, amigo, que tres billetes al día es propio de gente vulgar. Un mosquetero de servicio, una muchacha en el convento, cambian su billete cotidiano por encima de la escala o por el agujero hecho en la pared. En un billete se encierra toda la poesía de esos pobres corazoncitos. Pero, entre nosotros... ¡Oh! ¡Qué poco conocéis la ternura real, amiga mía!

-Vamos, concluid -dijo impacientemente Montalais-. Mirad que puede venir alguien.

-¡Concluir! No estoy más que en la narración. Me quedan aún tres puntos que tocar.

-¡Me haréis morir con vuestra cachaza de flamenco! -murmuró Montalais.

-Y vos me haréis perder la cabeza con vuestras vivacidades de italiana. Os decía, pues, que nuestros enamorados se escribirán volúmenes. ¿Pero adónde vais a parar?

-A esto: que ninguna de nuestras damas puede conservar las cartas que reciba.

-Está claro.

-Que el señor de Guiche no se atreverá tampoco a guardar las suyas.

-Es probable.

-Pues bien, yo guardaré todo eso.

-Ved ahí lo que es imposible -dijo Malicorne.

-¿Y por qué?

-Porque no estáis en casa propia; porque vuestra habitación es común a La Valliére y a vos; porque se hacen con frecuencia visitas y registros en el cuarto de una camarista, y porque temo mucho a la reina, celosa como una española, a la reina madre celosa como dos españolas, y, finalmente, a Madame celosa como diez españolas.

-Me parece que olvidáis a alguien.

-¿A quién?

-A Monsieur.

-Solamente hablaba de las mujeres. Clasifiquemos, pues, a Monsieur con el número 1.

-Nº 2, Guiche.

-Nº 3, el vizconde de Bragelonne.

-Nº 4, el rey.

-¿El rey?

-Ciertamente, el rey, que será no sólo mas celoso, sino más poderoso que todos. ¡Ay, querida!

-¿Qué más?

-¡En qué avispero os habéis metido!

-No mucho todavía, si queréis seguirme...

-Sí que lo quiero. No obstante...

-No obstante...

-Puesto que aún es tiempo, creo que lo más prudente sería retroceder.

-Y yo, antes bien, creo que lo más prudente será ponernos de golpe frente de todas esas intrigas.

-No creo que podáis manejarlas.

-Con vos sería capaz de manejar diez. Ese es mi elemento, pues he nacido para vivir en la Corte, como la salamandra en el fuego.

-Vuestra comparación no me calma, querida amiga. He oído decir a sabios muy sabios, en primer lugar que no hay tales salamandras, y que si las hubiese, quedarían perfectamente asadas al salir del fuego.

-Vuestros sabios podrán ser muy sabios en materia de salamandras, pero vuestros sabios no os dirán lo que yo voy a decir ahora mismo, y es que Aura de Montalais está llamada a ser, antes de un mes, el primer diplomático de la corte francesa.

-Bien,o a condición de que yo sea el segundo.

-Esta dicho: alianza ofensiva y defensiva, entiéndase.

-Lo que os aconsejo es que desconfiéis de las cartas.

-Os las entregaré conforme me las vayan dando.

-¿Qué diremos al rey de Madame?

-Que Madame sigue amando al rey.

-¿Qué diremos a Madame del rey?

-Que haría mal en no contemplarle.

-¿Qué diremos a La Valliére de Madame?

-Todo cuanto queramos, pues es nuestra.

-¿Nuestra?

-Doblemente.

-¿Cómo es eso?

-Por el vizconde de Bragelonne, primero.

-Explicaos.

-Supongo no habréis olvidado que el señor de Bragelonne ha escrito muchas cartas a la señorita de La Valliére.

-Yo no olvido nada.

-Esas cartas era yo quien las recibía y quien las guardaba.

-¿Y por consiguiente las tendréis?

-Las tengo.

-¿Dónde? ¿Aquí?

-¡Oh, no! Las tengo en Blois, en el cuartito que ya sabéis.

-Cuartito querido, cuartito amoroso, antecámara del palacio que os haré habitar un día. Pero, perdón; ¿decís que todas esas cartas están en ese cuartito?

-Sí.

-¿No las guardábais en un cofre.

-Sí, por cierto; en el mismo cofre en que guardaba las que vos me remitíais, y donde depositaba las mías cuando vuestros asuntos os impedían acudir a la cita.

-¡Ah! Perfectamente -dijo Malicorne.

-¿Qué significa esa satisfacción?

-Significa que nos ahorramos ir a Blois por las cartas. Las tengo aquí.

-¿Habéis traído el cofre?

-Lo apreciaba mucho viniendo de vos.

-Pues tened cuidado; el cofre guarda originales que tendrán gran precio más adelante.

-Lo sé muy bien, ¡diantre!, y por eso mismo me río, y con toda mi alma.

-Ahora, una última palabra.

-¿Por qué una última?

-¿Necesitamos auxiliares?

-Ninguno.

-Criados, criadas...

-¡Malo, detestable! Vos misma daréis y recibiréis las cartas. ¡Oh! Nada de orgullo: sin lo cual, no haciendo sus negocios por sí mismo, el señor Malicorne y la señorita Aura se verán reducidos a verlos hacer por otros.

-Tenéis razón; pero, ¿qué pasa en el aposento del señor de Guiche?

-Nada; el conde abre su ventana.

-Marchémonos.

Y los dos desaparecieron; la conjuración estaba anudada.

La ventana que acababa de abrirse era, en efecto, la del conde de Guiche.

Pero, como podrían pensar tal vez los que no están en antecedentes, no era sólo por ver la sombra de, Madame a través de las cortinas por lo que el conde asomábase a la ventana; su preocupación no era del todo amorosa. Según hemos dicho, acababa de recibir un correo, el cual le había sido enviado por Bragelonne. Bragelonne había escrito a Guiche.

Este había leído y releído la carta; carta que le había hecho gran impresión.

-¡Extraño! ¡Muy extraño! -murmuraba-. ¡Por qué medios tan poderosos lleva el destino a los hombres a sus fines!

Y, apartándose de la ventana para aproximarse a la luz, leyó por tercera vez aquella carta, cuyas líneas abrasaban a la vez su mente y sus ojos.

"Calais.

"Mi estimado conde: He encontrado en Calais al señor de Wardes, que salió herido gravemente en un lance con el señor de Buckingham. "No ignoráis que Wardes es hombre valiente, pero rencoroso y de mala índole.

"Me ha hablado de vos, hacia quien dice siente gran inclinación, y de Madame, que encuentra hermosa y amable.

"Ha adivinado vuestro amor por la persona que sabéis.

"También me ha hablado de una persona a quien amo, y me ha manifestado el más vivo interés, compadeciéndome mucho, pero todo ello con rodeos, que me asustaron en un principio, y que concluí luego por tomar como resultado de sus hábitos de misterio.

"El hecho es éste:

"Parece que ha recibido noticias de la Corte. Ya comprenderéis que no ha podido ser sino por conducto del caballero de Lorena.

"Se habla, dicen esas noticias, de un cambio efectuado en los sentimientos del rey.

"Ya sabéis a lo que eso hace relación.

"Además, decían las noticias, se habla de una camarista que da pábulo a la maledicencia.

"Estas frases vagas no me han permitido dormir. He deplorado mucho que mi carácter, recto y débil, a pesar de cierta obstinación, me haya dejado sin réplica a esas insinuaciones.

En una palabra, el señor de Wardes marcha a París y no he querido retrasar su partida con explicaciones. Además, confieso que me parecía duro atormentar a un hombre cuyas heridas apenas están cerradas.

"Viaja, pues, a jornadas cortas. y va para asistir, según dice, al curioso espectáculo que no puede menos de ofrecer la Corte dentro de poco tiempo.

"Añadió a estas palabras algunas felicitaciones, y luego ciertas condolencias. Ni unas ni otros he podido comprender. Hallábame aturdido por mis pensamientos y por mi desconfianza hacia ese hombre: desconfianza que, como sabéis mejor que nadie, jamás he podido vencer.

"Pero, luego que se marchó, mi espíritu se calmó algún tanto.

"Es imposible que un carácter como el de Wardes no haya infiltrado algo de su malignidad en las relaciones que hemos tenido juntos.

"Es imposible, por consiguiente, que en todas las palabras misteriosas que me ha dicho el señor de Wardes, no haya un sentido misterioso que pueda aplicarme a mí mismo o a quien sabéis.

"Precisado a marchar con toda la prontitud para obedecer al rey, no he pensado en ir tras de alardes para obtener la explicación de sus reticencias; pero os envío un correo con esta carta que os expondrá todas mis dudas. Vos, a quien considero como otro yo, haréis lo que os parezca mejor.

El señor de Wardes llegará dentro de poco; procurad saber lo que ha deseado decir, si es que no lo sabéis ya.

"Por lo demás, el señor de alardes ha sostenido que el señor de Buckingham había salido de París muy satisfecho de Madame; asunto es éste que me habría hecho tirar inmediatamente de 1 espada, a no ser por la obligación en que me considero de antepone ante todo el servicio del rey.

"Quemad esta carta, que os entregará Olivain.

"Quien dice Olivain, dice la seguridad.

"Tened a bien, apreciado conde, hacer presente mis afectuosos recuerdos a la señorita de La Valliére, cuyas manos beso respetuosamente.

"Recibid un abrazo de vuestro afectísimo

"VIZCONDE DE BRAGELONNE.

"P. D. Si ocurriera alguna cosa grave, pues todo debe preverse, querido amigo, enviadme un correo con esta sola palabra: Venid, y me hallaré en París treinta y seis horas después de haber recibido vuestra carta."

Guiche suspiró, dobló la carta por tercera vez, y, en vez de quemarla como le encargaba Raúl, se la puso en el bolsillo.

Necesitaba leerla y releerla todavía.

-¡Qué confusión y qué confianza a la vez! -murmuró el conde-. Toda el alma de Raúl está en esta carta. ¡Olvida en ella al conde de la Fére, y habla de su respeto hacia Luisa! ¡Me da a mí un aviso y me suplica por él! ... ¡Ah! -prosiguió Guiche con un gesto amenazador-. ¿Os mezcláis en mis asuntos, señor de Wardes? Pues bien, yo me ocuparé de los vuestros. En cuanto a ti, pobre Raúl, tu corazón me deja un depósito sobre el cual yo velaré, pierde cuidado.

Hecha esta promesa, pasó Guiche recado a Malicorne para que fuese a verle sin tardanza, si era posible.

Malicorne acudió con una actividad que era el primer resultado de su conversación con Montalais.

Cuanto más preguntó Guiche, que creíase a cubierto, Malicorne, que trabajaba a la sombra, más comprendió a su interlocutor.

De aquí resultó que, después de un cuarto de hora de conversación, durante la cual creyó Guiche haber descubierto toda la verdad acerca de La Valliére y del rey, no supo nada más que lo que había visto por sus propios ojos, mientras que Malicorne supo o adivinó que Raúl desconfiaba desde lejos, y que Guiche iba a velar sobre el tesoro de las Hespérides.

Malicorne aceptó el papel de dragón.

Guiche creyó haber hecho cuanto había que hacer en favor de su amigo, y no se ocupó más que de sí propio.

Anunciáse en la noche siguiente la vuelta de Wardes, y su primera aparición en el aposento del rey.

Después de su visita debía el convaleciente ir a la habitación de Monsieur.

Guiche fue a ver a Monsieur una hora antes.

XVIII
RECIBIMIENTO DE WARDES EN LA CORTE

Monsieur acogió a Wardes con aquel favor particular que la necesidad de esparcir el ánimo aconseja a todo carácter ligero hacia cualquier novedad que se presenta. Wardes, a quien hacía más de un mes no se le veía en la Corte, era fruta nueva. Agasajarle, era cometer una infidelidad con los antiguos, y una infidelidad tiene siempre su encanto; además, aquello era hacerle una reparación. Monsieur le trató, pues, del modo más favorable.

El caballero de Lorena, que temía mucho a aquel rival, pero que respetaba aquella segunda naturaleza en todo semejante a la suya, más el valor, prodigó a Wardes atenciones aún más exageradas que las que le había mostrado Monsieur.

Guiche estaba allí, como hemos dicho, pero se mantenía algo apartado, aguardando con impaciencia que terminasen todos aquellos abrazos.

Wardes, sin dejar de conversar con los demás, y hasta con Monsieur mismo, no había perdido de vista a Guiche; su instinto le decía que estaba allí por él.

Así fue, que se dirigió a Guiche inmediatamente que terminó con los demás.

Los dos cambiaron entre sí los cumplidos más corteses; después de lo cual, Wardes volvió a acercarse de nuevo a Monsieur y a otros gentileshombres.

En medio de todas aquellas felicitaciones de bienvenida, anunciaron a Madame.

Madame había sabido la llegada de Wardes y estaba enterada de los pormenores de su viaje, y de su duelo con Buckingham. Por eso no le disgustó estar presente a las primeras palabras que pronunciara el que sabía era enemigo suyo.

Acompañábanla dos o tres camaristas.

Wardes hizo a Madame los más corteses saludos, y anunció, de buenas a primeras para empezar las hostilidades, que estaba pronto a dar noticias del señor de Buckingham a sus íntimos.

Era aquélla una respuesta directa a la frialdad con que Madame le había recibido.

El ataque era vivo; Madame sintió el golpe sin aparentar haberla recibido, y dirigió rápidamente sus ojos a Monsieur y a Guiche.

Monsieur enrojeció, Guiche palideció.

Madame fue la única que no cambió de fisonomía; pero, comprendiendo los muchos disgustos que podía ocasionarle aquel enemigo con las dos personas que le oían, se inclinó sonriendo hacia el viajero.

El viajero hablaba de otra cosa. Madame era valiente hasta la imprudencia: toda retirada hacíale avanzar más. Después de la primera opresión del corazón, volvió a la carga.

-¿Habéis padecido mucho con vuestras heridas, señor de Wardes? -preguntó-. Porque hemos sabido que habíais tenido la mala suerte de salir herido.

Aquella vez tocó a Wardes resentirse; y se mordió los labios.

-No, señora -contestó-; casi nada.

-Sin embargo, con este horrible calor...

-El aire de mar es fresco, señora, y además tenía un consuelo.

-¡Oh! ¡Tanto mejor! ... ¿Cuál?

-El de saber que mi adversario sufría más que yo.

-¡Ah! ¿Salió herido más gravemente que vos?... Ignoraba eso -dijo la princesa con una completa insensibilidad.

-¡Oh señora! Estáis equivocada, o mejor, aparentáis dejaros engañar por mis palabras. No digo que su cuerpo haya sufrido más que yo; pero su corazón estaba ya profundamente lastimado.

Guiche vio adonde se dirigía la lucha, y se aventuró a hacer a Madame una seña, suplicándole que abandonara la partida.

Pero ella, sin contestar a Guiche, sin aparentar verlo, y siempre sonriente:

-Pues qué -dijo-, ¿fue herido el señor de Buckingham en el corazón, no creía que una herida en el corazón tuviese cura.

-¡Ay, señora! -contestó graciosamente Wardes-. ¡Las mujeres están siempre en esa persuasión y eso es lo que les da sobre nosotros la superioridad de la confianza!

-Amiga mía, comprendéis mal -repuso el príncipe con impaciencia-. El señor de Wardes quiere decir que el duque de Buckingham fue herid en el corazón por otra cosa que n era una espada.

-¡Ah! ¡en, bien! -exclamó Madame-. ¡Ah! Es un chiste del señor Wardes.', Muy bien. Quisiera saber, no obstante, si le haría gracia al señor de Buckingham. En verdad, es una lástima que no esté presente, señor de Wardes.

Un relámpago pasó por los ojos del joven.

-¡Oh! -dijo apretando los dientes-. También yo lo quisiera. Guiche ni pestañeaba.

Madame parecía esperar que viniese en su auxilio.

Monsieur vacilaba.

El caballero de Lorena adelantóse, y tomó la palabra.

-Señora -dijo-, Wardes sabe muy bien que para Buckingham no es cosa nueva ser herido en el corazón, y lo que ha dicho se ha visto ya otras veces.

-En vez de un aliado, dos enemigos -murmuró Madame-. ¡Y dos enemigos coligados, encarnizados!

Y mudó de conversación. Cambiar de conversación es, ya se sabe, un derecho de los príncipes, que la etiqueta manda respetar. El resto de la conversación fue, pues, moderado; los principales actores habían terminado sus papeles. Madame se retiró temprano, y Monsieur, que quería interrogarla, le ofreció la mano.

El caballero temía mucho que se estableciese la buena inteligencia entre los dos esposos para dejarlos tranquilamente juntos.

Encaminóse, pues, hacia la habitación de Monsieur para sorprenderle a su vuelta, y destruir con tres palabras todas las buenas impresiones que Madame hubiese podido sembrar en su corazón.

Guiche dio un paso hacia Wardes, a quien rodeaba una porción de gentes.

Mostróle así el deseo que tenía de hablar con él. Wardes le hizo, con los ojos y la cabeza, una seña de haber comprendido.

Aquella seña, para las personas extrañas, nada hostil significaba.

Entonces Guiche pudo volverse y esperar.

No esperó mucho tiempo. Desembarazado Wardes de sus interlocutores, se aproximó a Guiche, y ambos, después de un nuevo saludo, echaron a andar juntos.

-Habéis tenido un feliz regreso, mi querido Wardes -dijo el conde.

-Excelente, como veis.

-¿Y tenéis siempre el genio tan alegre?

-Ahora mas que nunca.

-Es una gran felicidad.

-¿Qué queréis? ¡Todo cuanto en este mundo nos rodea es tan ridículo y tan grotesco!

-¡Tenéis razón.

-¡Ah! ¿Opináis como yo?

-¡Cómo no! ¿Y traéis noticias de allá?

-No; más bien vengo a buscarlas aquí.

-Perdonad; sé que habéis visto gente en Boulogne, a un amigo nuestro, y no hace mucho tiempo.

-¡Gente! ... ¿A un amigo nuestro?

-Tenéis mala memoria.

-¡Ah! Es verdad. ¿Bragelonne?

-Justamente.

-¿Que iba con una misión cerca del rey Carlos?

-Eso es. ¿Y no le habéis dicho ni os ha dicho nada?

-No recuerdo bien lo que le he dicho, os lo aseguro; pero sí sé lo que no le he dicho.

Wardes era la sagacidad misma, y conocía en la actitud de Guiche, actitud llena de frialdad y dignidad, que la conversación tomaba mal giro. Resolvió, por tanto, dejarse llevar de la conversación y estar sobre si.

-¿Y qué es, si no lo lleváis a mal, eso que no le habéis dicho? - preguntó Guiche.

-¿Qué queréis que sea? Lo concerniente a La Valliére.

-La Valliére... ¿Qué es ello? ¿Y qué extraña cosa es ésa que habéis sabido allá, mientras que Bragelonne, que estaba aquí, no la ha sabido?

-¿Me hacéis seriamente la pregunta?

-No puede ser más seriamente.

-¡Cómo! ¿Vos, cortesano, que vivís en las habitaciones de Madame, que sois comensal de la casa, amigo de Monsieur y favorito de nuestra linda princesa?

Guiche se encendió en cólera.

-¿De qué princesa habláis? - preguntó.

-No conozco más que una, querido. Hablo de Madame. ¿Tendríais por casualidad, alguna otra princesa en el corazón? Veamos.

Guiche iba a precipitarse; pero vio la finta.

Era inminente una lucha entre ambos jóvenes. Wardes quería la contienda sólo en nombre de Madame, mientras que Guiche sólo la aceptaba en nombre de La Valliére. Desde aquel momento empezó, pues, un juego de fintas, que debía durar hasta que uno de los dos fuese tocado.

Guiche recobró toda su sangre fría.

-Para nada hay que mezclar a Madame en todo esto, amigo Wardes - dijo Guiche-; de lo que se trata es de lo que decíais poco ha.

-¿Y qué decía?

-Que habíais ocultado a Bragelonne ciertas cosas.

-Que sabéis vos tan bien como yo -replicó Wardes.

-No, a fe mía.

-¡Vaya!

-Si me las decís las sabré; pero no de otro modo, os lo juro.

-¡Cómo! ¡Llego de fuera, de sesenta leguas de distancia; no os habéis movido de aquí, habéis visto con vuestros propios ojos, conocéis lo que, según el rumor público, me ha llevado allá, ¿y os oigo decir seriamente que nada sabéis? ¡Oh conde, no tenéis caridad!

-Será como gustéis, Wardes; pero, os lo repito, no sé nada.

-Os hacéis el discreto, y eso es prudente.

-¿De suerte que no me decís nada, así como tampoco lo habéis dicho a Bragelonne?

-Hacéis oídos de mercader. Estoy seguro de que Madame no sería tan dueña de sí misma como vos.

"¡Ah, gran hipócrita! -murmuró Guiche-. Ya has vuelto a tu terreno."

-Pues bien -continuó Wardes-, ya que es tan difícil entendernos acerca de La Valliére y Bragelonne, hablemos de vuestros asuntos personales.

-¡Si yo no tengo asuntos personales! -exclamó Guiche-. Supongo que no habréis dicho de mí a Bragelonne nada que no podáis repetírmelo a sí.

-No; pero tened entendido, Guiche, que cuanto más ignorante soy en algunas cosas, más obstinado soy en otras. Si se tratara, por ejemplo, de hablaros de las relaciones del señor de Buckingham en París, cómo he hecho el viaje con el duque, podría deciros cosas muy interesantes. ¿Queréis que os las diga?

Guiche se pasó la mano por la frente, bañada en sudor.

-No dijo-, cien veces no, porque no tengo curiosidad de saber lo que no me toca. El señor de Buckingham no es para mí más que un simple conocido, mientras que Raúl es un amigo íntimo. No tengo, por tanto, la menor curiosidad de saber lo que haya sucedido al señor de Buckingham, y tengo el mayor interés en conocer lo que le ha sucedido a Raúl.

-¿En París?

- En París o en Boulogne. Ya veis que estoy aquí, y si sobreviene algún acontecimiento puedo hacer frente a él, mientras que Raúl está ausente y no tiene más que a mí que pueda representarle; de consiguiente, los asuntos de Raúl son antes que los míos.

-Pero Raúl volverá.

-Sí, una vez terminada su misión. Entretanto, ya comprenderéis que no puedo dejar correr rumores desfavorables a él, sin que yo los examine.

-Con tanto más motivo, cuanto que estará en Londres bastante tiempo -dijo Wardes con socarronería.

-¿Lo creéis así? -preguntó Guiche ingenuamente.

-¡Diantre! ¿Creéis que lo hayan enviado a Londres para no hacer más que ir y volver?... No: lo han enviado a Londres para que se quede allí.

-¡Ah, conde! -exclamó Guiche apretando con fuerza la mano a Wardes- Esa es una sospecha en extremo injuriosa para Bragelonne, y que justifica perfectamente lo que me ha escrito desde Boulogne.

Wardes quedó helado; la afición a las chanzonetas le había llevado demasiado lejos, y con su imprudencia dio la ventaja a su antagonista.

-¿Y qué es lo que ha escrito? -preguntó.

-Que le habíais deslizado algunas insinuaciones pérfidas contra La Valliére, y que os burlábais al parecer de su gran confianza en esa joven.

-Sí, todo eso hice -dijo Wardes-, y al hacerlo, estaba dispuesto a que el vizconde de Bragelonne me replicase lo que dice un hombre a otro cuando éste le ha disgustado. Así, por ejemplo, si se tratara de buscar contienda con vos, os diría que Madame, después de haber distinguido al señor de Buckingham, pasa en la actualidad por haber despedido al gallardo duque sólo en beneficio vuestro.

-¡Oh! Eso no me lastimaría en lo mas mínimo, querido Wardes -dijo Guiche sonriendo, a pesar del escalofrío que corrió por sus venas como una inyección de fuego...-. ¡Diantre! Semejante favor sería miel.

-De acuerdo; pero si quisiera absolutamente romper con vos, buscaría un mentís, y os hablaría de cierto bosquecillo en donde os encontrásteis con aquella princesa, de ciertas genuflexiones, de ciertos besamanos. . . Y vos, que sois hombre discreto, vivo y pundonoroso. . .

-Pues bien, no, os lo juro -replicó Guiche interrumpiéndole con una sonrisa en los labios, aunque se creía próximo a morir-, tampoco eso me haría saltar, ni os daría mentís ninguno. ¿Qué queréis, amigo conde? Yo soy así; en las cosas que me atañen soy de hielo. ¡Ah! Otra cosa es cuando se trata de un amigo ausente, de un amigo que, al marcharse, me ha confiado sus intereses. ¡Oh! ¡Para éste, ya lo veis, Wardes, soy todo fuego!

-Os comprendo, señor de Guiche; pero por más que digáis, no puede en este instante haber cuestión entre nosotros, ni por Bragelonne, ni por esa muchacha sin importancia a quien llaman La Valliére.

En aquel momento atravesaban por el salón algunos cortesanos, quienes, habiendo oído ya las palabras que acababan de pronunciarse, podían oír también las que iban a seguir.

Wardes lo conoció, y prosiguió en voz alta:

-¡Oh! Si la Valliére fuese una coqueta como Madame, cuyos arrumacos, supongo que en extremo inocentes, han hecho enviar primero al señor de Buckingham a Inglaterra, y después desterrado a vos mismo. . . porque ello es que os dejásteis coger por sus arrumacos, ¿no es verdad, señor?

Los cortesanos acercáronse, yendo a su frente Saint-Aignan, y detrás Manicamp.

-¿Y qué queréis, amigo? -dijo Guiche riendo-. Todos saben que soy un fatuo. Tomé por lo serio una chanza, y eso me ocasionó el destierro. Pero conocí mi error, puse mi vanidad a los pies de quien correspondía, y conseguí que me llamaran, reconociendo mi falta y haciendo propósito de enmienda. Y ya lo veis, hasta tal punto me he enmendado, que me río ahora de lo que hace cuatro días me destrozaba el corazón. Pero Raúl' ama y es amado, y no se ríe de los rumores que pueden turbar su felicidad, de los rumores de que os habéis hecho intérprete, no obstante saber, como yo, como estos caballeros, y como todo el mundo sabe, que esos rumores no eran más que una calumnia.

-¡Una calumnia! -murmuró Wardes furioso de verse cogido en el lazo por la sangre fría de Guiche.

-Sí, una calumnia. ¡Pardiez! Aquí está su carta, en que me dice que habéis hablado mal de la señorita de La Valliére, y me pregunta si lo que habéis dicho de esa joven es verdad. ¿Queréis que haga jueces a estos señores, Wardes?

Y Guiche, con la mayor sangre fría, leyó en voz alta el párrafo de la carta relativo a La Valliére.

-Y ahora -prosiguió Guiche-, estoy bien convencido de que habéis querido turbar el reposo de mi amigo Bragelonne, y de que vuestros dichos eran maliciosos.

Wardes miró en torno suyo a fin de ver si encontraría apoyo en alguna parte; pero la sola idea de que había insultado, ya fuese directa o indirectamente, a la q e era el ídolo del día, hizo a todos mover la cabeza, y Guiche sólo vio hombres dispuestos a darle la razón.

-Señores -dijo Guiche conociendo por instinto el sentimiento general-, nuestra discusión con el señor de Wardes versa sobre un punto tan delicado, que importa sobremanera que nadie oiga más de lo que vosotros habéis oído. Os suplico, pues, que guardéis las puertas y nos dejéis terminar nuestra conversación, como conviene a hidalgos, uno de los cuales ha dado al otro un mentís.

-¡Señores, señores! -exclamaron todos.

-¿Creéis que haya hecho mal en defender a la señorita de La Valliére? -dijo Guiche-. En ese caso, me condeno y retiro las palabras hirientes que haya podido decir contra el señor de Wardes.

-¡Ca! -dijo Saint-Aignan-. ¡No! . . . La señorita de La Valliére es un ángel.

-La virtud, la pureza en persona. -Ya veis, señor de Wardes -dijo Guiche-, que no soy el único que toma la defensa de esa pobre niña. Señores, por- segunda vez, os suplico que nos dejéis. Ya veis que nadie puede estar más sereno de lo que estamos.

Los cortesanos no deseaban otra cosa que alejarse, y unos se dirigieron a una puerta y otros a otra. Ambos jóvenes quedaron solos.

-¡Bien representado! -dijo Wardes al conde.

-¿No es cierto? -replicó éste.

-¿Qué queréis? Me he embrutecido en provincia, querido, mientras que vos me confundís con el dominio que habéis adquirido sobre vos mismo, conde; siempre se gana algo en las relaciones con las mujeres, y os doy por ello la más sincera enhorabuena.

-La acepto.

-Y se la daré también a Madame.

-¡Oh! Ahora, mi querido señor de Wardes, hablemos tan alto como queráis.

-No me provoquéis.

-¡Oh, sí! ¡Quiero provocaros! Ya sois conocido como un mal hombre; si hacéis eso, pasaréis por un cobarde, y Monsieur os hará ahorcar esta noche de la falleba de su ventana. Hablad, mi querido Wardes, hablad.

-Estoy derrotado.

-Sí, mas no tanto como conviene.

-Veo que no os disgustaría molerme bien los huesos.

-Ni mucho menos.

-¡Diantre! Es que por ahora, mi querido conde, me viene mal; no es cosa que pueda convenirme una partida, después de la que he jugado en Boulogne; he perdido allá mucha sangre, y al menor esfuerzo volverían a abrirse mis heridas- ¡Pronto daríais cuenta de mí!

-Es verdad -dijo Guiche-, y sin embargo, hace poco habéis hecho alarde de vuestro buen aspecto y de vuestro buen brazo.

-Sí, los brazos se mantienen bien, pero tengo débiles las piernas, y luego, no he vuelto a tomar en la mano el florete desde aquel maldito duelo, cuando vos, por el contrario, estoy cierto de que os ejercitaréis en la esgrima todos los días para poner buen término a vuestra añagaza.

-Por mi -honor, señor -contestó Guiche-, hace medio año que no me ejercito.

-No, conde; bien meditado todo, no me batiré, a lo menos con vos. Esperaré a Bragelonne, puesto que decís que Bragelonne es quien me tiene ganas.

-¡Ah! ¡No; no esperaréis a Bragelonne! -exclamó Guiche fuera de sí-. Porque, según habéis dicho vos mismo, Bragelonne puede tardar en volver, y entretanto vuestro carácter perverso llevará a cabo su obra.

-Sin embargo, tendré una excusa. ¡Cuidado!

-Os doy ocho días para acabar de restableceros.

-Eso ya es otra cosa- En ocho días, ya veremos.

-Sí, ya comprendo. En ocho días hay tiempo para huir del enemigo. Pues no, ni uno solo.

-Estáis loco, señor -dijo Wardes, dando un paso como para retirarse.

-¡Y vos sois miserable, si no os batís de buen grado!

-¿Y qué?

-Os denunciaré al rey por haber rehusado batiros, después de haber insultado a La Valliére.

-¡Ah! --exclamó Wardes-. Sois peligrosamente pérfido, señor hombre honrado.

-Nada más peligroso que la perfidia del que marcha siempre lealmente.

-Devolvedme entonces mis piernas, o haceos sangrar para equilibrar todas las probabilidades.

-No; aún podemos hacer otra cosa mejor.

-¿Qué?

-Montaremos los dos a caballo, y cambiaremos tres pistoletazos. Sois gran tirador, pues os he visto matar golondrinas a galope y con bala. No digáis que no, porque yo lo he visto.

-Creo que tenéis razón -dijo que tenéis razón -dijo Wardes-, y es posible que os mate del mismo modo.

-Ciertamente, me haríais un favor.

-Pondré lo que esté de mi parte.

-¿Queda convenido?

-Convenido.

-Vuestra mano.

-Aquí está... pero, con una condición.

-¿Cuál?

-Que me juréis no decir ni hacer decir nada al rey.

-Os lo juro.

-Voy a buscar mi caballo.

-Y yo el mío.

-¿Adónde iremos?

-A la llanura; conozco un sitio excelente.

-¿Iremos juntos?

-¿Por qué no?

Y dirigiéndose ambos hacia las caballerizas, pasaron por debajo de las ventanas de Madame, suavemente iluminadas. Detrás de las cortinas de encaje deslizábase una sombra.

-He ahí una mujer -dijo Wardes sonriendo- que no sospecha que vamos a matarnos por ella.

XIX
EL COMBATE

Wardes eligió su caballo y Guiche el suyo.

Después los ensillaron por sí mismos con sillas de pistoleras. Wardes no llevaba pistolas, pero Guiche tenía dos pares. Fue a buscarlas a su aposento, las cargó y dio a elegir a Wardes.

Éste eligió unas pistolas de que se había servido más de veinte veces, las mismas con que Guiche le había visto matar golondrinas al vuelo.

-No os admirará -dijo-, que tome todas mis precauciones. Conocéis muy bien vuestras armas, y, de consiguiente, no hago más que equilibrar las probabilidades.

-La observación era inútil -contestó Guiche-, pues estáis en vuestro derecho.

-Ahora -dijo Wardes-, os ruego que me ayudéis a montar, pues experimento todavía alguna dificultad.

-Será mejor entonces que vayamos al sitio a pie.

-No; puesto ya a caballo me siento enteramente fuerte.

-Como queráis.

Y Guiche ayudó a Wardes a montar.

-Me ocurre -continuó el joven-, que con el ardor que tenemos para exterminamos, no hemos reparado en otra cosa.

-¿En qué?

-En que es de noche, y será preciso matarnos a obscuras.

-Bien, el resultado será el mismo.

-Con todo, es preciso tener en cuenta otra circunstancia, y es que las personas de honor jamás se baten sin testigos.

-¡Oh! -exclamó Guiche-. Veo que deseáis tanto como yo hacer las cosas en regla.

-No deseo que puedan decir que me habéis asesinado, así como en el caso de que yo os mate tampoco quiero verme acusado de un crimen.

-¿Se ha dicho acaso semejante cosa de vuestro duelo con el señor de Buckingham? -replicó Guiche-. Y, sin embargo, se efectuó bajo las mismas condiciones en que el nuestro va a verificarse.

-Es que era de día aun y estábamos con agua a las rodillas; por otra parte, había en la ribera una porción de gente que nos estaba mirando.

Guiche reflexionó por un instante, y se afirmó más y más en la idea que se le había ya ocurrido de que Wardes quería tener testigos para hacer recaer la conversación sobre Madame, y dar un nuevo giro al combate.

Nada replicó, pues, y como Wardes le interrogase por ultima vez, con una mirada, le contestó con un movimiento de cabeza que significaba que lo mejor era atenerse a lo hecho.

En su consecuencia, pusiéronse en camino ambos adversarios, y salieron del palacio por aquella puerta que ya conocemos por haber visto muy cerca de ella a Montalais y Malicorne.

La noche, como para combatir el calor del día, había acumulado todas sus nubes, que empujaban lenta y silenciosamente de Poniente a Oriente.

Aquella cúpula, sin relámpagos y sin truenos aparentes, pesaba con

todo su peso sobre la tierra y empezaba a horadarse a impulsos del viento, como un inmenso lienzo desprendido de un artesonado.

La lluvia, que caía en gotas gruesas sobre la tierra, aglomeraba el polvo en glóbulos que. corrían en todas direcciones.

Al mismo tiempo, de los vallados que aspiraban la tempestad, de las flores sedientas, de los árboles desmelenados, exhalábanse mil aromas que traían al ánimo los recuerdos dulces, las ideas de juventud, de vida eterna, de felicidad y de amor.

-Muy grato aroma despide la tierra -observó Wardes-; es una coquetería de su parte para atraernos hacia sí.

-Muchas ideas me han ocurrido -dijo Guiche-; y ahora que decís eso, quiero someterlas a vuestro juicio.

-¿A qué son relativas esas ideas?

-A nuestro combate.

-En efecto, me parece que ya es tiempo de que nos ocupemos en eso.

-¿Será un combate ordinario, conforme las reglas de costumbre?

-Sepamos cuál es vuestra costumbre.

-Echaremos pie a tierra en una buena llanura, ataremos los caballos al primer objeto que encontremos a mano, nos reuniremos primero sin armas, y luego nos alejaremos cada cual ciento cincuenta pasos para volver a encontrarnos frente a frente.

-Perfectamente; así maté al pobre Follivent, hace tres meses, en Saint-Denis.

-Perdonad; olvidáis una circunstancia.

-¿Cuál?

-En vuestro duelo con Follivent, marchasteis a pie uno contra otro, con la espada en los dientes y las pistolas en la mano.

-Así es. Esta vez, en cambio, como no puedo andar, según habéis confesado vos mismo, volveremos a montar a caballo, nos vendremos a buscar a cierta distancia, y el que primero quiera disparar, dispara.

-Esto es lo mejor que podemos hacer; pero es de noche, y hay que contar con más tiros perdidos que los que pudiese haber por el día.

-Bien, pues podremos disparar cada cual tres tiros: los dos que tienen ya las pistolas, y otro para el cual volveremos a cargar.

-Muy bien. ¿Dónde tendrá lugar nuestro combate?

-¿Tenéis preferencia por algún sitio?

-No.

-¿Divisáis aquel bosquecillo que se extiende delante de nosotros?

-¿El bosque de Rochin? Muy bien.

-¿Le conocéis?

-Sí.

-¿Entonces sabréis que tiene un claro en su centro?

-Perfectamente.

-Pues vamos a ese claro.

-Vamos allá.

-Es una especie de palenque natural, con toda clase de caminos, salidas, senderos, fosos y revueltas, y creo que el sitio no puede ser mejor.

-Me parece bien, si os place. Pero creo que hemos llegado.

-Sí. Ved que terreno tan hermoso. La poca claridad que se desprende de las estrellas, como dice Comeille, encuéntrase en este sitio, cuyos límites naturales son el bosque que lo rodea por todas partes.

-Sí que es muy excelente.

-Pues terminemos las condiciones.

-He aquí las mías; si se os ocurre algo en contra, me lo diréis.

-Escucho.

-Caballo muerto, obliga a su jinete a combatir a pies.

-Es muy justo, puesto que no tenemos caballos de reserva.

-Pero no obliga al adversario a apearse de su caballo.

-El adversario quedará en libertad de obrar como bien le parezca.

-Reunidos ya una vez los adversarios, no tendrán obligación de volverse a separar y podrán, por tanto, dispararse mutuamente a boca de jarro.

-Aceptado.

-Nada más tres cargas, ¿estamos?

-Me parecen suficientes. Aquí tenéis pólvora y balas para vuestras pistolas; apartad tres cargas, y tomad tres balas; yo haré otro tanto, y luego derramaremos la pólvora que quede y arrojaremos las balas restantes.

-Y juraremos por Cristo -repuso Wardes-, que no tenemos sobre nosotros más pólvora ni más balas.

-Por mi parte, lo juro.

Y Guiche extendió su mano hacía el cielo. Wardes le imitó.

-Y ahora, querido conde -dijo-, permitidme manifestaros que no se me engaña tan fácilmente. Sois o seréis el amante de Madame. He penetrado el secreto, y como teméis que se difunda, queréis matarme para aseguraros el silencio; es cosa muy natural y en vuestro lugar hubiera hecho lo propio.

Guiche bajó la cabeza.

-Ahora, decidme -continuó Wardes triunfante-: ¿os parece bien echarme encima todavía ese desagradable asunto de Bragelonne? Cuidado, amigo, que acosando al jabalí se le irrita, y acorralando a la zorra se le da la ferocidad de! jaguar. De lo cual resulta, que estando reducido al extremo por vos, me defenderé hasta morir.

-Estáis en vuestro derecho.

-Sí; pero tened entendido que no dejaré de hacer todo el mal que pueda, y así es que para principiar ya adivinaréis que no habré cometido la torpeza de encadenar mi secreto, o mejor dicho, el vuestro, en mi corazón. Hay un amigo, y un amigo despejado, a quien ya conocéis, que es partícipe de mi secreto, y de consiguiente ya comprenderéis que si me vencéis, mi muerte no servirá de gran cosa. mientras que si yo os mato.. . ¡Qué diantre! Todo puede suceder.

Guiche se estremeció.

-Si yo os mato -prosiguió Wardes-, le habréis suscitado a Madame dos enemigos, que trabajarán cuanto puedan por perderla.

-¡Oh, caballero! -exclamó furioso Guiche-. No contéis de esa manera con mi muerte. De esos dos adversarios, espero matar al uno dentro de breves momentos, y al otro a la primera ocasión.

Wardes sólo contestó con una carcajada tan diabólica que habría asustado a un hombre supersticioso.

Pero Guiche no se dejaba intimidar fácilmente.

-Creo -dijo-, que todo esté arreglado, señor de Wardes; por tanto, tomad campo, si no preferís que sea yo quien lo tome.

-No -replicó Wardes-; tengo una satisfacción en ahorraros esa molestia.

Y, poniendo su caballo a galope, atravesó el claro en toda su extensión, y fue a situarse en el punto de la circunferencia de la encrucijada que daba frente a aquel donde Guiche se había parado.

Guiche permaneció inmóvil.

A la distancia de cien pasos, poco más o menos, no podían ya divisarse los dos adversarios, ocultos en la densa sombra de los olmos y de los castaños.

Transcurrió un minuto en medio del silencio más completo.

Al cabo de ese minuto, oyó cada cuál, desde la sombra donde estaba oculto, el doble ruido que hicieron las pistolas al montarlas.

Guiche, según la táctica acostumbrada, puso su caballo al galope, en la persuasión de tener una doble garantía de seguridad en la ondulación del movimiento y en la velocidad de la carrera.

Dirigió esa carrera en línea recta, al punto que a su parecer debía ocupar su adversario.

Creía encontrar a Wardes a la mitad del camino, pero se engañó. Continuó entonces su carrera, presumiendo que Wardes le aguardaba inmóvil.

Pero, apenas había recorrido las dos terceras partes del claro, cuando advirtió que éste se iluminaba de repente, y una bala le llevó silbando la pluma que flotaba sobre su sombrero.

Casi al mismo tiempo, y como si el resplandor del primer tiro hubiese servido para alumbrar al segundo, resonó otro tiro, y una segunda bala atravesó la cabeza del caballo de Guiche, algo más abajo de la oreja.

El animal cayó.

Aquellos dos tiros, que venían en dirección contraria a aquella en que suponía Guiche estaría Wardes, le causaron gran sorpresa; pero, como era hombre de mucha sangre fría, calculó su caída, aunque no tan exactamente que no quedara cogido bajo el caballo el extremo de su bota.

Afortunadamente, el animal hizo en su agonía un movimiento que permitió a Guiche poder sacar la pierna.

Guiche se incorporó, se palpó y vio que no estaba herido.

Así que sintió desfallecer al animal, puso sus dos pistolas en las pistoleras, por miedo de que la caída hiciera disparar alguna de ellas, o quizá ambas, lo cual le habría desarmado inútilmente.

Luego que se vio en pie, sacó las pistolas de las pistoleras, y adelantóse hacia el sitio donde, a la luz de los fogonazos, había visto aparecer a Wardes.

Guiche desde el primer tiro hízose cargo de la maniobra de aquél, que no podía ser más sencilla.

Wardes, en lugar de correr contra Guiche o de permanecer aguardándole en su puesto, había seguido unos quince pasos el círculo de sombra que le ocultaba a la vista de su enemigo, y, en el momento en que éste le presentaba el costado de su carrera, le había disparado desde su sitio,

apuntando a su placer, para lo cual le sirvió más bien que le estorbó—el galope del caballo.

Ya se vio que, a pesar de la obscuridad, la primera bala había pasado a una pulgada escasa de la cabeza de Guiche.

Wardes estaba tan seguro de su puntería, que creyó ver caer a Guiche. Así fue que quedó en extremo sorprendido cuando vio al jinete seguir en la silla.

Apresuróse a disparar el segundo tiro, desvió un poco la puntería, y mató al caballo.

Era un accidente afortunado el que Guiche permaneciese enredado debajo del animal. De modo que Wardes, antes de que aquél pudiera desenredarse, cargaba su pistola y tenía a Guiche a merced suya.

Pero, por el contrario, Guiche estaba en pie, y quedábanle aún tres tiros que disparar.

Guiche comprendió la posición... Tratábase de ganar a Wardes en celeridad. Y echó a correr para acercarse a él antes de que concluyese de cargar la pistola.

Wardes le veía llegar como una tempestad. La bala venía bastante justa, y se resistía a la baqueta. Cargar mal era exponerse a perder el último tiro; cargar bien era exponerse a perder tiempo, o mejor dicho a perder la vida.

Entonces obligó al caballo a ponerse de manos.

Guiche practicó un giro sobre sí mismo, y en el instante en' que volvió a caer el caballo, disparó el tiro, que le llevó el sombrero a Wardes.

Wardes comprendió que tenía un instante por suyo, y aprovechóse de él para acabar de cargar su pistola.

Viendo Guiche que su adversario no había caído, arrojó' la primera pistola que le era ya inútil, y se dirigió hacia Wardes apuntando con la segunda.

Pero al tercer paso que dio le apuntó Wardes y disparó.

Un rugido de rabia respondió a aquella detonación; el brazo del conde se crispó y se abatió. Cayó la pistola.

Wardes vio al conde bajarse, coger la pistola con la mano izquierda y dar otro paso hacia él.

El momento era supremo. -Soy perdido -murmuró Wardes-; no está herido de muerte. Pero en el momento en que Guiche levantaba la pistola apuntando a Wardes, la cabeza, los hombros y las corvas del conde perdieron su fuerza a la vez. Guiche exhaló un suspiro doloroso, y fue a caer a los pies del caballo de Wardes. -Vamos, vamos -murmuró éste-, eso es distinto.

Y cogiendo las riendas, metió espuelas al caballo.

El caballo saltó por sobre el cuerpo inerte, y condujo rápidamente a Wardes a Palacio.

Cuando llegó Wardes se puso a reflexionar lo que había de hacer. En su impaciencia por abandonar el campo de batalla no se había ocupado de averiguar si Guiche estaba muerto.

Dos hipótesis presentábanse al ánimo agitado de Wardes.

O Guiche estaba muerto, o no estaba más que herido.

Si lo primero, ¿era conveniente dejar su cadáver expuesto a los lobos? Sería una crueldad inútil, puesto que si Guiche estaba muerto, no hablaría.

Si estaba herido, ¿a qué conducía el dejarle sin auxilio, sino a que le tuviesen a él por un salvaje incapaz de generosidad?

Esta última consideración triunfó. Wardes preguntó por Manicamp, y supo que éste, después de haber preguntado por Guiche y no sabiendo dónde ir a buscarle, se fue a acostar.

Wardes fue a despertarle, y le informó del lance, que Manicamp escuchó sin decir palabra, pero con una expresión de energía creciente, de que su rostro no parecía capaz.

Luego que Wardes concluyó de hablar, pronunció Manicamp esta palabra

-Vamos.

Por el camino fue enardeciéndose la imaginación de Manicamp; y, conforme Wardes le refería el suceso, su rostro se obscurecía más y más.

-De modo -dijo luego que concluyó Wardes-, ¿que le suponéis muerto?

-¡Ay, sí!

-¿Y vos os habéis batido sin testigos?

-Así lo quiso él

-¡Es particular!

-¿Cómo que es particular?

-Sí, el carácter del señor de Guiche no es de esa especie.

-¿Supongo que no dudaréis de mi palabra?

-¡Eh, eh!

-¿Dudáis?

-Algo... Pero dudaré mucho más, os lo prevengo, si veo muerto al pobre joven.

-¡Señor Manicamp!

-¡Señor de Wardes!

-¡Me parece que me insultáis!

-Tomadlo como queráis. Nunca me han gustado las personas que vienen a decir: "¡He matado al señor de tal en un rincón; ha sido una gran desgracia; pero le he matado noblemente!" ¡Es la noche muy obscura para que se crea este adverbio, señor de Wardes!

-Silencio; ya estamos en el sitio.

En efecto, principiábase ya a divisar el claro, y en el espacio vacío la masa inmóvil de un caballo muerto.

A la derecha del caballo, y sobre la hierba, yacía boca abajo el pobre conde, bañado en su sangre.

Permanecía en el mismo sitio, y no parecía que hubiera hecho el menor movimiento.

Manicamp se hincó de rodillas, levantó al conde, y le encontró frío y bañado en sangre.

Le volvió a dejar en el suelo. Extendiendo luego el cuerpo y el brazo, anduvo tentando, hasta que tropezó con la pistola de Guiche.

-¡Pardiez! -dijo entonces levantándose, pálido como un espectro, y con la pistola en la mano-. ¡Pardiez, no os engañábais! ¡Esta muerto!

-¿Muerto? -repitió Wardes.

-Sí; y su pistola está cargada -repuso Manicamp examinando con los dedos la cazoleta.

-¿Pues no os he dicho que le apunté cuando se dirigía hacia mí, y disparé en el momento en que él me estaba apuntando?

-¿Estáis bien seguro de haberos batido con él, caballero Wardes? Yo, lo confieso, sospecho que le habéis asesinado. ¡Oh, no gritéis! ¡Habéis disparado vuestros tres tiros, y su pistola está cargada! ¡Habéis muerto su caballo, y él, Guiche, uno de los más excelentes tiradores de Francia, no os ha tocado ni a vos ni a vuestro caballo! Francamente, señor de Wardes, habéis hecho muy mal en traerme aquí; toda esa sangre se me ha subido a la cabeza, estoy algo ebrio, y creo, por mi honor, que voy a saltaros la tapa de los sesos. : ¡Señor de Wardes, encomendad a Dios vuestra alma!

-No creo que penséis en cometer tal atentado, señor de Manicamp.

-Al contrario, pienso en ello muy de veras.

-¿Seríais capaz de asesinarme? -Sin remordimiento, por ahora al menos.

-¿Sois hidalgo?

-He sido paje, y por tanto he tenido que hacer mis pruebas.

-Dejadme entonces defender la vida.

-Para que hagáis conmigo lo que habéis hecho con el pobre Guiche.

Y, levantando Manicamp la pistola, la detuvo con el brazo extendido y el ceño fruncido a la altura del pecho de Wardes.

Wardes no intentó ni ponerse en fuga, pues estaba enteramente aterrado.

Entonces, en medio de aquel espantoso silencio de un instante, que a Wardes le pareció un siglo, se oyó un suspiro.

-¡Oh! -exclamó el señor de Wardes-. ¡Vive, vive! ¡Señor de Guiche, que quieren asesinarme!

Manicamp retrocedió, y el conde se incorporó con gran trabajo sobre una mano entre ambos jóvenes. Manicamp arrojó la pistola a diez pasos, y cogió a su amigo lanzando un grito de alegría.

Wardes enjugóse la frente, bañada en sudor frío.

-Ya era tiempo -murmuró.

-¿Qué tenéis? -preguntó Manicamp a Guiche-. ¿Dónde estáis herido?

Guiche mostró su mano mutilada y su pecho ensangrentado.

-Conde -exclamó el señor de Wardes-; me acusan de que os he asesinado: ¡por Dios, decir que he combatido lealmente.

-Así es -dijo con angustia el herido-; el señor de Wardes ha combatido noblemente, y el que dijera lo contrario tendría en mí un enemigo.

-¡Eh, señor! -dijo Manicamp-. Ayudadme primero a transportar a este pobre mozo, y después os daré cuantas satisfacciones queráis, o si os corre demasiada prisa, hagamos otra cosa mejor; curemos aquí al conde con vuestro pañuelo y el mío, y ya que aún quedan dos balas por tirar, disparémoslas.

-Gracias -dijo Wardes-. En una hora he visto por dos veces la muerte muy de cerca; es demasiado fea la muerte, y prefiero vuestras excusas.

Ambos jóvenes quisieron transportarlo; pero dijo que se sentía bastante fuerte para caminar por su pie. La bala le había roto el dedo anular y el pequeño, y se había deslizado después sobre una costilla, pero sin

interesar el pecho. De consiguiente, lo que había aniquilado a Guiche era más bien el dolor que la gravedad de la herida.

Manicamp pasóle su brazo por debajo de un hombre, y Wardes el suyo por debajo del otro, y lo condujeron así a Fontainebleau, a casa del médico que había asistido en su lecho de muerte al franciscano predecesor de Aramis.

XX
LA CENA DEL REY

El rey, entretanto, se había sentado a la mesa, y la reunión poco numerosa de los convidados había tomado asiento a sus dos lados, después del ademán acostumbrado para que se sentasen.

En aquella época, si bien no estaba ordenada todavía la etiqueta como lo estuvo después, la Corte de Francia había roto ya con las tradiciones de naturalidad y afabilidad patriarcal que se observaban aún en tiempo de Enrique IV, y que el carácter receloso de Luis XIII había ido desterrando paulatinamente, para reemplazarlos con maneras fastuosas de grandeza, de que sentía en el alma no poderse revestir.

El rey comía, por tanto, en una mesita separada, que dominaba como la de un presidente las mesas inmediatas; hemos dicho mesita, y nos apresuramos a añadir que esa mesa era la mayor de todas.

Además, era la mesa en que se amontonaba mayor número de manjares distintos, pescados, caza, carnes, frutas, legumbres y conservas.

El rey, joven y vigoroso, gran cazador, aficionado a toda clase de ejercicios violentos, tenía además ese calor natural de la sangre común a todos los Borbones, que hace perfectamente las digestiones y renueva el apetito.

Luis XIV era un temible convidado, complacíase en criticar a sus cocineros; pero cuando les hacía honor, ese honor era gigantesco.

El rey principiaba por muchas clases de sopa, sea reunidas en una especie de potaje, sea separadas; y solía entremezclar, o más bien separar cada una de estas sopas con un vaso de vino añejo. Comía de prisa y con avidez.

Porthos, que desde un principio había aguardado por respeto a que Artagnan le hiciese una seña con el codo, viendo que el rey engullía con tan buen apetito, se volvió hacia el mosquetero, y, a media voz:

-Me parece que podemos comenzar dijo-; Su Majestad anima: mirad.

-El rey come -dijo Artagnan-, pero habla al mismo tiempo; componeos de suerte que, si por casualidad os dirige la palabra, no os pille con la boca llena, porque sería desgraciado.

-Entonces, el mejor medio es no comer -contestó Porthos-; sin embargo, os confieso que tengo hambre, y todo esto despide un olor tan rico, que halaga a la vez mi olfato y mi apetito.

-No vayáis a estaros sin comer -repuso Artagnan-, pues se incomodaría Su Majestad. El rey acostumbra a decir que el que come bien es señal de que trabaja bien, y no le place que anden con repulgos a su mesa.

-Pues si uno come, ¿cómo ha de evitar tener la boca llena? -dijo Porthos.

-Tratáse simplemente -replicó el capitán de mosqueteros-, de engullir cuando el rey os haga el honor de dirigiros la palabra.

-Muy bien.

Y, desde aquel momento, Porthos se puso a comer con un entusiasmo cortés.

El rey, de vez en cuando, dirigía una mirada al grupo, y, como inteligente, apreciaba las disposiciones de su convidado.

-¡Señor Du-Vallon! -dijo. Porthos se hallaba a la sazón ocupado con un salmonejo de liebre, de la cual engullía media rabadilla. Su nombre, dicho de aquel modo, le cogió de improviso, y con un vigoroso esfuerzo de gaznate, se tragó cuanto tenía en la boca.

-¡Majestad! -dijo Porthos con voz apagada, pero bastante inteligible.

-Que pasen al señor Du-Vallon estos solomillos de cordero. ¿Os gustan los bocados tiernos, señor Du-Vallon?

-Señor, a mí me gusta todo -contestó Porthos.

Y Artagnan le dijo al oído: -Todo lo que me envía Vuestra Majestad.

Porthos repitió:

-Todo lo que me envíe Vuestra Majestad.

El rey hizo con la cabeza una señal de satisfacción.

-Cuando se come bien, es señal de que se trabaja bien -repuso el rey, asombrado de tener frente a sí un gastrónomo de la fuerza de Porthos.

Porthos recibió la fuente de cordero, y se echó una parte en su plato.

-¿Qué tal? -preguntó el rey.

-¡Exquisito! -dijo Porthos tranquilamente.

-¿Hay carneros tan finos en vuestra provincia, señor Du-Vallon? -prosiguió el rey.

-Majestad -dijo Porthos-, creo que en mi provincia, como en todas partes, lo mejor que hay es del rey; pero debo decir que no como el cordero de la manera que lo come Vuestra Majestad.

-¡Ah, ah! ¿Pues cómo lo coméis?

-Ordinariamente me hago aderezar un cordero entero.

-¡Entero!

-Sí, Majestad.

-¿Y de qué modo?

-Del siguiente: mi cocinero, que es un bergante alemán, Majestad; mi cocinero rellena el cordero en cuestión de pequeñas salchichas, que hace venir de Estrasburgo, de albondiguillas, que se hace traer de Troyes, y de cogujadas, que hace venir de Pithiviers; después, no sé por qué medio, deshuesa el cordero, como podría hacerlo con un ave, dejándole el pellejo, que forma alrededor del animal una costra tostada. Cuando se le corta en grandes lonja como pudiera hacerse con un gran salchichón, suelta un jugo de color de rosa, que es a la vez agradable a la vista y exquisito al paladar.

Y Porthos hizo chascar su lengua. El rey abrió enormemente sus ojos, haciéndose plato con unos faisanes en adobo que le presentaron.

-Es bocado que querría comer, señor Du-Vallon –dijo-. ¿Conque el cordero entero?

-Entero, sí, Majestad.

-Estos faisanes al señor Du-Vallon; veo que es un buen aficionado. La orden fue cumplida. Volviendo en seguida al cordero:

-¿Y no tiene demasiada grasa? -dijo.

-No, Majestad; las grasas caen al mismo tiempo que el jugo, y sobrenadan; entonces, mi trinchante las recoge con una cuchara de plata que he mandado hacer a propósito.

-¿Y residís ... ? -preguntó el rey.

-En Pierrefonds, Majestad.

-¿En Pierrefonds? ¿Hacia dónde está, señor Du-Vallon? ¿Del lado de Belle-Isle?

-¡Ah! No, Majestad; Pierrefonds está en el Soissons.

-Creía que me hablabais de esos corderos a causa de los prados salados.

-No, Majestad; tengo prados que no son salados, mas no por eso son peores.

El rey acometió a los entremeses, pero sin perder de vista a Porthos, que continuaba engullendo -a más y mejor.

-Tenéis buen apetito, señor Du-Vallon -repuso-, y hacéis un excelente convidado.

-¡Oh! A fe mía, si Vuestra Majestad viniese alguna vez a Pierrefonds, nos comeríamos muy bien un carnero mano a mano, pues tampoco os falta el apetito.

Artagnan le arrimó a Porthos un buen pisotón por debajo de la mesa. Porthos se puso encarnado.

-En la edad feliz de Vuestra Majestad -dijo Porthos para reparar su torpeza-, era yo mosquetero, y nadie podía conseguir hartarme. Vuestra Majestad tiene un excelente apetito, como tenía el honor de decir hace poco, pero elige con demasiada delicadeza para que se le pueda llamar un comilón.

El rey pareció encantado de la cortesanía de su antagonista.

-¿Cataréis estas cremas? -preguntó a Porthos.

-Vuestra Majestad me trata demasiado bien para que no le diga francamente lo que siento.

-Decid, señor Du-Vallon.

-Pues bien, Majestad, en materia de repostería, estoy por los pasteles, y aun esos los quiero que estén bien compactos; todas esas golosinas me hinchan el estómago, y llenan un lugar que considero demasiado preciso para ocuparlo tan mal.

-¡Ah, señores! -dijo el rey señalando a Porthos-. Ahí tenéis al verdadero modelo de gastronomía. Así comían nuestros antepasados, que sabían lo que era comer, mientras que nosotros no hacemos más que pellizcar.

Y, diciendo esto, tomó un plato de pechugas de ave mezcladas con jamón.

Porthos, por su parte, embistió a una tartera de perdigones y codornices.

El copero llenó el vaso de Su Majestad.

-Echa de mi vino al señor Du-Vallon -dijo el rey.

Era aquél uno de los grandes honores de la mesa real.

Artagnan dio con la rodilla a su amigo.

-Si podéis comer la mitad sólo de esa cabeza de jabalí que veo desde aquí -dijo a Porthos-, os presagio que seréis duque y par dentro de un año.

-Probaré hacerlo -contestó Porthos con la mayor calma.

No tardó en tocarle el turno a la cabeza de jabalí, pues el rey experimentaba placer en alentar a su magnífico convidado, y no enviaba manjar a Porthos que no hubiese probado antes él mismo: así, pues, probó la cabeza de jabalí. Porthos mostróse buen jugador; en vez de comerse la mitad de la cabeza, como había dicho Artagnan se comió las tres cuartas partes.

-Es imposible -dijo el rey en voz baja-, que un caballero que come tan bien todos los días y con tan buenos dientes, no sea el hombre más honrado de mi reino.

-¿Oís? -preguntó Artagnan a su amigo al oído.

-Sí, creo que gozo de algún favor -dijo Porthos balanceándose en su silla.

-¡Oh! ¡Tenéis el viento en popa! ¡Sí, sí!

El rey y Porthos continuaron comiendo de aquella suerte con gran satisfacción de los convidados, algunos de los cuales habían intentado seguirles por emulación, pero tuvieron que renunciar a ello a lo mejor.

El rey se iba poniendo encarnado, y la reacción de la sangre al rostro manifestaba ya el principio de la plenitud.

Entonces era cuando Luis XIV, en vez de cobrar alegría, como sucede a todos los bebedores, fruncía el ceño y poníase taciturno.

Porthos, por el contrario, se volvía alegre y expansivo.

El pie de Artagnan hubo de recordarle más de una vez aquella particularidad.

Sirviéronse los postres.

El rey no pensaba ya en Porthos. Dirigía sus ojos hacia la puerta de entrada, y se le oyó preguntar más de una vez por qué tardaba tanto en venir el señor de Saint-Aignan. Al fin, en el instante en que Su Majestad terminaba un tarro de dulce de ciruela, con gran suspiro, se presentó el señor de Saint-Aignan. De pronto brillaron los ojos de Su Majestad, que se habían ido apagando poco a poco.

El conde dirigióse a la mesa del rey, y al acercarse se levantó Luis XIV. Todo el mundo se puso en pie, hasta el mismo Porthos, que daba fin a un almendrado capaz de pegar una contra otra las dos quijadas de un cocodrilo.

La cena había terminado.

XXI
DESPUÉS DE CENAR

El rey tomó del brazo a Saint Aignan, y pasó a la cámara inmediata.

-¡Cuánto has tardado, conde! -dijo el rey.

-Traigo la contestación, Majestad -respondió el conde.

-¿Pues tanto tiempo ha sido preciso para contestar a lo que le escribí?

-Vuestra Majestad tuvo a bien escribirle unos versos; la señorita de La Valliére ha querido pagar al rey en la misma moneda, esto es, en oro!

-¡Versos, Saint-Aignan!. .. -exclamó el rey-. Dame, dame.

Y Luis rompió el sobre de una cartita que contenía efectivamente unos versos, que la historia nos ha conservado, y que son mejores en intención que de estructura.

Tales como eran, sin embargo. entusiasmaron al rey, el cual manifestó su alegría con transportes nada equívocos; pero el silencio general advirtió a

Luis, tan escrupuloso en punto al bien parecer, que su contento podría dar lugar a interpretaciones.

Volvióse entonces y se puso el billete en el bolsillo. Dando en seguida un paso que le acercó al umbral de la puerta que comunicaba con la sala donde permanecían los convidados:

-Señor Du-Vallon -dijo-, os he visto con el mayor placer y os volveré a ver con el mismo.

Porthos se inclinó, como hubiera hecho el coloso de Rodas, y salió a reculones.

-Señor de Artagnan -prosiguió el rey-, esperaréis mis órdenes en la galería; os agradezco que me hayáis dado a conocer al señor Du-Vallón... Señores, mañana vuelvo a París por la salida de los embajadores de España y Holanda. De modo que hasta mañana.

La sala quedó al punto vacía.

El rey cogió del brazo a Saint Aignan, y le hizo volver a leer los versos de la señorita de La Valliére.

-¿Qué te parecen? -le preguntó.

-¡Encantadores, Majestad!

-Me encantan, en efecto, y si fuesen conocidos...

-¡Oh! Sentirían envidia los poetas; pero no los conocerán.

-¿Le diste los míos?

-¡Oh! ¡Majestad, parecía devorarlos con los ojos!

-Temo que fueran flojos.

-No ha dicho eso la señorita de La Valliére.

-¿Crees que hayan sido de su gusto?

-Estoy cierto de ello, Majestad.

-Entonces, tendré que contestar.

-¡Cómo, Majestad!

-¿Ahora?... ¿Después de comer?... Vuestra Majestad se fatigará demasiado.

-Creo que tienes razón; es nocivo el estudio después de cenar.

-Y sobre todo el trabajo del poeta; luego, en este momento se hallan muy ocupados los ánimos en la habitación de la señorita de La Valliére, como en la de todas esas damas.

-¿Con qué motivo?

-A causa del accidente de ese desgraciado Guiche.

-¡Ah, Dios mío! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

-Sí, Majestad; le han llevado una mano, tiene atravesado el pecho, y está agonizando.

-¡Dios mío! ¿Y quién te ha dicho eso?

-Manicamp lo ha traído hace poco a casa de un médico de Fontainebleau, y se ha esparcido la noticia.

-¡De modo que lo han tenido que traer! ¡Pobre Guiche! ¿Y cómo le ha sucedido eso?

-Ahí está, Majestad. ¿Cómo le ha sucedido?

-Dices eso con un aire singular, Saint-Aignan. Dame detalles. ¿Qué dice él?

-Guiche no dice nada, Majestad, sino los otros.

-¿Qué otros?

-Los que le han traído, Majestad.

-¿Y quiénes son?

-Lo ignoro, Majestad, pero el señor de Manicamp lo sabe. El señor de Manicamp es amigo suyo.

-Como todo el mundo -dijo el rey.

-¡Oh, no! -replicó Saint-Aignan-. Estáis en un error, Majestad, porque no todo el mundo es amigo del señor de Guiche.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Quiere Vuestra Majestad que me explique?

-Lo quiero.

-Pues bien, Majestad, creo haber oído hablar de una contienda entre dos gentileshombres.

-¿Cuándo?

-Esta misma noche, antes de cenar Vuestra Majestad.

-Eso no prueba nada. He hecho publicar ordenanzas tan severas contra el duelo, que creo nadie se ; habrá atrevido a contravenirlas.

-¡Por eso, Dios me libre de acusar a nadie! -exclamó Saint-Aignan-. Pero como Vuestra Majestad me ha ordenado hablar, he hablado.

-Dime, pues, cómo ha sido herido el conde de Guiche.

-Majestad, dicen que estando al acecho.

-¿Esta noche?

-Esta noche.

-Cercenada una mano y el pecho atravesado. . . ¿Quién estaba al acecho con el señor de Guiche?

-No sé, Majestad... Mas, el señor de Manicamp lo sabe, o debe saberlo.

-Algo me ocultas, Saint-Aignan.

-Nada, Majestad, nada.

-Entonces, explícame cómo ha sucedido el accidente. ¿Ha reventado algún mosquete?

-Muy bien pudiera ser. Aunque, reflexionándolo bien, no, Majestad, porque se ha encontrado al lado de Guiche su pistola todavía cargada.

-¡Su pistola! Pues me parece que no se va al acecho con pistola.

-También dicen que han matado el caballo de Guiche, y que está todavía su cadáver en el claro del bosque.

-Pues qué, ¿va Guiche al acecho a caballo? Saint-Aignan, no comprendo nada de lo que me dices. ¿Dónde ha sucedido eso?

-En el bosque Rochin, en la rotonda.

-Bien. Llama al señor de Artagnan.

Obedeció Saint-Aignan, y entró el mosquetero.

-Señor de Artagnan -dijo el rey-. Saldréis ahora mismo por la portecilla de la escalera particular.

-Sí, Majestad.

-Montaréis a caballo.

-Sí, Majestad.

-E iréis a la rotonda del bosque Rochin. ¿Conocéis el sitio?

-Me he batido allí dos veces, Majestad.

-¡Cómo! -exclamó el rey aturdido con aquella respuesta.

-Majestad, en tiempo de los edictos del señor cardenal de Richelieu -repuso Artagnan con su calma ordinaria.

-Eso es diferente, señor. Iréis, pues, allá, y examinaréis detenidamente el sitio. Allí ha sido herido un hombre, y encontraréis un caballo muerto. Vendréis a decirme lo que pensáis de ese suceso.

-Bien, Majestad.

-Excuso deciros que quiero saber vuestra opinión particular, y no la de los otros.

-La tendréis dentro de una hora, Majestad.

-Os prohíbo terminantemente hablar con nadie.

-¿Excepto con el que me haya de proveer de una linterna -dijo Artagnan.

-Se entiende -contestó el rey, riendo de aquella libertad, que sólo toleraba a su capitán de mosqueteros.

Artagnan salió por la escalerilla. -Ahora, que llamen a mi médico -añadió Luis.

Diez minutos después llegaba desalado el médico del rey.

-Señor -le dijo el rey-, vais a trasladaros con el señor de Saint-Aignan adonde éste os conduzca, y me daréis cuenta del estado del herido que veréis en la casa adonde vais.

El médico obedeció sin replicar, como se principiaba ya en aquella época a obedecer a Luis XIV, y salió delante de Saint-Aignan.

-Vos, Saint-Aignan, enviadme a Manicamp antes de que el médico haya podido hablarle.

Saint-Aignan salió a su vez.

XXII
CÓMO DESEMPEÑÓ ARTAGNAN LA MISIÓN QUE EL REY LE CONFIARA

En tanto que el rey tomaba. estas últimas disposiciones para averiguar la verdad, Artagnan, sin perder un instante, corría a las caballerizas, descolgaba la linterna, ensillaba por sí mismo el caballo, y encaminábase al sitio indicado por Su Majestad.

En cumplimiento de su .promesa, no había visto ni encontrado a nadie y, como hemos dicho, había llegado su escrúpulo hasta hacer, sin ayuda de los mozos de cuadra y de los palafreneros, lo que tenía que hacer.
Nuestro hombre era de aquellos que en los momentos difíciles se jactan de redoblar su propio valor.

En cinco minutos de galope llegó al bosque, ató el caballo al primer árbol que encontró,- y penetró a pie hasta el claro.

Principió entonces a recorrer a pie, y la linterna en mano, toda la superficie de la rotonda; fue, vino, midió, examinó, y, después de media hora

de exploración, volvió a tomar en silencio su caballo, y regresó reflexionando y al paso a Fontainebleau.

Luis esperaba en su gabinete. Hallábase solo, y trazaba sobre un papel varios renglones, que Artagnan vio al primer golpe que eran desiguales y tenían muchos tachones.

Dedujo, por lo tanto, que debían ser versos.

Levantó Luis la cabeza y vio a Artagnan.

-¡Hola, señor! -le dijo-. ¿Me traéis noticias?

-Sí, Majestad.

-¿Qué habéis visto?

-Os diré lo probable, Majestad -contestó Artagnan.

-Es que lo que os pedí era lo cierto.

-Procuraré aproximarme a ello cuanto pueda: el tiempo era a propósito para investigaciones de la clase de las que acabo de hacer; esta noche ha llovido, y los caminos se hallan húmedos.

-Al hecho, señor de Artagnan.

-Vuestra Majestad me dijo que había un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y de consiguiente, principié por examinar los caminos. Digo les caminos, porque son cuatro los que conducen a la encrucijada. El que seguí era el único que presentaba huellas recientes, y vi que habían pasado por él dos caballos, uno al lado del otro, porque las ocho patas estaban claramente marcadas en el lodo. Uno de los jinetes llevaba más prisa que el otro, pues las pisadas de su caballo llevan a las del otro una distancia de medio cuerpo de caballo.

-Entonces, ¿estáis seguro de que son dos los que han ido? -dijo el rey.

-Sí, Majestad; los caballos son dos excelentes animales, de paso igual, acostumbrados a la maniobra, porque han vuelto en perfecta oblicua la palizada de la rotonda.

-¿Y qué más, señor?

-Allí han debido estar los jinetes un momento para arreglar sin duda las condiciones del combate; los caballos se impacientaban. Uno de los jinetes hablaba, el otro escuchaba, contentándose sólo con responder. Su caballo piafaba, lo cual prueba que absorto el jinete en escuchar, le tuvo suelta la brida.

-¿Conque hubo combate?

-Indudablemente.

-Continuad, que sois buen observador.

-Uno de los jinetes quedóse en su sitio, el que escuchaba; el otro atravesó el claro y fue a colocarse primero enfrente de su adversario. Entonces, el que se quedó en el puesto atravesó a galope la rotonda hasta dos tercios de su longitud, creyendo marchar contra su enemigo; pero éste había seguido la circunferencia del bosque.

-Los nombres los ignoráis, ¿no es así?

-Enteramente, Majestad. Únicamente puedo afirmar que el que siguió la circunferencia del espeso bosque montaba un caballo negro.

-¿Cómo sabéis eso?

-Porque se han quedado algunas crines de su cola entre los espinos que guarnecen las orillas del foso.

-Continuad.

-En cuanto al otro caballo, poco trabajo me costó tomar sus señas, puesto que quedó muerto en el campo de batalla.

-¿Y cómo han muerto ese caballo?

-De un balazo que le atraviesa la cabeza.

-¿Y era esa bala de pistola o de escopeta?

-De pistola, Majestad. Por lo demás, la herida del caballo me ha hecho saber la táctica del que lo mató. Este había seguido la circunferencia del bosque, a fin de tener a su adversario de costado. Además, he seguido sus pisadas sobre la hierba.

-¿Las pisadas del caballo negro?

-El mismo, Majestad. -Seguid, señor de Artagnan.

-Ya que conoce Vuestra Majestad la posición de los dos adversarios, dejaré al jinete que se mantuvo estacionario para ocuparme del que partió al galope.

-Corriente.

-El caballo del jinete que daba la carga quedó muerto en el acto. -¿Y cómo lo sabéis?

-El jinete no tuvo tiempo de echar pie a tierra, y cayó con él. He visto la huella de su pierna, que hubo de sacar con bastante esfuerzo de debajo del caballo. La espuela, oprimida con el peso del animal, hizo un surco en la tierra.

-Bien. ¿Y qué hizo al incorporarse?

-Ir derecho a su adversario.

-¿Qué continuaba colocado en la linde del bosque?

-Sí, Majestad. Luego que llegó a distancia conveniente... paróse sólidamente ... Sus dos talones están marcados uno junto al otro... Disparó, y erró el tiro.

-¿Y cómo sabéis que fue herido?

-Porque hallé el sombrero agujereado por una bala.

-¡ Ah, una prueba! -exclamó el rey.

-Insuficiente. Majestad -repuso con frialdad Artagnan-: es un sombrero sin letras y sin armas: una pluma encarnada, como la de un sombrero cualquiera, y ni aun el galón tiene nada de particular.

-¿Y el hombre del sombrero agujereado disparó un segundo tiro?

-¡Oh Majestad! Ya había disparado sus dos tiros.

-¿Cómo lo sabéis?

-He encontrado los tacos de la pistola.

-Y la bala que no mató al animal, ¿adónde fue a parar?

-Cortó la pluma del sombrero de la persona a quien iba dirigida, y fue a dar en un pequeño álamo blanco al otro lado del claro.

-Entonces, el hombre del animal negro quedó desarmado, mientras que a su adversario le quedaba un tiro todavía.

-Majestad, en tanto que el jinete desmontado se levantaba, el otro volvió a cargar su arma, sólo que debía hallarse muy turbado al hacer esta operación, pues le temblaba la mano.

-¿Cómo sabéis eso?

-La mitad de la carga cayó al suelo, y el que cargaba tiró la baqueta para no perder tiempo en volverla a poner en su sitio.

-¡Señor de Artagnan, es maravilloso cuanto me estáis diciendo!

-No es más que efecto de la observación; cualquier explorador habría hecho lo ,propio.

-Se ve la escena sólo con oíros. -La he reconstruido en mi espíritu con muy cortas variaciones.

-Ahora, volvamos al jinete desmontado. ¿Decíais que marchaba contra su enemigo, mientras que éste volvía a cargar su pistola?

-Sí, pero en el momento mismo que estaba apuntando, disparó el otro.

-¡Oh! -murmuró el rey-. ¿Y el tiro?

-El tiro hizo un estrago terrible, señor: el caballero desmontado cayó boca abajo, después de haber dado tres pasos mal seguros.

-¿En qué parte fue herido?

-En dos partes: primero en la mano derecha, y luego, del mismo tiro, en el pecho.

-¿Pero cómo podéis adivinar eso? -preguntó asombrado el rey.

-¡Oh! Muy sencillamente: la culata de la pistola estaba ensangrentada, y se veía en ella la señal de la bala con los fragmentos de una sortija rota. Por tanto, al herido le han de haber cercenado, según toda probabilidad, el dedo anular y el pequeño.

-En cuanto a la mano lo comprendo: pero, ¿y el pecho?

-Majestad, había dos manchas de sangre a distancia de dos pies y medio una de otra. En una de las manchas estaba arrancada la hierba por la mano crispada, y en la otra sólo se hallaba la hierba aplastada por el peso del cuerpo.

-¡Pobre Guiche! -exclamó el rey.

-¡Ah! ¿Era el señor de Guiche? -dijo tranquilamente el mosquetero-. Ya me lo había sospechado yo, mas no me atrevía a decírselo a Vuestra Majestad.

-¿Y por qué lo habéis sospechado?

-Porque reconocí las armas de los Grammont en las pistoleras del animal muerto.

-¿Y creéis que la herida haya sido de gravedad?

-De mucha, puesto que cayó casi en el mismo sitio; no obstante, ha podido retirarse andando sostenido por dos amigos.

-¿Según eso le habéis hallado al volver?

-No; pero he observado las pisadas de tres hombres; el hombre de la derecha y el de la izquierda caminaban fácilmente; pero el de en medio tenía el paso pesado, y además iba dejando un rastro de sangre.

-Ya que habéis visto el combate en términos de no habérseos escapado ninguna circunstancia, decidme dos palabras del adversario de Guiche.

-¡Ah! Majestad, no le conozco.

-¿Vos que habéis mostrado tan maravillosa perspicacia?

-Sí, Majestad -dijo Artagnan-; todo lo he visto, pero no digo todo lo que veo, y puesto que el pobre diablo ha conseguido escapar, permítame Vuestra Majestad decirle que no seré yo quien lo denuncie.

-Sin embargo, caballero, el que se bate en duelo es un culpable. -No para mí, Majestad -dijo fríamente Artagnan.

-¡Señor! -gritó el rey-. ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

-Perfectamente, Majestad. ¡Pero qué quiere Vuestra Majestad! Para mí, un hombre que se bate bien es un valiente. Esa es mi opinión. Vos podéis tener otra; es natural, pues, sois el amo.

-Señor de Artagnan, he ordenado, sin embargo...

Artagnan interrumpió al rey con un ademán respetuoso.

-Me habéis ordenado ir a tomar informes sobre un combate, señor; y os los he traído. Si me mandáis que prenda al adversario del señor de Guiche, obedeceré; mas no me mandéis que le denuncie, porque entonces me veré en la precisión de no obedeceros.

-Pues bien, prendedle. -Nombrádmelo, Majestad. Luis hirió el suelo con el pie.

Luego, después de un momento de reflexión:

-Tenéis diez... veinte... cien veces razón -dijo.

-Tal creo, Majestad; y me alegro en el alma que sea esa también vuestra opinión.

-Una palabra tan sólo... ¿Quién ha prestado auxilio a Guiche?

-Lo ignoro.

-Me habéis hablado de dos hombres; de consiguiente, habría testigos.

-No ha habido testigo ninguno... Hay más aún, pues así que cayó el señor de Guiche, su adversario huyó sin darle siquiera auxilio.

-¡Miserable!

-¡Toma! Ese es el efecto de vuestras ordenanzas. El hombre que se ha batido bien y logra escapar de una muerte, hará cuanto sea posible por librarse de otra. Está muy presente el ejemplo del señor de Boutteville... ¡Caray!

-Y entonces se convierte en cobarde.

-No; se convierte en prudente.

-¿Y decís que huyó?

-Sí; y tan aprisa como le pudo llevar su caballo.

-¿Hacia dónde?

-Hacia el Palacio.

-¿Y luego?

-Luego, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad, llegaron dos hombres a pie, los cuales lleváronse al señor de Guiche.

-¿Qué prueba tenéis de que esos hombres hayan llegado después del combate?

-¡Ah! Una prueba manifiesta; en el momento del combate acababa de cesar la lluvia, y el terreno, que no había tenido tiempo de absorberla, estaba bastante húmedo. Las huellas de los pies son profundas; pero terminado el combate, durante el tiempo que permaneció desmayado el señor de Guiche, la tierra se endureció, y las huellas habían de ser menos profundas.

Luis dio una palmada en señal de admiración.

-Señor de Artagnan -dijo-, sois en verdad el hombre más hábil de mi reino.

-Eso mismo pensaba el señor de Richelieu, y lo decía también el señor Mazarino, Majestad.

-Ahora, nos falta ver si vuestra sagacidad se ha engañado.

-¡Oh Majestad! El hombre se engaña: errare humanum est! -dijo filosóficamente el mosquetero.

-Entonces, no pertenecéis a la humanidad, señor de Artagnan, porque creo que jamás os engañáis.

-¿Vuestra Majestad decía que lo veríamos?

-Sí.

-¿Y cómo?

-He mandado llamar al señor de Manicamp, y no tardará en llegar.

-¿Y sabe el señor de Manicamp el secreto?

-Guiche no tiene secretos para el señor de Manicamp.

Artagnan movió la cabeza.

-Repito que nadie asistió al combate, y a menos que el señor de Manicamp sea alguno de los hombres que le trajeron...

-Silencio -ordenó el rey-, que ahí viene: quedaos ahí, y prestad oído.

-Muy bien, Majestad -dijo el mosquetero.

Casi al mismo tiempo vieron a Manicamp y a Saint-Aignan en el umbral de la puerta.

XXIII
AL ACECHO

El rey hizo una señal al mosquetero y otra a Saint-Aignan.

La señal era imperiosa y significativa: "¡Cuidado con hablar"! Artagnan se retiró, como soldado, a un rincón del despacho. Saint-Aignan, como favorito, se apoyó en el respaldo del sillón del rey.

Manicamp, con la pierna derecha algo adelante, la sonrisa en los labios, las manos blancas y finas, avanzó para hacer su reverencia al rey.

El rey devolvió el saludo con la cabeza.

-Buenas noches, señor de Manicamp -le dijo.

-¿Vuestra Majestad me ha hecho el honor de llamarme? -dijo Manicamp.

-Os he llamado para que me refiráis todas las circunstancias del desgraciado accidente ocurrido a Guiche.

-¡Oh Majestad, qué doloroso!

-¿Estábais allí?

-Cuando ocurrió, no.

-¿Pero llegasteis al lugar del accidente algunos minutos después de ocurrido éste?

-Eso es, Majestad; una media hora después.

-¿Y dónde sucedió?

-Me parece, Majestad, que el sitio se llama la rotonda del bosque Rochin.

-Si, el punto de cita para los cazadores.

-Ese mismo, Majestad.

-Pues bien, contadme lo que sepáis sobre ese accidente, señor de Manicamp.

-Es que quizá esté ya enterado de él Vuestra Majestad, y temería molestarle con repeticiones.

-No lo temáis.

Manicamp echó una ojeada en torno suyo; no vio más que a Artagnan arrimado a la entabladura, sereno, benévolo, pacífico, y a Saint-Aignan, con quien había venido, y que seguía apoyado en el sillón del rey con rostro igualmente afable.

Así, pues, se decidió a hablar.

-Vuestra Majestad sabe -dijo- que en las cacerías son muy comunes los accidentes.

-¿En las cacerías?

-Sí, en las cacerías; quiero decir, cuando se caza al acecho.

-¡Ah! ¿Ha sido estando de acecho cuando ocurrió el accidente?

-Sí, Majestad -contestó Manicamp-. ¿Lo ignoraba acaso Vuestra Majestad?

-Poco menos -dijo el rey con presteza, pues le repugnaba siempre mentir-. Y ¿decís que el accidente ocurrió estando al acecho?

-¡Ay! Sí, desgraciadamente, Majestad.

El rey hizo una pausa.

-¿Al acecho de qué animal? -preguntó.

-Del jabalí, Majestad.

-¿Y qué ocurrencia tuvo Guiche de irse solo al acecho de jabalíes? Ese es un ejercicio de campesinos, y bueno, a lo más, para el que no tiene perros ni picadores para cazar, cosa que no le sucede al mariscal Grammont.

Manicamp encogióse de hombros.

-La juventud es temeraria -dijo sentenciosamente.

-En fin... proseguid -dijo el rey.

-Ello fue -continuó Manicamp, no atreviéndose a aventurarse y poniendo una palabra tras otra, como hace con sus pies un salinero en un pantano-; ello fue que el desgraciado Guiche se marchó solo al acecho.

-¿Conque solo? ¡Vaya el osado cazador! ¿Pues no sabe el señor de Guiche que el jabalí acude siempre?

-Eso es cabalmente lo que aconteció, Majestad.

-¿Sabía que estaba allí el animal?

-Sí. Majestad; unos labradores lo habían visto en sus tierras.

-¿Y qué clase de animal era? -Un jabato.

-Debían haberme advertido que Guiche tenía ideas de suicidio; porque en fin, le he visto cazar, y es un montero muy experto. Cuando tira al animal acorralado y conteniendo a los perros, toma sus precauciones y dispara con carabina; y ahora se va solo a la caza del jabalí con simples pistolas.

Manicamp se estremeció.

-Y pistolas de lujo, excelentes para batirse en duelo con un hombre, y no con un jabalí, ¡qué diantre!

-Majestad, hay cosas que no se explican.

-Tenéis razón; y la que me estáis refiriendo es una de ellas. Continuad.

Durante aquel relato, Saint-Aignan, que habría querido hacer tal vez seña a Manicamp, para que no se metiese en honduras estaba acechado por la mirada obstinada del rey.

De consiguiente, no había posibilidad de comunicación entre él y Manicamp.

En cuanto a Artagnan, la estatua del Silencio, en Atenas, era más ruidosa y más expresiva que él.

Manicamp continuó, pues, por la escabrosa senda en que se había metido hasta hundirse en el pantano.

-Majestad -dijo-, la cosa habrá sucedido probablemente de la manera siguiente: Guiche esperaba al jabalí.

-¿A caballo o a pie? -preguntó el rey.

-A caballo. Tiró al animal, y erró el tiro.

-¡Torpe!

-El jabalí arremetió contra él.

-Y quedó el caballo muerto.

-¡Ah! ¿Sabía eso Vuestra Majestad?

-Me han dicho que se han encontrado un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y he presumido que fuese el de Guiche.

-Era efectivamente el suyo, Majestad.

-¿Y qué le sucedió a Guiche?

-Luego que cayó al suelo, fue acometido por el jabalí, y herido en la mano y en el pecho.

-Horrible accidente fue; pero hay que convenir en que la culpa la tuvo Guiche. ¿Quién va al acecho de semejante animal con pistolas? ¿Había olvidado la fábula de Adonis?

Manicamp se rascó la oreja.

-Es verdad -dijo-; fue una gran imprudencia.

-¿Acertáis a explicarnos eso, señor de Manicamp?

-Majestad, lo que está escrito, escrito está.

-¡Ah!

- ¿Sois fatalista?

Manicamp se sentía desasosegado.

-No os habéis portado bien, señor de Manicamp -prosiguió el rey.

-¿Yo, Majestad?

-Sí. ¿Cómo es que siendo tan amigo de Guiche, y sabiendo que está sujeto a tales locuras, no habéis procurado contenerle?

Manicamp no sabía a qué atenerse; el tono del rey no era precisamente el de un hombre crédulo.

Por otra parte, aquel tono no tenía ni la severidad del drama ni la insistencia del interrogatorio.

Había en él más sarcasmo que amenaza.

-¿Y decís -continuó el rey-, que el caballo que se ha encontrado muerto es el de Guiche?

-Sí, Majestad.

-¿Y eso os ha sorprendido?

-No, Majestad. Ya recordaréis que en la última cacería fue muerto de igual modo el caballo del señor de Saint-Maure.

-Sí, pero tenía abierto el vientre.

-Ciertamente, Majestad.

-¡Si el caballo de Guiche tuviese abierto el vientre, como el del señor de Saint-Maure, eso no me extrañaría, pardiez!

Manicamp abrió unos ojos tamaños.

-Pero lo que me choca -continuó el rey-, es que el caballo del señor de Guiche tenga rota la cabeza en lugar de tener el vientre abierto.

Manicamp se turbó.

-¿Me equivoco acaso? -replicó el rey-. ¿No ha sido herido en la sien el caballo de Guiche? Confesad, señor de Manicamp, que el golpe ha sido singular.

-Majestad, no ignoráis que el caballo es un animal muy inteligente, y habrá tratado de defenderse.

-Pero un caballo se defiende con las patas traseras, no con la cabeza.

-Entonces, el animal, asustado, habrá perdido el tino, y el jabalí, ya podéis figuraros, señor, el jabalí...

-Sí, comprendo en cuanto al caballo, pero, ¿y el jinete?

-Majestad, es cosa muy sencilla; el jabalí pasaría del caballo al jinete, y como he tenido el honor de decir, le cogería la mano a Guiche en el momento en que iba a dispararle el segundo pistoletazo; luego, con brusco ataque, le debió agujerear el pecho.

-La cosa no puede ser más verosímil, en verdad, señor de Manicamp; hacéis mal en desconfiar de vuestra elocuencia, porque contáis maravillosamente.

-Es mucha vuestra bondad -dijo Manicamp haciendo un saludo de los más cohibidos.

-Pero quiero desde hoy mismo prohibir a mis gentileshombres que vayan al acecho. ¡Caray! ¡Tanto valdría permitirles el duelo! Manicamp temblaba, e hizo un movimiento para retirarse.

-¿Está satisfecho Vuestra Majestad? -preguntó.

-Encantado; pero no os retiréis todavía, señor de Manicamp -dijo Luis-, porque os necesito.

"Vamos, vamos -pensó Artagnan-, tampoco es éste de mi temple."
Y exhaló un suspiro que podía significar:

-¡Oh! Los hombres de mi temple, ¿dónde se han ido?"

En aquel momento levantó un ujier la cortina, y anunció al médico del rey.

-¡Ah! -exclamó Luis-. Aquí tenemos justamente al señor Valot, que viene de visitar al señor de Guiche. Vamos a tener noticias del herido.

Manicamp sintióse más turbado que nunca.

-Al menos de este modo -añadió el rey- tendremos la conciencia tranquila.

Y miró a Artagnan, quien no pestañeó.

XXIV
EL MÉDICO

El señor Valot entró.

La posición de los personajes era la misma: el rey sentado, Saint--Aignan apoyado en su sillón, Artagnan arrimado a la pared, Manicamp de pie.

-Ea, señor Valot -dijo el rey-, ¿habéis hecho lo que os dije?

-Puntualmente, Majestad.

-¿Fuisteis a casa de vuestro compañero de Fontainebleau?

-Sí, Majestad.

-¿Y habéis encontrado allí al señor de Guiche?

-Sí, Majestad.

-¿En qué estado? Hablad francamente.

-En un estado muy lastimoso, Majestad.

-Con todo, no creo que el jabalí lo haya devorado.

-¿Devorado a quién?

-A Guiche.

-¿Qué jabalí?

-El jabalí que le hirió.

-¡Cómo! ¿Ha sido herido el señor de Guiche por un jabalí?

-Así dicen al menos.

-Algún cazador furtivo...

-¿Qué es eso de cazador furtivo?

-Algún marido celoso, algún amante maltratado, que le habrá disparado un tiro por vengarse.

-¿Pero qué decís, señor Valot? ¿No han sido acaso producidas las heridas del señor de Guiche por los dientes de un jabalí?

-Las heridas del señor de Guiche han sido ocasionadas por una bala de pistola que le ha arrancado el dedo pequeño y el anular de la mano derecha, después de lo cual pasó a los músculos intercostales del pecho.

-¡Una bala!... ¿Estáis seguro de que el señor de Guiche ha sido herido por una bala? -preguntó el rey aparentando sorpresa.

-A fe mía -dijo Valot-, estoy tan seguro de ello, que aquí la tenéis, Majestad.

Y entregó al rey una bala algo aplastada.

El rey la miró sin tocarla.

-¿Conque el pobre mozo tenía eso en el pecho? -preguntó.

-No precisamente en el pecho. La bala no llegó a penetrar, sino que debió aplastarse, como podéis ver, o contra el seguro de la pistola o contra el lado derecho del esternón.

-¡Dios santo! -exclamó el rey seriamente-. Pues nada de eso me habíais dicho, señor de Manicamp.

-Majestad ...

-¿Para qué esa invención de jabalí, de acecho, de cacería por la noche? Hablad.

-¡Ah, Majestad! ...

-Creo que tenéis razón -dijo el rey volviéndose hacia su capitán de mosqueteros-, y que ha habido combate.

El rey poseía, como nadie, la facultad concedida a los poderosos de comprometer y dividir a los inferiores.

Manicamp lanzó al mosquetero una mirada de reconvención. Comprendió Artagnan aquella mirada, y no quiso quedar confundido bajo el peso de la acusación. Dio un paso.

-Vuestra Majestad me mandó que fuese a explorar la encrucijada del bosque Rochin -dijo-, y que le dijese, según mi juicio, lo que allí habrá sucedido. He puesto mis observaciones en conocimiento de Vuestra

Majestad, pero sin denunciar a nadie. Vuestra Majestad ha sido el que nombró primero al señor de Guiche.

-¡Bien, bien señor! -dijo el rey con altivez-. Habéis cumplido con vuestro deber y estoy satisfecho de vos; esto debe bastaros. Pero vos, señor de Manicamp, no habéis cumplido con el vuestro, porque me habéis mentido.

-¡Mentido, Majestad! La palabra es dura.

-Buscad otra.

-Majestad; no me cansaré e buscarla. He tenido ya la mal suerte de desagradar a Vuestra Majestad, y lo mejor que puedo hacer es aceptar humildemente las reconvenciones que tenga a bien dirigirme.

-Tenéis razón, señor; quien me oculta la verdad, me desagrada siempre.

-A veces, Majestad, no lo sabe uno todo.

-No mintáis más, o doblo la pena.

Manicamp se inclinó, palideciendo.

Artagnan dio un paso más todavía, resuelto a intervenir si la cólera, cada vez mayor,, del rey llegaba a ciertos límites.

-Señor -prosiguió el rey-, ya veis que es inútil negar la cosa por más tiempo. El señor de Guiche se ha batido.

-No diré que no; mas Vuestra Majestad hubiera podido mostrarse generoso no forzando a un caballero a decir una mentira.

-¡Forzado! ¿Quién os forzaba?

-El señor de Guiche es amigo mío, y Vuestra Majestad ha prohibido el duelo con pena de muerte.

Una mentira podía salvar a mi amigo, y he mentido.

-¡Bien! -murmuró Artagnan-. ¡Me gusta ese mozo, pardiez!

-Señor -repuso el rey-; en vez de mentir habríais hecho mejor en impedir que se batiese.

-¡Oh! Vuestra Majestad, que es el caballero más cumplido de Francia, sabe muy bien que nosotros, los que llevamos espada, no hemos mirado jamás como deshonrado al señor de Boutteville por haber muerto en la Gréve. Lo que deshonra es huir del enemigo, no encontrarse con el verdugo.

-Pues bien -dijo Luis XIV-; aun quiero abriros camino para repararlo todo.

-Si es de esos que convienen a un hidalgo, me apresuraré a seguirlo, señor.

-¿El nombre del enemigo del señor de Guiche?

-¡Oh, oh! -murmuró Artagnan-. ¿Estamos todavía en tiempo de Luis XIII?

-¡Majestad!... -murmuró Manicamp con acento de reconvención.

-¿No queréis nombrarle, a lo que parece? -dijo el rey.

-No le conozco, Majestad.

-¡Bravo! -dijo Artagnan.

-Señor de Manicamp, entregad vuestra espada al capitán. Manicamp inclinóse con la mayor gracia; se quitó sonriendo la espada, y la presentó al mosquetero.

Pero Saint-Aignan se interpuso entre Artagnan y él.

-Con el permiso de Vuestra Majestad -dijo.

-Hablad -dijo el rey, alegrándose quizá en el fondo de: su corazón de que se interpusiera alguien entre él y la cólera de que se había dejado llevar. -Manicamp, sois un intrépido, y el rey apreciará vuestro comportamiento; pero querer servir demasiado a los amigos es perjudicarles. Manicamp, indudablemente sabéis el nombre que pide el rey.

-Es verdad, lo sé.

-Entonces, lo diréis.

-Si hubiera debido decirlo, ya lo habría hecho.

-Entonces, lo diré yo, que no estoy interesado, como vos, en esa probidad.

-Sois libre en hacerlo; pero me parece, no obstante...

-¡Oh! Basta de magnanimidad; no quiero que vayáis a la Bastilla de ese modo. Hablad, o hablo yo.

Manicamp era hombre de talento, y comprendió que había hecho lo bastante para hacer formar de él una buena opinión. Lo que restaba hacer era perseverar en captarse otra vez la buena voluntad del rey.

-Hablad, señor -dijo a Saint-Aignan-. He hecho por mi parte cuanto me dictaba mi conciencia, y preciso es que me hablase bien alto -añadió dirigiéndose al rey-, cuando he contrariado las órdenes de Su Majestad; espero, sin embargo, que Su Majestad me perdonará cuando sepa que tenía que guardar el honor de una dama.

-¿De una dama? -preguntó el rey, inquieto.

-Sí, Majestad.

-¿Fue una dama la causa del combate?

Manicamp se inclinó.

El rey se levantó y acercóse a Manicamp.

-Si la persona es digna de consideración -dijo-, no me quejaré de que hayáis procedido de ese modo, al contrario.

-Majestad, todo cuanto tiene relación con la casa del rey o la de su hermano es digno de consideración a mis ojos.

-¿A la casa de mi hermano? -repitió Luis XIV como titubeando-. ¿Ha sido causa del combate alguna dama de la casa de mi hermano?

-O de Madame.

-¡Ah! ¿De Madame?

-Sí, Majestad.

-De suerte que esa dama... -Es una de las camaristas de la casa de Su Alteza Real la señora duquesa de Orleáns.

-¿Por quien aseguráis que se ha batido el señor de Guiche?

-Sí; y lo que es ahora no miento. Luis hizo un movimiento lleno de turbación.

-Señores -dijo volviéndose a los espectadores de aquella escena-, tened a bien retiraros por un momento; necesito conferenciar a solas con el señor de Manicamp. Sé que tiene muchas cosas que manifestarme en justificación suya, y que no se atreve a hacerlo delante de testigos. .. Volveos a poner vuestra espada, señor de Manicamp.

Manicamp colocó su acero en el cinturón.

-No le falta presencia de ánimo a ese perillán -murmuró el mosquetero, cogiendo el brazo de Saint-Aignan y retirándose con él.

-Él saldrá del aprieto -dijo este último al oído de Artagnan.

-Y honrosamente, conde.

Manicamp dirigió a Saint-Aignan y al capitán una mirada de reconocimiento, que pasó inadvertida para el rey.

-Vamos -dijo Artagnan al atravesar el umbral de la puerta-; mala opinión tenía formada de la nueva generación, pero veo que me engañaba, porque estos jóvenes todavía valen algo.

Valot precedía al favorito y al capitán.

El rey y Manicamp quedaron solos en el gabinete.

XXV
ARTAGNAN RECONOCE QUE SE EQUIVOCÓ Y QUE ERA MANICAMP QUIEN TENÍA RAZÓN

El rey aseguróse, acercándose hasta la puerta, de que nadie escuchaba, y volvió a situarse precipitadamente delante de su interlocutor.

-Ea -dijo-, señor de Manicamp, ahora que estamos solos, explicaos.

-Con la mayor franqueza, Majestad -contestó el joven.

-Y ante todo -añadió el rey-, sabed que lo que más me interesa es el honor de las damas.

-Por eso, precisamente, rehuía herir vuestra delicadeza, Majestad.

-Bien; ahora lo comprendo todo. Conque afirmás que se trataba de una doncella de mi cuñada, y que la persona en cuestión, el adversario de Guiche, el hombre, en fin, que os resistías a nombrar...

-Pero que el señor de Saint-Aignan os dirá, Majestad.

-Sí, ese hombre, digo, ¿ha ofendido a alguien de la casa de Madame?

-A la señorita de La Valliére, sí, Majestad.

-¡Ah! -exclamó el rey, como si hubiese esperado aquello, y como si la noticia le hubiese, no obstante, atravesado el corazón-. ¡Ah! ¿Conque era la señorita de La Valliére a quien se ultrajaba?

-No aseguro precisamente que se la ultrajase, Majestad.

-Pero, al fin...

-Afirmo que se hablaba de ella en términos poco convenientes. -¡Hablaban en términos poco convenientes de la señorita de La Valliére! ¿Y os obstináis en no decirme quién era el insolente? -Majestad, creía que eso era ya cosa convenida, y que habíais desistido de hacer de mí un delator. -Es verdad -dijo el rey moderándose-; por otra parte, no tardaré en saber el nombre del que he de castigar.

Manicamp comprendió que la cuestión había cambiado.

En cuanto al rey, vio que se había dejado arrastrar demasiado lejos.

Así es que continuó:

-Y lo castigaré, no porque se trate de la señorita de La Valliére, aunque le profeso particular aprecio, sino porque el objeto de la contienda ha sido una mujer. Quiero que en mi Corte se respete a las damas y no haya disputas.

Manicamp se inclinó.

-Vamos a ver, señor de Manicamp -continuó el rey-, ¿qué se decía de la señorita de La Valliére?

-¿No lo adivina Vuestra Majestad?

-¿Yo?

-Vuestra Majestad conoce bien la clase de chanzas que pueden permitirse los jóvenes.

-Se diría tal vez que amaba a alguien -aventuró el rey.

-Es probable.

-Pues la señorita de La Valliére tiene derecho a amar a quien bien le parezca.

-Eso es justamente lo que sostenía Guiche.

-¿Y por eso se ha batido?

-Por esa sola causa, Majestad.

El rey se ruborizó.

-¿Y no sabéis más? -dijo.

-¿Sobre qué punto?

-Sobre el punto mas culminante que me estáis refiriendo.

-¿Y qué desea Vuestra Majestad que yo sepa?

-El nombre, por ejemplo, de la persona a quien ama La Valliére, y a quien el enemigo de Guiche le disputaba el derecho de amar.

-Majestad, nada sé, nada he oído, ni he sorprendido nada; pero tengo a Guiche por hombre de gran corazón, y, si se ha sustituido momentáneamente al protector de La Valliére, eso es porque el protector está demasiado alto para tomar él mismo su defensa.

Estas palabras eran más que transparentes; así fue que hicieron ruborizar al rey, pero, esta vez, de satisfacción.

Luis dio un golpecito en el hombro a Manicamp.

-Vamos, señor de Manicamp -le dijo-, veo que no sólo sois un mozo espiritual, sino también un cumplido hidalgo, y vuestro amigo Guiche es un paladín completamente de mi gusto; así se lo diréis, ¿no es verdad?

-Así mismo, señor. ¿Vuestra Majestad me perdona?

-Completamente.

-¿Estoy ya en libertad?

El rey sonrió y tendió la mano a Manicamp.

Manicamp cogió aquella ruano y la besó.

-Y luego -añadió el rey-, sabéis contar perfectamente las cosas.

-¿Yo, Majestad?

-Me habéis hecho una relación animadísima del accidente ocurrido a Guiche. Me imagino estar viendo al jabalí, que sale del bosque, al caballo, herido de muerte, a la fiera arremetiendo al jinete después de matar al caballo. No contáis, señor, pintáis.

-Creo que Vuestra Majestad se digna mofarse de mí -dijo Manicamp.

-Al contrario -replicó Luis con la mayor serenidad-; estoy tan lejos de reírme, que quiero que contéis a todo el mundo esa aventura.

-¿La aventura del acecho?

-Sí, tal como me la habéis referido, sin cambiar una palabra. ¿Estáis?

-Perfectamente, Majestad.

-¿La contaréis?

-Sin perder un minuto.

-Pues bien, ahora, llamad vos mismo al señor de Artagnan: Supongo que no le tendréis ya miedo.

-¡Ah, Majestad! Nada temo desde que estoy seguro de las bondades de mi rey.

-Pues llamad -dijo Luis. Manicamp abrió la puerta.

-Señores -dijo-, el rey os llama.

Artagnan, Saint-Aignan y Valot entraron.

-Señores -dijo el rey-, os he hecho llamar para manifestaros que la explicación del señor de Manicamp me ha dejado enteramente satisfecho.

Artagnan lanzó a Valot, por un lado, y a Saint-Aignan, por otro, una mirada que significaba: "¿Qué os decía yo?"

El rey se llevó a Manicamp hasta la puerta, y le dijo en voz baja:

-Que el señor de Guiche se cuide, y sobre todo que se cure pronto; quiero darle las gracias en nombre de todas las damas; pero cuidado que no vuelva a las andadas.

-¡Oh Majestad! Aun cuando tuviera que morir mil veces, volverá siempre que se trate del honor de Vuestra Majestad.

La frase no podía ser más directa. Pero, como ya hemos dicho, Luis XIV gustaba del incienso, y, con tal que se le diese, no era muy exigente en punto a la calidad.

-Está bien -dijo despidiendo a Manicamp-. Veré yo mismo a Guiche y le haré entrar en razón. Manicamp salió de espaldas.

Entonces, el rey, volviéndose hacia los tres espectadores de aquella escena:

-¡Señor de Artagnan! -dijo.

-Majestad.

-¿Cómo se explica que hayáis visto tan turbio, vos, que tenéis tan buenos ojos?

-¿Yo he visto mal, Majestad?

-Sí, por cierto.

-Así será, puesto que Vuestra Majestad lo dice. Pero, ¿en qué he visto turbio?

-En todo lo relativo al suceso del bosque Rochin.

-¡Ah, ah!

-Habéis visto el rastro de los caballos, las pisadas de dos personas, los indicios de un combate, y nada de eso ha existido. Todo ha sido una pura ilusión.

-¡Ah, ah! -volvió a murmurar Artagnan.

-Lo mismo que el manoteo del caballo, y esas señales de lucha. La lucha ha sido de Guiche contra un jabalí, y nada más. Eso, sí, parece que la lucha ha sido larga y terrible.

-¡Ah, ah! -repitió Artagnan.

-¡Y cuando pienso que he dado crédito por un momento a semejante error! ... ¡Pero, ya se ve, habláis con tal aplomo!

-En efecto, Majestad; preciso es que estuviese ofuscado -dijo Artagnan con una gracia que agradó sobremanera al rey.

-¿Conque convenís en ello?

-¡Diantre, Majestad, ya lo creo!

-¿De suerte que ahora veis claramente la cosa?

-La veo de modo muy distinto que la veía hace media hora.

-¿Y a qué atribuís esa diferencia, en opinión vuestra?

-¡Oh! A una cosa muy sencilla; hace media hora volvía del bosque Rochin, donde no tenía más luz que la que despedía un pobre farol de cuadra...

-¿Y ahora?

-Ahora tengo todas las luces de vuestro gabinete, y, además, los ojos del rey que iluminan como dos soles.

El rey se echó a reír, y Saint-Aignan a carcajear.

-Lo mismo que el señor Valot -continuó Artagnan recogiendo la palabra de labios del rey-, que se ha figurado, no sólo que el señor de Guiche había sido herido con bala, sino haber extraído la bala del pecho.

-A fe mía -dijo Valot-, -confieso...

-¿No es verdad que lo habéis creído? -repuso Artagnan.

-No sólo lo he creído -contestó Valot-, sino que no tendría inconveniente en jurarlo ahora mismo.

-Pues bien, mi querido doctor, todo eso lo habéis soñado.

-¿Lo he soñado?

-¡La herida del señor de Guiche, un sueño! ¡La bala, sueño también! ... Así, pues, creedme, no se hable más de ello.

-Bien dicho -dijo el rey-; tomad el consejo que os da Artagnan. No habléis a nadie de vuestro sueño, señor Valot; por mi honor que no os pesará. Buenas noches, señores. ¡Oh! ¡Qué triste es ir al acecho de jabalíes!

-¡Qué triste cosa -repitió Artagnan en voz alta- es ir al acecho de jabalíes!

Y fue repitiendo esa frase por todos los cuartos que atravesaba, hasta que salió del palacio, llevándose consigo al señor Valot.

-Ahora que permanecemos solos -dijo el rey a Saint-Aignan-, ¿cómo se llama el adversario de Guiche?

Saint-Aignan miró al rey. -¡Oh! No tengáis reparo -añadió el rey-; ya sabéis que debo perdonar.

-Wardes -dijo Saint-Aignan.

-Bien.

Y, al momento, entrando con precipitación en su cuarto:

-Perdonar no es olvidar -dijo Luis XIV.

XXVI
CONVENIENCIA DE TENER DOS CUERDAS PARA UN ARCO

Salía Manicamp de la habitación del rey muy gozoso de haber salido tan bien de su apuro, cuando al llegar al pie de la escalera y al pasar por delante de una puerta, advirtió que le tiraban de una manga.

Volvióse y reconoció a Montalais, que le aguardaba y que con voz misteriosa y el cuerpo inclinado hacia adelante, le dijo:

-Señor, haced el favor de venir pronto.

-¿Y adónde, señorita? -preguntó Manicamp.

-Un verdadero caballero no me habría hecho tal pregunta, sino que me habría seguido sin necesidad de
explicación alguna.

-Pues bien, señorita -repuso Manicamp-, estoy resuelto a conducirme como un verdadero caballero.

-Ya es tarde, y habéis perdido todo el mérito. Vamos al aposento de Madame; venid.

-¡Ah, ah! -dijo Manicamp-. Vamos al aposento de Madame.

Y siguió a Montalais, que corría delante, ligera como Galatea.

"Lo que es ahora -decíase Manicamp conforme seguía a Montalais-, no creo que sean del caso las historias de caza. Veremos, no obstante; y si fuese necesario... ¡Oh! Si fuese preciso, ya hallaremos otra cosa."

Montalais no aflojaba el paso. "¡Qué cosa tan molesta es tener necesidad al mismo tiempo de la imaginación y de las piernas!", pensó Manicamp.

Llegaron al fin.

Madame había terminado su tocado de noche; estaba en elegante traje de casa, pero ya se comprenderá que aquel tocado lo había hecho antes de sufrir las emociones que a la sazón la agitaban.

La princesa esperaba con visible impaciencia.

Así fue que Montalais y Manicamp la encontraron de pie junto a la puerta.

Al ruido de sus pasos salió Madame al encuentro.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Al fin!

-Aquí está el señor de Manicamp -dijo Montalais. Manicamp inclinóse respetuosamente.

Madame hizo seña a Montalais de que se retirase. La joven obedeció.

La princesa la siguió con la vista en silencio hasta que cerró tras ella la puerta, y, volviéndose luego a Manicamp:

-¿Qué es eso que me han dicho, señor de Manicamp? ¿Hay algún herido en palacio?

-Sí, señora, desgraciadamente... El señor de Guiche.

-Sí, el señor de Guiche -repitió la princesa-; lo había oído decir, pero no afirmar. ¿De modo que ha sido realmente al señor de Guiche a quien le ha sucedido esa desgracia?

-Al mismo en persona, señora.

-¿Sabéis, señor de Manicamp -dijo vivamente la princesa-, que los duelos le son antipáticos al rey?

-Sí que lo sé, señora; pero no creo que tengan nada que ver los duelos con una fiera.

-¡Oh! Creo que no me haréis el agravio de creer que dé crédito a esa absurda fábula, esparcida con no sé qué objeto, de haber sido herido el señor de Guiche por un jabalí. No, no, caballero; la verdad se sabe, y en este momento el señor de Guiche, sobre el disgusto de verse herido, corre el riesgo de perder la libertad.

-¡Ay, señora! -exclamó Manicamp-. Bien lo sé; ¡pero qué se le ha de hacer!

-¿Habéis visto a Su Majestad?

-Sí, señora.

-¿Y qué le habéis dicho?

-Le he dicho que el señor de Guiche fue al acecho; que salió un jabalí del bosque Rochin; que el señor de Guiche le disparó un tiro, y que,

finalmente, el animal, furioso, se volvió contra él, le mató el caballo y le hirió a él mismo gravemente.

-¿Y el rey ha creído todo eso?

-Enteramente.

-¡Me dejáis muy sorprendida, señor de Manicamp!

Y madame comenzó a pasearse a lo largo de la habitación, echando de vez en cuando una mirada investigadora a Manicamp, el cual estaba impasible y sin moverse en el sitio que había elegido al entrar. Al fin se detuvo.

-No obstante -dijo-, aquí todos están unánimes en dar otra causa a esa herida.

-¿Qué causa, señora? ... Si no es indiscreto hacer esta pregunta a Vuestra Alteza.

-¿Eso preguntáis, siendo vos el amigo íntimo y el confidente del señor de Guiche?

-¡Oh señora! Amigo íntimo, sí; confidente, no. Guiche es uno de esos hombres que pueden tener secretos, y todavía podré añadir que los tienen, pero que no los dicen. Guiche es discreto, señora.

-Pues bien, esos secretos que el señor de Guiche guarda para sí, seré yo la que tenga el placer de descubríroslos -dijo la princesa con despecho-, porque, en verdad, podría el rey interrogaros por segunda vez, y si le hacíais el mismo relato, podría no quedar muy satisfecho.

-Creo que Vuestra Alteza está en un error. Puedo juraros que Su Majestad ha quedado muy satisfecho de mí.

-Entonces, permitid que os diga, señor de Manicamp, que eso no demuestra más que una cosa, y es que Su Majestad es muy fácil de contentar.

-Creo que Vuestra Alteza hace mal en abrigar esa opinión. Todo el mundo sabe que el rey no se paga sino de muy buenas razones.

-¿Y suponéis que os agradezca vuestra oficiosa mentira cuando sepa mañana que el señor de Guiche ha tenido por su amigo, el señor de Bragelonne, una querella que ha terminado en duelo?

-¡Una querella por el señor de Bragelonne? -exclamó Manicamp con el aire más ingenuo del mundo-. ¿Qué me dice Vuestra Alteza?

-¿Qué tiene eso de extraño? El señor de Guiche es susceptible, irritable, y se acalora fácilmente.

-Pues yo, señora. tengo al señor de Guiche por hombre de mucha calma, y no le creo susceptible ni irritable sino cuando tiene motivos muy justos.

-¿Y no creéis que la amistad sea un motivo justo? -dijo la princesa.

-¡Oh! Sin duda, señora, y sobre todo para un corazón como el suyo.

-Pues bien, el señor de Bragelonne es amigo del señor de Guiche; creo que eso no lo negaréis.

-¡Oh! ¡No por cierto!

-Pues bien, el señor de Guiche ha tomado la defensa del señor de Bragelonne, y como éste se hallaba ausente y no podía batirse, se ha batido por él.

Manicamp dejó entrever cierta sonrisa, e hizo dos o tres movimientos de cabeza y de hombros, que significaban: "¡Bueno! Si así lo queréis. . . ".

-¡Pero, en fin -dijo impaciente la princesa-, hablad!

-¿Yo?

-Sí; conozco que no sois de mi parecer y tenéis algo que decirme.

-Sólo tengo que decir una cosa, señora.

-¡Decidla!

-Que no comprendo una palabra de lo que me hacéis el honor de referir.

-¡Cómo! ¿No comprendéis una palabra de la contienda entre el señor de Guiche y el señor de Wardes? -exclamó la princesa, casi irritada.

Manicamp calló.

-Contienda -prosiguió Madame- nacida de una frase más o menos fundada, acerca de la virtud de cierta dama.

-¡Ah! ¿De cierta dama? Eso es distinto -dijo Manicamp.

-Ya principiáis a entender, ¿no es cierto?

-Vuestra Alteza me perdonará, mas no me atrevo...

-¿No os atrevéis? -dijo exasperada Madame-. Pues bien, yo me atreveré.

-¡Señora, señora! -exclamó Manicamp como si le asustara aquella amenaza-. Poned atención a lo que vais a decir.

-¡Ah! Parece que si yo fuese hombre os batiríais conmigo, a pesar de los edictos de Su Majestad, como el señor de Guiche se ha batido con el señor de Wardes por la virtud de la señorita de La Valliére.

-¡De la señorita de La Valliére! -dijo Manicamp con súbito sobresalto, como si estuviera muy distante de esperar que fuese pronunciado aquel nombre.

-¡Oh! ¿Qué tenéis señor de Manicamp, para sobresaltaros así? -dijo Madame con ironía-. ¿Cometeréis la impertinencia de dudar de esa virtud?

-¡Pero si no juega aquí para nada la virtud de la señorita de La Valliére, señora!

-¡Cómo! ¿Después que dos hombres se han batido a muerte por una mujer, venís afirmando que esa mujer no tiene nada que ver en eso, y que no se trata de ella? En verdad, señor de Manicamp, no os creía tan buen cortesano.

-Perdón, perdón, señora -contestó el joven-, pero creo que no acertamos a comprendernos. Vos me hacéis el honor de hablarme en un idioma, y yo, a lo que parece, hablo en otro.

-¿De veras?

-Perdón; pero he creído comprender que Vuestra Alteza había dicho que los señores de Guiche y de Wardes habíanse batido por la señorita de La Valliére.

-Eso he dicho.

-Por la señorita de La Valliére, ¿no es cierto? -repitió Manicamp.

-¡Eh! No he dicho que el señor de Guiche se ocupase personalmente de la señorita de La Valliére, sino en nombre de otro.

-¡En nombre de otro!

-¡Ea, no vengáis haciéndoos el desentendido! Todo el mundo sabe aquí que el señor de Bragelonne está para casarse con la señorita de La Valliére, y que, al marcharse a cumplir la comisión que Su Majestad le ha confiado en Londres, ha encargado a su amigo el señor de Guiche velar por, esa joven. -¡Ah! Nada digo, ya que Vuestra Alteza está perfectamente enterada.

-De todo; os lo prevengo. Manicamp se echó a reír, salida que estuvo a punto de exasperar a la princesa, quien, como es sabido, no tenía carácter muy sufrido.

-Señora -replicó el discreto Manicamp, saludando a la princesa-, echemos tierra a este asunto, que jamás llegará a ponerse en claro.

-¡Oh! En cuanto a eso, nada hay que hacer, pues los datos son completísimos. El rey sabrá que el señor de Guiche ha salido a la defensa de esa aventurerilla que quiere echársela de gran señora; sabrá que habiendo nombrado el señor de Bragelonne por guardián ordinario del jardín de las Hespérides a su amigo el señor de Guiche, éste ha dado la dentellada correspondiente al señor de Wardes, que osó poner la mano en la manzana de oro. Ahora bien, no dejaréis de saber, señor de Manicamp, vos, que estáis tan bien informado, que el rey codicia por su parte ese famoso tesoro, y que tal vez no llevará a bien que el señor de Guiche se haya constituido en defensor suyo. ¿Estáis ya bien enterado, o necesitáis alguna otra aclaración? Decid, preguntad.

-No, señora; no deseo saber nada.

-Tened, no obstante, entendido, porque es necesario que lo sepáis, que la indignación del rey tendrá resultados terribles: en los príncipes de un carácter como el del rey, la cólera amorosa es un huracán.

-Que vos apaciguáis, señora.

-¡Yo! -exclamó la princesa con ademán de violenta ironía-. ¿Y a título de qué?

-Porque os repugnan las injusticias, señora.

-¿Y sería una injusticia, a vuestros ojos, el impedir al rey que manejase sus asuntos de amor?

-Sin embargo, espero que intercederéis en favor del señor de Guiche.

-¡Oh! Sin duda estáis loco, caballero -dijo la princesa en tono altanero.

-Al contrario, señora, estoy en mi cabal juicio, y lo repito, defenderéis al señor de Guiche ante el rey.

-¿Yo? -Sí.

-¿Y a santo de qué?

-Porque la causa del señor de Guiche es la vuestra, señora -dijo en voz baja y con ardor Manicamp, cuyos ojos se inflamaron a la sazón.

-¿Qué queréis decir?

-Digo, señora, que me extraña mucho que, en el nombre de La Valliére, mezclado en esa defensa que ha tomado el señor de Guiche por el señor de Bragelonne ausente, no haya adivinado Vuestra Alteza un pretexto.

-¿Un pretexto?

-Sí.

-Pero un pretexto, ¿de qué? - repitió balbuciente la princesa, a quien las miradas de Manicamp habían hecho ver claro.

-Ahora, señora -añadió el joven-, creo haber dicho lo bastante para determinar a Vuestra Alteza a no acriminar ante el rey a ese pobre Guiche, sobre quien van a recaer todas las enemistades fomentadas por cierto partido muy contrario al vuestro.

-¿Queréis decir que todos los que no quieren a la señorita de La Valliére, y tal vez algunos de los que la quieren, mirarán con malos ojos al conde?

-¡Oh señora! ¿Es posible que llevéis a tal punto vuestra obstinación, que no atendáis a las palabras de un amigo leal? ¿Tendré que exponerme a incurrir en vuestro desagrado? ¿Tendré que nombraros, a pesar mío, la persona que ha sido la causa verdadera de la contienda?

-¡La persona! -repitió Madame sonrojándose.

-¿Será preciso -continuó Manicamp- que os muestre al pobre Guiche irritado, furioso, exasperado por todos esos rumores que corren acerca de esa persona? ¿Será preciso, si os obstináis en no reconocerla, y si el respeto continúa impidiéndome nombrarla, que os traiga a la memoria las escenas de Monsieur con el señor de Buckingham, las insinuaciones propaladas a consecuencia del destierro del duque? ¿Será preciso que os pinte los esfuerzos del conde por agradar, contemplar y proteger a esa persona por quien solamente vive, por quien únicamente respira? Pues bien, lo haré; y cuando os haya recordado todo eso, tal vez comprendáis que el conde, apurada su paciencia, provocado hace mucho tiempo por Wardes; a la primera palabra poco conveniente que éste haya soltado respecto de esa persona se haya acalorado y respirado venganza.

La princesa ocultó su rostro entre las manos.

-¡Señor, señor! -exclamó-. ¿Qué estáis diciendo y a quién lo decís?

-Entonces, señora -prosiguió Manicamp como si no hubiese oído las exclamaciones de la princesa-, nada os extrañará ya, ni el ardor del conde en buscar esa contienda, ni su maravillosa destreza en conducirla a un terreno extraño a vuestros intereses. No cabe mayor habilidad ni sangre fría; y, si la persona por quien el conde de Guiche se ha batido y ha derramado su sangre, debe, verdaderamente, algún reconocimiento al pobre herido, no es seguramente por la sangre que ha perdido ni por los dolores que ha sufrido, sino por su miramiento a una honra que aprecia más que la suya propia.

-¡Oh! -exclamó Madame como si hubiese estado sola-. ¡Oh! ¡Sería sin duda mi causa! Manicamp pudo respirar; había ganado bravamente aquel reposo, y respiró.

Madame quedó, por su parte, sumida en dolorosos pensamientos.

Adivinábase su agitación en los movimientos acelerados de su seno, en la languidez de sus ojos, y en las frecuentes presiones de la mano contra su corazón.

Pero, en ella, no era la coquetería una pasión inerte, sino antes bien, un fuego que buscaba alimento y sabía hallarlo.

-Entonces -dijo-, el conde habrá dejado obligadas a dos personas a la vez, porque el señor de Bragelonne debe también al señor de Guiche profundo reconocimiento, tanto mayor, cuanto que siempre y en todas partes pasará por haber sido el generoso campeón de la señorita de La Valliére.

Manicamp conoció que aún quedaba un resto de duda en el corazón de la princesa, y su ánimo acaloróse con la resistencia.

-¡Vaya un servicio -dijo- que ha prestado a la señorita de La Valliére y al señor de Bragelonne! El duelo ha producido un escándalo que deshonra en gran parte a esa joven; un escándalo que la malquista necesariamente con el vizconde. De ello resulta que el pistoletazo del de Wardes ha causado tres efectos en lugar de uno; matar el honor de una mujer, la felicidad de un

hombre, y quizá también herir de muerte a uno de los mejores hidalgos de Francia. ¡Ah, señora! Vuestra lógica es muy severa: condena siempre, y nunca absuelve.

Las últimas palabras de Manicamp batieron en brecha la última duda que había quedado, no en el corazón, sino en el ánimo de Madame. No era ya ni una princesa con sus escrúpulos, ni una mujer con sus recelos suspicaces, sino un corazón que acababa de sentir el frío profundo de una herida.

-¡Herido de muerte! -exclamó con voz angustiosa-. ¡Ah, señor de Manicamp! ¿No habéis dicho herido de muerte?

Manicamp sólo contestó con un profundo suspiro.

-¿Conque el conde está gravemente herido? -añadió la princesa.

-¡Ay, señora! Le han destrozado una mano y tiene una bala en el pecho.

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamó la princesa, con la excitación de la fiebre-. ¡Es terrible, señor de Manicamp! ¡Una mano destrozada y una bala en el pecho! ¡Dios mío! ¿Y ha sido ese miserable, ese asesino de Wardes quien ha hecho eso?... ¡Oh, no hay justicia en el cielo!

Manicamp parecía entregado a una violenta emoción. Verdad es que había desplegado gran energía en la última parte de su alegato.

En cuanto a Madame, no se hallaba en estado de guardar miramientos; cuando la pasión desarrollaba en ella ira o simpatía, nada había que pudiese contener su impulso. Y acercóse a Manicamp, que se había dejado caer sobre un sillón, como si el dolor fuese una excusa bastante poderosa para infringir las leyes de la etiqueta.

-Señor -le dijo, tomándole una mano-, sed franco.

Manicamp levantó la cabeza.

-¿Está el señor de Guiche en peligro de muerte? -añadió Madame.

-Con doble motivo, señora -dijo Manicamp-: primero, a causa de la hemorragia que se ha declarado por haberle roto la bala una arteria en la mano, y después, a causa de la herida del pecho, que, a juicio del médico, es fácil que haya interesado algún órgano esencial.

-Según eso, ¿puede morir?

-¡Oh! Sí, señora; y sin el con suelo de saber que habéis conocido su abnegación.

-Pues decídselo.

-¿Yo?

-Sí, ¿no sois su amigo?

-¿Yo? ¡Oh, no, señora! Yo no diré al señor de Guiche, si el desgraciado está todavía en disposición de oírme, sino lo que he visto por mis propios ojos, vuestra crueldad para con él.

-¡Señor! ¡Oh! ¡No cometeréis esa barbarie!

-Sí tal, señora; diré esa verdad, porque al fin la naturaleza puede mucho en un hombre de sus años. Los médicos son hábiles, y si, por casualidad, el pobre conde sobreviviese a su herida, no querría que quedase expuesto a morir de la herida del corazón, después de haber sanado de la del cuerpo.

Al pronunciar estas palabras se levantó Manicamp y, con una profunda reverencia, hizo como que iba a retirarse.

-A lo menos, señor -dijo Madame deteniéndole con aire de ruego-, no os iréis sin decirme el estado en que se halla el herido, y quién es el médico que lo asiste.

-Está muy mal, señora; esto en cuanto a su estado. Respecto a su médico, es el de Su Majestad, el señor Valot, auxiliado de otro médico, a cuya casa fue transportado el señor de Guiche.

-¿Pues que, no se halla en Palacio? -preguntó Madame.

-¡Ay, señora! El pobre joven se encontraba en tan mal estado, que no ha podido ser conducido hasta aquí.

-Dadme las señas, caballero -dijo vivamente la princesa-, y enviaré a saber de él.

-Calle de la Paja, señora; una casa de ladrillos con postigos blancos. En la puerta está escrito el nombre del doctor.

-¿Vais ahora a ver al herido, señor de Manicamp?

-Sí, señora.

-Entonces desearía que me hiciérais un favor.

-Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza.

-Haced lo que pensábais; id a ver a Guiche; haced que se marchen los que tenga al lado suyo, y después alejaos vos también.

-Señora...

-No perdamos el tiempo en explicaciones inútiles. Este es el hecho, y no queráis ver en él otra cosa que la que hay, ni saber más de lo que yo os digo. Voy a enviar una de mis damas, quizá dos, a causa de lo avanzado de la hora, y no quisiera que os viesen, o mejor dicho, quisiera que no las vieseis a ellas; son escrúpulos que debéis comprender mejor que nadie, vos, que siempre lo adiviná is todo.

-Señora, perfectamente; aún puedo hacer algo mejor, y es ir delante de vuestras mensajeras, lo cual será a la vez un modo de indicarles con seguridad el camino, y de ampararlas en caso de que la casualidad hiciese que, contra toda probabilidad, tuvieran necesidad de protección.

-Y luego, por ese medio, podrán entrar sin dificultad alguna, ¿no es verdad?

-Seguramente, señora; porque, pasando yo el primero, quitaré cualquier dificultad, en caso de que la hubiese.

-Pues bien, señor de Manicamp, esperad al pie de la escalera.

-Allá voy, señora.

-Aguardad.

Manicamp se detuvo.

-Cuando oigáis las pisadas de las dos mujeres que van a bajar, echaréis a andar, y seguiréis sin volveros el camino que conduce a casa del pobre conde.

-Pero, ¿y si la casualidad hiciera que bajasen otras dos personas y yo me equivocase?

-La señal serán tres palmadas.

-Corriente.

-Id, pues.

Manicamp se volvió, saludó y salió con el corazón lleno de alegría. No ignoraba, con efecto, que la presencia de Madame era el mejor bálsamo que podía aplicarse a las llagas del herido.

No había transcurrido un cuarto de hora todavía cuando llegó a sus oídos el ruido de una puerta que abrían y cerraban con precaución. Luego oyó unas pisadas ligeras en la escalera, y por fin las tres palmadas, que era la señal convenida.

Echó a andar al punto, y, fiel a su palabra, se dirigió sin volver la cabeza por las calles de Fontainebleau hacia la morada del doctor.

XXVII
EL SEÑOR MALICORNE, ARCHIVERO DEL REINO DE FRANCIA

Dos mujeres, envueltas en mantos y con la cara velada por una media careta de terciopelo negro, seguían tímidamente los pasos de Manicamp.

En el piso principal, detrás de las cortinas de damasco encarnado, brillaba la suave luz de una lámpara puesta sobre un aparador.

Al otro extremo del mismo cuarto, en un lecho de columnas salomónicas, cerrado por cortinas iguales a las que amortiguaban el fuego de la lámpara, descansaba Guiche con la cabeza reclinada sobre dos almohadas, y los ojos anegados en espesa niebla. Largos cabellos negros, ensortijados, esparcidos por la almohada, adornaban con su desorden las sienes pálidas del joven.

Notábase en seguida que la fiebre era la huésped principal de aquella habitación.

Guiche soñaba. Su espíritu seguía, a través de las tinieblas, uno de esos ensueños del delirio que el cielo envía por el camino de la muerte a los que van a caer en el universo de la eternidad.

En el suelo veíanse dos o tres manchas de sangre líquida aún. Manicamp subió los escalones con precipitación; pero al llegar al umbral se detuvo, empujó suavemente la puerta, introdujo la cabeza en la habitación, y, viendo que todo estaba tranquilo, se acercó de puntillas al gran sillón de cuero, muestra mobiliaria del reinado de Enrique IV. Se acercó a la enfermera, que, como es natural, estaba dormida, la despertó, y le rogó que pasase al cuarto inmediato.

Después, de pie junto a la cama, se puso a reflexionar si convendría despertar a Guiche para hacerle saber la buena nueva que le traía.

Pero, como detrás de la cortina de la puerta, oyera el sedoso crujir de unos vestidos y la respiración angustiosa de sus dos compañeras de camino, y como viera ya levantarse impaciente la cortina de aquella puerta, se escurrió a lo largo de la cama, y siguió a la enfermera a la habitación contigua.

Entonces, en el momento mismo en que desaparecía, levantóse la colgadura y entraron las mujeres en la habitación que Manicamp acababa de dejar.

La que entró primero hizo a su compañera un ademán imperioso que la clavó en un escabel al lado de la puerta.

En seguida se adelantó resueltamente hacia el lecho, descorrió las cortinas y recogió sus pliegues flotantes detrás de la cabecera.

Entonces vio el rostro pálido del conde y su mano envuelta en un lienzo blanquísimo, que se deslizaba sobre la colcha de sombrío ramaje que

cubría una parte del lecho. Viendo una gota de sangre que iba ensanchándose sobre aquel lienzo, se estremeció.

El blanco pecho del joven estaba descubierto, como si el fresco de la noche debiese facilitar su respiración. Una venda sujetaba el apósito a la herida, alrededor de la cual se extendía un círculo azulado de sangre extravasada.

Un suspiro profundo brotó de la boca de la joven. Apoyóse sobre la columna del lecho, y contempló por los agujeros de su careta aquel doloroso espectáculo.

Un hálito ronco y angustioso pasaba como el hipo de la muerte por los dientes apretados del desgraciado conde.

La dama enmascarada cogió la mano izquierda del herido.

Aquella mano quemaba como el carbón ardiendo.

Pero, en el momento de posarse encima !la mano helada de la dama, la acción de aquel frío fue tal, que Guiche abrió los ojos y se esforzó por volver a la vida animando su mirada.

Lo primero que vio fue el fantasma inmóvil delante de la columna de su cama.

A aquella vista dilatáronse sus pupilas, pero sin que la inteligencia encendiese en él todavía su pura llama.

La dama hizo una seña a su compañera, que se había quedado al lado de la puerta. Sin duda, tenía ésta aprendida su lección, pues con voz clara y sin titubear en lo más mínimo, pronunció estas palabras:

-Señor conde, Su Alteza Real Madame desea enterarse de cómo van vuestras heridas, y manifestaros por mi boca lo mucho que siente veros padecer.

A1 oír Guiche la palabra Madame hizo un movimiento. Aún no había advertido a la persona a quien pertenecía aquella voz.

Volvióse, pues, hacia el punto de donde salía dicha voz, y, como la mano helada no le había abandonado todavía, empezó a contemplar aquel fantasma inmóvil.

-¿Sois vos la que me habláis, señora -preguntó con voz débil-,
o hay con vos alguna otra persona en el cuarto? -respondió el fantasma con voz casi ininteligible, bajando la cabeza.

-¡Gracias! -murmuró el herido haciendo un esfuerzo-. Decid a Madame que no siento ya morir, puesto que ha tenido la bondad de acordarse de mí.

Al oír la palabra morir, pronunciada por un agonizante, la dama enmascarada no pudo contener las lágrimas, que corrieron bajo su antifaz y aparecieron sobre las mejillas donde la careta dejaba de ocultarlas.

Si Guiche se hubiera hallado en el uso de sus sentidos, habríalas visto rodar como brillantes perlas y caer sobre' su cama.

La dama, olvidando que llevaba antifaz, se llevó la mano a los ojos para enjugarlos, y, tropezando su mano con el terciopelo suave y frío, se lo arrancó con enojo y lo tiró al suelo.

A aquella aparición inesperada, que parecía salir de una nube, Guiche lanzó un grito y tendió los brazos.

Mas toda palabra expiró en sus labios, como toda fuerza en sus venas.

Su mano derecha, que había seguido el impulso de la voluntad sin calcular su grado de energía, volvió a caer sobre la cama, y al punto aquel blanco lienzo, enrojecióse con una mancha más extensa.

Y durante aquel tiempo, los ojos del joven se abrían y se cerraban, como si hubiesen comenzado a luchar con el ángel inflexible de la muerte.

Luego, tras de algunos movimientos sin voluntad, su cabeza quedó inmóvil sobre la almohada. De pálida que estaba, se había vuelto lívida.

La dama tuvo miedo; pero aquella vez, contra lo que ordinariamente acontece, el miedo fue para ella
un atractivo.

Se inclinó hacia el joven, devorando con su aliento aquel rostro frío y descolorido, que casi llegó a tocar, y depositó un rápido beso en la mano izquierda de Guiche, quien, sacudido como por una descarga eléctrica, se despertó por segunda vez, abrió sus ojos sin pensamiento, y volvió a caer en profundo desvanecimiento.

-Vámonos -dijo la dama a su compañera-, pues si estamos aquí más tiempo, me temo que voy a cometer alguna locura.

-¡Señora, señora! Vuestra Alteza olvida el antifaz -dijo la vigilante compañera.

-Recogedlo -le dijo su ama deslizándose veloz por la escalera. Y como la puerta de la calle había quedado entreabierta, los dos ligeros pájaros pasaron por aquella abertura y en una carrera se pusieron en palacio.

Una de las damas subió hasta las habitaciones de Madame, donde desapareció.

La otra entró en el departamento de las camaristas, o sea, en el entresuelo.

Cuando llegó a su habitación se sentó delante de una mesa, y, sin tomarse tiempo para respirar, se puso a escribir el siguiente billete:

"Esta noche ha ido Madame a visitar al señor de Guiche.

"Por este lado todo va maravillosamente.

"Cuidad de que suceda lo mismo por el vuestro, y, sobre todo, quemad este papel."

Luego dobló la carta en forma prolongada, y saliendo de su cuarto con precaución atravesó un corredor que conducía al departamento de los gentileshombres de Monsieur.

Allí detúvose delante de una puerta, por bajo de la cual deslizó el papel, después de dar dos golpecitos con la mano. En seguida se marchó.

Cuando volvió a su habitación hizo desaparecer todo rastro de su salida y del billete escrito.

En medio de las investigaciones a que se entregaba con el objeto que dejamos indicado, vio en la mesa el antifaz de Madame, que se había traído según las órdenes de su ama, pero que se le olvidó entregar.

-¡Oh! -dijo-. No volví

-¡Oh, - demos de hacer mañana lo que olvidé hacer hoy.

Cogió el antifaz por la mejilla de terciopelo, y, sintiendo húmedo su dedo, fue a ver lo que era.

El dedo no sólo estaba húmedo, sino rojo.

El antifaz había caído en una de las manchas de sangre que, como hemos dicho, había esparcidas por el suelo, y del exterior negro que por

casualidad había tocado la sangre pasó a lo interior, manchando la batista blanca.

-¡Oh, oh! -exclamó Montalais, pues nuestros lectores la habrán reconocido sin duda en todos esos manejos que hemos descrito-. ¡Oh, oh! No le devolveré el antifaz, pues éste es ya un objeto demasiado precioso.

Y levantándose luego, se acercó a un cofrecillo de arce que contenía diferentes objetos de tocador.

-No, aquí no -dijo-; semejante depósito, no es de los que se abandonan a la ventura.

Luego, tras un momento de silencio, y con la sonrisa que le era peculiar:

-Bella máscara teñida con la sangre de ese valiente caballero -añadió Montalais-, irás a reunirte en el almacén de las maravillas con las cartas de La Valliére, con las de Raúl, con toda esa amorosa colección que formará la historia de Francia y la historia de la Corona. Irás á poder del señor Malicorne -añadió riendo la loquilla, mientras principiaba a desnudarse-, de ese digno Malicorne -continuó, soplando la bujía-, que cree no ser mas que mayordomo de sala de Monseñor, y a quien le hago yo archivero e historiógrafo de la casa de Borbón y de las mejores casas del reino. ¡Que se queje todavía ese avinagrado de Malicorne!

Y corriendo sus cortinas, durmióse.

XXVIII
EL VIAJE

Al día siguiente, el señalado para la marcha, el rey, a las once sonadas, descendió, con las reinas y Madame, por la escalera principal para ir a tomar su carroza tirada por seis caballos piafantes al pie de la escalera.

Toda la Corte aguardaba en la Fer-á-Cheval en traje de viaje, y aquella multitud de caballos ensillados, de carrozas enganchadas, de hombres y mujeres rodeados de sus oficiales, de sus criados y de sus pajes, ofrecía un brillante espectáculo.

El rey subió a su carroza con las dos reinas.

Madame hizo lo propio con Monsieur.

Las camaristas siguieron el ejemplo, y tomaron asiento, dos a dos, en los carruajes que les estaban destinados.

La carroza del rey iba delante; después seguía la de Madame, y detrás las otras, según la etiqueta.

El tiempo estaba caluroso; un ligero soplo de viento, que por la mañana hubiérase podido creer bastante fuerte para refrescar la atmósfera, fue abrasado muy pronto por el sol, oculto tras de las nubes, y sólo se infiltraba ya a través de aquel cálido vapor que emanaba del suelo, como un viento abrasador que levantaba un polvo fino y azotaba el rostro de los viajeros, ansiosos por llegar.

Madame fue la primera que se quejó del calor.

Monsieur le contestó recostándose en la carroza como quien está a punto de desmayarse, y se inundó de esencias y aguas de olor, exhalando suspiros profundos.

Entonces Madame le dijo, con su mejor talante:

-En verdad, señor, creía que hubieseis sido bastante galante, atendiendo al calor que hace, para dejarme mi carroza a mí sola y hacer el viaje a caballo.

-¡A caballo! -gritó el príncipe con acento de espanto, que manifestó cuan lejos se hallaba de acceder a tan extraño proyecto-. ¡A caballo! ¿Pues no comprendéis, señora, que todo mi cutis se desprendería a pedazos al contacto de ese viento de fuego?

Madame se echó a reír.

-Podéis llevar mi quitasol -dijo.

-¿Y la molestia de llevarlo? -contestó Monsieur con la mayor sangre fría-. Además que no tengo caballo.

-¡Cómo! ¿No tenéis caballo? -replicó la princesa, la cual, ya que no lograba quedar aislada, quiso, por lo menos, llevar adelante su terquedad-. ¿No tenéis caballo? Estáis en un error, pues desde aquí estoy viendo vuestro bayo favorito.

-¿Mi caballo bayo? -exclamó el príncipe procurando hacer hacia la portezuela un movimiento que le causo tanta incomodidad, que sólo pudo hacerlo a medias, apresurándose a recobrar su anterior inmovilidad.

-Sí -dijo Madame-, vuestro caballo conducido de la mano por el señor de Malicorne.

-¡Pobre animal! -repuso el príncipe-. ¡Cuánto calor sentirá!

Y, al decir estas palabras, cerró los ojos, como un moribundo que expira.

Madame, por su parte, se recostó perezosamente en el otro rincón del carruaje, y cerró también los ojos, no para dormir, sino para pensar a su gusto.

Entretanto, el rey, sentado en la delantera del carruaje, cuyo testero había cedido a las dos reinas, experimentaba esa viva contrariedad de los amantes inquietos, que desean continuamente la vista del objeto amado, sin saciar nunca esa sed ardiente, y se alejan después medio contentos, sin echar de ver que lo que han hecho ha sido avivar más su sed.

El rey, que, como hemos dicho, iba delante, no podía ver desde su asiento las carrozas de las camaristas, que iban las últimas.

Tenía, además, que contestar a las íntimas interpretaciones de la joven reina, quien, feliz con poseer a su caro marido, como decía, olvidando la etiqueta real, le prodigaba los cuidados y atenciones más cariñosos, por miedo de que vinieran a llevárselo, o le ocurriese la idea de dejarla.

Ana de Austria, que no se ocupaba ya a la sazón de otra cosa que de los dolores sordos que de vez en cuando sentía en su seno, mostraba buen semblante; y, aunque adivinaba la impaciencia del rey, se complacía en prolongar su suplicio con mil salidas inesperadas en los momentos en que Su Majestad, entregado a sí mismo, principiaba a acariciar sus secretos amores.

Las solícitas atenciones de la reina y la terquedad de Ana de Austria, concluyeron por hacérsele insoportables al rey, que no sabía dominar los impulsos de su corazón.

De modo que primero se quejó del calor, abriéndose de este modo el camino para formular otras quejas.

Hizolo, no obstante con gran habilidad para que María Teresa no adivinase su intención.

Tomando al pie de la letra lo, que decía el rey, se puso a abanicar a Luis con sus plumas de avestruz.

Pero, pasado el calor, se quejó el rey de calambres en las piernas, y, como a la sazón parase la carroza para cambiar de tiro:

-¡Queréis que baje con vos? -preguntó la reina-. También tengo yo las piernas entumecidas. Iremos un rato a pie, y después que nos alcancen las carrozas, volveremos a ocupar nuestros asientos.

El rey frunció el ceño; ruda prueba es la que hace sufrir a un esposo infiel la mujer celosa, que, a pesar de sus celos, se muestra con bastante fortaleza para no dar a pretexto a la cólera.

Sin embargo, el rey no podía negarse a ello; así fue que baló, ofreció el brazo a la reina, y caminó largo trecho con ella, mientras que cambiaban los caballos.

Conforme iba andando, dirigía miradas envidiosas a los cortesanos que tenían la fortuna de hacer el viaje a caballo.

La reina no tardó en conocer que el paseo a pie disgustaba tanto al rey como el viaje en carruaje. Por tanto, le invitó a volver a él otra vez.

El rey la condujo hasta el estribo, pero no subió con ella; se hizo tres pasos atrás, y trató de reconocer en la fila de carruajes el que tanto le interesaba.

A la portezuela del sexto, aparecía la blanca figura de La Valliére.

Como el rey, inmóvil en su sitio, permaneciera absorto en sus pensamientos, sin echar de ver que todo estaba dispuesto y no se esperaba más que a él, oyó a tres pasos de distancia una voz que le interpelaba con gran respeto. Era el señor de Malicorne, en traje completo de escudero, llevando bajo su brazo izquierdo las bridas de dos caballos.

-¿Ha pedido Vuestra Majestad un caballo? -preguntó.

-¡Un caballo! ¿Lleváis acaso algún caballo mío? -preguntó el rey, procurando reconocer a aquel gentilhombre, cuyo semblante no le era todavía familiar.

-Señor -respondió Malicorne-, tengo por lo menos un caballo a disposición de Vuestra Majestad.

Y Malicorne señaló el caballo bayo de Monsieur, de que había hablado Madame. El animal estaba perfectamente enjaezado.

-Ese caballo no es mío, señor -dijo el rey.

-Es de las caballerizas de Su Alteza Real; pero su Alteza, Real no monta jamás a caballo cuando hace tanto calor.

El rey no respondió nada, pero se acercó vivamente a aquel caballo que removía la tierra con sus pies.

Malicorne hizo un movimiento, para tenerle el estribo; pero, cuando quiso recordar, ya estaba montado.

Vuelto a la alegría por aquella buena suerte, el rey corrió todo sonriente a la carroza de las reinas que le esperaban, y a pesar del aire desconcertado de María Teresa:

-Como veis -dijo-, he hallado este caballo y deseo aprovechar la ocasión. En la carroza el calor me asfixiaba. Así, pues, hasta luego, señoras.

E, inclinándose graciosamente sobre el bien formado cuello del corcel, desapareció al momento.

Ana de Austria se asomó para seguirle con la vista. No anduvo mucho el rey, pues al llegar a la sexta carroza hizo acortar el paso a su caballo, y quitóse el sombrero.

Saludaba a La Valliére, la cual al verle lanzó un gritito de sorpresa, ruborizándose al mismo tiempo de satisfacción.

Montalais, que ocupaba el otro rincón de la carroza, hizo al rey un profundo saludo.

Luego, como mujer de talento, fingió que el paisaje le llamaba la atención y se retiró al rincón de la izquierda.

La conversación del rey y de La Valliére empezó, como todas las conversaciones de amantes, con miradas expresivas y con palabras al principio vacías de sentido.

El rey manifestó que tenía tanto calor en la carroza, que el haberse encontrado con aquel caballo le parecía un beneficio celestial.

Y el bienhechor -añadió- debe de ser hombre de mucha inteligencia, porque me ha adivinado. Sólo me resta saber quién es el gentilhombre que ha servido con tanta habilidad a su rey, libertándole del profundo fastidio que le abrumaba.

Durante el coloquio, Montalais, que desde las primeras palabras había puesto gran atención, se fue acercando de manera que al concluir el rey su última frase se encontraba su mirada con la suya.

De ahí resultó que, como el rey miraba tanto a ella como a La Valliére al preguntar, pudo creer Montalais que era ella la preguntada, y que, por consiguiente, podía responder.

Así fue que contestó:

-Señor, el caballo que monta Vuestra Majestad es uno de los caballos de Monsieur que llevaba de la mano uno de los gentiles hombres de Su Alteza Real.

-¿Y cómo se llama ese gentilhombre, señorita?

-Señor de Malicorne.

El nombre causó su efecto ordinario.

-¿Malicorne? -repetía el rey sonriendo.

-Sí, señor -replicó Aura-. Mirad, es ese caballero que galopa a mi izquierda.

Y señalaba, en efecto, a nuestro Malicorne, el cual, con aire hipócrita, galopaba al lado de la portezuela izquierda, y aunque comprendió que se hablaba de él en aquel momento, no se movió de su silla, como si fuese sordo y mudo.

-Sí, ése es el caballero -dijo el rey-; recuerdo su fisonomía, y me acordaré de su nombre.

Y el rey miró tiernamente a La Valliére. Aura nada tenía ya que hacer. Había dejado caer el nombre de Malicorne; el terreno era bueno; ahora no había más que dejar que el nombre brotara, y que el suceso causara sus frutos.

En consecuencia, volvió a acomodarse en su rincón, con el derecho de hacer al señor de Malicorne todas las señas cariñosas que se le antojase, va que el señor de Malicorne había tenido la dicha de agradar al rey. Como es

de suponer, Montalais no las escaseó. Y Malicorne, con su fino oído y su mirada astuta, recogió las palabras:

-Todo va bien.

Estas palabras fueron acompañadas de una pantomima muy semejante a un beso.

-¡Ay, señorita! -dijo al fin el rey-. Pronto cesará la libertad del campo; vuestro servicio a Madame será más riguroso, y no nos volveremos a ver.

-Vuestra Majestad ama demasiado a Madame -contestó Luisa-, para que no vaya a verla con frecuencia, y cuando Vuestra Majestad atraviese la cámara ...

-¡Ah! -dijo el rey con voz tierna, que bajaba por grados-. Divisarse no es verse, y, sin embargo, parece que eso es bastante para vos.

Luisa no respondió; pero ahogó un suspiro que quiso salírsele del pecho.

-Gran dominio tenéis sobre vos -dijo el rey.

La Valliére sonrió con melancolía.

-Emplead esa energía en amar -continuó él-, y bendeciré a Dios por habérosla dado.

La Valliére guardó silencio, pero dirigió al rey una mirada llena de amor.

Entonces Luis, como si se sintiera abrasado por aquella ardiente mirada, se pasó In mano por la frente, y oprimiendo su corcel con las rodillas, le hizo adelantar algunos pasos.

Ella, recostada hacia atrás, con los ojos medio cerrados, cobijaba con su mirada a aquel gallardo jinete, cuyas plumas ondeaban al viento.

Agradábanle en extremo sus brazos arqueados con gracia; su pierna, fina y nerviosa, apretando los flancos del caballo, y aquel delicado corte del perfil, delineado por hermosos cabellos ensortijados, que se levantaban a veces para descubrir una oreja rosada y encantadora.

En una palabra, la pobre niña amaba, y se embriagaba con su amor.

Un instante después, el rey volvió al lado de ella.

-¡Ay! -exclamó-. ¿No veis que vuestro silencio me atraviesa el corazón? ¡Oh señorita! ¡Qué inflexible debéis ser cuando os resolvéis a un rompimiento! Y luego os creo mudable... En fin, en fin, temo este amor profundo que me habéis hecho concebir.

-¡Oh señor! Os equivocáis -dijo La Valliére-; cuando yo ame, será para toda la vida.

-¡Cuando améis! -exclamó el rey con dolor-. ¿De modo que no amáis?

La Valliére se tapó la cara con las manos.

-¿Lo veis? -dijo el rey-. ¿Veis cómo tengo razón en acusaros? ¿Veis cómo sois mudable, caprichosa y quizá coqueta? ¿Lo veis? ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!

-¡Oh, no! -dijo La Valliére-. Tranquilizaos, señor. ¡No, no! -Pues prometedme que seréis siempre la misma para mí.

-¡Oh! Siempre, señor.

-Que no tendréis conmigo esas crueldades que destrozan el corazón, ni esas mudanzas que me darían la muerte.

-¡Oh! ¡No, no!

-Pues bien, oíd: me. gustan las promesas, me gusta poner bajo la garantía del juramento, es decir, bajo la salvaguardia de Dios, todo lo que

interesa a mi corazón y a mi amor. Prometedme, o mejor, juradme que si, en esta vida que vamos a principiar, vida toda de sacrificios, de misterios, de dolores, vida toda de contratiempos y de sinsabores; juradme que si nos hemos engañado, si no nos hemos comprendido, si nos hemos hecho algún agravio, que en amor es un crimen, juradme, Luisa...

La joven tembló hasta el fondo del alma; era aquella la vez primera que oía pronunciar así su nombre a su regio amante.

Luis, quitándose su guante, extendió la mano hasta la carroza.

-Juradme -continuó-, que en todas nuestras desavenencias, si estamos lejos uno de otro, jamás dejaremos pasar una noche de por medio sin que una visita, o por lo menos algún mensaje del uno lleve al otro el consuelo y la tranquilidad.

La Valliére cogió con sus dos manos frías la mano abrasadora de su amante, y la oprimió dulcemente, hasta que un movimiento del caballo, asustado por la rotación y la proximidad de la rueda, arrancóla aquella felicidad.

La joven había jurado.

-Volved, señor -dijo-, volved al lado de las reinas; presiento allá una tormenta que amenaza a mi corazón.

Luis obedeció, y, saludando a la señorita de Montalais, marchó a galope a fin de alcanzar la carroza de las reinas.

Al pasar vio a Monsieur que dormía.

Madame no dormía, no. A su paso, dijo al rey:

-¡Qué buen caballo, señor! ¿No es el de Monsieur?

En cuanto a la reina joven, no dijo más que estas palabras:

-¿Estáis mejor, mi amado señor?

XXIX
EL TRIUNFEMINATO

Luego que llegó el rey a París, se fue al Consejo y estuvo trabajando parte del día. La joven reina permaneció en su cuarto con la reina madre, y prorrumpió en amargo llanto después que se despidió del rey.

-¡Ay, madre mía -dijo-, el rey no me ama ya! ¿Qué será de mí, Dios mío?

-Un marido siempre ama a una mujer como vos -respondió Ana de Austria.

-Puede llegar el momento, madre mía, en que ame a otra que no sea yo.

-¿Y a qué llamáis amar?

-¡Oh! ¡A pensar siempre en alguien, y buscar continuamente a esa persona!

-¿Habéis advertido, acaso -dijo Ana de Austria-, que el rey haga eso?

-No, señora -dijo la reina titubeando.

-¡Pues ya lo veis, María!

-Y, no obstante, madre mía, confesad que el rey me abandona.

-El rey, hija mía, pertenece a todo su reino.

-Ésa es la razón por la que no me pertenece ya a mí, y por la que me veré, como se han visto tantas otras reinas, abandonada y olvidada, en tanto que el amor, la gloria y los honores serán para otros. ¡Ay, madre mía, es tan gallardo el rey, y habrá tantas que le amen y se lo digan!

-Extraño es que las mujeres amen a un hombre en el rey. Pero si eso sucediese, lo cual dudo mucho, desead más bien, María, que esas mujeres amen realmente a vuestro marido. En primer lugar, e1 amor profundo de la querida es un elemento de disolución rápida para el amor del amante; y después, la querida, a fuerza de amar, pierde todo su dominio sobre el amante, de quien no desea el poder ni las riquezas, sino el amor. ¡Desead, por tanto, que el rey no ame, y que su querida ame mucho!

-¡Ay, madre mía, qué poder tan grande el de un amor profundo!

-¿Y afirmáis que estáis abandonada?

-¡Es cierto, es cierto, desvarío! Hay, sin embargo, un suplicio al cual no podría resistir.

-¿Cuál?

-El de una feliz elección, el de que se formasen otras relaciones junto a las nuestras, el de que el rey encontrase una familia en otra mujer. ¡Oh! Si viese que el rey llegaba a tener hijos...; me moriría.

-¡María, María! -replicó la. reina madre con una sonrisa, cogiendo la mano de la joven reina-. Tened presente lo que os voy a decir, y recordadlo siempre para vuestro consuelo: el rey no puede tener delfín sin vos, y vos podéis tenerlo sin él.

A estas palabras, que acompañó con una expresiva carcajada, apartóse de su nuera para salir a recibir a Madame, cuya visita había anunciado un paje.

Madame apenas se había tomado el tiempo preciso para cambiarse. Llegaba con una de esas fisonomías agitadas que revelan un plan, cuya ejecución se trae entre manos y cuyo resultado pone en cuidado.

-Venía a saber -dijo- si Vuestras Majestades estaban fatigadas del viajecito.

-No -dijo la reina madre.

-Algo -dijo María Teresa.

-Yo, señoras, por lo que más he sufrido ha sido por ir violenta.

-¡Violenta! ¿Y por qué? -dijo Ana de Austria.

-Por la fatiga que ha debido experimentar el rey con tanto como ha corrido a caballo.

-¡Bah! Eso le sienta bien.

-Y yo misma se lo aconsejé - dijo María Teresa palideciendo. Madame no contestó nada; únicamente se delineó en sus labios una sonrisa, que sólo era peculiar a ella, y que no pasó al resto de su fisonomía. Luego, mudando de conversación:

-Volvemos a hallar a París -dijo- muy semejante al París que dejamos: siempre intrigas, enredos, coqueterías.

-¡Intrigas! ¿Qué intrigas? -preguntó la reina madre.

-Se habla mucho del señor Fouquet y de la señora de Plessis-Bellliére.

-¿Que se ha inscrito en el número diez mil? -repuso la reina madre-. Pero, ¿y los enredos, cuáles son?

-Tenemos, al parecer, algunas disensiones con Holanda.

-¿Con qué motivos?

-Monsieur me ha referido esa historia de las medallas.

-¡Ah! -exclamó la joven reina-. ¿Esas medallas acuñadas en Holanda. . . en que se ve pasar una nube por el sol del rey?... Hacéis mal en llamar a eso enredos; es cosa que no merece la pena de ocuparse de ello; es una injuria.

-Y que el rey despreciará -respondió la reina madre-. ¿Pero qué hablábais de coqueterías? Aludíais quizá a la señora de Olonne?

-No, no; hay que buscar más cerca de nosotras.

-En nuestra casa -murmuró en español la reina madre al oído de su nuera, sin mover los labios.

Madame nada oyó, y prosiguió:

-¿Sabéis la infausta noticia?

-¡Oh, sí! La herida del señor de Guiche.

-¿Y la atribuís, como todo el mundo, a un accidente de caza?

-Ciertamente -dijeron las dos reinas excitado ya su interés. Madame se acercó.

-Un duelo -dijo por lo bajo.

-¡Ah! -exclamó gravemente Ana de Austria, a quien le sonaba mal la palabra duelo, proscrita en Francia desde que reinaba en ella.

-Un deplorable duelo, que ha estado a punto de privar a Monsieur de dos de sus mejores amigos, y al rey de dos buenos servidores.

-¿Y por qué ha sido ese duelo? -dijo la reina animada por un secreto instinto.

-Coqueterías -repitió victoriosamente Madame-. Esos señores pusiéronse a disertar sobre la virtud de cierta dama: al uno le parecía que Palas era poca cosa al lado de ella; el otro sostenía que esa dama imitaba a Venus festejando a Marte; y a fe mía que los dos caballeros han peleado como Héctor y Aquiles.

-¿Venus cortejando a Marte? -dijo para sí la joven reina, sin atreverse a profundizar la alegoría.

-¿Quién es esa dama? -inquirió claramente Ana de Austria-. Me parece que habéis dicho que es una camarista.

-¿He dicho eso? -preguntó Madame.

-Sí. Y hasta creo que os la he oído nombrar.

-¿Sabéis que una mujer de esa especie es funesta en una casa real?

-¿Es la señorita de La Valliére? -preguntó la reina madre.

-Dios mío, sí, esa feílla.

-Yo creía que estaba prometida a un gentilhombre que no es ni el señor de Guiche ni el señor de Wardes.

-Es posible, señora.

La reina joven cogió un cañamazo que se puso a deshilachar con afectada tranquilidad que desmentía el temblor de sus dedos.

-¿Qué decís de Venus y de Marte? -continuó la reina madre-. ¿Hay quizá algún Marte de por medio?

-De eso se alaba ella.

-¿Afirmáis que se precia de ello?

-Esa ha sido da causa del combate.

-Y el señor de Guiche, ¿ha sostenido da causa de Marte?

-Sí, por cierto, como buen servidor.

-¡Como buen servidor! -murmuró da joven reina olvidando toda reserva para dejar traslucir sus celos-. ¿Servidor de quién?

-No pudiendo Marte -contestó Madame- ser defendido sino a expensas de esa Venus, el señor de Guiche ha sostenido da inocencia completa de Marte, afirmando que Venus era da que se preciaba de ello.

-Y el señor de Wardes -dijo Ana de Austria-, ¿propagaba da voz de que Venus tenía razón?

"¡Ah, Wardes! -pensó Madame-, cara os va a costar da herida que habéis hecho al más noble de dos hombres."

Y empezó a acusar a Wardes con todo el encarnizamiento que pudo, pagando así da deuda del herido y da suya, con da certeza de que labraba para do sucesivo da ruina de su enemigo. Tanto dijo, que si Manicamp hubiera estado allí, habría sentido haber servido tan bien a su amigo, puesto que de ahí iba a provenir la ruina de aquel desgraciado enemigo.

-En todo eso -dijo Ana de Austria-, no veo más que un mal, y es La Valliére.

La reina joven volvió a continuar su labor con frialdad absoluta. Madame escuchó.

-¿No es ésa vuestra opinión? -de preguntó Ana de Austria-. ¿No será ella da causa de esa disputa y del combate?

Madame contestó con un gesto que no era afirmativo ni negativo. -No comprendo entonces muy bien do que habéis dicho relativo ad peligro de da coquetería -replicó Ana de Austria.

-Es certísimo -se apresuró a decir Madame- que si da joven no hubiese sido coqueta, Marte no habría reparado en ella.

La palabra Marte hizo que se tiñeran de fugitivo rubor das mejillas de da joven reina; pero no por eso dejó de continuar su obra comenzada.

-No quiero que en mi Corte se arme así a los hombres unos contra otros -dijo con da mayor calma Ana de Austria-. Esas costumbres pudieron tal vez ser útiles en tiempos en que da nobleza, dividida-, no tenía otro lazo común que el de da galantería. Entonces, das mujeres, que eran das únicas que reinaban, tenían el privilegio de estimular el valor de dos caballeros con frecuentes pruebas. Mas hoy, a Dios gracias, no hay más que un solo amo en Francia. A ese amo se de debe el concurso de toda fuerza y de todo pensamiento. Nunca toleraré que a mi hijo se de arrebate uno solo de sus servidores.

Volviéndose entonces a da joven reina.

-¿Qué haremos con esa La Valliére? -preguntó.

-¿La Valliére? -dijo da reina aparentando sorpresa-. No conozco ese nombre.

Y aquella respuesta fue acompañada con una de esas sonrisas frías que sólo se ven en das bocas reales.

Madame era toda una gran princesa, grande por el talento, el nacimiento y el orgullo; no obstante, se sintió abrumada por el peso de aquella réplica, y tuvo que esperar algunos instantes para reponerse.

-Es una de mis camaristas -repuso haciendo un saludo.

-Entonces -objetó María Teresa en el mismo tono-, es asunto vuestro, hermana mía. . . , no nuestro.

-Perdón -prosiguió Ana de Austria-, es asunto mío; y comprendo perfectamente -añadió, dirigiendo a Madame una mirada de inteligencia- por qué me ha dicho Madame do que me acaba de decir.

-Cuanto procede de vos -dijo da princesa-, sale de da boca de da Providencia.

-Al enviar a esa joven a su país -dijo María Teresa con dulzura-, se de podrá señalar una pensión.

-Sobre mis fondos -exclamó vivamente Madame.

-No, no, señora -interrumpió Ana de Austria-; nada de ruido. Ad rey no de es grato que se dé margen a que hablen mal de das damas. Es preciso que todo esto quede en la familia.

-Señora, espero que tengáis da amabilidad de enviarme aquí a esa joven.

-Vos, hija mía, hacedme el favor de volver por un momento a vuestro cuarto.

Las súplicas de da reina madre eran órdenes. María Teresa se levantó para irse a su cuarto, y Madame para llamar a La Valliére por medio de un paje.

XXX
PRIMERA DISCORDIA

La Valliére entró en la cámara de la reina madre, sin sospechar siquiera que se hubiese tramado en contra suya una conspiración peligrosa. Suponía qué se trataba de cosas del servicio, y nunca se había conducido mal con ella la reina madre en este punto. Por otra parte, no dependiendo inmediatamente de la autoridad de Ana de Austria, sólo podía tener con ésta relaciones oficiosas, a las que le hacían prestarse de buen grado su natural complacencia y la posición de la augusta princesa.

Adelantóse, pues, hacia la reina madre, con aquella sonrisa placentera y dulce que constituía su principal belleza.

Como no se acercara lo bastante, Ana de Austria le hizo seña de que se adelantara hasta su asiento. Entonces entró Madame, y con aire tranquilo sentóse junto a su madre política, tomando la labor principiada por María Teresa.

La Valliére advirtió aquellos preámbulos en vez de la orden que esperaba le diesen, y examinó con curiosidad, si no con inquietud, el rostro de las dos princesas.

Ana reflexionaba.

Madame conservaba una indiferencia afectada, que habría alarmado a personas menos tímidas.

-Señorita -dijo de súbito la reina madre sin tratar de moderar su acento español, cosa que nunca dejaba de hacer, a menos que estuviese encolerizada-, acercaos y hablemos de vos, puesto que todo el mundo habla.

-¿De mí? -exclamó La Valliére palideciendo.

-Haceos la desentendida: ¿ignoráis el duelo del señor Guiche con el señor de Wardes?

-¡Dios mío, señora! Ayer llegó esa noticia a mis oídos -dijo La Valliére juntando sus manos.

-¿Y no lo habíais presentido antes?

-¿De dónde lo había yo de presentir, señora?

-Porque jamás se baten dos hombres sin motivo, y debíais conocer el de la animosidad de esos dos adversarios.

-Lo ignoro por completo, señora.

-Es ya un sistema de defensa muy gastado el de la negativa tenaz, y vos, señorita, que tenéis talento, debéis huir de las trivialidades. Conque a otra cosa.

-¡Dios mío, señora! Vuestra Majestad me asusta con ese aire glacial. ¿Habré tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad? Madame echóse a reír. La Valliére la miró con aire estupefacto. Ana replicó:

-¡En mi desagrado! ... ¡Incurrir en mi desagrado! No os imaginéis eso, señorita de La Valliére; necesito pensar en las personas para mostrarles mi desagrado. Solamente pienso en vos porque habéis dado que hablar demasiado, y no me gusta que se hable de las doncellas de mi Corte.

-Vuestra Majestad me hace el honor de decírmelo -repuso asustada La Valliére-; pero no comprendo en qué pueden hablar de mí.

-Yo os lo diré. El señor de Guiche ha salido a vuestra defensa.

-¿A mi defensa?

-Sí, por cierto. Eso es de caballero, y las bellas aventureras gustan de que los caballeros enristren la lanza por su causa. Yo, detesto los combates, y por consiguiente aborrezco las aventuras, y... ya podéis comprender lo demás.

La Valliére dobló sus rodillas a los pies dé la reina, la cual le volvió la espalda. Entonces extendió los brazos a Madame, y ésta se le echó a reír.

Un sentimiento de orgullo la levantó.

-Señoras -dijo-, he preguntado cuál es mi crimen; Vuestra Majestad debe decírmelo, y veo que Vuestra Majestad me condena antes de admitirme una justificación.

-¿Oís, señora, qué bellas frases y qué hermosos sentimientos? ...

Necesariamente esta joven es una infanta, una de las aspirantes del gran Ciro... un pozo de ternura y de fórmulas heroicas. Bien se ve, querida mía, que alimentáis vuestra imaginación en el comercio de las testas coronadas..

La Valliére se sintió herida en el corazón, y poniéndose más blanca que una azucena, perdió todas sus fuerzas.

-Quería deciros -prosiguió desdeñosamente Ana de Austria- que si continuáis alimentando sentimientos de esa clase, nos humillaréis de tal suerte, que nosotras las mujeres llegaremos a avergonzarnos de figurar a vuestro lado. Sed más sencilla, señorita... Ahora que recuerdo; ¡me han asegurado que estáis prometida!

La Valliére comprimió su corazón desgarrado por un nuevo dolor.

-Contestad cuando os hablan.

-Sí, señora.

-A un gentilhombre.

-Sí, señora.

-¿Qué se llama?

-El señor vizconde de Bragelonne.

-¿Sabéis que es una dicha muy grande para vos, señorita, y que hallándoos sin bienes de fortuna, sin posición... sin grandes atractivos personales, deberíais bendecir a Dios que os procura un porvenir como ése?

La señorita de La Valliére no replicó.

-¿Dónde está el vizconde de Bragelonne? -continuó la reina.

-En Inglaterra -dijo Madame-, adonde no tardará en llegar la noticia de los triunfos de esta señorita.

-¡Oh cielos! -murmuró consternada La Valliére.

-Pues bien, señorita -dijo Ana de Austria-, se hará volver a ese joven, y. se os destinará a algún punto con él. Si sois de otra opinión, pues las jóvenes suelen tener ideas extrañas, poned vuestra confianza en mí, que yo os guiaré por buen camino; ya lo he hecho con jóvenes que no valían más.

La Valliére ya no oía. La inflexible reina continuó:

-Os enviaré sola a alguna parte donde podáis reflexionar con madurez. La reflexión domina el ardor de la sangre y devora todas las ilusiones de la juventud. Supongo que me habréis comprendido.

-¡Señora, señora!

-Ni una palabra.

-Señora, soy inocente de todo cuanto Vuestra Majestad pueda suponer. ¡Señora, ved mi desesperación! ¡Amo y respeto tanto a Vuestra Majestad!

-Más valdría que no me respetaseis -dijo la reina con glacial ironía-. Más valdría que no fueseis inocente. ¿Creéis que me contentaría con lo dicho si hubiéseis incurrido en falta?

-Pero, señora, ¿no veis que me matáis?

-Basta de comedia, o me encargo yo del desenlace. Volved a vuestro cuarto, y que os aproveche mi lección.

-¡Señora -dijo La Valliére a la duquesa de Orleáns, asiéndola las manos-, mediad por mí, vos que sois tan buena!

-¡Yo! -replicó Madame con un gozo insultante-. ¿Yo buena?... ¡Ah, señorita, no creo que lo sintáis así!

Y separó bruscamente la mano de la joven.

Ésta, en vez de doblegarse, como podían esperarlo ambas princesas de su palidez y de sus lágrimas, recobró de pronto su calma y dignidad, y, haciendo una profunda reverencia, salió.

-Y bien -dijo Ana de Austria a Madame-, ¿creéis que vuelva a las andadas?

-Desconfío de los caracteres dulces y sufridos -replicó Madame-. Nada hay con más valor que un corazón paciente, nada hay más seguro de sí que un carácter dulce.

-Yo os aseguro que lo pensará más de una vez antes de mirar al dios Marte.

-Como no sea que se sirva de su escudo -contestó Madame.

Una altiva mirada de la reina madre sirvió de respuesta a aquella objeción, que no carecía de finura, y las dos damas, seguras casi de su victoria, fueron a buscar a María Teresa, que las aguardaba disimulando su impaciencia.

Eran a la sazón las seis y media de la tarde y el rey acababa de tomar la merienda. Aprovechó el tiempo, y terminado el refrigerio y despachados los asuntos, cogió del brazo a Saint-Aignan, y le mandó que le condujese al cuarto de La Valliére.

El cortesano dejó escapar una exclamación.

-¿Qué hay? -dijo el rey-. Es costumbre que se ha de tomar, y para tomar una costumbre, preciso es comenzar alguna vez.

-Pero, señor, el departamento de las doncellas es una. linterna: todo el mundo ve quién entra y quién sale. Creo que un pretexto... Este, por ejemplo...

-¿Cuál?

-Si vuestra Majestad quisiera esperar a que Madame volviese a su cuarto...

-¡Nada de pretextos! ¡Nada de esperas! Ya estoy harto de contra-tiempos y de misterios; no veo en qué puede deshonrarse el rey de Francia por tener relaciones con una joven de talento... Homni soit qui mal y pense!

-Señor, señor, Vuestra Majestad me perdonará un exceso de celo...

-¡Habla!

-¿Y la reina?

-¡Tienes razón! Quiero que la reina sea respetada siempre. Por esta noche iré de todos modos a ver a la señorita de La Valliére, y en lo sucesivo tomaré todos los pretextos que quieras. Mañana ya buscaremos; hoy no hay tiempo.

Saint-Aignan no replicó; bajó la escalera delante del rey y atravesó los patios con una vergüenza que no compensaba el insigne honor de servir de apoyo al rey.

Y eso nacía de que Saint-Aignan, que deseaba conservarse en buen lugar con Madame y las dos reinas, quería al mismo tiempo no disgustar a la señorita de La Valliére; y para hacer tantas cosas, era muy difícil que no tropezase con alguna dificultad.

Ahora bien, las ventanas de la joven reina, las de la reina madre y las de Madame caían al patio de las doncellas. Ser visto acompañando al rey, era romper con tres grandes princesas, con tres mujeres de valimiento inamovible, por el débil atractivo de un efímero valimiento de querida.

Aquel infeliz de Saint-Aignan, que se sentía con tanto valor para proteger a La Valliére, bajo los tresbolillos o en el parque de Fontainebleau, no se sentía ya tan atrevido a la luz primaria; hallaba a aquella joven mil defectos que ardía en deseos de participar al rey.

Pero su suplicio terminó. Atravesaron los patios, y ni una cortina se levantó, ni se abrió ventana alguna. El rey iba de prisa, primero a causa de la impaciencia, y luego a causa de las largas piernas de Saint-Aignan, que iba delante.

Al llegar a la puerta, quiso Saint-Aignan eclipsarse, pero el rey le detuvo.

Era aquélla una delicadeza que el cortesano habría perdonado de buen grado.

Pero no tuvo más remedio que seguir a Luis al cuarto de La Valliére.

Al entrar el monarca, la joven acababa de enjugarse los ojos, y lo hizo con tal precipitación, que él rey lo advirtió. Inquirió como amante interesado, la apremió.

-Nada tengo, señor -dijo ella.

-Al fin y al cabo, llorábais.

-¡Oh, no, señor!

-Mirad, Saint-Aignan, ¿me equivoco?

Saint-Aignan debió contestar, pero se veía muy apurado.

-Tenéis los ojos encarnados, señorita -dijo el rey.

-El polvo del camino, señor. -No, no; no tenéis ese aire de satisfacción que os hace tan bella y seductora. No me miráis.

-¡Señor!

-¡Qué digo! Rehuís mis miradas.

La joven se volvió, en efecto.

-En nombre del Cielo, ¿qué pasa? -preguntó Luis, cuya sangre hervía.

-Nada, señor, y estoy pronta a demostrar a Vuestra Majestad que mi espíritu está tan libre como podáis desear.

-¡Vuestro espíritu libre, cuando mi presencia os turba de una manera tan visible! ¿Os han lastimado o injuriado?

-No, no, señor.

-¡Oh! ¡Es que sería preciso que yo lo supiese! -exclamó el joven príncipe con ojos que despedían llamas.

-Señor, nadie, me ha injuriado. -Vamos, pues, recobrad esa apacible alegría o esa encantadora melancolía que tanto me agradaba en vos esta mañana... ¡Vamos! -Bien, señor; bien.

El monarca hirió el suelo con el pie, y dijo:

-¡Es inexplicable un cambio semejante!

Y miró a Saint-Aignan, el cual advertía también la triste languidez de La Valliére y la impaciencia del rey.

Por más ruegos que hizo Luis, por más que trató de combatir aquella fatal disposición de ánimo, la joven estaba anonadada, y el aspecto mismo de la muerte no la habría hecho salir de su entorpecimiento.

El rey vio en aquella negativa un misterio que le contrariaba, y se puso a mirar alrededor suyo con aire receloso.

Justamente había en el cuarto de La Valliére un retrato en miniatura de Athos.

El rey vio aquel retrato, que se asemejaba mucho a Bragelonne por haber sido hecho cuando el conde era joven, y fijó en él miradas amenazadoras.

La Valliére, en el estado de opresión en que se hallaba, y muy distante por otra parte de pensar en aquella pintura, no pudo adivinar la preocupación del rey.

Y, no obstante, éste luchaba con un recuerdo terrible que, más de una vez, se había presentado a su memoria y siempre se había esforzado por apartar.

Recordaba la intimidad de ambos jóvenes desde su infancia. Recordaba los esponsales que iban a ser su consecuencia.

Y recordaba que Athos había venido a pedirle la mano de La Valliére para Raúl.

Figuróse que a su regreso a París, La Valliére había sabido noticias de Londres, y que esas noticias habían contrapesado la influencia que él pudiese haber adquirido sobre ella.

Casi en el mismo instante sintióse picado en las sienes por el tábano cruel de los celos, y volvió a preguntar con amargura.

La Valliére no podía contestar; hubiera tenido que decirlo todo, y acusar a la reina y a Madame.

Aquello era sostener una lucha abierta contra dos princesas poderosas.

Parecíale que no haciendo nada para ocultar al rey lo que pasaba en su interior, debía el rey leer en su corazón a través de su silencio, y que si amaba en verdad, debía comprenderlo y adivinarlo todo.

¿Qué otra cosa es la simpatía sino la llama divina que ilumina el corazón y dispensa a los verdaderos amantes de la palabra?

La Valliére calló, por tanto, contentándose con suspirar, llorar y ocultar su cabeza entre las manos.

Aquellos suspiros y lágrimas, que en un principio habían emocionado y luego asustado a Luis XIV, le irritaban ahora. No podía tolerar la oposición, tanto la de los suspiros y lágrimas como otra cualquiera, y prorrumpió en palabras agrias, apremiantes, incisivas.

Era aquél un nuevo dolor que aumentaba los demás dolores de la joven; pero trató de sacar, de lo que consideraba como una injusticia de parte de su amante, fuerza para resistir, no sólo a los dolores antiguos, sino también al nuevo.

El rey empezó a acusar directamente.

La Valliére no intentó siquiera defenderse; soportó todas las acusaciones sin contestar de otro modo que con un movimiento de cabeza, sin pronunciar más palabras que esta exclamación que el pesar arranca a los corazones hondamente afligidos:

-¡Dios mío, Dios mío!

Pero, en vez de calmar la irritación del monarca, este grito de dolor no hacía mas que aumentarla,, pues veía en él la apelación a un poder superior al suyo, a un ser que podía defender a La Valliére contra él.

Además, se veía secundado por Saint-Aignan. Éste, según hemos dicho, veía aproximarse la tempestad; no conocía el grado de amor que Luis XIV podía experimentar; preveía que la pobre La Valliére tendría que sucumbir necesariamente a los tiros de las tres princesas, y no era bastante caballero para no temer quedar envuelto en su ruina.

Saint-Aignan, por lo tanto, sólo respondía a las interpelaciones del rey con palabras dichas a media voz, y con ademanes marcados que tenían por objeto envenenar las cosas y causar un rompimiento, cuyo resultado debía libertarle del compromiso de atravesar los patios de un modo tan público para acompañar a su digno compañero al cuarto de La Valliére.

Entretanto, el rey se iba exaltando más y más; dio tres pasos para salir, y volvió otra vez.

La joven no había levantado aún su cabeza, aunque el ruido de los pisos le debió advertir que su amante se alejaba.

El rey se detuvo un instante delante de ella con los brazos cruzados.

-Por última vez,. señorita -dijo-, ¿queréis hablar? ¿Queréis explicar de algún modo ese cambio, esa veleidad, ese capricho?

-¿Y qué queréis que os diga, Dios mío? -murmuró La Valliére-. Bien veis, señor, que en este momento me encuentro anonadada, y no puedo hacer uso ni de la voluntad, ni del pensamiento, ni de la palabra.

-¿Tan difícil es decir la verdad? En menos palabras de las que habéis pronunciado, hubiérais podido haberla dicho.

-Pero, la verdad, ¿sobre qué?

-Sobre todo.

Subió, en efecto, la verdad desde el corazón a los labios de La Valliére. Sus brazos hicieron un movimiento para abrirse; pero su boca, permaneció muda, y aquéllos volvieron a caer inertes. La pobre joven no había sido aún bastante desgraciada para aventurar semejante revelación.

-No sé nada -tartamudeó.

-¡Oh! Esto es ya más que coquetería más que capricho -prorrumpió el rey-: ¡es traición!

Y aquella vez, sin que nada le contuviese sin que los :impulsos de su corazón lograsen hacerle volver atrás, lanzóse fuera del cuarto con gesto desesperado.

Saint-Aignan, que no deseaba otra cosa que marcharse, se apresuró a seguirle.

El rey no paró hasta la escalera, y agarrándose a la barandilla.

-¿Ves? -dijo-. He sido indignamente engañado.

-¿En qué, señor? -preguntó el favorito.

-Guiche se ha batido Por el vizconde de Bragelonne. Y ese Bragelonne...

-¿Qué? .

-¡Es a quien ella ama! Sin duda alguna, Saint-Aignan, moriría de vergüenza si dentro de tres días me quedase un átomo de ese amor en el corazón.

Y Luis XIV echó a andar otra, vez precipitadamente hacia su cámara.

-¡Ah! Ya se lo tenía yo dicho a Vuestra Majestad -murmure Saint-Aignan, siguiendo a Luis y acechando tímidamente todas las ventanas.

Por desgracia, no sucedió lo mismo a la salida que la entrada. Levantóse una cortina; detrás estaba Madame.

Madame había visto salir al rey del departamento de las camaristas.

Levantóse en cuanto pasó Luis, salió apresuradamente de su habitación, y subió de dos en dos los escalones que conducían a la cámara de donde acababa de salir el rey.

XXXI
DESESPERACIÓN

Luego que se marchó el rey, se había levantado La Valliére con los brazos extendidos como para seguirle o detenerle ;mas, cuando se cerraron las puertas y el ruido de sus pasos se perdió en la distancia, no tuvo más que la fuerza precisa para dejarse caer a los pies de un crucifijo.

Allí permaneció consternada y abismada en su dolor, sin poderse dar cuenta más que de su dolor mismo; dolor que sólo comprendía instintivamente y por la sensación.

En medio de aquel tumulto de sus pensamientos oyó La Valliére abrir la puerta, y tembló. Se volvió, creyendo que era el rey que volvía.

Engañóse la joven, porque era Madame, irritada, furiosa, amenazadora. Pero, ¿qué le importaba Madame ni su cólera? Y volvió a dejar caer la cabeza sobre el reclinatorio.

-Señorita -dijo la princesa de teniéndose delante de La Valliére-, cosa muy buena es arrodillarse, orar y aparentar sentimientos religiosos; pero, por sumisa que seáis con el rey del cielo, conviene además que prestéis alguna obediencia a los príncipes de la tierra.

La Valliére levantó penosamente la cabeza en señal de respeto.

-Creo -prosiguió Madame que hace muy poco se os encargó una cosa.

La mirada fija, extraviada a la vez, de La Valliére, reveló su ignorancia y su olvido.

-La reina os recomendó -continuó Madame- que os comportaseis de modo que nadie tuviese que decir de vos.

La mirada de La Valliére hízose interrogadora.

-Pues bien, alguien acaba de salir de aquí; alguien cuya presencia es una acusación.

La Valliére calló.

-No quiero -continuó Madame- que mi casa, que es la de la primera princesa de la sangre, dé mal ejemplo a la Corte, y vos seríais la causa de ese mal ejemplo. Os anuncio, pues, señorita, fuera de la presencia de todo testigo, pues no trato de humillaros, que sois libre de marchar desde este momento, y que podéis volveros al lado de vuestra madre, a Blois.

La Valliére no podía caer más bajo; no podía sufrir más de lo que había sufrido.

No cambió de postura, y sus manos estuvieron juntas sobre sus rodillas como las de la divina Magdalena.

-¿Me habéis oído? -dijo Madame.

Un simple calofrío que recorrió todo el cuerpo de La Valliére contestó por ella.

Y, como la víctima no daba otra señal de existencia, Madame salió. Entonces, La Valliére sintió que, a la suspensión de los latidos de su corazón y a la paralización de su sangre, sucedieron paulatinamente pulsaciones más rápidas en las muñecas, en el cuello y en las sienes. Aquellas pulsaciones, aumentándose progresivamente, cambiáronse muy pronto en una fiebre vertiginosa, que le hizo ver en su delirio las sombras de sus amigos en lucha con sus enemigos.

Oía confundirse al mismo tiempo en sus oídos ensordecidos palabras amenazadoras y palabras de amor; no recordaba que fuese ella misma; sentíase como levantada fuera de su primera existencia, en alas de una temible tempestad, y, en el horizonte del camino adonde la empujaba el vértigo, veía levantarse la piedra del sepulcro, mostrándole el interior formidable de la noche eterna.

Pero aquella dolorosa invasión de ensueños concluyó por fin por calmarse, para hacer lugar a la resignación habitual de su carácter. Un rayo

de esperanza penetró en su corazón, como un rayo de luz en el calabozo de un desgraciado preso.

Trasladóse con el pensamiento al camino de Fontainebleau; vio al rey a caballo a la portezuela de su carroza, diciéndole que la amaba, pidiéndole su amor, haciéndole jurar y jurando que nunca pasaría una noche de por medio, en cualquier desavenencia, sin que una visita, una carta o una seña viniese a substituir el reposo de la noche a la agitación del día. Era el rey quien había propuesto aquello, el que lo había jurado. Era, pues, imposible que el rey faltase a la promesa que él mismo había exigido, a no ser que el rey fuese un déspota que exigiese el amor como exigía la obediencia, o fuese un indiferente que el primer obstáculo le basta para detenerle en el camino.

El monarca, aquel dulce protector, que con una palabra, con una sola palabra, podía hacer cesar todas sus penas, iba a asociarse a sus perseguidores.

¡Oh! Su cólera podía durar. Ahora que estaba solo, debía sufrir todo lo que sufría ella misma. Pero él no estaba encadenado como ella; podía obrar, moverse, venir; ella, ella no podía hacer más que esperar.

Y ella esperaba con toda su alma, porque creía imposible que el rey no viniera.

Eran apenas las diez y media de la noche. Vendría, o escribiría, o enviaría a decir algunas palabras de consuelo por medio de Saint-Aignan.

Si venía, ¡oh!, cómo se apresuraría a salirle al encuentro! ¡Cómo desecharía aquella delicadeza que encontraba a la sazón mal entendida! ¡Cómo se apresuraría a decirle: "No es que yo no os ame; ellas son las que quieren que no os ame"!

Y entonces, preciso es decirlo, a medida que más reflexionaba, consideraba a Luis menos culpable. En efecto, ignorándolo todo, ¿qué debía pensar de su obstinación en guardar silencio? Siendo, como todo el mundo, sabía, impaciente e irritable por naturaleza, hasta era de extrañar que hubiese conservado tanto tiempo su sangre fría. ¡Oh! Indudablemente, no se habría conducido ella de aquella manera: todo lo habría comprendido y adivinado. Pero ella era una infeliz muchacha, y no un gran rey.

¡Oh! ¡Si llegase a venir! ... ¡Cómo le perdonaría todo lo que le había hecho sufrir! ¡Cuánto más le amaría por haber sufrido!

Y con la cabeza extendida hacia la puerta, los labios entreabiertos, aguardaba, ¡Dios le perdone su profana idea!, el beso que los labios del rey destilaban tan suavemente la mañana en que pronunciara la palabra amor.
Si Luis no iba, escribiría por lo menos. esta era la segunda probabilidad, probabilidad menos grata y menos feliz que la anterior, pero que probaría igual su amor, aunque amor más tímido. ¡Oh! ¡Cómo devoraría ella su carta! ¡Cómo se apresuraría a contestarle! ¡Cómo, después que marchara el mensajero, besaría, releería y estrecharía contra su corazón el bienhadado papel que debía devolverle la tranquilidad, la dicha!

Por último, si el rey no iba; si el rey no escribía, era imposible que no enviara por lo menos a Saint-Aignan, o que el mismo Saint-Aignan no fuese.

A una tercera persona podría decírselo todo, porque no estaría allí la majestad real que le helara la palabra en los labios, y entonces no quedaría la menor duda en el corazón del rey.

Todo en La Valliére, corazón y mirada, espíritu y materia, se consagró a esperar.

Decíase a sí misma que todavía le quedaba una hora de esperanza; que hasta media noche, podía el rey venir, escribir o enviar a alguien; y que transcurrida la medianoche sería cuando tendría que renunciar a toda esperanza.

En cuanto oía algún ruido en el palacio, la pobre joven se creía la causa de él; cuantas personas pasaban por el patio, creía que eran mensajeros enviados por el rey.

Dieron las once, luego las once 3 cuarto; después las once y media. Corrían lentamente los minutos en aquella ansiedad, y, no obstante. todavía huían con demasiada precipitación.

Sonaron los tres cuartos.

¡Las doce, las doce! La última, la suprema esperanza llegaba. Con la última campanada, se extinguió la última luz; con la última luz, la última esperanza.

Así, pues, el rey mismo la había engañado; era el primero en faltar al juramento hecho en el mismo día. ¡Doce horas entre el juramento y el perjurio! No era haber guardado mucho tiempo la ilusión.

Por tanto, el rey, no sólo no amaba, sino que despreciaba a la que todos miraban ya con malos ojos, y la despreciaba hasta abandonarla a la vergüenza de la expulsión, que equivalía a una sentencia ignominiosa y, sin embargo, era él, él, el rey, quien era la causa primera de tal ignominia.

Una amarga sonrisa, único síntoma de cólera que durante aquella larga lucha pasó por el semblante angelical de la víctima, entreabrió sus labios.

En efecto, ¿qué le quedaba en la tierra después del rey? Nada. Sólo Dios en el cielo.

Y pensó en Dios.

-¡Dios mío! -exclamó-. Dictadme lo que tengo que hacer. De vos es de quien espero todo, y de quien debo esperarlo.

Y miró a su crucifijo, cuyos pies besó con amor.

-Tú eres un amo -continuó- que nunca olvidas ni abandonas a los que no te abandonan ni olvidan; tú eres el único a quien debo sacrificarme.

Entonces, si alguno hubiera podido mirar lo que pasaba en aquella habitación, habría podido notar que la pobre desesperada tomaba una postrera resolución, fijaba un plan supremo en su ánimo, subía, en fin, la grande escala de Jacob, que conduce a las almas de la tierra al cielo.

Entonces, también, y como sus rodillas no tuviesen fuerzas para sostenerla, dejóse caer poco a poco sobre la tarima del reclinatorio, pegando su frente al madero de la cruz, y, con la mirada fija y la respiración angustiosa, esperó a que apareciesen en los vidrios los primeros albores de la mañana.

Las dos de la madrugada sorprendiéronle en aquel delirio, o más bien en aquel éxtasis. No se pertenecía ya.

Así que vio descender sobre los tejados del palacio' el tinte violado de la mañana y delinear vagamente los contornos del crucifijo de marfil, que tenía abrazado, se levantó con cierta energía, besó los pies del divino mártir, y bajó la escalera de su cámara, envolviéndose la cabeza con un velo.

Llegó al postigo en el momento en que la ronda de mosqueteros abría la puerta para recibir la primera guardia de los suizos.

Entonces, deslizándose detrás de los hombres de la guardia, salió a la calle, antes de que el jefe de la patrulla pensara siquiera en averiguar quién era aquella mujer que tan de mañana abandonaba el palacio.

XXXII
LA FUGA

La Valliére salió detrás de la patrulla.
La patrulla dirigióse a la derecha por la calle de San Honorato, y La Valliére tornó maquinalmente a la izquierda.

Había hecho ya su resolución; quería ir a las Carmelitas de Chaillot, cuya superiora tenía una fama de austeridad que hacía temblar a las mundanas de la Corte.

La Valliére no había visto a París, ni había salido nunca a pie, de suerte que no hubiera sabido su camino. aun cuando hubiese estado en una disposición más tranquila de ánimo. Esto explica cómo subió la calle de San Honorato, en lugar de bajarla.

Lo que deseaba era alejarse del palacio real, y se alejaba.

Había oído decir que Chaillot daba al Sena, y se dirigía hacia el Sena.

Siguió la calle del Gallo, y, no pudiendo atravesar el Louvre, pasó junto a la- iglesia de Saint-German Auxerrois, costeando el sitio en que Perrault edificó después su columnata.

Muy pronto llegó a los malecones.

Su andar era rápido y agitado. Apenas sentía aquella debilidad que, obligándola a cojear algo, le recordaba de vez en cuando la torcedura de pie que tuvo en sus primeros años.

A cualquier hora del día su porte habría llamado la atención de las personas menos perspicaces y atraído las miradas de los transeúntes menos curiosos; mas, a las dos y media de la mañana, las calles de París se hallan desiertas, o poco menos, y no se encuentran en ellas más que a los artesanos laboriosos que van a ganarse el pan cotidiano o a los ociosos que vuelven a sus casas después de una noche de agitación y de orgía.

Para los primeros principiaba el día, y para los segundos terminaba. La Valliére sintió miedo de todos aquellos rostros, en los que su ignorancia de los tipos parisienses no le permitía distinguir el tipo de la probidad del que refleja el cinismo. La miseria le infundía espanto, y todos los que encontraba parecíanle gente miserable.

Su vestido, que era el de la víspera, mostraba cierta elegancia, aun en medio de su descuido, pues era el mismo con que se presentara a la reina madre. Además, bajo su velo, que llevaba levantado para ver por dónde iba, su palidez y su hermosos ojos hablaban un lenguaje desconocido a aquella gente del pueblo, y la desgraciada fugitiva, excitaba, sin saberlo, la brutalidad de unos y la compasión de otros.

La Valliére caminó de aquel modo, desalada y presurosa, hasta lo alto de la plaza de la Gréve.

Alguna que otra vez se paraba, apoyaba su mano contra el corazón, se recostaba contra algún edificio para tomar aliento, y continuaba su camino con más rapidez que antes.

Cuando llegó a la plaza de la Gréve, se halló frente a un grupo de tres hombres, despechugados y medio ebrios, que salían de un barco amarrado al puerto.

Aquel barco se hallaba cargado de vino, y se conocía que aquellos hombres habían hecho honor al cargamento.

Venían cantando sus hazañas báquicas en tres tonos distintos, cuando, al llegar al final del pretil que da al muelle, se hallaron frente a la joven.

La Valliére se detuvo.

Ellos, por su parte, al ver aquella joven en traje de Corte, hicieron alto, y, de común acuerdo, se agarraron de las manos, y rodearon a La Valliére, cantando:

Paloma que vuelas sola,
Vente a nuestro alegre nido.

La Valliére comprendió entonces que aquellos hombres se dirigían a ella y trataban de cerrarle el paso. Hizo varios esfuerzos para huir, pero fueron inútiles.

Flaqueáronle las piernas, sintió que iba a caer, y exhaló un grito de terror.

Pero, en el mismo instante, se abrió el círculo que la rodeaba a impulsos de una fuerte sacudida.

Uno de los provocadores cayó derrumbado a la izquierda; el otro rodó por .la derecha hasta la orilla del agua; el tercero se bamboleó sobre sus pies.

Enfrente de la niña apareció un oficial de mosqueteros, con el ceño fruncido, la amenaza en la boca y la mano levantada para continuar la amenaza.

Los borrachos esquivaron el bulto a la vista del uniforme y, sobre todo, ante la prueba de fuerza que acababa de dar el que lo llevaba.

-¡Pardiez! -murmuró el oficial-. La señorita de La Valliére. La Valliére -aturdida con lo que acababa de pasar, y sorprendida de oír su nombre, levantó la cabeza y reconoció a Artagnan.

-Sí, señor -dijo-, yo soy, yo.

Y, al mismo tiempo, se apoyó en el brazo del mosquetero.

-Vos me protegeréis, ¿no es así, señor de Artagnan? -añadió con voz suplicante.

-¡Sí que os protegeré! ¿Pero adónde vais a estas horas?

-Voy a Chaillot.

-¿Y vais a Chaillot por la Rapeé? Precisamente lleváis camino contrario.

-Entonces, señor, tened la amabilidad de indicarme el camino, y acompañadme algún trecho.

-Con mucho gusto.

-Pero, ¿cómo es que os he hallado aquí? ¿Por qué favor del Cielo os habéis hallado a punto de poder acudir a mi defensa? Paréceme que estoy soñando, o que he perdido el conocimiento.

-Me encuentro aquí, señorita, porque soy dueño de una casa de la plaza de la Gréve, en "La Imagen de Nuestra Señora", y habiendo ido ayer a cobrar los alquileres, he pasado en ella la noche. Me retire tan temprano, porque deseo estar a buena hora en Palacio para inspeccionar los puestos. Gracias -dijo La Valliére. "Eso es lo que yo hacía -pensó Artagnan-; pero ella, ¿qué hacía, y por qué va a estas horas a Chaillot?"

Y le ofreció su brazo.

La Valliére , lo tomó, y echó a andar apresuradamente.

No obstante, aquella precipitación ocultaba una gran debilidad. Artagnan lo conoció, y propuso a La Valliére que descansase un rato; pero la joven se negó a ello.

-¿Es qué ignoráis dónde está Chaillot? -preguntó Artagnan.

-Sí, lo ignoro.

-Está muy lejos. -¡No importa! -Media una legua por lo menos.

-Andaré esa legua.

Artagnan no replicó; en el solo acento de la voz conocía las resoluciones irrevocables. Y llevó, más bien que acompañó, a La Valliére. Al fin se distinguieron las alturas.

-¿A qué casa vais, señorita? -preguntó Artagnan.

-A las Carmelitas, señor.

-¡A las Carmelitas! -repitió asombrado Artagnan.

-Sí; y ya que Dios os ha enviado a mí para que me sostengáis en mi camino, os doy las más expresivas gracias y me despido de vos.

-¿Vais a las Carmelitas y os despedís? ¡Es que vais a haceros religiosa! -preguntó Artagnan.

-Sí, señor. -.i i ¡¡¡Vos!!!

En este vos, a que hemos puesto tres admiraciones para darle toda la expresión posible, encerrábase todo un poema, pues traía a la memoria de La Valliére sus antiguos recuerdos de Blois y sus nuevos recuerdos de Fontainebleau. Era como si le dijese: "Vos, que podíais ser feliz con Raúl; vos, que podíais alcanzar tanto valimiento con el rey, ¿vais a entrar en un convento?"

-Sí, señor -repitió la joven-: quiero hacerme sierva del Señor y renunciar al mundo.

-¿Pero no os engañáis acerca de vuestra vocación? ¿No os engañáis sobre la voluntad de Dios?

-No, puesto que el mismo Dios ha querido que os encuentre, y a no ser por vos habría sucumbido seguramente a la fatiga. Cuando Dios os ha enviado en mi camino, es prueba de que quiere que lleve a cabo mi propósito.

-¡Oh! -exclamó Artagnan en tono de duda-. Algo sutil me parece eso.

-De todos modos -contestó la joven-, ya sabéis adónde voy y cuál es mi resolución. Ahora sólo me resta pediros un favor -añadió La Valliére.

-Hablad, señorita.

-El rey ignora mi fuga del Palais Royal.

Artagnan hizo un movimiento.

-El rey -continuó La Valliére ignora lo que voy a hacer.

-¿Lo ignora el rey? -exclamó Artagnan-. Pero, señorita, mirad lo que hacéis; sin duda, no habéis meditado las consecuencias de vuestro paso. Nadie debe hacer cosa que el rey ignore, particularmente las personas de la Corte.

-Yo no soy ya de la Corte, señor.

Artagnan miró a la joven con sorpresa que iba en aumento.

-¡Oh! No os alarméis, señor -prosiguió la joven-; todo está calculado, y, aun cuando no lo estuviese, seria ya demasiado tarde para volver atrás en mi resolución; el hecho está ya consumado.

-Pues bien, señorita, ¿qué queréis?

-Caballero,- por la compasión que se debe a la verdadera desgracia, por la generosidad de vuestra noble alma, y por vuestra fe de caballero, os ruego que me juréis una cosa.

-¡Que os jure una cosa! ¿Y el qué?

-Juradme, señor de Artagnan, que no diréis al rey que me habéis visto, ni que estoy en las Carmelitas. Artagnan meneó la cabeza.

-No juraré eso -dijo. -¿Y por qué?

-Porque conozco al rey, os conozco a vos, me conozco a mí mismo, y conozco a todo el género humano. No, yo no juraré eso.

-Entonces -exclamó La Valliére con una energía de que no se hubiera creído capaz-, en vez de las bendiciones que os habría prodigado hasta el fin de mis días, caiga sobre vos la maldición del Cielo, puesto que me hacéis la más miserable de todas las criaturas.

Hemos dicho ya que Artagnan conocía los acentos que salían de lo íntimo del corazón, y no pudo resistir al que la desesperación había arrancado a La Valliére. Advirtió sus facciones descompuestas, vio el temblor de sus labios, vio vacilar aquel cuerpo débil y delicado a impulsos del sacudimiento, y comprendió que la resistencia la mataría.

-Sea como gustéis -dijo-. Estad tranquila, señorita, que nada diré al rey.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias! -exclamó La Valliére-. ¡Sois el más generoso de los hombres.

Y, en su transporte de alegría, cogió las manos de Artagnan y las estrechó entre las suyas.

Éste se sintió enternecido. "¡Diantre! -se dijo-. He aquí una que principia por donde otras acaban: es impresionante." Entonces La Valliére, que en el paroxismo de su dolor habíase dejado caer sobre una piedra, volvió a levantarse y se dirigió hacia el convento de las Carmelitas, que se destacaba con mayor fuerza a medida que iba entrando el día. Artagnan la seguía de lejos.

La puerta del parlatorio estaba entreabierta; la joven se deslizó como pálida sombra, y, dando las gracias con un ademán al mosquetero desapareció.

Cuando Artagnan se vio solo, púsose a reflexionar profundamente sobre lo que acababa de suceder.

"Esto es, a fe mía -pensó-, lo que se llama una posición falsa... Conservar un secreto semejante, es guardar en el bolsillo un carbón encendido y confiar que no quemará la tela. No guardar el secreto, cuando

uno ha jurado guardarlo, es de hombre sin honor. Generalmente, las buenas ideas las tengo cuando corro; pero esta vez, o mucho me engaño, o es preciso que corra mucho para encontrar la solución de este asunto. .. ¿Adónde correr? A fe mía y a fin de cuentas, hacia el lado de París! Este es el bueno. . . Lo que importa es correr de prisa... Pero, para correr de prisa, valen más cuatro piernas que dos. Desgraciadamente, por el momento no tengo más que dos... ¡Un caballo! Como oí decir en el teatro de Londres: ¡Mi reino por un caballo!... Y ahora que pienso, no es cosa tan difícil... En la barrera de la Conferencia hay un puesto de mosqueteros, y, en vez de un caballo, podré tener diez, si quiero."

En virtud de esta resolución, que tomó Artagnan con su rapidez acostumbrada, bajó al punto las alturas, llegó al puesto de mosqueteros, tomó el mejor caballo que había, y se puso en palacio en diez minutos.

Daban las cinco en el reloj del Palais Royal.

Artagnan preguntó por el rey. Luis habíase acostado a la hora de costumbre, después de haber despachado con monsieur Colbert, y aún dormía, según toda probabilidad.

"Vamos -pensó-, no me ha engañado la joven; el rey ignora todo, porque si supiese la mitad tan sólo de lo que ha pasado, el Palais Royal estaría a estas horas revuelto."

XXXIII
CÓMO PASE LUIS EL TIEMPO DESDE LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE HASTA LAS DOCE

Al salir el rey del departamento de las camaristas, encontró en su cámara a Colbert, que le esperaba para recibir sus órdenes con motivo de la ceremonia que debía verificarse al día siguiente.

Tratábase, como hemos dicho ya, de la recepción de los embajadores holandés y español.

Luis XIV tenía grandes motivos de queja contra Holanda. Los Estados se habían conducido mal en muchas ocasiones en sus relaciones con Francia y, sin cuidarse de un rompimiento, abandonaban de nuevo la alianza con el rey cristianísimo para lanzarse en toda clase de intrigas con España.

A su advenimiento al trono, es decir, cuando falleció Mazarino, Luis XIV encontró planteada ya aquella cuestión política.

No era su solución fácil para un joven; pero como entonces toda la nación era el rey, todo cuanto resolvía la cabeza estaba dispuesto el cuerpo a ejecutarlo.

Alguna dosis de cólera, la reacción de una sangre juvenil y vivaz en el cerebro, era lo suficiente para cambiar la antigua línea de política y crear otro sistema.

El papel de los diplomáticos de la época limitábase a arreglar entre sí los golpes de Estado de que sus monarcas podían tener necesidad.

Luis no se hallaba en una disposición de ánimo propia para dictarle una política sabia.

Conmovido aún, de resultas de la escena que acababa de tener con La Valliére, empezó a dar paseos por su despacho, deseando encontrar una ocasión a fin de desahogarse, después de haberse contenido por tanto tiempo.

En cuanto Colbert vio entrar al rey, juzgó al primer vistazo la situación, y comprendió las intenciones del monarca. Por consiguiente, procuró bordearle.

Cuando Luis le preguntó lo que debía decir al día siguiente, empezó Colbert por mostrarse admirado de que el señor Fouquet no le hubiese puesto al corriente del asunto.

-El señor Fouquet -dijo- sabe todo ese asunto de Holanda, puesto que recibe directamente la correspondencia.

Acostumbrado el rey a oír al señor Colbert plagiar al señor Fouquet, dejó pasar aquella indirecta sin contestar y se contentó en oír.

Colbert vio el efecto producido y se apresuró a volverse atrás, diciendo que el señor Fouquet no era tan culpable como pudiera parecer a primera vista, porque tenía a la sazón grandes preocupaciones.

El rey levantó la cabeza.

-¿Qué preocupaciones son ésas? -dijo.

-Majestad, los hombres al fin son hombres y el señor Fouquet tiene sus defectos no obstante sus grandes cualidades.

-¡Ah! ¿quién no tiene defectos, señor Colbert?

-Vuestra Majestad tiene muchos de ésos -contestó osadamente Colbert, que sabía injerir una gran lisonja en una ligera censura, como la flecha que hiende el aire, no obstante su peso, a favor de las débiles plumas que la sostienen.

-¿Qué defecto tiene el señor Fouquet? -dijo el rey sonriendo.

-Siempre el mismo, Majestad; aseguran que está enamorado.

-¡Enamorado! ¿Y de quién? -No lo sé a punto fijo, Majestad; me mezclo poco en las galanterías.

-Algo sabréis, cuando habláis. -He oído pronunciar...

-¿Qué?

-Un nombre.

-¿Cuál?

-No lo recuerdo bien.

-Vamos a ver.

-Me parece que es el de una de las camaristas de Madame.

El rey se sobresaltó.

-Algo más sabréis de lo que habéis dicho, señor Colbert -repuso.

-Majestad, os aseguro que no.

-De todos modos, conocidas son las camaristas de Madame, y si se os dicen sus nombres tal vez encontraréis el de la que no recordáis en este momento.

-No, Majestad. -Probad-

-Sería inútil. Majestad. Cuando se trata de nombres de damas comprometidas, mi memoria es un cofre de hierro cuya llave he perdido.

Por el ánimo y la frente de Luis cruzó una nube; pero, queriendo mostrarse dueño de sí mismo, dijo sacudiendo la cabeza:

-Hablemos del asunto de Holanda.

-Primeramente, ¿a qué hora quiere Vuestra Majestad recibir a los embajadores?

-Por la mañana temprano.

-¿A las once?

-Demasiado tarde... A las nueve.

-Muy temprano es.

-Para los amigos, eso no tiene importancia; se hace con ellos todo lo que se quiere; mas para los enemigos, tanto mejor si se incomodan. Confieso que no veré con disgusto acabar de una vez con todos esos pájaros de pantano, que me molestan con sus gritos.

-Se hará como Vuestra Majestad desea... A las nueve, pues... Daré las órdenes para ello. ¿Será audiencia solemne?

-No. Quiero explicarme con ellos y no envenenar las cosas, como acontece siempre en presencia de mucha gente; pero, al mismo tiempo, quiero hablarles claro, para no tener que volver a empezar.

-Vuestra Majestad designará a las personas que han de asistir a la recepción.

-Ya haré la lista ... Hablemos de esos embajadores, ¿qué quieren?

-Aliándose con España, nada ganan; aliándose con Francia, pierden mucho.

-Explicaos.

-Aliándose con España, se encuentran cercados y protegidos por las posesiones de su aliada, y no pueden hincar en ellas el diente a pesar de sus deseos. De Amberes a Rotterdam sólo hay un paso por el Escalda y el Mosa ... Si quieren morder el pastelito español, vos, Majestad, yerno del rey de España, podéis poneros en dos días en Bruselas con la caballería. Se trata, pues, de romper lo bastante con Vuestra Majestad y haceros recelar de España para que no os mezcléis en sus asuntos.

-Más sencillo es entonces -respondió el rey- hacer conmigo una alianza poderosa, en la que yo ganaría algo, al paso que ellos lo ganarían todo.

-No; pues si llegasen, por casualidad, a teneros por limítrofe, Vuestra Majestad no es vecino cómodo; joven, ardiente y belicoso, el rey de Francia puede dar fuertes golpes a Holanda, sobre todo si se acerca a ella.

-Comprendo perfectamente, señor Colbert, pues os habéis explicado muy bien; pero vamos a la conclusión.

-Jamás falta la sabiduría en las decisiones de Vuestra Majestad.

-¿Qué me dirán esos embajadores?

-Dirán a Vuestra Majestad que desean cordialmente su alianza, y será una mentira; dirán a los españoles que las tres potencias deben unirse contra la prosperidad de Inglaterra, y será también mentira; porque la aliada natural de Vuestra Majestad es en la actualidad Inglaterra, que tiene buques, y Vuestra Majestad no los tiene. Inglaterra es la que puede tener a raya el poder de los holandeses en la India, y es, en fin, un país monárquico, donde Vuestra Majestad tiene relaciones de consanguinidad.

-Bien, ¿pero qué responderíais?

-Respondería, Majestad, con gran moderación, que Holanda no está en las mejores disposiciones hacia el rey de Francia; que los síntomas del

espíritu público en los holandeses son alarmantes para Vuestra Majestad; que se han acuñado ciertas medallas con emblemas ofensivos.

-¿Para mí? -exclamó exaltado el joven rey.

-¡Oh! No, Majestad, no; ofensivos no es la palabra propia; quise decir extremadamente lisonjeros para los bátavos.

-¡Oh! Si es así, poco me importa el orgullo de los bátavos -dijo suspirando el monarca.

-Vuestra Majestad tiene muchísima razón; pero, con todo, nunca es malo en política, y el rey lo sabe mejor que yo, ser injusto para obtener una concesión. Si Vuestra Majestad se queja con susceptibilidad de los bátavos, les impondrá mucho más.

-¿Y qué eso de las medallas? -preguntó-. Porque si hablo de ello, necesario es que sepa lo que tengo que decir.

-¡A fe mía, Majestad, no lo sé bien!. . . Algún emblema presuntuoso... ése es todo el sentido: las palabras nada hacen al asunto.

-Bueno; pronunciaré, la palabra medalla, y ya me comprenderán si quieren.

-¡Oh! Sí que lo comprenderán. También podrá Vuestra Majestad deslizar algunas palabras sobre ciertos libelos que corren.

-¡Nunca! Los libelos denigran más a los que los escriben que a aquellos contra quienes van dirigidos. Os doy las gracias, señor Colbert, y podéis ya retiraros.

-¡Majestad!

-¡Adiós! No olvidéis la hora y estad allí.

-Espero la lista de Vuestra Majestad.

-Es cierto.

El rey se puso a reflexionar; pero en lo que menos pensaba era en aquella lista. El reloj daba las once y media.

En el rostro del monarca notábase la lucha terrible del orgullo y del amor.

La conversación política había calmado mucho la irritación del rey, y el semblante pálido y descompuesto de La Valliére hablaba a su imaginación un lenguaje muy distinto del de las medallas holandesas o el de los libelos bátavos.

Estuvo algunos minutos vacilando entre si debía o no volver a la habitación de La Valliére; pero, habiendo insistido Colbert respetuosamente para que le diese la lista, se Artagnan se hacía informar por las mañanas de lo que no había podido ver o saber el día anterior, pues al fin no era ubicuo; de suerte se avergonzó el rey de pensar en el amor cuando los negocios reclamaban su atención.

Por tanto, se puso a dictar:

La reina madre; la reina; Madame; señorita de Motteville; señorita de Châtillon; señorita de Navailles. Y respecto a hombres:

Monsieur; el 'príncipe de Condé; señor de Grammont; señor de Manicamp; señor de Saint-Aignan; y los oficiales de servicio.

-¿Los ministros? -dijo Colbert.

-Eso por de contado, y los secretarios.

-Majestad, voy a disponerlo todo: mañana se comunicarán las órdenes a domicilio.

-Decid hoy -replicó melancólicamente Luis.

Daban las doce.

Aquélla era la hora en que la pobre La Valliére se moría de tristeza y de dolor.

Entraron a la sazón los encargados de servir al rey para el acto de recogerse. La reina esperaba hacía una hora.

Luis pasó al cuarto de su esposa, exhalando un suspiro; pero al propio tiempo que suspiraba, se felicitaba por su valor. Complacíase de ser tan íntegro en amor como en política.

XXXIV
LOS EMBAJADORES

Artagnan sabía todo lo que acabamos de relatar, debido a tener entre sus amigos a todas las personas útiles de la casa, servidores oficiosos, orgullosos de. ser saludados por el capitán de mosqueteros, porque el capitán era una potencia; y luego, aparte de la ambición, se complacían en ser tenidos en algo por un hombre tan valiente como Artagnan.

De que, de lo que él había visto de por sí por el día y de lo que le referían los demás, formaba una especie de arsenal, adonde acudía en caso necesario para sacar el arma que le parecía más a propósito.

De esta suerte los dos ojos de Artagnan le prestaban igual servicio que los ciento de Argos.

Secretos políticos, secretos de callejuela, palabras escapadas a los cortesanos al salir de la antecámara, todo lo sabía Artagnan y lo encerraba en el impenetrable sepulcro de su memoria, junto a los secretos reales, tan caramente comprados y tan fielmente guardados.

Supo, pues, la entrevista con Colbert, la cita dada a los embajadores, el incidente a que darían lugar ciertas medallas, y, arreglando a su modo la conferencia con aquellas pocas palabras que habían llegado a sus oídos; se fue a ocupar su puesto en las habitaciones para estar allí cuando Luis se despertara.

El rey se despertó muy temprano. lo cual probaba que también él había dormido mal. A eso de las siete entreabrió suavemente la puerta.

Artagnan estaba ya en su puesto. Luis tenía mal color y parecía fatigado. Cuando apareció, no había acabado de vestirse.

-Que llamen al señor de Saint-Aignan -ordenó.

Saint-Aignan aguardaba sin duda que le llamasen, porque cuando se presentaron en su aposento ya estaba vestido.

Saint-Aignan apresuróse a obedecer, y pasó a la cámara del rey. Un momento después salieron el rey y Saint-Aignan; el rey iba delante.

Artagnan permanecía asomado a la ventana que caía a los patios, de modo que no tuvo necesidad de incomodarse para seguir con la vista al rey. No parecía sino que había adivinado de antemano adónde iba. El rey iba al departamento de las camaristas.

Aquello no le sorprendió a Artagnan. Aunque La Valliére no le había dicho nada, sospechó que el rey tendría que reparar algún agravio.

Saint-Aignan le seguía como el día anterior, algo menos inquieto, en la confianza de que a las siete de la mañana no habría más personas despiertas entre los augustos moradores del palacio que el rey y él.

Artagnan permanecía en la ventana, tranquilo e indiferente. Nadie habría sospechado que viese nada, ni que supiese quiénes eran aquellos dos corredores de aventuras que atravesaban los patios envueltos en sus capas. Y, sin embargo, Artagnan, aunque aparentaba no mirarlos, no los perdía de vista, y al paso que silbaba aquella famosa marcha de los mosqueteros, que recordaba sólo en las grandes ocasiones, adivinaba y presagiaba toda la tempestad de gritos y de enojos que iba a suscitarse a la vuelta.

En efecto, cuando entró el rey en la habitación de La Valliére, encontróla vacía, y vio el lecho intacto, el rey comenzó a asustarse y llamó a Montalais.

Montalais acudió al momento, pero su sorpresa fue igual a la del rey. Lo único que pudo decir a Su Majestad fue que le había parecido oír llorar a La Valliére parte de la noche; mas, sabiendo que Su Majestad había venido, no se había atrevido a informarse.

-Pero, ¿adónde suponéis que haya ido? -preguntó el rey.

-Majestad -respondió Montalais-, Luisa tiene un carácter muy sentimental, y a menudo la he visto levantarse con el día y marcharse al jardín; quizá esté allí.

Parecióle al rey aquello probable, y bajó inmediatamente en busca de la fugitiva.

Artagnan le vio aparecer, pálido y hablando vivamente con su acompañante.

Se dirigía hacia los jardines. Saint-Aignan seguíale sofocado. Artagnan no se movió de la ventana, y continuó silbando su marcha, aparentando que nada veía y viéndolo todo.

-Vamos, vamos -murmuró luego que desapareció el rey-, la pasión de Su Majestad es más fuerte de lo que yo creía; creo que hace por ésta lo que nunca hizo por la señorita Mancini.

Luis volvió a aparecer un cuarto de hora .después; todo lo había registrado y estaba casi sin aliento.

Excusamos decir que el rey nada había hallado.

Saint-Aignan le seguía, abanicándose con el sombrero y solicitando, con voz alterada, informes de los primeros servidores que llegaban y de todos a los que se encontraban.

Manicamp fue uno de ellos. Manicamp llegaba de Fontainebleau a pequeñas jornadas; pues en lo que otros habrían invertido seis horas, empleaba él veinticuatro.

-¿Habréis visto a la señorita de La Valliére? -le preguntó Saint - Aignan.

A lo que Manicamp, distraído y pensativo siempre, contestó. creyendo que le hablaban de Guiche:

-Gracias; el conde sigue aleo mejor.

Y continuó su camino hasta la antecámara, donde encontró a Artagnan, al cual pidió explicaciones acerca del aire azorado que había creído notar en el rey.

Artagnan le dijo que se había equivocado, y que el rey estaba. por el contrario, de muy buen humor.

En el entretanto dieron las ocho. Era ésta la hora en que el rey acostumbraba a desayunar, pues estaba prevenido en el código de la etiqueta que el rey siempre tendría hambre a las ocho.

Hízose servir en una mesita que había en su dormitorio, y despachó el desayuno a toda prisa.

Saint-Aignan, de quien no quiso separarse, le tuvo la servilleta. Luego dio audiencia a algunos militares.

Mientras duraban las audiencias, envió a Saint-Aignan en descubierta. Después, con la misma preocupación y ansiedad, y acechando siempre el regreso de Saint-Aignan, oyó dar las nueve.

A las nueve en punto pasó a su despacho principal.

Los embajadores entraban a la primer campanada de las nueve. Al dar la última campanada, las reinas y Madame aparecieron.

Los embajadores eran tres por Holanda y dos por España.

El rey les dirigió una mirada y saludó.

En aquel instante entraba también Saint-Aignan.

Aquella entrada era mucho más importante para el rey que la de los embajadores, cualesquiera que fuese el número de éstos y el país de donde viniesen.

Así fue que, ante todas las cosas, el rey hizo a Saint-Aignan un signo interrogativo, al que contestó éste con una negativa absoluta.

El rey estuvo a punto de perder todo su valor; pero, como las reinas, los grandes y los embajadores tenían fijos en él sus ojos, hizo un esfuerzo sobre sí mismo e invitó a los últimos a hablar.

Entonces, uno de los diputados españoles pronunció un largo discurso, en que ponderaba las ventajas de la alianza española.

El rey le interrumpió, diciendo:

-Señor, creo que lo que es bueno para Francia, debe ser bueno para apaña.

Esta frase, y especialmente el modo perentorio en que fue dicha, hizo palidecer al embajador y enrojecer a las reinas, que, siendo ambas españolas, se sintieron lastimadas con aquella respuesta en su orgullo de parentesco y nacionalidad.

El delegado holandés tomó a su vez la palabra, y se quejó de la prevención que el rey mostraba con el Gobierno de su país.

El rey le interrumpió:

-Señor, es extraño que vengáis a quejaros, cuando soy yo quien puede tener motivos de queja; y, sin embargo, veis que no me quejo.

-¡Quejaros, Majestad! -murmuró el holandés-. ¿Y de qué agravio?

El rey sonrió con amargura.

-¿Podéis echarme en cara, señor, que tenga prevenciones contra un Gobierno que autoriza y protege a los que me insultan públicamente.

-¡Majestad!

Holanda -prosiguió el rey irritándose más con sus propios pesares que con la cuestión política es una tierra de asilo para todo el que me quiere mal, y especialmente para el que me ofende.

-¡Oh Majestad! ...

-¿Queréis pruebas, no es verdad?... Pues bien, las tendréis desde luego. ¿De dónde salen esos libelos insultantes que me representan como un monarca sin gloria y sin autoridad? Vuestras prensas los vomitan. Si tuviera aquí a mis secretarios, os citaría los títulos de las obras con los nombres de los impresores.

-Majestad -contestó el embajador-, un libelo no puede ser obra de una nación. ¿Es justo que un gran rey, como Vuestra Majestad, haga responsable a un gran pueblo del crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

-Bueno, concedo esto, señor. Pero cuando la casa de moneda de Amsterdam acuña medallas ofensivas para mí, ¿es también crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

-¿Medallas? -murmuró el embajador.

-Medallas -repitió el rey mirando a Colbert.

-Sería preciso -se aventuró a decir el holandés- que Vuestra Majestad estuviera bien seguro...

El rey no apartaba los ojos de Colbert, pero éste aparentaba no comprender, y callaba, no obstante las provocaciones del rey.

Entonces acercóse Artagnan, y sacando del bolsillo una moneda, que puso en manos del rey:

-Aquí está -dijo- la moneda que busca Vuestra Majestad.

El rey la cogió.

Y entonces pudo ver, con aquella mirada que desde que era verdaderamente el amo no había hecho más que abarcar desde lo alto, una imagen insolente, que representaba a Holanda parando el sol, como Josué, con esta divisa: In conspectu meo, stetit sol.

-¡En mi presencia detúvose el sol! -exclamó furioso el rey-. ¡Oh! Espero que ahora no lo negaréis.

-Y el sol -dijo Artagnan- es éste.

Y señaló, en todos los lienzos del despacho, al sol, emblema multiplicado y resplandeciente, que ostentaba por todas partes su soberbia divisa: Nec pluribus impar.

La cólera de Luis, alimentada por los impulsos de su dolor particular, no' necesitaba de aquel alimento para devorarlo todo. Notábase en sus ojos el ardor de una queja pronta a estallar.

Una mirada de Colbert contuvo la tempestad.

El embajador aventuró algunas excusas. Dijo que la vanidad de los pueblos no era cosa que debiera tomarse en cuenta; que Holanda estaba orgullosa de haber sostenido con tan escasos recursos su reputación de gran nación, aun contra reyes poderosos, y que si sus compatriotas se habían ensoberbecido con un poco de humo, rogaba al rey que los disculpase.

El rey parecía buscar consejo. Miró a Colbert, el cual permaneció impasible.

Luego dirigió su mirada a Artagnan.

Éste encogióse de hombros. Este movimiento fue una esclusa levantada, por la cual se desencadenó la cólera del rey, contenida hacía mucho tiempo.

Como nadie sabía adónde le impulsaba al rey aquella cólera, todos permanecieron en triste silencio.

El segundo embajador se aprovechó de él para alegar también sus excusas.

En tanto que hablaba, y el rey, absorbiéndose otra vez poco a poco en sus pensamientos personales, escuchaba aquella voz turbada como una persona distraída escucha el ruido de una cascada, Artagnan, que tenía a su izquierda a Saint-Aignan, se acercó a éste y con voz calculada para que llegase a oídos del rey:

-¿Sabéis la noticia del día, conde? -le dijo.

-¿Qué noticia? -dijo Saint-Aignan.

-La de La Valliére.

El rey se estremeció, y dio involuntariamente un paso hacia ambos interlocutores.

-¿Pues qué ha sucedido a La Valliére? -preguntó Saint-Aignan con tono que fácilmente puede comprenderse.

-¡Ah, pobre muchacha! -dijo Artagnan-. Ha entrado en religión.

-¿En religión? -exclamó Saint-Aignan.

-¿En religión? -exclamó el rey en medio del discurso del embajador.

Luego, bajo el imperio de la etiqueta, se repuso; pero continuó escuchando.

-¿En qué convento? -preguntó Saint-Aignan.

-En las Carmelitas de Chaillot.

-¡En las Carmelitas de Chaillot! ¿Y por dónde diantres sabéis eso?

-Por ella misma.

-¿La habéis visto?

-Yo mismo la he conducido a las Carmelitas.

El rey no perdió una sola palabra; la sangre le bullía en las venas y principiaba a ruborizarse.

-¿Pero por qué esa fuga? -dijo Saint-Aignan.

-Porque la pobre muchacha fue ayer expulsada de la Corte -dijo Artagnan.

Apenas soltó esta palabra, hizo el rey un gesto de autoridad.

-¡Basta, señor -dijo al embajador-, basta!

Y luego, acercándose a Saint-Aignan:

-¿Quién ha dicho -exclamó que La Valliére ha entrado en religión?

-El señor de Artagnan -dijo el favorito.

-¿Y es verdadero lo que decís? -preguntó el rey volviéndose al mosquetero.

-Tan verdadero como la verdad.

El rey apretó los puños y palideció.

-Todavía añadísteis otra cosa, señor de Artagnan -dijo.

-Señor, no sé más.

-Añadísteis que la señorita de La Valliére había sido expulsada de la Corte.

-Sí, Majestad.

-Y eso, ¿es también verdadero?

-Informaos, Majestad.

-¿Y por quién?

-¡Oh! -exclamó Artagnan como quien se recusa.

El rey dio un brinco, dejando a un lado embajadores, ministros y cortesanos.

La reina madre se levantó. Todo lo había oído, y lo que no oyó, lo había adivinado.

Madame, desfallecida de cólera y de miedo, trató de levantarse también como la reina madre; pero volvió a caer otra vez en su sillón, al cual, por un movimiento instintivo, hizo rodar hacia atrás.

-Señores -dijo el rey-, la audiencia ha terminado; haré saber mi respuesta, o mejor, mi voluntad, a España y Holanda.

Y con gesto imperioso, despidió a los embajadores.

-Cuidado, hijo mío -dijo la reina madre con indignación-, cuidado, que se me figura que no sois dueño de vos.

-¡Oh señora! -rugió el joven león con gesto amenazador-, si no soy dueño de mí, os aseguro que lo seré de los que me ultrajen. Venid conmigo, señor de Artagnan, venid conmigo.

Y salió del despacho, dejando a todos aterrados.

El rey bajó la escalera y se dispuso a atravesar el patio.

-Majestad -dijo Artagnan-, equivocáis el camino.

-No, que voy a las caballerizas.

-Es inútil; tengo caballos dispuestos para Vuestra Majestad.

El rey contestó a su servidor con una mirada; pero aquella mirada prometía más de lo que se hubiera atrevido a esperar la ambición de tres Artagnanes.

XXXV
CHAILLOT

Manicamp y Malicorne, a pesar de no haber sido llamados, siguieron al rey y a Artagnan.

Eran dos hombres muy inteligentes; no había sino que Malicorne llegaba a veces demasiado pronto por ambición, y Manicamp demasiado tarde por pereza.

Esta vez llegaron a punto.

Había preparados cinco caballos. El rey y Artagnan tomaron dos; Manicamp y Malicorne otros dos, y un paje de las caballerizas montó el quinto.

La cabalgata marchó al galope. Artagnan había sabido elegir muy bien los caballos, verdaderos caballos de amantes angustiados, caballos que más bien que correr volaban. Diez minutos después de su marcha llegaba a Chaillot la cabalgata en forma de un torbellino de polvo. El rey arrojóse del caballo, pero por grande que fue la velocidad con que practicó aquella maniobra, ya estaba Artagnan teniendo las bridas de su corcel.

Luis hizo al mosquetero un ademán de agradecimiento, y arrojó las bridas en los brazos del paje.

Luego se lanzó al vestíbulo, y, empujando con violencia la puerta, entró en el parlatorio.

Manicamp, Malicorne y el paje se quedaron a la parte de afuera. Artagnan siguió a su amo.

Al penetrar en el parlatorio, lo primero con que tropezaron los ojos del rey fue con Luisa, no arrodillada, sino acostada al pie de un gran crucifijo de piedra.

La joven permanecía echada sobre la losa húmeda, y era apenas visible en la sombra de aquella sala, que sólo recibía luz por una ventana enrejada y cubierta de enredaderas.

Se hallaba sola, inanimada, fría como la piedra sobre la cual reposaba su cuerpo.

Al verla el rey en aquella actitud, la creyó muerta, y exhaló un grito terrible que hizo acudir a Artagnan.

El rey había pasado ya un brazo alrededor de su cuerpo. Artagnan ayudó al rey a levantar a la infeliz joven, sobre la cual parecía extender sus alas el genio de la muerte.

El rey la cogió entonces por entero en sus brazos, y calentó a besos sus manos y sus mejillas heladas.

Artagnan agarró la cuerda de la campana.

Al momento acudieron las hermanas carmelitas.

Las santas hijas prorrumpieron en
gritos de escándalo al ver aquellos hombres que tenían en sus brazos a una mujer.

La superiora acudió también. Esta persona, de más mundo que las damas mismas de la Corte, no obstante su austeridad, reconoció al primer golpe de vista al rey en el respeto que le manifestaban los asistentes y en el aire con que imponía a toda la comunidad.

Así fue que al ver al rey se retiró otra vez a su habitación, como medio de no comprometer su dignidad; pero envió por medio de las religiosas toda especie de cordiales, aguas de la reina de Hungría, de melisa, etc., etc., ordenando al mismo tiempo que cerrasen las puertas.

Tiempo era ya de hacerlo, pues el dolor del rey se iba haciendo cada vez más ruidoso y desesperado.

El rey parecía decidido a enviar a llamar a su médico, cuando La Valliére principió a dar señales de vida.

Al volver en sí, lo primero que vio fue a Luis a sus pies. Sin duda, no debió reconocerle, puesto que no hizo mas que exhalar un doloroso suspiro.

El rey mirábala con la mayor ansiedad.

Al fin sus ojos errantes se fijaron en el rey.

Reconociólo la joven, e hizo un tenue esfuerzo para arrancarse de sus brazos.

-Pues qué -murmuró ella-, ¿no está todavía consumado el sacrificio?

-¡Oh! ¡No, no! -murmuró el rey-. Ni se consumará; yo os lo juro.

La joven se levantó, a pesar de lo débil y quebrantada que estaba.

-¡Ay! Es necesario -dijo-; no me detengáis.

-¿Y había yo de dejar sacrificaros? -exclamó Luis-. ¡Jamás! ¡Jamás!

-¡Bien! -murmuró Artagnan-. Vayámonos fuera. Puesto que principian a hablarse, están de mas oídos extraños.

Artagnan salió, y quedaron solos los dos amantes.

-Majestad -prosiguió La Valliére-, ni una. palabra más; no destruyáis mi único porvenir, que es mi salvación, y todo el vuestro, que es vuestra gloria, por un capricho.

-¿Un capricho? -exclamó el rey.

-¡Oh! Ahora -dijo la joven- leo claro en vuestro corazón, Majestad.

-¿Vos, Luisa?

-¡Sí, yo!

-Hablad.

-Un arrebato incomprensible, irreflexivo, puede pareceros momentáneamente una excusa suficiente; pero tenéis deberes que son incompatibles con vuestro amor hacia una pobre muchacha. ¡Olvidadme!

-¡Olvidaros yo!

-Ya lo habéis hecho.

-¡Antes morir!

-Majestad, no es posible que améis a la que habéis consentido en matar esta noche tan cruelmente como lo habéis hecho.

-¿Qué decís, Luisa? Explicaos.

-¿Qué me pedísteis ayer mañana? Que os amara. ¿Qué me prometisteis en cambio? Que no dejaríais pasar una noche de por medio sin ofrecerme una reconciliación cuando os hubieseis enojado contra mí.

-¡Oh! ¡Perdonadme, perdonadme, Luisa! Los celos me tenían loco.

-Majestad, los celos son un mal pensamiento que renacen, como la cizaña, después que se la corta. Tendríais celos otra vez, y acabaríais de matarme. Tened la misericordia de dejarme morir.

-Otra palabra como esa, señorita, y me veréis morir a vuestros pies.

-¡No, Majestad! Conozco bien lo que valgo. Creedme, y no queráis perderos por una desventurada, a quien todo el mundo desprecia. -¡Oh! ¡Nombradme a los que acusáis de ese modo, nombrádmelos!

-No tengo queja ninguna contra nadie, Majestad;. sólo me acuso a mí misma. ¡Adiós! Os comprometéis hablando así.

-¡Cuidado, Luisa; al hablarme de ese modo, me reducís a la desesperación! ¡Cuidado!

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! ¡Dejadme con Dios, os lo suplico!

-¡Os arrancaré hasta de Dios mismo!

-¡Pues antes -exclamó la pobre niña-, arrancadme de esos enemigos feroces que atentan contra mi vida y mi honor! Si tenéis bastante fuerza para amar, tened también bastante energía para defenderme. Pero no, la que decís que amáis se ve injuriada, mofada, expulsada.

Y la inofensiva niña, obligada por el dolor a acusar, se retorcía los brazos sollozando.

-¡Os han expulsado!- -exclamó el rey-. Esta es la segunda vez que oigo esa palabra.

-Ignominiosamente, Majestad; y ya lo veis, no tengo más amparo que Dios, más consuelo que la oración, más auxilio que el de un claustro.

-Tendréis mi palacio y mi corte. i ¡Ah! No temáis nada; los que ayer, o mejor, las que ayer os expulsaron, temblarán mañana en vuestra presencia. ¿Qué digo mañana? Hoy mismo he amenazado, y nada me es más fácil que lanzar el rayo que todavía retengo en mi mano. ¡Luisa, Luisa! ¡Seréis cruel-

mente vengada! Lágrimas de sangre pagarán vuestras lágrimas. Nombradme a vuestros enemigos.

-¡Jamás, jamás!

-Entonces, ¿cómo queréis que castigue?

-Majestad, a los que habríais de castigar, harían retroceder vuestra mano.

-¡Oh! ¡No me conocéis! -exclamó Luis exasperado-. Antes qué retroceder, abrasaría a mi reino y maldeciría a mi familia. Sí, sería capaz de arrancarme hasta mi mismo brazo, si fuese bastante cobarde para no pulverizar a cuantos se hayan hecho enemigos de la más dulce de las criaturas.

Y al decir Luis estas palabras, descargó un fuerte golpe sobre el tabique de roble, que produjo un sonido lúgubre.

La Valliére se asustó. La cólera de aquel joven tan poderoso tenía algo de imponente y siniestro, porque, como la de la tempestad, podía ser mortal. Ella, cuyo dolor creía no tener igual, quedó vencida por aquel dolor que se abría paso por la amenaza y la violencia.

-Majestad -dijo-, por última vez, alejaos; os lo suplico; la calma de este retiro me ha fortalecido ya; me siento más tranquila bajo el amparo de Dios. Dios es un protector ante quien desaparecen todas las miserias humanas. Majestad, por última vez, dejadme con Dios.

-Entonces -exclamó Luis-, decid francamente que no me habéis amado nunca, decid que mi humildad, decid que mi arrepentimiento halagan vuestro orgullo, pero que no os aflige mi dolor; decid que el rey de Francia no es ya para vos un amante, cuya ternura pueda hacer vuestra felicidad, sino un déspota cuyo capricho ha roto en vuestro espíritu hasta la última fibra de la sensibilidad. No digáis que buscáis a Dios, decid que huís del rey. No, Dios no es cómplice de las resoluciones inflexibles; Dios admite la penitencia y el remordimiento, y absuelve, porque quiere que se ame.

Luisa se retorcía de sufrimiento oyendo aquellas palabras, que hacían correr la llama hasta lo más profundo de sus venas.

-¿Pero no me habéis oído? - exclamó.

-¿Qué?

-¿No habéis oído que he sido expulsada, despreciada e injuriada?

-Pues yo haré que seáis la más respetada, la más adorada, la más envidiada de mi corte.

-Probadme que no habéis dejado de amarme.

-¿Cómo?

-Alejándoos de mí.

-Yo os lo probaré no abandonándoos ya.

-¿Pero creéis, Majestad, que pueda yo permitir eso? ¿Creéis que pueda consentir en ver lastimada por mi causa a vuestra madre, a vuestra esposa y a vuestra hermana?

-¡Ah! ¡Por fin las habéis nombrado! ¿Conque han sido ellas las causantes del mal? ¡Pues por Dios que nos oye, serán castigadas!

-¡Ahí tenéis por qué el porvenir me espanta, por qué lo rehúso todo, por qué no quiero que me venguéis! ¡Oh Dios mío! ¡No más lágrimas, no más dolores, no más quejas de ese género! ¡Harto he padecido y llorado ya!

-¿Y mis lágrimas, y mis dolores y mis quejas, las tenéis en nada?

-¡No me habléis así, Majestad, en nombre del Cielo! ¡En nombre del Cielo, no me habléis así! Necesito de todo mi valor para llevar a cabo el sacrificio.

-¡Luisa, Luisa! ¡Te lo suplico encarecidamente! ¡Manda, ordena, véngate o perdona; pero no me abandones!

-¡Ay! ¡Es preciso separarnos, Majestad!

-Es decir, ¿no me amas?

-¡Oh! ¡Dios lo sabe!

-¡Mentira! ¡Mentira!

-¡Oh! Si no os amara, Majestad, dejaría que hicieseis vuestra voluntad, me dejaría vengar y aceptaría, en cambio del insulto que me han hecho, ese grato triunfo del orgullo que me proponéis ... Y, ya lo veis, hasta rechazo la dulce compensación de vuestro amor, de vuestro amor que es mi vida, no obstante, ya que he querido morir creyendo que no me amábais.

-Pues bien, sí, sí, ahora reconozco que sois la más santa, la más venerable de las mujeres. Nadie es más digna que vos, no ya de mi amor y respeto, sino del amor y respeto de todos; por eso nadie será amada como vos, Luisa, nadie ejercerá sobre mí el imperio que tenéis. Sí, os lo juro, rompería en este momento el mundo entero como vidrio, si el mundo me incomodase. ¿Me mandáis que me calme, que perdone? Sea, me calmaré. ¿Queréis reinar por la dulzura y la clemencia? Seré clemente y dulce. Dictadme mi conducta y obedeceré.

-¡Dios Santo! ¡Y quién soy yo, pobre de mí, para dictar una sílaba a un rey como vos?

-¡Sois mi vida y mi alma! ¿No es el alma la que gobierna el cuerpo?

-Según eso, ¿me amáis, mi querido señor?

-De rodillas, con las manos juntas, con todas las fuerzas de que Dios me ha dotado. ¡Os amo bastante para entregaros mi vida sonriendo si pronunciáis una palabra!

-¿Me amáis?

-¡Oh, sí!

-Entonces, nada me queda que desear en el mundo. ¡Vuestra mano, Majestad, y despidámonos! Ya he disfrutado en esta vida toda la dicha que me había tocado en suerte.

-¡Oh, no! ¡Di que tu vida comienza! ¡Tu felicidad no es ayer, es hoy, es mañana, es siempre! ¡Para ti el porvenir! ¡Para ti todo lo que sea mío! ¡No más ideas de separación, no más separaciones sombrías! El amor es nuestro dios, la necesidad de nuestras almas. Tú vivirás para mí, como viviré yo para ti.

Y, prosternándose ante ella, besó sus rodillas con inexpresables transportes de alegría y de reconocimiento.

-¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Todo esto es un sueño.

-¿Por qué un sueño?

-Porque no puedo regresar a la Corte. Desterrada, ¿cómo os he de volver a ver? ¿No vale más entrar en el claustro para enterrar en él, en el bálsamo de vuestro amor, los postreros impulsos de vuestro corazón y vuestra última confesión?

-¡Desterrada, vos! -exclamó Luis XIV-. ¿Y quién se atreve a desterrar cuando yo llamo?

-¡Oh Majestad! Algo que es superior a los monarcas: el mundo y la opinión; reflexionad que no podéis amar a una mujer expulsada, a la que vuestra madre ha mancillado con una sospecha, a la que vuestra hermana ha infligido un castigo. Esa mujer es indigna de vos.

-¿Indigna una mujer que me pertenece?

-Sí, y por eso, precisamente, señor; desde el momento que ella os pertenece, vuestra querida es indigna.

-¡Ah! Tenéis razón, Luisa; sois la misma delicadeza. Pues bien, no seréis desterrada.

-¡Oh! Bien se ve que no habéis oído hablar a Madame.

-Hablaré a mi madre. -¡Tampoco habéis visto a vuestra madre!

-¿También ella? ¡Pobre Luisa!... ¿Conque todo el mundo estaba contra vos?

-Sí, sí, pobre Luisa, que cedía ya a la tempestad, cuando vos habéis venido, cuando vos habéis acabado de destrozarla.

-¡Oh, perdón!

-No lograréis aplacar a ninguna de las dos, creedme; el mal no tiene remedio, porque jamás os permitiré emplear la violencia ni la autoridad.

-Pues bien, Luisa, para demostraros cuánto os amo, quiero hacer una cosa: iré a ver a Madame.

-¿Vos?

-Le haré revocar la sentencia; la obligaré.

-¡Obligar! ¡Oh! ¡No, no!

-Es verdad; la aplacaré. Luisa meneó la cabeza. -Suplicaré, si es necesario -dijo Luis-. ¿Creeréis entonces en mi amor?

-¡Oh! Jamás os humilléis por mí, Majestad; dejadme antes morir...

El rey reflexionaba, sus facciones tomaron una expresión sombría. -Amaré tanto como habéis amado -dijo-; sufriré tanto como habéis sufrido; ésa será mi expiación a vuestros ojos. Ea, señorita, dejemos mezquinas consideraciones; seamos grandes como nuestro dolor, seamos fuertes como nuestro amor.

Y, al decir estas palabras, la cogió en sus brazos y le formó un cinturón con sus dos manos.

-¡Mi único bien, mi vida, seguidme! -exclamó.

La joven hizo un último esfuerzo, en el que concentró, no toda su voluntad, porque su voluntad estaba ya vencida, sino todas sus fuerzas.

-¡No! -contestó débilmente-. ¡No, no! ¡Me moriría de vergüenza!

-¡No, porque entraréis como reina! Nadie sabe vuestra salida... Sólo Artagnan...

-¿También él me ha vendido?

-¿Cómo es eso?

-Había jurado...

-Había jurado no decir nada al rey -dijo Artagnan asomando su fina cabeza por la puerta entornada-, y he cumplido mi palabra. Se lo dije al señor de Saint-Aignan, y no ha sido culpa mía que el rey lo oyese. ¿No es cierto, Majestad?

-Así es; perdonadle -dijo el rey. La joven sonrió, y tendió al mosquetero su delicada y blanca mano.

-Señor de Artagnan -dijo el rey, gozoso en extremo-, buscad una carroza para la señorita.

-Majestad -contestó el capitán-, la carroza espera.

-¡Oh! ¡Sois modelo de servido res! -exclamó el rey.

-Tiempo ha costado advertirlo -dijo Artagnan, complacido, no obstante, con la lisonja.

La Valliére estaba vencida, y, aunque todavía opuso alguna ligera resistencia, se dejó llevar medio desfallecida por su regio amante.

Pero, al llegar a la puerta del parlatorio, en el momento de dejarlo, se arrancó de los brazos del rey, y, aproximándose al crucifijo de piedra, lo besó diciendo:

-¡Dios mío! Me habéis llamado, y me separo de vos; pero vuestra bondad es infinita. Sólo os ruego que cuando vuelva olvidéis que me he alejado; porque cuando vuelva a vos, será para no separarme ya nunca.

El rey exhaló un sollozo. Artagnan enjugó una lágrima. Luis arrastró a la joven, la llevó hasta la carroza, y puso a Artagnan a su lado.

Y él mismo, montando a caballo, se dirigió al Palais Roya¡, donde, así que llegó, hizo avisar a Madame que le concediese un momento de audiencia.

XXXVI
EN EL APOSENTO DE MADAME

En el modo como el rey había despedido a los embajadores adivinaron los menos perspicaces una guerra.

Los mismos embajadores, poco enterados de la crónica íntima, habían interpretado contra ellos el célebre dicho: "Si no soy dueño de mí, lo seré de los que me ultrajan".

Afortunadamente para los destinos de Francia y Holanda, Colbert los siguió para darles algunas explicaciones; pero las reinas y Madame, muy inteligentes en todo lo que concernía a sus casas, así que oyeron aquella frase llena de amenazas, se retiraron con tanto temor como despecho.

Por su parte, Madame conocía que la cólera del rey recaería principalmente sobre ella, y como era mujer de valor, altiva con exceso, en lugar de buscar apoyo en la reina madre, se retiró a su habitación, si no del todo tranquila, al menos sin intención de evitar el combate. De tiempo en tiempo enviaba Ana de Austria mensajeros para saber si el rey había regresado.

El silencio que guardaba el palacio sobre aquel asunto y la desaparición de Luisa, eran presagio de multitud de desgracias para el que conocía el carácter irritable de Luis.

Pero Madame, haciendo frente a todos aquellos rumores, se encerró en su habitación, llamó a Montalais, y con toda la serenidad de que fue capaz, hizo hablar a la joven sobre el suceso del día. En el instante en que la elocuente Montalais concluía con toda especie de precauciones oratorias, y recordaba a Madame la tolerancia a beneficio de reciprocidad, se presentó el señor Malicorne, pidiendo a la princesa una audiencia.

El digno amigo de Montalais tenía impresas en su semblante las señales de la más viva emoción. Imposible equivocarse acerca de ello: la

entrevista pedida por el rey debía ser uno de los capítulos más interesantes de aquella historia del corazón de los reyes y de los hombres.

Madame turbóse con la noticia de la visita de su cuñado, la cual no esperaba tan pronto, y menos sobre todo, una gestión directa de Luis.
Ahora bien, las mujeres, que hacen tan bien la guerra indirectamente, son siempre menos hábiles y menos fuertes cuando se trata de aceptar una batalla de frente.

Hemos dicho ya que Madame no era persona capaz de retroceder, pues, antes bien, tenía el defecto o la cualidad contraria.

Hacía gala de valor, y así fue que el recado de Su Majestad, que le transmitía Malicorne, le causó el efecto de la trompeta que da la señal de las hostilidades. Madame recogió el guante con altivez.

Cinco minutos después, el rey subía la escalera.

Estaba colorado de haber corrido a caballo. Su traje, polvoriento y en desorden, contrastaba con el atavío elegante y ajustado de Madame, la cual se ponía pálida bajo su colorete.

El rey no gastó preámbulo alguno, y se sentó. Montalais desapareció.

Madame se sentó enfrente del rey.

-Hermana mía -dijo el rey-, ¿sabéis que la señorita de La Valliére se ha fugado esta mañana, y ha ido a sepultar su dolor y su desesperación en un claustro?

Al decir estas palabras, la voz del rey apareció singularmente conmovida.

-Vuestra Majestad es quien me da la noticia -replicó Madame.

-Suponía que la hubieseis sabido esta mañana en la recepción de los embajadores -dijo el rey.

-En vuestra emoción, Majestad, adiviné que pasaba algo extraordinario, mas sin saber qué.

El rey, que era franco, e iba al objeto:

-Hermana mía -dijo-, ¿por qué habéis despedido a la señorita de La Valliére?

-Porque me disgustaba su servicio -replicó secamente Madame. Luis se puso de color de púrpura, y en sus ojos brilló un fuego que todo el valor de Madame pudo apenas sostener.

Contúvose, no obstante, y añadió:

Necesario es, hermana mía, que una mujer tan buena como vos haya tenido un motivo poderosísimo para expulsar y deshonrar, no sólo a una joven, sino a toda su familia. No ignoráis que la ciudad tiene fijos sus ojos en la conducta de las damas de la Corte. Despedir a una camarista, es atribuirle un crimen, o por lo menos una falta. ¿Cuál es, por tanto, el crimen o la falta de la señorita de La Valliére?

-Puesto que os constituís en protector de la señorita de La Valliére -replicó fríamente Madame-, voy a datos explicaciones que me creo con derecho de no dar a nadie.

-¿Ni aun al rey? -murmuró Luis revistiéndose de una expresión de cólera.

-Me habéis llamado hermana vuestra -dijo Madame- y estoy en mi aposento.

-¡No importa! -repuso el joven monarca avergonzado de su arrebato-. Ni vos, señora, ni nadie, puede decir en mi reino que tenga derecho para no explicarse en mi presencia.

-Puesto que así lo tomáis -dijo Madame con sombrío enojo-, no me queda sino inclinarme ante Vuestra Majestad y sellar mis labios.

-No, nada de equívocos.

-La protección que Vuestra Majestad dispensa a la señorita de La Valliére me impone respeto.

-Nada de equívocos, digo; bien sabéis que, siendo yo el jefe de la nobleza de Francia, debo cuenta a todos del honor de las familias. Expulsáis a la señorita de La Valliére, o a otra cualquiera...

Madame encogióse de hombros. -O a otra cualquiera, lo repito -continuó el rey-, y como al proceder así deshonráis a esa persona, os pido una explicación para confirmar o revocar esa sentencia.

-¿Revocar mi sentencia? -exclamó Madame con altivez-. ¡Pues qué! Cuando despido de mi casa a cualquiera de mi servidumbre, ¿me obligaríais a volverle a recibir? El rey calló.

-Eso no sería ya abuso de poder, señor, sino inconveniencia.

-¡Madame!

-¡Oh! Me rebelaría, como mujer, contra un abuso que ultrajaría toda dignidad; no sería ya una princesa de vuestra sangre, una hija del rey, sino la última de las criaturas, más humilde aún que la criada despedida.

El rey brincó de furor.

-No es un corazón -exclamó- lo que late en vuestro pecho; si os portáis conmigo de ese modo, dejadme proceder con igual rigor.

A veces, en una batalla, una bala extraviada suele causar un estrago. Aquella frase que Luis pronunció sin intención, hirió a Madame y la sobrecogió por un momento: podía, un día u otro, tener represalias.

-En fin -dijo-, explicaos, Majestad.

-Os pregunto, señora, en qué ha podido agraviaros la señorita de La Valliére.

-Es la más artificiosa zurcidora de intrigas que conozco; ha hecho batirse a dos amigos y ha dado que hablar en términos tan vergonzosos, que toda la Corte arruga el ceño con sólo oír su nombre.

-¿Ella? ¿ella? -exclamó el rey. -Bajo ese aspecto tan dulce como hipócrita -continuó Madame-, oculta un alma llena de astucia y de perfidia.

-¿Ella?

-Podréis tener formado un juicio equivocado, Majestad; mas yo la conozco: es capaz de excitar a la guerra a los mejores parientes y a los más íntimos amigos. Ya veis la cizaña que ha sembrado entre nosotros.

-Protesto -dijo el rey. -Majestad, haceos cargo de una cosa: nosotros vivíamos en la mejor armonía, y esa joven, con sus intrigas y sus quejas, os ha indispuesto contra mí.

-Os juro -dijo el rey- que jamás ha salido de sus labios una palabra amarga, y que hasta en mis arrebatos no me ha permitido amenazar a nadie. Os aseguro que no tenéis amiga más leal ni más respetuosa que esa joven.

-¿Amiga? -dijo Madame con marcada expresión de desprecio.

-Cuidado, señora -replicó el rey-; olvidáis haberme comprendido, y que, desde ese momento, cesa toda desigualdad. La señorita de La Valliére será todo lo que yo quiera que sea, y mañana, si me place, podrá sentarse sobre un trono.

-Por lo menos no habrá nacido en él, y cuanto podáis hacer será para lo futuro; pero nunca haréis cambiar lo pasado.

-Señora, os he tratado con urbanidad y cortesía; no me hagáis recordar que soy el amo.

-Majestad, ya me lo habéis dicho dos veces. He tenido el honor de deciros que ante eso me inclino.

-¿Me concedéis entonces que la señorita Luisa de La Valliére vuelva a vuestra casa?

-¿Para qué, Majestad, cuando tenéis un trono que ofrecerle? Soy yo muy poca cosa para proteger a una potencia como ésa.

-Basta ya de salidas maliciosas y desdeñosas. Concededme su perdón.

-¡Nunca!

-Me lanzáis a la guerra entre mi familia.

-También tengo yo familia donde refugiarme.

-¿Hasta ese punto os olvidáis de vos misma? ¿Creéis que si llevaseis la ofensa hasta ahí os sostendrían vuestros parientes?

-Espero, Majestad, que no me obligaréis a hacer nada contrario a mi jerarquía.

-Esperaba que os acordaríais de nuestra amistad, que me trataríais como a hermano.

Madame se detuvo un momento.

-No es desconoceros por hermano -dijo- rehusar una injusticia a Vuestra Majestad.

-¿Una, injusticia?

-¡Oh Majestad! Si supiese el mundo la conducta de La Valliére, si las reinas supiesen... -Vamos, vamos, Enriqueta; dejad hablar a vuestro corazón; recordad que me habéis amado; recordad que el corazón humano debe ser tan misericordioso como el del amo soberano. No seáis inflexible para los demás; perdonad a Luisa.

-No puedo; me ha ofendido.

-¿Pero yo?

-Majestad, todo lo haré en el mundo por vos, menos eso. -Entonces me aconsejáis la desesperación... Arrastrándome a ese último recurso de las personas débiles, ¿me aconsejáis la ira y el escándalo?

-Os aconsejo la razón, Majestad.

-¿La razón?... Hermana mía, me falta ya la razón.

-¡Majestad, por favor! -Hermana mía, por piedad, ésta es la primera vez que suplico; hermana mía, no tengo más esperanza que en vos.

-¡Oh Majestad! ¿Lloráis?

-De cólera, sí; de humillación. ¡Haberme visto precisado a rebajarme hasta suplicar, yo, el rey! Toda mi vida detestaré este momento. Hermana mía, me habéis hecho sufrir en un segundo más padecimientos de los que había previsto en las más duras extremidades de la vida.

Y el rey, levantándose, dio libre curso a sus lágrimas, que eran en efecto lágrimas de cólera y de vergüenza.

Madame no se enterneció, pues las mujeres, aun las mejores, no conocen la piedad en el orgullo; pero tuvo miedo de que aquellas lagrimas arrastrasen consigo todo lo que había de humano en el corazón del rey.

-Mandad, Majestad -dijo-; ya que preferís mi humillación a la vuestra no obstante ser pública la mía, cuando la vuestra sólo me tiene a mí por testigo, hablad y obedeceré al rey.

-¡No, no, Enriqueta! -murmuró Luis transportado de reconocimiento-. Habéis cedido al hermano.

-No tengo ya hermano, cuando me veo precisada a obedecer.

-¿Queréis en reconocimiento todo el reino?

-¡Cómo amáis -dijo ella- cuando amáis!

Luis no replicó. No hacía más que cubrir de besos la mano de Madame.

-De suerte -dijo-, que admitiréis a esa pobre muchacha y la perdonaréis, reconociendo la dulzura y rectitud de su corazón.

-La mantendré en mi casa.

-No, hermana querida; 1e devolveréis vuestra amistad.

-Nunca la quise.

-Pues bien, por amor a mí, la trataréis con bondad, ¿no es así, Enriqueta?

-¡Bien! La trataré como a una hija vuestra.

El rey se levantó. Con aquella palabra que tan funestamente se le escapara a Madame, destruyó todo el mérito de su sacrificio. El rey no le debía ya nada.

Lastimado, mortalmente herido, replicó:

-Gracias, señora; me acordaré siempre del servicio que me habéis hecho.

Y, saludando con ceremoniosa afectación, se despidió.

Al pasar por delante de un espejo notó que tenía los ojos encarnados, y la cólera le hizo herir el suelo con el pie.

Pero era ya demasiado tarde, porque Malicorne y Artagnan, colocados a la puerta, habían visto sus ojos.

"El rey ha llorado", pensó Malicorne.

Artagnan acercóse respetuosamente al rey.

-Señor -le dijo por lo bajo-; tomad la escalerilla secreta para ir a vuestra cámara.

-¿Por qué?

-Porque el polvo del camino ha dejado huellas en vuestro rostro -contestó Artagnan-. Id, señor, id.

Y cuando el rey hubo cedido como un niño, pensó:

"¡Pardiez! ¡Ay de aquellos que hagan llorar a la que ha hecho llorar al rey."

XXXVII
EL PAÑUELO DE LA SEÑORITA DE LA VALLIÉRE

Madame no era mala: era irritable.

El rey no era imprudente: era un enamorado.

Apenas hicieron los dos esa especie de pacto, cuyo resultado era volver a llamar a La Valliére, cuando uno y otro trataron de sacar el mejor partido posible.

El rey quería ver a La Valliére a cada momento.

Madame, que conocía el despecho del rey, desde la escena de las súplicas, no quería abandonarle a Luisa sin combatir.

Por consiguiente, sembraba las dificultades bajo los pasos del rey. En efecto, si el rey quería ver a su querida, tenía que hacer la corte a su cuñada.

De tal plan procedía toda la política de Madame.

Como ésta había elegido a una persona para secundarla, y esa persona era Montalais, el rey se veía asediado cada vez que iba al aposento de Madame. Rodeábanle por todas partes, y jamás se apartaban de él. Madame desplegaba en su conversación una gracia y un talento que todo lo eclipsaba.

Montalais iba después, y no tardó en hacerse insoportable al rey.

Eso era lo que ella esperaba. Entonces, lanzó a Malicorne; éste halló ocasión de decir al rey que había una joven muy desgraciada en la Corte.

Luis preguntó quién era esa persona.

Malicorne contestó que era la señorita de Montalais.

Entonces el rey declaró que era muy justo que una persona fuese desgraciada cuando hacía desgraciados a los demás.

Malicorne explicóse diciendo que la señorita de Montalais tenía sus órdenes.

El rey abrió los ojos y advirtió que Madame, tan pronto como Su Majestad aparecía, presentábase también; que ella estaba en los corredores hasta que él sé marchaba, y que iba acompañándole por miedo de que hablase en las antecámaras a alguna de las doncellas..

Una noche, fue Madame aún más lejos.

El rey estaba sentado en medio de las damas, y tenía en la mano, bajo los puños de encaje, un billete, que deseaba deslizan en manos de La Valliére.

Madame adivinó aquella intención, y la existencia del billete. Cosa muy difícil era impedir al rey dirigirse a quien mejor le pareciese.

No obstante, era preciso evitar que se dirigiese a La Valliére, la saludase y dejase caer el billete en sus rodillas, detrás de su abanico o en su pañuelo.

Luis, que también observaba, sospechó que le tendían un lazo. Levantóse, pues, y, sin la menor afectación, trasladó su silla al lado de la señorita de Chátillon, con la cual estuvo bromeando.

Jugábase a hacer versos con pie forzado; de la señorita de Chatillon pasó el rey a la Montalais, y de ésta a la señorita de Tonay-Charente.

Entonces, por efecto de aquella diestra maniobra, se encontró sentado enfrente de La Valliére, a quien ocultaba enteramente con su cuerpo.

Madame simulaba estar ocupada rectificando un dibujo de flores sobre cañamazo.

Luis enseñó la blanca punta del billete a La Valliére, y ésta le alargó su pañuelo con una mirada que quería decir: "Ponedlo dentro".

Después, como el rey hubiese puesto su propio pañuelo en su sillón, fue bastante diestro para dejarlo caer al suelo.

De suerte que La Valliére deslizó su pañuelo en el sillón.

El rey lo cogió haciéndose el distraído, puso el billete en el pañuelo y volvió a dejar éste sobre el sillón.

Quedábale a Luisa el tiempo preciso para extender la mano y cogen el pañuelo con su precioso depósito. Peno Madame lo había visto todo. Y dijo a Chátillon:

-Chátillon, recoged de la alfombra el pañuelo del rey.

Y, habiendo obedecido la joven precipitadamente, el rey se sintió contrariado, La Valliére turbada, y se vio el otro pañuelo en el sillón.

-¡Ah, perdón! -dijo la princesa-. Vuestra Majestad tiene dos pañuelos.

Y el rey tuvo que meterse en el bolsillo el pañuelo de La Valliére con el suyo.

Ganaba en ello aquel recuerdo de la amante; pero la amante perdía una cuarteta cuya composición le había costado a Luis diez horas, y que valía quizá pon sí sola un largo poema.

De allí la cólera del rey y la desesperación de La Valliére.

Pero entonces ocurrió un suceso extraño.

Cuando salió el rey para volver a su habitación, Malicorne, avisado sin saber cómo, se hallaba en la antecámara.

Las antecámaras del Palais-Royal son obscuras, y de noche, merced a la poca ceremonia que se observaba en el departamento de Madame, estaban mal alumbradas.

AI rey le gustaba aquella media luz. Regla general: el amor que brilla de por sí en el alma y el corazón, no quiere la luz más que en el corazón y en el alma.

Decíamos, pues, que la antecámara era obscura; un solo paje llevaba un hachón delante de Su Majestad.

El rey caminaba a paso lento, devorando su enojo.

Malicorne pasó junto al rey, le tropezó ligeramente, y le pidió perdón, con gran humildad; peno el rey, que estaba de muy mal humor, trató con dureza a Malicorne, y éste se escurrió sin ruido.

Luis se acostó después de haber tenido aquella noche una pequeña reyerta con la reina; y al día siguiente, en el momento de pasar a su despacho, ocurrióle la idea de besan el pañuelo de La Valliére.

Y llamó al ayuda de cámara.

-Traedme -ordenó- el traje que llevaba ayer; pero cuidado con tocar nada de lo que pueda haber en él.

Ejecutóse la orden, y el rey registró los bolsillos.

No halló en ellos más que un solo pañuelo; el suyo. El de La Valliére había desaparecido.

Perdíase ya su imaginación en conjeturas y sospechas, cuando 1e entregaron una carta de La Valliére. Estaba concebida en estos términos:

"¡Cuánta bondad la vuestra, mi querido señor, en enviarme unos versos tan hermosos! ¡Cuán ingenioso y perseverante vuestro amor! i Cómo no os han de amar! . . . "

"¿Qué significa esto? -pensó el rey-. Necesariamente hay aquí alguna equivocación..."

Y dijo al ayuda de cámara:

-Buscad bien en mis bolsillos un pañuelo que debe haber en ellos, y si no lo encontráis, si lo habéis tocado...

Repúsose pronto. Hacer asunto de Estado la pérdida de aquel pañuelo, sería abrir toda una crónica, y añadió:

-Tenía en ese pañuelo cierta nota importante que debía estar entre los pliegues.

-Vuestra Majestad -dijo el ayuda de cámara- sólo llevaba un pañuelo, y es éste.

-Es verdad -replicó el rey entre dientes-. ¡Oh, pobreza, cómo te envidio! Dichoso de aquel que coge por sí mismo y saca de sus bolsillos los pañuelos y los billetes.

Y releyó la canta de La Valliére, procurando adivinar por qué casualidad había podido llegar la cuarteta a su poder, cuando advirtió una postdata.

"'Os envía por vuestro mensajero esta contestación, tan poco digna de los delicados conceptos que me habéis dirigido."

-¡Vamos! -dijo con satisfacción-. ¡Al fin voy a saben algol. . . ¿Quién trae este billete?

-El señor Malicorne -contestó el ayuda de cámara con timidez.

-Que entre.

Malicorne entró.

-¿Venís del aposento de la señorita de La Valliére? -dijo el rey con un suspiro.

-Sí, Majestad.

-¿Y habéis llevado a la señorita Luisa de La Valliére algo de mi parte?

-¿Yo, Majestad?

-Sí, vos.

-No. Majestad, no.

-La señorita de La Valliére lo dice formalmente.

-Majestad, la señorita Luisa de La Valliére se equivoca.

El rey frunció el ceño.

-¿Qué juego es éste? -dijo-. Hablad. ¿Por qué la señorita de La Valliére os llama mi mensajero? ¿Qué habéis llevado a esa dama? ¡Hablad pronto!

-Majestad, lo único que he hecho ha sido entregar a la señorita de La Valliére un pañuelo. -¡Un pañuelo! ...¿Cuál?

-En el momento en que tuve ayer la desgracia de tropezar con la persona de Vuestra Majestad, desgracia que lloraré toda mi vida, especialmente después del desagrado que me mostrasteis, quedé inmóvil de desesperación. Vuestra Majestad estaba ya demasiado lejos para poder oír mis disculpas, y entonces advertí en el suelo una cosa blanca.

-¡Ah! -exclamó el rey.

-Me agaché, y vi que era un pañuelo. Tuve la idea de que al tropezar con Vuestra Majestad habría hecho caer aquel pañuelo de su bolsillo; pero, tentándolo con el mayor respeto, advertí que tenía una cifra, y esa cifra era de la señorita de La Valliére. Pensé entonces que se le habría caído a dicha señorita al entrar, y me apresuré a devolvérselo a la salida. Eso es cuanto he

entregado a la señorita de La Valliére; suplico a Vuestra Majestad que lo crea.

Malicorne se mostraba tan candoroso, tan desconsolado y tan humilde; que el rey tuvo gran placer en escucharle, y le agradeció aquella casualidad, como si hubiese prestado el mayor servicio.

-Éste es ya el segundo encuentro feliz que he tenido con vos, señor -le dijo-; podéis contar con mi amistad.

El hecho es, pura y simplemente, que Malicorne había robado el pañuelo del bolsillo del rey, tan finamente como lo hubiera podido hacer el más hábil ratero de París.

Madame ignoró siempre aquella historia. Pero Montalais se la hizo sospechar a La Valliére, y La Valliére se la contó más adelante al rey, el cual se rió mucho con ella y proclamó a Malicorne un gran político.

Luis XIV tenía razón, y sabido es que conocía a los hombres.

XXXVIII
QUE TRATA DE LOS JARDINEROS, DE LAS ESCALAS Y DE LAS CAMARISTAS

Desgraciadamente, los milagros no podían durar siempre, mientras que el mal humor de Madame no cesaba nunca.

Al cabo de ocho días, había llegado el rey al estado de no poder mirar a La Valliére sin que una mirada de sospecha cruzase la suya.

Cuando disponíase algún paseo, Madame, para evitar que se renovase la escena de la lluvia o de la encina real, tenía siempre a mano las indisposiciones, merced a las cuales no salía y sus camaristas permanecían en casa.

En cuanto a visitas nocturnas, no había que pensar en ellas, pues era punto menos que imposible.

Y fue que en este particular, desde los primeros días, había sufrido el rey un doloroso contratiempo.

Pasó que, como en Fontainebleau, hizo que Saint-Aignan le acompañase, y quiso ir al cuarto de La Valliére. Pero no encontró más que a la señorita de Tonnay-Charente, la cual empezó a gritar con todas sus fuerzas, de cuyas resultas acudió una legión de doncellas, criadas y pajes, y Saint-Aignan, por salvar el honor de su amo, que se había escapado precipitadamente, tuvo que aguantar una severa reprimenda de parte de la reina madre y de Madame.

Además, al día siguiente recibió dos carteles de desafío de la familia de Morteramt, y fue necesario que el rey interviniese.

Aquella equivocación había provenido de que Madame había dispuesto súbitamente que sus damas mudasen de cuarto, haciendo que La Valliére y Montalais, durmiesen en la habitación misma de su ama.

No era posible, de consiguiente, hacer nada, ni aun escribir; escribir a la vista de un Argos tan implacable como Madame, era exponerse a los mayores riesgos.

Fácil es conocer el estado de irritación continua y de cólera creciente en que todos aquellos pinchazos ponían al león.

El rey se devanaba los sesos en buscar medios, y, como no se confiaba a Malicorne, ni a Artagnan, no hallaba ninguno.
Malicorne soltaba de vez en cuando algunas indirectas a fin de estimular al rey a que se franqueara enteramente.

Pero fuese vergüenza o desconfianza, el rey empezaba a picar en el anzuelo, y concluía al fin por abandonarlo.

Así, por ejemplo, una tarde en que el rey atravesaba el jardín y miraba tristemente las ventanas de Madame, tropezó Malicorne en una escala que había bajo un arriate de boj, y dijo a Manicamp, que iba a su lado en pos del rey, y que ni había tropezado ni visto nada:

-¿No habéis visto que he tropezado en una escala, y que por poco caigo?

-No -contestó Manicamp distraído como de costumbre-; pero a lo que parece no habéis llegado a caer.

-¡No importa! No por eso es menos peligroso el dejar de este modo las escalas.

-Sí que puede uno hacerse daño, sobre todo cuando va distraído.

-No lo digo por eso, sino porque es peligroso el dejar de este modo las escaleras junto a las ventanas de las camaristas.

Luis se estremeció imperceptiblemente.

-¿Cómo es eso? -preguntó Manicamp.

-Hablad más alto -díjole en voz baja Malicorne, tocándole con el codo.

-¿Cómo es eso? -repitió en voz más alta Manicamp.

Luis puso atención.

-Aquí tenéis, por ejemplo -dijo Malicorne-, una escala de diecinueve pies, exactamente la altura de la cornisa de las ventanas.

Manicamp, en vez de contestar, seguía distraído con sus pensamientos.

-Preguntadme de qué ventanas -le sopló Malicorne.

-¿De qué ventanas habláis? - preguntó en voz alta Manicamp.

-De las de Madame.

-¡Eh!

-No digo que haya subido nadie al aposento de Madame; pero en la pieza inmediata, que está separada por un sencillo tabique, duermen las señoritas de La Valliére y Montalais, que son dos hermosas muchachas.

-¿Por un sencillo tabique? -dijo Manicamp.

-Mirad la brillante claridad que sale de las habitaciones de Madame. ¿Veis aquellas dos ventanas?

-Sí.

-¿Y aquella otra ventana inmediata, iluminada con luz menos viva?

-Perfectamente.

-Pues ésa es la ventana de las camaristas. Mirad cómo, por efecto del calor que hace, abre la señorita de La Valliére su ventana. ¡Oh, cuántas cosas podría decirle un amante atrevido, si tuviera noticia de esa escala de diecinueve pies, que llega justamente hasta la cornisa!

-Pero creo haberos oído decir que no permanecía sola, sino con la señorita de Montalais.

-La señorita de Montalais no puede inspirar recelo; es una amiga de la infancia, fiel como ella sola, un verdadero pozo donde pueden echarse sin cuidado todos los secretos que se quieran hacer desaparecer.

Ni una palabra de la conversación había escapado al rey; y aun Malicorne observó que Luis había
acortado el paso para darle tiempo de acabar.

Así fue, que, cuando llegó a la puerta, despidió a todos, a excepción de Malicorne.

Aquello no sorprendió a nadie, pues se sabía que el rey estaba enamorado, y se le suponía aficionado a componer versos a la claridad de la luna.

Aun cuando aquella noche no hacía luna, podía el rey, sin embargo, querer componer versos.

Marchóse todo el mundo. Entonces el rey se volvió hacia Malicorne, el cual esperaba con el mayor respeto a que Luis le dirigiese la palabra.

-¿Qué decíais hace poco de escalas, señor Malicorne? -preguntó Luis.

-¿Yo, Majestad, de escalas? ... Y Malicorne levantó los ojos al cielo, como para recoger las palabras escapadas.

-Sí, de una escalera de diecinueve pies -añadió Luis.

-¡Ah! En efecto, Majestad, ahora me acuerdo; pero hablaba con el señor de Manicamp, y habría callado si hubiese sabido que Vuestra Majestad podía oírnos.

-¿Y por qué os habríais callado? -Porque no hubiera querido que riñesen por mi culpa al jardinero que la dejó olvidada.. . ¡pobre diablo! ...

-No tengáis cuidado por eso.. . Decidme, ¿qué escala es ésa?

-¿Quiere verla Vuestra Majestad?

-Sí.

-Nada más fácil; está allí, Majestad.

-¿Entre el boj?

-Precisamente.

-Enseñádmela.

Malicorne volvió pasos atrás, y llevó al rey hasta la escala.

-Aquí está, Majestad.

-Sacadla de ahí.

Malicorne puso la escala en la alameda.

Luis caminó longitudinalmente en dirección de la escala.

-¡Hum! -murmuró-. ¿Decís que tiene diecinueve pies?

-Sí, Majestad.

-Mucho es eso: no la creo tan Jarga.

-Así no se ve bien. Majestad. Si se pusiera la escala en pie contra un árbol o contra una pared, por ejemplo, se vería mejor, en atención a que la comparación podía servir de mucho.

-Con todo, señor Malicorne, no creo que la escala tenga diecinueve pies.

-Conozco el buen golpe de vista que tiene Vuestra Majestad; no obstante, en esta ocasión no tendría reparo en apostar.

El rey meneó la cabeza.

-Hay un medio seguro de comprobarlo -dijo Malicorne.

-¿Cuál?

-Sabido es que el piso bajo del palacio tiene dieciocho pies de altura.

-Es verdad.

-Pues bien, poniendo la escala contra la pared, se puede salir de la duda.

-Cierto.

Malicorne levantó la escala como si fuera una pluma, y la puso contra la pared, si bien eligió, o mejor dicho, la casualidad eligió, la ventana del cuarto de La Valliére para hacer su experimento.

La escala llegó justamente a la esquina de la cornisa, esto es, casi al antepecho de la ventana; de suerte que un hombre colocado en el penúltimo peldaño, un hombre de mediana estatura, como era, por ejemplo, el rey, podía comunicar con los habitantes de la cámara.

Apenas estuvo colocada la escalera, cuando el rey, dejando a un lado la especie de comedia que representaba, empezó a subir los peldaños, teniéndole Malicorne la escalera. Pero no bien había hecho la mitad de su ascención aérea, aparecía en el jardín una patrulla de suizos, que se encaminó hacia la escalera.

El rey bajó apresuradamente, y se ocultó en un macizo.

Malicorne vio que era preciso sacrificarse. Si se ocultaba también, los suizos registrarían hasta encontrar a él o al rey, y tal vez a ambos.

Más valía que lo encontraran sólo a él.

Por consiguiente, Malicorne se escondió tan torpemente, que muy pronto dieron con él.

Una vez detenido, Malicorne fue llevado al cuerpo de guardia, y en cuanto dijo quién era, reconociéronlo.

Entretanto, de mata en mata, llegaba el rey a la puerta excusada de su cuarto muy humillado, y sobre todo enteramente desconcertado.

Y esto con tanto mayor motivo, cuanto que el ruido del arresto había hecho asomarse a la ventana a La Valliére y a Montalais, y la princesa misma había aparecido en la suya con una luz, preguntando qué era aquello.

Mientras esto sucedía, Malicorne hacía llamar a Artagnan, el cual acudió al momento.

Pero en vano trató de hacerle comprender sus razones, en vano las comprendió Artagnan, y en vano también aquellos espíritus tan sutiles procuraron dar un giro diferente a la aventura. No le quedó a Malicorne otro recurso que pasar por haber querido entrar en el cuarto de la señorita de Montalais, como Saint-Aignan tuvo que pasar por haber intentado forzar la puerta de la señorita de Tonnay-Charente.

Madame era inflexible por dos razones: si el señor Malicorne había querido entrar nocturnamente en su habitación por la ventana y por medio de una escala para ver a Montalais, era un atetado punible, que debía ser castigado. Y si, Por el contrario, Malicorne, en vez de obrar por cuenta propia, había hecho . aquello como intermediario entre La Valliére y otra persona que no quería nombrar, su crimen era mucho mayor aún, puesto que no tenía a su favor la pasión, que puede excusarlo todo.

Madame puso, pues, el grito en el cielo, e hizo despedir a Malicorne de la casa de Monsieur, sin advertir la infeliz ciega que Malicorne y Montalais la

tenían entre sus garras por la visita al señor de Guiche, y por otros muchos puntos no menos delicados.

Montalais, furiosa, quería vengarse inmediatamente; pero Malicorne le hizo ver que con el apoyo del rey podían arrostrarse todas las desgracias del mundo, y que era gran-cosa el sufrir por el rey.

Malicorne tenía razón, y aunque Montalais era mujer, consiguió convencerla.

Luego, hay que decirlo, el rey se apresuró a consolar a su víctima. En primer lugar, hizo entregar a Malicorne cincuenta mil libras, como indemnización del cargo que perdiera. ,,

Luego, lo colocó en su servidumbre, aprovechando con placer aquella ocasión de vengarse de todo lo que la princesa le había hecho sufrir a él y a La Valliére.

Mas, el pobre amante, no teniendo ya a Malicorne para que le robase los pañuelos ni le midiese las escalas, no sabía qué hacer. Ninguna esperanza quedábale de acercarse a La Valliére, en tanto que ésta permaneciese en el Palais-Royal.

Ni las dignidades ni todo el oro del mundo podían facilitárselo.

Por fortuna, Malicorne estaba al cuidado, y se compuso tan bien que llegó a avistarse con Montalais. Verdad es que Montalais ponía cuanto estaba de su parte por ver a Malicorne.

-¿Qué hacéis durante la noche en el cuarto de Madame? -preguntó éste a la joven.

-¿Por la noche? Dormir -replicó Montalais.

-¿De modo que dormís por la noche?

-Sí por cierto.

-Hacéis muy mal; no conviene que una joven duerma con un dolor como el que debéis tener.

-¿Y qué dolor es ése que yo tengo?

-¿No estáis desesperada por mi ausencia?

-No por cierto, puesto que habéis recibido cincuenta mil libras, y os han dado además un empleo en la servidumbre del rey.

-No importa; eso no quita para que estéis afligidísima de no poderme ver como antes, y sobre todo de que yo haya perdido la confianza de Madame. ¿No es verdad?

-¡Oh! Sí que lo es.

-Pues bien, esa aflicción no puede menos de impediros dormir por la noche, y entonces sollozáis y os quejáis diez veces por minuto.

-Pero, mi querido Malicorne, Madame no puede tolerar el menor ruido en sus habitaciones.

-¡Bien sé que no lo puede tolerar, cáscaras! Y por eso estoy seguro de que al ver un dolor tan profundo, no tardará en haceros desocupar el cuarto.

-Ahora comprendo.

-Me alegro mucho.

-Pero, ¿qué sucederá entonces?

-Sucederá que La Valliére, viéndose separada de vos, prorrumpirá por la noche en tales gemidos y lamentos, que su desesperación equivaldrá por sí sola a dos juntas.

-Entonces, la pondrán en otro cuarto.

-Ciertamente.

- Sí, pero, ¿en cuál?

-¿En cuál? Esa es la dificultad, señor de los Inventos.

-No por cierto: cualquiera que sea el cuarto, siempre valdrá más que el de Madame.

-Verdad es.

-Conque a ver si principiáis ya esta noche con las jeremíadas.

-Perder cuidado.

-Y que ponga también algo de su parte La Valliére.

-¡Oh! En cuanto a eso, casi siempre se está lamentando, aunque por lo bajo.

-Pues que se queje en voz alta. Y con esto se separaron.

XXXIX
QUE TRATA DE LA CARPINTERIA, CON ALGUNAS NOCIONES ACERCA DE LA INSTALACIÓN DE ESCALERAS

El consejo dado a Montalais fue comunicado a La Valliére, la cual reconoció que no carecía de cordura, y tras de alguna resistencia, procedente más bien de su timidez que de frialdad, se decidió a ponerlo en ejecución.

Aquel lance de dos mujeres llorando y atronando con sus gemidos lastimeros el cuarto de Madame, fue la obra maestra de Malicorne.

Como no hay nada tan cierto como la inverosimilitud, ni tan natural como lo novelesco, salió perfectamente aquella especie de cuento de Las mil y una noches.

Madame alejó primero a Montalais.

Tres días, o mejor, tres noches después de haber alejado a Montalais, alejó a La Valliére.

Señalóse a esta última un cuarto en los departamentos abuhardillados, encima dedos departamentos de los gentileshombres.

Un piso, o lo que es lo mismo, un pavimento, separaba a las camaristas de los oficiales y de los gentileshombres.

Una escalera secreta, cuya inspección estaba confinada a la señora de Navailles, conducía a las habitaciones de ellas.

La señora de Navailles, que había oído hablar de las tentativas anteriores del rey, había hecho poner rejas a las ventanas de los cuartos y a las aberturas de las chimeneas.

Había, por tanto, la mayor seguridad para la honra de la señorita de La Valliére, cuyo cuarto se asemejaba más bien a una jaula que a otra cosa. Cuando la señorita de La Valliére estaba en su cuarto, cosa que sucedía con frecuencia, en atención a que Madame había dejado de utilizar sus servicios desde que sabía que se hallaba segura- bajo la vigilancia de la señora de Navailles, no tenía más distracción que mirar a través de las rejas de su ventana.

Una mañana que estaba mirando, como de costumbre, vio a Malicorne en una ventana paralela a la suya. Tenía en la mano un triángulo de carpintero, examinaba los edificios y hacía fórmulas algebraicas en un

papel. No dejaba de asemejarse bastante bien a aquellos ingenieros que, desde el extremo de una trinchera, toman los ángulos de un baluarte, o la altura de las murallas de una fortaleza.

La Valliére reconoció a Malicorne, y le saludó.

Malicorne correspondió con otro saludo, y desapareció de la ventana.

Sorprendióse. La Valliére de aquella especie de frialdad, poco común en el carácter siempre igual de Malicorne; pero recordó que aquel infeliz joven había perdido su empleo por causa suya, y no debía tenerle la mejor voluntad, puesto que, según todas las probabilidades, jamás se vería ella en estado de devolverle lo que había perdido.

La Valliére sabía perdonar las ofensas, y con mucho más motivo compadecer la desgracia.

Sin duda habría pedido consejo a Montalais, si ésta hubiese estado allí; pero se hallaba ausente.

Era la hora en que Montalais acostumbraba despachar su correspondencia.

De repente, vio La Valliére un objeto, que, arrojado desde la ventana en que había aparecido Malicorne, atravesaba el espacio, pasaba por entre los hierros de sus rejas, e iba a caer dando vueltas por el suelo.

Acercóse con curiosidad a aquel objeto, y lo cogió. Era un devanador; sólo que en lugar de estar envuelto con seda, había arrollado en él un papelito.

La Valliére lo desdobló y leyó:

"Señorita: Deseo vivamente saber dos cosas:

"La primera, si el piso de vuestro cuarto es de madera o de ladrillo. "La segunda, a qué distancia de la ventana está vuestra cama.

"Disimulad esta importunidad, y dignaos contestarme por el mismo medio que he puesto mi carta en vuestras manos, esto es, por el devanador.

"Sólo que, en lugar de arrojarle a mi cuarto, como yo lo he hecho en el vuestro, cosa que os sería más difícil que a mí, no hagáis más que dejarlo caer.

"Confiad, principalmente, señorita, en vuestro más humilde y respetuoso servidor.

"MALICORNE.

"Si lo tenéis a bien, podéis escribir la contestación en esta misma carta."

-¡Ah! ¡Pobre muchacho! -exclamó La Valliére-. ¡Preciso es que se haya vuelto loco!

Y, al decir esto, dirigió a Malicorne, a quien se columbraba en la penumbra del cuarto, una mirada preñada de afectuosa compasión.

Malicorne comprendió, y sacudió la cabeza como para contestarle:

"No, no; no estoy loco, fiaos de mí."

La Valliére sonrió con aire de duda.

No, no -repitió Malicorne con el gesto-; mi cabeza está firme. Y mostró la cabeza.

Luego, agitando la mano como quien escribe rápidamente:

-Vamos, escribid -dijo con aire de súplica.

La Valliére, aun cuando lo creyese loco, no veía inconveniente en hacer lo que le pedía Malicorne. Por tanto, tomó un lápiz y escribió: Madera. Después, contó diez pasos desde la ventana a su cama, y escribió debajo: Diez pasos.
Hecho aquello, miró a Malicorne, quien la saludó, y le hizo una señal de que iba a bajar.

La Valliére comprendió que era para recoger el devanador. Aproximóse a la ventana, y, de conformidad con las instrucciones Malicorne, lo dejó caer.

Aún estaba corriendo el devanador por las losas, cuando Malicorne se precipitó tras él; lo alcanzó, lo desdobló como hace un mono con una nuez, y se fue en seguida a la habitación del señor de Saint-Aignan.

Saint-Aignan había elegido, o solicitado, por mejor decir, la habitación más próxima al rey, pareciéndose a aquellas plantas que buscan los rayos del sol para desarrollarse con más fruto.

Su alojamiento se componía de dos piezas, en la parte misma del edificio ocupada por Luis XIV.

El señor de Saint-Aignan estaba orgulloso con aquella proximidad que le daba un acceso fácil a la cámara del rey, y le proporcionaba además el favor de algunos encuentros inesperados.

En el momento en que hacemos mención de él, se hallaba ocupado en hacer entapizar magníficamente aquellas dos piezas, contando con el honor de recibir algunas visitas del rey, porque Su Majestad, desde que estaba enamorado de La Valliére, había elegido a Saint-Aignan
por confidente suyo, y no podía pasarse sin él ni de noche ni de día.

Malicorne hízose introducir en los aposentos del conde, y no halló dificultad para entrar, porque era bien mirado del rey, y el crédito de uno es siempre un cebo para otro.

Saint-Aignan preguntó al recién venido si traía alguna noticia. -Una y grande -respondió éste.

-¡Hola, hola! -murmuró Saint-Aignan, curioso como un favorito-. ¿Y cuál es?

-La señorita de La Valliére ha cambiado de habitación.

-¿De veras? -preguntó sorprendido Saint-Aignan.

-Sí.

-Madame la tenía en sus mismas habitaciones.

-Precisamente; mas, cansada sin duda de semejante vecindad, la ha instalado en un cuarto que se halla encima de vuestra futura habitación.

-¡Cómo! ¿Arriba? -exclamó Saint-Aignan con sorpresa, e indicando con el dedo el piso superior.

-No -dijo Malicorne-, abajo. Y le mostró la parte del edificio situada enfrente.

-¿Por qué decís, pues, que su cuarto está encima del mío?

-Porque estoy cierto de que vuestra habitación debe estar naturalmente debajo del cuarto de La Valliére.

A tales palabras dirigió Saint-Aignan al pobre Malicorne una mirada como la que La Valliére le había dirigido un cuarto de hora antes.

Esto es, creyó que estaba loco. -Señor -le dijo Malicorne-, permitidme contestar a vuestro pensamiento.

-¿Cómo a mi pensamiento?

-Me parece que no habéis comprendido muy bien lo que he querido decir.

-Lo confieso.

Pues bien, ya sabéis que debajo de las habitaciones de las camaristas de Madame se hallan alojados los gentileshombres del rey y de Monsieur.

-Sí, puesto que allí habitan Manicamp, Wardes y otros.

-Precisamente. Pues bien, señor, mirad ahora la singularidad de la coincidencia: las dos cámaras destinadas al señor de Guiche son, precisamente, las que se hallan situadas debajo de las de la señorita de Montalais y la señorita de La Valliére.

-¿Y qué hay con eso?

-Pues que esas dos cámaras están desocupadas con motivo de hallarse el señor de Guiche en Fontainebleau curándose de sus heridas.

-Os juro, mi querido señor, que no adivino nada.

-¡Oh! Si tuviese yo la dicha de llamarme Saint-Aignan, pronto lo adivinaría.

-¿Y qué haríais?

-Cambiar al punto esta habitación por la que el señor de Guiche tiene desocupada abajo.

-¡Pues! -exclamó Saint-Aignan-. ¿Y querríais que abandonase el primer sitio de honor, la proximidad del rey, un privilegio concedido solamente a los príncipes de la sangre, a los duques y pares?... Perdonadme que os diga, señor de Malicorne, que estáis loco.

-Señor -replicó gravemente el joven-, habéis sufrido dos equivocaciones... En primer lugar, me llamo Malicorne a secas, y en segundo, os aseguro que estoy en mi cabal juicio.

Después, sacando un papel del bolsillo:

-Escuchad esto -dijo-; después os enseñaré aquello.

-Escucho.

-Ya sabéis que Madame vigila a La Valliére, como Argos a la ninfa lo.

-Lo sé.

-Ya sabéis que el rey ha intentado en vano hablar a la prisionera, y que ni vos ni yo hemos sido bastante felices para proporcionarle esa fortuna.

-Algo podéis contar de eso, mi . pobre Malicorne.

-Pues bien, ¿qué os parece que ganaría el que tuviese la maña de procurar una entrevista a los dos amantes?

-¡Oh! No limitaría el rey a poca cosa su reconocimiento.

-¡Señor de Saint-Aignan!. . .

-¿Qué?

-¿No deseáis granjearos el reconocimiento real?

-Seguramente -respondió Saint-Aignan-; mucho me halagaría un favor del ame por haber llenado mis deberes.

-Pues mirad este papel, señor conde.

-¿Qué es? ¿Un plano?

-El de las dos cámaras del señor de Guiche, que, según todas las probabilidades, serán las vuestras.

-¡Oh, no! De ningún modo.

-¿Y por qué no?

-Porque mis dos habitaciones son codiciadas por muchos gentiles-hombres, a quienes no pienso dejárselas, como son el señor de Roquelaure, el señor de La Ferté y el señor Dangeau.

-Entonces, adiós, señor conde, y voy a ofrecer a uno de esos señores el plano que os presentaba hace poco y las ventajas a él anejas.

-¿Y por qué no las guardáis para vos? -dijo Saint-Aignan con desconfianza.

-Porque el rey no me hará jamás el honor de venir ostensiblemente a mi cuarto, al paso que no tendrá el menor escrúpulo en ir al de cualquiera de esos señores.

-Y qué, ¿iría el rey al cuarto de uno de esos señores?

-¡Ya lo creo que iría! Y con mucha frecuencia. ¿Creéis que no iría el rey a un cuarto que está tan próximo al de la señorita de La Valliére?

-¡Vaya una proximidad!.. . Con un techo de por medio. Malicorne desplegó el papelito del devanador.

-Notad, señor conde -le dijo-, que el pavimento del cuarto de la señorita de La Valliére es un entarimado de madera.

-¿Y qué hay con eso?

-No hay más que tomar un obrero carpintero, quien, encerrado en vuestro cuarto, sin que nadie sepa adonde le han conducido, abrirá vuestro techo, y por lo tanto, el entarimado de la señorita de La Valliére.

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Saint-Aignan como deslumbrado.

-¿Qué tal? -dijo Malicorne.

-La idea me parece muy audaz, señor.

-Pues yo os aseguro que al rey le parecerá bien trivial.

-Los enamorados jamás reflexionan en el peligro.

-¿Y qué peligro teméis, señor conde?

-Que semejante perforación haga un ruido enorme que resuene en todo el palacio.

-¡Oh señor conde! Estoy seguro de que el obrero que puedo enviaros hará la obra sin ruido. Aserrará un cuadrilátero de seis pies con una sierra guarnecido de estopa, y nadie sospechará que esté trabajando.

-¿Sabéis, señor Malicorne, que me dejáis atónito con vuestro proyecto?

-Pues escuchad todavía -prosiguió tranquilamente Malicorne-: en el cuarto cuyo techo habéis perforado... ¿estáis?...

-Sí.

-Colocaréis una escalera que permita a la señorita Luisa de La Valliére bajar a vuestro cuarto, o al rey subir al de la señorita de La Valliére.

-Pero se verá esa escalera.

-No, pues podrá ocultarse por medio de un tabique, en el que pondréis una tapicería igual a la del resto de la habitación, y en el cuarto de la señorita de La Valliére desaparecerá bajo una trampa, que será el suelo mismo, y se abrirá de bajo de la cama.

-En efecto -dijo Saint-Aignan, cuyos ojos principiaban ya a animarse.

-Ahora, señor conde, no necesito decir que el rey irá con frecuencia a un cuarto que tenga semejante escalera. Creo que al señor Dangeau le agradará mi idea, y voy a proponérsela.

-¡Ah, querido señor Malicorne! -exclamó Saint-Aignan-. Olvidáis que es a mí a quien habéis hablado primero, y que, por consiguiente, tengo derechos de prioridad.

-¿Queréis la preferencia?

-¡Vaya si la quiero! ¡Ya lo creo!

-El hecho es, señor de Saint-Aignan, que os doy en este plano un cordón para la primera promoción, y quizá, quizá algún buen ducado.

-A lo menos -contestó Saint-Aignan rebosando de gozo-, es ésta una ocasión de manifestar al rey que puede llamarme con razón su amigo, ocasión que os deberé a vos, mi estimado señor Malicorne.

-¿No me olvidaréis? -preguntó Malicorne sonriendo.

-Me gloriaré siempre de ello, señor.

-Yo, señor, no soy el amigo del rey, soy su servidor.

-Sí, y, si pensáis que esa escalera puede proporcionarme un cordón azul, también yo creo que os pueda valer un título de nobleza. Malicorne se inclinó.

-Conque ahora sólo falta hacer la mudanza -añadió Saint-Aignan.

-No creo que el rey ponga ningún obstáculo; pedidle el permiso.

-Ahora mismo voy a su habitación.

-Y yo a buscar al obrero que necesitamos.

-¿Cuándo vendrá?

-Esta noche.

-No olvidéis las precauciones.

-Os lo enviaré con los ojos vendados.

-Y yo, os enviaré una de mis carrozas.

-Sin escudo de armas.

-Y con un lacayo sin librea.

-Muy bien, señor conde.

-¿Y La Valliére?

-¿Cómo?

-¿Qué dirá La Valliére, al ver la obra?

-Os aseguro que le interesará mucho.

-Lo creo.

-Y hasta me atrevo a decir que, si el rey no tiene la audacia de subir a su cuarto, tendrá ella la curiosidad de bajar.

-Esperemos -dijo Saint-Aignan.

-Sí, esperemos, señor conde - repitió Malicorne.

-Me voy a ver al rey.

-Hacéis muy bien.

-¿A qué hora vendrá el carpintero?

-A las ocho.

-¿Y cuánto tiempo suponéis que necesite para perforar su cuadrilátero?

-Dos horas, poco más o menos; pero es necesario concederle tiempo para dar la última mano, y que todo quede bien. Una noche y parte de la mañana siguiente: hay que contar dos días con la colocación de la escalera.

-Dos días es mucho tiempo.

-¡Pardiez! Cuando se trata de abrir una puerta al paraíso, es preciso, por lo menos, que esa puerta sea decente.

-Tenéis razón; de modo que hasta luego, señor Malicorne. Para pasado mañana por la tarde tendré dispuesta la mudanza.

XL
EL PASEO A LA LUZ DE LAS ANTORCHAS

Entusiasmado Saint-Aignan con lo que acababa de oír, y encantado de lo que columbraba, se encaminó a las dos cámaras de Guiche. El favorito, que un cuarto de hora antes no hubiese dado sus dos aposentos por un millón, se hallaba dispuesto a comprar por un millón, si se le hubiesen pedido, las dos bienaventuradas cámaras que ahora ambicionaba.

Pero no encontró grandes exigencias. El señor de Guiche no sabía aún cuál sería su alojamiento, y se hallaba además en bastante mal estado para ocuparse de semejante cosa.

Saint-Aignan se quedó, pues, con las dos habitaciones de Guiche. El señor Dangeau, por su parte, obtuvo los dos aposentos de Saint-Aignan, mediante un alboroque de seis mil libras al intendente del conde, y le pareció haber hecho un gran negocio.

Las dos cámaras de Dangeau quedaron destinadas para Guiche, sin que podamos asegurar que en aquella mudanza general fueran ésas las habitaciones que habría de ocupar Guiche definitivamente.

Respecto al señor Dangeau, su alegría era tal, que ni siquiera se le ocurrió sospechar que Saint-Aignan tuviese un interés particular en mudarse.

Una hora después de haber tomado Saint-Aignan tal resolución, se hallaba ya en posesión de su nueva morada. Diez minutos después de estar Saint-Aignan en posesión de su nueva morada, Malicorne entraba en ella escoltado de los tapiceros.

Mientras esto pasaba, Luis preguntaba por Saint-Aignan; iban al aposento de Saint-Aignan, y hallaban a Dangeau; enviaba Dangeau a los emisarios al cuarto de Guiche, y hallaban al fin a Saint-Aignan.

Pero esto no pudo evitar cierto retraso; de suerte que el rey había hecho ya dos o tres movimientos de impaciencia cuando Saint-Aignan entró desolado en la cámara de su amo.

-¿Conque tú también me abandonas? -dijo el rey en el mismo tono lastimero con que dieciocho siglos antes debió César decir el Tuquoque.

-Majestad -contestó Saint-Aignan-; no abandono al rey; no hago más que ocuparme de mi mudanza.

-¿De qué mudanza? Yo creía que la habíais concluido hace tres días.

-Sí, Majestad; pero me encuentro mal donde estoy, y me mudo enfrente.

-¡Cuando yo decía que tú también me abandonabas! -exclamó el rey-. Esto pasa ya de la raya. Encuentro una mujer por quien se interesa mi corazón, y toda mi familia se conjura para arrancármela, y el único amigo a quien confiaba mis penas y me ayudaba a sufrirlas, se cansa de mis lamentaciones, y me abandona sin pedirme siquiera permiso.

Saint-Aignan se echó a reír. Luis adivinó que se ocultaba algún misterio en aquella falta de respeto.

-¿Qué sucede? -preguntó lleno de esperanza.

-Sucede, Majestad, que ese amigo, tan calumniado por el rey, va a tratar de devolverle la dicha que ha perdido.

-¿Vas a proporcionarme el ver a La Valliére? -murmuró Luis XIV.

-Majestad, no respondo todavía de ello, pero...

-Pero ¿qué?

-Pero confío en que sí.

-¡Oh! ¿Y cómo?... Dímelo, Saint-Aignan. Quiero conocer tu proyecto, ayudarte en él con todas mis fuerzas.

-Majestad -contestó Saint-Aignan-: ni aun yo mismo sé todavía cómo me compondré para conseguir el objeto; pero todo me hace creer que desde mañana...

-¿Dices mañana?

-Sí, Majestad.

-¡Qué felicidad, Saint-Aignan! ¿Pero para qué te mudas?

-A fin de serviros mejor. -¿Y en qué puedes servirme mejor mudando de habitación?

-¿Sabéis dónde están situadas las dos cámaras que se le destinan al conde de Guiche?

-Sí.

-Entonces, ya sabéis adonde voy.

-Bien; pero eso nada me dice.

-¡Cómo! ¿No comprendéis, Majestad, que encima de ese alojamiento hay dos cuartos?

-¿Cuáles?

-Uno el de la señorita de Montalais, y otro...

-¡Otro el de la señorita de La Valliére, Saint-Aignan!

-Así es, Majestad.

-¡Oh Saint-Aignan, es verdad, sí, es verdad! Ha sido una idea feliz, una idea de amigo, de poeta, y al acercarme a ella cuando todo el mundo se empeña en separarnos, vales para mí mas que Pilades para Orestes, más que Patroclo para Aquiles.

-Si Vuestra Majestad conociese mis proyectos en toda su extensión -dijo Saint-Aignan con una sonrisa-, dudo que continuara dándome calificaciones tan pomposas. ¡Ah, Majestad! Conozco otras mucho más triviales que algunos puritanos de la Corte no harán escrúpulo en aplicarme cuando sepan lo que pienso hacer por Vuestra Majestad.

-Saint-Aignan, mira que muero de impaciencia; Saint-Aignan, mira que me consumo; Saint-Aignan, mira que no podré esperar hasta mañana... ¡Mañana! ¡Pero si mañana es una eternidad!

-Con todo, Majestad, si lo tenéis a bien, vais a salir ahora mismo y a distraer esa impaciencia con un buen paseo.

-Contigo, bueno; hablaremos de tus proyectos; hablaremos de ella.

-No, Majestad; yo me quedo.

-¿Con quién, pues, he de salir?

-Con las damas.

-¡Ah, no, Saint-Aignan!

-Majestad, es necesario.

-¡No, no! ¡Repito que no! No quiero exponerme más a ese horrible suplicio de estar a dos pasos de ella, verla, rozar su vestido al pasar y no decirle una palabra. No, renuncio a este suplicio que tú crees una dicha y que no es más que un tormento que me abrasa los ojos, devora mis manos y me despedaza el corazón; verla en presencia de todos los extraños, y no decirle que la amo, cuando todo mi ser le manifiesta ese amor y me vende a los ojos de todos. No, me he jurado a mí mismo que no lo volvería a hacer, y cumpliré mi juramento.

-No obstante, Majestad, escuchad lo que os voy a decir. -Nada quiero, oír, Saint-Aignan.

-En ese caso, continuaré. Es urgente, señor, comprendedlo bien, es urgente, de toda urgencia, que Madame y sus camaristas se ausenten dos horas de vuestro domicilio.

-Me tienes confuso, Saint-Aignan.

-Muy duro me es mandar a mi rey; mas, en esta ocasión, mando, Majestad; es preciso una cacería o un paseo.

-¡Pero. esa cacería, ese paseó, sería un capricho, una extravagancia!

Al manifestar semejantes impaciencias no hago otra cosa que descubrir a toda mi Corte un corazón que no es dueño de sí propio.

-¿No dicen ya que sueño con la conquista del mundo, pero que antes habré de principiar por hacer la de mí mismo?

-Los que dicen eso, Majestad, son unos impertinentes y unos facciosos; pero sean quienes sean, si Vuestra Majestad prefiere escucharlos, nada tengo que decir. Así, el día de mañana queda aplazado para época indeterminada.

-Saint-Aignan, saldré esta no che... Iré a dormir a Saint-Germain a la luz de las antorchas; almorzaré allí mañana, y regresaré a París a cosa de las tres. ¿Está así bien?

-Perfectamente.

-Entonces, saldré a las ocho de la noche.

-Esa es la hora que más conviene.

-¿Y no quieres decirme nada?

-Es que no puedo decirlo. La maña sirve para algo en este mundo, señor; sin embargo, la casualidad representa en ella tan gran papel, que tengo por costumbre dejarle siempre la parte más estrecha, en la seguridad de que ya hará por tomar la más ancha.

-Sea lo que quiera, a ti me entrego.

-Y hacéis bien.

Confortado con su suerte, el rey se fue a ver a Madame, a quien anunció el paseo proyectado.

Madame creyó al punto ver, en aquel paseo improvisado, una conspiración del rey para hablar con La Valliére, ya fuese en el camino, a favor de la obscuridad, ya de cualquier otro modo; pero se guardó muy bien de manifestar nada a su cuñado, y aceptó la invitación con la sonrisa en los labios.

En seguida, dio, en voz alta, órdenes para que la acompañasen sus camaristas, reservándose hacer por la noche lo que pareciese más propio para contrariar los amores de Su Majestad...

Luego que se vio sola, y que el pobre amante que dio aquella orden pudo creer que La Valliére sería de la partida, en el momento quizá en que se deleitaba en su interior con esa triste felicidad de los amantes perseguidos, que consiste en realizar por medio de la vista todos los goces de la posesión vedada, en aquel instante mismo decía Madame a sus camaristas:

-Con dos señoritas tendré bastante esta noche: la señorita de Tonnay-Charente y la señorita de Montalais.

La Valliére había previsto el golpe, y, de consiguiente, no le cogió de sorpresa. La persecución la había hecho fuerte, y no dio a Madame el placer de ver en su rostro la impresión del golpe que recibía en el corazón.

Por el contrario, sonriendo con aquella inefable dulzura que daba un carácter angelical a su fisonomía, preguntó:

-Así, señora, ¿esta noche estoy libre?

-Sí.

-Me aprovecharé de ello para adelantar el bordado que llamó la atención de Vuestra Alteza Real, y que tuve el honor de ofrecerle.

Y, haciendo una respetuosa reverencia, se retiró a su cuarto. Las señoritas de Montalais y de Tonnay-Charente hicieron otro tanto.

La noticia del paseo salió con ellas de la habitación de Madame y se difundió por todo el palacio. Diez minutos después sabía Malicorne la resolución de Madame, y hacía pasar por debajo de la puerta de Montalais un billete concebido en estos términos:

"Es preciso que L. V. pase la noche con Madame."

Montalais, según lo acordado, principió por quemar el papel, y se puso después a reflexionar.

Montalais era muchacha de recursos, y no tardó en fijarse su plan. A la hora en que debía ir a reunirse con Madame, es decir, a cosa de las cinco, atravesó el patio a todo correr, y al llegar a diez pasos de un grupo de oficiales dio un grito, cayó graciosamente sobre una rodilla, se levantó, y continuó su camino, pero cojeando.

Los gentileshombres corrieron hacia ella para sostenerla. Montalais se había torcido un pie, pero no por eso dejó de subir al cuarto de Madame, en cumplimiento de su deber.

-¿Qué os ha pasado, que venís cojeando? -le preguntó aquélla-. Os había tomado por La Valliére.

Montalais refirió que, habiendo echado a correr por llegar más pronto, habíase torcido un pie.

Madame manifestó un gran sentimiento y quiso que se llamara al punto a un cirujano.

Pero Montalais, asegurando que el accidente no ofrecía la menor gravedad:

-Señora -prosiguió-, lo que siento es tener que faltar al servicio, y habría rogado a la señorita de La Valliére que me reemplazase cerca de Vuestra Alteza...

Madame frunció el ceño.

-Pero no lo he hecho -repuso Montalais.

-¿Y por qué? -preguntó Madame.

-Porque la pobre La Valliére parecía tan satisfecha de tener toda una noche libre, que no me sentí con valor para invitarle a que me reemplazase en el servicio.

-¿Conque tan alegre está? -dijo Madame, a quien sorprendieron aquellas palabras.

-¡Oh, en extremo! Figuráos que, a pesar de su melancolía habitual, la encontré cantando. Además, Vuestra Alteza no ignora que La Valliére detesta el mundo, y que su carácter es algo agreste.

"¡Oh, oh! -pensó Madame-. Esa gran alegría no la considero natural."

-Ya ha hecho sus preparativos -continuó Montalais-, para comer en su cuarto a solas con uno de sus libros favoritos. Además, Vuestra Alteza tiene otras seis señoritas que se tendrán por muy felices en acompañarla, así es que ni siquiera he hecho mi proposición a la señorita de La Valliére.

Madame calló.

-¿He hecho bien? -prosiguió

Montalais con una ligera opresión de corazón, viendo lo mal que le salía aquella estratagema de guerra, con cuyo éxito había contado tan completamente que no había creído preciso buscar otra-. ¿Aprueba Madame? -añadió.

Madame pensaba que, durante la noche, podría muy bien el rey salir de Saint-Germain, y que, como no hay más que cuatro leguas y media de París a dicho punto, podría ponerse en París en una hora.

-Decidme -dijo al fin-, y al veros La Valliére lastimada, ¿os ha brindado al menos con su compañía?

-Todavía no sabe mi accidente, pero aun cuando lo supiera, es bien cierto que no le pediría nada que la pudiera incomodar en sus proyectos. Me parece que quiere realizar esta noche, por sí sola, la misma diversión que el difunto rey, cuando decía al señor de Saint-Mars: "Aburrámonos bien, señor de Saint-Mars; aburrámonos bien".

Madame llegó a persuadirse de que aquel ardiente deseo de soledad encubría algún misterio amoroso, y ese misterio no podía ser otro que el regreso nocturno de Luis. Sin duda, La Valliére debía estar avisada ya de este regreso, y de ahí nacía su alegría por quedarse en el Palais-Royal aquella noche.

Era todo un plan combinado de antemano.

"No me dejaré engañar", se dijo. Y tomó una decisión.

-Señorita de Montalais -dijo-, id a avisar a vuestra amiga, la señorita de La Valliére, que siento mucho turbar sus proyectos de soledad; pero que, en lugar de aburrirse sola en su cuarto, como deseaba, vendrá a aburrirse con nosotras en Saint-Germain.

-¡Pobre La Valliére! -murmuró Montalais con aire compungido, pero gozosa interiormente-. ¿No habría medio, señora, de que Vuestra Alteza...?

-Silencio -ordenó Madame-; así lo quiero. Prefiero la compañía de la señorita La Baume Le Blanc a la de todas las demás. Id a decirle que venga, y no descuidés vuestra pierna.

Montalais no se hizo repetir la orden. Volvió a su cuarto, escribió su respuesta a Malicorne, y la deslizó por debajo de la alfombra.

Irá, decía esa respuesta.

Una espartana no hubiese escrito con mayor laconismo.

"De ese modo -pensaba Madame-, por el camino no la pierdo de vista; durante la noche dormirá a mi lado, y bien astuto ha de ser Su Majestad si consigue cambiar la menor palabra con la señorita de La Valliére."

La Valliére recibió la orden de marchar con la misma dulzura indiferente con que había recibido la de quedarse.

Muy viva fue, sin embargo, su alegría interior, y miró aquel cambio de resolución de la princesa como un consuelo que la enviaba la Providencia.

Su penetración, muy inferior a la de Madame, le hacía atribuirlo todo a la casualidad.

En tanto que todo el mundo, a excepción de los que estaban en desgracia, enfermos o con torceduras de pie, se dirigía a Saint-Germain, hacía Malicorne subir a su obrero en la carroza del señor de Saint-Germain, y conducíale a la cámara correspondiente a la de la señorita de La Valliére.

Aquel hombre se dedicó al trabajo, espoleado por la espléndida recompensa prometida.

Como que se habían tomado del taller de los ingenieros de la casa del rey las mejores herramientas, y, entre otras, una de esas sierras finísimas que cortan en el agua los maderos de encina, duros como el hierro, la obra adelantó rápidamente, y muy pronto un trozo cuadrado del techo, elegido entre dos viguetas, cayó en los brazos de Saint-Aignan, de Malicorne, del obrero y de un criado de confianza, personaje venido al mundo para ver y oír todo, y no repetir nada.

En virtud de un nuevo plan indicado por Malicorne, se practicó la abertura en uno de los ángulos.

La razón era ésta.

Como en el cuarto de La Valliére no había gabinete tocador, había pedido y obtenido, aquella misma mañana, un gran biombo destinado a hacer las veces dé tabique, el cual era más que suficiente para ocultar la abertura. Además, debía disimularse ésta por todos los medios que suministrara el arte de la ebanistería.

Hecha la abertura, se deslizó el obrero entre las vigas y se halló en el cuarto de La Valliére.

Luego que estuvo allí, aserró el entarimado en forma de cuadrilátero, y con las tablas mismas de él hizo una trampa, tan perfectamente adaptada a la abertura, que el ojo más experimentado no podía ver allí más que los intersticios naturales de la soldadura del suelo.

Malicorne todo lo había previsto, y así fue que a aquella tabla acomodáronse un botón y dos bisagras, comprados de antemano.

También había comprado el industrioso Malicorne, por dos libras, una de esas escaleritas de caracol; que principiaban ya a ponerse en los entresuelos.

Era más alta de lo necesario, pero el carpintero le quitó algunos escalones y la dejó a la medida exacta.

Aquella escalera, destinada a recibir un peso tan ilustre, fue fijada a la pared con dos escarpias.

En cuanto a su base, quedó sujeta sobre el suelo mismo del cuarto del conde con dos tornillos; de modo que el rey y todo su consejo habría podido subir y bajar aquella escalera sin ningún temor.

Los martillazos que se daban caían sobre una almohadilla de estopas, y las limas que se empleaban tenían el mango envuelto en lana y la hoja mojada en aceite.

Además, el trabajo que exigía más ruido había sido hecho durante la noche y la madrugada; esto es, durante la ausencia de La Valliére y de Madame.

Cuando a eso de las dos volvió la Corte al Palais-Royal, La Valliére entró en su cuarto. Todo estaba en su sitio, y no había la menor partícula de serrín, ni la más pequeña viruta que pudiera revelar la violación de domicilio.

Solamente Saint-Aignan, que había querido auxiliar la operación, tenía destrozados sus dedos y la camisa, y había sudado mucho por servir a su rey.

La palma de la mano, especialmente, la tenía cubierta de ampollas, y esas ampollas habían provenido de tener la escalera a Malicorne.

Por otra parte, había ido llevando uno a uno los cinco trozos de que se componía la escalera, formado cada cual de dos escalones. En fin, preciso es decirlo, si el rey le hubiese visto trabajar con tanto afán en aquella operación, hubiérale jurado un reconocimiento eterno.

Según había previsto Malicorne, el hombre de las medidas exactas, el obrero concluyó sus operaciones en veinticuatro horas, recibió veinticuatro luises, y se marchó lleno de júbilo. Era tanto como lo que solía ganar en seis meses.

Nadie tuvo la menor sospecha de lo que había pasado debajo del cuarto de la señorita de La Valliére.

Pero, en la noche del segundo día, en el instante en que ésta se retiraba de la tertulia de Madame y entraba en su cuarto, oyó un ligero ruido.

Detúvose sobresaltada y se puso a mirar de dónde salía. El ruido se oyó de nuevo.

-¿Quién está ahí? -preguntó con ligero acento de espanto.

-Yo contestó la voz tan conocida del rey.

-¡Vos, vos! -exclamó la joven, que se creyó por un momento bajo el imperio de un sueño-. ¿Pero en dónde estáis, Majestad!

-Aquí -respondió el rey, apartando una de las hojas del biombo y apareciendo como una sombra en el fondo del cuarto.

La Valliére lanzó un grito y se dejó caer toda trémula sobre un sillón.

XLI
LA APARICIÓN

La Valliére se recobró muy pronto de su sorpresa; a fuerza de, mostrarse respetuoso, el rey le inspiraba con su presencia más confianza de la que su aparición le había hecho perder.

Pero, viendo que lo que principalmente alarmaba a La Valliére era el modo como había penetrado en su cuarto, le explicó el sistema de la escalera oculta por el biombo procurando persuadirla sobre todo de que su aparición no tenía nada de sobrenatural.

-¡Oh Majestad! -le dijo La Valliére meneando su hermosa cabeza con una encantadora sonrisa-. Presente o ausente, vuestra imagen no se aparta nunca de mi imaginación.

-¿Eso qué quiere decir, Luisa?

-¡Oh! Lo que sabéis perfectamente, Majestad; que no hay momento en que la pobre muchacha, cuyo secreto sorprendisteis en Fontainebleau, y a quien arrancasteis del pie de la cruz, no piense en vos.

-Luisa, me colmáis de alegría y de felicidad.

La Valliére sonrió tristemente, y continuó:

-¿Pero habéis meditado, Majestad, que vuestra ingeniosa invención no puede sernos de ninguna utilidad?

-¿Y por qué, Luisa?...

-Porque este cuarto no está al abrigo de miradas extrañas. Madame puede venir por casualidad, y a cada paso entran aquí mis compañeras.

Cerrar la puerta por dentro es denunciarme tan claramente como si escribiese encima: "No entréis, que se halla aquí el rey." Y, aun ahora mismo, es muy fácil que se abra la puerta y sorprendan a Vuestra Majestad a mi lado.

-Entonces -prosiguió riendo Luis-, sí que me tomarían por un verdadero fantasma; porque nadie puede decir por dónde he entrado en este cuarto, y sólo a los fantasmas les es concedido pasar a través de las paredes o de los techos.

-¡Oh, qué aventura, Majestad! ¡Meditad bien el escándalo que se armaría! Nunca se habría dicho una cosa semejante respecto de las camaristas, pobres criaturas, a quienes la maledicencia no perdona la menor cosa.

-¿Y qué deducís de todo eso, querida Luisa?... Vamos, explicaos.

-Que es preciso... ¡ay!... perdonad, Majestad, la rudeza de la palabra...

El rey sonrió.

-Continuad -dijo.

-Que es preciso que Vuestra Majestad suprima escalera, trampa y visitas; porque el mal de que nos sorprendan, sería mayor que la felicidad de vernos aquí.

-Pues bien, querida Luisa -replicó el rey amorosamente-; en lugar de suprimir la escalera por la que he subido, hay un medio más sencillo en que no habéis pensado.

-¿Un medio?

-Sí... ¡Oh Luisa! no me amáis como yo os amo, puesto que se me ocurren a mí más recursos que a vos.

La Valliére le miró, y Luis le tendió una mano, que ella estrechó dulcemente.

-Decís -prosiguió el rey- que pueden sorprenderme viniendo aquí adonde cualquiera puede entrar.

-Sólo el oírlo me hace estremecer.

-Pues bien, nadie podrá sorprendernos si queréis bajar a la habitación que cae debajo de ésta.

-¡Majestad! ¡Majestad! ¿Qué estáis diciendo? -exclamó La Valliére asustada.

-Me habéis comprendido mal, Luisa, puesto que a la primera palabra estáis ya asustada. En primer lugar, ¿sabéis a quién pertenece la habitación de abajo?

-Al señor conde de Guiche. -No; al señor de Saint-Aignan.

-¡De veras! -exclamó La Valliére.

Y esta palabra, escapada del corazón alborozado de la joven, hizo brillar como una especie de relámpago de dulce presagio en el corazón de Luis.

-Sí, a Saint-Aignan, a nuestro amigo.

-Pero, Majestad -prosiguió La Valliére-, tan vedado me está ir al cuarto del señor de Saint-Aignan como al del conde de Guiche aventuró el ángel convertido en mujer.

-¿Por qué no podéis, Luisa?

-¡Imposible! ¡Imposible!

-Me parece, Luisa, que con la salvaguardia del rey todo se puede.

-¿Con la salvaguardia del rey? -dijo Luisa con una mirada llena de amor.

-Supongo que creeréis en mi palabra, ¿no es así?

-Creo en ella cuando estáis lejos de mí; pero, cuando estáis en mi presencia, cuando me habláis, cuando os veo, no creo ya en nada.

-¿Qué es necesario, pues. para tranquilizaros?

-Conozco que es poco respetuoso el dudar así del rey; pero vos no sois para mí el rey.

-¡Oh! A Dios gracias, eso es lo que espero, y eso es lo que busco.

-Escuchad: ¿os tranquilizará la presencia de una tercera persona?¿La presencia del señor de Saint-Aignan?

-Sí.

-Verdaderamente, Luisa, me desgarráis el corazón con semejantes recelos.

La Valliére no replicó; pero dirigió al rey una de esas miradas que penetran hasta el fondo de los corazones, y dijo muy bajo:

-¡Ay! ¡Ay de mí! No es de vos de quien yo desconfío; no es de vos de quien recelo.

-Acepto, pues -dijo suspirando Luis-, y os prometo que el señor de Saint-Aignan, que tiene el feliz privilegio de tranquilizaros, estará presente siempre en nuestras entrevistas.

-¿De veras, Majestad?

-¡Palabra de hidalgo! Y vos, por vuestra parte...

-Aguardar, aún no está dicho todo.

-¿Aún más, Luisa?

-¡Oh! Sí, Majestad; no os canséis tan pronto, pues aún no hemos terminado.

-Vamos, acabad de traspasarme el corazón.

-Ya comprendéis, Majestad, que tales entrevistas deben tener una especie de motivo razonable a los ojos mismos del señor de Saint-Aignan.

-¡Motivo razonable! -repitió el rey con tono de dulce reconvención.

-Sin duda; reflexionadlo bien, Majestad.

-¡Oh! Sois delicada en extremo, y podéis estar cierta de que mi único deseo es igualaros en este punto... Bien, Luisa, se hará como deseáis.

Nuestras entrevistas tendrán un objeto razonable, y ya he encontrado ese objeto.

-De modo, Majestad... -dijo sonriendo La Valliére.

-Que desde mañana, si queréis...

-¿Desde mañana?

-¿Queréis decir que es demasiado tarde? -exclamó el rey estrechando entre las suyas la mano ardorosa de La Valliére.

En aquel momento oyóse ruido de pasos en el corredor.

-Majestad, Majestad -exclamó La Valliére-, alguien se acerca, alguien viene. ¿Lo oís? Majestad, Majestad, os ruego que os marchéis. El rey no hizo más que dar un salto desde su asiento para quedar oculto detrás del biombo.

Tiempo era ya de hacerlo, porque no bien el rey acababa de tirar hacia sí una de las hojas, cuando giró el botón de la puerta, y se presentó Montalais en el umbral.

Excusamos decir que entró tranquilamente y sin la menor ceremonia. La muy ladina sabía perfectamente que llamar con precaución a aquella puerta, en vez de empujarla, era manifestar a la joven una desconfianza que le haría poco favor.

Entró, pues, y después de una rápida mirada que le permitió ver dos sillas muy juntas, invirtió tanto tiempo en volver a cerrar la puerta, que se resistía sin saberse por qué, que el rey tuvo lugar para levantar la trampa y bajar a la habitación de Saint-Aignan.

Un ruido, imperceptible para cualquiera otro oído no tan fino como el suyo, le advirtió que el príncipe había desaparecido; logró entonces cerrar la rebelde puerta, y se acercó a La Valliére.

-Luisa -le dijo-; hablemos un momento seriamente.

Luisa, entregada a su emoción, no oyó sin cierto terror aquel seriamente, pronunciado por Montalais con marcada intención.

-¡Dios mío, querida Aura! -exclamó-. ¿Qué novedad ha ocurrido?

-Sucede, querida mía, que Madame sospecha de todo.

-¿De todo qué?

-¿Habrá necesidad de explicarnos aún, Luisa? ¿No comprendes lo que quiero decir? Vamos, ya habrás observado la irresolución que manifiesta Madame hace algunos días, y no puede menos de haberte chocado que te haya traído a su lado y después te haya despedido, y luego te haya vuelto a admitir.

-Extraño, es, en efecto, pero ya estoy acostumbrada a estas rarezas.

-Oye, todavía: también te habrá extrañado que Madame, después de haberte excluido del paseo de ayer, te mandara luego que le acompañases.

-También me ha extrañado. -Pues bien, parece que Madame ha logrado adquirir datos suficientes, pues ha ido directamente al objeto, conociendo que nada puede oponer en Francia a ese torrente que todo lo arrolla; ya comprenderás lo que quiero decir con la palabra torrente.

La Valliére ocultó el rostro entre las manos.

-Quiero decir -continuó la inflexible Montalais-, ese torrente que ha derribado las puertas de las Carmelitas de Chaillot, y echado por tierra todos los miramientos de la Corte, así en Fontainebleau como en París.

-¡Ay! ¡Ay de mí! -murmuró La Valliére, derramando abundantes lágrimas.

-No te aflijas de ese modo, cuando sólo te hallas todavía a la mitad de tus penas.

-¡Dios santo! -exclamó la joven con ansiedad-. ¿Hay más? -Oye y lo sabrás. Viéndose Madame sin auxiliares en Francia, después de haber puesto inútilmente en juego el influjo de las dos reinas, de Monsieur y de toda la Corte, acordóse de cierta persona que parece tener sobre ti algunos derechos.

La Valliére se puso blanca como una estatua de cera.

-Esa persona -prosiguió Montalais- no se halla en París en este momento.

-¡Oh Dios mío! -murmuró Luisa.

-Y si no me equivoco, debe estar en Inglaterra.

-Sí -suspiró Luisa medio desfallecida.

-¿No está actualmente esa persona en la corte del rey Carlos II?

-Sí.

-Pues bien, esta tarde ha salido del gabinete de Madame una carta para Saint-James, con orden al correo de marchar sin hacer parada alguna hasta Hampton-Corrt, que es, al parecer, un palacio real situado a doce millas de Londres.

-¿Y qué más?

-Ahora bien, como Madame acostumbra escribir cada quince días, y el correo ordinario marchó hace tres, he creído que sólo una grave circunstancia podía haberle hecho tomar la pluma. Ya sabes que Madame es demasiado perezosa para escribir.

-¡Oh! Sí.

-Pues bien, tengo motivos para creer que el objeto de esa carta es Luisa de La Valliére.

-¡Luisa de La Valliére! -repitió la infeliz joven con la docilidad de un autómata.

-Pude ver esa carta sobre la mesa de Madame antes de que la cerrase, y me pareció leer en ella. . .

-¿Te pareció leer?

-Quizá me haya engañado.

-¿Qué?. .. Vamos...

-El nombre de Bragelonne. La joven se levantó, dominada por la más dolorosa agitación.

-Montalais -dijo con voz interrumpida por los sollozos-, todas las gratas ilusiones de la juventud y de la inocencia han huido ya. Nada tengo que ocultar ni a ti ni a nadie, y mi vida se halla al descubierto, como un libro donde todo el mundo puede leer, desde el soberano hasta el último súbdito. Aura, mi querida Aura, ¿qué me aconsejas que haga?

Montalais se acercó a la joven.

-¿Qué quieres que te aconseje? -le dijo-. Consúltalo contigo misma.

-Pues bien, no amo al señor de Bragelonne, y no quiero decir con esto que no le ame como la hermana más tierna puede amar a un buen hermano; mas no es ese cariño el que él me pide, ni el que le he prometido.

-En fin, amas al rey -dijo Montalais-, y es disculpa bastante buena.

-Sí, amo al rey -dijo con sorda voz la joven-, y bien caro he pagado el derecho de pronunciar estas palabras. Ahora habla tú, Montalais, ¿qué puedes hacer en mi .provecho, o contra mí en la posición en que me hallo?

-Habla con más claridad, Luisa.

-¿Y qué quieres que te diga?

-¿Nada tienes que decirme de particular?

-No -replicó Luisa con extrañeza.

-¿Y no me pides otra cosa más que un simple consejo?

-Nada más.

-¿Respecto al señor Raúl?

-Sí.

-Asunto delicado es ése -dijo Montalais.

-No hay tal, querida Aura. ¿Deberé casarme con él para cumplirle la promesa que le tengo hecha? ¿He de seguir dando oídos al rey?

-¿Sabes que me pones en situación muy difícil? -exclamó sonriendo Montalais-. Me preguntas si debes casarte con Raúl, de quien soy amiga, y a quien causaré un mortal disgusto si me declaro en contra suya, y después me hablas de no escuchar al rey, cuya súbdita soy, y a quien ofendería aconsejándote de cierto modo. ¡Ay, Luisa! ¡Excelente partido sabes sacar de una posición dificilísima!

-No me has comprendido, amiga -dijo La Valliére, molesta por el tono burlón de Montalais-. Cuando hablo de casarme con el señor de Bragelonne, es porque considero poder hacerlo; pero, por la misma razón, si doy oídos al rey, ¿deberé hacerle usurpador de un bien, muy mediano realmente, pero al que presta el amor cierta apariencia de valor? Lo que te pido, pues, es que me indiques un medio de salir de compromisos, ya con uno, ya con otro; o más bien, que me digas cuál de ambos compromisos podré esquivar más honrosamente...

-Querida Luisa -contestó Montalais después de un momento de silencio-, no soy ninguno de los siete sabios de Grecia, y no tengo reglas de conducta absolutamente invariables; pero, en cambio, tengo alguna experiencia, y puedo decirte que jamás pide una mujer un consejo de la clase del tuyo sino en el caso de hallarse en gran apuro. Tú has hecho una promesa solemne, y tienes honor; de consiguiente, si, después de haber contraído un compromiso semejante, estás tan perpleja, no será el consejo de una persona extraña pues todo es extraño para un corazón lleno de amor), no será, digo, mi consejo el que te saque de tal apuro. No te lo daré, con tanto más motivo, cuanto que yo en tu lugar me hallaría más indecisa después del consejo que antes. Lo que puedo hacer es repetir lo que ya te he dicho: ¿Quieres que te ayude?

-¡Sí, sí!

-Pues bien, ni una palabra más. Dime en lo que quieres que te ayude; dime en favor de quién y contra quién te he de ayudar. De este modo sabremos lo que se ha de hacer.

-Pero tú -dijo La Valliére, estrechando la mano de su compañera-, ¿en favor de quién te declaras?

-En tu favor, si eres verdaderamente mi amiga...

-¿No eres la confidente de Madame?

-Razón de más para poderte ser provechosa; si nada supiese por este lado, mal podría auxiliarte; de consiguiente, poco provecho podrías sacar de mi conocimiento. Las amistades viven de esa especie de servicios mutuos.

-¿Y seguirás siendo amiga de Madame?

-Evidentemente; ¿lo lamentas? -No -contestó pensativa La Valliére, porque aquella cínica franqueza le parecía una ofensa a la mujer y un agravio a la amiga.

-Me alegro -dijo Montalais-, pues de lo contrario serías muy necia.

-Así, pues, ¿me auxiliarás? -Con todo mi corazón, sobre todo si tú me sirves del mismo modo.

-No parece sino que no conozcas mi corazón -dijo La Valliére, mirando a Montalais con ojos en que estaba retratada la sorpresa.

-No lo extrañes, querida Luisa; desde que estamos en la Corte hemos cambiado mucho.

-¿Por qué?

-Es muy sencillo: ¿eras tú la segunda reina de Francia, allá en Blois? La Valliére bajó la cabeza y se echó a llorar.

Montalais la miró de un modo indefinible, y sus labios murmuraron:

-¡Pobre chica! Pero, recobrándose:

-¡Pobre rey! -dijo.

Y, besando a Luisa en la frente, volvió a su cuarto donde la aguardaba Malicorne.

XLII
EL RETRATO

En esa enfermedad que llaman amor los accesos se suceden con más frecuencia unos a otros desde que el mal principia.

Más tarde, los accesos se van haciendo menos frecuentes a medida que se acerca la curación.

Supuesto esto como axioma en general, y como comienzo de capítulo en particular, sigamos nuestro relato.

Al día siguiente, que era el fijado por el rey para la primera entrevista en el cuarto de Saint-Aignan, al abrir La Valliére el biombo halló en el suelo un billete de puño y letra del rey.

Este billete había pasado del piso inferior al superior, por la rendija del entarimado. Ninguna mano indiscreta, ninguna mirada curiosa podía penetrar adonde penetraba aquel simple papel.

Era ésa una de las ideas de Malicorne. Conociendo lo útil que Saint-Aignan iba a ser al rey con su habitación, no había querido que el cortesano llegara a serle también indispensable como mensajero, y por su autoridad privada habíase reservado aquel puesto.

La Valliére leyó ávidamente aquel billete, que le señalaba las dos de la madrugada para el momento de la cita, y le señalaba el modo de levantar la trampa abierta en el suelo. "Mostraos linda" -añadía la postdata.

Estas últimas palabras sorprendieron a la joven, pero la calmaron al mismo tiempo.

El tiempo caminaba lentamente, pero al fin llegó la hora.

Luisa, tan puntual como la sacerdotisa Hero, levantó la trampa al sonar la última campanada de las dos, y encontró en los primeros escalones al rey, que la esperaba respetuosamente para darle la mano.

Aquella fina deferencia la enterneció visiblemente.

Al pie de la escalera encontraron ambos amantes al conde, el cual, con una sonrisa y una reverencia del mejor gusto, dio las gracias a La Valliére por el honor que le hacía.

Después, volviéndose hacia el rey: -Majestad -dijo-, ahí está nuestro hombre.

La Valliére miró a Luis con inquietud.

-Señorita -dijo éste-, si os he suplicado que me hicieseis el honor de bajar, ha sido por interés mío particular. He hecho llamar a un pintor notable, que saca perfectamente el parecido, y desearía que le autorizaseis para retrataros. Esto no obsta para que, si lo exigís, quede el retrato en vuestro poder.

La Valliére se ruborizó.

-Ya lo veis -dijo el rey-; no seremos ya sólo tres, sino cuatro. ¡Ay! Desde el momento en que no estemos solos, vendrán cuantas personas queráis.

La Valliére apretó dulcemente la punta de los dedos a su regio amante.

-Pasemos a la pieza inmediata, si Vuestra Majestad lo tiene a bien -dijo Saint-Aignan.

Éste abrió la puerta, y dejó pasar a sus huéspedes.

El rey seguía a La Valliére y devoraba con los ojos su cuello, blanco como el nácar, sobre el cual flotaban los sedosos rizos de la joven.

La Valliére llevaba un vestido de seda, de color gris perla con visos de rosa; un adorno de azabache realzaba la blancura de su cutis; sus manos, finas y diáfanas, ostentaban un ramillete de pensamientos, rosas de Bengala y ciemátides artísticamente enlazados, sobre los cuales se elevaba, como una copa derramando perfumes, un tulipán de Harlem de tonos grises y morados, maravillosa especie que había costado cinco años de combinaciones al jardinero y cinco mil libras al rey.

Aquel ramillete lo había puesto Luis en manos de La Valliére al tiempo de saludarla.

En la pieza, cuya puerta acababa de abrir Saint-Aignan, permanecía de pie un joven, de ojos negros y largos cabellos castaños, vestido con un sencillo traje de terciopelo.

Era el pintor, el cual tenía ya preparados el lienzo y la paleta.

Inclinóse delante de la señorita de La Valliére con esa grave curiosidad del artista que estudia su modelo, y saludó al rey discretamente, como si no le conociera, y, por lo, tanto, como hubiera saludado a cualquiera otro gentilhombre.

Luego, conduciendo a la señorita de La Valliére hasta el sillón preparado para ella, la invitó a sentarse.

La joven colocóse con gracia y abandono, teniendo en la mano el ramillete, y con las piernas extendidas sobre almohadones; y a fin de que sus miradas no apareciesen vagas o afectadas, le suplicó el pintor que las fijase en algún otro objeto.

Entonces Luis XIV, sonriendo, fue a sentarse sobre los almohadones, a los pies de su amante.

De modo que ella, inclinada hacia atrás, recostada en el sillón y con las flores en la mano, y él, con los ojos fijos en ella y devorándola con la mirada, formaban un grupo encantador que el pintor contempló unos minutos con satisfacción, mientras que, por su parte, Saint-Aignan lo contemplaba con envidia.

El artista bosquejó rápidamente; luego, a las primeras pinceladas, se vio resaltar del fondo gris aquel suave y poético rostro de ojos dulces y sonrojadas mejillas aprisionadas en su blonda cabellera.

Entretanto, los dos amantes hablaban poco y se miraban mucho; sus ojos a veces mostraban tal languidez, que el pintor se veía precisado a interrumpir su obra, a fin de no representar una Ericina en vez de una La Valliére.

Entonces acostumbraba intervenir Saint-Aignan, y recitaba versos o contaba historietas, cómo las que solía contar Patru, o como las que escribía con tanta habilidad Tallemant des Réaux.

O bien La Valliére mostraba hallarse fatigada, y había entonces un rato de descanso.

Unas veces una fuente de porcelana, cubierta de los más delicados frutos que se habían podido hallar, otras el vino de Jerez, destilando sus topacios en la plata cincelada, servían de accesorios a aquel cuadro, del que el pintor sólo debía reproducir la figura más efímera.

Luis se embriagaba de amor; La Valliére de felicidad; Saint-Aignan de ambición.

El artista atesoraba recuerdos para su vejez.

Pasáronse así dos horas, y cuando dieron las cuatro, se levantó el pintor e hizo una seña al rey.

El rey levantóse, se acercó al lienzo y dirigió algunas frases lisonjeras al artista.

Saint-Aignan alababa el parecido, que, según decía, estaba asegurado ya.

La Valliére dio las gracias al pintor, ruborizándose, y pasó a la pieza inmediata, adonde la siguió el rey después de llamar a Saint-Aignan.

-Hasta mañana, ¿no es cierto? -dijo el rey a La Valliére.

-Pero, Majestad, ¿no pensáis que pueden venir a mi cuarto y no hallarme en él?

-¿Y qué?

-¿Qué será de mí entonces? -Sois muy medrosa, Luisa.

-Pero, ¿y si Madame me envía a buscar?

-¡Oh! -contestó el rey-. ¿No ha de llegar un día en que me digáis vos misma que lo arrostre todo por no separarme de vos?

-Ese día, Majestad, seré una insensata, y deberíais no creerme.

-Luisa, hasta mañana.

La Valliére dio un suspiro, y luego, sintiéndose sin fuerzas para oponerse al deseo del rey:

-¡Ya que así lo queréis, Majestad... hasta mañana! -repitió. Y a estas palabras subió ligeramente la escalera, y desapareció de la vista de su amante.

-¿Qué decís, Majestad? -dijo Saint-Aignan, luego que se marchó la joven.

-Digo,. Saint-Aignan, que ayer me creía el más dichoso de los hombres.

-¿Y se creería hoy, por ventura, Vuestra Majestad, el mas desgraciado? -replicó sonriendo el conde.

-No, pero este amor es una sed insaciable: cuanto más bebo, cuanto más devoro las gotas de agua que tu industria me procura, más sed tengo.

-Parte de la culpa es de Vuestra Majestad, porque se ha creado la situación tal como es.

-Tienes razón.

-Por tanto, Majestad, el mejor medio de ser dichoso en semejante caso, es creerse satisfecho y esperar.

-¡Esperar! ¿Y conoces tú la palabra esperar?

-Ea, Majestad, no os desconsoléis; ya he buscado y buscaré todavía.

El rey meneó la cabeza con aire desesperado.

-¡Qué, Majestad! ¿No estáis ya satisfecho?

-Sí, querido Saint-Aignan, pero es necesario que e halles alguna cosa más.

-Majestad, lo único que puedo hacer es comprometerme a buscar. El rey quiso ver el retrato, ya que no podía ver el original, e indicando al pintor algunas ligeras variaciones se marchó.

En seguida, Saint-Aignan despidió al artista.

Apenas habían desaparecido caballete, colores y pintor, cuando Malicorne asomó la cabeza entre las cortinas.

Saint-Aignan le recibió con los brazos abiertos, pero con cierta tristeza, no obstante. La nube que había pasado por delante del sol real, velaba a su vez al fiel satélite. Malicorne advirtió al primer golpe de vista el crespón que cubría el rostro de Saint-Aignan.

-¡Ay, señor conde! -exclamó-. ¡No parece que estéis muy satisfecho!

-Mis motivos tengo, señor Malicorne. ¿Creeréis que el rey no está contento?

-¿No está contento con la escalera?

-¡Oh, no! Al contrario, la escalera le agrada muchísimo.

-Entonces, no habrá sido de su gusto la decoración de las cámaras.

-¡Ah! En cuanto a eso, ni siquiera ha reparado. No, lo que ha disgustado al rey...

-Yo os lo diré, señor conde: es haber asistido el cuarto a una cita amorosa. ¿Es posible que no lo hayáis comprendido, señor conde?

-¿Y cómo lo había de haber adivinado, señor Malicorne, cuando no he hecho más que seguir al pie de la letra las instrucciones del rey?

-¿Ha exigido absolutamente el rey que estuvieseis a su lado?

-Positivamente.

-¿Y quiso, además, que viniera el pintor que he encontrado abajo?

-Lo exigió, señor Malicorne, lo exigió.

-Entonces, comprendo, ¡pardiez!, que Su Majestad no haya estado contento.

-¿Cómo, después que se han obedecido puntualmente sus órdenes?

-No os entiendo.

Malicorne se rascó la cabeza.

-¿A qué hora -preguntó- dijo el rey que vendría a vuestra habitación?

-A las dos.

-¿Y estuvisteis esperando al rey?

-Desde la una y media.

-¿De veras?

-¡Pardiez! ¡Bueno fuera ser inexacto con el rey!

Malicorne, no obstante el respeto que profesaba al conde, no pudo menos de encogerse de hombros.

-¿Y había citado Su Majestad también a ese pintor para las dos? -preguntó.

-No; pero yo le tenía aquí des de medianoche, por que más vale que un pintor espere dos horas que el rey un minuto.

Malicorne echóse a reír silenciosamente.

-Vamos, querido señor Malicorne -dijo Saint-Aignan-, no os riáis tanto de mí, y hablad más.

-¿Lo exigís?

-Os lo ruego.

-Pues bien, señor conde, si queréis que el rey esté algo más contento la primera vez que venga...

-Que será mañana.

-Pues bien, si deseáis que el rey esté algo más contento mañana...

-Vientre de San Gris!, como decía su abuelo. ¿Si lo quiero? ¡Ya lo creo!

-Pues mañana, en el momento de llegar el rey, procurad tener algo que hacer fuera, que sea cosa que no pueda aplazarse, que sea indispensable.

-¡Oh, oh!

-Por veinte minutos solamente.

-¡Dejar al rey solo veinte minutos! -exclamó asustado Saint-Aignan.

-Pues hacer cuenta de que nada os he dicho -replicó Malicorne encaminándose hacia la puerta.

-No tal, no tal, querido señor Malicorne; al contrario, acabad, que ya empiezo a comprender. ¿Y el pintor, y el pintor?

-¡Oh! El pintor es necesario que se retrase media hora.

-Conque media hora, ¿eh?

-Sí.

-Mi querido señor, lo haré como decís.

-Yo creo que lo acertaréis, señor conde. ¿Me concedéis que venga a informarme mañana?

-Claro.

-Tengo el honor de ser vuestro respetuoso servidor, señor de Saint-Aignan.

Y Malicorne salió de espaldas. "Decididamente, ese mozo tiene más ingenio que yo", dijo para sí Saint-Aignan, arrastrado por su convicción.

XLIII
HAMPTON-COURT

La revelación que, como hemos visto en el penúltimo capítulo, hizo Montalais a La Valliére, nos conduce naturalmente a hablar del héroe principal de esta historia, infeliz caballero errante a merced del capricho del rey.

Si el lector quiere seguirnos, pasaremos con él ese estrecho más borrascoso que el Euripo, que separa a Calais de Douvres, atravesaremos la verde y poblada campiña de mil arroyuelos que rodea a Charing, Maidstone y otras ciudades a cual más pintoresca, y llegaremos por fin a Londres.

De allí, como sabuesos que siguen una pista, después que hayamos sabido que Raúl había estado primero en White-Hall y luego en Saint-James, que había sido recibido por Monk e introducido en las mejores reuniones de la corte de Carlos II, le seguiremos a uno de los palacios de verano del rey Carlos II, junto a la ciudad de Kingston, a Hampton-Court, palacio que baña el río Támesis.

Los paisajes extiéndense a su alrededor tranquilos y ricos de vegetación; las casas de ladrillo arrojan por sus chimeneas azuladas humaredas que atraviesan las copas espesas y apiñadas de los abetos amarillos y verdes; los muchachos aparecen y desaparecen en las praderas como amapolas que se doblan al soplo del viento.

Los grandes carneros rumian cerrando los ojos a la sombra de los álamos blancos, y de trecho en trecho, el martín pescador, de flancos de esmeralda y oro, corta como bala mágica la superficie del agua, rozando aturdidamente el hilo de su cofrade, el hombre pescador, que acecha, sentado sobre su batel, el paso de la tenca y del sábalo.

Sobre aquel paraíso, formado de negra sombra y de dulce luz, se levanta el palacio de Hampton Court, construido por Wolsey, mansión que el orgulloso cardenal había creído deseable hasta para un soberano, y que, como cortesano tímido, tuvo que dar a su amo Enrique VIII, el cual había fruncido el ceño de envidia y codicia con sólo ver el aspecto del nuevo palacio.

Hampton-Court, de murallas de ladrillo, de enormes ventanas y de hermosas verjas de hierro; Hampton-Court, con sus mil torrecillas, sus extraños campanarios, sus discretos paseos y sus fuentes interiores, semejantes a las de la Alhambra; Hamton-Court, lecho de rosas, jazmines y clemátidas. . . era alegría de la vista y del olfato, el realce más encantador de aquel cuadro de amor que ofreció Carlos II, entre las voluptuosas pinturas del Ticiano, del Pordedone, de Van-Dyck, no obstante tener en su galería el retrato de Carlos 1, rey mártir, y taladradas sus puertas y ventanas por las balas puritanas que arrojaron los soldados de Cromwell, el 24 de agosto de 1648, cuando llevaron allí preso a Carlos I.

Allí tenía su corte aquel rey ansioso siempre de placeres; aquel rey poeta por el deseo; aquel desventurado de otro tiempo, que se pagaba, con un día de voluptuosidad, cada minuto apenas pasado de agonía y de miseria.

Ni el suave césped de Hampton-Court, césped que al pisarlo parece terciopelo; ni el círculo de flores que se ciñe al pie de cada árbol, formando un lecho a los rosales de veinte pies que se abren al aire libre como gavillas artificiales; ni los grandes tilos cuyas ramas bajan hasta el suelo como sauces, y velan el amor y las ilusiones a su sombra, o más bien bajo su

cabellera; nada de eso era lo que amaba Carlos II en su hermoso palacio de Hampton Court.

Tal vez serían entonces aquellas hermosas aguas, semejantes a las del mar Caspio; aquellas aguas inmensas, rizadas por un viento fresco, como las ondulaciones de la cabellera de Cleopatra; aquellas aguas tapizadas de berros, de nenúfares bancos, de bulbos vigorosos, que se entreabren para dejar ver como el huevo el germen de oro rutilante en el fondo de la envoltura lechosa; aquellas aguas llenas de murmullos, sobre las cuales navegan los cisnes negros y los pequeños ánades, que persiguen a la mosca verde en las espadañas, y a la rana en su madriguera de musgo.

¿Serían acaso los enormes acebos de ramaje bicolor, los risueños puentes echados sobre los canales, las ciervas que braman en los paseos interminables, y las aguzanieves que revolotean en los arriates de boj y de trébol?

Porque de todo eso hay en Hampton-Court, más las espalderas de rosas blancas que reptan a lo largo de los altos enrejados para dejar caer sobre el suelo su odorífera nieve; como se ven en el parque los vetustos sicómoros de troncos verdegueantes que bañan sus pies en un poético y lujuriante moho.

No, lo que Carlos II amaba en Hampton-Court eran las sombras sorprendentes que después del mediodía se corrían sobre sus terrazas, cuando, como Luis XIV, había hecho pintar a las beldades en su gabinete por uno de los pincelas más hábiles de su tiempo, pinceles que sabían fijar en el lienzo un rayo escapado de tantos hermosos ojos que despedían amor.
El día en que llegamos a Hampton-Court, el cielo estaba apacible y sereno, como en un día de Francia; la temperatura era de una tibieza húmeda, y los geranios, los crecidos guisantes de olor, las jeringuillas y los heliotropos, sembrados a centenares en los jardines, exhalaban sus aromas embriagadores.

Era la una. El rey, después de volver de caza, había comido y visitado a la duquesa de Castelmaine, su querida de nombre, cuya prueba de fidelidad le permitía ya entregarse a su gusto a mil infidelidades hasta la noche.

Toda la Corte estaba entregada a las locuras de amor. Era aquella la época en que las damas preguntaban seriamente a los caballeros su opinión sobre tal o cual pie, más o menos gracioso, según estuviera calzado con media de seda color de rosa o verde.

Era la época en que Carlos 11 decía que no había salvación para una mujer que no llevase medias de seda verde, porque la señorita Lucy Stewart las gastaba de ese color.

En tanto que el rey se entretenía en dar a conocer sus preferencias, pasemos nosotros a la arboleda de hayas que daba frente al terrado, y por la que iba una joven dama, en traje de color severo, detrás de otra vestida de color lila y azul obscuro.

Atravesaron la terraza del jardín, en medio de la cual se elevaba una hermosa fuente con sirenas de bronce, y siguieron más allá conversando a lo largo de la tapia de ladrillo, de la que resaltaban en el parque varios gabinetes de diversas formas; pero, como aquellos gabinetes estaban en su

mayor parte ocupados, las jóvenes pasaron adelante: la una ruborizada, la otra meditando.

Llegaron, por último, al término de aquella terraza que dominaba todo el Támesis, y hallando un sitio cómodo se sentaron una al lado de otra.

-¿Adónde vamos, Stewart? - preguntó la más joven de las dos a su compañera.

-Mi querida Graffon, vamos, ya lo ves, a donde tú nos llevas.

-¿Yo?

-Sí, tú; al extremo del palacio, hacia el banco donde el joven francés espera y suspira.

Miss Mary Graffon se detuvo. -No -dijo a su compañera-; no voy allá.

-¿Por qué? -Regresemos, Stewart.

-Al contrario, sigamos adelante, y expliquémonos.

-¿Sobre qué?

-Sobre eso de ir el señor vizconde de Bragelonne a todos los paseos a que tú vas, y tú a los que va él.

-Y deduces de ahí que me ama, o que yo le amo.

-¿Por qué no? Es un joven muy gallardo... Creo que nadie nos oye - añadió miss Lucy Stewart, volviéndose con una sonrisa que indicaba no ser grande su inquietud.

-No, no -dijo Mary-; el rey se halla en su gabinete oval con el señor de Buckingham.

-A propósito del señor de Buckingham, Mary...

-¿Qué?

-Me parece que se ha declarado caballero tuyo desde su regreso de Francia. ¿Cómo va tu corazón por este lado?

Mary Graffton se encogió de hombros.

-¡Bueno, bueno! Ya se lo preguntaré al gallardo Bragelonne -dijo Stewart riendo-; vámonos a buscarle cuanto antes.

-¿Para qué?

-Tengo que hablarle.

-Aún no; escucha antes una palabra. Tú, Stewart, que sabes los secretillos del rey...

-¿Crees que los sepa?

-Si tú no los sabes, ignoro quién pueda saberlos. Dime, ¿a qué ha venido el señor de Bragelonne a Inglaterra? ¿Qué hace aquí?

-Lo que todo gentilhombre enviado por su rey á otro rey.

-Bien; pero, hablando seriamente, aunque la política no sea nuestro fuerte, sabemos lo bastante para comprender que el señor de Bragelonne no ha traído misión importante.

-Oye -dijo Stewart con afectada gravedad-; voy a vender en tu obsequio un secreto de Estado. ¿Quieres que te recite la carta de recomendación dada por el rey Luis XIV al señor de Bragelonne, y dirigida a Su Majestad el rey Carlos II?

-Sí, por cierto.

-Pues dice así: "Hermano mío, os envío a un gentilhombre de mi Corte, hijo de una persona a quien apreciáis. Tratadle bien, os lo ruego, y hacedle aficionarse a Inglaterra."

-¿Eso decía?

-En los mismos términos u otros parecidos. No respondo de la forma, pero sí del fondo.

-Bien: ¿y qué has inferido de ahí, o más bien qué ha inferido el rey?

-Que el rey de Francia tenía motivos para alejar al señor de Bragelonne, y casarlo ... en otra parte que no sea Francia.

-De modo que a consecuencia de esa carta...

-El rey Carlos 11 ha recibido al señor de Bragelonne, según ya sabes, espléndida y amistosamente, dándole la mejor habitación de White-Hall, y, como tú eres la dama más preciosa de su Corte, en atención a que has rehusado su corazón... ea, no hay por qué ruborizarse... ha querido inspirarte afición hacia el francés, y hacerle ese hermoso obsequio. Ahí tienes por lo que Su Majestad te ha hecho tornar parte en todos los paseos del señor de Bragelonne: a ti, heredera de trescientas mil libras, futura duquesa, y joven tan buena como hermosa. En una palabra, eso ha sido un complot, una especie de conspiración, a la cual tú verás si quieres poner fuego, pues yo te entrego la mecha.

Miss Mary sonrió con la expresión encantadora que le era familiar, y apretando el brazo de su compañera:

-Dale las gracias al rey -dijo. -Sí, sí; pero el señor de Buckingham está celoso; mira lo que haces -replicó Lucy Stewart.

Apenas habían sido dichas estas palabras, cuando salió el señor de Buckingham de uno de los pabellones de la terraza, y, acercándose a las dos jóvenes con una sonrisa:

-Os equivocáis, miss Lucy -replicó-, no, no estoy celoso, y en prueba de ello, miss Mary, allá abajo tenéis al que debería ser la causa de mis celos, el vizconde de Bragelonne, que está allí solo, absorto en sus meditaciones. ¡Pobre muchacho! Permitidme que le deje vuestra agradable compañía por algunos momentos, pues tengo que hablar a miss Lucy Stewart.

Entonces, inclinándose hacia miss Lucy:

-¿Me haréis -le preguntó el honor de aceptar mi brazo para ir a saludar al rey, que nos espera?

Y, al pronunciar estas palabras, Buckingham, con amable sonrisa tomó la mano de miss Lucy, y se llevó a ésta.

Mary Graffton, luego que quedó sola, inclinando la cabeza sobre el hombro con aquel gracioso abandono peculiar de las jóvenes inglesas, permaneció por un momento inmóvil, con los ojos fijos en Raúl, pero como indecisa sobre lo que había de hacer. Al fin, luego que sus mejillas, perdiendo y recobrando alternativamente el color, revelaron el combate que tenía lugar en su corazón, la joven pareció tomar una resolución, y se aproximó con paso bastante firme hacia el banco en que estaba Raúl entregado a sus reflexiones.

Por ligero que fuera el ruido de los pasos de miss Mary sobre el menudo césped, llamó la atención de Raúl; volvió la cabeza, vio a la joven y se adelantó a recibir a la compañera que su buena fortuna le deparaba.

-Me envían a vuestro lado, señor -dijo Mary Craffton-. ¿Me aceptáis?

-¿Y a quién debo tan marcado favor, señorita? -preguntó Raúl.

-Al señor de Buckingham -replicó Mary afectando alegría.

-¿Al señor de Buckingham, que con tanto anhelo busca siempre vuestra preciosa compañía? Señorita, ¿debo creerlo?

-En efecto, señor, ya lo veis; todo conspira a que pasemos juntos la mejor, o más bien, la mayor parte de los días. Ayer fue el rey el que me mandó que os hiciese sentar en la mesa a mi lado; hoy, es el señor de Buckingham quien me ruega que venga a sentarme al lado vuestro en este banco.

-¿Y se ha alejado a fin de dejarme libre la plaza? -preguntó Raúl con embarazo.

-Miradle allí, que va a desaparecer con miss Stewart por el recodo que forma la arboleda. ¿Se gastan complacencias de esta clase en Francia, señor vizconde?

-Señorita, apenas os puedo decir lo que se acostumbra en Francia, pues casi no soy francés. He vivido en muchos países, casi siempre como soldado, y además he pasado gran parte de mi vida en el campo, de suerte que soy bastante agreste.

-¿No estáis contento en Inglaterra?

-No sé -dijo Raúl distraídamente y exhalando un suspiro.

-¿Cómo que no sabéis? -Perdonad -apresuróse a decir Raúl, sacudiendo la cabeza, como para salir de su distracción-, perdonad, no os había oído.

-¡Ay! -exclamó la joven suspirando a su vez-. ¡Mal ha hecho el duque de Buckingham en enviarme aquí!

-¿Ha hecho mal? -dijo con viveza Raúl-. Tenéis razón; mi compañía es fastidiosa, y os aburrís conmigo. Mal ha hecho el señor de Buckingham en enviaros aquí.

-Precisamente -replicó la joven con su voz grave y armoniosa-, por no aburrirme con vos, ha hecho mal el señor de Buckingham en enviarme al lado vuestro.

Raúl se sonrojó de nuevo.

-¿Pero cómo es -dijo que el señor de Buckingham os haya enviado a mi lado, y que vos hayáis venido? El señor de Buckingham os ama, y vos le amáis.

-No -respondió gravemente Mary-, no. El señor de Buckingham no me ama, puesto que-ama a la duquesa de Orleáns; y, en cuanto a mí, no profeso amor al duque.

Raúl miró a la joven, sorprendido.

-¿Sois amigo del señor de Buckingham, vizconde? -continuó ésta.

-El duque me hace el honor de llamarme amigo suyo desde que nos vimos en Francia.

-¿No sois entonces más que simples conocidos?

-No; porque el señor de Buckingham es amigo íntimo de un gentilhombre a quien amo como a un hermano.

-¿Del señor conde de Guiche?

-Sí, señorita.

-¿Que ama a la señora duquesa de Orleáns?

-¡Oh! ¿Qué decís?

-Y que es amado por ella -prosiguió tranquilamente la joven. Raúl bajo la cabeza. Mis Mary Graffton prosiguió con un suspiro:

-¡Qué dichosos son! ... Vamos, señor de Bragelonne, no hagáis caso de mí, pues el señor de Buckingham os ha dado un encargo bien enojoso con ofrecerme a vos para compañera de paseo. Vuestro corazón está en otra parte, y a duras penas me concedéis un poco de atención ... Confesad, confesad... Haríais mal en negarlo, vizconde.

-Señorita, no lo niego. Miss Mary le miró.

Mostrábase Raúl tan sincero y hermoso, su mirada revelaba tan amable franqueza y tal resolución, que no pudo ocurrírsele a una mujer tan distinguida como miss Mary la idea de que el joven fuese un descortés o un necio.

Lo que vio fue que amaba a otra mujer que no era ella con toda la franqueza de su corazón.

-Os comprendo -dijo-; estáis enamorado en Francia.

Raúl se inclinó.

-¿Sabe el duque ese amor? -Nadie lo sabe -contestó Raúl.

-¿Y por qué no me lo confesáis a mí?

-Señorita... . . .

-Vamos, explicaos.

-No puedo.

-Entonces, me toca a mí abriros el camino: no queréis decirme nada porque estáis persuadido, ahora, de que no amo al duque, porque veis que quizá yo os habría amado, porque sois un gentilhombre todo corazón y delicadeza, que en lugar de tomar, aun cuando sólo fuera por distraeros un momento, una mano que se arrima a la vuestra, en lugar de sonreír a mi boca que os sonreía, habéis preferido, vos, que sois joven, decirme, a mí que soy hermosa: "¡Amo en Francia!" Pues bien, gracias, señor de Bragelonne; sois un noble gentilhombre, y por eso os amo más... en amistad. No hablemos ya de mí, por tanto, sino de vos. Olvidad que miss Graffton os ha hablado de ella; decidme por qué estáis triste, por qué lo estáis más aún de algunos días a esta parte.

Raúl conmovióse hasta lo íntimo de su corazón al oír el acento dulce y melancólico de aquella voz, y no
pudo hallar palabras para contestar. La joven acudió otra vez en su ayuda.

-Compadecedme -le dijo-. Mi madre era francesa; de consiguiente, puedo decir que soy francesa por la sangre y el alma. Pero sobre este ardor pesan incesantemente las nieblas y la tristeza de Inglaterra. A veces tengo mis sueños de oro y de mágicas felicidades; pero de repente viene la bruma y los hace desaparecer. Así me ha pasado ahora también. Perdonad, no hablemos más de esto; dadme vuestra mano, y confiad vuestros pesares a una amiga.

-¡Decís que sois francesa, francesa de alma y de sangre!

-Sí, lo repito; no sólo mi madre era francesa, sino que también, como mi padre, amigo de Carlos I, se desterró a Francia, y en tanto duró el proceso del príncipe y la vida del Protector, fui educada en París; a la restauración del rey Carlos 11, mi padre volvió a Inglaterra, donde murió poco después... ¡pobre padre! Entonces, el rey Carlos me hizo duquesa y completó mis rentas.

-¿Tenéis algún pariente en Francia? -preguntó Raúl con señalado interés.

-Tengo una hermana, siete u ocho años mayor que yo, que casó en Francia y enviudó después. Se llama madame de Belliére.

Raúl hizo un movimiento.

-¿La conocéis?

-La he oído nombrar. -También ama, y sus últimas cartas me anuncian que es dichosa: de consiguiente, es correspondida. Yo, como os decía, señor de Bragelonne, tengo la mitad de su alma, aunque no la mitad de su felicidad. Pero hablemos de vos. ¿A quién amáis en Francia?

-A una joven, dulce y blanca como un lirio.

-Pero, si ella os ama, ¿por qué estáis melancólico?

-Me han dicho que ya no me ama.

-No lo creeréis, supongo.

-El que me lo ha escrito no firma su carta.

-¡Una denuncia anónima! ¡Oh! ¡Eso es alguna traición! -dijo miss Graffton.

-Mirad -dijo Raúl enseñando a la joven un billete que había leído cien veces.

Mary Graffton cogió el billete, y leyó:

"Vizconde, hacéis muy bien en divertiros ahí con las hermosas damas del rey Carlos II; porque, en !a corte del rey Luis XIV, os sitian en el palacio de vuestros amores. Permaneced, pues, para siempre en Londres, pobre vizconde, o regresad cuanto antes a París."

-No hay firma -dijo miss Mary.

-No.

-De consiguiente, no daréis fe a eso.

-No; pero ved esta otra carta.

-¿De quién?

-Del señor de Guiche.

-¡Oh! ¡Eso es otra cosa! Y esa carta, ¿qué os dice?

-Leed.

"Amigo mío, estoy herido y enfermo.

¡Volved, Raúl, volved!

"GUICHE."

-¿Y qué vais a hacer? -preguntó la joven con el corazón oprimido.

-Al recibir la carta, lo primero que hice fue pedir permiso al rey.

-¿Y la recibisteis?...

-Anteayer.

-Está fechada en Fontainebleau.

-Y es extraño, ¿no?, estando la Corte en París. Y al fin me hubiera ido. Pero, cuando hablé al rey de mi marcha, se echó a reír y me dijo: "Señor embajador, ¿a qué viene ahora esa marcha? ¿Os llama por ventura vuestro amo?" Quedéme sonrojado y desconcertado, pues, en efecto, el rey me ha enviado aquí y no he recibido orden de regresar. Mary frunció el ceño, pensativa.

-¿Y os quedáis? -preguntó.

-Es necesario, señorita.

-¿Y la que amáis?

-¿Qué?

-¿Os escribe?

-Jamás.

-¡Jamás! ¡Oh! ¿Conque no os ama?

-A lo menos no me ha escrito desde que me marché.

-¿Os escribía antes?

-A veces ... ¡Oh! Creo que no habrá podido.

-Aquí viene el duque: silencio. En efecto, por el extremo del paseo aparecía Buckingham, solo y risueño. Luego que llegó, tendió la mano a los dos interlocutores.

-¿Os habéis entendido? -dijo.

-¿Sobre qué? -preguntó Mary Graffton.

-Sobre lo que pueda haceros a vos dichosa, querida Mary, y a Raúl menos desgraciado.

-No os comprendo, milord - contestó Raúl.

-Lo siento, miss Mary. ¿Queréis que me explique delante del señor?

Y sonrió.

-Si queréis decir -repuso la joven con orgullo- que estaba dispuesta a amar al señor de Bragelonne, es inútil, pues ya se lo he dicho.

Buckingham reflexionaba y, sin desconcertarse, como ella esperaba:

-Por lo mismo -dijo-, que sé que tenéis un delicado espíritu y sobre todo un alma leal, os he dejado con el señor de Bragelonne, cuyo corazón enfermo puede curar en manos de un médico como vos.

-Pero, milord, antes de hablarme del corazón del señor de Bragelonne, me hablasteis del vuestro. ¿Queréis que cure dos corazones al mismo tiempo?

-Es cierto, miss Mary; pero me haréis la justicia de creer que he abandonado una pretensión inútil, reconociendo que mi herida era incurable.

Mary se recogió un instante. -Milord -dijo-, el señor de Bragelonne es feliz. Ama y es amado. Por consiguiente, no necesita de ningún médico como yo.

-El señor de Bragelonne -dijo Buckingham-, está en vísperas de contraer una grave enfermedad, y ahora más que nunca necesita que su corazón se ponga en cura.

-¡Explicaos, milord! -requirió vivamente Raúl.

-No, me explicaré poco a poco; mas si lo deseáis, puedo decir a miss Mary lo que vos no podéis oír.

-¡Milord, me tenéis en un cruel tormento; milord, algo sabéis por fuerza!

-Sé que miss Mary es el objeto más encantador que un Corazón enfermo puede apetecer.

-Milord, ya os he dicho que el vizconde de Bragelonne ama en otra parte -dijo la joven.

-Hace mal.

-¿Lo sabéis, señor duque? ¿Sabéis que hago mal?

-Sí.

-¿Pero a quién ama? -exclamó la joven.

-A una mujer indigna de él -dijo tranquilamente Buckingham, con la flema que sólo un inglés puede hallar en su cabeza y en su corazón.

Miss Mary Graffton lanzó un grito que, no menos que as palabras pronunciadas por Buckingham hizo pintarse en las mejillas de Bragelonne la palidez del sobrecogimiento y la imagen del terror.

-¡Duque -murmuró-, habéis pronunciado palabras tales, que, sin tardar ni un segundo, voy a buscar su explicación a París!

-Os quedaréis aquí -dijo Buckingham.

-¿Yo? -Sí, vos.

-¿Por qué?

-Porque no tenéis derecho a marcharos, y no se deja el servicio de un rey por el de una mujer, aunque sea tan digna de ser amada como miss Mary Graffton.

-Entonces, informadme.

-Lo haré. ¿Pero os quedaréis?

-Sí, con tal que seáis sincero conmigo.

En esto estaban, y sin duda Buckingham iba a decir no todo lo que había, sino todo lo que sabía, cuando por el extremo de la terraza apareció un lacayo del rey, y se adelantó hacia el gabinete donde estaba el rey con miss Lucy Stewart.

Aquel hombre precedía a un correo lleno de polvo, que parecía haber echado pie a tierra momentos antes.

-¡El correo de Francia! ¡El correo de Madame! -exclamó Raúl viendo la librea de la duquesa.

El hombre y el correo hicieron avisar al rey, mientras el duque y miss Graffton cambiaban una mirada de inteligencia.

XLIV
EL CORREO DE MADAME

Carlos II se había propuesto demostrar a miss Stewart que no pensaba más que en ella; en consecuencia, le prometió un amor igual al que su abuelo Enrique IV había profesado a Gabriela. Desgraciadamente para Carlos II, eligió mal día, porque fue precisamente uno en que a miss Stewart se le puso en la cabeza dar celos al rey. De modo que en vez de enternecerse al oír aquella promesa, como esperaba Carlos II, se echó a reír.

-¡Oh, señor, señor! -exclamó sin dejar de reír-. Si tuviera la desgracia de pediros una prueba de ese amor, ¡cuán fácilmente se vería que mentís!

-Escuchad -le dijo Carlos-; ya conocéis mis cartones de Rafael y el aprecio en que los tengo; el mundo me los envidia. Mi padre los hizo comprar por Van-Dyck. ¿Queréis que los traslade hoy mismo a vuestra casa?

-¡Oh, no! -replicó la joven-. No hagáis tal cosa, señor; mi casa es muy reducida para hospedar tales huéspedes.

-Entonces, os donaré Hampton Court para que coloquéis los cartones.

-Sed menos generoso, señor, y amad más tiempo: esto es cuanto deseo.

-Os amaré eternamente; ¿creéis que sea bastante?

-Veo que os reís, señor. ¿Quisierais que llorase?

-No; pero quisiera veros algo más melancólico.

-¡A Dios gracias, hermosa mía, lo he estado bastante tiempo! Catorce años de destierro, de pobreza y de miseria, me parece que ya es deuda satisfecha; además, la melancolía afea.

-¡Ca! Ved, si no, al joven francés.

-¡Oh! ¡El vizconde de Bragelonne!... ¿Vos también? Dios me perdone, pero creo que, unas tras otras, todas se van a volver locas... El vizconde tiene motivos para estar melancólico.

-¿Cuáles?

-¡Ah, caramba! ¿Será preciso también que os revele los secretos de Estado?

-Sí lo será, si yo quiero, ya que habéis dicho que estábais dispuesto a hacer todo lo que yo quisiera.

-Pues bien, se aburre en este país. ¿Estáis contenta?

-¿Se aburre?

-Si; prueba de que es un necio.

-¿Cómo un necio?

-¡Claro! ¿No comprendéis? ¡Le permito amar a miss Lucy Stewart, Y él se aburre!

-¡Bueno! Eso significa que si no os amase miss Lucy Stewart, os consolaríais amando a miss Mary Graffton.

-No he dicho eso: en primer lugar, sabéis perfectamente que miss Mary Graffton no me ama, y para consolarse uno de un amor perdido, es preciso que halle otro. Y, además, aquí no se trata de mí, sino de ese joven. No parece sino que la que deja allá es una Elena, por supuesto, antes de que conociera a París.

-¿Pero deja alguien allá ese gentilhombre?

-Más bien le dejan.

-¡Pobre joven! Le está bien empleado.

-¿Y por qué?

-Sí: porque se va.

-¿Suponéis que se ha ido por gusto?

-¿Se ha ido obligado?

-Por orden, querida Stewart, de quien puede ordenar en París.

-¿Orden de quién?

-¿A ver si lo acertáis?

-¿Del rey?

-Exacto.

-¡Ah! Me abrís los ojos.

-No digáis nada, ¿eh?

-Ya sabéis que, en cuanto a discreción, valgo como un hombre. De modo, ¿qué el rey es quien le aleja? -Sí.

-Y, durante su ausencia, le birla la dama.

-Sí, y el pobre muchacho, en vez de dar las gracias al rey, no hace más que lamentarse.

-¿Dar las gracias al rey, porque le birla a su amada? En verdad, señor, que lo que estáis diciendo no es nada galante para las mujeres en general, y particularmente para las amantes.

-¡Comprended bien lo que os digo, pardiez! Si esa mujer que el rey le roba fuera una miss Graffton o una miss Stewart, sería de su opinión, y

hasta lo encontraría poco desesperado; pero se trata de una chiquilla flaca y coja... ¡Al diablo la fidelidad!, como dicen en Francia. Rehusar una rica por otra pobre, a una que le ama por otra que le engaña, ¿se ha visto cosa igual?

-¿Creéis que Mary desee en serio agradar al vizconde, señor?

-Sí, lo creo.

-Pues bien, el vizconde se acostumbrará a Inglaterra. Mary tiene buena cabeza, y cuando quiere, quiere bien.

-Mi querida miss Stewart, si el vizconde ha de aclimatarse en este país, no hay tiempo que perder; anteayer vino ya a pedirme permiso para partir.

-¿Y se lo habéis negado? -¡Ya lo creo! El rey, mi hermano, toma muy a pechos que ese joven esté ausente, y respecto a mí, tengo interesado en ello mi amor propio; no quiero que se diga que he presentado a ese young man el cebo más noble y más dulce de Inglaterra...

-Galante estáis, señor -contestó miss Stewart con encantador mohín.
No hablo de miss Stewart -dijo el rey-; ése es un regio cebo, y puesto que yo he picado en él, no quiero que otro pique; en fin, no es justo que ese joven desaire mis obsequios; se quedará entre nosotros, y se casará aquí, o Dios me condene.

-Y espero que, después de casado, en vez de inculpar a Vuestra Majestad, le estará agradecido; todo el mundo se apresura a complacerle, hasta el señor de Buckingham, que, a pesar de su orgullo, parece reconocerle alguna superioridad.

-Y hasta miss Stewart, que le llama caballero encantador. Escuchad, señor: bastante me habéis elogiado a miss Graffton, conque permitidme que me desquite en algo con Bragelonne. Noto que, de algún tiempo a esta parte, manifestáis una bondad que me sorprende: pensáis en los ausentes; perdonáis injurias; sois casi perfecto...

-¿De qué proviene eso?

Carlos II se echó a reír.

-Es porque os dejáis amar -dijo.

-¡Oh! Alguna otra razón habrá.

-¡Vaya! La de que así obligo a mi hermano Luis XIV.

-Otra debe de haber aún.

-Pues bien, el verdadero motivo es que Buckingham me recomendó a ese joven, y me dijo: "Señor, principio por renunciar en favor del vizconde de Bragelonne a miss Graffton; haced vos lo propio".

-¡Oh, el duque es todo un caballero!

-¡Vaya; calentaos ahora los cascos por Buckingham! Parece que os habéis empeñado hoy en hacerme condenar.

En aquel momento llamaron a la puerta.

-¿Quién se permite incomodarnos? -dijo Carlos con impaciencia.

-En verdad, señor -dijo Stewart-, he ahí un quién se permite de la más suprema fatuidad; y, para castigaros. . .

Y fue ella misma a abrir la puerta.

-¡Ah! Es un mensajero de Francia -exclamó miss Stewart.

-¡Un mensajero de Francia! -exclamó Carlos-. ¿De mi hermana tal vez?

-Sí, señor -dijo el ujier de cámara-, y mensajero especial.

-¡Entrad, entrad! -dijo Carlos.

El correo entró.

-¿Traéis carta de la señora duquesa de Orleáns? -preguntó el rey.

-Sí, señor -respondió el correo-; y con tal urgencia, que no he empleado más que veintiséis horas en traerla a Vuestra Majestad, no obstante haber perdido tres cuartos de hora en Calais.

-Se os recompensará ese celo -dijo el rey.

Y abrió la carta.

Luego, echándose a reír a carcajadas:

-En verdad -exclamó- que no comprendo nada.

Y leyó la carta nuevamente. Miss Stewart aparentaba la mayor reserva, procurando reprimir su ardiente curiosidad.

-Francisco -dijo el rey a su lacayo-, cuida de que traten bien a ese valiente mozo, y que, mañana al despertar, encuentre a la cabecera de su cama un saquito de cincuenta luises.

-¡Señor!

-¡Anda, amigo, anda! Razón sobrada tenía mi hermana en encargarte actividad; es cosa urgente en efecto.

Y se echó a reír con más ganas que antes.

El mensajero, el sirviente y la misma miss Stewart no sabían qué aire tomar.

-¡Vaya! -continuó el rey, echándose sobre el respaldo del sillón-. Y cuando considero que has reventado... ¿cuántos caballos?

-Dos.

-¡Dos caballos para traer esta noticia! Muy bien, amigo, muy bien. El correo salió con el criado. Carlos II se fue a abrir la ventana, y, asomándose:

-¡Duque -prorrumpió-, duque de Buckingham, mi querido Buckingham, venid!

El duque se apresuró *a obedecer; Pero, cuando llegó al umbral de la puerta y vio a miss Stewart, titubeó en entrar.

-Entra y cierra la puerta, duque.

El duque obedeció, y, viendo al rey de tan buen humor, se aproximó sonriendo.

-Vamos a ver, querido duque, ¿a qué altura te hallas con tu francés?

-Desesperado hasta no poder más.

-¿Y por qué?

-Porque la adorable miss Graffton quiere casarse con él, y el no quiere.

-¡Pero ese francés no es más que un beocio! -exclamó miss Stewart-. Que diga sí o no, y concluya de una vez.

-Supongo, señor -dijo seriamente Buckingham-, que sabéis o debéis saber que el señor de Bragelonne ama en otra parte.

-Entonces -dijo el rey acudiendo en ayuda de miss Stewart-, no hay cosa más sencilla: que diga que no.

-¡Oh, es que le he demostrado lo mal que hacía en no decir que sí!

-¿Le has dicho, pues, que su La Valliére le engaña?

-Se lo he dicho, sin andarme con rodeos.

-¿Y qué ha hecho?

-Dar un brinco como si quisiese salvar el estrecho.

-Al fin -dijo miss Stewart-, ya ha hecho algo: no es poca suerte.

-Pero pude contenerle -continuó Buckingham-, se lo entregué a miss Mary, y espero que no tendrá ya tanta prisa por partir.

-¿Pensaba irse? -exclamó el rey.

-Por un momento llegué a creer que no había fuerzas humanas que bastasen a contenerle; pero los ojos de miss Mary taladran: se quedará.

-Pues bien, estás en un error, Buckingham -dijo el rey estallando de risa-; ese desgraciado está predestinado.

-¿Predestinado a qué?

-A ser engañado, lo cual es poca cosa; pero, por lo que se ve, ya es algo.

-A distancia, y con el auxilio de miss Graffton, podrá pararse el golpe

-Pues bien, nada de eso; ni habrá distancia ni ayuda de miss Graffton. Bragelonne partirá para París dentro de una hora.

Buckingham tembló, y miss Stewart abrió ojos tamaños.

-Pero, señor -replicó el duque-, Vuestra Majestad sabe que eso es imposible.

-Lo imposible, mi querido Buckingham, es lo contrario.

-Señor, figuraos que ese joven es un león.

-Y aun cuando así sea, Villiers.

-Y su cólera es terrible.

-No digo que no, querido amigo.

-Si ve su desgracia de cerca, tanto peor para el autor de ella.

-Bien; ¿pero qué quieres que le haga?

-¡Aun cuando fuese el rey -exclamó Buckingham gravemente-, no respondería yo de él!

-¡Oh! El rey tiene mosqueteros que le guarden -dijo Carlos tranquilamente-, tengo motivos para saberlo desde que me vi precisado a hacer antesala en su casa en Blois. Está a su lado el señor de Artagnan. ¡Diantre! ¡Vaya un guardián! No temería yo veinte cóleras como las de tu Bragelonne si tuviese cuatro guardias como el señor de Artagnan.

-¡Oh! Pero Vuestra Majestad, que es tan bondadoso, lo reflexionará bien -dijo Buckingham.

-Toma -dijo Carlos II presentando la carta al duque-; lee y contesta tú mismo. ¿Qué harías en mi lugar?

Buckingham cogió lentamente la carta de Madame, y leyó estas palabras temblando de emoción:

"Por vos, por mí, por el honor y la salvación de todos, enviad inmediatamente a Francia al señor de Bragelonne.
"Vuestra afectísima hermana. "ENRIQUETA."

-¿Qué dices eso, Villiers?

-A fe mía, señor, que ignoro qué decir -respondió estupefacto el duque.

-¿Me aconsejas todavía -dijo el rey con afectación-, que desobedezca a mi hermana cuando me habla con tales instancias?

-¡Oh! No, no, señor; y sin embargo...

-Pues no has leído todavía la postdata; que está en un doblez, y se me había escapado a mí mismo: lee.

El duque deshizo el doblez donde estaba aquella línea.

"Mil recuerdos a los que me aman."

El duque inclinó al suelo su frente descolorida, y la carta tembló en sus manos, como si el papel se hubiese convertido en plomo.

El rey aguardó un momento, y, viendo que Buckingham permanecía mudo:

-Que siga su destino, como nosotros el nuestro -prosiguió-; cada cual tiene que sufrir su pasión en este mundo; yo he sufrido ya la mía y la de los míos, que ha sido para mí una doble cruz. ¡Vayan ahora al demonio los cuidados! Anda, Villiers, y búscame a ese gentilhombre.

El duque abrió la puerta enrejada del gabinete, y, mostrando a Raúl y Mary, que iban al lado uno de otro:

-¡Ay, señor -dijo-, qué crueldad para esa pobre miss Graffton! -Vamos, vamos, llámale -dijo Carlos II frunciendo sus negras cejas-. ¿Es que todo el mundo se encuentra aquí en estado sentimental? ¡Vaya! ¿También miss Stewart se enjuga las lágrimas? ¡Condenado francés! ... Anda.

El duque llamó a Raúl, y, acercándose a tomar la mano de miss Graffton, la condujo delante del gabinete del rey.

-Señor de Bragelonne -dijo Carlos II-, ¿no me solicitábais anteayer permiso para volver a París?

-Sí, señor -respondió Raúl, a quien aquella salida desconcertó algún tanto.

-Me parece, querido vizconde, que os lo negué. ¿No es así?

-Sí, señor.

-¿Y os habéis incomodado por

-No, señor; Vuestra Majestad habrá tenido excelentes motivos para ello; Vuestra Majestad tiene demasiada bondad y cordura para que no haga bien todo lo que hace.

-Alegué, según creo, esta razón: que el rey de Francia no os había llamado.

-Sí, señor; eso me dijo Vuestra Majestad.

-Pues bien, he reflexionado, señor de Bragelonne, que si bien el rey no os fijó la fecha de regreso, me recomendó que procurara haceros grata la permanencia en Inglaterra; ahora ahora bien, puesto que me habéis pedido permiso para marchar, es señal de que no estáis aquí contento.

-Señor, no he dicho eso.

-No -dijo el rey-, pero vuestra petición significaba por lo menos que estaríais con más gusto en otra parte que aquí.

En aquel instante volvió Raúl la cabeza hacia la puerta, contra el quicio de la cual estaba recostada miss Graffton acongojada.

El otro brazo lo tenía apoyado en el brazo de Buckingham.

-¿No respondéis? -continuó Carlos-. Me atendré entonces al proverbio que dice: "Quien calla otorga". Pues bien, señor de Bragelonne; estoy en el caso de satisfacer vuestros deseos, y os autorizo para que marchéis a Francia cuando queráis.

-¡Señor! -exclamó Raúl.

-¡Ay! -exclamó Mary apretando el brazo a Buckingham. -Esta noche podéis estar en Douvres; la marea sube a las dos de la madrugada.

Raúl, estupefacto, balbucía palabras que tanto participaban del reconocimiento como de la disculpa...

-Me despido, pues, de vos, señor de Bragelonne, y os deseo toda suerte de prosperidades -dijo el rey levantándose-: hacedme el favor de conservar, como recuerdo mío, este diamante que destinaba a formar parte de un regalo de boda. Miss Graffton parecía próxima al desfallecimiento.

Raúl recibió el diamante; al recibirlo, le temblaban :las rodillas. Dirigió algunas frases atentas al rey y a miss Stewart, y buscó a Buckingham para despedirse de él. El rey aprovechó aquel momento para ausentarse.

Raúl encontró al duque ocupado en animar a miss Graffton.

-Decidle que se quede, señorita -exclamaba Buckingham.

-Yo le digo que se marche -replicó miss Graffton, reanimándose-; no soy de esas mujeres que tienen más orgullo que corazón. Si le aman en Francia, que regrese a Francia, y que me bendiga a mí que le habré aconsejado que fuese a buscar su dicha; si, por el contrario, no le aman, que vuelva y le amaré siempre, porque su infortunio no le habrá rebajado ni un ápice a mis ojos. Hay en las armas de mi casa lo que Dios ha grabado en mi corazón: Habenti parus, egenti cuneta. "A los ricos poco, a los. pobres todo."

-Dudo, amigo querido -dijo Buckingham-, que encontréis allá el equivalente de lo que dejáis aquí.

-Creo, o espero por lo menos -dijo Raúl-, que la mujer que amo sea digna de mí; pero si es cierto que mi amor es indigno, como habéis querido darme a entender, señor duque, lo arrancaré de mi corazón, aun cuando tuviera que arrancarme el corazón con él.

Mary Graffton fijó en él los ojos con una expresión de indefinible piedad.

Raúl sonrió melancólicamente.

-Señorita -dijo-, el diamante que el rey me ha regalado estaba destinado a vos: permitidme que os lo ofrezca; si me caso en Francia, podéis enviármelo; si no me caso, conservadlo.

Y, saludando, se alejó,

-¿Qué pensará hacer? -se había dicho Buckingham, mientras Raúl estrechaba respetuosamente la mano de miss Mary.

Miss Mary comprendió la mirada que le dirigía Buckingham.

-Si fuera una sortija de boda -dijo-, no la habría aceptado.

-Sin embargo, le habéis ofrecido que vuelva a vos.

-¡Ay, duque! -murmuró la joven suspirando-. Jamás un hombre como él tomará para consolarse una mujer como yo.

-¿Pensáis, entonces, que no volverá?

-Jamás -dijo miss Graffton con voz sofocada.

-Pues bien, yo os digo que encontrará allí su felicidad destruida, a su novia perdida ... y su honor lastimado... ¿Qué podrá quedarle que equivalga a vuestro amor? ¡Oh! ¡Decidlo, Mary, vos que tenéis el don de conoceros tan bien!

Miss Graffton puso su blanca mano sobre el brazo de Buckingham, y, en tanto que Raúl huía por la arboleda de los tilos con una rapidez febril,

cantó con voz moribunda estos dos versos de Romeo y Julieta: Hay que partir y vivir o bien quedar y morir. Cuando acabó la última palabra, Raúl había ya desaparecido.

Miss Graffton retiróse a su casa, más pálida silenciosa que una sombra.

Buckingham aprovechó el correo que, había traído la carta del rey, a fin de escribir a Madame y al conde de Guiche.

El rey había . dicho bien. A las dos de la madrugada estaba alta la marea, y Raúl se embarcaba para Francia.

XLV
SAINT-AIGNAN SIGUE EL CONSEJO DE MALICORNE

El rey inspeccionaba el retrato de La Valliére con un cuidado que provenía, tanto del deseo de que saliese parecida, como del designio de hacer durar el retrato mucho tiempo.

Era curioso observarle cómo seguía el pincel o esperaba la conclusión de un trozo o el resultado de una tinta, aconsejando al pintor distintas modificaciones, a las que se prestaba éste con respetuosa docilidad.

Luego, cuando el pintor, siguiendo el consejo de Malicorne, se había retrasado algo, cuando Saint-Aignan tenía una corta ausencia, eran de ver, y nadie los veía, aquellos silencios preñados de expresión, que confundían en un suspiro dos almas fuertes dispuestas a entenderse, y muy deseosas de calma y meditación.

Entonces pasaban los minutos como por magia. El rey, acercándose a su amante, la abrasaba con el fuego de su mirada, con el contacto de su aliento.

Un ruido que se oyera en la habitación inmediata: el pintor que llegaba; Saint-Aignan que volvía disculpándose, se ponía el rey a hablar, y La Valliére a contestarle con precipitación; y sus ojos manifestaban a Saint-Aignan que, durante su ausencia, habían vivido un siglo.

En fin, Malicorne, filósofo sin saberlo, había acertado a dar al rey el apetito en la abundancia, y el deseo en la certidumbre de la Posesión.
No pasó lo que La Valliére se temía.

Nadie supo que, por el día, salía por dos o tres horas de su cuarto; además simuló una salud irregular. Los que iban a verla, llamaban antes de entrar. Malicorne, el hombre de las invenciones ingeniosas, había imaginado un mecanismo acústico, por cuyo medio La Valliére era avisada en la habitación de Saint-Aignan de las visitas que iban a hacerle en el cuarto que habitaba de ordinario.

Así, pues, sin salir ni tener confidentes, La Valliére volvía a su habitación, presentándose como una aparición, algo tardía si se quiere, pero que combatía victoriosamente todas las sospechas, hasta de los escépticos más extremados.

Malicorne había tenido buen cuidado de pedir noticias a Saint-Aignan, y éste se vio obligado a confesar que aquel cuarto de hora de libertad ponía al rey del mejor humor del mundo.

-Será necesario doblar la dosis -replicó Malicorne-, pero insensiblemente; aguardad a que lo deseen.

No tardó en revelarse ese deseo, pues una noche, al cuarto día, en el momento en que el pintor recogía sus pinceles sin que Saint-Aignan hubiera vuelto, entró Saint-Aignan y advirtió en el rostro de La Valliére una sombra, de contrariedad que aquélla no pudo reprimir. El rey fue menos secreto y manifestó su despecho con un movimiento de hombros muy significativo.
La Valliére se puso encarnada. "¡Bueno! -dijo para sí Saint-Aignan-, el señor Malicorne quedará satisfecho esta noche."

En efecto, Malicorne quedó encantado.

-Es cosa clara -dijo al conde que la señorita de La Valliére esperaba que tardaseis por lo menos diez minutos.

-Y el rey media, hora, querido señor Malicorne.

-Seríais un mal servidor del rey -replicó éste-, si rehusaseis esa media hora de satisfacción a Su Majestad.

-Pero, ¿y el pintor? -objetó Saint-Aignan.

-Yo me encargo de él -dijo Malicorne-; lo único que os 'pido es que me dejéis tomar consejo de los semblantes y de las circunstancias; éstas son mis operaciones de magia, y mientras que los hechiceros toman con el astrolabio la altura del sol, de la luna y de sus constelaciones, yo me contento con ver si los ojos tienen algún círculo negro, o si la boca describe el arco convexo o cóncavo.

-¡Pues observad!

-Así lo haré.

Y el astuto Malicorne pudo observar muy a sus anchas.

Porque, aquella misma noche, fue el rey a la habitación de Madame con las reinas, y traía un semblante tan triste, lanzó tan hondos suspiros, miró a La Valliére con ojos tan melancólicos, que Malicorne dijo a Montalais:

-¡Hasta mañana!

Y fue a buscar al artista a su casa de la calle de los Jardines de San Pablo, para rogarle que aplazase la sesión dos días.

Saint-Aignan no estaba en su cuarto cuando La Valliére, familiarizada ya con el piso inferior, levantó la trampa y bajó.

El rey, como de costumbre, la esperaba en la escalera con un ramillete en la mano. Al verla, la cogió en sus brazos.

La Valliére, toda emocionada, miró en torno suyo, y, no viendo más que al rey, no lo llevó a mal. Se sentaron.

Luis, recostado junto a los almohadones sobre que ella descansaba, con la cabeza inclinada sobre las rodillas de su amada, clavado allí como en un asilo de donde nadie pudiera arrancarle, la miraba fijamente, y, como si hubiera llegado el momento en que nada pudiera ya interponerse entre aquellas dos almas, se puso ella por su parte a devorarle con la mirada.

De sus ojos tan dulces, tan puros, brotaba una llama continua, cuyos rayos iban a buscar el corazón de su regio amante para calentarle primero y devorarle después.

Abrasado por el contacto de las trémulas rodillas, estremecido de placer cuando la mano de Luisa se deslizaba por sus cabellos, el rey se extasiaba en aquella felicidad turbada por el temor de ver entrar al pintor o a Saint-Aignan.

Con esta previsión dolorosa, se esforzaba a veces en dominar la seducción que se infiltraba en sus venas, invocaba el sueño del corazón y de los sentidos, y rechazaba la realidad inminente para correr tras una sombra. Mas la puerta no se abrió ni para Saint-Aignan ni para el pintor, y ni se movieron siquiera las cortinas. Un silencio impregnado de misterio y de voluptuosidad aletargó hasta a los pájaros en su dorada jaula.

EL rey, vencido, volvió la cabeza y pegó su boca. enardecida a las dos manos de La Valliére. Ésta, sin saber ya lo que hacía, oprimió con sus temblorosas manos los labios de su regio amante.

Luis se dejó caer vacilante de rodillas, y, como La Valliére no moviera la cabeza, la frente del rey se halló junto a los labios de la joven, la cual, en medio de su éxtasis, rozó con un furtivo y moribundo beso los cabellos perfumados que le acariciaban las mejillas.

El rey la cogió en sus brazos, y, sin que ella opusiera resistencia, cambiaron los dos ese beso ardiente que trueca el amor en delirio.

Ni el pintor ni Saint-Aignan entraron aquel día.

Una especie de embriaguez pesada y dulce que refresca los sentidos y deja circular como un lento veneno el sueño en las venas, ese sueño impalpable, lánguido como una vida dichosa, se interpuso, como una nube, entre la vida pasada y futura de los dos amantes.

En medio de aquel sueño preñado, de ilusiones, un ruido continuo que se oía en el piso superior alarmó primero a La Valliére, pero sin despertarla del todo.

No obstante, como el ruido continuaba y se oía cada vez con más claridad, recordando la realidad a la pobre joven embriagada de ilusión, se levantó asustada, bella en su desorden, diciendo:

-¡Alguien me aguarda arriba! ¡Luis, Luis! ¿No oís?

-¿No os espero yo a vos? -dijo el rey con ternura-. ¡Que en adelante os esperen los demás!

Pero ella movió la cabeza.

-¡Felicidad oculta! -dijo asomando a sus ojos dos gruesas lágrimas-. Poder oculto... Mi orgullo debe callarse como mi corazón. El ruido volvió a oírse.

-Oigo la voz de Montalais -dijo La Valliére.

Y subió precipitadamente la escalera.

El rey subía con ella, no acertando a separarse de su lado, y cubría de besos su mano y la fimbria de su vestido.

-Sí, sí -repitió la joven asomando medio cuerpo por la trampa-, sí, es la voz de Montalais que llama; por fuerza ha ocurrido alguna novedad importante.

-Pues id, vida mía -dijo el rey-, y volved pronto.

-¡Oh! Hoy no. ¡Adiós, adiós! Y, bajándose otra vez para abrazar a su amante, entró en la habitación. Montalais la aguarda, en efecto, pálida y agitada.

-¡Pronto, pronto, que sube! ¿Quién? ¿Quién sube?

-¡Él! ¡Ya me lo temía!

-Pero, ¿quién es él? ¡Me matas!

-¡Raúl! -murmuró Montalais.

-Yo, sí, yo -contestó una voz gozosa desde las últimas gradas de la escalera.

La Valliére lanzó un grito terrible, y retrocedió, espantada.

-Aquí estoy, aquí estoy, amada Luisa -dijo Raúl acudiendo presuroso-. ¡Oh! ¡Bien sabía que me amabais siempre!

Luisa hizo un movimiento de terror y otro de maldición, y, aunque se esforzó por hablar, sólo pudo pronunciar esta palabra:

-¡No! ¡no!

Y cayó en brazos de Montalais, murmurando:

-¡No os aproximéis!

Montalais hizo una seña a Raúl, que, petrificado en el umbral, ni trató de dar un paso más en la habitación.

Después, dirigiendo su vista hacia el biombo:

-¡Imprudente! -dijo ella-. ¡La trampa no está cerrada!

Y fue hacia el ángulo de la pieza para cerrar primero el biombo; después, detrás de éste, la trampa.

Pero al mismo tiempo lanzábase por ella el rey, que había oído el grito de La Valliére y acudía a socorrerla.

Luis se arrodilló ante ella, redoblando sus preguntas a Montalais, que iba ya perdiendo la cabeza.

Pero en el instante en que el rey se hincaba de rodillas, se oyó un grito de dolor en la puerta, y ruido de pasos en el corredor. El rey quiso correr a fin de ver quién había dado aquel grito y producía el ruido de pasos.

Montalais procuró retenerle, pero no lo consiguió.

El rey, dejando a La Valliére, se acercó a la puerta; pero Raúl estaba ya lejos, de modo que el rey no vio más que una especie de sombra que volvía la esquina del corredor.

XLVI
DOS ANTIGUOS AMIGOS

En tanto que en la Corte pensaba cada cual en sus asuntos, un hombre se dirigía misteriosamente de la plaza de la Gréve, a una casa que ya conocemos por haberla visto sitiada un día de revuelta por Artagnan.

Esta casa tenía su entrada principal por la plaza de Baudoyer. De bastante capacidad, cercada de jardines y rodeada por la calle de San Juan de herrerías que la mantenían al abrigo de miradas indiscretas, se. hallaba encerrada en aquel triple baluarte de piedras, de ruido y de verdor, como una momia perfumada en su triple caja.

El hombre de que hablamos andaba con paso seguro a pesar de no hallarse en su primera juventud. Al ver su capa de color obscuro y su larga espada que mantenía levantada la capa, cualquiera habría reconocido en él a un buscador de aventuras; y si examinaba aquellos bigotes retorcidos y aquel cutis fino que aparecía bajo el sombrero, calcularía con razón que esas aventuras debían ser galantes.

Apenas entró el caballero en la casa, sonaron las ocho en San Gervasio.

Y diez minutos después, una dama, seguida de un lacayo armado, fue a llamar a la misma puerta, que una sirvienta anciana abrió al punto.
La dama se levantó el velo al entrar. No era ya una belleza, pero era todavía una mujer; no era ya joven, pero se hallaba ágil y no tenía mal ver. Bajo un prendido rico y de buen gusto, disimulaba una edad que sólo Ninón de Lenclos pudo arrostrar con la sonrisa en los labios.

Apenas entró en el zaguán, cuando el caballero, del que no hemos hecho más que bosquejar los rasgos, adelantóse a recibirla dándole la mano.

-Querida duquesa -dijo-, buenas noches.

-Felices, mi querido Aramis - replicó la duquesa.

Aramis la condujo a un salón amueblado elegantemente, cuyas ventanas elevadas se teñían con los últimos resplandores del día, que se filtraban por las cimas negras de algunos abetos.

Los dos se sentaron al lado uno de otro, sin que a ninguno le pasase por la imaginación la idea de pedir luz, sepultándose de este modo en la sombra, como hubieran querido sepultarse mutuamente en el olvido.

-Caballero -dijo la duquesa-, desde nuestra entrevista en Fontainebleau no me habéis comunicado noticias vuestras, y confieso que vuestra presencia, el día de la muerte del franciscano, y vuestra iniciación en ciertos secretos, me han causado la mayor sorpresa que he tenido en mi vida.

-Puedo datos explicaciones respecto de mi presencia en Fonlainebleau y de mi iniciación -dijo Aramis.

-Pero, antes de nada -repuso con viveza la duquesa-, hablemos algo de nosotros. Hace mucho tiempo que somos buenos amigos.

-Sí, señora, y si Dios lo permite, lo seremos, si no por mucho, tiempo, a lo menos siempre.

-Así es, caballero, y mi visita es una prueba de ello.

-Ahora, señora, no tenemos el mismo interés que en otro tiempo -dijo Aramis, sonriendo sin temor en la penumbra, porque la falta de luz hacía que no pudiera adivinarse si su sonrisa era menos agradable y menos fresca que en otros tiempos.

-Hoy, caballero, tenemos otros intereses; cada edad trae consigo los suyos; y como hoy nos entendemos hablando, como en otra época nos entendíamos sin hablar, hablemos, si os parece.

-Duquesa, a vuestras órdenes. ¡Ah, perdonad! ¿Cómo habéis encontrado mi dirección? ¿Para qué me llamáis?

-¿Para qué? Ya os lo he ficho.

La curiosidad me ha movido a ello. Deseaba saber qué teníais que ver con el franciscano, a quien yo conocía, y que murió de un modo tan particular. Ya sabéis que cuando nos encontramos en Fontainebleau, en aquel cementerio, al pie de aquella sepultura recientemente cerrada, nos emocionamos uno y otro hasta el punto de no acertar a confiarnos cosa alguna.

-Sí, señora.

-Pues bien, apenas os dejé, me arrepentí de ello. Siempre me ha sido grato saber, en lo cual se me parece algo madame de Longueville. ¿No es cierto?

-No sé -dijo Aramis discretamente.

-Recordé, pues -prosiguió la duquesa-, que nada nos habíamos dicho en aquel cementerio, ni vos de lo que teníais que ver con aquel franciscano, cuya inhumación vigilábais, ni yo de las relaciones que con él tenía. Todo eso me ha parecido impropio de dos buenos amigos como nosotros, y he buscado ocasión de que nos veamos para darnos una prueba más de que María Michón, la pobre difunta, ha dejado sobre la tierra una sombra de buenos recuerdos.

Aramis inclinóse hacia la mano de la duquesa y estampó en ella un beso galante.

-Algún trabajo os habrá costado hallarme -dijo.

-Sí -repuso la dama, sintiendo volver a lo que deseaba indagar Aramis-; pero como sabía que sois amigo del señor Fouquet, me he informado por los allegados a éste.

-¿Amigo? -dijo el caballero-.Mucho decís, señora. No soy más que un pobre cura favorecido por tan generoso protector; un corazón lleno de reconocimiento y fidelidad. He ahí lo que soy respecto al señor Fouquet.

-¿Es verdad que os ha hecho obispo? -replicó la dama.

-Sí, duquesa.

-Este es vuestro retiro, gallardo mosquetero.

"Como el tuyo las intrigas políticas" -dijo entre sí Aramis.

Y añadió:

-¿De modo que os informasteis en el círculo de relaciones del señor Fouquet?

-Fácilmente. Estuvisteis en Fontainebleau con él, y habéis hecho un viajecito a vuestra diócesis, que es Belle-Isle-en-Mer, según creo.

-No, no, señora -dijo Aramis-. Mi diócesis es Vannes.

-Eso quise decir; sólo que me parecía que Belle-Isle-en-Mer...

-Es una posesión del señor Fouquet, nada más.

-Sí, mas me habían dicho que estaba fortificada, y recordaba que sois militar, amigo mío.

-Desde que abracé el estado eclesiástico, todo lo he olvidado - dijo picado Aramis.

-Claro... Supe, decía, que habíais vuelto de Vannes, y envié a preguntar a un amigo vuestro, al conde de La Fére.

-¡Ah! -murmuró Aramis.

-Ése es discreto, y me contestó que ignoraba vuestra dirección. "¡Siempre Athos! -pensó el obispo-. Lo bueno, siempre es bueno.

-Entonces ... Ya sabéis que no puedo presentarme aquí, porque la reina madre siempre tiene algo contra mí.

-Sí, y por eso me asombro de veros.

-He tenido muchos motivos para venir...

-Pero continúo... Tuve, pues, que esconderme; pero, por suerte, encontré al señor de Artagnan, uno de vuestros antiguos amigos, ¿no es cierto?

-De mis amigos actuales, duquesa.

-Bien; pues él me informó, enviándome al señor Baisemeaux, alcaide de la Bastilla.

Aramis estremecióse, y sus ojos despidieron en la sombra una llama que no pudo escapar a su perspicaz amiga.

-¡El señor Baisemeaux! -exclamó-. ¿Y por qué os envió Artagnan al señor Baisemeaux? -¡Ah! No sé.

-¿Qué quiere decir eso? -dijo el obispo, reuniendo todas las fuerzas intelectuales a fin de sostener dignamente el combate.

-El señor Baisemeaux os está obligado, según me ha dicho Artagnan.

-Es verdad.

-Pues bien, sabiéndose dónde para un deudor, es fácil saber dónde hallar al acreedor.

-También eso es verdad... Y Baisemeaux entonces os indicó...

-Saint-Mandé, donde os hice entregar una carta.

-Que tengo aquí y me es muy preciosa -dijo Aramis-, puesto que me ha proporcionado el placer de veros.

Contenta la duquesa de haber orillado sin contratiempo todas las dificultades de aquella exposición delicada, respiró.

Aramis no respiró.

-Estábamos -dijo- en vuestra visita a Baisemeaux.

-No -dijo ella riendo-, más lejos.

-Entonces, en vuestro rencor contra la reina madre.

-Más allá todavía -dijo la dama-, más allá; estábamos en las relaciones... Es sencillo -prosiguió la duquesa tomando su partido-. Ya sabéis que vivo con el señor de Laicques.

-Sí, señora. -Un casi marido. -Así dicen.

-¿En Bruselas?

-Sí.

-Ya sabéis que mis hijos me han arruinado y despojado.

-¡Oh, qué miseria, duquesa!

-¡Es horrible! He tenido que ingeniarme para vivir, y principalmente para no vegetar.

-Lo concibo.

Tenía odios que explotar, amistades que favorecer, y me encontraba sin crédito ni protectores.

-¡Vos, que habéis protegido a tantos! -dijo suavemente Aramis. Así pasa siempre, caballero. Entonces vi al rey de España, que acababa de nombrar un general de los jesuitas, como de costumbre.

-¡Ah! ¿Es eso costumbre?

-¿Lo ignorabais?

-Perdonad; estaba distraído.

-En efecto, no podíais ignorarlo, estando en una intimidad tan grande con el franciscano.

-¿Con el general de los jesuitas, queréis decir?

-Precisamente... Vi, pues, al rey de España. Quiso favorecerme, pero no podía. Sin embargo, me recomendó en Flandes, a mí y a Laicques, e hízome dar una pensión de los fondos de la Orden.

-¿De los jesuitas?

El general, quiero decir el franciscano, vino a verme. -Muy bien.

-Y como, para regularizar la situación, según los estatutos de la Orden, debía ser considerado como prestando servicios... Ya sabéis que ésa es la regla.

-Lo ignoraba.

Madame de Chevreuse detúvose para mirar a Aramis; pero reinaba una gran obscuridad.

-Pues bien, ésa es la regla -añadió-. Debía, pues, aparecer que yo prestaba alguna utilidad. Propuse viajar para la Orden, y se me inscribió entre los afiliados viajeros. Ya comprendéis que eso no era más que apariencia y una formalidad.

-Perfectamente.

-Así cobraba yo mi pensión, que era muy decente.

-¡Dios mío, duquesa, es para mí una puñalada lo que estáis diciendo! ¡Vos precisada a recibir una pensión de los jesuitas!

-No, caballero, de España. -¡Oh! Salvo el caso de conciencia, duquesa, no podréis menos de convenir en que es lo mismo.

-No, no; de ninguna manera. -De modo, que de toda aquella pingüe fortuna, queda...

-Dampierre, y nada más. -Vamos, todavía es una bicoca! -Sí, pero Dampierre hipotecado y algo arruinado, como la propietaria.

-¿Y la reina madre ve todo eso con ojos enjutos? -preguntó Ara. mis con mirada curiosa, que sólo encontró tinieblas.

-Sí, todo lo ha olvidado.

-Me parece, duquesa, que habéis intentado volver a su gracia.

-Sí; pero, por una singularidad que no tiene nombre, me encuentro con que el joven rey ha heredado la antipatía que su querido padre me profesaba. Bien podéis decir que pertenezco a la especie de mujeres a quienes se odia, no a la de aquellas a quienes se ama.

-Querida duquesa, os suplico que vengamos al objeto que os trae, porque se me figura que podremos servirnos recíprocamente.

-Eso mismo he pensado. Fui, por tanto, a Fontainebleau con un doble objeto. En primer lugar, me llamó allí el franciscano de que ya tenéis noticia... A propósito, ¿de dónde le conocíais?... Porque yo he referido mi historia, y vos no me habéis hablado de la vuestra.

-Lo conocí de una manera muy natural, duquesa. Estudié teología con él en Parma, nos hicimos íntimos, y unas veces los negocios, otras los viajes, otras las guerras, nos tenían apartados.

-Sabíais que fuese general de los jesuitas?

-Lo presumía.

-¿Y por qué extraña casualidad fuisteis, vos también, a la hostería donde se reunían los afiliados viajeros?

-¡Oh! -dijo Aramis con voz tranquila-. Pura casualidad. Iba a Fontainebleau a casa del señor

Fouquet, para obtener una audiencia de rey, cuando encontré en el camino a aquel desgraciado moribundo y le reconocí. Ya sabéis lo demás el pobre expiró en mis brazos.

-Sí, pero dejándoos en el cielo y sobre la tierra un poder tan grande, que disteis en su nombre órdenes soberanas.

-En efecto, me hizo varios encargos

-¿Y qué os dijo para mí?

-Ya os lo he dicho: que se os entregase una suma de doce mil libras. Me parece haberos dado la firma necesaria para cobrar. ¿No lo habéis hecho?

-Sí, mi amado prelado; pero me han dicho que dabais esas órdenes con tal misterio y con tan soberana majestad, que generalmente os han creído sucesor del querido difunto.

Aramis púsose encarnado de impaciencia. La duquesa continuó: - Procuré informarme cerca del rey de España, y se disiparon mis dudas sobre el particular. El general de los jesuitas es de nombramiento suyo, y debe ser español, conforme a los estatutos de la Orden. Vos no sois español, ni habéis sido nombrado por el rey de España.

Aramis sólo contestó:

-Ya a veis, duquesa, que estábais en un error, puesto que el rey de España os ha dicho eso.

-Amigo Aramis; pero hay otra cosa, en la cual he pensado.

-.¿Qué es?

-Ya sabéis que suelo pensar algo en todo.

-Sí, duquesa.

- Conocéis el español?

-Todo francés que ha entrado en la Fronda lo sabe.

Habéis residido en Flandes?

-Tres años.

-¿Y habéis estado en Madrid?

-Quince meses.

-Entonces, os halláis en estado de poder ser naturalizado español.

-¿De veras? -dijo Aramis con candor que engañó a la duquesa.

-Sin duda... Dos años de permanencia y el conocimiento de la lengua son las condiciones indispensables. Habéis estado más de cuatro años ... más del doble.

-¿Adónde vais a parar, querida dama?

-A esto: estoy en buenas relaciones con el rey de España. "Tampoco estoy yo en malas", pensó Aramis.

-¿Queréis -continuó la duquesa- que solicite del rey la sucesión del franciscano para vos?

-¡Oh duquesa!

-¿Tal vez la tengáis ya?

-¡No, a fe mía!

-Pues bien, puedo haberos ese servicio.

-¿Por qué no se lo habéis hecho al señor de Laicques, duquesa? Es hombre de talento, y le amáis.

-Cierto que sí; pero no conviene eso. En fin, responded, Laicques o no Laicques, ¿aceptáis?

-¡No, duquesa, gracias! La duquesa calló. "Nombrado está", pensó.

-Ya que de ese modo rehusáis mi oferta -replicó la señora de Chevreuse-, no creo excederme pidiéndoos algo para mí.

-Pedid, duquesa, pedid. -¡Pedir! ... Inútil sería, si no tenéis la facultad de conceder. -Por poco que pueda, no dejéis de pedir.

-Necesito algún dinero a fin de hacer reparar Dampierre.

-¡Ah! -replicó Aramis fríamente-. ¿Dinero?... Veamos, duquesa, ¿cómo cuánto?

-Una suma regular.

-¡Malo! Ya sabéis que no soy rico.

-Vos, no; pero la Orden, sí. Si fuerais general...

-Pero ya sabéis que no lo soy.

-Entonces, tenéis un amigo que debe de ser rico; el señor Fouquet.

-¿El señor Fouquet? ¡Señora, si está medio arruinado!

-Así lo he oído, pero no lo quise creer.

-¿Por qué, duquesa?

-Porque tengo del cardenal Mazarino algunas cartas, es decir, las tiene Laicques, en que se detallan cuentas muy extrañas.

-¿Qué cuentas?

-Son rentas vendidas, empréstitos hechos... no me acuerdo bien. Pero sea come quiera, de ellas resulta que el superintendente, en, virtud de cartas firmadas por Mazarino, ha sacado de las arcas del Estado unos treinta millones. El caso es grave.

Aramis clavóse las uñas en la mano.

-¡Bah! ¿Y cómo es que teniendo cartas de esa naturaleza no le habéis hablado de ella al señor Fouquet?

-¡Oh! -replicó la duquesa-. Semejantes cosas se tienen siempre reservadas, para sacarlas del armario el día que se necesiten.

-¿Y ha llegado ese día? -dijo Aramis.

-Sí, amigo.

-¿Y vais a enseñar esas cartas al señor Fouquet?

-Prefiero entenderme con vos.

-Muy necesitada debéis estar de dinero, pobre amiga, para pensar en tales cosas, pues recuerdo la poca estima en que teníais la prosa del señor Mazarino.

-En efecto, necesito dinero.

-Además -prosiguió Aramis con la mayor frialdad-, habréis tenido que hacer un esfuerzo para echar mano de ese recurso. Es cruel.

-¡Oh! Si hubiera querido hacer mal y no bien -dijo la señora de Chevreuse-, , en vez de pedir al general de la orden o al señor Fouquet las quinientas mil libras que necesito...

-¡Quinientas mil libras! -Nada más. ¿Os parece mucho?

Es lo menos que necesito para reparar Dampierre.

-Sí, señora.

-Decía, pues, que en lugar de pedir esa cantidad, hubiera buscado a mi antigua amiga, la reina madre. Las cartas de su esposo, el signor Mazarini, habrían servido para introducirme hasta ella, y le habría pedido aquella bagatela, diciéndole: “Señora, quiero tener el honor de recibir a Vuestra Majestad en Dampierre; permitidme que lo ponga en estado de poderlo hacer dignamente”.

Aramis no replicó una palabra.

-Vamos -preguntó la dama-, ¿en qué pensáis?

-Hago sumas -dijo Aramis.

-Y el señor Fouquet substracciones. Pero yo quiero multiplicar. ¡Qué excelentes matemáticos somos! ¡Qué bien podríamos entendemos!

-¿Me concedéis algún tiempo para reflexionar? -dijo Aramis.

-No... Para tal negociación, entre personas como nosotros, es preciso decir sí o no en el acto. "Este es un lazo -pensó el obispo-; es imposible que Ana de Austria dé oídos a semejante mujer."

-¿Qué decís? -insistió la duquesa.

-Digo, señora, que extrañaría mucho que el señor Fouquet pudiese disponer en estos momentos de quinientas mil libras.

-No hablemos más, pues, del asunto, y Dampierre se reparará como se pueda.

-¡Oh! Supongo que no llegarán vuestros apuros hasta ese punto.

-No, yo no me apuro nunca.

-Y la reina -continuó el obispo- hará en vuestro favor lo que no puede hacer el superintendente.

-Así lo creo... Mas, decidme, ¿no os pare bien que hable yo misma al señor Fouquet de esas cartas?

-En este punto, duquesa, podéis hacer lo que mejor os plazca; pero una de dos: o el señor Fouquet se reconoce culpable o no; en el primer caso, le creo bastante orgulloso para no confesarlo; en el segundo, no podrá menos de mostrarse altamente ofendido por tal amenaza.

-Discurrís siempre como un ángel.

La duquesa se levantó.

-¿De consiguiente, vais a denunciar a la reina al señor Fouquet? -dijo Aramis.

-¿Denunciar?... ¡Vaya una palabra! No creáis que yo denuncie, querido amigo; conocéis sobrado bien la política para ignorar cómo se hacen semejantes cosas; tomaré partido contra el señor Fouquet.

-Tenéis razón.

-Y, en una guerra de partido, un arma es un arma.

-Sin duda.

-Una vez reconciliada con la reina, puedo ser peligrosa.

-Y estaréis en vuestro derecho, duquesa.

-De que pienso usar, mi querido amigo.

-¿Ya sabéis que el señor Fouquet está en la mejor armonía con el rey de España, duquesa?

-¡Oh! Lo presumo.

-Y el señor Fouquet, si le hacéis una guerra de partido, como habéis dicho, os declarará otra por su parte.

-¡Cómo ha de ser!

-También estará en su derecho, ¿no?

-Indudablemente.

-Y, como está en buenas relaciones con España, hará un arma de su amistad.

-Queréis decir que tendrá también a su favor al general de los jesuitas, mi querido Aramis.

-Puede suceder, duquesa.

-Y entonces me suprimirán la pensión que percibo de ese lado. . .

-Mucho me lo temo.

-Ya veremos de consolarnos... ¡Ay, amigo mío! Después de Richelieu, de la Fronda y del destierro, ¿qué puede temer madame de Chevreuse?

-La pensión, como sabéis, es de cuarenta y ocho mil libras.

-¡Ay! Bien lo sé.

-Además, en las guerras de partido, no lo ignoráis, se persigue a los amigos del enemigo.

-¡Ah! ¿Lo decís por el pobre Laicques?

-Es casi inevitable, duquesa. -No percibe más que doce mil libras de pensión.

-Sí; pero el rey de España tiene crédito; aconsejado por el señor Fouquet, podría hacer encerrar al señor Laicques en alguna fortaleza.

-No me causa eso gran miedo, mi buen amigo, porque a favor de la reconciliación con Ana de Austria, conseguiré que Francia pida la libertad de Laicques.

-Es verdad. Entonces tendréis que temer otra cosa.

-¿Cuál? -preguntó la duquesa aparentando sorpresa y temor.

-Ya sabéis que el que llega a ingresar en la Orden, no puede salir de ella sin gran dificultad. Los secretos que se penetran son muy peligrosos, y llevan consigo gérmenes de desgracia para el indiscreto que los revela.

La duquesa reflexionó un momento.

-¡Eso es cosa más seria! -dijo-. Lo reflexionaré.

Y, no obstante la obscuridad profunda, sintió Aramis una mirada abrasadora como un hierro candente, escapar de los ojos de su amiga para ir a hundirse en su corazón.

-Recapitulemos -dijo Aramis, que estaba prevenido y deslizando la mano bajo la ropilla, en donde ocultaba un estilete.

-Eso es, recapitulemos: las buenas cuentas hacen los buenos amigos...

-La supresión de vuestra pensión...

-Cuarenta y ocho mil libras, y las de Laicques, doce mil, hacen sesenta mil libras. ¿Es eso lo que queréis decir?

-Exactamente, y busco lo que ganáis en cambio.

-Quinientas mil libras que obtendré de la reina.

-O no.

-Sé el medio de conseguirlas -dijo aturdidamente la duquesa. Estas palabras hicieron aguzar el oído a Aramis. A partir de aquella falta del adversario, estuvo su inteligencia tan alerta, que fue ganando siempre ventaja sobre ella.

-Admito que saquéis ese dinero -repuso-; aún perderéis el dobles, puesto que podéis cobrar cien mil francos de pensión en vez de los sesenta mil, y por espacio de diez años.

-No, porque sólo tendré esa disminución de renta mientras dure el Ministerio del señor Fouquet, y no le doy de vida arriba de dos meses.

-¡Ah! -exclamó Aramis.

-Ya veis que soy sincera.

-Os doy las gracias, duquesa; pero haríais mal en suponer que después de la caída del señor Fouquet siguiera la Orden pagándoos la pensión.

-Sé los medios de obligar a ello a la Orden, como sé también los de hacer contribuir a la reina madre.

-Entonces, duquesa, no nos queda otro remedio que arriar bandera ante vuestro poderío. ¡Sea vuestra la victoria! ¡Para vos el triunfo! Sed clemente, os lo ruego. ¡Sonad, clarines!

-¿Cómo es posible -replicó la duquesa sin hacer caso de la ironía- que retrocedáis ante quinientas mil miserables libras, cuando se trata de

evitaros, quiero decir a vuestro amigo, perdón, a vuestro protector, los disgustos que lleva consigo una guerra de partido?

-Os lo diré, duquesa: porque después de esas quinientas mil libras, el señor Laicques reclamará su parte, que será también de otras quinientas mil libras, ¿no es así?

Así es que, después de la parte del señor Laicques y la vuestra, vendrá la de vuestros hijos, la de vuestros , pobres, la de todo el mundo, y unas cartas, por mucho que comprometan, no valen tres o cuatro millones.

¡Caray, duquesa! Los herretes de la reina de Francia valían más que esos pedazos de papel firmados por el señor Mazarino, y no costó . adquirirlos la cuarta parte de lo que pedís para vos.

-¡Ah, verdad es, verdad es! Pero el comerciante pone a su mercancía el precio que le da la gana, y el comprador queda en libertad de tomarlo o rehusarlo.

-Escuchad, duquesa: ¿queréis que os diga por qué no compro vuestras cartas?

-Decid.

-Vuestras cartas de Mazarino son falsas.

-¡De veras!

-Sí; porque sería por lo menos extraño que, enemistada con la reina por Mazarino, hubiérais mantenido con éste un trato íntimo; eso olería a pasión, a espionaje, a ... perdonad; no quiero decir la palabra.

-Hablad sin reparo.

-A complacencia.

-Todo eso es verdadero; pero no lo es menos lo que contienen las cartas.

-Os juro, duquesa, que no podréis serviros de ellas para con la reina.

-¡Oh! Sí tal: de todo puedo servirme para con ella.

"¡Bueno! -pensó Aramis-. ¡Canta, pues, arpía! ¡Silba lo que quieras, víbora!"

Pero la duquesa había dicho ya bastante, y dio dos pasos hacia la puerta.

Aramis le reservaba una desgracia... la imprecación que deja oír el vencido tras el carro del triunfador. Llamó.

En el salón aparecieron luces. Aramis clavó una mirada irónica en aquellas mejillas pálidas y descarnadas, en aquellos ojos, cuyo fuego escapaba de los párpados desnudos, y en aquella boca, cuyos labios ocultaban con cuidado unos dientes ennegrecidos y raros.

En seguida se cuadró graciosamente, dejando ver su nerviosa y bien formada pierna, su cabeza luminosa y altiva, y sonrió para enseñar unos dientes que, a la luz, despedían aun cierto brillo. La envejecida coqueta comprendió al galante mofador, hallándose colocada casualmente delante de un gran espejo que reflejaba toda su decrepitud, tan cuidadosamente disimulada.

Entonces, sin saludar siquiera a Aramis, que se inclinaba con flexibilidad y donaire, como el mosquetero de otro tiempo, se marchó con paso vacilante y entorpecido por la precipitación.

Aramis se deslizó como un céfiro por el piso para acompañarla hasta la puerta.

La señora de Chevreuse hizo un ademán a su lacayo, que volvió a coger el mosquete, y abandonó aquella casa en que dos amigos tan tiernos no se habían entendido por comprenderse demasiado bien.

XLVII
DONDE SE VE QUE EL TRATO QUE NO PUEDE HACERSE CON UNA PERSONA SE HACE CON OTRA

Aramis no se había engañado; así que salió la señora de Chevreuse de la casa de la plaza de Baudoyer, se hizo conducir a la suya.

Indudablemente temía que la siguiesen, y trataba con eso de burlar a los espías, caso que los hubiese. Pero, apenas entró en su casa y se cercioró de que nadie la seguía para inquietarla, hizo abrir la puerta del jardín que daba a otra calle, y se dirigió a la Croix-des-Petits-Champs, donde vivía el señor Colbert.

Como hemos dicho, era de noche, y de las más obscuras; París, ya en calma, escondía en su indulgente sombra a la noble duquesa conduciendo su intriga política, y a la sencilla menestrala que, retrasada por un convite, tomaba, de bracero con su amante, el camino más largo para dirigirse a la morada conyugal.

La señora de Chevreuse tenía demasiada práctica en la política nocturna para que ignorase que un ministro jamás se niega, aun cuando sea en su casa, a las damas jóvenes y bellas que temen el polvo de las oficinas, ni a las viejas instruidas que temen el eco de los ministerios.

Un sirviente recibió a la duquesa en el pórtico, y preciso es decir que la recibió bastante mal. Aquel hombre le significó, después de haber visto su cara, que ni aquella hora ni aquella edad eran a propósito para distraer de sus ocupaciones al señor Colbert.

Pero la señora de Chevreuse, sin inmutarse, escribió en una hoja de su libro de memorias su nombre, nombre ruidoso, que había resonado tantas veces desagradablemente en los oídos de Luis XIII y del gran cardenal.

Escribió, pues, su nombre con aquella letra gorda y desigual, digna de los elevados personajes de aquella época; dobló el papel de un modo peculiar suyo, y lo entregó al criado sin hablar palabra, pero con ademán tan imperioso, que el gran tuno, habituado a olfatear a la gente, olió a la princesa, y bajando la cabeza, corrió al despacho del señor Colbert.

No hay que decir que el ministro dejó escapar un pequeño grito al abrir el papel, y que aquel grito, informando suficientemente al criado del interés de la visita misteriosa, bastó para que éste volviese corriendo a buscar a la duquesa.

Subió, pues, con bastante lentitud al piso principal de la linda casa nueva, se detuvo en el descansillo para no entrar sofocada, y apareció luego ante el señor Colbert, que abría él mismo las hojas de la puerta.

La duquesa se detuvo en el umbral para mirar al hombre con quien tenía que habérselas.

A primera vista, el conjunto de aquella cabeza redonda, pesada, maciza, las espesas cejas, la jeta desgraciada de aquella figura aplastada bajo

un casquete semejante a un solideo, prometía a la duquesa pocas dificultades en las negociaciones, pero también poco interés en el debate de los artículos.

Porque no había la menor apariencia de que aquella naturaleza grosera fuera sensible a los encantos de una venganza refinada o de una ambición sedienta.

Pero, cuando la duquesa vio más de cerca los ojillos penetrantes, la arruga longitudinal de aquella frente protuberante, severa, la crispación imperceptible de aquellos labios, en los que pocas veces se revelaba la campechanía, la señora de Chevreuse mudó de parecer y pudo decir: "Hallé mi hombre".

-¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora? -preguntó el intendente de Hacienda.

-A la necesidad que tengo de vos, señor -contestó la duquesa-, y a la que vos tenéis de mí.

-A dicha tengo, señora, la primera parte de vuestra frase; respecto a la segunda...

La señora de Chevreuse se sentó en un sillón que le aproximó Colbert.

-Señor Colbert, ¿sois intendente de Hacienda?

-Sí, señora.

-¿Y aspiráis a ser superintendente?

-¡Señora!

-No lo neguéis; eso no haría más que alargar nuestra conversación: es inútil.

-Sin embargo, señora, por muy buena voluntad y cortesía que tenga hacia una señora de vuestro mérito, nada en el mundo me hará confesar que trate de suplantar a mi superior.

-Es que yo no he hablado de suplantar, señor Colbert. ¿He dicho eso, acaso?... Creo que no. La palabra reemplazar es menos agresiva y más conveniente gramaticalmente, como decía el señor de Voiture. Me parece, pues, que aspiráis a reemplazar al señor Fouquet.

-Señora, la fortuna del señor Fouquet es de aquellas que resisten. El señor superintendente hace en este siglo el papel del coloso de Rodas: los barcos pasan por debajo de él sin derribarle.

-Esa misma comparación habría ' usado yo. En efecto, el señor Fouquet hace el papel del coloso de Rodas: pero recuerdo haber oído contar al señor Conrart... un académico, según creo... que, habiendo caído el coloso de Rodas, el comerciante que lo hizo derribar... un simple comerciante, señor Colbert... cargó cuatrocientos camellos con sus restos. Y, no obstante, un comerciante es mucho menos que un intendente de Hacienda.

-Señora, puedo aseguraros que nunca derribaré al señor Fouquet. -Bien, señor Colbert; puesto que os obstináis en haceros el sensible conmigo, como si ignoráseis que me llamo Chevreuse, y que soy vieja, es decir, que estáis hablando con una mujer hecha a la política del señor Richelieu, y que no tiene tiempo que perder; ya que cometéis esa imprudencia, voy a buscar a otras personas más inteligentes y más solícitas en hacer fortuna.

-¡Pero explicaos, señora!

-Me estáis dando una pobre idea de las negociaciones de hoy día. Os

juro que si en mi tiempo hubiera ido una mujer en busca del señor de Cinq-Mara, que no era un gran talento, y le hubiese dicho sobre el cardenal lo que yo acabo de deciros del señor Fouquet, el señor de Cinq-Mars se habría decidido al momento.

-Vamos, señora, un poco de indulgencia.

-Por tanto, ¿consentís en reemplazar al señor Fouquet?

-Si el rey lo despide, sí, ciertamente.

-Una palabra más; es evidentísimo que si aún no habéis logrado echar al señor Fouquet, es porque no habéis podido hacerlo. Así es que yo sena una necia pécora si, viniendo a vos, no os trajera lo que os falta.

-Ya estoy cansado de tanto insistir, señora -dijo Colbert después de un silencio que había permitido a la duquesa sondear toda la profundidad de su disimulo-; pero debo participaros que hace seis meses que se suceden denuncias sobre denuncias contra el señor Fouquet, sin que jamás haya sido desocupado el asiento del superintendente.

-Hay tiempo para todo, señor Colbert; los que han hecho esas denuncias no se llamaban Chevreuse, ni tenían pruebas equivalente a seis cartas del señor Mazarino probando el delito de, que se trata.

-¿El delito?

-El crimen, si os parece mejor.

-¡Un crimen! ¿Cometido por el señor Fouquet?

-Nada más que eso... Y es extraño, señor Colbert; vos, que tenéis el rostro frío y poco significativo, os veo ahora todo entusiasmado.

-¿Un crimen?

-Me encanta que eso os produzca algún efecto.

-¡Oh, es que esa palabra encierra tantas cosas, señora!

-Encierra un despacho de superintendente de Hacienda para vos, y una orden de destierro o de Bastilla para el señor Fouquet.

-Perdonadme, señora duquesa; es casi imposible que el señor Fouquet sea desterrado. ¡Preso, en desgracia, es demasiado!

-¡Oh! Yo sé lo que digo -repuso fríamente la señora de Chevreuse-. No vivo tan alejada de París que no sepa lo que sucede aquí. El rey no quiere al señor Fouquet, y lo perderá de buen grado si se le da la ocasión.

-Preciso es que la ocasión sea buena.

-Bastante buena; y por eso evalúo a ésta en quinientas mil libras.

-¿Cómo? -exclamó Colbert.

-Quiero decir que, teniendo esta ocasión en mis manos, no la dejaré pasar a las vuestras sino mediante el cambio de quinientas mil libras.

-Perfectamente, señora, comprendo; pero ya que acabáis de fijar un precio a la venta, veamos el valor vendido.

-¡Oh, no es cosa mayor! Seis cartas, ya os lo he dicho, del señor Mazarino; autógrafos que no serán demasiado caros, ciertamente, si prueban de manera irrecusable que el señor Fouquet ha distraído grandes cantidades del Tesoro para apropiárselas.

-¡De manera irrecusable! -dijo Colbert con los ojos brillantes de alegría.

-¡Irrecusables! ¿Queréis leer las cartas?

-Con mucho gusto. Se entiende, la copia.

-La copia, sí.

La señora duquesa sacó de su seno un legajito aplastado por el corpiño de terciopelo.

-Leed -dijo.

Colbert devoró ávidamente todos los papeles.

-¡Magnífico! -dijo.

-Es bastante claro, ¿no es cierto?

-Sí, señora, sí, el señor Mazarino entregó dinero al señor Foubastó para que éste volviese corriendo a buscar a la duquesa.

Subió, pues, con bastante lentitud al piso principal de la linda casa nueva, se detuvo en el descansillo para no entrar sofocada, y apareció luego ante el señor Colbert, que abría él mismo las hojas de la puerta.

La duquesa se detuvo en el umbral para mirar al hombre con quien tenía que habérselas.

A primera vista, el, conjunto de aquella cabeza redonda, pesada, maciza, las espesas cejas, la jeta desgraciada de aquella figura aplastada bajo un casquete semejante a un solideo, prometía a la duquesa pocas dificultades en las negociaciones, pero también poco interés en el debate de los artículos.

Porque no había la menor apariencia de que aquella naturaleza grosera fuera sensible a los encantos de una venganza refinada o de una ambición sedienta.

Pero, cuando la duquesa vio más de cerca los ojillos penetrantes, la arruga longitudinal de aquella frente protuberante, severa, la crispación imperceptible de aquellos labios, en los que pocas veces se revelaba la campechanía, la señora de Chevreuse mudó de parecer y pudo decir: "Hallé mi hombre".

-¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora? -preguntó el intendente de Hacienda.

-A la necesidad que tengo de vos, señor -contestó la duquesa-, y a la que vos tenéis de mí.

-A dicha tengo, señora, la primera parte de vuestra frase; respecto a la segunda...

La señora de Chevreuse se sentó en un sillón que le aproximó Colbert.

-Señor Colbert, ¿sois intendente de Hacienda?

-Sí, señora.

-¿Y aspiráis a ser superintendente?

-¡Señora!

-No lo neguéis; eso no haría más que alargar nuestra conversación: es inútil.

-Sin embargo, señora, por muy buena voluntad y cortesía que tenga hacia una señora de vuestro mérito, nada en el mundo me hará confesar que trate de suplantar a mi superior.

-Es que yo no he hablado de suplantar, señor Colbert. ¿He dicho eso, acaso?... Creo que no. La palabra reemplazar es menos agresiva y más conveniente gramaticalmente, como decía el señor de Voiture. Me parece, pues, que aspiráis a reemplazar al señor Fouquet.

-Señora, la fortuna del señor Fouquet es de aquellas que resisten. El señor superintendente hace en este siglo el papel del coloso de Rodas: los barcos pasan por debajo de él sin derribarle.

-Esa misma comparación habría usado yo. En efecto, el señor Fouquet hace el papel del coloso de Rodas: pero recuerdo haber oído contar al señor Conrart... un académico, según creo ... que, habiendo caído el coloso de Rodas, el comerciante que lo hizo derribar... un simple comerciante, señor Colbert... cargó cuatrocientos camellos con sus restos. Y, no obstante,. un comerciante es mucho menos que un intendente de Hacienda.

-Señora, puedo aseguraros que nunca derribaré al señor Fouquet.

-Bien, señor Colbert; puesto que os obstináis en haceros el sensible conmigo, como si ignoráseis que me llamo Chevreuse, y que soy vieja, es decir, que estáis hablando con una mujer hecha a la política del señor Richelieu, y que no tiene tiempo que perder; ya que cometéis esa imprudencia, voy a buscar a otras personas más inteligentes y más solícitas en hacer fortuna.

-¡Pero explicaos, señora!

-Me estáis dando una pobre idea de las negociaciones de hoy día. Os juro que si en mi tiempo hubiera ido una mujer en busca del señor de Cinq-Mars, que no era un gran talento, y le hubiese dicho sobre el cardenal lo que yo acabo de deciros del señor Fouquet, el señor de Cinq-Mars se habría decidido al momento.

-Vamos, señora, un poco de indulgencia.

-Por tanto, ¿consentís en reemplazar al señor Fouquet?

-Si el rey lo despide, sí, ciertamente.

-Una palabra más; es evidentísimo que sí aún no habéis logrado echar al señor Fouquet, es porque no habéis podido hacerlo. Así es que yo sena una necia pécora si, viniendo a vos, no os trajera lo que os falta.

-Ya estoy cansado de tanto insistir, señora -dijo Colbert después de un silencio que había permitido a la duquesa sondear toda la profundidad de su disimulo-; pero debo participaros que hace seis meses que se suceden denuncias sobre denuncias contra el señor Fouquet, sin que jamás haya sido desocupado el asiento del superintendente.

-Hay tiempo para todo, señor Colbert; los que han hecho esas denuncias no se llamaban Chevreuse, ni tenían pruebas equivalente a seis cartas del señor Mazarino probando el delito de que se trata.

-¿El delito?

-El crimen, si os parece mejor.

-¡Un crimen! ¿Cometido por el señor Fouquet?

-Nada más que eso ... Y es extraño, señor Colbert; vos, que tenéis el rostro frío y poco significativo, os veo ahora todo entusiasmado.

-¿Un crimen?

-Me encanta que eso os produzca algún efecto.

-¡Oh, es que esa palabra encierra tantas cosas, señora!

-Encierra un despacho de superintendente de Hacienda para vos, y una orden de destierro o de Bastilla para el señor Fouquet.

-Perdonadme, señora duquesa; es casi imposible que el señor Fouquet sea desterrado. ¡Preso, en desgracia, es demasiado!

-¡Oh! Yo sé lo que digo -repuso fríamente la señora de Chevreuse-. No vivo tan alejada de París que no sepa lo que sucede aquí. El rey no quiere al señor Fouquet, y lo perderá de buen grado si se le da la ocasión.

-Preciso es que la ocasión sea buena.

-Bastante buena; y por eso evalúo a ésta en quinientas mil libras.

-¿Cómo? -exclamó Colbert.

-Quiero decir que, teniendo esta ocasión en mis manos, no la dejaré pasar a las vuestras sino mediante el cambio de quinientas mil libras.

-Perfectamente, señora, comprendo; pero ya que acabáis de fijar un precio a la venta, veamos el valor vendido.

-¡Oh, no es cosa mayor! Seis cartas, ya os lo he dicho, del señor Mazarino; autógrafos que no serán demasiado caros, ciertamente, si prueban de manera irrecusable que el señor Fouquet ha distraído grandes cantidades del Tesoro para apropiárselas.

-¡De manera irrecusable! -dijo Colbert con los ojos brillantes de alegría.

-¡Irrecusables! ¿Queréis leer las cartas?

-Con mucho gusto. Se entiende, la copia.

-La copia, sí.

La señora duquesa sacó de su seno un legajito aplastado por el corpiño de terciopelo.

-Leed -dijo.

Colbert devoró ávidamente todos los papeles.

-¡Magnífico! -dijo.

-Es bastante claro, ¿no es cierto?

-Sí, señora, sí, el señor Mazarino entregó dinero al señor Fouquet, el cual se lo guardó; pero, ¿qué dinero?

-¡Oh! Si tratamos de eso, añadiré a esas seis cartas una séptima que os dará los últimos detalles. Colbert reflexionó.

-¿Y los originales de las cartas? -Pregunta inútil. Es como si yo os preguntase: "Señor Colbert, los talegos que me daréis, ¿estarán llenos o vacíos?"

-Muy bien, señora.

-¿Concluido?

-No.

-¡Cómo!

-Hay una cosa en que ni uno ni otro hemos pensado.

-Decídmela.

-El señor Fouquet no puede ser perdido en esta ocasión sino por un proceso.

-Bien.

-Un escándalo público.

-Sí. ¿Y qué?

-Que no puede formársele ni un proceso ni un escándalo...

-¿Por qué?

-Porque es fiscal general en el Parlamento; porque todo, en Francia, administración, ejército, justicia, comercio, se liga. a él por una cadena que se llama espíritu de cuerpo. Así es, señora, que nunca sufrirá el Parlamento que su jefe sea arrastrado ante un tribunal. Jamás será condenado, si es llevado a él por la autoridad del rey.

-A fe mía, señor Colbert, que eso no me concierne.

-Ya lo sé, señora; pero me concierne a mí, y disminuye el valor de lo que me traéis. ¿De qué puede aprovecharme una prueba de crimen sin posibilidad de condena?

-Sólo con la sospecha perderá el señor Fouquet su empleo de superintendente.

-He aquí una gran cosa -dijo Colbert, cuyas facciones sombrías brillaron de repente con expresión luminosa de odio y de venganza.

-¡Ah. señor Colbert! -exclamó la duquesa-. ¡Perdonadme; no sabía que fueseis tan impresionable:! ¡Muy bien, muy bien! Puesto que os hace falta más de lo que yo tengo, no hablemos más del asunto.

-Sí tal, señora, hablemos; mas ya que vuestros valores han bajada, rebajad también vuestras pretensiones.

-¿Regateáis?

-Es una necesidad para quien desea pagar lealmente.

-¿Cuánto me ofrecéis?

-Doscientas mil libras.

La duquesa se rió y repuso al instante:

-Esperad.

-¿Consentís?

-Aún no. Tengo otra combinación.

-Decidla.

-Me daréis trescientas mil libras.

-¡No, no!

-¡Oh! ¡Es cuestión de tornarlo o dejarlo! ... Además, no es esto todo.

-¿Todavía? Os hacéis imposible, señora duquesa.

-Menos de lo que creéis, pues no es dinero lo que os solicito.

-¿Pues qué?

-Un favor; sabéis que siempre he amado a la reina.

-¿Y qué?

-Que quiero tener una entrevista con Su Majestad.

-¿Con la reina?

-Sí, señor Colbert, con la reina, que ya no es amiga, verdad es, hace mucho tiempo, pero que puede volver a serlo si se le da una ocasión.

-Su Majestad no recibe ya a nadie, señora. Sufre mucho. No ignoráis que los accesos de su enfermedad se repiten más a menudo.

-Cabalmente por eso deseo tener una entrevista con Su Majestad. Figuraos que en Flandes tenemos muchas de esas enfermedades.

-¿De cánceres? Enfermedad terrible, incurable.

-No creáis eso, señor Colbert.

El campesino flamenco es un hombre casi en estado de naturaleza; no tiene precisamente una mujer, sino una hembra.

-¿Y qué, señora?

-Que en tanto que él fuma su pipa, la mujer trabaja; saca agua de los pozos, carga la mula o el jumento, y hasta se carga a sí propia. No llevando cuidado, se da golpes en todas partes, y es azotada muchas veces. Un cáncer viene de una contusión.

-Verdad es.

-Pues las flamencas no se mueren por eso. Cuando padecen mucho van en busca del remedio. Las beguinas de Brujas son médicos notables

para todas las enfermedades. Tienen aguas preciosas, tópicos, específicos; dan a la enferma un botecito y un cirio, benefician al cura y sirven a Dios explotando sus dos mercancías. Yo traeré a la reina agua del beaterio de Brujas. Curará Su Majestad y quemará tantos cirios como juzgue conveniente. Ya veis, señor Colbert, que impedirme ver a la reina es casi un crimen de regicidio.

-Señora duquesa, sois una mujer de mucho talento, me confundís; sin embargo, veo que esa grande caridad hacia la reina envuelve algún pequeño interés personal.

-¿Me tomo la molestia de ocultarlo, señor Colbert? Me parece que habéis dicho un pequeño interés personal. Pues sabed que es uno muy grande, y os lo probaré. Si me hacéis entrar en la habitación de Su Majestad, me contento con las trescientas mil libras reclamadas; si no, guardo mis cartas, a menos que me deis en el acto quinientas mil libras.

Y, levantándose al pronunciar estas palabras decisivas, la vieja duquesa dejó al señor Colbert en una desagradable perplejidad.

Regatear todavía era ya imposible, y no regatear, perder infinitamente mucho.

-Señora -dijo-, voy a tener el gusto de contaros cien mil escudos.

-¡Oh! -dijo la duquesa.

-¿Pero cómo tendré las cartas verdaderas?

-De la manera más sencilla, mi querido señor Colbert. . . ¿De quién os fiáis?

El grave financiero se echó a reír silenciosamente, de suerte que sus enormes cejas negras bajaban y subían como las alas de un murciélago sobre la línea profunda de su amarilla frente.

-De nadie -dijo.

-¡Oh! Indudablemente haréis una excepción en favor vuestro, señor Colbert.

-¿Cómo es eso, señora duquesa?

-Quiero decir que si os tomáis el trabajo de venir conmigo al sitio donde se hallan las cartas, se os entregarán a vos mismo y entonces podréis confrontarlas y averiguar su verdad.

-Es cierto.

-Y vos iréis provisto de cien mil escudos, porque yo tampoco me fío de nadie.

El señor intendente Colbert ruborizóse hasta las cejas. Era, como todos los hombres superiores en el arte de los guarismos, de una probidad insolente y matemática.

-Llevaré la cantidad prometida en dos bonos pagaderos en mi Caja. ¿Os satisface?

-¡Que no sean dos millones vuestros bonos; señor intendente! ... Voy a tener el honor de indicaron el camino.

-Permitid que haga enganchar mis caballos.

-Tengo una carroza a la puerta, señor.

Colbert tosió como hombre irresoluto. Figuróse un momento que la proposición de la duquesa era un lazo; que tal vez esperaban a la puerta, y que aquella cuyo secreto acababa de vender en cien mil escudos a Colbert, debía de haberlo propuesto a Fouquet por la misma cantidad.

Como vacilaba mucho, la duquesa lo miró fijamente y le dijo:

-¿Queréis mejor vuestra carroza?

-Confieso que sí.

-¿Suponéis que os conduzco a alguna trampa?

-Señora, tenéis un carácter alocado, y yo, revestido de uno bastante grave, puedo verme comprometido por una broma.

-En fin, si sentís miedo, tomad vuestra carroza y tantos lacayos como gustéis ... Pero reflexionad bien en ello ... Sólo nosotros dos sabemos lo que hacemos, y lo que vea un tercero lo sabrá todo el mundo. Después de todo, a mí nada me importa: mi carroza seguirá a la vuestra, y yo me daré por satisfecha con subir en la vuestra para ir a visitar a la reina.

-¿A la reina?

-¿Lo habíais ya olvidado?. ¡Qué! ¿Una cláusula de tal importancia para mí era tan poca cosa para vos? Si lo hubiese sabido hubiera pedido doble.

-He reflexionado en ello, señora duquesa; no os acompañaré.

-¡De veras!... ¿Por qué?

-Porque tengo en vos una confianza ilimitada.

-¡Me lisonjeáis!... Mas para tomar los cien mil escudos ...

-Aquí los tenéis.

El intendente garabateó unas palabras sobre un papel que entregó a la duquesa.

-Estáis pagada -dijo.

-La acción es hermosa, señor Colbert, y voy a recompensaros.

Y, diciendo estas palabras, se echó a reír.

La risa de la señora de Chevreuse era un murmullo siniestro; cualquier hombre que siente la juventud, la fe, el amor, la vida latir en su corazón, prefiere el llanto a esa risa lamentable.

La duquesa abrió la parte superior de su casaca y extrajo del seno un enrojecido legajillo de papeles atados con cinta color de fuego. Los broches habían cedido a la presión brutal de sus nerviosas manos. La piel, arañada por la extracción y frotamiento de los papeles, aparecía sin pudor a los ojos del intendente, muy inquieto con estos preliminares raros.

La duquesa seguía riendo.

-Aquí están -dijo- las verdaderas cartas del señor Mazarino. Las tenéis, pues, y además, la duquesa de Chevreuse se ha medio desnudado ante vos, como si hubieseis sido ... No quiero deciros nombres que os darían orgullo o envidia. Ahora, señor Colbert -añadió, abrochando con rapidez el corpiño de su vestido-, vuestra fortuna está hecha; acompañadme a la habitación de la reina.

-No, señora. Si vais a incurrir de nuevo en la desgracia de Su Majestad, y se sabe en Palacio que he sido vuestro introductor, la reina no me perdonaría jamás. Tengo personas adictas en Palacio, y os harán entrar sin comprometerme.

-Como queráis, con tal que yo entre.

-¿Cómo llamáis a las religiosas de Brujas que cuidan a las enfermas?

-Beguinas.

-Pues una beguina sois vos.

-Bien; pero será preciso que deje de serlo.

-Eso es cuenta vuestra.

-¡Perdón! No quiero exponerme a que me nieguen la entrada.

-También eso os concierne señora. Voy a ordenar al primer ayuda de cámara del gentilhombre de servicio en el cuarto de Su Majestad, que deje entrar a una beguina que lleva un remedio eficaz para mitigar los dolores de Su Majestad. Vos lleváis mi carta, y os encargáis del remedio y de las explicaciones; así confieso a la beguina y niego a la señora de Chevreuse.

-Está bien.

-He aquí la carta de introducción, señora.

XLVIII
LA PIEL DE OSO

Dio Colbert la carta a la duquesa, y le retiró suavemente la silla, detrás de la cual se guarecía ella.

La señora de Chevreuse saludó muy ligeramente, y salió.

Colbert, que había reconocido la letra de Mazarino y contado las cartas, llamó a su secretario y le encargó fuese a buscar a su casa al señor Vanel, consejero del Parlamento. Contestó el secretario que, fiel a sus costumbres, el señor consejero acababa de entrar en la casa a fin de dar cuenta al intendente de los principales detalles del trabajo terminado aquel mismo día en la sesión del Parlamento.

Colbert se aproximó a las lámparas, volvió a leer las cartas del difunto cardenal, sonrióse varias veces reconociendo en ellas todo el valor de los documentos que acababa de entregarle la señora de Chevreuse, y, apoyando por espacio de bastantes minutos su enorme cabeza entre las manos, reflexionó profundamente.

Mientras tanto, un hombre grueso y alto, de semblante huesudo, ojos fijos y nariz acaballada, había pasado al gabinete de Colbert con modesta resolución, que denunciaba un carácter flexible y decidido; flexible para con el amo que podía abandonarle una presa, firme para con los perros que hubiesen podido disputársela. El señor Vanel llevaba bajo el brazo una voluminosa cartera, que dejó sobre el mismo pupitre en que los codos de Colbert sostenían su cabeza.

-Buenos días, señor Vanel -dijo saliendo de su meditación.

-Buenos días, monseñor -dijo naturalmente Vanel.

-Eso es lo que hace falta decir -replicó suavemente Colbert.

-Yo llamo monseñor a los ministros -dijo Vanel con sangre fría imperturbable-. Y si vos no lo sois todavía, no por eso dejáis de ser mi señor.

Colbert levantó la cabeza para leer en la fisonomía del consejero la sinceridad de su adhesión. Pero nada descubrió en el rostro de Vanel. Podía ser honrado. Colbert pensó que aquel inferior era para él superior, respecto a que tenía una mujer infiel.

En el momento en que se apiadaba de la suerte de aquel hombre, Vanel sacó fríamente de su bolsillo un billete perfumado, sellado con cera, y lo tendió a Colbert.

-¿Qué es esto, Vanel?

-Una carta de mi mujer, monseñor.

Colbert tosió. Cogió la carta, la abrió, la leyó y se la guardó en el bolsillo, mientras Vanel hojeaba impasiblemente su volumen de procedimientos.

-Vanel -dijo de repente el protector a su protegido-: ¿sois un hombre de trabajo?

-Sí, monseñor.

-¿No os asustan doce horas de estudio?

-Quince trabajo al día.

-¡Imposible! Un consejero no trabajaría jamás más de tres horas para el Parlamento.

-¡Oh! Yo hago -estados para un amigo que tengo en el Tribunal de Cuentas, y, como me sobra tiempo, estudio el hebreo.

-¿Sois muy considerado en el Parlamento, Vanel?

-Creo que sí, monseñor.

-Bueno sería no pudrirse en la silla de consejero.

-¿Qué hacer para eso?

-Comprar un empleo.

-¿Cuál?

-Algo grande. Las ambiciones pequeñas son las más difíciles de satisfacer.

-Y las bolsas pequeñas, monseñor, son las más difíciles de llenar.

-¿Pero veis algún empleo bueno? -dijo Colbert.

-Yo no veo ninguno, la verdad.

-Yo sí veo uno, aunque sería preciso ser el rey para comprarlo cómodamente; pero creo que el rey no tendrá la fantasía de comprar un cargo de fiscal general.

Al oír semejantes palabras, Vanel fijó en Colbert su mirada humilde y empañada a la vez.

Colbert se preguntó si había sido adivinado o únicamente encontrado por el pensamiento de aquel hombre.

-¿Me habláis, monseñor, del oficio de fiscal general en el Parlamento?

-No conozco otro, como no sea el del señor Fouquet.

-Precisamente, mi querido consejero.

-No vais con rodeos, monseñor; mas, antes de comprar la mercancía, ¿no hace falta que se halle en venta?

-Es que yo creo que dentro de poco estará en venta ese cargo.

-¡En venta! ¿El empleo de fiscal del señor Fouquet?

-Eso se dice.

-¡El empleo que le hace inviolable, en venta ¡Oh!... ¡Oh!... Y Vanel se echó a reír.

-¿Tendríais miedo a ese empleo? -dijo seriamente Colbert.

-¡Miedo! No.

-¿Ni ganas?

-Monseñor se burla de mí -contestó Vanel-. ¿Cómo un consejero del Parlamento no ha de tener ganas de ser fiscal general?

-Entonces, señor Vanel. .. cuando yo os digo que el cargo se presenta en venta...

-Monseñor lo dice.

-Es el rumor que corre.

-Repito que eso es imposible; nunca tira un hombre el escudo detrás del cual ha salvado su honor, su fortuna y su vida.

-A veces vense locos que se creen por encima de todas las malas eventualidades, señor Vanel.

-Sí, monseñor; pero las locuras de esos locos no aprovechan a los pobres Vanel que hay en el mundo.

-¿Por qué no?

-Porque esos Vanel son pobres.

-Cierto es que el empleo del señor Fouquet puede costar caro. ¿Qué daríais por él?

-Todo lo que poseo, monseñor. -Lo cual quiere decir...

-Trescientas o cuatrocientas mil libras.

-¿Y cuánto vale el cargo?

-Millón y medio lo menos. Sé de personas que han ofrecido un millón setecientas mil libras, sin decidir al señor Fouquet. De modo que, si por casualidad quisiera el señor Fouquet venderlo, lo cual no creo yo, no obstante lo que me han dicho...

-¡Ah, os han dicho algo! ¿Quién?

-El señor de Gourville... Él señor Pellisson. . .

-Pues bien, si el señor Fouquet quisiese venderlo...

-No podría comprarlo, en atención a que el superintendente lo haría por tener dinero fresco, y no hay nadie que tenga millón y medio para poner sobre una mesa.

Colbert interrumpió en aquel punto al consejero con una pantomima imperiosa. Había vuelto a reflexionar.

Viendo la actitud grave del amo, y su perseverancia en llevar la conversación hacia aquel tema, Vanel esperaba una solución, sin atreverse a provocarla.

-Explicadme bien -dijo entonces Colbert- los privilegios del cargo de fiscal general.

-El derecho de acusar a todo súbdito francés que no sea príncipe de la sangre; el de destruir toda acusación dirigida contra todo francés que no sea rey o príncipe. Un fiscal general es el brazo derecho de Su Majestad para herir al culpable, y también su brazo para apagar la antorcha de la justicia. Así es que el señor Fouquet se sostendrá contra el rey mismo, sublevando los parlamentos, y Su Majestad contemplará al señor Fouquet para que se registren sus edictos sin contestación. El fiscal general puede ser un instrumento muy útil o muy peligroso.

-¿Deseáis ser fiscal general, Vanel? -dijo de pronto Colbert, dulcificando su mirada y su voz.

-¿Yo? -exclamó éste-. Pero ya he tenido la honra de manifestaros que faltan para eso en mi caja más de un millón de libras.

-Tomaréis prestada esa suma de vuestros amigos.

-No tengo amigos más ricos que yo.

-¡Un hombre de bien!

-¡Si todo el mundo pensase como vos, monseñor!

-Pues yo lo pienso, y basta; y si es preciso, yo responderé por vos.

-Tened presente el proverbio, monseñor.

-¿Cuál?

-"Quien responde paga."

-¿Qué importa eso?

Vanel levantóse, conmovido por esta oferta tan súbita, hecha inopinadamente por un hombre a quien los más frívolos tomaban muy en serio.

-No os burléis de mí, monseñor -dijo.

Veamos, señor Vanel. Decís que el señor Gourville os ha hablado del cargo del señor Fouquet.

Y el señor Pellisson también.

-¿Oficial u oficiosamente?

-He aquí sus palabras: "Esas gentes del Parlamento son codiciosas y ricas; deberían hacer un escote para reunir dos o tres millones al señor Fouquet, su protector, su lumbrera."

-¿Y vos qué dijisteis?

-Dije que por mi parte daría diez mil libras si era preciso.

-¡Ah! ¿Conque estimáis al señor Fouquet? -murmuró Colbert con una mirada llena de odio. -No; pero el señor Fouquet es nuestro fiscal general, y como se llena de deudas, nosotros debemos salvar el honor del cuerpo.

-He ahí lo que me explica por qué el señor Fouquet será siempre sano y salvo mientras ocupe su empleo -replicó Colbert.

-Y después de esto -prosiguió Vanel-, dijo el señor Gourville: "Dar limosna al señor Fouquet es siempre un proceder humillante, al cual respondería con una negativa; que el Parlamento, pues, haga un escote a fin de comprar dignamente el empleo de fiscal general, y entonces todo se salva, el honor del cuerpo y el orgullo del señor Fouquet."

-Esa es una proposición.

-Así la he considerado yo, monseñor.

-Pues bien, Vanel, inmediatamente iréis en busca del señor Gourville o del señor Pellisson. ¿Conocéis algún otro amigo del señor Fouquet?

-Conozco bastante al señor de La Fontaine.

-¿La Fontaine el poetastro?

-Justamente; hacía versos a mi mujer cuando el señor Fouquet era de nuestros amigos.

-Pues dirigíos a él para conseguir una entrevista con el señor superintendente.

-Con mucho gusto; ¿pero el dinero?...

-No os impacientéis por eso, señor Vanel; en el día y a la hora que se fijen estaréis provisto de la suma.

-¡Monseñor, qué munificencia!... ¡Aventajáis al rey, sobrepujáis al señor Fouquet! ...

-Un instante. . . no abuséis de las palabras. Yo no os doy ese millón y pico de libras, señor Vanel; tengo hijos.

-Pero me las prestáis, señor, y eso basta.

-Eso sí, os las presto.

-Pedid interés, garantía, lo que gustéis, monseñor, a todo estoy dispuesto, y, satisfechos vuestros deseos, seguiré repitiendo que sobrepujáis a los reyes y al señor Fouquet en munificencia. ¿Qué condiciones?

-El reembolso en ocho años.

-¡Oh! Muy bien.

-Hipoteca sobre el cargo mismo.

-Perfectamente; ¿es eso todo?

-Aguardad. Me reservo el derecho de compraros el empleo con ciento cincuenta mil libras de beneficio, si no seguís en su desempeño una línea de conducta conforme a los intereses del rey y a mis designios.

-¡Ah! ¡ah! -dijo Vanel algo emocionado.

-¿Contiene esto algo que, pueda chocaros, señor Vanel? -dijo fríamente Colbert.

-No, no -replicó Vanel vivamente.

-Pues bien, firmaremos este contrato cuando gustéis. Corred a casa de los amigos del señor Fouquet.

-Voy volando ...

-Y obtened del superintendente una entrevista.

-Sí, monseñor.

-Sed fácil en concesiones.

-Sí.

-¿Y una vez hechos los arreglos?

-Me apresuro a que se firmen.

-¡Guardaos de ellos!... No habléis jamás de firmas con el señor Fouquet, pues lo perderías todo, ¿entendéis?

-¿Pues qué he de hacer entonces, señor? Es muy difícil...

-Tratad solamente de que el señor Fouquet os dé la mano... ¡Corred!

XLIX
EN EL APOSENTO DE LA REINA MADRE

La reina madre permanecía en su dormitorio en el Palais-Royal con la señora de Motteville y la señora Molina. El rey, a quien se aguardó hasta la noche, no había parecido; la reina, impaciente, había enviado a preguntar con frecuencia por él.

El tiempo estaba de borrasca. Los cortesanos y las damas evitábanse en las antecámaras y los corredores para no hablarse de asuntos de compromiso.

Monsieur se había ido con el rey por la mañana a una partida de caza. Madame permanecía en su cuarto, poniendo mal gesto a todo el mundo. Respecto a la reina madre, después de haber rezado sus oraciones en latín, hablaba de cosas de la casa con sus dos amigas en castellano puro.

La señora de Motteville, que comprendía admirablemente aquella lengua, respondía en francés.

Después que las tres damas agotaron todas las fórmulas del disimulo y de la política, para venir a decir que la conducta del rey hacía morir de pena a la reina, a la reina madre y a todos sus parientes, y después que fulminaron en términos decentes todas las imprecaciones posibles contra la señorita de La Valliére, terminó la reina madre las recriminaciones con las siguientes palabras, propias de su pensamiento y de su carácter:

-¡Estos hijos! -exclamó dirigiéndose a Molina; expresión profunda en boca de una madre, y terrible en boca de una reina que, como Ana de Austria, ocultaba tan extraños secretos en su alma sombría.

-¡Sí -repuso Molina-, estos hijos, por quienes se sacrifican las madres!

-Por quienes -repuso la reina- una madre lo ha sacrificado todo...

Y no concluyó su frase. Parecióle, cuando levantó los ojos hacia el retrato de cuerpo entero del pálido Luis XIII, que los ojos de su esposo recobraban su brillo. El retrato animábase y amenazaba sin hablar. Profundo silencio sucedió a las últimas palabras de la reina madre. La Molina empezó a revolver las cintas y encajes de un gran cestillo. La señora de Motteville, sorprendida por aquel relámpago de inteligencia que iluminó simultáneamente la mirada de la confidente y la de su ama, bajó los ojos, como mujer discreta, y, absteniéndose de ver, se hizo toda oídos; pero no sorprendió más que un ¡hum! expresivo de la dueña española, imagen de la circunspección, y un suspiro exhalado como un soplo del pecho de la reina.

Inmediatamente levantó la cabeza.

-¿Sufrís? -dijo.

-No, Motteville, no. ¿Por qué dices eso?

-Como Vuestra Majestad parecía quejarse.

-Tienes razón, sí, sufro un poco.

-El señor Valot está cerca de aquí; creo que se halla con Madame.

-¿Con Madame? ¿Y por qué?

-Los nervios.

-¡Valiente enfermedad! Hace mal el señor Valot en visitar a Madame, cuando otro doctor la curaría ...

La señora de Motteville volvió a, levantar sus ojos con sorpresa.

-¿Otro doctor que el señor Valot? -dijo-. ¿Cuál?

-El trabajo, Motteville, el trabajo. ¡Ay! Si alguien está enferma, es mi pobre hija.

-Y también Vuestra Majestad.

-Esta noche, no.

-¡No estéis tan confiada, señora!

Y, como para justificar esta amenaza de la señora de Motteville, sintió la reina un dolor fuerte en el corazón que le hizo palidecer y la derribó sobre el sillón, con todos los síntomas de un desmayo repentino.

-¡Las gotas! -murmuró.

-¡Voy, voy! -replicó la Molina, quien, sin apresurar el paso, fue a sacar de un armario dorado un enorme frasco de cristal de roca, y se lo presentó abierto a la reina. Esta respiró con frenesí repetidas veces, y exclamó:

-Por aquí es por donde el Señor me ha de matar. ¡Hágase su santa voluntad!

-No por estar mala se muere una -repuso la Molina, volviendo a colocar el frasco en el armario.

-¿Está mejor Vuestra Majestad? -preguntó la señora de Motteville.

-Mejor.

Y la reina se puso un dedo en los labios, para encargar discreción a su favorita.

-¡Es extraño! -dijo la señora de Motteville después de un silencio.

-¿Qué es extraño? -preguntó la reina.

-¿Se acuerda Vuestra Majestad del día que se le presentó ese dolor por primera vez?

-Me acuerdo de que fue un día bien triste, Motteville.

-Ese día no había sido siempre triste para Vuestra Majestad.

-¿Por qué?

-Porque veintitrés años antes nació a la misma hora el rey reinante, vuestro glorioso hijo.

La reina dio un grito, inclinó la frente sobre sus manos, y permaneció abismada durante algunos segundos.

¿Era aquello recuerdo, meditación o efecto de dolor todavía?

La Molina fijó en la señora de Motteville una mirada casi furiosa, según lo que se asemejaba a una reconvención, y la digna mujer, no comprendiendo nada de aquello, iba a preguntar a fin de tranquilizar su conciencia, cuando levantándose de repente Ana de Austria:

-¡El 5 de septiembre! -exclamó-. Sí, el dolor se me presentó el 5 de septiembre. Inmensa alegría un día, y gran dolor otro. Gran dolor -añadió por lo bajo-; expiación de una alegría demasiado grande.

Y desde aquel instante, Ana de Austria, que parecía haber agotado toda su memoria y toda su razón, permaneció impenetrable, con los ojos tristes, vago el pensamiento y colgando las manos.

-Vamos a recogernos -dijo la Molina.

-Al momento, Molina.

-Dejemos a la reina -añadió la tenaz española.

La señora de Motteville se levantó; gruesas y brillantes lágrimas como las de un niño, corrían por las mejillas blancas de la reina.

Así que lo advirtió la Molina, clavó en Ana de Austria sus ojos negros y vigilantes.

-Sí, sí -prosiguió de pronto la reina-; dejadnos, Motteville; podéis iros.

La palabra dejadnos sonó muy mal a los oídos de la favorita francesa. Significaba que iba a seguir a su marcha un cambio de secretos o de recuerdos; significaba que había una persona de más en la conferencia, cuando estaba precisamente en la fase más interesante.

-Señora -preguntó la francesa-, ¿bastará Molina para el servicio de Vuestra Majestad?

-Sí -respondió la española.

Y la señora de Motteville se inclinó.

De pronto, una anciana camarera, vestida como en la corte de España en 1620, abrió las cortinas, y sorprendió a la reina en medio de sus lágrimas, a la señora de Motteville en su diestra retirada, y a la Molina en su diplomacia.

-¡El remedio, el remedio! -gritó gozosamente a la reina aproximándose al grupo sin ceremonia.

-¿Qué remedio, chica? -replicó Ana de Austria.

-Para el mal de Vuestra Majestad -contestó ésta.

-¿Quién lo trae? -preguntó con presteza la señora de Motteville-. ¿El señor Valot?

-No, una dama de Flandes.

-¿Una dama de Flandes? ¿Una española? -interrogó la reina. -No sé.

-¿Quién la envía?

-El señor Colbert.

-¿Nombre?

-No lo ha dicho.

-¿Condición?

-Ella la dirá.

-¿Su cara?

-Está enmascarada.

-¡Anda a ver, Molina! -exclamó la reina.

-Es inútil -respondió de pronto una voz firme y dulce a la vez, que salió del otro lado de las colgaduras, voz que hizo estremecer a las otras damas y sobresaltar a la reina.

Al mismo tiempo aparecía entre las cortinas una mujer enmascarada. Antes de que la reina hiciera ninguna pregunta:

-Soy una hermana del beaterio de Brujas -dijo la desconocida-, y traigo, en efecto, el remedio que debe curar a Vuestra Majestad.

Todos callaron. La beguina no dio un paso.

-Hablad -dijo la reina.

-Cuando estemos solas -añadió la beguina.

Ana de Austria dirigió una mirada a sus compañeras, y éstas se retiraron.

La beguina dio entonces tres pasos hacia la reina, y se inclinó cortésmente.

La reina miraba con desconfianza a aquella mujer, la cual la miraba también con ojos brillantes a través de los agujeros de su antifaz.

-¿Tan grave está la reina de Francia -dijo Ana de Austria- que hasta en el beaterio de Brujas se ha sabido que necesita curarse?

-Vuestra Majestad, a Dios gracias, no se halla de tal modo enferma que no tenga remedio.

-¿Pero cómo sabéis que padezco?

-Vuestra Majestad tiene amigos en Flandes.

-¿Y esos amigos os han enviado?

-Sí, señora.

-Nombrádmelos.

-Es ya inútil, señora, puesto que el corazón de Vuestra Majestad no ha despertado su memoria.

Ana de Austria levantó la cabeza, intentando descubrir bajo la sombra de la careta y bajo el misterio de la palabra el nombre de la que se expresaba con tan familiar abandono.

Mas, cansada muy luego de una curiosidad que lastimaba todos sus hábitos de orgullo:

-Señora -dijo-: sin duda ignoráis que no se habla a las personas reales con la cara cubierta.

-Tened la bondad de disculparme, señora -contestó humildemente la beguina.

-No puedo disculparos; lo que puedo hacer es perdonaros si os quitáis la careta.

-Señora, es voto que tengo hecho de auxiliar á las personas afligidas o enfermas sin dejarles ver mi rostro. Había podido dar alivio a vuestro cuerpo y a vuestra alma; pero ya que Vuestra Majestad me lo prohíbe, me retiro. ¡Adiós, señora, adiós!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal encanto de armonía y de respeto, que disiparon la ira y la desconfianza de la reina, sin disminuir su curiosidad.

-Tenéis razón -dijo-; no está bien que las personas que sufren desdeñen los consuelos que el Cielo les envía. Hablad, señora, y ojalá que, como acabáis de decir, podáis dar alivio a mí cuerpo ... ¡Ay! Creo que Dios se prepara a probarme de una manera cruel.

-Hablemos algo del alma, si lo tenéis a bien -dijo la beata-; del alma, que estoy cierta que sufrirá también.

-¿Mi alma?. ..

-Hay cánceres devoradores, cuya pulsación es invisible. Estos cánceres, reina, dejan a la piel su blancura de marfil, y no ensucian la carne con sus azulados humores; el médico que examina el pecho del enfermo, no oye rechinar en los músculos, bajo las oleadas de sangre, el diente insaciable de esos monstruos; ni el hierro ni el fuego han podido matar ni desarmar la rabia de esos azotes mortales, que habitan en el pensamiento y lo corrompen, que crecen en el corazón y lo desgarran: ahí tenéis, señora, otros cánceres fatales a las reinas. ¿No sufrís de esa especie de males?

Ana levantó lentamente su brazo, brillante de blancura y puro de formas como en la época de su juventud.

-Esos males de que habláis -dijo-, son la condición de nuestra vida, para nosotros, los grandes de la tierra, a quienes encomienda Dios la cura de las almas. Cuando esos males son demasiado pesados, el Señor nos alivia de ellos en el tribunal de la penitencia. Allí, depositamos el peso que nos agobia y los secretos. Mas no olvidéis que ese mismo Señor soberano proporciona las pruebas a las fuerzas de sus criaturas, y mis fuerzas no son inferiores al peso que sustentan. Respecto a los secretos de otros, me basta la discreción de Dios; respecto de los míos propios, no me fío de mi confesor.

-Os veo animosa, como siempre, contra vuestros adversarios, y os considero desconfiada respecto de vuestros amigos.

-Las reinas no tenemos amigos. Si no tenéis otra cosa que decirme, si os sentís inspirada de Dios, como una profetisa, retiraos, pues temo el porvenir.

-Pues hubiera creído -dijo resueltamente la beguina- que temieseis más todavía el pasado.

Apenas pronunció estas palabras, cuando la reina, levantándose:

-¡Hablad! -exclamó en tono breve e imperioso-. ¡Hablad! Explicaos claramente, vivamente, completamente; si no ...

-No amenacéis, reina -dijo la beguina con dulzura-; he venido a vos llena de respeto y compasión; y he venido en nombre de una amiga.

-¡Demostradlo! Consolad, en vez de irritar.

-Fácilmente; y Vuestra Majestad va a ver si es una amiga la que me envía.

-Veamos.

-¿Qué desgracia ha sucedido a Vuestra Majestad en estos últimos veintitrés años?

-Desgracias enormes ... ¿No he perdido al rey?

-No hablo de esa clase de desgracias. Lo que os pregunto es si desde... el nacimiento del rey... ha tenido Vuestra Majestad alguna pena grave a causa de una indiscreción de amiga.

-No os comprendo -contestó la reina apretando los dientes para ocultar su emoción.

-Me explicaré más claramente. Vuestra Majestad recordará que el rey nació el 5 de mayo de 1638, a las once y cuarto.

-Sí -balbució la reina.

-A las doce y media -prosiguió la beguina-, el delfín, después de bautizado con el agua de socorro por monseñor de Meaux a presencia del rey y vuestra, era reconocido heredero de la corona de Francia. El rey se dirigió a la capilla del antiguo palacio de Saint-Germain para asistir al Te Deum.

Todo eso es muy cierto -murmuró la reina.

-El alumbramiento de Vuestra Majestad se había verificado en presencia del difunto hermano de vuestro esposo, de los príncipes y de las damas de la Corte. El médico del rey, Bouvard, y el cirujano Honoré, se hallaban en la antecámara; Vuestra Majestad se durmió a eso de las tres hasta cerca de las siete, ¿no es así?

-Sin duda; pero me estáis diciendo lo que todo el mundo sabe tan bien como vos y como yo.

-Llego, señora, a lo que saben pocas personas; y digo pocas, debiendo decir dos solamente, pues en otro tiempo no eran más que cinco, y de algunos años a esta parte, el secreto se ha ido asegurando con la muerte de los principales partícipes. El rey señor nuestro duerme con sus antepasados; la matrona Peronne le siguió poco después, y Laporte está ya olvidado.

La reina abrió la boca para contestar; pero bajo su fría mano, con la cual se acariciaba el rostro, se deslizaban las gotas de un sudor ardiente.

-Eran las ocho -prosiguió la beguina- el rey almorzaba con apetito y en torno suyo no había más que alegría, gritos y algazara; el pueblo gritaba bajo los balcones; los suizos, los mosqueteros y los guardias eran conducidos en triunfo por los ciudadanos, ebrios de júbilo. Aquellos formidables ruidos de alegría general hacían gemir dulcemente en los brazos de la señora de Hausac, su aya, al delfín, futuro rey de Francia, cuyos ojos, cuando se abriesen, debían ver dos coronas en el fondo de su cuna. De pronto, Vuestra Majestad lanzó un grito agudo y acudió a la cabecera de vuestra cama la matrona Peronne. Los médicos se hallaban almorzando en una pieza lejana. El palacio, desierto a fuerza de la mucha gente que lo invadía, no tenía consignas, ni guardias. La matrona, después de examinar el estado de Vuestra Majestad, lanzó una exclamación de sorpresa; y, cogiéndoos en brazos, desolada, loca de dolor, envió a Laporte para avisar al rey que Su Majestad la reina quería verle en su cuarto. Laporte, como sabéis, era hombre de talento y serenidad. No se acercó al rey como servidor asustado que conoce su importancia y quiere asustar también. Además, no era una mala noticia lo que esperaba al rey. De todos modos, Laporte se presentó con la sonrisa en los labios, junto a la silla del rey, y le dijo:

-"Señor, la reina es dichosa, y lo sería más todavía si viese a Vuestra Majestad.

"Aquel día habría dado su corona a un pobre por un ¡Dios le bendiga! Alegre, ligero, vivo, el rey se levantó, diciendo, en el mismo tono que lo hubiera hecho Enrique IV.

"Señores, voy a ver a mi mujer. "Llegó, señora, a vuestro cuarto en el momento en que la matrona Peronne le mostraba un segundo príncipe, lindo y robusto como el primero, diciéndole:

-"Señor, el Cielo no quiere que el reino de Francia recaiga en hembras. "El rey, en su primer impulso, abalanzóse al niño, gritando:

-¡Gracias, Dios mío!

La beguina se detuvo en este punto, advirtiendo lo mucho que sufría la reina. Ana de Austria, metida en su sillón, con la cabeza inclinada y los ojos fijos, escuchaba sin oír, y sus labios se agitaban convulsivamente como si formularan un ruego a Dios o una imprecación contra aquella mujer.

-¡Ah! No creáis que si no hay más que un delfín en Francia -dijo la beguina-, no creáis que si la reina ha dejado vegetar a ese niño lejos del trono, ha sido porque sea mala madre. ¡Oh! No... Hay personas que saben cuántas lágrimas ha vertido, que han podido contar los ardientes besos que daba a la infeliz criatura en cambio de aquella vida de miseria y de sombra a que la razón de Estado condenaba al hermano gemelo de Luis XIV.

-¡Dios mío, Dios mío! -murmuró débilmente la reina.

-Se sabe -continuó con viveza la beguina- que el rey, viéndose con dos hijos de una misma edad. y con iguales pretensiones, tembló por la salvación de Francia, por la tranquilidad de su Estado. Se sabe que el señor cardenal Richelieu llamado de intento por Luis XIII, estuvo reflexionando más de una hora en el despacho de Su Majestad, y pronunció esta sentencia: "Ha nacido un rey para suceder a Su Majestad. Dios ha enviado otro para suceder a ese primer rey; pero por ahora, no tenemos precisión más que del que nació primero; ocultemos el segundo a Francia, como Dios lo había ocultado a sus mismos padres. Un príncipe es para el Estado el orden y la seguridad; dos competidores, son la guerra y la anarquía."

La reina se levantó bruscamente, pálida y con los puños crispados.

-Sabéis demasiado -dijo con sorda voz-, puesto que os entrometéis en los secretos de Estado. En cuanto a los amigos que os han revelado ese secreto, son amigos falsos y desleales. Sois su cómplice en el crimen que hoy se está cometiendo. Ahora, abajo la máscara u os mando arrestar por mi capitán de guardias. ¡Oh! ... ¡Ese secreto no me da miedo, y ya que lo habéis bebido, yo os lo haré devolver! Quedará ahogado en vuestro seno; ni ese secreto ni vuestra vida os pertenecen desde este instante.

Ana de Austria, uniendo la acción a la amenaza dio dos pasos hacia la beguina.

-Aprender -dijo ésta- a conocer la lealtad, el honor y la discreción de vuestros amigos abandonados.

-Y súbitamente se quitó la careta.

-¡La señora de Chevreuse! - dijo la reina.

-La única confidente del secreto con Vuestra Majestad.

-¡Ah! -murmuró Ana de Austria-. ¡Abrazadme, duquesa! ¡Ay! Es matar a los amigos jugar de ese modo con sus mortales sufrimientos.

Y la reina, apoyando la cabeza en el hombro de la vieja duquesa, dejó escapar de sus ojos un raudal de amargas lágrimas.

-¡Qué joven estáis todavía! -exclamó ésta con voz sorda-. ¡Lloráis!

L
DOS AMIGAS

La reina miró orgullosamente a la señora de Chevreuse.

-Creo -dijo- que habéis pronunciado la palabra feliz hablando de mí.

Hasta ahora, duquesa, había creído imposible que una criatura humana pudiera ser menos feliz que la reina de Francia.

-Señora, habéis sido, efectivamente, una dolorosa; pero al lado de esas miserias ilustres de que hablábamos hace poco corno antiguas amigas, separadas por la perversidad de los hombres; al lado, digo, de esos regios infortunios, tenéis alegrías poco sensibles, es cierto, pero muy envidiadas de este mundo.

-¿Cuáles? -dijo tristemente Ana de Austria-. ¿Cómo podéis pronunciar la palabra alegría, duquesa, vos, que ahora mismo reconocíais la precisión que tengo de remedios para mi cuerpo y para mi alma?

La señora de Chevreuse se recogió un momento.

-¡Qué lejos están los reyes de los otros hombres! -murmuró.

-¿Qué queréis decir?

-Quiero decir que de tal suerte están alejados de lo vulgar, que olvidan todas las necesidades de la vida en los otros. Como el habitante de la montaña africana que, desde sus vertientes de esmeralda, bañadas por los riachuelos que forma el deshielo, no comprende que el habitante de la llanura muera de sed y de hambre en las tierras calcinadas por el sol.

La reina se sonrojó ligeramente; acababa de comprender.

-¿Sabéis -dijo que ha sido mal hecho haberos abandonado?

-¡Oh! Señora, se dice que el. rey ha heredado el odio que me profesaba su padre. Me despediría . si supiese que estaba en Palacio.

-No digo que Su Majestad esté bien dispuesto en vuestro favor, duquesa -contestó la reina-, pero yo ... podría ... secretamente. . .

La duquesa dejó escapar una sonrisa desdeñosa, que inquietó a su interlocutora.

-Por lo demás -añadió la reina-, habéis hecho muy bien en venir aquí.

-¡Gracias, señora!

-Aunque no sea más que para darnos la satisfacción de desmentir el rumor de vuestra muerte.

-¿Llegó a decirse, efectivamente, que había muerto?

-Por todas partes.

-No obstante, mis hijos no llevaban luto.

-¡Ah! Bien sabéis, duquesa, que la Corte viaja con frecuencia; vemos poco a los señores de Albert y de Luynes, y no pocas cosas escapan a las preocupaciones en medio de las cuales vivimos constantemente.

-Vuestra Majestad no debió creer en el rumor de mi muerte.

-¿Por qué no? ¡Ay! Somos mortales. ¿No veis cómo yo, vuestra hermana segunda, según decíamos en otro tiempo, me inclino ya hacia la sepultura?

-Si Vuestra Majestad creía en mi muerte, debió sorprenderse entonces de no haber recibido noticias mías.

-La muerte sorprende a veces muy pronto, duquesa.

-¡Oh señora! Las almas cargadas de secretos, como aquel de que hablábamos hace poco, siempre tienen una necesidad de expansión que es necesario satisfacer de antemano. En el número de los descansos preparados para la eternidad, se cuenta el de poner en orden sus papeles. La reina se estremeció.

-Vuestra Majestad -dijo la duquesa- sabrá ciertamente el día de mi muerte.

-¿Cómo?

-Porque Vuestra Majestad recibirá al día siguiente, bajo cuádruple sobre, todo lo que se ha salvado de nuestras pequeñas correspondencias tan misteriosas de otro tiempo.

-¡No lo habéis quemado! -exclamó Ana con terror.

-¡Oh amada reina! -replicó la duquesa-. Sólo los traidores queman una correspondencia regia.

-¿Los traidores?

-Sin duda; o más bien, simulando que la queman, la guardan o la venden.

-¡Dios mío!

-Los fieles, por el contrario, sepultan preciosamente tales tesoros; luego, un día, llegan en busca de su reina, y le dicen: "Señora, me siento vieja y enferma; hay peligro de muerte para mí, peligro de revelación para el secreto de Vuestra Majestad; así, por tanto, tomad ese papel peligroso, y quemadlo vos misma."

-¡Un papel peligroso! ¿Cuál?

-En cuanto a mí, es indudable que no tengo más que uno; -pero es muy peligroso.

-¡Oh, duquesa, decid cuál, decid!

-Este billete... fechado el 2 de agosto de 1644, en el que me recomendábais que fuese a Noisy-le-Sec para ver aquel amado y desgraciado hijo. Señora, de vuestra mano está escrito: "Querido y desgraciado hijo."

Hubo entonces un momento de silencio profundo; la reina sondeaba el abismo; la señora de Chevreuse tendía su lazo.

-¡Sí, desgraciado, muy desgraciado! -murmuró Ana de Austria-. ¡Qué triste existencia ha llevado ese pobre niño para llegar a un fin tan cruel!

-¿Ha muerto? -exclamó vivamente la duquesa con curiosidad, de cuyo acento sincero se apoderó con avidez la reina.

-Muerto de consunción, muerto olvidado, marchito, muerto como esas flores dadas por un amante y que la amada deja expirar en el cajón por ocultarlas a todo el mundo.

-¡Muerto! -repitió la duquesa con un tono de desaliento que hubiése regocijado mucho a la reina, a no ir templado por una mezcla de duda-. ¿Muerto en Noisy-le-Sec?

-Sí, en brazos de su ayo, honrado servidor que no ha sobrevivido largo tiempo.

-Eso se concibe; ¡es tan pesado de llevar un luto y un secreto semejantes!

La reina no se tomó el trabajo de observar la ironía de esta reflexión, y la señora de Chevreuse continuó:

-Pues bien, señora, hace algunos años que me informé en el mismo Noisy-le-Sec de la suerte de ese niño, y me dijeron que no pasaba por muerto; por eso no me afligí desde el principio con Vuestra Majestad. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido, nunca una alusión mía a este deplorable suceso hubiera venido a despertar los muy legítimos dolores de Vuestra Majestad.

-¿Afirmáis que el niño no pasaba por muerto en Noisy?

-No, señora.

-¿Pues qué se decía de él?

-Decíase... pero sin duda se equivocaban.

-Continuad.

-Decíase que una tarde, hacia 1645, una bella y majestuosa dama, lo cual se notó no obstante la máscara y el manto que la cubrían, una dama de calidad, de alta calidad sin duda, había llegado en una carroza a la salida del camino, el mismo en que yo aguardaba noticias del joven príncipe cuando Vuestra Majestad se dignaba enviarme allí.

-¿Y qué?

-Y que el ayo había entregado el niño a la dama.

-¿Qué más? .

-Al siguiente día, ayo y niño habían abandonado el país.

-¡Ya lo veis! Algo de cierto hay en eso, puesto que, en efecto, el pobre niño murió herido de uno de esos rayos que, según el decir de los médicos, amenazan la vida de los niños hasta los siete años.

-¡Oh! Lo que me dice Vuestra Majestad es lo cierto, pues nadie lo sabe mejor, ni nadie lo cree más que yo. ¡Pero admirad lo raro!.. .

"¿Qué más habrá?", pensó la reina.

-La persona que me llevó esos detalles, que había ido a informarse de la salud del niño, esa persona ...

-¿Confiásteis tal cuidado a otro? ¡Oh, duquesa!

-Otro que era mudo como vos, señora, como yo misma; pongamos que fui yo mismo; señora; ese otro digo, pasando algunos meses después por Turena...

-¿Por Turena?

-Reconoció al ayo y al niño. ¡Perdón! Creyó reconocerlos. Vivían los dos, alegres y felices y floreciendo ambos, el uno en verde vejez, el otro en su lozana juventud. Juzgad, según esto, lo que son los rumores; tened fe en lo que pasa en este mundo. Pero observo que canso a Vuestra Majestad. ¡Oh! No es ésa mi intención, y pediré permiso para retirarme después de haberle renovado la seguridad de mi respetuosa adhesión.

-Deteneos, duquesa; hablemos algo de vos.

-¿De mí? ¡Oh señora! No bajéis hasta ahí vuestras miradas.

-¿Por qué? ¿No sois vos mi más antigua amiga? ¿Me queréis mal, duquesa?

-¡Yo, Dios mío! ¿Por qué motivo? ¿Hubiera venido a ver a Vuestra Majestad si tuviese causa para quererla mal?

-Duquesa, los años cargan sobre nosotras, y es necesario unirnos contra la muerte que nos amenaza.

-Señora, me abrumáis con esas dulces palabras.

-Nadie me ha servido ni amado jamás como vos, duquesa.

-¿Se acuerda de ello Vuestra Majestad?

-Siempre. .. Duquesa, una prueba de amistad.

-¡Ah, señora! Todo mi ser pertenece a Vuestra Majestad...

-Pues esa prueba...

-¿Qué prueba?

-Pedidme algo.

-¿Pedir?

-¡Oh! Ya sé que tenéis el alma más desinteresada, la más grande, la más regia.

-No me elogiéis demasiado, señora -dijo la duquesa inquieta.

-Jamás os elogiaré tanto como merecéis.

-¡Con la edad, con las desgracias, se cambia mucho, señora!

-¡Dios os oye, duquesa!

-¿Cómo?

-Sí; la duquesa de otra época, la bella, la orgullosa, la adorada Chevreuse, me hubiera respondido ingratamente: "No quiero nada de vos." Benditas sean, pues, las desgracias, si han venido, puesto que os habrán cambiado, y quizá me contestéis: "Acepto."

La duquesa dulcificó su mirada y su sonrisa; estaba bajo un encanto y no lo ocultaba.

-Hablad, duquesa -dijo la reina-; ¿qué queréis?

-Luego es preciso explicarse...

-Sin vacilar.

-Pues bien, Vuestra Majestad puede proporcionarme una alegría indecible, incomparable.

-Vamos a ver -dijo la reina un poco más fría por la inquietud-. Pero ante todo, mi buena Chevreuse, acordaos que estoy en poder de un hijo, como estaba en otro tiempo en poder de un marido.

-Lo tendré en cuenta, señora. -Llamadme Ana, como en otro tiempo; será un dulce eco de la hermosa juventud.

-Pues bien, mi venerada dueña, Ana querida ...

-¿Sabes aún el español?

-Sí.

-Pues pídeme en español. -Hacedme el favor de venir a pasar unos días en Dampierre.

-¿Eso es todo? -murmuró la reina, estupefacta.

-Sí.

-¿Nada más que eso?

-¡Santo Dios! ¿Tendríais la idea de que no os pido en esto el más enorme beneficio? Si es así, no me conocéis. ¿Aceptáis?

-Sí, de todo corazón.

-¡Oh! Gracias.

-Y seré muy feliz -continuó la reina con desconfianza- si mi presencia puede seros útil en alguna cosa.

-¿Útil? -exclamó la duquesa riendo-. ¡Oh! No, no, agradable, grata, deliciosa, sí, mil veces deliciosa. ¿Queda, pues, prometido?

-Jurado.

La duquesa se abalanzó a la mano tan bella de la reina y la cubrió de besos.

"Es una buena mujer en el fondo... -dijo para sí la reina-. Y... de espíritu generoso."

-¿Consentiría Vuestra Majestad en darme quince días? -repuso la duquesa.

-Indudablemente; ¿por qué?

-Porque sabiendo que estoy en desgracia, nadie quema prestarme los cien mil escudos que necesito para reparar la posesión de Dampierre; mas cuando se sepa que son para recibir en ella a Vuestra Majestad, todos los fondos de París afluirán a mi casa.

-¡Ah!. . . -contestó la reina moviendo dulcemente la cabeza con inteligencia-. ¡Cien mil escudos! ¿Se necesitan cien mil escudos para las reparaciones de Dampierre?

-Por lo menos.

-¿Y nadie quiere prestároslos?

-Nadie.

-Pues yo os los prestaré si lo deseáis, duquesa.

-¡Oh! No me atrevería ...

-Pues haríais mal.

-¿De veras?

-A fe de reina... Cien mil escudos no es realmente mucho.

-¿Verdad que no?

-No. ¡Oh! Bien sé que jamás habéis hecho pagar vuestra discreción en lo que vale. Duquesa, aproximadme aquel velador para que os extienda el bono contra el señor Colbert; no, para el señor Fouquet, , que es hombre mucho más galante.

-¿Paga?

-Si él no paga, pagaré yo; pero será la primera vez que se niegue a mi firma.

La reina escribió, dio la cédula a la duquesa, y la despidió después de haberla abrazado alegremente.

LI
DE COMO JUAN DE LA FONTAINE COMPUSO SU PRIMER CUENTO

Semejantes intrigas ya agotadas, el espíritu humano, tan múltiple en sus exhibiciones, ha podido desenvolverse a sus anchas en los tres cuadros que nuestro relato le ha proporcionado.

Quizá se trate aún de política y de intrigas en el que ahora prepa-ramos, pero los resortes están de tal modo ocultos, que no se verán más que las flores y las pinturas, absolutamente como en los teatros de feria en cuya escena aparece un coloso que anda movido por las piernecitas y los brazos raquíticos de un niño oculto en su armazón.

Volvamos a Saint-Mandé, donde el superintendente recibe, como de costumbre, su escogida sociedad de epicúreos.

De algún tiempo a esta parte, el dueño ha sufrido duras pruebas. To-dos se resienten de la angustia del ministro. Ya no hay aquellas magnas y locas reuniones. La Hacienda ha sido un pretexto para el señor Fouquet, y, como dice espiritualmente Gourville, jamás ha habido un pretexto más falaz.

El señor Vatel ingéniase por sostener la reputación de la casa. Sin embargo, los jardineros se quejan de una tardanza ruinosa; los expedicionarios de vino de España envían con frecuencia remesas que nadie paga, y los pescadores que el superintendente tiene a salario en las costas de Normandía, esperan ser reembolsados para retirarse a su tierra. La marea que, más tarde, ha de hacer morir a Vatel, no llega del todo.

Sin embargo, para ser un día de recepción ordinaria, los amigos de Fouquet se presentan más numerosos que de costumbre. Gourville y el abate Fouquet hablan de cuestiones financieras, o sea, que el abate toma prestados de Gourville algunos doblones. Pellisson, sentado con las piernas cruzadas, termina la peroración de un discurso, con el que debe abrir Fouquet el Parlamento.

Y este discurso es una obra maestra, pues Pellisson lo hace para su amigo, es decir, que mete en él todo lo que ciertamente no iría a buscar para sí propio. Y estando disputando sobre las más fáciles rimas, llegaron del fondo del jardín Loret y La Fontaine.

Los pintores y los músicos se dirigen a su vez al comedor, y cuando den las ocho cenarán.

Jamás hace aguardar el superintendente.

Son las siete y media; el apetito se anuncia con bastante fuerza. Cuando todos los invitados están reunidos, Gourville se va derecho a Pellisson, le saca de su sueño, -y 1o lleva en medio de un salón, cuyas puertas ha cerrado.

-¿Qué hay de nuevo? -dice.

Levantando Pellisson su cabeza inteligente:

-Mi tía me ha prestado veinticinco mil libras. Aquí están en bonos de la Caja.

-Bien -contestó Gourville-, ya no faltan más que ciento noventa y cinco mil libras para el primer pago.

-¿El pago de qué? -dijo La Fontaine, con el mismo tono que usaba para decir: "¿Habéis leído a Baruch?"

-Otra vez aquí el que me distrae de todo -dijo Gourville-. ¡Cómo! ¿Vos, el que nos hizo saber que la tierra de Corbeil iba a ser vendida por un acreedor del señor Fouquet; vos, el que nos propuso el escote entre todos los amigos de Epicuro; vos, el que dijo que vendería un rincón de su casa de Château-Tierry, para dar su contingente; vos venís a decir hoy: "El pago de qué"?

Una risa universal acogió esta salida, e hizo ruborizar a La Fontaine.

-Perdón -dijo-, es verdad; no lo había olvidado... Solamente que...

-Solamente que ya no te acordabas -replicó Loret.

-Esa es la verdad. El hecho es que tiene razón. Entre olvidar y no acordarse hay una gran diferencia.

-Entonces -añadió Pellisson-, ¿traéis ese óbolo, precio del rincón de tierra vendido?

-¿Vendido?

-No.

-¿No habéis vendido vuestra tierra? -preguntó Gourville sorprendido, porque conocía el desinterés del poeta.

-Mi mujer no ha querido - contestó éste.

Nuevas risas.

-Sin embargo, habéis ido a Château-Tierry para eso -le repusieron.

-Ciertamente, y a caballo.

-¡Pobre Juan!

-Ocho caballos distintos; estaba molido.

-¡Excelente amigo! ... ¿Y habéis descansado allí?

-¿Descansado? ¡Ah, sí! Buen descanso he tenido.

-¿Cómo es eso?

-Mi esposa había hecho coqueterías con aquel a quien yo quería vender la tierra; este hombre se desdijo, y yo lo desafié.

-¡Muy bien! ¿Y os habéis batido?

-Parece que no.

-¿No sabéis nada vos?

-No; mi mujer y sus parientes se han mezclado en el asunto. He tenido la espada en la mano un cuarto de hora, pero no he sido herido.

-¿Y el adversario?

-El enemigo tampoco; no pareció en el terreno.

-¡Es admirable! -exclamaron de todas partes-. Debisteis encolerizaros.

-Furiosamente, porque me resfrié; volví a casa, y mi mujer me riñó.

-¡Sin más ni más!

-Sin mas ni más me tiró a la cabeza un pan enorme.

-¿Y vos?

-Yo le volqué toda la mesa sobre el cuerpo y sobre el cuerpo de sus convidados; luego monté- a caballo, y aquí estoy.

Nadie pudo guardar seriedad al oír esta exposición cómico-heroica. Cuando el huracán de risas se calmó un poco, dijeron a La Fontaine:

-¿Y eso es todo lo que habéis traído?

-¡Oh, no! Tengo una idea excelente.

-¡Decidla!

-¿Habéis observado que se hacen en Francia muchas poesías jocosas?

-¡Claro que sí! -contestó la asamblea.

-¿Y que -continuó La Fontaine- se imprimen muy pocas?

-Las leyes son duras, es verdad.

-Pues bien, mercancía rara es mercancía cara, he pensado yo; y por eso me he puesto a componer un poemita extremadamente licencioso...

-¡Oh querido poeta! -Extremadamente picaresco.

-¡Oh!

-Extremadamente cínico.

-¡Diablo, diablo!

-Y he puesto en él -continuó fríamente el poeta- todas las palabras lúbricas que he podido encontrar.

Todos agitábanse de risa, mientras que el buen poeta ponía de este modo la muestra a su mercancía.

-Y me he aplicado –continuó a sobrepujar todo lo que Boccaccio, Aretino y otros maestros han hecho en este género.

-¡Buen Dios! -exclamó Pellisson-. ¡Eso será condenado!

-¿Suponéis? -dijo cándidamente La Fontaine-. Os juro que no he hecho eso por mí, sino únicamente por el señor Fouquet.

Esta admirable conclusión colmó la satisfacción de los concurrentes. -Y he vendido el opúsculo en ochocientas libras la primera edición -añadió La Fontaine restregándose las manos-. Los libros piadosos se compran en menos de la mitad.

-Pues más hubiese valido -dijo Gourville riendo- haber hecho dos libros piadosos.

-Eso es demasiado largo y no tan divertido -replicó La Fontaine-; mis ochocientas libras están en este saquillo y las ofrezco. -Y, en efecto, puso su ofrenda en manos del tesorero de los epicúreos.

Después correspondió el turno a Loret, que dio ciento cincuenta libras; los otros hicieron lo mismo, y, hecha la cuenta, resultaron cuarenta mil libras en la escarcela.

Jamás resonó más generoso dinero en las balanzas divinas, donde la caridad pesa los buenos corazones e intenciones contra las monedas falsas de los devotos hipócritas.

Todavía resonaban los escudos cuando el superintendente entró, o más bien, se deslizó en la sala. Todo lo había oído.

Se vio a este hombre que había removido tantos millones; a este rico, que había agotado todos los placeres y todos los honores; a este corazón inmenso y cerebro profundo, que había devorado la substancia material y moral del primer reino del mundo; viose a Fouquet, decimos, pasar el umbral con los ojos llenos de lágrimas y meter sus dedos blancos y finos entre el oro y la plata.

-¡Pobre limosna! -exclamó con voz tierna y conmovida-. Tú desaparecerás en el más pequeño pliegue de mi bolsa vacía; pero han llenado hasta el borde lo que nadie agotará jamás: mi corazón. ¡Gracias, amigos queridos, gracias!

Y, como no podía abrazar a todos los que allí se encontraban, y que también lloraban un poco, por más filósofos que fueran, abrazó a La Fontaine, diciéndole:

-¡Pobre mozo que se ha hecho pegar por su mujer a causa mía, y condenar por su confesor!

-¡Bien! Eso no es nada -respondió el poeta-; que vuestros acreedores esperen dos años y habré hecho otros cien cuentos que, a dos ediciones cada uno, satisfarán la deuda.

LII
LA FONTAINE NEGOCIANTE

Fouquet estrechó la mano a La Fontaine con efusión.

-Mi amado poeta -le dijo-, hacednos otros cien cuentos, no sólo por los ochenta doblones que cada uno os producirán, sino para enriquecer también nuestra lengua con cien obras maestras.

-¡Oh! -dijo La Fontaine, contoneándose-. No se crea que he traído sólo esa idea y esos ochenta ! doblones al señor superintendente.

-¡Ea -exclamaron de todos lados-, hoy está en fondos el señor La Fontaine!

-Bendita sea la idea, si me trae uno o dos millones -dijo alegremente Fouquet.

-Precisamente -contestó La Fontaine.

-¡Pronto, pronto! -exclamó la asamblea.

-¡Cuidado! -dijo Pellisson al oído de La Fontaine-. Hasta ahora habéis conseguido un gran triunfo. No vayáis a arrojar la flecha más allá del blanco.

-Necuácuam, señor Pellisson, y vos, que sois hombre de buen gusto, seréis el primero en aplaudir.

-¿Se trata de millones? -dijo Gourville.

-Tengo aquí un millón quinientas mil libras, señor Gourville. Y se golpeó el pecho.

-¡Al diablo el gascón de Château-Tierry! -exclamó Loret.

-No es el bolsillo lo que hay que golpear -dijo Fouquet-, sino el cerebro.

-Veamos -añadió La Fontaine-; señor superintendente, vos no sois un fiscal general, sino un poeta. -¡Eso es verdad! -exclamaron ; Loret, Conrart y todos los literatos que allí había.

-Sois, digo, un poeta, un pintor, un escultor, un amigo de las artes y de las ciencias, pero confesad vos mismo que no sois curial.

-Lo confieso -replicó sonriendo el señor Fouquet.

-Aun cuando os nombrasen académico lo rehusaríais, ¿no es verdad?

-Creo que sí, mal que les pese a los académicos.

-Bien; y ¿por qué, no queriendo formar parte de la Academia, consentís en formarla del Parlamento?

-¡Hola! -exclamó Pellison-. Parece que entramos en política.

-Pregunto -prosiguió La Fontaine- si la toga sienta o no sienta bien al señor Fouquet.

-No se trata aquí de togas -dijo Pellisson, contrariado por la risa de la asamblea.

-Al contrario -dijo Loret-, de la toga es de lo que se trata.

-Quítese la toga el fiscal general -dijo Conrart-, y tenemos al señor Fouquet, de lo cual no nos quejamos; pero, como hay fiscal general sin toga, declaremos, de conformidad con lo expuesto por el señor de La Fontaine, que seguramente la toga es un espantajo.

-Fugiunt risus leporesque -dijo Loret.

-Las risas y las gracias -añadió un filósofo.

-Yo -prosiguió Pellisson con gravedad- no es así como traduzco lepores.

-¿Pues cómo lo traducís? -preguntó La Fontaine.

-Así: "Las liebres huyen al ver al señor Fouquet".

El auditorio prorrumpió en risas, de que también participó el superintendente.

-¿Y por qué las liebres? -arguyó Conrart, picado.

-Porque será liebre el que no se alegre de ver al señor Fouquet con los atributos de su fuerza parlamentaria.

-¡Oh, oh! -exclamaron los poetas.

-Quo non ascendant -dijo Conrart-, me parece imposible con toga de fiscal.

-Y a mí sin toga -dijo el obstinado Pellisson-. ¿Qué os parece, Gourville?

-Me parece que la toga es buena -replicó éste-; pero opino también que millón y medio valdría más que la toga.

-Y yo soy del parecer de Gourville -dijo Fouquet cortando la discusión con su dictamen, que debía dominar por necesidad a todos los otros.

-¡Millón y medio! -suspiró Pellisson-. ¡Diantre! Sé una fábula india . . .

-Contádmela -dijo La Fontaine-; yo también debo saberla. -¡Contadla,. contadla!

-La tortuga tenía una concha -dijo Pellisson, en la que se ocultaba cuando se veía amenazada por sus enemigos. Un día le dijo uno: "Mucho calor debéis tener en el verano en esa casa, que hasta os impide poder mostrar vuestras gracias. Ahí tenéis la culebra, que os pagará por ella millón y medio."

-¡Bien! -dijo riendo el superintendente.

-¿Y qué más? -preguntó La Fontaine, teniendo más interés por el apólogo que por la moraleja.

-La tortuga vendió su concha y se quedó desnuda. Acertó a verla un buitre que tenía hambre, y, de un picotazo en los lomos, la devoró.

-¿O mithos deloi?... -dijo Conrart.

-Que el señor Fouquet hará bien en conservar su toga.

La Fontaine tomó en serio el sentido moral de la fábula.

-Olvidáis a Esquilo -dijo a su adversario.

-¿A quién decís?

-A Esquilo el Calvo.

-¿Y qué?

-A Esquilo, cuyo cráneo un buitre, bastante aficionado a tortugas, que sería probablemente el vuestro, tomó por una piedra y arrojó sobre él una tortuga muy envuelta en su concha.

-La Fontaine tiene razón -replicó Fouquet pensativo-. Todo buitre, cuando tiene hambre de tortugas, sabe muy bien romperles gratis la concha. ¡Felices las tortugas que encuentran una culebra que se la compre en millón y medio! Que me den una culebra generosa, como la de vuestra fábula, Pellisson, y le doy mi concha.

-Rara avis in terris! -murmuró Conrart.

-Y parecida a un cisne negro, ¿no es verdad? -añadió La Fontaine-. Pues bien, esa ave rara y negra la he encontrado yo.

-¿Habéis encontrado quien quiera tomar mi cargo de fiscal? -preguntó Fouquet.

-Sí, señor.

-Pero el señor superintendente no ha dicho nunca que quisiera venderlo -repuso Pellisson.

-Perdonad; vos mismo habéis hablado de ello -dijo Conrart.

-Yo soy testigo -dijo Gourville.

-Se apasiona mucho con los excelentes sermones que me predica -dijo riendo Fouquet.

-Y vamos a ver, La Fontaine, ¿quién es el comprador?

-Un pájaro negro, un consejero del Parlamento; una excelente persona.

-¿Que se llama?

-Vanel.

-¡Vanel! -exclamó Fouquet-. ¡Vanel! ¿El marido de...?

-El mismo, su marido; sí, señor.

-¡Pobre hombre! -dijo Fouquet con interés-. ¿Y quiere ser fiscal general?

-Quiere ser todo lo que sois -dijo Gourville-, y hacer lo mismo que habéis hecho.

-¡Oh. qué divertido! ¡Contadnos eso, La Fontaine!

-Es sencillísimo. Como suelo encontrarle de vez en cuando, le vi el otro día paseando por la plaza de la Bastilla, en el momento precisamente en que iba yo a tomar el carruaje de Saint-Mandé.

-Estaría acechando a su mujer, de seguro -interrumpió Loret.

-¡No, pardiez! -dijo sencillamente Fouquet-. No es celoso.

-Me detuvo, pues, me abrazó, me llevó a la taberna de la Image Saint-Fiacre, y me comunicó sus penas.

-¿Tiene penas?

-Sí; su mujer le inspira ambición.

-¿Y os dijo...?

-Que le habían hablado de un cargo en el Parlamento; que había sido pronunciado el nombre del señor Fouquet, y que, desde entonces, la señora Vanel sueña con llamarse señora fiscala general, y que se perece todas las noches soñando con eso.

-¡Diantre!

-¡Pobre mujer! -dijo Fouquet.

-Esperad. Conrart me está diciendo continuamente que no sé manejar los asuntos: ahora veréis cómo me he conducido en éste.

-Veamos.

-¿Sabéis, le .dije a Vanel, que vale caro un cargo como el del señor Fouquet?

-¿Sobre cuánto, aproximadamente?, me preguntó.

-El señor Fouquet ha rehusado ya un millón setecientas mil libras.

-Mi mujer, replicó Vanel, había calculado dar alrededor de un millón cuatrocientas mil.

-¿Al contado?, le hice observar.

-Sí; ha vendido una posesión en Guinea, y tiene dinero."

-Es un bonito premio para recibirlo de una vez -dijo sentenciosamente el abate Fouquet, que aún no había hablado.

-¡Vaya con la pobre señora Vanel! -exclamó Fouquet.

Pellisson se encogió de hombros.

-¡Es el demonio! -dijo por lo bajo a Fouquet.

-¡Precisamente! . . . Sería delicioso reparar con el dinero de ese demonio el mal que por mí se ha causado un ángel.

Pellisson miró con aire de sorpresa a Fouquet, cuyas ideas se fijaron desde entonces en un nuevo objeto.

-¿Qué tal mi negociación? - preguntó La Fontaine.

-¡Admirable, querido poeta!

-Sí -dijo Gourville-; pero no hay cosa más frecuente que oír hablar de comprar caballo a quien no tiene ni con qué pagar la brida.

-Vanel se desdeciría si le cogiesen la palabra -continuó el abate Fouquet.

-No lo creo -dijo La Fontaine.

-¡Qué sabéis!

-Es que aún ignoráis el desenlace de mi historia.

-¡Ah! Pues si hay ya desenlace, ¿a qué andar con rodeos?

-Semper ad adventum. ¿No es cierto? -dijo Fouquet en el tono de un gran señor que se engolfa en barbarismos.

Los latinistas aplaudieron.

-Mi desenlace -dijo La Fontaine-, es que Vanel, ese temible pájaro negro, sabiendo que venía yo a Saint-Mandé, me suplicó que le permitiese acompañarme.

-¡Hola, hola!

-Y le presentase, si era posible, a monseñor.

-¿Y qué?

-De modo que está ahí en la cespedera de Bel-Air.

-Como un escarabajo.

-Sin duda, decís eso por las antenas, ¿no es así Gourville, chistoso, desgraciado? ¿Y qué se hace, señor Fouquet?

-No es justo que el esposo de la señora Vanel se resfríe fuera de mi casa; id a buscarle, La Fontaine, puesto que sabéis dónde está. -Ahora mismo voy.

-Yo os acompañaré -dijo Gourville-, y traeré los sacos.

-Nada de chocarrerías -dijo gravemente Fouquet-. Tratemos el negocio con seriedad, si es que hay negocio. Ante todo, seamos hospitalarios.

-Disculpadme, La Fontaine, con ese buen hombre, y decidle que siento en el alma haberle hecho esperar, pero que ignoraba que estuviese ahí.

La Fontaine había salido ya, y no fue poca fortuna que Gourville le acompañase, pues el poeta, absorto del todo en sus números, equivocaba ya el camino y corría hacia Saint-Maur.

Un cuarto de hora después fue introducido el señor Vanel en el despacho del señor superintendente,. aquel mismo despacho cuya descripción y comunicaciones dimos al: principio de esta historia.

Al verle pasar Fouquet, llamó a Pellisson y le habló unas palabras al oído.

-Retened bien lo que os voy a encargar -le dijo-: que toda la plata, vajilla y alhajas sean empaquetadas en el carruaje. Tomad los caballos negros, y que os acompañe el platero; retrasad la comida hasta que llegue la señora de Belliére.

-Habrá que avisarle -dijo Pellisson.

-Es inútil; yo me encargo de eso.

-Está bien.

-Id, amigo mío.

Pellisson partió, augurando mal, pero confiando, como todos los amigos verdaderos, en la voluntad que lo dominaba. En esto está la fuerza de las almas grandes; la desconfianza es propia sólo de las naturalezas inferiores.

Vanel se inclinó, pues, en presencia del superintendente. Iba a comenzar su arenga.

-Sentáros, señor -le dijo cortésmente Fouquet-. Tengo entendido que deseáis obtener mi cargo.

-Monseñor . . .

-¿Cuánto podéis dar por él?

-A vos toca fijar la suma, monseñor. Sé que os han hecho ya ofrecimientos.

-Me han dicho que la señora Vanel lo aprecia en un millón cuatrocientas mil libras.

-Es todo cuanto poseemos.

-¿Podéis darme la suma inmediatamente?

-No la traigo aquí -contestó ingenuamente Vanel, asustado de aquella naturalidad, de aquella grandeza, cuando esperaba entrar en luchas y regateos de traficante.

-¿Cuándo los tendréis?

-Cuando quiera, monseñor.

Y temblaba de que Fouquet se burlara de él.

-Si no fuese por la molestia de tener que volver a París, os diría que ahora mismo.

-¡Oh monseñor! ...

-Pero -interrumpió el superintendente-, fijemos el pago y la firma para mañana por la mañana.

-Sea -replicó Vanel, atónito de lo que oía.

-¿A las seis? -dijo Fouquet.

-A las seis -dijo Vanel. -¡Adiós, señor Vanel! Decid a la señora que soy su humilde servidor.

Y Fouquet se levantó. Entonces Vanel, a quien le afluía la sangre a los ojos y principiaba a perder la cabeza:

-¡Monseñor, monseñor! -dijo con seriedad-, ¿me dais vuestra palabra?

Fouquet volvió la cabeza.

-¡Pardiez! -dijo-. ¿Y vos? Vanel vaciló, tembló, concluyó por alargar tímidamente su mano. Fouquet abrió y adelantó noblemente la suya.

Aquella mano leal se impregnó por un segundo en el sudor de una mano hipócrita. Vanel apretó los dedos de Fouquet para persuadirse mejor.

El superintendente retiró dulcemente la suya.

-¡Adiós! -dijo.

Vanel retrocedió de espaldas hacia la puerta, precipitóse por las antesalas, y escapó.

LIII
LA VAJILLA Y LOS DIAMANTES DE LA SEÑORA DE BELLIPRE

Cuando hubo Fouquet despedido a Vanel, reflexionó un momento, y se dijo:

"Nunca se podría hacer demasiado por la mujer a quien se amó. Margarita desea ser fiscala, ¿por qué no satisfacerle ese gusto? Ahora que la conciencia más escrupulosa no podría echarme nada en cara, pensemos únicamente en la mujer que me ama. La señora de Belliére debe estar ahí."

Y mostraba con el dedo la puerta secreta.

Abrió el corredor subterráneo, y se dirigió rápidamente hacia la comunicación establecida entre la casa de Vincennes y la suya.

Había olvidado advertir a su amiga con la campanilla, bien seguro de que ella nunca faltaba a la cita.

Efectivamente, la marquesa había llegado y esperaba.

El ruido que hizo el superintendente la advirtió, y corrió para recibir por debajo de la puerta el billete que pasó.

"Venid, marquesa; os esperan para comer."

Feliz y activa, la señora de Belliére se metió en su carroza en la avenida de Vincennes y llegó a tender su mano en la escalinata a Gourville, que, a fin de agradar más a su amo, acechaba su llegada en el patio.

La dama no había visto entrar, humeantes y llenos de espuma, a los caballos negros de Fouquet que traían a Saint-Mandé a Pellisson y al mismo platero a quien ella vendió su vajilla y sus joyas.

Pellisson introdujo a este hombre en el despacho de que aún no había salido Fouquet.

El superintendente dio las gracias al platero por haberse dignado guardarle como un depósito aquella riqueza que tenía derecho a vender, y echó una ojeada sobre el total de las cuentas, que ascendían a un millón trescientas mil libras.

Sentándose después en su bufete, escribió un bono de un millón cuatrocientas mil libras, pagadero a la vista en su Caja antes de las doce del día siguiente.

-¡Cien mil libras de beneficio! -murmuró el platero-. ¡Ah, monseñor, qué generosidad.

-No, no, señor -dijo Fouquet dándole un golpecito en el hombro-, hay atenciones que no se pagan nunca. El beneficio es poco más o menos el mismo que hubiérais podido sacar de otro modo; pero queda el interés de vuestro dinero.

Y, pronunciando estas palabras, desprendió de su manga un botón de brillantes, que el mismo platero había apreciado muchas veces en tres mil doblones.

-Tomad esto como recuerdo mío -dijo al platero-, y adiós; sois un hombre honrado.

-Y vos -respondió el platero profundamente conmovido-, sois un gran señor.

Fouquet hizo pasar al honrado platero por una puerta excusada; luego, fue a recibir a la señora de Belliére, a quién ya rodeaban todos los convidados.

La marquesa estaba siempre hermosa; pero aquella vez resplandecía.

-¿No encontráis, señores -dijo Fouquet-, que la señora tiene esta tarde una hermosura incomparable? ¿Sabéis por qué?

-Porque la señora es la más bella de las mujeres -dijo uno.

-No, sino porque es la mejor de todas ellas. Sin embargo...

-¿Sin embargo?... -dijo la marquesa sonriendo.

-Sin embargo, todas las joyas que trae la señora esta tarde son piedras falsas.

La dama ruborizóse.

-¡Oh, oh! -exclamaron' todos los convidados-. Eso puede decirse sin temor de una mujer que tiene los más hermosos diamantes de París.

-¿Qué tal? -dijo por lo bajo Fouquet a Pellisson.

-Sí, he comprendido ya -repuso éste-, y habéis hecho bien.

-¡Qué satisfacción siente uno! -dijo sonriendo el superintendente.

-Monseñor está servido -exclamó majestuosamente Vatel.

El tropel de convidados precipitóse menos lentamente de lo que se acostumbraba en las fiestas ministeriales hacia el comedor, donde les aguardaba un espectáculo magnífico.

Sobre los armarios, sobre los aparadores, sobre la mesa, en medio de las flores y de las luces, brillaba hasta ofuscar la vista la vajilla de oro y plata más soberbia que pudiera verse; era un resto de aquellas antiguas magnificencias que los artistas florentinos, llevados por los Médicis, habían esculpido y fundido para los aparadores de los señores, cuando había oro en Francia; estas maravillas ocultas, sepultadas durante las guerras civiles, habían reaparecido tímidamente en las intermitencias de esa guerra de buen gusto, que se llamaba la Fronda, cuando los señores, batiéndose contra los señores, se mataban, pero no cometían pillaje. Toda aquella vajilla estaba marcada con las armas de la señora de Belliére.

-¡Cómo! -exclamó La Fontaine-, una P y una B.

Pero lo que había de más curioso, era el cubierto de la marquesa, en el sitio que le había designado Fouquet: junto a él, se elevaba una pirámide de diamantes, de zafiros, de esmeraldas, de camafeos antiguos: la sardónica grabada por los antiguos griegos del Asia Menor con sus monturas de oro de Misian, los curiosos mosaicos de la antigua Alejandría montados en plata, y los brazaletes macizos del Egipto de Cleopatra, llenaban un ancho plato de Palissy, sostenido por un trípode de bronce dorado, esculpido por Benvenuto.

La marquesa palideció al ver lo que no creía volver a ver jamás. Un profundo silencio, precursor de vivas emociones, ocupaba a la impaciente concurrencia.

Fouquet no hizo ni una seña para alejar a todos los sirvientes llenos de bordados, que corrían como solícitas abejas en rededor de los vastos aparadores y mesas de servicio.

-Señores -dijo-, esta vajilla que veis pertenecía a la señora de Belliére, que cierto día, viendo apurado a uno de sus amigos, envió todo este oro y toda esta plata a casa del orfebre, con toda esa masa de joyas agrupadas delante de ella. Esta hermosa acción de una amiga debe ser comprendida por amigos tales como vosotros. ¡Feliz el hombre que así se ve amado! Bebamos a la salud de la señora de Belliére.

Una inmensa aclamación cubrió estas palabras e hizo caer sobre su asiento, muda y pasmada, a la pobre mujer, que acababa de perder el sentido, semejante a los pájaros de Grecia, que atraviesan el cielo por encima de la arena de Olimpia.

-Y ya que toda virtud conmueve, y toda belleza encanta -añadió Pellisson-, bebamos también un poco por aquel que inspiró la hermosa acción de la señora, pues semejante hombre debe ser digno de ser amado.

La marquesa se levantó entonces, pálida y risueña, y alargó un vaso con desfallecida mano, cuyos dedos trémulos rozaron los de Fouquet, en

tanto que sus ojos lánguidos buscaban todo el amor que ardía en aquel corazón generoso.

Comenzada de esta manera heroica, pronto convirtióse la comida en una fiesta, y nadie se ocupó ya de tener ingenio, pues a nadie le faltaba.

La Fontaine olvidó su vino de Gorgoy, y permitió a Vatel que lo reconciliara con los vinos del Ródano y de España.

El abate Fouquet se hizo tan bueno, que Gourville le dijo: -Cuidado, señor abate, que si os hacéis tan tierno, os comerán. Las horas transcurrieron así gozosas y derramando rosas sobre los convidados. Contra su costumbre, el señor superintendente no se levantó de la mesa antes de los últimos postres.

Sonreía a la mayor parte de sus amigos, alegre como se está cuando se ha embriagado el corazón antes que la cabeza, y por vez primera miró entonces el reloj.

De pronto rodó un carruaje en el patio, y ¡cosa extraña!, se le oyó en medio del ruido y de las canciones.

Fouquet aplicó el oído, y después dirigió la vista hacia la antesala.

Parecióle que un paso resonaba allí, y que este paso, en vez de hollar en el suelo, pesaba sobre su corazón.

Instintivamente retiró su pie del de la señora de Belliére que apoyaba contra el suyo hacía dos horas.

-El señor de Herblay, obispo de Vannes -exclamó el ujier.

Y el rostro sombrío y pensativo de Aramis apareció en el umbral, entre los restos de dos guirnaldas, cuyos hilos acababa de romper la llama de una bujía.

LIV
EL RESGUARDO DEL SEÑOR MAZARINO

Fouquet habría exhalado un grito de alegría al divisar a un nuevo amigo, si el aire glacial y la mirada distraída de Aramis no le hubieran hecho recobrar toda su reserva.

-Venís a ayudarnos a tomar los postres -preguntó, sin embargo-. ¿No os asustaréis de todo este ruido que armamos con nuestras locuras?

-Monseñor -replicó respetuosamente Aramis-, principio por pediros me disculpéis de haber venido a turbar vuestra alegre reunión, y os suplicaré que, después de los placeres, me concedáis una breve audiencia para tratar de negocios.

Como la palabra negocios hiciera aguzar el oído a algunos epicúreos, se levantó Fouquet.

-Los negocios ante todo, señor de Herblay -le dijo-; felices nosotros cuando los negocios llegan sólo al fin de la comida.

Y, diciendo esto, tomó de la mano a la señora de Belliére, que le miraba con una especie de inquietud, y la condujo al salón inmediato, donde la dejó confiada a los más razonables de la reunión.

Después, cogiendo a Aramis del brazo, entraron ambos en el despacho.

Aramis, olvidando allí el respeto y la etiqueta, se sentó.

-A ver si acertáis -dijo- a quién he visto esta tarde.

-Mi querido caballero, siempre que empezáis de ese modo, estoy seguro de oír alguna cosa desagradable.

-Pues por esta vez tampoco os equivocáis, mi querido amigo -replicó Aramis.

-No me hagáis languidecer - añadió flemáticamente Fouquet.

-Pues he visto a la señora de Chevreuse.

-¿La vieja duquesa?

-Sí.

-O su sombra.

-No; una vieja loba.

-¿Sin dientes?

-Es posible, pero no sin garras.

-¿Y por qué me ha de querer mal? No soy avaro con las mujeres que no se la echan de mojigatas, y ésta es una cualidad que estiman hasta las que no se atreven ya a provocaros el amor.

-Demasiado sabe la señora de Chevreuse que no sois avaro, supuesto que quiere sacaros dinero.

-¡Hola! ¿Bajo que pretexto?

-¡Oh! Jamás le faltan pretextos. Veréis lo que dice.

-Ya escucho.

-Parece que la duquesa posee muchas cartas del señor Mazarino. -No me extraña; el prelado era galante.

-Sí; pero esas cartas nada tienen que ver, según dice, con los amores del prelado. Tratan de asuntos de Hacienda.

-Entonces es menor su interés.

-¿No sospecháis algo de lo que quiere decir?

-Ni lo más mínimo.

-¿No habéis oído hablar jamás de una acusación de malversación de fondos?

-Mil veces, querido Herblay: desde que estoy mezclado en los negocios no he oído hablar de otra cosa. Pasa lo mismo que con vos, que, cuando obispo, os echan en cara vuestra impiedad; cuando mosquetero, vuestra cobardía; lo que se imputa siempre a un ministro de Hacienda es que roba las rentas.

-Bien, pero precisemos el hecho, porque el señor Mazarino lo precisa, como dice la duquesa.

-Vamos a ver qué precisa.

-Algo así como una cantidad de trece millones, cuya inversión no os sería fácil probar.

-¡Trece millones! -dijo el superintendente estirándose en su sillón a fin de levantar mejor la cabeza hacia el techo-. ¡Trece millones! ... Ya veis que los ando buscando entre todos los que me acusan de haberlos robado.

-No os riáis, mi querido señor, que el asunto es grave. Es positivo que la duquesa tiene cartas, y que esas cartas deben de ser buenas en atención a que quería venderlas en quinientas mil libras.

-¡Menuda calumnia puede conseguirse por ese precio!...-respondió Fouquet-. ¡Ay! Ya sé lo que queréis decir.

Fouquet se echó a reír de buena gana.

-¡Tanto mejor! -dijo Aramis algo tranquilizado.

-Ahora recuerdo esa historia de los trece millones...

-Me alegro infinito, veamos.

-Figuraos, amigo, que el signor Mazarino, que en paz descanse, dio un día ese beneficio de trece millones sobre una concesión de tierras que se litigaban en la Valtelina; los anuló en el registro de ingresos, me los envió, e hizo que se los diese para gastos de guerra.

-Entonces está justificada su inversión.

-No; el cardenal los hizo colocar a mi nombre, y me envió el descargo.

-¿Y la conserváis?

-Ya lo creo -dijo Fouquet levantándose para acercarse a los cajones de su vasta mesa de ébano, incrustada de nácar y oro.

-Lo que más me asombra en vos -dijo Aramis encantado-, es, en primer lugar, vuestra memoria, luego vuestra sangre fría, y por último, el orden perfecto que reina en vuestra administración, siendo, como sois, verdaderamente el poeta por excelencia.

-Sí -dijo Fouquet-; tengo orden por efecto de la misma pereza, por ahorrarme de buscar. Así, pongo por caso, sé que el recibo de Mazarino está en el tercer cajón, letra M, y no tengo más que abrirlo para poner la mano sobre el papel que necesito. A obscuras podría encontrarlo.

Y tocó con mano segura el legajo de papeles amontonados en el cajón abierto.

-Hay más -prosiguió-, y es que me acuerdo de ese papel como si lo estuviera viendo; es fuerte, un poco arrugado y dorado por el canto. Mazarino había echado un borrón en el número de la fecha... ¡Vaya! -continuó-; parece que el papel ha conocido que se ocupan de él y le necesitan, según lo que se oculta y se rebela.

Y el superintendente miró dentro del cajón.

Aramis habíase levantado.

-¡Es extraño! -dijo Fouquet.

-Sin duda no es fiel vuestra memoria, señor Fouquet; buscad en otro legajo.

Fouquet tomó el legajo y lo recorrió otra vez; luego, palideció.

-No os obstinéis en registrar ese legajo; buscad otro.

-Inútil, inútil; jamás me he equivocado, y nadie sino yo arregla esta clase de papeles ni abre este cajón, al que, como veis, he hecho poner además un secreto que sólo yo conozco.

-¿Y qué deducís de eso? -preguntó alarmado Aramis.

-Que me han robado el recibo de Mazarino. Razón tenía la señora de Chevreuse, caballero; he malgastado los fondos públicos; he robado trece millones a las arcas del Estado; soy un ladrón, señor de Herblay.

-No os incomodéis, señor Fouquet, no os exaltéis.

-¿Por qué no exaltarme, caballero? El motivo bien vale la pena. Un proceso, una buena sentencia, y vuestro amigo, el señor superintendente, puede seguir a su colega Enguerrando de Maligny y a su predecesor Samblancay.

-¡Oh! -repuso sonriendo Aramis-. No tan aprisa.

-¿Cómo no tan aprisa? ¿Qué os parece que habrá hecho la señora de Chevreuyse de esas cartas? Porque las habréis rehusado, ¿no es verdad?

-¡Oh! Sí que las he rehusado y categóricamente. Supongo que habrá ido a venderlas al señor Colbert.

-Pues bien, ya lo veis.

-He dicho que lo suponía, y debía haber dicho que estaba seguro de ello, pues hice seguir a la señora de Chevreuse, y, al separarse de mí volvió a su casa, salió después por una puerta trasera y se fue a casa del señor intendente, calle de Croix-des-Petit-Champs.

-Entonces, habrá proceso, escándalo, deshonra, que caerá como el rayo, ciega y brutalmente.

Aramis se aproximó a Fouquet, que estaba trémulo en su sillón, al lado de los cajones, y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo en tono afectuoso:

-No olvidéis jamás que la posición del señor Fouquet no puede compararse a la de Samblancay o Marigny.

-¿Y por qué no?

-Porque el proceso contra esos ministros se instruyó completamente, y la sentencia fue ejecutada, mientras que respecto de vos no puede eso tener lugar.

-¿Y por qué, vuelvo a repetir: en todo tiempo, un concusionarie es un criminal.

-Los criminales que saben hallar un lugar de asilo, no están nunca en peligro.

-¿Y qué queréis, que huya? -No os hablo de tal cosa; indudablemente olvidáis que esa clase de procesos son evocados por el Parlamento, e instruidos por el fiscal general, y que vos sois fiscal general. Ya veis que a menos que os queráis condenar a vos mismo...

-¡Oh! -exclamó de pronto Fouquet, pegando con el puño en la mesa.

-¿Qué hay? ¿Qué es eso?

-Que no soy ya fiscal general. Aramis, a su vez, palideció hasta ponerse lívido, apretó con fuerza los puños, y con un mirar extraño, que aterró a Fouquet:

-¿No sois ya fiscal general? -exclamó acentuando cada sílaba.

-No.

-¿Desde cuándo?

-Desde hace unas cinco horas.

-Mirad lo que decís -interrumpió con frialdad Aramis-, que creo que no estáis en el pleno uso de vuestra razón, querido; reponeos.

-No hay más -replicó Fouquet-, sino que hace poco vino uno a ofrecerme de parte de un amigo un millón cuatrocientas mil libras por mi cargo y lo he vendido.

Aramis se quedó aturdido; su fisonomía inteligente y burlona tomó una expresión de sombrío espanto que causó más efecto en el super-intendente que todos los gritos y todos los discursos del mundo.

-¿Tanta era la precisión que teníais de dinero? -dijo al fin.

-Sí, para pagar una deuda de honor.

Y contó en pocas palabras a Aramis la generosidad de la señora de Belliére y el modo como había creído corresponder a esa generosidad.

-¡Bellísima acción! -exclamó Aramis-. ¿Y cuánto os cuesta?

-Exactamente el millón cuatro. cientas mil libras de mi cargo.

-¿Que habréis recibido en el acto, sin reflexionar? Indiscreto amigo.

-No las he recibido todavía, pero las recibiré mañana.

-¡Ah! ¿No está hecha la venta aún?

-Es lo mismo porque he dado al orfebre para las doce del día una libranza sobre mi Caja, donde deberá entrar el dinero del comprador esta tarde de seis a siete.

-¡Alabado sea Dios! -exclamó Aramis dando una palmada-. Nada hay concluido, puesto que no os han pagado.

-¿Pero y el orfebre?

-Yo pondré en vuestras manos el millón. cuatrocientas mil libras a las doce menos cuarto.

-Es que no sabéis aún una cosa; que he de firmar esta mañana a las seis.

-¡Oh! Yo os aseguro que no firmaréis.

-He dado mi palabra, caballero. -Si la habéis dado, la recogeréis, y se acabó.

-¿Qué decís? -exclamó Fouquet con aire de profunda lealtad-. ¡Recoger Fouquet una, palabra dada!

Aramis respondió a la mirada casi severa del ministro con otra preñada de enojo.

-Señor -le dijo-, creo haber merecido el dictado de hombre honrado, ¿no es cierto? Bajo la casaca del soldado he arriesgado quinientas veces mi vida; bajo el traje de eclesiástico he prestado todavía mayores servicios a Dios, al Estado o a mis amigos. Una palabra vale lo que el hombre que la da. Cuando la cumple, es oro puro; cuando no quiere cumplirla, un cortante acero. Entonces defiéndese con esa palabra como con una arma de honor, en atención a que, cuando ese hombre de honor no la cumple, es porque está amenazado de muerte, pues corre más riesgos que beneficios puede reponer su adversario. Entonces, caballero, apela uno a Dios y a su derecho. Fouquet bajó la cabeza.

-Soy -dijo-, un pobre bretón, tenaz y humilde; mi entendimiento admira y teme el vuestro. No diré que cumpla mis palabras por virtud; las cumplo, si así lo queréis, por rutina; pero, como quiera que sea, los hombres vulgares son demasiado simples para admirar esa rutina. Esta es quizá mi única virtud; dejadme conservarla intacta.

-¿Según eso, firmaréis mañana la venta de ese cargo, que os defendía contra todos vuestros adversarios?

-Firmaré.

-¿Y os entregaréis atado de pies y manos por un falso punto de honor, que desdeñaría el casuista más escrupuloso?

-Firmaré.

Aramis exhaló un profundo suspiro, y miró a su alrededor con la impaciencia del hombre que quisiera romper algo.

-Aun nos queda un medio, y espero que no os negaréis a emplearlo.

-No me negaré si es leal... como todo lo que proponéis, querido amigo.

-No hay cosa más leal que una renuncia de parte del comprador. ¿Es amigo vuestro?

-Sí... Pero...

-Pues si me permitís manejar el negocio, no desespero aún.

-¡Oh! Sois enteramente dueño de hacerlo.

-¿Con quién habéis hecho el trato? ¿Qué clase de persona es?

-No sé si conocéis a los individuos del Parlamento.

-Conozco a muchos. ¿Es uno de los presidentes?

-No, un simple consejero.

-¡Ah! ¡Ah!

-Que se llama Vanel.

Aramis se puso encendido como la grana.

-¡Vanel! -exclamó levantándose-. ¡Vanel! ¿El marido de Margarita Vanel?

-Precisamente.

-¿De vuestra antigua querida?

-Sí, amigo mío, ha deseado ser fiscala general, y bien le debo eso al pobre Vanel. Todavía salgo ganando, pues hago en ello un obsequio a su mujer.

Aramis se aproximó a Fouquet, y le cogió la mano.

-¿Sabéis -dijo con aparente sangre fría- el nombre del nuevo amante de la señora Vanel?

-¡Ah! ¿Tiene un nuevo amante?... Pues no lo sabía, y por consiguiente ignoro su nombre.

-Pues se llama Juan Bautista Colbert; es intendente de Hacienda; y habita en la calle de Croix-des-Petits-Champs, adonde ha ido la señora de Chevreuse a llevar las cartas de Mazarino que quiere vender.

-¡Dios mío! -exclamó Fouquet limpiándose su frente bañada en sudor-. ¡Dios mío!

-Principiáis ya a comprender, ¿no es verdad?

-Que estoy perdido, sí.

-¿Y os parece que eso valga la pena de ser menos escrupuloso que Régulo en el cumplimiento de la palabra?

-No -contestó Fouquet.

-Estas gentes obstinadas -murmuró Aramis-, siempre hacen de modo que no se pueda por menos de admirarlas.

Fouquet le tendió la mano.

En aquel momento un rico reloj de concha, con figuras de oro, colocado sobre una consola frente a la chimenea, dio las seis de la mañana.

En el vestíbulo rechinó una puerta.

-El señor Vanel -dijo Gourville aproximándose a la puerta del despacho- pregunta si monseñor puede recibirle.

Fouquet apartó sus ojos de los de Aramis, y contestó:

-Haced pasar al señor Vanel.

LV
LA MINUTA DEL SEÑOR COLBERT

La entrada de Vanel en aquel instante, no fue otra cosa para Aramis y Fouquet que el punto que termina una frase.

Mas para Vanel, que llegaba, la presencia de Aramis en el despacho de Fouquet debía tener otra significación muy distinta.

Así fue que el comprador, al primer paso que dio en la habitación, fijó en aquella fisonomía, a la vez tan fina y enérgica del obispo de Vannes, una mirada de sorpresa, que muy pronto fue escrutadora. Respecto a Fouquet, verdadero hombre político, o lo que es lo mismo, dueño de sí mismo, había hecho ya desaparecer de su rostro, por la fuerza de su voluntad, las huellas de la emoción producida por la revelación de Ararais.

No era ya el hombre abatido por la desgracia y reducido a buscar expedientes. Antes bien, con la cabeza levantada, tendió una mano hacia Vanel para invitarle a entrar.

Era el primer ministro, y se hallaba en su casa.

Aramis conocía al superintendente. Toda la delicadeza de su corazón, toda su presencia de espíritu nada tenían que pudiera extrañarle. Limitóse, por tanto, momentáneamente, salvo el tomar después una parte muy activa en la conversación, al papel difícil del hombre que observa y escucha para saber y comprender.

Vanel estaba notablemente conmovido. Adelantándose hasta el medio del despacho saludando a todo y a todos:

-Vengo... -dijo.

Fouquet hizo cierta inclinación de cabeza.

-Sois exacto, señor Vanel ---dijo.

-En los negocios, monseñor -replicó Vanel-, creo que la exactitud es una virtud.

-Sí, señor.

-Perdonad -interrumpió Aramis mostrando con el dedo a Vanel, y dirigiéndose a Fouquet-: perdonad; este caballero es el que se presenta a comprar vuestro cargo, ¿no es así?

-Yo soy -contestó Vanel, sorprendido del tono de suprema altivez con que Aramis había hecho la pregunta-. Pero, ¿cómo deberé llamarle al que me hace el honor...?

-Llamadme monseñor -respondió con sequedad Aramis.

Vanel se inclinó.

-Vamos, señores -dijo Fouquet-; basta de ceremonias; vengamos al hecho.

-Ya ve monseñor -dijo Vanel-, que estoy esperando sus órdenes.

-Yo era, por el contrario, el que esperaba -replicó Fouquet.

-¿Y qué esperaba monseñor? -Pensaba que tal vez tendríais que decirme algo.

"¡Oh, oh! -pensó-. El señor Fouquet ha reflexionado; estoy perdido."

Pero, cobrando ánimo:

-Nada, señor -dijo-, nada absolutamente, más que lo que os dije ayer, y estoy pronto a repetiros.

-Vamos, hablad francamente, señor Vanel: ¿no es el trato algo pesado para vos? Decid.

-Cierto, monseñor; un millón quinientos mil libras es una cantidad considerable.

-Tan considerable -dijo Fouquet-, que yo había reflexionado...

-¿Habéis reflexionado, monseñor? -exclamó con viveza Vanel.

-Sí; que quizá no estaríais todavía en disposición de comprar.

-¡Oh, monseñor! -Tranquilizaos, señor Vanel, nunca os echaré en cara una falta de palabra, hija sólo de vuestra imposibilidad.

-Sí tal, monseñor, me la echaríais en cara, y con razón -dijo Vanel-; porque es propio de un imprudente o de un loco meterse en compromisos que no puede cumplir, y yo he considerado siempre una cosa pactada como cosa hecha.

Fouquet se sonrojó. Aramis dejó escapar un hum de impaciencia.

-Preciso es, sin embargo, no exageraros esas ideas, señor -dijo el superintendente-, porque el espíritu del hombre es variable y está lleno de caprichitos muy excusables, muy respetables a veces; y quien ayer deseó una cosa, mañana se arrepiente de ello.

Vanel sintió correrle un sudor frío por la frente y las mejillas.

-¡Monseñor! -balbució.

En cuanto a Aramis, gozoso de ver al superintendente situarse con tanta claridad en el debate, se acodó en el mármol de una consola, y comenzó a jugar con un cuchillito de oro con mango de malaquita.

Fouquet recapacitó por breve rato; y en seguida:

-Venid, mi querido señor Vanel -dijo-; voy a explicaron la situación.
Vanel se estremeció.

-Sois hombre galante -prosiguió Fouquet- y, como yo, comprenderéis.
Vanel titubeó.
-Ayer quería vender. -Monseñor hizo más que querer -interrumpió Vanel-; monseñor vendió.

-Bien, sea así; pero hoy os pido como un obsequio que me devolváis la palabra que os di ayer.

-Esa palabra me la disteis' ya -dijo Vanel como inflexible eco.

-Lo sé, y por eso, señor Vanel, os ruego ... ¿lo oís? os ruego que me la devolváis ...

Fouquet se detuvo. La frase os ruego, cuyo efecto inmediato no veía, acababa de desgarrarle la garganta a su paso.

Aramis, jugando siempre con su cuchillo, fijaba en Vanel unas miradas que parecían penetrar hasta el fondo de su alma.

Vanel se inclinó.

-Monseñor -dijo-, mucho me conmueve el honor que me hacéis de consultarme sobre un hecho consumado; pero...

-No añadáis pero alguno, mi estimado señor Vanel.

-¡Ay! Monseñor, reflexionad que traigo el dinero, es decir, la cantidad.
Y abrió una gran cartera. -Mirad. monseñor: aquí tenéis el contrato de la venta que acabo de hacer de unas tierras de mi mujer. La libranza está autorizada y revestida de todas las firmas precisas para ser pagada a la vista: es dinero contante; el negocio está hecho en una palabra.

-Mi estimado señor Vanel, no hay negocio en el mundo, por importante que sea, que no pueda deshacerse... en obsequio...

-Ya lo sé -dijo con mal gesto Vanel.

-En obsequio de un hombre que será así amigo vuestro -continuó Fouquet.

-Lo sé, monseñor...

-Con tanto más motivo, señor Vanel, cuanto más considerable sea el servicio. Conque vamos, caballero, ¿qué resolvéis?

Vanel guardó silencio.

Mientras tanto, Aramis había resumido sus observaciones.

El rostro enjuto de Vanel, sus órbitas hundidas, sus cejas redondas como arcos, habían revelado a Aramis un tipo de avaro y ambicioso. Batir en brecha una pasión por medio de otra, tal era el método de Aramis; vio a Fouquet vencido, desmoralizado, y se arrojó en la lucha con armas nuevas.

-Perdonad, monseñor -dijo-, habéis olvidado hacer comprender al señor Vanel que sus intereses están en abierta oposición con la renuncia de la venta.

Vanel miró al prelado con sorpresa, no esperando hallar en él un auxiliar. Fouquet se detuvo también para escuchar al obispo.

-Tenemos -prosiguió Aramis-, que el señor Vanel, para comprar vuestro cargo, monseñor, ha vendido unas tierras de su señora esposa. Está bien: ¡esto es un negocio! Y no se reúnen, como lo ha hecho, un millón quinientas mil libras sin notables pérdidas ni graves apuros.

-Así es -dijo Vanel, a quien Aramis, con sus miradas, arrancaba la verdad de lo íntimo de su corazón.

-Los apuros -prosiguió Aramis-, se resuelven en gastos, y cuando se hace un gasto de dinero, los gastos de dinero colócanse en el número uno entre las cargas.

-Sí, sí -dijo Fouquet, que empezaba a comprender las intenciones de Aramis.

Vanel quedó mudo, había comprendido también.

Aramis advirtió aquella frialdad y aquella reserva.

"Bueno: mal gesto -dijo entre sí-; te haces el discreto hasta que conozcas la cantidad; pero no temas, que voy a echarte tal carretada de escudos, que no podrás menos de capitular."

-Ofrezco, por consiguiente, en el acto, al señor Vanel, cien mil escudos -dijo Fouquet, arrastrado por su generosidad.

La cantidad era bellísima. Hasta un príncipe se habría contentado con semejante indemnización. Cien mil escudos en aquella época constituían el dote de una hija de rey. Vanel no pestañeó siquiera.

"Es un pillo -pensó el obispo-; quiere las quinientas mil libras redondas."

E hizo una seña a Fouquet.

-Parece que habéis gastado más que eso, querido señor Vanel -dijo el superintendente-. ¡Oh! El dinero es lo de menos; sí, habréis hecho un sacrificio vendiendo esas tierras. ¿Dónde tendría yo la cabeza? Voy a firmaros una libranza por quinientas mil libras, y aún os quedaré sumamente agradecido.

Vanel no dejó entrever ningún vislumbre de alegría o de deseo. Su fisonomía permaneció impasible, y no movió ni siquiera un solo músculo de su rostro.

Aramis envió a Fouquet una mirada de desesperación, y luego, acercándose a Vanel, lo cogió por lo alto de la ropilla con el gesto familiar a los hombres de gran importancia.

-Señor Vanel -díjole-, no es la incomodidad ni el empleo del dinero, ni la venta de vuestras tierras lo que os ocupa; es otra idea más importante. Lo comprendo. Notad bien lo que os digo.

-Sí, monseñor.

Y el desventurado empezó a temblar, devorado por el fuego de los ojos del prelado.

-Os ofrezco, por tanto, yo, en nombre del superintendente, no trescientas mil libras, no quinientas mil libras, sino un millón. Un millón, ¿oís?

Y le sacudió nerviosamente. -¡Un millón! -repitió Vanel palideciendo.

-Un millón, o lo que es lo mismo, en los tiempos que corren, sesenta y seis mil libras de renta.

-Vamos, señor -dijo Fouquet-; eso no se rehúsa. Responded, pues, ¿aceptáis?

-Imposible... -murmuró Vanel.

Aramis se mordió los labios, y algo como una nube blanca pasó por su fisonomía.

Detrás de aquella nube adivinábase el rayo. Aramis no soltaba a Vanel.

-Habéis comprado el cargo en un millón quinientas mil libras, ¿no es verdad? Pues bien, se os darán ese millón y quinientas mil libras, y habréis ganado millón y medio con venir a ver al señor Fouquet y apretarle la mano. Honra y provecho a la vez, señor Vanel.

-No puedo -respondió Vanel sordamente.

-¡Bien! -respondió Aramis, que tenía de tal suerte apretada la ropilla, que en el momento de soltarla, tuvo Vanel que dar unos cuantos pasos hacia atrás, empujado por la conmoción-. Claramente vemos ya lo que habéis venido a hacer aquí.

-Sí, claro está que se ve --dijo Fouquet.

-Pero... -dijo Vanel, tratando de sobreponerse a la debilidad de aquellos dos hombres pundonorosos.

-¡Parece que el tunante levanta la voz! -dijo Aramis en tono de emperador.

-¿El tunante? -replicó Vanel.

-Miserable, quise decir -añadió Aramis recobrando su sangre fría-. Vamos, sacad pronto vuestra escritura de venta, caballero; debéis traerla preparada en cualquier bolsillo, como el asesino oculta su pistola o su puñal bajo la capa. Vanel refunfuñó.

-¡Basta! -gritó Fouquet-. ¡Veamos la escritura!

Vanel registró temblequeando en su bolsillo; sacó de él su cartera, y de la cartera se desprendió un papel, mientras que Vanel presentaba el otro a Fouquet.

Aramis se echó encima del papel caído, cuya letra había reconocido.

-Perdonad, es la minuta de la escritura -dijo Vanel.

-Bien lo veo -replicó Aramis con sonrisa más terrible, que si hubiese sido un latigazo-; y lo que más me sorprende es que esa minuta esté escrita de puño y letra del señor Colbert. Mirad, monseñor, mirad.

Y entregó la minuta a Fouquet, quien se convenció de la verdad del hecho. Aquel escrito, lleno de tachones, de palabras adicionadas con las márgenes ennegrecidas, aquel escrito, testimonio contundente de la trama de Colbert, acababa de revelarlo todo a la víctima.

-¿Y qué hacemos? -murmuró Fouquet.

Vanel, aterrado, parecía buscar un agujero para sumirse en él.

-Si no os llamaseis Fouquet -dijo Aramis-, y si vuestro enemigo no se llamase Colbert; si no tuvieseis que habéroslas más que con este infame ladrón, os diría: negad... una prueba tal destruye toda palabra; pero esas gentes creerían que teníais miedo, y os temerían menos. Tomad, monseñor.
Y le presentó la pluma. Fouquet apretó la mano a Aramis, mas, en vez de la escritura que le presentaban, cogió la minuta.

-No; ese papel no -dijo vivamente Aramis-: éste. El otro es demasiado precioso para que no le guardéis.

-¡Oh! No -dijo Fouquet-; firmaré en la minuta misma del señor Colbert, y escribiré: "aprobada la escritura".

Luego firmó.

-Tomad, señor Vanel -dijo. Vanel cogió el documento, dio su dinero, y trató de escapar.

-¡Un momento! -dijo Aramis-. ¿Estás bien cierto de que viene todo el dinero? Eso se cuenta; sobre todo cuando es dinero que el señor Colbert da a las mujeres. ¡oh, no es tan bondadoso como el señor Fouquet, el digno señor Colbert.

Y Aramis, deletreando cada sílaba de la libranza, destiló toda su cólera y todo su desprecio gota a gota sobre el miserable, que sufrió medio cuarto de hora de suplicio. Luego le despidió, no con palabras, sino con un gesto, como se despide a un palurdo o se echa a un lacayo.

Luego que partió Vanel, el ministro y el prelado, mirándose fijamente uno a otro, permanecieron en silencio por un momento.

-Vamos -dijo Aramis, rompiendo el silencio- ¿a qué puede compararse un hombre que teniendo que combatir a un enemigo pertrechado, armado y furioso, se entrega desnudo, arroja sus armas y envía graciosas sonrisas a su enemigo? La buena fe, señor Fouquet, es un arma de que se sirven con frecuencia los malvados contra los hombres honrados, y con muy buen éxito. Los hombres honrados deberían servirse igualmente de la mala fe contra los bribones. Ya veríais cómo entonces serían fuertes sin dejar de ser honrados.

-Diríase que sus actos eran acciones de pillos -replicó Fouquet.

-No lo creáis; se llamaría a eso la coquetería de la probidad; en fin, supuesto que ya habéis terminado con ese Vanel; puesto que os habéis privado del placer de con fundirle negándole vuestra palabra; puesto que habéis dado contra vos mismo la única arma que puede perderos...

-¡Ay, amigo mío -exclamó Fouquet con tristeza-; hacéis ni más ni menos lo que el preceptor filósofo de que nos hablaba La Fontaine el otro día, el cual se hallaba viendo a un niño que se ahogaba, y le dirigió un discurso en tres puntos.

Aramis sonrió.

-Sabio preceptor, niño que se ahoga, todo eso está bien; pero niño que se salvará, ya lo veréis. Vamos ahora a hablar de negocios.

Fouquet miróle con aire de sorpresa.

-¿No me hablasteis hace días de cierto proyecto de dar una fiesta en Vaux?

-¡Ay! -dijo Fouquet-. Eso era en mejores tiempos.

-¿Una fiesta a la que creo se había convidado el rey a sí mismo?

-No, mi amado prelado, una fiesta a la que el señor Colbert aconsejó al rey que se convidara.

-¡Ah, sí! Contando con que la fiesta sería demasiado costosa para que quedarais arruinado.

-Así es. En mejores tiempos, como os decía, poco ha, tenía el orgullo de mostrar a mis enemigos la fecundidad de mis recursos, de asustarlos creando millones donde ellos no veían más que bancarrotas posibles. Mas, hoy, cuento con el Estado, con el rey, conmigo mismo; hoy voy a ser ya el hombre de la tacañería; verá el mundo que manejo las rentas del Estado como si fueran sacos de doblones, y, desde mañana, mis trenes serán vendidos, mis casas embargadas, mis gastos reducidos. . .

-Desde mañana -interrumpió Aramis tranquilamente-, vais, querido, a ocuparos sin descanso de esa hermosa fiesta de Vaux, que habrá de ser citada algún día entre las heroicas magnificencias de vuestros buenos tiempos.

-Estáis loco, caballero de Herblay.

-¿Yo? No hay tal cosa.

-¿Pero sabéis lo que puede costar una fiesta, por humilde que sea, en Vaux? ... De cuatro a cinco millones.

-No os hablo de una fiesta sencilla, mi querido superintendente.

-Dándose la fiesta al rey -repuso Fouquet, que no comprendía el pensamiento de Aramis-, no puede ser sencilla.

-Así es; por eso tiene que ser de la mayor grandeza.

-Entonces me costará de diez a doce millones.

-Aun cuando os cueste veinte, si es necesario -dijo Aramis con la mayor calma.

-¿Y de dónde los he de sacar? -exclamó Fouquet.

-Eso es cuenta mía, señor superintendente, y no tengáis el menor recelo. Tendréis el dinero a vuestra disposición antes de que hayáis arreglado el plan de vuestra fiesta.

-¡Caballero, caballero! -exclamó Fouquet como poseído de un vértigo-. ¿Adónde queréis llevarme?

-Al otro lado del abismo en que íbais a caer -replicó el prelado de Vannes-. Agarraos a mi capa, y no tengáis miedo.

-¿Por qué no me habéis dicho eso antes, Aramis? Hubo un día en que con un millón me habríais salvado.

-Mientras que hoy... Mientras que hoy tendré que dar veinte -dijo el prelado-. ¡Pues bien, sea! ... Pero la razón es clara, amigo mío: el día de que me habláis no tenía yo a mi disposición el millón que se necesitaba, y hoy puedo proporcionar fácilmente los veinte millones que hacen falta.

-¡El Cielo os oiga y me salve! Aramis se sonrió de la manera particular que acostumbraba.

-El Cielo me oye siempre -dijo-, y quizá depende de que le suelo hablar muy alto.

-Me entrego a vos sin reserva -balbuceó Fouquet.

-Al contrario, yo sí que soy vuestro sin reserva. Por eso vos, que tenéis tanta elegancia, ingenio y delicadeza, arreglaréis la fiesta hasta en sus menores detalles... únicamente...

-¿Qué? -dijo Fouquet como hombre diestro en conocer el valor de los paréntesis.

-Al dejaros toda la invención de los pormenores, me reservo la inspección de la ejecución.

-Explicaos.

-Quiero decir que ese día haréis de mí un mayordomo, un intendente superior; una especie de factótum que participe de capitán de guardias y de la economía; haré andar a la gente y guardaré las llaves de las puertas; vos daréis vuestras órdenes, sí, peto las daréis a mí; pasarán por mi boca para llegar a su destino. ¿Comprendéis?

-No, no comprendo nada.

-Pero, ¿aceptáis?

-¡Diantre! Sí, amigo mío.

-Es cuanto se necesita. Gracias, pues, y extended vuestra lista de convidados.

-¿Y a quién invitar?

-¡A todo el mundo!

LVI
DONDE CREE EL AUTOR QUE YA ES HORA DE HABLAR NUEVAMENTE DEL VIZCONDE DE BRAGELONNE

El lector ha visto desarrollarse paralelamente en esta historia las aventuras de la generación nueva y las de la generación pasada.

Para éstos el reflejo de la gloria de otra época, la experiencia de las cosas dolorosas de este mundo. Para éstos también la paz que se apodera del corazón, y permite a la sangre adormecerse alrededor de las cicatrices que fueron terribles heridas.

Para aquéllos los combates de propia estimación y de amor; los pesares amargos y los goces inefables: la vida en vez de la memoria.

Si en los episodios de este relato ha encontrado el lector alguna variedad, la causa debe atribuirse a los fecundos matices que brotan de esa doble paleta, donde se hallan pareados y mezclados dos cuadros armonizando el tono severo y el tono risueño.

La quietud de las emociones del uno se encuentra en el seno de las emociones del otro. Después de razonar con los viejos, gusta delirar con los jóvenes.

Así es que, aunque los hilos de esta historia no anudaran muy fuertemente el capítulo que escribimos al que acabamos de escribir, no nos dan a más cuidado que el que le daba a Ruisdael el pintar un celaje de otoño después de terminar otro de primavera.

Invitamos al lector a que haga otro tanto y a seguir a Raúl de Bragelonne en el punto que le hemos dejado.

Asustado, o mejor, falto de razón y de voluntad, sin tomar partido alguno, huyó después de la escena cuyo final había presenciado en la habitación de La Valliére. El rey, Montalais, Luisa, aquel cuarto, aquella rara conclusión, aquel dolor de Luisa, aquel espanto de Montalais, aquella cólera del rey, todo le presagiaba una desgracia. ¿Pero cuál?

De regreso de Londres porque le anunciaban un peligro, hallaba al primer golpe la apariencia de ese peligro. ¿No es eso ya demasiado para un amante? Lo era, pero no para un corazón noble, orgulloso de hacer gala de una rectitud igual a la suya.

Raúl no intentó buscar explicaciones adonde van a buscarla siempre los amantes celosos o menos tímidos. No fue a decir a su amada: "Luisa, ¿ya no me amáis? Luisa, ¿amáis a otro?" Raúl, lleno de valor y de amistad, como lo estaba de amor; escrupuloso observador de su palabra, y creyendo en `. la palabra de otro, pensó: "Guiche me ha escrito para avisarme; Guiche sabe algo; voy a preguntar a Guiche lo que sepa, y a referirle lo que he visto."

El trayecto no era largo. Trasladado Guiche hacía dos días desde Fontainebleau a París, principiaba a reponerse de su herida, y daba algunos paseos por su cuarto.

El conde exhaló un grito de júbilo al ver entrar a Raúl con su fuego de amistad.

Raúl dejó escapar un gritó de dolor al ver a Guiche tan flaco y triste. Dos palabras y el ademán que hizo el herido para apartar el brazo de Raúl, bastaron a éste para adivinar la verdad.

-Ahí tenéis -dijo Raúl poniéndose al lado de su amigo-; amar es morir.

-No -replicó Guiche-; no es morir, puesto que estoy en pie y os estrecho en mis brazos.

-¡Oh, yo me entiendo!

-Y yo también os entiendo. ¿Creéis que soy desgraciado, Raúl?

-¡Ay!

-No; soy el más dichoso de los hombres. Mi cuerpo, es verdad que sufre, pero no mi corazón ni mi alma. ¡Si supieseis! ... ¡Oh! ¡Soy el más feliz de los hombres!

-¡Oh, tanto mejor! -contestó Raúl-. Tanto mejor, con tal que eso dure.

-Eso acabó; tengo ya para toda mi vida, Raúl.

-Vos, lo creo; mas ella... -Escuchad, querido, la amo ... porque... Pero no me escucháis.

-Perdón.

-¿Estáis preocupado?

-Sí. Por vuestra salud, primero.

-No es eso.

-Querido, no creo que tengáis necesidad de interrogarme vos.

Y acentuó aquel vos de modo que pudiese ilustrar a su amigo sobre la naturaleza del mal y la dificultad del remedio.

-¿Me decís eso por lo que os he escrito?

-Sí; ¿deseáis que hablemos de ello después que hayáis terminado de manifestarme vuestras satisfacciones y vuestras penas?

-Querido amigo, ahora mismo, antes que todo.

-Gracias ... Tengo una impaciencia que me consume.,.. He llegado en menos tiempo que el que emplean los correos ordinariamente. Decidme, ¿qué queríais?

-Nada más que haceros venir, amigo.

-Pues ya estoy aquí.

-Está bien, entonces.

-Supongo que habrá algo más.

-No, a fe mía.

-¡Guiche!

-¡Por mi honor!

-No me habríais arrancado violentamente a la esperanza; no me habríais expuesto a la desgracia del rey con este regreso, que es una infracción de sus órdenes; no habríais infiltrado los celos en mi alma, si no hubieseis tenido que decirme algo más que: "Está bien, dormid tranquilo tilo."

-Yo no os digo: "dormid tranquilo", Raúl; pero, comprendedme bien, no quiero ni puedo deciros otra cosa.

-¡Oh amigo mío! ¿Por quién me tomáis?

-¿Cómo?

-Si sabéis algo, ¿por qué me lo ocultáis? Y si nada sabéis, ¿por qué me habéis avisado?

-Es verdad, hice mal. ¡Oh, bien me pesa, Raúl! Poco cuesta escribir a un amigo: venid. Mas tener a ese amigo enfrente, verle estremecerse con la esperanza de una palabra que no se atreve uno a pronunciar...

-¡Pronunciadla! ¡Tengo corazón, si a vos os falta! -exclamó Raúl desesperado.

-¡Cuán injusto sois, y cómo olvidáis que estáis hablando con un pobre herido, que es la mitad de . vuestro corazón! Tranquilizaos. Yo os he dicho: "Venid." Vos habéis venido, y ahora os ruego que no preguntéis más a vuestro desventurado Guiche.

-Me habéis dicho que venga con la esperanza de que yo vería por mi mismo, ¿no es cierto?

-Pero...

-¡No titubeéis! ... He visto.

-¡Ah! -murmuró. Guiche.

-O a lo menos, he creído.. .

-Ya veis que abrigáis dudas. Y si vos dudáis, mi buen amigo, ¿qué me queda que hacer?

-He visto a La Valliére turbada... a Montalais asustada ... al rey...

-¿Al rey?

-Sí... Volvéis la cabeza... Ahí está el peligro, el mal: el rey es, ¿no es así?

-Nada digo.

-¡Oh! ¡Decís mil y mil veces más! ¡Hechos, por favor, por caridad, hechos! ¡Amigo mío, mi único amigo, hablad! Tengo el corazón traspasado, vertiendo sangre, y la desesperación me mata.

-Si así es, amigo Raúl -replicó Guiche-, me animáis a hablar, en la persuasión de que os diré cosas consoladoras en comparación de la desesperación que veo pintada en vuestro rostro.

-¡Ya os escucho!

-Pues bien -repuso el conde de Guiche-; puedo deciros lo que oiríais a cualquiera a quien preguntárais.

-¡A cualquiera! -exclamó Raúl-. ¿Pues qué, tanto se habla?

-Antes de decir eso, amigo mío, procurad saber primero de lo que pueden hablar. Os juro que no se trata de cosa alguna que en el fondo no sea muy inocente: quizá un paseo

-¡Ah! ¿Un paseo con el rey?

-Sí, con el rey; pero me parece que el rey ha paseado ya muchas veces con damas, sin que por eso...

-Repito que no me hubiérais escrito si ese paseo no hubiese tenido algo extraño.

-Conozco que durante la tempestad habría sido mejor para el rey buscar un abrigo que permanecer de pie con la cabeza descubierta en presencia de La Valliére... pero...

-¿Pero qué?

-¡El rey es tan cortés!

-¡Oh! ¡Guiche, Guiche, me estáis matando!

-Pues callaré.

-No, continuad. ¿Ha habido otros paseos después de ése?

-No... es decir, sí; la aventura de la encina. . . pero no sé a punto fijo lo que ocurrió.

Raúl se levantó, y Guiche trató de hacer lo mismo, a pesar de su debilidad.

-Ya lo veis -dijo-; no añadiré ni una palabra más; quizá haya dicho demasiado, o demasiado poco. Otros os informarán, si pueden y quieren: mi deber era avisaros, y lo he hecho. Ahora, cuidad de vuestros negocios vos mismo.

-¿Preguntar? ¡Ay! no sois amigo mío cuando me habláis de ese: modo - dijo el joven, desolado. El primero a quien pregunte será tal vez un malvado o un necio; si lo primero, me mentirá para atormentarme; si lo segundo, peor aún.. ¡Ay, Guiche! Antes de dos horas habré tropezado con diez mentiras y diez duelos. ¡Salvadme! ¿No es mejor que sepa uno su mal?

-¡Pero si no sé nada, os digo? Yo estaba herido, con fiebre, sin conocimiento, y no tengo más que una idea vaga de todo eso. ¿Pera a qué andamos titubeando cuando tenemos ahí al hombre que necesitáis? ¿No sois amigo del señor de Artagnan?

-¡Oh! ¡Es verdad, es verdad!

-Pues avistaos con él. Sabrá daros luz, y no buscará el herir vuestros ojos.

Un lacayo entró.

-¿Qué hay? -preguntó Guiche.

-Una persona aguarda al señor conde en el gabinete de las Porcelanas.

-Bien. Con vuestro permiso, querido Raúl. ¡Desde que ando, me siento tan animoso!

-Os ofrecería mi brazo, Guiche, si no adivinara que la persona es una mujer.

-Creo que sí -replicó Guiche sonriendo.

Y separóse de Raúl.

Este permaneció inmóvil, absorto, abrumado, como el minero sobre quien se desploma una bóveda, el cual, viéndose herido y vertiendo sangre, siente interrumpírsele el pensamiento e intenta recobrarse y salvar su vida con su razón. Algunos minutos bastaron a Raúl para disipar el deslumbramiento de aquellas dos revelaciones. Había ya reanudado el hilo de sus ideas, cuando, súbitamente, a través de la puerta, creyó reconocer la voz de Montalais en el gabinete de las Porcelanas.

-¡Ella! -exclamó-. Sí, es su voz. Esa mujer podrá decirme la verdad; pero, ¿la interrogaré aquí? Procura recatarse de mí; sin duda viene de parte de Madame. La veré en su habitación. Ella me explicará su espanto, su huida, los torpes manejos con que me han suplantado; ella me dirá todo eso... Luego que el señor de Artagnan, que lo sabe todo, me haya fortalecido el corazón. Madame... una coqueta... Sí, pero coqueta que ama en sus buenos momentos; coqueta que, como la muerte o la vida, tiene sus caprichos, pero que hace declarar a Guiche que es el más feliz de los hombres. Este, a lo menos, camina sobre rosas. ¡Vamos! Marchóse el joven de casa del conde, y fue a la de Artagnan, echándose en cara por el camino el no haber hablado a Guiche más que de sí propio.

LVII
BRAGELONNE CONTINUA SUS INTERROGACIONES

El capitán se hallaba de servicio; cumplía su semana, hundido en el sillón de cuero, la espuela hincada en el entarimado, la espada entre las piernas, leyendo una porción de cartas y retorciéndose el bigote.

Artagnan lanzó un gruñido de alegría al ver al hijo de su amigo.

-¡Raúl, hijo querido! -le dijo-. ¿Por qué casualidad te ha llamado el rey?

Estas palabras sonaron mal a! oído del joven, que, sentándose, replicó:

-A fe que no lo sé. Lo que sé es que he venido.

-¡Hum! -dijo Artagnan doblando las cartas con una mirada llena de intención dirigida a su interlocutor-. ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Que el rey no te ha llamado, y, sin embargo, has vuelto? No entiendo bien eso.
Raúl palideció, y no hacía más que dar vueltas a su sombrero con aire cortado.

-¿Qué diablo de rostro es ése que pones y a qué viene la conversación fúnebre que traes? -exclamó el capitán-. ¿Es que en Inglaterra se adquieren esas maneras? ¡Diantre! También he estado yo allí, y he vuelto alegre como un pinzón. ¿Hablarás?

-Tengo mucho que decir.

-Vamos, bien. ¿Cómo se halla tu padre?

-Perdonad, querido amigo; eso mismo os iba a preguntar. Artagnan aumentó la intención de su mirada, a la que ningún secreto resistía.

-¿Tienes penas? -dijo. -¡Caramba! Bien lo sabéis, señor de Artagnan.

-¿Yo?

-Sí, por cierto; no os hagáis de nuevas.

-No me hago de nuevas, amigo.

-Querido capitán, sé muy bien que me vencéis, tanto en talento como en fuerza. En este momento, ya lo veis, soy un tonto, nada. No tengo entendimiento ni brazo; no me despreciéis, ayudadme. En fin, soy el más miserable de los seres vivientes.

-¡Oh, oh! ¿Y por qué? -preguntó Artagnan desabrochándose el cinturón y dulcificando su sonrisa.

-Porque la señorita de La Valliére me engaña.

Artagnan no cambió de fisonomía.

-¡Te engaña!... ¡Esas son palabras mayores! ¿Quién te las ha dicho?

-Todo el mundo.

-¡Ah! Si todo el mundo lo ha dicho, necesario es que haya algo de verdad. Pero yo creo en el fuego cuando veo el humo. Esto es ridículo, pero así es.

-¡Según eso creéis! -exclamó vivamente Bragelonne.

-¡Ah! Si me coges por tu cuenta...

-De eso trato.

-Yo jamás me mezclo en esos asuntos; ya lo sabes.

-¡Cómo! ¡Con un amigo, con un hijo!

-Precisamente por eso; si fueses un extraño, te diría... no te diría nada

- ¿Cómo se halla Porthos, lo sabes?

-¡Señor -exclamó Raúl, estrechando la mano de Artagnan-, en nombre de la amistad que profesáis a mi padre! . . .

-¡Diablo! Estáis muy enfermo... de curiosidad.

-No de curiosidad, sino de amor.

-¡Bueno! Otra gran frase. Si estuvieses realmente enamorado, mi querido Raúl, sería ya otra cosa.

-¿Qué queréis decir?

-Digo, que si estuvieseis poseído de un amor tan serio que me hiciese creer que podía dirigirme a tu corazón... Mas no es posible.

-Os digo que amo desatinadamente a Luisa.

Artagnan leyó con sus ojos en el fondo del corazón d de Raúl.

-Imposible, repito... Tú eres como todos los jóvenes, y no estás enamorado, sino loco.

-Bien; y aun cuando eso fuese...

-Nunca hombre cuerdo ha logrado volver el juicio a un cerebro que lo haya perdido. En mil ocasiones de mi vida he visto estrellarse mis esfuerzos ante tal empresa. Me escucharías, y no me oirías; me oirías, y no me entenderías; me entenderías, y no me obedecerías.

-¡Oh! Probad a ver.

-Todavía digo más: si fuese bastante desventurado para saber alguna cosa, y bastante necio para comunicártela... ¿Dices que eres mi amigo, no es cierto?

-¡Oh, sí!

-Pues bien, me malquistaría contigo, porque no me perdonarías el haber destruido tu ilusión, según se dice en amor.

-¡Señor de Artagnan, todo lo sabéis, y me dejáis en la ansiedad, en la desesperación, en la muerte! ¡Eso es horrible!

-¡Hola!

-Bien sabéis que nunca acostumbro a gritar. Pero como mi padre y Dios no me perdonarían jamás que me saltase la tapa de los sesos de un pistoletazo, voy a hacerme contar por el primero a quien encuentre a mano lo que os negáis a decirme: 1e daré un mentís.

-Y le matarás. ¡Buen negocio!

-¡Tanto mejor! ¿A mí qué se me importa? Anda, hijo; mata, si encuentras placer en ello. Lo mismo me sucede contigo que con los que sufren dolor de muelas. Cuando éstos me dicen: "¡Cuánto sufro; de buena gana

mordería hierro!", yo les contesto: "Pues morded, amigos, morded, que el diente allí quedará."

-Es que no mataré, señor -replicó Raul; con aire sombrío.

-¡Oh, sí! Ahora está en moda ese estribillo: te harás matar, ¿no es cierto? ¡Vaya una linda salida! ¡Y por cierto que te echaré mucho de menos! Es bien seguro que no dejaré de decir en todo el día: ¡Buen necio era el joven Bragelonne! ¡Bestia por los cuatro costados! Después de haberme esforzado en enseñarle a llevar convenientemente una espada, ese necio ha ido a dejarse ensartar como un ave." Anda; Raúl, ve a hacerte matar, amigo mío.

No sé quién te habrá enseñado la lógica; pero, ¡Dios me perdone! (como dicen los ingleses), sea quien sea, no ha hecho más que robar el dinero a tu padre.

Raúl, silencioso, dejó caer la cabeza entre las manos, y murmuró:

-¡No hay amigos, no!

-¡Bah! -dijo Artagnan.

No hay más que burlones o indiferentes.

-¡Chilindrinas! No soy burlón, por muy gascón que sea. En cuanto a indiferente, si lo fuese, hace ya un cuarto de hora que te habría enviado a todos los diablos; porque eres capaz de poner triste al hombre más jovial del mundo, y de matar al triste. ¿Pues qué, joven, quieres que vaya ahora a malquistarte con tu adorado tormento, y a execrar a las mujeres, que son el honor y la dicha de la vida humana?

-¡Señor, hablad, hablad, y os bendeciré!

-Pero, amigo, ¿crees que haya ido a meterme en la cabeza todas esas aventuras del carpintero y del pintor, de la escalera y del retrato, y cien mil cuentos más capaces de hacer dormir a un hombre de pie?

-¡Un carpintero! ¿Qué significa ese carpintero?

-No lo sé, a fe mía; he oído que ha habido de por medio un carpintero que ha taladrado un suelo.

-En el cuarta de La Valliére?

-No sé dónde.

-¿En el del rey?

-¡Bueno! Si fuese en la habitación del rey, ahora te lo iba a decir, ¿no es verdad?

-¿En el cuarto de quién, entonces?

-Llevo una hora repitiéndote que lo ignoro.

-Pero, entonces, el pintor... y ese retrato . . .

-Parece que el rey ha mandado hacer el retrato de una dama de la Corte.

-¿De La Valliére?

-¡Siempre con el mismo nombre en la boca! ¿Quién te habla de La Valliére?

-Pues si no es ella, ¿cómo queréis que eso tenga para mí importancia alguna?

-Yo no afirmo que tenga o no importancia para ti. Pero me preguntas, y yo te respondo. Quieres saber la crónica escandalosa, y te doy cuenta de ella. Ahora, aprovéchate.

Raúl dióse una palmada de desesperación en la frente.

-¡Esto es para morir! -dijo.

-Ya lo has dicho.

-Sí, es verdad.

Y dio un paso para alejarse.

-¿Adónde vas? -dijo Artagnan. -A buscar a alguien que me diga la verdad.

-¿A quién?

-A una mujer.

-A la misma señorita de La Valliére, ¿no es así? -dijo Artagnan con una sonrisa-. ¡Famosa idea es ésa! Buscabas quien te consolase, y vas a serlo inmediatamente. Lo que es ella, no te hablará mal de sí propia: anda.

-Os engañáis, señor -replicó Raúl-; la mujer a quien pienso dirigirme me dirá mucho malo.

-Apuesto a que es Montalais.

-Sí, Montalais.

-¡Ah, su amiga! ¡Una mujer que, por esa misma razón, exagerará con pasión el bien o el mal! No hables a Montalais, mi buen Raúl.

-No es ésa la razón que os mueve a alejarme de Montalais.

-Pues bien, lo confieso. Y, en verdad, ¿por qué he de jugar contigo como el gato con un ratón? Me das pena, de veras. Si deseo que, en este momento, no hables a Montalais, es porque vas a entregar tu secreto y abusarán de él. Espera, si puedes.

-No puedo.

-¡Tanto peor! Mira, Raúl, si se me ocurriese alguna idea . . . Mas el caso es que no se me ocurre . . .

-Prometedme tener compasión, amigo mío, y eso me basta; por lo demás, dejadme salir del paso por mí solo.

-¡Ah, bien! ¿Que te deje en el pantano? Corriente; siéntate a esa mesa, y coge la pluma.

-¿Para qué?

-Para escribir a Montalais, y solicitarle una entrevista.

-¡Ah! -dijo Raúl abalanzándose a la pluma que le alargaba el capitán.

En aquel instante se abrió la puerta, y acercándose un mosquetero a Artagnan:

-Mi capitán -le dijo-, ahí está la señorita de Montalais, que desea hablaros.

-¿A mí? -murmuró Artagnan-. Que entre, y veré si es a mí a quien desea hablar.

El astuto capitán olfateaba con acierto.

Montalais, al entrar, vio a Raúl, y exclamó:

-¡Señor! Señor... Perdón, señor de Artagnan.

-Estáis perdonada, señorita -dijo el capitán-; sé que a mi edad, los que me buscan tienen necesidad de mí.

-Buscaba al señor de Bragelonne -dijo Montalais.

-¡Cómo! También yo os buscaba. Raúl, ¿no queríais ir con la señorita?

-Lo deseaba ardientemente.

-Pues andad.

Y empujó dulcemente a Raúl fuera del gabinete. Luego, tomando la mano a Montalais:

-Sed buena -le dijo en voz baja-: mirad por él y por ella.

-¡Ay! replicó la joven con el mismo tono-. No soy yo quien le ha de hablar.

-¿Pues cómo?

-Es Madame quien le hace buscar.

-¡Ah, bien! -exclamó Artagnan-. ¡Es Madame! . . . Antes de una hora, el pobre mozo quedará curado.

-¡O muerto! -repuso Montalais con compasión-. ¡Adiós, señor de Artagnan!

Y corrió a reunirse con Raúl, que la esperaba lejos de la puerta, muy inquieto e intrigado por aquel diálogo que nada bueno presagiaba.

LVIII
DOS QUE SIENTEN CELOS

Los amantes son tiernos para todo lo que concierne a la bien amada. Apenas vio Raúl cerca de sí a Montalais, se apresuró a besarle la mano con ardor.

-¡Ay! -dijo tristemente la joven-. Colocáis muy al aire vuestros besos, mi amado caballero Raúl; os garantizo que no os producirán interés.

-¿Qué queréis decir?... ¿Me lo explicaréis, querida Aura?

-Madame os lo explicará todo. Tengo encargo de conduciros a su habitación.

-¡Pues qué! ...

-Silencio, y no echéis esas miradas. Aquí las ventanas ven, y las paredes oyen. Hacedme el obsequio de no mirarme y de hablarme en voz alta de la lluvia, del buen tiempo y de las diversiones de Inglaterra.

-Pero ...

-¡Ah! ... Os aviso que en alguna parte, no sé dónde, debe estar Madame con los ojos abiertos y el oído alerta. Ya comprenderéis que no es cosa de querer yo que me despidan o me recluyan en la Bastilla. Hablemos, pues, o mejor, no hablemos.

Raúl apretó los puños, aceleró el paso, y tomó el aire de un hombre de valor, pero que marcha al suplicio.

Montalais, ojo alerta, ligero el paso y volviendo la cabeza en todas direcciones, le precedía.

Raúl fue introducido inmediatamente en el gabinete de Madame. "¡Vamos! -pensó-. Al fin se pasará el día de hoy sin llegar a saber nada. Guiche ha tenido demasiada compasión conmigo; se ha puesto de acuerdo con Madame, y los dos, por medio de una conspiración amistosa, alejarán la solución del problema. ¡Que falta me hace aquí un buen enemigo! ... Esa serpiente de Wardes, por ejemplo. Cierto es que mordería, pero al menos saldría yo de dudas... Dudar. . . dudar... ¡Más vale morir!"

Raúl estaba delante de Madame. Enriqueta, más encantadora que nunca, se hallaba medio recostada en un sillón, con sus lindos pies en un almohadón de terciopelo bordado; jugueteaba con un gatito de fino pelo, que le mordía los dedos y le arañaba las blondas de su cuello.

Madame meditaba; meditaba profundamente; de suerte que fue preciso la voz de Montalais y la de Raúl para sacarla de su ensimismamiento.

-¿Vuestra Alteza me ha hecho llamar? -repetía de nuevo Raúl. Madame sacudió la cabeza, como si despertara.

-Buenos días, señor de Bragelonne -dijo-; sí, os he hecho llamar.

-Conque ¿habéis llegado de Inglaterra?

-Para servir a Vuestra Alteza Real.

-¡Gracias! Déjanos, Montalais. Montalais salió.

-Podréis concederme algunos minutos, ¿no es cierto, señor de Bragelonne?

-Toda mi vida pertenece a Vuestra Alteza Real -replicó cortésmente Raúl, que adivinaba algo sombrío a través de toda aquella cortesía de Madame, y encontraba cierto atractivo en ello, persuadido de que había alguna afinidad entre los sentimientos de Madame y los propios.

En efecto, todas las personas inteligentes de la Corte conocían el extraño carácter de la princesa, su caprichosa voluntad y su fantástico despotismo.

Madame se había visto en extremo lisonjeada con los homenajes del rey; Madame había hecho hablar de sí propia e inspirado a la reina esos celos terribles que son el gusano roedor de todas las felicidades femeninas; Madame, en una palabra, a fin de curar su orgullo herido, había abierto su corazón al amor.

Sabemos ya lo que Madame había hecho para que regresase Raúl, alejado por Luis XIV. Raúl no tenía noticia de su carta a Carlos II, pero Artagnan la había adivinado.

¿Quién podría explicar esa incomprensible mezcla de amor y vanidad, esas ternezas inauditas, esas perfidias enormes? Nadie, ni siquiera el ángel malo que enciende la coquetería en el corazón de las mujeres.

-Señor de Bragelonne -dijo la princesa después de una pausa-, ¿habéis vuelto contento?

Bragelonne miró a madame Enriqueta, y, viéndola pálida por lo que ocultaba, por lo que omitía, por lo que ardía en decir:

-¿Contento? -exclamó-. ¿Y de qué queréis que esté contento o descontento, señora?

-¿De qué puede estarlo un hombre de vuestra edad y presencia? "¡De prisa camina! -dijo para sí asustado Raúl-. ¿Qué irá a inspirar en mi corazón?"

Temiendo al propio tiempo lo que iba a saber, y con la idea de retrasar el instante tan deseado como terrible en que, llegara a saberlo todo:

-Señora -dijo-, había dejado a un amigo muy querido en completa salud, y le he encontrado a mi vuelta en mal estado.

-¿Habláis del señor de Guiche? -preguntó madame Enriqueta con tranquilidad imperturbable-: dicen que es amigo a quien queréis mucho.

-Sí, señora.

-Pues bien, ha sido herido; pero ya se encuentra mejor. ¡Oh, el señor de Guiche no es digno de lástima! -dijo la princesa con precipitación.

Pero, recobrándose al punto:

-¿Creéis que sea digno de lástima? -añadió-. ¿Se queja acaso? ¿Tiene algún pesar que no sepamos?

-Sólo hablo de su herida, señora.

-Eso es otra cosa, pues en cuanto a lo demás, el señor de Guiche parece ser muy dichoso, a juzgar al menos por su buen humor. Estoy cierta, señor de Bragelonne, de que preferiríais, como él, una herida en el cuerpo... Porque al fin, ¿qué es una herida en el cuerpo?

Raúl se estremeció.

"Ya vuelve al asunto -pensó-. ¡Ay de mí!"

Y no replicó nada.

-¿Qué decís?

-Nada tengo que decir, señora.

-¿Conque, según eso, no opináis como yo? ¿Os sentís satisfecho? Raúl se acercó un poco más.

-Señora -dijo-, Vuestra Alteza Real desea decirme algo y su generosidad natural le impulsa a dar ciertos rodeos. Dígnese Vuestra Alteza hablar con franqueza. Soy fuerte y escucho.

-¡Ah! -replicó Enriqueta-. ¿Qué habéis comprendido?

-Lo que Vuestra Alteza desea hacerme comprender.

Y Raúl tembló, a pesar suyo, al pronunciar estas palabras.

-En efecto -murmuró la princesa-, es cruel, pero ya que he principiado...

-Sí, señora; ya que Vuestra Alteza se ha dignado principiar, dígnese concluir.

Enriqueta levantóse precipitadamente, y dio algunos pasos por la habitación.

-¿Qué os ha dicho el señor de Guiche? -preguntó súbitamente.

-¡Nada, señora!

-¡Nada! ¿Nada os ha dicho?... ¡Oh, le conozco en eso!

-Sin duda no ha querido lastimarme.

-¡He ahí lo que los amigos llaman amistad! Pero el señor de Artagnan, de quien os acabáis de separar, os habrá dicho algo.

-Lo mismo que el señor de Guiche, señora.

-Por lo menos -dijo la princesa-, sabréis lo que sabe toda la Corte.

-Nada sé, señora.

-¿Ni la escena de la tempestad?

-Ni la escena de la tempestad.

-¿Ni las conferencias en el bosque?

-Ni las conferencias en el bosque.

-¿Ni la escapada de Chaillot?

Raúl, que se doblaba como la flor tronchada por la hoz, hizo un poderoso. esfuerzo sobre sí mismo para 'sonreír, y respondió con dulzura:

-Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Alteza Real que no sé absolutamente nada. Soy un pobre olvidado que llega de Inglaterra; entre la gente de aquí y yo había olas tan atronadoras, que no ha podido llegar a mis oídos el rumor de todas esas cosas de que me habla Vuestra Alteza.

Enriqueta se impresionó al ver aquella palidez, aquella mansedumbre, aquel dolor.

El sentimiento dominante de su corazón, en aquel instante, era un vivo deseo de oír en el pobre amante el recuerdo de la que así le hacía sufrir.

-Señor de Bragelonne -dijo-, lo que vuestros amigos no os han querido decir, yo voy a decíroslo, porque os estimo y aprecio. Quiero danos una

prueba de que soy vuestra amiga. Hasta ahora, podéis llevar muy alta vuestra frente, como hombre honrado, y no quiero que la tengáis que bajar ante el ridículo, y antes de ocho días ante el desprecio.

-¡Ah! -dijo Raúl palideciendo-. ¿En ese caso estamos?

-Si nada sabéis -dijo la princesa-, veo que adiviná is. Erais el novio de la señorita de La Valliére, ¿no es verdad?

-Sí, señora.

-En tal concepto, debo daros un aviso. Como de un día a otro quiero despedir de mi casa a la señorita de La Valliére...

-¡Despedir a La Valliére! -exclamó Bragelonne.

-Sí, ciertamente. ¿Creéis que he de tener siempre miramiento a las lágrimas y a las jeremiadas del rey? No, no; mi casa no servirá mucho más tiempo de lugar apropiado para semejantes usos... Mas, ¿qué es eso? ¡Se os va la cabeza!

-No, señora; perdonad -dijo Bragelonne haciendo un esfuerzo-. Creí que iba a morir, nada más... Vuestra Alteza me hacía el honor de decir que el rey había llorado y suplicado.

-Sí, pero inútilmente.

Y en seguida refirió a Raúl la escena de Chaillot y la desesperación del rey a su regreso; habló de la indulgencia que ella había mostrado, y manifestó la horrible frase conque la princesa ultrajada, la coqueta humillada, había desafiado la cólera real.

Raúl bajó la cabeza.

-¿Qué pensáis de todo eso? - dijo ella.

-¡El rey la ama! -respondió Raúl.

-Pero casi dais a entender que ella no le ama.

-¡Ay! Pienso todavía en el tiempo en que me amó a mí. Enriqueta admiró por un momento aquella incredulidad sublime; luego, encogiéndose de hombros:

-¿No me creéis? -dijo-. ¡Oh! ¡Cuánto la amáis, y cómo dudáis que ella ame al rey!

-Hasta que tenga alguna prueba, perdonad. Tengo su palabra, y ella es noble.

-¿Una prueba?... ¡Pues bien, venid!

LIX
VISITA DOMICILIARIA

La princesa, precediendo a Raúl, lo condujo a través del patio hacia el cuerpo del edificio en que habitaba La Valliére, y, tomando la escalera que había subido Raúl en aquella misma mañana, se detuvo a la puerta de la habitación donde el joven, a su regreso, había sido tan extrañamente recibido por Montalais.

La ocasión no podía ser más propicia para el proyecto concebido por madame Enriqueta: el palacio
estaba sin gente; el rey, los cortesanos y las damas habían marchado a Saint-Germain; madame Enriqueta, única persona que sabía el regreso de

Bragelonne, que veía el partido que de él podía sacar, pretextando una indisposición, se había quedado.

Estaba, por tanto, segura Madame de encontrar sin gente el cuarto de la señorita de La Valliére y el de Saint-Aignan. Sacó una doble llave, y abrió la puerta de su camarista.

Bragelonne lanzó su mirada a aquella habitación, que reconoció al punto, y la impresión que le causó fue uno de los primeros tormentos que le aguardaban.

La princesa le miró, y sus ojos experimentados comprendieron lo que pasaba en el corazón del joven.

-Me habéis pedido pruebas -díjole-, y de consiguiente no debéis extrañar que os las dé. Ahora, si no os creéis con fuerzas suficientes para soportarlas, aún estamos a tiempo de retirarnos.

-Gracias, señora -dijo Bragelonne-; he venido aquí para convencerme, y ya que os habéis dignado prometerme ese convencimiento, tratad de convencerme.

-Pues entrad -dijo Madame-, y cerrad la puerta.

Bragelonne obedeció, y se volvió hacia la princesa, interrogándola con su mirada.

-¿Sabéis dónde os halláis? -preguntó madame Enriqueta. Todo me hace creer, señora, que estoy en la habitación de la señorita de La Valliére.

-Así es, efectivamente.

-Pero, me permitiréis observar que esta habitación es una habitación, no una prueba.

-Esperad.

La princesa se dirigió al pie de la cama, dobló el biombo, e inclinándose hacia el suelo:

-Ea -dijo-; bajaos vos mismo y levantad esa trampa.

-¿Qué trampa? preguntó Raúl sorprendido, porque principiaba a recordar las palabras de Artagnan, y se le figuraba que Artagnan había pronunciado también aquella palabra.

Y Raúl buscó, aunque inútilmente, una hendidura que pudiese indicar la existencia de alguna abertura, o algún anillo que le ayudase a levantar una parte cualquiera del suelo.

-¡Ah! Es cierto -dijo riendo madame Enriqueta-. Me olvidaba del resorte oculto; hay que apretar en la cuarta tabla, en el lugar en que la madera forma un nudo. Esas son las, señas: apretad vos mismo, vizconde... así.

Raúl, pálido como la muerte, apoyó el dedo pulgar en el lugar indicado, oprimió el resorte, y la trampa se levantó por sí sola.

-¡Una escalera! -murmuró Raúl.

-Sí, y muy elegante -dijo madame Enriqueta-. Mirad, vizconde, y la escalera tiene un pasamanos destinado a preservar de una caída a las personas delicadas que se atreven a bajarla, lo cual hace que tampoco tenga yo miedo de bajar. Vamos; seguidme, vizconde, seguidme.

-Mas antes de seguiros, señora, ¿adónde conduce esta escalera?

-¡Ah, es verdad! Se me olvidaba decíroslo.

-Ya os escucho, señora -dijo Raúl respirando difícilmente.

-Quizá sabréis que el señor de Saint-Aignan vivía antes pared casi por medio, con el rey.

-Sí, señora; lo sé; así era antes de marcharme, y no pocas veces tuve el honor de visitarle en su antigua habitación.

-Pues bien, obtuvo del rey permiso para cambiar el hermoso cuarto que ya conocéis, por las dos piececitas a que conduce esta escalera, Y que forman una habitación la mitad más pequeña, y diez veces más distante de la del rey, cuya proximidad no suelen desdeñar en general los señores de la Corte.

-Muy bien, señora -replicó Raúl-; pero os suplico que continuéis, porque todavía no comprendo.

-Pues bien, da la casualidad prosiguió la princesa-, de que esta habitación del señor de Saint-Aignan está situada debajo de las de mis doncellas, y, especialmente, debajo de la de La Valliére.

-Pero, ¿qué objeto tienen esta trampa y la escalera?

-¡Qué sé yo! ¿Queréis que bajemos al cuarto del señor de Saint-Aignan? Tal vez hallaremos allí la explicación del enigma.

Y Madame dio el ejemplo bajando ella misma.

Raúl la siguió suspirando.

Cada escalón que rechinaba bajo los pies de Bragelonne, le hacía avanzar un paso en aquel cuarto misterioso, que encerraba aún los suspiros de La Valliére y los más suaves perfumes de su cuerpo.

Bragelonne reconoció, absorbiendo el aire con sus angustiosas aspiraciones, que la joven había pasado por allí.

Después, tras de aquellas emanaciones, pruebas invisibles, pero ciertas, vinieron las flores que ella amaba, los libros que prefería. Si a Raúl le hubiese quedado la menor duda, la habría visto disipada en aquella secreta armonía de los gustos e inclinaciones del ánimo con el uso de los objetos que acompañan la vida. Bragelonne veía a La Valliére en los muebles, en la elección de las telas, en los reflejos mismos del suelo.

Mudo y anonadado, nada más le quedaba que saber, y no seguía a su implacable conductora más que como el reo sigue al verdugo.
Madame, cruel como una mujer delicada y nerviosa, no le perdonaba el más mínimo detalle.

Pero, preciso es decirlo, a pesar de la especie de apatía en que Raúl hallábase sumido, ninguno de aquellos detalles se le habría escapado, aunque hubiese estado solo. La dicha de la mujer a quien ama un celoso, cuando esa felicidad proviene de un rival, es para aquél un suplicio. Pero, para un celoso como Raúl, para aquel corazón que por vez primera albergaba hiel, la felicidad de Luisa era una muerte ignominiosa, la muerte del cuerpo y del alma.

Todo lo comprendió: las manos que se habían estrechado, los rostros que se habían mirado juntos a los espejos, especie de juramento tan dulce para los amantes que se ven dos veces para grabar mejor su imagen en sus recuerdos.

Adivinó el beso encubierto por las cortinas de la puerta, y convirtió en febriles dolores la elocuencia de los muebles de descanso, sepultados en su sombra.

Aquel lujo, aquel refinamiento lleno de embriaguez, aquel cuidado minucioso en evitar todo disgusto al objeto amado, o en procurarle una agradable sorpresa; aquel poder del amor aumentado por el poderío regio, hirió a Raúl mortalmente. ¡Ay! Si algo puede templar los punzantes tormentos de los celos, es la inferioridad del hombre preferido, cuando, por el contrario, si puede haber otro infierno en el infierno, otro tormento sin nombre en el idioma, es el poder de un dios, puesto a disposición de un rival con la juventud, la belleza y la gracia. En estos instantes, hasta parece que Dios mismo se conjura contra el amante desdeñado.

Todavía quedaba un último dolor para el infeliz Raúl: madame Enriqueta levantó una cortina de seda, y descubrió el retrato de La Valliére. No sólo el retrato de La Valliére, sin¿ de La Valliére joven, bella, radiante, aspirando la vida por todos sus poros, por que, a los dieciocho años la vida es el amor.

-¡Luisa! -murmuró Bragelonne-. ¡Luisa-! ¿Conque es cierto?... ¡Ay! ¡Jamás me has amado, porque nunca me has mirado así!

Y parecióle que el corazón se le desgarraba en el pecho.

Madame Enriqueta le miraba, envidiando casi aquel dolor, a pesar de que sabía que nada tenía que envidiar, y que era amada por Guiche como La Valliére por Bragelonne.

Raúl sorprendió aquella mirada de madame Enriqueta.

-¡Oh! ¡Perdón! ¡perdón! -dijo-. Conozco que debía ser más dueño de mí en presencia de vos, señora; pero, haga el Cielo que jamás os veáis herida con el golpe que recibo en este momento. Porque sois mujer, e indudablemente no podríais soportar tan cruel dolor. Perdonadme, porque yo no soy más que un desgraciado joven, al paso que vos pertenecéis a la clase de esos afortunados, de esos omnipotentes, de esos elegidos.

-Señor de Bragelonne -contestó Enriqueta-: un corazón como el vuestro merece los miramientos de un corazón de reina. Soy amiga vuestra, y por eso no he querido que toda vuestra vida esté emponzoñada por la perfidia y mancillada por el ridículo. Yo he sido quien con más valor que todos vuestros supuestos amigos, a excepción del señor de Guiche, os he hecho venir de Londres; yo soy quien os suministro las pruebas dolorosas, pero necesarias, que serán vuestro remedio, si sois amante animoso y no un Amadis llorón. No me deis las gracias; compadecedme a mí misma, y no dejéis por eso de servir bien al rey.

Raúl sonrió con amargura.

-.¡Ah, es verdad! -dijo-. Olvidaba que el rey es mi amo.

-Están interesados en ello vuestra libertad y vuestra vida.

Una mirada clara y penetrante de Raúl dio a conocer a madame Enriqueta que se engañaba, y que su último argumento no era de los que pudiesen conmover al joven.

-Pensad lo que hacéis, señor de Bragelonne -dijo la princesa-; porque si no meditáis bien vuestras acciones, vais a irritar a un príncipe que en sus arrebatos no conoce los límites de la razón, y a sumergir a vuestros íntimos y a vuestra familia en el más profundo dolor; conformaos, pues: haceos superior a vos mismo, y tratad de curaros.

-Gracias, señora -dijo el joven-; agradezco el consejo que me dais y procuraré seguirlo; pero antes dignaos decirme una cosa.

-Decid.

-¿Sería una indiscreción preguntar cómo habéis descubierto el secreto de esa escalera, esa trampa y ese retrato?

-Del modo más sencillo: para mejor vigilancia, tengo en mi poder otra llave de las habitaciones de mis doncellas. Extrañé mucho que La Valliére se encerrara con tanta frecuencia; que el señor de Saint-Aignan mudase de habitación; que el rey viniese a ver tan a menudo a Saint-Aignan, aun antes de que éste llegase a poseer toda su amistad; que se hubiesen hecho tantas cosas mientras duró vuestra ausencia; que se hubiesen cambiado, en fin, de una manera tan completa, los hábitos de la Corte. Yo no quiero que el rey se burle de mí, ni servir de capa a sus amores: porque, tras de La Valliére que llora; vendrá Montalais, que ríe, y Tonnay-Charente que canta: semejante papel no es digno de mí. Arranqué, por tanto, los escrúpulos de mi amistad y descubrí el secreto ... Conozco que os estoy lastimando de nuevo; perdonadme. pero tenía que cumplir un deber; lo he cumplido ya avisándoos; de modo que ahora podéis ya ver venir la tempestad, y guareceros.

-Algún objeto debéis proponeros, no obstante -repuso con firmeza Bragelonne-: porque no supondréis que vaya a aceptar, sin despegar mis labios, la vergüenza que han hecho sobre mí, y la traición de que soy víctima.

-Tomaréis en ese punto el partido que mejor os parezca, caballero Raúl. Lo único que os pido es que no descubráis el conducto por donde habéis sabido la verdad. Es el único precio que pongo al servicio que os he prestado.

-Nada temáis, señora -dijo Bragelonne con triste sonrisa.

-Yo he ganado al cerrajero en quien los amantes han tenido que depositar parte de su confianza, y es claro que vos podéis hacer otro tanto, ¿no es verdad?

-Sí, señora. De modo que Vuestra Alteza Real no me da consejo alguno, ni me impone otra reserva que la de no comprometerla.

-Ninguna más.

-Entonces, voy a rogar a Vuestra Alteza que me conceda permanecer aquí un minuto.

-¿Sin mí?

-¡Oh, no señora! Lo que voy a hacer puedo hacerlo en vuestra presencia. Sólo os pido un minuto para escribir algunas letras a una persona.

-Mirad que es aventurado, señor de Bragelonne.

-Nadie puede saber que Vuestra Alteza me haya conducido aquí, y además firmaré el billete.

-Haced lo que gustéis, señor. Raúl había sacado ya su libro de memorias, y trazado con rapidez estas palabras en una hoja blanca: "Señor conde: No os sorprenda encontrar aquí este papel firmado por mí, antes que un amigo, a quien enviaré muy luego a veros en mi nombre, haya tenido el honor de explicaros el objeto de mi visita. "VIZCONDE RAÚL DE BRAGELONNE." Raúl arrolló el papel, lo metió en la cerradura de la puerta que comunicaba con la habitación de los dos amantes, y, bien seguro de qué Saint-Aignan no podía menos de ver el papel al entrar, fue a reunirse con la princesa que estaba ya en lo alto de la escalera.

En seguida se separaron los dos: Raúl aparentando dar las gracias a Su Alteza y Enriqueta compadeciendo o aparentando compadecer de todo corazón al desventurado a quien acababa de condenar a tan terrible tormento.

"¡Oh! -se dijo, viéndole alejarse, pálido y con los ojos inyectados en sangre-. ¡Oh! Si lo hubiera sabido, habría ocultado la verdad a ese desgraciado joven."

LX
EL SISTEMA DE PORTHOS

La multiplicidad de personajes introducidos en esta larga historia hace que cada cual sólo aparezca a su vez y según lo exijan las circunstancias de la narración. De ahí resulta que nuestros lectores no hayan tenido ocasión de volver a encontrarse con nuestro amigos Porthos desde su regreso de Fontainebleau.

Los honores que recibiera del rey no habían cambiado el carácter plácido y afectuoso del respetable barón; únicamente se advertía que desde que recibió el favor de comer a la mesa del rey, levantaba más la cabeza y ostentaba en su persona ciertos humos de majestad. El comedor de Su Majestad había producido cierto efecto a Porthos. El señor de Bracieux y de Pierrefonds recordaba con placer que, mientras duró aquella memorable comida, los innumerables servidores daban cierto aire de suntuosidad al acto.

Porthos hizo propósito de conferir al señor Mosquetón una dignidad cualquiera, de establecer una jerarquía en el resto de sus sirvientes, y de crearse una cava militar, cosa que no era insólita entre los grandes capitanes, pues ya en el siglo anterior viose ese loa en Tréville, Schomberg de la Vieuville, sin hablar de los señores de Richelieu, Condé, y Bouillon-Turenne.

¿Por qué causa Porthos, siendo amigo del rey y del señor Fouquet, barón, ingeniero, etc., no había gozado de todas las preeminencias que acompaña a la fortuna y a los altos merecimientos?

Abandonado Porthos en cierto modo de Aramis, que, según sabemos, se ocupaba mucho del señor Fouquet, un tanto descuidado por Artagnan a causa de su servicio, y un si es no es fastidiado de Trüchen y Planchet, nuestro barón se puso meditabundo; sin saber la causa, pues si cualquiera le hubiera dicho: "¿Echáis de menos alguna cosa, Porthos?". de seguro había respondido: "Sí."

Después de una de esas comidas en que Porthos procuraba acordarse de todos los detalles del real convite, medio alegre a causa del buen vino, y medio triste a causa de las ideas de ambición, íbase dejando sorprender por un grato sueño, cuando su ayuda de cámara vino a anunciarle que el señor de Bragelonne quería hablarle.

Porthos pasó a la pieza próxima y halló a su joven amigo en las disposiciones que ya conocemos.

Raúl se adelantó a estrechar la mano a Porthos, quien, sorprendido de la gravedad de aquél, le ofreció una silla.

-Querido señor Du-Vallon -dijo Raúl-, tengo que suplicaros un favor.

-A tiempo venís, querido -replicó Porthos-. Esta mañana he recibido ocho mil libras de Pierrefonds, y si es dinero lo que necesitáis ...

-No, no es dinero; gracias, mi buen amigo.

-¡Tanto peor! Siempre he oído decir que es servicio que rara vez se hace; pero el más fácil de hacer. Este dicho me ha llamado la atención, y me gusta citar los dichos que me chocan.

-Tenéis un corazón tan bondadoso como sano es vuestro juicio.

-Es favor que me hacéis... Presumo que comeréis bien.

-¡Oh! No tengo apetito.

-¡Eh! ¿Cómo es eso? ¡Qué horrible tierra es Inglaterra!

-No mucho; pero...

-Si no fuese por el sabroso pescado y la exquisita carne que allí hay, sería cosa de no poder vivir. -Sí; venía a deciros...

-Ya os escucho; mas antes permitid que me refresque... En París todo se come salado... ¡Puah!

Y Porthos se hizo traer una botella de vino de Champaña. Después, llenando el vaso de Raúl antes que el suyo, se echó un buen trago, y, sintiéndose satisfecho, continuó:

-Necesitaba esto para oíros sin distraerme. Ahora soy todo vuestro. ¿En qué os puedo servir, amigo Raúl? ¿Qué deseáis?

-Decidme vuestra opinión sobre las discordias, querido amigo.

-¿Mi opinión? Hacedme el obsequio de explanar un poco vuestra idea -replicó Porthos rascándose la frente.

-Quiero decir si sois de buen natural cuando existen altercados entre nuestros amigos y personas extrañas.

-¡Oh! De un natural excelente, como siempre.

-Corriente: ¿pero qué hacéis en ese caso?

-Cuando mis amigos tienen contiendas, sigo un principio.

-¿Cuál?

-Que el tiempo perdido es irreparable, que jamás se arregla mejor un negocio que cuando dura todavía el calor de la disputa.

-¡Ah! ¿De modo que es ése vuestro principio?

-Ni más ni menos. Así es que cuando está trabada la contienda, pongo a las partes en presencia una de otra.

-¡Cómo!

-Ya comprenderéis que así es imposible que no se arregle un negocio.

-Antes creía yo, por el contrario, que un negocio conducido de tal modo no podría...

-No lo creáis. Figuraos que en lo que llevo de vida, habré tenido unos ciento ochenta a ciento noventa duelos en regla, sin contar los encuentros fortuitos.

-No es mal número -dijo Raúl sonriendo a pesar suyo.

-¡Oh, eso no es nada! ¡Es tan dulce mi carácter! Artagnan cuenta los duelos por centenares: cierto que es duro y quisquilloso, cosa que le he dicho muchas veces.

-¿De modo que arregláis así ordinariamente los asuntos que vuestros amigos os confían?

-No hay ejemplo de que haya dejado uno por arreglar -contestó Porthos con mansedumbre y una confianza tal, que hicieron saltar a Raúl.

-¿Pero los arreglos -preguntó-, supongo que serán honrosos?

-¡Oh! De eso yo respondo; y, con este motivo, voy a explicares mi otro principio. Luego que mi amigo ha puesto su contienda en mis manos, veréis cómo procedo. Sin perder tiempo, voy a buscar a su adversario, y me presento a él con la cortesanía y la sangre fría que en semejantes casos son de rigor.

-A eso -dijo Raúl tristemente-, es a lo que debéis el arreglar tan bien y con tanta seguridad los negocios.

-Lo creo. Voy, pues, a buscar al enemigo, y le digo: "Señor, es imposible que no conozcáis hasta
qué punto habéis ultrajado a mi amigo."

Raúl frunció el ceño.

-A veces, tal vez muchas, mi amigo no ha sido ofendido, o tal vez ha sido el que ofendió primero; pero, de todos modos, ya conoceréis la habilidad de mi modo de plantear la cuestión.

Y Porthos prorrumpió en una carcajada.

"Decididamente -pensó Raúl mientras resonaba el formidable trueno de aquella hilaridad-, decididamente estoy en desgracia. Guiche se muestra frío, Artagnan se burla de mí, Porthos es blando: nadie quiere arreglar este asunto a mi manera. ¡Y yo que me había dirigido a Porthos para hallar una espada en vez de un razonamiento! ¡Ah! ¡Que mala suerte!

Porthos se tranquilizó algún tanto, y continuó:

-De ese modo, con una sola palabra hago recaer la culpa en el adversario.

-Eso, según -replicó distraídamente Raúl.

-No, seguro. Hago recaer en él la culpa, y entonces es cuando despliego toda mi cortesía para dar feliz término a mi proyecto. Me adelanto, pues, con rostro afable, y tomándole la mano al adversario...

-¡Oh! -exclamó Raúl, impaciente.

-"Señor -le digo-, ya que estáis convencido de la ofensa, nos creemos seguros de la reparación. Entre mi amigo y vos sólo debe mediar ya un cambio recíproco de acciones de caballero. Por tanto, estoy encargado de traeros la medida de la espada de mi amigo."

-¡Basta! -dijo Raúl. -¡Aguardad!. . . "La medida de la espada de mi amigo. Tengo abajo un caballo; mi amigo está en tal punto, donde aguarda con impaciencia que os dignéis acudir; tomaremos de paso a vuestro. padrino, y asunto arreglado..."

-¿Reconciliáis a los dos adversarios sobre el campo? -preguntó Raúl pálido de despecho.

-¡Reconciliar! -dijo Porthos-: ¿y a santo de qué?

-Como decís asunto arreglado...

-Y he dicho bien, puesto que espera mi amigo.

-Bien; pero si vuestro amigo espera...

-Si espera, es por desentumecerse las piernas. El adversario llega, por el contrario, fatigado del caballo: pónense frente a frente, .y mi amigo mata a su adversario. Se acabó.

-¡Ah! ¿Le mata? -exclamó Raúl.

-¡Pardiez! -dijo Porthos-. ¿Es que tengo por amigos personas que se dejan matar? Cuento ciento y un amigos, al frente de los cuales se hallan vuestro padre, Aramis y Artagnan, personas todas que gozan de muy buena salud.

-¡Ay, mi querido barón! -murmuró Raúl en un acceso de alegría. Y abrazó a Porthos.

-¿Aprobáis mi sistema? -preguntó el gigante.

-Tanto lo apruebo, que desde este mismo instante quiero ponerme en vuestras manos. Sois el hombre que buscaba.

-¡Bueno! Pues aquí estoy. ¿Queréis batiros?

-Decididamente.

-Es muy natural... ¿Con quién?

-Con el señor de Saint-Aignan.

-Le conozco ... un apuesto mozo, que estuvo muy cortés conmigo el día que tuve el honor de comer con el rey. Sabré corresponder a su urbanidad, aun cuando no fuese esa mi costumbre. ¿Conque os ha ofendido?

-¡Mortalmente!

-¡Diablo! ¿Podré decirle mortalmente?

-Más aún, si queréis.

-Eso es muy cómodo.

-Está el negocio arreglado, ¿no es así? -dijo Raúl sonriendo.

-Marcha por sí solo ... ¿Dónde le aguardáis?

-Perdonad, que el asunto es delicado. El señor de Saint-Aignan es muy amigo del rey.

-Así -he oído decir.

-Y si le mato...

-Le mataréis, sin duda. A vos os toca tomar las precauciones convenientes. Ahora esas cosas no ofrecen gran dificultad. Si hubieseis vivido en nuestros tiempos, sería otra cosa.

-Querido amigo, no me habéis comprendido. Quiero decir que, siendo el señor de Saint-Aignan, muy amigo del rey, no podrá empeñarse el negocio tan fácilmente, en atención a que el rey sabrá de antemano...

-No; ya conocéis mi sistema: "Señor, habéis ofendido a mi amigo, y..."

-Sí, lo sé.

-Y luego: "Señor, el caballo está abajo." De consiguiente, me lo llevo antes de que pueda hablar con nadie.

-¿Y se dejará llevar así como así?

-¡Diantre! ¡Quisiera ver lo contrario! Sería el primero. Verdad es que los jóvenes de hoy día... ¡Bah! Si se resiste me lo llevo en brazos.

Y, uniendo Porthos la acción a la palabra, levantó a Raúl con silla y todo.

-Muy bien -dijo el joven riendo-. No nos queda más remedio que proponer la cuestión a Saint-Aignan.

-¿Qué cuestión? -La de la ofensa.

-Pues eso ya está hecho, me parece.

-No, mi querido señor Du-Vallon; la costumbre entre nosotros, los jóvenes de hoy día, como nos llamáis, pide que se expliquen las causas de la ofensa.

-Por vuestro nuevo sistema ya lo veo. Pues vamos, ponedme al tanto del asunto.

-Es que...

-¡Ah, caramba! ¡He ahí lo enojoso! Antiguamente, no teníamos necesidad de explicar nada. Se batía uno porque se batía. No encuentro una razón mejor.

-Estáis en lo cierto, amigo mío.

-Escucho vuestros motivos. -Mucho os podría decir; pero, como hay que precisar...

-¡Sí, sí, diantre! Por vuestro nuevo sistema.

-Como hay que precisar, digo; como, por otra parte, el asunto está erizado de dificultades y exige un secreto absoluto ...

-¡Oh, oh!

-Me haréis el obsequio de decir solamente al señor de Saint-Aignan, y ya lo entenderá, que me ha ofendido: primero, mudándose.

-¿Mudándose? Bien -dijo Porthos poniéndose a recapitular con los dedos-. ¿Y luego?

-Luego, haciendo construir una trampa en su nueva habitación.

-Comprendo -dijo Porthos-; una trampa. ¡Pardiez! ¡Es grave! ¿Cómo no habéis de estar furioso con eso? ¡Permitirse mandar hacer trampas sin haberos consultado! ... ¡Diantre! Yo no las tengo sino en mi calabozo de Bracieux.

-Añadiréis -dijo Raúl-, que mi último motivo de queja es el retrato que sabe el señor de Saint-Aignan.

-¡Eh! ¿También un retrato?... ¡Casi nada! ¡Una mudanza, una trampa y un retrato! Díros, amigo mío -añadió Porthos-, que cualquiera de esos motivos es más que suficiente para que se exterminase entre sí toda la nobleza de Francia y de España, lo cual no es poco decir.

-Así, querido, ¿os consideráis suficientemente pertrechado?

-Llevaré un segundo caballo. Elegid el punto de cita, y, mientras esperáis, ejercitaos en dar tajos y mandobles, que es el medio mejor de adquirir una gran elasticidad.

-Gracias; aguardaré en el bosque de Vincennes, junto a los Mínimos.

-Perfectamente. ¿Dónde podré hallar al señor de Saint-Aignan.

-En el Palais-Royal.

Porthos agitó su campanilla. Su criado apareció.

-Mi traje de ceremonia -dijo-, mi caballo y un caballo de mano.

El sirviente se inclinó, y salió.

-¿Sabe esto vuestro padre? -dijo Porthos.

-No; voy a escribirle.

-¿Y Artagnan?

-Tampoco. Es prudente y me habría disuadido.

-Sin embargo, Artagnan es hombre que sabe aconsejar -dijo Porthos, admirado en su leal modestia de que hubiesen pensado en él cuando había un Artagnan en el mundo.

-Querido señor Du-Vallon -replicó Raúl-, os suplico que no me hagáis más preguntas. He dicho ya todo cuanto tenía que decir. Aguardo el acto y lo aguardo rudo y decisivo, tal como lo soléis vos preparar. Por eso os he elegido.

-Quedaréis satisfecho de mí - replicó Porthos.

-Y tened presente, querido amigo, que, fuera de nosotros, todo el mundo debe ignorar este encuentro.

-Siempre se adivinan esas cosas cuando se halla un cadáver en los bosques. Ahora bien, amigo mío, todo os lo prometo menos ocultad el cadáver, pues es inevitable que quede allí. Tengo por principio no enterrar. Eso huele a asesinato. A riesgo de riesgo, como dice el normando.

-¡Bravo y querido amigo, manos a la obra! -dijo Raúl.

-Descansad en mí -contestó el gigante apurando la botella, mientras su criado extendía sobre un mueble el suntuoso traje y los encajes.

En cuanto a Raúl, salió pensando con secreta alegría:

"¡Oh rey pérfido! ¡Rey traidor! ¡No puedo herirte... ni quiero... ¡Los reyes son personas sagradas; pero tu cómplice, tu alcahuete, el que te presenta, ese miserable pagará tu crimen! ¡Le mataré en tu nombre, y, después, pensaremos en Luisa.

LXI
LA MUDANZA, LA TRAMPA Y EL RETRATO

Encargado Porthos con gran contento suyo de aquella comisión que le recordaba sus años juveniles, economizó media hora del tiempo que solía gastar ordinariamente en vestirse de ceremonia.

Como hombre que no ignora los usos del mundo, empezó por enviar a su lacayo a informarse de si el señor de Saint-Aignan estaba en casa.

Contestáronle que el conde de Saint-Aignan había tenido el honor de acompañar al rey a Saint-Germain, así como toda la Corte, pero que el señor conde acababa de volver.

Al oír esta respuesta, se dio prisa Porthos y llegó a la habitación de Saint-Aignan al tiempo que éste se hacía quitar las botas.

El paseo había sido magnífico. El rey, cada día más enamorado, y cada día más dichoso, mostraba el mejor humor a todo el mundo; dispensaba bondades a ninguna otra parecidas, como decían los poetas de la época.

El señor Saint-Aignan, como se recordará, era poeta, y pensaba haberlo probado en bastantes circunstancias memorables, para que nadie le disputase ese título.

Como un infatigable devorador de consonantes, había, durante todo el camino, salpimentado de cuartetas, de sextillas y de madrigales, primero al rey, y luego a La Valliére.

Por su parte, el rey estaba de vena, y había compuesto un dístico. En cuanto a La Valliére, como las mujeres que aman, había compuesto dos sonetos.

Como se ve, la jornada no había sido mala para Apolo. Saint-Aignan, que sabía de antemano que sus versos correrían de boca en boca, en cuanto regresó a París se ocupó en limar sus composiciones algo más que durante el paseo.

Por tanto, cual un tierno padre de familia que se dispone a presentar a sus hijos en el mundo, se preguntaba a sí mismo si el público hallaba fáciles, correctos, e ingeniosos aquellos hijos de su imaginación.

Así, pues, Saint-Aignan, a fin de aquietar sus escrúpulos, recitábase a sí propio el siguiente madrigal que había dicho de memoria al rey, prometiendo escribírselo luego que volviese:

No siempre dicen tus malignos ojos, cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar: ¿por qué mi pecho debe amar ojos que dan tales enojos?

Este madrigal, por ingenioso que fuese, no le parecía perfecto a Saint-Aignan, desde el momento en que lo pasaba de la tradición oral a la poesía manuscrita. Muchos lo habían encontrado hermoso, y su autor el primero: pero, al examinarlo algo más detenidamente, no fueron ya las mismas ilusiones. Así fue que, Saint-Aignan, sentado delante de su mesa, con una pierna sobre la otra, repetía arañándose la sien:

-No siempre dicen tus malignos ojos...

-¡Oh! ¡En cuanto a este verso -murmuró Saint-Aignan-, nada hay que pedir! ¡Hasta me parece que tiene cierto sabor a Ronsard o Malherbe, cosa que me complace. Por desgracia, no sucede así con el segundo. Bien dicen que el verso más fácil de hacer es el primero.

Y prosiguió.

- cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar...

-Aquí tenemos que la mente confía al corazón. ¿Por qué el corazón no había de ser el que confiase a la mente? Confieso que por mi parte no encuentro en ello la menor dificultad. ¿Dónde diablo estaba yo para asociar esos dos hemistiquios? Vamos con el tercer verso:

-a confiar, ¿por qué mi pecho debe...

A pesar de que el consonante no es muy exacto (atreve y debe), hay muchos ejemplos en autores célebres de haber empleado una rima semejante. Conque pasen el atreve y debe... Lo peor es que el verso lo encuentro impertinente, y recuerdo ahora que el rey se mordió las uñas al llegar a este punto. En efecto, el sentido viene a ser como si el rey dijese a la señorita de La Valliére: "¿De dónde diantres proviene que me tengáis hechizado?" Mejor sería decir:

-... Loado quien me mueve a amar ojos que dan tales enojos. No está así mal, porque aunque el decir loado quien me mueve sea una idea floja, no debe en conciencia exigirse más de una cuarteta... A amar ojos... ¿Amar a quién y el qué?... Esto está obscuro, pero la obscuridad es lo de menos, porque habiéndolo comprendido el rey y La Valliére, también lo comprenderán los demás. Lo más triste es el último hemistiquio: que dan tales enojos. No había más remedio que poner enojos para que concierte con ojos. ¡El plural obligado por el consonante! ¡Y luego, llamar enojo al pudor de La Valliére! . . ¡No es idea muy feliz! . . . Voy a pasar por boca de todos los emborronadores de papel cofrades míos. Llamarán a mis poesías versos de gran señor; y, si el rey oye decir que soy un mal poeta, puede que llegue a creerlo.

Y, mientras el conde confiaba estas palabras a su corazón, y su corazón a su entendimiento, concluía de desnudarse. Acababase de quitar la casaca para ponerse en bata, cuando le anunciaron la visita del barón Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds.

-¡Cómo! -dijo-. ¿Qué racimo de nombres es ése? No conozco ninguno.

-Es -contestó un lacayo- un gentilhombre que tuvo el honor de comer con el señor conde, a la mesa del rey, durante la permanencia de Su Majestad en Fontainebleau.

-¿A la mesa del rey en Fontainebleau? ¡Pues que entre, que pase! El lacayo se apresuró a obedecer. Porthos entró.

El señor de Saint-Aignan tenía memoria de cortesano; a primera vista reconoció al señor de provincia, de extraña .reputación, a quien el rey había recibido tan bien en Fontainebleau, a pesar de algunas sonrisas de los oficiales presentes. Adelantóse, pues, con todas las señales de una benevolencia que Porthos halló muy natural, puesto que él mismo, al entrar en casa de un adversario, enarbolaba la bandera de la más refinada cortesanía.

Saint-Aignan mandó aproximar una silla al lacayo que había anunciado a Porthos. Este, que no veía exageración ninguna en aquellos cumplimientos, se sentó y tosió. Cambiaron ambos caballeros las frases usuales, y, después, como el conde era quien recibía la visita:

-Señor barón -dijo-, ¿a qué dichosa circunstancia debo el favor de vuestra visita?

-Eso es precisamente lo que voy a tener el honor de explicaron, señor conde -contestó Porthos-; pero, perdonad...

-¿Qué os sucede, señor? -preguntó Saint-Aignan.

-Noto que rompo vuestra silla.

-No, caballero, no -dijo Saint-Aignan.

-Sí tal, señor conde; la silla se desquicia de tal suerte, que si permanezca sentado en ella más tiempo, me voy a caer, posición nada decorosa para la gravedad del paso que aquí me trae.

Porthos se levantó. Ya era hora, porque la silla estaba casi desvencijada. Saint-Aignan se puso a buscar un recipiente más sólido para su huésped.

-Los muebles modernos -dijo Porthos en tanto que Saint-Aignan buscaba-, los muebles modernos son de una ligereza ridícula. En mi juventud, época en que me sentaba con mucha más energía que ahora, no me acuerdo de haber roto nunca ninguna silla, sino en las posadas con mis brazos.

Saint-Aignan sonrió agradablemente de aquella chanza.

-Pero -continuó Porthos instalándose en un confidente que rechinó, pero resistió su peso-, no es de eso por desgracia de lo que se trata.

-¿Cómo, por desgracia? ¿Seríais por ventura portador de un mensaje de mal agüero, señor barón?

-¿De mal agüera para un gentilhombre? ¡Oh! No, señor conde -respondió Porthos con dignidad-: Vengo a anunciaros solamente que habéis ofendido de un modo muy cruel a un amigo mío.

-¡Yo, señor! -murmuró Saint-Aignan-. ¿Yo he ofendido a un amigo vuestro? ¿Y a quién. si tenéis la bondad de decírmelo?

-Al caballero Raúl de Bragelonne.

-¿Yo he ofendido al señor de Bragelonne? -dijo Saint-Aignan-. ¡Ah! En verdad, señor, eso no es posible; porque el señor de Bragelonne, a quien apenas conozca, está en Inglaterra: no habiéndole visto hace mucho tiempo, no creo que pueda haberle ofendido.

-El señor de Bragelonne está en París, señor conde -dijo impasible Porthos-; y, en cuanto a que le habéis ofendido, respondo de que es cierto, porque él mismo me lo ha dicho. Sí, conde; le habéis ofendido cruel, mortalmente: es su misma expresión.

-Imposible, señor barón, os juro que es imposible.

-Además -repuso Porthos-, no podéis ignorar esta circunstancia, puesto que el señor de Bragelonne me ha manifestado haberos prevenido por medio de un billete.

-No he recibido billete ninguno; os lo aseguro bajo palabra de honor.

-¡Pues es extraño! -replicó Porthos-. Y lo que dice Raúl...

-Voy a convenceros de que no he recibido nada -replicó Saint-Aignan. Y llamó.

-Basque -dijo al criado que se presentó- ¿cuántas cartas billetes han venido durante mi ausencia? -Tres, señor conde. -Que son...

-El billete del señor de Fiesque, el de La Ferté, y la carta del señor de Las Fuentes.

-¿Ninguna más?

-Ninguna, señor conde.

-Di la verdad delante de este señor; ¿oyes? Di la verdad, porque respondo de ti.

-Señor, también había un billete de...

-¿De quién?... Pronto.

-De la señorita de La Val...

-Basta -interrumpió discretamente Porthos-. Muy bien; os creo, señor conde.

Saint-Aignan despidió al criado, y fue a cerrar por sí mismo la puerta; pero al tiempo de volver vio casualmente que por la cerradura de la pieza próxima asomaba el famoso papel que Bragelonne había deslizado al marcharse. .

-¿Qué es eso? -dijo.

Porthos que se hallaba de espaldas hacia la pieza contigua, se volvió.

-¡Oh, oh! -exclamó Porthos. -¡Un billete en esta cerradura! -exclamó Saint-Aignan.

-Bien podría ser el nuestro, señor conde -dijo Porthos-. Mirad a ver.

Saint-Aignan cogió el papel.

-¡Un billete del señor de Bragelonne! -murmuró.

-Bien veis que tenía razón. ¡Oh, cuando yo digo una cosa! . . .

-¡Traído aquí por el mismo caballero de Bragelonne -exclamó el conde perdiendo el color-. ¡Esto es una indignidad! ¿Cómo ha podido penetrar hasta aquí? Saint-Aignan volvió a llamar. Basque reapareció.

-¿Quién ha venido mientras he acompañado al rey a paseo? Nadie, señor.

-¡Es imposible! Necesariamente ha de haber venido alguien.

-Señor, nadie ha podido entrar, puesto que tenía las llaves en mi bolsillo.

-No obstante, este billete estaba en la cerradura. Alguien lo ha puesto allí; no habrá venido sólo.

Basque abrió los brazos en señal de completa ignorancia.

-Probablemente será el señor de Bragelonne quien lo ha puesto -dijo Porthos.

-Entonces ¿ha entrado aquí?

-Sin duda, señor.

-Pero si yo tenía la llave en el bolsillo -replicó Basque con perseverancia.

Saint-Aignan estrujó el billete después de haberlo leído.

-Algún misterio existe en esto -murmuró absorto el conde.

Porthos le dejó por un momento entregado a sus reflexiones, y luego volvió a su mensaje.

-¿Me permitís que os hable de nuestro asunto? -preguntó dirigiéndose a Saint-Aignan, luego que se marchó el criado.

-Me parece comprenderlo ya por este billete que recibo de un modo tan extraño. El señor de Bragelonne me anuncia un amigo...

-Yo soy amigo suyo; por consiguiente, a mí es a quien anuncia.

-¿Para dirigirme una. provocación?

-Precisamente.

-¿Y se queja de que yo le he ofendido?

-¡Terriblemente, mortalmente!

-¿De qué modo, si queréis decírmelo? Porque el paso que da es bastante misterioso para que yo encuentre en él algún sentido.

-Señor -contestó Porthos-, mi amigo debe tener razón; y en cuanto al paso que da, si es misterioso, no echéis la culpa a nadie mas que a vos.

Porthos dijo estas palabras con tal convicción, que para un hombre poco acostumbrado a sus maneras, debían revelar una multitud de sentidos.

-Bueno: veamos el misterio - dijo Saint-Aignan.

Pero Porthos se inclinó.

-Espero -dijo- que aprobéis que no penetre en el fondo del asunto, señor; y por motivos muy poderosos.

-Que comprendo perfectamente. Pues bien, en ese caso no hagamos más que tocarlo por encima. Hablad, que yo escucho.

-Hay, en primer lugar, caballero -dijo Porthos-, el haberos mudado.

-Eso es cierto, me he mudado -dijo Saint-Aignan.

-¿Lo confesáis? -dijo Porthos con aspecto de visible satisfacción.

-¿Si lo confieso?... ¡Pues ya lo creo! ¿Por qué no lo he de confesar?

-Habéis confesado. Bien -observó Porthos levantando en el aire un solo dedo.

Pero, caballero, ¿en qué ha podido producir perjuicio mi mudanza al señor de Bragelonne? Responded, porque no entiendo una sola palabra de lo que me decís.

Porthos le detuvo.

-Señor -dijo gravemente-, ese es el primer agravio que el señor de Bragelonne articula contra vos, y cuando lo articula, está claro que es porque se ha sentido lastimado.

Saint-Aignan golpeó el suelo con el pie.

Eso equivale a una contienda de mala ley -dijo.

-No puede haber contienda de mala ley con un caballero tan cumplido como el vizconde de Bragelonne -repuso Porthos-. Conque ello es que nada tenéis que añadir al punto de la mudanza, ¿no es así?

-Nada. ¿Qué más?

-Después... Pero, tened presente, señor, que va ya articulado un agravio abominable, al cual no contestáis, es decir, contestáis mal. Os mudáis, ofendéis con ello al señor de Bragelonne, y no os excusáis. ¡Muy bien!

-¡Cómo! -murmuró Saint-Aignan, irritado con la cachaza de aquel personaje-. ¿Es que tengo obligación de consultar al señor de Bragelonne sobre si me he de mudar o no? ¡Vaya, caballero!

-Tenéis obligación, sí, señor. Con todo, ya veréis que eso no es nada en comparación del segundo agravio.

Porthos tomó un aire de gravedad.

-¿Y la trampa, señor -dijo-, y la trampa?

Saint-Aignan se puso intensamente pálido. Empujó hacia atrás su silla tan bruscamente, que Porthos, a pesar de que nada sabía, conoció que el golpe había ido derecho al blanco.

-¿La trampa? -murmuró Saint-Aignan.

-Sí, señor; explicadla, si podéis -dijo Porthos moviendo la cabeza. Saint-Aignan inclinó la frente.

-¡Oh, me han vendido! --murmuró-. ¡Todo se sabe!

-Todo se sabe al fin -repuso Porthos, que nada sabía.

-¡Me habéis anonadado -prosiguió Saint-Aignan-, y anonadado hasta el extremo de perder el juicio!

-¡Conciencia culpable, señor. ¡Oh! Vuestra causa no es buena.

-¡Señor!

-Y cuando el público lo sepa y juzgue...

-¡Oh señor! -exclamó vivamente el conde-. Un secreto como éste debe ser ignorado hasta del confesor.

-Ya lo procuraremos -contestó Porthos-, y no se divulgará el secreto.

-Pero, señor -dijo Saint-Aignan-, al penetrar el señor de Bragelonne ese secreto, ¿conoce bien el peligro a que se expone y expone a otros?

-El señor de Bragelonne no corre peligro alguno ni lo teme, y muy pronto lo experimentaréis, con la ayuda de Dios.

"Este hombre está demente -dijo entre sí Saint-Aignan-. ¿Qué desea?"

Y luego, repuso en voz alta: -Vamos, señor, echemos tierra al asunto.

-¡Es que olvidáis el retrato! - exclamó Porthos con voz de trueno que heló la sangre del conde.

Como el retrato era de La Valliére, y no había en ello lugar a equivocación, quedó para Saint-Aignan absolutamente descorrido el velo del misterio.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Ah, señor, ahora recuerdo que el señor de Bragelonne era novio suyo.

Porthos tomó aire imponente, la majestad de la ignorancia.

-Nada me importa – dijo - ni a vos tampoco, que mi amigo sea o no el novio de quien me decís. Hasta me sorprende que hayáis pronunciado esa palabra indiscreta. Pudiera muy bien perjudicar vuestra causa.

-Señor, sois el talento, la delicadeza y la lealtad personificados. Veo ya de lo que se trata.

-¡Me alegro infinito! -dijo Porthos.

-Y me lo habéis hecho entender -continuó Saint-Aignan-, de la manera más ingeniosa y delicada. Gracias, señor, gracias.

Porthos se contoneó lleno de satisfacción.

-Ahora, ya que todo lo sé, permitidme que os explique... Porthos meneó la cabeza como hombre que no quiere oír; pero Saint-Aignan continuó:

Ya veis que no puede ser más profundo mi sentimiento en todo lo que pasa por el pobre señor de Bragelonne; pero, ¿qué habríais hecho en mi lugar? Aquí, para ínter nos, decidme lo que hubiérais hecho.

Porthos levantó la cabeza. No se trata ahora de lo que yo hubiera hecho, joven; ello es que ya tenéis noticia de los tres agravios, ¿no es cierto?

-Respecto al primero, el de la mudanza (y aquí me dirijo al hombre de talento y de honor), cuando una voluntad augusta me invitaba a mudarme, ¿podía ni debía desobedecer?

Porthos hizo cierto movimiento, que Saint-Aignan no le dio tiempo para concluir.

-¡Ah! Mi franqueza os conmueve -dijo interpretando el movimiento a su manera-, y conocéis que tengo razón.

Porthos no replicó.

-Paso a ocuparme de esa malhadada trampa -continuó Saint-Aignan, apoyándose en el brazo de Porthos-, de esa trampa, causa y medio del mal, de esa trampa, construida para lo que ya sabéis. ¿Y podréis suponer de buena fe que haya sido yo quien por mi gusto haya mandado. abrir en semejante sitio una trampa destinada. ..? ¡Oh! Indudablemente, no lo creéis, y en esto conoceréis, adivinaréis y comprenderéis una voluntad superior a la mía. Sin duda, os haréis cargo de lo que es un arrebato ... Y no hablo del amor, esa locura irresistible... ¡Dios mío!... Por fortuna, me oye un hombre dotado de corazón y de sensibilidad, sin lo cual ¡cuánta desgracia y escándalo recaería sobre la infeliz niña... ¡y sobre quien... no quiero nombrar!

Aturdido y abrumado Porthos con la elocuencia y, los ademanes de Saint-Aignan, hacía grandes esfuerzos para recibir aquel torrente de palabras, de las cuales no entendía ni la más mínima expresión, derecho e inmóvil en su asiento.

Lanzado Saint-Aignan en su peroración, prosiguió dando un impulsa nuevo a su voz, y una vehemencia creciente a su ademán.

-En cuanto al retrato, pues comprendo que el retrato es el agravio principal, en cuanto al retrato, ¿se podrá afirmar que sea yo el culpable? ¿Quién deseó tener su retrato? ¿He sido yo? ¿Quién la ama? ¿Soy yo? ¿Quién la codicia? ¿Soy yo? ¿Quién la ha seducido? ¿He sido yo?... ¡No, mil veces no! Conozco que el señor de Bragelonne deberá estar desesperado; que su dolor será enorme... También yo sufro; pero no hay resistencia posible. ¿Se empeñará en luchar? Se le reirán. Con sólo que se obstine, se pierde. Me objetaréis que la desesperación es una locura; pero vos, sois razonable, vos me habéis comprendido. Veo en vuestro aire grave, reflexivo y hasta turbado, que os hace fuerza la importancia de la situación. Volved, pues,

al lado del señor de Bragelonne; dadle las gracias, como se las doy yo, por haber elegido de intermediario a un hombre de vuestro mérito. No dudéis de que, por mi parte, conservaré eterno agradecimiento al que con tanto ingenio, con tanta inteligencia, ha sabido arreglar nuestro desavenencia. Y ya que la desgracia ha hecho que este secreto, que puede hacer la fortuna del más codicioso, sea sabido por cuatro personas en vez de tres, me alegro en lo íntimo del alma de que. seáis vos el partícipe, señor. Por lo tanto, disponed desde ahora de mí, pues me pongo enteramente a vuestras órdenes. ¿Qué queréis que haga por vos? Hablad, señor, hablad.

Y, según la costumbre, familiarmente amistosa de los cortesanos de aquella época, Saint-Aignan se aproximó a Porthos y le estrechó entre sus brazos.

Porthos dejó hacer con manifiesta flema.

-Hablad -respondió Saint-Aignan-. ¿Qué pedís?

-Señor -dijo Porthos-, abajo tengo un caballo: hacedme el favor de montar en él; es excelente y no os hará ninguna mala pasada.

-¡Montar a caballo! ¿Para qué? -preguntó Saint-Aignan con curiosidad.

-Para que vengáis conmigo donde nos espera el señor de Bragelonne.

-¡Ah! ¿Quiere hablarme? Lo concibo. ¡Ah! ¡El asunto es muy delicado! Pero en este momento no puedo ir, el rey me espera.

-El rey esperará -dijo Porthos. -Pero, ¿dónde me espera el señor de Bragelonne?

-En los Mínimos, en Vincennes.

-¡Vaya, señor! ¿Es cosa de chanceamos?

-Creo que no; al menos por mi parte.

-Pero los Mínimos es punto de cita para un duelo.

-¿Y qué?

-¿Qué he de hacer yo en los Mínimos?

Porthos desenvainó su espada.

-Aquí tenéis la medida de la espada de mi amigo -dijo.

-¡Vive Dios! ¡Este hombre está loco! -exclamó Saint-Aignan.

Porthos enrojeció basta las orejas.

-Señor -dijo-, si no tuviera el honor de estar en vuestra casa, y de servir los intereses del señor de Bragelonne, os habría arrojado ya por la ventana. Pero quedará aplazada la cuestión, y no perderéis nada en aguardar. ¿Venís, pues, a los Mínimos, señor?

-¿Eh?

-¿Venís de buen grado?

-Pero...

-Mirad que si no venís os llevo yo.

-¡Basque! -exclamó Saint-Aignan.

Basque entró.

-El rey llama al señor conde -dijo Basque.

-Eso es otra cosa -dijo Porthos-; el servicio del rey es antes que todo. Esperaremos allá hasta la noche, señor.

Y, saludando a Saint-Aignan con su cortesanía habitual, salió enteramente satisfecho de haber arreglado tan bien este negocio.

Saint-Aignan le miró al salir y vistiéndose otra vez a toda prisa, corrió arreglándose el desorden de su traje, y gritando:

-¡A los Mínimos!... ¡A los Mínimos! ... Veremos cómo toma el rey ese cartel de desafío. Porque para él es, ¡pardiez!

LXII
ADVERSARIOS POLITICOS

El rey, terminado aquel paseo tan fértil para Apolo, y en el que cada cual había pagado su tributo a las musas, como decían los poetas de la. época, encontró en su cuarto al señor Fouquet, que le aguardaba.

Detrás del rey venía el señor Colbert, que le había alcanzado en un corredor como si le hubiera estado acechando, y que lo seguía como su sombra, celosa y vigilante; el señor Colbert, con su cabeza cuadrada y su grosero lujo de vestimenta desaliñada, que le hacía asemejarse algún tanto a un señor flamenco después de beber cerveza.

Cuando vio Fouquet a su enemigo, permaneció sereno, procurando tomar en toda la escena que iba a seguir la actitud difícil del hombre superior en cuyo corazón rebosa el desprecio; pero que no quiere manifestarlo por temor de hacer demasiado honor a su adversario.

Colbert no ocultaba una alegría insultante. Para él, lo de Fouquet era una partida mal jugada y perdida irremisiblemente, aunque no estuviese todavía terminada. Colbert pertenecía a esa escuela de hombres políticos que sólo admiran la habilidad, y no estimaban más que el triunfo.

Por otra parte, Colbert, que no sólo era envidioso y celoso, sino que tomaba además a pechos los intereses del rey, pues estaba dotado en el fondo de la suprema probidad de los números, podía lisonjearse so pretexto, tan oportuno cuando se aborrece, de obrar, odiando y hundiendo a Fouquet, en interés del Estado y de la dignidad real.

Ninguno de estos detalles escapó a Fouquet. A través de las espesas cejas de su adversario, y a pesar del continuo movimiento de sus párpados, leía con los ojos hasta en el fondo del corazón de Colbert, y vio todo lo que había en aquel corazón: aborrecimiento y triunfo.

Sólo que, como, al paso que quería profundizar, deseaba permanecer impenetrable, presentó una fisonomía tranquila, sonrió con la sonrisa simpática que le era peculiar, y, dando a su saludo la elasticidad más noble y flexible a la vez:

-Majestad -dijo-, veo en vuestro rostro gozoso que el paseo os ha complacido.

-Así es, efectivamente, señor superintendente; y habéis hecho mal en no venir con nosotros, como os había invitado.

-Majestad -respondió el superintendente- trabajaba.

Fouquet no tuvo necesidad siquiera de volver la cabeza; no miraba hacia el lado del señor Colbert.

-¡Ah, el campo, señor Fouquet! -exclamó el rey-. ¡Cuánto daría por vivir siempre en el campo, al aire libre, bajo los árboles!

-Supongo -dijo Fouquet-, que Vuestra Majestad no estará todavía cansado del trono.

-No, pero son muy gratos los tronos de hierba.

-En verdad, Vuestra Majestad colma todos mis deseos al expresarse de ese modo. Cabalmente venía a presentaros una petición.

-¿De parte de quién, señor superintendente?

-De parte de las ninfas de Vaux.

-¡Ah, ah! -exclamó Luis XIV.

-Vuestra Majestad se dignó hacerme una promesa -dijo Fouquet.

-Sí, la recuerdo.

-La famosa fiesta de Vaux, ¿no es verdad, señor? -dijo Colbert mezclándose en la conversación para tantear el crédito que gozaba.

Fouquet, con profundo desprecio, no recogió la expresión, y continuó como si Colbert no hubiese pensado ni hablado.

-Vuestra Majestad sabe -dijo-, que destino mi posesión de Vaux a recibir al más amable de los príncipes, al más poderoso de los reyes.

-He prometido, señor -dijo Luis XIV sonriendo-, y un rey sólo tiene una palabra.

-Y yo vengo a decir a Vuestra Majestad que estoy a sus órdenes.

-¿Me prometéis muchas maravillas, señor superintendente?

Y Luis XIV miró a Colbert.

-¿Maravillas? ¡Oh, no, Majestad! No me comprometo a tanto. Lo único que me atrevo a prometer a Vuestra Majestad es un poco de placer, y tal vez algunos momentos de olvido.

-No, no, señor Fouquet -dijo el rey-; insisto en la palabra maravillas. ¡Oh! Sabemos que sois mágico; conocemos vuestro poder, y tendríais maña para sacar oro hasta de donde no lo hubiese. Así es que el pueblo dice que lo fabricáis.

Fouquet conoció que el golpe partía de una doble aljaba, y que Luis le disparaba a la vez una saeta de su arco y otra del arco de Colbert. Y se echó a reír.

-¡Oh! -dijo-. El pueblo sabe muy bien la mina de donde saco ese oro. Quizá lo sabe demasiado; pero lo que puedo asegurar a Vuestra Majestad -añadió con orgullo-, es que el oro destinado a costear las fiestas de Vaux no hará derramar sangre ni lágrimas. Sudores tal vez. Pero se pagarán.

Luis quedó cortado. Quiso mirar a Colbert y Colbert quiso también replicar; mas una mirada de águila, una mirada leal y hasta regia, fulminada por Fouquet, detuvo la palabra en sus labios.

El rey se recobró entretanto, y, volviéndose a Fouquet, le dijo:

-¿Conque formuláis vuestra invitación?

-Sí, Majestad, si os place.

-¿Para qué día?

Para el que gustéis, Majestad.

-Eso es hablar como encantador que improvisa, señor Fouquet. No me atrevería a decir yo otro tanto.

-Vuestra Majestad hará cuanto quiera, todo lo que un soberano puede y debe hacer. El rey de Francia tiene servidores capaces todo por servirle y proporcionarle placeres.

Colbert trató de mirar al superintendente a fin de ver si aquella frase revelaba un cambio a sentimientos menos hostiles; pero Fouquet ni aun había mirado siquiera a su enemigo. Colbert no existía para él.

-Entonces, para dentro de ocho días, ¿os parece bien? -preguntó el rey.

-Para dentro de ocho días, Majestad.

-Estamos a martes; ¿queréis dejarlo hasta el domingo que viene? La dilación que Vuestra majestad se digne concederme, contribuirá poderosamente al mejor éxito de las obras que mis arquitectos van a emprender a fin de agradar al rey y a sus amigos.

-Y a propósito de mis amigos -replicó Luis-, ¿cómo pensáis tratarlos?

-El rey es amo en todas partes, Majestad; el rey forma su lista y da sus órdenes. Todas las personas a quienes se digne invitar, serán para mí huéspedes muy respetados.

-¡Gracias! -replicó el rey, encantado de aquel noble pensamiento, manifestado con noble acento.

Fouquet se despidió entonces de Luis XIV, después de consagrar algunas palabras a varios asuntos.

Conoció que Colbert se quedaba sólo con el rey, y que ambos hablarían de él sin la menor compasión. La satisfacción de dar un último golpe, un golpe terrible a su enemigo, le pareció una compensación suficiente de todo lo que iban a hacerle sufrir.

Volvió, pues, así que llegó a la puerta, y, dirigiéndose al rey:

-Perdón, Majestad -dijo-, perdón.

-¿Perdón de qué? -preguntó Luis con agrado.

-De una falta grave que cometía involuntariamente.

-¿Una falta vos?. . . ¡Ah, señor Fouquet, preciso será que os perdone! ¿Contra qué, o contra quién habéis pecado?

-Contra lo que exige el bien parecer. Olvidaba participar a Vuestra Majestad una circunstancia importante.

-¿Cuál?

Colbert estremecióse, temiendo una denuncia. Su conducta había sido descubierta. Una palabra de Fouquet, una prueba articulada, y, ante la juvenil lealtad de Luis XIV podía desvanecerse todo el favor de Colbert. Colbert temió, pues, que un golpe tan atrevido viniese a echar por tierra todos sus manejos, y, en realidad, el golpe era tan oportuno, que el diestro Aramis no le hubiese dejado pasar por alto.

-Majestad -dijo Fouquet con desembarazo-, puesto que tenéis la bondad de perdonarme, seré breve en mi confesión. Esta mañana he vendido uno de mis cargos.

-¡Uno de vuestros cargos! -repitió el rey-. ¿Y cuál?

Colbert se puso lívido.

-El que me daba una ropa talar y un aire severo, Majestad; el de fiscal general.

El rey exhaló un grito involuntario, y miró a Colbert.

Este, con la frente bañada en sudor, se sintió a punto de desfallecer.

-¿A quién habéis vendido ese cargo, señor Fouquet? -dijo el rey.

Colbert se apoyó en el jambaje de la chimenea.

-A cierto consejero del Parlamento, señor, que se llama Vanel.

-¿Vanel?

-Un amigo del señor intendente Colbert -continuó Fouquet dejando caer estas palabras con indiferencia inimitable, con una expresión de olvido

y de ignorancia, que el pintor, el actor y el poeta deben renunciar a reproducir con el pincel, el gesto o la pluma.

El superintendente, luego que terminó, dejando confundido a Colbert bajo el peso de aquella superioridad, saludó de nuevo al rey y marchóse, medio vengado por el pudor del príncipe y la humillación del favorito,

-¿Es posible? -exclamó el rey luego que desapareció Fouquet-, ¿ha vendido ese cargo?

-Sí, Majestad -contestó Colbert con intención.

-¡Está loco! -aventuró el rey. Colbert no replicó esta vez; creyó entrever el pensamiento del amo. Ese pensamiento le vengaba también. A su odio venía a unirse la envidia; a su plan de ruina venía a aliarse una amenaza de desgracia. Colbert conoció que, en lo sucesivo, entre Luis XIV y él no encontrarían obstáculos las ideas hostiles, y que la primera falta de Fouquet que pudiera servir de pretexto, apresuraría el castigo.

Fouquet había dejado caer su arma. El odio y la envidia acababan de recogerla.

Colbert fue invitado por el rey a la fiesta de Vaux, y saludó como hombre pagado de sí mismo, que cree hacer un servicio con aceptar.

Hallábase el rey en el nombre de Saint-Aignan de la lista de los invitados, cuando el ujier anunció al conde.

Colbert se retiró discretamente al llegar el Mercurio real.

LXIII
RIVALES EN AMORES

Hacía apenas dos horas que Saint-Aignan se había separado de Luis XIV; pero, en aquella primera efervescencia de su amor, cuando Luis no veía a La Valliére, necesitaba hablar de ella. Ahora bien, la única persona con quien podía hablar a su gusto era Saint-Aignan; Saint-Aignan había llegado a serle indispensable.

-¡Ah! ¿Eres tú, conde -exclamó al divisarle, doblemente satisfecho de ver a Saint-Aignan y ¿e no ver a Colbert, cuyo sobrecejo le entristecía siempre-. Mucho me alegro. Presumo que serás de la partida.

-¿De la partida, Majestad? -preguntó Saint-Aignan-. ¿Y de qué partida?

-Del viaje que vamos a hacer para gozar de la fiesta que nos prepara en Vaux el señor superintendente. ¡Ah! Saint-Aignan, ras a ver una fiesta en comparación de la cual nuestras diversiones de Fontainebleau son juegos de botarates.

-¡En Vaux! ¿El superintendente da una fiesta a Vuestra Majestad, y en Vaux, nada más?

-¡Nada más! ¡Te encuentro encantador haciendo de desdeñoso! ¿Sabes, tú que te haces el desdeñoso, que cuando se sepa que el señor Fouquet me recibe en Vaux del domingo en ocho días, se despepitará todo el mundo por ser convidado a dicha fiesta? Te repito, Saint-Aignan, que serás de la partid.

-Sí, con tal que de aquí a entonces no haya hecho otro viaje más largo y menos grato.

-¿Adónde?

-A la Estigia, Majestad.

-¡Quita allá! -dijo Luis XIV riendo.

-No, seriamente, Majestad. Estoy invitado a él, y de tal modo, que no sé, en verdad, cómo me he de componer para evitarlo.

-No te comprendo, querido. Sé que estas en vena poética, pero procura no caer de Apolo en Febo.

-Pues bien, si Vuestra Majestad tiene a bien escucharme, dejaré de poner en prensa su entendimiento.

-Habla.

-¿Conoce Vuestra Majestad al barón Du-Vallon?

-¡Sí, pardiez! ¡Un buen servidor del rey mi padre, y un excelente convidado, a fe mía! ¿No es de aquel que comió con nosotros en Fontainebleau de quien hablas?

-El mismo. Pero Vuestra Majestad ha olvidado añadir a sus cualidades, la de un afable matador de personas.

-¡Pues qué! ¿Quiere matarte el señor Du-Vallon?

-O hacerme matar, que viene a ser lo mismo.

-¡Vaya una ocurrencia!

-No os riáis, Majestad, que lo que estoy diciendo es la pura verdad.

-¿Y dices que quiere hacerte matar?

-Esta es la idea que tiene, por ahora, ese digno hidalgo.

-Pierde cuidado, que yo te defenderé si no tiene razón.

-¡Ah! Me prestáis vuestra ayuda condicionalmente.

-Sin duda. Veamos; respóndeme como si se tratase de otra persona, mi pobre Saint-Aignan: ¿tiene razón o no?

-Vuestra Majestad juzgará.

-¿Qué le has hecho?

-¡Oh! A él nada; pero parece que he ofendido a un amigo suyo.

-Lo mismo da. Y su amigo, ¿es alguno de-los cuatro famosos?

-No; es hijo de uno de esos cuatro famosos.

-¿Y qué has hecho a ese hijo? Veamos.

-¡Casi nada! Ayudar a otro para birlarle la amada.

-¡Y confiesas eso!

-Necesario es que lo confiese, puesto que es verdad.

-Entonces, has obrado mal.

-¡Ah! ¿He obrado mal?

-Sí; y a fe mía que si te mata...

-¿Qué?

-Tendrá razón.

-¿Y es así como juzgáis, Majestad?

-¿Acaso es malo el método?

-Lo encuentro expeditivo.

-Justicia buena y pronto, decía mi abuelo Enrique IV.

-Entonces, dígnese Vuestra Majestad firmar inmediatamente el perdón de mi adversario, que me está esperando en los Mínimos para enviarme al otro mundo.

-Su nombre y un pergamino.

-Majestad, ahí tenéis un pergamino en la mesa, y en cuanto a su nombre...

-En cuanto a su nombre ...

-Es el vizconde de Bragelonne, Majestad.

-¿El vizconde de Bragelonne? -exclamó el rey, pasando de la risa al más profundo estupor.

Luego, tras de un momento de silencio, durante el cual enjugóse el sudor que le corría por la frente:

-¡Bragelonne! -murmuró.

-Ni más ni menos, Majestad -dijo Saint-Aignan.

-Bragelonne, el novio de...

-¡Oh Dios santo! Sí; Bragelonne,. el novio de.. .

-¡Sin embargo, estaba en Londres!

-Sí; pero puedo aseguraros que no está ya allí, Majestad.

-¿Está en París?

-En los Mínimos, donde me espera, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

-¿Enterado de todo?

-¡Y de otras muchas cosas! ¿Si el rey quiere ver el billete que me ha hecho llegar...

Y Saint-Aignan sacó del bolsillo el billete que ya conocemos.

-Cuando Vuestra Majestad haya leído el billete -dijo-, tendré el honor de referirle cómo ha llegado a mi poder.

El rey leyó con agitación, y en seguida:

-¿Qué? -preguntó.

-¿Recuerda Vuestra Majestad una cerradura cincelada que cierra una puerta de ébano, que separa cierto aposento de cierto santuario azul y blanco.

-Sí, el gabinete de Luisa.

-Bien, Majestad; pues en el agujero de esa cerradura he encontrado ese billete. ¿Quién lo ha puesto allí? ¿El señor de Bragelonne o el diablo? Como el billete huele a ámbar y no a azufre, deduzco que no habrá sido el diablo, sino el señor vizconde.

Luis inclinó la cabeza y pareció quedarse absorto tristemente. Quizá en aquel momento cruzaba por su corazón algo parecido al remordimiento.

-¡Descubierto el secreto! -murmuró.

-Señor, voy a hacer cuanto esté de mi parte para que ese secreto muera en el pecho que lo encierra -dijo Saint-Aignan en un tono de bravura muy bien simulado.

E hizo un movimiento hacia la puerta; pero el rey le detuvo.

-¿Adónde vas? -preguntó. -Adonde me esperan, Majestad. -¿Para qué?

-Para batirme.

-¿Batirte? -exclamó Luis-. ¡Un momento, conde!

Saint-Aignan movió la cabeza, como un niño que se rebela cuando le quieren impedir que se tire a un pozo o que juegue con un cuchillo.

-Con todo, Majestad... -dijo.

-En primer lugar -dijo el rey-, no estoy aún bien informado.

-¡Oh! En cuanto a eso, pregunte Vuestra Majestad, que yo le contestaré.

-¿Quién te ha dicho que el señor de Bragelonne haya penetrado en el aposento en cuestión?

-El billete que hallé en la cerradura, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

-¿Y quién te ha dicho que haya sido él quien lo ha puesto?

-¿Pues quién se habría atrevido a encargarse de semejante comisión? Tienes razón. ¿Cómo ha entrado en tu aposento?

-¡Oh! Eso es algo más grave, en atención a que estaban cerradas todas las puertas, y mi lacayo, Basque, tenía las llaves en el bolsillo.

-Entonces habrán ganado a tu lacayo.

-Imposible, Majestad.

-¿Por qué?

-Porque si lo hubiesen ganado, no habrían perdido al pobre muchacho, de quien podían tener necesidad más adelante, manifestando de un modo tan claro que se habían servido de él.

-Es cierto; no nos queda, pues, otro remedio que apelar a una conjetura.

-Veamos, Majestad, si esa conjetura es la misma que a mí se me ha ocurrido.

-Que se habrán introducido por la escalera.

-Ah, Majestad! Eso me parece más que probable.

-Preciso es, entonces, que alguien haya vendido el secreto de la trampa.

-Vendido o dado.

-¿Por qué tal distinción? -Porque ciertas personas, Majestad, que se hallan fuera del caso de aceptar el precio de una traición, facilitan y no venden.

-¿Qué quieres significar con eso?

-¡Oh Majestad! Sois demasiado perspicaz para no evitarme, adivinando, el disgusto de citar nombres.

-Es verdad: ¡Madame!

-¡Ah! -exclamó Saint-Aignan.

-Madame, que receló de la mudanza.

Madame, que dispone de las llaves de las habitaciones de sus doncellas, y que es bastante poderosa para descubrir lo que nadie, excepto Vuestra Majestad y ella, podría descubrir.

-¿Y tú crees que mi hermana haya hecho alianza con Bragelonne?

-¡Eh, eh! Majestad.

-¿Hasta el punto de informarle de todos esos pormenores?

-Tal vez más, todavía.

-¿Cómo más?. .. Acaba.

-Quizá hasta el punto de acompañarle.

-¿Adónde? ¿Abajo, a tu cuarto?

-Majestad, ¿tan difícil os parece?

-¡Oh!

-Escuchad. El rey sabe lo aficionada que es Madame a los perfumes.

-Sí, es costumbre que ha tomado de mi madre.

-Al de verbena sobre todo.

-Es su favorito.

-Pues bien, mi habitación está embalsamada de verbena.

El rey quedó pensativo.

-Pero, ¿por qué -replicó después de un momento de silencio-, por qué ha de abrazar Madame el partido de Bragelonne en contra mía?

Y al pronunciar estas palabras, a las que Saint-Aignan podía haber contestado fácilmente con estas palabras: "¡Celos de mujer!", el rey sondeaba a su amigo hasta el fondo de su corazón, para indagar si había penetrado el secreto de su galantería con su cuñada. Mas Saint-Aignan no era un cortesano vulgar para arriesgarse a la ligera en el descubrimiento de los secretos de familia; era demasiado amigo de las musas para no pensar con frecuencia en aquel pobre Ovidio Nasón, cuyos ojos derramaron tantas lágrimas para expiar el crimen de haber visto ciertas cosas en casa de Augusto. Por tanto, dejó a un lado con destreza el secreto de Madame. Pero, como había dado pruebas de sagacidad, indicando que Madame había acompañado a su cuarto a Bragelonne, no había más remedio que satisfacer la usura de ese amor propio y contestar categóricamente a esta pregunta: "¿Por qué ha de abrazar Madame en contra mía el partido de Bragelonne?"

-¿Por qué? -dijo Saint-Aignan-: ¿Olvida acaso Vuestra Majestad que el conde de Guiche es amigo íntimo del vizconde de Bragelonne?

-No veo la relación -respondió el rey.

-Perdonad, Majestad -repuso Saint-Aignan-; yo creía que el conde de Guiche era muy amigo de Madame.

-Es verdad -replicó el rey-; no hay que averiguar mas; el golpe ha venido de ahí.

-¿Y no cree Vuestra Majestad que para pararlo sea preciso dar otro?

-Ciertamente, pero no de la clase de los que se dan en el bosque de Vincennes.

-Vuestra Majestad olvida -dijo Saint-Aignan- que soy hidalgo, y que me han provocado.

-Este asunto nada tiene que ver contigo.

-Pero a mí es a quien están aguardando en los Mínimos, Majestad, hace más de una hora; a mí, que estoy citado, y quedaré deshonrado si no voy a la cita.

-El principal honor de un gentilhombre, es la obediencia al rey.

-Majestad...

-¡Ordeno que te quedes! -Majestad. . .

-Obedece.

-Como Vuestra Majestad guste. -Además, quiero averiguar todo este asunto; quiero saber quién se ha burlado de mí con bastante audacia para penetrar en el santuario de mis predilecciones. A los que de este modo me han ultrajado, no eres tú, Saint-Aignan, quien debe castigarlos, pues no es tu honor el que han lastimado, sino el mío.

-Suplico a Vuestra Majestad no descargue su cólera sobre el señor de Bragelonne, el cual, en todo este asunto, podrá haber andado falto de prudencia, pero no de lealtad.

-¡Basta! Sabré separar lo justo de lo injusto, aun en medio de mi ira. Sobre todo, ni una palabra de esto a Madame.

-Mas, ¿qué debe hacerse respecto del señor de Bragelonne? Me buscará, y..

-Yo le hablaré, o haré que le hablen esta misma tarde.

-Todavía, Majestad, os ruego que uséis indulgencia.

-Bastante indulgente he sido por mucho tiempo, conde -dijo el rey frunciendo el ceño-; ya es hora de que se enseñe a ciertas personas que soy el amo en mi casa. Apenas acababa Luis de pronunciar estas palabras, que anunciaban que al nuevo resentimiento se asociaba el recuerdo de otro antiguo, cuando se presentó el ujier a la puerta del gabinete.

-¿Qué sucede? -preguntó el rey-. ¿Quién se atreve a penetrar aquí cuando no llamo?

-Vuestra Majestad me ha mandado, de una vez para siempre -dijo el ujier-, permita pasar al señor conde de la Fére siempre que desee hablar a Vuestra Majestad.

-¿Y qué?

-El señor conde de la Fére aguarda ahí fuera.

El rey y Saint-Aignan cambiaron a estas palabras una mirada, en que había más alarma que sorpresa. Luis vaciló un momento. Pero, casi al punto, tomando una resolución:

-Anda -dijo a Saint-Aignan-, ve a buscar a Luisa, y entérala de lo que se trama contra nosotros, trata de hacerle entender que Madame vuelve a sus persecuciones, y que ha hecho poner en campaña a personas que habrían hecho mejor en mostrarse neutrales.

-Majestad ...

-Si Luisa se asusta, tranquilízala -continuó el rey-, y dile que el amor del rey es un escudo impenetrable. Si, contra mis deseos, lo supiese ya todo, o hubiese sufrido alguna molestia, dile positivamente -continuó el rey poseído de nerviosa cólera-, dile positivamente que, esta vez, en lugar de defenderla, la vengaré, y con tal severidad, que nadie en lo sucesivo se atreverá a levantar los ojos hasta ella.

-¿Tenéis algo más que mandar, Majestad?

-No; anda pronto, y permanece fiel, tú, que vives en medio de ese infierno, sin tener como yo, la esperanza del paraíso.

Saint-Aignan deshízose en protestas de adhesión, y salió radiante de alegría después de besar la mano del rey.

LXIV
EL REY Y LA NOBLEZA

Luis púsose inmediatamente sobre sí para recibir con buen semblante al señor de la Fére. Preveía que el conde no llegaba por casualidad. Comprendía vagamente la importancia de aquella visita; pero, a un hombre del mérito de Athos, a un alma tan elevada, no debía ofrecer el primer aspecto nada que fuera desagradable o mal ordenado.

Apenas el joven rey se aseguró de que presentaba un aire tranquilo, dio orden a los ujieres de introducir al conde.

Pocos minutos más tarde, Athos, en traje de ceremonia, ostentando las insignias que él sólo tenía derecho a llevar en la Corte de Francia, se presentó con aire tan grave y solemne, que el rey pudo juzgar, al primer vistazo, si se había equivocado o no en sus presentimientos.

Luis dio un paso hacia el conde y le tendió risueño una mano, sobre la cual se inclinó Athos respetuosamente.

-Señor conde de la Fére -dijo el rey apresuradamente-. Vendéis tan cara vuestra presencia en mi casa, que tengo a fortuna el veros. Athos se inclinó y respondió:

-Quisiera tener la dicha de estar siempre al lado de Vuestra Majestad. Semejante respuesta, dada en aquel tono, significaba manifiestamente: "Quisiera poder ser uno de los consejeros del rey para ahorrarle errores." Luis lo conoció, y, resuelto a conservar ante aquel hombre la ventaja de la calma con la de la dignidad:

-Veo -repuso- que tenéis algo que decirme.

-A no ser por eso, no me habría permitido presentarme a Vuestra Majestad.

-Explicaos pronto, señor, porque deseo con ansia satisfaceros. El rey se sentó.

-Estoy persuadido -dijo Athos en tono ligeramente conmovido-, de que Vuestra Majestad me dará plena satisfacción.

-¡Ah! -dijo Luis con cierta altivez-. ¿Es una queja la que venís a formular aquí?

-No sería una queja -replicó Athos-, a menos que Vuestra Majestad... Pero, perdonadme, Majestad, que tome las cosas desde el principio.

-Espero.

-Vuestra Majestad d recordará que, por la época en que se marchó el señor de Buckingham, tuve el honor de (recibir una audiencia vuestra.

-Por esa época, poco más o menos... Sí, me acuerdo. Pero el objeto de la audiencia, . . lo he olvidado.

Athos tembló.

-Tendré el honor de recordarlo al rey -dijo-. Tratábase de un permiso que vine a solicitar a Vuestra Majestad, tocante al matrimonio que quería contraer el señor de Bragelonne con la señorita de La Valliére.

-Me acuerdo -dijo el rey en voz alta, mientras pensaba: "Henos ya en el fondo de la cuestión."

-En aquella época -continuó Athos-, fue el rey tan bueno y generoso conmigo y con el señor de Bragelonne, que ni una sola de las palabras pronunciadas por Vuestra Majestad se me ha borrado de la memoria.

-¿Y qué? -replicó el rey.

-El rey, a quien pedí la mano de la señorita de La Valliére para el señor de Bragelonne, me la negó.

-Es verdad -dijo Luis con sequedad.

-Alegando -se apresuró a añadir Athos-, que la novia no tenía posición en la sociedad.

Luis se violentó para escuchar con paciencia.

-Que. . . -añadió Athos-, estaba escasa de bienes de fortuna. El rey se hundió en su sillón. -No muy buena cuna.

Nueva impaciencia del rey.

-Y poca belleza -dijo inflexible Athos.

Este último dardo, clavado en el corazón del amante, acabó de apurar su paciencia.

-Señor -dijo-, ¡tenéis una memoria admirable!

-Siempre me sucede lo mismo cuando me cabe el alto honor de ser recibido en audiencia por el rey -replicó el conde sin alterarse.

-Bien; todo eso he dicho: ¿y qué?

-Y di las más expresivas gracias a Vuestra Majestad, porque esas palabras manifestaban un interés que hacía mucho honor al señor de Bragelonne.

-También recordaréis -dijo el rey recalcando sus palabras-, que manifestasteis gran repugnancia por ese casamiento.

-Verdad es, Majestad.

-Y que hicisteis la solicitud contra vuestro gusto.

-Sí, Majestad.

-Por último, recuerdo también, pues tengo una memoria casi tan buena como la vuestra, que pronunciásteis estas palabras: "No creo en el amor de la señorita de La Valliére por el señor de Bragelonne." ¿Es verdad?

Athos sintió el golpe, pero no retrocedió.

-Majestad -dijo- ya os he pedido perdón, mas hay ciertas cosas, en aquella entrevista, que sólo serán inteligibles en el desenlace.

-Veamos, entonces, el desenlace.

-Vuestra Majestad dijo que difería el matrimonio por el bien mismo del señor de Bragelonne.

El rey calló.

-Hoy el vizconde de Bragelonne es tan desgraciado, que no puede diferir por más tiempo el pedir una resolución a Vuestra Majestad.

El rey palideció. Athos le miró fijamente.

-¿Y qué... solicita... el señor de Bragelonne? -preguntó titubeando el rey.

-Lo mismo que vine a pedir al rey en mi anterior audiencia: el consentimiento de Vuestra Majestad para su matrimonio.

El rey calló.

-Las cuestiones relativas a los obstáculos se han allanado para nosotros -continuó Athos-.. La señorita Luisa de La Valliére, sin bienes de fortuna, sin ilustre nacimiento y sin belleza, no deja de ser el mejor y único partido para el señor de Bragelonne, puesto que éste la ama.

El rey apretó sus manos una con otra.

-¿Vacila el rey? -preguntó el conde sin perder su firmeza ni su política.

-No vacilo... rehúso -contestó el rey.

Athos se recogió un momento.

-Ya he tenido el honor -dijo dulcemente-, de hacer presente al rey que ningún obstáculo haría cambiar los sentimientos del señor de Bragelonne, y que su determinación parecía irrevocable.

-¡Hay de por medio mi voluntad, y presumo que eso sea un obstáculo!

-Es el más serio de todos -replicó Athos.

-¡Ah!

-Ahora, séanos concedido preguntar humildemente a Vuestra Majestad la razón de esa negativa.

-¿La razón?... ¿Una pregunta? -exclamó el rey.

-Una petición, Majestad.

El rey, apoyándose en la mesa con los dos puños:

-Habéis olvidado los usos de la Corte, señor conde -dijo con voz concentrada-. En la Corte no se dirigen preguntas al rey.

-Verdad es, Majestad; pero si no se pregunta, se hacen suposiciones.

-¿Suposiciones?... ¿Y qué queréis decir con eso?

-Ordinariamente, Majestad, la suposición del súbdito implica la franqueza del rey...

-¡Señor!

-Y la falta de confianza en el súbdito -continuó Athos con intrepidez.

-Paréceme que estáis en un error dijo el monarca dejándose llevar a pesar suyo de la cólera.

-Me veo precisado a buscar en otra parte lo que creía hallar en Vuestra Majestad. En vez de obtener una respuesta, me veo en el caso de tener que dármela a mí mismo.

El rey se levantó.

-Señor conde -dijo-, os he consagrado todo el tiempo de que podía disponer.

Eso era despedirle.

-No he tenido tiempo para decir a Vuestra Majestad todo lo que tenía que manifestarle -contestó el conde-, y veo tan pocas veces al rey, que es necesario aprovechar la ocasión.

-Estabais en las suposiciones, e íbais a pasar a las ofensas.

-¡Oh Majestad! ¿Ofender yo al rey? ¡Jamás! Toda mi vida he sostenido que los reyes están por encima de los demás hombres, no sólo por su posición y su poder, sino por la nobleza del corazón y la superioridad del alma. Jamás me harán creer que mi rey, cuando me ha dicho una palabra, oculta bajo esa palabra una segunda intención.

-¿Qué queréis decir? ¿De qué segunda intención habláis?

-Me explicaré -dijo fríamente Athos-. Si al rehusar la mano de la señorita de La Valliére al señor de Bragelonne, llevara Vuestra Majestad otro objeto que la felicidad del vizconde...

-Bien veis, señor, que me estáis ofendiendo.

-Si, al exigir una dilatación al vizconde, Vuestra Majestad hubiese querido únicamente alejar al novio de la señorita de La Valliére...

-¡Señor! ¡Señor!

-Es que eso he oído en todas partes. Todos hablan del amor de Vuestra Majestad por la señorita de La Valliére.

El rey desgarró sus guantes, que, por continencia, mordisqueaba hacía unos minutos.

-Desgraciados de aquellos que se mezclan en mis asuntos! -exclamó-. He tomado ya mi partido: romperé todos los obstáculos.

-¿Qué obstáculos? -preguntó Athos.

El rey se detuvo cortado, como el caballo que en su furiosa carrera siente lacerado el paladar por el bocado.

-Amo a la señorita de La Valliére -dijo de pronto con tanta nobleza como resolución.

-Pero -interrumpió Athos-, eso no impide a Vuestra Majestad casar al vizconde con la señorita de La Valliére. El sacrificio es digno de un rey, y merecido por el señor de Bragelonne, que ha prestado ya servicios y puede

pasar por un bravo hombre. Así, pues, renunciando el rey a su amor, dará una prueba a la vez de generosidad, de reconocimiento y de buena política.

-La señorita de La Valliére -dijo sordamente el rey-, no ama al señor de Bragelonne.

-¿Lo sabe el rey? -dijo Athos con mirada profunda.

-Lo sé.

-Será de poco tiempo a esta parte, pues si el rey lo hubiese sabido cuando vine a solicitar el permiso la primera vez, Vuestra Majestad me habría hecho el honor de decírmelo.

-Desde hace poco.

Athos guardó silencio un momento.

-Entonces, no comprendo -dijo- que el rey haya enviado al vizconde de Bragelonne a Londres. Semejante destierro no puede menos de sorprender a los que aman el honor del rey.

-¿Quién habla del honor del rey, señor conde de la Fére?

-El honor del rey, Majestad, se compone del honor de toda su nobleza, y cuando el rey ofende a uno de sus nobles, es decir, cuando le roba una parte de su honor, es al mismo rey a quien se roba esa parte de honor.

-¡Señor de la Fére!

Irritado el rey, principalmente porque se sentía dominado, trató de despedir a Athos con un ademán.

-Majestad, os lo diré todo -replicó el conde-, y no saldré de aquí sino después de quedar satisfecho, bien por vos o bien por mí mismo. Satisfecho, si me demostráis que la razón está de vuestra parte; satisfecho, si os demuestro que no habéis procedido debidamente. ¡Oh, ya me escucharéis, Majestad! Soy viejo, y estoy muy apegado a todo lo que hay de verdaderamente grande y fuerte en el reino. Soy un gentilhombre que ha vertido su sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido jamás ni a vos ni a vuestro padre. A nadie he ofendido en este mundo, y me he hecho acreedor al agradecimiento de los reyes. ¡Vos me escucharéis! Vengo a pediros cuenta del honor de uno de vuestros servidores, a quien habéis engañado con una mentira o vendido por una debilidad. Sé que estas palabras irritan a Vuestra Majestad; pero los hechos nos matan a nosotros. Sé que estáis buscando el castigo que habéis de dar a mi franqueza; más también sé el castigo que he de pedir a Dios que os imponga, cuando le refiera vuestro perjurio y la desgracia de mi hijo.

El rey se paseaba a grandes pasos, con la mano en el pecho, la cabeza levantada y los ojos echando llamas.

-¡Señor! -exclamó de pronto-. Si fuese para vos el rey, ya estaríais castigado, pero no soy más que un hombre, y tengo el derecho de amar en la tierra a los que me aman. ¡Dicha bien rara!

-No tenéis ese derecho como rey más que como hombre; o si quería Vuestra Majestad tomárselo lealmente, era preciso avisar al señor de Bragelonne en lugar de desterrarle.

-Paréceme que esto es entrar en discusiones -interrumpió Luis XIV con aquella majestad que sólo él sabía hallar hasta un punto tan notable en la mirada y en la voz.

-Esperaba que me respondiéseis -dijo el conde.

-¡Sabréis mi contestación, señor! -Sabéis mi pensamiento -replicó el señor de la Fére.

-Habéis olvidado que habláis al rey, señor, eso es un crimen.

-Habéis olvidado que desgarrábais la vida de dos hombres. ¡Eso es un pecado mortal, Majestad! -¡Ahora, salid!

-No antes de haber dicho: ¡Hijo de Luis XIII, mal empezáis vuestro reinado, pues lo inauguráis con el rapto y la deslealtad! Mi descendencia y yo nos consideramos libres hacia vos de todo el afecto y todo el respeto que hice jurar a mi hijo en las bóvedas de San Dionisio, delante de los restos de vuestros nobles antepasados. Os habéis hecho enemigo nuestro, Majestad, y en lo sucesivo sólo tendremos a Dios por juez, nuestro único amo. ¡Reflexionadlo bien!

-¿Amenazáis?

-¡Oh, no! -dijo Athos tristemente-. No hay más baladronadas que temor en ¡ni alma. Dios, de quien os hablo, me oye hablar, y sabe que, por la integridad y el honor de vuestra corona, derramaría aún en estos instantes toda la sangre que me han dejado veinte años de guerras civiles y extranjeras. Puedo aseguraros, por lo tanto, que no amenazo al rey; como no amenazo al hombre; mas sí os digo: Perdéis dos servidores por haber matado la fe en el corazón del padre y el amor en el corazón del hijo. El uno no cree ya en la regia palabra, el otro no cree ya en la fidelidad de los hombres ni en la pureza de las mujeres. El uno ha muerto para el respeto, el otro para la obediencia. ¡Adiós!

Y, diciendo esto, rompió Athos su acero contra su rodilla; puso lentamente los dos pedazos en el suelo, y, saludando al rey, a quien ahogaban la cólera y la vergüenza, salió del gabinete.

El rey, abismado sobre su mesa, pasó algunos minutos en reponerse y, levantándose de repente, llamó con violencia.

-¡Que llamen al señor de Artagnan! -dijo a los ujieres asustados.

LXV
CONTINÚA LA TEMPESTAD

Seguramente se habrán preguntado ya nuestros lectores cómo Athos se había hallado tan a punto en el cuarto del rey, cuando no habían oído hablar de él en tanto tiempo. Siendo nuestro deber, como novelistas, encadenar los acontecimientos los unos a los otros con una lógica casi fatal, nos hallamos dispuestos a responder, y respondemos a esa pregunta.

Porthos, fiel a su papel de arreglador de asuntos al salir del palacio real había ido a reunirse con Raúl en los Mínimos del bosque de Vincennes, contándole en sus menores detalles su conferencia con Saint-Aignan; luego, había terminado diciendo que el mensaje del rey a su favorito no ocasionaría, probablemente, más que un retraso breve, y que así que Saint-Aignan se separase del rey, se apresuraría a acudir a la cita que le había dado Raúl.

Mas Raúl, menos crédulo que su viejo amigo, dedujo del relato de Porthos, que, si Saint-Aignan fue a ver al rey, se lo contaría todo, y que, contándoselo todo, el rey prohibiría a Saint-Aignan ir al terreno. A

consecuencia de esta reflexión, dejó a Porthos que guardase el puesto, para el caso, poco probable, de que Saint-Aignan llegase a ir, y le exigió al mismo tiempo que no estuviese en el sitio más que una ora u hora y media. Porthos se negó ó a ello formalmente, instalándose, por el contrario, en los Mínimos, como si quisiera echar allí raíces, haciendo prometer a Raúl que volvería desde casa de su padre a la suya, a fin de que el lacayo de Porthos supiese dónde hallarle, en el caso de que el señor de Saint-Aignan acudiese a la cita. El vizconde dejó a Vincennes y se encaminó directamente a casa de Athos, que se hallaba en París hacía dos días.

El conde había sido ya avisado por una carta de Artagnan.

Raúl, pues, llegó a casa de su padre, quien, después de haberle tendido la mano y haberle abrazado, le hizo seña de que se sentara.

-Sé que venís a mí, como se acude a un amigo cuando se llora y se sufre; decidme el motivo que os trae.

El joven inclinóse y dio principio a su relato. Más de una vez, en el curso de él, cortaron las lágrimas su voz, y un sollozo estrangulado en la garganta suspendió la narración. No obstante, la pudo terminar.

Athos sabía ya probablemente a qué atenerse, pues, como hemos dicho, Artagnan le había escrito; pero, resuelto a conservar hasta el fin aquella calma que formaba el lado casi sobrehumano de su carácter, replicó

-Raúl, no creo nada de lo que se dice; no creo nada de lo que teméis, y no porque no me hayan hablado ya de semejante aventura personas dignas de fe, sino porque en mi alma y mi conciencia creo imposible que el rey haya ultrajado a un noble. Fío, por lo tanto, en el rey, y voy a traeros la prueba de lo que os digo.

Raúl, como un hombre ebrio, vacilante entre lo que había visto con sus propios ojos y la imperturbable fe que tenía en un hombre que nunca había mentido, se inclinó y se contentó con responder:

-Id, pues, señor conde; esperaré. Y se sentó, ocultando la cabeza entre sus manos; Athos se vistió y salió. En su entrevista con el rey hizo lo que ya saben nuestros lectores, qué le han visto entrar en la cámara del rey y salir de ella.

Cuando regresó a su casa, Raúl, pálido y sombrío, no había abandonado aún su posición desesperada. No obstante, al ruido de las puertas que se abrían y al ruido de los pasos de su padre que se acercaba, levantó el joven la cabeza.

Athos entró pálido, grave y descubierta la cabeza: entregó al lacayo su capa y el sombrero, despidiéndole con un gesto, y se sentó junto a Raúl.

-Y bien, señor -preguntó el joven moviendo la cabeza de arriba abajo-, ¿estáis ya convencido?

-Lo estoy, . Raúl; el rey ama a la señorita de La Valliére.

- ¿Y lo confiesa? -exclamó Raúl.

-Plenamente -dijo Athos.

-¿Y ella?

-No la he visto.

-No; pero el rey os habrá hablado de ella. ¿Qué dice de ella? Dice que ella le ama.

-¡Oh! ¿Lo veis? ¿Lo veis, señor?

Y el joven hizo un gesto de desesperación.

-Raúl -prosiguió el conde-, he dicho al rey, y podéis creerme, todo cuanto hubierais podido decirle vos mismo, y creo habérselo dicho en términos convenientes, pero enérgicos.

-¿Y qué le habéis dicho, señor?

-Que todo había concluido entre él y nosotros, que no contase ya con vuestro servicio, y que hasta yo mismo me mantendré apartado. Sólo me queda saber una cosa.

-¿Cuál, señor?

-Si habéis tomado vuestro partido.

-¡Mi partido! ¿Sobre qué?

-Sobre el amor y...

-Acabad, señor.

-La venganza; porque temo que penséis en vengaros.

-¡Oh señor! El amor... tal vez algún día... más adelante, logre arrancarlo de mi corazón, pues para ello cuento con la ayuda de los y el auxilio de vuestras prudentes exhortaciones. Respecto a la venganza, sólo he pensado en ella bajo el imperio de un mal pensamiento; porque no es del verdadero culpable de quien yo podría vengarme; por lo tanto, renuncio a la venganza.

-¿De suerte que no trataréis de buscar pendencia al señor de Saint-Aignan?

-No, señor. Ya ha mediado un desafío; si el señor de Saint-Aignan lo acepta, lo sostendré; pero, en el caso contrario, me desentenderé de él.

-¿Y de La Valliére?

-No creo que podáis suponer seriamente que piense en vengarme de una mujer -respondió Raúl con sonrisa tan triste que hizo asomar las lágrimas a los ojos de aquel hombre que tantas veces se había inclinado sobre sus dolores y los dolores ajenos.

Tendió su mano a Raúl, y Raúl la cogió vivamente.

-Así, señor conde, ¿estáis bien seguro de que el mal no tiene remedio? -preguntó el joven.

Athos movió a su vez la cabeza.

-¡Pobre hijo! -murmuró. -Pensáis que todavía tengo esperanzas -dijo Raúl-, y me compadecéis. ¡Ay, es que me cuesta terriblemente despreciar como debo a la que he amado tanto! Si al menos tuviese que acusarme de algún agravio hacia ella, me tendría por feliz y la perdonaría.

Athos miró tristemente a su hijo. Las pocas palabras que acababa de pronunciar Raúl parecían arrancadas de su propio corazón.

En aquel instante el lacayo anunció al señor de Artagnan. Este nombre resonó, de manera bien diferente en los oídos de Athos y de Raúl. El mosquetero anunciado hizo su entrada con una vaga sonrisa en los labios. Raúl se detuvo; Athos marchó hacia su amigo con una expresión de rostro que no escapó a Bragelonne. Artagnan respondió a Athos con un simple parpadeo; luego, acercándose a Raúl y tomándole la mano:

-¡Vamos -exclamó hablando a la vez al padre y al hijo-, a lo que parece consolamos al mozo!

-Y vos, tan bueno como siempre, venís a auxiliarme en tarea tan difícil.

Y, al pronunciar Athos estas palabras, estrechó entre sus manos la mano de Artagnan. Raúl creyó advertir que aquella presión tenía un sentido particular, diferente del de las palabras.

-Sí -contestó el mosquetero atusándose el bigote con la mano que Athos le dejaba libre-; sí, también yo vengo.

-Bien venido seáis, señor caballero -dijo Raúl-, no por el consuelo que traéis, sino por vos mismo. Estoy consolado.

Y esbozó una sonrisa más triste que ninguna de las lágrimas que Artagnan había visto derramar jamás.

-¡Enhorabuena! -dijo Artagnan.

-Habéis llegado, cabalmente -prosiguió Raúl-, cuando el señor conde iba a referirme las circunstancias de su entrevista con el rey. Sin duda llevaréis a bien que el señor conde continúe, ¿no es así?

Y los ojos del joven parecían querer leer hasta el fondo del corazón del mosquetero.

-¿Su entrevista con el rey? -dijo Artagnan en un tono tan natural que no había medio de dudar de su extrañeza-. ¿Habéis visto al rey, Athos?

Athos sonrió.

-Sí -dijo-, le he visto. -¡Ah! ¿De veras ignoráis que el conde haya visto al rey? -preguntó Raúl algo más tranquilo.

-¡A fe que sí! Completamente -respondió Artagnan.

-Entonces, estoy más tranquilo -dijo Raúl.

-¡Tranquilo! ¿Y sobre qué? - preguntó Athos.

-Señor -dijo Raúl-, perdonad; pero, conociendo el cariño que me profesáis, temía que hubieseis expresado con demasiada viveza al rey mi dolor y vuestra indignación, y que entonces el rey...

-¿Qué? -interrumpió Artagnan-. Vamos, acabad, Raúl. -Perdonadme, señor de Artagnan -dijo Raúl-. Por un instante temblé, lo confieso, que no hubieseis venido como el señor de Artagnan, sino como capitán de mosqueteros.

-¡Estáis loco, mi pobre Raúl! -exclamó Artagnan con una carcajada, en la que un buen observador habría deseado tal vez mayor franqueza.

-¡Tanto mejor! -contestó Raúl. -Sí, loco; ¿y sabéis lo que os aconsejo?

-Decídmelo, señor; viniendo de vos, el consejo será bueno.

-Pues bien, os aconsejo que, terminado vuestro viaje, después de vuestras visitas al señor de Guiche, a Madame y a Porthos; después de vuestro viaje a Vincennes, toméis algún descanso; acostaos, dormid doce horas seguidas, y cuando despertéis, fatigadme un buen caballo.

Y, atrayéndole hacia sí, le abrazó como hubiera hecho con su propio hijo. Athos hizo lo mismo; sólo que era evidente que el beso era más tierno y el abrazo más apretado en el padre que en el amigo.

El joven miró una vez todavía a aquellos dos hombres, empleando para adivinarlos todas las fuerzas de su inteligencia. Pero su mirada embotóse en la fisonomía risueña del mosquetero y, en el semblante tranquilo y dulce del conde de la Fére.

-¿Y adónde vais, Raúl? -dijo este último, viendo que Bragelonne se disponía a salir.

-A mi casa, señor -contestó el joven con su acento dulce y melancólico.

-¿Es allí donde os encontrarán, vizconde, si hay que deciros algo?

-Sí señor. ¿Es que prevéis tener algo que decirme?

-¡Qué sé yo! -dijo Athos.

-Sí; nuevos consuelos -dijo Artagnan empujando levemente a Raúl hacia la misma puerta.

Viendo Raúl una serenidad tan grande en cada gesto de los dos amigos, salió de casa del conde, no llevando consigo otro sentimiento que el de su dolor particular.

-¡Alabado sea Dios! -dijo-. Al fin sólo tengo que pensar en mí. Y, embozándose en su capa, para ocultar a los transeúntes su rostro entristecido, se dirigió a su casa, como lo había prometido a Porthos. Ambos amigos habían visto alejarse al joven con igual sentimiento de conmiseración.

No había más sino que cada cual lo expresó de un modo distinto.

-¡Pobre Raúl! -dijo Athos, dejando escapar un suspiro.

-¡Pobre Raúl! -murmuró Artagnan encogiéndose de hombros.

LXVI
HEU! MISER!

"¡Pobre Raúl!", había dicho Athos.. "¡Pobre Raúl!" había dicho Artagnan. Muy desgraciada debía de ser Raúl, en efecto, cuando de tal modo le compadecían dos hombres de aquel temple.

Así fue que, cuando se encontró solo consigo mismo, dejando tras de sí al amigo intrépido y al padre indulgente; cuando trajo a su memoria la confesión hecha por el rey de aquel amor que le robaba a su amada Luisa de

La Valliére sintió que se le desgarraba el corazón, como lo sentimos todos desgarrarse una vez a la primera ilusión destruida, al primer amor burlado.

-¡Oh! -murmuró-. ¡Nada hay ya para mí en la vida! ¡Ni felicidad ni esperanza! Guiche me lo ha dicho, mi padre me lo ha dicho, Artagnan me lo ha dicho. ¡Todo es, pues, un sueño en este mundo! ¡Sueño ese porvenir tan anhelado durante diez años! ¡Sueño esas unión de nuestros corazones! ¡Sueño esa vida entera de amor y felicidad! ¡Mísero loco en soñar así, en voz alta y públicamente, delante de mis amigos y de mis enemigos, para que los primeros se entristezcan con mis penas, y los otros se reían de mis dolores! Mi desgracia va a ser ruidosa, un escándalo público, y en lo sucesivo me señalarán vergonzosamente con el dedo.

Y, no obstante la calma que Raúl prometió a su padre y a Artagnan, Raúl dejó oír algunas palabras de sorda amenaza.

-Y sin embargo -continuó-, si me llamara Wardes, y tuviese a la vez la flexibilidad y el vigor del señor de Artagnan, mostraría la sonrisa en los labios, persuadiría a las mujeres de que esa pérfida, honrada con mi amor, no me deja más que un sentimiento, el de haberme engañado con sus apariencias de honestidad; algunos bufones divertirían al rey a mis expensas; pero yo los acecharía y castigaría a unos cuantos. Los hombres me temerían, y al tercero que hubiese tendido a mis pies, me vería adorado por las mujeres. Sí; este es un partido que el mismo conde de la Fére no

desdeñaría. ¿No quebrantaron también su corazón, en su juventud, como acaba de serlo el mío? ¿No substituyó al amor con la embriaguez? No pocas veces me lo ha dicho. ¿Y por qué no había de substituir yo el amor por el placer?

"¡Había sufrido tanto como yo sufro, tal vez más! ¿La historia de un hombre es, pues, la historia de todos los hombres: una experiencia más o menos larga, más o menos dolorosa? La voz de la humanidad entera no es más que un grito continuo.

"¿Pero qué le importa al que sufre el dolor de los demás? La llaga abierta en otro pecho ¿alivia la llaga en el nuestro? La sangre que corre al lado nuestro ¿restaña nuestra sangre? Esa angustia universal ¿disminuye la angustia particular? No; cada cual sufre por sí; cada uno lucha con su dolor; cada cual llora sus propias lágrimas.

"Y, por otra parte, ¿qué ha sido para mí la vida hasta ahora? Una arena fría y estéril, en la que he combatido siempre por los demás, jamás por mí. Tan pronto por un rey, como por una mujer. El rey me ha vendido, la mujer me ha desdeñado. ¡Oh desventurado! ... ¡Las mujeres! ... ¿No podía hacer expiar a todas el crimen de una de ellas? ¿Qué es necesario para ello? No tener corazón u olvidar que se ha tenido; ser fuerte, hasta contra la debilidad: sostener siempre, aun cuando se sienta romper. ¿Qué es preciso para eso? Ser joven, apuesto, fuerte, valiente, rico... Pues todo eso soy o lo seré.

"Pero, ¿y el honor? ¿Qué es el honor? Una teoría que cada cual entiende a su manera. Mi padre me decía: "El honor, es el respeto de lo que uno debe a los demás, y principalmente lo que se debe uno a sí mismo. Pero Guiche, Manicamp, y Saint-Aignan especialmente, me dirían: "El honor consiste en servir las pasiones y los placeres de su rey." Este honor es fácil y lucrativo; con él puedo conservar mi puesto en la Corte, llegar a ser gentilhombre de cámara, tener a mis órdenes un buen regimiento. Con ese honor puedo ser duque y par.

"La mancha que esa mujer ha echado sobre mí, el dolor con que me ha destrozado el corazón, a mí, su amigo de la infancia, en nada perjudica al señor de Bragelonne, buen oficial, capitán valiente, que se cubrirá de gloria en la primera ocasión, y que llegará a ser cien veces más de lo que es hoy día la señorita de La Valliére, la querida del rey; porque el rey no se casará con la señorita de La Valliére, y cuanto más públicamente la declare querida suya, más hará resaltar la banda de infamia que le arroja sobre la frente a modo de corona, y, conforme la vayan despreciando, como yo la desprecio, me gozaré en ello.

"¡Ay! ¡Habíamos caminado juntos, ella y yo, durante el primero durante el más hermoso tercio de nuestra vida, cogidos de la mano a lo largo de la senda encantadora y cubierta de flores de la juventud, cuando llegamos a una encrucijada donde ella se separa de mí, donde vamos a seguir un camino distinto que irá apartándonos cada vez más uno del otro; y, para tocar el término de este camino, Señor, me encuentro solo, desesperado, anonadado! ¡Oh desventurado!"

En este punto se hallaba Raúl de sus siniestras reflexiones, cuando su pie pisó maquinalmente el umbral de su casa. Había llegado allí sin ver

las calles por donde pasaba, sin saber cómo había llegado. Empujó la puerta, y, continuando su camino, subió la escalera.

Como en la mayor parte de las casas de aquella época, la escalera era sombría y los descansos obscuros. Raúl vivía en el piso principal, y se detuvo para llamar. Presentóse Olivain, y le recogió la espada y la capa. Raúl abrió por sí mismo la puerta que desde la antecámara, conducía a un saloncillo bastante bien alhajado para salón de soltero, adornado con profusión de flores por Olivain, que, conociendo los gustos de su amo, había cuidado de satisfacerlos, sin curarse de si aquél se apercibía o no de esta atención.

Había en el salón un retrato de La Valliére, que ésta misma había dibujado y regalado a Raúl. Ese retrato, colgado por encima de un gran sillón forrado de damasco obscuro, fue el primer punto a que se dirigió Raúl, el primer objeto en que puso sus ojos. Por lo demás, Raúl cedía a su costumbre, pues cada vez que entraba en casa, aquel retrato era lo primero que admiraban sus ojos. Aquella vez, como todas, se fue derecho al retrato, púsose de rodillas, sobre el sillón, y se dedicó a contemplarlo tristemente.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ligeramente levantada, la mirada tranquila y velada, la boca plegada por amarga sonrisa.

Miró la imagen adorada, y, repasando en su espíritu todo lo que había dicho, y en su corazón todo lo que había sufrido, después de una larga pausa:

-¡Oh desventurado! -murmuró por tercera vez.

Apenas pronunció estas dos palabras, se dejó oír a su espalda un suspiro y un lamento.

Volvióse de pronto, y, en un ángulo del salón, advirtió, de pie, encorvado y con un velo, una mujer, que al entrar Raúl había dejado oculta detrás de la puerta, y que después no había visto hasta que el suspiro y el lamento hiciéronle volver la cabeza.

Adelantóse hacia aquella mujer, cuya presencia nadie le había anunciado, saludando y preguntando al mismo tiempo, cuando de repente se levantó aquella cabeza inclinada, apartó a un lado el velo, y dejó ver un rostro blanco y melancólico.

Raúl retrocedió, como lo hubiese hecho ante un fantasma.

-¡Luisa! -exclamó con acento tan desgarrador, que nadie hubiese creído a la voz humana capaz de lanzar tal grito, sin que se rompiesen todas las fibras del corazón.

LXVII
HERIDAS SOBRE HERIDAS

La señorita de La Valliére, pues ella era, dio un paso adelante.

-Sí, Luisa -murmuró.

Pero en aquel intervalo, por corto que fuera, había tenido Raúl tiempo de reponerse.

-¿Vos, señorita?

Y, luego, con un indefinible acento:

-¿Vos aquí? -añadió.

-Sí, Raúl -contestó la joven-; sí, yo que os estaba esperando.

-Perdonad: cuando entré no sabía...

-Sí, había encargado a Olivain que no os dijera...

La joven titubeó; y, como Raúl no se apresurara a contestar, hubo un momento de silencio, durante el cual hubiese podido oírse el ruido de aquellos dos corazones que latían, no en armonía, pero sí tan violentamente el uno como el otra.

Tocábale hablar a Luisa. e hizo un esfuerzo.

-Tenía que hablaron -dijo-; me era necesario absolutamente veros ... yo misma ... sola ... he retrocedido ante un paso que debe permanecer secreto, pues nadie, a excepción de vos, señor de Bragelonne, acertaría a comprenderlo.

-En efecto, señorita -balbuceó Raúl enteramente desconcertado y conmovido-, y aun yo mismo, a pesar de la buena opinión que tenéis formada de mí, confieso. ..

-¿Queréis hacerme el obsequio de sentaros y escucharme? -dijo Luisa interrumpiéndolo con voz dulcísima.

Bragelonne la miró un instante; en seguida, moviendo tristemente la cabeza, se sentó, o mejor, cayó en una silla.

-Hablad -dijo

La joven miró con recelo en torno suyo. Aquella mirada era un ruego, y pedía el secreto con mucho más ahínco que un momento antes lo pidiera con sus palabras.

Raúl se levantó, yendo a la puerta que abrió:

-Olivain -dijo-, no estoy visible para nadie.

Luego, volviéndose a La Valliére:

-¿Era eso lo que deseábais? -preguntó.

Imposible decir el efecto que causó en Luisa aquella pregunta, que significaba: "Ya veis que todavía sé comprenderos."

La joven pasóse el pañuelo por los ojos para enjugar una lágrima rebelde; luego, habiéndose recogido un instante:

-Raúl -dijo-, no apartéis de mí vuestra mirada, tan bondadosa y tan franca; no sois de esos hombres que desprecian a una mujer porque haya entregado su corazón, por más que ese amor deba hacer su desgracia o lastimar su orgullo. Raúl no contestó.

-¡Ay! -continuó La Valliére-. ¡Cuán verdad es! Mi causa es mala, y no sé por qué frase principiar. Mirad, creo que lo mejor será contaros sencillamente lo que pasa. Como diré la verdad, hallaré el camino recto en la obscuridad, en las indecisiones, en los obstáculos que he de arrostrar, para aliviar mi corazón que desborda y quiere derramarse a vuestros pies.

Raúl continuó guardando silencio. La Valliére le miraba con aire que quería decir: "¡Animadme! ¡Por piedad, una palabra!"

Pero Raúl calló y la joven hubo de continuar:

-Hace un instante -dijo- ha venido a verme el señor de Saint-Aignan de parte del rey.

Luisa bajó los ojos.

Por su parte, Raúl volvió a otro lado los suyos para no ver nada.

-El señor de Saint-Aignan ha venido a verme de parte del rey -repitió la joven-, y me ha dicho que lo sabíais todo.

Y, al decir esto, intentó mirar cara a cara al que recibía aquella herida después de tantas otras; mas le fue imposible encontrar los ojos de Raúl.

-Me ha dicho que habíais concebido contra mí una legítima cólera.

Aquella vez, Raúl miró a la joven, y una sonrisa desdeñosa distendió sus labios.

-¡Oh! -continuó Luisa-. No digáis, por piedad, que habéis sentido contra mí otra cosa que cólera, Raúl; aguardad a que os lo haya dicho todo, aguardad hasta el fin.

La frente de Raúl serenóse por la fuerza de su voluntad; el pliegue de su boca desapareció.

-Y ante todo -dijo La Valliére-, ante todo, con las manos juntas y la frente inclinada, os pido perdón como al más generoso, al más noble de los hombres. Si os he dejado ignorar lo que pasaba en mí, nunca hubiera consentido en engañaros. Raúl, de rodillas os pido que me respondáis, aun cuando sea una injuria. Más deseo una injuria de vuestros labios que una sospecha de vuestro corazón.

-Admiro vuestra sublimidad, señorita -repuso Raúl, haciendo un esfuerzo sobre sí para permanecer tranquilo-. Dejar ignorar que uno se engañe, es leal; pero, engañar, parece que eso estaría mal hecho, y vos no lo haríais.

-Señor, por largo tiempo he estado creyendo que os amaba sobre todas las cosas, y mientras creí en mi amor hacia vos, os he dicho que os amaba. En Blois os amaba. Pasó el rey por Blois, y aún creí que os amaba, y lo hubiera jurado sobre un altar; pero llegó un día en que salí de mi error.

-Pues bien, señorita, llegado ese día, y viendo que yo os amaba siempre, la lealtad exigía que me dijeseis que no me amábais ya.

-Ese día, Raúl, el día en que leí hasta en lo íntimo de mi corazón, el día en que me confesé a mí misma que no ocupábais todo mi pensamiento, el día que vi otro porvenir que el de ser vuestra amiga, vuestra amante, vuestra esposa, ese día, Raúl, ¡ay!, no estábais cerca
de mí.

-Sabíais dónde me hallaba, señorita, y debisteis escribirme.

-Raúl, no me atreví, y conozco que obré mal. ¡Qué queréis, Raúl! Os conocí tan bien, sabía hasta tal punto cómo me amábais, que temblé a la sola idea del dolor que iba a causaron; y es esto tan cierto, Raúl, que en el momento en que os hablo, abrumada ante vos con el corazón oprimido, llena de suspiros la voz, los ojos henchidos de lágrimas, tan cierto que no tengo otra defensa que mi franqueza, ni otro dolor que el que leo en vuestros ojos.

Raúl trató de sonreír.

-No -dijo Luisa con profunda convicción-, no me haréis la injuria de disimular conmigo. Me amábais, estábais seguro de amarme; no os engañábais a vos mismo, no mentíais a vuestro propio corazón, mientras que yo... yo...

Y, toda pálida, con los brazos levantados en alto, se dejó caer de rodillas.

-¡Mientras que vos -dijo Raúl- decíais que amábais y amábais a otro!

-¡Ay, sí! -exclamó la pobre niña-. ¡Ay, sí! Amo a otro; y ese otro... ¡Dios santo! Dejadme hablar, porque ésa es mi única disculpa; ese otro le amo

más que a mi vida, más que al mismo Dios. Perdonad mi falta o castigad mi traición. He venido aquí, no para defenderme, sino para deciros: ¿Sabéis lo que es amar? ¡Pues yo amo! ¡Amo hasta dar mi vida y mi alma al que amo! Si alguna vez llega a dejar de amarme, moriré de pena, a menos que Dios venga en mi auxilio, a menos que el Señor tenga misericordia de mí. Raúl, estoy aquí para someterme a vuestra voluntad, cualquiera que sea; para morir, si queréis que muera. Matadme, pues, Raúl, si en vuestro corazón, creéis que merezco la muerte.

-¡Cuidado, señorita -dijo Raúl-; la mujer que pide la muerte es la que no puede ofrecer ya más que su sangre al amante engañado.

-Tenéis razón -dijo ella. Raúl exhaló un profundo suspiro.

-¡Y amáis sin poder olvidar! -exclamó Raúl.

-Amo sin querer olvidar, sin desear amar jamás a otro -respondió La Valliére.

-¡Bien! -dijo Raúl-. Me habéis dicho, efectivamente, todo cuanto teníais que decirme, todo cuanto yo podía desear saber, y ahora, señorita, yo soy quien os pido perdón; yo, que he estado a punto de ser un obstáculo en vuestra vida; yo, que he procedido sin acierto; yo, que engañándome a mí propio, os ayudaba a engañaros.

-¡Oh! -dijo La Valliére-. No os pido tanto, Raúl.

-Todo esto es culpa mía, señorita -prosiguió Raúl-; mejor instruido que vos en las dificultades de la vida, a mí me tocaba desengañaros. Debí no fiar en lo cierto; debí hacer hablar a vuestro corazón, cuando apenas he hecho hablar a vuestros labios. Lo repito, señorita, os pido perdón.

-¡Es imposible! ¡Es imposible! -exclamó la joven-. ¡Os burláis de mí!

-¿Qué es imposible?

-Sí; no es posible ser bueno, excelente, perfecto hasta ese punto. -¡Mirad lo que decís! -exclamó Raúl con amarga sonrisa-. Porque, según veo, vais a decir que no os amaba.

-¡Oh! Me amábais como un tierno hermano: dejadme abrigar esa esperanza, Raúl.

-¿Como un tierno hermano? ... Desengañaos, Luisa. Os amaba como un amante, como un marido, como el más tierno de los hombres que aman.

-¡Raúl, Raúl!

-¿Como un hermano"... ¡Oh. Luisa! Os amaba hasta el extremo de dar por vos toda mi sangre gota a gota, toda mi carne pedazo por pedazo, toda mi eternidad hora por hora.

-¡Raúl, Raúl, por piedad!

-Os amaba tanto, Luisa, que mi corazón está muerto, que mi fe vacila, que mis ojos se apagan; os amaba tanto, que yo no veo ya nada, ni en la tierra, ni en el cielo.

-¡Raúl, Raúl, amigo mío, os ruego que no me atormentéis de esa manera! -exclamó La Valliére-. ¡Ay! Si hubiese sabido...

-Es demasiado tarde, Luisa; Luisa; amáis, y sois feliz; leo esa felicidad a través de vuestras lágrimas; detrás de las lágrimas que os hace derramar vuestra lealtad, siento los suspiros que exhala vuestro amor. ¡Luisa, Luisa, habéis hecho de mí el último de los hombres! ¡Retiraos ya, por piedad! . . . ¡Adiós! ¡Adiós!

-¡Perdonadme, os lo ruego!

-¡Eh! ¿No he hecho más? ¿No os he dicho que os amaba siempre? La joven ocultó su rostro entre las manos.

-Y deciros eso, señorita, decíroslo en semejantes circunstancias y de la manera que os lo digo, es deciros mi sentencia de muerte. ¡Adiós!

La Valliére quiso tender sus manos hacia él.

-No debemos vernos ya en este mundo -dijo Raúl.

La Valliére quiso hablar; pero Raúl le puso la mano en la boca. Luisa besó aquellas manos, y se desmayó.

-Olivain -dijo Raúl-, recoged a esa señorita y conducidla a la silla que espera a la puerta.

Olivain la levantó. Raúl hizo un movimiento como para precipitarse hacia La Valliére y darle el primero y último beso; pero deteniéndose de pronto:

-No -dijo-; este bien no me pertenece. ¡No soy el rey de Francia para robar!

Y volvió a su habitación, mientras que el criado se llevaba a La Valliére, que continuaba desmayada.

LXVIII
LO QUE RAÚL HABÍA ADIVINADO

Athos y Artagnan encontráronse solos, el uno frente al otro, tras la doble exclamación que siguió a la partida de Raúl.

Aquél tomó al instante la misma actitud que tenía a la llegada de Artagnan.

-¿Qué hay, amigo? -dijo-. ¿Qué veníais a anunciarme?

-¿Yo? -preguntó Artagnan. -Indudablemente, vos. No se os suele ver así, sin causa alguna. Athos sonrió.

-¡Caray! -dijo Artagnan. -Yo os sacaré del apuro, querido amigo. El rey estará furioso, ¿no es verdad?

-Debo confesar que no está contento.

-Y venís... -De su parte, sí. -Para detenerme, ¿eh?

-Habéis puesto el dedo en la llaga, querido amigo.

-¡Ya me lo esperaba! Vamos. -¡Oh, oh, qué diablos! -dijo Artagnan-. ¿Qué prisa tenéis?

-Temo que os retraséis -respondió sonriendo Athos.

-Tengo tiempo. Además, ¿no sentís curiosidad por saber cómo han pasado las cosas entre el rey y yo?

-Si tenéis a bien contarme eso, querido amigo, os oiré con mucho gusto.

Y presentó a Artagnan un gran sillón, en el cual se tendió aquél a su gusto.

-Me place esto -dijo-, en atención a que la conversación es bastante curiosa.

-Escucho.

-En primer lugar, el rey me ha hecho llamar.

-¿Después que yo salí?

-Bajábais los últimos peldaño de la Escalera, según me han dicho los mosqueteros. Llegué. No estaba rojo, estaba de color de violeta. Yo ignoraba

aún lo que había pasado. Únicamente vi en el suelo una espada rota en dos pedazos.

-¡Capitán Artagnan! -exclamó el rey al verme.

-Majestad -respondí yo.

-¡Acaba de salir de aquí el señor de la Fére, que es un insolente!

-¿Un insolente? -exclamé yo con tal acento, que el rey se quedó cortado.

-Capitán Artagnan -prosiguió apretando los dientes-, vais a oírme y a obedecerme.

-Es mi deber, Majestad.

-He querido ahorrar a ese gentilhombre, del cual guardo algunos buenos recuerdos, la afrenta de hacerle detener en mi misma casa.

-¡Ah. ah! -dije yo tranquilamente.

-Pero -continuó-, iréis a tomar una carroza...

Hice un movimiento.

-Si os repugna detenerle vos mismo, enviadme a mi capitán de guardias.

-Majestad -repliqué yo-, no necesito al capitán de guardias, puesto que estoy de servicio.

-No quisiera disgustaros -dijo el rey-, pues siempre me habéis servido bien, señor de Artagnan.

-No me disgustáis, Majestad -respondí-, estoy de servicio, y no digo más.

-Pero -dijo él con sorpresa-, creo que el conde es amigo vuestro.

-Aunque fuera mi padre, Majestad, no por eso estaría menos de servicio.

El rey me miró; vio mi rostro impasible! y pareció satisfecho.

-¿Prenderéis, pues, al conde de la Fére? -preguntó.

-Indudablemente, si me lo ordenáis.

-Pues bien, la orden está dada. "Me incliné.

-¿Dónde está el conde, Majestad?

-Lo buscaréis.

-¿Y lo prenderé en cualquier parte donde se encuentre?

-Sí. . . Sin embargo, haced porque sea en su casa. Si volviese a sus tierras, salid de París y detenedlo en el camino.

Saludé: mas, como quiera que yo permaneciera inmóvil:

-¿Y qué? -preguntó el rey.

-Espero, Majestad.

-¿Qué esperáis?

-La orden firmada.

El rey pareció contrariado. Efectivamente, aquello era un nuevo golpe de autoridad; aquello era reparar el acto arbitrario, si es que hay algo de arbitrario en él. Cogió la pluma lentamente y. de mal humor escribió:

“Orden al señor de Artagnan, capitán teniente de mis mosqueteros, para prender al conde de la Fére en cualquiera parte donde lo encuentre.”

“Después se volvió a mí.”

“Yo aguardaba sin pestañear, y el rey creyó sin duda ver una bravata en mi tranquilidad, pues firmó precipitadamente, diciendo al entregarme la orden:”

-¡Partid!

"Obedecí, y aquí estoy."

Athos estrechó la mano de su amigo.

-Marchemos -dijo.

-¡Oh! -repuso Artagnan-, sin duda tendréis algunos asuntillos que arreglar antes de abandonar vuestro alojamiento.

-¿Yo? Nada absolutamente.

-¡Cómo!

-¡No, caramba, no! Bien sabéis que siempre he sido simple viajero en la tierra, dispuesto a ir al fin del mundo por orden de mi rey, y dispuesto a dejar este mundo por el otro a una orden de Dios. ¿Qué precisa a un hombre prevenido? Un portamantas o un féretro. Hoy como siempre, estoy dispuesto, querido amigo. Llevadme, pues...

-Pero, Bragelonne...

-Le he educado en los principios que yo mismo me había formado, y ya veis que al momento adivinó la causa que os traía aquí; pero, tranquilizaos, pues espera demasiado mi desgracia para asustarse. Marchemos.

-Marchemos -dijo tranquilamente Artagnan.

-Amigo mío -repuso el conde-, como he roto mi espada delante del rey, tirando los pedazos a sus pies, creo que estoy dispensado de entregárosla.

-Tenéis razón, y además, ¿qué diablos queréis que haga yo de vuestra espada?

-¿Voy delante o detrás de vos? -dijo Athos riendo.

-Del brazo conmigo -contestó Artagnan.

Y cogió el brazo del conde para bajar la escalera.

Llegaron así al descansillo. Grimaud, a quien había encontrado en la antesala, miraba esa escena con aire inquieto, pues conocía demasiado la vida para no sospechar que en aquello ocultábase algo.

-¡Ah! ¿Eres tú, mi buen Grimaud? -preguntó Athos-. Nos vamos . . .

-A dar un paseo en mi carroza -interrumpió Artagnan con un movimiento de cabeza.

Grimaud dio las gracias a Artagnan con una mueca que visiblemente tenía la intención de ser una sonrisa, y los acompañó hasta la portezuela del coche. Athos subió el primero; Artagnan le siguió sin haber dicho nada al cochero. Esa pacífica marcha no causó ninguna sensación en la vecindad, y, cuando la carroza llegó a los muelles, dijo Athos:

-Según veo, me lleváis a la Bastilla.

-¿Yo? -contestó Artagnan-.Os llevo adonde queráis ir, no a otra parte.

-¿Cómo es eso? -dijo sorprendido el conde.

-¡Diantre! -contestó Artagnan-. Ya comprenderéis, mi querido conde, que no me he encargado de la comisión sino para que hagáis lo que os venga en gana. No esperéis que yo os haga encerrar brutalmente, sin más ni más. De otro modo hubiera dejado obrar al señor capitán de guardias.

-De suerte. . . -inquirió Athos.

-Que vamos donde gustéis, lo repito.

-Querido amigo -dijo el conde abrazando a Artagnan-, ¡cómo os reconozco en esto!

-¡Pardiez! Me parece que la cosa es sencilla. El cochero va a conduciros a la barrera del Coursla Reine; allí encontraréis un caballo que he ordenado esté preparado; con ese caballo haréis tres postas de una tirada; y yo tendré cuidado de no volver a la cámara del rey para decirle que habéis marchado hasta el instante en que sea imposible que os alcancen. Entretanto, habréis llegado al Havre, y, del Havre, a Inglaterra, donde encontraréis la linda casa que me ha regalado mi amigo Monk, sin hablar de la hospitalidad que el rey Carlos no dejará de ofreceros... ¿Qué os parece este proyecto?

Athos movió la cabeza. -Llevadme á la Bastilla -dijo Athos sonriendo.

-¡Mala cabeza! -exclamó Artagnan-. Reflexionad.

-¿En qué?

-En que ya no tenéis veinte años. Creedme, querido, hablo por mí. Una prisión es mortal para personas de nuestra edad. No, no, yo no consentiré que vegetéis sufriendo en una cárcel. ¡Nada más de pensar en ello, se me trastorna la cabeza!

-Amigo -contestó Athos-, por fortuna, Dios me ha hecho tan fuerte de cuerpo como de espíritu. Creed que seré fuerte hasta el último suspiro.

-Eso no es fuerza, amigo, sino locura.

-No, Artagnan, es una razón suprema. No creáis que discuto con vos la cuestión de saber si perderíais salvándome. Yo habría hecho lo que vos hacéis si la fuga estuviese en mis conveniencias. Hubiera aceptado de vos lo que, sin duda alguna, habríais aceptado de mí en semejantes circunstancias. ¡No! Os conozco demasiado para tocar siquiera este punto.

-¡Ah! Si me dejaseis obrar -replicó el señor de Artagnan-, cómo me las sostendría con el rey.

-Es el rey, amigo mío.

-¡Oh! Eso me es igual, y por más rey que fuera, no dejaría ya de responderle. "Señor, aprisionad, desterrad, tomadlo todo en Francia y en Europa; mandadme prender y apuñalar a quien queráis, aunque sea a Monsieur, vuestro hermano: pero no toquéis jamás a uno dé los cuatro mosqueteros, o si no, ¡vive Dios...!

-Querido amigo -respondió Athos con calma-, quisiera persuadiros de una cosa, y es que debo ser detenido, y que prefiero un arresto a todo.

Artagnan hizo un movimiento de hombros.

-¡Qué queréis! -continuó Athos-. Así es. Si me dejáis ir, volvería yo mismo a constituirme en prisión. Quiero probar a ese joven que el resplandor de su corona aturde; quiero probarle que no es el primero de los hombres, sino a condición de ser el más generoso y prudente. ¡Me castiga, me prende, me atormenta! ¡Está bien! Abusa y quiero hacerle saber lo que es un remordimiento, en tanto que Dios le enseña lo que es un castigo.

-Amigo mío -contestó Artagnan-, sé demasiado que, cuando decís no, es que no. No insisto más. ¿Queréis ir a la Bastilla?

-Lo quiero.

-¡Vamos allá! ... ¡A la Bastilla! -añadió Artagnan dirigiéndose al cochero.

Y, recostándose en la carroza, se mordió el bigote con un encarnizamiento que, para Athos significaba una decisión tomada o a punto de nacer.

La carroza quedó en silencio, y Athos tomó la mano del mosquetero.

-¿No estáis enfadado conmigo, Artagnan?

-¿Yo? ¡No, pardiez! Lo que vos hacéis por heroísmo, lo hubiera hecho yo por terquedad.

-Mas sois también de parecer que Dios me vengará, ¿no es verdad, Artagnan?

-Y yo conozco en la tierra a personas que ayudarían a Dios -contestó el capitán.

LXIX
TRES CONVIDADOS SORPREN DIDOS DE CENAR JUNTOS

La carroza había llegado ante la primera puerta de la Bastilla. Un centinela la detuvo. Artagnan dijo una palabra para que se alzara la consigna. La carroza pasó adelante.

Mientras seguían el camino real cubierto que conducía al patio de la alcaidía, Artagnan, cuyos ojos lo atisbaban todo, aun a través de las paredes, exclamó de pronto:

-¡Calla! ¿Qué es lo que yo veo?

-¿Qué veis? -dijo tranquilamente Athos.

-Mirad allí abajo.

-¿En el patio?

-Sí; pronto, mirad.

-Una carroza.

-¿Y qué os parece? .

-Algún infeliz preso que traen aquí como a mí.

-¡Sería chusco!

-No os comprendo.

-Procurad ver al que salga de la carroza.

Justamente un segundo centinela acababa de detener a Artagnan.

Cumpliéronse las formalidades. Athos podía ver a cien pasos al hombre que su amigo le designaba.

Aquel hombre bajó, en efecto, de la carroza a la puerta misma de la alcaidía.

-Vamos -dijo Artagnan-, ¿le veis ahora?

-Sí, es un hombre que viste traje gris.

-¿Y quién os parece?

-No lo sé; no veo más, como os decía hace poco, que un hombre que viste traje gris que baja de la carroza.

-Athos, apostaría a que es él.

-¿Quién?

-Aramis.

-¿Aramis preso? ¡Imposible! -No diré que venga preso, puesto que le vemos solo en su carroza.

-Entonces, ¿qué hace aquí?

-¡Oh! Conoce a Baisemeaux, el alcaide -contestó el mosquetero en tono socarrón-. A fe mía que llegamos muy a tiempo.

-¿Para qué?

-Para ver.

-Siento mucho este encuentro. Aramis va a tener un doble disgusto; primero de verme, y luego de ser visto.

-Bien razonado.

-Desgraciadamente no hay remedio: cuando se encuentra a alguien en la Bastilla, por más que uno quiera retroceder a fin de evitarlo, es imposible.

-Os digo, Athos, que tengo mi idea, y quiero evitar a Aramis el disgusto de que hablabais.

-¿Y cómo?

-Del modo que os voy á manifestar, o para explicarme mejor, dejadme contar la cosa a mi manera; no os encargaré que mintáis, porque eso sería imposible.

-Pues, entonces ...

-Yo mentiré por los dos: ¡es cosa tan fácil en los hábitos y naturaleza de los gascones!

Athos sonrió. La carroza se detuvo donde había parado la anterior, es decir, en el umbral de la misma alcaidía.

-¿Entendidos? -dijo Artagnan a su amigo por lo bajo.

Athos asintió con un gesto. Ambos subieron la escalera. El que se sorprenda de la facilidad con que entraron en la Bastilla, no tendrá más que recordar que a la entrada. esto es, en el paso más difícil, había anunciado Artagnan que conducía un preso de Estado.

En la tercera puerta, cuando ya se hallaban muy adentro, dijo sólo, por el contrario, al funcionario:

Al despacho del señor Baisemeaux.

Y ambos pasaron. Halláronse muy pronto en el comedor del alcaide, donde el primer rostro que llamó la atención de Artagnan fue el de Aramis, que estaba sentado al lado de Baisemeaux y esperaba la llegada de una buena comida, cuyo olor se hacía sentir en toda la habitación.

Si Artagnan simuló sorpresa, Aramis no la simuló, pues éste manifestó su sobresalto de una manera harto visible.

No obstante, Athos y Artagnan hacían sus cumplidos, y Baisemeaux, atónito y estupefacto con la presencia de aquellos tres huéspedes, hacía mil evoluciones alrededor de ellos.

-Señores -exclamó Aramis-. ¿a qué casualidad ... ?

-Eso os iba a preguntar -replicó Artagnan.

-¿Es que nos constituimos todos presos? -dijo Aramis con la afectación de la hilaridad.

-¡Eh, eh! -dijo Artagnan-. Verdad es que las paredes trascienden a prisión como un demonio. Ya sabéis, señor Baisemeaux, que el otro día me convidasteis a comer.

-¿Yo? -exclamó Baisemeaux.

-¡Hombre!. . . ¡Pues no parece sino que caéis ahora de las nubes! ¿No os acordáis?

Baisemeaux palideció, se sonrojó, miró a Aramis, que a su vez le miraba también, y concluyó por balbucir:

-Ciertamente ... tengo en ello un placer... mas no me ... ¡Ah. miserable memoria!

-Veo que he hecho mal -dijo Artagnan como contrariado.

-¡Mal! ¿En qué?

-En acordarme, a lo que parece.

Baisemeaux precipitóse hacia él.

-No os formalicéis de ese modo, querido capitán -dijo-. Tengo da cabeza más desgraciada del mundo. Sacadme de mis pichones y de mi palomar, y no valgo un soldado de seis semanas.

-¿En fin, ahora ya os acordáis? -preguntó Artagnan con aplomo.

-Sí, sí -replicó el alcaide titubeando-, me acuerdo.

-Fue en el palacio real: me hablasteis de no sé qué historia sobre vuestras cuentas con los señores Louviéres y Tremblay.

-¡Ah, sí, exactamente!

-Y sobre las atenciones que el señor de Herblay tenía con vos.

-¡Ah! -exclamó Aramis, mirando al blanco de dos ojos al desventurado alcaide-. ¡Y afirmábais que no teníais memoria. señor Baisemeaux.

Este interrumpió ad mosquetero:

-Es muy cierto: tenéis razón. Me acuerdo como si estuviese allí, os pido mil perdones. De todos modos, mi estimado señor de Artagnan, tened presente que, a esta hora, como a todas. convidado o no, sois el dueño en mi casa, tanto vos como el señor de Herblay, vuestro amigo -dijo volviéndose a Aramis-, y el señor -añadió saludando a Athos.

-Así lo he creído -dijo Artagnan-: y fiado en eso venía a veros. No teniendo que hacer esta tarde en Palacio, me ocurrió la idea de venir a comer con vos, cuando encontré en el camino al señor conde.

Athos saludó.

-El señor conde. que acababa de separarse de Su Majestad, me entregó una orden que exigía inmediata ejecución. Estábamos cerca de aquí. y quise seguir, aun cuando no fuese más que para estrecharon la mano y presentaros ad señor, de quien me hablasteis tan ventajosa
mente en el palacio real, da misma tarde en que...

-¡Muy bien! ¡Muy bien! El señor conde de la Fére, ¿no es cierto?

-Justamente.

-Sea bien venido el señor conde. Y comerá con vosotros dos, ¿no es así? Ad paso que yo, pobre sabueso, voy a mis asuntos de servicio. ¡Dichosos mortales vosotros! -añadió suspirando, como hubiera podido hacerlo Porthos.

-¿De suerte que os vais? -dijeron Aramis y Baisemeaux, movidos ambos de un sentimiento igual de alegre sorpresa.

Artagnan discernió el matiz.

-Os dejo en mi lugar -dijo-. un buen convidado.

Y dio un golpecito en el hombro de Athos, el cual quedó también sorprendido, y no pudo menos de manifestarlo algún tanto; matiz que sólo discernió Aramis, pues Baisemeaux no tenía da penetración que los tres amigos.

-¿Conque os perdemos? -prosiguió el buen alcaide.

-Os pido una hora u hora y media. Estaré aquí para los postres.

-¡Oh, entonces aguardamos! -dijo Baisemeaux.

-Me daríais un sentimiento.

-¿Volveréis? -dijo Athos con aire de duda.

-Sí, ciertamente -dijo estrechándole da mano confidencialmente.

Y añadió en voz baja:

-Esperadme, Athos; mostrad buen humor, y sobre todo no habléis de asuntos, ¡por Dios!

Otro apretón de manos confirmó ad conde en da obligación de permanecer discreto e impenetrable.

Baisemeaux acompañó a Artagnan hasta da puerta.

Aramis, con halagos, se apoderó de Athos, resuelto a hacerle hablar: pero Athos poseía todas das virtudes en alto grado. Cuando da necesidad lo exigía, sabía ser el orador más elocuente del mundo; pero en caso conveniente, primero habría muerto que decir una palabra.

Aquellos tres señores se colocaron, pues, a dos diez minutos de haberse marchado Artagnan, delante de una enorme mesa, adornada con el lujo gastronómico más substancioso. Los platos fuertes, das conservas, dos vinos más variados, fueron apareciendo sucesivamente sobre aquella mesa servida a expensas del rey, en cuyos gastos habría hallado medio el señor Colbert de economizar dos terceras partes sin hacer enflaquecer a nadie en la Bastilla.

Baisemeaux fue el único que comió y bebió resueltamente. Nada rehusó Aramis, pero no hacía más que probarlo. Athos, después de la sopa y de dos tres platos siguientes, no quiso comer más.

La conversación fue do que debía ser entre tres hombres tan opuestos en carácter y proyectos.

Aramis no hacía más que preguntarse por qué extraña casualidad se hallaba Athos en casa de Baisemeaux, cuando Artagnan no estaba en ella, y por qué Artagnan no se quedaba quedándose Athos. El conde de la Fére sondeó toda la profundidad del alma de Aramis, que vivía de subterfugios e intrigas, y. examinando bien a su hombre, comprendió que debía traer entre manos algún asunto importante. Luego, se concentró él también en sus propios intereses, preguntándose por qué Artagnan se habría marchado con tan particular precipitación de da Bastilla, dejando allí a un preso tan mal introducido y tan mal custodiado.

Pero nuestro examen no debe fijarse en aquellos hombres, a quienes dejaremos abandonados a sí mismos ante dos restos de dos capones, perdices y pescado, mutilados por el cuchillo generoso de Baisemeaux.

Al que seguiremos la pista es a Artagnan, quien subiendo en da carroza que de había llevado, gritó ad cochero:

-¡A Palacio, pero volando!

LXX
LO QUE SUCEDÍA EN EL LOUVRE DURANTE LA CENA EN LA BASTILLA

El señor de Saint-Aignan había desempeñado su comisión cerca de La Valliére, como se ha visto en uno de los capítulos anteriores; pero. por grande que fue su elocuencia no convenció a la joven de que tuviese un protector bastante fuerte en el rey, y de que a nadie necesitaba teniendo al rey de su parte.

Efectivamente, a la primera palabra que pronunció el' confidente acerca del descubrimiento del famoso secreto, Luisa empezó a exhalar grandes lamentos, y se abandonó enteramente a un dolor que el rey habría hallado muy poco satisfactorio si hubiese podido ser testigo de él desde

algún rincón de la habitación. Saint-Aignan, revestido del cargo de embajador, se formalizó como hubiera podido hacerlo su amo, y volvió al lado del res para comunicarle lo que había visto y oído. Le tenemos, pues, muy agitado en presencia de Luis, que, como es de suponer, no lo estaba menos.

-¿Pero qué ha decidido Luisa` -dijo el rey a su cortesano, luego que éste acabó de hablar-. ¿Podré verla al menos antes de cenar? ¿Vendrá, o será necesario que pase yo a su habitación?

-Creo, señor, que, si Vuestra Majestad quiere verla, tendrá que andar, no sólo los primeros pasos. sino todo el camino.

-¡Nada por mí! ¡Necesario es que ese Bragelonne esté bien asido a su corazón! -murmuró Luis XIV entre dientes.

-¡Oh, Majestad! No es posible, pues vos sois a quien ama la señorita de La Valliére, y con todo su corazón. Pero ya sabéis que el señor de Bragelonne pertenece a esa raza severa que se la echa de héroes romanos.

Luis sonrió ligeramente. Sabía a qué atenerse. Acababa de separarse de él Athos.

-En cuanto a la señorita La Valliére -prosiguió Saint-Aignan-, ha sido educada al lado de Madame, la viuda, es decir, en la austeridad y rigidez. Esos dos novios se han hecho fríamente sus juramentos a la claridad de la luna y de las estrellas; ya veis, señor, que el romperlos ahora es el diantre.

Saint-Aignan creyó todavía hacer reír al rey; pero sucedió todo lo contrario, pues de la mera sonrisa, pasó Luis a la más seria formalidad. Sentía ya lo que el conde había prometido a Artagnan: remordimientos. Luis reflexionaba que, en efecto, aquellos dos jóvenes se habían dado palabra y jurado alianza: que el uno había cumplido su palabra, y que el otro era bastante probo para no dolerse de ser perjuro.

Y el remordimiento, ayudado por los celos, aguijoneaba vivamente el corazón del rey. No pronunció una palabra más, y, en vez de ir a la habitación de su madre, o a la de Madame, para distraerse un poco y hacer reír a las damas, como acostumbraba a decir, se hundió en el profundo sillón donde Luis XIII, su augusto padre, se había aburrido tanto con Baradas y Cinq-Mars, por espacio de tantos días y de años.

Saint-Aignan conoció que el rey, no estaba para divertirse en aquel momento. Aventuró el último recurso, y pronunció el nombre de Luisa.

Luis levantó la cabeza.

-¿Qué piensa Vuestra Majestad hacer esta tarde? ¿Queréis que avise a la señorita de La Valliére?

-¡Toma! Se me figura que ya está avisada -respondió el rey.

-¿Habrá paseo?

-Hace poco que hemos venido de él -contestó el rey.

-¿Pues qué se ha de hacer, Majestad?

-¿Qué? Reflexionemos, Saint-Aignan; reflexionemos cada cual por nuestro lado; cuando la señorita de La Valliére haya agotado ya todo su sentimiento (el remordimiento producía su efecto), se dignará entonces darnos noticias suyas.

-Majestad, ¿es posible que desconozcáis así un corazón tan leal? El rey se levantó atormentado a su vez por los celos.

Saint-Aignan empezaba ya a encontrar la posición difícil. cuando se levantó la cortina de la puerta. El rey hizo un movimiento brusco, pues su primera idea fue que le traían algún billete de La Valliére; pero, en lugar de un mensajero de amor, no vio más que a su capitán de mosqueteros de pie y mudo en el umbral.

-¡Señor de Artagnan! -dijo-. ¡Ah!... ¿Qué?

Artagnan miró a Saint-Aignan. Los ojos del rey tomaron la misma dirección que los de su capitán. Aquellas miradas, que hubiesen sido muy claras para cualquiera con mucha más razón lo fueron para Saint-Aignan. El cortesano saludó y retiróse. El rey y Artagnan quedaron solos.

-¿Está hecho? -preguntó el rey.

-Sí, Majestad -contestó el capitán de mosqueteros con voz grave-, hecho está.

El rey no encontró nada que replicar. Sin embargo, el orgullo no consentía que se contuviese allí. Cuando un soberano llega a tomar una resolución, por injusta que sea, necesita probar a todos los que se la han visto tomar, y sobre todo, a sí mismo, que tenía razón al tomarla. Hay para ello un excelente medio, un medio casi infalible, que es el de buscar faltas a la víctima.

Luis, educado por Mazarino y Ana de Austria, sabía, mejor que ningún otro príncipe lo supo jamás, su oficio de rey. Así fue que trató de demostrarlo en aquella ocasión. Después de un momento de silencio, durante el cual había hecho por lo bajo todas las reflexiones que acabamos de hacer:

-¿Qué ha dicho el conde? -preguntó con negligencia.

-Nada, Majestad.

-Pero no se habrá dejado arrestar sin decir nada.

-Me dijo que aguardaba que lo arrestaran, Majestad.

El rey levantó la cabeza con orgullo.

-Supongo que el señor conde de la Fére no habrá continuado su papel de rebelde -dijo.

-En primer lugar, Majestad, ¿a qué llamáis rebelde? -preguntó tranquilamente el mosquetero-. ¿Es rebelde a los ojos del rey un hombre que no sólo se deja sepultar en la Bastilla, sino que todavía resiste a los que no quieren conducirla a ella?

-¿Que no quieren conducirle? -dijo el rey-. ¿Qué es eso, capitán? ¿Estáis loco?

-Creo que no, Majestad.

-Habláis de personas que no querían prender al señor de la Fére...

-Sí, Majestad.

-¿Y quiénes son esas personas?

-Las comisionadas por Vuestra Majestad, sin duda -dijo el mosquetero.

-¡Es que a quien comisioné fue a vos! -exclamó Luis.

-Sí, Majestad, a mí fue.

-¿Y decís que, a pesar de mi orden, teníais intención de no prender a ese hombre que me había insultado?

-Esa era cabalmente mi intención, Majestad.

-¡Oh!

-Y hasta llegué a proponerle que tomara un caballo que había hecho preparar para él en la barrera de la Conferencia.

-¿Y con qué fin habíais dispuesto ese caballo?

-Con uno muy sencillo: con el de que el conde de la Fére pudiera ponerse en el Havre, y de allí en Inglaterra.

-¿Es decir, que me hacíais traición? -exclamó el rey temblando de fiereza salvaje.

-Exactamente.

Nada había que objetar a articulaciones precisadas de aquella manera. El rey sintió una resistencia tan ruda, que quedó sorprendido

-Tendríais a lo menos alguna razón para proceder así -replicó el rey con imperio.

-Siempre tengo alguna razón, Majestad.

-Y no sería la de la amistad la única que podríais hacer valer, la única que pudiera excusaros, pues ya hice lo que debía para evitaros ese disgusto.

-¿A mí, Majestad?

-¿No dejé a vuestra elección el prender o no al señor conde de la Fére?

-Sí, Majestad; pero ...

-¿Pero qué? -dijo impaciente el rey.

-Previniéndome, Majestad, que si yo no le prendía, le prendería vuestro capitán de guardias.

-¿Y no hice bastante excusándoos de la obligación de prender?

-Por mí sí, Majestad; por mi amigo, no.

-¿No?

-Claro está, ya que, de todos modos, mi amigo habría sido preso, si no por mí, por el capitán de guardias.

-¿Y esa es vuestra adhesión, señor? Una adhesión que discurre y elige. ¡No sois un soldado!

-Espero que Vuestra Majestad me diga lo que soy.

-¡Pues sois un frondista!

-Será desde que no hay Fronda, Majestad ...

-Pero, si lo que decís es verdad...

-Lo que yo digo es siempre verdad.

-¿Qué veníais a hacer aquí? Veamos.

-Venía a decir al rey: Majestad, de la Fére está en la Bastilla...

-Y no por culpa vuestra, a lo que parece.

-Es verdad, Majestad; pero al fin allí está, y puesto que está, conviene que Vuestra Majestad lo sepa.

-¡Ah, señor de Artagnan, desafiáis a vuestro rey!

-Majestad ...

-Señor de Artagnan, os prevengo que abusáis de mi paciencia.

-Al contrario, Majestad.

-¿Cómo al contrario?

-Porque vengo a hacerme prender también.

-¿Haceros prender, vos?

-Sí, por cierto. Mi amigo va a aburrirse allá, y vengo a proponer a Vuestra Majestad que me permita hacerle compañía; pronunciad una palabra, y me prendo a mí mismo: yo os respondo que no habrá precisión de llamar al capitán de guardias para eso.

El rey corrió hacia la mesa y cogió una pluma para extender la orden de prisión contra Artagnan.

-¡Sabed que es para siempre! -exclamó con acento amenazador.

-Cuento con ello -dijo el mosquetero-, porque después que hayáis hecho tan linda hazaña, no os atreveríais a mirarme cara a cara. Luis arrojó la pluma con violencia.

-¡Marchaos! -dijo.

-¡Oh, no! Si Vuestra Majestad lo tiene a bien.

-¡Cómo que no!

-Majestad, venía resuelto a hablar con dulzura al rey; el rey se ha irritado, y es una desgracia; pero no por eso dejaré de decir lo que tenía pensado.

-¡Vuestra dimisión, señor -exclamó el rey-, vuestra dimisión!

-Bien sabe Vuestra Majestad que eso no me mueve gran cosa, pues en Blois, el día en que Vuestra Majestad negó al rey Carlos el millón que le dio después mi amigo el conde de la Fére, ofrecí mi dimisión al rey.

-Pues bien, venga inmediatamente.

-No, Majestad, porque ahora no se trata de eso. Vuestra Majestad había tomado la pluma para enviarme a la Bastilla. ¿Por qué ha mudado de opinión?

-¡Artagnan! ¡Cabeza gascona! ¿Quién es el rey, vos o yo?

-Vos, desgraciadamente, Majestad.

-¿Cómo desgraciadamente?

-Sí, Majestad; porque si lo fuera yo ...

-Si lo fuerais vos, aprobaríais la rebelión del señor de Artagnan, ¿no es verdad?

-¡Sí, por cierto!

-¿De veras?

Y el rey se encogió de hombros.

-Y diría a mi capitán de mosqueteros -prosiguió Artagnan-, mirándole con ojos humanos y no con carbones encendidos: "Señor de Artagnan, me he olvidado de que soy rey, y he descendido de mi trono para ultrajar a un gentilhombre."

-Señor -exclamó el rey-, ¿creéis que sea disculpar a vuestro amigo sobrepujarle en insolencia?

-¡Oh, Majestad! Aún iré más lejos que él -dijo Artagnan-, y vuestra será la culpa. Os diré lo que él no os ha dicho: él, que es la delicadeza personificada; os diré: Majestad, habéis sacrificado a su hijo, y él lo defendía; le habéis sacrificado a él mismo, y cuando os hablaba en nombre del honor, de la religión y de la virtud; le habéis rechazado, expulsado y recluido. Yo seré más duro que él, señor, y os diré: Majestad, elegid! ¿Queréis amigos o criados? ¿Soldados o danzantes cumplimenteros? ¿Grandes hombres o pulchinelas? ¿Queréis que os sirvan o queréis que os mimen? ¿Deseáis que os amen o que os tengan miedo? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía, hablad, Majestad, y nos marcharemos nosotros, que somos los únicos restos, diré más, los únicos modelos del valor de otra época; nosotros, que hemos servido y sobrepujado tal vez en valor y en merecimientos a hombres que son ya célebres en la posteridad. Elegid, Majestad, y daos prisa. Conservad aún los pocos grandes hombres que

todavía os quedan, que lo que es cortesanos nunca os faltarán. Apresuraos, y enviadme a la Bastilla con mi amigo, porque si no habéis prestado oídos al conde de la Fére, esto es, a la voz más dulce y noble del honor; si no prestáis oídos a Artagnan, es decir, a la más franca y ruda voz de la sinceridad, sois un mal rey, y mañana seréis un pobre rey. Ahora bien, a los malos monarcas se les detesta, a los despreciables se los expulsa. Eso era lo que tenía que deciros, Majestad; habéis hecho mal en empujarme hasta ese extremo.

El rey recostóse frío y lívido en su sillón. Veíase claramente que un rayo caído a sus pies no le habría causado mayor sorpresa; no parecía sino que le faltaba el aliento y sentíase próximo a expirar. Aquella ruda voz de la sinceridad, como la llamaba Artagnan, le había traspasado el corazón como una espada.

Artagnan había dicho todo cuanto tenía que decir. Vio la cólera del rey, y, sacando su espada, se acercó respetuosamente a Luis XIV, y la puso sobre la mesa.

Mas el rey, con ademán furioso, empujó la espada, la cual cayó al suelo y rodó a los pies de Artagnan.

Por dueño que fuera el mosquetero de sí propio, palideció a su vez, y temblando de indignación:

-Un rey -dijo-, puede privar de su gracia a un soldado, desterrarlo, condenarlo a muerte; pero, aun cuando sea cien veces rey, jamás tiene derecho a insultarle deshonrando su espada. Majestad, un rey de Francia jamás ha rechazado con desprecio la espada de un hombre como yo. Esta espada infamada, pensadlo, Majestad, no puede tener en adelante otra vaina que mi corazón o el vuestro. ¡Elijo el mío, Majestad, y dad gracias a Dios y a mi paciencia!

Luego precipitándose sobre su espada:

-¡Caiga mi sangre sobre vuestra cabeza, Majestad! -dijo.

Y, apoyando con movimiento rápido el puño de la espada contra el suelo, dirigió la punta sobre su pecho.

El rey, abalanzándose con movimiento todavía más rápido aún que el de Artagnan, y echando el brazo derecho al cuello del mosquetero, cogió con la mano izquierda la hoja de la espada, que introdujo silenciosamente en la vaina.

Artagnan, rígido, pálido y estremecido todavía, dejó obrar al rey, sin ayudarle en lo más mínimo.

Entonces, Luis, enternecido, acercóse a la mesa, cogió la pluma, y luego que escribió algunas líneas, las firmó y tendió la mano hacia Artagnan.

-¿Qué papel es éste, Majestad? -preguntó Artagnan.

-La orden al señor de Artagnan para que sea puesto en libertad en el acto el conde de la Fére.

Artagnan cogió la mano del rey y la besó; en seguida, dobló la orden, la guardó bajo el coleto de ante, y salió.

Ni el rey ni el capitán habían articulado una palabra.

-¡Oh corazón humano, brújula de los reyes! -murmuró Luis después que quedó solo-. ¿Cuándo sabré leer en tus repliegues como en las hojas de

un libro? No soy un mal rey, no; no soy un pobre rey; pero soy todavía un niño.

LXXI
DONDE ATHOS ES LIBERTADO Y BUSCADO

Artagnan había prometido al señor Baisemeaux estar de vuelta a los postres, y cumplió su palabra. Estaban en los vinos generosos y en los licores, de los cuales la bodega del alcaide de la Bastilla tenía reputación de estar perfectamente provista, cuando las espuelas del capitán de mosqueteros resonaron en el corredor y él mismo apareció en el umbral.

Athos y Aramis habían jugado con gran astucia, y ni uno ni otro se habían penetrado. Habían cenado, habían conversado mucho de la Bastilla, del último viaje a Fontainebleau y de la futura fiesta que el señor de Fouquet debía dar en Vaux. Prodigáronse las generalidades, y sólo Baisemeaux tocó algunas cosas en particular.

El capitán cayó en medio de la conversación, pálido aún y conmovido de la suya con el rey; Baisemeaux se apresuró a acercar una silla y Artagnan aceptó un vaso de vino, que apuró. Athos y Aramis notaron ambos a dos esta emoción de Artagnan. En cuanto a Baisemeaux, sólo vio allí al capitán de mosqueteros de Su Majestad, al cual se apresuró a obsequiar. Acercarse al rey era tener todos los derechos a las consideraciones del señor Baisemeaux. Aunque Aramis hubiese notado aquella emoción, no podía adivinar la causa. Sólo Athos creía haberla penetrado. Para él, la vuelta de Artagnan, y, principalmente, el trastorno de este hombre impasible, significaba: "Vengo de pedir al rey una cosa que me ha negado." Íntimamente convencido de ello, sonrió Athos, abandonó la mesa e hizo una seña a Artagnan, como para recordarle que tenían otra cosa que hacer que no cenar juntos.

Artagnan comprendió y contestó con otra seña. Aramis y Baisemeaux, viendo este diálogo mudo, se interrogaban con la vista. Entonces creyó Athos que le correspondía dar la explicación de lo que pasaba.

-La verdad, amigos queridos -dijo el conde de la Fére con una sonrisa, es que vos, Aramis, acabáis de comer con un reo de Estado, y vos, señor Baisemeaux, con vuestro prisionero.

Baisemeaux lanzó una exclamación de sorpresa y casi de alegría. El buen señor Baisemeaux tenía el amor propio de su fortaleza. A parte del provecho, cuantos más presos, tenía, más feliz se sentía; cuanto más grandes eran los presos, más orgulloso estaba con ellos.

Aramis amoldó su rostro a las circunstancias, y dijo:

-¡Oh, querido Athos! Perdonadme, pero casi me sospechaba lo que ha sucedido. Algún disparate de Raúl o de la Valliére, ¿no es así?

-¡Ay! -dijo Baisemeaux.

-Y vos -prosiguió Aramis-, como gran señor que sois, olvidando que ya no hay más que cortesanos, habéis ido a ver al rey y le habéis dicho...

-Lo adivinasteis, amigo mío.

-De suerte -dijo Baisemeaux temblando de haber comido tan familiarmente con un hombre caído en la desgracia de Su Majestad-, de modo, señor conde...

-De modo, mi querido alcaide -dijo Athos-, que mi amigo el señor de Artagnan va a comunicaros ese papel que se ve por la abertura de su casaca, y que ciertamente no es otro que mi orden de encierro.

Baisemeaux tendió la mano con su ligereza de costumbre. Artagnan sacó, en efecto, dos papeles del pecho y presentó uno al gobernador, que lo desdobló y leyó en voz baja, mirando a Athos por encima del papel e interrumpiéndose:

"Orden de detener en mi castillo de la Bastilla..." Muy bien... "En mi castillo de la Bastilla... al señor conde de la Fére." ¡Oh, señor! ¡Cuán doloroso honor es para mí el poseeros!

-En mí tendréis un preso muy paciente, señor -dijo Athos con voz suave.

-Y un preso que no permanecerá un mes en vuestra casa, mi querido alcaide -dijo Aramis, en tanto que Baisemeaux, con la orden en la mano, transcribía en su registro de entrada la voluntad del rey.

-Ni un día siquiera, o mas bien, ni una sola noche -dijo Artagnan, exhibiendo la segunda orden del rey-; porque ahora, querido señor de Baisemeaux, os será también necesario transcribir esta orden, poniendo inmediatamente en libertad al conde.

-¡Ah! -dijo Aramis-. He ahí un trabajo que me evitáis, Artagnan-. Y estrechó de una manera significativa la mano del mosquetero al mismo tiempo que la de Athos.

-¡Cómo! -dijo este último con sorpresa-. ¿El rey me da la libertad?

-Leed, amigo -repuso Artagnan.

Athos tomó la orden y leyó.

-Es verdad -dijo.

-¿Os enfadáis por eso? -preguntó Artagnan.

-¡Oh! Al contrario. No quiero mal al rey, y el peor mal que puede desearse a dos soberanos es que cometan una injusticia. Pero os han recibido mal, ¿no es verdad? Confesadlo, amigo mío.

-¿A mí? ¡Ni pensarlo! -exclamó el mosquetero riendo-. El rey hace lo que yo quiero.

Aramis miró a Artagnan y vio que mentía.

Pero Baisemeaux no vio más que a Artagnan, pues tan profunda admiración le producía aquel hombre que hacía del rey lo que quería.

-¿Y el rey destierra a Athos? -preguntó Aramis.

-No, precisamente no; el rey no se ha explicado sobre esto -prosiguió Artagnan-; pero yo creo que el conde no puede hacer nada mejor que eso, a menos que quiera dar las gracias al rey...

-No, en verdad -contestó Athos.

-Pues bien, yo creo que el conde no puede hacer nada mejor que retirarse a su castillo -repuso Artagnan-. Por lo demás, amigo Athos,. hablad, pedid... Si una residencia os agrada más que otra, me comprometo a obtenérosla.

-No gracias -dijo Athos-; nada puede serme más grato que volverme a mi soledad, bajo mis grandes árboles a orillas del Loira. Si Dios es el

supremo médico de los males del alma, la naturaleza es el remedio soberano. Conque así -prosiguió volviéndose a Baisemeaux-, ¿ya estoy libre?

-Sí, señor conde, lo creo, lo espero, al menos -dijo el alcaide, volviendo y revolviendo los papeles-, a no ser que el señor de Artagnan traiga una tercera orden.

-No, querido señor Baisemeaux -dijo el mosquetero-; es necesario atenernos a la segunda, y paramos ahí.

-¡Ah, señor conde -dijo Baisemeaux dirigiéndose a Athos-, no sabéis lo que perdéis! Yo os hubiese puesto en treinta libras, como a los generales. ¡Qué digo! En cincuenta, como a los príncipes, y hubieseis cenado todas las noches como hoy.

Permitidme que prefiera mi medianía -respondió Athos.

Y añadió, dirigiéndose a Artagnan:

-¿Vamos, amigo mío?

-Vamos -dijo Artagnan.

-¿Tendré el placer de poseeros por compañero? -continuó el conde.

-Hasta la puerta solamente, amigo; después de lo cual os diré lo que he dicho al rey: "Estoy de servicio."

-Y vos, mi querido Aramis -dijo Athos sonriendo-. ¿Me acompañáis? La Fére está en el camino de Vannes.

-Yo, querido -dijo el prelado-, tengo cita esta noche en París, y no podría alejarme sin lastimar graves intereses.

-Entonces, mi querido amigo -dijo Athos-, permitidme que os abrace y me ausente. Mi querido señor Baisemeaux, muchas gracias por vuestra buena voluntad, y principalmente por la muestra que me habéis dado del servicio de la Bastilla.

Y, después de haber abrazado a Aramis y estrechado la mano de Baisemeaux, recibiendo de ambos los deseos de un buen viaje, Athos salió con Artagnan.

Mientras se verificaba en la Bastilla el desenlace de la escena del Palais-Royal, digamos lo que pasaba en casa de Athos y de Bragelonne.

Grimaud, según hemos visto, bahía acompañado a su señor a París; también, como hemos dicho había presenciado la salida de Athos; vio a Artagnan morderse el bigote; vio a su amo subir a la carroza; e interrogó a ambas fisonomías, a quienes conocía de mucho tiempo para no adivinar que, a través de la máscara de su impasibilidad, pasaban graves acontecimientos.

Púsose a reflexionar, y entonces recordó la manera extraña con que Athos le había dicho adiós, y el embarazo, imperceptible para cualquier otro que no fuese él, de aquel amo de ideas tan precisas y de voluntad tan recta. Sabía que Athos nada llevaba consigo y, sin embargo, creía ver que no se marchaba por una hora, ni aun por un día. Había una ausencia duradera en la manera con que Athos, al despedirse de Grimaud, pronunciara la palabra adiós.

Todo esto se le presentaba al espíritu con todos sus sentimientos de profundo afecto hacia Athos, con aquel horror al vacío y a la soledad que siempre ocupa la imaginación de las personas que aman; todo esto, decimos, puso al honrado Grimaud muy triste y sobre todo muy inquieto.

Sin darse cuenta de lo que hacía desde la marcha de su amo, erraba por toda la casa, buscando, por así decirlo, las huellas de su señor; semejante, en esto todo lo bueno se parece, al perro, que no se inquieta por la ausencia de su señor, pero que se aburre. Sólo que, como al instinto del animal reunía Grimaud la razón del hombre, Grimaud tenía a un tiempo aburrimiento e inquietud.

No habiendo hallado ningún indicio que pudiese guiarle; no habiendo visto ni descubierto nada que fijara sus dudas; Grimaud se puso a imaginar lo que podía haber sucedido. Ahora bien, la imaginación es el recurso, o mejor el suplicio de los buenos corazones. Jamás sucede que un buen corazón se represente a su amigo dichoso o alegre; jamás la paloma que viaja inspira otra cosa que terror a la paloma que se queda en el palomar.

Grimaud pasó de la inquietud al temor. Recapituló cuanto había pasado: la carta de Artagnan a Athos, carta a consecuencia de la cual había parecido Athos tan pesaroso, la visita de Raúl a Athos, visita a consecuencia de la cual había pedido el conde las insignias de sus órdenes y su traje de ceremonia; la entrevista con el rey, entrevista a consecuencia de la cual había vuelto tan sombrío; la explicación entre el padre y el hijo, explicación a consecuencia de la cual Athos había abrazado tan tristemente a Raúl, mientras que Raúl se iba tan tristemente a su casa; finalmente, la llegada de Artagnan mordiéndose el bigote, llegada a consecuencia de la cual el señor conde de la Fére había subido en la carroza con Artagnan. Todo esto componía un drama en cinco actos, muy visible, principalmente para un analista de la fuerza de Grimaud.

Grimaud recurrió a los grandes medios, y fue a buscar en el jubón de su amo la carta del señor Artagnan. Allí se hallaba la carta, y contenía lo siguiente:

"Querido amigo: Raúl ha venido a pedirme explicaciones respecto a la conducta de la señorita de La Valliére durante la estancia de nuestro joven amigo en Londres. Yo, que soy un pobre capitán de mosqueteros, con los oídos cansados de oír chismes de cuartel y de plazuela, si hubiera dicho a Raúl lo que creía saber, el pobre mozo habría muerto; mas, yo, que estoy al servicio del rey, no puedo contar los asuntos del rey. Si el corazón os dice otra cosa, hacedla, que más os concierne que a mí, y casi tanto como a Raúl."

Grimaud se arrancó casi un mechón de cabellos. Más habría hecho a ser más abundante su cabellera.

-He aquí el nudo del enigma -dijo-. La joven ha hecho de las suyas. Lo que dicen de ella y del rey es cierto. Nuestro joven amo es engañado. El señor conde ha ido a ver al rey y le ha dicho lo suyo. Luego el rey ha enviado al señor de Artagnan para arreglar el asunto. ¡Ah, Dios mío! -continuó Grimaud-. El señor conde ha vuelto sin espada.

Este descubrimiento hizo subir el sudor a la frente del buen hombre, y sin detenerse más tiempo en conjeturar, se caló el sombrero y corrió a ver a Raúl.

Después de la salida de Luisa, Raúl había domado su dolor, si no su amor, y, forzado a mirar de frente en aquel camino peligroso, adonde le arrastraban la locura y la rebelión, vio desde luego a su padre en lucha con la resistencia regia.

En aquel momento de lucidez simpática, el infeliz joven recordó las señas misteriosas de Athos, la visita inesperada de Artagnan, y el resultado de todo este conflicto entre un príncipe y un súbdito apareció a sus ojos asustados.

Artagnan de servicio, es decir, clavado en su puesto, no iba ciertamente a casa de Athos por el placer de verlo. Llegaba para decirle algo. Y ese algo, en tales circunstancias, era una desgracia o un peligro. Raúl se estremeció de haber sido egoísta, de haber olvidado a su padre por su amor; de haber, en una palabra, buscado el goce de la desesperación, cuando quizá se trataba de rechazar el ataque inminente dirigido contra Athos.

Este sentimiento le hizo saltar. Se ciñó la espada y corrió a la morada de su padre. En el camino, tropezó con Grimaud, que, saliendo del polo opuesto, se lanzaba con el mismo ardor a la investigación de la verdad.

Estos dos hombres se abrazaron estrechamente; ambos estaban en el mismo punto de la parábola descrita por su imaginación.

-¡Grimaud! -exclamó Raúl.

-¡Caballero Raúl! -exclamó Grimaud.

-¿Cómo está el señor conde?

-Supongo que bien.

-¿Lo has visto?

-No.

-Dónde se halla?

-Lo busco.

-¿Y el señor de Artagnan?

-Salió con él.

-¿Cuándo?

-Diez minutos después que vos.

-¿Cómo salieron?

-En carroza.

-¿Dónde iban?

-No sé.

-¿Tomó dinero mi padre?

-No.

-¿Y espada?

-Tampoco.

-¡Grimaud!

-¡Caballero Raúl!

-Recelo que Artagnan venía a...

-Prender al señor conde, ¿no?

-Sí, Grimaud.

-¡Lo hubiese jurado!

-¿Qué camino tomaron?

-El de los malecones.

-¿La Bastilla?

-¡Ah, Dios mío! Sí.

-¡Pronto, corramos!

-¡Sí, corramos!

-¿Y adónde? -dijo súbito Raúl, agobiado.

-A casa del señor de Artagnan.

-No; si se ha ocultado de mí en casa de mi padre, se ocultará en cualquier parte. Vamos... ¡Oh Dios mío! Yo estoy loco hoy, mi buen Grimaud.

-¿Pues qué?

-He olvidado al señor Du-Vallon.

-¿Al señor Porthos?

-¡Que sigue esperándome! ¡Ay! Te digo que estoy loco.

-¿Que os espera? ¿Dónde?

-¡En los Mínimos de Vincennes!

-¡Ah, Dios mío! ... ¡Afortunadamente, es del lado de la Bastilla!

-¡Vamos, pronto!

-Señor, voy a ensillar los caballos.

-Sí, amigo mío, ve.

LXXII
DONDE PORTHOS QUEDA CONVENCIDO SIN COMPRENDER NADA

El digno Porthos, fiel a todas las reglas de la antigua caballería, había resuelto aguardar al señor de Saint-Aignan hasta ponerse el sol. Y, como Saint-Aignan no debía acudir, y Raúl habíase olvidado de avisar a su padrino, y el plantón empezaba a ser ya de los más molestos y penosos, Porthos se había hecho traer por el guarda de una puerta algunas botellas de buen vino y un trozo de carne, para tener de vez en cuando la distracción de echar un trago y tomar un bocado. Hallábase ya a los últimos, es decir, en las últimas migajas, cuando llegaron Raúl y Grimaud a toda brida. En cuanto divisó Porthos a aquellos dos jinetes no dudó que fueran los que esperaba, y, levantándose al punto de la hierba donde se había blandamente recostado, principió por estirar piernas y brazos, ! pensando:

"¡Lo que son las buenas costumbres! Ese tuno se habrá decidido al fin a venir. Si me hubiese marchado, no habría hallado a nadie. y eso hubiese sido para él una ventaja.

Luego se cuadró, con la mano en la cadera, en actitud marcial, ostentando, por un esfuerzo poderoso de riñones, la combadura de su talla gigantesca. Pero, en lugar de Saint-Aignan, sólo vio a Raúl el cual se le aproximó, exclamando con un ademán desesperado:

-¡Ah, querido amigo! ¡Perdonad! ¡Qué desgraciado soy!

-¡Raúl! -exclamó Porthos sorprendido.

-¿Estáis resentido contra mí? -exclamó Raúl acercándose a abrazar a Porthos.

-¿Yo? ¿Y por qué?

-Por haberos olvidado. Mas ni sé dónde tengo la cabeza.

-¡Bah!

-¡Si supieseis, amigo mío!

-¿Le habéis matado?

-¿A quién?

-A Saint-Aignan.

-¡Ay! No se trata ya de Aignan.

-¿Pues qué sucede?

-Que el conde de la Fére debe estar preso a estas horas.

Porthos hizo un movimiento capaz de derribar una muralla.

-¡Preso! ¿Y por quién?

-¡Por Artagnan!

-Eso es imposible -dijo Porthos.

-Sin embargo, es la verdad -replicó Raúl.

Porthos se volvió hacia Grimaud, como quien necesita una corroboración. Grimaud hizo con la cabeza una señal afirmativa.

-¿Y adónde le han llevado? -preguntó Porthos.

-Probablemente a la Bastilla.

-¿Qué es lo que lo hace creer?

-Por el camino nos hemos enterado por personas que han visto pasar la carroza y por otras que la vieron entrar en la Bastilla.

-¡Oh! ¡oh! -murmuró Porthos.

Y dio dos pasos.

-¿Qué resolvéis? -preguntó Raúl.

-¿Yo? Nada. Pero no quiero que Athos esté en la Bastilla. Raúl se acercó al buen Porthos. -¿Sabéis que la prisión se ha hecho por orden del rey?

Porthos miró al joven como para decirle: "¿Y qué me importa a mí?" Aquel mudo lenguaje le pareció a Raúl tan elocuente, que no preguntó más. Volvió a montar a caballo. Porthos, ayudado por Grimaud, había ya hecho otro tanto.

-Arreglemos nuestro plan -dijo Raúl.

-Sí, arreglémoslo -repitió Porthos.

Raúl exhaló un profundo suspiro, y se detuvo de pronto.

-¿Qué tenéis? -preguntó Porthos-. ¿Algún vahído?

-No; me desmaya la impotencia. ¿Vamos, los tres, a tomar la Bastilla?

-¡Ah! Si estuviera aquí Artagnan -repuso Porthos-, no diría que no.

Raúl no pudo contener su admiración al ver aquella confianza heroica a fuerza de ser ingenua. ¡Era de aquellos hombres célebres que, en número de tres o cuatro, atacaban ejércitos o asaltaban castillos! Aquellos hombres que habían asustado a la muerte, y que, sobreviviendo a todo un siglo en ruina, eran todavía más fuertes que los jóvenes más robustos.

-Señor -dijo Porthos-, acabáis de hacer que se me ocurra una idea: es preciso absolutamente ver al señor de Artagnan.

-Sin duda.

-Debe haber regresado a su casa, después de conducir mi padre a la Bastilla.

-Informémonos en la Bastilla -dijo Grimaud, que hablaba poco, pero a tiempo.

En efecto, diéronse prisa a llegar a la fortaleza. Una de esas casualidades que Dios depara a las personas de buena voluntad, hizo que Grimaud divisara de pronto la carroza que desaparecía por la puerta del puente levadizo. Era en el momento en que Artagnan, como se ha visto, volvía del palacio del rey.

En vano Raúl espoleó al caballo para alcanzar la carroza y ver qué personas iban dentro. Los caballos se hallaban ya detenidos al otro lado de

aquella gran puerta, que volvía a cerrarse, en tanto que un centinela pegaba con el mosquete en el hocico del caballo de Raúl.

Éste volvió grupas, satisfecho de haber conocido la carroza en que había ido su padre.

-Ya le tenemos -dijo Grimaud.

-Si aguardamos un poco, no dudo que saldrá; ¿no es así, amigo mío?

-A menos que Artagnan esté preso también -replicó Porthos-; en cuyo caso todo se ha perdido.

Raúl nada contestó. Todo podía ser. Aconsejó a Grimaud que condujese los caballos a la callejuela Jean Beausire, a fin de despertar menos sospechas, y él mismo, con su vista penetrante, púsose a acechar la salida de Artagnan e de la carroza.

Era el mejor partido. Efectivamente, no habían pasado todavía veinte minutos, cuando se abrió la puerta y volvió a aparecer la carroza. Raúl, por efecto de un deslumbramiento, no pudo distinguir quiénes ocupaban el vehículo. Grimaud juró que había visto a dos personas, y que su amo era una de los dos. Porthos no hacía más que mirar alternativamente a Raúl y a Grimaud, confiando comprender su idea.

-Es claro -dijo Grimaud-, que si el señor conde va en esa carroza, es que le han puesto en libertad, o que le trasladan a otra prisión.

-Lo veremos ahora, según el camino que tome.

-Si le han puesto en libertad, lo llevarán a su casa.

-Es verdad -dijo Porthos.

-La carroza no toma esa dirección -dijo Raúl.

-Efectivamente, los caballos acababan de desaparecer en el barrio de San Antonio.

-Corramos -dijo Porthos-; atacaremos la carroza en el camino, y diremos a Athos que huya.

-¡Una rebelión! -exclamó Raúl. Porthos lanzó a Raúl una segunda mirada, digna no obstante de la primera. Raúl sólo contestó a ella espoleando los ijares de su caballo. A los pocos instantes, los tres jinetes habían alcanzado al carruaje, y le seguían tan de cerca, que el aliento de los caballos humedecía la caja del vehículo.

Artagnan, cuyos sentidos velaban siempre, oyó el trote de los caballos. Era en el momento en que Raúl decía a Porthos que se adelantase a la carroza, para ver quién era la persona que acompañaba a Athos. Porthos obedeció, pero no pudo ver nada, porque estaban corridas las cortinillas.

Raúl se sintió dominado por la ira y la impaciencia. Acababa de notar aquel misterio de parte de los que acompañaban a Athos, y se decidió por los medios extremos.

Por otra parte, Artagnan había reconocido a Porthos y a Raúl, y comunicó al conde el resultado de su observación; pero quisieron ver si Raúl y Porthos llevarían las cosas al último extremo.

No falló. Raúl, pistola en mano, se plantó delante de los caballos de la carroza, intimidando al cochero a detenerse.

Porthos cogió al cochero y lo alzó del asiento.

Grimaud estaba ya en la portezuela de la carroza detenida. Raúl abrió sus brazos, gritando:

-¡Señor conde! ¡Señor conde!

-¿Vos aquí, Raúl? -dijo Athos lleno de júbilo.

-¡No ha estado mal! -añadió Artagnan con un estallido de risa. Y ambos a dos se abrazaron al joven y a Porthos, que se habían apoderado de ellos.

-¡Mi bravo Porthos, excelente amigo! -exclamó Athos-. ¡Siempre el mismo!

-No tiene más que veinte años -dijo Artagnan-. ¡Bien, Porthos!

-¡Toma! -replicó Porthos algo confuso-. Creíamos que os habían detenido.

-Mientras que -replicó Athos- sólo se trataba de dar un paseo en la carroza del señor de Artagnan.

-Venimos siguiéndoos desde la Bastilla -dijo-Raúl en tono de sospecha y de reconvención.

-Adonde habíamos ido a comer con el buen señor Baisemeaux. ¿Os acordáis de Baisemeaux, Porthos?

-¡Pardiez! Muy bien.

-Allí hemos visto a Aramis.

-¿En la Bastilla?

-En la cena.

-¡Ah! -exclamó Porthos respirando.

-Nos ha dicho mil cosas para vos.

-¡Gracias!

-¿Adónde se dirige el señor conde? -preguntó Grimaud, a quien su amo había recompensado ya con una sonrisa.

-Íbamos a Blois, a nuestra casa.

-¡Cómo! ¿Directamente? -Directamente.

-¿Sin equipajes?

-Pensaba encargar a Raúl por medio de Artagnan que me los enviase, o se los trajese, si pensaba volver a mi casa.

-Si nada le detiene en París -dijo Artagnan con mirada cortante como el acero, dolorosa como él, porque volvió a abrir las heridas del joven-, haría bien en seguiros, Athos.

-Nada me detiene en París -dijo Raúl.

-Entonces, partamos -repuso inmediatamente Athos.

-¿Y el señor de Artagnan?

-¡Oh! Yo acompañaré a Athos hasta la barrera y volveré con Porthos.

-Muy bien -dijo éste.

-Venid, hijo mío -dijo el conde, pasando dulcemente el brazo alrededor del cuello de Raúl, para recibirle en la carroza y abrazarle de paso-. Grimaud -continuó el conde-, tú volverás a París con tu caballo y el del señor Du-Vallon; porque Raúl y yo montamos a caballo aquí, y dejamos la carroza a estos dos señores, para que vuelvan a París. Luego que llegues a casa recogerás mi ropa y mis cartas, y me lo enviarás todo.

-Entonces -observó Raúl intentando hacer hablar al conde-, cuando volváis a París no encontraréis ropa ni nada, lo cual será muy incómodo.

-Pienso no regresar a París en mucho tiempo, Raúl. La última vez que he estado en la capital no me ha dejado deseos de volver.

Raúl bajó la cabeza y no dijo más.

Athos descendió de la carroza, y montó en el caballo que había conducido a Porthos y que pareció alegrarse mucho del cambio.

Hubo abrazos, apretones de manos y promesas de amistad eterna. Porthos ofreció ir a pasar un mes en casa de Athos a la primera ocasión. Artagnan prometió emplear del mismo modo su primera licencia; luego, abrazando a Raúl por última vez:

-Hijo querido -le dijo-, yo te escribiré.

Estas palabras lo decían todo en Artagnan, que nunca escribía. Raúl se conmovió hasta derramar lágrimas. Se arrancó de los brazos del mosquetero, y partió.

Artagnan se reunió con Porthos en la carroza.

-Vamos, amigo -le dijo-; este ha sido un día aprovechado.

-Sí, por cierto -repuso Porthos.

-Debéis estar molido.

-No mucho. Sin embargo, me acostaré temprano, a fin de estar mañana dispuesto.

-¿Y a qué?

-¡Diantre! A acabar lo que he comenzado.

-Me causáis sobresalto, amigo mío; os veo ceñudo. ¿Qué diantre habéis principiado que no esté concluido?

-Escuchad: Raúl no se ha batido. ¡Es preciso que me bata!

-¿Con quién? ... ¿Con el rey?

-¿Cómo, con el rey? -exclamó Porthos asombrado.

-¡Si, chicarrón, con el rey! -¡Si es con el señor de Saint-Aignan!

-Eso mismo os quise decir; porque el batiros con ese gentilhombre, es lo mismo que sacar vuestra espada contra el rey.

-¡Ah! -dijo Porthos guiñando los ojos-. ¿Y estáis cierto de eso?

-¡Ya lo creo!

-Entonces, ¿cómo se arregla esto?

-Procuraremos tener buena cena, Porthos. La mesa del capitán de mosqueteros es excelente. Allí veréis al gallardo Saint-Aignan, y beberéis a su salud.

-¿Yo? -exclamó Porthos horripilado.

-¡Cómo! -dijo Artagnan-. Rehusaréis beber a la salud del rey?

-¡Cuernos! No os hablo del rey; os hablo del señor de Saint-Aignan.

-¿Pero no os repito que es igual?

-¡Ah! . . . Entonces, muy bien -dijo Porthos, vencido.

-Ya me entendéis, ¿no es verdad?

-No -dijo Porthos-; pero es igual.

-Sí, es igual -replicó Artagnan-. Vamos a cenar Porthos.

LXXIII
LA SOCIEDAD DEL SEÑOR BAISEMEAUX

No se habrá olvidado que al salir de la Bastilla, Artagnan y el conde de la Fére habían dejado a Aramis a solas con Baisemeaux.

Baisemeaux no llegó a suponerse que la conversación se resintiese de la ausencia de sus dos convidados. Creía que el vino de los postres (y el de la Bastilla era excelente) era un estímulo suficiente para hacer hablar a un

hombre honrado. Conocía mal a Su Ilustrísima, que nunca era más impenetrable que a los postres. Pero Su Ilustrísima conocía perfectamente al señor Baisemeaux, y contaba, para hacer hablar al alcaide, con el medio que éste miraba como eficaz.

Por tanto, la conversación, sin desmayar en apariencia, desmayaba en realidad; porque Baisemeaux, a más de hablar casi por sí sólo, no hablaba más que de ese singular suceso de la encarcelación de Athos, seguida de la orden tan pronta de ponerle en libertad.

Por otra parte, Baisemeaux no había dejado de observar que las dos órdenes, tanto la de prisión como la de libertad, estaban escritas de puño y letra del rey. Ahora bien, el rey sólo se tomaba la molestia de escribir semejantes órdenes en las grandes circunstancias. Todo aquello era muy interesante, y, sobre todo, muy obscuro para Baisemeaux; mas, como todo aquello era muy claro para Aramis, no daba éste a dicho suceso la importancia que le atribuía el buen alcaide.

Aparte de esto, Aramis rara vez se incomodaba por nada, y no había dicho todavía al señor Baisemeaux la causa que le había movido a incomodarse.

Así fue que, en el instante en que Baisemeaux se hallaba en lo más enjundioso de su disertación, le interrumpió Aramis de repente:

-Decidme, querido señor de Baisemeaux -dijo-, ¿no tenéis jamás en la Bastilla otras distracciones que las que he presenciado en las dos o tres visitas que he tenido el honor de haceros?

El apóstrofe era tan inesperado, que el alcaide, como una veleta que recibe de súbito un impulso opuesto al del viento, quedóse aturdido.

-¿Distracciones? -dijo-. Continuamente las tengo, monseñor:

-¡Oh! ¡Enhorabuena! ¿Y qué distracciones tenéis?

-Las hay de todas clases.

-¿Visitas, tal vez?

-¿Visitas? No. Las visitas no son frecuentes en la Bastilla.

-¿Son escasas?

-Muy escasas.

-¿Hasta las de vuestra sociedad?

-¿A qué llamáis mi sociedad? ... ¿A mis presos?

-¡Oh! No. ¡Vuestros presos!... Sé que sois vos el que los visitáis, y no ellos a vos. Entiendo por vuestra sociedad, la sociedad de que formáis parte.

Baisemeaux miró fijamente a Aramis; luego, como si lo que había supuesto por un momento fuese imposible:

-¡Ah! -dijo-. Mi sociedad redúcese a muy poco. A decir la verdad, querido de Herblay, en general, la visita a la Bastilla parece lúgubre y fastidiosa a la gente del mundo. En cuanto a las damas, jamás llegan hasta aquí sin cierto terror, que me cuesta gran trabajo calmar. Y, bien mirado, cómo no han de temblar un poco, pobres mujeres, al ver estas tristes torres y al pensar que son habitadas por pobres presos que...

Conforme se iban fijando los ojos de Baisemeaux en el rostro de Aramis, la lengua del bueno del alcaide se entorpecía más y más, hasta el extremo de acabar por quedar paralizada enteramente.

-No me entendéis, mi querido señor Baisemeaux -replicó Aramis-, no me entendéis... No hablo de la sociedad en general, sino de una sociedad particular, de la sociedad a que estáis afiliado.

Baisemeaux dejó caer casi el vaso lleno de moscatel que iba a llevarse a los labios.

-¿Afiliado? -dijo-. ¿Afiliado?

-Sin duda, afiliado -repitió Aramis con la mayor sangre fría. ¿No sois miembro de una sociedad secreta, mi querido señor de Baisemeaux?

-¿Secreta?

-Secreta o misteriosa.

-¡Oh señor de Herblay!

-Vamos, no os defendáis.

-Podéis creer...

-Creo lo que sé.

-Os juro...

-Escuchad, querido señor Baisemeaux, yo digo que sí, vos decís que no; de consiguiente: uno de los dos, necesariamente, está en lo cierto, y el otro inevitablemente, en lo falso.

-¿Y qué?

-Pues bien, ahora veremos quién es.

-Veamos -dijo Baisemeaux-, veamos.

-Bebed vuestro vaso de moscatel, querido señor Baisemeaux -dijo Aramis-. ¡Qué diablo! Tenéis aire de asustado.

-No lo creáis, no. -Entonces, bebed.

Baisemeaux bebió, pero de mala gana.

-Y bien -prosiguió Aramis-, sí, decía que si no formáis parte de una sociedad secreta, misteriosa, como queráis, el nombre no hace la cosa; sí, digo, que si no formáis parte de una sociedad semejante a la que quiero designar, pues bien, no comprenderéis una palabra de lo que quiero decir: eso es.

-¡Oh! Podéis estar seguro de antemano que no comprenderé nada.

-De perlas, entonces. -Haced la prueba, a ver.

-A eso voy. Si, por el contrario, sois uno de los miembros de dicha sociedad, me responderéis al punto sí o no.

-Preguntad, pues -prosiguió Baisemeaux temblando.

-Porque ya os haréis cargo, querido señor Baisemeaux -continuó Aramis con la misma impasibilidad-, es claro, que nadie puede formar parte de una sociedad, ni gozar de las ventajas concedidas a los afiliados, es evidente, sin estar obligado por su parte a prestar algunos pequeños servicios.

-En efecto -balbuceó Baisemeaux-; eso se concebirá, si...

-Bien -prosiguió Aramis-; pues en la sociedad de que os hablaba, y de la cual, a lo que parece, no formáis parte...

-Permitid -dijo Baisemeaux-, no quisiera, sin embargo, decir absolutamente ...

-Hay un compromiso tomado por todos los alcaides y capitanes de fortaleza afiliados a la Orden. Baisemeaux palideció.

-Ese compromiso -prosiguió

Aramis con voz firme- es el siguiente.

Baisemeaux se levantó, dominado por indecible emoción.

-Veamos, querido señor de Herblay.

Aramis dijo entonces, o mejor, recitó el párrafo siguiente, en el mismo tono que si lo estuviese leyendo en un libro:

-"El precitado alcaide o capitán de fortaleza dejará entrar, cuando la necesidad lo exija, y a petición . del preso, un confesor afiliado a la Orden." Se detuvo. Baisemeaux estaba tan pálido y trémulo, que daba compasión.

-¿No es ése el texto del compromiso? -preguntó tranquilamente Aramis.

-¡Monseñor!. . . -repuso Baisemeaux.

-Vamos; creo que principiáis a entenderme.

-¡Monseñor! -exclamó Baisemeaux-, no juguéis de ese modo con mi pobre entendimiento; me reconozco bien poca cosa en comparación vuestra, si tenéis el maligno deseo de sacarme los secretillos de mi administración.

-¡Oh, no! Os engañáis, querido señor Baisemeaux; no son los secretillos de vuestra administración los que yo busco; son los de vuestra conciencia.

-Bien , pues; sean los de mi conciencia, mi querido señor de Herblay. Pero haceos cargo de mi posición, que no es de las ordinarias.

-No será de las ordinarias, mi querido señor -continuó el inflexible Aramis-, si estáis afiliado a esa sociedad; pero es sumamente natural si, libre de todo compromiso, no tenéis que responder a nadie más que al rey.

-Bien, señor; pues a nadie tengo que obedecer más que al rey. ¿A quién queréis que obedezca un gentilhombre francés sino al rey?

Aramis no pestañeó; pero, con su voz melodiosa:

-Muy agradable es -dijo-, para un gentilhombre francés, para un prelado de Francia, oír expresarse de ese modo tan leal a un hombre de vuestro mérito, querido señor Baisemeaux, y después de haberos oído, no creer más que a vos.

-¿Pues qué, habíais dudado de mí ?

-¿Yo? ¡Oh! No.

-¿De modo que ya no dudáis?

-Yo no dudo que un hombre como vos -dijo seriamente Aramis-, sirva fielmente a los amos que se ha dado voluntariamente.

-¿A los amos? -dijo Baisemeaux..

-Amos he dicho.

-¡Señor de Herblay, sin duda os chanceáis!

-Sí, lo concibo; es una situación más difícil la de varios amos que la de tener uno solo; pero esa dificultad vos os la habéis creado, mi querido señor Baisemeaux, y yo no tengo la culpa.

-No, por cierto -contestó el pobre alcaide más confuso que nunca-. ¿Pero qué hacéis? ¿Os levantáis ya?

-Así parece.

-¿Os marcháis?

-Sí, me marcho.

-¡Extraño os encuentro conmigo, monseñor!

-¿Extraño? ¿Y por qué?

-Decidme: ¿habéis jurado darme suplicio?

-No: me desesperaría eso.

-Pues quedaos.

-No puedo.

-¿Y por qué?

-Porque nada tengo que hacer aquí, y sí mucho en otra parte.

-¿Tan tarde?

-Si. Comprended, querido señor Baisemeaux; en el sitio de donde he venid me dijeron: "El precitado alcaide o capitán dejará entrar, cuando la necesidad lo exija, y a petición el preso, un confesor afiliado a la Orden".

Llego aquí, vos no sabéis lo que yo quiero decir, y me vuelvo a contar a aquellas personas que se han equivocado, y que me envíen a otra parte.

-¡Cómo! Sois... -exclamó Baisemeaux, mirando a Aramis casi con terror.

-El confesor afiliado a la Orden -dijo Aramis sin cambiar de voz.

Pero, por suaves que fueran estas palabras, no por eso dejaron de causar en el pobre alcaide el efecto de un trueno. Baisemeaux se puso lívido, y le pareció que los lindos ojos de Aramis eran dos ráfagas de fuego que penetraban hasta el fondo de su corazón.

-¡El confesor! -murmuró-. ¿Vos, monseñor, el confesor de la Orden?

-Sí, yo; pero nada tengo que hacer aquí, puesto que no sois afiliado.

-Monseñor...

-Y comprendo que, no siendo afiliado, os neguéis a obedecer los mandatos.

-Monseñor, os lo ruego -repuso Baisemeaux-, dignaos oírme.

-¿Para qué?

-Monseñor, no digo que no forme parte de la Orden ...

-¡Ah, ah!

-No digo que me niegue a obedecer.

-No obstante, lo que acaba de pasar se asemeja mucho a la resistencia. señor Baisemeaux.

-¡Oh! No, monseñor; no; únicamente, quería asegurarme ...

-¿De qué? -interrumpió Aramis con aire de supremo desdén.

-De nada, monseñor. Baisemeaux bajó la voz y se inclinó ante el prelado:

-En todo tiempo y lugar estoy a disposición de mis amos -dijo-, pero...

-¡Muy bien! Os prefiero así, señor.

Aramis volvió a sentarse y tendió su vaso a Baisemeaux, que no pudo llegar a llenarlo de tanto como le temblaba la mano.

-Decíais -prosiguió Aramis.

-Pero -continuó el pobre hombre-, no habiéndome avisado estaba lejos de esperar...

-¿Pues no dice el Evangelio: "Velad, pues el momento sólo es conocido de Dios"? ¿No dicen los preceptos de la Orden: "Velad, porque lo que yo quiero, debéis quererlo siempre"? ¿Y bajo qué pretexto no esperabais al confesor, señor Baisemeaux?

-Porque no hay actualmente ningún preso enfermo en la Bastilla, monseñor.

Aramis se encogió de hombros.

-¿Qué sabéis vos de eso? -dijo.

-Me parece, sin embargo ...

-Señor Baisemeaux -dijo Aramis recostándose en su sillón-, ahí tenéis a vuestro criado que quiere hablaros...

En aquel momento, en efecto, el criado de Baisemeaux apareció en el umbral.

-¿Qué pasa? -preguntó vivamente Baisemeaux.

-Señor alcaide -dijo el criado-, os traen el informe del médico de la casa.

Aramis miró al señor Baisemeaux con su mirada clara y segura.

-Bien, que entre el mensajero -dijo.

El mensajero entró, saludó y entregó el informe.

Baisemeaux pasó la vista por encima, y, levantando la cabeza:

-¡Él segundo Bertaudiére se halla enfermo! -dijo con sorpresa.

-¿Pues no decíais, querido señor Baisemeaux, que todos estaban buenos en vuestra casa? -dijo negligentemente Aramis.

Y bebió un trago de moscatel, sin cesar de mirar a Baisemeaux. Entonces, el alcaide, después de hacer una señal con la cabeza al mensajero, y de haber éste salido:

-Me parece -dijo sin dejar de temblar-, que en el párrafo citado hay la cláusula de "a petición del Preso".

-Así es -repuso Aramis-; pero mirad a ver lo que os quieren, querido señor Baisemeaux.

En efecto, un sirviente pasaba la cabeza por la abertura de la puerta entornada.

-¿Qué se ofrece? -preguntó Baisemeaux-. ¿Será cosa de que no me dejen diez minutos en paz?

-Señor alcaide -dijo el sirviente-, el enfermo de la segunda Bertaudiére ha rogado a su carcelero que os pida un confesor.

Baisemeaux estuvo a punto de caer de espaldas.

Aramis desdeñó tranquilizarle, como había desdeñado también asustarlo.

-¿Qué se ha de responder? - preguntó Baisemeaux.

-Lo que queráis -respondió Aramis, mordiéndose los labios-; eso es cosa vuestra; yo no soy el alcaide de la Bastilla.

-Decid al preso -dijo vivamente Baisemeaux-, que tendrá lo que pide.

El sirviente salió.

-¡Oh monseñor, monseñor -murmuró Baisemeaux-. ¿Cómo había de sospechar?... ¿Cómo había de prever?...

-¿Quién os decía que sospechaseis ni que previeseis? -repuso desdeñosamente Aramis-. La Orden sospecha, la Orden sabe, la Orden prevé. ¿No basta eso?

-¿Qué ordenáis? -añadió Baisemeaux.

-¿Yo? Nada. Yo no soy más que un pobre eclesiástico, un simple confesor. ¿Me ordenáis que vaya a ver al enfermo?

-¡Oh monseñor! No os lo ordeno, sino que os lo suplico.

-Está bien. Entonces, conducidme.

LXXIV
PRESO

Desde la extraña transformación de Aramis en confesor de la Orden, no era ya Baisemeaux el mismo hombre.

Hasta entonces Aramis fue para el digno alcaide un prelado a quien debía veneración, un amigo a quien debía agradecimiento; mas, desde la revelación que acababa de trastornar todas sus ideas, era él un inferior y Aramis un jefe.

Encendió él mismo un farol, llamó a un llavero, y, dirigiéndose a Aramis:

-A las órdenes de monseñor -dijo.

Aramis se contentó con hacer un movimiento de cabeza, que significaba: "¡Está bien", y un ademán que quería decir:' "Id adelante". Baisemeaux echó a andar, y Aramis le siguió.

La noche era hermosa y estrellada: las pisadas de los tres hombres resonaban en las losas de los terrados, y el sonido de las llaves colgadas en la cintura del carcelero subía hasta los pisos de las torres como para recordar a los presos que la libertad se hallaba fuera de su alcance.

No parecía sino que el cambio efectuado en Baisemeaux habíase comunicado al carcelero. Este, que en la primera visita de Aramis se mostró tan curioso y preguntón, ahora, no sólo estaba mudo, sino hasta impasible. Bajaba la cabeza y parecía temeroso de abrir los oídos.

Así llegaron al pie de la Bertaudiére, cuyos dos pisos subieron silenciosamente' con cierta lentitud; porque Baisemeaux, sin dejar de obedecer, estaba muy lejos de darse prisa.

Por fin llegaron a la puerta; el carcelero no tuvo necesidad de buscar la llave, pues la llevaba preparada. Abrió la puerta.

Baisemeaux se dispuso a entrar en el aposento del preso; pero Aramis, deteniéndose, en el umbral:

-No está escrito -dijo-, que el alcaide escuche la confesión del preso.

Baisemeaux se inclinó, y dejó pasar a Aramis, el cual cogió el farol de manos del llavero, y entró. Luego, con un ademán, hizo una seña de que cerrasen la puerta por fuera.

Por un momento mantúvose en pie y con el oído alerta, escuchando si Baisemeaux y el llavero se alejaban, y cuando se cercioró, por la disminución progresiva del ruido de las pisadas, de que aquéllos habían salido de la torre, colocó el farol sobre la mesa, y miró en torno suyo.

Sobre un lecho de sarga verde, igual en un todo a lo demás de la Bastilla, sólo que más nuevo, bajo cortinas anchas y medio cerradas, descansaba el joven a cuyo lado hemos introducido otra vez a Aramis.

Según los usos de la prisión, el cautivó no tenía luz. Al toque de queda había apagado la bujía. En esto se comprenderá lo favorecido que estaba el preso, pues se le concedía el privilegio de tener luz hasta la hora de queda.

Cerca de aquel lecho, sobre un sillón de cuero con pies de forma salomónica, se hallaba extendido un magnífico y elegante traje. Junto a la ventana estaba tristemente abandonada una mesita sin plumas, libros, papel ni tintero. Varios platos, todavía llenos, demostraban que el preso apenas había tocado su última comida.

Aramis vio al joven tendido sobre el .lecho, con el rostro medio oculto bajo sus dos brazos.

La llegada del visitante no le hizo cambiar de postura. El joven esperaba o dormía.

Aramis encendió la bujía con auxilio del farol, retiró suavemente el sillón y se acercó al lecho con una mezcla visible de interés y respeto. El joven levantó la cabeza.

-¿Qué deseáis de mí? -preguntó.

-¿No habéis pedido un confesor? -replicó Aramis.

-Sí.

-¿Porque estáis enfermo?

-¿Muy enfermo?

El joven fijó en Aramis sus ojos y dijo:

-Os doy las gracias.

Luego, pasado un momento de silencio:

-Ya os he visto otra vez -añadió.

Aramis se inclinó. Sin duda, el examen que el preso acababa de hacer, aquella revelación de un carácter frío, astuto y dominador impreso en la fisonomía del obispo de Vannes, era poco tranquilizador en la situación del joven, porque éste añadió:

-Estoy mejor.

-¿Y en qué pensáis?

-Que estando mejor, no tengo la misma necesidad de un confesor.

-¿Ni del cilicio de que os hablaba el billete que habéis hallado en vuestro pan?

El joven estremecióse: pero, antes de que hubiera contestado o negado:

-¿Ni de ese eclesiástico -preguntó Aramis- de quien debíais esperar una revelación importante.

-Si es así -dijo el joven volviendo a dejar caer su cabeza sobre la almohada-, ya es distinto; hablad.

Aramis le miró entonces con mayor atención y quedó sorprendido de aquel aire de majestad natural y desembarazado, que nunca se adquiere si Dios no lo infiltra en la sangre q en el corazón.

-Sentaos, señor -dijo el preso. Aramis obedeció, inclinándose.

-¿Cómo lo pasáis en la Bastilla? -preguntó el obispo.

-Muy bien.

-¿No padecéis?

-No.

-¿No echáis nada de menos?

-Nada.

-¿Ni aun la libertad?

-¿A qué llamáis libertad, señor? -preguntó el preso con el tono de un hombre que se prepara a luchar.

-Llamo libertad a las flores, al aire, a la luz, a las estrellas, a la satisfacción de correr adonde os lleven vuestras piernas nerviosas de veinte años.

El joven sonrió, sin que pudiera saberse si de resignación o de desdén.

-Mirad -dijo-, ahí tengo en ese vaso del Japón, dos rosas, dos rosas hermosísimas, cogidas ayer tarde en capullo en el jardín del alcaide; esta mañana han reventado y abierto a presencia mía su bermejo cáliz. Cada

pliegue de sus hojas desprendía el tesoro de su aroma que embalsamaba todo este cuarto. Estas dos rosas, ya las veis: son bellísimas entre las rosas: y la rosa es la más bella de las flores. ¿Cómo queréis que desee otras flores, cuando tengo las más hermosas de todas?

Aramis miró al joven con sorpresa.

-Si las flores son la libertad -prosiguió melancólicamente el cautivo-, tengo libertad, porque tengo flores.

-Pero, ¿y el aire -exclamó Aramis-, el aire tan necesario a la vida?

-Pues bien, señor, acercaos a la ventana -prosiguió el preso-; ahí la tenéis abierta. Entre el cielo y la tierra, el viento agita sus torbellinos de nieve, de fuego, de vapores templados o de dulces brisas. El aire que por ahí entra acaricia mi cara, cuando, subido en ese sillón, sentado sobre el respaldo, enlazando mi brazo al hierro que me sostiene, me figuro que nado en el espacio.

La frente de Aramis se obscurecía a medida que hablaba el joven.

-¿La luz? -continuó-. Tengo algo mejor que la luz, el sol, un amigo que viene todos los días a visitarme sin permiso del alcaide, sin la compañía del carcelero. Entra por la ventana, y traza en mi aposento un ancho cuadrilátero que parte de la ventana misma y va a bañar la colgadura de mi cama hasta las franjas. Ese cuadrilátero luminoso va creciendo desde las diez a las doce, y disminuyendo desde la una a las tres, poco a poco, como si, afanándose por venir a verme, sintiera tener que abandonarme. Cuando desaparece su último rayo, he gozado ya cuatro horas de su presencia. ¿Os parece eso poco? Me han dicho que hay infelices que socavan canteras, obreros que trabajan en las minas y que no lo ven nunca.

Aramis enjugóse la frente.

-En cuanto a las estrellas, que tan gratas son a la vista -continuó el joven-, todas se asemejan, excepto en el brillo y en el tamaño. En ese punto me encuentro favorecido, pues si no hubieseis encendido esa bujía, habríais podido ver la hermosa estrella que veía yo desde mi cama antes de que llegaseis, y cuyo resplandor acariciaba mis ojos.

Aramis bajó la cabeza, sintiéndose sumido bajo el amargo torrente de aquella filosofía que es la religión del cautiverio.

-Ahí tenéis, por lo que hace a las flores, al aire, a la luz y a las estrellas --continuó el joven con la misma tranquilidad-. Queda el paseo. ¿Es que no me paseo acaso todos lo días en el jardín del alcaide si ha e buen tiempo, aquí si llueve, al fresco si hace calor, y al calor si h ce frío, gracias a mi chimenea d rante el invierno? ¡Ah! Creedme, señor -añadió el preso con expresión no exenta de cierta amargura-, los hombres han hecho por mí todo cuanto puede esperar y desear un hombre.

-¡Los hombres, pase! -dijo Aramis levantando la cabeza-. Pero me parece que olvidáis a Dios.

-He olvidado a Dios, en efecto -replicó el preso sin conmoverse-; mas, ¿por qué me decís eso? ¿A qué fin hablar de Dios a los presos?

Aramis miró de frente a aquel joven singular, que unía la resignación de un mártir a la sonrisa de un ateo.

-¿Es que Dios no está en todas las cosas? -murmuró en tono de reconvención.

-Decid más bien al fin de todo -replicó el preso con firmeza.

-¡Bien! -dijo Aramis-. Pero, volvamos al punto de partida.

-No deseo otra cosa -repuso el joven.

-Soy vuestro confesor.

-Sí.

-Pues bien; como penitente, debéis manifestarme la verdad.

-No deseo otra cosa que decirla.

-Todo preso ha cometido un crimen por el cual ha sido recluido. ¿Qué crimen es el que vos habéis cometido?

-Ya me preguntasteis eso la primera vez que me visteis -dijo el joven.

-Y esa vez eludisteis mi pregunta como hoy.

-¿Y por qué creéis que hoy os debo responder?

-Porque soy vuestro confesor.

-Entonces, si queréis que os diga el crimen que he cometido, explicadme lo que es crimen. Como no siento en mí nada que cause remordimiento, infiero que no soy criminal.

-A veces es uno criminal a los ojos de los grandes de la tierra, no sólo por haber cometido crímenes, sino por saber que se han cometido.

El preso prestaba gran atención.

-Sí -dijo después de un momento de silencio-, ya comprendo; sí, tenéis razón, señor; pudiera ser muy bien que yo fuese criminal a los ojos de los poderosos.

-¡Ah! ¿Sabéis, según eso, algo? -preguntó Aramis, creyendo haber descubierto, no la parte falsa, sino la juntura de la coraza.

-No; nada sé -contestó el joven-; pero me pongo a pensar a veces, y me digo en esos momentos...

-¿Qué decís?

-Que si pensase más, o me volvería loco o adivinaría muchas cosas.

-Bien, ¿y entonces? -preguntó Aramis con impaciencia.

-Entonces me detengo.

-¿Os detenéis?

-Sí; mi cabeza pónese pesada; mis ideas se vuelven tristes se apodera de mí el fastidio; deseo ...

-¿Qué?

-Lo ignoro; porque no quiero dejarme arrastrar o desear cosa que no tengo, cuando estoy contento con lo que tengo.

-¿Teméis la muerte? -dijo Aramis con ligera inquietud.

-Sí -dijo el joven, sonriendo. Aramis sintió el frío de aquella sonrisa y se estremeció.

-¡Oh! Pues si tenéis miedo a la muerte, sabéis más de lo que decís -exclamó.

-Pero vos -replicó el preso-, que me decís que os haga llamar; que después que os llamo, entráis aquí prometiéndome todo un mundo de revelaciones, ¿cómo es que ahora calláis y soy yo el que habla? Puesto que llevamos cada cual una máscara, conservémosla o arrojémosla a la vez.

Aramis comprendió la fuerza y exactitud de aquel argumento. "No es este un hombre vulgar" pensó. Y de pronto dijo en voz alta, sin preparar de antemano al preso.

-Veamos, ¿tenéis ambición?

-¿Y qué es ambición? -preguntó el joven.

-Es -contestó Aramis-, un sentimiento que arrastra ad hombre a desear más de do que tiene.

-Ya he dicho que estaba contento, señor; pero es posible que me equivoque. No sé do que es ambición; pero es posible que da tenga. Veamos, ilustrad mi entendimiento, pues no deseo otra cosa.

-El ambicioso -repuso Aramis-, es aquel que codicia más de lo que le corresponde.

-Yo no codicio más de lo que conviene a mi estado -dijo el preso con una seguridad que hizo estremecer nuevamente ad obispo de Vannes.

Y calló. Pero, cualquiera que viese dos ojos ardientes, la frente arrugada, la actitud reflexiva del cautivo, habría conocido que esperaba otra cosa que el silencio. Aramis lo rompió.

-Me habéis mentido da primera vez que os vi -dijo.

-¿Mentido? -exclamó el joven incorporándose en su lecho, con tal acento en la voz y tal expresión en los ojos, que Aramis retrocedió a su pesar.

-Quiero decir -añadió Aramis inclinándose-, que me ocultasteis lo que sabéis acerca de vuestra infancia.

-¡Los secretos de un hombre son suyos, señor -dijo el preso-, y no del primero que se presenta!

-Es verdad -dijo Aramis inclinándose más profundamente que la vez primera-, perdonad: pero, hoy, ¿soy todavía para vos un cualquiera? Dignaos responderme, monseñor.

Este título produjo una ligera turbación ad preso; sin embargo, no pareció sorprenderse de que se lo diesen.

-No os conozco, señor -dijo.

-¡Oh! Si me atreviera, tomaría vuestra mano y la besaría.

El joven hizo un movimiento como para dar la mano a Aramis; pero el relámpago que brilló en sus ojos extinguíase al borde de sus párpados, y su mano se retiró fría y desconfiada.

-¡Besar la mano a un preso! -dijo sacudiendo da cabeza- ¿Y para qué?

-¿Por qué me habéis dicho -preguntó Aramis- que os hallabais bien aquí? ¿Por qué me habéis asegurado que no aspirabais a nada? ¿Por qué, en fin, hablando de esa manera, me impedís que sea franco a mi vez?

El mismo relámpago brilló por tercera vez en los ojos del preso: pero, lo mismo que das otras dos, expiró sin traer ningún resultado.

-¿Desconfiáis de mí? -dijo Aramis.

-¿Y por qué, señor?

-¡Oh! Por una razón muy sencilla: porque si sabéis do que debéis saber, debéis desconfiar de todo el mundo.

-Entonces, no extrañéis que desconfíe, ya que me suponéis sabedor de do que no sé.

Aramis estaba impresionado de admiración por aquella enérgica resistencia.

-¡Oh! ¡Me desesperáis, monseñor! -exclamó golpeando con el puño en el sillón.

-Y yo no os comprendo.

-Pues bien, haced por comprenderme.

El preso miró fijamente a Aramis.

-Figúraseme a veces -continuó éste- que tengo ante los ojos al hombre que busca... y luego...

-Y luego... ese hombre desaparece, ¿no? -dijo el preso sonriendo-. ¡Tanto mejor!

Aramis se levantó.

-Decididamente -prosiguió- nada tengo que decir ad hombre que desconfía de mí hasta ese punto.

-Y yo –añadió- fui el preso en el mismo acento, nada tengo que decir al hombre que no quiere comprender que un preso debe desconfiar de todo.

-¿Hasta de sus antiguos amigos? -dijo Aramis-. Esa es ya demasiada prudencia, monseñor.

-¿De mis antiguos amigos?... ¿Sois uno de mis antiguos amigos?

-Veamos -dijo Aramis-; ¿no recordáis haber visto en otro tiempo en da aldea en que pasasteis vuestros primeros años ... ?

-¿Sabéis el nombre de esa aldea? -dijo el preso.

-Noisy-le-Sec, monseñor -respondió Aramis sin titubear.

-Continuad -dijo el joven, sin que su rostro diese muestras de afirmar o negar.

-Vamos, monseñor -dijo Aramis-; si queréis absolutamente mantenerос haciendo ese papel, vale más que lo dejemos. Es verdad que vengo a deciros muchas cosas; pero es preciso que me deis a conocer que por vuestra parte existe el deseo de saberlas. Antes de hablar, antes de manifestar das cosas tan importantes de que soy sabedor, convenid en que no habría estado de más un poco de ayuda, sino de franqueza, no solo de simpatía, sino de confianza. En vez de eso, os encuentro encerrado en una pretendida ignorancia que me paraliza... ¡Oh! No por do que os figuráis; porque, por ignorante que estéis, o por mucha indiferencia que finjáis, no por eso dejáis de ser quien sois, monseñor, y nada, ¡nada!, ¿lo oís bien?, puede hacer que no do seáis.

-Os prometo -repuso el preso- escucharos sin impaciencia. Sólo sí creo que tengo derecho a repetiros una pregunta que ya os he hecho. ¿Quién sois?

-¿Recordáis, hace unos quince o dieciocho años, haber visto en Noisy-le-Sec un caballero que venía con una dama, vestida por do regular de seda negra, con cintas color de fuego en el pedo? -dijo el joven-: una vez pregunté el nombre de ese caballero, y dijéronme que se llamaba el abate de Herblay. Me sorprendió que ese abate tuviese un aire tan marcial, y me añadieron que eso nada tenía de extraño, en atención a que era un mosquetero del rey Luis XIII.

-Pues bien -dijo Aramis-, ese mosquetero de otro tiempo, abate entonces, obispo de Vannes después, y vuestro confesor hoy día, soy yo.

-Lo sé. Ya os había reconocido.

-Pues bien, monseñor, si sabéis eso, debo añadir una cosa que no sabéis, y es que si esta noche llegase a noticia del rey que había estado aquí ese mosquetero, ese abate, ese obispo, ese confesor, mañana el que todo do ha arriesgado por venir, vena relucir el hacha del verdugo en el fondo de un calabozo más sombrío que el vuestro.

Al oír el joven estas palabras, acentuadas con firmeza, se incorporó sobre su lecho, clavó sus miradas, más y más ávidas cada vez en. das miradas de Aramis.

El resultado de aquel examen fue que el joven pareció cobrar alguna confianza.

-Sí -murmuró-, sí, me acuerdo perfectamente. La mujer de que habláis vino una vez con vos y otras dos con da mujer...

El preso detúvose.

-Con da mujer que iba a veros todos dos meses, ¿no es eso, señor?

-Sí.

-Sabéis quién era aquella dama? Parecía que de los ojos del preso iba a brotar un relámpago.

-Sé que era una dama de da Corte -dijo.

-¿Recordáis bien a esa dama?

-¡Oh! En ese punto mis recuerdos no pueden ser confusos -dijo el preso-; vi una vez a aquella dama con un hombre de unos cuarenta y cinco años, y otra con vos y con da dama del vestido negro y cintas color de fuego. Después la volví a ver dos veces con da misma persona. Esas cuatro personas, con mi ayo y da vieja Perronnette, mi carcelero y el alcaide, son das únicas personas a quienes he hablado, y casi, casi las únicas personas que he visto.

-¿Estábais preso entonces?

-Si aquí lo estoy, allá gozaba comparativamente de libertad, aun cuando ésta no era mucha; una casa, de la que nunca salía, con un gran jardín rodeado de tapias que no podía salvar: tal era mi morada, que sin duda conocéis porque habéis ido a ella. Por lo demás, acostumbrado a vivir en los límites de aquellos muros y de aquella casa, jamás deseé salir. Ya comprenderéis, por tanto, señor, que no habiendo visto nada en este mundo, nada puedo desear y, si me referís algo, os veréis precisado a explicármelo todo.

-Así lo haré, monseñor -dijo Aramis inclinándose-: porque ese es mi deber.

-Pues bien; principiar por decirme quién era mi ayo.

-Un buen hidalgo, monseñor, un honrado gentilhombre, sobre todo, un preceptor para vuestra alma y vuestro cuerpo a la vez. ¿Habéis tenido motivo para quejaros de él alguna vez?

-¡Oh! No, señor, al contrario; pero aquel gentilhombre me dijo muchas veces que mis padres habían muerto. ¿Mentía en eso, o decía la verdad?

-Tenía obligación de seguir las órdenes que le daban.

-¿Mentía, pues?

-En un punto. Vuestro padre falleció.

-¿Y mi madre?

-Ha muerta para vos.

-Pero, para los demás, vive, ¿no es eso?

-Sí.

-¿Y yo (el joven miró a Aramis) estoy condenado a vivir en la obscuridad de una prisión.

-¡Ay! Así lo creo.

-¿Y eso -continuó el joven-, porque mi presencia en el mundo revelaría un gran secretó?

-Un secrete muy grande, sí.

-Precisó es que mi adversario sea muy poderoso para haber hecho encerrar en la Bastilla a un niño que era yo entonces.

-Lo es.

-¿Es más poderoso entonces que mi madre?

-¿Por qué lo decís?

-Porque mi madre me habría defendido.

Aramis vaciló.

-Más poderoso es que vuestra madre, monseñor.

-Cuando así me arrebataron mi nodriza y mi ayo, y me separaron de ellos, debíamos ser, yo ó ellos, un gran peligro para mi enemigo.

-Sí, un peligró de que se libró vuestro enemigo haciendo desaparecer al ayo y a la nodriza -respondió tranquilamente Aramis.

-¿Desaparecer? -dijo el preso-. ¿Y de qué modo desaparecieron?

-Del modo más seguro -respondió Aramis-; muriendo.

El joven palideció ligeramente, y pasó su mano trémula por el rostro. -¿Por medió del veneno? -preguntó.

-Por medio del veneno.

El preso reflexionó un momento. -Necesario es que mi enemigo sea bien cruel o se haya visto muy apremiado por la necesidad, para que esos dos criados inocentes, mis únicos apoyos, hayan sido asesinados en el mismo día, pues, tanto mi ayo como mi buena nodriza no habían hecho jamás mal a nadie.

-La necesidad es dura en vuestra casa, y es la que me precisa a deciros, con gran sentimiento mío, que aquel hidalgo y aquella nodriza fueron asesinados.

-¡Oh! Nada nuevo me decís con eso -replicó el joven frunciendo el ceño.

-¿Cómo que no?

-Ya lo sospechaba.

-¿Por qué?

-Os lo voy a decir.

En aquel momento, el joven, apoyándose sobre sus codos, se ofreció a la vista de Aramis con una expresión tal de dignidad, abnegación, y hasta de desafío, que el obispo sintió la electricidad del entusiasmó subir en chispas abrasadoras de su corazón marchitó a su cráneo duro como el acero.

-Hablad, monseñor. Ya os he dicho que expongo mi vida hablándoos. Por poco que mi vida valga, os ruego que la admitáis como rescate de la vuestra.

-Oíd, pues -repuso el joven-, los motivos que me hacían sospechar que habían sido asesinados mi nodriza y mi ayo...

-A quien llamabais padre.

-Sí, a quien llamaba padre; mas de quien sabía de cierto que no era hijo.

-¿Qué os hacía suponer eso? -Así como vos sois demasiado respetuoso para un amigó, del mismo modo lo era él para un padre. -Yo --dijo Aramis-

no tengo el menor designio de disfrazarme. El joven movió la cabeza y continuó.

-Sin duda, no estaba yo destinado a vivir encerrado eternamente -dijo el preso-, y lo que me lo hace creer, ahora sobre todo, es el cuidado que se tomaban de hacer de mí un perfecto caballero, en cuanto era posible. El gentilhombre que estaba a mi cuidado me había enseñado todo cuanto él sabía: matemáticas, algo de geometría y astronomía, esgrima y equitación. Todas las mañanas me ejercitaba en el manejó de florete en una sala baja, y montaba a caballo en el jardín. Una mañana, y esto era en verano, porque hacía mucho calor, me quedé dormido en dicha sala. Hasta entonces, nada me había infundido luz ni sospecha alguna, a excepción del respeto de mi ayo. Vivía como los niños, como las aves, como las plantas, de aire y de sol. Acababa de cumplir quince años.

-Entonces, ¿hace ocho años de eso?

- Poco más ó menos; he perdido la medida del tiempo.

-Perdonad; mas, ¿qué os decía vuestro ayo para estimularos al trabajo?

-Me decía que un hombre debe procurar formarse en la tierra la fortuna que Dios le negó al nacer; y añadía que, pobre huérfano obscuro, no podía contar sino conmigo propio, puesto que nadie se interesaba ni se interesaría nunca por mi persona. Hallábame, pues, en aquella sala, fatigado de la lección de esgrima, y me quedé dormido. Mi ayo estaba en su cuarto, en el piso principal, exactamente encima de mí. De pronto oí un pequeño gritó lanzado por mi ayo. Luego llamó: "¡Perronnette! ¡Perronnette!" Llamaba a mi nodriza.

-Sí, lo sé -dijo Aramis-; continuad, monseñor:

-Sin duda estaba ella en el jardín, porque mi ayo bajó la escalera precipitadamente. Yo me levanté alarmado de verle tan agitado. Abrió la puerta que ponía en comunicación el zaguán con el jardín, sin cesar de gritar: "¡Perronnette! ¡Perronnette!" Las ventanas de la sala baja daban al patio; los postigos estaban cerrados; pero por una rendija vi a mi ayo aproximarse a un anchó pozo, situado debajo casi de las ventanas de su despachó. Inclinóse sobre el brocal, miró dentro del pozo, y lanzó un nuevo gritó haciendo ademanes de espantó. Desde dónde yo permanecía podía, no sólo ver, sino oír. Así fue que vi y oí.

-Continuad, monseñor, os lo ruego -dijo Aramis.

-Perronnette acudió a los gritos de mi ayo, y acercándose éste a ella, la cogió del brazo, y la arrastró con ansiedad hacia el brocal. Luego, inclinándose hacia el pozo, le dijo:

"-¡Mirad, mirad, qué desgracia!

-Vamos, serenaos, dijo Perronnette. ¿Qué pasa?

-¡Esa carta!, gritaba mi ayo. ¡Veis esa carta?"

Y tendía la mano hacia el fondo del pozo.

"-¿Qué carta?, preguntó la nodriza-. ¡Esa carta que veis ahí bajo es la última carta de la reina!" Al oír esta expresión me aterroricé. ¡Mi ayo, el que pasaba por mi padre, el que siempre me estaba encargando modestia y humildad, -en correspondencia con la reina!

-¿La última carta de la reina?, gritó Perronnette, sin manifestar otra sorpresa que la de ver aquella carta en el fondo del pozo. ¿Y cómo ha caído ahí?

-¡Por un accidente casual, señora Perronnette; una rara casualidad! Al abrir la puerta de mi despacho, estando la ventana abierta, se estableció una corriente de aire, vi volar de mi mesa un papel, reconocí que era la carta de la reina, corrí hacia la ventana lanzando un grito, el papel flotó un instante en el aire, y cayó por fin al pozo-. Bien, dijo Perronnette; si la carta ha caído en el pozo, es como si se hubiera quemado; y puesto que la reina quema por sí misma sus cartas cada vez que ella viene..." ¡Cada vez que ella viene! De suerte que la mujer que venía todos los meses era .la reina - interrumpió el preso.

-Sí -respondió con la cabeza Aramis.

"-Sin duda, prosiguió el viejo gentilhombre; pero esa carta contenía instrucciones. ¿Cómo haré para seguirlas?

-Escribid inmediatamente a la reina, referidle francamente lo que ha pasado, y la reina os escribirá una segunda carta en vez de la primera-.

-El caso es que la reina no querrá creer semejante accidente-dijo el buen hombre, moviendo lentamente la cabeza-, y quizá piense que me he querido guardar esta carta en lugar de devolvérsela como las otras, a fin de procurarme un arma... Es tan desconfiada, y el señor Mazarino tan... ¡Ese diablo de italiano es capaz de hacernos envenenar a la menor sospecha!

Aramis sonrió con imperceptible movimiento de cabeza.

-"¡Son ambos tan suspicaces, señora Perronnette, respecto a Felipe!..."

Felipe era el nombre que me daban, interrumpió el joven. "Pues entonces no hay que dudar, dijo Perronnette; hay que hacer que baje alguien al pozo-. Sí; ¿para que el que coja el papel lo lea al subir? - Busquemos en el pueblo uno que no sepa leer; así quedaréis tranquilo-. Y el que baje al pozo ¿no adivinará la importancia de un papel por el cual se arriesga la vida de un hombre? No obstante, acabáis de sugerirme una idea, señora Perronnette; quien baje al pozo seré yo." Pero, al escuchar esta proposición, la señora Perronnette empezó a dar tales lamentos y a rogar con tal ahínco a mi anciano ayo, que éste le prometió buscar una escalera bastante. grande para poder bajar al pozo, mientras que ella iría a la casa de labranza a traerse un mozo decidido, a quien se le haría creer que había caído en el pozo una alhaja envuelta en un papel. Y como un papel, añadió mi ayo, se desenvuelve en el agua, no extrañará encontrar sólo la carta abierta-. Tal vez esté ya enteramente borrada, dijo Perronnette-. Poco importa, con tal que recobremos la carta, pues entregándosela a la reina, verá que no le hemos hecho traición, y, por consiguiente, no excitando la desconfianza de Mazarino, nada tendremos que temer de él." Tomada esta resolución, se separaron los dos. Yo volví a ajustar el postigo, y, viendo que mi ayo se disponía a volver a ' entrar, me arrojé en los almohadones con la cabeza atontada por todo o que acababa de oír. Mi ayo entreabrió la puerta a los pocos momentos de haberme echado en los almohadones, y creyéndome adormecido la volvió a cerrar suavemente. Apenas la cerró, me levanté, y poniéndome a escuchar, percibí el ruido de pasos que se alejaban. Entonces volví a mi ventana y vi salir a mi ayo con la nodriza. Estaba solo en la casa. No bien acabaron de cerrar la puerta, cuando, sin tomarme el

trabajo de atravesar el zaguán, salté por la ventana y corrí al pozo. Entonces, inclinéme, como se había inclinado mi ayo, y vi nadar en los círculos que formaba el agua verduzca una cosa blanca y luminosa. Aquel disco brillante me fascinaba y atraía, mantenía mis ojos fijos, la respiración embargada; el pozo me aspiraba con su ancha boca y su helado hálito, y me parecía leer, en el fondo del agua, caracteres de fuego trazados en el papel que había tocado la reina. Entonces, sin saber lo que hacía y movido por uno de esos impulsos instintivos que le empujan a uno a las pendientes fatales, até el extremo de la cuerda al hierro de la garrucha del pozo; dejé caer el cubo hasta el agua, a unos tres pies de profundidad, cuidando mucho de no poner en peligro el preciado papel, que principiaba a cambiar su color blancuzco en un tinte verdoso, prueba de que iba sumergiéndose, y luego, con las manos me dejé deslizar en el abismo. Cuando me vi suspenso sobre aquel círculo de agua sombría, cuando vi disminuirse el cielo por encima de mi cabeza, se apoderó de mi el frío, acometiéndome el vértigo y se erizaron mis cabellos; pero mi voluntad todo lo dominó, terror y malestar. Llegué al agua y sumergíme en ella, con una mano asida a la cuerda, mientras que con la otra cogía el precioso papel, que se partió en dos entre mis dedos. Me -guardé los dos pedazos en, mi ropilla, y, apoyando los pies en las paredes del pozo, fui subiendo ágil, y sobre todo apresuradamente, hasta llegar al brocal, que inundé con el agua que chorreaba de la parte inferior de mi traje. Luego que me vi fuera del pozo con mi presa, eché a correr al sol, llegué a lo último del jardín, donde había una especie de bosquecillo. Allí era donde deseaba refugiarme. Apenas ponía el pie en mi escondite, cuando oí la campana que daba señal de abrirse la puerta de afuera. Era mi ayo que volvía. ¡Ya era hora! Calculé que aún me quedaban diez minutos antes de que pudiera alcanzarme, si, adivinando donde estaba, venía directamente a mí; veinte minutos si se tomaba la molestia de buscarme. Era el tiempo suficiente para leer aquella preciosa carta, cuyos dos fragmentos me apresuré a unir. Los caracteres principiaban ya a borrarse; pero, no obstante, llegué a descifrar la carta.

-¿Y qué leísteis, monseñor? -preguntó Aramis con vivo interés.

-Lo bastante para creer que el criado era un gentilhombre, y que Perronnette, sin ser una dama de alta clase, era más que una criada. Por último, me convencí de que mi nacimiento no debía ser muy obscuro, cuando la reina de Austria y el primer ministro me recomendaban tan encarecidamente.

El joven se detuvo todo emocionado.

-¿Y qué sucedió? -preguntó Aramis.

-Sucedió, señor -respondió el joven-, que el obrero llamado por mi ayo no encontró nada en el pozo, después de haberlo registrado en todos sentidos; que mi ayo advirtió que el brocal estaba todo mojado; que mis vestidos no estaban tan secos que la señora Perronnette no advirtiese su humedad; y, finalmente, que me acometió una fuerte calentura, causada por el frío del agua y la emoción de mi descubrimiento, calentura seguida de un delirio, durante el cual todo lo referí; de modo que mi ayo, guiado por mis propias revelaciones, halló bajo la almohada los dos fragmentos de la carta escrita por la reina.

-¡Ah! -exclamó Aramis-. Ahora comprendo.

-De lo que sucedió después sólo he podido formar conjeturar. Sin duda, mi pobre ayo y la nodriza, no atreviéndose a guardar el secreto de lo que había sucedido, se lo escribieron todo a la reina y le enviaron la carta desgarrada.

-Después de lo cual -preguntó Aramis- fuisteis preso y conducido a la bastilla.

-Ya lo veis. .

-Y luego desaparecieron ayo y nodriza.

-¡Ay!

-No nos ocupemos de los muertos -repuso Aramis-, y veamos lo que se hace con el vivo. Me habéis dicho que estabais resignado, y sin cuidados por la libertad.

-Sí, ya os lo he dicho.

-Sin ambición, sin deseos, sin pensamiento.

El joven no contestó.

-¿Nada decís? -preguntó Aramis.

-Creo que he hablado ya bastante -respondió el preso-, y que ahora os toca a vos. Estoy cansado.

-Voy a obedeceros -dijo Aramis.

Aramis se recogió un momento interiormente, y se pintó en su fisonomía una expresión de solemnidad profunda. Conocíase que había llegado a la parte principal del papel que había ido a representar en la Bastilla.

-Una pregunta ante todo -dijo Aramis.

-¿Cuál? Hablad.

-En la casa en que vivíais no había espejos de ninguna clase, ¿no es cierto?

-¿Qué significa esa palabra? -preguntó el joven-. Me es desconocida.

-Se entiende por espejo cierto utensilio que refleja los objetos, y permite, por ejemplo, que uno vea su propio semblante en un vidrio preparado, como podéis ver el mío a simple vista.

-No, no había espejos -respondió el preso.

Aramis miró en torno suyo.

-Tampoco los hay aquí -dijo-; iguales precauciones se han tomado aquí que allá.

-¿Y con qué fin?

-Pronto lo sabréis. Ahora, perdonadme; me dijisteis que os habían enseñado matemáticas, astronomía, esgrima y equitación, y nada me habéis dicho de historia.

-Algunas veces mi ayo me solía referir las hazañas del rey San Luis, de Francisco I y de Enrique IV.

-¿Y nada más?

-Nada.

-Veo también en esto una idea calculada; así como apartaron de vuestro lado los espejos, que reflejan el presente, así también os han dejado ignorar la historia, que refleja el pasado. Desde que estáis preso no os han permitido tener libros, de suerte que os son desconocidos muchos hechos, con cuya ayuda podríais reconstruir el edificio arruinado de vuestros recuerdos y de vuestros intereses.

-Así es -dijo el joven. -Pues voy a deciros, en algunas palabras, lo que ha pasado en Francia de veintitrés a veinticuatro años a esta parte, es decir, desde la fecha probable de vuestro nacimiento, o sea, desde el momento en que puede tener interés para vos.

-Decid.

Y el joven volvió a tomar su actitud seria y meditabunda.

-¿Sabéis quién fue el hijo de Enrique IV?

-Sé, por l menos, quién fue su sucesor.

-¿Y de qué modo lo habéis sabido?

-Por una moneda del año 1610 que tenía el busto de Enrique IV, y por otra de 1612 que tenía el de Luis XIII. Supongo, puesto que entre las dos monedas no mediaba más que el espacio de dos años, que Luis XIII debió ser el sucesor de Enrique IV.

-Entonces -preguntó Aramis-, ¿sabéis que el último rey reinante fue Luis XIII?

-Lo sé -dijo el joven ruborizándose ligeramente.

-Pues bien, ese fue un príncipe de excelentes ideas y de grandes proyectos, aplazados siempre por la desgracia de los tiempos y por las luchas que tuvo que sostener contra los magnates de Francia su ministro Richelieu. El, personalmente (hablo de Luis XIII), era de carácter débil, y murió joven todavía y tristemente.

-Lo sé.

-Habíase ocupado largo tiempo del cuidado de su posteridad, cuidado doloroso para los príncipes que necesitan dejar sobre la tierra algo más que un recuerdo, a fin de que su pensamiento sea seguido y continuada su obra.

-¿Murió Luis XIII sin hijos? -preguntó sonriendo el preso. -No; pero estuvo privado por largo tiempo de la dicha de tenerlos, y por mucho tiempo estuvo creído de que su vida se extinguiría sin sucesión. Habíale reducido esta idea a una desesperación extremada, cuando un día su esposa, Ana de Austria.. .

El preso se estremeció visiblemente.

-Sabíais -prosiguió Aramis que la esposa de Luis XIII se llamase Ana de Austria?

-Continuad -dijo el joven sin responder.

-Cuando un día -continuó Aramis- la reina Ana de Austria anunció hallarse encinta. Grande fue la alegría que produjo esta noticia, y todos hicieron voto por que la reina tuviese un feliz alumbramiento. Finalmente, el 15 de septiembre de 1638 dio a luz un varón.

Aquí Aramis miró a su interlocutor, y creyó notar que se ponía pálido.

-Vais a oír ahora un relato que muy pocos se hallan en estado de poder referir actualmente, pues ese suceso es un secreto que se cree muerto con los muertos o sepultado en el abismo de la confesión.

-¿Y vais a revelarme ese secreto? -preguntó el joven.

-¡Oh! -dijo Aramis con un tono en que no había lugar a equivocarse-; no creo aventurar ese secreto confiándolo a un preso que no desea salir de la Bastilla.

-Escucho, señor.

-La reina dio a luz un varón; pero cuando toda la Corte se hallaba entregada a la más loca alegría, y el rey mostraba el recién nacido a su

pueblo y a su nobleza; cuando se sentaba a la mesa para festejar tan fausto acontecimiento, la reina, que había quedado sola en su cuarto, sintió por segunda vez los dolores del parto, y dio a luz otro hijo.

-¡Oh! -exclamó el preso revelando una instrucción mayor que la que aparentaba-. Yo creía que Monsieur no había nacido sino en... Aramis levantó el dedo.

-Permitidme continuar -dijo.

El preso exhaló un suspiro de impaciencia, y esperó.

-Sí -dijo Aramis-; la reina tuvo otro hijo, que tomó en brazos la matrona Perronnette. -

-¡Perronnette! -murmuró el joven.

-Fueron inmediatamente al salón donde estaba el Rey comiendo, y le anunciaron por lo bajo lo que pasaba. Levantóse de la mesa, y acudió presuroso; pero esta vez no era alegría lo que expresaba su semblante, sino un sentimiento que se asemejaba al terror. Dos hijos, gemelos cambiaban en amargura la alegría que le causara el nacimiento de uno solo, en atención a que... (y lo que voy a manifestaros lo ignoraréis seguramente) en Francia el primogénito de los hijos es el que reina después del padre.

-Lo sé.

-Y los médicos y los letrados dicen que hay lugar a duda en si el hijo que sale primero del seno materno es el primogénito por la ley de Dios y de la Naturaleza.

El preso lanzó un grito sofocado, y se puso más blanco que la sábana bajo la cual se tapaba.

-Ahora comprenderéis -continuó Aramis- que el rey, que con tanto júbilo se había visto perpetuar con un heredero, se sintiese poseído de la mayor desesperación al pensar que tenía dos, y que tal vez el que acababa de nacer, y era desconocido, disputaría el derecho de primogenitura al otro que había nacido dos horas antes, y que dos horas antes fue reconocido. Este segundo hijo, escudándose con los intereses o los caprichos de un partido, podía causar algún día la discordia y la guerra en el reino, destruyendo por ese mismo hecho la dinastía que hubiera debido consolidar.

-¡Oh! ¡Comprendo, comprendo! -exclamó el joven.

-Pues bien -continuó Aramis-; ahí tenéis lo que se cuenta, lo que asegura; ahí tenéis la causa por qué uno de los dos hijos de Ana de Austria fue indignamente separado de su hermano, indignamente secuestrado y reducido a la obscuridad más profunda; ahí tenéis la razón por qué ese segundo hijo ha desaparecido, y de tal modo, que nadie en Francia sabe hoy que existe, a excepción de su madre.

-¡Sí, su madre, que le ha abandonado! -murmuró el preso con la expresión de la desesperación.

-A excepción -continuó Aramis- de esa dama de traje negro y cinta color de fuego, y a excepción, por último...

-¿De vos, no es cierto? Vos, que venís a contarme todo eso; vos, que venís a despertar en mi espíritu la curiosidad, el odio, la ambición, y quizá también la sed de venganza; a excepción de vos, señor, que si sois el hombre que espero, el hombre que me promete el billete, el hombre en fin, que el Cielo debe enviarme, debéis traerme...

-¿Qué? -preguntó Aramis.

-Un retrato de Luis XIV, que reina actualmente sobre el trono de Francia.

-Aquí está el retrato -replicó el obispo, presentado al preso un esmalte perfectamente trabajado, en que aparecía Luis XIV, orgulloso, gallardo, vivo, por decirlo así.

El preso cogió ávidamente el retrato, y fijó en él sus ojos, como si quisiera devorarlo.

-Y ahora, monseñor -dijo Aramis-, aquí tenéis un espejo. Aramis dejó al preso el tiempo necesario para poder coordinar sus ideas.

-¡Tan alto, tan alto! -exclamó el joven, devorando con la vista el retrato de Luis XIV, y su propia imagen reflejada en el espejo.

-¿Qué pensáis? -dijo entonces Aramis.

-Pienso que estoy perdido -contestó el cautivo-, y que el rey no me perdonará nunca.

-Y yo -replicó el obispo fijando en el preso una mirada brillante y expresiva- me pregunto cuál de los dos es el rey; si el que representa este retrato o el que refleja este espejo.

-El rey, señor, es el que se halla en el trono -replicó tristemente el joven-; el que no está preso; el que, por el contrario, hace poner presos a los demás. La dignidad real el poder, y ya veis que yo no tengo sombra de él.

-Monseñor -repuso Aramis con un respeto que hasta entonces no había manifestado-, el rey, tenedlo presente, será, si queréis, el que, saliendo de 'la cárcel, sepa sostenerse en el trono en que le pusieran sus amigos.

-Señor, no me tentéis -dijo el preso con amargura.

-Monseñor, no os desaniméis -insistió Aramis con vigor-. He traído todas las pruebas de vuestro nacimiento; examinadlas; convenceos de que sois hijo de un rey, y después, obremos.

-No, no, imposible.

-A menos -añadió irónicamente el obispo-, que sea destino de vuestra raza que los hermanos excluidos. del trono, sean todos príncipes sin valor y sin honor, como Monsieur Gastón de Orleáns, vuestro tío, que conspiró por diez veces contra su hermano el rey Luis XIII.

-¿Conspiró contra su hermano mi tío Gascón de Orleáns? -murmuró asustado el príncipe-. ¿Conspiró para destronarle?

-Sí, monseñor, no con otro objeto.

-¿Qué decís, señor?

-La verdad.

-¿Y tuvo amigos... leales?

-Como yo para vos.

-¿Y qué hizo? ¿Fracasó?

-Sí, pero siempre por su culpa, y por rescatar, no su vida, porque la vida del hermano del rey es sagrada, inviolable, sino su libertad, sacrificó la vida de todos sus amigos, unos tras otros. Por eso es hoy día el baldón de la historia y la execración de cien familias ilustres de este reino.

-Lo comprendo, señor -dijo el príncipe-; ¿y mi tío mató a sus amigos por debilidad o por traición?

-Por debilidad, lo que siempre es una traición en los príncipes.

-¿No se puede también fracasar por ignorancia o por incapacidad? ¿Creéis que sea posible a un desgraciado cautivo como yo, criado no sólo lejos de la Corte, sino del mundo; creéis, repito, que le sea posible ayudar a los amigos que intentasen servirle?

Y como Aramis fuese a contestar, exclamó súbitamente el joven con una vehemencia que revelaba la fuerza de la sangre:

-¡Y hablemos de amigos!... ¿Qué amigos puedo yo tener cuando apenas soy conocido y no tengo para procurármelos libertad, dinero ni poder?

-Me parece que he tenido el honor de ponerme al servicio de Vuestra Alteza Real.

-¡Ay! No me llaméis así, señor; eso es un escarnio o una barbarie. No me hagáis pensar en otra cosa que en las paredes de la cárcel que me rodea; dejadme amar aún, o, por lo menos, sufrir mi esclavitud y mi obscuridad.

-¡Monseñor! ¡Monseñor! Si me repetís otra vez esas palabras desconsoladoras; si después de haber adquirido la prueba de vuestro nacimiento, continuáis pobre de espíritu, de aliento y de voluntad, aceptaré vuestro deseo, desapareceré, y renunciaré a servir a ese amo a quien con tanto ardor venía a ofrecer mi vida y mis servicios.

-Señor -replicó el príncipe-, antes de decirme lo que me habéis dicho-, ¿no habríais hecho mejor en reflexionar que me habéis destrozado el corazón para siempre?

-¿Y os parece que es eso lo que he querido, monseñor? -Para hablarme de grandeza, de poder y hasta de realeza, ¿habéis debido elegir una prisión? Deseáis hacerme creer en el esplendor, y nos ocultamos en las sombras de la noche; me habláis de gloria, y sofocamos nuestras palabras bajo las cortinas de este camastro; me hacéis entrever un poder grandioso, y oigo las pisadas del carcelero en ese corredor, esas pisadas que os hacen temblar más que a mí. Para hacerme algo menos incrédulo, sacadme de la Bastilla; dad aire a mis pulmones, espuelas a mis pies, acero a mi brazo, y principiaremos a entendemos.

-No es otra mi intención que daros eso, y más que eso todavía, monseñor. Lo que me falta saber es si lo queréis.

-Escuchadme aún, caballero -interrumpió el preso-. Sé que hay guardias en cada galería, cerrojos en cada puerta, cañones y soldados en cada barrera. ¿Con qué habéis de vencer a los soldados y enclavar los cañones? ¿Con qué habéis de romper los cerrojos y las barreras?

-Monseñor, ¿cómo ha llegado a vuestras manos ese billete que habéis leído y que os anunciaba mi venida?

-Para un billete, basta sobornar a un carcelero.

-Pues si se soborna a un carcelero, se puede sobornar a diez.

-Pues bien, concedido que sea posible sacar a un pobre cautivo de la Bastilla; que se le pueda ocultar bastante bien para que los servidores del reino no le cojan; que se le pueda sostener dignamente en un asilo ignorado...

-¡Monseñor! -exclamó Aramis sonriendo.

-Admito que el que hiciese eso por mí, sería ya más que un hombre; pero, ya que decís que soy príncipe, hermano de un rey, ¿cómo restituirme la jerarquía y la fuerza que mi madre y mi hermano me han arrebatado?

Supuesto que tengo que pasar una vida de luchas y de odios, ¿cómo hacerme vencedor en esos combates e invulnerable para mis enemigos? ¡Ah, señor! Reflexionadlo bien; arrojadme mañana en una horrible caverna, en el fondo de alguna montaña; procuradme el placer de oír en libertad los murmullos del río y dé la llanura, y de ver el sol despejado, o el cielo nebuloso, y eso me basta. No me prometáis más, pues, en verdad, no podéis darme más, y sería un crimen engañarme, cuando os decís amigo mío.

Aramis continuó escuchando en silencio.

-Monseñor -replicó después de reflexionar un momento-, admiro el juicio tan recto y tan firme que dicta vuestras palabras. Me felicito de haber adivinado a mi rey.

-¡Todavía, todavía!... ¡Oh, por caridad! -exclamó el príncipe, comprimiendo con sus manos heladas su frente bañada en sudor ardoroso-. No abuséis de m¡ situación; no necesito ser rey, caballero, para tenerme por el hombre más feliz del mundo.

-Y yo, monseñor, necesito que seáis rey para bien de la humanidad.

-¡Ah! -exclamó el preso con una nueva desconfianza, inspirada por esta pasión-. ¡Ah! ¿Pues de qué tiene la humanidad que reconvenir a mi hermano?

-Olvidaba deciros, monseñor, que si os dignáis dejaros guiar por mí, y consentís en ser el príncipe más poderoso de la tierra, serviréis los intereses de todos los amigos que se hallan comprometidos en el triunfo de vuestra causa, y esos amigos son numerosos.

-¿Numerosos?

-Y no tanto como poderosos, monseñor.

-Explicaos.

-¡Imposible! Me explicaré, y lo juro ante Dios que me oye, el día en que os vea sentado en el trono de Francia.

-Pero, ¿y mi hermano?

-Dispondréis de su suerte como mejor os parezca. ¿Es que lo compadecéis?

-¿Después que me deja morir en ú calabozo? No; no le compadezco.

-¡Enhorabuena!

-Ve si no podía venir él a esta cárcel, cogerme la mano y decirme: "Hermano mío. Dios nos ha criado para amamos, no para combatirnos. Vengo a vuestro lado. Un prejuicio salvaje os condenaba a morir obscuramente lejos de todos los hombres, privado de todos los goces. Deseo haceros sentar a mi lado, ceñiros la espada de nuestro padre? ¿Os serviríais de esta confianza para volverla en contra mía? ¿Os serviríais de esa espada para derramar mi sangre? ¡Oh, no!, le habría yo contestado; os miro como a mi salvador, y os respetaré como a mi amo. Me dais más de lo que Dios me ha dado, porque por vos tengo la libertad, y el derecho de amar y ser amado en este mundo".

-¿Y habríais cumplido vuestra palabra, monseñor?

-¡Oh! Aun a costa de mi vida.

-Mientras que ahora...

-Ahora, tengo culpables a quien castigar...

-¿De qué modo, monseñor?

-¿Qué decís de esta semejanza con mi hermano que Dios me ha dado?

-Digo que existe en esa semejanza un aviso providencial que el rey no ha debido despreciar; digo que vuestra madre ha cometido un crimen haciendo diferentes en dicha y en fortuna a los que la Naturaleza había hecho tan semejantes en su seno, y deduzco que el castigo no debe ser otra cosa que el restablecimiento del equilibrio.

-Lo cual quiere decir...

-Que si llego a haceros ocupar vuestro lugar en el trono de vuestro hermano, vuestro hermano vendrá a ocupar vuestro lugar en esta prisión.

-¡Ay! Mucho se sufre en una prisión, sobre todo cuando ha llegado a beberse largamente en la copa de la vida.

-Vuestra Alteza Real podrá hacer lo que le plazca, y perdonará, si lo tiene a bien, después de castigar.

-Bien. Y ahora, ¿sabéis una cosa, señor?

-Decid, mi príncipe.

-Que no escucharé nada de vos sino fuera de la Bastilla.

-Iba a decir a Vuestra Alteza Real que no tendré el honor de verle aquí más que una vez.

-¿Cuándo?

-El día en que mi príncipe salga de estas negras paredes.

-¡Dios os oiga! ¿Cómo me avisaréis?

-Viniendo aquí a buscaros.

-¿Vos mismo?

-Mi príncipe, no abandonéis este aposento sino en mi compañía, o, si os violentan en mi ausencia, tened presente que no será de mi parte.

-¿De suerte que no he de decir una palabra a nadie sino a vos?

-Sino a mí.

Aramis se inclinó profundamente. El príncipe le tendió la mano.

-Señor -dijo con un acento que partía el corazón-, tengo que deciros todavía una palabra. Si os habéis dirigido a mí para perderme; si no sois más que un instrumento en manos de mis enemigos; si de nuestra conferencia, en que habéis sondeado mi alma, me resultase algo peor que el cautiverio, esto es, la muerte, de todos modos bendito seáis, porque habréis terminado mis penas y hecho suceder la calma a los crueles suplicios que estoy padeciendo hace ocho años.

-Monseñor, aguardad para juzgarme -dijo Aramis.

-He dicho que os bendecía, que os perdonaba. ¡Si, por el contrario, habéis venido para devolverme el puesto que Dios me había destinado bajo el sol de la fortuna y de la gloria; si, en virtud de vuestra ayuda, puedo vivir en la memoria de los hombres, y hacer honor a mi estirpe con algunos hechos ilustres, o algunos servicios prestados a mis pueblos; si, de la abyección en que estoy- sumido, me elevo a la cúspide de los honores, sostenido por vuestra mano generosa, en ese caso, vos, a quien bendigo y a quien doy las gracias con todo mi corazón, tendréis la mitad de mi poder y de mi gloria! Y aun así quedaréis mal recompensado, pues nunca podré llegar a dividir con vos la felicidad que me habréis proporcionado.

-Monseñor -dijo Aramis, conmovido por la palidez y efusión del joven-, la nobleza de vuestro corazón me llena de gozo y me penetra de admiración. No seréis vos quien tenga que darme las gracias, sino el pueblo, a quien

haréis feliz; vuestros descendientes, a quienes haréis ilustres. Sí; yo os habré dado más que la vida, puesto que os daré la inmortalidad.

El joven tendió la mano a Aramis; éste la besó de rodillas. -¡Oh! -exclamó el príncipe con modestia encantadora.

-Es el primer homenaje tributado a nuestro futuro monarca -dijo Aramis-. Cuando os vuelva a ver, diré: "¡Buenos días, Majestad!"

-¡Hasta entonces -murmuró el joven, apoyando sus dedos blancos y afilados sobre su corazón-, no más sueños, no más choques a mi vida, porque se rompería! ¡Oh, señor, cuán pequeña es mi prisión, cuán baja esta ventana! ¡Qué estrechas son estas puertas! ¿Cómo ha podido entrar por ellas, y caber aquí tanto orgullo, tanto esplendor y tanta felicidad?

-Vuestra Alteza Real me colma de orgullo -dijo Aramis-, puesto que me da a entender que yo he traído todo eso.

Luego golpeó la puerta.

El carcelero vino a abrir con Baisemeaux, el cual, devorado de inquietud y de temor, principiaba a aplicar el oído, a pesar suyo, a la puerta del encierro.

Por fortuna, ninguno de los interlocutores había olvidado expresarse en voz baja, aun en los violentos impulsos de la pasión.

-¡Qué confesión! -exclamó el alcaide procurando sonreír-. ¿Quién hubiera creído nunca que un preso, un hombre casi muerto cometiese pecados tan largos y numerosos.

Aramis calló. Lo que deseaba era salir de la Bastilla, donde el secreto que le abrumaba duplicaba el peso de las paredes.

Luego que llegaron a la habitación de Baisemeaux:

-Hablemos de negocios, mi estimado alcaide -dijo Aramis.

-¡Ay! -suspiró Baisemeaux.

-Teníais que pedirme el recibo por ciento cincuenta mil libras -dijo el obispo.

-Y entregaros el primer tercio de la suma -añadió suspirando el pobre alcaide, que dio tres pasos hacia su caja de hierro.

-Aquí tenéis vuestro recibo - dijo Aramis.

-Y aquí el dinero -replicó con un triple suspiro Baisemeaux.

-La Orden me ha encargado tan sólo que os dé un recibo de cincuenta mil libras -dijo Aramis-; pero nada se me ha dicho de recibir dinero. Adiós, señor alcaide.

Y partió, dejando a Baisemeaux confundido de sorpresa y de alegría en presencia de aquel regio presente, hecho con tanta grandeza por el confesor extraordinario de la Bastilla.

LXXV
CÓMO MOSQUETÓN HABÍA ENGORDADO SIN PREVENIR DE ELLO A PORTHOS, Y DE LOS DISGUSTOS QUE ESO PROPORCIONABA AL DIGNO GENTILHOMBRE

Desde que Athos marchó a Blois, pocas veces se habían encontrado untos Porthos y Artagnan. El uno había hecho un servicio penoso cerca del rey; el otro había hecho muchas adquisiciones de muebles que pensaba

llevar a sus tierras, y con los cuales trataba de establecer en sus diversas residencias algo del lujo cortesano, cuyo brillo deslumbrador había entrevisto alrededor de Su Majestad.

Artagnan, siempre fiel, una mañana en que el servicio le dejaba alguna libertad, pensó en Porthos, e inquieto por no habar oído hablar de él hacía más de quince días, encaminóse a casa del barón, a quien encontró a tiempo de levantarse de la cama.

El digno barón parecía pensativo, y mas que pensativo, melancólico. Estaba sentado sobre su lecho, casi desnudo, las piernas colgando, contemplando un sinnúmero de trajes que matizaban el suelo con sus franjas, galones, bordados y contrastes inarmónicos de colores.

Porthos, triste y pensativo, como la liebre de La Fontaine, no vio entrar a Artagnan, a quien, por otra parte, ocultaba en aquel momento Moustón, cuya corpulencia personal, muy insuficiente siempre para ocultar un hombre a otro, se hallaba en aquel momento aéreamente duplicada con la interposición de un traje escarlata, que el intendente mostraba a su amo, teniéndolo cogido por las mangas, para que pudiera aquél verlo mejor.

Artagnan se detuvo pensativo en el umbral, y luego, viendo que el espectáculo de aquellos innumerables trajes que sembraban el suelo, arrancaba hondos suspiros del pecho del digno caballero, creyó que era ya hora de apartarle de tan penosa contemplación, y tosió para anunciarse.

-¡Ah! -exclamó Porthos, cuyo rostro se iluminó súbitamente de alegría- ¡Aquí está Artagnan! ¡Por fin tendré una idea!

A estas palabras, Moustón, que sospechó lo que pasaba a su espalda, se hizo a un lado, sonriendo con ternura al amigo de su amo, y éste se halló así desembarazado del obstáculo material que le impedía acercarse a Artagnan.

Porthos hizo crujir sus rodillas al ponerse en pie, y, atravesando el cuarto en dos zancadas, se halló frente a Artagnan, a quien estrechó contra su pecho con una efusión que parecía adquirir nueva fuerza cada día que pasaba.

-¡Oh! -repitió-. Siempre sois muy bien venido, querido amigo; pero, hoy más que nunca.

-Vamos, ¿reina la tristeza en vuestra casa? -preguntó Artagnan.

Porthos respondió con una mirada que expresaba abatimiento.

-Pues bien, contadme lo que os pasa, amigo Porthos, a menos que no sea un secreto.

-Ya sabéis, amigo mío -dijo Porthos-, que no tengo secretos para vos. Voy, por lo tanto, a deciros lo que me apena.

-Aguardad, Porthos, a que me desembarace antes de toda esta baraúnda de paños, rasos y terciopelos.

-¡Oh! Pasad por encima sin temor -dijo Porthos lastimeramente-. Todo eso son desechos.

-¡Pardiez con los desechos, Porthos! ¡Paño de veinte libras la vara! ¡Raso magnífico! ¡Terciopelo regio!

-Conque esos trajes os parecen...

-¡Espléndidos, Porthos, espléndidos! Apuesto a que sois el único en Francia que tiene tantos, y que, aun cuando no os mandaseis hacer ninguno más y vivieseis cien años, cosa que no me extrañaría, podíais llevar

un vestido nuevo el día de vuestra muerte, sin tener que ver con sastre alguno desde ahora hasta entonces.

Porthos meneó la cabeza.

-Vamos, amigo mío -dijo Artagnan-, esa melancolía, que no es propia de vuestro carácter, me asusta. Mi querido Porthos, salgamos de aquí, y cuanto antes mejor.

-Sí, salgamos, con tal que sea posible.

-¿Habéis recibido, por ventura, malas nuevas de Bracieux, amigo mío?

-No, se ha hecho la corta' de los montes, y han dado una tercera parte más del producto calculado.

-¿Ha desaparecido quizá la pesca de los estanques de Pierrefonds?

-No, amigo mío, se ha hecho la pesca, con el producto de la venta ha habido para apestar de pescado todos los estanques de las cercanías.

-¿Se ha hundido, acaso, Vallon a impulsos de algún terremoto?

-No, amigo, al contrario; ha caído un rayo a cien pasos del palacio, haciendo brotar un manantial en un sitio que carecía de agua.

-Entonces, ¿qué pasa?

-Sucede que he recibido una invitación para las fiestas de Vaux -contestó Porthos, con lúgubre aspecto.

-¡Y os quejáis por eso! ¿Sabéis que el rey ha dado causa a más de cien disensiones en los matrimonios de la Corte, por haber rehusado invitaciones? ¿Conque sois de la partida de Vaux? ¡Vaya, vaya, vaya!

-¡Ay, sí, Dios mío!

-Vais a disfrutar de un golpe de vista magnífico, amigo mío.

-Así lo creo.

-Todo lo mejor de Francia va a reunirse allí.

-¡Ah! -exclamó Porthos arrancándose desesperado un mechón de pelo.

-¿Pero qué es eso?... ¿Estáis malo, amigo mío?

-¡Estoy más fuerte que el Puente Nuevo, vientre de Mahón! No es eso lo que me angustia -¿Pues qué?

-Que no tengo vestido Artagnan quedó petrificado.

-¿Que no tenéis vestido, Porthos? -exclamó-. ¿Pues y esos cincuenta que se hallan rodando por el suelo?

-¡Cincuenta, sí y ni uno solo que me siente bien!

-¿Cómo que ninguno os sienta bien? ¿Pues no os toman medida para vestiros?

-Sí -contestó Moustón-; pero desgraciadamente he engordado más de lo regular.

-¡Cómo! ¿Habéis engordado?

-Tanto, que me he puesto mucho más grueso que el barón. ¿Podríais creerlo, señor?

-¡Pardiez, a la vista está!

-¿Lo ves imbécil, como está a la vista?

-Pero, en último resultado, mi querido Porthos -replicó Artagnan un tanto impaciente-, no comprendo que vuestros vestidos no os vengan porque Moustón ha engordado.

-Voy a explicároslo, amigo mío -dijo Porthos-. Sin duda, recordaréis haberme oído contar la historia de un general romano, Antonio, que tenía siempre siete jabalíes compuestos y aderezados en distintos puntos, para

que pudieran servir de comer a cualquier hora que se le antojase. Pues bien, como de un momento a otro podía ser llamado a la Corte y tener que pasar en ella una semana, decidí que me tuviesen dispuestos siempre siete trajes para esta ocasión.

-Muy bien pensado, Porthos. No hay mas sino que se necesita una fortuna como la vuestra para satisfacer semejantes caprichos, y eso sin contar el tiempo que se pierde en tomar medidas. ¡Las modas cambian tan a menudo!

-De eso precisamente me lisonjeaba, de haber hallado un expediente ingenioso.

-Veamos cuál, porque yo jamás he dudado de vuestro ingenio.

-¿No recordáis que Moustón estaba flaco?

-Sí, en aquel tiempo en que se llamaba Mosquetón.

-¿Y recordáis cuándo comenzó a engordar?

-No me acuerdo a punto fijo; perdonad, querido Moustón.

-¡Oh! No incurrís por eso en falta -dijo Moustón con aire amable-. Fue cuando estabais en París, y nosotros vivíamos en Pierrefonds.

-Sea cuando fuese, amigo Porthos, ello es que hubo un momento en que Moustón empezó a engordar... ¿No es eso lo que me queríais decir?

-Justamente, y es época de muy gratos recuerdos para mí.

-¡Lo creo! -repuso Artagnan.

-Ya comprenderéis -continuó Porthos- el trabajo que eso me evitaba.

-No lo comprendo todavía, querido amigo; pero a fuerza de explicármelo ...

-Oíd. En primer lugar, como habéis dicho, es una pérdida de tiempo el que se emplea en tomar a uno medida, aún cuando sólo sea cada quince días. Además, puede uno estar de viaje, y cuando quiere tener dispuestos siempre siete trajes... En una palabra, amigo mío, tengo una gran repugnancia a que me tomen medida. O es uno noble o no, ¡qué diantre! Eso de dejarse palpar y medir por un bergante que le analiza a uno por pies, pulgadas y líneas, es cosa humillante. Esas gentes os encuentran faltos de un lado, prominentes de otro, y conocen perfectamente vuestro fuerte y vuestro flaco. Mirad, cuando sale uno de manos de un sastre, se asemeja a esas plazas fuertes, de las que un espía ha logrado tomar los ángulos y la espesura de las murallas.

-¡Verdaderamente, querido Porthos, tenéis ideas enteramente propias!

-Ya veis, cuando uno es ingeniero...

-Y ha fortificado a Belle-Isle... Tenéis razón, amigo mío.

-Me ocurrió, pues, una idea, y sin duda habría sido buena, a no ser por el descuido del señor Moustón.

Artagnan lanzó una mirada a Moustón, el cual contestó a ella con un ligero movimiento de cuerpo, que quería decir: "Ahora veréis si en todo eso tengo yo la menor culpa.„

-Complacíame -prosiguió Porthos- en ver engordar a Moustón, y me apliqué con todas mis fuerzas a hacerle adquirir gordura con ayuda de un alimento substancioso, confiando siempre que llegaría a igualarme en circunferencia, y podría entonces medirse en lugar mío.

-¡Ah! ¡Cuerno de buey! -exclamó Artagnan-. Ahora comprendo. Eso os evita a la vez la pérdida de tiempo y de humillación.

-¡Exactamente! Juzgad, pues, de mi alegría, cuando, después de año y medio de un alimento bien combinado, porque yo en persona me tomaba el trabajo de alimentarle...

-¡Oh! Y no he contribuido poco también por mi parte, señor -dijo sencillamente Moustón.

-En efecto, juzgad, pues, de mi alegría cuando advertí una mañana que Moustón tenía que ladearse lo mismo que yo, para pasar por la puerta secreta que esos demonios de arquitectos abrieron en el cuarto de la difunta madame Du-Vallon, en el palacio de Pierrefonds. Y ahora que hablo de esa puerta, amigo mío, permitidme que os pregunte, a vos, que nada ignoráis, por qué esos zopencos de arquitectos, que por su profesión deben llevar el compás en los ojos, tienen el capricho de construir puertas por las que no caben más que personas delgadas.

-Esas puertas -contestó Artagnan- están destinadas para los galanes, y por lo regular un galán es siempre delgado y esbelto de cuerpo.

-La señora Du-Vallon no tenía ningún galán -replicó Porthos con majestad.

-Enhorabuena, amigo mío -objetó Artagnan-; pero los arquitectos tendrían en cuenta la eventualidad de que os volvierais a casar.

-¡Ah! Bien puede ser –dijo Porthos-. Y ya que me habéis explicado el porqué de las puertas estrechas, volvamos a la gordura de Moustón. Notad de paso, amigo mío, cómo los extremos se tocan; siempre he advertido que las ideas vienen al fin a ponerse de acuerdo. A propósito de esto, Artagnan, advertid un curioso fenómeno. os hablaba de Moustón, que era grueso, y hemos ido a parar a la señora Du-Vallon.

-Que era flaca.

-¡Hum! ¿No es eso un prodigio?

-Querido, un sabio amigo mío, llamado señor Costar, ha hecho la misma observación que vos, y da a eso un nombre griego, del que ahora no me acuerdo.

-¡Ah! ¿No es nueva mi observación? -exclamó Porthos asombrado-. ¡Y yo que creía haberla inventado!

-Amigo mío, ese era ya un hecho conocido antes de Aristóteles; es decir, hace cerca de dos mil años.

-Pues bien, no por eso es menos exacto -replicó Porthos encantado de ver apoyada su observación por los sabios de la antigüedad.

-¡Perfectamente! Pero volvamos a Moustón, a quien creo que dejamos engordando a ojos vistas.

-En efecto -dijo Porthos-. Moustón engordo de t suerte, que dejó cumplidos todos mis deseos, llegando a tener misma medida, de lo cual pude convencerme cierto día que vi sobre el cuerpo de ese pillo un vestido que se había hecho con uno de mis trajes; un traje, en que sólo el bordado costaba cien doblones.

-Era para probarlo, señor -respondió Moustón.

-Desde entonces -replicó Porthos- decidí que Moustón se pusiese en comunicación con mis sastres para que le tomasen medida en mi lugar.

-Muy bien pensado, Porthos; pero Moustón es pie y medio más bajo que vos.

-Justamente; así es que se le tomaba :a medida hasta el suelo, y la extremidad de la casaca llegábame encima de la rodilla.

-¡Qué suerte tenéis, Porthos! ¡Sólo a vos os suceden cosas semejantes

-¡Sí! ¡Podéis darme la enhorabuena por ello! Precisamente fue por esa época, esto es, hace unos dos años y medio, cuando marché a Belle-Isle, dejando encargado a Moustón, para tener siempre y en caso de necesidad una muestra de las modas, que se mandase hacer un traje todos los meses.

-Y Moustón se habrá descuidado en cumplir vuestro encargo. ¡Oh, demasiada negligencia es ésa, Moustón !

-Al contrario, señor, al contrario.

-No, no olvidó hacerse los trajes; pera olvidó avisarme que engordaba.

-¡Pardiez! No ha sido mía la culpa, señor; vuestro sastre no me ha dicho nada.

-De modo -continuó Porthos- que el gran tuno ha adquirido en dos años dieciocho pulgadas de circunferencia mas, y mis doce últimos trajes son todos demasiado anchos progresivamente, de pie a pie y medio.

-Pero, ¿y los otros, los hechos en la época en que teníais el mismo cuerpo?

-No son ya de moda, mi querido amigo. Si me los pusiese parecería que acababa de llegar de Siam, y no había visto una Corte en dos años.

-Comprendo vuestro apuro. ¿Cuántos vestidos tenéis? ¿Treinta y seis? ¡Y como si no tuvieseis ninguno! Pues bien, es preciso mandar hacer otro más, y los treinta y seis restantes serán para Moustón.

-¡Ah, señor! - exclamó Moustón con aire satisfecho-. Siempre habéis sido bondadoso para conmigo.

-¡Diantre! ¿Creéis que no se me ha ocurrido ya esa idea, o que me haya detenido el gasto? Pero sólo faltan dos días para las fiestas de Vaux; ayer recibí la invitación; hice venir inmediatamente a Moustón en posta con mi guardarropa, y hasta hoy por la mañana no he echado de ver el apuro en que me encuentro. Es bien seguro que de aquí a pasado mañana no hay sastre de buen tono que se encargue de hacerme un vestido.

-Es decir, un vestido cubierto de oro, ¿no es verdad?

-¡Oro por todas partes!

-Ya lo arreglaremos. No tenéis que partir hasta dentro de tres días. Las invitaciones son para el miércoles, y estamos todavía en la mañana del domingo.

-Verdad es; pero Aramis me ha encargado que esté en Vaux veinti-cuatro horas antes.

-¿Aramis?

-Sí; él me ha traído la invitación.

-¡Ah! Ya comprendo: la invitación os viene del señor Fouquet.

-¡No! Del rey en persona, amigo mío. El billete dice con todas sus letras: "Se avisa al señor barón Du-Vallon que el rey se ha dignado incluirle en la lista de sus convidados..."

-Perfectamente; pero tenéis que marchar con el señor Fouquet.

-Y cuando pienso -exclamó Porthos desfondando el tillado de una patada-, cuando pienso que me encuentro sin vestido, ¡reventaría de rabia! ¡De buena gana ahogaría a alguien o destrozaría cualquier cosa!

-No choquéis con nadie ni destrocéis cosa alguna, Porthos, que yo arreglaré todo eso; poneos uno de vuestros treinta y seis trajes y venid conmigo a casa de un sastre. -¡Bah! Mi comisionado ha estado en todos los talleres esta mañana.

-¿En el de Percerín también?

-¿Quién es ese Percerín?

-¡El sastre del rey, diantre!

-¡Ah! ¡Sí, sí! -dijo Porthos, que quería aparentar que conocía al sastre del rey, aunque oía ese nombre por primera vez-. ¡La casa Percerín, el sastre del rey, pardiez! He pensado que estaría muy ocupado.

-Sí que lo estará, y mucho; pero no tengáis cuidado, amigo, que hará por mí lo que no haría por ningún otro. Lo que habrá es que tendréis que dejaros tomar medida, amigo mío.

-¡Ah! -exclamó Porthos exhalando un suspiro-. Eso es fastidioso, pero, en fin, ¡cómo ha de ser!

-¡Pardiez! No haréis más que los otros, querido; haréis lo mismo que hace el rey.

-¡Pues qué! ¿También toman medida al rey? ¿Y lo consiente?

-El rey es presumido, querido, y vos también, por más que lo neguéis.

Porthos sonrió con aire de triunfo.

-¡Vamos, pues, a casa del sastre del rey! -dijo-. Y puesto que toma medida a Su Majestad, me parece que también puedo permitir que me la tome a mí.

LXXVI
MÍCER JUAN PERCERÍN

El sastre del rey, mícer Juan Percerín, ocupaba una casa bastante espaciosa en la calle San Honorato, junto a la del Árbol Seco. Era hombre de delicado gusto en telas, bordados y terciopelos. Veníale de padres a hijos el carácter de sastre del rey, sucesión que remontaba a Carlos IX, a quien, como ya se sabe, remontaban también ciertas fantasías de bravura, muy difíciles de satisfacer.

El Percerín en aquel tiempo era un hugonote como Ambrosio Paré, y había sido protegido por la reina de Navarra, la bella Margot, como se escribía y se decía entonces, en atención a ser el único que consiguió le sentaran bien los magníficos trajes de amazona que tanto le complacían, porque eran muy a propósito para disimular ciertos defectos anatómicos que la reina de Navarra ocultaba cuidadosamente.

Sustraído Percerín a la persecución, hizo por agradecimiento, unos hermosos corpiños negros, muy económicos, para la reina Catalina, la cual concluyó al fin por decidirse a conservar al hugonote, a quien por largo tiempo había mirado con malos ojos. Pero Percerín era hombre prudente. Había oído decir que nada más peligroso para un hugonote que las sonrisas de la reina Catalina; y, habiendo observado que ésta le sonreía más que de costumbre, se apresuró a hacerse católico con toda su familia. Esta conversión fue recibida muy bien, y le llevó a la distinguida posición de maestro sastre de la corona de Francia.

En tiempo de Enrique III, rey presumido como el que más, aquella posición llegó a la altura de los más elevados picos de las cordilleras. Percerín había sido toda su vida hombre hábil, y, a fin de conservar esa reputación más allá , de la tumba, guardóse bien de menoscabarla a su fallecimiento; así que falleció muy oportunamente a la hora precisa en que su imaginación empezaba a debilitarse.

Dejó un hijo y una hija, dignos los dos del nombre que eran llamados a llevar: el varón, cortador intrépido y exacto como escuadra, y la hembra, bordadora y dibujante de adornos.

Las bodas de Enrique IV y de María de Médicis, los majestuosos lutos de la citada reina y algunos dichos escapados al señor de Bassompierre, rey de los elegantes de la época, labraron la fortuna de aquella segunda generación de los Percerín.

Concino Concini y su esposa Galigai, que sobresalieron después en la corte de Francia, quisieron italianizar los trajes e hicieron venir sastres de Florencia; pero, herido intensamente Percerín en su patriotismo y amor propio confundió a aquellos extranjeros con sus dibujos de brocatel y su habilidad inimitable, al extremo de que Concino fue el primero en renunciar a sus compatriotas, y tuvo al sastre francés en tal estima, que sólo quiso ser vestido por él. De modo que el día en que Vitry le atravesó la cabeza de un pistoletazo en el puente chico del Louvre, llevaba una ropilla hecha por Percerín.

Esa ropilla, salida de los talleres del maestro Percerín, fue la que los parisienses se complacieron en desgarrar, juntamente con la carne humana que contenía.

No obstante el favor que Percerín había obtenido de Concino Concini, le rey Luis XIII tuvo la generosidad de no conservar rencor al sastre y retenerle a su servicio. En el instante en que Luis el Justo daba ese grande ejemplo de equidad, acababa de amaestrar Percerín a dos hijos, uno de los cuales hizo su ensayo en las bodas de Ana de Austria, inventaba para el cardenal Richelieu aquel famoso traje español con que bailó una zarabanda, hacía los trajes de la tragedia de Mirame y cosía a la capilla de Buckingham aquellas célebres perlas que estaban destinadas a ser derramadas por los suelos del Louvre.

Fácilmente se adquiere fama cuando se viste a personas como los señores de Buckingham y de Cinq-Mars, la señorita Ninón, el señor de Beaufort y Marión de Lorme. Así fue que Percerín III había llegado al apogeo de la gloria cuando murió su padre.

Este mismo Percerín III, viejo, glorioso y rico, aún vestía a Luis XIV, y, no teniendo hijos, cosa que le apesadumbraba en extremo porque en él extinguíase la dinastía, dedicábase a formar discípulos que daban las más lisonjeras esperanzas. Poseía una carroza, tierras, lacayos, los más altos de todo París, y, por autorización especial de Luis XIV, una jauría. Vestía a los señores de Lyonne y Letellier con cierta especie de protección; en cuanto al señor Colbert, hombre político, embebido en los secretos de Estado, jamás logró hacerle un traje que le sentara bien. Esto no se explica, se adivina. Los grandes hombres, en cualquier rama que sea, viven de percepciones invisibles, incoercibles, y obran sin saber ellos mismos por qué. El gran Percerín (porque, contra lo que sucede de ordinario en las dinastías, el

último de los Percerín era el que se había granjeado el renombre de grande), el gran Percerín, decíamos, cortaba magistralmente un corpiño para la reina o unas calzas para el rey; inventaba una capa para Monsieur, o un cuadrado de medias para Madame; pero, a pesar de su genio supremo, no podía atinar con la medida del señor Colbert. "Ese hombre -decía muchas veces- no está al alcance de mi talento, y mis agujas nunca harán cosa de provecho para él."

No hay para qué decir que Percerín era el sastre del señor Fouquet, y que éste le apreciaba en extremo.

El señor Percerín tenía cerca de ochenta años, y, no obstante, se conservaba tan verde y enjuto, que los cortesanos decían que estaba acartonado. Su fama y su riqueza eran bastante considerables para que el príncipe de Condé, rey de los petimetres, no tuviese reparo en darle el brazo y hablarle de modas, y para que los cortesanos menos solícitos en pagar no se atrevieran a dejar cuentas demasiado atrasadas porque maese Percerín hacía un primer vestido al fiado, pero nunca el segundo si no le pagaban el anterior.

Se concibe que semejante sastre, en lugar de andar a caza de parroquianos, opusiese reparo a recibir otros nuevos. Así es que Percerín negábase a vestir a los que no eran nobles, y aun a los nobles de nuevo cuño. Hasta corría la voz de que Mazarino, a cambio de un gran traje completo de cardenal en ceremonia, le deslizó un buen día en la mano títulos de nobleza.

Percerín tenía travesura y malicia, y se 'le reputaba por algo retozón. A pesar de sus ochenta años, aún tomaba con mano firme la medida de los corpiños de señora.

A casa de este artista, gran señor, fue adonde Artagnan llevó al desolado Porthos.

Este decía por el camino a su amigo:

-Cuidado, amigo Artagnan, no comprometáis la dignidad de un hombre como yo con la arrogancia de ese Percerín, que debe ser un grosero; porque, os prevengo, querido, que si me llega a faltar, le siento la mano.

-Presentándoos yo -respondió Artagnan- nada tenéis que temer, amigo, aun cuando fueseis... lo que no sois.

-¡Ah! Es que...

-¿Qué? ¿Tenéis algo contra Percerín?

-Creo que en cierta ocasión . . .

-¿Qué sucedió?

-Envié a Moustón a casa de un pillastre de ese nombre.

-¿Y qué?

-Pues que ese pillastre se negó a vestirme.

-Sería una equivocación que urge deshacer. Moustón se confundiría.

-Quizá.

-Y tomaría un nombre por otro.

-Es posible. Ese tuno de Moustón nunca ha sabido retener nombres.

-Yo me encargo de todo eso.

-Muy bien.

-Haced parar la carroza, Porthos; es aquí.

-¿Aquí?

-Sí.

-¡Si estamos en los mercados, y dijisteis que la casa estaba en la esquina de la calle del Árbol Seco!

-Es verdad; pero, ved.

-Y bien, ya miro, y veo...

-¿Qué?

-¡Que estamos en los mercados, pardiez!

-Pero no querréis que nuestros caballos monten sobre la carroza que nos precede.

-No.

-Ni que la carroza que nos precede monte sobre la que va delante.

-Todavía menos.

-Ni que la segunda carroza pase por encima de las treinta o cuarenta que han llegado antes que nosotros. Tenéis razón.

-¡Ah!

-¡Cuánta gente, amigo, cuánta gente!

-¿Qué tal?

-¿Y qué hace ahí toda esa gente?

-Pues muy sencillo: esperan su turno.

-¡Bah! ¿Se han mudado por ventura los cómicos del palacio de Borgoña?

-No; aguardan vez para entrar en casa del señor Percerín.

-¿Y será cosa de que nosotros vayamos a esperar también?

-¡Oh! Nosotros seremos más ingeniosos y menos orgullosos que toda esa gente.

-¿Y qué vamos a hacer?

-Vamos a bajar y a pasar por entre los pajes y lacayos, y nos meteremos en el taller; yo os respondo de ello, sobre todo si queréis ir delante.

-Vamos -dijo Porthos.

Y, apeándose los dos, se encaminaron a pie hacia la casa.

Lo que daba origen a aquella aglomeración de gente, era que se hallaba cerrada la puerta del señor Percerín, y que un lacayo, de pie en el umbral, anunciaba a los ilustres parroquianos del ilustre sastre que, por el momento, el señor Percerín no recibía a nadie. Murmurábase por fuera, con arreglo, por supuesto, a lo que había dicho confidencialmente el lacayo a un gran señor, a quien mostraba cierta benevolencia, que Percerín estaba ocupado en hacer cinco trajes para el rey, y que, atendida la urgencia de la situación, meditaba en su gabinete sobre los adornos, color y corte de los susodichos trajes.

Satisfechos muchos con esta explicación, volvíanse contentos con poderla divulgar entre sus conocidos; pero otros, más tenaces, insistían en que se abriese la .puerta, y, entre ellos, tres cordones azules designados para un baile que fracasaría infaliblemente si los tres cordones azules no tenían sus trajes cortados por la mano misma del gran Percerín.

Artagnan, empujando siempre a Porthos, que hendía los grupos, consiguió llegar hasta los mostradores, tras de los cuales los oficiales se desgañitaban en contestar a más y mejor.

Olvidábamos decir que a la puerta quisieron detener a Porthos, lo mismo que a los demás; mas Artagnan se presentó, y no bien pronunció estas palabras: "¡Orden del rey!", lo dejaron pasar con su amigo.

Aquellos pobres diablos componíanse lo mejor que podían para contestar a las exigencias de los parroquianos en ausencia del amo, interrumpiéndose al dar una puntada para enjaretar una frase; y cuando el amor propio herido o la paciencia agotada les reprendía con excesiva viveza, el que era atacado se agachaba y desaparecía bajo el mostrador.

La procesión de señores descontentos presentaba un cuadro lleno de curiosos detalles.

Nuestro capitán de mosqueteros, hombre de mirada rápida y segura, lo abarcó en una sola ojeada. Pero, después de haber recorrido los grupos, la mirada se detuvo en un hombre situado frente de él. Aquel hombre, sentado en un escabel, apenas asomaba la cabeza por encima del mostrador. Era de unos cuarenta años, de fisonomía melancólica, color pálido y ojos dulces y brillantes. Miraba a Artagnan y a los demás con una mano bajo la barba como observador curioso y tranquilo. Pero, al fijar más su atención y reconocer sin duda a nuestro capitán, se bajó el sombrero hasta los ojos.

Tal vez fue ese movimiento lo que atrajo la mirada de Artagnan. Si fue así vino a resultar que el hombre del sombrero encasquetado logró un objeto muy diferente del que se había propuesto, por 1o demás, el vestido de aquel hombre era bastante sencillo y sus cabellos estaban bastante lisamente peinados para que los clientes poco observadores le tomasen por un simple oficial de sastre, sentado detrás de la tabla, y cosiendo, con exactitud, el paño o el terciopelo.

Sin embargo, aquel hombre levantaba con demasiada frecuencia la cabeza para que sus dedos trabajasen con fruto.

Artagnan no echó en saco roto esta observación, y comprendió que si aquel hombre trabajaba no era por cierto en telas.

-¡Hola! -dijo encarándose con él-. ¿Conque os habéis hecho oficial de sastre, señor Moliére?

-¡Silencio, señor de Artagnan! -contestó el otro dulcemente-. ¡Silencio en nombre del Cielo, que vais a hacer que me reconozcan!

-¿Y qué mal hay en eso?

-El hecho es que no hay mal ninguno; pero...

-Pero queréis decir que tampoco hay ningún bien, ¿no es eso?

-¡Ay, no! Estaba, os lo aseguro, ocupado en contemplar figuras muy dignas de estudio.

-Pues proseguid vuestras observaciones, señor Moliére. Comprendo el interés que la cosa tiene para vos, y... no quiero distraer vuestros estudios.

-¡Gracias!

-Mas con una condición: que me digáis dónde se halla realmente el señor Percerín.

-Con mucho gusto: en su gabinete. Sólo que...

-Sólo que no se puede pasar, ¿eh?

-¡De ningún modo!

-¿No está visible para nadie?

-Para nadie. Me hizo colocar aquí, a fin de que pudiese a mi placer hacer observaciones, y en seguida se marchó.

-Pues bien, mi querido señor Moliére, iréis a avisarle que he venido, ¿no es así?

-¿Yo? -exclamó Moliére en el tono de un perro valiente a quien le quitan el hueso que ha ganado legítimamente-. ¿Yo abandonar este sitio? ¡Vaya, señor Artagnan, qué mal me tratáis!

-Si no vais a avisar inmediatamente al señor Percerín que me encuentro aquí, mi querido señor Moliére -dijo Artagnan en voz baja-, os prevengo una cosa, y es que no os haré ver al amigo que viene conmigo.

Moliére designó a Porthos con un ademán imperceptible.

-Ese, ¿no? -dijo.

-Sí.

Moliére lanzó a Porthos una de esas miradas que escarban los cerebros y los corazones. El examen debió parecerle sin duda muy preñado en promesas, pues se levantó al momento y pasó a la pieza inmediata.

LXXVII
LAS MUESTRAS

Mientras tanto la multitud iba disminuyendo lentamente, dejando en cada esquina del mostrador un gruñido o una amenaza, como, en los bancos de arena del Océano, las olas dejan un poco de espuma o de algas trituradas, cuando se retiran al bajar la marea. Transcurridos diez minutos volvió Moliére, haciendo bajo el tapiz otra seña a Artagnan. Éste se precipitó, arrastrando a Porthos, y, a través de corredores bastante complicados, le condujo al gabinete de Percerín. El viejo, con las mangas remangadas, plegaba una pieza de brocado con grandes flores de oro, para darle hermosos visos. Al ver a Artagnan, dejó su tela y se aproximó a él, no radiante, ni cortés, sino, en suma, bastante sociable.

-Señor capitán de guardias -dijo-, espero me excuséis, porque estoy sumamente ocupado.

-Sí; ya sé que estáis haciendo los vestidos para el rey, mi querido señor Percerín. Me han dicho que son tres.

-¡Cinco, mi querido señor, cinco!

-Tres o cinco, lo mismo da, maestro Percerín; lo cierto es que serán los más hermosos del mundo.

-Ya es sabido. Cuando estén hechos, serán los más hermosos del mundo, no digo que no; mas, para que sean los más hermosos del mundo, es necesario primero que se hagan, y, para esto, señor capitán, necesito tiempo.

-¡Ah, bah! Todavía quedan dos días, y es mucho más tiempo del que necesitáis, señor Percerín -dijo Artagnan con la mayor flema.

Percerín levantó la cabeza como hombre poco acostumbrado a que le contraríen ni aun en sus caprichos; pero Artagnan simuló no poner atención en el aire que el afamado sastre principiaba a tomar.

-Mi querido señor Percerín -continuó-, vengo a traeros un parroquiano.

-¡Ah, ah! -murmuró Percerín con rostro ceñudo.

-El señor barón Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds -prosiguió Artagnan.

Percerín esbozo un saludo, que halló muy pocas simpatías en el terrible Porthos, quien desde que entró en el gabinete no había cesado de mirar al sastre de reojo.

-Uno de mis buenos amigos terminó Artagnan.

-Serviré al señor -dijo Percerín-, pero en otra ocasión.

-¿Y cuándo?

-Cuando tenga tiempo.

-Ya habéis dicho eso a mi criado -interrumpió Porthos descontento.

-Puede ser -dijo Percerín-; casi siempre estoy con prisas.

-Amigo mío -dijo sentenciosamente Porthos-, siempre tiene uno tiempo cuando quiere.

Percerín se puso carmesí, lo cual, en los viejos blanqueados por los años, es un diagnóstico funesto.

-Señor -dijo-, libre sois de serviros en otra parte.

-Vamos, vamos, Percerín -deslizó Artagnan-, no estáis hoy de buen humor. Pues bien, voy a deciros una cosa que os hará enmudecer. El señor, no sólo es amigo mío, sino también del señor Fouquet.

-¡Ah, ah! -exclamó el sastre-. Eso es otra cosa.

Y, volviéndose hacia Porthos:

-El señor barón ¿está con el señor superintendente?

-Estoy conmigo -estalló Porthos en el momento mismo en que se levantaba la cortina para dar paso a un nuevo interlocutor.

Moliére observaba. Artagnan reía. Porthos renegaba.

-Mi querido Percerín -dijo Artagnan-, haréis un traje al señor barón; soy yo quien os lo pide.

-Lo haré por vos, señor capitán. Pero eso no basta: lo haréis en seguida.

-Imposible antes de ocho días.

-Entonces es como si os negaseis a hacerlo, pues el traje ha de servir para las fiestas de Vaux.

-Repito que es imposible -insistió el obstinado viejo.

-No, querido señor Percerín, sobre todo siendo yo quien os lo suplica -dijo una dulce voz en la puerta, voz metálica que hizo aguzar los oídos a Artagnan.

Era la voz de Aramis.

-¡Señor de Herblay! -exclamó el sastre.

-¡Aramis! -murmuró Artagnan.

-¡Hola! ¡Nuestro obispo! prorrumpió Porthos.

-¡Buenos días, Artagnan! ¡Buenos días, Porthos! ¡Buenos días, queridos amigos! -dijo Aramis-. Vamos, vamos, querido señor Percerín, haced el traje del señor, y os aseguro que en ello complaceréis al señor Fouquet.

Y acompañó estas palabras con un movimiento que significaba: "Consentid, y despedid a estos caballeros." Parece que Aramis debía tener sobre el maestro Percerín una influencia superior a la de Artagnan, porque el sastre inclinóse en señal de asentimiento, y, volviéndose hacia Porthos:

-Id a que os tomen medida al otro lado -dijo rudamente.

Porthos se puso en extremo colorado.

Artagnan vio echarse encima la tempestad, e, interpelando a Moliére.

-Mi querido señor -le dijo a media voz-, el hombre que estáis viendo considera deshonroso para él dejar que le midan la carne y los huesos que Dios le ha dado; estudiad ese tipo, maestro Aristófanes, y aprovechaos de él. Moliére no tenía necesidad de que le excitasen, porque no apartaba los ojos del barón Porthos. -Señor -le dijo-, si tenéis la bondad de venir conmigo, haré que os tomen medida del traje, sin que el medidor os toque.

-¡Oh! -murmuró Porthos-. ¿Cómo es eso, amigo mío?

-Digo que nadie aplicará la mano ni el pie a vuestras costuras. Es un nuevo método que hemos inventado para tomar medida a las personas distinguidas, cuya susceptibilidad se resiste de que las palpe gente plebeya. Hay personas susceptibles que no pueden tolerar que les tomen medida, acto que, en mi sentir, lastima la majestad natural del hombre, y si por acaso fuerais vos de esas personas...

-¡Pardiez! Ya lo creo que lo soy.

-Pues viene de perlas, señor barón; con eso estrenaréis nuestro nuevo procedimiento.

-¿Y cómo demonios os componéis para eso? -preguntó entusiasmado Porthos.

-Señor -dijo Moliére inclinándose-, si os dignáis seguirme, lo veréis por vuestros propios ojos.

Aramis observaba aquella escena con sus cinco sentidos. Acaso creía adivinar, en la animación de Artagnan, que éste marchase con Porthos con propósito de no perder el fin de una escena que principiaba tan bien. Pero, por esta vez, se engañó Aramis con toda su perspicacia. Porthos y Moliére marcharon solos. Artagnan quedóse con Percerín. ¿Por qué? Por curiosidad, nada más; probablemente, con la intención de disfrutar algunos instantes más de la compañía de su buen amigo Aramis. Luego que desaparecieron Porthos y Moliére, se acercó Artagnan al obispo de Vannes, cosa que pareció contrariar a éste grandemente.

-Otro traje para vos, ¿no es cierto, querido amigo?

Aramis sonrió.

-No -dijo.

-Sin embargo, iréis a Vaux.

-Iré, pero sin estrenar traje. Olvidáis, querido Artagnan, que un pobre obispo de Vannes no es bastante rico para hacerse trajes todas las fiestas.

-¡Bah! -dijo riendo el mosquetero-. ¿No se hacen ya poemas?

-¡Oh Artagnan! Hace ya mucho tiempo que no pienso en tales frivolidades.

Percerín había vuelto a contemplar sus brocados.

-¿No os parece -preguntó Aramis sonriendo-, que estamos incomodando a ese buen hombre, amigo Artagnan?

-¡Ah, ah! -murmuró entre dientes el mosquetero-. Eso significa que estorbo, querido amigo.

Y luego, en voz alta:

-Pues bien, marchemos -repuso-. Yo nada tengo que hacer aquí, y, si estáis tan libre como yo, querido Aramis.. .

-No; yo quisiera...

-¡Ah! ¿Tenéis que decir algo de particular a Percerín? ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

-De particular -repitió Aramis-, sí, cierto, pero no estorbáis, Artagnan. Nunca, podéis creerlo, tendré nada de particular para que un amigo como vos no pueda oírlo.

-¡Oh! No, no; yo me retiro -insistió Artagnan, dando no obstante a su voz un acento sensible de curiosidad, porque no se le había escapado la turbación de Aramis- a pesar de lo bien que éste la disimulaba, y sabía que en aquella alma insondable, todo, hasta las cosas más fútiles en apariencia, iban encaminadas por lo regular a un fin, fin desconocido, pero que; en atención al conocimiento que el mosquetero tenía del carácter de su amigo, debía presumirlo importante.

Aramis, por su parte, conoció que Artagnan había llegado a concebir sospechas, e insistió:

-Quedáos -le dijo-, y veréis lo que es.

Luego, volviéndose al sastre:

-Mi querido Percerín... -le dijo- y ahora me alegro de que estéis presente, Artagnan.

-¿De veras? -dijo el gascón más sobre sí aún esta vez que las anteriores.

Percerín no se movió. Aramis le despertó violentamente quitándole de las manos la tela objeto de su meditación.

-Querido Percerín -le dijo-, he traído conmigo al señor Le Brun, uno de los pintores del señor Fouquet.

"¡Ah! Perfectamente -pensó el mosquetero-. ¿Pero a qué vendrá Le Brun?"

Aramis observaba a Artagnan, el cual se puso a contemplar unos grabados de Marco Antonio.

-¿Y queréis que se le haga un traje igual al de los epicúreos? -repuso Percerín.

Y, al decir estas palabras distraídamente, el digno sastre procuraba engolfarse de nuevo en la contemplación de su pieza de brocado.

-¿Un traje de epicúreos? -inquirió Artagnan en tono de preguntón.

-En fin -dijo. Aramis con su más encantadora sonrisa-, está escrito que nuestro amado Artagnan ha de saber hoy todos nuestros secretos; sí, amigo, sí. ¿Habéis oído hablar de los epicúreos del señor Fouquet?

-Sin duda. ¿No es una especie de sociedad de poetas de que forman parte La Fontaine, Loret, Pellison, Moliére y algunos más y tiene su academia en Saint-Mandé?

-Esa, justamente. Pues bien, hemos pensado dar un uniforme a nuestros poetas, y formar con ellos un regimiento a las órdenes del rey.

-¡Oh, muy bien! Adivino una sorpresa que el señor Fouquet da al rey. Si es ese el secreto del señor

Le Brun no temáis, que no lo descubriré.

-¡Siempre obsequioso, amigo mío! No, el señor Le Brun nada tiene que ver en esto; el secreto suyo es todavía mucho más importante que el otro.

-Si es así, prefiero no saberlo -contestó Artagnan haciendo como que se marchaba.

-Entrad, señor Le Brun, entrad -dijo Aramis, abriendo con la mano derecha una puerta lateral, y reteniendo con la izquierda a Artagnan.

-A fe mía que no entiendo una palabra -dijo Percerín.

Aramis hizo una pausa, como se dice en materia teatral.

-Mi querido señor Percerín -dijo-, estáis haciendo cinco trajes para el rey, ¿no es verdad? Uno de brocado, otro de paño de caza, otro de terciopelo, otro de raso, y otro de tela de Florencia.

-Sí. Mas, ¿cómo sabéis todo eso, monseñor? -preguntó Percerín estupefacto.

-De un modo muy sencillo, mi querido señor; habrá caza, festín, concierto, paseo y recepción, y esas cinco son de etiqueta.

-¡Todo lo sabéis, monseñor! -Y otras muchas cosas más - murmuró Artagnan.

-Pero lo que no sabéis, monseñor -dijo el sastre con aire de triunfo-, a pesar de ser un príncipe de la Iglesia, lo que nadie sabe, y lo que el rey, la señorita de La Valliére y yo solamente sabemos, es el color de las telas y la clase de los adornos: el corte, el conjunto y la combinación de todo esto.

-Pues bien -dijo Aramis-, eso es precisamente lo que deseo que me digáis, mi querido señor Percerín.

-¡Ah, ah! -exclamó asustado el sastre, a pesar de que Aramis pronunció las palabras anteriores con su voz más dulce y melodiosa. La pretensión, reflexionándolo, pareció a Percerín tan exagerada, tan ridícula, tan enorme, que primero rió por lo bajo, luego de una manera sonora, hasta acabar en una carcajada. Artagnan le imitó, no porque le pareciese la cosa tan risible, sino por evitar que Aramis se pusiese sobre sí. Este dejó reír a ambos, y después que se calmaron:

-A primera vista -dijo-, parece que he aventurado un absurdo, ¿verdad? Pero Artagnan, que es la sabiduría en persona, os dirá que mi pregunta está muy en su lugar.

-Vamos a ver -dijo el mosquetero con vivo interés, conociendo con su olfato maravilloso que hasta entonces sólo había habido escaramuza, y que se acercaba el instante supremo de la batalla.

-Veamos -dijo Percerín con incredulidad.

-¿Con qué objeto da el señor Fouquet la fiesta al rey? -prosiguió Aramis-. ¿No es con la mira de agradarle?

-Seguramente -asintió Percerín.

Artagnan aprobó con un signo de cabeza.

-¿Ofreciéndole alguna galantería, alguna idea feliz? ¿Por medio de una serie de sorpresas, semejante a la que decíamos hace poco, hablando del capricho de regimentar a nuestros epicúreos?

-¡De fijo!

-Pues bien, la sorpresa, mi buen amigo señor Le Brun, es un hombre que dibuja muy fielmente.

-Sí -dijo Percerín-, he visto cuadros suyos, en que los trajes estaban muy cuidados. Por eso me he brindado a hacerle un traje, bien sea igual al de los señores epicúreos, o de otra forma particular.

-Querido señor, os cogemos la palabra, pero para más adelante; por ahora, lo que necesita el señor Le Brun no es que le hagan un traje, sino que le facilitéis los que estáis haciendo para el rey.

Percerín dio un brinco hacia atrás, movimiento que Artagnan, el hombre de la calma, el apreciador por excelencia, no encontró exagerado. ¡Tantas eran las fases extrañas y tremebundas que ofrecía la proposición aventurada por Aramis!

-¡Los trajes del rey! ¡Dar a nadie los trajes del rey! ... ¡Necesariamente, señor obispo, Su Ilustrísima tiene trastornado el juicio! -exclamó aturdido el pobre sastre.

-Ayudadme, pues, Artagnan -dijo Aramis cada vez más risueño-; ayudadme a persuadir al señor; porque vos comprendéis, ¿no es cierto?

-No mucho que digamos.

-¿Cómo? ¿No comprendéis que el señor Fouquet desea proporcionar al rey la sorpresa de encontrar su retrato al llegar a Vaux; y que el retrato, cuyo parecido ha de ser sorprendente, deberá estar vestido precisamente como lo esté el rey el día que aparezca el retrato?

-¡Ah! ¡Sí, sí! -exclamó el mosquetero medio convencido, en fuerza dé lo plausible de la razón-. Sí, mi querido Aramis, tenéis razón; la idea es felicísima. Apuesto a que es vuestra, Aramis.

-No sé -replicó negligentemente el obispo-; mía o del señor Fouquet.

Y, examinan lo en seguida la fisonomía de Percerín, después de haber advertido la indecisión de Artagnan

-Y vos, señor Percerín, ¿qué decís?

-Digo que...

-Que sois libre indudablemente en rehusar, y no pienso por cierto en obligaros, amigo mío: más diré todavía, y es que comprendo toda la delicadeza que encierra el hecho de no secundar desde luego la idea del señor Fouquet; teméis que parezca una adulación al rey. ¡Nobleza de corazón, señor Percerín, nobleza de corazón!

El sastre balbució.

-Sería, efectivamente, magnífica lisonja para el joven rey -continuó Aramis-; pero el señor superintendente me lo ha dicho: si Percerín se niega, decidle que por eso no perderá nada en mi estimación: solamente...

-¿Solamente qué? -repetía Percerín con inquietud.

-Solamente -prosiguió Aramis-, me veré en la precisión de decir al rey... (tened presente, señor Percerín, que quien habla es el señor Fouquet) : "Señor, tenía intención de ofrecer a Su Majestad su imagen; mas, por un sentimiento de delicadeza exagerado tal vez, aunque respetable, el señor Percerín se ha opuesto."

-¡Opuesto! -murmuró el sastre asustado de la responsabilidad que iba a pesar sobre él-. ¡Yo oponerme a lo que desea, a lo que quiere el señor Fouquet, cuando se trata de complacer a Su Majestad! ¡Qué expresión tan impropia habéis usado, señor obispo! ¡Oponerme yo!...

-Dios gracias, no creo haber pronunciado semejante palabra, y pongo por testigo de ello al señor de Artagnan. ¿No es verdad, señor de Artagnan, que yo no me he opuesto a nada?

Artagnan hizo un signo de negación, indicando que deseaba permanecer neutral; conocía que en aquello había una intriga, bien fuese comedia o tragedia, y se daba al demonio por no poderla adivinar; pero, entretanto, deseaba abstenerse.

Mas ya Percerín, perseguido por la idea de que pudiera decirse al rey que se había opuesto a que se le proporcionase una agradable sorpresa, había acercado una silla a Le Brun, y se ocupaba en sacar de un armario cuatro vestidos resplandecientes, pues el quinto se hallaba aún en manos de los obreros, y colocaba sucesivamente aquellas obras maestras en _otros tantos maniquíes de Bérgamo, traídos a Francia en tiempo de Concini, y regalados a Percerín II por el mariscal de Ancre después de la derrota sufrida por los sastres italianos, arruinados en su competencia.

El pintor púsose a dibujar, y luego a pintar los trajes.

Pero Aramis, que seguía con la vista todas las fases de su trabajo y que le vigilaba de cerca, le detuvo de pronto.

-Creo que no acertáis a dar la debida entonación, mi querido señor Le Brun -le dijo-; vuestros colores os engañan tal vez, y estoy viendo que va a perderse en el lienzo esa completa semejanza que nos es tan necesaria; sería preciso más tiempo para observar atentamente los matices.

-Tenéis razón -dijo Percerín-; pero necesitamos tiempo, y en este punto, señor obispo, ya veis que nada puedo hacer.

-Entonces -repuso Aramis-, se frustra nuestro objeto, y será por falta de verdad en los colores.

Sin embargo, Le Brun copiaba telas y adornos con la mayor exactitud, cosa que miraba Aramis con mal disimulada impaciencia.

"Veamos, veamos, ¿qué diablos de embrollo es éste?", seguía preguntándose el mosquetero.

-Decididamente, que no podrá conseguirse -dijo Aramis-; señor Le Brun, cerrad vuestra caja y arrollad los lienzos.

-Es que también, señor -dijo el pintor despechado-, la luz es detestable aquí.

-¡Una idea, señor Le Brun, una idea! Si se os proporcionase una muestra de las telas, y se os diese tiempo y mejor luz...

-¡Oh! -exclamó Le Brun-. Entonces respondo de todo. "Bueno -dijo entre sí Artagnan-; éste debe ser el nudo de la acción. ¡Necesitan una muestra de cada tela! ¡Diantre! ¿Se las dará el buen Percerín?"

Percerín, acosado en sus últimos atrincheramientos, y engañado por la aparente honradez de Aramis, cortó cinco pedazos de tela, que entregó al obispo de Vannes.

-Mejor es esto, ¿no es cierto? -dijo Aramis volviéndose a Artagnan.

-Lo que es verdad que siempre sois el mismo, querido Aramis -dijo Artagnan.

-Y, por tanto, siempre vuestro amigo -dijo el obispo con un sonido de voz delicioso.

-Sí, sí -dijo en voz muy alta Artagnan.

Y luego, añadió para sí: "Ya que me engañas, jesuita solapado, no quiero al menos ser tu cómplice; y para no ser cómplice tuyo, no debo permanecer más tiempo aquí"-. Adiós, Aramis -añadió en voz alta-; adiós, que voy a buscar a Porthos.

-Entonces, esperadme -replicó Aramis, guardándose en el bolsillo las muestras-, porque yo he acabado, y tendré un placer en despedirme de nuestro amigo.

Le Brun recogió sus efectos; Percerín colocó sus trajes en el armario; Aramis apretó el bolsillo con la mano para asegurarse que las muestras estaban allí, y salieron todos del gabinete.

LXXVIII
EN DONDE EL CÉLEBRE MOLIÉRE TOMÓ TAL VEZ SU PRIMERA IDEA DEL BURGUÉS GENTILHOMBRE

Artagnan encontró a Porthos en la pieza inmediata; pero no ya a Porthos irritado, no ya a Porthos contrariado, sino a Porthos entusiasmado, radiante, encantado y hablando con Moliére, que le miraba con una especie de idolatría, y como hombre que, no sólo no ha visto cosa mejor, sino ni siquiera nada igual.

Aramis se encaminó derechamente a Porthos, y le presentó su mano fina y blanca, que fue a sepultarse en la mano gigantesca de su viejo amigo, operación que jamás aventuraba Aramis sin cierta inquietud. Pero, recibido el apretón de manos sin gran padecimiento, el obispo de Vannes se volvió hacia Moliére.

-Y bien, señor, ¿vendréis conmigo a Saint-Mandé? -le dijo. -Iré adonde queráis, monseñor -respondió Moliére.

-¡A Saint-Mandé! -exclamó Porthos asombrado de ver al orgulloso obispo de Vannes familiarizarse de aquel modo con un oficial de sastre-. Pues qué, Aramis, ¿lleváis al señor a Saint-Mandé?

-Sí -contestó Aramis sonriendo-; el tiempo apremia.

-Además, mi querido Porthos -continuó Artagnan-, el señor Moliére no es m mucho menos lo que parece ser.

-¿Cómo? -dijo Porthos.

-Sí, el señor es uno de los primeros empleados del maestro Percerín, y se le aguarda en Saint-Mandé a fin de probar a os epicúreos los trajes de gala q ha encargado el señor Fouquet.

-Así es, justamente -dijo Moliére-. Sí, señor.

-Venid, pues, mi querido señor Moliére -dijo Aramis-, si es que habéis terminado con el señor Du-Vallon.

-Hemos concluido -repuso Porthos.

-¿Y estáis satisfecho? preguntó Artagnan.

-Completamente satisfecho - respondió Porthos.

Moliére despidióse de Porthos haciéndole profundos saludos, y estrechó la mano que le tendió furtivamente el capitán de los mosqueteros.

-Señor -terminó Porthos haciendo monerías-, sobre todo exactitud.

-Tendréis vuestro traje mañana, señor barón -respondió Moliére.

Y partió con Aramis.

Entonces Artagnan, cogiendo del brazo a Porthos.

-¿Qué ha hecho ese sastre, querido Porthos, que tan satisfecho estáis de él?

-¡Lo que él me ha hecho, amigo mío! ¡Lo que él me ha hecho! -exclamó Porthos con entusiasmo.

-Sí, eso pregunto, qué os ha hecho.

-Lo que ningún sastre ha sabido hacer hasta ahora, amigo mío: tomar medida sin tocarme.

-¡Bah! Contádmelo, amigo mío.

-En primer lugar, fue a buscar, no sé dónde, una serie de maniquíes de todos tamaños, esperando que habría entre ellos alguno del mío; pero el más grande, que era el del tambor mayor de los suizos, era dos pulgadas más bajo y medio pie más delgado que yo.

-¿De veras?

-Como tengo el honor de decir, mi querido Artagnan; pero es un gran hombre, o por lo menos un gran sastre, ese señor Moliére. No creáis que por eso se haya apurado ni poco ni mucho.

-Pues, ¿qué hizo?

-Una cosa muy sencilla. ¡Parece mentira que no se haya dado hasta ahora con ese medio! ¡Cuántas penas y humillaciones me habrían ahorrado!

-Sin contar los trajes, mi querido Porthos.

-Sí, treinta trajes.

-Vamos, amigo Porthos, decidme el método del señor Moliére.

-¿Moliére? Os he oído llamarle así; quiero recordar su nombre.

-Sí, o Poquelín, si os parece mejor.

-No. Moliére me agrada más. Cuando quiero acordarme de su nombre, pensaré en voliére[1], y, como tengo uno en Pierrefonds...

-Bien: Veamos ahora su método.

-Es el siguiente. En vez de molerme y hacerme encorvar los riñones, y doblar las articulaciones, como suelen esos belitres, operaciones todas deshonrosas y bajas...

Artagnan asintió con la cabeza.

-"Señor -me dijo-, todo hombre noble debe tomarse medidas a sí mismo. Hacedme el favor de acercaros a este espejo."' Entonces me aproximé, y debo confesar que no comprendía lo que ese señor Voliére quería de mí.

-Moliére.

-¡Ah, sí! Moliére, Moliére. Y como me dominara siempre el temor de que me tomase medida: "Cuidado -le dije- con lo que vayáis a hacer, porque os prevengo que soy muy puntilloso". Pero él, con su voz melodiosa (pues hay que convenir, amigo mío, en que es un mozo muy cortés), me dijo: "Caballero, para que el traje siente bien, es preciso que sea hecho a vuestra imagen. Vuestra imagen está exactamente reflejada en-el espejo. Vamos a tomar la medida sobre vuestra imagen."

-En efecto -dijo Artagnan-, comprendo que os vieseis en el espejo; mas, ¿dónde se halla un espejo en que os podáis ver todo entero?

-Amigo mío, en el mismo espejo en que se mira el rey.

-Sí, pero el rey es pie y medio más bajo que vos.

-Pues no sé en lo que consiste; pero ello es que el espejo era bastante grande para mí; seguramente lo habrán hecho para adular al rey. Su altura se componía de tres lunas de Venecia sobrepuestas, y su ancho de otras tantas yuxtapuestas.

[1] Palomar casero.

-¡Vaya unos términos admirables que empleáis. ¿Dónde diablos habéis hecho semejante provisión?

-En Belle-Isle. Aramis lo explicaba así al arquitecto.

-¡Ah, muy bien! Volvamos a la luna, querido amigo.

-Entonces ese bravo señor Voliére . . .

-Moliére.

-Sí, Moliére, es verdad. Ya veréis, mi querido amigo, cuánto me voy a acordar de su nombre. Ese bravo señor Moliére se puso a trazar con un pedazo de yeso mate algunas líneas sobre el espejo, siguiendo siempre el contorno de mis brazos y hombros, y ateniéndose a la máxima, que a mí me pareció admirable: "Un traje nunca debe molestar al que lo lleva."

-Efectivamente -dijo Artagnan-; es una bella máxima, que por desgracia no siempre se halla puesta en práctica.

-Por eso la encontré más admirable aún; sobre todo después que la desarrolló..

-¡Ah! ¿Desarrolló esa máxima?

-Ya lo creo.

-Veamos el desarrollo. "-Atendido -continuó- que en alguna circunstancia difícil, o alguna situación embarazosa, tenga uno la ropilla puesta, y no quiera quitársela."

-Verdad es -dijo Artagnan. "-Así -añadió el señor Voliére...

-Moliére.

-Moliére, sí. "Así -añadió-, os halláis en la precisión de tirar del acero, y tenéis puesta la ropilla. ¿Qué hacéis en ese caso?

-Quitármela -le respondí.

-Pues bien, no debe hacerse eso

-Me dijo él a su vez.

-¿Cómo que no?

-La ropilla debe estar confeccionada tan perfectamente, que no os incomode ni aun para manejar la espada.

-¡Ah, ah!

-Poneos en guardia" -continuó-. Déjeme caer al punto en esa posición con tal aplomo que saltaron dos vidrios de la ventana. "No, no es nada, no es nada -me dijo-: permaneced así." Levanté el brazo izquierdo, doblando graciosamente el antebrazo, con el puño de la camisa caído y la muñeca circunfleja, mientras que el brazo derecho, a medio extender, defendía la cintura con el codo, y el pecho con el puño.

-Sí -dijo Artagnan-, la verdadera guardia, la guardia académica.

-Esa es la expresión exacta, amigo. Entretanto, Voliére...

-Moliére!

-Mirad, decididamente, prefiero llamarle... ¿Cómo dijisteis que era el otro nombre?

-Poquelín.

-Prefiero llamarle Poquelín.

-¿Y como os acordaréis de este nombre mejor que del otro?

-¿No decís que se llama Poquelín?

-Sí.

-Recordaré a la señora Coquenard.

-Bueno.

-Cambiaré Coque en Poquenard en lin, y en vez de Coquenard, tendré Poquelin.

-¡Es maravilloso! -exclamó abismado Artagnan-. Continuad, querido, que os escucho con admiración.

-Ese Coquelin dibujó mi brazo en el espejo.

-Poquelin. Perdón.

-Pues, ¿cómo he dicho?

-Coquelin.

-¡Ah! Tenéis razón.

Dibujó, pues Poquelin mi brazo en el espejo; pero empleó bastante tiempo, durante el cual no hacía más que mirarme; bien es cierto que yo estaba hermosísimo.

-¿Estáis incomodo?, me preguntó-. Un poco, le respondí, descansando sobre las caderas; pero aun puedo estar así una hora.

-¡No, no! ¡No lo permitiré! Tenemos aquí mozos complacientes que tendrán a mucha honra sosteneros los brazos, como en otro tiempo eran sostenidos los de los profetas, cuando invocaban al Señor.

-Muy bien, contesté.

-¿Supongo que eso no lo consideraréis humillación.

-Amigo mío, le dije: creo que hay una gran diferencia entre sostener a uno y medirle".

-La distinción no puede ser más juiciosa -interrumpió Artagnan.

-Entonces -prosiguió Porthos-, hizo una señal y se presentaron dos mancebos; el uno me sostuvo el brazo izquierdo, mientras que el otro, con el mayor miramiento, me sostenía el brazo derecho. "-¡Otro mancebo! -pidió él. "Presentóse al punto un tercer mozo, el cual le dijo: "-Sostened por los riñones a este señor.

El mancebo hízolo así.

-¿De manera que estabais en oposición? -preguntó Artagnan.

-Exactamente, y, mientras tanto, Poquenard, me dibujaba en la luna.

-Poquelin, amigo mío.

-Poquelin, tenéis razón. Mirad, decididamente prefiero llamarle Voliére.

-Sí, y basta de advertencias, ¿no es cierto?

-Mientras, Voliére me dibujaba en la luna.

-Encuentro eso muy galante. -Me gusta mucho ese método: es respetuoso, y deja a cada cual en su lugar.

-Y la operación concluyó...

-Sin que nadie me hubiese tocado, amigo mío.

-A excepción de los tres mozos que os sostenían.

-Sí, mas ya creo haberos dicho la diferencia que hay entre sostener y medir.

-Es verdad -replicó Artagnan; el cual dijo después para sí: "Mucho me equivoco o le he hecho el caldo gordo a ese pícaro de Moliére; pronto veremos la escena al natural en alguna comedia suya". Porthos sonreía.

-¿De qué os reís? -preguntóle Artagnan.

-¿Queréis que os lo diga? Pues me río de mi suerte tan feliz. -¡Oh! Tenéis razón; no conozco hombre más dichoso que vos. ¿Pero qué nueva dicha os ocurre? -Pues bien, querido, felicitadme. -Con mucho gusto.

-Parece que soy el primero a quien han tomado medida de ese modo.

-¿Estáis seguro de ello?

-Casi, casi. Ciertos signos de inteligencia cambiados entre Voliére y los otros mozos, me, lo han hecho creer así.

-En verdad, querido Porthos, nada de eso me sorprende de parte de Moliére.

-¡Voliére, amigo mío!

-¡Oh, no, no, caray! Os dejaré llamarle Voliére; pero yo, continuaré llamándole Moliére.,.. Pues bien decía que nada de eso me admira en Moliére, que es mozo de talento, a quien habéis inspirado tan feliz idea.

-Y que le servirá para lo sucesivo; estoy cierto de ello.

-¿Que si le servirá? Ya lo creo, ¡y mucho! Porque Moliére, querido, es, de todos nuestros sastres, el que mejor viste a nuestros barones, condes y marqueses... a su medida.

Y a esta palabra, cuya oportunidad y profundidad no hemos de discutir, salieron Porthos y Artagnan de casa del maestro Percerín y subieron a su carroza. Dejémosles en ella, si el lector lo permite, para seguir a Moliére y a Aramis. hasta Saint-Mandé.

LXXIX
LA COLMENA, LAS ABEJAS Y LA MIEL

Hondamente disgustado el obispo de Vannes de haber encontrado a Artagnan en casa del maestro Percerín, volvió de muy mal humor a Saint-Mandé.

Moliére, por el contrario, encantado de haber hallado un croquis tan hermoso, y de saber dónde encontrar el original, cuando del croquis quisiera hacer un cuadro, iba del mejor humor del mundo.

Todo el primer piso del ala izquierda estaba ocupado por los epicúreos más célebres de París y los más familiares en la casa, empleado cada cual en su comportamiento, como abejas en sus alvéolos, en producir una miel destinada al regio hojaldre que el señor Fouquet pensaba servir al rey Luis XIV durante la fiesta de Vaux.

Pellisson maduraba el prólogo de los Enfadosos, comedia en tres actos, que debía hacer representar Poquelín de Moliére, como decía Artagnan, o Coquelin de Voliére, como decía Porthos.

Loret, en toda la ingenuidad de su estado de gacetero, pues los gaceteros de todos tiempos han sido ingenuos, componía la descripción de las fiestas de Vaux, antes de que estas fiestas se hubiesen verificado.

La Fontaine, vagaba entre unos y otros, sombra extraviada, errante, molesta, insoportable, que zumbaba y susurraba a los oídos de los demás, mil necedades poéticas. Tanto llegó a incomodar a Pellisson, que, levantando éste la cabeza:

-Al menos, La Fontaine -dijo-, buscadme un consonante, ya que decís que os paseáis por los jardines del Parnaso.

-¿Qué consonante deseáis -preguntó el fabulista, como le llamaba madama de Sévigné.

-Un consonante de lumiére.

-Orniére -contestó La Fontaine.

-¡Eh, mi querido amigo! No hay por qué hablar de orniéres[2] cuando se alaban las delicias de Vaux -dijo Loret.

-Y además que no es buen consonante -repuso Pellisson.

-¡Cómo que no es buen consonante! -exclamó sorprendido La Fontaine.

-Tenéis muy mala costumbre, amigo; costumbre que os impedirá siempre llegar a ser un poeta de primer orden. Vuestros consonantes se resienten siempre de flojedad.

-¿Lo afirmáis de veras, Pellisson?

-De veras lo digo. Tened presente que jamás es bueno un consonante en tanto que se le pueda hallar otro mejor.

-Entonces, no escribiré más que en prosa -dijo La Fontaine, que había tomado por lo serio la reconvención de Pellisson-. ¡No pocas veces me he dicho que no .pasaba de ser un mal zurcidor de versos! Sí, es la pura verdad.

-No digáis eso, amigo; os hacéis demasiado exclusivo, pues hay cosas muy buenas en vuestras fábulas.

-Y para. dar principio -prosiguió La Fontaine fijo en su idea-, voy a quemar un centenar de versos que acabo de componer.

-¿Y dónde están?

-En mi cabeza.

-Pues si se hallan en vuestra cabeza, mal los podréis quemar.

-Tenéis razón -dijo La Fontaine-. Y sin embargo, si no los quemo . . .

-¿Qué pasará?

-Que se me quedarán en la memoria y no podré olvidarlos.

-¡Diablo! -exclamó Loret-. Pues es un chasco capaz de volver a uno loco.

-¡Diablo, diablo, diablo! -repetía La Fontaine-. ¿Y qué voy a hacer?

-Yo he hallado un medio -dijo Moliére, que acababa de entrar.

-¿Cuál?

-Escribidlos primero, y quemadlos después.

-¡Qué sencillo! Ved ahí, nunca se me hubiera ocurrido eso. ¡Qué despejo tiene este diablo de Moliére! -dijo la Fontaine.

Luego, dándose un golpe en la frente.

-¡Ah! ¡Nunca pasarás de ser un asno, Juan de La Fontaine! -añadió.

-¿Qué estáis diciendo, amigo mío? -interrumpió Moliére, acercándose al poeta, cuyo aparte había oído.

-Digo que nunca pasaré de ser un asno, mi querido cofrade -contestó La Fontaine con un hondo suspiro y los ojos velados de tristeza-. Sí, amigo mío -continuó con una tristeza cada vez mayor-, parece que rimo medianamente. -Una falta.

-¡Ya lo veis! ¡Soy un belitre!

-¿Y quién os ha dicho eso?

-¡Diantre! Pellisson. ¿No es cierto, Pellisson?

Pellisson, abismado nuevamente en su composición, se guardó bien de contestar.

[2] Quiere decir baches, atolladero, por extensión al significado de la voz ornière, carril.

-Pues si Pellisson ha dicho que sois un belitre, os ha injuriado gravemente.

-¿De veras?

-En verdad, querido, os aconsejo que, puesto que sois noble, no dejéis impune esa injuria.

-¡Ah! -murmuró La Fontaine.

-¿Os habéis batido alguna vez?

-Sí, querido: en una ocasión me batí con un teniente de caballería ligera.

-¿Qué os había hecho? -Parece que sedujo a mi mujer.

-¡Ah, ah! -dijo Moliére, palideciendo ligeramente.

Mas como, al oír la manifestación de La Fontaine, hubiesen los demás vuelto la cabeza, conservó Moliére en sus labios la sonrisa burlona, que casi iba a desaparecer, y haciendo hablar a La Fontaine:

-¿Y qué resultó de ese duelo? -preguntó.

-Resultó que mi adversario me desarmó, y en seguida me dio excusas, prometiéndome no volver a poner sus pies en mi casa.

-¿Y os disteis por satisfecho?

-¡No, al contrario! Así fue que, cogiendo otra vez mi acero: "Perdonad, le dije; no me he batido con vos porque seáis amante de mi mujer, sino porque me dijeron que debía batirme. Ahora bien, como nunca he sido feliz hasta esa época, hacedme el favor de continuar viniendo a mi casa como antes, o, de lo contrario, ¡diantre!, volveremos a empezar." De suerte -continuó La Fontaine-, que no tuvo más remedio que continuar siendo el amante de mi mujer, y yo me encuentro el marido más dichoso del mundo.
Todos prorrumpieron en una carcajada, a excepción de Moliére, que no hizo más que pasarse la mano por los .ojos. ¿Para qué? Tal vez para enjugar una lágrima o ahogar un suspiro. ¡Ay! Sabido es que Moliére era moralista, no filósofo.

-Es igual -dijo volviendo al punto de partida de la discusión-. Pellisson os ha injuriado.

-¡Ah! Es cierto; ya se me había olvidado.

-Voy a llamarle de parte vuestra.

-Bien; si creéis que sea indispensable...

-Así lo creo, y voy a llamarle.

-Esperad -dijo La Fontaine-; quiero oír vuestro parecer.

-¿Sobre qué?... ¿Sobre esa ofensa?

-No; decidme si, realmente, lumiére no rima con orniére.

-Yo haré que rimen.

-¡Pardiez! Bien lo sabía yo.

-Cien mil versos como ésos he compuesto yo en mi vida.

-¿Cien mil? -exclamó La Fontaine-. ¡Cuatro veces La Doncella, que medita el señor Chapelain! ¿Es también ése el tema sobre que habéis hecho cien mil versos, querido amigo?

-¡Escuchadme, pues, eterno distraído -exclamó Moliére.

-Nadie dirá, pongo por caso -continuó La Fontaine- que légume no rica con posthume.

-Sobre todo en plural.

-Sí, sobre todo en plural. Porque entonces no rima sólo con tres letras, sino con cuatro, lo mismo que sucede con orniére y lumiére. Poned orniéres y lumiéres en plural, querido Pellisson -dijo La Fontaine, aproximándose a dar un golpe en el hombro a su cofrade, cuya injuria había olvidado ya enteramente-, y veréis qué bien rima.

-¡Eh! -exclamó Pellisson.

-¡Diantre! Moliére lo dice, y Moliére es hombre que lo entiende: me ha declarado que ha hecho él mismo cien mil versos.

-¡Vamos -dijo Moliére riendo-, ya me escapo!

-Lo mismo que rivage es consonante de herbage, y me juraría la cabeza.

-Pero . . . -repuso Moliére.

-Os digo esto -continuó La Fontaine-, porque estáis haciendo una comedia para Sceaux, ¿no es verdad?

-Sí. Los Enfadosos.

-¡Ah! Sí, ya me acuerdo: Los Enfadosos. Pues bien, he pensado que un prólogo vendría muy bien a vuestra diversión.

-¿Sois de mi opinión? -Hasta tal punto, que os había rogado compusieseis ese prólogo. -¿Me habéis suplicado que lo hiciese?

-Sí, y como os negasteis a ello, os pedí que lo encargaseis a Pellisson, el cual lo está componiendo en este momento.

-¡Ah! ¿Es eso lo que está haciendo Pellisson? Vamos, amigo Moliére, hay que convenir en que a veces podéis tener razón.

-¿Cuándo?

-Cuando decís que soy distraído. Es un feo defecto, del que haré por corregirme; os haré vuestro prólogo.

-¡Pero si ya lo compone Pellisson!

-Es cierto. ¡Valiente bruto soy! ¡Razón tenía Loret en decir que yo era un belitre.

-No es Loret quien lo ha dicho, amigo mío.

-Pues bien, quien sea. Así, vuestra diversión se llama Los Enfadosos. Bien; ¿y no os parece buen consonante de enfadosos, dichosos?

-En rigor, sí.

-¿Y biliosos?

-¡Oh, no; biliosos, no!

-Sería aventurado, ¿no es cierto... ¿Pero por qué?

-Porque la cadencia es diferente.

-Pues yo creía -repuso La Fontaine, separándose de Moliére para acercarse a Loret-, yo creía...

-¿Qué creíais? -preguntó Loret en medio de una frase-. Vamos, decidlo pronto.

-Vos sois el que está componiendo el prólogo de Los Enfadosos, ¿no es cierto?

-¡No diantre, que es Pellisson!

-¡Ah, es Pellisson -exclamó La Fontaine acercándose a Pellisson-. Yo creía que la ninfa de Vaux... -¡Oh, lindísimo! -exclamó Loret-. ¡La ninfa de la fiesta! Gracias, La Fontaine; me habéis dado los dos últimos versos de mi gaceta:

La ninfa de la fiesta
A dar el galardón bella se apresta.

-¡Enhorabuena! Eso es versificar -dijo Pellisson-; si hicierais versos así, sería otra cosa, La Fontaine. ¡Enhorabuena!.

-Pues claro es que los hago, cuando Loret confiesa que soy yo quien le ha dado los dos versos que acaba de recitar.

-Pues bien, si rimáis así, decidme, ¿cómo daríais principio a mi prólogo?

- Daría un verbo de la segunda persona del plural del presente de indicativo, y continuaría así:

esa fruta profunda.

-Pero, ¿y el verbo, y el verbo? -pidió Pellisson.

-Para venir a admirar al más grande rey del mundo -continuó La Fontaine.

-Pero, ¿y el verbo, y el verbo? -insistía obstinadamente Pellisson-. ¿Y esa segunda persona del plural del presente de indicativo?

-He ahí: abandonáis.

On ymphe qui quittez cette
grotte profonde
Pour venir admirer le plus
grand roi du monde.

-¿Pondríais: que abandonáis?

-¿Por qué no?

-¡Que... que!

-¡Ah, querido -dijo La Fontaine-, sois un horrible pedante!

-Sin contar -dijo Moliére-, con que, en el segundo verso, venir Diría, por ejemplo: Oh ninfa... que... Después de que pongo: a admirar, es flojo, mi querido La Fontaine.

-Entonces ya veis cómo soy un ramplón, un belitre, como decíais.

-Yo no he dicho tal cosa.

-Como decía Loret, entonces.

-Tampoco lo he dicho yo; ha sido Pellisson.

-Pues bien, Pellisson tenía cien veces razón. Pero lo que siento más que nada, mi querido Moliére, es que no tendremos nuestros trajes de epicúreos.

-¿Contabais con el vuestro para la fiesta?...

-Sí, para la fiesta y para después de la fiesta. Mi ama de llaves me ha advertido que el mío está ya algo raído.

-¡Diantre! Y que tiene muchísima razón, porque está más que raído.

Tuve la inadvertencia de dejar- lo en el suelo de mi habitación -repuso La Fontaine-, y la gata...

-¿Qué hizo la gata?

Tuvo la humorada de parir encima, lo cual lo ajó un poco. Moliére rompió en una carcajada, cuyo ejemplo siguieron Pellisson y Loret.

En aquel momento se presentó el obispo de Vannes con un rollo de planos y pergaminos debajo del brazo.

Como si el ángel de la muerte hubiera helado todas las imaginaciones traviesas y risueñas, como si aquella figura pálida hubiese asustado a las Gracias, a quienes sacrificaba Jenócrates, restablecióse inmediatamente el silencio en el estudio, y cada cual volvió a armarse de su sangre fría y de su pluma.

Aramis distribuyó billetes de invitación entre los asistentes, y les dio las gracias en nombre del señor Fouquet. Díjoles que, detenido el superintendente en su despacho por causa del trabajo, no podía venir a verles; pero les rogaba le enviasen algo de lo que hubiesen hecho por el día, para poder olvidar la fatiga de su trabajo, por la noche.

A estas palabras, todas las frentes se inclinaron. La Fontaine ocupó una mesa y dejó correr sobre la vitela una pluma rápida; Pellisson dio una última mano a su prólogo; Moliére contribuyó con cincuenta versos que le había inspirado su visita a casa de Percerín; Loret entregó su artículo sobre las fiestas maravillosas que profetizaba, y Aramis, cargado de botín como rey de las abejas, el grueso abejarrón negro en los ornamentos de púrpura y oro, volvió silencioso y afanado a su habitación. Pero, antes de retirarse:

-Tened presente, queridos señores -dijo-, que mañana a la tarde marchamos todos.

-En tal caso, he de avisar en casa -dijo Moliére.

-¡Ah, sí, pobre Moliére! -exclamó sonriendo Pellisson-. Ama en su casa.

-Ama, sí -replicó Moliére con su sonrisa dulce y triste-, lo cual no quiere decir que 'le amen.

-Pues a mí -dijo La Fontaine-, me aman en Château-Thierry; estoy cierto de ello.

En aquel momento reapareció Aramis, después de una ausencia de pocos instantes.

-¿Viene alguien conmigo? -preguntó-. Voy a París, después de conferenciar con el señor Fouquet. Ofrezco mi carroza.

-¡Lo acepto! -dijo Moliére-. Tengo prisa.

-Yo comeré aquí -dijo Loret-. El señor Gourville me ha prometido cangrejos...

Me ha prometido cangrejos. Busca un consonante, La Fontaine. Aramis salió riendo como sabía reír. Moliére se fue con él. Apenas habrían llegado al pie de la escalera, cuando La Fontaine entreabrió la puerta y gritó: A trueque de tus ovillejos, Te ha prometido cangrejos. Redoblaron sus carcajadas los epicúreos, y el ruido llegó hasta los oídos de Fouquet en el instante en que Aramis abría la puerta de su despacho.

Por su parte, Moliére fue a que dispusieran los caballos, mientras Aramis concluía lo que tenía que hablar con el superintendente.

-¡Cómo ríen arriba! -dijo Fouquet.

-¿Y vos no reís, monseñor?

-No río ya, señor de Herblay.

-Mirad que se aproxima la fiesta.

-Y el dinero se aleja.

-¿No os he dicho que eso es cuenta mía?

-Sí, me habéis prometido millones.

-Y los tendréis al siguiente día de llegar el rey a Vaux.

Fouquet miró fijamente a Aramis, y se pasó una mano helada por la frente humedecida. Aramis conoció que el superintendente dudaba de él, o que desconfiaba de tener el dinero. ¿Cómo podía suponer Fouquet que un pobre obispo, ex abate, ex mosquetero, pudiera hallarlo?

-¿A qué viene esa duda? -dijo Aramis.

Fouquet sonrió, moviendo la cabeza.

-¡Hombre de poca fe! -añadió el obispo

-Querido señor de Herblay -dijo Fouquet-, si caigo...

-Y bien, ¿si caéis...?

-Será desde tan alto, que me aplastaré en la caída

Luego, dando otro giro a sus ideas, añadió:

-¿De dónde venís, amigo mío?

-De París? ¡Ah!

-Sí, de casa Percerín.

-¿Y qué habéis ido a hacer a casa de Percerín? Porque no creo que deis tanta importancia a los trajes de nuestros poetas.

-No; he ido para preparar una sorpresa.

-¿Una sorpresa?

-Sí, que habéis de dar al rey.

-¿Costará muy cara?

-No, cien doblones para Le Brun.

-¿Una pintura? Bien me parece. ¿Y qué debe representar esa pintura?

-Ya os lo contaré, y de paso, por más que digáis, he estado también a ver cómo seguían los vestidos de nuestros poetas.

-¿Y qué tal, serán elegantes? -¡Soberbios! No habrá muchos personajes que los lleven iguales. Ya se verá la diferencia que hay entre los cortesanos de la riqueza y los de la amistad.

-¡Siempre espiritual y generoso, querido prelado!

-De vuestra escuela. Fouquet le estrechó la mano.

-¿Y adónde vais ahora? -preguntó.

-A París, así que me deis una carta.

-¿Para quién?

-Para el señor de Lyonne.

-¿Y qué deseáis del señor de Lyonne?

-Quiero que me firme una orden secreta.

-¡Una orden secreta! ¿Queréis encerrar a alguien en la Bastilla.

-No, al contrario, quiero poner a uno en libertad.

-¡Ah! ¿Y a quién?

-A un pobre diablo, un joven que está encarcelado hace diez años por dos versos latinos que compuso contra los jesuitas.

-¡Por dos versos latinos! ¿Y por eso está ese desgraciado preso hace diez años?

-Sí.

-¿Y no ha cometido otro crimen?

-Excepción de esos dos versos, es tan inocente como vos y yo.

-¿Dais vuestra palabra?

-¡Palabra de honor!

-¿Y se llama?

-Seldon.

-¡Ah, es demasiado fuerte, caray! Y, sabiendo eso, ¿no me lo habíais dicho?

-Es que hasta ayer no se ha acercado a mí su madre, monseñor.

-¿Y esa mujer es pobre?

-Está en la mayor miseria.

-¡Dios mío! -exclamó Fouquet-. ¡Permitís a veces tales injusticias, que no es de extrañar haya desgraciados que duden de vos! ¡Tomad, señor de Herblay!

Y, cogiendo Fouquet una pluma, escribió velozmente unas líneas a su colega Lyonne.

Aramis recogió la carta y se apresuró a salir.

-Aguardad -dijo Fouquet.

Abrió el cajón y le entregó diez billetes de Caja que había en él. Cada billete era de mil libras.

-Tomad -dijo-, poned en libertad al hijo, y dad esto a la madre; pero no le vayáis a decir...

-¿Qué, monseñor?

-Que tiene diez mil libras mas que yo; diría que soy un triste superintendente. En fin, espero que Dios bendiga a los que piensan en sus pobres.

-Es lo que yo espero también -replicó Aramis besando la mano a Fouquet.

Y salió apresuradamente llevándose la carta para Lyonne, los bonos de Caja para la madre de Seldon, y a Moliére, que comenzaba a impacientarse.

LXXX
NUEVA CENA EN LA BASTILLA

Daban las siete de la tarde en el gran reloj de la Bastilla, en aquel famoso reloj que, semejante a todos los accesorios de la prisión de Estado, cuyo uso es el tormento, recordaba a los recluidos el destino de cada una de las horas de su suplicio. El cuadrante de la Bastilla, adornado de figuras como la mayor parte de los relojes de aquel tiempo, representaba a San Pedro en las prisiones.

Era aquélla la hora de la cena de los pobres cautivos. Las puertas, rechinando sobre sus enormes goznes, daban paso a los platos y cestos cargados de manjares, cuya delicadeza, según nos lo manifestó el mismo Baisemeaux, en otra ocasión, era apropiada a la condición del detenido.

Sabemos ya las teorías del señor Baisemeaux, soberano dispensador de las delicias gastronómicas, cocinero jefe de la fortaleza real, cuyos cestos llenos ascendían las empinadas escaleras, llevando algún consuelo a los presos en el fondo de las botellas honradamente llenas.

Aquella misma hora era la de la cena del señor alcaide. Tenía un convidado aquel día, y el asador giraba más cargado que de costumbre.

Las perdices tostadas, guarnecidas de codornices, y envolviendo una liebre mechada; las gallinas en caldo de puchero, el jamón frito y rociado

con vino blanco, los cardos de Guipúzcoa y la sopa de cangrejos, componían, además de otros platos y los entremeses, la lista de la cena del señor alcaide.

Baisemeaux, en la mesa, se frotaba las manos mirando al señor obispo de Vannes, que, calzado como un caballero, ataviado de gris, la' espada al costado, no cesaba de hablar de su apetito y mostraba la más viva impaciencia.

Baisemeaux de Montlezun no estaba acostumbrado a las familiaridades de Su Ilustrísima monseñor de Vannes, y, aquella noche, Aramis, jovial y risueño, hacía confidencias sobre confidencias. El prelado se había vuelto un si es no es mosquetero. El obispo afectaba desenvoltura. Respecto al señor Baisemeaux, con la facilidad de las gentes vulgares, se entregaba por entero al abandono que mostraba su convidado.

-Caballero -dijo-, porque, a decir verdad, no puedo llamaros, esta noche, monseñor...

-No -dijo Aramis-, llamadme caballero; ya veis que llevo botas altas.

-Pues bien, caballero, ¿sabéis a quién me recordáis esta noche?

-De veras que no -dijo Aramis echándose de beber-; pero supongo que os recordaré algún buen convidado.

-Me recordáis a dos. Francisco, cerrad esa ventana; el viento podría molestar a Su Ilustrísimas

-¡Que salga! -añadió Aramis-. La cena está servida, y comeremos sin criado. Cuando estoy en la intimidad, cuando estoy con un amigo...

Baisemeaux se inclinó respetuosamente.

-Me gusta servirme a mí mismo -continuó Aramis.

-¡Francisco, salid! -ordenó Baisemeaux-. Decía, pues, que Su Ilustrísima me recuerda a dos personas: una muy ilustre, el difunto cardenal, el de la Rochela, el que llevaba botas como vos, ¿no es verdad?

-Sí, por cierto --dijo Aramis-. ¿Y la otra?

-La otra, a cierto mosquetero, tan gallardo como valiente, tan atrevido como afortunado, que, de abate, se hizo mosquetero, y, de mosquetero, abate.

Aramis se dignó sonreír.

-De abate -continuó Baisemeaux alentado con la sonrisa de su grandeza-, de abate a obispo, y de obispo...

-¡Ah! ¡Detengámonos, por favor! -dijo Aramis.

-Digo, caballero, que me hacéis el efecto de un cardenal.

-Basta, querido Baisemeaux. Aun cuando, como habéis dicho muy bien, llevo botas de caballero, no deseo, ni por esta noche, por eso, estar a mal con la Iglesia.

-Sin embargo, monseñor, confesad que traéis malas intenciones.

-Es verdad, malas, como todo lo que es mundano.

-¿Recorreréis las calles enmascarado?

-Enmascarado, exactamente.

-¿Y seguís manejando la espada?

-Creo que sí, pero sólo cuando me obligan a ello. Hacedme el obsequio de llamar a Francisco.

-Ahí tenéis vino.

-No es por el vino, sino porque hace aquí mucho calor y está cerrada la ventana.

-Cuando ceno hago cerrar las ventanas para no oír las rondas o la llegada de los correos.

-¡Ah! ¿Se oyen cuando está abierta la ventana?

-Mucho, y eso molesta, como comprenderéis.

-No obstante, aquí se sofoca uno. ¡Francisco!

Francisco se presentó.

-Haced el obsequio de abrir esa ventana, m a e s e Francisco. Con vuestro permiso, amigo Baisemeaux.

-Monseñor está en su casa -repuso el alcaide.

La ventana fue abierta.

-¿Sabéis -dijo Baisemeaux-, que vais a encontraros muy solo ahora que se ha vuelto a Blois el señor conde de la Fére? Es amigo antiguo, ¿no es verdad?

-Lo sabéis tan bien como yo, Baisemeaux, pues estuvisteis con nosotros en los mosqueteros.

-¡Bah! Con los amigos no cuento las botellas ni los años.

-Y hacéis bien; pero con el señor de la Fére hago más que amarle, le adoro.

-Pues, por mi parte, prefiero al señor Artagnan. Este sí que es hombre que bebe bien. Al menos estas gentes dejan ver su pensamiento.

-Baisemeaux, emborrachadme esta noche, recordemos los pasados tiempos, y si tengo alguna pena en lo íntimo de mi corazón prometo que la veréis, como pudierais ver un diamante en el fondo de vuestro vaso.

-¡Bravo! -exclamó Baisemeaux; y, llenando un vaso de vino, lo apuró, encantado de figurar por algo en un pecado capital de arzobispo.

Mientras bebía, no advirtió la atención con que Aramis observaba los ruidos del patio.

A eso de las ocho y a la quinta botella colocada en la mesa por Francisco, entró un correo, que a pesar del ruido que venía haciendo, no fue oído por Baisemeaux.

-¡El diablo le lleve! -exclamó Aramis.

-¿El qué? ¿A quién? -preguntó Baisemeaux-. Me parece que no será el vino que bebéis, ni a quien os lo hace beber.

-No; es un caballo que hace, él solo, tanto ruido en el patio, como pudiera hacerlo un escuadrón entero.

-¡Bah! Será algún correo -replicó el alcaide menudeando los tragos-. Pues llévele el demonio y con tal furia, que no volvamos a oír hablar de él. ¡Hurra, hurra!

-¡Me tenéis olvidado, Baisemeaux! Mi vaso está vacío -dijo Aramis, señalando un cristal deslumbrador.

-¡Palabra que me encantáis! ¡Vino, Francisco!

Francisco entró.

-¡Vino, bergante, y del mejor!

-Bien, señor; mas... está ahí un correo.

-¡Al diablo, he dicho! -Sin embargo, señor...

-Que dejen lo que sea en la escribanía, mañana veremos. Mañana será otro día -añadió Baisemeaux cantando esta última frase.

-¡Ay, señor! -refunfuñó el soldado Francisco, bien a pesar suyo-. Señor...

-Cuidado, -dijo Aramis-, tened cuidado.

-¿Por qué, querido señor de Herblay? -dijo Baisemeaux medio ebrio ya.

-Las cartas que remiten por correo a los alcaides de fortalezas son a veces órdenes.

-Casi siempre.

-Y las órdenes, ¿no vienen de los ministros?

-Sí, claro está; pero ...

-Y esos ministros, ¿no refrendan la firma del rey?

-Quizá tengáis razón. Con todo, es muy fastidioso, cuando uno está enfrente de una buena mesa, y tiene por comensal a un amigo. Perdonad, señor; olvidaba que soy yo quien os ha invitado a cenar, y que estaba hablando con un futuro cardenal.

-Dejemos eso a un lado, querido Baisemeaux, y volvamos a nuestro soldado, a Francisco.

-Y bien, ¿qué ha hecho Francisco?

-Murmurar.

-Pues ha hecho mal.

-Sin embargo, ya veis que ha murmurado, y eso es señal de que sucede algo extraordinario. Podría ser que no fuese Francisco el que ha hecho mal en murmurar, sino vos por no oírle.

-¿Hacer yo algo mal hecho? ¿Y ante Francisco? Duro me parece eso.

-Quise decir una irregularidad. ¡Perdón! Creí un deber haceros una observación que consideraba importante.

-¡Oh! Quizá tengáis razón -tartamudeó Baisemeaux-. ¡Una orden del rey es sagrada! Pero las órdenes que llegan cuando ceno, lo repito, que el diablo...

-Si hubieseis hecho eso al gran cardenal, ¿eh?, y la orden tuviese alguna importancia...

-Lo que hago es por no incomodar a un obispo, y bien merezco disculpa, ¡pardiez!

-No olvidéis, Baisemeaux, que he llevado la casaca y estoy acostumbrado a ver en todo consignas. -Así, pues, ¿queréis ... ?

-Quiero que cumpláis con vuestro deber, amigo mío. Os ruego que lo hagáis, a lo menos en presencia de este soldado.

-Es muy lógico.

Francisco continuaba esperando.

-Que me traigan esa orden del rey -gritó Baisemeaux enderezándose.

Y añadió por lo bajo:

-¿Sabéis lo que es?... Pues voy a manifestároslo: alguna cosa tan importante como esto: "Cuidad que no haya fuego en las inmediaciones del polvorín"; o bien: "Vigilad a tal preso, que es hombre muy astuto". Si supieseis, monseñor, cuántas veces me han hecho despertar sobresaltado, en lo mejor y más dulce de mi sueño, con órdenes llegadas al galope para decirme, mejor para traerme un pliego con estas palabras: "Señor Baisemeaux ¿qué hay de nuevo?'" ¡Bien se conoce que los que pierden el tiempo en escribir semejantes órdenes no han dormido en la Bastilla!

Conocerían mejor el espesor de mis muros, la vigilancia de mis subalternos y la multiplicidad de mis rondas En fin, ¡cómo ha de ser! Su oficie es escribir para atormentarme cuan do estoy tranquilo; para molestar me cuando soy feliz -añadió Baisemeaux, inclinándose ante Ara mis-. Dejémosles, pues, que hagan su oficio.

-Y haced vos el vuestro -repuso sonriendo el obispo, cuya mirada sostenida mandaba a pesar de aquella aparente afabilidad.

Francisco volvió. Baisemeaux tomó de sus manos la orden enviada del ministerio. Rompió el sello lentamente y la leyó del mismo modo, Aramis fingió que bebía, para observar a su anfitrión a través del cristal. Luego que Baisemeaux acabó de leer:

-¿Qué decía yo? -murmuró.

-¿Qué es al fin? preguntó el obispo.

-Una orden de libertad. ¿Vale la pena, pregunto yo, incomodarnos para esto?

-Al menos convendréis, mi querido alcaide, que para el interesado es una hermosa noticia.

-¡Y a las ocho de la noche! -¡Eso es caridad!

-¡Caridad o lo que queráis; mas sólo para el belitre que se aburre allá, no para mí, que me divierto -dijo Baisemeaux exasperado.

-¿Os causa eso alguna pérdida? ¿Es de los que reciben mejor trato el preso que os quitan?

-Ca, ¡un pobre diablo! Un ratón de cinco francos.

-¿Se le puede ver? -preguntó el señor de Herblay-. Si no es indiscreción...

-No; leed.

-En la hoja dice urgente: ¿lo habéis visto?

-¡Admirable! ¡Urgente!... ¡Un hombre que está aquí hace diez años, quieren ahora que, a toda prisa, se le ponga en libertad, esta misma noche, a las ocho!

Y Baisemeaux, encogiéndose de hombros con aire de soberbio desdén, arrojó la orden sobre la mesa, y siguió comiendo.

-Esos caprichos tienen -añadió con la boca llena-: cogen a un hombre el mejor día, le mantienen durante diez años, y le escriben a uno: "Vigilad a ese belitre!" o bien: "¡Custodiadle con el mayor rigor!" Y luego que se ha acostumbrado uno a mirar al preso como hombre peligroso, de pronto, sin causa, sin precedente, os escriben "Poned en libertad". Y añaden a su misiva: "¡Urgente!" Comprenderéis, monseñor, que eso le hace a uno encogerse de hombros.

-¡Qué queréis! -dijo Aramis-. Por más que se gruña, hay que cumplir la orden.

-¡Bien, bien! ¡Cumplir! ... ¡Paciencia! Supongo que no me tendréis por ningún esclavo.

-Dios mío, queridísimo señor Baisemeaux, ¿quién os dice eso? Ya se ve vuestra independencia.

-¡A Dios gracias!

-Pero también conozco vuestro buen corazón.

-¡Ah! ¡Hablemos de eso!

-Y vuestra obediencia a los superiores. Cuando uno ha sido soldado, querido, es para toda la vida.

-Así es que obedeceré estrictamente, y mañana temprano será puesto el preso en libertad.

-¿Y por qué no hoy, puesto que la orden lleva fuera y dentro la advertencia de urgente?

-Porque esta noche cenamos y tenemos prisa también.

-Amigo Baisemeaux, con todas mis botas, me siento sacerdote, y la caridad es para mí un deber más imperioso que el hambre y la sed. Ese desgraciado ha padecido ya bastante tiempo, puesto que me decís que hace diez años que está en la Bastilla. Abreviadle el suplicio. Le aguarda un momento feliz, y no debéis retrasarlo. Dios os lo recompensará en el paraíso con años de felicidad.

-¿Lo queréis así?

-Os lo suplico.

-¿Sin concluir de cenar?

-Os lo suplico, esta acción valdrá diez Benedicite.

-Hágase como deseáis. Lo malo es que se enfriará la comida.

-¡Oh! ¡Qué más da! Baisemeaux se echó hacia atrás para llamar a Francisco, y; por un movimiento natural, volvióse hacia la puerta.

La orden estaba sobre la mesa. Aramis aprovechó el momento en que Baisemeaux no miraba para cambiar aquel papel por otro, plegado de la misma manera, que sacó del bolsillo.

-Francisco -dijo el alcaide-, decid al señor mayor que suba con los carceleros de la Bertaudiére.

Francisco salió, inclinándose, y los dos comensales se quedaron solos.

LXXXI
EL GENERAL DE LA ORDEN

Reinó un momento de silencio entre Aramis y Baisemeaux, durante el cual no perdió aquél un momento de vista al alcaide. Este sólo parecía decidido a medias a incomodarse de aquel modo a la mitad de su cena, y era fácil ver que buscaba una razón cualquiera, buena o mala, para aplazar la operación hasta después de los postres. Por fin, pareció haber encontrado esa razón.

-¡Eh! -exclamó-. ¡Es imposible!

-¡Cómo imposible! -dijo Aramis-. ¡Vamos a ver, querido amigo, qué es imposible!

-Libertar al preso a estas horas. ¿Adónde iría, si no conoce a París?

-Irá donde pueda.

-Tanto valdría libertar a un ciego.

-Yo tengo una carroza, y le conduciré adonde quiera que le lleve.

-Para todo tenéis respuesta . . . Francisco, que se avise al señor mayor para que vaya a abrir el calabozo del señor Seldon, número 3, Bertaudiére.

-¿Seldon? -dijo Aramis con toda sencillez-. ¿Habéis dicho Seldon?

-He dicho Seldon. Es el nombre del que mandan libertar.

-Querréis decir Marchiali -replicó Aramis.

-¿Marchiali?... ¡Ah, bien, sí! No, no, Seldon.

-Me parece que estáis equivocado, señor Baisemeaux.

-He leído la orden.

-Yo también.

-Y he visto Seldon en letras gordas como ésto.

Y el señor Baisemeaux enseñaba un dedo.

-Pues yo he leído Marchiali en letras como ésto.

Y Aramis mostraba dos dedos.

-Fácil es desengañaros -dijo Baisemeaux, seguro de lo que había leído-. El papel está ahí; no hay más que leer.

-Leo: "Marchiali" -replicó Aramis desdoblando el papel-. ¡Tomad!

Baisemeaux miró, y dejó caer los brazos.

-Sí, sí -contestó aterrado-; Marchiali pone. Marchiali, con todas sus letras. ¡Es verdad!

-¡Ah!

-¡Cómo! ¿El hombre de quien hablamos tanto? ¿El hombre que tanto me recomiendan todos los días?

-Marchiali dice -repitió de nuevo el inflexible Aramis.

-Preciso es confesarlo, monseñor; pero es cosa que no acierto a comprender.

-Sin embargo, hay que dar crédito a los ojos.

-¡Y bien que dice ahí Marchiali!

-Y con muy buena letra.

-¡Es fenomenal! Estoy viendo aún esa orden y el nombre de Seldon, irlandés. Lo veo. ¡Ah! Y hasta recuerdo que debajo de ese nombre había un borrón.

-No, no hay tal borrón.

-Sí, lo había; precisamente, raspé los polvos que tenía pegados.

-De todos modos, querido señor Baisemeaux -dijo Aramis-, sea lo que quiera lo que habéis visto, está firmada la orden de libertad a Marchiali, con borrón o sin él.

-Firmada la orden de poner en libertad a Marchiali -repitió maquinalmente Baisemeaux, tratando de coordinar sus recuerdos.

-Y le pondréis en libertad. Si el corazón os dicta que pongáis también a Seldon, os declaro que no me opondré a ello de ningún modo.

Aramis acentuó esta frase con una sonrisa, cuya ironía acabó de despejar la cabeza de Baisemeaux, y le dio valor.

-Monseñor -dijo-, ¿ese Marchiali es el mismo preso a quien el otro día un sacerdote, confesor de nuestra Orden, vino a visitar tan imperiosa y secretamente?

-Nada sé de eso -replicó el obispo.

-Pues no hace tanto tiempo, querido señor de Herblay.

-Verdad es; pero entre nosotros, es conveniente que el hombre de hoy no sepa lo que ha hecho el hombre de ayer.

-En todo caso -dijo Baisemeaux-, la visita del confesor jesuita traería la felicidad para ese hombre.

Aramis no replicó, y continuó comiendo y bebiendo.

Baisemeaux, sin tocar nada de lo que había sobre la mesa, cogió de nuevo la orden y la examinó por todos lados.

Esta inquisición, en circunstancias ordinarias, habría hecho poner como la grana las orejas del poco paciente Aramis; pero el obispo de Vannes no se irritaba por tan poco, sobre todo cuando se decía por lo bajo que sería peligroso irritarse.

-¿Pondréis en libertad a Marchiali? -preguntó-. Este sí que es un buen Jerez aromático, mi querido alcaide.

-Monseñor -replicó Baisemeaux-, libertaré al preso Marchiali cuando haya llamado al correo que ha traído la orden, y me cerciore...

-Las órdenes vienen selladas, y el portador no conoce su contenido. ¿De qué os habríais de cerciorar ?

-Bien, monseñor; pero avisaré al ministerio, y allí, el señor de Lyonne retirará o aprobará la orden.

-¿Y a qué fin todo eso? -dijo Aramis fríamente.

-Eso sirve para no engañarse uno nunca, monseñor; para no faltar jamás al respeto que todo subalterno debe a sus superiores; para no infringir nunca los deberes del servicio que uno ha tomado sobre sí.

-Muy bien; habláis con tal elocuencia, que no puedo menos de admiraros. Es verdad, un subalterno debe respeto a sus superiores; es culpable cuando se engaña, y sería castigado si infringiese los deberes de su servicio.

Baisemeaux miró al obispo con asombro.

-De ahí resulta -prosiguió Aramis- que meditaréis para poneros de acuerdo con vuestra conciencia.

-Sí, monseñor.

-Y que, si un superior os lo manda, obedeceréis.

-No os engañáis, monseñor.

-¿Conocéis bien la firma del rey?

-Sí, monseñor.

-¿Y no es la que hay al pie de esta orden de libertad?

-Verdad es; mas puede...

-Ser falsa, ¿no es eso?

-Ya se ha visto ese caso, monseñor.

-Tenéis razón. ¿Y la del señor de Lyonne?

-También la veo en la orden; pero, así como puede suplantarse la firma del rey, con mayor razón podrá hacerse lo propio con la del señor de Lyonne.

-Avanzáis en la lógica a pasos agigantados, señor Baisemeaux -dijo Aramis-, y vuestra argumentación es invencible. Pero, ¿en qué os fundáis, principalmente, para creer falsas esas firmas?

-En la ausencia de los firmantes. Nada hay que compruebe la firma de Su Majestad, y el señor de Lyonne no se halla aquí para decirme que ha firmado.

-Pues bien, señor Baisemeaux -replicó Aramis fijando en el alcaide su mirada de águila-; acepto con tal franqueza vuestras dudas y vuestro modo de aclararlas, que voy a tomar una pluma si me lo permitís.

Baisemeaux le dio una pluma.

-Un papel blanco cualquiera -añadió Aramis.

Baisemeaux le acercó papel. -Y ahora, aquí presente, sin el menor género de duda, voy a escribir una orden, a la cual espero que daréis crédito, por incrédula que seáis.

Baisemeaux palideció ante aquella seguridad glacial. Le pareció que la voz de Aramis, tan risueña y afable poco antes, se había vuelto fúnebre y siniestra, que la cera de las velas se cambiaba en cirios de capilla sepulcral, y que el vino de los vasos se transformaba en sangre.

Aramis tomó la pluma y escribió. Baisemeaux, aterrado, leía por encima del hombro:

"A. M. D. G.", escribió el obispo; y puso una cruz debajo de estas cuatro letras, que significaban: Ad majorem Dei gloriam.

Luego continuó:

"Queremos que la orden llevada al señor Baisemeaux de Montlezun, alcaide por el rey del fuerte de la Bastilla, sea reputada por él como buena y valedera, y puesta al punto en ejecución.

"Firmado: HERBLAY, General de la Orden por la gracia de Dios."

Baisemeaux quedó tan profundamente impresionado, que sus facciones se contrajeron; abriéronse sus labios, y sus ojos permanecieron fijos. No se movió ni articuló un sonido.

No se oía en la vasta sala más que el zumbido de una mosca que revoloteaba alrededor de las velas.

Aramis, sin dignarse siquiera mirar al hombre que a tan mísero estado reducía, sacó del bolsillo un pequeño estuchito que contenía lacre negro; dobló la carta, estampó en ella un sello que traía debajo de la ropilla, y, terminada la operación, presentó, con el mayor silencio siempre, la orden al señor Baisemeaux.

Este, cuyas manos temblaban de una manera que daba lástima, paseó una mirada extraviada y mortecina por el sello; manifestóse en sus facciones un postrer vislumbre de emoción, y cayó como fulminado sobre una silla.

-Vamos, vamos -dijo Aramis después de un largo silencio, durante el cual el alcaide de la Bastilla había recobrado sus sentidos-, no me hagáis creer, querido Baisemeaux, que la presencia del general de la Orden es terrible como la de Dios, y que se muera uno al verle. ¡Valor! Levantaos; dadme la mano y obedeced.

Calmado Baisemeaux, ya que no satisfecho, obedeció, besó la mano a Aramis y se levantó.

-¿Ahora mismo? -dijo.

-¡Oh, nada de exagerar, mi anfitrión! Volved a vuestro asiento y hagamos honor a este apetitoso postre.

-Monseñor, no me reharé de tal golpe. ¡Yo que he reído y chanceado con vos, tratándoos como de igual a igual!

-Calla, mi viejo camarada- contestó el obispo, que conocía lo muy estirada que estaba la cuerda y lo peligroso que sería romperla-, calla.

Vivamos cada cual nuestra vida: a ti, mi protección y mi amistad; a mí, tu obediencia. Pagados con exactitud ambos tributos, sigamos contentos.

Baisemeaux se puso a meditar, y calculó muy luego las consecuencias de aquélla evasión de un preso por medio de una orden falsa. Luego puso en paralelo la garantía que le ofrecía la orden oficial del general, y no la encontró de bastante peso.

Aramis lo adivinó.

-Mi querido Baisemeaux -le dijo-, sois un mentecato. Ahorraos el trabajo de reflexionar, cuando yo me encargo de pensar por vos.

Y a un nuevo ademán que hizo, volvióse a inclinar Baisemeaux.

-¿Y cómo me he de componer? -dijo.

-¿Qué hacéis para libertar a un preso?

-Seguir el reglamento.

-Pues bien, seguidlo, querido. -Voy con mi mayor a la cámara del preso y lo conduzco yo mismo cuando es un personaje de importancia.

-¿Pero ese Marchiali no es persona de importancia? -dijo negligentemente Aramis.

-No sé -replicó el alcaide con un tono que equivalía a decir: "A vos os toca manifestármelo."

-Entonces, si no lo sabéis, es que tengo yo razón; proceded con Marchiali como con las personas insignificantes.

-Bien. El reglamento lo indica.

-¡Ah!

-El reglamento ordena que el carcelero o uno de los empleados subalternos llevará el preso al alcaide en la escribanía.

-Muy puesto en razón. ¿Y luego?

-Luego, se devuelven al preso los objetos de valor que llevaba consigo cuando su encarcelamiento, los vestidos, los papeles y demás, si la orden del ministro no lo dispone de otra manera.

-¿Qué dice la orden del ministro respecto a ese Marchiali?

-Nada; porque el infeliz llegó aquí sin alhajas, sin papeles, y casi sin vestidos.

-¡Pues no hay cosa más sencilla! En verdad, Baisemeaux, os fraguáis una montaña en nada. . . Permaneced aquí, y haced llevar el preso a la alcaidía.

Baisemeaux obedeció. Llamó al soto alcaide, y le dio una consigna, que éste transmitió, sin emocionarse, a quien correspondía.

Media hora después se oyó cerrar una puerta en el patio: era la puerta del torreón que devolvía su presa al aire libre.

Aramis sopló todas las bujías que iluminaban la pieza, dejando solamente una encendida detrás de la puerta. Aquella luz trémula no permitía a las miradas fijarse en los objetos.

Acercáronse las pisadas.

-Salid a recibir a esos hombres -dijo Aramis a Baisemeaux.

El alcaide obedeció.

El ujier y los carceleros desaparecieron.

Baisemeaux entró, acompañado de un preso.

Aramis se había colocado en la sombra, donde veía sin ser visto.

Baisemeaux, con voz conmovido, notificó al joven la orden que le hacía libre.

El preso escuchó sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra.

-Habéis de jurar, pues así lo previene el reglamento -añadió el alcaide-, no revelar jamás lo que hayáis visto u oído en la Bastilla. El joven se acercó a un crucifijo; extendió la mano, y juró con los labios.

-Ahora, señor, sois libre. ¿Adónde pensáis ir?

El preso volvió la cabeza, como si buscara detrás de él una protección con la que había que contar.

Entonces salió Aramis de la sombra.

-Aquí estoy -dijo-, para prestaros el servicio que queráis pedirme.

El preso se ruborizó ligeramente, y, sin vacilar, pasó su brazo por debajo del de Aramis: ,

-¡Dios os tenga en su santa guarda! -exclamó con voz que por su firmeza, hizo estremecer al alcaide tanto como le había sorprendido la fórmula.

Aramis, estrechando las manos de Baisemeaux, le dijo:

-¿Os atormenta mi orden? ¿Teméis que la encuentren en vuestro poder si vienen a registrar?

-Deseo conservarla, monseñor -dijo Baisemeaux-. Si la hallasen en mi poder sería señal cierta de que yo estaba perdido, y en tal caso, seríais para mí un auxiliar poderoso.

-Porque sería vuestra cómplice, ¿no es eso? -repuso Aramis encogiéndose de hombros-. ¡Adiós, Baisemeaux! -agregó.

Los caballos aguardaban, estremeciendo la carroza con su impaciencia.

Baisemeaux condujo al obispo hasta el pie de la escalinata. Aramis hizo subir a su compañero delante de él en la carroza, subió en ella a continuación, y sin dar otra orden al cochero:

-Marchad -dijo.

La carroza rodó ruidosamente sobre el pavimento de los patios. Un oficial iba delante de los caballos con un hachón encendido, y daba a cada cuerpo de guardia la orden de dejar paso.

Durante el tiempo que se invirtió en abrir las puertas, Aramis apenas respiró, y hubiera podido oírse latir su corazón contra las paredes de su pecho.

El preso, hundido en un rincón de la carroza, no daba tampoco señales de existencia.

Por último, un sobresalto mayor que los anteriores anunció estar salvada ya la última barrera.

Detrás de la carroza se cerró la última puerta, la de la calle de San Antonio. Ya no había paredes a derecha ni a izquierda; el cielo, la libertad, la vida por todas partes. Los caballos, sujetos por mano vigorosa, caminaron dulcemente hasta la mitad del arrabal. Allí, tomaron el trote.

Poco a poco, ora fuese que se calentaron, ora que los arreasen, ganaron en rapidez, y cuando llegaron a Bercy, la carroza parecía volar, según lo grande del ardor de los corceles. Aquellos caballos corrieron hasta Villeneuve-Saint-Georges, donde estaba preparado el relevo. Entonces,

cuatro caballos, en lugar de dos, arrastraron el carruaje en dirección a Melún, y se detuvieron un momento en medio del bosque de Sénart. Indudablemente, se había dado orden de antemano al postillón, porque Aramis no tuvo necesidad siquiera de hacer una seña.

-¿Qué pasa? -preguntó el preso, como si saliera de un largo sueño.

-Pasa, monseñor -dijo Aramis-, que antes de seguir adelante, necesitamos hablar Vuestra Alteza Real y yo.

-Aguardaré la ocasión, señor -replicó el joven príncipe.

-La ocasión no puede ser mejor, monseñor, pues estamos en medio del bosques donde nadie puede escucharnos.

-¿Y el postillón?

-El postillón de este relevo es sordomudo, monseñor.

-Pues estoy a vuestras órdenes, señor de Herblay.

-¿Os agrada estar en el carruaje?

-Sí; estamos bien sentados y me gusta este vehículo, es el que me ha devuelto a la libertad.

-Aguardad, monseñor: una precaución todavía.

-¿Cuál?

-Estamos en el camino real, y pueden pasar jinetes o carrozas, de viaje como nosotros, que, al vernos detenidos, se figuren que nos ha pasado algún contratiempo. Evitemos ofertas oficiosas que nos molestarían.

-Ordenad al postillón que oculte la carroza en un camino lateral.

-Eso es precisamente lo que iba a hacer, monseñor.

Aramis hizo una seña al mudo, a quien tocó. Este echó pie a tierra, cogió los dos primeros caballos de la brida, y los metió entre la hierba por una arboleda tortuosa, en el fondo de la cual y en aquella noche sin luna, las nubes formaban un velo más negro que los borrones de tinta.

Hecho esto, recostóse el hombre sobre un talud, junto a sus caballos, los cuales arrancaban a derecha e izquierda los retoños de la. bellota.

-Os escucho -dijo el joven príncipe a Aramis-. Mas, ¿qué estáis haciendo?

-Descargar las pistolas, de las que ya no tenemos necesidad, monseñor.

LXXXII
EL TENTADOR

-Príncipe -dijo Aramis volviéndose, en la carroza, hacia su compañero-, por humilde criatura que sea, por mediano que sea mi talento, por inferior que me encuentre en el orden de los seres que piensan, nunca me ha acontecido hablar con un hombre, sin penetrar su pensamiento a través de esa máscara viva que cubre nuestra inteligencia, a fin de retener su manifestación. Mas esta noche, en la obscuridad en que nos encontramos, con la reserva en que os veo, nada podré leer en vuestro semblante, y algo me dice que me costará trabajo arrancaros una palabra sincera. Os suplico, pues, no por amor a mí, pues los súbditos no deben pesar nada en la balanza que tienen los príncipes, sino por amor a vos mismo; que retengáis cada una de mis frases, que, en las críticas circunstancias en que nos hallamos

comprometidos, tendrán cada una su sentido y su valor, tan importantes como jamás se han pronunciado en el mundo.

-Escucho -repitió el joven príncipe con decisión-, sin ambicionar, sin temer nada de lo que podáis' decirme.

Y se hundió más profundamente aún en los blandos almohadones de la carroza, procurando ocultar a su compañero, no sólo la vista, sino hasta la suposición de su persona.

La sombra era negra y descendía, extensa y opaca, de las copas de los árboles entrelazados. La carroza, cerrada por vasto techado, no habría recibido la menor partícula de luz, aun cuando entre las columnas de bruma. que se adensaban en la alameda del bosque, se hubiere deslizado un átomo luminoso.

-Monseñor -prosiguió Aramis-, ya conocéis la historia del gobierno que dirige hoy a Francia. El rey ha salido del cautiverio de una infancia, obscura y severa como lo fue la vuestra; sólo que, en vez de tener, como vos, la esclavitud de la cárcel, la obscuridad de la soledad, la estrechez de la vida oculta, ha debido sufrir todas sus miserias, todas sus humillaciones, todas sus ataduras, a la luz del día, al sol implacable de la realeza; lugar anegado de luz, donde cualquier mancha parece sucio barro, donde toda gloria parece una mancha. El rey ha padecido, tiene rencor, se vengará: Será un mal rey. No digo que derrame sangre como Luis XI o Carlos IX, porque no tiene ofensas mortales que vengar, pero devorará el dinero y la subsistencia de sus súbditos, porque ha sufrido injurias de interés y de dinero. Pongo, por tanto, a salvo mi conciencia cuando peso los méritos y los defectos de ese príncipe, y, si le condeno, mi conciencia me absuelve.

Aramis hizo una pausa. No era para escuchar si el silencio del bosque seguía siendo el mismo; era para recoger su pensamiento del fondo de su espíritu, era para dejar a aquel pensamiento el tiempo de incrustarse profundamente en el alma de su interlocutor.

-Dios hace bien todo lo que hace -continuó el obispo de Vannes-, y estoy de tal modo persuadido de ello, que me he felicitado hace tiempo de haber sido elegido por él como depositario del secreto que os he ayudado a descubrir. El Dios de la justicia y de la previsión quería un instrumento agudo, perseverante y convencido para llevar a cabo una grande obra. Ese instrumento soy yo, que tengo la agudeza, la perseverancia y la convicción precisas. Yo gobierno un pueblo misterioso, que ha adoptado por divisa la divisa de Dios: Patiens quie ¿aeternus!

El príncipe hizo un movimiento.

-Adivino, monseñor -dijo Aramis-, que levantéis la cabeza y que ese pueblo que yo mando os sorprende. No sabíais que tratabais con un rey. ¡Oh! Monseñor, rey de un pueblo humilde, rey de un pueblo desheredado: humilde, porque no tiene fuerza más que arrastrándose; desheredado, porque nunca o casi nunca recoge un pueblo en este mundo las cosechas que siembra, ni come el fruto que cultiva. Trabaja por una abstracción, acumula todas las moléculas de su poder para formar con ellos un hombre, y a ese hombre, con el producto de sus gotas de sudor, le forma una nube de la que el genio de ese hombre debe a su tiempo hacer una aureola, dorada con los rayos de todas las coronas de la cristiandad. Tal es el hombre que tenéis a vuestro lado, monseñor. Esto es deciros, que os ha

sacado del abismo con un gran designio, y .que quiere, en ese magnífico designio, elevaros sobre todas las potencias de la tierra, por encima de él mismo.

El príncipe tocó ligeramente el brazo de Aramis.

-Me habláis -dijo- de esa orden religiosa, cuyo jefe sois, y lo que deduzco de vuestras palabras, es que, el día en que os acomode hundir al que elevasteis, se hará, y tendréis en vuestro poder a vuestra criatura de la víspera.

-Desengañaos, monseñor -replicó el obispo- no me hubiera metido en este terrible le juego con Vuestra Alteza Real, si yo tuviera un doble interés en ganar la partida. El día en que seáis elevado, lo seréis para siempre; derribaréis al subir el escalón que os sirvió para ello, y lo arrojaréis tan lejos, que jamás pueda su vista recordaros su derecho a vuestro reconocimiento.

-¡Oh señor!

-Vuestra exclamación, monseñor, es hija de un excelente carácter. ¡Gracias! Estad seguro de que aspiro a más que reconocimiento; creo firmemente que, cuando lleguéis a la cumbre del poder me juzgaréis más digno todavía de ser amigo vuestro. Entonces, señor, haremos cosas tan grandes, que se hablará por mucho tiempo de ellas en los siglos.

-Decidme bien, señor, decídmelo sin veladuras, lo que actualmente soy y lo que queréis que sea mañana.

-Sois hijo del rey Luis XIII, hermano del rey Luis XIV, heredero natural y legítimo del trono de Francia. Al conservaros el rey a su lado, como conservó a Monsieur, vuestro hermano menor, se reservaba el derecho de ser soberano legítimo. Solamente los médicos y Dios podían disputarle la legitimidad. Los médicos se inclinan siempre más al rey reinante, que al que está sin reinar. Dios se haría cómplice de su agravio perjudicando a un príncipe honrado. Pero Dios ha querido que os persiguiesen, y esa persecución os consagra hoy rey de Francia. Tenéis, pues, derecho a reinar, puesto que os disputan ese derecho; tenéis, pues, derecho a ser presentado, puesto que os tienen secuestrado; tenéis, pues, sangre divina, puesto que no se han atrevido a verterla como la de vuestros servidores. Ahora, ved lo que ha hecho por vos ese Dios a quien no pocas veces habéis acusado de estar siempre en contra vuestra. Os ha dado las facciones, la estatura, la edad y la voz de vuestro hermano, y todas las causas de vuestra persecución serán ahora causa de vuestra resurrección triunfal. Mañana, pasado mañana, en el momento oportuno, fantasma real sombra viviente de Luis XIV, o sentaréis sobre su trono, de don voluntad divina, confiada al brazo de un hombre, le habrá lanzado para siempre.

-Comprendo -dijo el príncipe- que no se derramará la sangre de mi hermano.

-Vos seréis el árbitro de su suerte.

-Ese secreto de que han abusado con respecto a mí...

-Usaréis de él con vuestro hermano.

-¿Qué hacía él para ocultarlo? Os ocultaba. Viva imagen suya, desharéis el complot de Mazarino y de Ana de Austria. Vos, príncipe mío, tendréis el mismo interés en ocultar al que os asemeje preso, como vos le asemejaréis siendo rey.

-Vuelvo a lo que antes decía. ¿Quién lo guardará?

-¿Quién os guardaba?

-Conocíais ese secreto, y habéis hecho uso de él con respecto a mí. ¿Quién más le conoce?

-La reina madre y la señora de Chevreuse.

-¿Qué harán ellas?

-Nada si así lo queréis.

-¿Cómo?

-¿Cómo han de reconoceros, si obráis de suerte que no seáis reconocido.

-Es verdad. Hay en ello dificultades más graves.

-Decid, príncipe.

-Mi hermano está casado; no puedo tomar a la mujer de mi hermano.

-Haré que. España consienta en un repudio; ese es el interés de vuestra nueva política, esa es la moral humana. Todo cuanto hay de verdaderamente noble y útil en este mundo será tenido en cuenta.

-El rey, secuestrado, hablará.

-¿A quién queréis que hable? ¿A las paredes?

-¿Son paredes los hombres en quienes depositáis vuestra confianza?

-En caso necesario, sí. Por otra parte...

-¿Qué?

-Quiero deciros que los designios divinos no se detienen en tan buen camino. Todo plan de esta magnitud se completa con los resultados, como un cálculo geométrico. El rey, secuestrado, no será para vos el estorbo que habéis sido vos para el rey reinante. Dios ha hecho esa alma orgullosa e impaciente por naturaleza, y la ha ablandado y desarmado además con el uso de los honores y el hábito del poder soberano. Dios, que quería que el resultado del cálculo geométrico de que he tenido el honor de hablaros, fuera vuestro advenimiento al trono y la destrucción de todo lo que es perjudicial, ha decidido también que el vencido termine pronto sus padecimientos con los vuestros. Por tanto, ha preparado esa alma y ese cuerpo para la brevedad de la agonía. Vos, reducido a prisión como simple particular; secuestrado, con vuestras dudas; privado de todo, con el hábito de una vida aislada, habéis podido resistir. Pero vuestro hermano, cautivo, olvidado, reducido, no soportará su injuria, y Dios recobrará su alma en el tiempo prefijado, es decir, muy pronto.

En aquel punto del sombrío análisis de Aramis, una ave nocturna lanzó del fondo del oquedal ese grito lastimero y prolongado que hace estremecer a quien le oye.

-Yo desterraría al rey destronado -dijo Felipe sobresaltado-; esto lo considero más humano.

-La voluntad del rey decidirá la cuestión -replicó Aramis-. Decidme ahora si he planteado bien el problema, y si lo he resuelto conforme a los deseos o previsiones de Vuestra Alteza Real.

-Sí, señor, sí; nada habéis olvidado, a excepción de dos cosas.

-¿La primera?

-Hablemos de ella con igual franqueza que acabamos de emplear en nuestra conversación; hablemos de los motivos que pueden desvanecer las esperanzas concebidas; hablemos de los peligros que corremos.

-Indudablemente, serían inmensos, infinitos, terribles, insuperables, si, como os he dicho, no concurriese todo a hacerlos absolutamente nulos. No hay peligro para vos ni para mí, si la constancia y la intrepidez de Vuestra Alteza Real igualan la perfección de esa semejanza que la Naturaleza os ha dado con el rey. Os aseguro que no hay peligros; no hay más que obstáculos. Esta palabra, que encuentro en todos los idiomas, la he comprendido mal siempre; si fuese rey, la haría borrar como absurda e inútil.

-Sí, tal, señor; existe un obstáculo muy serio, un peligro insuperable que habéis olvidado.

-¡Ah! -exclamó Aramis.

-Hay la conciencia que grita, el remordimiento que desgarra.

-Sí, es verdad -dijo el obispo-, hay la flaqueza del corazón, ahora me lo recordáis! ¡Oh! Tenéis razón, ese es un obstáculo inmenso. El caballo que tiene miedo del foso, salta, cae en medio y se mata. El hombre que cruza temblando la espada, deja a la espada enemiga resquicios por donde penetrar la muerte. ¡Es cierto; es cierto!

-¿Tenéis algún hermano? -preguntó el joven a Aramis.

-Soy solo en el mundo -replicó éste con voz seca y nerviosa, como el gatillo de una pistola.

-¿Pero no amáis a nadie en la tierra? -agregó Felipe.

-¡A nadie! Sí, os amo a vos.

El joven sumióse en un silencio tan n profundo, que el ruido de su propio aliento era casi un tumulto para Aramis.

-Monseñor -continuó Aramis-, no he dicho aún todo lo que tenía que decir a Vuestra Alteza Real; no he ofrecido a mi príncipe todos los consejos saludables y útiles recursos con que cuento. No se trata de hacer brillar un relámpago a los ojos del que ama la sombra; no se trata de hacer rugir las magnificencias del cañón a los oídos del hombre dulce, que ama la quietud y los campos. Monseñor, tengo vuestra felicidad enteramente preparada en mi pensamiento; voy a dejarla caer de mis labios; recogedla para vos, que tanto habéis amado el cielo, los verdes prados y el aire puro. Conozco un país de delicias, un paraíso ignorado, un rincón del mundo, donde, solo, libre, desconocido, entre flores, bosques y aguas vivas, olvidaréis todo lo que la locura humana, tentadora de Dios, os acaba de brindar. ¡Oh! Escuchadme, monseñor, que no me chanceo. Tengo un alma, y ya veis que adivino el abismo de la vuestra. No quiero dejaros a medio instruir para arrojaros en el crisol de mi voluntad, de mi capricho o de mi ambición. Todo o nada. Estáis maltratado, enfermo, sofocado casi por la superabundancia de aliento que habéis respirado en una hora de libertad. Esa es para mí señal cierta de que no queréis continuar respirando ancha y largamente. Busquemos, por tanto, una vida más humilde, más adecuada a vuestras fuerzas. Dios me es testigo, -y apelo a su omnipotencia, de que quiero que nazca vuestra felicidad de esta prueba en que os he comprometido.

-¡Hablad, hablad! -dijo el príncipe con una viveza que hizo reflexionar a Aramis.

-Conozco -prosiguió el prelado- en el Bajo Poitou un cantón, cuya existencia nadie sospecha en Francia. Veinte leguas de terreno, es una extensión inmensa, ¿no es verdad? Veinte leguas, monseñor, cubiertas

todas de agua, de prados y de juncos, y en las que se ven diferentes islas llenas de árboles. Esos grandes pantanos, vestidos de cañaverales como de un tupido manto, duermen silenciosos y profundos bajo la sonrisa del sol. Algunas familias de pescadores los surcan perezosamente con sus grandes balsas de álamos y de olmos, cuyo suelo está formado de un lecho de cañas, y su techo tejido de sólidos juncos. Esas barcas, esas casas flotantes, caminan a la ventura a impulsos del viento. Cuando tocan a una orilla, es por casualidad, y tan blandamente, que el pescador que duerme apenas llega a despertarse con la sacudida. Si quiere abordar es que ha visto las grandes bandas de rascones o de avefrías, de ánades o de pluviales, de cercetas o de perdices, de que hace su presa con el lazo o con el plomo del mosquete. Los sábalos plateados, las anguilas monstruosas, los nerviosos lucios, las percas rosadas y grises, caen a millares en sus redes. No hay más que recoger las piezas más grandes y dejar escapar las demás. Ningún soldado ni habitante de las ciudades ha penetrado nunca en aquel país. El sol es benigno. Algunos pedazos de tierra producen la vid y alimenta con jugo generoso sus encantadores racimos negros y blancos. Una vez a la semana, va una barca a buscar al horno común el pan caliente y amarillo, cuyo olor atrae y halaga desde lejos. Allí viviréis como un hombre de los tiempos antiguos. Dueño poderoso de vuestros perros de aguas, de vuestras armas y de vuestra hermosa casa de cañas, viviréis allí en la opulencia de la caza, en la plenitud de la seguridad; así pasaréis años, al fin de los cuales, desconocido y transformado, habréis obligado a Dios a procuraros un nuevo destino . En este saco hay mil doblones, monseñor; es más de lo que se necesita para comprar todo el pantano de que os he hablado; más de que hace falta para vivir todo el tiempo que os queda de vida; más de lo que se necesita para ser el más opulento, el más libre y el más feliz de la comarca. Aceptad lo que os ofrezco sincera y gustosamente. Ahora mismo, de la carroza qué aquí tenemos, vamos a separar dos caballos; el mudo, sirviente mío, os conducirá, caminando de noche, durmiendo de día, hasta el país de que os hablo, y al menos tendré la satisfacción de decirme que he prestado a mi príncipe el servicio que ha querido. Habré hecho un hombre dichoso. Dios me lo recompensará quizá mejor que si lo hubiera hecho poderoso. ¡Eso sería también mucho más difícil! Y bien, ¿qué respondéis, monseñor? Aquí está el dinero. ¡Oh! No dudéis. Eri el Poitou nada arriesgáis, sino exponeros a las fiebres. Y para eso, los hechiceros del país podrán curaros por vuestros doblones. En la otra partida, la que ya sabéis, os exponéis a ser asesinado sobre un trono, o estrangulado en una cárcel. ¡Por mi alma, lo confieso francamente, ahora que he meditado ambas cosas, dudo!

-Señor -contestó el joven príncipe-, antes de resolverme, dejadme bajar de la carroza, pasearme por el campo, y consultar esa voz que Dios hace hablar en la naturaleza libre. Diez minutos, y contestaré.

-Hacedlo, monseñor -dijo Aramis inclinándose con respeto, tan solemne y augusta fue la voz que acababa de expresarse de aquel modo.

LXXXIII
CORONA Y TIARA

Aramis había bajado antes que el joven, teniéndole abierta la portezuela. Le vio poner los pies sobre el musgo con un estremecimiento de todo su cuerpo, y dar en torno del carruaje algunos pasos, vacilantes casi. Parecía que el pobre prisionero estaba poco acostumbrado a caminar sobre la tierra de los hombres.

Serían las once de la noche del 15 de agosto; grandes y cargadas nubes, que presagiaban la tempestad, habían invadido el cielo, y bajo su bruma ocultaban del todo la luz y las perspectivas. Apenas los extremos de las alamedas se distinguían en la espesura por una penumbra de un gris opaco que, al cabo de algún tiempo de examen, hacíase sensible en medio de aquella obscuridad absoluta. Pero los perfumes que exhala la hierba, los más penetrantes y más puros que esparce la esencia de los robles, al atmósfera templada y untuosa que le envolvía enteramente por vez primera después de tantos años, el inefable goce de libertad en pleno campo, hablaban un lenguaje tan seductor para el príncipe, que, no obstante su reserva, o más bien su disimulo, de que hemos intentado dar una idea, se dejó sorprender por su emoción y arrojó un suspiro de alegría.

Luego, poco a poco, levantó su cabeza cargada, y respiró las diferentes ráfagas de aire, a medida que venían saturadas de aroma a su rostro despejado. Cruzando los brazos sobre el pecho, como para impedirle estallar en la invasión de aquella nueva felicidad, aspiró con delicia el aire inapreciable que corre por las noches bajo los altos bosques. Aquel cielo que contemplaba, aquellas aguas que oía rumorear, aquellas criaturas que veía agitarse, ¿no eran la realidad? ¿No era un loco Aramis en creer que hubiese otra cosa en este mundo en qué soñar?

Esos cuadros embriagadores de la vida de los campos, exenta de cuidados, de temores y de incomodidades, ese océano de días felices que espejea incesantemente ante las imaginaciones juveniles, he ahí el verdadero cebo para coger a un infeliz cautivo. gastado por la piedra del calabozo, consumido en el aire enrarecido de la Bastilla. Esa vida era la que, como se recordará, le había presentado Aramis, ofreciéndosela con los mil doblones que encerraba el carruaje y el Edén encantado que ocultaban a los ojos del mundo dos desiertos del Bajó Poitou.

Tales eran las reflexiones de Aramis en tanto que seguía, con una ansiedad imposible de describir, el curso silencioso de las alegrías de Felipe, a quien veía sumirse gradualmente en las profundidades de su meditación.

Efectivamente, absorto por ella el joven príncipe, no tocaba más que con los pies a la tierra, y su alma, que había volado a postrarse ante Dios, le suplicaba concederle un rayo de luz para aquella vacilación de que había de salir su muerte o su vida.

Fue un momento terrible para el obispo de Vannes. Nunca se había hallado en presencia de tan gran desgracia. Aquella alma de acero, habituada a burlarse en la vida de obstáculos sin consistencia, nunca inferior ni vencida en la lucha, ¿iba a estrellarse en tan vasto plan, por no haber previsto la influencia que ejercían en un cuerpo humano algunas hojas de árboles movidas por el aire?

Aramis, clavado en el sitio por la angustia de su duda, contempló, pues, aquella agonía terrible de Felipe, sosteniendo la lucha contra los dos ángeles misteriosos. Este suplicio duró los diez minutos que había pedido el

joven. Durante esta eternidad, Felipe no dejó de mirar al cielo con ojos suplicantes, melancólicos y humedecidos. Tampoco Aramis dejó de mirar a Felipe con ojos ávidos, inflamados, devoradores.

De súbito, el joven inclinó la cabeza. Su pensamiento descendió a la tierra. Se vio hacerse severa su mirada, plegarse su frente, armarse su boca de un valor bravío; luego, esta mirada se fijó de nuevo; pero, esta vez, reflejaba la llama de los mundanos esplendores; esta vez, se parecía a la mirada de Satanás sobre la montaña, cuando pasaba revista a los reinos de la tierra para seducir a Jesús.

La mirada de Aramis se hizo tan dulce como sombría fuera antes. Entonces, cogiéndole Felipe la mano con un movimiento rápido y nervioso:

-¡Vamos -dijo-, vamos donde se encuentra la corona de Francia!

-¿Es esta vuestra decisión, Alteza? -replicó Aramis.

-Esa es mi decisión.

-¿Irrevocable?

Felipe no se dignó siquiera responder. Miró resueltamente al obispo, como para preguntarle si era posible que un hombre desistiese jamás del partido que hubiera tomado.

-Estas miradas son dardos de fuego que dan a conocer los caracteres -observó Aramis, inclinándose sobre la mano de Felipe-. Seréis grande y poderoso, monseñor, respondo de ello.

-Continuemos, si queréis, la conversación donde la habíamos dejado. Yo os había dicho, según creo, que quería entenderme con vos sobre dos puntos: los peligros o los obstáculos. Este es punto resuelto. El otro son las condiciones que me exigís. Ahora os corresponde hablar, señor de Herblay.

-¿Las condiciones, príncipe mío? -Sin duda. No creo que me detengáis en mi camino por semejante bagatela, ni me haréis la injuria de suponer que os creo sin interés alguno en este momento. sí, pues, descubridme sin rodeos y sin temor el fondo de vuestro pensamiento.

-A ello voy, monseñor. Cuando seáis rey..

-¿Y cuándo será eso?

-Mañana por la tarde. Quiero decir por la noche.

-Explicadme cómo.

-Cuando os haya hecho una pregunta.

-Hacedla.

-Yo había enviado a Vuestra Alteza un hombre de mi confianza, encargado de entregarle un cuaderno de notas escritas con letra muy pequeña, redactadas con precisión, notas que permiten a Vuestra Alteza conocer a fondo todas las personas que componen y compondrán su corte.
-He leído todas esas notas.

-¿Detenidamente?

Las sé de memoria.

-¿Las habéis comprendido? Perdonad; bien puedo preguntar esto al pobre abandonado de la Bastilla. Contando con que, en ocho días, no tendré ya cosa alguna que pedir a un espíritu como el vuestro, gozando de la libertad en su omnipotencia.

-Preguntadme entonces; quiero ser el discípulo a quien el sabio maestro hace repetir la lección convenida.

-Sobre vuestra familia primero, monseñor.

-¿Sobre mi madre, Ana de Austria? Sé todos sus pesares, su triste enfermedad. ¡Oh! ¡La conozco!

-¿Y a vuestro hermano segundo? -dijo Aramis inclinándose.

-Habéis unido a esas notas retratos tan maravillosamente trazado dibujados y pintados, que por ellos e reconocido a las personas cuyo carácter, costumbres e historia me revelaban vuestras notas. Señor, mi hermano es de hermoso rostro, moreno y pálido; no ama a su mujer, Enriqueta, a quien yo, Luis XIV, he amado un poco, a quien amo todavía con cierta coquetería, aunque me hiciese llorar tanto el día en que quería despedir a la señorita de La Valliére.

-Guardaos mucho de ella -replicó Aramis-; ama sinceramente al rey, y no se engañan fácilmente los ojos de una mujer que ama.

-Es rubia con ojos azules, cuya ternura me revelará su identidad; cojea algo, y me escribe todos los días una carta, cuya contestación remito por el señor de Saint-Aignan.

-¿Y a éste le conocéis?

-Como si lo viera; y sé los últimos versos que me ha hecho, como los que le he compuesto a respuesta a los suyos.

-Muy bien. ¿Y a vuestros ministros, los conocéis?

-Colbert, rostro feo y sombrío, pero inteligente; cabellos que le caen sobre la frente; cabeza grande, pesada, maciza; enemigo mortal del señor Fouquet.

-En cuanto a éste, no nos inquietemos.

-No, porque, necesariamente, me pediréis que le destierre, ¿no es eso?

Aramis, penetrado de admiración, se limitó a decir:

-Seréis muy grande, monseñor.

-Ya veis añadió el príncipe-, que sé mi lección admirablemente, y que mediante Dios primero, y vos después, apenas me equivocaré en nada.

-¿No tenéis también un par de ojos muy molestos, monseñor?

-Sí, el capitán de mosqueteros, señor de Artagnan, vuestro amigo.

-Mi amigo, debo decirlo.

-Él es quien escoltó a La Valliére a Chaillot; quien entregó a Monk en un cofre al rey Carlos II; quien ha servido tan bien a mi madre, y a quien la corona de Francia debe tanto, que se lo debe todo. ¿Acaso me vais a solicitar también que lo destierre?

-Nunca, Majestad. Artagnan es un hombre a quien, en un momento dado, me encargo de decirlo todo: pero, desconfiad de él, porque si nos descubre antes de esta revelación, vos o yo seremos aprisionados o muertos. Es hombre de acción.

-No lo olvidaré. Habladme del señor Fouquet. ¿Qué deseáis hacer de él?

-Un momento todavía, os lo ruego, monseñor. Perdonadme, si parece que os falto al respeto preguntándoos siempre.

-Es vuestro deber hacerlo, y estáis en vuestro derecho.

-Antes de pasar al señor Fouquet, tendría escrúpulos de olvidar a otro amigo mío.

-El señor Du-Vallon, el Hércules de Francia. Por lo que toca a éste, su fortuna está asegurada.

-No, no es de él de quien yo deseaba hablar.

-Entonces, será del conde la Fére.

-Y de su hijo: hijo de nosotros cuatro.

-¿Ese mozo que se muere de amor por La Valliére, la cual le ha sido arrebatada por mi hermano deslealmente? Estad tranquilo; sabré hacérsela recobrar. Decidme una cosa, señor de Herblay: ¿se olvidan las ofensas cuando se ama? ¿Se perdona a la mujer que nos ha hecho traición? ¿Es éste uno de los usos franceses? ¿Es esta una de las leyes del corazón humano?

-Un hombre que ama intensamente, como ama Raúl de Bragelonne, acaba por olvidar el crimen de su amada; pero yo no sé si Raúl olvidará.

-Yo proveeré. ¿Es eso todo lo deseábais decirme de vuestro amigo?

-Todo.

-Vamos ahora al señor Fouquet. ¿Qué creéis que haré de él?

-Un superintendente, como lo era antes, y como yo os lo suplico.

-¡Sea! Pero hoy es primer ministro.

-No del todo.

-Será muy necesario un primer ministro a un rey ignorante y no acostumbrado a los negocios, como lo seré yo.

-¿Será muy preciso un amigo a Vuestra Majestad?

-No tengo más que uno, y ese sois vos.

-Tendréis otros más adelante, aunque nunca tan adictos, tan celosos como yo de vuestra gloria.

-Seréis mi primer ministro.

-No, desde luego, monseñor. Esto causaría mucha admiración y grandes recelos.

-El señor de Richelieu, primer ministro de mi abuela, María de Médicis, no era más que obispo de Luzón, como vos lo sois de Vannes.

-Veo que Vuestra Alteza Real se ha aprovechado bien de mis notas. Esa milagrosa perspicacia me colma de alegría.

-Yo sé que el señor de Richelieu, por la protección de la reina, llegó a ser muy pronto cardenal.

-Vale más -dijo Aramis inclinándose- que no sea primer ministro hasta que Vuestra Alteza me haya hecho nombrar cardenal.

-Lo seréis antes de dos meses, señor de Herblay.. Os contentáis con poca cosa. No me ofenderíais pidiéndome más, y me afligiréis deteniéndoos en tan poco.

-Algo más espero aún, monseñor.

-¡Decid, decid!

-El señor Fouquet no se ha de ocupar siempre de los asuntos, envejecerá pronto. Ama el placer, compatible hoy con su trabajo, gracias al resto de juventud que le queda; mas esta juventud desaparecerá al primer pesar o a la primera enfermedad. Nosotros evitaremos el pesar, porque es hombre obsequioso y de noble corazón, pero no podemos precaverle, de la enfermedad. Así, está juzgado. Cuando hayáis pagado todas las deudas del señor Fouquet, y puesto la Hacienda en buen estado, 1 señor podrá seguir siendo rey en su corte de poetas y pintores; nosotros le habremos hecho rico. Entonces, seré primer ministro de Vuestra Alteza Real, y podré pensar en mis intereses y en los vuestros.

El joven miró a su interlocutor.

-El señor de Richelieu, de quien hablábamos -dijo Aramis-, tuvo la gran sinrazón de querer dirigir por sí solo a Francia, y dejó reinar sobre el mismo trono a dos reyes, el rey Luis XIII y él, mientras podía instalarlos más cómodamente en dos tronos distintos.

-¿En dos tronos? -dijo el joven meditando.

-En efecto -continuó Aramis tranquilamente-: un cardenal, primer ministro de Francia, auxiliado con el favor y el apoyo del rey cristianísimo; un cardenal, a quien el rey su señor prestase sus tesoros, sus ejércitos, sus consejos, este hombre haría un doble empleo importuno, aplicando todos sus recursos a Francia únicamente. Por otra parte -agregó Aramis penetrando con sus miradas hasta el interior de los ojos de Felipe-, vos no seréis un rey como vuestro padre, delicado, lento y cansado de todo, sino un rey de talento y aguerrido; no tendréis bastante con vuestros estados, y yo os incomodaría en ellos. Pero jamás nuestra amistad debe ser, no digo alterada, sino siquiera rozada por un pensamiento secreto. Yo os habré dado el trono de Francia, y vos me daréis el de San Pedro. Cuando vuestra mano leal, poderosa y armada, tenga por hermana gemela .la de un papa como yo, ni Carlos V, que poseyó la dos terceras partes del mundo, ni a magno, que lo poseyó por completo, llegarán a la altura de vuestro cinturón. Yo no tengo alianzas; yo no tengo prejuicios, y no os empeñaré en guerras con los herejes, ni en guerras de familia; diré: "Para nosotros dos el universo; para mí las almas, para vos los cuerpos". Y, como yo moriré primero, me heredaréis. ¿Qué decís de mi plan, monseñor?

-Digo que me hacéis feliz y orgulloso nada más que de haberos comprendido; señor de Herblay, seréis cardenal; señor cardenal, seréis primer ministro. Después, me indicaréis lo que es preciso hacer para que se os elija papa, y lo haré. Pedid garantías.

-Es inútil. No obraré nunca sino haciéndoos ganar algo; yo no me elevaré nunca sin haberos elevado al escalón superior; estaré siempre bastante lejos de vos, para que no sintáis celos de mí, pero no tanto que no pueda procurar lo que os convenga y cultivar vuestra amistad. Todos los contratos de este mundo se rompen porque el interés que encierran tiende a inclinarse a un solo lado. Jamás sucederá esto entre nosotros; no tengo, pues precisión de garantías.

-¡Así... mi hermano... desaparecerá!

-Simplemente. Le arrebataremos de su lecho valiéndonos de una trampa que ceda a la presión del dedo. Dormido bajo el solio, despertará en el cautiverio. Sólo vos mandaréis desde aquel momento, y no tendréis mejor y más agradable interés que el de, conservarme a vuestro lado.

-Verdad es. He aquí mi mano, señor de Herblay.

-Permitidme que me arrodille ante vos. Majestad, muy respetuosamente. Ya nos abrazaremos el día que tengamos en la frente, vos la corona, yo la tiara.

-Abrazadme hoy mismo, y sed más que grande, más que hábil, más que sublime genio: ¡sed bueno para mí, sed mi padre!

Aramis estuvo a punto de enternecerse oyéndole hablar. Creyó sentir en su corazón cierto movimiento hasta entonces desconocido; pero su impresión se extinguió bien pronto.

- ¡Su Padre! -pensó-. ¡Si, padre santo!"

Y los dos tomaron asiento en la carroza, que partió rápidamente por el camino de Vaux-le-Vicomte.

LXXXIV
EL PALACIO DE VAUX-LE-VICOMTE

El palacio de Vaux-le-Vicomte, situado a una legua de Melún, había sido construido por Fouquet en 1653. Entonces había muy poco dinero en Francia. Mazarino lo recogió todo, y Fouquet gastaba lo que quedó. Sólo que, ciertos hombres tienen los defectos fecundos y los vicios útiles, Fouquet, al gastar los millones en este palacio, había encontrado medio de reunir tres hombres ilustres: Levau, arquitecto del edificio; Le Nótre, dibujante de los jardines, y Le Brun, decorador de las habitaciones.

Si el palacio de Vaux tenía algún defecto censurable, era su carácter grandioso y su graciosa magnificencia. Todavía hoy es proverbial nombrar las arpentas de su techado, cuya reparación es en nuestros días la ruina de-las fortunas tan menguadas como toda la época.

Vaux-le-Vicomte cuando uno ha franqueado su extensa verja, sostenida por cariátides, despliega el principal cuerpo de edificio en el vasto patio de honor, cercado de profundo foso que bordea una magnífica balaustrada de piedra. Nada tan noble como el arimez del centro, colocado en su grada como un soberano en su trono, con cuatro pabellones a su alrededor que forman las ángulos, y cuyas inmensas columnas jónicas elévense suntuosamente a toda la altura del edificio. Los frisos adornados de arabescos, y los frontones que coronan las pilastras, derraman por todas partes la riqueza y la gracia. Las cúpulas que dominan el todo, le dan amplitud y majestad.

Este edificio, construido por un súbdito, se asemeja mucho más a un palacio real que aquellos que Wolsey se creía obligado a regalar a su amo por temor de producirle envidia.

Pero, si la magnificencia y el gusto brillan en algún sitio especial de este palacio, si puede preferirse algo a la espléndida disposición del interior, al lujo de los' dorados, a la profusión de las pinturas y estatuas, es el parque, son los jardines de Vaux. Los surtidores de agua, maravillosos en 1653, se admiran todavía hoy. Las cascadas eran el asombro de todos los reyes y de todos los príncipes; y, en cuanto a la célebre gruta, asunto de tantos versos, morada de .la ilustre ninfa de Vaux, a quien Pellisson hace hablar con La Fontaine, se nos dispensará qué describamos sus bellezas; porque no quisiéramos reanimar para nosotros las críticas que concebía Boileau.

Aquello no son más que festones aquello no son más que astrágalos. Y yo me salvo apenas a través del jardín.

Haciendo como Despréux, entraremos en éste parque de sólo ocho años de fecha, y cuyas cimas, ya soberbias, se abrían enrojecidas a los primeros rayos del sol. Le Nôtre había apresurado el placer de Mecen s; todos los planteles habían producido doble número de árboles, r medio del cultivo y de los más excelentes abonos. Todo árbol de las inmediaciones que prometía alguna esperanza, fue arrancado con sus raíces y trasplantado en

el parque. Fouquet bien podía comprar árboles para embellecer su parque, pues había comprado tres aldeas con sus términos para darle más extensión.

El señor de Scudéry dice de este palacio que, para regalarlo, Fouquet había dividido un río en innumerables fuentes, y reunido mil fuentes en torrentes. Este señor de Scudéry dice otras muchas cosas en su Clelia sobre el palacio de Valterre, cuyas bellezas describe minuciosamente. Procederemos más cuerdamente remitiendo los lectores curiosos a Vaux, que enviándolos a la Clelia. Sin embargo, hay tantas leguas de París a Vaux, como de volúmenes a la Clelia.

Esta espléndida casa estaba preparada para recibir al más grande rey del mundo. Los amigos del señor Fouquet habían acarreado allí, unos sus actores y decoraciones, otros sus equipajes de estatuarios y de pintores, y algunos, sus plumas finamente cortadas. Tratábase de aventurar muchas improvisaciones.

Las cascadas, poco dóciles, aunque ninfas, rebosaban un agua cristalina y derramaban sobre los tritones y nereidas de bronce olas de espumosa agua que tomaba los colores del iris con los rayos del sol.

Un ejército de sirvientes estaban en continuo movimiento por patios y corredores, mientras Fouquet, que había legado por la mañana, paseaba tranquilamente y todo lo contemplaba, para dar las últimas órdenes luego que sus mayordomos hubiesen concluido la revista.

Como ya hemos dicho, era el 15 de agosto. El sol caía a plomo sobre las espaldas de los dioses de mármol y de bronce; caldeaba el agua de las conchas, y molduraba en los vergeles aquellos magníficos melocotones que el rey debía echar de menos cincuenta años después, cuando, careciendo en Marly de aquellas hermosas especies, en unos jardines que habían costado a Francia el doble que los de Vaux, decía el gran rey a alguien: "Sois demasiado joven para haber comido los melocotones del señor Fouquet."

¡Oh recuerdos! ¡Oh trompetas de la fama! Oh gloria mundana! ¡El que se creía dotado de un gran mérito; el que había recogido la herencia de Nicolás Fouquet; el que la había recibido de Le Nótre y Le Brun; el que había enviado a aquél para toda su vida a una prisión de Estado, solamente se acordaba de los melocotones de aquel enemigo vencido, ahogado y olvidado! Fouquet había invertido treinta millones en sus estanques, en los crisoles de sus estatuarios, en los escritos de sus poetas, en la colección de dibujos de sus pintores; había creído, aunque en vano, que de este modo se pensaría en él. ¡Un melocotón encarnado y carnoso entre losanges de un enrejado, bajo las lenguas verdagueantes de sus agudas hojas, esa porción de materia vegetal que un lirón roía sin pensar en ello bastábale al gran rey para resucitar en su memoria la triste sombra del último superintendente de Francia!

Bien seguro de que Aramis había distribuido las grandes masas, que había tenido cuidado de hacer custodiar las puertas y preparar los alojamientos, Fouquet no se preocupaba más que del conjunto. Aquí, Gourville le enseñaba las disposiciones de los fuegos artificiales; allá, Moliére le conducía al teatro; y en fin, después de visitar los salones, la capilla y las galerías, cuando Fouquet volvía a bajar agotado, vio a Aramis en la escalera. El prelado le hacía una seña.

El superintendente fue a reunirse con su amigo, que le detuvo ante un gran cuadro apenas concluido. Arrimado a aquel lienzo, el pintor, Le Brun, cubierto de sudor, manchado de colores, pálido de fatiga y de inspiración, daba los últimos toques de su ligero pincel. Era el retrato del rey a quien se aguardaba, con el traje de ceremonia que Percerín había dejado ver de antemano al obispo de Vannes.

Fouquet se colocó delante de aquel cuadro, que vivía por así decirlo, en su fresca carne y en su húmedo color. Miró la figura, calculó el trabajo, admiró, y, no encontrando recompensa digna de aquel trabajo de Hércules, pasó sus brazos en torno al cuello del pintor, y le abrazó. El señor superintendente acababa de estropear un traje de mil doblones, pero había tranquilizado a Le Brun.

Aquel momento fue muy precioso para el artista, y doloroso para el señor Percerín, que también iba detrás de Fouquet y admiraba en la pintura de Le Brun el vestido que había hecho para Su Majestad, objeto artístico, decía, que no tenía par sino en el guardarropa del señor superintendente.

Su pena y sus exclamaciones fueron interrumpidas por la señal que se dio desde la azotea de la casa. Al otro lado de Melún, y ya en la llanura, los centinelas de Vaux habían devisado el séquito del rey y de las reinas: Su Majestad entraba en Melún con su larga fila de carrozas y jinetes.

-Dentro de una hora- dijo Aramis a Fouquet.

-¡Dentro de una hora! -contestó éste, suspirando.

-¡Y el pueblo pregunta para qué sirven las fiestas reales- continuó el obispo de Vannes con su falsa sonrisa.

-¡Ay! Yo, que no soy pueblo, me lo pregunto también.

-Os contestaré dentro de veinticuatro horas, monseñor; recobrad vuestro buen semblante, porque hoy es día de alegría.

-Pues bien; creedme, si queréis, Herblay -dijo el superintendente, señalando con el dedo al acompañamiento de Luis que se descubría a lo lejos-, no me quiere, ni yo tampoco le quiero mucho, pero no sé en qué consiste, que conforme se aproxima a mi casa. ..

-Y bien, ¿qué?

-Conforme se aproxima, me es más sagrado, es más rey, y casi querido.

-¿Querido? Sí -dijo Aramis recalcando la palabra-, como, más tarde, el abate Terry con Luis XV. -No os burléis, Herblay; siento
que si él lo quisiese, amaría a ese joven.

-No es a mí a quien debéis esto -repuso Aramis-, sino al señor Colbert.

-¡Al señor Colbert! -gritó Fouquet -. ¿Por qué?

-Porque cuando sea superintendente os concederá una pensión sobre las cajas reales.

Lanzando este dardo, Aramis saludó.

-Adónde vais -preguntó Fouquet, que se había quedado triste.

-A mi habitación, para mudar de trajes monseñor.

-¿Dónde estáis alojado, Herblay?

-En la cámara azul del segundo piso.

-¿La que da sobre la cámara del rey?

-Precisamente.

-¡Qué yugo habéis escogido! ¡Condenarse a no poderse mover!...

-Toda la noche, señor duermo o leo en mi lecho.

-¿Y vuestra servidumbre? -Sólo me acompaña una persona..

-¿Tan poco?

-Me basta con mi lector. Adiós, monseñor; no os fatiguéis demasiado. Conservaos fresco para la llegada Rey

-¿Se os verá?... ¿Se verá a vuestro amigo Du Vallon?

-Lo he alojado a mi lado, se está vistiendo.

Y Fouquet, saludando con la cabeza y con la sonrisa, pasó como un general en jefe que visita las avanzadas cuando se le ha señalado el enemigo.

LXXXV
EL VINO DE MELUN

El rey había entrado efectivamente en Melún, con intención de sólo atravesar la ciudad. El joven monarca estaba sediento de placeres. Durante el viaje no había visto más que dos veces a La Valliére, y comprendiendo que no podía hablarle sino por la noche en los jardines, después de la ceremonia, había apresurado su llegada a Vaux. Mas no contaba con su capitán de mosqueteros, ni con el señor Colbert.

Semejante a Calipso, que no podía consolarse de la partida de Ulises, nuestro gascón no podía consolarse de no haber comprendido por qué Aramis hacía pedir a Percerín la exhibición de los nuevos vestidos del rey.
"El caso es -se decía aquel entendimiento inflexible en su lógica-, que mi amigo, el obispo de Vannes, hace esto por algo".

Pero fatigaba su cerebro inútilmente.

Artagnan tan experto en todas las intrigas de la Corte; Artagnan, que conocía la situación de Fouquet mejor que él mismo, había concebido las más extrañas sospechas al oír el anuncio de aquella fiesta capaz de arruinar al hombre más rico, y que era una obra imposible, insensata, para un hombre arruinado. Además, la presencia de Aramis, que había regresado de Belle-Isle, y que el señor Fouquet había nombrado gran ordenador, su intervención perseverante en todos los asuntos del superintendente, y las visitas del señor de Vannes a Baisemeaux, atormentaban vivamente a Artagnan hacía algunas semanas.

"Con hombres del temple de Aramis -se decía-, no se obtienen ventajas con el acero en la mano. Mientras que Aramis ha hecho de guerrero, hubo esperanzas de superarlo; pero, desde que ha cambiado la coraza por la estola, estamos perdidos. Pero, ¿qué pretende Aramis?"

Y Artagnan pensaba:

"¿Qué me importa, si en último resultado desea derribar al señor Colbert? ¿Puede acaso querer otra cosa?"

Artagnan rascábase la frente, aquella tierra fecunda de donde el arado de sus uñas había hecho brotar tantas y tan buenas ideas.

Concibió la de avistarse con el señor Colbert; pero su amistad y su juramento de otro tiempo, le unían demasiado a Aramis. Desistió. Además, aborrecía al hacendista.

Quiso franquearse con el rey. Pero el rey no comprendería nada de sus sospechas, que carecían hasta de la realidad de la sombra.
Resolvió, por tanto, dirigirse directamente a Aramis en el momento que le viese.

"Le pillaré bruscamente entre dos fuegos -pensaba el mosquetero-; le pondré la mano sobre su corazón, y me dirá... ¿Qué me dirá? Sí, me dirá algo, porque, i diantre, aquí hay gato encerrado!"

Artagnan, ya más tranquilo, hizo sus preparativos de viaje, y dedicó todo su cuidado a que la guardia real, todavía poco considerable, estuviera bien reglamentada y mandada en sus medianas proporciones. De estos esfuerzos del capitán resultó que, cuando el monarca llegó frente de Melún, se vio a la cabeza de sus mosqueteros, de sus suizos Y de un piquete de guardias francesas. Parecía un pequeño ejército. El señor Colbert miraba aquellos hombres de armas con gran alegría. Hubiera deseado una tercera parte más.

-¿Por qué? -le preguntaba el rey.

-Para hacer más honor al señor Fouquet -replicaba Colbert. "Para arruinarle más pronto", pensaba Artagnan.

El ejército apareció frente a Melún, cuyos nobles presentaron al rey das llaves, y le invitaron a entrar en la casa ayuntamiento a fin de tomar el vino de honor.

El rey, que se proponía pesar adelante y llegar a Vaux en seguida, se puso encendido de despecho.

-¿Quién es el imbécil que me ha producido este retraso -gruñó entre dientes, mientras el regidor mayor pronunciaba su discurso.

-No soy yo -contestó Artagnan-, pero creo que ha sido el señor Colbert.

Colbert oyó su nombre.

-¿Qué desea el señor Artagnan? -le preguntó.

-Deseaba saber si sois el que ha hecho retrasar al rey con el vino de Bric.

-Si, señor.

-Entonces es a vos a quien el rey ha dado un nombre.

-¿Cuál, señor?

-No lo sé muy bien... Esperad... necio... no, no ... imbécil, estúpido. He aquí lo que Su Majestad ha dicho del que le ha preparado el vino de Melún.
Artagnan, después de aquella andanada, acarició tranquilamente a su caballo. La gruesa cabeza del señor Colbert se infló como un odre.

Artagnan, viéndolo tan demudado por la ira, no se detuvo. El orador continuaba; el rey enrojecía a ojos vistas.

-¡Diantre! . . . –dijo flemáticamente el mosquetero-. Al rey le va a dar una congestión " al cerebro. ¿De dónde diablos habéis sacado esa idea, señor Colbert? No habéis estado feliz.

-Señor -contestó el hacendista enderezándose-, me la ha inspirado mi celo por el servicio del rey.

-¡Bah!

-¡Señor, Melún es una ciudad, una buena ciudad que paga bien, a la que no se debe descontentar.

-¡Vos lo veis así! Yo, que no soy hacendista, únicamente he visto un objeto de vuestra idea.

-¿Cuál señor?

-El de alborotar un poco la bilis al señor Fouquet, que se impacienta allá bajo en sus torreones esperando.

El golpe era certero y rudo. Colbert quedó desconcertado. Y se retiró con la cabeza baja. Afortunadamente, el discurso había terminado. El rey bebió; después, todos reanudaron la marcha a través de la ciudad. El rey mordíase los labios, porque se acercaba la noche y la esperanza de pasear con La Valliére se desvanecía.

Para hacer entrar la casa del rey en Vaux, se necesitaba por lo menos cuatro horas, gracias a todas las consignas. Así es, que el rey, que ardía de impaciencia, daba prisa a las reinas, a fin de llegar antes del anochecer.

Mas, en el momento de ponerse en marcha, surgieron las dificultades.

-No va a pernoctar el rey en Melún? -dijo el señor Colbert, por lo bajo, al señor de Artagnan.

El señor Colbert se hallaba poco inspirado aquel día, dirigiéndose de este modo al jefe de los mosqueteros. Este había adivinado que el rey no quería permanecer en aquel punto, Artagnan no pensaba dejarle entrar en Vaux sino bien acompañado: quería, pues, que rodease a Su Majestad toda la escolta. Por otra parte, conocía que las dilaciones irritarían su carácter impaciente. ¿Cómo armonizar estas dificultades? Artagnan cogió la palabra a Colbert y se la lanzó al rey:

-Majestad -dijo-, el señor Colbert pregunta si pernoctaréis en Melún?

-¿Permanecer en Melún? ¿Y para qué? -exclamó Luis XIV-.

-Hacer noche en Melún! . . . ¿Quién diablo ha podido pensar en eso, cuando el señor Fouquet nos espera esta noche?

-Era -repuso vivamente Colbert-, por temor a retardar a Vuestra Majestad, que conforme a la etiqueta no puede entrar más que en su casa, sin que las habitaciones estén preparadas por su aposentador y distribuida la guarnición.

Artagnan lo escuchaba atentamente y se mordía el bigote.

Las reinas lo oían también. Estaban cansadas; hubiesen querido dormir, y sobre todo impedir al rey pasearse, por la noche, con el señor de Saint-Aignan y las damas; porque, si la etiqueta retenía en su habitación a las princesas, las damas, concluido su servicio, podían pasear libremente.

Se ve, pues, que todos estos intereses, acumulándose en vapores, debían producir nubes, y las nubes una tempestad. El rey no tenía bigote que morderse, pero mascaba el puño de su látigo. ¿Cómo salir de allí? Artagnan y Colbert hacíanse los desentendidos, cada cual a su modo. ¿A quién morder?

-Consultaremos a la reina -dijo Luis XIV, saludando a las damas. ,Y esta atención penetró en el corazón de María Teresa, que era buena y generosa, y que, puesta en su libre albedrío, replicó respetuosamente:

-Siempre haré con gusto lo que me dicte la voluntad del rey.

-¿Cuánto tiempo precisa para llegar a Vaux? -preguntó Ana de Austria -balbuceando cada sílaba, y apoyan la mano en su dolorido pecho.

-Una hora para las carrozas de Sus Majestades -contestó Artagnan-, por caminos bastantes buenos.

El rey lo miró.

-Un cuarto de hora para el rey -se apresuró a decir.

-¿Se llegará de día -dijo Luis XIV.

-Pero el alojamiento de la casa militar -objetó dulcemente Colbert, hará perder al rey la celeridad del viaje, por pronto que se haga.

"¡Grandísimo animal! -pensó Artagnan-. Si tuviese interés en arruinar tu crédito lo conseguiría en diez minutos."

-En lugar del rey -agregó en voz alta-, me iría a casa del señor Fouquet, que es un hombre muy cumplido, dejaría a la familia, me presentaría como amigo, y entraría sólo con mi capitán de guardias; no por eso sería menos grande y sagrado.

La alegría brillo en los ojos del rey.

-He aquí un buen consejo –dijo-, señoras mías; vamos como un amigo a casa de otro. Marchad despacio, señores de los equipajes; y nosotros, adelante.

Y se llevó en pos de sí a todos los jinetes.

Colbert ocultó su gruesa cabeza detrás del cuello de su caballo.

"De este modo me veré desembarazado -se decía Artagnan, galopando- para conversar esta misma tarde con Aramis. Además, el señor Fouquet es un hombre muy cumplido. ¡Pardiez! Lo he dicho, y hay que creerlo."

He aquí cómo, hacia las siete de la tarde, sin trompetas ni guardias avanzadas, sin exploradores ni mosqueteros, el rey se presentó ante la verja de Vaux, donde Fouquet, prevenido, esperaba hacía una media hora, con la cabeza descubierta, en medio de su servidumbre y de sus amigos.

LXXXVI
NÉCTAR Y AMBROSIA

Fouquet tuvo el estribo al rey, quien, habiendo echado pie a tierra, se realzó graciosamente, y, más graciosamente todavía, le tendió una mano que Fouquet, a pesar de un ligero esfuerzo del rey, llevó a sus labios respetuosamente.

El rey quería escapar, en el primer recinto, la llegada de las carrozas. No tuvo que aguardar mucho. Los caminos habían sido arreglados por mandato del superintendente. Desde Melún hasta Vaux no se hubiera encontrado una piedra como un huevo. Así es que las carrozas, rodando como sobre una alfombra, condujeron allí, sin vaivenes ni fatigas, a las demás a las ocho de la noche. Fueron recibidas por la señora superintendente, y, en el momento en que aparecían, una luz, viva como la del día, salía de todos los árboles, de todos los jarrones, de todos los mármoles. Este encantamiento duró hasta que Sus Majestades pasaron al interior del palacio.

Todas aquellas maravillas, que el cronista ha acumulado, o mejor, conservado en su relato, 'a riesgo de rivalizar con el novelista, aquellos esplendores de la noche vencida, de la naturaleza corregida, de todos los placeres, de todos los lujos combinados para el deleite de los sentidos y del espíritu, los ofreció realmente Fouquet a su monarca, en aquel retiro encantado, del que ningún soberano de Europa podía lisonjearse entonces de poseer el equivalente.

No hablaremos ni del gran festín que reunió a Sus Majestades, ni de los conciertos y las fantásticas transformaciones; nos contentaremos con describir el rostro del rey, que de alegre, abierto y satisfecho al principio, se convirtió bien pronto en sombrío, disgustado e irritado. Se acordaba de su casa, y de aquel pobre lujo que no era más que el instrumento de la realeza sin ser la propiedad del hombre rey. Los grandes jarrones del Louvre, los antiguos muebles y la vajilla de Enrique II, de Francisco I y de Luis XI, no eran más que monumentos históricos. No eran más que objetos artísticos, un expolio del oficio del rey. En casa de Fouquet, el trabajo y la materia eran de inestimable valor Fouquet comía en una vajilla de oro que sus artistas habían fundido y cincelado para él. Fouquet bebía vino suyo cuyo nombre ignoraba el rey de Francia, y los bebía en vasos más preciosos cada uno que toda la bodega del rey.

¿Y qué podría decirse de las salas, tapicerías, cuadros, criados y oficiales de todas clases? ¿Qué del servicio, en que, reemplazando el orden a la etiqueta y el bienestar a las consignas, el placer y la satisfacción del invitado eran la suprema ley de todo lo que obedecía al huésped?

Aquel enjambre de gentes ocupadas sin ruido; aquella multitud de convidados, menos numerosos' que los criados; aquellas miríadas de manjares, de vasos de oro y. de plata; aquellos chorros de luz; aquellos montones de flores desconocidas de que habíase despojado a los invernáculos como de una pesada carga, pues que todas estaban redundantes de belleza; aquel conjunto armonioso, que no era más que el preludio de la fiesta prometida, extasió a todos los convidados, que manifestaron su admiración repetidas veces, no con la voz o el gesto, sino con el silencio y la atención, dos lenguajes del cortesano que no conocía ya el freno del amo.

Respecto al rey, sus ojos se hincharon y ya no se atrevió a mirar a la reina. Ana de Austria, siempre superior en orgullo a las demás criaturas, humilló a Fouquet por el desprecio que manifestaba a todo lo que se le servía.

La joven reina, bondadosa y curiosa de la vida, alabó a Fouquet, comió con gran apetito, y preguntó el nombre de algunas frutas que se veían sobre la mesa. Fouquet respondía que los ignoraba. Aquellas frutas procedían ,de sus reservas, que a menudo cultivaba él mismo, pues era un sabio en materia de agronomía exótica. El rey conoció la delicadeza, y se sintió más humillado. Encontraba a la reina algo pueblo, y a Ana de Austria un poco Juno. Todo su cuidado consistía en mantenerse frío, entre el límite del mayor desprecio o de la simple admiración.

Pero Fouquet había previsto todo esto: era uno de esos hombres a quienes nada escapa.

El rey había declarado expresamente que, mientras estuviese en casa del señor Fouquet, deseaba que se desterrase de sus comidas la etiqueta, y, por tanto, que comería con todo el mundo; mas, por las atenciones del superintendente, la comida del rey siempre se servía aparte, si es lícito expresarse así, en medio de la mesa general. Esta comida, encantadora por su composición, comprendía todo lo que al rey le gustaba, todo lo que habitualmente prefería. Luis no tenía excusas para decir que le faltaba el apetito, cuando era el primero del reino en apetito.

Fouquet condújose mucho mejor: habíase sentado a la mesa por obedecer la orden del rey; mas en cuanto se sirvieron las sopas, se levantó de la mesa y sirvió por sí mismo al rey; mientras, la señora superintendenta estaba colocada detrás del sillón de la reina madre. El desprecio de Juno y la displicencia de Júpiter no estallaron contra esta muestra de delicadeza. La reina madre tomó un bizcocho en vino de Sanlúcar, y el rey comió de todo diciendo al señor Fouquet:

-Es imposible, señor superintendente, hacer mejor los honores. Con lo cual, toda la Corte se puso a devorar con tal entusiasmo, que hubiérase creído que era una nube de langostas de Egipto que se abatía sobre los verdes centenos. Esto no impidió que, satisfecha el hambre, el monarca volviera a ponerse triste, en proporción al buen humor que había creído deber manifestar; sobre todo por la buena cara que sus cortesanos habían puesto a Fouquet.

Artagnan, que comía mucho y bebía bien, sin aparentarlo, no perdió bocado, mas hizo un gran número de observaciones provechosas.

Concluida la cena, el rey no quiso perder el paseo. El parque se hallaba iluminado. La luna, como si se hubiese puesto a las órdenes del señor de Vaux, argentaba los macizos y los lagos. La frescura era suave. Las calles de árboles estaban sombrías y enarenadas tan blandamente, que los pies sentían una especie de placer. Hubo allí fiesta completa; porque el rey, encontrando a La Valliére a la vuelta de un bosquecillo, le pudo apretar la mano y decirle: "Os amo", sin que lo oyera más que Artagnan, que le seguía, y Fouquet, que le precedía.

Aquella noche de encantamientos iba avanzando. El rey pidió su cámara. Al instante se puso todo en movimiento. Las reinas pasaron a las suyas al son de tiorbas y de flautas. El rey encontró, al subir la escalera principal, a sus mosqueteros, a quienes Fouquet había hecho venir de Melún y convidado a cenar.

Artagnan perdió toda desconfianza. Estaba fatigado, había cenado bien, y quería, por una vez en su vida, gozar de una fiesta en casa de un verdadero rey.

"Fouquet -se decía- es mi hombre."

Llevaron al monarca, con gran ceremonia, a la cámara de Morfeo, de que debemos hacer una ligera mención a nuestros lectores. Era la más hermosa y espaciosa del palacio. Le Brun había pintado, en la cúpula, los sueños dichosos y los sueños tristes que Morgeo suscita tanto a los reyes como a los hombres. Todo lo más gracioso que produce el sueño, la miel y los perfumes que derrama, las flores y el néctar, los deleites o el reposo de los sentidos, todo había enriquecido los maravillosos frescos de aquel pintor. Era una composición tan suave en una parte, como siniestra y terrible en la otra. Las copas que vierten los venenos, el hierro que resplandece sobre la cabeza del que duerme, los hechiceros y los fantasmas con espantosas máscaras, las medias tinieblas, más aterradoras que las llamas o la obscura noche, he aquí lo que había reunido en sus graciosos cuadros.

Cuando el rey entró en aquella magnífica cámara, se estremeció. Fouquet le preguntó la causa.

-Tengo sueño -respondió Luis bastante pálido.

-¿Quiere Vuestra Majestad su servicio inmediatamente?

-No; tengo que hablar con algunas personas -dijo el rey-. Que se avise al señor Colbert.

Fouquet se inclinó y salió.

LXXXVII
A GASCÓN, GASCÓN Y MEDIO

Artagnan no había perdido el tiempo; no estaba en su costumbre. Después de haberse informado de Aramis, le siguió buscando hasta que le encontró. Ahora bien, Aramis, una vez que el monarca entró en Vaux, se retiró a su habitación, discurriendo, sin duda, alguna galantería para agradar a su Majestad.

Artagnan hízose anunciar y encontró, en el segundo piso, en una magnífica habitación que se llamaba la cámara azul, a causa de sus colgaduras, al prelado de Vannes en compañía de Porthos y de otros varios epicúreos modernos.

Abrazó Aramis a su amigo, le ofreció el mejor asiento y, como advirtiesen los demás que el mosquetero callaba, sin duda con objeto de hablar luego secretamente con Aramis, los epicúreos pidieron la venia para retirarse.

Porthos no se movió. Verdad es que, habiendo comido mucho, dormía en un sillón. Porthos tenía el ronquido armonioso, y podíase hablar con esta especie de bajo como la antigua melopea.

Sintió Artagnan tener que principiar la conversación, y como fuese ésta ardua empresa, abordóla claramente.

-Y bien -dijo-, vednos, pues, en Vaux.

-Sí, Artagnan. ¿Os gusta la mansión?

-Mucho, y también el señor Fouquet.

-¿Verdad que es encantador?

-¡No había de saber!

-Se dice que el rey ha principiado por mostrarse frío, pero que al fin se ha ablandado.

-¿No habéis visto, pues, cuando decís:" Se dice"?

-No; yo me ocupaba, con esos señores que acaban de salir, de la representación y del torneo de mañana.

-¡Ah, ya! ¿Sois vos aquí el ordenador de las fiestas?

-Soy, como sabéis, amigo de los deleites de la imaginación; siempre poeta en algún concepto.

-He visto vuestros versos. Eran deliciosos.

-Los he olvidado; pero me complace saber los de otros, cuando los otros se llaman Moliére, Pellisson, La Fontaine, etc.

-¿Sabéis, Aramis, la idea que se me ha ocurrido esta noche cenando?

-No; decídmela; si no, nunca la adivinaría. ¡Tenéis tantas!

-Pues bien, el verdadero rey de Francia, no es Luis XIV.

-¿Eh? -exclamó Aramis dirigiendo involuntariamente sus ojos hacia los ojos del mosquetero.

-No, lo es el señor Fouquet. Aramis respiró y sonrió.

-Veis las cosas como los demás: ¡celoso! -dijo-. No parece sino que es el señor Colbert quien ha hecho esta frase.

Artagnan, para halagar a Aramis, le contó las desventuras de Colbert con motivo del vino de Melún.

-¡Ruin ralea, la de Colbert! -dijo Aramis.

-¡A fe que sí!

-Cuando uno piensa -añadió el obispo-, que ese perillán será vuestro ministro dentro de cuatro meses...

-¡Bah!

-Y que le serviréis como a Richelieu, como a Mazarino.

-Como vos servís a Fouquet -dijo Artagnan.

-Con esta diferencia, querido amigo, que el señor Fouquet no es el señor Colbert.

-Es verdad.

Y Artagnan aparentó ponerse triste.

-Pero -añadió un momento después-. ¿por qué decís que el señor Colbert será ministro dentro de cuatro meses?

-Porque el señor Fouquet no lo será ya -replicó Aramis.

-Habrá caído, ¿no es así? -continuó Artagnan.

-Completamente.

-¿Para qué celebrar entonces las fiestas? -dijo el mosquetero con un tono de bondad tan natural, que el obispo dudó por un instante-. ¿Por qué no le habéis disuadido?

Esta última parte de la frase era un exceso. Aramis volvió a la desconfianza.

-Se trata -dijo- de gobernar al rey.

-¿Arruinándose?

-Arruinándose por él, sí.

-¡Singular cálculo!

-La necesidad.

-No la veo, querido Aramis.

-Sí, notad al antagonista naciente del señor Fouquet.

-Y cómo el señor Colbert empuja al rey a deshacerse del superintendente.

-Salta a la vista.

-Y que hay cábala contra Fouquet. . .

-Por sabido.

Bajo la apariencia de que el rey toma partido contra un hombre que todo lo gasta por agradarle.

-Es verdad -dijo lentamente

Aramis, poco convencido, y deseoso de llevar a otro tema la conversación.

-Hay locuras y locuras -prosiguió Artagnan-. Y a mí no me gustan todas las que vos hacéis.

-¿Cuáles?

-La cena, el baile, el concierto, la comedia, los torneos, las cascadas, los fuegos de alegría y dé artificio, las iluminaciones y los presentes, muy bien, os concedo esto; mas estos gastos de circunstancias, ¿no bastan?

-¿Es necesario... ?

-¿Qué?

-¿Es necesario preparar de nuevo toda una casa, por ejemplo?

-¡Oh! Es cierto. Eso he dicho al señor Fouquet, y me ha respondido que, si fuese bastante rico, ofrecería al rey un palacio nuevo con veletas y cuevas; nuevo, con todo lo que tuviera dentro, y cuando el rey hubiera partido, le prendería fuego para que no sirviese a nadie.

-Eso es de español puro.

-Eso le dije yo. Y él añadió esto: "Quien me aconseje ahorrar, será enemigo mío".

-Demencia, os digo, así como ese retrato.

-¿Qué retrato? -preguntó Aramis.

-El del rey, esa sorpresa...

-¿Esa sorpresa?

-Sí, para la cual habéis tomado modelos de casa de Percerín. Artagnan se detuvo. Había lanzado la flecha. No se trataba ya más que de medir las consecuencias.

-Eso es una graciosidad -contestó Aramis.

Artagnan fue derecho a su amigo, le cogió las dos manos, y, mirándole a los ojos:

-Aramis -dijo-, ¿me queréis todavía un poco?

-¡Sí, os quiero!

-¡Bien! Un favor, entonces. ¿Por qué habéis tomado muestras del vestido del rey en casa de Percerín?

-Venid conmigo a preguntarlo a ese pobre Le Brun, que trabajó dos días y dos noches.

-Aramis, ésa es la verdad para todo el mundo; mas para mí...

-¡En verdad, Artagnan, me sorprendéis!

-Sed bueno para mí. Decidme la verdad: vos no quisierais que eso me ocasionara un disgusto, ¿eh?

-Amigo mío, llegáis a ser incomprensible. ¿Qué diablos sospecháis?

-¿Creéis en mis instintos? En ellos creíais otras veces. Pues bien, mi instinto me dice que tenéis un proyecto secreto.

-¿Yo, un proyecto?

-Estoy seguro de ello.

-¡Pardiez!

-Estoy tan seguro, que lo juraría.

-Artagnan, me producís un vivo sentimiento. En efecto, si yo tuviera un proyecto que debiese ocultaros, os lo ocultaría, ¿no es verdad? Si tuviese uno que debiera revelaros, ya os lo hubiese dicho.

-No; Aramis; hay proyectos que no se revelan más que en momentos favorables.

-Entonces, mi buen amigo -prosiguió el obispo riendo-, es que el momento favorable no ha llegado todavía.

Artagnan sacudió la cabeza con melancolía.

-¡Amistad, amistad! -exclamó-. ¡Vano nombre! He aquí un hombre que si yo lo pidiese, se dejaría descuartizar por mí.

-¡Es la verdad! -dijo noblemente Aramis.

-Y este hombre que me daría toda la sangre de sus venas, no me abre un rinconcito de su corazón. ¡Amistad, lo repito, no eres más que sombra y señuelo, como todo lo que brilla en el mundo!

-No habléis así de nuestra amistad -respondió el obispo con tono firme y convencido-. Ella no es del género de la que vos me habláis.

-Mirémonos, amigo. De nosotros cuatro, aquí estamos tres. Vos me engañáis, yo sospecho, y Porthos duerme. Hermoso trío de amigos, ¿no es verdad?

-No puedo deciros más que una cosa, Artagnan, y os lo aseguro por el Evangelio. Os quiero como en otro tiempo. Si desconfío de vos, es por causa de otros, no por causa vuestra ni mía. De todo lo que consiga, tendréis vuestra parte. ¡Prometedme el mismo favor!

-Si no me equivoco, Aramis, estas palabras, en el momento que las pronunciáis. están llenas de generosidad.

-Es posible.

-Conspiráis contra el señor Colbert. Si no es eso, decídmelo, ¡voto a Cribas! Tengo el instrumento y arrancaré el diente.

Aramis no pudo evitar una sonrisa de desdén.

-Y aun cuando conspirase contra el señor Colbert, ¿qué mal hay en ello?

-Es demasiado poco para vos, y no es para derribar a Colbert para lo que habéis pedido muestras a Percerín. ¡Oh Aramis! ! Nosotros no somos enemigos sino hermanos. Decidme lo que queréis emprender, y, a fe de Artagnan, si no puedo ayudaros, permaneceré neutral.

-No emprendo nada -contestó Aramis.

-Aramis, una voz me habla, me ilumina; esta voz no me ha engañado jamás. ¡Vos no queréis bien al rey!

-¿Al rey? -exclamó el obispo afectando descontento.

-Vuestra fisonomía no me convencerá. Al rey, lo repito.

-¿Me ayudaréis? -preguntó Aramis, siempre con la ironía de su risa.

-Aramis, haré más que ayudaros, haré más que ser neutral, os salvaré.

-Estáis loco, Artagnan.

-Soy el más cuerdo de los dos.

-¿Sospecháis, acaso, que trato de asesinar al rey?

-¡Quién habla de eso! -dijo el mosquetero.

-Entonces, entendámonos; no comprendo lo que pueda hacerse a un rey legítimo, como el nuestro, si no se le asesina.

Artagnan no replicó.

-Por otra parte, vos tenéis aquí vuestros guardias y vuestros mosqueteros -dijo el obispo.

-Es verdad.

-No estáis en casa del señor Fouquet, estáis en la vuestra.

-Es verdad.

-Sabéis ahora que es el señor Colbert quien aconseja al rey, contra el señor Fouquet, todo lo que vos querríais quizás aconsejar si yo no estuviese de su parte.

-¡Aramis! ¡Aramis! ¡Por favor, una palabra de amigo!

-La palabra de los amigos es la verdad. ¡Si yo pienso tocar con un dedo al hijo de Ana de Austria, al verdadero rey de este país de Francia si yo no tengo la firme intención de prosternarme delante de su trono; si, en mis ideas, el día de mañana, aquí en Vaux, no debe ser el más glorioso de los días de mi rey, que el rayo, me fulmine!

Aramis pronunció estas palabras con la cara vuelta hacia la alcoba de su cámara, donde Artagnan, de espaldas a esta alcoba, no podía sospechar que se ocultara alguien. La unción de sus palabras, la lentitud estudiada, la solemnidad del juramento, dieron al mosquetero la satisfacción más completa. Tomó las manos de Aramis, y las estrechó cordialmente.

Aramis había soportado las reconvenciones sin inmutarse, y sonrojóse al escuchar los elogios. Artagnan engañado le causaba horror. Artagnan confiado le avergonzaba.

-¿Es que os marcháis? -le dijo abrazándole para ocultar su rubor.

-Sí, mi servicio me reclama. Tengo que recibir la consigna.

-¿Dónde dormís?

-En la antecámara del rey, según parece. ¿Y Porthos?

-Lleváoslo, pues; porque ronca como un cañón.

-¡Ah! ¿No vive con vos? -dijo Artagnan.

-¡Ni mucho menos! No sé dónde tiene su aposento.

-¡Muy bien! -dijo el mosquetero, a quien esta separación de los dos asociados destruía sus últimas sospechas.

Y tocó rudamente el hombro de Porthos. Este contestó rugiendo.

-¡Venid! -dijo Artagnan.

-¡Calla! ¡Artagnan, querido amigo! ¡Qué casualidad! ...¡Ah! ¿Es verdad que estoy en las fiestas de Vaux?

-Con vuestro lindo vestido.

-Por la gentileza del señor Coquelin de Voliére, ¿no es verdad?

-¡Chito! -dijo Aramis-. Vais a hundir el piso con vuestros pasos.

-Es verdad -dijo el mosquetero-; está encima del domo.

-Y yo no lo he tomado para sala de armas -añadió el obispo-. La cámara del rey tiene por cielo raso las dulzuras del sueño. No olvidéis que mi tillado es de ese cielo raso. Buenas noches, amigos míos: dentro de diez minutos me hallaré durmiendo.

Y Aramis los condujo riendo dulcemente. Luego, cuando estuvieron fuera, echando rápidamente los cerrojos y calafateando las ventanas, llamó:

-¡Monseñor! ¡Monseñor! Felipe salió de la alcoba empujando una puerta corrediza situada detrás del lecho.

-Hay bastantes sospechosos en casa del señor Fouquet -dijo.

-¡Ah! Ya habéis conocido a Artagnan, ¿no es así?

-Antes de que vos le hubieseis nombrado.

-Es vuestro capitán de mosqueteros.

-Me es muy adicto -replicó Felipe-, apoyándose en el pronombre personal.

-Fiel como un perro, y a veces mordiendo. Si Artagnan no os reconoce antes que el otro haya desaparecido, contad con Artagnan hasta la eternidad; si no ha visto nada, guardará su fidelidad; si ha visto demasiado tarde, es gascón y no confesará nunca que se ha equivocado.

-Así lo pienso. ¿Qué hacemos ahora?

-Vais a poneros en el observatorio, y a mirar, al acostarse el rey, cómo os acostáis sin gran ceremonia.

-Muy bien. ¿Dónde me pongo? -Sentaos en esa silla de tijera. Yo voy a hacer resbalar el tillado. Vos miraréis por esa abertura que corresponde a las falsas ventanas practicadas en la bóveda de la cámara del rey. ¿Veis?

-Veo al rey.

Y Felipe estremecióse como al aspecto de un enemigo.

-¿Qué hace?

-Manda sentar a su lado a un hombre.

-El señor Fouquet.

-No, no; aguardad...

-¡Las notas, príncipe, los retratos!

-El hombre a quien el rey manda sentar es el señor Colbert.

-¿Colbert en presencia del rey? -exclamó Aramis-. ¡Imposible!

-Mirad.

Aramis hundió sus miradas en la ranura del entarimado.

-Sí -dijo-, Colbert; el mismo. ¡Oh! Monseñor, ¿qué vamos a oír, qué va a resultar de esta intimidad?

-Nada bueno para el señor Fouquet.

El príncipe no se equivocaba. Hemos visto que Luis XIV había hecho llamar a Colbert, y que Colbert había llegado. La conversación empeñábase entre los dos por uno de los más altos favores que el rey hubo jamás concedido. Verdad es que el rey estaba solo con un súbdito.

-Sentaos, Colbert.

El intendente, colmado de alegría, cuando temía ser despedido, rehusó este insigne honor.

-¿Acepta? -preguntó Aramis.

-No, queda de pie.

-Escuchemos, príncipe.

Y el futuro monarca y el futuro papa escucharon con avidez a aquellos simples mortales que tenían a sus pies, dispuestos a aplastarlos si hubiesen querido.

-Colbert -dijo el rey-, vos me habéis contrariado hoy.

-Majestad ... lo sabía.

-¡Muy bien! -contestó el rey-.Me place esa respuesta. Sí, lo sabíais. Se necesita valor para hacer eso.

-Me exponía al descontento de Vuestra Majestad, pero me exponía también a ocultarle su verdadero interés.

-¿Qué hay? ¿Teméis algo por mí?

-No más que una indigestión, Majestad -dijo Colbert-. Porque no se dan a su rey festines como éstos sin que reviente bajo los efectos de la buena mesa.

Colbert, al lanzar esta grosera chuscada, esperaba de ella un buen resultado.

Luis XIV, el hombre más vano y delicado de su reino, perdonó la bufonada de Colbert.

-El señor Fouquet -dijo- me ha dado de veras una comida excesivamente buena. Decidme. Colbert. ¿de dónde saca el dinero preciso para subvenir a estos enormes gastos? ¿Lo sabéis?

-Sí, lo sé, Majestad.

-Sé que sois exacto en cuentas. -Es la primera condición que puede exigirse a un intendente de Hacienda.

-¡No lo son todos!

-Doy las gracias a Vuestra Majestad por un elogio tan lisonjero en su boca.

-Pues Fouquet es rico, riquísimo, y esto, señor, todo el mundo lo sabe.

-Todo el mundo; lo mismo los vivos que los muertos.

-¿Qué quiere significar eso, señor Colbert?

-Los vivos ven las riquezas del señor Fouquet, admiran sus resultados, y le aplauden; pero los muertos, más sabios que nosotros, saben las causas, y le acusan.

-Y bien, ¿a qué causas debe el señor Fouquet sus riquezas?

-El oficio de intendente favorece a menudo a los que lo ejercen.

-Tenéis que hablarme más confidencialmente; no temáis nada, nos hallamos solos.

-Nunca temo a nadie bajo la égida de mi conciencia y bajo la protección de mi rey, Majestad.

Y Colbert se inclinó.

-Pues los muertos ¿hablan ... ?

-A veces, Majestad. Leed.

-¡Ah! -murmuró Aramis al oído del príncipe, que escuchaba a un lado sin modular una sílaba-. Pues que estáis aquí, monseñor, para saber vuestro oficio de rey, escuchad una infamia enteramente real. Vais a asistir a una escena de aquellas que solamente Dios, o más bien el demonio las concibe y ejecuta. Escuchad y aprovechaos.

El príncipe redobló su atención y vio a Luis XIV tomar de las manos de Colbert una carta que le enseñaba.

-¡La letra del difunto cardenal! -dijo el rey.

-Vuestra Majestad tiene buena memoria -replicó Colbert inclinándose-, y es una maravillosa aptitud para un monarca destinado al trabajo, reconocer las letras a primera vista.

El rey leyó una carta de Mazarino, que, conocida ya del lector,
no enseñaría nada nuevo si la insertásemos aquí.

-No comprendo bien -dijo el rey vivamente interesado.

-Vuestra Majestad no está aún muy al corriente de las cuentas de la intendencia.

-Veo que se trata de dinero dado al señor Fouquet.

-Trece millones. ¡Bonita cantidad!

-Pero, bien... Estos trece millones, ¿faltan en el total de las cuentas? He aquí lo que no comprendo del todo, lo confieso. ¿Por qué y cómo ha sido posible este déficit?

-Posible, no digo; real, sí.

-¿Decís que faltan trece millones en las cuentas?

-El registro, no yo.

-Y esta carta de Mazarino indica el empleo de la cantidad y el nombre del depositario.

-Como Vuestra Majestad puede convencerse.

-Sí, efectivamente, resulta de aquí que el señor Fouquet no ha devuelto todavía los trece millones.

-Eso resulta de las cuentas, sí, Majestad.

-Y bien... ¿entonces...?

-Entonces, Majestad, puesto que el señor Fouquet no ha devuelto todavía los trece millones, es que los tiene en caja, y con trece millones se hace cuatro veces más que Vuestra Majestad ha podido hacer en Fontainebleau, donde no gastamos más que tres millones en totalidad, si os acordáis.

El rey se había puesto sombrío. Colbert esperaba la primera palabra del rey con tanta impaciencia como Felipe y Aramis desde lo alto de su observatorio.

-¿Sabéis lo que resulta de todo esto, señor Colbert? -dijo el rey tras una reflexión.

-No, Majestad, lo ignoro.

-Que el hecho de la apropiación de los trece millones, si está averiguado ...

-Está.

-Quiero decir, si está declarado, señor Colbert.

-Pienso que mañana lo haría, si Vuestra Majestad...

-¿No estamos en casa del señor Fouquet? -contestó el rey con dignidad.

-El rey está en su casa por donde quiera, Majestad, y sobre todo en las casas que su dinero ha pagado.

-Creo -dijo Felipe a Aramis por lo bajo-, que el arquitecto que ha construido esta bóveda debió, previendo el uso que se haría de ella, movilizarla para que pudiera caer sobre la cabeza de los bribones de un carácter tan negro como el de ese señor Colbert.

-Pienso lo propio -dijo Aramis-; pero el señor Colbert está tan cerca del rey en este momento...

-Es cierto; esto abriría una sucesión.

-De la cual vuestro castigado hermano recogería el fruto, monseñor. Mas sigamos escuchando.

-No escucharemos mucho tiempo -dijo el príncipe.

-¿Por qué, monseñor?

-Porque, si yo fuese el rey, no respondería nada.

-¿Y qué haríais?

-Esperaría a mañana para reflexionar.

Luis XIV levantó por fin los ojos, y. encontrando a Colbert atento a su primera palabra:

-Señor Colbert -dijo, cambiando bruscamente de conversación-, observo que se hace tarde, y me acostaré ...

-¡Ah! -exclamó-. Yo hubiera...

-Mañana; mañana temprano habré tomado una determinación.

-Magníficamente bien, Majestad -replicó con presteza Colbert, excediéndose, pero contenido a tiempo.

El rey hizo un gesto, y el intendente se dirigió hacia la puerta retrocediendo de espaldas.

-¡Mi servicio! -exclamó el rey.

La servidumbre del rey entró en el aposento.

Felipe iba a dejar su puesto de observación.

-Un momento -díjole Aramis con su dulzura habitual-; lo que acaba de pasar no es más que un detalle, y mañana no nos dará ningún cuidado; pero el servicio de noche, la etiqueta que se observa al acostarse, ¡ah, monseñor, eso es muy importante. ¡Aprended cómo debéis meteros en el lecho. aprended Majestad.

LXXXVIII
COLBERT

La Historia nos dirá, o mejor, la Historia nos ha dicho los acontecimientos del siguiente día, los espléndidos festejos dados por el superintendente a su rey. Dos grandes escritores han referido la disputa que hubo entre La Cascada y el Canastillo de agua, la lucha empeñada entre La Fuente de la Corona y los Animales, a fin de saber a quién agradaría más.

Hubo, pues, al otro día diversiones y regocijos; hubo paseo, comida, comedia; comedia en la que, con no poca sorpresa, Porthos reconoció al señor Coquelin de Voliére, representando en la farsa de Los Fastidiosos. Así es como llamaba el señor de Bracieux de Pierrefonds a esta diversión.

Preocupado con la escena de la víspera, Pero fermentado el veneno derramado por Colbert, el rey, durante toda aquella jornada tan brillante, tan accidentada, tan imprevista, donde todas las maravillas de las Mil y una noches parecían reproducirse en su tránsito, el rey se mostró frío, reservado y taciturno. Nada pudo desarrugarle el ceño; no sentía más que un profundo resentimiento que venía de lejos, acrecentado paulatinamente como el manantial que llega a ser río, merced a los mil chorrillos de agua que le alimentan. A eso de las doce, comenzó a sentir un Poco de serenidad; sin duda, su resolución estaba tomada.

Aramis, que le seguía paso a paso, así en su pensamiento como en su marcha, comprendió que el acontecimiento que se aguardaba no se haría esperar.

Esta vez, Colbert parecía ir de acuerdo con el obispo de Vannes. Toda esta jornada, el rey, que indudablemente tenía necesidad de alejar un pensamiento sombrío, pareció buscar la compañía de La Valliére.

Vino la noche. El monarca había deseado no pasearse sino después del juego. Entre la cena y el paseo se jugó. El rey ganó mil doblones, los puso en su bolsillo y se levantó diciendo:

-Vamos, señores, al parque. Allí encontró a las damas. El rey había ganado mil doblones, hemos dicho, y se los había embolsado. Pero el señor Fouquet había sabido perder diez mil; de manera que, entre los cortesanos, dejó unos miles de libras de beneficio, circunstancia que convertía a los rostros de los palaciegos y de los oficiales en los semblantes más gozosos de la tierra.

No sucedía lo mismo con respecto al rostro del rey, sobre el cual, a pesar de aquella ganancia, a la que no se manifestaba insensible, permanecía siempre algo taciturno. Colbert le esperaba en el rincón de una alameda. Sin duda el intendente se hallaba allí en virtud de una cita; porque

Luis XIV, que le había evitado, hízole una seña y penetró con él en el parque. Pero La Valliére también había visto aquella frente sombría y la mirada llameante del rey; ella lo había visto, y, como nada de lo que contenía aquella alma era impenetrable a su amor, comprendió que aquella cólera reprimida amenazaba a alguien. Y se puso en el camino de la venganza como el ángel de misericordia.

Toda triste y confusa, medio loca por haber estado tanto tiempo separada de su amante, inquieta por esta emoción interior que había adivinado, mostróse primero al rey con un aspecto cohibido que, en su mala disposición de ánimo, el rey interpretó desfavorablemente.

Entonces, como estaban solos, o poco menos que solos, en atención a que Colbert, distinguiendo a la joven, se había detenido respetuosamente a diez pasos de distancia, el rey se aproximó a La Valliére y le tomó la mano.

-Señorita -le dijo-. ¿puedo sin indiscreción preguntaros lo que tenéis? Vuestro pecho parece dilatado, vuestros ojos húmedos.

-¡Oh! Si mi pecho está dilatado, si mis ojos están húmedos, y en fin, si yo estoy triste, es por la tristeza de Vuestra Majestad.

-¿Mi tristeza? ¡Oh! Veis mal, señorita. No, no es tristeza la que siento.

-¿Qué experimentáis, Majestad?

-Humillación.

-¿Humillación? ¡Oh! ¿Por qué decís eso?

-Digo, señorita, que allí donde yo esté, ningún otro deberá ser el amo. Pues bien, observad si no me eclipso, yo, el rey de Francia, ¡oh!, delante del monarca de este dominio. ¡Oh! -continuó apretando los dientes y el puño-. Y cuando pienso que este rey...

-¿Qué?... -dijo La Valliére asustada.

-¡Que este rey es un servidor infiel que se enorgullece con mi bien robado! Así, voy a cambiarle, a este imprudente ministro, su fiesta en duelo, cuya ninfa de Vaux, como cantan sus poetas, guardará mucho tiempo recuerdo.

-¡Oh! Vuestra Majestad...

-Y bien, señorita, ¿vais a tomar el partido del señor Fouquet? -dijo Luis XIV con impaciencia. -No, Majestad; yo os preguntaré únicamente si estáis bien informado. Vuestra Majestad, en más de una ocasión, ha aprendido a conocer el valor de las acusaciones de la Corte.

Luis XIV hizo señas a Colbert para que se acercara.

-Hablad, señor Colbert -dijo el joven príncipe-, porque, en verdad, creo que la señorita de La Valliére tiene necesidad de vuestra palabra para creer en la del rey. Decid a la señorita lo que ha hecho el señor Fouquet. Y vos, señorita, ¡oh, no será largo!, tened la bondad de escuchar, os lo suplico.

¿Por qué Luis XIV insistía así? Sencillamente: su corazón no estaba tranquilo, su ánimo no estaba convencido'; adivinaba alguna consecuencia sombría, tortuosa, bajo la historia de los trece millones, y hubiera deseado que el corazón puro de La Valliére, revolucionado a la idea de un robo, aprobase, con una sola palabra, aquella resolución que tomaba, y que, sin embargo, titubeaba poner en ejecución.

-Hablad, señor -dijo La Valliére a Colbert, que se había aproximado-, hablad; puesto que el rey quiere que os escuche. Veamos, decid, ¿cuál es el crimen del señor Fouquet?

-¡Oh! No muy grave, señorita -dijo el negro personaje-; sólo abuso de confianza.

-Decid. decid, Colbert, y, cuando lo hayáis dicho, dejadnos; e id a avisar al señor de Artagnan que tengo órdenes que darle.

-¡Al señor de Artagnan! -exclamó La Valliére-. ¿Y por qué avisar al señor de Artagnan? Majestad, os suplico me lo digáis.

-¡Diantre! Para detener a ese titán orgulloso que, fiel a su divisa, pretende escalar mi cielo.

-¿Detener al señor Fouquet, decís?

-¿Os sorprende?

-¿En su casa?

-¿Por qué no? Si es culpable, igual lo será en su casa como en otra parte.

-El señor Fouquet, ¿que se arruina en este momento por honrar a su rey?

-Creo, en verdad, que defendéis a ese traidor, señorita.

Colbert se echó a reír muy por lo bajo. El rey se volvió al chiflido de aquella risa.

-Majestad -dijo La Valliére-: no es a Fouquet a quien defiendo, sino a vos mismo.

-¡A mí mismo!... ¿Vos me defendéis?

-Majestad, os deshonráis dando esa orden.

-¿Deshonrarme? -murmuró el rey palideciendo de cólera-. Verdaderamente, señorita, ponéis en lo que decís una extraña pasión.

-Pongo pasión, no en lo que digo, sino en servir a Vuestra Majestad -respondió la joven-. Si fuese necesario, hasta expondría mi vida con la misma pasión.

Colbert refunfuñaba. La Valliére, aquel dulce cordero, se irguió contra él, y, con una mirada flamígera, le impuso silencio.

-Majestad -dijo-, cuando el rey obra bien, si comete un error contra mí o los míos, me callo; mas, si el rey me sirve, a mí o a quienes amo, y el rey obra mal, yo lo digo.

-Pero, me parece, señorita -dijo Colbert-, que también yo amo al rey.

-Sí, señor; los dos le amamos, cada cual a su manera -replicó La Valliére con tal acento, que el corazón del joven rey quedó penetrado-. Solamente yo le amo tan de veras, que todo el mundo lo sabe; con tanta pureza, que el mismo rey no duda de mi amor. El es mi rey y mi dueño, yo su humilde servidora; pero cualquiera que toca a su honor toca a mi vida. Digo, pues, y repito, que deshonran al rey los que le aconsejan prender al señor Fouquet en su casa.

Colbert bajó la cabeza, porque se sentía abandonado por el rey. Sin embargo, aun bajando la cabeza, murmuró:

-Señorita, no tendría más que decir una palabra.

-No la digáis, señor; porque esa palabra no la escucharé. Además, ¿qué me diréis? ¿Que el señor Fouquet ha cometido crímenes? Lo sé, porque el rey lo ha dicho; y desde el momento que el rey dice: "Creo", no necesito que otra boca diga: "Afirmo". Pero el señor Fouquet, aunque fuese el último de los hombres, es sagrado para el rey, pues el rey es un huésped. ¡Habría de ser esta morada una madriguera, habría de ser Vaux una caverna de

monederos falsos o de bandidos, y su casa sería santa, su palacio sería inviolable, pues en él habita su mujer, y es un lugar de asilo que los verdugos no violarían!

La Valliére calló. El rey la admiraba a pesar suyo; fue vencido por el calor de aquella voz, por la nobleza de aquella causa. Colbert se doblegó, viendo la desigualdad de la lucha. Al fin, el rey respiró, sacudió la cabeza y tendió la mano a La Valliére.

-Señorita -dijo con dulzura-, ¿por qué habláis contra mí? ¿Sabéis lo que hará ese canalla si le dejo respirar?

-¡Bah... Dios mío!... ¿No es una presa que siempre os pertenecerá?

-¿Y si escapa, y si huye? -dijo Colbert.

-Bien, señor; será eterna la gloria del rey por haber dejado huir al señor Fouquet; y cuanto más culpable haya sido, más grande será esa gloria, comparada a esta miseria, a esta vergüenza.

Luis besó la mano de La Valliére, poniéndose a sus pies.

"Estoy perdido", pensó Colbert. Luego, su rostro se animó de repente.

..¡Oh, no, no; aún no!", se dijo. Y, mientras el rey, protegido por la espesura de un enorme tilo, abrazaba a La Valliére con toda la pasión de un inefable amor, Colbert hojeaba lentamente su libro de memorias, de donde sacó un papel doblado en forma de carta, papel un poco amarillo acaso, pero que debía ser muy estimable, pues el intendente sonrió al mirarlo. Después, dirigió su odiosa mirada sobre el grupo encantador que dibujaban en la sombra la joven y el rey, grupo que acababa de alumbrar la luz de las antorchas que se acercaban.

Luis vio la luz de las antorchas reflejarse sobre el vestido blanco de La Valliére.

-Parte, Luisa -le dijo-; viene gente.

-Señorita, señorita, vienen - añadió Colbert para precipitar la partida de la joven.

Luisa desapareció rápidamente entre los árboles. Después, como Luis, que se había puesto a los pies de La Valliére, se incorporara:

-¡Ah! La señorita de La Valliére ha dejado caer algo -dijo Colbert.

-¿Qué? -preguntó el rey.

-Un papel, una carta, una cosa blanca; tenedlo, señor.

El rey se bajó rápido y escogió la carta, estrujándola.

En este momento las antorchas llegaban, inundando de luz aquella escena obscura.

LXXXIX
CELOS

Aquella luz, aquel apresuramiento general, aquella nueva ovación dirigida al rey por Fouquet, vinieron a suspender el efecto de una resolución que La Valliére había ya quebrantado en el corazón de Luis XIV.

Miró a Fouquet con cierta especie de reconocimiento, por haber proporcionado a la joven una ocasión de mostrarse tan generosa y con tanto ascendiente sobre su corazón.

Apenas condujo Fouquet a Luis hacia el palacio, cuando, desprendiéndose de la cúpula de Vaux con ruido majestuoso una mole de fuego, inundó con su luz hasta los más escondidos rincones de los jardines.

Principiaban los fuegos artificiales. Colbert, a veinte pasos del rey, a quien los señores de Vaux rodeaban y festejaban, procuraba, con la obstinación de su funesto pensamiento, llamar su atención sobre ideas que la imaginación del espectáculo alejaba demasiado.

De pronto, en el momento afectuoso para Fouquet, el rey sintió en la mano aquel papel, que, según toda apariencia, La Valliére, al huir, había dejado caer a sus pies.

El imán más fuerte del pensamiento de amor arrastraba al príncipe hacia el recuerdo de su amada.

Al resplandor de aquel fuego, cada vez más hermoso, y que hacía lanzar gritos de admiración en las aldeas del contorno, leyó Luis aquel billete, que creyó sería una carta amorosa dirigida a él por La Valliére.

A medida que la leía, la palidez subía a su rostro, y aquella sorda cólera, iluminada por aquellos fuegos de mil colores, formaban un espectáculo horrible que habría aterrado a todo el mundo, si cada cual hubiese podido leer en aquel corazón desgarrado por las pasiones más siniestras. No hubo tregua para los celos y la rabia. A partir de aquel momento en que le pareció descubrir la sombría verdad, todo desapareció, piedad, dulzura, miramiento a la hospitalidad.

Poco faltó para que, en el dolor agudo que destrozaba su corazón, muy débil aún para disimular su sufrimiento, diera un grito de alarma y llamase a sus guardias.

Aquella carta, echada a los pies del rey por Colbert, era, como ya se habrá adivinado, la que desapareciera con el criado Tobías en Fontainebleau, después de la tentativa que hiciera Fouquet en el corazón de La Valliére.

Fouquet veía la palidez y no comprendía el mal. Colbert veía la cólera y se regocijaba con la proximidad de la tempestad.

La voz de Fouquet sacó al joven príncipe de sus siniestros pensamientos.

-Qué os pasa, Majestad -preguntó afable el superintendente.

Luis' hizo un esfuerzo violento sobre sí.

-Nada -dijo.

-Temo que Vuestra Majestad sufra.

-Sufro, en efecto, ya os lo he dicho, señor: cero no es nada.

Y el rey, sin aguardar el fin de los fuegos artificiales, dirigióse al palacio.

Fouquet acompañó al rey. Todos siguieron tras ellos.

Los últimos cohetes volaron tristemente para ellos solos.

El superintendente intentó preguntar aún a Luis XIV, pero no obtuvo respuesta. Supuso que habría habido querella entre Luis y La Valliére en el parque; que habrían quedado reñidos, y que el monarca, naturalmente poco amigo de enfadarse, pero entregado a su rabia amorosa, ponía mala cara porque su querida se enfurruñaba. Esta idea fue suficiente para consolarle, y supo hallar una sonrisa amistosa y consoladora para el joven rey, cuando éste le dio las buenas noches. No había concluido todo para el rey. Tenía

que sufrir el servicio, que aquella noche debía hacerse de gran etiqueta. El día siguiente era el de la partida. Los huéspedes tenían que dar las gracias por su hospedaje, pagando con alguna cortesanía sus doce millones gastados. La única cosa grata que Luis halló para Fouquet, al despedirle, fueron estas palabras:

-Señor Fouquet, tendréis pronto noticias mías; hacedme el favor de llamar al señor de Artagnan.

Y la sangre de Luis XIII, que tanto había disimulado, hervía entonces en sus venas, y se sentía dispuesto a hacer degollar a Fouquet, como su predecesor había hecho asesinar al mariscal de Ancre. Disfrazó, sin embargo, su terrible resolución, bajo una de esas augustas sonrisas que son los relámpagos de los golpes de Estado.

Fouquet besó la mano al rey. Este se estremeció en todo su cuerpo, pero dejó que tocasen su mano los labios del señor Fouquet.

Cinco minutos después, Artagnan, a quien se había trasmitido la real orden, entraba en la cámara de Luis XIV.

Aramis y Felipe estaban en la suya, atentos siempre y con el oído alerta.

El rey no dio tiempo al capitán de mosqueteros para que llegase hasta su sillón. Corrió hacia él.

-Cuidado -dijo- de que nadie entre.

-Bien, Majestad -replicó el soldado, cuya mirada escrutadora había analizado hacía tiempo los estragos de aquella fisonomía.

Dio la orden desde la puerta, y, volviéndose luego al rey:

-¿Hay algo de nuevo en la casa de Vuestra Majestad?

-¿Cuántos hombres tenéis aquí? -preguntó el rey sin responder a la pregunta que se le hacía.

-¿Para qué, Majestad?

-¿Cuántos hombres tenéis? -preguntó de nuevo el rey hiriendo el suelo con el pie.

-Tengo a los mosqueteros.

-¿Y quiénes más?

-Veinte guardias y trece suizos.

-¿Cuántos hombres son necesarios para...?

-¿Para qué? -dijo el mosquetero con sus ojos serenos.

-Para prender al señor Fouquet. Artagnan dio un paso atrás.

-¡Prender al señor Fouquet! -exclamó asombrado.

-¿Vais a decir también que es imposible? -exclamó el rey con una cólera fría y rencorosa.

-Nunca digo que una cosa sea imposible -replicó Artagnan herido en su amor propio.

-¡Pues bien, hacedlo!

Artagnan giró sobre sus talones y dirigióse hacia la puerta.

El espacio a recorrer era corto, y lo salvó en seis pasos. Allí, se detuvo.

-Perdón, Majestad -dijo.

-¿Qué? -dijo el rey.

-Para hacer ese arresto, quisiera una orden escrita.

-¿Desde cuándo no os basta la palabra del rey?

-Es que la palabra del rey puede ser hija de un sentimiento de ira, y cambiar cuando el sentimiento cambie.

-¡Basta de frases, señor! Otro es vuestro pensamiento.

-¡Oh! Yo siempre tengo pensamientos, y pensamientos que otros no tienen por desgracia -contestó Artagnan con impertinencia.

El rey, en medio de su arrebato, se doblegó ante aquel hombre, como el caballo cede a la mano fuerte del domador.

-¿Y cuál es vuestro pensamiento? -dijo.

-Os lo diré, Majestad -contestó Artagnan-. Hacéis detener a un hombre cuando estáis aún en su casa, y eso es un arrebato de cólera. Cuando ésta se os pase, os arrepentiréis. Entonces, quiero poder enseñaros vuestra firma. A lo menos, ya que no repare nada, se verá en ello que el rey hace mal en encolerizarse.

-¿Hace mal en encolerizarse? -aulló el rey con frenesí-. ¿Pues no se encolerizaba acaso el rey mi padre, y mi abuelo, cuerpo de tal?

-Vuestro padre y vuestro abuelo no se encolerizaban nunca más que en su casa.

-El rey es amo en todas partes, lo mismo que en su casa.

-Esa es frase de algún adulador, y debe de venir del señor Colbert; pero no es verdad. El rey está en su casa en cualquier parte cuando ha arrojado de ella al propietario.

Luis mordióse los labios.

-¿Pues qué -continuó Artagnan-, cuando un hombre se arruina por agradaros, queréis que lo detengan? ¡Diantre! Si yo me llamase Fouquet e hiciesen eso conmigo, me tragaría diez cohetes, y me prendería fuego para volar yo y todo lo demás. Pero es igual; lo queréis, y allá voy.

-¡Id! -dijo el rey-. Pero ¿tenéis bastante gente?

-¿Creéis, Majestad, que necesite de alguien? Detener al señor Fouquet es cosa tan fácil, que un niño lo haría; es como beber un vaso de ajenjo: se pone mal gesto, y ya está.

-¿Y si resiste?

-¡El! ¡Vamos! ¡Resistirse cuando un rigor como ése le constituye en rey y mártir! Si le quedara un millón, lo cual dudo, apuesto a que lo daría por tener este fin. Ea. Majestad, voy allá.

-¡Esperad! -dijo el rey.

-¿Qué mandáis?

-No hagáis pública su detención.

-Eso ya es más difícil.

-¿Por qué?

-Porque nada hay más sencillo que aproximarse al señor Fouquet, en medio de las mil personas entusiastas que le rodean, y decirle: "En nombre del rey, señor, quedáis detenido". Pero acercarse a él, volver, tornar, arrinconarlo, robarle a todos sus convidados y tenerlo preso, sin que uno de sus ayes llegue a nadie, eso es una dificultad real, verdadera, suprema, que se la da hoy al más vivo.

-Decid que es imposible, y con eso acabáis pronto. ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Estaré siempre rodeado de personas que me impiden hacer lo que quiero?

-Nada os impido hacer. ¿Lo queréis?

-Guardadme al señor Fouquet hasta que, mañana, haya tomado una resolución.

-Así se hará.

-Y volved a la hora de levantarme para tomar mis nuevas órdenes.

-Volveré.

-Ahora deseo estar solo.

-¿Tampoco necesitáis al señor Colbert? -dijo el mosquetero, enviando su última flecha al momento d marcharse.

El rey tembló. Entregado por entero la venganza, había olvidado el cuerpo del delito.

-No -dijo-, a nadie quiero aquí. ¡Dejadme!

Artagnan salió. El rey cerró él mismo la puerta, y comenzó una furiosa carrera por la cámara, como el toro herido que lleva clavadas las banderillas. Al fin se desahogó, quejándose a gritos:

-¡Ah, miserable! ¡No solamente me roba, sino que con mi oro me corrompe a secretarios, amigos, generales. artistas, y llega hasta birlarme la querida! ¡Ah! ¡Por eso la pérfida lo defendía con tanto calor! ¡Aquello era reconocimiento! ... ¡Y quién sabe! . . . Quizá también amor.

Y se abismó un instante en sus dolorosas reflexiones.

"¡Un sátiro! -pensó, con ese odio profundo que la gente joven profesa a los hombres de edad madura que aun piensan en amores-. ¡Un fauno familiarizado en el galanteo, y que jamás ha encontrado rebeldes! ¡Un hombre mimado por mujerzuelas, que regala flores de oro y diamantes, y tiene pintores que le hagan el retrato de sus queridas en trajes de diosas!"

El rey temblaba de desesperación.

-¡Todo me lo mancilla -proseguía-, todo me lo arruina! ¡Me matará! ¡Ese hombre es demasiado para mí! ¡Es mi mortal enemigo! ¡Ese hombre caerá! ¡Le odio!... ¡Le odio... ¡Le Odio...

Y estas palabras las acompañaba con fuertes golpes en los brazos del sillón en que permanecía sentado, y del que se levantó como un epiléptico.

-¡Mañana, mañana! ¡Oh día venturoso! -murmuró-. ¡Se levantará el sol sin tener más rival que yo, y ese hombre caerá 'tan bajo, que al ver las ruinas que mi cólera habrá hecho, confesarán todos que soy más grande que él!

El rey, incapaz de dominarse más tiempo, derribó de un puñetazo una mesa colocada junto al lecho, y, sumido en dolor, llorando casi, sofocado, fue a precipitarse en sus sábanas, vestido como estaba, para morderlas y hallar así el descanso del cuerpo.

El lecho gimió bajo aquel peso, y, a excepción de los suspiros escapados del pecho oprimido del rey, nada más se oyó en la cámara de Morfeo.

XC
LESA MAJESTAD

Aquel furor exaltado que se apoderó del rey con la vista y lectura de la carta de Fouquet a La Valliére, resolvióse paulatinamente en una fatiga dolorosa.

La juventud, llena de salud y de vida, necesita reparar en el mismo instante lo que pierde; no conoce esos insomnios interminables que realiza para los desgraciados la fábula del hígado de Prometeo, que vuelve a nacer para ser devorado nuevamente. Allí donde el hombre maduro en su fuerza, o el anciano en su agotamiento, hallan continuo alimento del dolor, el joven, sorprendido por la revelación súbita del mal, enervase en gritos, en luchas directas, y se deja vencer más pronto por el inflexible adversario a quien combate. Una vez vencido, ya no sufre.

Luis quedó domado en un cuarto de hora; primero cesó de crispar los puños y de abrasar con sus miradas los invencibles objetos de su odio; después cesó de acusar con violentas palabras al señor Fouquet y a La Valliére, y cayó del furor en la desesperación, y de la desesperación en la postración.

Luego que se volvió y revolvió convulsivamente por algunos instantes en el lecho, cayeron a uno y otro lado sus brazos inertes. Su cabeza clavóse lánguidamente en la almohada de encaje; sus miembros fatigados se estremecieron con tenues contracciones musculares, y su pecho dejó de filtrar tan sólo alguno que otro suspiro.

El dios Morfeo, que reinaba como soberano en aquella cámara que llevaba su nombre, y hacia quien Luis volvió sus ojos embotados por la cólera y enrojecidos por las lágrimas, esparcía sobre el las adormideras que brotaban de sus manos, de modo que el rey cerró suavemente los ojos y se durmió.

Le pareció entonces, como acontece con frecuencia en ese primer sueño, tan grato y ligero, que eleva el cuerpo sobre el lecho y el alma sobre la tierra, le pareció, decimos, que el dios Morfeo pintado en el techo, le miraba con ojos humanos; que en la cúpula brillaba y agitábase alguna cosa, y que, separados por momento los enjambres de ensueños siniestros, permitían ver un rostro de hombre, con la mano apoyada en la boca, y en actitud de meditación contemplativa. ¡Y cosa rara! aquel hombre se asemejaba de tal modo al rey, que Luis creía ver su propio semblante reflejado en un espejo, sólo que aquel rostro parecía contristado por un sentimiento profundo de compasión.

Después le pareció, poco a poco, que la cúpula huía, escapándose a su vista, y que las figuras y atributos pintados Por Le Brun se obscurecían en un alejamiento progresivo. Un movimiento dulce, acompasado, como el de una nave que se hunde bajo el agua, había sucedido a la inmovilidad del lecho. El rey soñaba sin duda, y, en aquel sueño, la corona de oro a que se hallaban sujetas las colgaduras, se alejaba como la cúpula en la cual estaba suspendida; de suerte que, el genio alado, que, con sus dos manos, sostenía la corona, parecía llamar inútilmente al rey, que desaparecería lejos de ella.

El lecho se hundía más y más. Luis, con los ojos abiertos, se dejaba fascinar por aquella cruel alucinación. Por último, a medida que la luz de la cámara regia iba obscureciéndose, algo de frío, de sombrío, de inexplicable invadía el aire. No había ya pinturas, ni oro, ni cortinas de terciopelo, sino paredes de un ceniciento mate, cuya sombra se adensaba cada vez más. No obstante, el lecho seguía hundiéndose, y, después de un minuto, que pareció un siglo al rey, penetró en una capa de aire húmedo y helado. Allí se detuvo.

El rey no veía ya la luz de su cámara sino como se ve, desde el fondo de un pozo, la claridad del día.

¡Qué sueño tan horrible! -pensó-. ¡Tiempo es ya de despertar! ¡Despertemos!"

Cualquier ha podido experimentar lo que hemos descrito; nadie hay que, en medio de una pesadilla sofocante, no se haya dicho, con ayuda de esa lámpara que vela en el fondo del cerebro cuando toda la luz humana se ha extinguido: "Esto no es nada; sueño".

Eso era lo que acababa de decirse Luis XIV; pero a aquella palabra: "¡Despertemos", advirtió que no sólo se hallaba despierto, sino que tenía también abiertos los ojos. Entonces dirigió una mirada en torno suyo.

A derecha e izquierda permanecían de pie dos hombres armados, embozados en una amplia capa, y cubierto el rostro con un antifaz.

Lino de ellos tenía en la mano una linterna, cuya luz iluminaba el cuadro más triste que podía presentarse a los ojos de un rey.

Luis creyó que su sueño continuaba, y que, para hacerlo cesar, sería suficiente mover los brazos o hacer ir su voz. Echóse fuera del lecho, se halló en un suelo húmedo. Entonces, dirigiéndose al que tenía la linterna:

-¿Qué es esto? -preguntó-. ¿Qué significa esta farsa?

-No es esto una farsa -respondió con voz sorda el que tenía la linterna.

-¿Sois del señor Fouquet? -dijo el rey algo turbado.

-¡Poco importa de quien seamos! -dijo el fantasma-. Somos vuestros amos, y basta.

El rey, más impaciente que asustado, se volvió al segundo enmascarado.

-Si esto es una comedia -exclamó-, diréis al señor Fouquet que la encuentro inconveniente y mando que cese.

El segundo enmascarado a quien se dirigía el rey, era un hombre de elevada estatura y de gran circunferencia. Se mantenía recto e inmóvil como un bloque de mármol.

-¡Vamos! -añadió el rey hiriendo el suelo con el pie-. ¿No me responderéis?

-No os respondemos, caballerito -dijo el gigante con una voz de Estentor-, porque nada hay que contestaros, sino que sois el primer fastidioso, y que el señor Coquelin de Voliére os ha olvidado en el número de los suyos...

-Pero al fin, ¡que se me quiere! -murmuró Luis cruzándose de brazos con ira.

-Luego lo sabréis -respondió el de la linterna.

-¡Hasta tanto, decidme donde estoy!

-¡Mirad!

Luis miró; pero a la luz de la linterna que levantaba el hombre enmascarado, no vio más que paredes húmedas, en las que brillaba por intervalos del surco planteado de limazas.

-¡Oh, oh! ¡Un calabozo! -exclamó Luis.

-No, un subterráneo.

-¿Y a donde conduce?

-Tened a bien seguirnos.

-No me moveré de aquí -exclamó el rey.

-Si os hacéis el revoltoso, mi joven amigo -repuso el más robusto de los dos enmascarados-, os cojo, os envuelvo en mi capa, y si os asfixiáis, ¡Diantre!, el mal será para voz.

Y, al decir estas palabras, el que las pronunciaba sacó de debajo de la capa que amenazaba al rey, una mano que Milón de Crotona hubiese deseado tener el día en que le ocurrió la desgraciada idea dé hendir su última encina.

El rey tuvo horror de una violencia, porque comprendía que aquellos dos hombres, en cuyo poder se hallaba, no habrían avanzado tanto para retroceder, y, por consiguiente, llevarían las cosas hasta lo último.

-Parece que he caído en manos de dos asesinos -dijo-. ¡Vamos!

Ninguno de los hombres contestó a aquella frase. El que llevaba la linterna marchó delante, y el rey le siguió; el segundo enmascarado iba detrás. Atravesaron de este modo una galería larga y tortuosa, con tantas escaleras como las que se encuentran en los, misteriosos y sombríos palacios de Ana Radcliffe. Todas aquellas revueltas, durante cuya travesía oyó el rey no pocas veces ruido de agua sobre su cabeza, terminaron al fin en un largo corredor, cerrado por una puerta de hierro.. El hombre de la linterna abrió aquella puerta con las llaves que llevaba a la cintura, y que el rey había oído resonar por el camino.

Cuando se abrió aquella puerta y dio paso al aire, sintió el rey esos aromas balsámicos que se desprenden de los árboles después de los días del estío. Por un instante, se detuvo vacilante; pero el robusto guardián que le seguía, le empujó fuera del subterráneo.

-¿Eso más aún? -dijo el rey volviéndose hacia el que acababa de cometer la osadía de poner las manos sobre su soberano-. ¿Qué queréis hacer del rey de Francia?

-Tratad de olvidar este título -contestó el hombre de la linterna en un tono que no permitía más replica que los famosos decretos de Minos.

-Debíais ser enrodado por las palabras que acabáis de pronunciar -repuso el gigante apagando la luz que le entregaba su compañero-, pero el rey es muy humano.

A aquella amenaza, hizo Luis un movimiento tan brusco, que pudo creerse que intentaba huir; mas la mano del gigante se desplomó sobre su hombro y le dejó clavado en el suelo.

-¿Pero adónde vamos - -preguntó el rey.

-Venid -respondió el primero de los dos hombres con cierta especie de respeto, conduciendo al mismo tiempo a su prisionero a una carroza que parecía aguardarle. Aquella carroza estaba enteramente oculta entre árboles. Dos caballos, que teman trabadas las patas, se hallaban sujetos con un ronzal a las ramas de una corpulenta encina.

-Subid -dijo el mismo hombre, abriendo la portezuela y bajando el estribo.

El rey obedeció y se sentó en el fondo del carruaje, cuya portezuela, almohadillada y con cerradura, se cerró tan pronto como entraron aquél y su conductor. En cuanto al gigante, cortó las ligaduras y el ronzal que sujetaban a los caballos, los enganchó él mismo, y subió en el pescante, que no estaba ocupado al trote largo, tomó el camino de París, y en el bosque de Sénart encontró caballos de refresco, atados a un árbol como los prime os.

El hombre del pescante mudó e caballos y prosiguió rápidamente su camino hacia París, donde entró a las tres de la mañana. La carroza siguió por el arrabal de San Antonio, y después de gritar el cochero al centinela: "¡Orden del rey", condujo los caballos al recinto circular de la Bastilla que va a dar al patio de la alcaldía. Allí se detuvieron los caballos fatigados, al pie de la escalinata, y acudió inmediatamente un soldado de la guardia.

-Que despierten al señor alcaide -dijo el cochero con voz de trueno.

A excepción de aquella voz, que hubiera podido oírse desde la entrada del arrabal de San Antonio, todo permaneció en silencio, así en la carroza como el castillo. Diez minutos después presentóse el señor Biasemeaux en bata en el umbral de la puerta.

-¿Qué tenemos? -preguntó. El hombre de la linterna abrió la portezuela de la carroza y dijo algunas palabras al cochero. Al punto bajó éste de su asiento, cogió un mosquete que tenía a sus pies, y apoyó el cañón del arma en el pecho del prisionero.

-¡Y haced fuego si habla! -repuso en voz alta el hombre que bajaba del carruaje.

-¡Bien! -replicó el otro sin más observación.

Hecha aquella recomendación, el conductor del rey subió los escalones, en lo alto de los cuales esperaba el alcaide.

-¡Señor de Herblay! -exclamó éste.

-¡Silencio! -dijo Aramis-. Entremos.

-¡Dios mío! ¿Y qué os trae a estas horas?

-Una equivocación, mi querido señor Baisemeaux -respondió tranquilamente Aramis-. Parece que el otro día teníais razón.

-¿En qué? -preguntó el alcaide.

-Sobre aquella orden de libertad.

-Explicadme eso, señor... no, monseñor -dijo el alcaide, sofocado a la vez por la sorpresa y el terror.

-Es muy sencillo. ¿Recordáis, querido señor Baisemeaux, que os enviaron una orden de libertad?

-Sí, a favor de Marchiali.

-Bien. ¿No es cierto que todos creíamos que era a favor de Marchiali?

-Sin duda; no obstante, acordaos que yo dudaba; que no quería; que vos me obligasteis...

-¡Oh! ¡Qué palabra empleáis, querido Baisemeaux!... Os induje, nada más.

-Pues me indujisteis a entregároslo y os lo llevasteis en vuestra carroza.

-Pues bien, mi querido señor Biasemeaux, fue una equivocación que ha sido reconocida en el ministerio; de modo que os traigo una orden del rey para poner en libertad... a Seldon, ese pobre diablo escocés que ya sabéis.

-¿Seldon? ¿Estáis seguro esta vez?...

-¡Pardiez! Leed vos mismo -añadió Aramis entregándole la orden.

-¡Pero esta orden -dijo Baisemeaux- es la misma que he tenido ya en mis manos!

-¿De veras?

-¡Como que es la que os aseguraba haber visto la otra noche! ¡Diantre! La reconozco en el borrón.

-Ignoro si es la que decís; pero, de todos modos, aquí os la traigo.

-¿Pues y el otro?

-¿Quién?

-Marchiali.

-Le traigo también ahí.

-Es que eso no me basta. Necesito para volverme a hacer cargo de él una nueva orden.

-¡No digáis tales cosas, mi querido Baisemeaux! Parecéis un niño! ¿Dónde está la orden que habéis recibido relativa a Marchiali?

Baisemeaux corrió a su armario y la sacó. Aramis la cogió, la rompió fríamente en cuatro pedazos, acercó éstos a la lámpara, y los quemó.

-¿Qué hacéis? -exclamó Baisemeaux en el colmo del espanto.

-Haceos cargo de la situación -dijo Aramis con su acostumbrada imperturbable tranquilidad-, y veréis que es muy sencilla. Ya no tenéis orden que justifique la excarcelación de Marchiali.

-¡Ay! No la tengo, y estoy perdido.

-Nada de eso, puesto que os vuelvo a traer a Marchiali. Desde el instante en que lo recuperáis, es como si no hubiese salido.

-¡Ah! -exclamó atolondrado el alcaide.

-La cosa es clara y ahora mismo vais a encerrarlo.

-¡Ya lo creo!

-Y me entregáis a Seldon, libertado por esta orden. De esa manera, queda en regla vuestra contabilidad. ¿Comprendéis?

-Creo... creo... que...

-Comprendéis... ¡Muy bien!

Baisemeaux juntó las manos.

-Pero, en fin, ¿por qué después de haberos llevado a Marchiali me lo traéis? -preguntó. el desventurado alcaide en un Paroxismo de dolor y de abatimiento.

-Para un amigo como vos -dijo Aramis-, para un servidor como vos, no quiero tener secretos.

Y Aramis acercó su boca al oído de Baisemeaux.

-Ya sabéis --continuó Aramis en voz baja-, la semejanza entre ese infeliz y...

-Y el rey; sí.

-Pues bien, el primer uso que ha hecho Marchiali de su libertad, ha sido sostener... ¿a que no adiviná is qué?

-Cómo queréis que lo acierte?

-Para sostener que era el rey de Francia.

-¡Oh desgraciado! -exclamó Baisemeaux.

-Para vestirse con trajes iguales a los del rey y constituirse en usurpador.

-¡Bondad del Cielo!

-Por eso os lo vuelvo a traer, amigo mío. Está loco, y clama su locura a todo el mundo.

-¿Y qué hemos de hacer, entonces?

-No dejarle comunicar con nadie. Comprenderéis que cuando llegó su locura a oídos del rey, que había tenido lástima de su desgracia, y que veía recompensada su bondad con la más negra ingratitud, se puso furiosísimo.

De modo que ahora, y retened bien lo que os voy a decir, querido Baisemeaux, porque os toca muy de cerca, ahora hay pena de muerte contra aquellos que le dejen comunicar con otras personas que yo o el rey mismo. ¿Oís, Baisemeaux? ¡Pena de Muerte!

-¡Sí que lo oigo, pardiez!

-Y ahora, bajad, y conducid a ese pobre diablo a su calabozo, a menos que prefiráis hacerle subir aquí.

-¿Para qué?

-Sí, más vale encerrarle desde luego, ¿no es verdad?

-¡Ya do creo!

-Pues vamos allá,

Baisemeaux hizo redoblar el tambor y sonar la campana que advertía a todos que se recogieran, a fin de evitar su encuentro con un preso misterioso. Luego que estuvieron libres dos pasillos, fue a sacar de la carroza al preso, que Porthos, fiel a la consigna que recibiera, mantenía impertérrito con el mosquete ad pecho.

-¡Oh, ya estáis aquí infeliz! -exclamó Baisemeaux al divisar al rey-. ¡Bueno, bueno!

Y haciendo descender ad rey del carruaje, le condujo acompañado siempre de Porthos, que no se había quitado el antifaz, y de Aramis, que había vuelto a ponerse el suyo, y de abrió la puerta de da habitación donde Felipe había gemido por espacio de seis años.

El rey entró en el calabozo sin pronunciar a palabra. Estaba desencajado.

Baisemeaux cerró da puerta, dando dos vueltas a da llave, y, dirigiéndose a Aramis:

-Mucho se parece ad rey -le dijo por do bajo-, pero no tanto como vos afirmáis.

-De suerte que -dijo Aramis- ¿no temeríais os sustituyeran uno por otro?

-Ni pensarlo.

-Sois un hombre estimable, querido Baisemeaux -dijo Aramis-. Ahora, poned en libertad a Seldon

-Es verdad; do olvidaba. Voy a dar la orden.

-¡Bah! Mañana tendréis tiempo.

-¿Mañana? No, no al instante. Dios me libre de esperar un segundo!

-Entonces, id a vuestros asuntos; yo voy a dos míos. Pero, habéis comprendido, ¿no?

-¿Qué?

-Que nadie entrará a ver ad prisionero sino con una orden del rey, orden que traeré yo mismo.

-Ni más ni menos. ¡Adiós, monseñor!

Aramis volvió adonde estaba su compañero.

-¡Vamos, amigo Porthos, vamos, a Vaux! ¡Y pronto!

-Siempre está uno disto cuando ha servido fielmente a su monarca, y salvado ad país ad servirle -dijo Porthos-. Los caballos no tendrán que trabajar mucho ahora. Marchemos.

Y da carroza libertada de un prisionero que, en efecto, podía parecer muy pesado a Aramis, franqueó el puente levadizo de da Bastilla, que volvió a levantarse tan pronto come acabó de pasar.

XCI
UNA NOCHE EN LA BASTILLA

El sufrimiento en este mundo hállase en proporción a las fuerzas del hombre. No pretendemos decir que Dios mida siempre por las fuerzas de la criatura los sufrimientos que le hace sufrir; no sería exacto, pues Dios permite la muerte, que, a veces, es el único refugio de las almas opresas con demasiada violencia en el cuerno. El sufrimiento está en proporción a las fuerzas, es de circunstancias, sufre más que el fuerte. Ahora bien. ¿de qué elementos está compuesta la fuerza humana? ¿No es principalmente del ejercicio, del hábito, de la experiencia? No nos tomaremos el trabajo de demostrarlo; es un axioma en lo moral como en lo físico.

Cuando el joven rey, trastornado, quebrantado, vióse conducir a un cuarto de la Bastilla, creyó primero que la muerte era como un sueño, que tenía sus alucinaciones, que se había hundido la cama en el suelo de Vaux, que de ahí había resultado la muerte, y que Luis XIV, difunto, prosiguiendo su sueño de rey, soñaba uno de esos horrores, insoportables en la vida, que se llama destronamiento, prisión e insulto de un rey, hace poco omnipotente.

Asistir, como fantasma corpóreo, a su realidad; verlo y oírlo todo sin confundir ni una sóla de las circunstancias de la agonía, ¿no era -se decía el rey- un suplicio tanto más espantoso cuanto que podía ser eterno?

-¿Es eso lo que se llama eternidad, infierno? -exclamó Luis XIV en el momento en que Baisemeaux echaba la llave a la puerta, dejándole encerrado.

No se atrevió a mirar siquiera en torno suyo, y, recostado contra una pared de la habitación, se dejó llevar de la terrible suposición de su muerte, cerrando los ojos para no ver otra cosa peor.

-¿Cómo he muerto? -decía entre sí, casi extraviada su razón. ¿No habrán hecho hundir la cama por medio de algún resorte? Pero no, no he recibido la menor contusión, ningún choque. ¿Si me habrán envenenado con la comida o con vapores de cera, como Juana de Albret, mi bisabuela?

De pronto, el frío de aquella estancia cayó como una capa sobre los hombros de Luis.

-Yo he visto -dijo- expuesto al cadáver de mi padre en su lecho, y con su vestido real. Aquel semblante pálido, tan sereno y decaído; aquellas manos tan ágiles, entonces insensibles; aquellas piernas rígidas; todo aquello no anunciaba un sueño poblado de imágenes. No obstante, ¡cuántos sueños debió enviar Dios a aquel muerto... a aquel muerto a quien habían precedido tantos otros, precipitados por él en la muerte eterna! ... No, ese monarca era todavía el rey, y mandaba desde aquel lecho fúnebre, lo mismo que desde su trono de terciopelo. Nada había abdicado de su majestad.

Dios, que no le había castigado, puede castigarme a mí, que nada he hecho.

Un ruido extraño llamó la atención del joven. Miró, y vio sobre la chimenea, debajo de un enorme crucifijo toscamente pintado al fresco, una rata de tamaño monstruoso, ocupada en roer unos restos de pan duro, sin dejar de mirar al nuevo huésped del alojamiento con mirada inteligente y curiosa.

El rey tuvo miedo, sintió repugnancia, y retrocedió hacia la puerta lanzando un grito. Y como si hubiese necesitado ese grito, escapado del pecho, para reconocerse a sí mismo, Luis se comprendió con vida, y dotado de su corazón y conciencia naturales.

-¡Preso! -murmuró- ¡Yo preso!

Y buscó con los ojos una campanilla para llamar.

-No hay campanillas en la Bastilla -prosiguió-, y en la Bastilla es donde estoy encerrado. ¿Y cómo ha sido el prenderme? Por fuerza es una conspiración de Fouquet. Me han atraído a Vaux como a un lazo. Mas Fouquet no puede jugar solo en este asunto. Su agente... aquella voz... era la del señor de Herblay; le he reconocido. ¿Pero qué quiere Fouquet? ¿Reinar en lugar mío? ¡Imposible! ¿Quién sabe? -murmuró el rey cada vez más sombrío-. Mi hermano, el duque de Orleáns, quizá haga contra mí, lo que quiso hacer toda su vida mi tío contra mi padre. ¿Y la reina? Y mi madre? ¿Y La Valliére? ¡Oh! La Valliére quizá haya sido entregada a Madame. ¡Niña querida! sin duda la han encerrado, como a mí. Estaremos alejados para siempre!

Y a la sola idea de separación, el amante estalló en suspiros, sollozos y gemidos.

-Aquí tengo un alcaide -continuó el rey con furor-. Llamémosle y le hablaré.

Llamó. Ninguna voz contestó a la suya.

Cogió la silla y se sirvió de ella para golpear en la maciza puerta de encina. La madera resonó contra la madera, reproduciendo ecos lúgubres en las profundidades de la escalera; pero, no hubo criatura humana que respondiese.

Era aquello para el rey una nueva prueba del poco caso que hacían de él en la Bastilla. Luego de la primera cólera, habiendo advertido una ventana enrejada, por la que pasaba un losange dorado que debía ser el alba luminosa, Luis se puso a gritar, dulcemente primero, después con fuerza. Nada le respondió.

Otras veinte tentativas, hechas sucesivamente, no lograron mejor éxito.

La sangre comenzaba a sublevarse y a subírsele a la cabeza. Aquella naturaleza habituada al mando, se irritaba ante una desobediencia. Paulatinamente, la cólera fue en aumento. -El preso rompió su silla, harto pesada para sus manos, y se sirvió de ella como de un ariete para golpear la puerta. Golpeó tan fuerte y tantas veces, que el sudor comenzó a correrle por la frente. El ruido llegó a ser inmenso y continuo y respondieron a él algunos gritos sofocados.

Aquellos gritos causaron en el rey un efecto extraño. Se detuvo para escucharlos. Eran las voces de los presos, en otro tiempo sus víctimas, hoy

compañeros suyos. Aquellas voces subían como vapores a través de espesos os, de opacos paredones. Acusaban también al autor de aquel ruido como, sin duda, los suspiros y las lágrimas acusaban muy bajo al autor de su cautiverio. Después de haber quitado la libertad a tanta gente, el rey venía ahora a quitarles también el sueño.

Aquella idea estuvo a punto de volverle loco, y aumentó sus fuerzas, o más bien su voluntad ansiosa de obtener una noticia o una conclusión. El palo de la silla volvió a hacer su oficio. Al cabo de una hora, Luis oyó un ruido en el corredor, detrás de su puerta, y un golpe violento respondió en aquella misma puerta e hizo cesar los suyos.

-¡Pardiez! ¿Estáis loco? -dijo una ruda y grosera voz-. ¿Qué os pasa esta mañana?

"¡Esta mañana!", pensó el rey, sorprendido.

Luego, cortésmente:

-Señor -dijo-, ¿sois el alcaide de la Bastilla?

-Amigo, tenéis trastornado el juicio -replicó la voz-; pero eso no es una razón para armar tanto ruido. ¡Callad, diantre!

-¿Sois el alcaide? -volvió a preguntar el rey.

Una puerta se cerró. El carcelero acababa de partir, sin dignarse contestar una palabra.

Cuando se persuadió el rey de la ausencia del carcelero, su furor no conoció límites. Ágil como un tigre, saltó de la mesa a la ventana, cuyos hierros hizo estremecer; rompió un vidrio, cuyos pedazos cayeron en los patios, y llamó con voz ya enronquecida: "¡Alcaide! ¡Alcaide!" Aquel acceso duró una hora, que fue un período de fiebre ardiente.

El rey, con los cabellos desordenados y pegados a la frente, el traje roto y sucio, la camisa hecha pedazos, no se detuvo sino cuando se le acabaron las fuerzas, y sólo entonces conoció el inexorable espesor de aquellas paredes, la impenetrabilidad de aquellas argamasa, invencible a toda otra tentativa que no fuera la del tiempo, ayudado por la desesperación.

Apoyó su frente contra la puerta, y dejó que su corazón se fuese calmando poco a poco; un latido más lo habría hecho estallar.

-Llegará el instante -dijo- en que me hayan de traer el alimento como a todos los presos. Entonces veré a alguien, le hablaré, y me responderá.

Y el rey buscó en su memoria la hora en que tenía lugar la primera comida de los presos de la Bastilla. Hasta esta circunstancia ignoraba. Cruel y sorda puñalada fue aquel remordimiento de haber vivido veinticinco años siendo rey y dichoso, sin pensar en lo que sufre un desgraciado a quien se priva injustamente de su libertad. El rey se sonrojó de vergüenza, y conocía que Dios, al permitir aquella terrible humillación, no hacía más que devolver a un hombre el tormento que ese mismo hombre había hecho pasar a tantos otros.

Nada podía ser más eficaz para atraer a la religión aquella alma aterrada por el sentimiento de los dolores. Pero Luis no se atrevió siquiera a arrodillarse para suplicar a Dios y pedirle el término de aquella prueba.

-Dios hace bien -dijo-, Dios tiene razón. Sería en mí un crimen pedir a Dios lo que tantas veces he negado a mis semejantes.

En este punto se hallaba de sus reflexiones, esto es, de su agonía, cuando detrás de la puerta se dejó oír el mismo ruido que antes, seguido esta vez del chirrido de las llaves y el rechinar de los cerrojos al pasar por las armellas.

El rey dio un salto para acercarse al que iba entrar; pero, de pronto pensó que era un movimiento indigno de un rey, y se detuvo; tomó un continente noble y tranquilo, cosa que le era fácil, y esperó con la espalda vuelta a la ventana, para ocultar un tanto su agitación a las miradas del que llegaba.

Era solamente un llavero, cargado de una cesta de comida.

El rey contemplaba a aquel hombre con inquietud, y esperó a que hablase.

-¡Ah! -dijo-; ¿habéis roto vuestra silla? Bien decía yo. ¡Necesario es que os hayáis vuelto loco furioso!

-Señor -dijo el rey-, mirad bien lo que decís; os va en ello un interés grave.

El carcelero colocó la cesta sobre la mesa, y mirando a su interlocutor:

-¿Qué? -dijo con sorpresa. -Hacedme subir al alcaide - añadió noblemente el rey.

-Vaya, hijo mío -dijo el carcelero-; siempre habéis sido muy juicioso; pero la locura hace malo al hombre, y deseo que estéis prevenido: habéis roto vuestra silla y hecho ruido, delito que se castiga con el calabozo. Prometedme no volver a las andadas, y no se lo diré al alcaide.

-Quiero ver al alcaide -replicó el rey sin pestañear.

-Cuidado, que os hará encerrar en el calabozo.

-¡Lo quiero! ¿Oís?

-¡Ah! Parece que se os extravía la vista. ¡Bueno! Me llevo vuestro cuchillo.

Y el carcelero, haciendo lo que decía, cerró la puerta y salió, dejando al rey más asombrado, más infeliz, y más solo que nunca.

En vano volvió a apelar al palo de la silla; en vano hizo volar por la ventana las fuentes y los platos; nadie le contestó.

Dos horas después no era ya rey, ni noble, ni hombre, ni cerebro, sino un pobre loco que se arrancaba las uñas en las puertas; quería desembaldosar el suelo, y daba gritos tan espantosos, que la antigua Bastilla parecía temblar hasta en sus cimientos de haberse atrevido a rebelarse contra su señor.

En cuanto al alcaide, ni se había incomodado siquiera. El llavero y los centinelas le habían dado el recado; pero ¿para qué? ¿No eran cosa corriente los locos en la Bastilla? ¿No eran acaso las paredes más fuertes que los locos?

Penetrado Baisemeaux de todo cuanto le había dicho Aramis, y perfectamente escudado con su orden del rey, no pedía más que una cosa, y era que el loco Marchiali fuese bastante loco para ahorcarse en su baldaquino o en uno de los hierros de su ventana.

En efecto, aquel preso no daba aumento ninguno, y hacíase más incómodo que de ordinario. Aquellas complicaciones de Seldon y de Marchiali; aquellas complicaciones de libertad y de nuevo encarcelamiento; aquellas complicaciones de semejanza, tendrían de aquel modo un desenlace muy

cómodo, y aun Baisemeaux había creído advertir que ese desenlace no hubiera disgustado mucho al señor de Herblay.

-Y en verdad -decía Baisemeaux a su mayor-, un preso ordinario es ya harto desgraciado con estar preso, y sufre bastante para que pueda deseársele la muerte, sin faltar a la caridad. Con mucha más razón, cuando ese preso se halla loco, y puede morder y hacer ruido en la Bastilla; entonces, ¡ah! no sólo es un voto caritativo el desearle la muerte, sino que sería una laudable obra suprimirlo muy dulcemente.

Y diciendo esto, el alcaide se mandó traer su segundo almuerzo.

XCII
SOMBRA DEL SEÑOR FOUQUET

Artagnan, trastornado aún de resultas de la entrevista que acababa de tener con el rey, preguntábase si estaba en su cabal juicio; si la escena pasaba efectivamente en Vaux; si él, Artagnan, era realmente capitán de los mosqueteros, y Fouquet el dueño del palacio de Vaux, donde Luis XIV había recibido hospitalidad. Estas reflexiones no eran las de un hombre ebrio, a pesar de lo mucho que habían hecho el gasto en la fiesta los vinos del superintendente. Pero el gascón era hombre de sangre fría, y sabía, con sólo tocar su acero, tomar en lo moral la frialdad de ese acero para las grandes ocasiones.

-Vamos -dijo al salir del regio aposento-, heme aquí arrojado históricamente en los destinos del rey y en los del ministro; después escribirán que Artagnan, segundón de Gascuña, echó la mano al cuello de monseñor Nicolás Fouquet, superintendente de Hacienda de Francia. Mis descendientes, si los tengo, se vanagloriarán con esta prisión, como los señores de Luynes con los episodios del pobre mariscal de Ancre. Se trata de ejecutar puntualmente la voluntad del rey. Cualquiera Puede decir al señor Fouquet: "¡Vuestra espada, señor!" Pero no sabrá cualquiera custodiar al señor Fouquet sin hacer que nadie grite. ¿De qué modo nos hemos, pues, de componer para que el señor superintendente Pase desde el mas alto favor a la última desgracia, para que vea convertirse el palacio de Vaux en una cárcel, para que después de haber gustado el incienso de Asuero, caiga en el cadalso de Amán, esto es, de Enguerrando de Marigny?

Aquí se anubló la frente de Artagnan de una manera lastimosa. El mosquetero tema escrúpulos. Entregar así a la muerte (porque ciertamente Luis XIV aborrecía a Fouquet), entregar, decimos, a la muerte al que pocos momentos antes habíale proclamado hombre galante, era un verdadero caso de conciencia.

"Me parece -se dijo Artagnan- que si no soy un belitre, debo hacer saber al señor Fouquet la idea del rey respecto a su persona. Mas, si vendo el secreto de mi amo, seré un pérfido y un traidor, crimen previsto por las leyes militares hasta tal punto, que he visto muchas veces en las guerras ahorcar a desgraciados que habían hecho en pequeño lo que mis escrúpulos me aconsejan hacer en grande. No, yo pienso que un hombre de talento debe salir de este pantano con más habilidad. ¿Y deberemos admitir que tenga yo talento? La cosa bien puede ponerse en duda, pues tanto consumo

he hecho de él desde hace cuarenta años, que no será poca suerte si me queda aún por valor un doblón."

Artagnan se cogió la cabeza entre las manos, se arrancó algunos pelos del bigote, y agregó:

¿Por qué causa habrá caído en desgracia el señor Fouquet? Por tres: la primera, porque no le quiere el señor Colbert; la segunda, porque ha querido a mar a la señorita de La Valliére; la tercera, porque el rey quiere al señor Colbert y a la señorita de La Valliére. ¡Es hombre perdido! ¿Y tendré que irle a poner el pie en la cabeza, yo, que soy hombre, cuando le veo sucumbir a intrigas de mujeres y escribientes? ¡Vayan noramala! Si es peligroso, yo le hundiré; pero si sólo es víctima de la persecución, allá veré lo que he de hacer. He llegado ya a tal punto, que ni el rey ni hombre pueda prevalecer sobre mi opinión. Si Athos estuviera aquí, haría lo mismo que yo. Así, pues, en vez de ir a buscar brutalmente al señor Fouquet y secuestrarlo, voy a tratar de conducirme como hombre de delicadas maneras. Hablarán indudablemente de mí; pero hablarán bien.

Y Artagnan, componiéndose por un ademán especial su tahalí sobre el hombro, se fue derecho a la cámara del señor Fouquet, el cual, después de haberse despedido de las damas, se preparaba a dormir tranquilamente sobre sus triunfos del día.

La atmósfera se hallaba aún perfumada o infestada, como se quiera, del olor de los fuegos artificiales.

Las luces despedían sus moribundos resplandores, las flores caían de las guirnaldas, los grupos de bailarinas y cortesanos se desbandaban por los salones.

En medio de sus íntimos, que le felicitaban y recibían sus cumplimientos, el superintendente entornaba los ojos fatigados. Aspiraba al reposo, y dejábase caer sobre el lecho de laureles recogidos en tantos días. No parecía sino que doblaba su cabeza bajo el peso de las nuevas deudas contraídas a fin de hacer honor a aquella fiesta.

El señor Fouquet acababa de retirarse a su cámara con la sonrisa en los labios y más que medio muerto. Ya no veía ni oía; su lecho le atraía, le fascinaba. El dios Morfeo, dominador de la cúpula, pintado por Le Brun, había extendido su poder a las cámaras próximas, y lanzando sus más eficaces adormideras sobre el dueño de la casa.

El señor Fouquet, casi solo, estaba ya en manos de su ayuda de cámara, cuando apareció Artagnan en el umbral.

Artagnan no había logrado nunca vulgarizarse familiar en la Corte. En vano se le veía por todas partes y siempre, pues siempre y en todas partes producía su efecto. Tal es el privilegio de ciertas naturalezas, que se asemejan en esto al relámpago o al trueno. Todo el mundo las conoce; mas su aparición sorprende, y, cuando se les siente, la última impresión es siempre la que uno cree haber sido más fuerte.

-¡Calla! ¿El señor de Artagnan? -exclamó Fouquet, que había sacado ya un brazo de su manga. -Para serviros -replicó el mosquetero

-Entrad, querido señor de Artagnan.

-¡Gracias!

-¿Venís a hacerme alguna crítica de la fiesta? Sois un agudo ingenio.

-¡Oh, no!

-¿Os incomodan en vuestro servicio?

-No, por cierto.

-¿Estáis, quizá, mal alojado?

-Maravillosamente.

-Entonces, os doy las gracias por vuestra bondad, y me declare desde luego reconocido al favor que me hacéis.

Estas palabras significaban, sin género de duda: "Mi querido Artagnan, marchaos a acostar, ya que tenéis un lecho, y dejadme hacer otro tanto."

Artagnan simuló no comprenderlo.

-¿Os vais a acostar ya? -preguntó al superintendente.

-Sí. ¿Tenéis algo que comunicarme?

-Nada, monseñor, nada. ¿Os acostáis aquí?

-Como veis.

-Monseñor, habéis dado al rey una hermosa fiesta.

-¿Lo creéis así?

-¡Oh! Soberbia.

-¿Está contento el rey?

-Encantado.

-¿Os ha dicho que me lo participéis?

-No elegiría un mensajero tan poco digno, monseñor.

-Os hacéis muy poco favor, señor de Artagnan.

-¿Es ese vuestro lecho?

-Sí. ¿Por qué esa pregunta? ¿No estáis satisfecho el vuestro?

-¿Queréis que hable con franqueza?

-Naturalmente.

-Pues bien, no.

Fouquet hizo un ademán de sorpresa.

-Señor Artagnan -dijo-, ocupad mi habitación.

-¿Privándoos de ella, monseñor? ¡Jamás!

-Pues, ¿qué queréis que se haga?

-Permitidme que la comparta con vos.

El señor Fouquet miró atentamente al mosquetero.

-¡Ah, ah! -dijo-. ¿Venís de ver al rey?

-Sí, monseñor.

-¿Y el rey desea que os acostéis en mi cámara?

-Monseñor...

-Muy bien, señor de Artagnan; muy bien; aquí sois el dueño. Aposentaos.

-Os aseguro, monseñor, que no quiero abusar...

El señor Fouquet, dirigiéndose a su ayuda de cámara:

-Dejadnos -dijo.

El ayuda de cámara salió.

-¿Tenéis que hablarme, señor? dijo a Artagnan.

-¿Yo?

-Un hombre de vuestro carácter no viene a hablar con otro del mío a estas horas, sin graves motivos.

-No me interroguéis.

-Al contrario, ¿qué deseáis de mí?

-Nada más que vuestra compañía.

-Vamos al jardín -dijo de pronto el superintendente-; vamos al parque.

-No -respondió vivamente el mosquetero-, no.

-¿Por qué?

-La humedad ...

-Vamos, confesad que venís a prenderme -dijo el superintendente al capitán.

-¡Jamás! -exclamó éste. -Entonces, queréis vigilarme.

-Por honor, sí, monseñor.

-¡Por honor! ¡Eso es otra cosa! ¡Ah! ¿Me prenden en mi misma casa!

-¡No digáis eso!

-¡Al contrario, lo publicaré muy alto!

-Si gritáis, me veré precisado a invitaros al silencio.

-¡Bien! ¿Violencia en mi casa? ¡Muy bien!

-No nos entendemos del todo.

Ahí tenéis un tablero; juguemos, si os place, monseñor.

-Señor de Artagnan, ¿estoy, pues, en desgracia?

-Nada de eso; pero...

-Pero se me prohíbe sustraerme a vuestras miradas.

-No entiendo una palabra de lo que me decís, monseñor; y, si queréis que me retire, anunciádmelo.

-Querido señor de Artagnan, vuestras maneras me volverán loco. Me caía de sueño, y me lo habéis quitado.

-Nunca me lo perdonaré, y si queréis reconciliarme conmigo mismo...

-¿Qué?

-Dormid en mi presencia; tendré en ello singular placer.

-¿Vigilancia?. . .

-Entonces, me voy.

-No os comprendo.

-Buenas noches, monseñor.

Y Artagnan fingió retirarse. Entonces, Fouquet corrió tras él.

-No me acostaré -dijo-. Seriamente, ya que os negáis a tratarme como hombre, y la echáis de fino conmigo, voy a acosaros como se acosa al jabalí.

-¡Bah! -exclamó Artagnan, afectando sonreír.

-Pediré mis caballos y me marcho a París -dijo Fouquet, fijando una mirada penetrante en el capitán de mosqueteros.

-¡Ah! En ese caso, monseñor, es diferente.

-¿Me prendéis?

-¡No! Partiré con vos.

-Eso me basta, señor de Artagnan -repuso Fouquet con frialdad-. No en balde gozáis de una reputación de hombre de talento y de grandes recursos; pero conmigo todo eso es superfluo. Voy derecho al bulto: un favor. ¿Por qué me detenéis? ¿Qué he hecho?

-¡Oh! Ignoro lo que hayáis hecho; pero no os prendo... esta noche...

-¡Esta noche! -exclamó Fouquet palideciendo-. Pero, ¿y mañana?

-¡Oh! Aún no ha llegado mañana, monseñor. ¿Quién puede responder del día siguiente?

-¡Pronto, pronto, capitán, permitidme hablar al señor de Herblay!

-¡Ay! Siento mucho no poder complaceros, monseñor. Tengo orden de no permitiros comunicar con nadie.

-¡Con el señor de Herblay, capitán, con vuestro amigo!

-Monseñor, ¿y no es quizá mi amigo, el señor de Herblay, la única persona con quien deba impediros hablar?

Fouquet sonrojóse, y, tomando el aire de la resignación:

-Señor -dijo-, tenéis razón; recibo una lección que no hubiera debido provocar. El hombre caído a nada tiene derecho, ni aun de parte de aquellos cuya fortuna ha hecho; de consiguiente, con mayor razón de los que no han recibido de él beneficio ninguno, por más que haya deseado hacerlo.

-¡Monseñor!

-Tenéis razón, señor de Artagnan; siempre os habéis mantenido conmigo en buena situación, en la situación que conviene al hombre destinado a prenderme. ¡Jamás me habéis pedido nada!

-Monseñor -replicó el gascón conmovido de aquel dolor elocuente y noble-, ¿queréis darme vuestra palabra de honor de que no saldréis de este cuarto?

-¿Para qué, mi querido señor de Artagnan, ya que estoy bajo vuestra custodia? ¿Teméis que luche contra la espada más intrépida del reino?

-No es eso, monseñor; es que voy a traeros al señor de Herblay, y, por consiguiente, a dejaros solo.

Fouquet exhaló un grito de alegría y de sorpresa.

-¡Traedme al señor de Herblay! ¡Dejadme solo! -exclamó juntando las manos.

-¿Dónde se halla alojado el señor de Herblay? ¿En la cámara azul?

-Sí, amigo, sí.

-¡Vuestro amigo! Gracias por la palabra, monseñor; ya que hoy me llamáis así y antes no me habíais dado ese título.

-¡Oh, me salváis!

-Bien se emplearán diez minutos en ir y volver al cuarto azul, ¿no es cierto? -preguntó Artagnan.

-Poco más o menos.

-Para despertar a Aramis, que cuando duerme lo hace a gusto, y avisarle, pongo otros cinco minutos; total, un cuarto de hora de ausencia. Ahora, monseñor, dadme vuestra palabra de que no trataréis de huir, y de que os hallaré aquí al volver.

-Os la doy, señor -contestó Fouquet apretando la mano del mosquetero con afectuoso reconocimiento.

Artagnan desapareció.

Fouquet le vio alejarse, esperó con visible impaciencia a que se cerrara la puerta, y luego precipitóse sobre sus llaves, abrió algunos cajones de secreto ocultos entre los muebles, buscó en vano algunos papeles que, indudablemente, se habían quedado en Saint-Mandé, y que pareció sentir no tenerlos allí; y n seguida, cogiendo con la mayor premura, cartas, contratos y otro documento: hizo un lío quemó apresuradamente en la tabla

mármol de la chimenea, sin tomarse el trabajo de quitar antes los jarrones de flores que la adornaban.

Terminada aquella operación, como un hombre que acaba de escapar a un inmenso peligro, y a quien las fuerzas abandonan en cuanto ese peligro cesa de ser temible, dejóse caer abatido en un sillón.

Artagnan volvió y encontró a Fouquet, en la misma posición. El digno mosquetero jamás dudó de que Fouquet, habiendo dado su palabra, no pensaría siquiera faltar a ella; mas pensó que aprovecharía su ausencia a fin de desembarazarse de todos los papeles, notas y contratos que pudieran hacer más peligrosa la situación, ya harto grave, en que se hallaba. Así, pues, levantando la cabeza como perro que olfatea, percibió el olor de humo que esperaba descubrir en la atmósfera, y, no habiéndose equivocado, hizo un movimiento de cabeza en señal de satisfacción.

A la entrada de Artagnan, Fouquet había levantado también la cabeza, y no se le escapó ninguno de los movimientos de Artagnan.

Encontráronse las miradas de los dos; ambos conocieron que se habían comprendido, sin haber cambiado una palabra.

-Y bien -preguntó, el primero, Fouquet-, ¿y el señor de Herblay?

-A fe mía, monseñor -respondió Artagnan-, preciso es que el señor de Herblay se ha aficionado a los paseos nocturnos, y guste componer versos, al claro de luna, en los jardines de Vaux con alguno de vuestros poetas; no está en su cuarto.

-¡Cómo! ¿no está en su cuarto? -exclamó Fouquet, a quien se le iba su última esperanza; porque, sin que se diera cuenta de cómo el obispo de Vannes podía socorrerle, comprendía que en realidad no era posible esperar auxilio de nadie más que de él.

-O bien, si está en su cuarto -prosiguió Artagnan-, ha tenido razones para no contestar.

-¿Pero habéis llamado de modo que os pueda oír?

-No supondréis, monseñor, que saltando mis órdenes, que me prohibían abandonaros un solo instante, haya sido bastante loco para despertar toda la casa y hacerme ver en el corredor del obispo de Vannes, a fin de que el señor Colbert pudiera decir que os daba tiempo de quemar vuestros papeles.

-¿Mis papeles?

-Sin duda; es lo menos que yo hubiese hecho en vuestro lugar. Cuando me abren una puerta, aprovecho la ocasión.

-Pues bien, gracias -dijo Fouquet-; la he aprovechado.

-Y habéis hecho muy bien, ¡diantre! Todos tenemos nuestros secretillos que nada importan a los demás. Pero, volvamos a Aramis.

-Bien, ya os lo he dicho: habréis llamado muy bajo y no os habrá oído.

-Por bajo que se llame a Aramis, monseñor, oye siempre cuando tiene interés en oír. Repito, pues, mi frase: Aramis no está en su cuarto, monseñor, o Aramis ha tenido, para no reconocer mi voz, motivos que yo ignoro, y que tal vez ignoráis vos mismo, por más íntimamente unido que estéis con Su Ilustrísima el obispo de Vannes.

Fouquet lanzó un suspiro, se levantó, dio tres o cuatro vueltas por la cámara, y acabó por ir a sentarse, con expresión de profundo abatimiento, en su magnífico lecho de terciopelo, guarnecido todo él de espléndidos encajes.

Artagnan miró a Fouquet con un sentimiento de profunda conmiseración.

-A muchos he visto prender en mi vida -dijo el mosquetero con melancolía-; he visto prender al señor de Cinq-Mars y al señor de Chalais. Era yo muy joven. He visto prender al señor de Condé con los príncipes, al señor de Retz y al señor de Broussel. Mirad, monseñor, y siento decirlo, pero al que más os asemejáis de todos ellos en este momento, es al buen Broussel. Poco falta para que, como él, metáis la servilleta en la cartera y os limpiéis la boca con los papeles. ¡Diantre, señor Fouquet, un hombre como vos no debe abatirse nunca de ese modo! Si vuestros amigos os vieran...

-Señor de Artagnan -contestó el superintendente con una sonrisa llena de tristeza-, no me comprendéis; precisamente porque mis amigos no me ven, es por lo que estoy tan contristado. ¡Yo no vivo solo! ¡Yo no soy nadie solo! Notad que toda mi vida la he empleado en procurarme amigos, de quien esperaba hacer otros tantos apoyos. En la prosperidad, todas esas voces felices, y felices por mí, me formaban un concierto de alabanzas y acciones de gracias. Al menor asomo de disfavor, esas voces más humildes acompañaban armoniosamente los murmullos de mi alma. Nunca he conocido el aislamiento. La pobreza, fantasma que a veces he entrevisto con sus harapos al fin de mi carrera, es el espectro con quien mis íntimos se están divirtiendo hace años, que poetizan, que acarician, que me han hecho amar. ¡La pobreza! La acepto, la reconozco, la acojo como a una hermana desheredada; porque la pobreza no es la soledad, no es el destierro, no es la prisión. ¿Puedo acaso ser pobre jamás con amigos como Pellisson, como la Fontaine, como Moliére; con una amante como .... ¡Oh! Pero la soledad, a mí, hombre de bullicio; de placeres, que vivo porque los demás viven. .. ¡Ay, si supierais cuán solo me encuentro en este momento, y cómo vos, que me separáis de todo lo que amo, me parecéis la imagen de la soledad, de la nada y de la muerte!

-Pero ya os he dicho, señor Fouquet -repuso Artagnan impresionado hasta el fondo del alma-, ya os he dicho que exageráis las cosas. El rey os quiere.

-¡No! -dijo Fouquet moviendo la cabeza-, ¡no!

-El señor Colbert os aborrece.

-¿El señor Colbert? ¡Qué me importa!

-Os arruinará.

-¡Oh! Respecto a eso, le desafío a que lo haga; ya lo estoy. A aquella extraña confesión del superintendente, paseó Artagnan una mirada expresiva en torno suyo. Aunque no abrió la boca Fouquet le comprendió tan perfectamente, que añadió:

-¿De qué aprovechan estas magnificencias cuando no es uno ya magnífico? ¿Sabéis para qué nos sirven a los ricos la mayor parte de nuestras posesiones? Para disgustarnos por su mismo esplendor de todo lo que a él no iguala. Me habláis tal vez de Vaux, de las maravillas de Vaux. ¿Y qué puedo hacer con esta maravilla? ¿Con qué, si me hallo arruinado, llevaré el agua a las urnas de mis náyades, el fuego a las entrañas de mis salamandras, y el aire al pecho de mis tritones? Para ser bastante rico, señor de Artagnan, es necesario ser demasiado rico.

Artagnan meneó la cabeza.

-¡Oh! Bien sé lo que pensáis -repicó vivamente Fouquet-. Si Vaux fuera vuestro, lo venderíais, y compraríais tierras en alguna provincia. Allí tendríais bosques, vergeles y campos; y estas tierras mantendrían a su propietario. De cuarenta millones haríais...

-Diez millones -interrumpió Artagnan.

-Ni un millón, mi estimado capitán. Nadie en Francia es bastante rico para comprar a Vaux en dos millones y mantenerlo como está; nadie podría ni sabría hacerlo.

-¡Pardiez! -exclamó Artagnan-; en todo caso, un millón...

-¿Qué?

-No es la miseria.

-Poco le falta, amigo.

-¿Cómo que le falta poco?

-¡Oh! No comprendéis. No, no quiero vender mi casa de Vaux. Os la regalo, si lo deseáis.

Y Fouquet acompañó estas palabras con un movimiento inexpresable de hombros.

-Dádselo al rey, y haréis mejor negocio.

-El rey no necesita que yo se lo dé -dijo Fouquet-; lo tomará si le acomoda; por eso prefiero que se destruya. Mirad, señor de Artagnan, si el rey no estuviera bajo mi techo, tomaría aquella vela, iría bajo la cúpula a poner fuego a dos cajones de cohetes y de petardos que han quedado, y reduciría mi palacio a cenizas.

-¡Bah! -repicó con negligencia el mosquetero-; en todo caso no quemaríais los jardines. Es lo que hay mejor en Vaux.

-Y luego -dijo con sorda voz Fouquet-, ¿qué he dicho, Dios mío? ¡Quemar a Vaux! ¡Destruir mi palacio! ¡Si Vaux no es mío, si estas riquezas, estas maravillas, pertenecen como goce a quien las ha comprado, si su duración corresponde a los que las han creado! Vaux es de Le Brun, de Le Nôtre, de Pellisson, de Levau, de La Fontaine; Vaux es de Moliére, que ha hecho representar en él Los Fastidiosos; Vaux, en una palabra, es de la posteridad. Ya veis, señor de Artagnan, que no es siquiera mía mi casa.

-Enhorabuena -dijo Artagnan-; esa es idea que me gusta, y reconozco en ella al señor Fouquet; esa idea me hace olvidar al buen Brausel y las jeremiadas del antiguo frondista. Si estáis arruinado, monseñor, procurad no abatiros, pues también, ¡pardiez!, pertenecéis a la posteridad, y no tenéis derecho a rebajaros. Vamos, miradme a mí, que parezco dotado de cierta superioridad sobre vos, porque estoy encargado de prenderos; la suerte, que reparte sus papeles a los comediantes de este mundo, me ha dado a mí uno menos bello y grato que el vuestro; soy de los que piensan que los papeles de monarca o poderosos valen más que los de mendigos o lacayos. Más vale, hasta en escena, aun en otro teatro que no sea el del mundo, vale más llevar un rico traje y usar lenguaje culto, que refregar el suelo con zapatos viejos, o dejarse acariciar los lomos con bastones rellenos de estopa. En fin vos habéis abusado del oro, habéis mandado, habéis disfrutado. Yo he arrastrado mi espada, he obedecido, he sufrido. Pues bien, por poco que valga en comparación a vos, monseñor, os declaro que el recuerdo de lo que he hecho es para mí un aguijón que me impide doblar la cabeza antes de tiempo. Hasta el fin seré un buen caballo de escuadrón, y caeré muy tieso,

de una pieza, muy vivaz, después de haber elegido bien mi sitio. Haced como yo, monseñor, y no os irá mal. Esto no pasa más que una vez a los hombres como vos. Lo esencial es comportarse bien cuando llega el caso. Hay un proverbio latino, cuyas palabras he olvidado; pero recuerdo el sentido, pues más de una vez lo he meditado, y dice así: "El fin corona la obra".

Fouquet se levantó, pasó su brazo alrededor del cuello de Artagnan, a quien estrechó contra su corazón, mientras con la otra mano le apretaba la suya.

-He ahí un buen sermón -dijo tras de una pausa.

-Sermón de mosquetero, monseñor ...

-Vos, que decís eso, me queréis.

-Tal vez.

Fouquet quedó pensativo, y, después de un momento:

-Pero, el señor de Herblay -preguntó-, ¿dónde estará?

-¡Ah! ¡Eso es!

-No me atrevo a rogaros que le hagáis buscar.

-Aun cuando me lo rogaseis, no lo haría, señor Fouquet. Sería una imprudencia. Lo sabrían, y Aramis, que nada tiene que ver en el asunto, podría hallarse comprometido y envuelto en vuestra desgracia.

-Esperaré al día -dijo Fouquet.

-Es lo mejor que puede hacerse.

-¿Y qué haremos cuando llegue el día?

-No lo sé, monseñor.

-Hacedme un favor, señor de Artagnan.

-Con sumo gusto.

-Me custodiáis, y me quedo; esa es la plena ejecución de vuestra consigna, ¿no?

-Sí.

-¡Pues bien, sed mi sombra! Más quiero esta sombra que otra cualquiera.

Artagnan se inclinó.

-Pero olvidad que sois el señor de Artagnan, capitán de mosqueteros; olvidad que yo soy el señor Fouquet, superintendente de Hacienda, y hablemos de mis asuntos.

-¡Pardiez! Eso es muy espinoso.

-¿De veras?

-Sí, pero por vos, señor Fouquet, haría hasta lo imposible.

-Gracias. ¿Qué os ha dicho el rey?

-Nada.

-¡Ah! ¿Es así como pensáis hablar?

-¡Cáscaras!

-¿Qué pensáis de mi situación?

-Nada.

-No obstante, a menos de una mala voluntad ...

-Vuestra situación es difícil.

-¿En qué?

-En que os halláis en vuestra casa.

-Por difícil que sea la comprendo bien.

-¡Pardiez! ¿Imagináis que con cualquier otro hubiera usado tanta franqueza?

-¿Tanta franqueza? ¿Pues en qué habéis sido franco conmigo cuando no me decís hasta la cosa más insignificante?

-Entonces, mil gracias.

-¡Pues a ver!

-Mirad, monseñor; escuchad como me hubiera comportado con otro: hubiera llegado a vuestra puerta, después de marcharse los sirvientes... y si no se habían marchado, les habría esperado a su salida y atrapado como conejos, poniéndoles en seguida en sitio seguro. Después, me habría tendido sobre la alfombra de vuestro corredor, y, dueño ya de vos, sin que lo sospechaseis, os tendría ya guardado para el desayuno del amo. Así, ni había escándalo, ni defensa, ni ruido; pero tampoco hubiera habido para el señor Fouquet aviso, miramiento, ni esas deferencias delicadas que se tienen entre personas corteses, en los momentos decisivos. ¿Os place este plan?

-Me hace temblar.

-¿No es cierto? Habría sido cosa bien triste aparecer mañana de improviso, y pediros vuestra espada.

-¡Oh, señor! ¡Habría muerto de cólera y de vergüenza!

-Expresáis con demasiada elocuencia vuestro reconocimiento; creed que todavía no he hecho lo bastante.

-De seguro, señor, jamás me haréis confesar eso.

-Pues bien, ahora, monseñor, si estáis satisfecho de mí, si os sentís repuesto de la sacudida que he procurado suavizar en lo posible, demos tiempo al tiempo. Os halláis fatigado y tenéis que reflexionar; de consiguiente, os aconsejo que durmáis, o hagáis como que dormís, en vuestro lecho. Yo duermo en ese sillón, y cuando duermo, mi sueño es pesado, al extremo de no despertarme un cañonazo.

Fouquet sonrió.

-Excepto, no obstante -prosiguió el mosquetero-, en el caso de que se abra una puerta, sea secreta o visible, de entrada o salida. ¡Oh! En eso mi oído es tan vulnerable que el más tenue chasquido me hace estremecer. Es una antipatía natural. Id, venid, pasead por el cuarto cuanto queráis; escribid, tachad, romped, quemad; pero no toquéis la llave de la cerradura, ni el botón de la puerta, pues me haríais despertar sobresaltado, y eso me atacaría horriblemente los nervios.

-Verdaderamente, señor de Artagnan -dijo Fouquet-, sois el hombre más espiritual y el más cortés que conozco, y os aseguro que mi gran pesar es no haberos conocido antes.

Artagnan exhaló un suspiro que quería decir: "¡Ay, tal vez me conocéis demasiado pronto!". En seguida se acomodó en el sillón mientras Fouquet, recostado en su lecho y apoyado en el codo, se entregaba a sus pensamientos.

Y los dos, dejando arder las luces, aguardaron así a que amaneciese; y, cuando Fouquet suspiraba fuertemente, Artagnan roncaba con más fuerza.

Ninguna visita, ni siquiera la de Aramis, turbó su reposo; ningún ruido se dejó oír en la vasta casa.

Afuera, las rondas de honor y las patrullas de mosqueteros hacían rechinar la arena bajo sus pies, lo cual era un motivo más de tranquilidad para los que reposaban. Y a esto añádase el murmullo del viento y de las fuentes que cumplían su función eterna, sin cuidarse de los rumores y pequeñeces de que se compone la vida y la muerte del hombre.

XCIII
LA MAÑANA

Al lado del lúgubre destino del rey, encerrado en la Bastilla y condenado a roer en su desesperación los barrotes y cerrojos de , la prisión de Estado, la retórica de los antiguos cronistas no dejaría de poner la antítesis de Felipe dormido bajo el solio real. No es que la retórica sea siempre mala y esparza flores falsas para esmaltar la historia; pero nosotros nos excusamos de dar la última mano a la antítesis de dibujar con interés el otro cuadro destinado a servir de contraste al primero.

El joven príncipe bajó del cuarto de Aramis como el rey había descendido de la cámara de Morfeo. La cúpula bajó lentamente a la presión del señor de Herblay, y Felipe encontróse ante el lecho real, que había subido, después de haber depositado al preso en los profundidades del subterráneo. Sólo en presencia de aquel lujo, sólo a la faz de todo su poder, sólo ante la conciencia del papel que iba a verse obligado a representar, sintió Felipe por vez primera abrirse su alma a esas emociones que son las palpitaciones vitales de un corazón de rey.

Pero una palidez mortal cubrió su semblante al contemplar el lecho vacío y todavía arrugado por el cuerpo de su hermano.

El mudo cómplice volvió después de haber servido en consumar la obra. Regresaba con la huella del crimen; hablaba al culpable el lenguaje franco y 'brutal que el cómplice no teme nunca emplear. Decía la verdad.

Felipe, al agacharse para ver mejor, vio el pañuelo, todavía húmedo del frío sudor que había corrido, por la frente de Luis XIV. Aquel sudor aterrorizó a Felipe, como la sangre de Abel estremeció a Caín.

-Heme aquí, frente a frente con mi destino -exclamó, echando fuego por los ojos y con semblante lívido-. ¿Será más terrible que doloroso ha sido mi cautiverio? Forzado a seguir incesantemente las usurpaciones del pensamiento, ¿soñaré todavía con la idea de escuchar los escrúpulos de mi corazón? Pues bien, sí; el rey ha descansado en este lecho; su cabeza ha formado este pliegue en el almohadón; este pañuelo ha recogido la amargura de sus lágrimas, y yo vacilo de acostarme en el lecho, de apretar en mi mano el pañuelo bordado con las armas y la cifra del rey. Vamos, imitemos al señor de Herblay, ya que pretende que la acción se adelante un grado al pensamiento; imitemos al señor de Herblay, que siempre piensa en sí mismo, y que se tiene por hombre de bien cuando sólo descontenta o hace traición a sus enemigos. Yo hubiera ocupado este lecho a no habérmelo arrebatado Luis XIV por el crimen de nuestra madre. Sólo yo habría tenido derecho a servirme de este pañuelo que ostenta las armas de Francia, sí, como dice con razón el señor de Herblay, se me hubiese conservado mi puesto en la cuna real. ¡Felipe, hijo de Francia, sube a tu lecho! ¡¡Felipe,

único rey de Francia, recobra tu blasón!! ¡¡¡Felipe, único heredero presuntivo de Luis XIII, tu madre, no abrigues piedad hacia el usurpador, a quien ni aun en este momento acosa remordimiento por todo lo que has sufrido!!!

Dicho esto, Felipe, a, pesar de la repugnancia instintiva de su cuerpo, a pesar del horrible temblor que se oponía a su voluntad, se tendió en el regio lecho, y obligó a sus músculos a sufrir el contacto de la ropa tibia aún de Luis XIV, en tanto que apoyaba sobre su frente el pañuelo húmedo de sudor.

Cuando su cabeza descansó en muelle almohadón, vio Felipe por encima de su frente la corona de Francia sostenida, como ya hemos dicho, por el ángel de las alas de oro.

Representémonos ahora a aquel regio intruso de vista sombría y cuerpo tembloroso. Asemejábase al tigre perdido en una noche de tempestad, que, atravesando cañaverales y barrancos no conocidos, llega a posarse en la caverna del león ausente. El olor felino, tibio vapor de su ordinaria gruta, le atrae, encuentra un lecho de hierbas secas, de osamentas rotas y pastosas como un tuétano; llega, pasea, sacude en la obscuridad sus inflamadas pupilas, que todo lo distinguen, sacude sus miembros empapados, sus guedejas cubiertas de lodo, y se echa pesadamente, con el ancho hocico entre sus patas enormes, dispuesto a disfrutar del sueño, pero también a lanzarse al combate. De vez en cuando, el relámpago que brilla y espejea en las hendiduras del antro, el ruido de las ramas que se entrechocan, las piedras que golpean al caer, la vaga aprensión del peligro, le sacan de aquel letargo producido por la fatiga.

Puede ambicionarse la posesión del lecho de un león, pero no es fácil disfrutar en él de un sueño tranquilo.

Felipe prestó atento oído al menor ruido, dejó oscilar su corazón al soplo de todos los terrores; mas, confiado en su fuerza, doblemente aumentada por la exageración de su empeño supremo, esperó sin debilidad que una circunstancia cualquiera le permitiera juzgarse a sí mismo. Espero que resplandeciese para él un gran peligro, semejante a esos fósforos_ de la tempestad que muestran a los navegantes la altura de las olas contra las cuales luchan.

Pero nada llegó. El silencio, ese mortal enemigo de los corazones inquietos y de los ambiciosos, envolvió toda la noche, en su denso vapor, al futuro rey de Francia, protegido por su corona usurpada.

Por la mañana, una sombra más bien que un cuerpo, deslizóse en la cámara real; Felipe la esperaba, y no extrañó su presencia.

-¿Qué hay, señor de Herblay? -preguntó.

-Majestad, todo está terminado.

-¿Cómo?

-Todo lo que esperábamos.

-¿Resistencia?

-Encarnizada, lloros, gritos.

-¿Y después?

-Estupor.

-¿Por último?

-Victoria completa y silencio absoluto.

-¿Sospecha algo el alcaide de la Bastilla?

-Nada.

-¿Y esa semejanza?

-Es la causa del triunfo.

-Pero el preso no dejará de explicarse, pensar en ello. Yo también pude hacerlo, a pesar de que tenía que combatir un poder mucho más fuerte que el mío.

-Todo lo he previsto. Dentro de unos días, antes quizá, si es necesario, enviaremos al cautivo a un destierro tan lejano...

-Se vuelve del destierro, señor de Herblay.

-Tan lejano, he dicho, que las fuerzas materiales del hombre y la duración de su vida no bastasen para su vuelta.

Las miradas del monarca y de Aramis se cruzaron con fría inteligencia.

-¿Y el señor de Du-Vallon? -preguntó Felipe para desviar la conversación.

-Hoy os será presentado y, confidencialmente, os felicitará del peligro en que os ha puesto el usurpador.

-¿Y qué haremos de él?

-¿Del señor Du-Vallon?

-Un duque, ¿no es así?

-Sí, lo haremos duque -contestó Aramis sonriendo de un modo particular.

-¿De qué os reíis, señor de Herblay?

-De la idea previsora de Vuestra Majestad.

-¿Previsora?... ¿Qué entendéis por eso?

-Vuestra Majestad teme, sin duda, que el desgraciado Porthos se convierta en un testigo molesto, y quiere deshacerse de él.

-¿Haciéndolo duque?

-Seguramente. Lo matáis, morirá de alegría, y el secreto morirá con él.

-¡Ah, Dios mío!

-Yo -dijo flemáticamente Aramis- perderé un buen amigo.

En este momento, y en medio de aquella fútil conversación, a cuyo abrigo ocultaban los dos conspiradores la alegría y ' el orgullo del triunfo, Aramis oyó algo que le hizo aguzar el oído.

-¿Qué es eso? -preguntó Felipe.

-El día, Majestad.

-¿Y qué?

-Indudablemente, antes de acostaros ayer en ese lecho, decidiríais algo hoy, al rayar el día.

-Previne al capitán de mosqueteros que viniese -respondió el joven.

-Si le dijisteis eso, vendrá seguramente, porque es hombre exacto.

-Oigo pasos en la antecámara. -Los suyos.

-Pues bien, comencemos el ataque -dijo el joven rey con resolución.

-Cuidado -replicó Aramis-; comenzar ahora el ataque, y con Artagnan, sería locura. Ese hombre nada sabe, nada ha visto, y ni de cien leguas sospecha nuestro misterio; pero si es el primero que hoy entra aquí, no tardará en oler que ha ocurrido algo, de lo cual debe preocuparse. Antes de permitir que se presente aquí, debemos preparar muy bien el ambiente de la

cámara, introduciendo en ella tanta gente, que sus diferentes huellas despisten al sabueso más fino del reino.

-¿Pero cómo despedirle después de haberle mandado venir? -hizo observar el príncipe, impaciente por medirse con tan temible adversario.

-Yo me encargo de eso -repuso el obispo-, y para empezar voy a dar un golpe que aturdirá a nuestro hombre.

-También él acaba de dar otro -añadió vivamente el príncipe. En efecto, un golpe resonó en el exterior.

Aramis no se había equivocado: era Artagnan, que se anunciaba de aquel modo.

Ya le hemos visto pasar la noche filosofando con el señor Fouquet; mas el mosquetero estaba ya cansado hasta de fingir el sueño y en cuanto el alba empezó a iluminar con su azulada aureola las suntuosas cornisas de la cámara del superintendente, levantóse del sillón, acomodó su espalda, limpió su uniforme con la manga y acepilló su fieltro como un soldado del cuerpo de guardias a quien se fuese a revisar.

-¿Os vais? -preguntó el. señor Fouquet.

-Sí, monseñor. ¿Y vos?

-Me quedo.

-¿Palabra?

-Palabra.

-Bien. Por mi parte, sólo salgo para buscar la respuesta ¿sabéis?

-La sentencia, querréis decir.

-Sabéis que tengo algo del viejo romano. Al levantarme esta mañana he notado que mi espada no ha quedado enganchada a ningún herrete, y que el talabarte ha corrido bien. Es un signo infalible.

-¿De prosperidad?

-Sí; cada vez que esta condenada correa de ante se enganchaba en la espada, me traía un castigo del señor de Tréville, o una negativa de dinero del cardenal Mazarino. Cada vez que la espada se enganchaba en el talabarte, me traía una mala comisión de esas que en todas ocasiones han llovido sobre mí. Cada vez que el acero bailaba en la vaina, me traía un duelo afortunado. Cada vez que se metía entre mis pantorrillas, me traía una herida ligera; pero si se salía de la vaina, de fijo iba a quedar en el campo de batalla, con dos o tres meses de cirujano y de compresas.

-¡Ah! No os creía tan bien instruido por vuestra espada -dijo Fouquet con un pálido sonreír en el que estaba la lucha contra sus propias debilidades-. ¿Tenéis una tizona o un trinchante? Vuestra hoja, ¿está hechizada o encantada?

-Mi espada es un miembro que forma parte de mi cuerpo. He oído decir que algunos hombres encuentran avisos en sus piernas o en los latidos de la sien. A mí me acostumbra a avisar la espada, y esta mañana nada me ha dicho. ¡Ah! Sí, sí; ved cómo acaba de encajarse ahora mismo en el último rincón del talabarte ¿Sabéis lo que esto me predice?

-Lo ignoro.

-Un arresto para hoy.

-¡Ah! -dijo el superintendente, más asombrado que herido por aquella franqueza-; si nada triste os augura vuestra espada, se entiende que os importa poco arrestarme.

-¡Arrestaros! ¿A vos?

-Indudablemente... la predicción...

-No os concierne, puesto que estáis arrestado desde ayer. No seréis vos a quien yo arreste hoy; por esto mismo me alegro, y repito que el día será dichoso.

Y con estas palabras, pronunciadas con particular afecto, el capitán se despidió del señor Fouquet para ir a la cámara del rey.

Iba a salir de la habitación, cuando el superintendente le dijo:

-Dadme la última prueba de vuestra amistad.

-Como gustéis, monseñor.

-Haced que pueda ver al señor de Herblay.

-Voy a probar suerte para traérosle.

Artagnan no creía acertar con tanta exactitud. Estaba escrito que aquel día habíanse de realizar las predicciones que la espada le había inspirado.

Llamó, según queda dicho, a la puerta del rey. Aquella puerta se abrió. El capitán pudo creer que el rey la abriría en persona. Esta suposición no era inadmisible, atendiendo el estado de agitación en que el mosquetero había dejado a Luis XIV la víspera. Pero en lugar de la persona real, a la cual se disponía a saludar, descubrió la figura larga e impasible de Aramis. Poco faltó para que arrojase un grito: tan violenta fue su sorpresa.

-¡Aramis! -murmuró.

-Buenos días, querido Artagnan -contestó fríamente el prelado.

-¿Aquí? -exclamó el mosquetero.

-Su Majestad os pide -añadió el obispo- que anunciéis que está descansando, porque ha pasado muy mala noche.

-¡Ah -volvió a exclamar Artagnan, quien no podía comprender cómo el obispo de Vannes, tan pobre favorito el día antes, habíase convertido en seis horas en el más alto campeón de la fortuna que se hubiese arrastrado al pie de un lecho real.

En efecto, a fin de transmitir desde el umbral de la cámara del monarca sus mandatos, para servir de intermediario a Luis XIV, para mandar en nombre suyo a dos vasos de su persona, era necesario ser más que lo que había sido Richelieu con Luis XIII.

Los expresivos ojos de Artagnan, su boca dilatada, su bigote erizado, dijeron todo esto en el más elocuente de los idiomas al soberbio favorito, que no pareció afectarse.

-Además -continuó el obispo-, tendréis a bien, señor capitán de mosqueteros, no permitir esta mañana más introducciones que las grandes ceremonias, Su Majestad quiere dormir aún.

-Pero -objetó Artagnan dispuesto a rebelarse, y sobre todo a dejar traslucir las sospechas que le inspiraba el silencio del rey-, señor obispo, Su Majestad me ha dado hora para esta mañana.

-Será en otra ocasión -dijo desde el fondo de la alcoba la voz del rey, voz que hizo correr un calofrío por las venas del mosquetero.

Artagnan se inclinó, aturdido, estúpido, embrutecido por la sonrisa con que Aramis le aplastó, una vez pronunciadas estas palabras.

-Por último -continuó el obispo-, y en contestación a lo que veníais a pedir al rey, mi querido Artagnan, aquí tenéis una orden de la cual debéis

enteraros ahora mismo. Concierne al señor Fouquet. Artagnan tomó la orden, y exclamó después de haberla leído:

-¿En libertad? ¡Ah!

Y repitió esta exclamación, aunque el segundo ¡ah! era mas inteligente que el primero.

Todo consistía en que aquella orden le explicaba la presencia de Aramis en la cámara real, en que Aramis, para haber obtenido el perdón del señor Fouquet, debía estar muy adelantado en el favor real, y en que aquel favor explicaba el increíble aplomo con que el señor de Herblay daba órdenes en nombre de Su Majestad.

Bastaba a Artagnan comprender alguna cosa para que lo comprendiese todo. Saludó, pues, y dio unos pasos para retirarse.

-Os acompaño -le dijo el obispo.

-¿Adónde?

-A la habitación del señor Fouquet; quiero disfrutar de su contento. -¡Ah, Aramis!.:. ¡Cómo me habíais intrigado hace un instante! -Pero ahora ya comprenderéis, ¿eh?

-¡Vive Nos, si comprendo! -contestó Artagnan en alta voz. Luego, muy bajo:

-¡Pues bien, no! -silbó entre dientes-; no comprendo. Es igual, puesto que hay una orden.

Y añadió:

-Pasad delante, monseñor. Artagnan condujo a Aramis al cuarto de Fouquet.

XCIV
EL AMIGO DEL REY

Fouquet esperaba con ansiedad; había ya despedido a varios amigos Y servidores suyos, que anticipando la hora de sus recepciones acostumbradas, habían llegado a su puerta.

A cada uno de ellos, callando el peligro suspendido sobre su cabeza, le preguntaba dónde podría ser encontrado Aramis.

Cuando vio volver a Artagnan, cuando divisó detrás de él al obispo de Vannes,. su alegría no tuvo límites, pues fue igual a su inquietud. Ver a Aramis era para el superintendente una compensación a la desgracia de ser arrestado.

El permanecía silencioso y grave; Artagnan se hallaba trastornado con todo aquel cúmulo de sucesos increíbles.

-Vamos, capitán, ¿al fin me traéis al señor de Herblay?

-Y algo mejor aún, monseñor.

-¿Qué?

-La libertad.

-¿Estoy libre?

-Lo estáis. Orden del rey. Fouquet recobró toda su serenidad para interrogar a Aramis con una mirada.

-¡Oh, sí! Bien podéis dar las gracias al señor obispo de Vannes, pues a él es a quien debéis el cambio del rey.

-¡Oh! -dijo Fouquet, más humillado por el servicio que agradecido a su buen éxito.

-Pero vos -continuó Artagnan dirigiéndose a Aramis-, vos que protegéis al señor Fouquet, ¿no haréis algo por mí?

-Todo cuanto queráis, amigo mío -replicó el obispo con su voz tranquila.

-Entonces una sola cosa, y me daré por satisfecho. ¿De qué modo habéis llegado a ser el favorito del rey, cuando no le habéis hablado más de dos veces en vuestra vida?

-A un amigo como vos -replicó Aramis finamente- no debe ocultársele nada.

-¡Ah, bien! Decid.

-Pues aunque creáis que no he visto al rey más que dos veces, han sido más de ciento; no había más sino que nos ocultábamos.

Y Aramis, sin hacer alto al parecer en el nuevo rubor que aquella revelación hizo subir al rostro de Artagnan, volvióse hacia Fouquet, que estaba tan sorprendido como el mosquetero.

-Monseñor -prosiguió-, el rey me encarga deciros que es más que nunca amigo vuestro, y que vuestra fiesta, tan magnífica, tan generosamente ofrecida, le ha llegado al corazón.

Y al decir esto saludó a Fouquet tan ceremoniosamente, que éste,. incapaz de comprender la menor cosa en una diplomacia tan hábil, se quedó mudo, sin ideas y sin movimiento.

Artagnan creyó comprender que aquellos dos hombres tenían algo que decirse, y se aprestaba a ceder a ese instinto de urbanidad que en tales casos .precipita hacia la puerta a aquel cuya presencia es un estorbo para los demás; pero su ardiente curiosidad, excitada por tantos misterios, le aconsejó quedarse.

Entonces, Aramis volviéndose a él con dulzura:

-Amigo mío -dijo-, ¿recordáis la orden del rey sobre las prohibiciones al levantarse?

Esas palabras eran bastantes claras. El mosquetero las comprendió; saludó, pues, al señor Fouquet, luego a Aramis con una mezcla de respeto irónico, y desapareció.

Entonces Fouquet, cuya impaciencia pudo apenas esperar a que llegara aquel momento, se lanzó hacia la puerta para cerrarla, y, volviendo al obispo:

-Mi querido Herblay -dijo-, creo que ya es hora que me expliquéis lo que pasa. En verdad, no comprendo nada.

-Ahora os lo explicaré -contestó Aramis sentándose y haciendo sentar al señor Fouquet-. ¿Por dónde comenzar?

-Primero por esto. ¿Por qué me manda el rey poner en libertad?

-Más bien debíais preguntarme por qué os hizo detener.

-Desde mi arresto he tenido tiempo de pensar en ello, y creo que medie algo de envidia. Mi fiesta ha contrariado al señor Colbert, y el señor Colbert ha puesto en juego algún plan contra mí, el plan de Belle-Isle, por ejemplo.

-No; no sé trata aún de Belle-Isle.

-¿Pues de qué?

-¿Os acordáis de aquellos recibos de trece millones que el señor Mazarino hizo desaparecer de vuestros papeles?

-Sí.

-Pues bien, consideraos ya tenido por ladrón.

-¡Oh, sí! ¿Y qué?

-Y no es eso todo. ¿Recordáis aquella cierta carta que escribisteis a La Valliére?

-¡Ay, es verdad!

-Pues consideraos traidor y sobornador.

-Entonces, ¿por qué me ha perdonado?

-Todavía no estamos en este punto de argumentación. Deseo que os fijéis bien en el hecho. Poned atención en esto: el rey sabe que sois culpable de malversación de fondos... ¡Oh! Bien sé yo que no los habéis malversado; pero, al fin, el rey no ha visto los recibos, y consiguiente no puede menos de teneros por criminal.

-Perdonad, no veo...

-Ahora veréis. Tomemos por otra parte, que habiendo leído el rey vuestro billete amoroso y vuestro ofrecimiento a La Valliére, no puede abrigar la menor duda sobre vuestras intenciones con respecto a la querida, ¿no es así?

-Seguramente, Pero acabad. -A eso voy. Resulta, pues, que el rey es para vos un enemigo capital, eterno.

-De acuerdo. Pero, ¿tan poderoso soy que no se haya atrevido a consumar mi perdición, no obstante tener contra mí los motivos que mi debilidad o mi desgracia le han proporcionado?

-Está bien comprobado -prosiguió con frialdad Aramis- que el rey no podrá reconciliarse nunca con vos.

-Pero me absuelve.

-¿Lo creéis así? -dijo el obispo con una mirada escrutadora.

-Sin creer en la sinceridad del corazón, creo en la verdad del... Aramis encogióse levemente de hombros.

-¿Pues a qué fin os habría encargado Luis XIV del mensaje que me habéis comunicado?

-El rey no me ha encargado de nada para vos.

-¡De nada! -exclamó asombrado el superintendente-. Pues entonces esa orden...

-¡Ah! Sí; una orden hay, es verdad.

Y Aramis pronunció estas palabras con tan extraño acento, que Fouquet no pudo menos de estremecerse.

-Vamos -dijo-, comprendo que me ocultáis algo.

Aramis se acarició la barbilla con sus blancos dedos.

-¿Me destierra el rey?

-No hagáis como en ese juego en que los niños adivinan la presencia de un objeto oculto en la manera con que suena una campanilla, cuando se aproximan o se alejan.

-Pues hablad. -Adivinad.

-¡Me dais miedo!

-¡Bah! ¿Es que no habéis adivinado?

-¿Qué os ha dicho el rey? En nombre de nuestra amistad, decídmelo.

-El rey nada me ha dicho.

-Me haréis morir de impaciencia, Herblay. ¿Continúo siendo superintendente?

-Tanto cómo queráis.

-¿Pero qué singular imperio habéis adquirido tan pronto en el ánimo del rey?

-¡Oh! ¡Ahí está!

-¿Le hacéis obrar a vuestro gusto?

-Creo que sí.

-Es inverosímil.

-Ello dirá.

-Herblay, por nuestra alianza, por nuestra amistad, por todo lo que más améis en este mundo, hablad, os lo ruego. ¿A qué debéis haberos puesto en este lugar con Luis XIV? Yo sé que no os quería.

-El rey me querrá ahora -dijo Aramis acentuando esta última palabra.

-¿Habéis tenido algo de particular con él?

-Sí.

-¿Acaso un secreto?

-Sí, un secreto.

-Un secreto capaz de cambiar los intereses de Su Majestad. -Sois un hombre verdaderamente superior, monseñor. Habéis adivinado. He descubierto un secreto capaz de cambiar los intereses del rey de Francia.

-¡Ah! -exclamó Fouquet con la reserva de un cortesano que no quiere preguntar..

-Y ahora vais a juzgar -prosiguió Aramis-, y me diréis si me engaño sobre la importancia de ese secreto.

-Escucho, ya que sois bastante bueno para franquearos conmigo. Tened presente, no obstante, que no solicitado nada que pueda ser indiscreto.

Aramis se recogió por un instante -¡No habléis! -exclamó Fouquet-. Todavía es tiempo.

-¿Os acordáis -dijo el prelado con los ojos bajos- del nacimiento de Luis XIV?

-Como si fuese hoy.

-¿Habéis oído algo de particular sobre ese nacimiento?

-Nada, sino que el rey no en realmente el hijo de Luis XIII.

-Nada importa eso a nuestro interés, ni al del reino. Es hijo de su padre, dice la ley francesa, el que tiene un padre declarado por la ley.

-Es verdad; pero es cosa grave, cuando se trata de la cualidad de las razas.

-Cuestión secundaria. ¿Conque nada habéis sabido de particular?

-Nada.

-Pues ahí es donde empieza mi secreto.

-¡Ah!

-La reina, en vez de dar a luz un hijo parió dos varones. Fouquet levantó la cabeza.

-¿Y el segundo ha muerto? -preguntó.

-Ahora veréis. Ambos gemelos debían ser el orgullo de su madre y la esperanza de Francia; pero la debilidad del rey, su superstición, hiciéronle

temer conflictos entre dos hijos iguales en derechos, y suprimió uno de los dos gemelos.

-¿Suprimió, decís?

-Esperad... Los dos hijos crecieron: el uno en el trono, y vos sois su ministro; el otro eh la sombra y el aislamiento.

-¿Y éste?

-Es amigo mío.

-¡Dios mío! ¿Qué decís, señor de Herblay? ¿Y qué hace ese pobre príncipe?

-Preguntadme más bien qué ha hecho.

-Sí, sí.

-Fue criado en el campo, y después secuestrado en una fortaleza que llaman la Bastilla.

-¡Es posible! -exclamó el superintendente juntando las manos.

-El uno era el más afortunado de los mortales, y el otro el más desgraciado de los miserables.

-¿Y su madre lo ignora?

-Ana de Austria lo sabe todo.

-¿Y el rey?

-¡Ah! El rey no sabe nada.

-¡Tanto mejor! -dijo Fouquet.

Esta exclamación pareció impresionar vivamente a Aramis, que miró con aire celoso a su interlocutor.

-Dispensad que os haya interrumpido -dijo Fouquet.

-Decía, pues -continua Aramis-, que ese pobre príncipe era el más infeliz de los hombres, cuando Dios, que vela por todas sus criaturas, quiso acudir en su ayuda.

-¿Y cómo?

-Ahora veréis. El rey reinante. Si digo el rey reinante, ¿adiviná is por qué?

-No... ¿por qué?

-Porque uno y otro, a causa de su nacimiento, habrían debido ser reyes, ¿no es ésa vuestra opinión?

-Sí, es mi opinión.

-¿Positivamente?

-Positivamente. Los gemelos son uno en dos cuerpos.

-Me place que un legista de vuestro talento y autoridad sea de esa opinión. Queda, pues, establecido para nosotros que los dos tenían iguales derechos. ¿No es cierto?

-Eso es, establecido... Pero, ¡Dios mío, qué aventura!

-No hemos llegado al fin. Paciencia.

-¡Oh! La tengo.

-Dios quiso proporcionar al oprimido un vengador, o si queréis mejor, un apoyo. Sucedió que el rey reinante, el usurpador... Sois de mi opinión, ¿no es verdad? Usurpación se llama goce tranquilo y egoísta de una herencia a la que no se tiene derecho, todo lo más, sino a la mitad.

-Usurpación es la palabra.

-Prosigo, pues, Dios quiso que el usurpador tuviese por primer ministro a un hombre de talento y de gran corazón, a un gran espíritu, además.

-¡Está bien, está bien! -exclamó Fouquet-. Comprendo: habéis contado conmigo para ayudaros a reparar el agravio hecho al pobre hermano de Luis XIV. Bien pensado: os ayudaré. ¡Gracias, señor de Herblay, gracias!

-No es eso todo; no me dejáis terminar -dijo impasible Aramis.

-Ya me callo.

-Siendo el señor Fouquet -decía- primer ministro del rey reinante, vióse aborrecido de éste, y muy amenazado en sus bienes, en su libertad, y quizá en su vida, por la intriga y el odio, escuchados con demasiada facilidad por el rey. Pero Dios permitió, para la salvación del príncipe sacrificado, que el señor Fouquet tuviese a su vez un amigo sincero que sabía el secreto de Estado, y se encontraba con fuerzas para publicar ese secreto, después de haber tenido el suficiente imperio sobre sí mismo para llevarlo durante veinte años en su corazón.

-No sigáis adelante -dijo Fouquet abundando en ideas generosas-; os comprendo y lo adivino todo. Fuisteis a buscar al rey en cuanto tuvisteis noticias de mi prisión, le suplicasteis, no quiso oíros, y entonces le hicisteis la amenaza del secreto, la amenaza de la revelación, y Luis XIV, asustado, habrá concedido al terror de vuestra indiscreción lo que no concedía a vuestra intercesión generosa. ¡Comprendo, comprendo!

-Nada habéis comprendido aún -replicó Aramis- y me habéis interrumpido nuevamente, amigo mío. Por otra parte, permitidme que os lo diga, descuidáis demasiado la lógica y no os sirve fielmente la memoria.

-¿Por qué?

-Sabéis en lo que apoyé desde un principio nuestra conversación?

-Sí; en el odio de Su Majestad hacia mí, odio invencible; mas, ¿que odio resistiría a la amenaza de tal revelación?

-¿De tal revelación? Ahí tenéis en lo que faltáis a la lógica. ¡Cómo! ¿Suponéis que si hubiese hecho al rey una revelación semejante podría estar con vida a estas horas?

-No hace diez minutos que estabais en la habitación del rey.

-Bien; no habría tenido aún tiempo para hacerme matar, pero sí para ponerme una mordaza y arrojarme en un impace. ¡Firmeza en el razonamiento, pardiez!

Y, por esta exclamación muy de mosquetero, olvidado de un hombre que jamás olvidaba nada, Fouquet comprendió el grado de exaltación a que había llegado el tranquilo, el impenetrable obispo de Vannes. Y se estremeció.

-Además -continuó Aramis, después de haberse dominado-, ¿sería un amigo leal, si os hubiese expuesto a vos, a quien el rey aborrece tanto, a un sentimiento más terrible todavía del joven rey? Haberle robado, no es nada; haberle cortejado a la querida, es poco; pero, tener en vuestras manos su corona y su honor... ¡Mejor os arrancaría el corazón con sus propias manos!

-¿No le habéis dejado traslucir el secreto?

-Hubiese preferido tragar todos los venenos que Mitrídates bebió en veinte años para ver si conseguía evitar la muerte.

-Pues, ¿qué habéis hecho?

-¡Ah! A eso voy, monseñor, Creo que voy a excitar en vos algún interés. Continuáis escuchándome, ¿no?

-¡Ya lo creo! Decid.

Aramis dio una vuelta por la cámara, se aseguró de la soledad y del silencio, y volvió a sentarse junto al sillón donde Fouquet aguardaba sus revelaciones con profunda ansiedad.

-Había olvidado deciros -continuó Aramis, dirigiéndose a Fouquet-, había olvidado una particularidad notable respecto a esos gemelos, y es que Dios los ha hecho tan parecidos, que sólo él, si los citara ante su tribunal, podría distinguirlos. Su madre no podría:

-¿Es posible? -exclamó Fouquet.

-¡Igual nobleza en las facciones, igual porte, la misma estatura la misma voz!

-Pero, ¿y el pensamiento? ¿Y la inteligencia? ¿Y la ciencia de la vida?

-¡Oh! En eso, desigualdad, monseñor. Sí, porque el preso de la Bastilla tiene una superioridad incontestable sobre su hermano, y si esa pobre víctima pasara de la prisión al trono, Francia no habría encontrado, desde su origen quizá, un amo más poderoso por su carácter y nobleza de corazón. Fouquet dejó caer un instante su cabeza sobre sus manos, cargada por el secreto inmenso. Aramis se acercaba a él.

-Hay también desigualdad -dijo, prosiguiendo su obra tentadora-, desigualdad para vos, monseñor, entre los dos hermanos, hijos de Luis XIII: el último llegado no conoce al señor Colbert.

Fouquet se levantó inmediatamente con el semblante pálido y descompuesto. El golpe había tocado, no en medio del corazón, sino en el alma.

-Os comprendo -contestó a Aramis-. ¿Me proponéis una conspiración?

-Poco más o menos.

-Una de esas tentativas que, según decíais al principio de esta conferencia, cambian la suerte de los imperios.

-Y de los superintendentes; sí, monseñor.

-En una palabra, me proponéis efectuar la substitución del hijo de Luis XIII, que se halla .preso en la actualidad, por el hijo de Luis XIII, que duerme en este momento en la cámara de Morfeo.

Aramis sonrió con la siniestra, expresión de su pensamiento siniestro.

-¡Eso es! -dijo.

-Pero -repuso Fouquet después de un penoso silencio-, ¿no habéis reflexionado que esa obra política es capaz de trastornar todo el reino, y que, para arrancar ése árbol de infinitas raíces que se llama rey, y reemplazarlo por otro, nunca llegará a estar firme la tierra hasta el punto de que el nuevo rey se halle asegurado contra el viento que quede de la antigua tempestad y contra las oscilaciones de su propia masa?

Aramis siguió sonriendo.

-Pensad, pues -continuó el señor Fouquet animándose con esa energía de talento que concibe un proyecto y lo madura en breves momentos, y con esa extensión de miras que prevé todas las consecuencias y abarca todos los resultados-, pensad, pues, que necesitamos reunir la nobleza, el clero, el tercer estado deponer al príncipe reinante, turbar con un espantoso escándalo la tumba de Luis XIII, perder la vida y el honor de una

mujer, Ana de Austria, la vida y la paz de otra mujer, María Teresa, y que terminado todo esto, si es que lo terminamos...

-No os comprendo -dijo fríamente Aramis-. No hay una palabra útil en todo lo que acabáis de decir.

-¡Pues qué! -repuso sorprendido el superintendente-. Un hombre como vos no discute la práctica? ¿Os limitáis a los goces pueriles de una ilusión política, desdeñando las eventualidades de la ejecución, esto es, la realidad?

-Amigo mío -dijo Aramis acentuando la palabra con una especie de familiaridad desdeñosa-, ¿qué hace Dios para substituir un rey a otro?

-¡Dios! -murmuró Fouquet-. Dios da una orden a su agente, el cual se apodera del condenado, se lo lleva, y hace sentar al victorioso sobre el trono que ha quedado vacante, ¿Mas olvidáis que aquel agente se llama la muerte? ¡Oh Dios mío, señor de Herblay! ¿Es que tendríais la idea... ?

-No se trata de eso, monseñor. En verdad, vais más allá de lo justo. ¿Quién os habla de enviar la muerte
al rey Luis XIV? ¿Quién os dice que sigamos el ejemplo de Dios en la estricta práctica de sus obras? No. Quería deciros que Dios hace las cosas sin trastorno, sin escándalo, sin esfuerzos, y que los hombres inspirados por Dios aciertan, como él, en todo cuanto emprenden, en todo cuanto imaginan y hacen.

-¿Qué queréis decir?

-Quería deciros, amigo mío -prosiguió Aramis con la misma entonación que había dado a la palabra amigo cuando lo pronunció por primera vez-, que si ha habido trastorno completo, escándalo y aun esfuerzo en la substitución del preso por el rey, os desafío a que me lo demostréis.

-¡Cómo! -exclamó Fouquet, más blanco que el pañuelo con que se enjugaba las sienes-. Decíais ...

-Penetrad en la cámara del rey -continuó tranquilamente Aramis-, y a pesar de que conocéis el misterio, os desafío a que conozcáis que el preso de la Bastilla se halla acostado en el lecho de su hermano.

-Pero, ¿y el rey? -balbució Fouquet, sobrecogido de horror con la noticia.

-¿Qué rey? -dijo Aramis con suave acento-. ¿El que os odia o al que os ama?

-El rey... de ayer...

-¿El rey de ayer? Tranquilizaos; ha ocupado, en la Bastilla, el lugar que su víctima ocupó durante largo tiempo.

-¡Justo Cielo! ¿Y quién lo ha llevado allí?

-Yo.

-¿Vos?

-Sí, y del modo más sencillo. Esta noche lo he raptado, y, mientras él bajaba a la obscuridad, el otro subía a la luz. No creo que esto haya causado ruido. Un relámpago sin trueno a nadie despierta.

Fouquet exhaló un grito sordo, como herido por invisible golpe, y, oprimiéndose la frente con las manos crispadas:

-¿Habéis hecho eso? -murmuró.

-Con bastante habilidad. ¿No os parece así?

-¿Habéis destronado al rey? ¿Le habéis puesto preso?

-Hecho está.

-¿Y la acción se ha realizado aquí, en Vaux?

-Aquí, en Vaux, en la cámara de Morfeo. ¿No parecía haber sido hecha a propósito para la realización de tal acto?

-Y eso ha sucedido...

-Esta noche.

-¿Esta noche?

Fouquet hizo un movimiento como para arrojarse sobre Aramis; mas se contuvo.

-Entre doce y una.

-¡En Vaux! ¡En mi casa! -dijo con voz estrangulada.

-Creo que sí. Vuestra casa es, efectivamente, desde que el señor Colbert no puede hacer que os la roben.

-En mi casa, pues, se ha ejecutado ese crimen.

-¡Ese crimen! -dijo Aramis estupefacto.

-¡Ese crimen abominable! -prosiguió Fouquet, exaltándose cada vez más-. ¡Ese crimen más execrable que un asesinato! ¡Ese crimen que me deshonra para siempre y arroja mi nombre al horror de la posteridad!

-Vamos, estáis delirando, señor -dijo Aramis con mal segura voz-. Habláis demasiado alto; cuidado.

-Hablaré tan alto, que me oirá el mundo entero.

-¡Señor Fouquet, cuidado! Fouquet se volvió hacia el obispo, a quien miró de frente.

-Sí -dijo-, me habéis deshonrado cometiendo esa traición, ese atentado contra mi huésped, contra el que reposa tranquilo bajo mi techo. ¡Oh desdichado dé mil

-¡Desdichado del que meditaba, bajo vuestro techo, da ruina de vuestra fortuna y de vuestra vida! ¿Olvidáis esto?

-¡Era mi huésped, era mi rey! Aramis se levantó, dos ojos inyectados en sangre, da boca convulsiva.

-¿Estoy con un insensato? -dijo.

-Estáis con un hombre honrado.

-¡Loco!

-Con un hombre que os impedirá consumar vuestro crimen.

-¡Loco!

-Con un hombre que prefiere morir, que prefiere mataros a permitir que completéis su deshonra.

Y Fouquet, precipitándose sobre su espada, repuesta por Artagnan en da cabecera del lecho, agitó resueltamente en sus manos el centelleante verdugillo de acero.

Aramis frunció el entrecejo, y deslizó su mano en el pecho, como si buscara un arma. Aquel movimiento- no se ocultó a Fouquet. Noble y arrogante en su magnanimidad, tiró da espada, que fue a parar rodando entre da cama y da pared, y, aproximándose a Aramis, hasta tocarle el hombro con la mano desarmada:

-Señor -dijo-, me sería grato morir aquí para no sobrevivir a mi oprobio, y, si todavía conserváis alguna amistad por mí, os ruego que me déis la muerte.

Aramis permaneció silencioso e inmóvil.

-¿Nada me contestáis?

Levantó Aramis suavemente la cabeza, y sus ojos volvieron a reflejar el relámpago de da esperanza.

-Reflexionad, monseñor -dijo-, todo do que nos aguarda. Se ha hecho justicia, él rey vive todavía, y su prisión os salva da vida.

-Sí -repuso Fouquet-, habéis podido obrar así en interés mío, mas yo no acepto vuestro servicio. Sin embargo, no quiero perderos; vais a salir de esta casa.

Aramis sofocó el resplandor que surgía de su corazón despedazado.

-Soy hospitalario para todos -agregó Fouquet con inexpresable majestad-, y no seréis sacrificado mientras no lo sea aquel cuya pérdida habéis labrado.

-Vos lo seréis, vos -dijo Aramis con voz sarda y profética-. ¡Vos lo seréis, vos lo seréis!

-Acepto el agüero, señor de Herblay; mas nada me detendrá. Vais a salir de Vaux y abandonar a Francia; os doy cuatro horas para que os pongáis fuera del alcance del rey.

-¿Cuatro horas? -dijo Aramis con burlona incredulidad.

-¡A fe de Fouquet! Nadie os perseguirá antes de ese plazo. Llevaréis, por tanto, cuatro horas de ventaja a todos dos que el rey envíe en vuestro seguimiento.

-¡Cuatro horas! -repitió Aramis rugiendo.

-Es más tiempo del que necesitáis para embarcar y llegar a Belle-Isle, que os doy por refugio.

-¡Ah! -exclamó Aramis. -Belle-Isle es mía para vos, como Vaux es mío para el rey. Id, Herblay, id; mientras yo viva, no caerá de vuestra cabeza ni un cabello.

-¡Gracias! -dijo Aramis, sombrío e irónico.

-Partid, pues, y dadme da mano para que los dos corramos, vos a guardar vuestra vida, yo a salvar mi honor.

Aramis sacó del pecho la mano que había tenido allí oculta. Estaba roja de su sangre; había arado el pecho con das uñas, como para castigar a da carne por haber ideado tantos proyectos, más vanos, más locos, más perecederos que da vida del hombre. Fouquet sintió horror, tuvo piedad, y abrió dos brazos a Aramis.

-No tenía armas -murmuró éste, iracundo y terrible como da sombra de Dido.

En seguida, sin tocar da mano de Fouquet, volvió la cara y dio algunos pasos hacia la puerta. Su última palabra fue una imprecación; su último gesto el anatema que dibujó aquella mano enrojecida, señalando el rostro de Fouquet con algunas gotitas de su sangre.

Y ambos se danzaron fuera de da cámara por da escalera secreta que conducía a dos patios interiores.

Fouquet mandó disponer sus mejores caballos, y Aramis detúvose ad pie de da escalera que conducía a da cámara de Porthos. Allí reflexionó largo rato, mientras-la carroza de Fouquet partía ad galope del patio principal.

"¿Partir solo? -se dijo Aramis-. ¿Prevenir ad príncipe?... ¡Oh furor! ¿Y qué hago después de avisarle?... ¿Partir con él?... ¿Llevar conmigo a todas partes ese testimonio acusador? ... La guerra civil, implacable? ... ¡Ah! Sin recursos ... ¡Imposible! ... ¿Y sin mí, qué hará él? ¿Se hundirá como yo.

¡Quién sabe!. . . ¡Cúmplase el destino!... ¡Estaba condenado, que permanezca condenado!. .. ¡Dios!. ..

¡Diablo! . . . ¡Sombrío y extravagante poder que se llama el genio del hombre, sólo eres un soplo, pero más incierto, más inútil que el viento en la montaña; te llamas casualidad, y nada eres; abrasas todo con tu aliento, levantas grandes pedazos de roca, da misma montaña, y de pronto te deshaces ante da cruz de madera, detrás de da cual existe otro poder invisible... que quizá negabas y que se venga de ti y te aplasta, sin dignarse decirte su nombre!... ¡Perdido!... ¡Estoy perdido!... ¿Qué haré? ... ¿Ir a Belle-Isle? ... Sí. ¡Y Porthos se quedará aquí, para hablar y referir todo, para padecer acaso!... No quiero que Porthos padezca. Es uno de mis miembros: su dolor es mío. Porthos partirá conmigo, Porthos seguirá mi suerte. Es preciso."

Y Aramis, temeroso de encontrar a alguien a quien su precipitación pudiera parecer sospechosa, subió da escalera sin ser visto.

Porthos, recién llegado de París, dormía ya con el sueño del justo; su robusto cuerpo olvidaba el cansancio, como su espíritu el pensamiento.

Aramis entró ligero como una sombra, y puso su mano nerviosa en el hombro del gigante.

-¡Vamos! -gritó-. ¡Vamos, Porthos, vamos!

Porthos obedeció, se levantó, y abrió dos ojos antes de abrir su inteligencia.

-Nos marchamos -añadió Aramis.

-¡Ah! -exclamó Porthos.

-Nos marchamos a caballo, más. aprisa que nunca.

-¡Ah! -repitió Porthos.

-Vestíos, amigo.

Y ayudó ad gigante a vestirse metiéndole en dos bolsillos su oro y sus diamantes.

En tanto se entregaba a esta operación, llegó a oír un ligero ruido. Era Artagnan, que miraba por el ojo de da cerradura.

Aramis tembló.

-¿Qué diablos hacéis ahí tan agitado? -preguntó el mosquetero.

-¡Silencio! -dijo Porthos.

-Marchamos en misión -añadió el obispo.

-Sois muy dichosos -observó Artagnan.

-¡Brrr! -hizo Porthos-. Estoy cansado, y más quisiera dormir, pero el servicio del rey ...

-¿Habéis visto ad señor Fouquet? -dijo Aramis a Artagnan.

-Sí, en carroza, hace un instante.

-¿Y qué os ha dicho?

-Adiós.

-¿Nada más?

-¿Queríais que me dijera otra cosa? ¿Es que no cuento para nada desde que todos estáis en favor?

-Oíd -dijo Aramis abrazando al mosquetero-, han vuelto vuestros buenos tiempos; no tendréis necesidad de envidiar a nadie.

-¡Bah!

-Os anuncio para hoy un acontecimiento que duplicará vuestra posición.

-¿Cierto?

-¿Sabéis que tengo noticias?

-¡Sí, sí!

-Vamos, Porthos. ¿Estáis listo? ¡Marchemos!

-¡Marchemos!

-Y abracemos a Artagnan.

-¡No faltaba más!

-¿Y los caballos?

-Aquí no faltan. ¿Queréis el mío?

-No; Porthos tiene su caballeriza. ¡Adiós, adiós!

Los dos fugitivos montaron en presencia del capitán de mosqueteros, que tuvo el estribo a Porthos, y acompañó a sus amigos con la vista hasta que los vio desaparecer.

"En cualquiera otra circunstancia -pensó el gascón-, diría yo que se ponen a salvo; pero al presente se halla tan cambiada la política, que esto se llama ir en misión. Así sea. Vamos a nuestros asuntos." Y entró filosóficamente en su alojamiento.

XCV
DE CÓMO SE RESPETABA LA CONSIGNA EN LA BASTILLA

Fouquet quemaba el pavimento. Por el camino, sintióse aterrorizado por lo que acababa de saber.

"¿Qué fue, pues -pensaba-, la juventud de esos hombres prodigiosos, que en la edad ya madura saben aún concebir planes semejantes y ejecutarlos sin inmutarse?"

A veces, se preguntaba si todo lo que le había contado Aramis sería no más que un sueño; si la fábula sería quizás el lazo mismo, y si, al llegar a la Bastilla, encontraría una orden de prisión que le enviara al lado del rey destronado.

Con esta idea, dio varias órdenes selladas por el camino, mientras enganchaban los caballos, y las dirigió a Artagnan y a todos los jefes de cuerpos cuya fidelidad no podía ser sospechosa.

"De esta manera -se dijo Fouquet-, pero o no, habré prestado el servicio que debo a la causa del honor. Las órdenes no llegarán sino después que yo, si vuelvo libre, y, por tanto, nadie las habrá abierto. Si tardo, es que me habrá ocurrido alguna desgracia. Entonces tendré auxilio para mí y para el rey.

Así preparado llegó a la Bastilla. El superintendente había andado cinco leguas y media por hora.

Sucedióle a Fouquet en la Bastilla lo que jamás había sucedido a Aramis.

Por más que dijo su nombre y se hizo reconocer, no pudo conseguir ser introducido.

A fuerza de instar, amenazar y mandar, logró que un centinela avisase a un cabo, y que éste a su vez avisara al mayor. En cuanto al alcaide, nadie hubiera osado incomodarle por tan poca cosa.

Fouquet, desde su carroza, a la puerta de la fortaleza, tascaba el freno y esperaba el regreso de aquel subalterno, que volvió al fin con aire de mal humor.

-Y bien -dijo impacientemente-, ¿qué ha dicho el mayor?

-Caballero -replicó el soldado-, el mayor se me ha echado a reír en las barbas. Me ha dicho que el señor Fouquet está en Vaux, y que, aun cuando estuviese en París, no se levantaría a estas horas.

-¡Diantre! ¡Sois un atajo de ganapanes! -exclamó el ministro lanzándose fuera de la carroza.

Y, antes de que el subalterno tuviera tiempo de cerrar la puerta, Fouquet se introdujo por la abertura y echó a correr hacia dentro, a pesar de los gritos del soldado que pedía socorro.

Fouquet ganaba terreno, sin cuidarse dé los gritos de aquel hombre, que, no habiendo alcanzado a Fouquet, repetía al centinela de la segunda puerta:

-¡Detened a ése, centinela!

El soldado cruzó la pica delante del ministro; pero éste, ágil y robusto excitado además por la ira, arrancó la pica de manos del soldado y le dio con ella en las espaldas. El subalterno, que le iba a los alcances, recibió también su parte en la distribución de golpes, y ambos lanzaron gritos furiosos, a cuyo ruido salió todo el primer cuerpo de guardia de la avanzada.

Entre toda aquella gente, uno reconoció al superintendente y exclamó:

-¡Monseñor! ¡Monseñor...! ¡Deteneos todos!

Y contuvo, efectivamente, a los guardias, que se disponían a vengar a sus compañeros.

Fouquet ordenó que le abriesen la verja, pero le objetaron la consigna. Ordenó entonces que avisasen al alcaide; pero éste acudía al frente de un piquete de veinte hombres, seguido de su mayor, en la persuasión de que se efectuaba un ataque contra la Bastilla.

Baisemeaux reconoció también a Fouquet, y dejó caer su espada, que ya blandía.

-¡Ah, monseñor! -balbució-. ¡Perdonad!

-Señor -dijo el superintendente, encendido de calor y todo sudoroso-. Os felicito cordialmente: tenéis perfectamente montado el servicio.

Baisemeaux palideció, creyendo que estas palabras no eran más que una ironía, presagio de alguna furiosa cólera. Pero Fouquet había recobrado aliento, llamando con su ademán al centinela y al subalterno, que se frotaban las espaldas.

-Ahí van veinte doblones para el centinela -dijo-, y cincuenta para el cabo. Os doy mi parabién, señores, y ya lo pondré en conocimiento del rey. Ahora, hablemos, señor alcaide.

Y, en medio de un murmullo de satisfacción general, siguió al alcaide a la alcaidía.

Baisemeaux temblaba ya de vergüenza y de inquietud. La visita matutina de Aramis le parecía traer ya consecuencias de que un funcionario podía con razón asustarse.

Pero fue peor aún cuando Fouquet, con voz leve y mirada imperiosa:

-Señor -dijo-, ¿habéis visto esta mañana al señor de Herblay?

-Sí, monseñor.

-¿Y no os habéis horrorizado del crimen en que sois cómplice? "¡Vamos bien!", pensó Baisemeaux.

Y añadió en voz alta:

-¿Qué crimen, monseñor? -¡Hay motivo para haceros descuartizar, señor, pensad en eso! Pero no es ocasión de irritarse. Conducidme al punto donde está el preso.

-¿Qué preso? -repuso Baisemeaux estremeciéndose.

-¿Os hacéis el ignorante? Es lo mejor que podéis hacer. En efecto, si confesarais semejante complicidad, no habría recurso para vos. Quiero, pues, dar crédito a vuestra ignorancia.

-Os ruego, monseñor...

-Está bien. Conducidme donde está el preso.

-¿Marchiali?

-¿Quién es ese Marchiali?

-El preso traído esta mañana por el señor de Herblay.

-¿Y le llaman Marchiali? -repuso el superintendente, turbado en sus convicciones por la ingenua seguridad de Baisemeaux.

-Sí; monseñor; con ese nombre está inscrito aquí.

Fouquet miró hasta el fondo del corazón de Baisemeaux, y leyó, con esa costumbre que da el uso del poder, una sinceridad absoluta. Además, bastaba observar por un minuto aquella fisonomía para convencerse de que Aramis no pudo haber elegido un confidente semejante.

-¿Es ése -dijo entonces al alcaide-, el preso que se llevó el señor de Herblay anteayer?

-Sí, monseñor.

-¿Y que ha traído esta mañana? -añadió vivamente Fouquet, adivinando el mecanismo del plan de Aramis.

-Así es, monseñor.

-¿Y se llama Marchiali?

-Marchiali. Si monseñor viene para llevárselo, me alegraré; ya iba a escribir acerca de él.

-¿Pues qué hace?

-Desde esta mañana, me está dando serios disgustos; le acometen tales accesos de rabia, que parece vaya a hundirse la Bastilla.

-Voy a libraros de él, en efecto -dijo Fouquet.

-¡Ah! ¡Mejor qué mejor!

-Conducidme a su prisión.

-Monseñor se servirá darme la orden.

-¿Qué orden?

-Una orden del rey.

-Voy a firmaros una.

-No basta, monseñor: necesito una orden del rey.

Fouquet volvió a irritarse de nuevo.

-Ya que tan escrupuloso sois -le dijo-, para hacer salir a los presos, enseñadme la orden por la cual le habéis dejado salir.

Baisemeaux sacó la orden de libertar a Seldon.

-Es que Seldon no es Marchiali -dijo Fouquet.

-Pero Marchiali no está en libertad, monseñor; está aquí.

-¡Pues no habéis dicho que el señor de Herblay se lo ha llevado y vuelto a traer?

-No he dicho tal cosa.

-Tanto lo habéis dicho, que aun se me figura que lo estoy oyendo.

-Se me habrá enredado la lengua.

-¡Cuidado, señor Baisemeaux!

-Nada tengo que temer, monseñor; estoy en regla.

-¿Y osáis decir eso?

-Lo diría delante de un apóstol. El señor de Herblay me ha traído una orden para libertar a Seldon, y Seldon está en libertad.

-Os digo que Marchiali ha salido de la Bastilla.

-Preciso es que me lo probéis, monseñor.

-Dejad que le vea.

-Monseñor, que gobierna en el reino, sabe muy bien que nadie puede ver a los presos sin orden expresa del rey.

-Bien los ha visto el señor de Herblay.

-Eso es lo que falta probar, monseñor.

-Señor Baisemeaux, una vez más mirad cómo habláis.

-Ahí están los asientos.

-El señor de Herblay ha caído.

-¿Caído el señor de Herblay? ¡Imposible!

-Ya veis que os ha influenciado.

-Lo que me ha influenciado, monseñor, es el servicio del rey; cumplo con mi deber. Dadme una orden del rey, y entraréis.

-Mirad, señor alcaide, os empeño mi palabra que si me permitís ver al preso, tendréis al instante una orden del rey.

-Dádmela ahora, monseñor.

-Y si os negáis a ello, os hago prender al momento con todos vuestros oficiales.

-Antes de cometer esa violencia, monseñor, reflexionaréis -dijo Baisemeaux muy pálido-, que no obedeceremos sino a una orden del rey, y que tan fácil os es obtenerla para ver a Marchiali como para hacerme tanto mal a mí, que soy inocente.

-¡Tenéis razón -exclamó Fouquet-, tenéis razón! Pues bien, señor alcaide -repuso con voz sonora y atrayendo a sí al desventurado-, ¿sabéis por qué quiero con tanto afán hablar a ese preso?

-No monseñor; y dignaos observar el terror que me estáis causando, tiemblo, voy a caer desfallecido.

-Más desfallecido caeréis dentro de poco, señor Baisemeaux, cuando yo venga aquí con diez mil hombres y treinta piezas de artillería.

-¡Dios mío! ¡Monseñor se ha vuelto loco!

-¡Cuando amotine contra vos y vuestras malditas torres a todo el pueblo de París, y haga forzar vuestras puertas, y colgaros a vos de las almenas de la torre del Rincón!

-¡Monseñor, monseñor, por piedad!

-Os concedo diez minutos para decidiros -añadió Fouquet con voz tranquila-; me siento aquí, en este sillón, y espero. ¡Si dentro de diez minutos persistís, salgo, y por más loco que me supongáis, os detengo!

Baisemeaux dio una patada en el suelo, como desesperado, pero nada replicó.

Viendo lo cual, Fouquet cogió pluma y tinta, y escribió:

"Orden al señor preboste de los mercaderes de reunir la guardia municipal y marchar contra la Bastilla en servicio del rey."

Baisemeaux encogióse de hombro. Fouquet escribió:

"Orden al señor duque de Boullon y al señor príncipe de Condé para tomar el marido de los suizos y los guardias, y marchar contra la Bastilla en servicio de Su Majestad ...

Baisemeaux reflexionó. Fouquet escribió:

"Orden a todo soldado, plebeyo o hidalgo, para que se apoderen donde quiera que los encuentren, del caballero de Herblay, obispo de Vannes, y sus cómplices, 'que son: 1º, el señor Baisemeaux, alcaide de la Bastilla, sospechoso de los crímenes de traición, rebelión y lesa majestad. . . "

-Deteneos, monseñor -exclamó Baisemeaux-: no entiendo una palabra de todo eso; pero tantos males pueden suceder de aquí a dos horas, aun cuando fuesen desencadenados por la misma locura, que el rey, que me ha de juzgar, verá si he hecho mal en faltar a la consigna, ante catástrofes tan inminentes. Vamos al Torreón, monseñor; veréis a Marchiali.

Fouquet se lanzó fuera del aposento, y Baisemeaux le siguió, enjugándose el sudor frío que le corría por la frente.

-¡Qué horrible mañana! -exclamaba-. ¡Qué desgracia! Baisemeaux hizo seña al llavero de que fuese delante. Tenía miedo de su compañero. Este lo conoció.

-¡Basta de niñadas! -dijo rudamente-. Dejad ahí a ese hombre; tomad vos mismo las llaves, y enseñadme el camino. Es preciso que nadie... ¿oís?, nadie oiga lo que va a pasar aquí.

-¡Ah! -dijo indeciso Baisemeaux.

-¡Todavía! -exclamó Fouquet-. ¡Oh! Decid que no, y salgo de la Bastilla a fin de llevar yo mismo los despachos.

Baisemeaux bajó la cabeza, cogió las llaves, y subió solo con el ministro la escalera de la torre.

A medida que avanzaba en aquella remolinante espiral, ciertos murmullos ahogados se convertían en gritos distintos y horribles imprecaciones.

-¿Qué es eso? -preguntó Fouquet.

-Es vuestro Marchiali -repuso el alcaide-. ¡Así aúllan los locos!

Y acompañó esta respuesta con una mirada más llena dé alusiones ofensivas que de respeto para el señor Fouquet.

Este se estremeció. En un grito más fuerte que los otros acababa de reconocer la voz del rey. Detúvose en el descanso, y cogió el manojo de llaves de manos de Baisemeaux. Este creyó que el nuevo loco iba a romperle el cráneo con una de ellas.

-¡Ah! -exclamó-. El señor de Herblay no me había hablado de esto.

-¡Esas llaves! -gritó Fouquet arrancándoselas-. ¿Dónde está la de la puerta que quiero abrir?

-Esta es.

U n grito horrible, seguido de un golpe terrible en la puerta, vino a formar eco en la escalera.

-¡Retiraos! -mandó Fouquet a Baisemeaux con una voz amenazadora.

-¡No deseo otra cosa! -murmuró éste-. Ahí están dos rabiosos que van a encontrarse cara a cara. Estoy seguro de que se comerán uno al otro.

-¡Marchaos! -repitió Fouquet-. Si ponéis el pie en esta escalera antes de que yo os llame, tened entendido que ocuparéis el lugar del más miserable de los presos de la Bastilla.

-¡Mi fin se aproxima! -gruñó Baisemeaux, retirándose con paso vacilante.

Los gritos del preso resonaban cada vez con más fuerza. Fouquet aseguróse de que Baisemeaux había llegado ya a lo último de la escalera, y metió la llave en la primera cerradura.

Entonces fue cuando oyó claramente la voz sofocada del rey, que gritaba con rabia:

-¡Socorro! ¡Soy el rey! ¡Socorro!

La llave de la segunda puerta no era la misma que la de la primera. Fouquet se vio precisado a buscar en el manojo.

Entretanto el rey, ebrio, loco, furioso, gritaba desaforadamente:

-¡Es el señor Fouquet quien me ha hecho conducir aquí! ¡Socorro contra el señor Fouquet! ¡Soy el rey! ¡Favor al rey contra Fouquet! Aquellas vociferaciones desgarraban el corazón del ministro, y eran seguidas de golpes horribles, dados en la puerta con la silla rota de que se servía el rey como de un ariete. Fouquet logró dar con la llave. El rey tenía ya agotadas sus fuerzas; más bien que hablar, rugía.

-¡Muera Fouquet! -aullaba-. ¡Muera el malvado Fouquet!

La puerta se abrió.

XLVI
EL RECONOCIMIENTO DEL REY

Los dos hombres que iban a precipitarse el uno contra el otro detuviéronse de pronto al verse, y lanzaron un grito de horror.

-¿Venís a asesinarme, señor? -dijo el rey reconociendo a Fouquet.

-¡El rey en este estado! -exclamó el ministro.

Nada más espantoso, en efecto, que el aspecto del joven príncipe en el instante en que lo sorprendió Fouquet. Su vestido estaba destrozado; la camisa, abierta y desgarrada, embebía a la vez el sudor y la sangre que corrían de su pecho y de sus brazos magullados.

Desencajado, pálido, espumeante, los cabellos erizados, Luis XIV ofrecía la imagen más verdadera de la desesperación, del hambre y del miedo, reunidos en una sola estatua. Fouquet quedó tan turbado, se emocionó tanto, que corrió al rey con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos.

Luis levantó sobre Fouquet el trozo de madera de que había hecho un uso tan furioso.

-¡Qué, Majestad! -dijo Fouquet con voz temblorosa-. ¿No reconocéis al más fiel de vuestros amigos?

-¿Amigo, vos? -repitió Luis con un rechinamiento de dientes en que sonaban la cólera y la sed de una pronta venganza.

-Un servidor respetuoso -añadió Fouquet precipitándose de rodillas.

El rey dejó caer su arma. Fouquet, aproximándose, le besó las rodillas, y le estrechó tiernamente entre sus brazos.

-¡Rey mío, hijo mío! -exclamó-. ¡Cuánto habéis debido sufrir!

Vuelto en sí Luis por el cambio de la situación, se miró, y, avergonzado del desorden en que se hallaba, de su locura y de la protección que recibía, retrocedió.

Fouquet no comprendió aquel movimiento, ni conoció que el orgullo del rey no le perdonaría nunca haber sido testigo de tanta debilidad.

-Venid, Majestad -dijo-; estáis libre.

-¿Libre? -repitió el rey-. ¡Oh, me dais la libertad después de baberos atrevido a poner la mano sobre mí.

-¡Oh, no debéis creer tal cosa! -exclamó indignado Fouquet-. ¡No podéis creer que yo sea culpable en esta circunstancia!

Y con gran calor y rapidez, le refirió toda la intriga, cuyos pormenores son ya conocidos.

Mientras duró el relato, Luis soportó las más espantosas angustias, y terminado aquél, la magnitud del peligro que había corrido le afectó mucho más aún que la importancia del secreto relativo a su hermano gemelo.

-Señor -dijo de pronto a Fouquet-, ese doble nacimiento es una mentira; es imposible que os hayáis dejado engañar.

-¡Majestad!

-Es imposible, os digo, sospechar del honor, de la virtud de mi madre. ¿Y mi primer ministro no ha hecho ya justicia en los criminales?

-Reflexionad, Majestad, antes de dejaros llevar de la ira -respondió Fouquet-. El nacimiento de vuestro hermano...

-Yo sólo tengo un hermano, que es Monsieur. Vos le conocéis como yo. Os aseguro que aquí hay conspiración, principiando por el alcaide de la Bastilla.

-Cuidado, Majestad; ese hombre ha sido engañado, como todo el mundo, por la semejanza del príncipe.

-¿La semejanza? ¡Bah!

-Necesario es, no obstante, que ese Marchiali se asemeje extraordinariamente a Vuestra Majestad, cuando todo el mundo se deja engañar -insistió Fouquet. .

-¡Locura!

-No digáis eso, Majestad; las personas que se resuelven a arrostrar las miradas de vuestros ministros, de vuestra madre, de vuestra familia, de vuestra servidumbre, necesario es que estén bien seguras de la semejanza.

-En efecto -murmuró el rey-, ¿y dónde se hallan esas gentes?

-En Vaux.

-¡En Vaux! ¿Y permitís que todavía permanezcan allí?

-Me ha parecido que lo más urgente era libertar a Vuestra Majestad. He cumplido ese deber. Ahora, haremos lo que el rey mande. Espero sus órdenes.

Luis reflexionó un momento.

-Reunamos tropas en París -, dijo.

-Ya están dadas las órdenes al efecto -repuso Fouquet.

-¿Habéis dado órdenes? -exclamó el rey.

-Para eso, sí, Majestad. Estaréis al frente de diez mil hombres dentro de una hora.

El rey, por toda respuesta, cogió la mano a Fouquet con tal efusión, que era fácil conocer la desconfianza que hasta entonces había conservado contra su ministro, a pesar de la intervención de este último.

-Y con estas tropas -continuó el rey- iremos a sitiar en vuestro palacio a los rebeldes, que se habrán ya establecido y atrincherado allí.

-Mucho me sorprendería -dijo Fouquet.

-¿Por qué?

-Porque su jefe, el alma de la empresa, ha sido descubierto por mí, y creo abortado todo el plan.

-¿Habéis desenmascarado al falso príncipe?

-No, no le he visto.

-¿A quién entonces?

-El jefe de la empresa no es ese desgraciado. Este no es más que un instrumento destinado para toda su vida a la desgracia, bien lo veo.

-¡Absolutamente!

-El jefe de la empresa es el abate de Herblay, el obispo de Vannes.

-¿Vuestro amigo?

-Era mi amigo, Majestad -replicó con nobleza Fouquet.

-Desgracia es para vos -dijo el rey en un tono menos generoso. Tal amistad nada tenía de deshonrosa en tanto que yo ignoraba el crimen, señor.

-Debisteis preverlo.

-Si soy culpable, me pongo en manos de Vuestra Majestad.

-¡Ah, señor Fouquet! No es eso lo que quiero decir -repuso el rey, sintiendo haber dejado traslucir así la amargura de su pensamiento-. Pues bien, os declaro, no obstante la máscara con que ese miserable se cubría el rostro, haber tenido como una vaga sospecha de que pudiera ser él. Pero, con ese jefe de la empresa, había un hombre de acción. Él que me amenazaba con su fuerza hercúlea, ¿quién era?

-Debe ser su amigo, el barón Du-Vallón, el antiguo mosquetero.

-¿El amigo de Artagnan? ¿El amigo del conde de la Fére? ¡Ah!-exclamó el rey así que pronunció este nombre-. No descuidemos esta relación entre los conspiradores y el señor de Bragelonne.

-No vayáis demasiado lejos, Majestad. El conde de la Fére es el hombre más honrado de Francia. Contentaos con lo que os entrego.

-¿Con lo que me entregáis? ¡Bien! Porque me entregáis los culpables, ¿no es así?

-¿Cómo entiende eso Vuestra Majestad? -preguntó Fouquet.

-Lo entiendo -dijo el rey- yendo ahora mismo a Vaux con fuerzas, y haciendo que nadie escape de ese nido de víboras; nadie, ¿oís?

-¿Hará Vuestra Majestad matar a esos hombres? -murmuró Fouquet.

-¡Hasta el último!

-¡Oh, Majestad!

-Entendámonos bien, señor Fouquet -repuso el rey con altivez-. No vivo ya en un tiempo en que el asesinato sea la sola, la última razón de los reyes. ¡No; a Dios gracias! ¡Tengo parlamentos que juzgan en mi nombre, y cadalsos donde se ejecutan mis supremas voluntades!

Fouquet palideció.

-Me tomaré la libertad -dijo-, de hacer notar a Vuestra Majestad que todo proceso sobre esta materia es un escándalo mortal para la dignidad del trono. No es preciso que el nombre augusto de Ana de Austria pase por los labios del pueblo, entreabiertos por la sonrisa.

-Es preciso que se haga justicia.

-Bien, Majestad; mas la sangre real no puede correr sobre el cadalso.

-¡La sangre real! ¿Creéis eso? -gritó furioso el rey, hiriendo el suelo con el pie-. Ese doble nacimiento es una impostura. En ella, precisamente, veo el crimen del señor de Herblay. Ese crimen es el que deseo castigar, más bien que su violencia y su insulto.

-¿Y castigar con la muerte?

-Con la muerte, sí.

-Majestad -dijo con firmeza el superintendente, cuya frente, por mucho tiempo inclinada, se levantó con orgullo-, Vuestra Majestad hará cortar la cabeza, si quiere, a Felipe de Francia, su hermano; a ella le incumbe, y consultará, al respecto, a Ana de Austria, su madre. Lo que mande será bien mandado. No quiero, pues, mezclarme más en eso, ni aun por el honor mismo de vuestra corona; pero tengo que solicitaron una gracia, y os la pido.

-Hablad -dijo el rey, turbado por las últimas palabras del ministro-. ¿Qué queréis?

-El perdón de los señores de Herblay y de Du-Vallon.

-¿Mis asesinos?

-Dos rebeldes, Majestad, nada más.

-¡Oh! Comprendo que me solicitéis gracia para vuestros amigos.

-¡Mis amigos! -dijo Fouquet profundamente lastimado.

-Vuestros amigos, sí; mas la seguridad de mi Estado exige un ejemplar castigo de los culpables.

-No haré observar a Vuestra Majestad que acabo de libertarle, de salvarle la vida.

-¡Señor!

-Tampoco le diré que si el señor de Herblay hubiera querido hacer su papel de asesino, podía haber asesinado a Vuestra Majestad fácilmente esta mañana en el bosque de Sénart, y todo habría concluido.

El rey estremecióse.

-Un pistoletazo en la cabeza -prosiguió Fouquet-, y el rostro de Luis XIV, desfigurado, habría sido la completa absolución del señor de Herblay.

El rey palideció de espanto al pensar en el peligro de que había escapado.

-Si el señor de Herblay -continuó Fouquet- hubiese sido un asesino, no tenía necesidad de manifestarme su plan para llevarlo a cabo con éxito. Desembarazado del verdadero rey, haría que el falso fuese imposible de ser adivinado. Aun cuando el usurpador hubiera sido reconocido por Ana de Austria, siempre era un hijo para ella. El usurpador, para la conciencia del señor de Herblay, era siempre un rey de la sangre de Luis XIII. Además, el conspirador tenía la seguridad, el secreto, la impunidad. Un pistoletazo le proporcionaba todo eso. ¡Perdón para el, en nombre de vuestra salvación, Majestad!

El rey, en lugar de ablandarse con aquella pintura tan verdadera de la generosidad de Aramis, se sentía cruelmente humillado. Su indomable orgullo no podía acostumbrarse a la idea de que un hombre hubiese tenido pendiente de la punta de su dedo el hilo de una vida real. Cada una de las palabras que Fouquet creía eficaces para lograr la gracia de sus amigos, infiltraba una nueva gota de veneno en el corazón ya ulcerado de Luis XIV.

Nada pues, pudo doblegarle, y, dirigiéndose impetuosamente a Fouquet:

-¡No sé, en verdad, señor -dijo-, por qué me pedís perdón para esa gente! ¿A qué viene el pedir lo que puede obtenerse sin necesidad de solicitarlo?

-No os entiendo, Majestad.

-Es fácil, sin embargo. ¿Dónde estoy?

En la Bastilla, Majestad.

-¿Y nadie conoce más que a Marchiali?

-Seguramente.

-Pues bien, no cambiés nada en la situación. Dejad al loco pudrirse en un calabozo de la Bastilla, y los señores de Herblay y Du-Vallon no tendrán necesidad de mi gracia. Su nuevo rey les absolverá.

-Vuestra Majestad me agravia, y hace mal -replicó Fouquet secamente-. No soy yo tan niño, ni el señor de Herblay tan inepto, que hayamos olvidado todas estas reflexiones, y si yo hubiese querido hacer un nuevo rey, como decís, no habría tenido necesidad de venir a forzar las puertas de la Bastilla para sacaros de ella. Esto cae de su peso. Vuestra Majestad tiene turbado el ánimo por la ira. De otro modo, no agravaría sin motivo a aquel de sus servidores que le ha hecho el servicio más importante. Luis conoció que había ido demasiado lejos; que las puertas de la Bastilla se hallaban cerradas para él, al paso que se abrían poco a poco las esclusas tras de las cuales el generoso Fouquet contenía su cólera.

-¡No he dicho eso para humillaros! ¡No lo quiera Dios! -replicó-. Pero veo que os dirigís a mí para solicitarme una gracia, y yo os respondo, según mi conciencia. Ahora bien, los culpables de que hablo, no son, según mi conciencia, dignos de gracia de perdón. Fouquet nada replicó.

-Lo que yo hago -añadió el rey-, es generoso como lo que habéis hecho vos, porque me hallo en vuestro poder. Hasta diré que es más generoso, en atención a que me colocáis frente a condiciones de que puede depender mi libertad, mi vida, y que rehusar es hacer el sacrificio de ellas.

-Hice mal, en efecto -respondió Fouquet-. Sí, tenía el aire de arrancar una gracia; me arrepiento, y pido perdón a Vuestra Majestad.

-Estáis perdonado, mi querido señor Fouquet -replicó el rey con una sonrisa que acabó de llevar la serenidad a su rostro, alterado, desde la víspera, por tantos acontecimientos.

-Yo tengo mi perdón -replicó obstinadamente el ministro-, pero ¿y los señores de Herblay y Du Vallon?

-Nunca obtendrán el suyo, mientras yo viva -replicó inflexible el rey-.

-Hacedme el favor de no hablarme más de eso.

-Vuestra Majestad será obedecido.

-¿Y no me conservaréis rencor ninguno?

-¡Oh! No, Majestad; había previsto el caso.

-¿Habíais previsto que rehusaría el perdón de esos señores?

-Sin duda, y por eso tenía tomadas mis disposiciones.

-¿Qué queréis decir? -dijo sorprendido el rey.

-El señor de Herblay venía, por así decirlo, a entregarse en mis manos. El señor de Herblay me dejaba la dicha de salvar a mi rey y a mi país. No podía condenar a muerte al señor Herblay. Tampoco podía exponerle al furor, muy legítimo de Vuestra Majestad. Hubiera sido como matarle yo mismo.

-¿Y qué habéis hecho?

-Dar al señor de Herblay mis mejores caballos y cuatro horas de ventaja sobre todos los que Vuestra Majestad pueda enviar en su seguimiento.

-¡Enhorabuena! -murmuró el rey-. Mas el mundo es bastante grande para que mis corredores ganen sobre vuestros caballos las cuatro horas de ventaja que habéis dado al señor de Herblay.

-Al darle esas cuatro horas, sabía que le daba la vida. La conservará.

-¿Y cómo?

-Después de correr con la anticipación siempre de cuatro horas sobre vuestros mosqueteros, llegará a mi palacio de Belle-Isle, donde le he dado asilo.

-¡Enhorabuena! Olvidáis que me habéis dado Belle-Isle.

-No para prender a mis amigos.

-¿Me la volvéis a quitar, entonces?

-Para eso, sí, Majestad.

-Mis mosqueteros la tomarán.

-Ni vuestros mosqueteros, ni aun vuestro ejército, Majestad -dijo fríamente Fouquet-. Belle-Isle es inexpugnable.

El rey se puso lívido, y brotó de sus ojos un relámpago. Fouquet se sintió perdido; pero no era de los que retroceden ante la voz del honor. Sostuvo la mirada iracunda del rey. Este devoró su cólera, y, después de un silencio:

-¿Vamos a Vaux? -dijo.

-A las órdenes de Vuestra Majestad -contestó Fouquet inclinándose profundamente-; pero creo que Vuestra Majestad debe mudar de traje antes de presentarse en la Corte.

-Pasaremos por el Louvre -dijo el rey-. Vamos.

Y salieron por delante de Baisemeaux, asustado, que vio salir nuevamente a Marchiali, y se arrancó los escasos cabellos que le quedaban.

Verdad es que Fouquet dio resguardo del preso, y que el rey escribió debajo: Visto y aprobado: Luis; locura que Baisemeaux, incapaz de asociar dos ideas, acogió con un heroico puñetazo que se dio en las mandíbulas.

XCV II
EL FALSO REY

Mientras tanto el rey usurpador continuaba haciendo su papel en Vaux.

Felipe dio orden a primera hora que fuesen introducidos los magnates, ya dispuestos para presentarse al rey. Decidióse a dar esta orden, a pesar de la ausencia del señor de Herblay, que no venía, y nuestros lectores saben por qué razón. Mas creyendo el príncipe que esa ausencia no podía prolongarse, quería, como todos los espíritus temerarios, ensayar su valor y su suerte, lejos de toda protección y consejo. Otra razón le movía a ello. Ana dé Austria iba a comparecer; la madre culpable iba a hallarse en presencia de su hijo sacrificado. Felipe no quería, si llegaba a tener una debilidad, hacer testigo de ella al hombre con quien se vería obligado a desplegar en lo sucesivo tanta energía.

Felipe abrió las dos hojas de la puerta, y entraron muchas personas en el mayor silencio. Felipe no se movió, mientras sus ayudas de cámara le vestían. El día anterior había observado y estudiado los hábitos de su hermano. Hizo el rey, de modo que a nadie dio que sospechar.

Recibió, pues, a los que fueron a visitarle vestido en traje de caza. Su memoria y las notas de Aramis, Anunciáronle en primer lugar a Ana de Austria, a quien daba Monsieur la mano, después a Madame, con el señor de Saint-Aignan.

Sonrió al ver aquellos rostros, y se estremeció al reconocer a su madre.

Aquella figura noble e impotente, ajada por el dolor, abogó en su corazón en favor de aquella famosa reina que había inmolado un hijo a la razón de Estado. Encontró bella a su madre. Sabía que Luis XIV la amaba, se prometió amarla también, y no ser para su vejez un castigo cruel.

Miró a su hermano con ternura fácil de comprender. Este no le había usurpado nada. Rama separada, dejaba subir el tallo, sin cuidarse de la elevación ni de la majestad de su vida. Felipe formó el firme propósito de ser buen hermano para aquél príncipe, a quien bastaba el oro que proporciona los deleites.

Saludó con aire afectuoso a Sanit-Agnan, que se deshacía en sonrisas y reverencias, y tendió temblando la mano a Enriqueta, su cuñada, cuya hermosura le llamó la atención. Pero observó en los ojos de aquella princesa un resto de frialdad, que le complació para la facilidad de sus futuras relaciones.

-"¡Cuánto más fácil me será -pensó- ser hermano de esa mujer que su galán, si me muestra una frialdad que mi hermano no podía tener hacia ella, y que el deber me la impone a mí!".

La única visita que temía en aquel instante era la de la reina; su corazón y su ánimo acababan de ser quebrantados por una prueba tan violenta, que, a pesar de su sólido temple, tal vez no podría soportar un nuevo choque. Felizmente, la reina no vino.

Entonces, Ana de Austria empezó una disertación política sobre la acogida que el señor Fouquet había hecho a la casa de Francia, y mezcló sus hostilidades con cumplimientos dirigidos al rey, con preguntas acerca de su salud, y con adulaciones de madre y astucias diplomáticas.

-Qué, hijo mío -dijo-, ¿os habéis reconciliado con el señor Fouquet?

-Saint-Aignan -dijo Felipe-, tened a bien ir por noticias de la reina.

Al oír tales palabras, las primeras que Felipe había pronunciado en voz alta, la leve diferencia que había entre su voz y la de Luis XIV causó

cierta sensación en los oídos maternos; Ana de Austria miró fijamente a su hijo.

Saint-Aignan salió. Felipe continuó:

-Señora, no me agrada que me hablen mal del señor Fouquet, ya lo sabéis; y vos misma me habéis hablado de él favorablemente.

-Así es; por eso no hago más que preguntaros acerca del estado de vuestros sentimientos con respecto a él.

-Majestad -dijo Enriqueta-, por mi parte, siempre he querido al señor Fouquet. Es hombre de buen gusto, un caballero muy fino.

-Un superintendente que nunca regatea -repuso Monsieur-, y que paga en oro todos los bonos que tengo contra él.

-Eso es mirar cada cual por sí -dijo la anciana reina-. Nadie se preocupa del Estado: es un hecho que el señor Fouquet arruina al Estado.

-Vamos, madre mía -replicó Felipe con acento más bajo-, ¿os constituís vos también en escudo del señor Colbert?

-¿Por qué decís eso? -dijo sorprendida la reina.

-Porque, en verdad -replicó Felipe-, os oigo hablar como podría hacerlo vuestra antigua amiga la señora de Chevreuse.

Al oír este nombre, Ana de Austria palideció y se mordió los labios. Felipe había irritado a la leona.

-¿A qué viene hablarme ahora de la señora de Chevreuse? -exclamó-. ¿Qué mal humor tenéis hoy contra mí?

Felipe continuó:

-¿No está ocupada siempre la señora de Chevreuse en algún enredo contra alguien? ¿No siempre ha ido a veros la señora de Chevreuse, madre mía?

-Señor, me habláis de un modo -repuso la anciana reina-, que me parece estar observando al rey vuestro padre.

-Mi padre no quería a la señora de Chevreuse, y tenía razón -dijo el príncipe-. Yo tampoco la quiero, y se le ocurre venir, como ha venido otras veces, a sembrar odios y discordias, a pretexto de mendigar dinero...

-¿Qué? -interrumpió con orgullo Ana de Austria, provocando ella misma la tempestad.

-¡Qué!... -repitió con resolución el joven-. Expulsaré del reino a la señora de Chevreuse, y, con ella, a todos los fabricantes de secretos y misterios.

Felipe no había calculado el efecto de aquella terrible expresión, o quizá quiso juzgarlo como aquellos que, sufriendo un dolor crónico y queriendo romper lo monotonía de su padecimiento, se aprietan la llaga a fin de sentir un dolor agudo.

Ana de Austria estuvo a punto de desmayarse; sus ojos abiertos, pero atónitos, cesaron de ver durante un momento; tendió los brazos a su otro hijo, que la abrazó inmediatamente sin vacilar y sin temor de irritar al rey.

-Hijo -murmuró Ana de Austria-, cruelmente tratáis a vuestra madre.

-¿En qué, señora? -replicó Felipe-. Hablo sólo de la señora de Chevreuse, y no creo que mi madre prefiera a ella a la seguridad de mi Estado y a la mía propia. Os digo que la duquesa ha venido a Francia para buscar dinero, y que se ha dirigido al señor Fouquet para venderle cierto secreto...

-¿Cierto secreto-? murmuró Ana de Austria.

-Relativo a supuestos robos atribuidos al superintendente; lo cual es falso -añadió Felipe-. El señor Fouquet la hizo arrojar con indignación, prefiriendo el afecto de Su Majestad, a toda complicidad con intrigantes. Entonces la señora Chevreuse vendió el secreto al señor Colbert, y, como es mujer insaciable, a quien no le basta haber arrancado cien mil escudos a ese escribiente, ha tratado de ver si en regiones más altas encontraba manantiales mas profundos ... ¿Es cierto, señora?

-Todo la sabéis -dijo la reina, más inquieta que irritada.

-Ahora bien -continuó Felipe-, creo que estoy en mi derecho oponiéndome a esa furia que viene a mi Corte a tramar la deshonra de unos y la ruina de otros. Si Dios ha permitido que se cometan ciertos crímenes, y los ha ocultado en la obscuridad de su clemencia, no admito que la señora de Chevreuse tenga el poder de tomar los designios divinos.

Esta última parte del discurso de Felipe había agitado de tal modo a la reina madre, que su hijo no pudo menos que tenerle compasión. Le cogió la mano y se la besó con ternura; pero Ana de Austria no advirtió que en aquel beso, dado a pesar de las repugnancias y rencores del corazón, había un perdón de ocho años de horribles sufrimientos.

Felipe dejo un momento de silencio a fin de que se aplacasen las emociones que acababan de sucitarse. En seguida, con cierta especie de alegría:

-Todavía no nos iremos hoy -dijo-; tengo un proyecto.

Y volviéndose hacia la puerta, esperaba ver entrar a Aramis, cuya tardanza empezaba a pesarle.

La reina madre quiso despedirse.

-Quedaos, madre mía -dijo-; quiero reconciliaros con el señor Fouquet.

-Si no quiero mal al señor Fouquet; lo único que temo son sus prodigalidades.

-Pondremos orden en ello; y no tomaremos del superintendente más que sus buenas cualidades.

-¿A quién busca Vuestra Majestad? -preguntó Enriqueta, viendo al rey mirar hacia la puerta, y deseando asestarle un dardo al corazón, pues suponía que esperaba a La Valliére o una carta suya. .

-Hermana mía -dijo el joven adivinándole el pensamiento, gracias a aquella maravillosa perspicacia que la fortuna iba a permitirle desplegar en lo sucesivo-, espero un hombre muy distinguido, a un consejero de los más diestros, que quiero presentar a todos, recomendándole a vuestro cariño... ¡Ah, entrad, señor de Artagnan!

Artagnan apareció.

-¿Qué manda Vuestra Majestad? Decid, ¿dónde está vuestro amigo, el señor de Vannes?

-Majestad. .

-Le espero y no le veo llegar. Que le busquen

Artagnan quedó un instante estupefacto; pero, reflexionando que Aramis había abandonado a Vaux secretamente con una misión del rey, infirió que éste deseaba guardar el secreto.

-Majestad -replicó-, ¿queréis absolutamente que os traiga al señor de Herblay?

-Tanto como absolutamente, no -dijo Felipe-; no es tan grande la necesidad, pero si le hallasen. . . "Adiviné, se dijo Artagnan.

-¿Ese señor de Herblay -dijo Ana de Austria- es el obispo de Vannes?

-Sí, señora.

-¿Un amigo del señor Fouquet?

-Sí, señora; un antiguo mosquetero.

Ana de Austria ruborizóse.

-Uno de los cuatro valientes que hicieron en otro tiempo tantas maravillas.

La vieja reina se arrepintió de haber querido zaherir, y cambió de conversación para conservar la dignidad. -

-Cualquiera que sea vuestra elección -dijo-, la tengo por excelente.

-Todos se inclinaron.

-Veréis -prosiguió Felipe- la profundidad del señor de Richelieu, sin la avaricia del señor Mazarino.

-¿Un primer ministro? -dijo asustado Monsieur.

-Ya os hablaré más extensamente, hermano mío, ¡pero es extraño que no se halle el señor de Herblay!

Y llamó.

-Que avisen al señor Fouquet -ordenó-, que tengo que hablarle... ¡Oh! en vuestra presencia, en vuestra presencia; no os retiréis.

Saint-Aignan volvió, trayendo noticias satisfactorias de la reina, que guardaba cama sólo por precaución, y para tener la fuerza suficiente de seguir todos los deseos del rey.

Mientras buscaban por todas partes al señor Fouquet y a Aramis, el nuevo rey continuaba apaciblemente sus pruebas, y todo el mundo, familia, empleados y sirvientes, reconocían al rey en su aire, en su voz y en sus hábitos.

Por su parte, Felipe, confrontando con todos los rostros las notas y retratos que su cómplice Aramis le había proporcionado con exactitud, se conducía de modo que no llegó a excitar siquiera una sospecha en el ánimo de los que le rodeaban.

Nada, por lo demás, podía impacientar al usurpador. ¡Con qué facilidad acababa de echar abajo la Providencia la más alta fortuna del mundo, para substituirla con la más humilde!

Felipe admiraba la bondad con que Dios le favorecía, y la secundaba con todos los recursos de su admirable naturaleza. Pero a veces sentía deslizarse como una sombra entre los rayos de su nueva gloria, Aramis no aparecía.

La conversación había languidecido en la familia real; Felipe, preocupado, olvidaba despedirse de su hermano y de madame Enriqueta. Estos se admiraban y perdían poco a poco la paciencia. Ana de Austria se inclinó hacia su hijo, y le dirigió alguna palabras en español.

Felipe ignoraba absolutamente este idioma, y palideció ante aquel obstáculo inesperado. Pero, como si el espíritu del imperturbable Aramis le hubiese cubierto con su infalibilidad, se levantó en vez de desconcertarse.

-Veamos -le dijo Ana de Austria-, respondedme.

-¿Qué ruido es ése? -dijo Felipe volviéndose hacia la puerta de la escalera secreta.

Y al propio tiempo se oía una voz que gritaba:

-¡Por aquí, por aquí! ¡Unos cuantos escalones, Majestad! -¡La voz del señor Fouquet! -dijo el capitán, situado cerca de la reina madre.

-No estará lejos -el señor de Herblay -añadió Felipe.

Mas entonces vio lo que estaba muy lejos de creer que estuviese tan próximo.

Todas las miradas volviéronse hacia la puerta, por la cual iba a entrar el señor Fouquet; mas no fue éste quien entró.

Un grito terrible partió de todos los puntos de la estancia, grito doloroso lanzado por el rey y los circunstantes.

No es dado a los hombres, aun a aquellos cuyo destino encierra más elementos extraños y accidentes maravillosos, contemplar un espectáculo semejante al que presentaba la cámara real en aquel instante.

Los postigos, medio cerrados, sólo dejaban penetrar una luz incierta, tamizada por grandes cortinas de terciopelo forradas de seda.

En aquella suave penumbra habíanse dilatado poco a poco las pupilas, y cada cual veía a los demás, más bien con la confianza que con la vista. En tales circunstancias, no obstante, se llega a no perder pormenor alguno de cuantos abrazan la escena, y el nuevo objeto que se presenta, aparece luminoso como si estuviera alumbrado por el sol.

Esto es lo que sucedió respecto a Luis XIV, cuando apareció pálido y con el ceño fruncido bajo el dintel de la escalera secreta.

Fouquet mostró detrás del rey su rostro cubierto de severidad y de tristeza.

La reina madre, que vio a Luis XIV, y que tenía asida la mano de Felipe, lanzó el grito de que hemos hablado, como lo hubiera hecho al ver un fantasma.

Monsieur tuvo un amago de desvanecimiento y volvió la cabeza, de aquel de los dos reyes que veía enfrente, hacia el otro que tenía al lado.

Madame dio un paso adelante, creyendo ver reflejarse. en un espejo a su cuñado.

Y, de hecho, la ilusión era posible.

Los dos príncipes, descompuestos, pues renunciamos a pintar el terrible sobrecogimiento de Felipe, y temblorosos los dos, crispando el uno y el otro una mano convulsiva, se contemplaban de reojo y se clavaban mutuamente las miradas como puñales en el alma. Mudos, jadeantes, encorvados, parecían dispuestos a arrojarse sobre un enemigo.

Aquel parecido increíble del rostro, del gesto, de la estatura, todo, hasta una semejanza de traje, preparada por la casualidad, porque Luis XIV se había puesto en el Louvre un vestido de terciopelo morado, aquella perfecta analogía de los dos príncipes acabó de trastornar el corazón de Ana de Austria.

Pero aún no adivinaba la verdad. Hay desgracias que nadie quiere aceptar en la vida. Se prefiere creer en lo sobrenatural, en lo imposible. Luis no había previsto estos obstáculos. Esperaba, sólo con entrar, ser reconocido. Sol viviente, no sufría la sospecha de una comparación con

nadie. No admitía que brillase una luz desde el instante en que él ostentase su rayo vencedor.

Así que, al aspecto de Felipe, quedó mas aterrorizado quizá que ningún otro de cuantos allí había, y su silencio, su inmovilidad, fueron el preludio del recogimiento y de la calma que precede a las violentas explosiones de la cólera.

Pero, ¿quién podría bosquejar el aturdimiento de Fouquet y su estupor en presencia de aquel vivo retrato de su señor? Creyó, desde luego, que Aramis tenía razón, que el recién llegado era un rey tan puro de raza como el otro, y que para haberse negado a toda participación al golpe de Estado, tan hábilmente dado por el general de los jesuitas, era necesario ser un loco entusiasta, indigno de intervenir en el más leve asunto político.

Por otra parte, era la sangre de Luis XIII, sacrificada por Fouquet a la sangre de Luis XIV, una noble ambición sacrificada a una ambición egoísta; el derecho de adquirir sacrificado al derecho de conservar.

Toda la extensión de su falta le fue revelada a la sola vista del pretendiente.

Lo que pasó en su ánimo fue perdido para los demás espectadores.

Tuvo cinco minutos para concentrar sus meditaciones sobre aquel caso de conciencia; cinco minutos, es decir, cinco siglos, durante los cuales los dos reyes y su familia apenas pudieron respirar después de tan terrible sacudida.

Artagnan, arrimado a la pared, enfrente de Fouquet, con la mano sobre los ojos y la mirada fija, se .preguntaba la razón de tan maravilloso prodigio. No hubiera podido decir desde luego por qué dudaba; mas sabía con seguridad que había hecho bien en dudar, y que en aquel encuentro de los dos Luis XIV, estribaba toda la dificultad que durante los últimos días hizo aparecer la conducta de Aramis, tan sospechosa para el mosquetero.

Estas ideas, sin embargo, se le presentaban envueltas bajo un espeso velo. Los actores de aquella escena parecían nadar en los vapores de un pesado sueco.

De pronto, Luis XIV, más impaciente y más acostumbrado a mandar, corrió uno de los postigos y lo abrió rasgando las cortinas. Una ola de viva luz entró en la cámara e hizo retroceder a Felipe hasta la alcoba.

Luis aprovechóse, con ardor de aquel momento, y, dirigiéndose a la reina:

-Madre mía -dijo-, ¿no reconocéis a vuestro hijo, ya que todos los aquí presentes desconocen a su rey?

Ana de Austria tembló y levantó los brazos al cielo sin poder articular una palabra.

-Madre mía -repitió Felipe con voz tranquila-, ¿no reconocéis a vuestro hijo?

Y, aquella vez, le tocó a Luis retroceder.

Respecto a Ana de Austria, perdió el equilibrio, herido en la mente y en el corazón por el remordimiento, mas como todos estaban petrificados, nadie la sostuvo, y cayó en el sillón exhalando un débil suspiro.

Luis no pudo soportar aquel espectáculo y aquella afrenta. Saltó hacia Artagnan, a quien un vértigo comenzaba a trastornar, y que vacilaba rozando a la puerta, su punto de apoyo.

-¡A mí, mosquetero! -gritó-. Miradnos a la cara, y ved cuál de los dos está más pálido. Estas palabras despertaron al capitán y removieron en su corazón la fibra de la obediencia. Sacudió la cabeza, y sin dudar ya, se acercó a Felipe, sobre suyo hombro puso la mano diciendo:

-¡Señor, sois mi prisionero! Felipe no levantó los ojos al cielo, no se movió del lugar en que parecía clavado, con la mirada fija en el rey, su hermano. Le reprochaba, en un sublime silencio, todas las desgracias pasadas, todos sus padecimientos futuros. Contra aquel lenguaje del alma, el rey no tuvo fuerzas; bajó la vista, y arrastró precipitadamente a su hermano y a su bella cuñada, olvidando a su madre tendida sin movimiento a tres pasos del hijo que dejaba condenar por segunda vez a la muerte.

Felipe se acercó a Ana de Austria, y le dijo con voz suave y noblemente conmovida:

-Si no fuera hijo vuestro, os maldeciría, madre mía, por haberme hecho tan desgraciado.

Artagnan sintió correr un calofrío por la médula de sus huesos, saludó respetuosamente al joven príncipe, y le dijo medio inclinado:

-Perdonad, monseñor; yo no soy más que un soldado, y mis juramentos pertenecen al que acaba de salir de esta cámara.

-Gracias, señor de Artagnan; más, ¿qué se ha hecho del señor de Herblay?

-El señor de Herblay está en seguridad, monseñor -dijo una voz detrás de ellos-, y nadie, mientras yo viva y sea libre, se atreverá a tocar un solo cabello de su cabeza.

-¡El señor Fouquet -dijo el príncipe sonriendo tristemente.

-Perdonad, monseñor -dijo Fouquet hincándose de rodillas-, pero el que acaba de salir de aquí era mi huésped.

-He aquí -murmuró Felipe con un suspiro- amigos leales y buenos corazones. Ellos son los que me hacen echar de menos el mundo. Salid, señor de Artagnan; os sigo.

Cuando se ponía en marcha el capitán, se presentó Colbert, le entregó una orden del rey, y se retiró.

Artagnan la leyó y estrujó el papel con rabia.

-¿Qué hay? -preguntó el príncipe.

-Leed, monseñor -dijo el mosquetero.

Felipe leyó estas palabras, escritas apresuradamente por Luis XIV. "El señor de Artagnan llevará el preso a las islas de Santa Margarita, y le cubrirá el rostro con una visera de hierro, que el preso no podrá levantar bajo pena de la vida".

-Es justo -exclamó Felipe con resignación-. Estoy dispuesto. -Aramis tenía razón -dijo Fouquet en voz baja al mosquetero-; éste es rey tanto como el otro.

-¡Más! -replicó Artagnan-, sólo le faltamos, vos y yo.

XCVIII
DONDE PORTHOS CREE CORRER TRAS UN DUCADO

Aprovechando Aramis y Porthos el tiempo que les concediera Fouquet, hacían honor con su rapidez a la caballería francesa.

Porthos no acertaba a comprender del todo para qué especie de misión se le obligaba a desplegar una velocidad tan grande; pero, como veía que Aramis espoleaba sin descanso, Porthos espoleaba con furor.

Pronto pusieron así doce leguas entre ellos y Vaux, corridas las cuales, fue necesario mudar caballos y organizar una especie de servicio de posta. Durante un relevo, se aventuró a interrogar discretamente a Aramis.

-¡Silencio! -replicó éste-; básteos saber que nuestra suerte depende de nuestra rapidez.

Como si Porthos fuese aún el mosquetero sin blanca de 1626, espoleó con ahínco.

-Me harán duque -dijo en voz alta.

-Quizá -replicó sonriéndose a su manera Aramis, adelantado por el caballo de Porthos.

No obstante, la cabeza de Aramis ardía; la actividad del cuerpo no había logrado aún dominar la del espíritu. Todo cuanto puede presumirse de cóleras rugientes dolores agudos y amenazas mortales, se retorcía, mordía y gruñía en el ánimo del prelado vencido.

Su fisonomía presentaba las huellas bien visibles de aquel rudo combate. Libre en el camino real, de abandonarse al menos a las impresiones del momento, Aramis no se privaba de blasfemar a cada bote del caballo, a cada desigualdad del terreno. Pálido, lleno a veces de sudores ardientes, seco y helado otras, azotaba los caballos y les ensangrentaba los flancos.

Porthos, cuyo defecto principal no era la sensibilidad, no hacía más que lamentarse. Corrieron así durante ocho horas largas y, llegaron a Orleáns.

Eran las cuatro de la tarde. Aramis, consultando sus recuerdos, pensó que nada demostraba la posible persecución.

Habría sido inaudito que una tropa capaz de coger a Porthos y a él tuviese dispuestos los relevos suficientes para correr cuarenta leguas en ocho horas. Por tanto, aun admitida la persecución, que no era manifiesta, los fugitivos tenían cinco horas de ventaja sobre los perseguidores.

Aramis pensó que no sería imprudencia el descansar, pero que el proseguir sería decisivo. En efecto, veinte leguas más, hechas con aquella rapidez, veinte leguas devoradas, y nadie, ni el propio Artagnan podría alcanzar a los enemigos del rey.

Aramis dio, pues, a Porthos la pesadumbre de volver a montar a caballo. Corrieron hasta las siete de la tarde; no les faltaba más que una posta para llegar a Blois.

Allí, un contratiempo diabólico vino a alarmar a Aramis. Faltaban caballos de posta.

El prelado se preguntaba por qué maquinación infernal habían logrado sus enemigos quitarle los medios de ir más lejos, a él, que no reconocía por dios a la casualidad, a él, que encontraba en todo resultado su causa, prefirió creer que la negativa del maestro de postas, a semejante hora, en semejante país, era la consecuencia de una orden emanada de arriba, orden dada para detener al hacedor de majestades en su fuga.

Pero en el instante en que iba a enfurecerse para obtener, ya una explicación, ya un caballo, le acudió una idea. Recordó que el conde de la Fére vivía en las inmediaciones.

-No voy de viaje -dijo-, y por eso no hago posta entera. Dadme dos caballos para ir a visitar a un señor amigo mío que reside cerca.

-¿Qué señor? -preguntó el maestre de postas.

-El conde de la Fére.

-¡Oh! -exclamó aquel hombre, descubriéndose con respeto- Un digno señor. Pero, por mucho que desee serviros, no puede daros dos caballos; todos los de mi posta están retenidos por cuenta del duque de Beaufort.

-¡Ah! -exclamó Aramis contrariado.

-Lo único que puedo hacer, si gustáis -prosiguió el maestro de postas, es facilitaros un carrito que tengo, el cual haré enganchar un caballo viejo y ciego que no tiene más que piernas, y que os llevará a casa del conde de la Fére.

-Eso vale un luis -dijo Aramis. -No señor; no vale más que un escudo; es lo que me paga Grimaud, el intendente del conde, siempre que se sirve de mi -carrito, y no quisiera que el señor conde pudiera reconvenirme de haber llevado caro a un amigo suyo.

-Sea como gustéis -contestó Aramis-; y, sobre todo, como le plazca al conde de la Fére, a quien por nada de este mundo querría desagradar en lo más mínimo. Tendréis vuestro escudo; pero creo que tengo el derecho de daros un luis por vuestra idea.

-Sin duda -exclamó gozoso el , maestro de postas.

Y enganchó por sí mismo el caballo viejo al carricoche chillón. Mientras esto pasaba, era curioso contemplar a Porthos. Figurábase éste haber descubierto el secreto, y no cabía en sí de satisfacción, primero, porque la visita a Athos le agradaba sobremanera, y luego, porque esperaba encontrar a la vez una buena comida y una buena cama.

Luego que el maestro de postas concluyó de enganchar, llamó a un sirviente para que condujese a los dos caballeros a Le Fére.

Porthos se sentó en el testero con Aramis, y le dijo en voz baja: -Ya comprendo.

-¡Ah, ah! -exclamó Aramis-. ¿Qué comprendéis, querido amigo?

-Vamos, en nombre del rey a hacer alguna buena proposición a Athos.

-¡Psch! -dijo Aramis.

-No me digáis nada -añadió el buen Porthos, procurando equilibrarse muy sólidamente para evitar los vaivenes-, no me digáis, nada, que yo adivinaré.

-Bien, eso es, amigo; mío; adivinad, adivinad.

Hacia las nueve de la noche llegaron a casa de Athos con un claro de luna magnífico.

Aquella admirable claridad regocijaba a Porthos lo que no es decible; pero molestaba a Aramis en igual grado. Y al testimoniarlo así a su compañero, este le contestó:

-¡Ah! Lo adivino: la misión es secreta.

Estas fueron sus últimas palabras en el carruaje.

El conductor interrumpióles con estas otras.

-Señores, hemos llegado. Porthos y su amigo se apearon a la puerta del palacete.

Allí es donde vamos a hallar otra vez a Athos y a Bragelonne, desaparecidos después del descubrimiento de la infidelidad de La' Valliére.

Si hay sentencia verdadera, es la de que los grandes dolores encierran el germen de su consuelo.

En efecto, aquella dolorosa herida, causada a Raúl, le había aproximado más a su padre, y bien sabe Dios si eran dulces los consuelos que fluían de la boca elocuente y del corazón generoso de Athos.

La herida no estaba aún cicatrizada; pero Athos, a fuerza de conversar con su hijo, a fuerza de mezclar algo de su vida a la del joven, acabó por hacerle comprender que aquel dolor de la primera infidelidad era necesario a toda existencia humana, y que nadie ha amado sin conocerlo.

Raúl oía muchas veces, y no comprendía. Nada reemplaza en el corazón fuertemente enamorado el recuerdo y el pensamiento del objeto querido, Raúl respondía entonces a su padre:

-Señor, todo cuanto me decís es cierto; creo que nadie ha sufrido tanto como vos del corazón; pero sois hombre demasiado grande por la inteligencia, harto probado por las desgracias, para no tolerar la debilidad en el soldado que sufre por primera vez. Pago un tributo que no pagaré dos veces; permitidme sumergir en el dolor hasta el punto de que me olvide de mí mismo y ahogue en él mi razón.

-¡Raúl! !Raúl¡

-Escuchad, señor; nunca podré acostumbrarme a la idea de que Luisa, la mujer más cándida y casta de todas, haya podido engañar tan indignamente a un hombre tan honrado y tan amante como yo; jamás podré decidirme a ver aquella fisonomía dulce y bondadosa cambiarse en un rostro hipócrita y lascivo. ¡Luisa perdida! ¡Luisa Infame!... ¡Oh, señor! Eso es mucho más terrible para mí que Raúl abandonado, que Raúl desgraciado.

Entonces usaba Athos el remedio heroico. Defendía a Luisa contra Raúl, y justificaba su perfidia por su amor.

-Una mujer que hubiera cedido al rey por ser el rey -decía-, merecería el dictado de infame; pero Luisa ama a Luis. Jóvenes los dos, han olvidado, él su jerarquía, ella sus juramentos. El amor todo lo absuelve, Raúl. Los dos jóvenes se aman francamente.

Y cuando había asestado aquella puñalada, Athos veía suspirando a Raúl, que se estremecía al dolor de la herida e iba a sepultarse en lo más espeso del bosque, o bien en su cuarto, de donde, una hora después, salía pálido, trémulo, pero amansado. Entonces, acercándose a Athos con una sonrisa, le besaba la mano, como el perro a quien acaban de apalear acaricia a un buen amo para redimir su culpa. Raúl no escachaba más que su debilidad, y no confesaba más que su dolor. Así transcurrieron los días que siguieron a aquella escena en que Athos había agitado tan violentamente el orgullo indomable del rey. Nunca, al hablar con su hijo, hizo la menor alusión a aquella escena; nunca le dio detalles de aquel vigoroso ataque que hubiera quizá consolado al joven mostrándose a su rival rebajado. Athos no quería que el amante ofendido olvidase el respeto debido al rey.

Y cuando Bragelonne, impetuoso, irritado, sombrío, hablaba con desprecio de las palabras reales, de la fe equívoca que algunos locos atribuyen a las personas emanadas del trono; cuando, saltando dos siglos con la rapidez de una ave que atraviesa un estrecho para ir de un mundo al otro, predecía Raúl los tiempos en que los reyes parecerían más pequeños que los hombres. Athos le decía con voz serena y persuasiva:

Tenéis razón, Raúl, todo cuanto decís acontecerá: los reyes perderán su prestigio, como pierden su esplendor las estrellas que han cumplido su tiempo. Pero cuando llegue ese tiempo, Raúl. ya habremos muerto nosotros; y acordaos bien de lo que os digo: en este mundo es preciso que todos, hombres, mujeres y reyes, vivamos el presente; no debemos vivir el futuro sino para Dios.

Tal era la materia de las conversaciones de Athos v Raúl mientras paseaban la larga calle de tilos del parque, cuando sonó súbitamente la campana que servía para anunciar al conde la hora de la comida o alguna visita. Maquinalmente, y sin dar a ello la menor importancia, se volvió con su hijo, y ambos halláronse, al final de la calle, en presencia de Porthos y de Aramis.

XCIX
EL ULTIMO ADIOS

Raúl lanzó un grito de alegría y estrechó tiernamente a Porthos en sus brazos, Aramis y Athos se abrazaron como dos viejos. Hasta aquel abrazo fue una cuestión para Aramis, que, inmediatamente:

-Amigo -dijo-, no venimos para mucho tiempo.

-¡Ah! -exclamó el conde. -El tiempo suficiente -interrumpió Porthos-, para referiros mi ventura.

-¡Ah! -exclamó Raúl.

Athos miró silenciosamente a Aramis, cuyo aire sombrío le había parecido ya poco en armonía con las buenas noticias de que hablaba Porthos.

-¿Cuál es vuestra ventura? Veamos -preguntó Raúl sonriendo.

-El rey me hace duque -dijo con misterio el buen Porthos inclinándose al oído del joven-. ¡Duque con nombramiento!

Pero los apartes de Porthos tenían siempre bastante vigor para ser oído por todo el mundo; sus murmullos estaban al diapasón de un rugido ordinario.

Athos le oyó y lanzó una exclamación que hizo estremecer a Aramis.

Este cogió del brazo a Athos, y después de solicitar permiso de Porthos para hablar aparte unos momentos:

-Querido Athos -dijo el conde-, aquí me tenéis traspasado de dolor.

-¿De dolor? -murmuró el conde-. ¡Ah, querido amigo!

-He aquí, en dos palabras he tramado una conspiración contra el rey; la conspiración se ha frustrado, y a estas horas me estarán buscando seguramente.

-¡Os buscan! ... ¡Una conspiración!... ¿Pero qué decís, querido?

-Una triste verdad. Estoy perdido.

-Pero, Porthos... Ese título de duque... ¿Qué quiere decir todo esto?

-Ahí tenéis lo que me causa el mayor dolor. Confiado yo en un éxito infalible, arrastré a Porthos en mi conjuración. Ha dado a ella, como sabéis que da, todas sus fuerzas, sin saber nada, y hoy se halla tan comprometido conmigo, que está perdido como yo.

-¡Dios mío!

Y Athos se volvió hacia Porthos, que sonrió afablemente.

-Es necesario que lo comprendáis todo: escuchadme -continuó Aramis.

Y Refirió la historia que ya conocemos.

Athos sintió varias veces durante la narración que su frente se humedecía de sudor

-Es una gran idea -dijo-; pero también un gran delito.

-Del que estoy castigado, Athos. -También os diré todo mi pensamiento.

-Decid.

-Es un crimen.

-Capital. lo sé. ¿Lesa majestad! -¡Porthos! ¡Pobre Porthos!

-¡Qué hemos de hacer! Ya os he manifestado que era de un éxito seguro.

-El señor Fouquet es un hombre honrado.

-Y yo un estúpido, por haberle juzgado tan mal -repuso Aramis-. ¡Oh sabiduría de los hombres! ¡Oh piedra inmensa que muele un mundo, y que el mejor día se encuentra detenida por el grano de arena que cae, sin saber cómo, entre sus rodajes!

-Decid por un diamante, Aramis. En fin, el mal está hecho. ¿Qué pensáis hacer?

-Me lo llevo a Porthos. Jamás querrá creer el rey que este digno caballero haya obrado inocentemente, jamás querrá creer que Por Athos ha estado en la persuación de que servía al rey obrando como lo ha hecho. Su cabeza pagará mi culpa. Y yo no lo quiero.

-Primero, a Belle-Isle. Es un refugio inexpugnable. Después tengo el mar y un barco para pasar a Inglaterra, donde tengo muchas relaciones...

-¿Vos en Inglaterra?

-Sí. O a España, donde tengo más aún...

-Pero, desterrado. Porthos quedará arruinado, porque el rey le confiscará sus bienes.

-Todo está previsto. Yo sabré una vez en España, reconciliarme con Luis XIV, y hacer que Porthos vuelva a su gracia.

-Tenéis crédito, por lo visto -dijo Athos con su natural discreción.

-Mucho, y al servicio de mis amigos, amigo Athos.

Estas palabras fueron acompañadas de un cordial apretón de manos.

-Gracias -replicó el conde. -Y ya que de esto hablamos -dijo Aramis-, vos también debéis estar descontento; tanto vos como Raúl tenéis motivos de queja contra el rey. Seguid nuestro ejemplo. Venid a Belle-Isle. Luego, ya veremos. Os aseguro por mi honor que dentro de un mes habrá estallado la guerra entre Francia y España, con motivo de ese hijo de Luis XIII, que es también príncipe, y a quien Francia detiene inhumanamente. Ahora bien, como Luis XIV rehuirá una guerra por ese motivo, os garantizo una transac-

ción, cuyo resultado dará la grandeza a Porthos y a mí, y un ducado de Francia a vos, que sois ya grande de España. ¿Aceptáis?

-No; prefiero tener algo que reprochar al rey; es orgullo natural a mi estirpe poder presentar un título de superioridad sobre la carta real. Haciendo lo que me proponéis, quedaría obligado al rey; ganaría algo en esta tierra, y perdería en mi conciencia. Gracias. -Entonces, dadme dos cosas, Athos: vuestra absolución ...

-Os la doy, si habéis querido realmente vengar al débil y al oprimido contra el opresor.

-Eso me basta -replicó Aramis con un rubor que se perdió en la obscuridad de la noche-. Y ahora, dadme vuestros dos mejores caballos para llegar a la segunda posta, pues me los han rehusado so pretexto de un viaje que hace el señor Beaufort por estos parajes.

-Tendréis mis dos mejores caballos, Aramis, y os recomiendo a Porthos.

-¡Oh! ¡No tengáis cuidado! ... Una pregunta: ¿creéis que lo que hago con él sea lo más conveniente?

-Hecho ya el mal, sí; porque el rey no le perdonaría, y luego tenéis siempre un apoyo en el señor Fouquet, que no os abandonará seguramente hallándose también por su parte muy comprometido, no obstante su acción heroica.

-Tenéis razón. Por eso, en vez de ganar desde luego el mar, cosa que revelaría mi miedo y me haría aparecer culpable, he preferido quedarme en suelo francés. Pero Belle-Isle será para mí el suelo que yo quiera: inglés, español, o romano, conforme a la bandera que me convenga enarbolar.

-Pues, ¿cómo es eso?

-Yo he sido quien ha fortificado a Belle-Isle, y nadie podrá tomarla defendiéndola yo. Y además, como acabáis de decir, tengo ahí al señor de Fouquet, sin cuya firma nadie atacará a Belle-Isle.

-Así lo creo. No obstante, caminad con cautela- El rey es astuto y poderoso.

Aramis sonrió.

-Os recomiendo a Porthos -repitió el conde con una especie de fría insistencia.

Lo que sea de mí, conde -replicó Aramis en el mismo tono-, será también de nuestro hermano Porthos.

Athos inclinóse estrechando la mano de Aramis, y fue a abrazar a Porthos con efusión.

-He nacido para ser feliz, ¿no es verdad? -murmuró éste con rostro radiante de júbilo y embozándose en su capa.

-Venid, queridísimo -dijo Aramis.

Raúl se había adelantado para dar órdenes y hacer ensillar los dos caballos.

Hallábase ya el grupo dividido. Athos veía ya a sus dos amigos a punto de partir, cuando algo como una niebla le pasó por delante de los ojos y gravitó sobre su corazón.

"¡Es extraño! -pensó-. ¿De qué provendrá este deseo que siento de abrazar a Porthos otra vez?"

Justamente, Porthos se había vuelto, y venía hacia su viejo amigo con los brazos abiertos.

Este último abrazo fue tierno como en la juventud, como en el tiempo en que el corazón estaba en su vigor y era feliz la vida.

En seguida montó Porthos a caballo. Aramis echó también sus brazos al cuello de Athos.

Este los vio por el camino real alejarse en la sombra con sus capas blancas. Semejantes a dos fantasmas, iban creciendo a medida que estaban más distantes, y no llegaron a perderse ni en la bruma ni en las Pendientes del terreno: al final de la perspectiva, ambos parecieron dar un salto que les hizo desaparecer evaporados en las nubes.

Entonces Athos, con el corazón apretado, volvió a casa, diciendo a Bragelonne:

-Raúl, ignoro por qué se me figura que he visto a esos dos hombres por última vez.

-No me extraña, señor, que os haya asaltado esa idea -contestó el joven-, porque yo la tengo en este momento, y se me figura también que no veré más al señor Du-Vallon ni al señor de Herblay.

-¡Oh! -repuso el conde-. Vos habláis como hombre apesadumbrado por otra causa; vos todo lo veis negro; pero sois joven, y si os sucede que no volváis a ver a esos viejos amigos, será porque no pertenecerán ya al mundo; donde todavía os quedan muchos años que pasar. Pero, yo...

Raúl meneó dulcemente la cabeza, apoyándola en el hombro del conde, sin gire ni el uno ni el otro pudiera encontrar una palabra más en su corazón oprimido.

De repente, llamó su atención un ruido de voces y caballos al extremo del camino de Blois.

Algunos porta-hachones a caballo sacudían alegremente sus antorchas sobre los árboles del camino, y se volvían de vez en cuando para no separarse demasiado de los jinetes que venían detrás.

Aquellas llamas, aquel estrépito, aquel polvo levantado por una docena de caballos ricamente enjaezados, formaban un extraño contraste en medio de la noche, con la desaparición lúgubre de las dos sombras de Porthos y Aramis.

Athos entró en su casa.

Mas no bien había atravesado el parterre, pareció inflamarse la verja; todas aquellas antorchas se detuvieron e inundaron de luz el camino. Un grito resonó:

-¡El señor duque de Beaufort! Athos se lanzó hacia la puerta de su casa.

Ya el duque se había apeado del caballo, y buscaba con la vista en torno suyo.

-Aquí estoy, monseñor -dijo Athos.

-¡Eh! Buenas noches, querido conde -replicó el príncipe con aquella franca cordialidad que le granjeaba todos los corazones-. ¿Es muy tarde para un amigo?

-¡Ah, príncipe! Entrad –dijo el conde.

Y tomando Beaufort el brazo de Athos, entraron ambos en la casa, seguidos de Raúl, que marchaba modesta y respetuosamente entre los oficiales del príncipe, muchos de los cuales eran amigos suyos.

C
EL SEÑOR DE BEAUFORT

El príncipe volvióse en el momento en que Raúl, para dejarlo solo con Athos, cerraba la puerta y se disponía a pasar con los oficiales a una sala inmediata.

-¿Es ese el joven de quien tantos elogios me ha hecho el príncipe de Condé? preguntó Beaufort. -Es él, sí, monseñor.

-¡Ese es un soldado! No está aquí de más; haced que se quede conde.

-Quedaos, Raúl, ya que monseñor lo permite -dijo Athos.

-¡Es todo un buen mozo, a fe mía! -dijo el duque-. ¿Me lo daréis si os lo pido?

-¿Cómo va eso, monseñor? -preguntó Athos.

-Sí, vengo a despedirme.

-¿A despediros, monseñor?

-Sí, por cierto. ¿No sabéis lo que voy a ser?

-Lo que habéis sido siempre, monseñor: un príncipe valiente y un cumplido caballero.

-Pues voy a ser un príncipe de África, un caballero beduino. El rey me envía a hacer unas conquistas entre los árabes.

-¿Qué decís, monseñor? -Raro, ¿no? Yo, el parisiense por excelencia; yo, que he reinado en los arrabales, donde me llamaban el rey de los mercados, me traslado de la plaza de Maubert a los alminares de Djidgelli, y me convierto de frondista en aventurero.

-¡Oh, monseñor! Si no me lo dijeseis. . .

-No lo creeríais, ¿eh? Pues creedlo y despidámonos. Ved aquí lo que es volver al favor.

-¿Al favor?

-Sí. ¿Sonreís? ¡Ah, querido conde! ¿Sabéis par qué he aceptado? ¿Lo comprendéis bien?

-Porque amáis ante todo la gloria.

-¡Oh! No es cosa muy gloriosa ir a disparar mosquetazos contra esos salvajes. La gloria, no la encuentro yo por ese lado, y es más probable que encuentre otra cosa... Pero he querido y quiero, ¿lo oís, querido conde?, que mi vida tenga esta última faceta después de las raras situaciones porque estoy pasando hace cincuenta años. Porque, al fin, no podréis menos de convenir en que será cosa digna de verse haber nacido hijo de rey, haber hecho la guerra a reyes, haber sido contado entre los poderosos del siglo, haber sabido conservar su jerarquía, de oír a su Enrique IV, ser gran almirante de Francia, e ir a hacerse matar en Djidgelli entra esos turcos, sarracenos y moriscos.

-Monseñor -dijo turbado Athos-, insistís de un modo extraño en esa idea. ¿Cómo habéis de suponer que un destino tan brillante vaya a obscurecerse en tan miserable destierro?

-¿Y creéis, hombre justo y sencillo, que si voy a África por tan ridículo motivo, no trataré de salir de allí sin ridículo? ¿Suponéis que no daré que hablar de mí? ¿Es que para que se hable de mí cuando tengo al príncipe de Condé, al señor Turena, y a otros muchos contemporáneos míos, yo, el almirante de Francia, el nieto de Enrique IV, el rey de París, tengo otra cosa que hacer sino dejarme matar? ¡Cuerpo de Dios! Hablarán de ello, os digo. Me haré matar contra viento y marea. Si no allí, en otra parte.

-Vamos, monseñor -repuso Athos-; eso es una exageración, y jamás la habéis mostrado sino en el valor.

-¡Peste! Querido amigo, sí que se necesita valor para ir en busca del escorbuto, de las disenterías, de las langostas, de las flechas envenenadas, como mi abuelo san Luis. ¿Sabéis que esos tunos usan aún flechas emponzoñadas? Y luego, ya me conocéis; hace tiempo que lo tengo pensado, y cuando quiero una cosa, la quiero de veras.

-Quisisteis salir de Vincennes, monseñor.

-¡Oh! Y vos me ayudasteis, amigo mío; y, a propósito, por más vueltas que doy, no veo a mi viejo amigo el señor Vaugrimaud. ¿Cómo está?

-El señor Vaugrimaud sigue siendo el más respetuoso servidor de Vuestra Alteza -dijo sonriendo Athos.

-Aquí traigo cien doblones para él como legado. Tengo hecho mi testamento, conde.

-¡Ah! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

-Y ya comprenderéis que si se viese a Grimaud en mi testamento... El duque se echó a reír; luego, dirigiéndose a Raúl, que desde el principio de aquella conversación había caído en una profunda abstracción

-Joven -dijo-, me parece que hay aquí cierto vino de Vouvray... Raúl salió al momento para hacer servir al duque. Entretanto el señor de Beaufort cogió la mano de Athos.

-¿Qué pensáis hacer de él? - preguntó.

-Nada, por ahora, monseñor. -¡Ah, sí! Ya sé. Desde la pasión del rey por... La Valliére. -Sí, monseñor.

-¿Conque es cierto todo eso? Creo haber conocido a esa joven, y se me figura que no era hermosa.

-No, monseñor.

-¿Sabéis a quién me recuerda?

-¿Le recuerda alguien a Vuestra Alteza?

-Sí, me recuerda a una joven bastante hermosa, cuya madre vivía en el mercado.

-¡Ah, ah! -dijo sonriendo Athos.

-¡Los buenos tiempos! -añadió el señor de Beaufort-. Sí, La Valliére me recuerda a esa muchacha.

-Que tuvo un hijo, ¿no es cierto?

-Creo que sí -respondió el duque con descuidada sencillez, con un placentero olvido cuyo tono y valor vocal nadie podría traducir-. Conque Raúl es hijo vuestro, ¿no?

-Hijo mío, sí, monseñor.

-¿Se halla en desgracia con el rey y le ponen mala cara?

-Más bien que eso, monseñor, uno se abstiene.

-¿Vais a dejar que se pudra ese mozo? No hay derecho. Dádmelo a mí.

-Quiero conservarlo a mi lado, monseñor. No tengo más que a él en el mundo, y, en tanto que quiera permanecer. . .

-Bien, bien -interrumpió el duque-. Sin embargo, pronto os lo hubiese yo acomodado. Os aseguro que es de la madera de los mariscales de Francia, y a más de uno he visto salir de un carácter así.

-Es posible, monseñor; pero es el rey quien hace los mariscales de Francia, y Raúl no aceptará jamás nada del rey.

Raúl cortó aquella conversación con su regreso. Precedía a Grimaud, cuyas manos, seguras todavía, traían una bandeja con un vaso y una botella del vino favorito del señor duque.

Al ver éste a su antiguo protegido, lanzó una exclamación de alegría.

-¡Grimaud! Buenas noches, Grimaud -dijo-. ¿Cómo va?

El servidor se inclinó profundamente, tan feliz como su noble interlocutor.

-¡Dos amigos! -dijo el duque sacudiendo fuertemente la espalda del honrado Grimaud.

Nuevo saludo, más profundo y más gozoso de Grimaud.

-¿Qué veo, conde? ¿Sólo un vaso?

-Yo no bebo con Vuestra Alteza, a menos que Vuestra Alteza me invite -dijo Athos con noble humildad.

-¡Cuerpo de Dios! Habéis hecho bien en no traer más que un vaso, pues beberemos los dos en él como dos hermanos de armas. Vos, primero, conde.

-Hacedme el favor -dijo Athos rechazando cortésmente el vaso. -¡Sois un buen amigo! -replicó el duque de Beaufort, que bebió y pasó el cubilete de oro a su compañero-. Pero no es esto todo -prosiguió-: tengo más sed todavía, y quiero hacer honor a ese guapo mozo que está ahí de pie. Traigo buena suerte, vizconde -dijo a Raúl-; desead alguna cosa al beber en mi vaso, y lléveme la peste si no acontece lo que deseáis.

Y ofreció el cubilete a Raúl, el cual mojó en él precipitadamente los labios y dijo con la misma prontitud:

-Algo he deseado, monseñor. Sus ojos brillaban con fuego sombrío, y la sangre había subido a sus mejillas. Athos se estremeció de verle sonreír.

-¿Y qué habéis deseado? -preguntó el duque, arrellanándose en el sillón, mientras que con una mano entregaba la botella y una bolsa a Grimaud.

-Monseñor, ¿prometéis concederme lo que he deseado?

-¡Pardiez! ¡Ya lo he dicho! -Pues he deseado, señor duque, ir con vos a Djigelli.

Athos palideció y no pudo ocultar su turbación.

El duque miró a su amigo, como para ayudarle a parar aquel golpe inesperado.

-Es difícil, mi querido vizconde, muy difícil -añadió en voz algo baja.

-Perdonad, monseñor, si he sido indiscreto -replicó Raúl con voz firme-; pero como me invitasteis vos mismo a desear...

-A desear abandonarme -dijo Athos.

-¡Oh, señor! ¿Podéis creer eso?

-Pues bien, ¡pardiez!, tiene razón el vizcondecito. ¿Qué haría aquí? Pudrirse de melancolía.

Raúl enrojeció; el príncipe, impetuoso, continuó:

-La guerra es una destrucción: todo puede ganarse y no se pierde más que una cosa, la vida; y entonces, ¡tanto peor!

-Es decir, la memoria -replicó Raúl-; y entonces, ¡tanto mejor!

El joven arrepintióse de haber hablado con tanta viveza, al ver a Athos levantarse y abrir la ventana.

Aquel movimiento ocultaba indudablemente una emoción. Raúl se precipitó hacia el conde. Pero Athos había devorado ya su pena, pues se volvió con la fisonomía serena e impasible.

-Vamos a ver -dijo el duque-, ¿marcha o no? Si viene será mi edecán, mi hijo.

-¡Monseñor! -exclamó Raúl doblando una rodilla

-¡Monseñor -exclamó el conde, tomando la mano al duque- Raúl hará lo que quiera.

-¡Oh, no, señor! Lo que vos queráis -interrumpió el joven.

-¡Voto a Cribas! -murmuró el príncipe a su vez-. No será el conde ni el vizconde el que decida, sino yo. Me lo llevo. La marina es un porvenir soberbio, amigo mío. Raúl sonrió tan tristemente, que Athos sintió traspasado de dolor su corazón, y le respondió con una mirada severa.

Raúl lo comprendió todo; recobró la calma, y se vigiló tan bien, que no se le escapó una palabra más.

El duque se levantó, advirtió lo tarde que era, y dijo con vivacidad:

-Estoy de prisa; pero si me dicen que he perdido el tiempo hablando con un amigo, contestaré que he hecho un buen reclutamiento.

-Perdonad, señor duque -interrumpió Raúl-; no digáis eso al rey, porque no será a él a quien ^. yo sirva.

-¿Y a quién has de servir, amigo? Ya ha pasado el tiempo en que hubieras podido decir: "Soy del señor de Beaufort." Ahora, todos somos del rey, grandes y pequeños. Por eso, si sirves en mis naves, nada de equívocos, mi querido vizconde, será al rey a quien sirvas.

Athos esperaba, con una especie de gozo impaciente, la respuesta que iba a dar, a aquella dificultad, Raúl, el insociable enemigo del rey, su rival. El padre esperaba que el obstáculo echase por tierra el deseo.' Casi daba las gracias al señor de Beaufort, cuya ligereza o generosa reflexión acababa de poner en duda la marcha de un hijo, su sola alegría.

Pero Raúl, siempre firme y tranquilo:

-Señor duque -replicó-, esa objeción que me hacéis la tengo ya resuelta en mi ánimo. Serviré en vuestras naves, ya que hacéis el favor de llevarme; pero serviré en ellas a un amo más poderoso que el rey, pues serviré en ellas a Dios.

-¡A Dios! ¿Y cómo? -dijeron a la vez Athos y el príncipe.

-Mi intención es profesar y hacerme caballero de Malta -añadió Bragelonne, dejando caer una a una aquellas palabras, más heladas que las gotas que caen de los árboles ennegrecidos después de las tempestades del invierno.

A este último golpe vaciló Athos, y el príncipe se conmovió notablemente.

Grimaud lanzó un sordo gemido y dejó caer la botella, que se rompió en la alfombra sin que nadie reparara en ello.

Beaufort miró frente a frente al joven, y, aun cuando éste tenía los ojos bajos, leyó en sus facciones el fuego de una resolución ante la cual todo debía ceder.

Respecto a Athos, conocía aquella alma tierna e inflexible; no esperaba hacerle apartar del funesto camino que acababa de elegir y estrechó la mano que le tendía el duque.

-Conde, dentro de dos días salgo para Tolón -dijo el señor de Beaufort-

-¿Iréis a buscarme a París para manifestarme vuestra resolución?

-Tendré el honor de ir a daros las gracias por todas vuestras bondades, príncipe -respondió el conde.

-Y traeros también al vizconde, me siga o no -repuso el duque-; tiene mi palabra, y no le pido más que la vuestra.

Habiendo derramado así un poco de bálsamo en la herida de aquel corazón paternal, dio el duque un tirón de orejas a Grimaud, que parpadeó más de lo natural, y se reunió a su escolta en la terraza.

Los caballos, descansados y refrescados por una noche espléndida, pusieron muy pronto el espacio entre la quinta y su amo. Athos y Bragelonne quedaron solos frente a frente.

Daban las once.

Padre e hijo guardaban así un silencio que todo observador inteligente habría adivinado henchido de gritos y de sollozos.

Pero aquellos dos hombres eran de tal temple, que toda emoción quedaba para siempre sepultada cuando habían decidido comprimirla en su corazón.

Pasaron, pues, silenciosos y angustiados la hora que procede a la media noche. El reloj, al dar las doce sólo les indicó los minutos que había durado aquel viaje doloroso, hecho por sus almas en la inmensidad de los recuerdos del pasado y los temores del porvenir.

Athos se levantó el primero diciendo:

-Es tarde... ¡Hasta mañana, Raúl!

Raúl se levantó también y fue a abrazar a su padre.

Este le retuvo contra su pecho, y le dijo con voz alterada:

-¿Conque dentro de dos días me habréis dejado, y para siempre, Raúl?

-Señor -replicó el joven-, un proyecto tenía, y era el de atravesarme el corazón con mi espada, pero eso os hubiera parecido cobarde; he renunciado a tal proyecto, y además, era preciso separarnos.

-Os separáis de mí partiendo, Raúl.

-Escuchadme, señor; os lo suplico. Si no me voy, moriré aquí de pena y de amor. Sé cuanto tiempo he de vivir todavía aquí. Enviadme pronto, señor, o me veréis cobardemente expirar a vuestros ojos, en vuestra casa; esto es más fuerte que mi voluntad, más fuerte que mis fuerzas; bien veis que en un mes he vivido treinta años, y que estoy al cabo de mi vida.

-Entonces -dijo Athos con frialdad-, ¿marcháis con la intención de haceros matar en África?... ¡Oh, decidlo! ¡No mintáis!

Raúl palideció y calló dos segundos, que fueron para su padre dos horas de agonía. Luego, súbitamente:

-Señor -dijo-, tengo prometido consagrarme a Dios. A cambio del sacrificio que hago de mi juventud y de mi libertad, no le pediré más que

una cosa: conservarme para vos, porque sois el único lazo que me ata aún a este mundo. Sólo Dios puede darme la fuerza para no olvidar que os lo debo todo, y que nada debo anteponer a vos.

Athos abrazó tiernamente a su hijo, diciéndole:

-Acabáis de responder como un hombre honrado; dentro de dos días estaremos en París, en casa del señor de Beaufort, y entonces haréis lo que os plazca. Sois libre, Raúl, ¡adiós!

Y se dirigió lentamente a su dormitorio.

Raúl bajó solo al jardín, donde pasó la noche en la avenida de los tilos.

CI
PREPARATIVOS DE PARTIDA

Athos no perdió el tiempo en combatir aquella inmutable resolución, y se dedicó, durante los dos días que el duque le había concedido, a hacer preparar todo el equipaje de Raúl. Este trabajo correspondía al buen Grimaud, el cual comenzó a hacerlo con el celo e inteligencia que ya le conocemos.

Athos mandó a aquel excelente servidor tomar el derrotero de París luego que estuviesen arreglados los equipajes, y, a fin de no exponerse a hacer esperar al duque, o, por lo menos, a que incurriese Raúl en falta si el duque advertía su ausencia, al día siguiente de la visita del señor de Beaufort se encaminó a París con su hijo.

Emoción bien fácil de comprender fue para el pobre joven la que le ocasionó el regreso a París, en medio de todas las personas que le habían conocido y amado.

Cada rostro recordaba al que tanto había sufrido un padecimiento; al que tanto había amado, una circunstancia de su amor. Raúl, al aproximarse a París, sentíase morir. Una vez en París, dejó de existir, realmente.

Cuando se presentó en casa de Guiche, dijéronle que el conde estaba en casa de Monsieur.

Raúl tomó el camino de Luxemburgo, y llegado allí, sin saber que iba a un sitio donde había vivido

La Valliére, oyó tanta música y respiró tantos perfumes, oyó tantas risas gozosas y vio tantas sombras danzantes, que, a no ser por una mujer caritativa que le vio pálido y ensimismado bajo una colgadura, habría permanecido allí algunos momentos y se habría ido luego para no volver.

Mas, cómo hemos dicho, al llegar a las primeras antecámaras, detuvo sus pasos para no mezclarse con todas aquellas existencias dichosas que sentía moverse en los salones inmediatos.

Y, como un criado de Monsieur, , que le había reconocido, le preguntase si deseaba ver a Monsieur o a Madame, Raúl apenas le contestó y dejóse caer sobre un banco cerca de la colgadura de terciopelo, mirando un reloj que hacía una hora se hallaba parado.

El criado pasó; vino otro mejor informado todavía, el cual preguntó a Raúl si quería que avisasen al señor de Guiche.

Este nombre no despertó la atención del infeliz Raúl. El criado, insistiendo, se había puesto a contar que Guiche había inventado un juego de lotería, y lo estaba enseñando a aquellas damas.

Raúl, abriendo ojos tamaños como el distraído de Teofrasto, no respondió; pero su tristeza aumentó visiblemente. Con la cabeza echada hacia atrás, las piernas negligentemente estiradas, y la boca entreabierta para dejar salir los suspiros, estaba así olvidado en aquella antecámara, cuando súbitamente pasó rozando un vestido por la puerta lateral que daba a aquella galería.

Una mujer joven, bonita y risueña, apareció riñendo a un oficial de servicio, a quien hablaba con. vivacidad.

El oficial respondía con frases tranquilas, pero firmes; aquello era más bien un debate de amantes que un altercado de cortesanos, que concluyó con un beso en los dedos de la dama.

De pronto, al ver ésta a Raúl, calló, y, empujando al caballero:

-Marchaos, Malicorne -dijo-; no creía que hubiese alguien aquí. Os maldigo, si nos han visto u oído. Malicorne escapó, en efecto; la dama se aproximó detrás de Raúl, y, dilatando su jovial boca:

-Supongo que seréis un caballero -dijo-, y sin duda...

Y se interrumpió para exhalar un grito:

-¡Raúl! -dijo sonrojándose.

-¡Señorita de Montalais! -exclamó Raúl más pálido que la muerte.

Levantóse vacilante, y quiso echar a correr Por el resbaladizo mosaico; pero la joven había comprendido aquel dolor salvaje y cruel, y comprendía que, en la huida de Raúl, había una acusación o, por lo menos, una sospecha contra ella. Como mujer siempre sobre aviso creyó que no debía dejar pasar la ocasión de una justificación; mas detenido Raúl por ella en medio de aquella galería, no parecía dispuesto a entregarse sin combatir.

Hízolo en un tono tan frío y cortado, que si hubiesen sido sorprendidos los dos de aquella manera, nadie en la Corte habría tenido duda sobre la conducta de la Montalais.

-¡Ah, señor! -dijo ella con desdén-. Es poco digno de caballero lo que hacéis. Mi corazón me impulsa a hablaros, y me comprometéis con vuestra acogida casi grosera; no hacéis bien, señor, y confundís a vuestros enemigos con vuestros amigos. ¡Adiós!

Raúl se había jurado no hablar jamás de Luisa, de no mirar jamás a los que hubiesen podido ver a Luisa; pasaba a otro mundo para no hallar en él nada que Luisa hubiese visto, nada que Luisa hubiese tocado. Pero, pasado el primer choque de su orgullo, después de haber visto a Montalais, la compañera de Luisa, a Montalais, que le recordaba la torrecilla de Blois y las alegrías de su juventud, se desvanecieron todos sus propósitos.

-Perdonadme, señorita; ni cabe ni puede caber en mí la idea de ser grosero.

-¿Queréis hablarme? -preguntó la joven con la sonrisa de otro tiempo-. Pues bien, vámonos a otro sitio; porque aquí podrían sorprendernos.

-¿Adónde? -dijo él.

Montalais miró el reloj con indecisión.

-A mi habitación =continuó-, tenemos nuestra, una hora...

Y echando a andar, ligera como una sílfide, subió a su cuarto, adonde la siguió Raúl.

Allí, cerrando la puerta y entregando a su camarista el manto que hasta entonces había tenido bajo el brazo:

-¿Buscáis al señor de Guiche? -preguntó a Raúl.

-Sí, señorita.

-Iré a rogarle que suba aquí; después que os haya hablado.

-Gracias, señorita.

-¿Me juzgáis culpable?

Raúl la miró un momento, luego, bajando los ojos:

-Sí -dijo.

-¿Suponéis que me haya mezclado en ese complot de vuestra ruptura?

-¡Ruptura! -dijo él con amargor-. ¡Oh, señorita! No hay ruptura donde nunca hubo amor.

-Error -replicó Montalais-. Luisa os amaba.

Raúl se estremeció.

-Sé que no hay amor; pero ella os amaba y debisteis haberos unido a ella antes de marchar a Londres.

Raúl lanzó una carcajada siniestra, que hizo temblar a Montalais.

-Facilísimo es decir eso, señorita. ¿Puede uno casarse con quien quiere? Olvidáis, según eso, que el rey había elegido ya por querida suya a la persona de que hablamos.

-Escuchad -replicó la joven estrechando las manos frías de Raúl entre las suyas-; os habéis conducido muy torpemente; un hombre de vuestra edad, no debe dejar sola a una mujer de la suya.

-Entonces, no hay fe en la tierra -dijo Raúl.

-No, vizconde -respondió tranquilamente Montalais-. Sin embargo, debo deciros que, si en lugar de amar fría y filosóficamente a Luisa, hubieseis tratado de avivar en ella el amor...

-Basta, por favor, señorita -dijo Raúl-; veo que todas y todos sois de otro siglo que yo. Sabéis reír y burlaros con la mayor frescura. Yo, amaba a la señorita de...

Raúl no pudo pronunciar su nombre.

-Yo la quería, y por eso creía en ella; ahora todo queda arreglado con no amarla.

-¡Ay, vizconde! -exclamó Montalais señalándole un espejo.

-Sé lo que queréis decir, señorita; estoy cambiado, ¿no es cierto? Pues bien, ¿sabéis por qué? Porque mi rostro es el espejo de mi corazón: lo de dentro ha cambiado como lo de fuera.

-¿Estáis consolado? -dijo bruscamente Montalais.

-No; ni me consolaré jamás.

-No os comprenderán, señor de Bragelonne.

-Me importa poco. Me comprendo yo muy bien.

-¿No habéis tratado de hablar a Luisa?

-¡Yo! -exclamó el joven animándose notablemente-. En verdad, no sé por qué no me aconsejáis que me case con ella. ¡Puede que el rey consintiese ahora!

Y se levantó lleno de cólera.

-Veo -dijo Montalais- que no estáis de acuerdo, y que Luisa tiene un enemigo más.

-¿Un enemigo más?

-Sí; las favoritas son muy mal queridas en la corte de Francia.

-¡Oh! Mientras le quede su amante para defenderla, ¿no le basta? Lo ha elegido de tal condición, que los enemigos nada podrán contra él.

Y deteniéndose súbitamente.

-Y luego, os tiene a vos por amiga, señorita -añadió con un matiz de ironía que no cayó en saco roto.

-¿Yo? ¡Oh! No; yo no soy ya de esas a quienes se digne mirar la señorita de La Valliére; pero ...

Aquel pero tan henchido de amenazas y de borrascas; aquel, pero, que hizo palpitar el corazón de Raúl, tanto presagiaba en dolores a la que en otro tiempo amaba tanto; aquel terrible pero, significativo en una mujer como Montalais, fue interrumpido por un ruido bastante fuerte que ambos interlocutores oyeron en la alcoba, detrás del ensamblaje.

Montalais prestó atención y Raúl se levantaba ya, cuando uña mujer entró, completamente tranquila por aquella puerta secreta, que fue cerrada inmediatamente.

-¡Madame! -exclamó Raúl reconociendo a la cuñada del rey- ¡Desgraciada de mí! -murmuró Montalais colocándose, aunque demasiado tarde, delante de la princesa-. Me he equivocado en una hora.

Tuvo tiempo, sin embargo, para avisar a Madame, que se adelantaba hacia Raúl.

-El señor de Bragelonne, señora.

Y la princesa, al oír estas palabras retrocedió, exhalando a su vez un grito.

-Veo -continuó a su vez Montalais con volubilidad- que Vuestra Alteza es bastante bondadosa para pensar en esa lotería, y. ..

La princesa comenzaba a turbarse. Raúl hacía por apresurar su salida, sin adivinar todo aún, pero , viendo que estorbaba.

Madame preparaba alguna frase de transición para reponerse, cuando enfrente de la alcoba se abrió un armario, del cual salió todo radiante el señor de Guiche. El más pálido de los cuatro, preciso es decirlo, fue Raúl. Sin embargo, la princesa estuvo a punto de desmayarse, y se apoyó en un pie del lecho.

Nadie se atrevió a sostenerla. Esta escena duró algunos minutos de terrible silencio.

Raúl lo rompió dirigiéndose al conde, cuya emoción inexpresable le hacía temblar las rodillas, y, tornándole la mano:

-Querido conde -articuló-, decid a Madame que soy harto desgraciado para no merecer perdón; decidle también que he amado en mi vida, y que el horror de la traición que me han hecho, háceme inexorable con cualquiera otra traición que se cometa alrededor mío. Por eso, señorita -dijo sonriendo a Montalais-, jamás divulgaré el secreto de las visitas de mi amigo a vuestra habitación. Conseguid de Madame, que es tan clemente y generosa, que os perdone también, ya que os ha sorprendido. Uno y otro sois libres. ¡Amaos y sed dichosos!

La princesa tuvo un momento de desesperación, imposible de describir. Repugnábale, no obstante, la exquisita delicadeza de que Raúl acababa de dar pruebas, de verse a merced de una indiscreción, así como de aceptar el refugio que le ofrecía aquella delicada superchería. Viva y nerviosa, luchaba entre la doble mordedura de aquellas dos desazones.

Raúl lo conoció, y acudió nuevamente en su auxilio. Doblando una rodilla ante ella:

-Señora -le dijo en voz baja-, dentro de dos días me hallaré lejos de París, y dentro de quince lejos de Francia, para no regresar jamás.

-¿Os marcháis? -dijo alegre la princesa.

-Con el señor de Beaufort.

-¡Al África! -exclamó Guiche a su vez-. ¿Vos, Raúl? ¡Oh, amigo mío! ¡Al África va uno a morir!

Y olvidándolo todo, olvidando que su mismo olvido comprometía más elocuentemente a la princesa que su presencia:

-¡Ingrato! -dijo-. ¡Ni siquiera me habéis consultado!

Y le abrazó.

Entretanto, Montalais había hecho desaparecer a Madame, y desaparecido ella misma.

Raúl se pasó la mano por la frente, y exclamó sonriendo:

-¡He soñado!

Luego, mirando a Guiche:

-Amigo mío -dijo-, no me oculto de vos, que sois el elegido de mi corazón; voy a morir allá, y vuestro secreto expirará conmigo antes del año.

-¡Oh, Raúl! ¡Un hombre!

-¿Sabéis cuál es mi idea, Guiche? Pues que viviré más debajo de tierra que vivo hace un mes. Soy cristiano, amigo mío, y si este padecer continuara, no respondería de mi alma.

Guiche quiso hacerle objeciones.

-Ni una palabra más respecto a mí -dijo Raúl-; ahora voy a daros un consejo, querido amigo. Es de mucha más importancia lo que voy a deciros.

-Hablad.

-Sin duda corréis más riesgo que yo, puesto que os aman.

-¡Oh!

-¡Es para mí tan grato poder hablaros así! Pues bien, Guiche, desconfiad de Montalais.

-Es una buena amiga, También era amiga de... quien sabéis... La ha perdido por orgullo.

-Estáis en un error.

-Y hoy que la ha perdido, desea arrebatarle la única cosa que hace a esa mujer algo digna de disculpa a mis ojos.

-¿Qué?

-Su amor.

-¿Qué decís?

-Quiero decir que hay tramada una conspiración contra la querida del rey, conjuración fraguada en la casa misma de Madame.

-¿Tal creéis?

-Estoy cierto de ello.

-¿Por Montalais?

-Consideradla como la menos peligrosa de las enemigas que temo por ... la otra.

-Explicaos claramente, querido, y si puedo comprenderos...

-En dos palabras: Madame está celosa del rey.

-Lo sé ...

-¡Oh, nada temáis!... Os aman, Guiche, os aman; ¿conocéis todo el valor de esas dos palabras? Significan que podéis levantar la frente, que podéis dormir tranquilo, que podéis dar gracias a Dios a cada minuto de vuestra vida. Os aman, y eso significa que todo lo podéis oír, hasta el consejo de un amigo que quiere conservéis vuestra dicha. ¡Os aman, Guiche, os aman! No pasaréis esas noches atroces, esas noches sin término que atraviesan, con los ojos enjutos y el corazón desgarrado, otras personas destinadas a morir. Viviréis largo tiempo, si hacéis como el avaro que pieza a pieza, migaja a migaja, va acumulando diamantes y oro. ¡Os aman! Permitidme que os diga lo que debéis hacer para que os amen siempre.

Guiche miró por algún tiempo a aquel pobre joven, medio loco de desesperación, y cruzó por su alma como una especie de remordimiento de su dicha.

Raúl iba reponiéndose de su exaltación febril, para tomar el acento y la fisonomía de un hombre impasible.

-Harán sufrir -dijo- a aquella cuyo nombre quisiera poder pronunciar todavía. Juradme, no solamente que no contribuiréis a ello, sino que la defenderéis en caso necesario. como yo lo hubiera hecho.

-¡Lo juro! -contestó Guiche. -Y el día -continuó Raúl- en que le hayáis hecho algún gran servicio; el día en que ella os dé las gracias, prometedme que le diréis estas palabras: "Os he hecho este servicio, señora, por expresa recomendación del señor de Bragelonne, a quien causasteis tanto mal."

-¡Lo juro! -murmuró Guiche enternecido.

-Eso me basta. ¡Adiós! Mañana o pasado mañana parto para Tolón. Si tenéis disponibles algunas horas, concedédmelas.

-¡Todo! ¡Todo! -exclamó el joven.

-¡Gracias!

-¿Y adónde os dirigís ahora?

-A buscar al señor conde a casa de Planchet, donde esperamos hallar al señor de Artagnan.

-¿Al señor de Artagnan?

-Deseo abrazarle antes de marcharme. Es un buen caballero que me quiere. Adiós, querido amigo; sin duda os están aguardando. Si queréis encontrarme, no tenéis más que ir a casa del conde. ¡Adiós!

Los dos jóvenes se abrazaron. Los que hubiesen visto de aquella manera a uno y otro, habrían dicho, señalando a Raúl:

-Ese es el hombre feliz.

CII
El INVENTARIO DE PLANCHET

En tanto que Raúl hacía su visita al Luxemburgo, Athos iba a casa de Planchet para saber noticias de Artagnan.

Al llegar el conde a la calle de los Lombardos encontró la tienda de Planchet atestada de gente, pero no provenía aquella concurrencia de que hubiese mucha venta o de la llegada de mercancías.

Planchet no estaba entronizado, como de costumbre, sobre sacos y barriles. No. Un mozo, con la pluma tras de la oreja, y otro, con un cuaderno en la mano, inscribían números, mientras un tercero contaba y pesaba.

Tratábase de un inventario. Athos, que no era comerciante, sintióse algo embarazado por los obstáculos materiales y la majestad de los contables.

Veía despedir a no pocos parroquianos, y se preguntaba si él, que no iba a comprar cosa alguna, no importunaría con mucha más razón.

Así, preguntó muy atentamente a los mancebos si podría hablar al señor Planchet.

La respuesta, bastante displicente, fue que el señor Planchet se hallaba haciendo su maleta.

Estas palabras hiciéronle aguzar el oído.

-¿Cómo su maleta? -dijo-. ¿Se marcha el señor Planchet?

-Sí, señor, ahora mismo.

-Entonces, señores, hacedme el favor de decirle que el conde de la Fére desea hablarle un instante. Al oír el título de conde de la Fére, uno de los mancebos, acostumbrado, sin duda, a no oír pronunciar ese nombre sino con respeto, fue inmediatamente a avisar a Planchet.

Era el momento en que Raúl, libre ya, después de su cruel escena con Montalais, llegaba a casa del abecero.

Planchet, avisado por el mancebo, dejó todo y acudió.

-¡Oh, señor conde! -dijo-. ¡Qué alegría! ¿Qué buena estrella os trae?

-Mi querido Planchet -dijo Athos, estrechando la mano de su hijo, cuya tristeza no se le escapó-, venimos a saber de vos... ¿Pero qué es eso? Estáis blanco como un molinero. ¿Dónde os habéis metido?

-¡Ah, demonio! Cuidado, señor, no os acerquéis hasta que me haya sacudido bien.

-¿Por qué? La harina o el polvo no hace más que emblanquecer.

-¡No, no! Lo que cubre mis brazos es arsénico.

-¿Arsénico?

-Sí. Hago mis provisiones para las ratas.

-¡Oh! En un establecimiento como éste las ratas representan un gran papel.

-No me ocupo ya de este establecimiento, señor conde; las ratas no comerán con él más de lo que me han comido.

-¿Qué queréis decir?

-Ya habéis podido conocer, señor conde, que están haciendo mi inventario.

-¿Dejáis el comercio?

-Sí; lo cedo a uno de mis dependientes.

-Según eso, ¿sois bastante rico? -Señor, me disgusta ya la capital; no sé si es porque envejezco, y que, como lo decía una vez al señor de Artagnan, cuando uno envejece, piensa más a menudo en las cosas de la

juventud; pero, desde hace algún tiempo, me siento inclinado al campo y a la jardinería: en otra época fui labrador.

Y Planchet acentuó esto con una risita algo presuntuosa para un hombre que hiciese profesión de humildad.

Athos asintió con el gesto.

-¿Compráis tierras? -preguntó luego.

-Las he comprado ya, señor.

-¡Ah! Perfectamente.

-Una casita en Fontainebleau y unas veinte arpentas en los alrededores.

-Muy bien, Planchet; os felicito.

-Señor, aquí nos hallamos muy mal, y este maldito polvo os hace toser. ¡Pardiez! Sin más ni más estoy envenenando al caballero más digno del reino.

Athos no sonrió a aquella chanzoneta que aventuró Planchet a fin de ensayarse en las bromas mundanas.

-Sí -dijo-, hablemos en particular; en vuestro cuarto, por ejemplo.

-Perfectamente, señor conde.

-¿Arriba?

Y Athos, viendo cortado a Planchet, quiso desembarazarle pasando adelante.

-Es que... -replicó Planchet, titubeando.

Athos equivocó el sentido de aquella vacilación y atribuyendo ésta al temor que tendría el abacero de no poder ofrecer más que una hospitalidad muy mediana:

-¡No importa, no importa! -dijo sin dejar de andar-. La habitación de un comerciante en este barrio tiene derecho a no ser palacio. Sigamos adelante.

Raúl le precedió con prontitud y entró.

-Oyéronse dos gritos simultáneos, y casi pudiera decirse que tres. Uno de aquellos gritos dominó a los demás, y fue lanzado por una mujer.

El otro salió de boca de Raúl. Fue una exclamación de sorpresa.

Apenas lo dejó escapar, cerró con presteza la puerta.

El tercero era de espanto. Lo profirió Planchet.

-Perdonad -repuso-; es la señora que se está vistiendo.

Raúl debió ver que Planchet decía la verdad, porque dio un paso para volverse.

-¿La señora? -exclamó Athos

-Perdonad, querido, ignoraba que la tuvieseis ahí...

-Es Trüchen -añadió Planchet, algo ruboroso.

-Sea quien sea, mi buen Planchet; perdonad nuestra indiscreción.

-No, no; subid ya, señores.

-Ni pensarlo -dijo Athos.

-¡Oh! Estando la señora avisada, habrá tiempo. . .

-No, Planchet. ¡Adiós!

-Vaya, señores, no quieran desairarme así quedándose en la escalera, o saliendo de mí casa sin tomar asiento siquiera.

-Si hubiésemos sabido que teníais ahí una señora -dijo Athos con su acostumbrada sangre fría-, os hubiésemos pedido permiso para saludarla.

Planchet quedó tan desconcertado con aquella exquisita impertinencia, que se abrió paso y abrió él mismo la puerta para hacer entrar al conde y a su hijo.

Trüchen estaba completamente `' vestida: con un traje de comerciante rica y coqueta. Ella cedió el puesto después de dos reverencias y bajó j a la tienda.

Pero no lo hizo sin haberse que- i dado escuchando un rato en la puerta, a fin de saber qué dirían de ella a Planchet las personas que habían ido a visitarle.

Athos lo sospechó, y no habló una palabra sobre el particular. Planchet, por el contrario, ardía en deseos de dar explicaciones, que Athos rehuía.

Pero como ciertas tenacidades son más fuertes que otras, Athos se vio precisado a escuchar de boca de Planchet idilios de felicidad, expresados en un lenguaje más casto que el de Longus.

De modo que Planchet refirió cómo Trüchen había sabido dar encanto a su edad madura, y llevar la fortuna a sus negocios como Rut a Booz.

-Sólo faltan herederos de vuestra prosperidad -dijo Athos. -Si tuviese uno, llevaría trescientas mil libras -añadió Planchet.

-Pues es preciso tenerlo -dijo flemáticamente Athos-, aun cuando no sea más que para que no se pierda vuestra pequeña fortuna. Aquello de pequeña fortuna dejó a Planchet en su lugar, como en otra época la voz del sargento cuando Planchet no era más que piquero en el regimiento de Piamonte, donde le había colocado Rochefort.

Athos comprendió que el abacero se casaría con Trüchen, y que, de grado o por fuerza, crearía una familia. Le pareció esto tanto más evidente cuando supo que el mancebo a quien Planchet traspasaba sus existencias era un primo de Trüchen.

Athos recordó que aquel mozo era colorado como el alhelí, de crespos cabellos y ancho de espalda. De consiguiente, sabía todo lo que puede y debe saberse acerca de la suerte de un abacero. Los hermosos vestidos de Trüchen no pagaban por sí solos el fastidio que experimentaría ocupándose del género campestre y de jardinería en compañía de un marido entrecano.

Athos comprendió, pues, como hemos dicho, y, sin transición:

-¿Qué hace el señor de Artagnan? -preguntó-. No se le encuentra en el Louvre.

-¡Ay, señor conde! El señor de Artagnan ha desaparecido.

-¡Desaparecido! -exclamó Athos con sorpresa.

-Señor, ya se sabe lo que eso quiere decir.

-Yo no lo sé.

-Cuando el señor de Artagnan desaparece, es siempre por alguna misión o algún asunto.

-¿Os ha hablado acerca del particular?

-Nunca.

-Sin embargo, en otro tiempo supisteis su marcha a Inglaterra.

-A causa de la especulación -replicó Planchet con aturdimiento.

-¿La especulación?

-Quiero decir... -se apresuró a añadir Planchet algo cortado.

-Bien, bien; ni vuestros negocios ni los de nuestro amigo son ahora del caso; sólo el interés que éste nos inspira es el que nos ha movido a preguntar por él. Puesto que el capitán de los mosqueteros no se halla aquí ni podemos obtener de vos noticia alguna del punto en que podríamos encontrarle, nada más tenemos que hacer. ¡Hasta la vista, Planchet! ¡Vámonos, Raúl!

-Señor conde, desearía poderos decir...

-De ningún modo, de ningún modo; no seré yo quien reproche a un servidor su discreción.

La palabra servidor hirió los oídos del casi millonario Planchet; pero el respeto y la honradez naturales triunfaron del orgullo.

-No hay indiscreción alguna en deciros, señor conde, que el señor de Artagnan estuvo aquí el otro día. -¡Ah, ah!

-Y estuvo consultando durante muchas horas un mapa.

-Tenéis razón, amigo mío, no digáis nada.

-Y el mapa, aquí la tenéis como prueba -añadió Planchet, que fue por él a la pared inmediata, donde estaba colgado por una cinta formando triángulo con el travesaño a que se hallaba fijo el plano consultado por el capitán en la visita hecha a Planchet.

Presentó, en efecto, al conde de la Fére un mapa de Francia, en el que el ojo experimentado de aquél descubrió un itinerario punteado con alfileritos; allí donde el alfiler faltaba, el agujero servía de guía.

Siguiendo Athos los alfileres y los agujeros, advirtió que Artagnan había debido tomar la dirección del Mediodía, y marchar hacia el Mediterráneo, por el lado de Tolón. Cerca de Cannes concluían las marcas y los lugares punteados

El conde de la Fére estuvo devanándose los sesos por algunos momentos, para adivinar lo que el mosquetero iba a hacer a Cannes, y el motivo que podía tener para ir a observar las orillas del Mar.

Las reflexiones de Athos no le sugirieron cosa alguna, y falló su perspicacia ordinaria. Raúl no adivinó más que su padre.

-¡No importa!- dijo el joven al conde, que, silenciosamente y con el dedo le había dado a comprender la ruta de Artagnan-. Confesemos que existe una providencia siempre ocupada en acercar nuestro destino al del señor de Artagnan. Miradle por el lado de Cannes, y vos, señor, me conducís por lo menos hasta Tolón. Estad seguros de que le hallaremos más fácilmente en nuestro camino que en este mapa.

Y enseguida, los dos caballeros, despidiéndose de Planchet, que reñía a sus mancebos, incluso al primo de Trüchen, su sucesor, se dirigieron a casa del duque de Beaufort.

Al salir de la tienda vieron un coche, depositario futuro de los encantos de la señora Trüchen y de los sacos de escudos del señor Planchet.

-Cada cual se encamina a la felicidad por la ruta que elige -dijo tristemente Raúl.

-¡Camino de Fontainebleau! - gritó Planchet a su cochero.

CIII
EL INVENTARIO DEL SEÑOR DE BEAUFORT

Haber hablado de Artagnan con Planchet, y haber visto a éste salir de París a fin de sepultarse en el retiro, era para Athos y su hijo como una última despedida a todo aquel ruido de la capital, a su vida de otro tiempo.

¿Qué dejaban efectivamente en pos de sí aquellos hombres, de los que uno había agotado todo el último siglo con la gloria, y el otro toda la edad nueva con la desgracia? Evidentemente, ni el uno ni el otro tenían nada que pedir a sus contemporáneos.

No faltaba más que visitar al señor de Beaufort, y arreglar con él las condiciones de la marcha.

El duque estaba magníficamente alojado en París. Ostentaba el soberbio tren de las grandes fortunas que ciertos ancianos recordaban haber visto florecer en tiempos de las liberalidades de Enrique III.

Entonces, realmente, algunos grandes señores eran más ricos que el rey. Sabíanlo y usaban de sus riquezas, dándose el placer de humillar algún tanto a Su Majestad Real. A esa aristocracia egoísta fue a la que Richelieu obligó a contribuir con su sangre, con su bolsa y con sus reverencias a lo que se llamó desde entonces el servicio del rey.

Desde Luis XI, el terrible segador de grandes, hasta Richelieu, ¡cuántas familias habían levantado la cabeza! ¡Cuántas otras habíanla bajado desde Richelieu hasta Luis XIV, para no volverla a levantar! Pero el señor de Beaufort había nacido príncipe y de una sangre que no se vierte en los cadalsos sino por sentencia de los pueblos.

Aquel príncipe había conservado, pues, su modo de vivir a lo grande.

¿Cómo pagaba sus caballos, sus sirvientes y su mesa? Nadie lo sabía, y él menos que los otros. Lo único que podemos decir es que había entonces el privilegio para los hijos de rey, de que nadie rehusase constituirse en acreedor suyo, por respeto, por afecto o por la presuasión de ser pagado algún día.

Athos y Raúl encontraron la casa del príncipe tan obstruida como la de Planchet.

El duque también hacía su inventario, es decir, distribuía a sus amigos, todos acreedores suyos, los efectos de valor de su casa.

Deudor Beaufort de casi dos millones, lo cual era entonces enorme, había calculado que no podría marchar a África sin una crecida cantidad y para hacerse con ella, repartía entre los acreedores pasados vajilla, armas, joyas y muebles, cosa más magnífica que vender, y que le producía doble. Efectivamente, ¿cómo un hombre a quien le deben diez mil libras rechazará un regalo de seis mil, realzado con el mérito de haber pertenecido al descendiente de Enrique IV, ni cómo, después de llevarse el regalo, negará otras diez mil libras el generoso señor?

Eso era, pues, lo que había sucedido. El príncipe no tenía casa, lo cual es inútil para un almirante cuya habitación es su barco. Tampoco tenía armas superfluas, desde que se colocaba en medio de sus cañones, ni joyas que pudiera tragarse el mar; pero en cambio llevaba trescientos o cuatrocientos mil escudos frescos en sus cofres.

Y por todas partes oíase en la casa un alegre bullicio de personas, que creían saquear a monseñor.

El príncipe poseía en alto grado el arte de hacer dichosos a los acreedores más dignos de lástima. Todo hombre apremiante, toda bolsa vacía, encontraba en él paciencia y reconocimiento de su posición:

A los unos decía:

-Me alegrara mucho de tener lo que vos para podéroslo regalar. Y a otros:

-No tengo más que este jarro de plata, que bien vale quinientas libras: tomadlo.

Tan cierto es que una buena traza es a veces moneda corriente, que el príncipe encontraba siempre el medio de renovar sus acreedores.

Aquella vez no se andaba con ceremonias: lo daba todo, como si fuese un saqueo.

La fábula oriental de aquel pobre árabe que se llevaba del saqueo de un palacio una olla, cuyo interior ocultaba un saco de oro, y a quien todo el mundo dejaba pasar libremente sin celarle, esa fábula, digo, había llegado a ser una verdad en casa del príncipe. Una porción de abastecedores se pagaban con la vajilla del duque.

Así es que la gente que saqueaba los cuartos llenos de vestidos y guarniciones, apenas hacía alto en pequeñeces hacia las que se abalanzaban con ansia los sastres y guarnicioneros.

Deseosos éstos de llevar a sus mujeres dulces regalados por monseñor, veíaseles saltar gozosos bajo el peso de las tarteras o de las botellas gloriosamente estampilladas con las armas del príncipe.

El señor de Beaufort acabó por dar sus caballos y el heno de sus graneros; hizo más de treinta dichosos con sus baterías de cocina. y trescientos con su bodega.

Además, todas aquellas gentes se iban en la convicción de que el señor de Beaufort obraba de aquel modo en la perspectiva de una nueva fortuna, oculta bajo las tiendas árabes.

Repetíanse, mientras devastaban la casa, que el rey enviaba al príncipe a Djidgelli para reconstituir su fortuna perdida; que los tesoros del África serían repartidos por mitad entre el almirante y el rey de Francia, y que esos tesoros consistían en minas de diamantes o de otras piedras preciosas. Las minas de plata u oro del Atlas no merecían siquiera la honra de ser mencionadas.

Además de las minas por explotar, cuya operación sólo se realiza después de la campaña, se contaba el botín hecho por el ejército.

El señor de Beaufort echaría mano a todo cuanto los ricos piratas habían robado a la cristiandad desde la batalla de Lepanto. El número de millones era incontable.

Ahora bien, ¿por qué escatimar los pobres utensilios de su vida pasada el que buscaba tesoros de más valor¿ Y, recíprocamente, ¿cómo escatimar la fortuna del que tan pocos miramientos guardaba consigo?

Véase, por tanto, cuál era la situación. Athos, con su natural perspicacia la comprendió al primer golpe de vista.

Encontró al almirante de Francia un tanto aturdido, pues acababa de levantarse de la mesa, de una mesa de cincuenta cubiertos, donde se había bebido largamente a la prosperidad de la expedición, y en la que a los

postres se había abandonado los restos a los sirvientes y los platos vacíos a los curiosos.

El príncipe se había embriagado con su ruina y su popularidad a un tiempo, bebiendo vino añejo a la salud de su vino futuro.

Cuando vio a Athos con Raúl:

-He aquí -exclamó- a mi edecán. Venid, conde; venid, vizconde.

Athos buscaba cómo abrirse paso entre aquel montón de ropas y vajillas.

-¡Ah! Sí, sí, saltad por encima -dijo el duque.

Y ofreció un vaso lleno a Athos. Este aceptó. Raúl apenas mojó sus labios.

-Aquí tenéis vuestro nombramiento -dijo el príncipe a Raúl-. Lo tenía preparado, contando con vos. Vais a salir al punto para Antibes.

-Bien, monseñor. -Aquí tenéis la orden.

Y Beaufort dio la orden a Bragelonne.

-¿Conocéis el mar? -dijo.

-Sí, monseñor; he viajado con el príncipe de Condé.

-Bien. Haréis que estén dispuestas todas las gabarras, a fin de que puedan transportar mis provisiones. Es necesario que el ejército pueda embarcarse dentro de quince días lo más tarde.

-Así será, monseñor.

-La presente orden os confiere facultad para hacer visitas y pesquisas en todas las islas que rodean la costa, en ellas podréis hacer por cuenta mía todos los enganches voluntarios o forzosos que os parezca.

-Bien, señor duque.

-Y como sois hombre diligente y trabajaréis mucho, gastaréis también mucho dinero.

-Espero que no, monseñor.

-Espero que sí. Mi intendente tiene preparados bonos de mil libras pagaderos en las ciudades del Mediodía. Os dará cien. Id, querido vizconde.
Athos interrumpió al príncipe: -Guardad vuestro dinero, monseñor; la guerra con los árabes, tanto se hace con el oro como con el plomo.

-Yo quiero intentar lo contrario -repuso el duque-; y luego, ya conocéis mis ideas sobre la expedición. Mucho ruido, mucho fuego, y yo desapareceré, si es preciso, entre el humo.

Habiendo así hablado el señor de Beaufort, quiso echarse a reír; pero se le heló la risa en los labios ante la gravedad de Athos y Raúl.

-¡Ah! -exclamó, con el egoísmo cortés de su jerarquía y de su edad-. Sois de esas personas a las que no hay que ver después de comer, frías, estiradas y secas, cuando yo soy todo fuego, flexibilidad y vino. ¡No, lléveme el demonio! Os veré siempre en ayunas, vizconde; y vos conde, si perseveráis, no me veréis más.

Esto lo decía estrechando la mano a Athos, que le respondió sonriendo

-Monseñor, no hagáis ostentación, porque tengáis mucho dinero. Os pronostico que, antes de un mes, os hallaréis seco, estirado y frío en presencia de vuestro cofre, y que entonces teniendo a Raúl a vuestro lado, os sorprenderá verle alegre, bullicioso y satisfecho, pues tendrá escudos que poder ofreceros.

-¡Dios oiga! -exclamó gozoso el duque. Os retengo, conde.

-No, parto con Raúl; la misión que le habéis confiado es penosa, difícil. Sólo, le costaría trabajo desempeñarla. No hacéis alto, monseñor, en que acabáis de darle un mando de primer orden.

-¡Bah!

-¡Y en la marina!

-Es verdad. Pero un mozo como él, ¿no hará cuanto se quiera?

-Monseñor, en nadie encontraréis tanto celo e inteligencia, tanto valor real como en Raúl; pero, si se frustrase vuestro embarque, lo tendríais bien merecido.

-¿Aún me venís riñendo?

-Monseñor, para abastecer una escuadra, para reunir una flotilla, para reclutar vuestro servicio marítimo, necesitaría un año un almirante. Raúl es un capitán de caballería y sólo le dais quince días.

-Os digo que sabrá salir airoso.

-Lo creo; pero yo le ayudaré.

-Siempre conté con vos, y cuento también con que, viéndoos ya en Tolón, no le dejaréis partir solo.

-¡Oh! -dijo Athos meneando la cabeza.

-¡Paciencia, paciencia! -Monseñor, permitid que nos despidamos.

-¡Marchad, y que mi fortuna os proteja!

-¡Adiós, monseñor, y que vuestra fortuna os proteja también!

-He aquí una expedición bien comenzada -dijo Athos á su hijo-. Sin víveres, sin reservas, sin flotilla para el transporte... ¿qué puede hacerse?

-¡Bueno! -murmuró Raúl-. Si todos hacen lo que yo, no faltarán víveres.

-Caballero -replicó Athos gravemente-, no seáis injusto y loco en vuestro egoísmo o en vuestro dolor, como queráis. Desde el instante en que marchéis a esa guerra con intención de morir en ella, de nadie necesitáis, y no valía la pena el que se os recomendase al señor de Beaufort. Desde el momento en que os consagráis al príncipe comandante y aceptáis la responsabilidad de un cargo en el ejército no es ya cuestión vuestra, sino de todos esos pobres soldados que tienen como vos un corazón y un cuerpo, y que llorarán la patria y sufrirán todas las necesidades de la condición humana. Tened entendido, Raúl, que el oficial es un ministro tan útil como un sacerdote, y que debe tener más caridad que éste.

-Señor, lo sabía y lo he practicado, lo habría hecho ahora; mas...

-Olvidáis también que sois de un país orgulloso con su gloria militar; id a morir, si queréis, pero no muráis sin honor y sin fruto para Francia. Vamos, Raúl, no os entristezcáis con mis palabras: os amo y os quisiera perfecto.

-Agradezco vuestras reconvenciones, señor -dijo dulcemente el joven-; me curan, me prueban que aún me ama alguien.

-Y ahora, partamos, Raúl, con este cielo tan bello, con este cielo tan puro, este cielo que encontraremos siempre sobre nuestras cabezas, que veréis más puro aún en Djidgelli, y que os hablará allá de mi, como aquí me habla de Dios.

Los dos hidalgos, después de ponerse de acuerdo, sobre este punto, hablaron de los locos modales del duque, convinieron en que Francia

quedaría servida de manera incompleta en el espíritu Y en la práctica de la expedición, y, habiendo resumido esa política en la palabra vanidad, se pusieron en marcha para obedecer a su voluntad más todavía que al destino.
El sacrificio estaba consumado.

CIV
LA FUENTE DE PLATA

El viaje fue grato. Athos y su hijo atravesaron toda la Francia, haciendo unas quince leguas por día, y a veces más, según que la pena de Raúl redoblaba en intensidad.
Tardaron quince días en llegar a Tolón, y perdieron completamente el rastro de Artagnan en Antibes.
Hemos de creer que el capitán de los mosqueteros había querido guardar el incógnito por aquellos parajes; porque Athos obtuvo de sus informes la seguridad de que habían visto al jinete que describía, cambiar sus caballos por un carruaje bien cerrado a partir de Aviñón.

Raúl desesperábase de no hallar a Artagnan. Faltábale a aquel corazón sensible la despedida y el consuelo de aquel corazón de acero.

Athos sabía por experiencia que Artagnan se hacía impenetrable cuando se ocupaba de un asunto serio, bien fuese por su cuenta o por servicio del rey. Hasta temía injurias - a su amigo o perjudicarle tomando demasiados informes. Sin embargo, cuando Raúl empezó sus trabajos de clasificación para la flotilla, y reunió las chalanas y alijadores para enviarlos a Tolón, uno de los pescadores dijo al conde que tenía su barco en carena desde un viaje que hiciera por cuenta de un caballero muy apresurado en embarcarse.

Athos, creyendo que aquel hombre mentía para quedar libre y ganar más dinero en la pesca que todos sus compañeros se hubiesen marchado, insistió en que le diese más detalles.

El pescador le manifestó que, hacía cosa de seis días, había venido un hombre a alquilarle su barca durante la noche para hacer una visita ala isla San Honorato. Ajustaron el precio mas el caballero llegó con una gran caja de carruaje que quiso embarcar a pesar de todas las dificultades que ofrecía aquella operación. El pescador quiso volverse atrás del ajuste, y llegó hasta amenazar; pero su amenaza sólo le valió una fuerte paliza que el caballero le aplicó muy lindamente en las espaldas. Irritado el pescador, acudió al sindico de sus cofrades de Antibes, quienes se protegen y hacen justicia entre sí; pero el caballero exhibió cierto papel a cuya vista el síndico, haciendo una profunda reverencia, intimó al pescador a obedecer, riñéndole por haberse resistido. Entonces partió el pescador con el cargamento.

-Pero todo eso -replicó Athos - no nos explica la avería del barco.

-Ahora veréis. Iba yo hacia San Honorato, como me había dicho el caballero; pero éste mudó de parecer y sostuvo que yo no podría llegar al sur de la abadía.

-¿Y por qué no?

-Porque enfrente de la torre cuadrada de los benedictinos, hacia la punta del sur, estaba él banco de los Monjes.

-¿Un escollo? -preguntó Athos.

-A flor de agua y debajo del agua; paso peligroso, pero que he atravesado mil veces. El caballero pidió que le dejara en Santa Margarita.

-¿Y qué?

-Pues bien, señor -exclamó el pescador con su acento provenzal-, uno es marino o no lo es, uno conoce su oficio o no es más que un pez de agua dulce. Yo me obstiné en pasar. El caballero me cogió por el cuello y me anunció tranquilamente que iba a estrangularme. Mi ayudante se armó de un hacha y yo de otra. Teníamos que vengar la afrenta de la noche. Pero el caballero echó mano a la espada, con movimientos tan vivos, que ni mi compañero ni yo pudimos acercarnos. Iba a arrojarle mi hacha a la cabeza, pues estaba en mi derecho, ¿no es verdad, señor?, porque un marino en su barco es el amo, cuando, de pronto, creedlo si queréis, señor, la caja de la carroza se abrió no sé cómo, y salió de ella una especie de fantasma que tenía cubierta la cabeza con un casco y una máscara negra, algo escalofriante de ver, que nos amenazó con el puño.

-¿Y quién era?

-El demonio señor, porque el caballero exclamó gozoso al verle: ¡Gracias, monseñor!".

-¡Es raro! -murmuró el conde mirando a Raúl.

-¿Qué hicisteis? -preguntó éste al pescador.

-Comprenderéis, señor, que dos pobres hombres como nosotros son ya muy poco contra dos gentileshombres, pero contra el diablo ... ¡ta, ta! Mi compañero y yo nos lanzamos al mar, a setecientos u ochocientos pies de la costa.

-¿Y luego?

-Luego, señor, como hacía un vientecillo de sudoeste, la barca siguió su rumbo y fue a meterse en las arenas de Santa Margarita.

-¿Y los dos viajeros?

-¡Bah! No paséis cuidado por ellos. Ahí veréis la prueba de que uno era el demonio y protegía al otro, porque, cuando volvimos a la barca, a nado, no encontramos ni la caja de la carroza.

-¡Raro, raro! -repitió el conde-. ¿Y qué hicisteis después amigo?

-Me quejé al gobernador de Santa Margarita, quien me puso el dedo en la boca diciéndome que, si le iba con paparruchas de esa naturaleza, me las pagaría a correazos.

-¿El gobernador?

-Sí, señor; y no obstante, mi barco estaba roto, y bien roto, puesto que la proa se quedó en el cabo de Santa Margarita, y el carpintero me pide ciento veinte libras por componerlo.

-Está bien -dijo Raúl-; quedaréis exento de servicio. Marchaos.

-¿Queréis que vayamos a Santa Margarita -dijo enseguida Athos a Bragelonne.

-Sí, señor; porque aquí hay algo que aclarar, y ese hombre me hace el efecto de no haber dicho la verdad.

-Y a mí también, Raúl. Esa historia del gentilhombre enmascarado y de la carroza desaparecida se parece a un cuento para ocultar la violencia

que ese rústico habrá cometido quizá en alta mar con su pasajero, para castigarle por la tenacidad con que insistió en embarcarse.

-He concebido también yo esa sospecha, y se me figura que la carroza contendría valores más bien que un hombre.

-Allá veremos, Raúl. Sin duda, ese caballero se asemeja mucho a Artagnan; reconozco sus maneras. ¡Ay, no somos ya los jóvenes invencibles de otro tiempo! ¡Quién sabe si el hacha o la barra de ese malvado marinero habría conseguido hacer lo que en cuarenta años no pudieron las espadas más finas de Europa ni las balas!

Aquel mismo día, partieron para Santa Margarita, a bordo de un quechemarín llegado de Telón expresamente.

La impresión que experimentaron al abordar fue un bienestar singular. La isla se hallaba llena de flores y frutas, y su parte cultivada servía de jardín al gobernador. Los naranjos, los granados, las higueras, inclinaban sus ramas bajo el peso de sus frutos de oro y azul. En torno de aquel jardín, en la parte más inculta, las perdices rojas corrían en bandadas sobre los espinos y las matas de enebro, y a cada paso que daban Raúl y el conde, un conejo asustado huía de entre las mejoranas y los brezos para meterse en su madriguera.

Efectivamente, aquella afortunada isla estaba deshabitada. Llana, con una sola ensenada para las embarcaciones, los contrabandistas, bajo la protección del gobernador, que iba también a la parte, servíanse de ella como depósito provisional, a condición de no matar la caza ni desvastar el jardín. Mediante ese compromiso, el gobernador se contentaba con una guarnición de ocho hombres para custodiar su fortaleza, en la que se enmohecían doce cañones. De consiguiente, aquel gobernador era un feliz colono que cosechaba vino, higos, aceite y naranjas, y hacía confitar sus limones y sus cidros al sol de sus casamatas.

La fortaleza rodeada de un foso profundo, su única defensa, levantaba como tres cabezas sus tres torrecillas, unidas entre sí por terrazas tapizadas de musgo.

Athos y Raúl pasearon por algún tiempo delante de las entradas del jardín, sin hallar a nadie que los introdujese en casa del gobernador. Y concluyeron por entrar en el jardín. Era el momento más caluroso del día.

Entonces todo se oculta bajo la hierba y bajo las piedras. El cielo extiende sus velos de fuego como para sofocar todo ruido y encubrir toda existencia. Las perdices bajo la retama, las moscas bajo las hojas, reposan como las olas bajo el cielo.

Athos sólo divisó sobre la terraza, entre el segundo y tercer patio, un soldado que llevaba una especie de cesta de provisiones sobre la cabeza. Aquel hombre volvió casi inmediatamente sin su cesta y desapareció en la sombra de la garita.

Athos comprendió que llevaba de comer a alguien, y que, después de hecho el servicio, volvía él mismo a comer.

De pronto oyó que llamaban, y, levantando la cabeza, divisó entre los hierros de una reja algo blanco, como una mano que se agitara, algo deslumbrador, como un arma herida por los rayos del sol.

Y, antes de que pudiera darse cuenta de lo. que contemplaba, un rastro luminoso, acompañado de un silbido en el aire, llamó su atención del

torreón al suelo. Un segundo ruido apagado hizóse oír en el foso, y Raúl corrió a coger una fuente de plata que fue rodando hasta las arenas áridas.

La mano que había arrojado aquella fuente hizo una seña a los dos caballeros, y desapareció en seguida.

Entonces, Athos y Raúl, aproximándose uno a otro, pusiéronse a examinar atentamente la fuente cubierta de polvo, y descubrieron, en el fondo, caracteres trazados con la punta de un cuchillo.

"Soy -decía la inscripción-, el hermano del rey de Francia hoy prisionero, demente mañana. ¡Hidalgos franceses y cristianos, rogad a Dios por el alma y la razón del hijo de vuestros amos!".

La fuente cayó de las manos de Athos, en tanto que Raúl trataba de penetrar el sentido misterioso de aquellas lúgubres palabras.

En aquel mismo momento se dejó oír un grito en lo alto del torreón. Raúl, pronto como un relámpago, inclinó la cabeza y obligó a su padre a inclinarla también. Un cañón de mosquete acababa de relucir en el crestón de la muralla. Una humarada blanca brotó como un penacho de la boca del mosquetero, y una bala vino a aplastarse contra una piedra, a seis pulgadas de los gentileshombres. Otro mosquete apareció y se inclinó.

-¡Hola! -exclamó Athos-. ¿Será cosa de que aquí asesinan a las gentes? ¡Bajad, cobardes!

-Sí, bajad! -repitió furioso Raúl amenazando con el puño al castillo. Uno de los agresores, el que iba a disparar el mosquete, contestó a aquellos gritos con una exclamación de sorpresa, y como su compañero tratara de continuar el ataque y cogiese el mosquete preparado ya, el que acababa de gritar levantó el arma, y salió el tiro al aire.

Viendo Athos y Raúl que desaparecía la gente de la plataforma, supusieron que vendrían a ellos, y aguardaron a pie firme.

No habían pasado cinco minutos, cuando un baquetazo sobre el tambor reunió a los ocho soldados de la guarnición, los cuales se formaron al otro lado del foso con sus mosquetes. Al frente de aquellos hombres estaba un oficial, a quien el vizconde de Bragelonne reconoció por el que disparó el primer tiro.

Aquel hombre ordenó a los soldados preparar las armas.

-¡Vamos a ser fusilados! -exclamó Raúl-. ¡Espada en mano a lo menos, y saltemos el foso! Bien podremos matar a dos de esos canallas, luego que descarguen sus mosquetes.

Y uniendo Raúl la acción al consejo, se lanzaba ya seguido de Athos, cuando resonó detrás de ellos una voz muy conocida.

-¡Athos! ¡Raúl- gritaba aquella voz.

-¡Artagnan! -exclamaron a un tiempo.

-¡Abajo las armas, muerte de Baco! -gritó el capitán a los soldados-. ¡Bien seguro estaba yo de lo que decía!

Los soldados bajaron sus mosquetes.

-¿Qué nos sucede? ¿Tratan de fusilarnos sin avisar siquiera?

-Yo era el que os iba a fusilar -replicó Artagnan-, y si el gobernador erró el tiro, no le hubiese errado yo, queridos amigos. ¡No ha sido poca fortuna el que hayan contraído el hábito de apuntar con detención, en vez de disparar de pronto. Me pareció reconoceros. ¡Qué dicha, mis queridos amigos!

Y Artagnan se enjugaba la frente, porque había corrido con todas sus fuerzas, y no era fingida en él la emoción.

-¡Cómo! -dijo el conde ¿Ese señor que ha disparado contra nosotros es el gobernador de la fortaleza?

-En persona.

-¿Y por qué deseaba matarnos? ¿Qué le hemos hecho?

-¡Pardiez! Recibir lo que el prisionero os ha arrojado.

-Es verdad!

-Esa fuente. .. el preso ha escrito algo en ella, ¿no es verdad?

-Sí.

-Ya me lo sospechaba. ¡Ah, Dios mío!

Y Artagnan, con todas las muestras de una inquietud mortal, se apoderó de la fuente para leer la inscripción. Cuando la hubo leído la palidez cubrió su rostro.

-¡Oh Dios mío! -repitió.

-¿Conque es cierto -preguntó Athos a media voz.

-¡Silencio. Viene el gobernador!

-¿Y qué nos ha de hacer? ¿Ha sido culpa nuestra?

-¡Silencio! -repitió-. ¡Os digo que silencio! si llegan a creer que sabéis leer, si supone que habéis comprendido, mucho os quiero, amigos míos, me haría matar por vosotros... pero...

-¿Pero qué? -dijeron Athos y Raúl.

-No os salvaría de una prisión perpetua si os salvaba de la muerte. ¡Silencio, pues, silencio!

El gobernador llegaba, habiendo franqueado el foso por una pasarela de tablas.

-¡Vamos -exclamó-. ¿Que os detiene?

-Sois españoles y no comprendéis una palabra de francés -dijo vivamente el capitán, bajo, a sus amigos-. Razón tenía yo -prosiguió dirigiéndose al gobernador-; estos señores son dos capitanes españoles, a quienes conocí en Ypres el año pasado, y que no entienden una palabra de francés.

-¡Ah- exclamó el gobernador con cierto miramiento, procurando leer la inscripción de la fuente. Artagnan se la quitó de las manos, borrando los caracteres con la punta de la espada.

-¡Cómo! -exclamó el gobernador-. ¿Qué hacéis? ¿No puedo leer eso?

-Es secreto de Estado -contestó resueltamente Artagnan-, y, puesto que sabéis, según la orden del rey, que hay pena de muerte contra todo el que llegue a penetrarlo, voy, si queréis, a permitiros leer y haceros fusilar inmediatamente.

Durante este apóstrofe, medio grave y medio irónico, Athos y Raúl guardaban un silencio lleno de la mayor sangre fría.

-Pero es imposible -replicó el gobernador- que esos caballeros no comprendan siquiera algunas palabras.

-¡Ah, no! Aun cuando comprendieran lo que se habla, no leerían lo que se escribe. No lo leerían ni en español. Un noble español no debe saber leer nunca.

Necesario fue que el gobernador se contentase con esa explicación; pero era obstinado.

Invitad a esos señores a que vengan al fuerte.

-Me parece bien; iba a proponerlo -replicó Artagnan.

El hecho es que el capitán tenía otra idea, y que hubiera querido ver a sus amigos a cien leguas. Pero no tuvo más remedio que acceder. Dirigió en español una invitación a los dos caballeros, que ellos aceptaron.

Se encaminaron todos a la entrada del fuerte y, orillado ya el asunto, volvieron los ocho soldados a sus gratos ocios, turbados un momento por aquella inesperada aventura.

CV
CAUTIVO Y CARCELEROS

Una vez en el fuerte, y mientras el gobernador hacía algunos preparativos para recibir a sus huéspedes:

-Vamos -dijo Athos-, una palabra de explicación ahora que nos hallamos solos.

-He aquí sencillamente -respondió el mosquetero-. He conducido a la isla un preso a quien el rey ha prohibido se le vea; llegáis vosotros, y el preso os arroja un objeto por el ventanillo de su prisión; yo estaba comiendo con el gobernador, veo arrojar aquel objeto, veo que Raúl lo recoge, y, como no necesito mucho tiempo para comprender, comprendí creyéndoos en inteligencia con mi prisionero. Entonces...

-Entonces„ mandasteis que nos fusilasen.

-¡Por mi honor! Lo confieso; pero si fui el primero en saltar sobre un mosquete, afortunadamente fui el último en apuntar.

-Si me hubieseis muerto, Artagnan, habría tenido la dicha de morir por la casa real de Francia, y el insigne honor de morir por vuestra mano, por la mano de su más insigne y leal defensor.

-¡Bueno! ¿Qué me contáis, Athos, de la casa real? -balbució Artagnan-. ¿También vos, que sois tan cuerdo e ilustrado, creéis en esas locuras escritas por un insensato?

-Creo en ellas.

-Con tanta más razón, mi querido caballero, cuanto que tenéis orden de matar a los que crean en ellas -continuó Raúl.

-Porque -replicó el capitán de los mosqueteros- toda calumnia, con tal que sea absurda, tiene la probabilidad casi segura de hacerse popular.

-No, Artagnan -replicó Athos en voz baja-, porque el rey no quiere que en el pueblo se trasluzca el secreto de su familia y cubra de infamia a los verdugos del hijo de Luis XIII.

-Vamos, vamos, no digáis esas puerilidades, Athos, o no creeré ya en vuestra sensatez. Además, decidme, ¿cómo Luis XIII iba a tener un hilo en las islas de Santa Margarita?

-Un hijo que habéis traído aquí, enmascarado, en el barco de un pescador -repuso Athos-, por qué no?

El capitán quedó parado.

-¡Ah, ah! -dijo-. ¿De dónde sabéis que en un barco pesquero...?

-¿Os ha traído a Santa Margarita con la carroza en que venía encerrado el preso, el preso a quien tratabais de monseñor? ¡Oh, lo sé! -prosiguió el conde.

Artagnan se mordió el bigote. -Y aun cuando sea verdad que haya traído aquí en un barco y con una carroza a un preso enmascarado, nada prueba que sea un príncipe... un príncipe de la casa de Francia. -¡Oh! Preguntádselo a Aramis contestó Athos con frialdad.

-¿A Aramis? -exclamó el mosquetero cortado-. ¿Habéis visto a Aramis?

-Después de su desastre en Vaux, sí, he visto a Aramis fugitivo, perseguido, y Aramis me ha dicho lo bastante para dar crédito a las quejas que ese infeliz ha grabado en la fuente de plata.

Artagnan dejó caer su cabeza con abatimiento.

-¡Ahí tenéis -dijo- cómo se burla Dios de lo que los hombres llaman su sabiduría! ¡Lindo secreto, cuyos hilos tienen en la actualidad doce o quince personas!... Athos, maldigo la casualidad que os ha puesto frente de mí en este asunto, porque ahora...

-¡Y qué -dijo Athos con su severa dulzura-. ¿Se ha perdido por ventura vuestro secreto porque yo lo sepa? ¿No los he llevado bien pesados en mi vida? Apelo a vuestra memoria, querido amigo.

-Es que jamás habéis sorprendido ninguno tan peligroso -respondió Artagnan con tristeza-. Tengo como un siniestro presentimiento de que todos los partícipes de este secreto morirán, y morirán mal.

-¡Cúmplase la voluntad de Dios, Artagnan! Aquí tenéis a vuestro gobernador.

El capitán y sus amigos volvieron a desempeñar sus papeles.

El gobernador, suspicaz y duro, mostraba a Artagnan una cortesía extremada. Se contentó con poner buena cara a los viajeros y observarlos atentamente.

Athos y Raúl advirtieron que trataba de sorprenderlos con preguntas repentinas y miradas a hurtadillas; mas ni el uno ni el otro se desconcertó.

Lo que había dicho Artagnan pudo parecer verosímil, si el gobernador no lo creyó verdadero.

Levantáronse de la mesa para ir a reposar.

-¿Cómo se llama ese hombre? Malas trazas tiene -dijo Athos en español a Artagnan.

-Saint-Mars -contestó el capitán.

-¿Ese será, pues, el carcelero del joven príncipe?

-¿Lo sé yo acaso? Tal vez haya venido yo a Santa Margarita para siempre.

-¿Vos? ¡Vamos!

-Amigo mío, estoy en la situación del hombre que encuentra un tesoro en medio de un desierto. Querría llevárselo, y no puede; querría dejarlo, y no se atreve. El rey no me permitirá volver, por temor de que otro cualquiera sea menos vigilante que yo, y siente no tenerme cerca, pues, sabe que nadie le servirá tan bien a su lado. Por lo demás, Dios sabe lo que sucederá.

-Por lo mismo que nada sabéis de cierto -replicó Raúl-, creo que vuestra situación aquí es previsional, y que regresaréis a París.

-Preguntad a esos señores -interrumpió Saint-Mars-, lo que deseaban hacer en Santa Margarita.

-Habiendo sabido que en San Honorato había un convento de benedictinos, y en Santa Margarita una buena caza, han venido atraídos por la curiosidad de viajeros.

-Pues la tienen a su disposición -repuso Saint-Mars-, así como está a la vuestra.

Artagnan dio las gracias.

-¿Cuándo marchan? -añadió el gobernador.

-Mañana -contestó Artagnan. El señor de Saint-Mars fue a hacer su ronda, y dejó a Artagnan sólo con los supuestos españoles.

-¡Oh! -exclamó el mosquetero-. He aquí una vida y una sociedad que me convienen poco. Mando en ese hombre, y me incomoda grandemente. Vaya, ¿queréis que disparemos unos cuantos tiros a los conejos? El paseo será encantador, y no nos cansaremos mucho. La isla no tiene más que legua y media de largo, sobre media de ancho; un verdadero parque. Divirtámonos.

-Vamos adonde queráis, Artagnan, no para divertirnos, sino para hablar libremente.

Artagnan hizo una seña a un soldado, que la comprendió. Trajo éste escopetas de caza a los caballeros, y se volvió al fuerte.

-Y ahora -dijo el mosquetero-, responded a la pregunta que hacía ese negro Saint-Mars.

-¿A qué habéis venido a las islas Lerens?

-A deciros adiós.

-¿A decirme adiós? ¿Cómo es eso? ¿Parte Raúl?

-Sí.

-Apuesto a que se va con el señor de Beaufort.

-Con el señor de Beaufort. ¡Oh! Siempre adiviná is, querido amigo.

-La costumbre...

Mientras los dos amigos entablaban su conversación, Raúl, con la cabeza pesada y el corazón inquieto, se había' sentado sobre rocas musgosas, con el mosquete sobre las rodillas, y, mirando el mar, mirando el cielo, escuchando la voz de su alma, dejaba poco a poco alejarse de él, a los cazadores.

Artagnan observó su ausencia.

-Continúa lo mismo, ¿no es verdad? -dijo a Athos.

-¡Está herido de muerte!

-¡Oh! Me parece que exageráis. Raúl tiene buen temple. En todos los corazones tan nobles, hay una segunda envoltura que los acoraza. La primera sangra, la segunda resiste.

-No dijo Athos-. Raúl morirá.

-¡Pardiez! -exclamó Artagnan sombrío.

Y no añadió una palabra a esa exclamación. Después de un momento:

-¿Por qué le dejáis partir? -preguntó.

-Porque él lo quiere.

-¿Y por qué no os vais con él?

-Porque no quiero verlo morir.

Artagnan miró a su amigo a la cara.

-Ya sabéis -continuó el conde apoyándose en el brazo del capitán-, que a muy pocas cosas he tenido miedo en mi vida. Pues bien, siento un

miedo incesante, roedor, insuperable; tengo miedo de llegar al día en que me encuentre con el cadáver de este hijo en mis brazos.

-¡Oh! -exclamó Artagnan-. ¡Oh!

-Morirá, lo sé, estoy convencido de ello y no quiero verle morir.

-¡Cómo, Athos! Os encontráis con el hombre más bravo que decís haber conocido, vuestro Artagnan, ese hombre sin igual, como le llamábais en otro tiempo, ¿y vais a decirle, con los brazos cruzados, que sentís miedo de ver muerto a vuestro hijo, vos que habéis visto todo lo que se puede ver en este mundo? Vamos, ¿por qué tenéis ese miedo, Athos? El hombre, en la tierra, debe estar dispuesto a todo, arrostrarlo todo.

-Escuchad, amigo mío: después de haberme gastado en esta tierra de que habláis, no he conservado más que dos religiones: la de la vida, mis amistades, mis deberes de padre, y la de la eternidad, el amor y el temor de Dios. Ahora, tengo en mí la revelación de que, si Dios permitiese que mi amigo o mi hijo exhalasen en mi presencia su último suspiro... ¡Oh! No, no quiero ni aun deciros esto, Artagnan.

-¡Decid!, ¡decid!

-Soy fuerte contra todo, excepto contra la muerte de aquellos a quienes amo. Para esto solamente no hay remedio. Quien muere, gana, quien ve morir, pierde. No. ¡Oh, saber que no he de llegar a ver nunca jamás sobre la tierra al que veía en ella con alegría; saber que en ninguna parte están ya Artagnan o Raúl! ¡Oh! ... Soy viejo, ya veis que no tengo valor; ruego a Dios que me perdone esa flaqueza; pero, si me hiriese de frente, de ese modo, le maldeciría. ¡Un gentilhombre cristiano no debe maldecir a su Dios, Artagnan; harto tiene con haber maldecido a un rey!

-¡Hum!... -exclamó Artagnan, algo sublevado por aquella violenta tempestad de dolores.

-Artagnan, amigo mío, vos que amáis a Raúl, vedle -añadió, señalando a su hijo-; ved esa tristeza que no le abandona jamás. ¿Conocéis nada más terrible que asistir minuto por minuto a la agonía incesante de ese pobre corazón?

-Dejad que le hable, Athos. ¿Quién sabe?

-Probad; mas tengo el convencimiento de que no lograréis nada.

-No le daré consuelos, le serviré.

-¿Vos?

-Sí, por cierto. ¿Será la primera vez que una mujer se arrepienta de una infidelidad? Repito que voy a hablarle.

Athos sacudió la cabeza y continuó solo el paseo. Artagnan, saltando por entre las malezas, se fue a Raúl y le tendió la mano.

-Y bien -dijo Artagnan a Raúl-. ¿De qué tenéis que hablarme?

-Tengo que pediros un favor -contestó el vizconde.

-Pedidlo.

-¿Volveréis algún día a Francia?

-Así lo espero.

-¿Es preciso que yo escriba a la señorita de La Valliére?

-No, no hay necesidad.

-Tengo tantas cosas que decirle! -Venid a decírselas vos mismo.

-¡Jamás!

-Pues bien, ¿qué virtud atribuís a una carta que no pueda tener vuestra palabra?

-Tenéis razón.

-Ella ama al rey -dijo brutalmente el capitán-, y es una muchacha honrada.

Raúl se estremeció.

-Y a vos, a pesar de que os abandona, os ama tal vez mas que al rey, pero de otra manera.

-Artagnan, ¿creéis que ella ama al rey?

-Le ama hasta la idolatría. Es un corazón inaccesible a cualquier otro sentimiento. Aun cuando continuaseis viviendo a su lado, nunca seríais más que su mejor amigo.

-¡Ah! -exclamó Raúl con impulso apasionado hacia aquella esperanza.

-¿Lo queréis así? -Sería cobarde.

-Ved ahí una palabra absurda que podría darme mala idea de vuestro espíritu. Raúl, nunca es cobarde, lo entendéis, hacer lo impuesto por causa mayor. Si vuestro corazón os dice: "Ve allí, o muere", id, pues, Raúl. ¿Ha sido cobarde o valiente, ella que os quería, prefiriendo al rey, a quien su corazón le exigía imperiosamente preferir? No, ella ha sido la más valerosa de todas las mujeres. Haced, pues, como ella; seguid vuestra inclinación. ¿Sabéis una cosa de que no tengo duda, Raúl?

-¿Cuál?

-Es que viéndola de cerca, con los ojos de un hombre celoso ...

-¿Y qué?

-Dejaréis de amarla.

-Me decidís, mi querido Artagnan.

-¿A partir para volverla a ver? No; a partir para no verla jamás. Quiero amarla siempre. -Francamente -replicó el mosquetero-, he ahí una conclusión que estaba muy lejos de esperar. -Esperad, amigo mío; vos iréis a verla, y le daréis esta carta, que, si la juzgáis a propósito, le explicará como a vos lo que pasa en mi corazón. Leedla; la he escrito esta noche. El corazón me decía que os vería hoy.

Y tendió la carta al capitán, quien la leyó:

"Señorita, no os culpo por no amarme. Sólo os culpo por haberme dejado creer que me amabais. Este error me costará la vida. Os perdono„ mas no me perdono yo. Dícese que los amantes dichosos son sordos a las quejas de los amantes desdeñados. No os sucederá así a vos, que no me amabais, pero que no oiréis mis quejas sin ansiedad. Estoy seguro que, si hubiese insistido para cambiar esta amistad en amor, hubierais cedido por temor dé ocasionar mi muerte o aminorar la estimación que os profesaba. Me es mucho más dulce morir sabiendo que sois libre y feliz...

"Así, ¡cuánto me amaréis cuando no temáis ya mi mirada o mi reproche! Me amaréis, sí, pues por encantador que os parezca un nuevo amor, Dios no me ha hecho inferior en nada al que habéis elegido, y mi afecto, m sacrificio, mi doloroso fin, me asegurarán a vuestros ojos una superioridad indudable sobre él. He dejado escapar en la ingenua credulidad de mi corazón, el tesoro que tenía. Muchas personas me dicen que me habíais amado lo bastante para llegar a amarme mucho. Tal idea me quita toda amargura y me induce a no mirar como enemigo más que a mí solo...

"Aceptaréis este último adiós, y me agradeceréis el haberme refugiado en el inviolable asilo en que se apaga todo odio y se eterniza todo amor.

'Adiós, señorita. Si fuese necesario comprar vuestra dicha con toda mi sangre, mi sangre daría yo. ¡Ya tengo hecho por ella el sacrificio con mi infortunio!

"RAÚL, VIZCONDE DE BRAGELONNE."

-La carta está bien -dijo Artagnan-. Sólo una cosa no apruebo. -¡Decid cuál! -murmuró Raúl.

-Es que lo dice todo, menos lo que se exhala como un veneno mortal de vuestros ojos, de vuestro corazón; menos el amor insensato que os abrasa aún.

Raúl palideció y callo.

-Sólo deberíais haber escrito estas palabras: Señorita, en vez de maldeciros, os amo y muero."

-Es verdad -dijo Raúl con alegría siniestra.

Y, desgarrando la carta que acaba de recobrar, escribió las siguientes palabras sobre una hoja de su librito de notas:

"Para tener la dicha de deciros todavía que os amo, cometo la cobardía de escribiros, y, para castigarme de esa cobardía, muero."

Y firmó.

-¿Le entregaréis este librito, ¿no es verdad, capitán? -preguntó a Artagnan.

-¿Cuándo? -dijo éste.

-El día -dijo Bragelonne, señalándole la última frase-; el día en que escribáis la fecha debajo de estas palabras.

Y escapó de pronto y corrió a reunirse con Athos, que volvía a pasos lentos.

Entretanto, la mar alborotábase, y con la rápida influencia de las turbonadas que agitan el Mediterráneo, el mal humor del elemento se convirtió en tempestad.

Algo informe y agitado apareció a su vista a la orilla de la playa.

-¿Qué es eso? -preguntó Athos-. ¿Alguna barca estrellada?

-No es una barca -dijo Artagnan.

-Perdonad -replicó Raúl-; es una barca que gana rápidamente el puerto.

-Hay, efectivamente, una barca en la ensenada, una barca que hace bien en abrigarse aquí; pero lo que divisa Athos en la arena... encallado . . .

-Sí, sí, ya veo.

-Es la carroza que yo tiré al mar al abordar con el preso. -Pues bien -dijo Athos-, si me creéis, Artagnan, quemaréis la carroza, a fin de que no quede vestigio de ella; sin lo cual, los pescadores de Antibes, que han creído tener que habérselas con el diablo, tratarán de probar que vuestro preso no era más que un hombre.

-Alabo vuestro consejo, Athos, y esta noche lo haré ejecutar, o mejor, voy a ejecutarlo yo mismo; pero entremos, porque va a llover, y los relámpagos son muy también.

Al pasar sobre la muralla, por una galería cuya llave tenía el capitán, vieron al señor de Saint-Mars dirigirse a la habitación ocupada por el preso.

A una señal de Artagnan ocultáronse en el ángulo de la escalera.

-¿Qué hay? -dijo Athos. -Vais a verlo. Mirad. El preso vuelve de la capilla.

Y vieron, a la luz de los rojos relámpagos, en la bruma violenta que esfumaba el viento sobre el fondo del cielo, vieron pasar gravemente, a seis pasos detrás del gobernador, a un hombre vestido de negro y enmascarado con una visera de acero bruñido, soldada a un casco del mismo metal, y que le cubría toda la cabeza. El fuego del cielo despedía leonados reflejos sobre aquella superficie lisa, y sus reflejos revoloteaban caprichosamente, como si fueran las miradas embravecidas que lanzaba aquel desgraciado, a falta de. imprecaciones.

En medio de la galería, el preso se detuvo un instante para contemplar el horizonte infinito, para respirar los sulfurosos perfumes de la tempestad, para beber ávidamente la templada lluvia, y lanzó un suspiro semejante a un rugido. -Venid, señor -dijo bruscamente Saint-Mars al prisionero, porque le inquietaba verle mirar mucho tiempo más allá de las murallas ¡Señor, vamos, vamos!

-Decid, monseñor -gritó Athos desde su rincón a Saint-Mars, con voz tan solemne y terrible, que el gobernador se estremeció de pies a cabeza.

Athos quería siempre respeto para la majestad caída.

-El preso se volvió.

-¿Quién ha hablado? -dijo Saint-Mars.

-Yo -contestó Artagnan, mostrándose al instante-. Ya sabéis que ésa es la orden.

-No me llaméis ni señor ni monseñor -dijo a su vez el prisionero con, voz que conmovió a Raúl hasta el fondo de sus entrañas-, llamadme: ¡MALDITO!

Y pasó.

La puerta de hierro rechinó detrás de él.

-¡He ahí un hombre desgraciado! -murmuró sordamente el mosquetero, señalando a Raúl la cámara habitada por el príncipe.

CVI
LAS PROMESAS

Apenas volvió Artagnan a su habitación con sus amigos, cuando uno de los soldados del fuerte vino a avisarle que el gobernador le buscaba.

La barca que Raúl había distinguido en el mar y que parecía tener tanta prisa por llegar al puerto, venía a Santa Margarita con un despacho importante para el capitán de los mosqueteros.

Al abrir Artagnan el pliego, reconoció la letra del rey. "Supongo, decía Luis XIV, que habréis acabado de cumplir mis órdenes, señor de Artagnan; volved, pues inmediatamente a París a verme en el Louvre."

-¡Por fin veo terminado mi destierro! -exclamó gozoso el mosquetero-. ¡Alabado sea Dios! ¡Ceso de ser carcelero!

Y enseñó la carta a Athos.

-Así, ¿nos dejáis? -dijo éste tristemente.

-Para volvernos a ver, querido amigo, pues Raúl es un buen muchacho, que marchará solo con el señor de Beaufort y preferirá dejar que su

padre regrese en compañía de Artagnan que obligarle que camine solo doscientas leguas para volver a la Fére, ¿no es verdad, Raúl?

-¡Ciertamente! -murmuró éste con un sentimiento de ternura. -No, amigo mío -interrumpió Athos-; no me separaré de Raúl sino el día en que su barco haya desaparecido en el horizonte. Mientras permanezca en Francia, no se halla separado de mí.

-Como gustéis, querido amigo; pero a lo menos partiremos juntos de Santa Margarita. Servíos del barco que va a conducirme a Antibes.

-Con mil amores; nada deseo como verme pronto lejos de este fuerte y del espectáculo que nos ha entristecido hace poco.

Los tres amigos abandonaron la pequeña isla, después de despedirse del gobernador, y, en los postreros fulgores de la tempestad que se alejaba, vieron por última vez blanquear las murallas del fuerte.

Artagnan despidióse de sus amigos aquella misma noche, después de ver en la costa de Santa Margarita el fuego de la carroza incendiada por orden del señor de Saint-Mars, según encargo que le hiciera el capitán.

Antes de montar a caballo, y al separarse de los brazos de Athos:

-Amigos -dijo-, os parecéis

mucho a dos soldados que abandonan su puesto. Una voz interior me dice que Raúl necesitaría teneros a su lado. ¿Queréis que pida ir a África con cien buenos mosqueteros? El rey no me lo negará, y os llevaré conmigo.

-Señor de Artagnan -contestó Raúl estrechándole la mano con efusión-, gracias por ese ofrecimiento que nos daría más de lo que deseamos el conde y yo. Soy joven, necesito trabajo de alma y de cuerpo, y el señor conde necesita un gran reposo. Sois su mejor amigo, y os lo recomiendo. Al velar por él tendréis nuestras dos almas en vuestra mano.

-Es necesario marchar; veo que se impacienta mi caballo -dijo Artagnan, en quien la señal mas evidente de una viva impresión era el cambio de ideas en una conversación-. Veamos, conde: ¿cuántos días le quedan a Raúl de estar aquí?

-Tres a lo sumo.

-¿Y cuántos emplearéis vos para volver a vuestra casa?

-¡Oh, mucho tiempo! -respondió Athos-. No quiero separarme tan aprisa de Raúl. Con demasiada velocidad lo llevará el tiempo por su lado, para que yo no trate de favorecer la distancia. Pienso hacer medias jornadas.

-¿Por qué, amigo mío? No hay cosa más triste que caminar lentamente, y la vida de las hosterías sienta muy mal a un hombre como vos.

-Amigo mío, he venido con caballos de posta; pero quiero comprar dos caballos finos. Para que lleguen descansados, sería una imprudencia hacerlos caminar más de siete u ocho leguas por día.

-¿Dónde se halla Grimaud?

-Ayer mañana llegó con el equipaje de Raúl, y le he dejado que duerma.

-Es cosa de no volver sobre ello -dejó escapar Artagnan-. Hasta la vista, pues, querido Athos. Si os dais prisa, os abrazaré más pronto. Dicho esto, puso el pie en el estribo, que vino a tenerle Raúl.

-¡Adiós! -dijo el joven abrazándole.

-¡Adiós! -dijo Artagnan subiendo a la silla.

Su caballo hizo un movimiento, que separó al jinete de sus amigos.

Esta escena verificábase delante de la casa elegida por Athos, a las puertas de Antibes, y a la que Artagnan había mandado, después de comer, que le trajesen sus caballos.

Empezaba allí el camino, y se extendía blanco y tortuoso en los vapores de la noche. El caballo respiraba con fuerza el acre olor salino que despedían los aguazales.

Artagnan tomó el trote, y Athos emprendió melancólicamente la vuelta con Raúl.

De pronto oyeron acercarse el ruido de las pisadas del caballo, y en un principio creyeron que fuese una de esas repercusiones raras que engañan los oídos a cada revuelta de los caminos.

Pero era realmente que Artagnan volvía a galope en busca de sus amigos. Estos exhalaron un grito de alegre sorpresa, y el capitán, saltando a tierra como un joven, corrió a estrechar en sus brazos las dos cabezas queridas de Athos y de Raúl.

Túvolos abrazados largo tiempo sin decir palabra, sin dejar escapar el suspiro que desgarraba su pecho. Luego, con la misma rapidez que vino, volvió a marchar apoyando ambas espuelas en los ijares del caballo furioso.

-¡Ay! -dijo el conde por lo bajo-. ¡Ay!

-¡Mal presagio! -decía por su parte Artagnan, recuperando el tiempo perdido-. No he podido sonreírles. ¡Mal presagio!

Al día siguiente se hallaba ya Grimaud en pie. El servicio mandado por el señor de Beaufort se cumplía felizmente. La flotilla, dirigida a Tolón por los cuidados de Raúl, había partido, arrastrando detrás, en pequeñas barquillas, casi invisibles, las mujeres y los amigos de los pescadores y de los contrabandistas, reclutados para el servicio de la escuadra.

El tiempo tan corto que les quedaba a padre e hijo para estar juntos, parecía haber doblado su rapidez, como aumenta la velocidad de todo lo que se acerca a sumirse en el abismo de la eternidad.

Athos y Raúl regresaron a Tolón, que se ensordecía al ruido de las carretas, de las armaduras y de los caballos relinchantes. Las trompetas tocaban sus marchas, los tambores redoblaban con vigor, las calles rebosaban de soldados, de criados, de vendedores.

El duque de Beaufort acudía a todas partes, activando el embarque con la solicitud e interés de un buen capitán. Agasajaba hasta a sus más humildes compañeros; reñía hasta a sus mejores tenientes.

Artillería, provisiones, bagajes, todo quiso verlo por sí mismo; examinó el equipo de cada soldado, se aseguró de la salud de cada caballo. Echábase de ver que, aunque ligero y egoísta en su casa, el gentilhombre se hacía soldado, el gran señor capitán, ante la responsabilidad que había aceptado.

Sin embargo, necesario es decirlo, a pesar de todo el cuidado que presidió a los preparativos de la marcha, reconocíase en ellos la precipitación imprevisora y la falta de toda precaución que hacen del soldado francés el primer soldado del mundo, porque es el más abandonado a sus propios recursos físicos y morales.

Habiendo el almirante quedado satisfecho de todo felicitó a Raúl, y dio las últimas órdenes para la franquía, que fue fijada para el día siguiente al amanecer.

Invitó al conde y a su hijo a comer con él. Estos pretextaron algunas ocupaciones del servicio y se apartaron. Fueron á su hostería, situada bajo los árboles de la Plaza Mayor, despacharon aprisa la comida, y Athos llevó a Raúl a las rocas que dominan la ciudad, enormes montañas cenicientas, desde donde la vista se extiende a lo infinito y abraza un horizonte líquido que parece, por su distancia, estar al nivel de las mismas rocas.

La noche era hermosa como siempre en aquellos benignos climas. La luna, levantándose detrás de las rocas, extendíase como un lienzo plateado sobre la alfombra azul del mar. En la rada, maniobraban silenciosamente los barcos que venían a ocupar su puesto para facilitar el embarque.

El mar, cargado de fósforo, se abría bajo las quillas de los barcos que transbordaban los bagajes y las municiones; cada sacudida de la proa revolucionaba aquel abismo de llamas blancas, y de cada remo goteaban los diamantes líquidos.

Oí a los marineros, alegres con las liberalidades del almirante, murmurar sus canciones lentas e ingenuas. A veces, el rechinamiento de las cadenas se mezclaba al ruido de las balas de cañón cayendo en las casas. Aquel espectáculo y aquellas armonías oprimían el corazón como el temor, y lo dilataban como la esperanza. Toda aquella vida sentía a la muerte.

Athos sentóse con su hijo sobre los musgos y breñas del promontorio. Alrededor de su cabeza pasaban y volvían a pasar los murciélagos, arrebatados en el rápido torbellino de su ciega caza. Los pies de Raúl caían fuera del borde de la costa, en ese vacío que puebla el vértigo y que provoca a la nada.

Luego que la luna apareció plenamente, acariciando con su resplandor los picos inmediatos, y el espejo del agua quedó iluminado en toda su extensión, y las rojas lucecitas hendieron las masas negras
de cada buque, Athos, reuniendo todas sus ideas y todo su valor, dijo:

-Dios ha hecho esto que vemos, Raúl; nos ha hecho también a nosotros, míseros átomos mezclados a este gran universo; brillamos como esos fuegos y esas estrellas, suspiramos como esas olas, sufrimos como esos barcos que se gastan surcando el agua, obedeciendo al viento que los arrastra hacia un objeto, como el soplo de Dios nos empuja hacia un puerto. Todo se complace en vivir, Raúl, y todo es hermoso en las cosas que viven.

-Señor -repuso el joven-, tenemos ahí, en efecto, un bello espectáculo.

-¡Qué bueno es Artagnan! -interrumpió de pronto Athos-. ¡Y que rara felicidad es haber podido fiar uno su vida entera en un amigo como ése! Ahí tenéis lo que os ha hecho falta, Raúl.

-¿Un amigo? -dijo el joven-. ¿Me ha hecho falta un amigo?

-El señor de Guiche es un camarada agradable -replicó el conde fríamente-; pero creo que en la época en que vivís, los hombres se cuidan más de sus asuntos y de sus placeres que en nuestro tiempo. Habéis buscado la vida aislada, y eso es una fortuna; mas habéis perdido en ella la fuerza. Nosotros cuatro, algo apartados de esas delicadezas que constituyen vuestra alegría, hemos encontrado más resistencia cuando aparecía la desgracia.

-No os he contenido, señor, para deciros que tenía un amigo, y que ese amigo es el señor de Guiche. Es bueno de veras, y me quiere. He vivido

bajo la tutela de otra amistad, tan fuerte y preciosa como las de que hablábais, ya que es la vuestra.

-Yo no era un amigo para vos, Raúl.

-¿Y por qué, señor?

-Porque os he dado lugar a creer que la vida no tiene más que una fase; porque, triste y severo, ¡ay!, he cortado siempre para vos, sin quererlo, ¡Dios mío!, los alegres retoños que brotan sin cesar del árbol de la juventud; en una palabra, porque, en los padecimientos actuales, me arrepiento de no haber hecho de vos un hombre expansivo, disipado, bullicioso.

-Sé por qué me decís eso, señor. No, os engañáis, no sois vos quien me ha hecho lo que soy, sino ese amor que se apoderó de mí en el momento en que dos niños no tienen más que inclinaciones; la constancia natural a mi carácter, que en las otras criaturas no es más que un hábito, creí que estaría siempre como estaba, y que el cielo me había puesto en un camino recto y desembarazado; costeado de frutos y de flores. Tenía sobre mí vuestra vigilancia y vuestra fuerza. Me creí fuerte y prevenido. Nada me ha preparado: he caído una vez, y esa caída me ha destrozado. ¡Oh! No, no estáis en mi pasado sino para mi felicidad; no estáis en mi porvenir sino como una esperanza. No, no tengo nada que reprochar a la vida tal como vos me la habéis formado; os bendigo y os amo con toda mi alma.

-Mi querido Raúl, vuestras palabras me causan mucho bien. Ellas me demuestran que haréis algo por mí, en el tiempo que llega.

-Todo lo haré por vos, señor.

-Raúl, lo que nunca he hecho por vos, lo haré- en lo sucesivo. Seré vuestro amigo, no ya vuestro padre. Viviremos en una grata efusión, en vez de aislarnos, luego que volváis, que será pronto, ¿no es cierto?

-Cierto, señor, pues una expedición de esta naturaleza no puede ser larga.

-Muy pronto entonces, Raúl, muy pronto, en lugar de vivir modestamente con mis rentas, os entregaré el capital de mis tierras. Os bastará para lanzaros en el mundo hasta mi muerte, y vos me daréis, lo espero, antes de ese tiempo, el consuelo de no dejar extinguir mi estirpe.

-Haré todo cuanto me mandéis -replicó Raúl muy agitado.

-No quisiera, Raúl, que vuestro servicio de edecán os llevara a hacer tentativas aventuradas. Habéis hecho ya vuestras pruebas, y estáis acostumbrado al fuego. Tened presente que la guerra de los árabes es una guerra de lazos, emboscadas y asesinatos.

-Así dicen, señor.

-Hay siempre poca gloria en caer en una asechanza. Es muerte que denota algo de temeridad o imprevisión. Muchas veces ni se compadece al que ha sucumbido así. Los que no son compadecidos, Raúl, son muertos inútiles. Además, el vencedor se ríe, y no debemos permitir que esos infieles estúpidos triunfen por nuestras faltas. ¿Comprendéis bien lo que os quiero decir, Raúl? ¡No quiera Dios que os exhorte a manteneros lejos de los encuentros!

-Soy prudente por naturaleza, señor, y tengo mucha suerte -dijo Raúl con un suspiro que heló el corazón del desgraciado padre-; porque -se apresuró a añadir el joven- en veinte combates en que me he hallado no he recibido más que un arañazo.

-También hay que temer el clima -replicó Athos-: es mal fin el de las fiebres. El rey San Luis pedía a Dios le enviase una flecha o la peste antes que las calenturas.

-Espero, señor, que con sobriedad y un ejercicio razonable ...

-Ya he logrado del señor de Beaufort -Interrumpió Athos-, que enviará sus despachos a Francia cada quince días. Vos, como ayudante suyo, seréis el encargado de expedirlos, y espero que no me olvidaréis, ¿eh?

-No, señor -contestó Raúl con voz sofocada.

-En fin, Raúl, como sois buen cristiano, y yo también, debemos contar con una protección más particular de Dios y de nuestros ángeles guardianes. Prometedme que, si os sucediese alguna desgracia en cualquier ocasión, pensaréis en mí lo primero.

-Lo primero. ¡Oh, sí!

-Y que me llamaréis. -¡Oh, en el mismo instante!

-¿Soñáis alguna vez en mí, Raúl?

-Señor, todas las noches. En los primeros años de mi adolescencia os veía en sueños, dulce y tranquilo, con una mano extendida sobre mi cabeza, y por eso reposaba tan bien... ¡en otro tiempo!

-Nos amamos demasiado -dijo el conde-, para que, a contar desde este instante en que nos separamos, no viaje con uno u otro de nosotros una parte de nuestras dos almas, ni habite donde habitemos. Cuando estéis triste, Raúl, conozco que mi corazón se anegará de melancolía, y cuando queráis sonreír pensando en mí, recordad que me enviaréis desde allá un rayo de vuestra alegría.

-No os prometo estar alegre -respondió el joven-; mas estad seguro de que no pasaré una hora sin pensar en vos; ni una hora, os lo juro, a menos que esté muerto.

Athos no pudo contenerse por más tiempo; rodeó con su brazo el cuello de su hijo, y le abrazó con todas las fuerzas de su corazón.

La luna había hecho ya lugar al crepúsculo; una franja dorada subía por el horizonte, anunciando la proximidad del día.

Athos puso su capa sobre los hombros de Raúl y lo llevó hacia la ciudad, donde, fardos y mozos, todo estaba ya en movimiento como en un enorme hormiguero.

Al extremo de la plataforma que abandonaban Athos y Bragelonne, vieron una sombra negra balancearse con indecisión y como recatándose de ser vista. Era Grimaud que, inquieto en extremo, había seguido los pasos de su amo y los esperaba.

-¡Oh, buen Grimaud! -exclamó Raúl-. ¿Qué quieres? Vienes a decirnos que es preciso partir, ¿no es eso?

-¿Solo? -dijo Grimaud señalando a Raúl con un tono de reconvención que demostraba cuán trastornado se hallaba el viejo.

-¡Oh! ¡Tenéis razón! -exclamó el conde-. No. Raúl no partirá solo; no; no irá a una tierra extraña sin ningún amigo que le consuele y le recuerde todo lo que quiere.

-¿Yo? -dijo Grimaud.

-¿Tú? ¡Sí, sí! -exclamó Raúl conmovido hasta el fondo del corazón.

-¡Ay! -dijo Athos. Tú eres muy viejo, mi buen Grimaud.

-Tanto mejor -contestó éste con una profundidad de sentimiento y de inteligencia inexplicables.

-Pero veo que va a verificarse el embarque -dijo Raúl-, y no estás preparado.

-¡Sí! -dijo Grimaud enseñando las llaves de sus cofres unidas a las de su amo.

-Pero -objetó aún Raúl-, tú no puedes dejar solo al señor conde, de quien no te has separado jamás.

Grimaud volvió su mirada obscurecida hacia Athos, como para medir la fuerza del uno y del otro. El conde no respondió nada.

-El señor conde preferirá esto -dijo Grimaud.

-Sí -contestó Athos con la cabeza.

En este momento, los tambores resonaron todos a la vez, y los clarines llenaron el espacio de aires alegres.

Viéronse salir de la ciudad los regimientos que debían tomar parte en la expedición.

Cinco eran aquellos regimientos, compuesto cada uno de cuarenta compañías. El del Rey abría la mar cha, reconociéndosele por su uniforme blanco y paramentos azules. Las banderas de ordenanza, con sus cuarteles en cruz, violeta y hoja seca, con plantel de flores de lis, dejaban dominar al estandarte coronel blanco con la cruz flordelisada.

Mosqueteros en las alas, con sus bastones ahorquillados y los mosquetes a la espalda; piqueros en el centro, con sus lanzas de catorce pies, marchaban alegremente hacia las barcas de transporte, que los llevaban hacia los buques.

Los regimientos de Picardía, Navarra, Normandía y Buque Real, venían en seguida.

El señor de Beaufort había sabido elegir. Se le veía a lo lejos cerrando la marcha con su Estado Mayor. Antes de embarcarse debería pasar todavía una hora larga.

Raúl dirigióse lentamente con Athos hacia la orilla, a fin de ocupar su puesto en el momento del paso del príncipe.

Grimaud, hirviente de un ardor juvenil, hacía llevar al navío almirante el equipaje de Raúl.

Athos, cogido del brazo del hijo que iba a perder, absorbíase en la más dolorosa meditación, aturdido por el ruido y el movimiento.

De pronto, un oficial del señor de Beaufort se acercó a ellos para decir a Raúl que el duque manifestaba deseos de verle a su lado.

-Señor, tened la amabilidad de decir al príncipe que le pido esta hora para gozar de la presencia del conde.

-No, no -interrumpió Athos-, un ayudante de campo no puede dejar así a su general. Decid al príncipe, caballero, que el vizconde va a su encuentro al instante.

El oficial marchó al galope.

-Separarnos aquí o más allá -añadió el conde-, siempre es una separación.

Sacudió el polvo del uniforme de su hijo y le pasó la mano por los cabellos, sin dejar de andar.

-Aguardad, Raúl -dijo-; tenéis necesidad de dinero; el señor de Beaufort lleva gran tren, y estoy seguro de que os gustará comprar caballos y armas, que son cosas preciosas en el país a que váis. Pero, como no servís al rey ni al señor de Beaufort, y sólo dependéis de vuestro libre albedrío, no debéis contar ni con un sueldo ni con liberalidades. Quiero, por tanto, que nada os falte en Djidgelli. He aquí doscientos doblones. Gastadlos, Raúl, si queréis complacerme.

Raúl estrechó la mano de su padre, y, a la vuelta de una calle, vieron al señor de Beaufort montado en magnífico corcel blanco, que respondía con graciosas corvetas a los aplausos de las mujeres de la ciudad.

El duque llamó a Raúl, y tendió la mano al conde. Le habló tanto tiempo y con tan tiernas expresiones, que el corazón del pobre padre quedó algo confortado.

Parecía, no obstante, al padre y al hijo, que su marcha conducía al suplicio. Fue un momento terrible aquel en que al dejar la, arena de la playa, los soldados y los marinos cambiaron, con sus familias y sus amigos, los últimos besos: instante supremo en que, a pesar de la pureza del cielo, del calor del sol, a pesar de los perfumes del aire, y de la dulce vida que circula en las venas, todo parece amargo, todo parece triste, todo hace dudar de Dios, hablando por la misma boca de El.

Era costumbre que el almirante embarcase el último con su comitiva; el cañón aguardaba, para lanzar su formidable voz, que el jefe hubiese puesto un pie sobre el entablado de su navío.

Athos, olvidando al almirante, a la flota y a su propia dignidad de hombre fuerte, abrió los brazos a su hijo y le estrechó convulsivamente sobre su pecho.

-Acompañadnos a bordo –dijo el duque emocionado-; ganaréis media hora más.

-No -dijo Athos-; ya le he dado mi adiós; no quiero darle otro.

-Entonces, vizconde, embarcaos pronto -repuso el príncipe, queriendo ahorrar lágrimas a estos dos hombres cuyo corazón se dilataba. Y, paternalmente, tiernamente, fuerte como lo hubiese sido Porthos, levantó a Raúl en sus brazos y le colocó sobre la chalupa, cuyos remos comenzaron a bogar a una seña suya.

El mismo, olvidando el ceremonial, saltó sobre la regata de aquella canoa y la impelió con pie vigoroso hacia el mar.

-¡Adiós! -gritó Raúl.

Athos no replicó más que con una seña; pero sintió algo ardiente sobre su mano: era el beso respetuoso de Grimaud, el postrer adiós del perro fiel.

Dado este beso, Grimaud saltó del escalón del muelle a la proa de una yola de dos remos, que se hizo remolcar por una chalana servida por doce remos de galeras.

Athos sentóse sobre el muelle, trastornado, sordo, abandonado. Cada segundo le privó de una de las facciones, de una de las sombras de la tez pálida de su hijo. Con los brazos colgando, los ojos fijos, la boca abierta, permaneció confundido con Raúl en una misma mirada, en un mismo pensamiento, en un mismo estupor.

El mar llevó, poco a poco, chalupas y personas hasta esa distancia en que los hombres no son más que puntos, los amores recuerdos.

Athos vio a su hijo subir la escala del navío almirante, le vio acodarse en el empalletado y situarse de manera que pudiera ser un punto de mira para los ojos de su padre. En vano retumbó el cañón: en vano partió de los buques un prolongado rumor contestado en tierra por inmensas aclamaciones; en vano el ruido quiso aturdir los oídos del padre; Raúl apareciósele hasta el último momento, y el imperceptible átomo, pasando de negro a pálido, de pálido a blanco, de blanco a nada, desapareció para Athos largo tiempo después que, para los ojos de los circunstantes, habían desaparecido potentes navíos y velas hinchadas.

Al mediodía, cuando ya el sol devoraba el espacio y la extremidad de los mástiles dominaba apenas la línea incandescente del mar, Athos vio elevarse una sombra casi imperceptible, desvanecida tan pronto vista; era la humareda de un cañonazo que el señor de Beaufort acababa de hacer tirar para saludar por última vez la costa francesa.

La extremidad de los mástiles se hundió a su vez bajo el cielo, y Athos volvió melancólico a su posada.

CVII
ENTRE MUJERES

Artagnan no pudo ocultarse a sus amigos tanto como hubiera deseado. El soldado estoico, el impasible hombre de armas, vencido por el temor a los presentimientos, había concedido algunos momentos a la debilidad humana.

Así, cuando consiguió acallar su corazón y calmó el temblor de sus músculos, volvióse hacia su lacayo, silencioso servidor atento siempre a la menor palabra para obedecer con más prontitud:

-Rabaud -dijo-, necesito andar treinta leguas por día.

-Bien, mi capitán -respondió Rabaud.

Y, a partir de aquel momento, el capitán, hecho a la andadura del caballo, como un verdadero centauro, no se ocupó ya de nada, que es como decir que se ocupó-de todo. Preguntóse por qué el rey lo reclamaba; por qué la máscara de hierro había arrojado una fuente de plata a los pies de Raúl.

Respecto al primer punto, la respuesta fue negativa: bien sabía que si el rey lo reclamaba, era por necesidad; sabía también que Luis XIV debía sentir un deseo muy imperioso de conferenciar particularmente con un hombre a quien un secreto de tanta importancia ponía al nivel de los más elevados poderes del reino. Pero, de lo que no se sentía capaz nuestro hombre, era de precisar ese deseo del rey.

El mosquetero tampoco abrigaba dudas acerca del motivo que había impulsado al infortunado Felipe a revelar su carácter y su nacimiento. Felipe, enterrado para siempre bajo su máscara de hierro, desterrado en un país donde los hombres parecían servir a los elementos, privado hasta de la compañía de Artagnan, que le había colmado de honores y atenciones, no tenía que ver ya en este mundo más que espectros y dolores, y acosado por

la desesperación, natural era que se desahogara en quejas, creyendo que las revelaciones le suscitarían un vengador.

Lo expuestos que se habían visto los dos mejores amigos de Artagnan a ser muertos por éste; el destino que de un modo tan extraño había hecho a Athos partícipe del secreto de Estado; la despedida de Raúl; lo sombrío de aquel porvenir que parecía tener por término una triste muerte; todo esto inducía continuamente a Artagnan a formar melancólicas previsiones, que la rapidez de la marcha no disipaba como en otro tiempo.

Artagnan pasaba de aquellas consideraciones al recuerdo de Porthos y de Aramis proscritos. Veíalos fugitivos, perseguidos, arruinados, laboriosos arquitectos de una fortuna que les sería forzoso perder; y, como el rey llamaba a su hombre de acción en un momento de venganza y de rencor, Artagnan temblaba de recibir alguna comisión que le hiciese brotar sangre del corazón.

A veces, al subir las colinas, cuando el caballo, desalado, hinchaba las narices y ensanchaba los lomos, el capitán, más libre para pensar, meditaba sobre el prodigioso genio de Aramis, genio de astucia y de intriga, como sólo habían producido dos la Fronda y la guerra civil. Soldado, sacerdote y diplomático; galante, ambicioso y astuto, Aramis jamás se había servido de cosas buenas de la vida sino como escalón para elevarse a las malas. Espíritu generoso, ya que no corazón escogido, nunca había hecho el mal sino a fin de brillar un poco más. Hacia el fin de su carrera, en el momento de tocar a su término, había dado, como el patricio Fiesque, un paso en falso sobre una tabla y había caído al mar.

¡Mas Porthos, el bueno y sencillo Porthos! Ver a Porthos hambriento, ver a Mosquetón sin dorados, pero quizá; ver a Pierrefonds, a Bracieux, arrasados hasta en sus cimientos, descuajados en cuanto a los bosques, eran otros tantos dolores terribles para Artagnan, y, cada vez que le acometía uno de esos dolores, saltaba como su caballo cuando le picaba el tábano bajo la bóveda del follaje.

Nunca se fastidia el hombre de talento si tiene el cuerpo ocupado por la fatiga; nunca al hombre sano de cuerpo deja de parecer ligera la vida, si tiene cautivado el ánimo por algún objeto. Artagnan, corriendo y pensando a la vez, llegaba a París descansado y elástico de músculos, como el atleta que se ha preparado para el gimnasio.

El rey no le esperaba tan pronto y acababa de marchar a cazar por el lado de Meudon. Artagnan, en vez de correr tras el rey, como hubiera hecho en otro tiempo, se quitó las botas, metióse en el baño y aguardó a que el rey volviese lleno de polvo y cansancio. Empleó las cinco horas de intervalo en tomar, como suele decirse, el aire de la casa, y en acorazarse contra cualquier evento.

Supo que el rey se mostraba sombrío hacía quince días; que la reina madre estaba enferma y muy acabada; que Monsieur, hermano del rey, se inclinaba a la devoción; que Madame padecía de vahídos, y que el señor de Guiche había marchado a una de sus posesiones.

Supo que el señor Colbert estaba radiante de júbilo; que el señor Fouquet consultaba todos los días un nuevo médico, que no le curaba, y que su principal enfermedad no era de aquellas que curan los médicos, sino los médicos políticos.

Decían a Artagnan que el rey trataba al señor Fouquet con la mayor amabilidad, y que no le apartaba de su lado; pero el superintendente, herido en el corazón, como un hermoso árbol picado de gusano, desmejorábase a pesar de las sonrisas reales, ese sol de los árboles de la Corte.

Artagnan supo que la señorita de La Valliére se había hecho indispensable al rey; que el príncipe, en sus cacerías, si no la llevaba consigo, le escribía varias veces, y no ya en verso, sino, lo que era peor, en prosa y por páginas.

Así es que veíase al primer rey del mundo, como decía la pléyade poética de entonces, apearse del caballo de un ardor sin segundo, y trazar sobre la copa de su sombrero frases en culto, que Saint-Aignan, ayudante perpetuo, llevaba a La Valliére a riesgo de reventar caballos.

Entretanto, los gamos y los faisanes se holgaban grandemente, perseguidos con tan poca actividad, que, según decían, el arte de la caza corría riesgo de degenerar en la corte de Francia.

Artagnan se acordó entonces de los encargos del pobre Raúl; de aquella carta de desesperación destinada a una mujer que pasaba su vida esperando; y como Artagnan se complacía en filosofar, resolvió aprovecharse de la ausencia del rey para conversar un momento con la señorita de La Valliére.

No era cosa difícil: Luisa, duran, te la real cacería, paseábase con algunas damas en una galería del Palais-Royal, donde el capitán de mosqueteros tenía precisamente que inspeccionar algunos guardias.

Artagnan no dudaba que, si podía hacer recaer la conversación sobre Raúl, Luisa le daría pie para escribir una buena carta al desgraciado desterrado; ahora bien, la esperanza, o al menos el consuelo para Raúl en una disposición de ánimo como en la que le hemos visto, era el sol, era la vida de dos hombres muy queridos de nuestro capitán.

Encaminóse, pues, hacia el sitio donde encontraría a la señorita de La Valliére.

Artagnan encontró a Luisa rodeada de mucha gente. En su aparente soledad la favorita del rey recibía como una reina, más que la reina, quizá, un homenaje de que Madame se habría mostrado tan orgullosa, cuando todas las miradas del rey eran para ella y daban ley a todas las miradas de los cortesanos.

Artagnan, que no era un pisaverde, no dejaba por eso de recibir siempre agasajos y atenciones de las damas; era cortés como un bravo, y su reputación terrible le había conciliado tanta amistad entre los hombres, como admiración entre las mujeres.

Así fue que las camaristas, al verle entrar dirigiéronle la palabra, asediándole a preguntas.

¿Dónde había estado? ¿Qué había sido de él? ¿Por qué no se le había visto hacer en su brioso caballo todas las graciosas corvetas que maravillaban a los curiosos en el balcón del rey?

Replicó que venía del país de los naranjos.

Aquellas señoritas se echaron a reír. Era aquel un tiempo en que todo el mundo viajaba, y en que, no obstante, un viaje de cien leguas era problema resuelto muchas veces por la muerte.

-¿Del país de los naranjos? -preguntó Tonay-Charente-. ¿De España?

-¡Eh, eh! -exclamó el mosquetero.

-¿De Malta? -dijo Montalais.

-¡A fe que os acercáis, señoritas!

-¿Es una isla? -preguntó La Valliére.

-Señorita -dijo Artagnan-, no quiero haceros buscar: vengo del país donde el señor de Beaufort embarca a estas horas para Argel.

-¿Habéis visto el ejército? -preguntaron varias belicosas.

-Como os veo ahora -respondió Artagnan.

-¿Y la escuadra?

-Todo lo he visto.

-¿Tenemos amigos por allá? -dijo la señorita de Tonnay-Charente con frialdad, pero de modo que llamara la atención aquella frase, dicha intencionadamente.

-Sí -replicó Artagnan-, tenemos al señor de la Guillotiére, al señor de Mouchy, al señor de Bragelonne...

La Valliére palideció.

-¿Al señor de Bragelonne? -exclamó la pérfida Atenaida-. Pues qué, ¿va a la guerra?

Montalais le piso el pie, pero en vano.

-¿Sabéis qué pienso? -continuó aquélla sin piedad, dirigiéndose a Artagnan.

-No, señorita, y bien que quisiera saberlo...

-Pues pienso que todos los hombres que van a esa guerra son desesperados a quienes el amor ha tratado mal, y que van a buscar negras menos crueles que las blancas. Algunas damas echáronse a reír; La Valliére no supo qué postura tomar; Montalais tosía como para despertar a un muerto.

-Señorita -interrumpió Artagnan-, incurrís en un error al hablar de las mujeres negras de Djidgelli; las mujeres allá no son negras, aunque verdad es que tampoco son blancas; son amarillas.

-¡Amarillas!

-¡Eh! No hay que alarmarse: no he visto color que mejor cuadre con unos ojos negros y una boca de coral.

-¡Tanto mejor para el señor de Bragelonne! -repuso con tenacidad la señorita de Tonnay-Charente-. Se indemnizará el pobre joven.

Profundo silencio sucedió a aquellas palabras.

Artagnan tuvo tiempo de reflexionar que las mujeres, esas dulces palomas, se tratan entre ellas mucho más cruelmente que los tigres y los osos.

No le bastaba a Atenaida haber hecho palidecer a La Valliére; quiso sonrojarla.

Y reanudando la conversación, sin miramiento:

-¿Sabéis, Luisa -dijo-, que tenéis un enorme pecado sobre vuestra conciencia?

-¿Qué pecado, señorita? -balbució la infortunada, buscando en vano un apoyo en torno suyo.

-Ese joven era vuestro prometido -continuó Atenaida-. Os amaba. Le habéis rechazado.

-Ese es un derecho que tiene toda mujer honrada -repuso Montalais con aire remilgado-. Cuando se sabe que una no puede hacer la felicidad de un hombre, mas vale rechazarlo.

Luisa no acertó a ver si debía enojarse o dar las gracias por semejante defensa.

-¡Rechazar! ¡Rechazar! -dijo Atenaida-. Está muy bien; pero no es ese el pecado que la señorita de La Valliére habría de reprocharse. El verdadero pecado es haber enviado a ese pobre Bragelonne a la guerra, donde se encuentra la muerte.

La Valliére se pasó una mano por la frente helada.

-Y si muere -continuó la implacable-, vos le habréis matado; ese es el pecado.

Luisa, medio muerta, fue vacilante a coger del brazo del capitán de mosqueteros, cuyo semblante revelaba una emoción insólita.

-Teníais que hablarme, señor de Artagnan -dijo la joven con una voz alterada por la cólera y el dolor-. ¿Qué tenéis que. decirme?

Artagnan dio varios pasos por la galería, llevando a Luisa del brazo, y así que estuvieron bien apartados de los demás:

-Lo que tenía que deciros, señorita -replicó-, os lo acaba de decir la señorita de Tonnay-Charente, algo bruscamente, pero por completo.

Luisa lanzó un débil grito, y, traspasada por aquella nueva herida, se apartó de repente, como los pobres pájaros que heridos de muerte buscan la sombra de los jarales para morir.

La Valliére desapareció por una puerta, en el momento en que el rey entraba por la otra.

La primera mirada del príncipe fue para el asiento vacío de su querida; no viendo a La Valliére, frunció el ceño; pero al punto vio a Artagnan que le saludaba.

-¡Ah, señor! -exclamó-. Pronto habéis venido, y estoy satisfecho de vos.

Era esa la expresión superlativa de la satisfacción del rey. No pocos hombres tuvieron que hacerse matar para lograr aquella frase.

Las camaristas y los cortesanos, que habían formado respetuoso círculo alrededor del rey a su entrada, separáronse, viendo que deseaba hablar en secreto con su capitán de mosqueteros.

El rey tomó la delantera y llevó a Artagnan fuera de la sala, después de haber buscado otra vez con los ojos a La Valliére, cuya ausencia no comprendía.

Luego que llegaron adonde no podían ser oídos:

-Y bien, señor de Artagnan -dijo-, ¿y el preso?

-En su prisión, Majestad.

-¿Qué ha dicho por el camino? -Nada, Majestad.

-¿Qué ha hecho?

-Hubo un momento en que el pescador que nos transportaba a Santa Margarita se rebeló y quiso matarme. El... preso me defendió en lugar de tratar de huir.

El rey palideció.

-Basta -dijo. Artagnan se inclinó.

Luis se paseó a lo largo del gabinete.

-¿Estabais en Antibes, al llegar el señor de Beaufort?

-No, Majestad, partí cuando el duque llegaba.

-¡Ah!

Nuevo silencio.

-¿Qué habéis visto allá?

-Mucha gente -respondió Artagnan con frialdad.

El rey vio que Artagnan no quería hablar.

-Os he hecho venir, señor capitán, para enviaros a preparar mi alojamiento en Nantes.

-¿En Nantes? -exclamó Artagnan.

-En Bretaña.

-Sí, Majestad, en Bretaña. ¿Piensa Vuestra Majestad hacer ese largo viaje de Nantes?

-Van a reunirse allí los Estados -replicó el rey-. Tengo que hacer dos peticiones.

-¿Cuándo he de marchar? -Esta tarde... mañana... mañana a la tarde, pues necesitáis descanso.

-Estoy ya descansado, Majestad.

-Perfectamente... Entonces, entre esta tarde y mañana, a vuestro gusto.

Artagnan saludó como para despedirse; pero, viendo al rey todavía indeciso:

-¿Pensáis -preguntó dando dos pasos adelante- que os siga la Corte?

-Sí.

-Entonces, el rey necesitará mosqueteros.

Y la mirada aguda del capitán hizo bajar la del rey.

-Llevad una brigada -replicó Luis.

-¿No tiene el rey más que mandarme?

-No ...¡ah!... Sí.

-Escucho.

-En el palacio de Nantes, que dicen está mal distribuido, tomaréis la costumbre de poner mosqueteros a la puerta de cada uno de los principales dignatarios que lleve.

-¿De los principales?

-Sí.

-Como, por ejemplo, en la puerta del señor de Lyonne.

-Sí.

-Del señor de Letellier.

-Sí.

-Del señor de Brienne.

-Sí.

-Y del señor superintendente.

-También.

-Perfectamente. Mañana habré marchado.

-Una palabra todavía, señor Artagnan. En Nantes encontraréis al señor duque de Gesvres, capitán de los guardias. Cuidad de que vuestros mosqueteros estén colocados antes que lleguen sus guardias. El puesto es de los primeros que lleguen.

-Bien, Majestad.

-¿Y si el señor de Gesvres os preguntase?

-¡Bah! ¿Por qué va a preguntar nada el señor de Gesvres?

Y con desenfado, el mosquetero giró sobre sus talones y desapareció.

"¡A Nantes! -decía entre sí mientras bajaba los escalones-. ¿Por qué no se habrá atrevido a decir desde luego a Belle-Isle?

Apenas llegaba a la puerta grande, cuando le alcanzó un escribiente de Brienne.

-¡Señor de Artagnan! -dijo-. Perdonad...

-¿Qué hay, señor Ariste?

-El rey me ha encargado entregaros una libranza.

-¿Contra vuestra caja?

-No, señor; contra la del señor Fouquet.

Artagnan, sorprendido, leyó la libranza, de puño y letra del rey, por valor de doscientos doblones.

-"¡Cómo! -pensó después de haber dado cortésmente las gracias al escribiente del señor Brienne-. ¿Va a ser ese viaje a costa del señor Fouquet? ¡Diantre! Esto es puro Luis XI. ¿Por qué no haberlo hecho contra la caja del señor Colbert? ¡Habría pagado tan contento!"

Y Artagnan, fiel a su principio de no dejar enfriar jamás una libranza a la vista, se dirigió a casa del señor Fouquet para palpar sus doscientos doblones.

CVIII
LA CENA

El superintendente había recibido aviso sin duda de la próxima partida a Nantes, pues daba a la sazón una comida de despedida a sus amigos. En toda la casa, la solicitud de los criados que llevaban platos, y la actividad de los registros, atestiguaban un próximo trastorno en la caja y en la cocina. Artagnan, con su libranza en la mano, se presentó en las oficinas, donde se le manifestó que era demasiado tarde para cobrar, que estaba cerrada la caja.

El capitán sólo replicó esta frase:

-¡Servicio del rey!

El escribiente, algo turbado al ver la gravedad del capitán, dijo que aquella razón era muy respetable, pero que también lo eran los usos de la casa; en su consecuencia, rogaba al portador que volviese al día siguiente:

El mosquetero pidió que le dejasen ver al señor Fouquet.

El escribiente replicó que el señor superintendente no se mezclaba en aquellas minucias, y; bruscamente, cerró su última puerta en las narices de Artagnan.

Este había previsto el golpe, y puso su bota entre la puerta y el jambaje de suerte que no pudo cerrar el escribiente, y quedó otra vez cara a cara con su interlocutor. Al fin, cambió de tono para decir a Artagnan, con una cortesía espantada:

-Si deseáis hablar al señor superintendente, id a las antecámaras; aquí están las oficinas, donde nunca viene monseñor.

-¡Enhorabuena! ¡Hubierais dicho eso desde un principio! -replicó Artagnan.

-Al otro lado del patio -dijo el escribiente, gozoso de verse libre. Artagnan atravesó el patio, dejándose caer en medio de los criados.

-Monseñor no recibe a estas horas -le contestó un galopín que llevaba en una fuente de plata sobredorada tres faisanes y doce codornices.

-Decidle -repuso Artagnan deteniendo al criado por el extremo de la fuente- que soy el caballero Artagnan, capitán-teniente de los mosqueteros del rey.

El criado lanzó un grito de sorpresa y desapareció.

Artagnan le había seguido a pasos lentos. Llegó precisamente a tiempo de hallar en la antecámara al señor Pellisson, que algo pálido, venía, del comedor y acudía a informarse.

Artagnan sonrió.

-No es nada malo, señor Pellisson; sólo vengo a cobrar una libranza.

-Ah! exclamó respirando el amigo de Fouquet.

Y cogió al capitán de la mano, lo llevó tras de sí, e hízole entrar en la sala, donde gran número de amigos rodeaban al superintendente, colocado en el centro y sepultado en un sillón de almohadones.

Allí estaban reunidos todos los epicúreos que poco antes, en Vaux, hacían los honores de ¡la casa,,del talento y del dinero del señor Fouquet.

Amigos joviales, afectuosos la mayor parte, no habían abandonado a su protector al aproximarse la tempestad, y, a pesar de las amenazas del cielo, a pesar de los temblores de tierra, allí estaban sonrientes, solícitos, consagrados al infortunio como lo habían estado a la prosperidad.

A la izquierda del superintendente, la señora de Belliére; a su derecha, la señora Fouquet: como si, desafiando las leyes del mundo y haciendo callar toda razón de miramientos vulgares, los dos ángeles protectores de aquel hombre se reuniesen para prestarle en un momento de crisis el apoyo de sus brazos entrelazados.

La señora de Belliére estaba pálida, temblorosa y llena de atenciones respetuosas hacia la superintendenta, que con una mano sobre la de su esposo, miraba ansiosamente la puerta por la que Pellisson iba a hacer entrar al capitán.

Artagnan se presentó con la mayor urbanidad primero, y admiración después, cuando, con su infalible mirada, adivinó la significación de todos los semblantes.

Fouquet, levantándose de su sillón:

-Perdonad -dijo-; caballero Artagnan, si no he salido a recibiros como viniendo en nombre del rey. Y acentuó estas últimas palabras con una especie de firmeza triste que heló el corazón de sus amigos.

-Monseñor -replicó Artagnan-, no vengo a vuestra casa en nombre del rey, sino con el único objeto de reclamar el pago de una libranza de doscientos doblones.

Despejáronse las frentes de todos; sólo la de Fouquet permaneció sombría.

-¡Ah! -dijo-. Señor, ¿partís también para Nantes, quizá? -No sé dónde iré, monseñor.

-Pero -dijo la señora Fouquet serenada-, no os marcharéis tan pronto señor capitán, que no nos hagáis el honor de sentaros con nosotros.

-Señora, el honor lo sería, y muy grande, para mí; pero tengo tanta prisa, que ya veis, me he visto obligado a interrumpir vuestra comida para hacer efectiva esta libranza.

-Que será satisfecha en oro -dijo Fouquet, haciendo una seña a su intendente, que salió con la libranza que le tendía Artagnan.

-¡Oh! -exclamó éste-. No tenía inquietud por el pago: la casa es buena. En las pálidas facciones de Fouquet se dibujó una triste sonrisa.

-¿Estáis malo? -preguntó la señora de Belliére.

-¿Os da el ataque? -preguntó la señora Fouquet.

-Nada; gracias -replicó el superintendente.

-¿El ataque? -repitió a su vez el mosquetero-. ¿Estáis malo acaso, monseñor?

-Padezco unas tercianas que cogí después de las fiestas de Vaux.

-Alguna humedad en las grutas, de noche.

-No, no: una emoción, nada más.

-La excesiva solicitud que habéis desplegado en recibir al rey -dijo La Fontaine, tranquilamente, sin sospechar que lanzaba un sacrilegio.

-Jamás es demasiada la solicitud que se pone en recibir al rey -dijo dulcemente Fouquet a su poeta.

-El señor ha querido decir demasiado ardor -replicó Artagnan con perfecta franqueza y mucha amenidad-. El hecho es, monseñor, que se ha practicado en Vaux la hospitalidad como en ninguna parte.

La señora Fouquet dejó entrever en su semblante que, si Fouquet se había conducido bien con el rey, el rey no correspondía dignamente a su ministro.

Mas Artagnan sabía el terrible secreto; lo sabía además de Fouquet. Aquellos dos hombres no tenían, el uno el valor de quejarse del otro, ni éste el derecho de acusar.

El capitán, a quien trajeron sus doscientos doblones, iba ya a despedirse, cuando Fouquet se levantó, cogió un vaso e hizo dar otro a Artagnan.

-Caballero -dijo-, a la salud del rey, suceda lo que quiera.

-Y a la vuestra, monseñor, suceda lo que quiera -dijo Artagnan bebiendo.

Y después de estas palabras de mal agüero, saludó a la concurrencia, que se levantó cuando hizo su saludo, oyéndose sus espuelas y sus botas hasta lo último de la escalera.

-Llegué a creer por un momento que venían por mí y no por mi dinero -dijo Fouquet, esforzándose por reír.

-¡Por vos! -exclamaron sus amigos-. ¿Y por qué, Dios mío?

-¡Oh! -murmuró el superintendente-. No nos hagamos ilusiones, mis queridos hermanos en Epicuro. No quiero establecer comparaciones entre el más humilde pecador de la tierra y el Dios a quien adoramos; mas, recordad que un día dio a sus amigos una comida, que se llama la Cena, y que no fue otra cosa que una comida como la que hacemos en este instante.

Un grito, doloroso de negación. partió de todos los ángeles de la mesa.

-Cerrad las puertas -ordenó Fouquet.

Y los criados desaparecieron.

-Amigos míos -continuó Fouquet bajando la voz-, ¿qué era yo en otro tiempo? ¿Qué soy actualmente? Reflexionadlo y responded. Un hombre como yo desciende, por razón misma de no elevarse ya. ¿Qué dirán cuando realmente descienda? No tengo ya dinero, no tengo ya crédito, no tengo ya más que enemigos poderosos y amigos sin valimiento.

-¡Pronto! -exclamó Pellisson levantándose-. Puesto que os explicáis con esa franqueza, a nosotros nos toca ser francos también. Sí, estáis perdido; sí, os precipitáis en vuestra ruina: deteneos. En primer lugar, ¿qué dinero nos queda?

-Setecientas mil libras -dijo el intendente.

-El pan -murmuró la señora Fouquet.

-La posta -dijo Pellisson-, la posta, y huid.

-¿A dónde?

-A Suiza, a Saboya; pero huid. Si monseñor huye -dijo la señora de Belliére-, dirán que era culpable y que tuvo miedo.

-Dirán más aún. Dirán que me he llevado veinte millones.

-Escribiremos memorias para justificaros -dijo La Fontaine-; huid.

-Me quedaré -dijo Fouquet-; y, además, ¿qué iba a hacer?

-¡Tenéis a Belle-Isle! -exclamó el abate Fouquet.

-Y hacia allí voy naturalmente, yendo a Nantes -repuso le superintendente-. ¡Paciencia, pues, paciencia!

-¡Pero cuánto hay que caminar antes de llegar a Nantes! dijo la señora Fouquet.

-Sí lo sé -replicó Fouquet-; pero, ¿qué se ha de hacer? El rey me llama a los Estados. Bien sé que es para perderme; mas negarme a acudir es mostrar recelo.

-Pues bien, he hallado el medio de conciliarlo todo -exclamó Pellisson-. Marcharéis a Nantes. Fouquet miró sorprendido.

-Pero con amigos, en vuestra carroza hasta Orleáns; en vuestra gabarra hasta Nantes; dispuesto siempre a defenderos si os atacan; a escapar si os amenazan; en una palabra, llevaréis vuestro dinero para todo evento, y, al paso que huís, no habréis hecho más que obedecer al rey; luego, ganado el mar cuando queráis, os embarcaréis para Belle-Isle, y, desde allí, os dirigiréis adonde os plazca, semejante al águila que sale y hiende el espacio cuando la han desalojado de su nido.

Unánime asentamiento acogió las palabras de Pellisson.

-Si, haced eso -dijo la señora Fouquet a su marido.

-Hacedlo -añadió la señora de Belliére.

-¡Hacedlo, hacedlo! -repitieron todos los amigos.

-Lo haré -replicó Fouquet.

-Desde esta misma noche.

-Dentro de una hora.

-Inmediatamente.

-Con setecientas mil libras, reharéis una fortuna -dijo el abate Fouquet-. ¿Qué nos impide armar corsarios en Belle-Isle?

-Y, si es necesario, iremos a descubrir un nuevo mundo -añadió La Fontaine, ebrio de proyectos y de entusiasmo.

Un golpe en la puerta interrumpió aquel concurso de alegría y de esperanza.

-¡Un correo del rey! -gritó el maestro de ceremonias.

Entonces se hizo profundo silencio, como si el mensaje que traía el correo no fuese más que una respuesta a todos los proyectos concebidos momentos -antes.

Todos esperaron ver qué hacía el amo, cuya frente estaba bañada en sudor, pues, realmente tenía calentura.

Fouquet pasó a su gabinete para recibir el mensaje de Su Majestad.

Reinaba, como hemos dicho, tal silencio en las cámaras, que se oyó la voz de Fouquet que respondía: -Está bien, señor.

Aquella voz parecía, no obstante, desfallecida por la fatiga y alterada por la emoción.

Un instante después, Fouquet llamó a Gourville, que atravesó la galería en medio de universal expectación.

Al fin volvió a presentarse Fouquet entre sus convidados; pero no era ya el mismo rostro, pálido y alterado, que le habían visto salir; de pálido se había puesto lívido, y, de alterado, en descompuesto. Espectro viviente, adelantábase con los brazos tendidos y la boca seca, como la sombra que viene de saludar amigos de otro tiempo.

A aquel espectáculo todos se levantaron, todos gritaron, todos corrieron a Fouquet.

Este, mirando a Pellisson, se apoyó en la superintendenta, y estrechó la mano helada de la señora de Belliére.

-¿Y qué -dijo una voz que no tenía nada de humana.

-¿Qué sucede, Dios mío? -le dijeron.

Fouquet abrió su mano derecha, crispada, húmeda, y se vio en ella un papel, que se apresuró a recoger Pellisson, aterrado.

Este leyó las siguientes líneas, de puño y letra del rey:

"Querido y amado señor Fouquet, dadnos, sobre lo que nos resta de vuestra pertenencia, la cantidad de setecientos mil libras que necesitamos hoy para nuestra marcha.

"Y como sabemos que vuestra salud no es buena, pedimos a Dios que os restablezca cuánto antes y os tenga en su santa guarda.

"La presente se tendrá por recibo.

Un murmullo de espanto circuló por la sala.

-Y bien -exclamó Pellisson a su vez-, ¿tenéis esa carta?

-La he recibido, sí.

-¿Y qué pensáis hacer?

-Nada, ya que la he recibido. -Pero...

-Si la he recibido, Pellisson, es que he pagado -replicó el superintendente con una sencillez que arrancó el corazón a los concurrentes.

-¿Habéis pagado? -exclamó la señora Fouquet con desesperación-. ¡Entonces, estamos perdidos!

-Vamos, vamos, basta de palabras inútiles -interrumpió Pellisson-. Después del dinero, la vida. ¡Monseñor, a caballo, a caballo!

-¡Abandonarnos! -exclamaron a la vez las dos mujeres ebrias de dolor.

-¡Eh, monseñor, poniéndoos vos en salvo, nos salváis a todos! ¡A caballo!

-¡Pero si no puede tenerse en pie!

-¡Oh! Si reflexionáis... -dijo el intrépido Pellisson.

-Tenéis razón -dijo Fouquet.

-¡Monseñor, monseñor! -gritó Gourville, subiendo de cuatro en cuatro los escalones-. ¡Monseñor!

-¿Qué ocurre?

-Ya sabéis que fui escoltando el. correo del rey con el dinero.

-Sí.

-Pues bien, al llegar al Palais Royal, vi ...

-Respira un poco, mi buen amigo, te sofocas.

-¿Qué visteis? -gritaron los amigos impacientes.

-Vi a los mosqueteros montar a caballo.

-¿Veis? -gritaron-. ¿Veis? ¿Hay un instante que perder?

La señora Fouquet se precipitó por las escaleras, pidiendo sus caballos.

La señora de Belliére lanzóse a cogerla en sus brazos, y le dijo:

-Señora, en nombre de su salvación, no manifestéis ninguna alarma.

Pellisson corrió para hacer enganchar las carrozas.

Y entretanto, Gourville recogió en su sombrero el oro y plata que los amigos, llorosos y asustados, pudieron echar, última ofrenda, piadosa limosna hecha a la desgracia por la pobreza.

El superintendente, arrastrado por unos, llevado por otros, fue metido en su carroza. Gourville subió al pescante y tomó las riendas. Pellisson sostuvo a la señora Fouquet desmayada.

La señora de Belliére tuvo más valor, y obtuvo en ello su recompensa, pues recogió el último beso de Fouquet.

Pellisson explicó fácilmente aquella acelerada marcha por una orden del rey, que llamaba a los ministros a Nantes.

CIX
EN LA CARROZA DEL SEÑOR COLBERT

Según había visto Gourville, los mosqueteros del rey montaban a caballo y seguían a su capitán.

Este, que no quería le molestasen en sus andanzas, dejó su brigada a las órdenes de un teniente, y se marchó, por su parte, con caballos de posta, recomendando a sus hombres la mayor actividad.

Por mucho que ellos corriesen, no podían llegar antes que él.

Al pasar por delante de la calle Croix-des-Petis-Champs, vio algo que le dio mucho en qué pensar. Vio al señor Colbert salir de su casa y subir a una carroza parada a la puerta. En aquella carroza, Artagnan distinguió cofias de mujer, y, como era curioso, quiso saber el nombre de aquellas mujeres.

A fin de verlas, pues se hacían las desentendidas, puso su caballo tan cerca de la carroza, que su bota de embudo rozó con el manto y todo lo conmovió, continente y contenido.

Las damas, atemorizadas, lanzaron, la una un débil grito, en el que Artagnan reconoció a una joven, la otra una imprecación, en la que reconoció el vigor y el aplomo que dan medio siglo.

Apartáronse las cofias: una de las mujeres era la señora Vanel, la otra la duquesa de Chevreuse.

Artagnan anduvo más listo que las damas. Las reconoció, y ellas no le conocieron; y como riesen ellas de su miedo, estrechando afectuosamente las manos:

"¡Bien! -dijo para sí Artagnan-. La vieja duquesa no es tan mirada en amistades como lo fue en otro tiempo. ¡Hace la corte a la querida del señor Colbert! ¡Pobre señor Fouquet! Nada bueno le presagia esto.

Y se alejó. El señor Colbert tomó asiento en la carroza, y aquel noble trío emprendió una peregrinación bastante lenta hacia el bosque le Vincennes.

Por el camino, la señora de Chevreuse dejó a la señora Vanel en casa de su señor marido, y, quedándose sola con Colbert, prosiguió su paseo hablando de negocios. Tenía un fondo de conversación inagotable la querida duquesa, y, como siempre hablaba para mal de otro y en provecho propio, su conversación entretenía al interlocutor y no dejaba de ser para ella bastante útil.

Dijo a Colbert que se hallaba ignorante de ello, lo gran ministro que era, y la nulidad a que vendría a parar Fouquet. Prometióle poner de su parte, cuando fuese superintendente, a toda la antigua nobleza de-l reino, y le pidió su opinión sobre le preponderancia de La Valliére.

Lo elogió, le censuró y lo aturdió. Le descubrió el secreto de tantos secretos, que Colbert temió por un momento habérselas con el diablo, probándole que tenía en sus „anos al Colbert de hoy, como había tenido al Fouquet de ayer.

Y como, ingenuamente, le preguntase él la razón del odio que sentía al superintendente:

-¿Por qué le aborrecéis vos? -dijo ella.

-Señora -contestó Colbert-, en política las diferencias de sistema pueden causar disidencias entre los hombres. He creído que el señor Fouquet practicaba un sistema opuesto a los intereses del rey.

La duquesa le interrumpió: -No os hablo ya del señor Fouquet. El viaje que hace el rey a Nantes vendrá a darnos la razón. El señor Fouquet, para mí, es hombre gastado. Para vos también. Colbert no replicó.

-Al regreso de Nantes -prosiguió la duquesa-, el rey, que sólo busca un pretexto, hallará que los Estados se han conducido mal, que han hecho pocos sacrificios. Los Estados dirán que los impuestos son demasiados pesados, y que la superintendencia los ha arruinado. El rey se quejará al señor Fouquet, y entonces...

-¡Oh! Caerá en desgracia. ¿No sois del mismo parecer?

-¿Qué? -dijo Colbert.

Colbert lanzó a la duquesa una mirada que quería decir: "Si el señor Fouquet queda sólo privado de su alimento, no será por vos."

-Es preciso -apresuróse a decir la señora de Chevreuse- que tengáis bien marcado vuestro puesto, señor Colbert ¿Veis a alguien entre el rey y vos, después de la caída del señor Fouquet?

-No os entiendo -replicó Colbert.

-Ahora me comprenderéis. ¿Hasta qué punto llegan vuestras ambiciones?

-No las tengo.

-Era inútil entonces derribar al superintendente, señor Colbert. Es ocioso.

-He tenido el honor de deciros, señora . . .

-¡Oh, sí! Ya sé: el interés del rey; mas, hablemos del vuestro.

-El mío es servir a Su Majestad.

-En fin, ¿perdéis o no al señor Fouquet? Contestad sin rodeos. señora, yo no pierdo a nadie. -No comprendo entonces por qué me habéis comprado tan caras las cartas de Mazarino, relativas al señor Fouquet. Tampoco concibo por qué habéis enseñado al rey esas cartas.

Colbert, estupefacto, miró a la duquesa, y con aire contrariado:

-Señora -dijo-, todavía concibo yo menos, cómo vos, que habéis tomado el dinero, venís ahora echándome eso en cara.

-Es que -replicó la vieja duquesa- hay que querer lo que se quiere, a menos que no se pueda hacer lo que se quiere.

-¡Hola! -exclamó Colbert, desconcertado por aquella brusca lógica.

-No podéis, ¿he? Decid.

-No puedo, lo confieso, destruir en el rey ciertas influencias.

-Que combaten. por el señor Fouquet. ¿Cuáles? Esperad, que os ayudaré.

-Bien, señora.

-¿La Valliére?

-¡Oh! Poca influencia, ningún conocimiento en los negocios, y nada de fuerza. El señor Fouquet le ha hecho la corte.

-Defenderle, sería acusarse a sí misma, ¿no es cierto?

-Creo que sí.

-Todavía haya otra influencia, ¿no os parece?

-Considerable.

-¿La reina madre acaso?

-Su Majestad la reina madre tiene por el señor Fouquet una debilidad muy perjudicial para su hijo.

-No lo creáis -dijo la vieja sonriendo.

-¡Oh! -exclamó Colbert con incredulidad-. ¡He tenido tantas pruebas de ello!

-¿En otro tiempo?

-Y también ahora, en Vaux. Fue ella quien impidió al rey que detuvieran al señor Fouquet.

-No todos los días tiene uno la misma opinión, querido señor. Lo que la reina pudo querer hace poco, tal vez no lo quiera hoy.

-¿Por qué -murmuró Colbert extrañado.

-El motivo poco importa.

-Al contrario, importa mucho; porque si yo estuviera seguro de no desagradar a Su Majestad la reina madre, todos mis escrúpulos serían leves.

-Supongo que no habréis dejado de oír hablar de cierto secreto.

-¿Un secreto?

-Llamadlo como queráis. Lo cierto es que la reina madre mira con horror a los que han tenido parte en el descubrimiento de ese secreto, y creo que el señor Fouquet es uno de ellos.

-Entonces -replicó Colbert-, ¿podría contar con el asentimiento de la reina madre?

-Acabo de separarme de Su Majestad, que me lo ha asegurado.

-Enhorabuena, señora.

-Hay más. ¿Conocéis a un hombre que era amigo íntimo del señor Fouquet, el señor de Herblay, un obispo, según creo?

-Obispo de Vannes.

-Pues bien; a ese señor de Herblay, que sabía también ese secreto, le ha hecho perseguir la reina madre con encarnizamiento.

-¿De veras?

-De tal modo, que, aun muerto, quería tener su cabeza para asegurarse de que no hablará.

-¿Es ese el deseo de la reina madre?

-Una orden.

-¿Buscan a se señor de, Herblay, señora?

-¡Oh! Bien sabemos donde está. Colbert miró a la duquesa.

-Decid, señora.

-Está en Belle-Isle-en-Mer.

-¿En tierras del señor Fouquet?

-En tierras del señor Fouquet.

-¡Lo tendremos!

La duquesa sonrió a su vez.

-No creáis eso tan fácil -dijo-, ni lo prometáis con tanta ligereza.

-¿Por qué, señora?

-Porque el señor de Herblay no es de esos hombres a quienes se prende cuando se quiere.

-Entonces, será un rebelde.

-¡Oh! Nosotros, señor Colbert, hemos pasado toda nuestra vida siendo rebeldes, y, no obstante, bien lo veis, lejos de ser cogidos, prendemos a los demás.

Colbert clavó en la vieja duquesa una de esas miradas feroces que no tienen traducción, y, con firmeza no exenta de dignidad:

-No estamos en los tiempos -dijo- en que los súbditos conseguían ducados haciendo la guerra al rey de Francia. Si el señor de Herblay conspira, morirá en un cadalso. Poco nos importa que eso agrade a no a sus amigos.

Aquel *nos*, raro en la boca de Colbert, dejó un momento pensativa a la duquesa, sorprendida de contar interiormente con aquel hombre.

Colbert había logrado la superioridad en la conversación, y quiso conservarla.

-¿Me pedís, señora --dijo- que mande prender a ese señor de Herblay?

-¿Yo? Nada os pido.

-Creía, señora; pero, puesto que me he engañado, demos tiempo al tiempo. El rey- no ha dicho nada todavía.

La duquesa se mordió las uñas. -Por otra parte -continuó Colbert-, ese obispo es muy poca cosa. ¡Caza de rey, un obispo! No pienso siquiera ocuparme de él.

El odio de la duquesa se descubrió.

-Caza de mujer -dijo-, y la reina es una mujer. Si ella quiere que detengan al señor de Herblay, sus razones tendrá. Por otra parte, ¿no es el señor de Herblay amigo del que va a caer en desgracia?

-¡Oh! Eso poco importa- dijo Colbert-. Respetaremos a ese hombre, si no es enemigo del rey. ¿Lo llevaríais a mal?

-Yo no digo nada.

-Sí... quisierais verlo preso, en la Bastilla, por ejemplo.

-Creo que un secreto está mejor guardado tras los muros de la Bastilla que no tras los de Belle-Isle.

-Hablaré de eso al rey, y él proveerá.

-Y, entretanto, el señor obispo de Vannes escapará. Yo haría igual.

-¡Escapar él! ¿Y adónde? Europa es nuestra, si no de hecho, de voluntad.

-Nunca le faltará un asilo, señor. Bien se ve que no sabéis con quién os las habéis. No conocéis al señor de Herblay, ni habéis conocido a Aramis. Ese es uno de aquellos cuatro mosqueteros que, -en tiempo del difunto rey, hicieron temblar al cardenal de Richelieu, y que durante la Regencia dieron tanto que hacer a monseñor Mazarino.

-Pero, señora, ¿cómo se las ha de componer, a no ser que tenga un reino propio?

-Lo tiene, señor.

-¿Un ,reino él, el señor de Herblay?

-Os repito, señor, que si necesita un reino, lo tiene o 1o tendrá.

-En fin, puesto que tenéis tanto interés en que no escape, señora, ese rebelde, os lo aseguro, no escapará.

-Belle-Isle está fortificada, señor Colbert, y fortificada por él.

-Aun cuando fuese él mismo quien la defendiese, Belle-Isle no es inexpugnable, y si el señor obispo de Vannes se ha encerrado allí, se sitiará la plaza y la tomaremos.

-Podéis estar seguro, de que el celo que tengáis por los intereses de la reina madre complacerá en extremo a Su Majestad y os proporcionará una magnífica recompensa; mas, ¿qué podré decirle de vuestros proyectos acerca de ese hombre?

-Que una vez cogido, será sepultado en una fortaleza de donde jamás saldrá su secreto.

-Muy bien, señor Colbert; podemos decir que desde este momento hemos hecho ambos una alianza sólida, y que me tenéis consagrada a vuestro servicio.

-Soy yo, señora, quien me consagro al vuestro. Ese caballero de Herblay es un espía de España. ¿no es cierto?

-Más que eso.

-¿Un embajador secreto?

-Subid más.

-Aguardad ... El rey Felipe III es devoto. ¿Será... el confesor de Felipe III?

-Más alto todavía.

-¡Diantre! -exclamó Colbert, olvidándose hasta de jurar delante de aquella gran dama, de aquella vieja amiga de la reina madre, de la duquesa de Chevreuse, en fin-. ¿Será, pues, el general de los jesuitas?

-Creo que lo habéis adivinado -respondió la duquesa.

-¡Ah, señora! ¡Entonces, ese hombre nos perderá a todos, si no le perdemos a él, y aun es preciso apresurarse!

-Esa era mi opinión, señor, mas no me atrevía a decíroslo.

-Y ha sido una fortuna que haya atacado al trono, en vez de atentar contra nosotros.

-Pero notad bien una cosa, señor Colbert: jamás se desanima el señor de Herblay, y, si el golpe le ha salido mal, volverá a empezar. Si ha dejado escapar la ocasión de darse un rey a su gusto, tarde o temprano se dará otro, del cual, a buen seguro, no seréis el primer ministro.

Colbert frunció el ceño con expresión amenazadora.

-Cuento con que la prisión nos arreglará este asunto de un modo satisfactorio para los dos, señora. La duquesa sonrió.

-¡Si supieseis -dijo- cuántas veces ha salido Aramis de la prisión!

-¡Oh! -replicó Colbert-. Ya cuidaremos de que esta vez no salga.

-Pero, ¿no habéis oído lo que os he dicho poco ha? ¿No recordáis que Aramis era uno de los cuatro invencibles a quienes tanto temía Richelieu? Y en aquella época no tenían lo que hoy tienen; dinero y experiencia.

Colbert se mordió los labios.

-Renunciaremos a la prisión -dijo en tono mas bajo-, y buscaremos un retiro de donde no pueda salir el invencible.

-¡Así me gusta, aliado nuestro! -repuso la duquesa-. Mas se va haciendo tarde. ¿Volvemos?

-Con tanto más placer, señora, cuanto que tengo que hacer mis preparativos para salir con el rey.

-¡A París! -gritó la duquesa al cochero.

Y la carroza volvió hacia el barrio de San Antonio, tras la conclusión de aquel tratado que entregaba a la muerte al último amigo de Fouquet, al último defensor de Belle-Isle, al antiguo amigo de María Michón, al nuevo enemigo de la duquesa.

CX
LAS DOS GABARRAS

El capitán había partido; Fouquet también, y con una rapidez que redoblaba el tierno interés de sus amigos.

Los primeros momentos de aquel viaje, o, mejor, de aquella fuga, fueron turbados por el temor incesante de todos los caballos, de todas las carrozas que se veían detrás del fugitivo.

No era natural, en efecto, que Luis XIV, si quería aquella presa, la dejase escapar; el joven león sabía ya de caza, y tenía sabuesos bastante ardientes para poder descansar en ellos.

Mas, insensiblemente, todos los temores fueron desapareciendo; el superintendente, a fuerza de correr, puso tal distancia entre él y los perseguidores, que razonablemente, nadie podía alcanzarle. Respecto a! pretexto del viaje, sus amigos lo habían encontrado excelente ¿No viajaba para ir a reunirse con e! rey en Nantes, y la misma rapidez no atestiguaba su celo?

Llegó fatigado, pero tranquilo, a Orleáns, donde, merced a los cuidados de un correo que le había precedido, halló una hermosa gabarra de ocho remeros.

Aquellas gabarras, en forma de góndolas, algo anchas y algo pesadas, que tenían una pequeña cámara cubierta en forma de combés, y una cámara de popa formada por una tienda, hacían entonces el servicio de Orleáns a Nantes por el Loira; y la travesía, larga ahora, parecía entonces mas cómoda y suave que el camino real, con sus jacos de posta o sus malas carrozas apenas suspendidas. Fouquet entró en aquella gabarra, que partió inmediatamente. Los remeros, al saber que tenían el honor de conducir al superintendente de Hacienda, maniobraban con el mayor afán y la palabra mágica Hacienda, prometíales una buena gratificación, de que querían hacerse dignos.

La gabarra voló sobre las olas del Loira. Un tiempo magnífico, uno de esos soles de levante que empurpuran los paisajes, dejaba al río toda su límpida serenidad. La corriente y los remeros llevaron a Fouquet como las alas llevan a las aves; llegó a Beaugency sin que ningún incidente interrumpiese el viaje.

Fouquet contaba con llegar el primero a Nantes; allí vería a los notables y se buscaría un apoyo entre los principales miembros de los Estados; haciéndose necesario, cosa fácil a un hombre de su mérito, retrasaría la catástrofe, si no conseguía evitarla enteramente.

-Por lo demás -le decía Gourville-, en Nantes adivinaréis o adivinaremos las intenciones de vuestros enemigos; tendremos preparados los caballos para internarnos en el inextricable Poitou, una barca para ganar el mar, Belle-Isle es el puerto inviolable. Ya veis, además, que nadie nos acecha ni nos sigue.

Apenas acababa de hablar, cuando se distinguió a lo lejos, detrás de un recodo formado por el río, la arboladura de una gabarra importante que bajaba.

Los remeros de la barca de Fouquet lanzaron un grito de sorpresa al divisar aquella gabarra.

-¿Qué hay? preguntó Fouquet.

-Hay, monseñor -respondió el patrón del barco-, que es muy extraordinario que esa gabarra marche como un huracán.

Gourville se estremeció, y subió al combés para ver mejor. Fouquet no subió, pero dijo a Gourville con una desconfianza dominada:

-Ved lo que es eso, querido.

La gabarra acababa de doblar el recodo. Navegaba tan aprisa, que detrás de ella veíase burbujear el blanco rastro de su surco, iluminado por los resplandores del día.

-¡Cómo van! -repetía el patrón-. ¡Cómo van! Buena debe ser la paga. No creía -continuó el patrón- que ningún remo pudiese aventajar a los nuestros, pero ésos me prueban lo contrario.

-¡Ya lo creo -dijo uno de los remeros-.Como que ellos son doce y nosotros no somos más que ocho.

-¡Doce! -exclamó Gourville-. ¡Doce remeros! Imposible!

Nunca se ponían, en efecto, arriba de ocho remeros para una gabarra, ni aun para el mismo rey. Ese honor se le había hecho al señor superintendente, más por ir de prisa
que por respeto.

-¿Qué significa eso? -preguntó Gourville, procurando distinguir bajo la tienda, que ya se divisaba, a los viajeros que no podía reconocer todavía la vista más perspicaz.

-¡Prisa deben traer! ¡Porque no es el rey! -dijo el patrón. Fouquet estremecióse.

-¿En qué conocéis que no es el rey? -dijo Gourville.

-Primero, porque no diviso el pabellón blanco con flores de lis, que la gabarra real lleva siempre.

-Y luego -añadió Fouquet-, porque el rey estaba ayer aún en París.

Gourville respondió al superintendente con una mirada que significaba "También estabais vos."

-¿Y en qué se conoce que traen prisa? -añadió para ganar tiempo.

-En que esa gente -dijo el patrón- ha debido salir mucho después que nosotros, y ya nos han alcanzado o poco menos.

-¡Bah! -exclamó Gourville-. ¿Y quién os dice que esa gente no ha salido de Beaugency, o de Niort, quizá?

-No hemos visto ninguna gabarra de esa fuerza sino en Orleáns. Viene de Orleáns. señor, y se despacha.

Fouquet y Gourville cambiaron una mirada.

El patrón notó aquella inquietud. Gourville, para distraer su atención:

-Algún amigo -dijo- que habrá apostado a alcanzarnos; ganemos la apuesta, y no nos dejemos alcanzar.

El patrón abría la boca para decir que no era posible, cuando Fouquet, con altivez:

-Si es alguien que quiere alcanzarnos -dijo-, dejémosle venir. -Puede intentarse, monseñor -dijo el patrón tímidamente- ¡Vamos, muchachos, nervio! ¡Bogad!

-No -dijo Fouquet-, al contrario, parad pronto!

-¡Monseñor, qué locura! -interrumpió, Gourville, inclinándose a su oído.

-¡Parad pronto! -repetía Fouquet.

Los ocho remeros detuviéronse, y, resistiendo el agua, imprimieron un movimiento retrógrado a la gabarra, que se detuvo.

Los doce remeros de la otra no advirtieron de pronto aquella maniobra, y continuaron empujando el esquite con tal vigor, que se puso a distancia de un tiro de mosquete. El señor Fouquet tenía mala vista; a Gourville le molestaba el sol, que ofendía sus ojos; sólo el patrón, con esa práctica y esa precisión que da la lucha con los elementos, divisó distantemente a los viajeros de la gabarra.

-¡Ya los veo! -exclamó-. Son dos.

-Yo nada veo -dijo Gourville.

-No tardaréis en distinguirlos; con unos golpes de remó se pondrán a veinte pasos de nosotros.

Pero no se verificó, lo que anunciaba el patrón; la gabarra imitó la maniobra mandada por Fouquet, y en vez de venir a reunirse con sus supuestos amigos, detúvose en medio del río.

-No lo entiendo -dijo el patrón.

-Ni yo -dijo Gourville. -Vos que veis bien la gente de esa gabarra -prosiguió Fouquet-, procurad describirla, patrón, antes que nos alejemos demasiado.

-Creí haber visto dos -dijo el batelero-, pero no veo más que a uno bajó la toldilla.

-¿Cómo es?

-Moreno, anchó de hombros, corto de cuello.

Una nubecilla pasó por el azul, y fue en aquel momento a tapar el sol.

Gourville, que continuaba mirando con una manó sobre los ojos, pudo ver lo que buscaba, y, de pronto, saltando del combés a la cámara dónde le aguardaba Fouquet:

-¡Colbert! -le dijo, con voz alterada por la emoción.

-¿Colbert? -repitió Fouquet-, ¡Oh! ¡Eso sí que es extrañó! ¡Pero no imposible!

-Os digo que lo reconozco, y tanto me ha reconocido él, que acaba de pasar a la cámara de popa. Tal vez le envíe el rey para hacernos volver.

-En ese casó trataría de alcanzarnos, en vez de quedar al pairo. ¿Qué hace ahí?

-Sin duda nos vigila, monseñor.

-no me gustan las incertidumbres -exclamó Fouquet-; marchemos a ella en derechura.

-¡Oh! ¡Monseñor, no hagáis eso! La gabarra lleva gente armada.

-¿Me detendrá, Gourville? ¿Por qué no viene, entonces?

-Monseñor, no es propio de vuestra dignidad correr en busca de vuestra perdición.

-¿Y sufrir que me aceche como a un malhechor?

-Nada hace creer hasta ahora que os aceche, monseñor; tened paciencia.

-¿Qué hacer, entonces?

-no os detengáis; id con una prisa que deje sospechar vuestro celó por obedecer las órdenes del rey. Redoblemos la celeridad. ¡Quien viva, verá!

-Está bien. ¡Vamos -exclamó Fouquet-. Ya que se paran. marchemos nosotros.

El patrón dio la señal, y los remeros de Fouquet reanudaron su ejercicio con todo el éxito que esperarse podía de gentes descansadas.

Apenas la gabarra hubo hecho cien brazas, cuando la otra, la de los doce remeros, siguió también su marcha. Aquella carrera duró todo el día, sin que disminuyera ni aumentase la distancia entre los dos equipos.

A la caída de la tarde, queriendo Fouquet tantear las intenciones de su perseguidor, mandó a los remeros que se aproximaran a tierra, como para hacer un desembarcó. La gabarra de Colbert imitó aquella maniobra, y singló hacía tierra oblicuando.

Por la más grande de las casualidades, en el sitió dónde Fouquet aparentó desembarcar, un mozo de cuadra del palacio de Langeais seguía el florido ribazo conduciendo tres caballos del ronzal. Indudablemente, los de

la gabarra de doce remeros creyeron que Fouquet se dirigía en busca de caballos preparados para su fuga, pues de aquella gabarra saltaron cuatro ó cinco hombres armados de mosquetes, y siguieron el ribazo como para ganar terreno hacía los caballos y el jinete.

Contento Fouquet de haber obligado al enemigo a una demostración, se dio por avisado, e hizo que siguiese la barca su viaje.

La gente de Colbert volvió inmediatamente a la suya, y la carrera entre los dos equipos continuó con renovada perseverancia.

Viendo aquello, Fouquet se sintió amenazado de cerca, y, con acento profético:

-Y bien, Gourville -dijo muy bajó-, ¿qué decía yo en nuestra última comida en casa? ¿Caminó ó no a mí ruina?

-¡Oh, monseñor!

-Estas dos barcas que se siguen con tal emulación, como sí nos disputáramos Colbert y yo un premió de celeridad sobre el Loira, ¿no representa bien nuestras dos fortunas, y no crees, Gourville, que uno de los dos naufragará en Nantes?

-Al menos -objetó Gourville-, nada hay todavía de cierto; compareceréis ahora en los Estados, y haréis ver el hombre que sois; vuestra elocuencia y vuestra destreza os servirán para defenderos, sí no para vencer. Los bretones no os conocen, Y cuando os conozcan, vuestra causa estará ganada. ¡Oh! Ya puede afirmarse bien Colbert, porque su gabarra está tan expuesta como la vuestra a zozobrar. Las dos van aprisa, la suya más que la vuestra, es verdad; pero así llegará antes al naufragio.

Fouquet, tomando la manó a Gourville:

-Amigó -dijo-, esto es cosa juzgada; recuerda el proverbio: "Los primeros van delante." ¡Pues bien, mira cómo Colbert cuida de no pasarme! ¡Oh, es muy prudente Colbert!

Y tenía razón. Las dos gabarras bogaron hasta Nantes, vigilándose una a otra. Cuando el superintendente abordó, Gourville pensó que podía buscar en seguida su refugió y hacer preparar caballos de refrescó.

Pero al desembarcar la segunda gabarra se reunió a la primera, y Colbert, acercándose a Fouquet, le saludó en el muelle con muestras del más profundo respetó.

Muestras tan significativas, tan bulliciosas, que dieron por resultado congregar toda una población en la Fosse.

Fouquet se poseía completamente; sentía que en sus últimos momentos de grandeza, aún tenía deberes consigo mismo.

-Quería caer de tan alto, que su caída hundiese a alguno de sus enemigos.

Colbert estaba allí; tanto peor para él.

El superintendente, acercándose a Colbert le dijo, con aquel guiñó altanero de ojos que le era peculiar:

-¡Hola! ¿Sois vos, señor Colbert?

-Para rendiros mis homenajes, monseñor -dijo éste.

-¿Ibais en esa gabarra?

Y señaló la famosa barca de los doce remeros.

-Sí, monseñor.

-¿Doce remeros -dijo Fouquet-. ¡Qué lujo, señor Colbert! Por un momento llegué a creer que fuese la reina madre ó el rey.

-Monseñor. . .

Y Colbert se puso encarnado.

-He ahí un viaje que costará caro a quienes lo paguen, señor intendente -dijo Fouquet-. Pero, en fin, habéis llegado. Bien veis -añadió un momento después que yo, que no- tenía más que ocho remeros, he llegado antes que vos.

Y le volvió la espalda, dejándolo indeciso de saber- realmente si todas las tergiversaciones de la segunda gabarra habían escapado a la primera.

A lo menos no le daba la satisfacción de manifestar que hubiese sentido miedo.

Colbert, tan rudamente sacudido, no se desanimó por eso, y replicó:

-No he ido tan de prisa, monseñor, porque me detenía cada vez que os deteníais vos.

-¿Y por qué, señor Colbert? -exclamó Fouquet irritado de aquella baja osadía-. Puesto que teníais un equipo superior al mío, ¿por qué no os unisteis a mí o me adelantasteis?

-Por respeto -respondió el intendente, inclinándose hasta el suelo.

Fouquet subió a una carroza que le enviaba la ciudad, sin saberse por qué ni cómo, y dirigióse a la Casa de Nantes, escoltado por inmenso gentío que hacía muchos días esperaba impaciente la convocación de los Estados.

Apenas se hubo instalado, salió Gourville para hacer preparar los caballos en el camino de Poitiers y de Vannes, y un barco en Paimboeuf.

Con tanto misterio, actividad y generosidad hizo estas operaciones, que nunca Fouquet, aquejado a la sazón por su acceso de fiebre, se halló más próximo a la salvación, salvo la cooperación de ese agitador inmenso de los humanos proyectos: la casualidad.

Divulgóse aquella noche por la ciudad la voz de que el rey venía a galope en caballos de posta, y que llegaría en diez o doce horas.

El pueblo, esperando al rey, se regocijaba mucho en ver a los mosqueteros llegados con el señor de Artagnan, su capitán, ya acuartelados en el palacio, del que ocupaban todos los puestos como guardia de honor.

El señor de Artagnan, que era muy cortés, se presentó a las diez en casa del superintendente para ofrecerle sus respetos, y aunque el ministro tenía la calentura y estaba bañado en sudor, quiso recibir al capitán, el cual quedó encantado de aquel honor, como se verá por la conferencia que ambos tuvieron.

CXI
CONSEJOS DE AMIGO

Fouquet se había acostado. Artagnan apareció en el umbral del aposento y fue saludado por el superintendente del modo mas afable.

-Buenos días, monseñor -dijo el mosquetero-. ¿Cómo os sentís del viaje?

-Muy bien. Gracias.

-¿Y de la fiebre?

-Bastante mal. Ya veis ahí mis bebidas. Apenas llegado, he impuesto a Nantes una contribución de tisana.

-Ante todo, es preciso dormir, monseñor.

-¡Pardiez! De buena gana dormiría, querido señor de Artagnan.

-¿Quién os lo impide?

-Vos, en primer lugar.

-¿Yo? ¡Ah, monseñor!

-Sin duda. ¿Es que en Nante, como en París, no venís en nombre del rey?

-¡Por Dios! ¡Monseñor! -replicó el capitán-, dejad en paz al rey! El día en que venga de parte de Su Majestad para lo que queréis decirme, os prometo no teneros en ansiedad. Me veréis poner a la espada, según la ordenanza, y me oiréis decir con mi voz de ceremonia: "Monseñor, en nombre del rey, os detengo!"

Fouquet tembló a pesar suyo; tan natural y vigoroso había sido el acento del espiritual gascón. La representación del hecho era casi tan espantosa como el hecho mismo.

-¿Me prometéis esa franqueza? -dijo el superintendente.

-¡Por mi honor Pero no hemos llegado a ese punto, creedme.

-¿Qué os nace presumir eso, señor de Artagnan? Yo opino todo lo contrario.

-No he oído hablar nada sobre el particular -replicó Artagnan.

-¡Eh, eh! -dijo Fouquet. No, no; sois un hombre agradable, a pesar de vuestra fiebre. El rey no puede, no debe menos de amaros en el fondo de su corazón. Fouquet hizo un visaje.

-¿Y qué decís del señor Colbert? ¿Creéis que me ama tanto como pensáis?

-No hablo del señor Colbert -replicó Artagnan-. Es un hombre excepcional. Posible es que no os ame; pero, ¡diantre, la ardilla puede librarse de la culebra, con poco que ponga de su parte.

-Veo que me habláis como amigo -repuso Fouquet-, y, ¡por vida mía!, jamás he encontrado un hombre de vuestro espíritu y de vuestro corazón.

-Favor que me hacéis -dijo Artagnan-. ¡Haber aguardado a hoy para hacerme semejante cumplido!

-¡Qué ciegos somos! -murmuró Fouquet.

-Se pone ronca vuestra voz -dijo Artagnan-. Bebed, monseñor, bebed.

Y le presentó una taza de tisana con la amistad más cordial; Fouquet la tomó, y le dio las gracias con una amable sonrisa.

-Sólo a mí me pasan estas cosas -dijo el mosquetero-. Diez años he pasado casi bajo vuestras narices, cuando contabais el oro
por toneles y reuníais una pensión de cuatro millones al año, y ni siquiera hicisteis alto en mí; y ahora echáis de ver que vivo en el mundo, precisamente en el momento...

-En que voy a caer -interrumpió Fouquet-. Es verdad, querido señor Artagnan.

-No digo eso.

-Lo pensáis nada más. Pues bien, si caigo, tened por cierto que no pasará día sin que me diga, dándome en la frente: "¡Loco, loco! ¡Estúpido

mortal! ¡Teníais al señor de Artagnan en tu mano, y no te has servido de él! ¡Y no le has enriquecido!"

-¡Me abrumáis! -dijo el capitán-., Soy un apasionado vuestro.

-Otro hombre que no piensa como el señor Colbert -dijo el superintendente.

-¡Ese Colbert es vuestra pesadilla! Esto es peor que vuestra fiebre.

-¡Ah! Tengo mis razones -dijo Fouquet-. Juzgad.

Y le contó los incidentes de la carrera de las gabarras y la hipócrita persecución de Colbert.

-¿No es esa la mejor señal de mi ruina?

Artagnan se puso serio.

-Es verdad -dijo-. Sí, eso me huele mal, como decía el señor de Tréville.

Y fijó en Fouquet su mirada inteligente y significativa.

-¿No os parece, capitán, que estoy bien designado? ¿No creéis que el rey me trae a Nantes para aislarme de París, donde tantas criaturas tengo, y para apoderarse de Belle-Isle?

-Donde está el señor de Herblay -añadió Artagnan.

Fouquet levantó la cabeza.

-En cuanto a mí, monseñor -prosiguió Artagnan-, puedo aseguraros que el rey nada me ha dicho contra vos.

-¿De veras?

-El rey me ha mandado marchar a Nantes, y no decir nada al señor de Gesvres.

-Mi amigo.

-Al señor de Gesvres, vuestro amigo, sí, monseñor -continuó el mosquetero, cuyos ojos no cesaban de hablar un lenguaje opuesto al de sus labios-. El rey me mandó también tomar una brigada de mosqueteros, lo cual es superfluo al parecer, porque el país está tranquilo.

-¿Una brigada? -exclamó Fouquet incorporándose sobre un codo.

-Noventa y seis jinetes, sí, monseñor, el mismo número que se preparó para detener a los señores de Chalais, de Cinq-Mars y Montmorency.

Fouquet prestó oído a aquellas palabras, pronunciadas sin valor aparente.

-¿Y qué más? -dijo. -Algunas otras órdenes insignificantes, tales como: "Guardar el palacio; guardar cada alojamiento; no dejar que dé centinela ninguno de los guardias del señor Gesvres." Del señor de Gesvres, vuestro amigo.

-Y para mí -preguntó Fouquet-, ¿qué orden tenéis?

-Para vos, monseñor, ni la menor palabra.

-¡Señor de Artagnan, se trata de salvarme el honor y mi vida, quizá. Supongo que no me engañaréis.

-¡Yo! ¿Y con qué objeto? ¿Estáis amenazado? Verdad es que hay, en cuanto a barcos y carrozas, una orden...

-¿Una orden?

-Sí; pero no puede tener relación con vos. Simple medida de policía.

-¿Cuál, capitán, cuál?

-Impedir que salga de Nantes ningún caballo ni barco sin un salvoconducto firmado por el rey. -¡Gran Dios! Pero... Artagnan se echó a reír.

-Eso no tendrá ejecución hasta la llegada del rey a Nantes; por tanto, ya veis que la medida no os` concierne.

Fouquet quedó pensativo, y Artagnan fingió no reparar en su pre-ocupación.

-Para que os confíe el tenor de' las órdenes que me han dado, preciso es que os quiera, y ya veis que ninguna puede comprenderos.

-Es verdad -dijo distraído Fouquet.

-Recapitulemos -repuso el capitán con su golpe de vista cargada de insistencia-; guardia especial y severa del palacio, en el que tendréis vuestra habitación, ¿no es así? . ¿Conocéis el palacio?... ¡Ah, una verdadera cárcel, monseñor! Ausencia absoluta del señor de Gesvres, que tiene el honor de ser amigo vuestro... Clausura de las puertas de la ciudad y del río, salvo pase, pero sólo cuando haya llegado el rey... ¿Sabéis, señor Fouquet, que si en lugar de hablar a un hombre como vos, que sois de los principales del reino, hablase a una conciencia turbada e inquieta, me comprometería para siempre? ¡Bella ocasión para quien quisiera largarse! ¡Ni policía, ni guardias, ni órdenes; el agua libre, el camino franco; el caballero Artagnan obligado a prestaros sus caballos si se los pidiesen! ... Todo esto debe tranquilizaros, señor Fouquet; porque el rey no me habría dejado en , tanta independencia si tuviese malos designios. Conque, señor Fouquet, pedidme cuanto pueda agradaros; estoy a vuestra disposición; sólo querría, si lo tenéis a bien, que me hicieseis un favor: el de dar los buenos días a Aramis y a Porthos, en el caso de que os embarquéis para Belle-Isle, como podéis hacer perfectamente, incontinenti, en el acto, en bata como estáis.

Y a estas palabras, y con una profunda reverencia, el mosquetero, cuyas miradas no habían perdido nada de su inteligente benevolencia, salió del aposento y desapareció. No había llegado a la escalinata del vestíbulo, cuando Fouquet, fuera de sí, colgándose a la campanilla, gritó:

-¡Mis caballos, mi gabarra! Nadie contestó.

El superintendente se vistió con lo primero que encontró a mano.

-¡Gourville!. . . ¡Gourville! ... -gritó metiéndose el reloj en el bolsillo.

Y la campanilla sonaba aún, mientras que Fouquet repetía:

-¡Gourville! ... ¡ Gourville! ... Gourville apareció jadeante, pálido.

-¡Marchemos! ¡Marchemos! - gritó el superintendente así que lo vio.

-¡Demasiado tarde! -dijo el amigo del pobre Fouquet.

-¡Demasiado tarde! ¿Por qué?

-¡Escuchad!

Oyéronse trompetas y ruido de tambores delante del palacio.

-¿Qué es eso, Gourville?

-El rey que llega, monseñor.

-¿El rey?...

-El rey ha venido a marchas forzadas; el rey, que ha reventado caballos y que se anticipa en ocho horas a vuestro cálculo.

-¡Estamos perdidos! -murmuró Fouquet-. ¡Bravo Artagnan, me has avisado demasiado tarde!

El rey llegaba, en efecto, a la ciudad; pronto oyóse el cañón de la muralla y el de un barco que respondía desde la orilla del río.

Fouquet frunció el ceño, llamó a su ayuda de cámara y se vistió de rigurosa etiqueta.

Desde su ventana, detrás de las cortinas, veía el apresuramiento del pueblo y la actividad de la mucha, tropa que había seguido al príncipe, sin que se pudiera adivinar cómo.

El rey fue conducido al castillo con gran pompa, y Fouquet le vio echar pie a tierra frente al castillo y hablar al oído a Artagnan que le tenía el estribo.

Habiendo pasado el rey bajo la bóveda, Artagnan se dirigió a casa de Fouquet, pero tan despacio, tan lentamente, deteniéndose tantas veces para hablar a sus mosqueteros, escalonados en hilera, que hubiera podido decirse que contaba los segundos o los pasos antes de desempeñar su mensaje.

Fouquet abrió la ventana para hablarle en el patio.

-¡Ah! -exclamó Artagnan al verle-; ¿estáis aún en casa, monseñor?

Y este aún acabó de demostrar a Fouquet cuantos provechosos consejos había recibido en la primera visita del mosquetero.

El superintendente se contentó con suspirar.

-¡Dios mío, sí, señor! -contestó-. La llegada del rey ha interrumpido mis proyectos.

-¡Ah! ¿Sabéis que acaba de llegar el rey?

-Le he visto, sí, señor; y ahora, ¿venís de su parte?...

-A informarme de vuestra salud, monseñor, y, si no es muy mala, a rogaros que tengáis la bondad de acompañarme al palacio.

-A ese paso, señor de Artagnan, a ese paso.

-¡Ah! ¡Toma! -dijo el capitán-. Ahora que el rey está aquí no hay ya paseo para nadie, ni libre arbitrio; la consigna gobierna ahora, a vos como a mí, a mí como a vos.

Fouquet suspiró de nuevo, y, como su debilidad fuese grande, subió en la carroza y dirigióse al palacio escoltado por Artagnan, cuya cortesía no era menos terrible esta vez que lo fue antes consoladora y alegre.

CXII
DE CÓMO EL REY LUIS XIV DESEMPEÑÓ SU PAPELILLO

Al bajar Fouquet de la carroza para entrar en- el palacio de Nantes un hombre del pueblo se acercó a él con todas las muestras del mayor respeto y le dio una carta.

Artagnan quiso impedir que aquel hombre hablase a Fouquet, y lo alejó; pero ya había recibido el superintendente el mensaje. Fouquet abrió la carta y la leyó. En aquel momento se dibujó en el rostro del primer ministre un vago espanto, que Artagnan penetró fácilmente.

Fouquet guardó el papel en la cartera que llevaba bajo el brazo, y continuó su camino hacia las habitaciones del rey.

Artagnan, al subir detrás de Fouquet, vio por las ventanillas practicadas en cada piso del torreón, que el hombre del billete miraba alrededor suyo en la plaza y hacía señas a varias personas que desaparecieron en las calles adyacentes, después de haber repetido éstas las señas hechas por el personaje que hemos indicado.

Hízose aguardar un instante al señor Fouquet en aquel terrado de que hemos hablado, terrado que terminaba en el pequeño corredor, junto al cual habíase establecido el despacho del rey.

Artagnan pasó delante del superintendente, a quien hasta entonces había acompañado respetuosamente y entró en el despacho real.

-¿Qué hay? -preguntó Luis XIV, arrojando al verle un gran paño verde sobre la mesa cubierta de papeles.

-Está cumplida la orden, Majestad.

-¿Y Fouquet?

-El señor superintendente me sigue.

-Que le introduzcan aquí dentro de diez minutos -ordenó el rey, despidiendo a Artagnan con un ademán.

Este salió, y apenas llegó al corredor, a cuyo extremo esperaba Fouquet, fue llamado por la campanilla del rey.

-¿No ha parecido extrañarse? -preguntó el rey.

-¿Quién, Majestad?

-Fouquet -repitió el rey sin decir señor, particularidad que confirmó al capitán de mosqueteros en sus sospechas.

-No, Majestad -replicó.

-Bien.

Y Luis despidió a Artagnan por segunda vez.

Fouquet no había abandonado el terrado donde le dejara su guía; releía su billete, así concebido:

"Algo se trama contra vos. Tal vez no se atrevan a hacerlo en el palacio, y aguarden a que regreséis a vuestra casa. El edificio está cercado de mosqueteros. No entréis en él; un caballo blanco os espera detrás de la explanada."

Fouquet había reconocido la letra y el celo de Gourville. No queriendo que si le sucedía alguna desgracia pudiese aquel papel comprometer a un fiel amigo, lo hizo mil pedazos que arrojó al viento por el pretil del terrado. Artagnan sorprendióle mirando revolotear los últimos pedacitos en el espacio.

-Señor -dijo-, el rey os espera.

Fouquet caminó con paso mesurado por la pequeña galería donde trabajaban los señores de Brienne y Rose, mientras el duque de Saint-Aignan, sentado en una sillita, parecía aguardar órdenes y balanceaba con impaciencia febril su espada entre las piernas.

Mucho extrañó Fouquet que los señores de Brienne, Rose y de Saint-Aignan, por lo común tan atentos y obsequiosos, apenas se moviesen cuando pasó al lado suyo. Mas, ¿qué otra cosa podía esperar de unos cortesanos, él, que no era llamado más que Fouquet a secas por el rey?

Levantó la cabeza, y, resuelto a arrostrarlo todo de frente, entró en el despacho del rey, después de haber sido anunciado a Su Majestad por una campanilla, que ya conocemos.

El rey, sin levantarse, le hizo un saludo con la cabeza, y preguntó con interés:

-¿Cómo estáis, señor Fouquet?

-Con mi acceso de fiebre -replicó el superintendente-, pero siempre al servicio del rey.

-Bien; los Estados se reúnen mañana. ¿Tenéis preparado algún discurso?

Fouquet miró al rey con extrañeza.

-No lo, tengo preparado, Majestad -contestó-; pero improvisaré uno. Conozco a fondo los negocios para no quedarme cortado. ¿Me permite Vuestra Majestad que le dirija una pregunta?

-Hacedla.

-¿Por qué no ha hecho Vuestra Majestad el honor de avisar a su primer ministro en París?

-Estabais enfermo; no quise molestaros.

-Jamás me fatigan ni el trabajo ni una explicación, y ya que se me ha presentado ocasión de pedir una explicación a mi rey...

-¡Oh, señor Fouquet! ¿Y sobre qué es esa explicación?

-Sobre las intenciones de Vuestra Majestad respecto a mí.

El rey ruborizóse.

-He sido calumniado -prosiguió Fouquet con viveza-, y debo provocar la justicia del rey para que se me instruya causa.

-Esas son palabras inútiles, señor Fouquet; yo sé lo que sé.

-Su Majestad no puede saber las cosas sino cuando se las dicen, y yo no he dicho nada, mientras que otros han hablado mil veces a...

-¿Qué queréis decir? -interrumpió el rey, impaciente por cerrar tan enojosa conversación.

-Voy directamente al hecho, Majestad, y acuso a un hombre de malquistarme con Vuestra Majestad.

-Nadie trata de malquistaros conmigo, señor Fouquet.

-Esa respuesta, Majestad, me prueba que tengo razón.

-No me gusta que se acuse a nadie, señor Fouquet.

-¡Cuando a uno le acusan! ...

-Ya hemos hablado bastante de este asunto -dijo el rey.

-¿No quiere Vuestra Majestad que me justifique?

-Os repito que no os acuso. Fouquet dio un paso atrás haciendo un medio saludo.

"Es indudable -pensó- que ha tomado ya su partido. Sólo el que no puede retroceder muestra una obstinación semejante. No ver el peligro en este instante, sería una ceguedad; no evitarlo, sería estúpido."

Y prosiguió en voz alta:

-¿Me ha llamado Vuestra Majestad para algún trabajo?

-No, señor Fouquet; para daros un consejo.

-Lo espero respetuosamente, Majestad.

-Descansad, señor Fouquet; no prodiguéis más vuestras fuerzas; la sesión de los Estados será corta, y cuando mis secretarios la hayan cerrado, no quiero que se hable más de negocios en Francia en quince días.

-¿No tiene Vuestra Majestad nada que decirme sobre la asamblea de los Estados?

-No, señor Fouquet.

-¿A mí, superintendente de Hacienda?

- No tengo otra cosa que decir Fouquet se mordió los labios y ras, sino que descanséis.

Bajó la cabeza. Evidentemente, batallaba con algún inquieto pensamiento.

Aquella inquietud se comunicó al rey.

-¿Sentís que os dejen descansar, señor Fouquet? -dijo.

-Sí, Majestad; no estoy habituado al descanso.

-Estáis enfermo; necesitáis cuidaros.

-Vuestra Majestad me hablaba de un discurso que había de pronunciarse mañana.

El rey no contestó; aquella salida repentina le dejó desconcertado. Fouquet comprendió todo el peso de aquella vacilación, y creyó leer en los ojos del joven rey un peligro que su desconfianza no haría más que apresurar.

"Si aparento tener miedo -pensó-, estoy perdido."

El rey, por su parte, sólo estaba inquieto por aquella desconfianza de Fouquet.

"¿Habrá olfateado algo?", se dijo. "Si su primera palabra es dura -seguía pensando Fouquet-, si se irrita o simula irritarse para hallar algún pretexto, ¿cómo saldré del mal paso? Suavicemos la pendiente. Gourville tenía razón."

-Majestad -dijo de pronto-, ya que la bondad del rey vela por mi salud hasta el punto de dispensarme de todo trabajo, ¿no tendría a bien e. excusarme del Consejo para mañana? Dedicaré el día a guardar cama, y pediré al rey me ceda su médico para ver si halla un remedio contra estas pertinaces calenturas.

-Se hará como lo deseáis, señor Fouquet. Tendréis permiso para mañana, tendréis al médico, tendréis la salud.

-Gracias -dijo Fouquet, inclinándose.

Luego, tomando su partido: -¿No tendré -dijo- la dicha de llevar al rey a mi posesión de Belle-Isle?

Y miraba a Luis cara a cara para juzgar del efecto de tal proposición.

El rey se ruborizó nuevamente.

-Habéis dicho -replicó haciendo por sonreír- ¿a vuestra posesión de Belle-Isle?

-Verdad es, Majestad.

-¿Y no recordáis -continuó el rey en el mismo tono jovial-, que me regalasteis Belle-Isle?

-También es verdad, Majestad. Como aún no habéis tomado posesión, os invito a que la toméis.

-Con mucho gusto.

-Esa era, por lo demás, la intención de Vuestra Majestad así como la mía, y no puedo manifestaros la mucha satisfacción que me causa el ver que toda la casa militar del rey viene de París para esa toma de posesión.

El rey balbució que no había traído a sus mosqueteros para eso solamente.

-¡Oh, ya lo pienso! -repuso con viveza Fouquet-. Vuestra Majestad sabe demasiado bien que le basta venir solo, con un junquillo en la mano, para derribar todas las fortificaciones de Belle-Isle.

-¡Pardiez! -exclamó el rey-: no quiero que sean derribadas, esas hermosas fortificaciones que tanto ha costado construir. ¡No! Consérvense

contra los holandeses e ingleses. Lo que quiero ver en Belle-Isle no lo adivinaréis, señor Fouquet: es las lindas lugareñas, mozas y mujeres, de los campos o de las playas, que bailan tan bien y están tan seductoras con sus sayas de escarlata. Me han elogiado mucho vuestras vasallas, señor superintendente, y quiero que me las presentéis.

-Cuando quiera Vuestra Majestad.

-¿Tenéis algún medio de transporte? Podíamos ir mañana, si gustáis.

El superintendente conoció el golpe, que no era diestro, y respondió:

-No, Majestad: ignoraba el deseo de Vuestra Majestad, sobre todo la prisa por ver Belle-Isle, y no he hecho ningún preparativo.

-¿No tenéis un barco vuestro?

-Tengo cinco, pero todos se hallan en Port o en Paimboeuf, y para reunirlos o hacerlos llegar se necesitan veinticuatro horas por lo menos. ¿Queréis que envíe un correo? ¿Lo exigís absolutamente?

-Esperad a que se os pase la calentura; esperemos a mañana.

-Tenéis razón . . . ¿Quién sabe si mañana no tendremos otras mil ideas? -replicó Fouquet, fuera ya de dudas y muy pálido.

El rey se estremeció y alargó la mano hacia su campanilla, pero Fouquet se anticipó.

-Majestad -dijo-, tengo fiebre; tiemblo de frío. Si continúo un instante más aquí voy a desmayarme. Pido permiso a Vuestra Majestad para meterme bajo mantas.

-En efecto, tiritáis; es penoso de ver. Id, señor Fouquet, id. Enviaré a preguntar cómo seguís.

-Vuestra Majestad me hace, demasiado honor. Dentro de una hora confío estar mucho mejor.

-Quiero que alguien os acompañe -dijo el rey.

-¡Como gustéis, Majestad! Me apoyaré gustoso en el brazo de alguien.

-¡Señor de Artagnan! -gritó el rey tocando la campanilla.

-¡Oh! Majestad -exclamó Fouquet riendo con aire que dio frío al príncipe-, ¿me dais un capitán de mosqueteros para conducirme a mi alojamiento? ¡Honor bien equívoco, Majestad! Un simple sirviente basta.

-¿Y por qué, señor Fouquet? ¿No me acompaña acaso a mí el señor de Artagnan?

-Sí; mas cuando os acompaña, Majestad, es para obedeceros, al paso que yo...

-¿Qué?

-Si entro en casa con vuestro capitán de mosqueteros, dirán en todas partes que me hacéis detener.

-¿Detener? .-repitió el rey que palideció más que el mismo Fouquet-. ¿Detener? ¡Oh! . . .

-¡Que no se diga! -continuó Fouquet riendo siempre-. Y apuesto a que habría gente bastante mala para reírse de ello.

Esta salida desconcertó al monarca. Fouquet fue bastante hábil o bastante feliz para que Luis XIV retrocediese ante la apariencia del hecho que meditaba.

Cuando se presentó el señor de Artagnan, recibió la orden de designar un mosquetero para acompañar al superintendente.

-Inútil -dijo entonces éste-: espada por espada, prefiero a Gourville, que me espera abajo; pero eso no me impedirá disfrutar de la compañía del señor de Artagnan. Gran placer tendré en que vea a Belle-Isle un hombre tan entendido en materia de fortificaciones.

Artagnan inclinóse, sin comprender nada de aquella escena. Fouquet saludó nuevamente, y salió, afectando la lentitud del que se pasea.

Una vez fuera del palacio:

-¡Estoy salvado! -dijo-. ¡Oh, sí! Verás a Belle-Isle, rey desleal; pero cuando yo no esté allí.

Y desapareció.

Artagnan se había quedado con el rey.

-Capitán -le dijo Su Majestad-, seguiréis al señor Fouquet a cien pasos.

-Sí, Majestad.

-Entrará en su casa. Iréis a su casa.

-Sí, Majestad.

Le prenderéis en nombre mío, y le encerraréis en una carroza.

-¿En una carroza? Bien.

-De tal modo, que por el camino no pueda hablar con nadie, ni arrojar billetes a las personas que encuentre.

-¡Oh! Eso sí que es difícil, Majestad.

-No.

-Perdón, Majestad, no puedo ahogar al señor Fouquet, y si me pide que le deje respirar, no iré a impedírselo cerrando vidrios y ventanas, de modo que arrojará por ellas todos los gritos y papeles posibles.

-El caso está previsto, señor de Artagnan; una carroza con enrejado obviará los dos inconvenientes que señaláis.

-¿Una carroza con enrejado de hierro? -exclamó Artagnan-. No creo que pueda hacerse un enrejado de hierro para carroza en media hora, y Vuestra Majestad me ordena que vaya ahora mismo a casa del señor Fouquet.

-También está hecha la carroza en cuestión.

-¡Ah! Eso es diferente -exclamó el capitán-. Si la carroza está hecha, muy bien, no hay más que echar a andar.

-Ya está enganchada.

-¡Ah!

-Y el cochero, con los picadores, espera en el corralón del palacio.

Artagnan se inclinó.

-Sólo me queda –añadió- preguntar al rey adónde he de llevar al señor Fouquet.

-Al castillo de Angers, por ahora.

-Muy bien.

-Después, ya veremos.

-Sí, Majestad.

-Señor de Artagnan, una palabra todavía; ya habréis observado que, para realizar la prisión de Fouquet, no me valgo de mis guardias, cosa que desagradará mucho al señor de Gesvres.

-Vuestra Majestad no se vale de sus guardias -dijo el capitán un tanto humillado-, porque desconfía del señor de Gesvres. ¡Eso es!

-Eso es deciros, señor, que tengo confianza en vos.

-¡Bien lo sé, Majestad! Excusado era que me lo advirtieseis.

-Lo he hecho con este objeto, caballero; y si de aquí en adelante sucediera que, por casualidad, una casualidad cualquiera, se evadiese el señor Fouquet... Se han visto de esas casualidades, señor...

-¡Oh! Majestad, muy a menudo, pero con otros, no conmigo.

-¿Y por qué con vos no?

-Porque yo, Majestad, hace un instante quise salvar al señor Fouquet.

El rey tembló.

-Porque -continuó el capitán-, tenía derecho para hacerlo, habiendo adivinado el plan de Vuestra Majestad sin que me hubieseis hablado de él por encontrar interesante al señor Fouquet. ¿No era yo libre de manifestar mi interés a ese hombre?

-¡En verdad, señor, no me tranquilizáis acerca de vuestros servicios!

-Si entonces le hubiese salvado, estaría completamente inocente; digo más, habría hecho bien, porque el señor Fouquet no es hombre malo; pero no quiso, y, arrastrado por su destino, dejó escapar la hora de la libertad. ¡Tanto peor! Ahora, tengo órdenes que serán cumplidas, y desde luego podéis considerar como preso al señor Fouquet. Haceos cuenta que se halla ya en el castillo de Angers.

-¡Oh! ¡Todavía no le tenéis seguro, capitán!

-Eso es cuenta mía; cada cual a su oficio, Majestad. Sólo os haré presente una cosa, y es que lo penséis bien. ¿Dais seriamente la orden de prender al señor Fouquet?

-¡Sí, y mil veces sí!

-Escribid, entonces.

-He aquí la orden.

Artagnan la leyó, saludó al rey, y salió.

Desde lo alto del terrado divisó a Gourville, que pasaba con aire gozoso y se dirigía a casa del señor Fouquet.

CXIII
EL CABALLO BLANCO Y EL CABALLO NEGRO

-¡Vaya una cosa rara! -dijo el capitán-; Gourville corriendo alegre por las calles cuando está casi cierto de que el señor Fouquet se halla en peligro, y cuando es cosa indudable que Gourville es quien ha avisado al señor Fouquet por medio del billetito que rompió en mil pedazos el superintendente en el terrado.

"Gourville se frota las manos, y eso es que acaba de hacer alguna habilidad. ¿De dónde viene Gourville? Gourville viene de la calle de Herbes. ¿Adónde va la calle de Herbes?

Y el capitán siguió, por encima de las casas dé Nantes, dominadas por el castillo, la línea trazada por las calles, como lo habría hecho sobre un plano topográfico, sin más diferencia que en lugar de un papel muerto y plano, vacío y desierto, levantábase en relieve el mapa vivo, con el movimiento, los gritos y las sombras de los hombres y de las casas.

Más allá del recinto de la ciudad se extendían las vastas llanuras verdes costeando el Loira, y parecían correr hacia el horizonte teñido de

púrpura, surcado por el azul de las aguas y el verde pardusco de los pantanos.

Desde las mismas puertas de Nantes subían dos caminos blancos en dirección divergente, como los dedos separados de una mano gigantesca.

El mosquetero, que había abarcado todo el panorama de una mirada al atravesar el terrado, vióse conducido por la línea de la calle Herbes al punto de partida de uno de aquellos caminos que subían desde la puerta de Nantes.

Un paso más, y habría dejado la escalera del terrado para penetrar en el torreón, hacerse cargo de la carroza enrejada, y marchar a casa del señor Fouquet.

Pero la casualidad hizo que, en el instante de ir a bajar la escalera, le llamase la atención un punto movible que iba ganando terreno por aquel camino.

-¿Qué es eso? -se preguntó Artagnan-; un caballo que corre, un caballo escapado sin duda. ¡Qué modo de correr!

El punto movible se separó del camino y se entró en los campos de alfalfa.

-Un caballo blanco prosiguió el capitán, que acababa de ver el color luminoso sobre el fondo obscuro y alguien va montado en él; es algún muchacho cuyo caballo tiene sed y lo lleva á beber por el atajo.

Artagnan había olvidado ya aquellas reflexiones, rápidas como el relámpago, simultáneas, como la percepción visual, cuando bajó los primeros escalones.

La piedra ennegrecida de éstos parecía cubierta de varios pedazos de papel.

-¡Oh, oh! -dijo entre sí el capitán-. Estos son fragmentos del billete que hizo pedazos el señor Fouquet. ¡Pobre hombre! Había confiado su secreto al viento; el viento no lo quiere y se lo devuelve al rey. ¡Decididamente, pobre Fouquet, estás en desgracia! La partida no es igual; la suerte está contra ti.

La estrella de Luis XIV obscurece la tuya; la culebra es más fuerte o más hábil que la ardilla.

Artagnan recogió, conforme bajaba, uno de los pedazos de papel.

-¡La letra de Gourville! -exclamó examinando uno de los fragmentos del billete-; no me había equivocado.

-Y leyó la palabra caballo.

-¡Hola! -exclamó.

Y examinó otro pedazo de papel en que nada había escrito.

En otro tercero leyó la palabra blanco.

-¡Caballo blanco! -repitió como el niño que deletrea-. ¡Ah, Dios mío! -exclamó aquel espíritu desconfiado-: ¡Caballo blanco!. ..

Y, semejante al grano de pólvora que, inflamado, se dilata en un volumen centuplicado, Artagnan subió precipitadamente otra vez al terrado con el ánimo preñado de ideas y de sospechas.

El caballo blanco corría sin cesar en dirección al Loira, al extremo del cual se distinguía una pequeña vela, envuelta en los vapores del agua, y que se mecía como un átomo.

-¡Oh, oh! -gritó el mosquetero-. Sólo un hombre que huye puede correr así por tierras labradas; sólo un Fouquet, un hacendista, es quien puede

correr así, en medio del día, sobre un caballo blanco... únicamente el señor de Belle-Ille es quien puede escapar por la parte del mar, habiendo bosques tan espesos en la tierra... Y tampoco existe más que un Artagnan en el mundo para alcanzar al señor Fouquet, que lleva media hora de ventaja y se hallará en su barco antes de una hora.

Dicho esto, el mosquetero dio orden para que sin dilación llevasen la carroza del enrejado de hierro a un bosquecillo situado de la ciudad; tomó su mejor caballo, saltó sobre su lomo, y corrió por la calle de Herbes, siguiendo, no el camino que había tomado Fouquet sino la misma orilla del Loira, seguro de sacar diez minutos de ventaja, al final de la carrera, y de alcanzar en la intersección de las dos líneas al fugitivo, que no podía presumir le persiguieran por aquel lado.

Artagnan, con la precipitación de su marcha, con la impaciencia del que persigue, y animándose como para la caza o la guerra, extrañó verse convertido, de bondadoso y dulce que era para el señor Fouquet, en hombre feroz y casi sanguinario.

Por largo tiempo corrió sin divisar el caballo blanco; su furor tomaba las proporciones de la rabia, dudaba de sí mismo, y suponía que Fouquet se hubiese internado por un camino subterráneo, o que hubiese mudado el caballo blanco por uno de aquellos negros, ligeros como el viento, cuya vigorosa ligereza había admirado y envidiado tantas veces en Saint-Mandé.

En aquellos momentos, cuando el viento le hacía cerrar los ojos y brotar lágrimas, cuando la silla echaba fuego y el caballo, herido en la carne viva, relinchaba de dolor y hacía volar bajo sus pies una lluvia de arena fina y de chinarros, Artagnan, levantándose sobre los estribos y no viendo nada sobre las aguas ni bajo los árboles, dirigía sus miradas por el aire como un insensato. Se volvía loco. En el paroxismo de su tenaz idea soñaba en caminos aéreos, descubrimiento del siglo siguiente, y recordaba a Dédalo y sus enormes alas, que le salvaron de las prisiones de Creta.

Un ronco suspiro se exhalaba de sus labios, y repetía, devorado por el temor al ridículo:

-¡Yo, yo! ¡Burlado por un Gourville! ¡Yo! ... ¡Dirán que voy siendo ya viejo, o que he recibido un millón por dejar escapar a Fouquet.

Y clavaba sus espuelas en los ijares del caballo; acababa de hacer una legua en dos minutos. De pronto, al extremo de un prado, detrás de un vallado, vio una forma blanca que se mostró, desapareció, y permaneció al fin visible sobre un terreno más elevado.

Artagnan tembló de alegría; su espíritu se serenó inmediatamente. Enjugóse el sudor que le corría por la frente, aflojó las rodillas, libre de las cuales respiró el caballo más tranquilamente, y, recogiendo la brida, moderó la marcha del impetuoso animal, su cómplice en aquella caza del hombre. Entonces pudo examinar las formas del camino, y su posición con respecto a Fouquet.

El superintendente había fatigado en extremo su caballo blanco al atravesar las tierras blandas, y, viendo la necesidad de buscar un terreno más duro, se dirigía hacia el camino por la secante más corta.

Artagnan sólo tenía que ir directamente, bajo la pendiente de un promontorio que le ocultaba a los ojos de su enemigo, de suerte que al salir

del camino le cortaría el paso, y allí sería donde empezaría la verdadera carrera y se entablaría la lucha.

Artagnan dejó a su caballo respirar a plenos pulmones. Notó que el superintendente ponía el suyo al trote, o lo que es lo mismo, le dejaba tomar algún respiro.

Más había demasiada prisa, por una y otra parte, para continuar por mucho tiempo aquel paso. El caballo blanco partió como una flecha así que llegó a un terreno más firme.

El capitán bajó la mano, y su caballo negro tomó el galope; ambos seguían el mismo camino, confundiéndose los cuádruples ecos de sus pisadas. Fouquet no había divisado aún a Artagnan.

Pero al salir de la rampa, un solo eco hirió el aire, y fue el de las pisadas del caballo de Artagnan, que hacían el efecto de un trueno prolongado.

Fouquet se volvió; vio a cien pasos detrás de él a su enemigo, inclinado sobre el cuello de su corcel. No había duda: el talabarte reluciente, la casaca encarnada, aquello era un mosquetero. Fouquet bajó también la mano, y su caballo blanco puso otros veinte pies más de distancia entre su adversario y él inquieto, no es un caballo cualquiera el que monta el señor Fouquet.

Y, atento, examinó, con su infalible vista, la andadura y la estampa de aquel corcel.

Grupa redonda, cola fina y tensa, patas delgadas y secas, como hilos de acero, cascos más duros que el mármol.

Espoleó al suyo, mas la distancia entre ambos permaneció la misma. Artagnan escuchó profundamente; ni un soplido del caballo le llegó, y, sin embargo, hendía el viento.

El caballo negro, en cambio, comenzaba a hipar como en un acceso de tos.

"Es preciso llegar, aunque sea reventando el caballo", pensó el mosquetero.

Y se puso a cerrar la boca del pobre animal, mientras que con las espuelas hacía una espantosa carnicería en los ijares.

El animal, desesperado, ganó veinte toesas y se puso a tiro de pistola de Fouquet.

"¡Valor! -se dijo el mosquetero-. ¡Valor! El caballo blanco se debilitará quizá; y, si no cae la montura, caerá el jinete."

Mas caballo y hombre permanecieron firmes y unidos, ganando poco a poco la ventaja.

Artagnan lanzó un grito salvaje, que hizo volver la cara a Fouquet, cuyo corcel todavía conservaba fuerzas.

-¡Famoso caballo! ¡Soberbio jinete! -gritó el capitán-. ¡Hola! ¡Diantre, señor Fouquet! ¡Hola, de orden del rey!

Fouquet no contestó.

-¿Me oís? -aulló Artagnan. El caballo acababa de dar un paso en falso.

-¡Pardiez! -replicó lacónicamente Fouquet.

Y corrió.

Artagnan estaba a punto de volverse loco; la sangre le fluía a las sienes y a los ojos.

-¡De orden del rey! -exclamó aún-. Deteneos u os abraso de un pistoletazo.

-Hacedlo -contestó Fouquet volando siempre.

Artagnan cogió una de sus pistolas y la amartilló, esperando que el ruido del gatillo detuviera a su enemigo.

-Vos lleváis pistolas también -dijo-; defendeos.

Fouquet se volvió, en efecto, al ruido; y mirando a Artagnan de frente, abrió con su mano derecha la casaca que le ceñía el cuerpo y no tocó siquiera a sus pistoleras.

Había entre ambos la distancia de veinte. pasos.

-¡Diantre! -dijo Artagnan-. No quiero asesinaros. ¡Si no queréis disparar contra mí, rendíos! ¿Qué es la prisión?

-Prefiero morir -contestó Fouquet-. Sufriré menos.

Artagnan, ebrio de desesperación, arrojó la pistola al suelo.

-Os cogeré vivo -replicó.

Y, por un prodigio de que sólo era capaz aquel incomparable jinete, puso su caballo a diez pasos del caballo blanco. Ya alargaba la mano para coger su presa.

-¡Matadme! -exclamó Fouquet-. ¡Es más humano!

-¡No! ¡Vivo, vivo! -murmuró el capitán.

Su animal dio otro paso en falso, y el de Fouquet tomó delantera. Era un espectáculo inaudito el de aquella carrera entre dos caballos que sólo vivían por la voluntad de sus jinetes.

Casi podía decirse que el capitán corría llevando su caballo entre las rodillas.

Al galope furioso había sucedido el trote largo, y a éste el trote sencillo; y, sin embargo, la carrera parecía demasiado viva en aquellos dos atletas cansados. Artagnan, desesperado ya enteramente, cogió la segunda pistola, y apuntó al caballo blanco.

-¡A vuestro caballo, no a vos! -dijo a Fouquet.

Y disparó. El animal fue herido en la grupa; dio un brinco furioso, y se encabritó.

El caballo de Artagnan cayó muerto.

-Estoy deshonrado -pensó el mosquetero-. ¡Soy un miserable! Por piedad, señor Fouquet, echadme una de vuestras pistolas para abrasarme el cerebro.

Fouquet siguió corriendo.

-¡Por favor! ¡Por favor! -exclamó Artagnan-. Lo que no queréis en este momento, lo haré dentro de una hora; pero, aquí en este camino, moriré con valor y estimado; hacedme ese obsequio, señor Fouquet.

Fouquet no replicó y siguió trotando.

Artagnan se puso a correr tras de su adversario.

Sucesivamente tiró por tierra el sombrero, la ropilla, que le incomodaba.

Luego la vaina de la espada, que le golpeaba en las piernas.

Hízose muy pesada la espada en la mano, y la arrojó como la vaina. El animal blanco hipaba de muerte; Artagnan le iba a los alcances.

El animal, agotado, pasó del trote al paso con vértigos que sacudían su cabeza; la sangre le afluía a la boca con la espuma.

Artagnan hizo un esfuerzo supremo, saltó sobre Fouquet y le cogió por una pierna, diciendo con voz entrecortada, jadeante:

-Daos preso en nombre del rey; rompedme la cabeza, y habremos cumplido los dos con nuestro deber.

Fouquet arrojó lejos de sí, en el río, las dos pistolas que hubiese podido coger Artagnan, y, echando pie a tierra:

-Soy vuestro prisionero, señor -dijo-. ¿Queréis tomar mi brazo? Veo que vais a desmayaros.

-Gracias -murmuró Artagnan, que, efectivamente, sintió que le faltaba tierra bajo los pies, y que el cielo se desplomaba sobre su cabeza

Y rodó sobre la arena, sin fuerza ni aliento.

Fouquet bajó el talud del ribazo, tomó agua en el sombrero, refrescó las sienes del mosquetero, y deslizóle algunas gotas entre los labios.

Artagnan se incorporó, dirigiendo en tomo suyo una mirada extraviada. Vio a Fouquet arrodillado, con el sombrero húmedo en la mano y sonriendo con inefable dulzura.

-¡No habéis huído! -exclamó-. ¡Oh! Señor, el verdadero rey en lealtad, en corazón y en alma, no es Luis de Louvre, ni Felipe de Santa Margarita, sino vos, el proscrito!

-Yo me veo hoy perdido por una sola falta, señor de Artagnan.

-¿Cuál, Dios mío?

-La de no haberos tenido por amigo. Mas, ¿cómo nos compondremos para volver a Nantes? Estamos muy lejos.

-Es cierto -dijo Artagnan pensativo y sombrío.

-Tal vez pueda volver el caballo blanco. ¡Era tan buen caballo! Montad, señor de Artagnan; yo iré a pie hasta que hayáis descansado.

-¡Pobre animal! ¡Herido! -exclamó el mosquetero.

-Podrá caminar; le conozco muy bien. O, mejor, montemos los dos.

-Probemos -dijo el capitán. Pero no bien el animal sintió aquel doble peso, vaciló, y, volviéndose a reponer, caminó algunos minutos, hasta que al fin le faltaron las fuerzas, y fue a caer junto al animal negro.

-Iremos a pie, pues así lo quiere la suerte; el paseo será encantador -dijo Fouquet pasando su brazo por debajo del de Artagnan.

-¡Vive Dios!

-Murmuró éste con la mirada fija, el ceño fruncido Y el corazón oprimido-. ¡Aciago día!

Caminaron así lentamente las cuatro leguas que los separaba del bosque, tras del cual los aguardaba la carroza con una escolta.

Cuando Fouquet divisó aquella siniestra máquina, dijo a Artagnan, que bajaba los ojos como avergonzado por Luis XIV.

-He ahí una idea que no es de hombre honrado, capitán Artagnan: seguro que no es vuestra. ¿Para qué es ese enrejado?

-Para impediros arrojar billetes fuera.

-¡Ingenioso!

-Mas podéis hablar si no podéis escribir -dijo Artagnan.

-¡Hablar a vos!

-Pero... si queréis.

Fouquet se recogió un instante, luego, mirando al capitán de frente.

-Una palabra sola -dijo-. ¿La retendréis?

-La retendré.
-¿La diréis a quien os designe?
-La diré.
-¡Saint-Mandé -articuló en voz baja Fouquet.
-Bien: ¿ A quién?
A la señora de Belliére o a Pellisson.
-Dadlo por hecho.
La carroza atravesó Nantes y tomó el camino de Angers.

CXIV
DONDE LA ARDILLA CAE Y LA CULEBRA VUELA

Eran las dos de la tarde. El rey, lleno de impaciencia, iba y venía de su gabinete al terrado, y a veces abría la puerta del corredor para ver lo que hacían sus secretarios.

El señor Colbert, sentado en el mismo sitio en que por la mañana había estado tanto tiempo Saint-Aignan, hablaba en voz baja con el señor de Brienne.

El rey abrió bruscamente la puerta, y, dirigiéndose a ellos:

-¿De qué habláis? -pregunto.
-De la primera sesión de los
-Estados -dijo el señor Brienne levantándose.
-¡Muy bien! -replicó el rey. Y volvió a salir.

Cinco minutos después, la campanilla llamaba a Rose, a quien le había llegado su hora.

-¿Habéis acabado las copias? -preguntó el rey.
-Todavía no, Majestad.
-Ved si ha vuelto el señor de Artagnan.
-Todavía no, señor.
-¡Es extraño! -murmuró el rey-. Llamad al señor Colbert. Colbert entró; esperaba este momento desde por la mañana.
-Señor Colbert -dijo el rey vivamente-, sería necesario saber lo que se ha hecho del señor de Artagnan.

Colbert, con su voz calmosa:

-¿Dónde quiere el rey que le haga buscar? -dijo.
-¡Eh! ¿No sabéis adonde le había enviado? -contestó acremente el rey.
-Vuestra Majestad no me lo ha dicho.
-Hay cosas que se adivinan, y que vos, sobre todo, las adiviná is.
-Lo he podido suponer, Majestad; mas no me habría permitido adivinarlo del todo.

Apenas acababa Colbert de pronunciar estas palabras, cuando una voz mucho mas ruda que la del rey interrumpió la conversación empezada entre el monarca y el funcionario.

-¡Artagnan! -exclamó el rey muy alegre.

Artagnan, pálido y de humor furioso, dijo al rey:

-Señor, ¿ha sido Vuestra Majestad quien ha dado órdenes a mis mosqueteros?
-¿Qué órdenes? -preguntó el rey.
-Sobre la casa del señor Fouquet.

-¡Ninguna! -replicó Luis. -¡Ah, ah! -dijo Artagnan mordiéndose el bigote-. No me había engañado; ha sido el señor.

Y designaba a Colbert.

-¿Qué orden? Vamos a ver -dijo- el rey.

-Orden de revolver toda una casa, de apalear a los criados y oficiales del señor Fouquet, de forzar los cajones, de saquear una morada pacífica. ¡Vive Dios! ¡Orden de salvaje!

-¡Señor -dijo Colbert muy pálido.

-¡Señor! -le interrumpió Artagnan-, sólo el rey, ¿lo oís?, sólo el rey tiene derecho a mandar a mis mosqueteros; pero, por lo que hace a vos, os lo prohíbo, y os digo delante de Su Majestad: los gentileshombres que usan espada no son belitres que llevan la pluma en la oreja.

¡Artagnan, Artagnan! -murmuró el rey.

Eso es humillante -continuó el mosquetero-, y mis soldados están deshonrados. No mando a belitres o a empleados de la intendencia, ¡voto a bríos!

¿Pero qué hay? Veamos -dijo el rey con autoridad.

Hay, Majestad, que el señor, este señor, que no ha podido adivinar las órdenes de Vuestra Majestad, y que, por tanto, no sabía que yo debía arrestar al señor Fouquet; este señor, que ha hecho construir la jaula de hierro a su principal de ayer, ha comisionado al señor de Boucherat para registrar la casa del señor Fouquet, a fin de apoderarse de los papeles del superintendente, y ha trastornado y destruido todos los muebles. Yo había dado orden a mis mosqueteros para que estuvieran alrededor de la casa, cercándola. ¿Por qué se ha permitido hacerlos entrar? ¿Por qué, forzándolos a asistir a este saqueo, los ha hecho cómplices de él? ¡Vive Dios! ¡Nosotros servimos al rey, pero no al señor Colbert!

Señor de Artagnan -dijo el rey severamente-, advertid, que no es en mi presencia y con este tono donde deben tener lugar tales explicaciones.

He obrado en interés del rey -dijo Colbert con voz alterada-, y me es sensible ser tratado de esta suerte por un oficial de Su Majestad y sin poder tomar venganza a causa del respeto que debo al rey.

¡El respeto que debéis al rey! -exclamó Artagnan, cuyos ojos despedían fuego-. Consiste, primero, en hacer respetar su autoridad, en hacer obedecer su persona. Todo agente de un poder independiente representa este poder, y, cuando los pueblos maldicen la mano que los maltrata, es al monarca a quien Dios hace responsable, ¿entendéis? ¿Necesitáis que un soldado endurecido por los trabajos y la sangre os dé esta lección, señor? ¿Debe estar de mi lado la misericordia y la ferocidad del vuestro? ¡Habéis hecho detener, atar y aprisionar a inocentes!

Los cómplices quizá del señor Fouquet -dijo Colbert.

¿Quién os ha dicho que el señor Fouquet tenga cómplices y que él mismo sea culpable? Sólo lo sabe el rey, y su justicia no es ciega. Cuando diga: "Detened, constituid en prisión a tales o cuales personas", entonces se le obedecerá. No me habléis, por tanto,, del respeto que os merece el rey, y tened cuidado de que vuestras palabras no contengan, ni por casualidad, una sola amenaza, pues el rey no permite que sus malos servidores amenacen a los que le sirven bien, y en el caso de que tuviese, lo que Dios no quiera, un amo tan ingrato, me haría yo respetar a mí mismo.

icho esto, Artagnan se cuadró orgullosamente en el gabinete del rey, los ojos chispeantes, la mano sobre la espada, los labios trémulos, afectando una cólera mucho mayor que la que sentía.

Colbert, humillado, y devorado por la rabia, saludó al rey, como pidiéndole permiso para retirarse. El rey, contrariado en su orgullo y en su curiosidad, no sabía qué partido tomar. Artagnan advirtió su indecisión. Quedarse más tiempo hubiera sido una falta; era necesario obtener un triunfo sobre Colbert, y el único medio era picar tan bien y tan fuertemente el flaco del rey, que no quedase a Su Majestad más recurso que escoger entre uno u otro antagonista.

Artagnan, pues, se inclinó como Colbert; pero el rey, a quien antes de todo -le interesaba tener noticias exactas y detalladas del arresto del superintendente de Hacienda, de aquel que le había hecho temblar un momento, comprendiendo que el enojo de Artagnan iba a retardarle por un cuarto de hora al menos los detalles que ansiaba conocer, olvidó a Colbert, que nada de particular tenía que decirle, y volvió a llamar a su capitán de mosqueteros.

-Veamos, señor -dijo-; dadme cuenta de vuestra comisión, y después reposaréis.

Artagnan, que iba a franquear la puerta, se detuvo a la voz del rey, volvió atrás, y Colbert se vio obligado a partir. Su semblante tomó el color de la púrpura; sus ojos, negros y perversos, brillaron con un fuego sombrío bajo sus espesas cejas; alargó el paso, se inclinó ante el rey, y, medio irguiéndose al pasar por delante de Artagnan, se marchó con la muerte en el corazón.

Cuando Artagnan quedó solo con el rey, se suavizó al momento, y, cambiando la expresión de su rostro.

-Majestad -dijo-, sois un rey joven. En la aurora es cuando el hombre adivina si la jornada será feliz o triste. ¿Cómo augurarán, Majestad, de vuestro reinado los pueblos que Dios ha puesto bajo vuestra ley, si dejáis obrar, entre vos y ellos, a ministros coléricos y violentos? Mas hablemos de mí, Majestad; dejemos una discusión que o; parece ociosa, inconveniente tal vez. Hablemos de mí. He detenido al señor Fouquet.

-Habéis empleado mucho tiempo -dijo el rey con acritud. Artagnan miró al rey.

-Veo que me he explicado mal -dijo-. ¿He anunciado a Vuestra Majestad que había detenido al señor Fouquet?

-Sí, ¿y qué?

-Pues bien, habría debido decir a Vuestra Majestad que el señor Fouquet me había detenido. a mí, Y hubiera sido más exacto. Restablezco, pues, la verdad: yo he sido detenido por el señor Fouquet.

Luis XIV quedó sorprendido. Artagnan con su golpe de vista tan rápido y seguro, comprendió lo que Pasaba en el espíritu de su señor. No le dio tiempo a preguntar. Refirió, con aquella poesía pintoresca que sólo él quizá poseía en aquella época, la evasión de Fouquet, la persecución, la carrera encarnizada, y, eh fin, la inimitable generosidad del superintendente, que pudiendo haber huído diez veces, y haberle matado otras tantas o más, había preferido la prisión, y quizá algo peor, a la humillación del que quería arrebatarle su libertad.

A medida que el capitán de los mosqueteros, hablaba, se agitaba el haciendo chocar las puntas de sus uñas unas con otras.

Aparece, pues, Majestad, a mis ojos al menos, que un hombre que se conduce así es un hombre generoso, y no puede ser enemigo del rey. Esa es mi opinión, que me Permito exponer a Vuestra Majestad. Sé lo que el rey va a responderme. Y me inclino: "La razón de Estado". ¡Bien! Es muy respetable para mí. Pero soy un soldado a quien se ha dado su consigna; está ejecutada, bien a pesar mío, es cierto, pero 14 está. Y me callo.

-¿Dónde está el señor Fouquet en este momento? -preguntó Luis después de un momento de silencio.

-El señor Fouquet, Majestad -respondió Artagnan- está en la jaula de hierro que le ha hecho disponer el señor Colbert, y corre al j galope de cuatro vigorosos caballos camino de Angers.

-¿Por qué lo habéis dejado solo en camino?

-Porque Vuestra Majestad no me había prevenido que le acompañase a Angers. La prueba, la mejor prueba de lo que digo es que el rey me hacía buscar hace poco... Además, tenía otra razón.

-¿Cuál?

-Acompañándole yo, ese pobre señor Fouquet no hubiera nunca intentado evadirse.

-¿Y qué? -exclamó el rey estupefacto.

-Vuestra Majestad debe comprender, y comprende sin duda, que mi más vivo deseo es saber que el señor Fouquet ha recobrado su libertad. Lo he confiado al sargento más torpe que he podido hallar entre mis mosqueteros, para que el prisionero se salve.

-¿Estáis loco, señor de Artagnan? -exclamó el rey cruzando los brazos sobre el pecho-. ¿Se dicen semejantes enormidades cuando se tiene la desgracia de pensarlas?

-¡Ah! Majestad, sin duda no esperáis que sea enemigo del señor Fouquet, después de lo que acaba de hacer por mí y por vos. No me lo deis nunca a guardar, si os interesa que continúe encerrado; por muy segura que sea la jaula, el pájaro volaría al fin de ella.

-Me sorprende -dijo el rey con una voz sombría- que no hayáis seguido la suerte del que el señor Fouquet quería colocar en mi trono. Hubieráis hallado en él todo lo que necesitáis: afecto y reconocimiento. A mi servicio, señor, se encuentra un amo.

-Si el señor Fouquet no hubiese ido a buscaros a la Bastilla, Majestad -replicó Artagnan con voz muy acentuada-, sólo un hombre hubiera ido a ella, y ese hombre soy yo; bien lo sabéis, Majestad.

El rey quedó parado. A las palabras francas y verdaderas de su capitán de mosqueteros nada podía objetar. Al oír a Artagnan recordó al Artagnan de otro tiempo, al que ocultábase en el Palais-Royal detrás de las cortinas de su lecho, cuando el pueblo de París, conducido por el cardenal de Retz, venía a asegurarse de la presencia del rey; al Artagnan que saludaba con la mano en la portezuela de su carroza, cuando se dirigía a la iglesia de Nuestra Señora al entrar en París; al soldado que le había abandonado en Blois, al teniente que había llamado a su lado cuando la muerte de Mazarino le restituyó el poder; al hombre que había hallado siempre leal, animoso y dispuesto a sacrificarse por él.

Luis avanzó hacia la puerta y llamó a Colbert.
Colbert, que no había abandonado la galería donde trabajaban los secretarios, apareció.

-Colbert, ¿habéis hecho realizar una pesquisa en casa del señor Fouquet.

-Sí, Majestad.

-¿Y qué ha resultado de ella? -El señor de Roncherat, enviado con los mosqueteros de Vuestra Majestad, me ha entregado algunos papeles -replicó Colbert.

-Los veré... Vais a darme vuestra mano.

-¿Mi mano, Majestad?

-Sí, para que la una a la de Artagnan. En efecto, Artagnan -agregó- el rey con una sonrisa, y dirigiéndose al soldado, quien, a la vista del funcionario, había recobrado su actitud altanera-, vos no conocéis al hombre que véis aquí, y deseo que os conozcáis.

-Es un mediocre servidor en las posiciones subalternas, pero será un gran hombre si lo elevo a primera fila.

-¡Majestad! -balbució Colbert, trastornado de satisfacción y de temor.

-Ya he comprendido por qué -murmuró Artagnan al oído del rey-: estaba celoso.

-Precisamente, y sus celos le cortaban las alas.

-En lo sucesivo será una serpiente alada -refunfuñó el mosquetero con un resto de odio contra su adversario de antes.

Pero, acercándose a él Colbert, mostró una fisonomía tan distinta de la que comúnmente había observado en él; apareció tan bueno, tan afable, tan franco; sus ojos tomaron la expresión de una inteligencia tan noble, que Artagnan, buen fisonomista, quedó impresionado y casi cambiado en sus prevenciones.

Colbert le estrechaba la mano. -Lo que el rey os ha dicho, señor, prueba cuán . bien conoce Su Majestad a los hombres. La oposición encarnizada que he hecho hasta hoy contra los abusos, no contra los hombres, prueba que mis intentos eran preparar a mi rey un gran reinado; a mi país un gran bienestar. Tengo muchas ideas, señor de Artagnan; ya las veréis brillar al sol de la paz pública; y si no tengo :la suerte de conquistar la amistad de los hombres honrados, tengo al menos la seguridad de lograr su estimación. Por su admiración, señor, daría mi vida.

Este cambio, esta elevación súbita, la aprobación tácita del rey, dieron mucho que pensar al mosquetero. Y saludó muy cortésmente a Colbert, que no le perdía de vista.

Viéndolos el rey reconciliados, los despidió; y ambos salieron juntos. Cuando estuvieron fuera del gabinete, el nuevo ministro, deteniendo al capitán, le dijo:

-¿Es posible, señor de Artagnan, que con una inteligencia como la vuestra, no me hayáis comprendido a la primera mirada?

-Señor Colbert -replicó el mosquetero-, los rayos del sol impiden ver las más resplandecientes luminarias. El hombre en el poder brilla, ya lo sabéis, y pues que vos estáis en él, ¿por qué habéis de continuar persiguiendo al que acaba de caer en desgracia y cae desde tan alto?

-¿Yo, señor? -replicó Colbert -. ¡Oh, señor! No le perseguiré jamás. Yo quería administrar la Hacienda y administrarla sólo, porque soy ambicioso, y, principalmente, porque tengo la más completa confianza en mi mérito, porque se que todo el oro de este país va a venir a mi vista, y porque me es grato ver el oro del rey; porque, si vivo treinta años, en treinta años no me quedará una sola moneda en la mano; porque con este oro edificaré graneros, palacios, ciudades, y abriré puertos; porque crearé una marina y armaré buques que lleven el nombre de Francia a los pueblos más remotos; porque crearé bibliotecas y academias; porque haré de Francia el primer país del mundo y el más rico. Ved ahí los motivos de mi animosidad contra el señor Fouquet, que impedía realizar todo esto. Y después, cuando yo sea grande y fuerte, cuando Francia sea grande y fuerte también, a mi vez pediré misericordia.

-¿Misericordia habéis dicho? Entonces pedid al rey su libertad. El rey no le castiga sino por vuestra causa.

Colbert levantó de nuevo la cabeza.

-Señor -dijo-, debéis saber que no es así, y que el rey tiene enemistad personal con el señor Fouquet; no me corresponde a mí deciros los motivos de ella.

-El rey se cansará, olvidará.

-El rey no olvida jamás, señor de Artagnan. Esperad, el rey llama, y va a dar alguna orden: yo no lo he influido, ¿no es verdad? Escuchad.

El rey llamaba, en efecto, a sus secretarios.

-¡Señor de Artagnan! -dijo. -Vedme aquí, Majestad.

-Dad veinte mosqueteros al señor de Saint-Aignan para que escolten al señor Fouquet.

Artagnan y Colbert cambiaron una mirada.

-Y de Angers -prosiguió el rey-, se conducirá el preso a la Bastilla de París.

-Teníais razón -dijo el capitán al ministro.

-Saint-Aignan -continuó el rey -, haréis pasar por las armas a cualquiera que durante el camino hable en voz baja al señor Fouquet.

-Mas, ¿y yo, Majestad? -dijo el duque.

-Vos, señor, no le hablaréis sino en presencia de los mosqueteros. El duque se inclinó y salió para hacer cumplir las órdenes. Artagnan iba a retirarse también; el rey le detuvo.

-Señor -dijo-, iréis al momento a tomar posesión de la isla y feudo de Belle-Isle.

-Sí, Majestad. ¿Sólo?

-Llevad las tropas que necesitéis para no tener un descalabro, si la plaza resiste.

Un murmullo de incredulidad aduladora salió del grupo de los cortesanos.

-Esto está visto -dijo Artagnan.

-Ya lo he visto en mi infancia -continuó el rey-, y no quiero verlo más. ¿Me habéis entendido? Id, capitán, y no volváis aquí sino con las llaves de la plaza.

Colbert se acercó a Artagnan.

-Es una comisión que, si la desempeñáis bien, os valdrá el bastón de mariscal.

-¿Por qué decís si la desempeñáis bien?

-Porque es difícil.

-¡Ah! ¿En qué?

-Tenéis amigos en Belle-Isle, señor de Artagnan, y no es fácil a hombres como vos, marchar sobre el cuerpo de un amigo para medrar.

Artagnan bajó la cabeza, mientras Colbert volvía al lado del rey. Un cuarto de hora después, el capitán recibió la orden escrita de volar a Belle-Isle en caso de resistencia, con facultades judiciales sobre todos los habitantes o refugiados, y la prevención expresa de no dejar escapar a uno sólo.

"Colbert tenía razón pensó Artagnan-; mi bastón de mariscal de Francia costaría la vida a mis dos amigos. Pero olvidan que mis amigos no son más estúpidos que los pájaros, y que no esperan la mano del pajarero para desplegar sus alas. Yo les mostraré tan bien esta mano, que tendrán tiempo de verla. ¡Pobre Porthos! Pobre Aramis! No, mi fortuna no os costará ni una pluma de vuestras alas.

Habiéndose así decidido Artagnan reunió el ejército real, le hizo embarcar en Paimboeuf, y se dio a la vela sin perder un momento.

CXV
BELLE-ISLE-EN-MER

Al extremo del muelle, sobre el paseo que azota la mar furiosa en el flujo de la tarde, dos hombres, cogidos del brazo, conversaban en tono animado y expansivo, sin que ningún ser humano pudiera oír sus palabras, que arrebataban una a una las ráfagas del viento, con la blanca espuma robada a las crestas de las olas.

El sol acababa de ponerse en la gran sabana del Océano, enrojecido como un crisol gigantesco.

A veces, uno de los hombres se volvía hacia el Este, interrogando el mar con triste inquietud.

El otro, interrogando las facciones de su compañero, parecía querer adivinar en sus miradas. Luego, mudos los dos, agitando sombríos pensamiento, reanudaban su paseo.

Aquellos dos hombres eran nuestros proscriptos Porthos y Aramis, refugiados en Belle-Isle desde que se frustraron las esperanzas, desde el desmoronamiento del vasto plan del señor de Herblay.

-Por más que digáis, mi querido Aramis -repetía Porthos aspirando vigorosamente el aire salino con que dilataba su poderoso pecho-; por más que digáis, no es una cosa ordinaria esa desaparición, desde hace dos días, de todos los barcos pesqueros que habían partido. No ha habido borrascas en el mar. El tiempo ha permanecido constantemente sereno, sin la más ligera tormenta, y, aun cuando hubiera habido alguna tempestad, no se habrían ido a pique todas nuestras barcas. Lo repito, es muy raro, y esa completa desaparición me extraña, os digo.

-Es verdad -murmuró Aramis-; tenéis razón, amigo Porthos. Preciso es convenir que hay en eso algo extraño.

-Y, además -agregó Porthos a quien el asentimiento del obispo de Vannes parecía desarrollar las ideas-, ¿no habéis notado que, si las barcas han perecido, no ha venido a las costas resto ninguno del naufragio?

-Lo he notado como vos. Pues añadid a eso que las dos únicas barcas que quedaban en toda la isla y que he enviado en busca de las otras...

Aramis interrumpió aquí a su compañero con un grito y un movimiento tan brusco, que Porthos se detuvo estupefacto.

-¿Qué decís, Porthos? ¿Habéis enviado las dos barcas?...

-En busca de las otras, sí -repuso sencillamente Porthos.

-¡Desventurado! ¿Qué habéis hecho? ¡Entonces estamos perdidos! -exclamó el obispo.

-¡Perdidos!... ¡Vaya una idea! -exclamó asustado Porthos-. ¿Por qué perdidos, Aramis? ¿Por qué estamos perdidos?

Aramis mordióse los labios.

-Nada, nada. Perdón, quise decir. ..

-¿Qué?

-Que si quisiésemos... que si nos ocurriera el capricho de dar un paseo por el mar, no podríamos.

-¡Bah! ¡Eso os atormenta! ¡Lindo, placer, a fe mía! Por mi parte, no lo hecho de menos. Lo que echo de menos, no es la mayor o menor diversión que pueda ofrecer Belle-Isle; lo que echo de menos es Pierrefonds, Aramis, es Bracieux, es el Vallón, es mi hermosa Francia. Aquí no está uno en Francia, mi querido amigo, sino en yo no sé dónde. ¡Oh! Puedo decíroslo con toda la sinceridad de mi alma, y vuestro cariño sabrá excusar mi franqueza; pero, os confieso que no soy dichoso en Belle-Isle; no, verdaderamente, no soy dichoso.

Aramis suspiró quedo.

-Querido amigo -repuso-; por eso os decía que era una desgracia el que hayáis enviado las dos barcas que nos quedaban en busca de las que marcharon hace dos días. Si no las hubieseis alejado para esa descubierta, ya habríamos marchado.

-¡Marchado! ¿Y la consigna, Aramis?

-¿Qué consigna?

-¡Diablos! La consigna que me estabais repitiendo a todas horas: que defendiésemos a Belle-Isle contra el usurpador; ya lo sabéis.

-Es verdad -murmuró de nuevo Aramis.

-Conque ya veis, querido, que no podemos marchar, y que el haber enviado las barcas en busca de las otras en nada nos perjudica.

Aramis calló, y su vaga mirada, luminosa, como la de una gaviota, se cernió largo rato sobre el mar
interrogando el espacio y tratado de horadar el horizonte.

-Con que todo eso -prosiguió Porthos, tanto más fijo en su idea, ;, cuanto que el obispo la había hallado exacta-; con todo eso, no me dais explicación ninguna sobre lo que haya podido suceder a las pobres barcas. Por dondequiera que paso, véome asaltado de gritos y lamentos; los muchachos lloran viendo a sus madres desconsoladas, como si yo pudiera devolver los padres o los esposos ausentes. ¿Qué suponéis, amigo, y qué les podré responder?

-Supongamos todo, mi buen Porthos, y no digamos nada.

Esta respuesta no satisfizo a Porthos, que se volvió gruñendo algunas palabras de mal humor.

Aramis detuvo al valiente militar. -¿Recordáis -preguntó con melancolía,, estrechando las dos manos del gigante entre las suyas con afectuosa cordialidad-; recordáis, amigo, que en los hermosos días de nuestra juventud, cuando tan fuertes y tan intrépidos éramos, los otros dos y nosotros, si hubiésemos formado empeño en regresar a Francia, no nos lo hubiera impedido esa sabana de agua salada?

-¡Oh! -exclamó Porthos-. ¡Seis leguas!

-Si me hubieseis visto subir sobre una tabla, ¿os habríais quedado en tierra, Porthos?

-¡No, por Dios, amigo! ¡Pero hoy, qué tabla necesitaríamos, sobre todo yo, querido amigo!

Y el señor de Bracieux paseó una risueña mirada de orgullo por su colosal redondez.

-Seriamente, ¿no os aburrís también un poco en Belle-Isle? ¿No preferiríais las dulzuras de nuestra morada, de vuestro palacio episcopal de Vannes? Vamos, confesado.

-No -contesto Aramis, sin atreverse a mirar a Porthos.

-Pues quedémonos -dijo su amigo con un suspiro, que no obstan te los esfuerzos que hizo para contenerlo, se escapó ruidosamente de su pecho. ¡Quedémonos, quedémonos! Y, sin embargo -añadió-, si se quisiese absolutamente, si hubiese una idea fija de volver a Francia, y no tuviéramos barcos...

-¿Habéis observado otra cosa, querido amigo?- Desde la desaparición de nuestros pescadores, no ha atracado una sola canoa a las orillas de la isla.

-Sí, cierto tenéis razón, en efecto. También yo lo he notado, no era difícil hacer esa observación, pues antes de estos dos días funestos veíamos llegar aquí barcas y chalupas por docenas.

-Será necesario informarnos -dijo súbitamente Aramis con agitación-. Aun cuando tuviese que mandar construir una balsa.

-Todavía hay canoas, querido amigo; ¿queréis que suba en una?

-¡Una canoa!... ¡Una canoa! ¿Estáis en vuestro juicio, Porthos? ¿Una canoa para zozobrar? No, no -replicó el obispo de Vannes-. No es nuestro oficio andar por las olas. Aguardemos, aguardemos.

Y Aramis continuaba paseándose con todas las señales de una agitación cada vez mayor.

Porthos, que se cansaba siguiendo cada uno de los movimientos febriles de su amigo; Porthos, que, en su calma y credulidad, no comprendía nada de esa especie de exasperación que se revela por sobresaltos continuos; Porthos le detuvo.

-Sentémonos en esta roca -dijo-. Colocaos ahí, a mi lado, Aramis; os conjuro por última vez que me expliquéis, de modo que pueda comprenderlo, qué es lo que hacemos aquí.

-Porthos... -dijo Aramis turbado.

-Ya sé que el falso rey quiso destronar al verdadero. Oído y comprendido. Y bien...

-Sí -dijo Aramis.

-Ya sé que el falso rey había proyectado vender Belle-Isle a los ingleses. Eso también lo he comprendido.

-Sí.

-Ya sé que nosotros, ingenieros y capitanes, hemos venido a Belle-Isle a encargarnos de la dirección de las obras y del mando de diez compañías levantadas y pagadas por el señor Fouquet, a quien obedecen, o mejor, diez compañías de su yerno. Todo esto también se comprende.

Aramis se levantó impaciente. Se hubiera dicho un león importunado por un moscardón.

Porthos le retuvo por, el brazo.

-Mas lo que no comprendo, lo que a pesar de todos mis esfuerzos de ingenio, de todas mis reflexiones, no puedo comprender ni comprenderé jamás, es que en lugar de enviarnos tropas, en vez de enviarnos refuerzos en hombres, municiones y víveres, nos dejen sin barcos, dejen a Belle-Isle sin arribos, sin socorros; que en lugar de establecer con nosotros una correspondencia, bien sea por señales, o por comunicaciones escritas o verbales, intercepten toda relación con nosotros. Veamos, Aramis, respondedme, o más bien, antes de responderme, ¿queréis que os diga lo que pienso? ¿Queréis saber cuál ha sido mi idea y el pensamiento que me ha asaltado?

El obispo levantó la cabeza. Pues bien, Aramis -continuó Porthos-, me ha asaltado la idea de que en Francia ha de haber ocurrido algún suceso... He soñado toda la noche con el señor Fouquet, con peces muertos, con huevos rotos, con cámaras mal dispuestas, pobremente instaladas. ¡Malos sueños, mi querido de Herblay! Sueños de mal presagio!

-Porthos, ¿qué se ve allá abajo? -interrumpió Aramis, levantándose de súbito y señalando a su amigo un punto negro sobre la línea enrojecida del agua.

-¡Una barca! -dijo Porthos-.

-Sí, una barca es. ¡Oh! Al fin vamos a tener noticias.

-¡Dos! -exclamó el obispo, divisando otra arboladura-. ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

-¡Cinco! -exclamó Porthos a su vez-. ¡Seis! ¡Siete!. .. ¡ah, Dios mío! ¡Es una escuadra! ¡Dios mío, Dios mío!

-Nuestros barcos que regresan, probablemente -dijo Aramis inquieto a pesar de la seguridad que afectaba.

-Muy grandes son para barcos pesqueros -observó Porthos-, y luego, ¿no advertís, amigo, que viene del Loira?

-Del Loira viene, sí

-Y mirad, todo el mundo los ha visto aquí como yo; las mujeres y los chicos comienzan a subir sobre las escollaras.

Pasó un viejo pescador.

-¿Son esos nuestros barcos? -le preguntó Aramis.

-No, monseñor -respondió-; son charanas al servicio del rey.

-¿Barcos del servicio real? -preguntó Aramis sobresaltado-. ¿En qué lo conocéis?

-En el pabellón.

-Pero si apenas es visible el barco -dijo Porthos-, ¿cómo diablos podéis distinguir el pabellón, querido?

-Veo que llevan uno -replicó el viejo-; nuestros barcos y las chalanas del comercio no lo tienen. Esa especie de pinazas que vienen ahí, señor, sirven ordinariamente para transportar tropas.

-¡Ah! -exclamó Aramis. -¡Viva! -exclamó Porthos-.Nos envían refuerzos, ¿no es cierto, Aramis?

-Es probable.

-¡Como no sean los ingleses!

-¿Por el Loira? Desgracia sería, Porthos, pues habrían pasado por París.

-Tenéis razón; son refuerzos, decididamente, o víveres.

Aramis apoyó la cabeza entre sus manos y no respondió.

-Porthos -dijo de pronto-, ¡mandad tocar a generala!

-¿A generala?... ¿Qué pensáis?

-Sí, y que los artilleros suban a sus baterías; que los sirvientes estén en sus piezas y que se vigile principalmente en las baterías de la costa. Porthos puso ojos tamaños, y miró atentamente a su amigo, como para convencerse de que se hallaba en su cabal juicio.

-Yo mismo iré, mi buen Porthos -continuó Aramis con su más dulce voz-; voy a que se cumplan mis órdenes, si vos no lo hacéis, mi querido amigo.

-¡Ahora mismo voy! -dijo Porthos, que fue a hacer ejecutar las órdenes, echando miradas atrás para ver si el obispo de Vannes se engañaba, y si, convencido de su error, le daba contraorden.

Tocóse a generala; resonaron clarines y tambores, y la enorme campana de la atalaya tocó a rebato.

Al punto los diques y los muelles se llenaron de curiosos y de soldados; las mechas brillaron en las manos de los artilleros, situados detrás de los gruesos cañones montados sobre cureñas de piedra. Luego que acudieron todos a sus puestos, hechos los preparativos de defensa:

-Permitidme, Aramis, que vea si puedo comprender esto -dijo Porthos, acercándose tímidamente al oído del obispo.

-Andad, querido, que demasiado pronto lo comprenderéis -murmuró el señor de Herblay a aquella pregunta de su teniente.

-La escuadra que ahí viene a velas desplegadas y se encamina al puerto de Belle-Isle, es una escuadra real, ¿no es cierto?

-Mas habiendo dos reyes en Francia, Porthos, ¿a cuál de los dos pertenecerá?

-¡Oh! ¡Me abrís los ojos! -repuso el gigante, vencido por aquel argumento.

Y Porthos, a quien la respuesta de su amigo acababa de abrir los ojos, o mejor, de espesar la venda que le cubría la vista, acudió corriendo a las baterías para vigilar a su gente y exhortar a todos a cumplir con su deber.

Entretanto Aramis, los ojos fijos en el horizonte veía aproximarse los barcos. La muchedumbre y los soldados, subidos sobre todas las cimas y anfractuosidades de las rocas, podían divisar la arboladura, las velas bajas, y, en fin, los cascos de las chalanas, que ostentaban el pabellón real de Francia.

Era noche cerrada cuando una de aquellas pinazas, cuya presencia había puesto en tanta conmoción a toda la población de Belle-Isle, fue a acomodarse a un tiro de cañón de la plaza.

Pronto se vio, a pesar de la obscuridad que reinaba, cierta agitación a bordo de aquel navío, de cuyo costado se destacó una lancha con tres remeros, que, encorvados sobre sus remos tomaron la dirección del puerto, y en pocos minutos atracaron a los pies del fuerte.

El patrón de la yola saltó al muelle. Llevaba una carta en la mano, que agitaba en el aire, como pidiendo comunicar con alguien.

Aquel hombre fue reconocido por varios soldados como uno de los pilotos de la isla. Era el patrón de una de las dos barcas conservadas por Aramis, y que Porthos, en su inquietud por la suerte de los pescadores desaparecidos hacía dos días, había enviado a la descubierta de los barcos perdidos.

Pidió ser conducido al señor de Herblay.

Dos soldados, a una señal del sargento, lo colocaron entre ellos y lo escoltaron.

Aramis se hallaba en el muelle. El enviado se presentó ante el obispo de Vannes. La obscuridad era caso completa, a pesar de los hachones que llevaban a cierta distancia los soldados que seguían a Aramis en su ronda.

-¡Hola, Jonatás! ¿De parte de quién vienes?

-De parte de los que me han apresado.

-¿Y quién te ha apresado?

-Ya sabéis, monseñor que salimos en busca de nuestros camaradas.

-Sí. ¿Y qué?

-Pues bien, monseñor, a una legua corta fuimos apresados por un quechemarín del rey.

-¿De qué rey? -preguntó Porthos.

Jonatás abrió los ojos con sorpresa.

-Habla -prosiguió el obispo.

-Fuimos, pues, capturados, monseñor, y reunidos a los que habían sido apresados ayer mañana.

-¿Y qué manía es esa de cogeros a todos? -interrumpió Porthos.

-Señor, para impediros que os lo dijéramos -replicó Jonatás. Porthos no comprendía una palabra.

-¿Y os dejan hoy en libertad? -preguntó.

-Para decir que nos han apresado.

"Cada vez lo entiendo menos", pensó el honrado Porthos. Entretanto reflexionaba Aramis.

-Así, pues -dijo-, las costas se hallan bloqueadas por una escuadra real.

-Sí, monseñor.

-¿Quién la manda?

-El capitán de los mosqueteros del rey.

-¿Artagnan?

-¡Artagnan! -exclamó Porthos.

-Creo que es ese su nombre.

-¿Fue él quien te entregó esa carta?

-Sí, monseñor. -Acercad los hachones.

-Es su letra -dijo Porthos. Aramis leyó con ansiedad las líneas siguientes:

"Orden del rey para tomar a Belle-Isle;

"Orden de pasar a cuchillo a la guarnición, si resiste;

"Orden de hacer prisioneros a todos los hombres de la guarnición;

"FIRMADO ARTAGNAN, que anteayer arrestó al señor Fouquet, para enviarlo a la Bastilla."

Aramis palideció y estrujó el papel entre sus manos.

Porthos no comprendía una palabra.

-¿Qué hay? -preguntó Porthos.

-¡Nada, amigo mío, nada!

-Dime, Jonatás.

-¿Monseñor?

-¿Has hablado al señor de Artagnan?

-Sí, Monseñor.

-¿Qué te ha dicho?

-Que para más explicaciones, hablaría con monseñor.

-¿Dónde?

-A bordo de su barco.

-¿A bordo de su barco?

Porthos repitió:

-¿A bordo de su barco?

-El señor mosquetero -prosiguió Jonatás- me ha dicho que os tome a vos y al señor ingeniero en mi lancha y os lleve allí.

-Vamos allí -dijo Porthos-. ¡Ese querido Artagnan!

Aramis le detuvo.

-¿Estáis loco? –exclamó-.¿Quién nos dice que no sea un lazo?

-¿Del otro rey? -dijo Porthos con misterio.

-¡Una asechanza cualquiera! Eso basta, querido amigo.

-Es posible. ¿Qué haremos, entonces? Con todo, si Artagnan nos llama...

-¿Y quién os dice que sea Artagnan?

-¡Ah! Entonces... Mas, ay su letra?

-La letra se falsifica. Está contrahecha, es temblona.

-Siempre tenéis razón; pero entretanto nada sabemos.

Aramis calló.

-Verdad es -dijo el buen Porthos- que nada necesitamos saber.

-¿Qué he de hacer yo? -preguntó Jonatás.

Volver al lado de ese capitán.

-Sí, monseñor.

-Y le dirás que le suplicamos que venga él en persona a la isla.

-Ya entiendo -dijo Porthos.

-Sí, monseñor -respondió Jonatás-; pero ¿y si el capitán se niega a venir a Belle-Isle? -Entonces haremos uso de los cañones.

-¿Contra Artagnan?

-Si es Artagnan, él vendrá, Porthos. Parte, Jonatás, parte.

-A fe mía que no entiendo una palabra -murmuró Porthos.

-Ahora me comprenderéis, querido amigo; ha llegado el momento. Sentaos sobre esa cureña, abrid los oídos y escuchadme bien.

-¡Sí! ¡Escucho, pardiez! No lo dudéis.

-¿Puedo marchar, monseñor? -dijo Jonatás.

-Parte, y vuelve con una respuesta. ¡Hola, dejad pasar la lancha!

La lancha fue a reunirse con el navío.

Aramis cogió la mano a Porthos y comenzó las explicaciones.

CXVI
LAS EXPLICACIONES DE ARAMIS

-Lo que voy a deciros, amigo Porthos, no dejará quizá de sorprenderos, pero también os instruirá.

-Me gustan las sorpresas -dijo i Porthos con benevolencia-; no tengáis reparo, os lo ruego. Estoy hecho a las emociones; nada temáis, pues, hablad.

-Difícil es, Porthos... difícil; porque, en verdad, os lo prevengo por segunda vez, tengo que contaros cosas muy extrañas, muy extraordinarias.

-¡Oh! Habláis tan bien, querido amigo, qué os estaría escuchando días enteros. Conque hablad, o si no, mirad, tengo una idea: para facilitaros el trabajo y ayudaros a que me expliquéis esas cosas extrañas, os preguntaré.

-Me agrada.

-¿Por qué vamos a pelear, querido Aramis?

-Si me dirigís muchas preguntas como esa, si es así como creéis facilitarme el trabajo, mi necesidad de revelaciones, confieso que el camino no es el mejor. Al contrario; en esto está precisamente el nudo gordiano. Vamos, amigo, con un hombre bueno, generoso y leal como vos, es preciso por él, y por uno mismo, comenzar las confesiones con valor. Os he engañado, mi digno amigo.

-¿Me habéis engañado?

-Dios mío, sí.

-¿Era por mi bien, Aramis?

-Así lo creía, Porthos; lo creía sinceramente.

-Entonces -dijo el honrado señor de Bracieux-, me habéis hecho un servicio, y os doy las gracias; porque si no me hubieseis engañado, tal vez me hubiera engañado yo mismo. ¿En qué me habéis engañado? Decid.

-Yo servía al usurpador, contra quien Luis XIV dirige en estos instantes todos sus esfuerzos.

-El usurpador -dijo Porthos rascándose la frente-, que es... No comprendo muy bien.

-Es uno de los dos reyes que se disputan la corona de Francia.

-¡Muy bien! Entonces, ¿servíais al que no es Luis XIV?

-Habéis dicho la expresión exacta de golpe.

-De lo cual resulta que...

-Que somos rebeldes, mi pobre amigo.

-¡Diablo! ¡Diablo! -exclamó Porthos desconcertado.

-¡Oh! Pero, querido Porthos, calmaos, todavía hallaremos medios de salvarnos, creedme.

-No es eso lo que me inquieta -contestó Porthos-; lo que me escuece es esa maldita palabra de rebeldes.

-Así es.

-De modo que el ducado que se me prometió...

-Era el usurpador quien lo daba.

-No es lo mismo, Aramis -repuso Porthos con majestad.

-Amigo, si sólo hubiera dependido de mí, seríais ya príncipe.

Porthos se puso a morderse las uñas con melancolía.

-En eso -prosiguió- habéis hecho mal en engañarme; porque yo contaba con el ducado prometido. ¡Oh! y contaba con él seriamente, sabiéndoos hombre de palabra, mi querido Aramis.

-¡Pobre Porthos! Os ruego que me perdonéis.

-¿De suerte -insistió Porthos sin responder a la súplica del obispo de Vannes- que me hallo malquistado con el rey Luis XIV?

-Yo lo arreglaré todo, mi buen amigo; yo lo arreglaré. Tomaré sobre mí toda la responsabilidad.

-¡Aramis! ...

-No, no, Porthos; os lo pido por favor dejadme hacer. ¡Nada de falsa generosidad ni de abnegación inoportuna! No sabíais nada de mis proyectos; no habéis hecho nada por vos mismo. Yo, es otra cosa. Fui el único autor del complot. Tenía necesidad de mi inseparable compañero; os llamé, y viniste a mí acordándoos de vuestra antigua divisa: "Todos para uno, uno para todos". Mi crimen, querido Porthos, es haber sido egoísta.

-Esa palabra me gusta -dijo Porthos-; desde que confesáis haber obrado por vuestra sola cuenta, no me es posible reconveniros. ¡Es tan natural!

Y con esta sublime expresión estrechó Porthos cordialmente la mano de su amigo.

Aramis sintióse pequeño ante aquella sencilla grandeza de alma. Era la segunda vez que se veía precisado, a rendir tributo a la verdadera superioridad del corazón, mucho más poderosa que el esplendor del talento. Y contestó con un mudo y enérgico apretón a la generosa caricia de su amigo.

-Ya que nos hemos explicado claramente -dijo Porthos-, y he comprendido bien nuestra situación con respecto a al rey Luis, creo, querido amigo, que es ocasión de darme a conocer la intriga política de que somos víctimas; porque no se me oculta que en todo esto hay una intriga política.

-Artagnan, mi buen Porthos, va venir, y os la explicará con todos sus pormenores; perdonadme; estoy anonadado de dolor, abrumado de pena, y necesito toda mi presencia de espíritu y toda mi reflexión para sacaros del mal paso en que tan imprudentemente os he metido; pero nada hay más claro ni más preciso en lo sucesivo que la posición. El rey Luis XIV, no tiene ya más que un solo enemigo: ése soy yo, yo solo. Os he hecho prisionero; vos me habéis seguido; ahora os doy libertad, y volvéis al lado de vuestro príncipe. Ya veis, Porthos, que en todo esto no se presenta la menor dificultad.

-¿Lo creéis así? -dijo Porthos.

-Estoy seguro de ello.

-Entonces -dijo el admirable buen sentido de Porthos-, ¿por qué si estamos en una situación tan fácil, preparamos cañones, mosquetes y tretas de toda especie? Más sencillo me parece decir al capitán Artagnan: "¡Querido

amigo, nos hemos engañado, y hay que deshacer la equivocación; abridnos la puerta, dejadnos pasar, y hasta la vista!"

-¡Ojalá! -exclamó Aramis meneando la cabeza.

-¿Cómo ojalá? ¿No aprobáis ese plan, querido amigo?

-Veo en él una dificultad.

-¿Cuál?

-La hipótesis de que Artagnan venga con tales órdenes, que nos veamos obligados a defendernos.

-¡Vaya una ocurrencia! ¿Defendernos contra Artagnan? ¡Locura! ¿Contra el buen Artagnan?

Aramis meneó por segunda vez la cabeza.

-Porthos -dijo-, si he ordenado encender las mechas y preparar los cañones; si he hecho tocar generala; si he dispuesto que todo el mundo acuda a su puesto en las fortificaciones, en esas potentes fortificaciones que con tanta solidez habéis construido, por algo habrá sido. Aguardad para juzgar, o mejor, no, no aguardéis...

-¿Y qué hemos de hacer?

-Si lo supiera, amigo, lo hubiera dicho.

-Pero hay una cosa más sencilla que defendernos: un barco, y rumbo a Francia, donde...

-Querido amigo -dijo Aramis sonriendo con una especie de tristeza-, no razonemos como niños; seamos hombres en el consejo y en la ejecución. Mirad cómo desde el puerto llaman con la bocina a una embarcación. ¡Atención, Porthos, gran atención!

-Sin duda es Artagnan -dijo Porthos con una voz de trueno acercándose al parapeto.

-Sí, soy yo -contestó el capitán de mosqueteros, saltando con ligereza sobre los escalones del muelle.

Y subió velozmente hasta la pequeña explanada, donde le esperaban sus dos amigos.

Caminando Porthos y Aramis, distinguieron a un oficial que seguía a Artagnan pisándole los talones.

El capitán detúvose sobre los escalones del muelle, a la mitad del camino. Su compañero hizo lo mismo

-Haced retirar a vuestra gente -gritó Artagnan a Porthos y Aramis-; hacedla retirar fuera del alcance de la voz.

Porthos dio la orden, y fue ejecutada al momento.

Entonces Artagnan volviéndose hacia el que le seguía:

-Caballero -le dijo-, ya no estamos aquí en la escuadra del rey, donde, en virtud de vuestras órdenes, me hablabais hace poco con tanta arrogancia.

-Caballero -respondió el oficial-, yo no os hablaba con arrogancia; no he hecho más que obedecer simplemente, aunque con rigurosa exactitud, lo que se me había ordenado. Me han encargado que os siga, y os sigo. Me han dicho que no os deje comunicar con nadie sin tener conocimiento de lo que hacéis, y me mezclo en vuestras entrevistas.

Artagnan tembló de cólera, y Porthos y Aramis, que oían aquel diálogo, temblaban también, pero de inquietud y temor.

Artagnan trémulo de cólera, y con una energía que revelaba en él un estado de exasperación muy próxima a estallar, se acercó al oficial.

-Caballero -díjole en voz más baja, pero tanto más acentuada, cuanto mayor calma simulaba y más se preparaba para una tempestad-, cuando envié aquí una lancha quisisteis saber lo que escribía a los defensores de Belle-Isle. Me enseñasteis una orden; al punto, a mi vez, os di a leer el billete que escribí. Cuando volvió el patrón de la barca que envié, y recibí la respuesta de estos dos señores (y señalaba a Porthos y Aramis), escuchasteis hasta el fin el discurso del mensajero. Todo esto se ajustaba a vuestras órdenes, y se hizo bien y. puntualmente, ¿no es cierto?

-Sí, señor -balbució el oficial-; sin duda, señor... pero.

-Caballero -continuó Artagnan calentándose cada vez más-, cuando manifesté y anuncié en alta voz mi intención de pasar a Belle-Isle, exigisteis acompañarme, y os traje conmigo sin vacilar. Ya estáis en Belle-Isle, ¿no es cierto?

-Sí, señor; pero ...

-Pero ... No se trata ya del señor Colbert, que os ha hecho cumplir esa orden, o de la persona, cualquiera que sea, cuyas instrucciones seguís; se trata de un hombre que incomoda a Artagnan, y que se halla solo con éste sobre los escalones de un muelle que bañan treinta pies de agua salada; ¡mala posición para ese hombre, mala posición, caballero! Os lo advierto.

-Pero, señor, si os incomodo -replicó el oficial con timidez y casi medrosamente-, es mi servicio quien...

-Caballero, habéis tenido la desgracia, vos o los que os envían, de hacerme un insulto. Está hecho. Yo no puedo volverme contra los que os envían, porque me son desconocidos o están demasiado lejos. Pero ahora os halláis en mi poder, y juro por Dios que si dais un paso más cuando yo levante mi pie para ir al lado de esos señores... Juro por quien soy que os abro la cabeza con mi espada, y que os arrojo al agua. ¡Oh! Suceda lo que quiera. Sólo seis veces me he encolerizado en mi vida, señor, y las cinco que han precedido a ésta, he matado a mi hombre.

El oficial no se movió; palideció bajo aquella terrible amenaza, y respondió con sencillez:

-Señor, hacéis mal en ir contra mi consigna.

Porthos y Aramis, mudos y iré, mulos en lo alto del parapeto, gritaron al mosquetero:

-¡Cuidado, querido Artagnan!

Artagnan les hizo callar con un ademán, levantó su pie con calma escalofriante para subir un escalón, y se volvió espada en mano para ver si le seguía el oficial.

El oficial hizo la señal de la cruz y marchó.

Porthos y Aramis, que conocían a su Artagnan, lanzaron un grito y se precipitaron para detener el .golpe, que creían ya oír.

Pero Artagnan, pasando la espada a su mano izquierda:

-Caballero -dijo al oficial con voz conmovida-, sois hombre valiente. Debéis comprender mejor lo que os voy a decir ahora, que lo que os he dicho antes.

-Hablad, señor de Artagnan, hablad -repuso el valiente oficial.

-Esos señores a quienes vengo a ver, y contra quienes tenéis órdenes, son amigos míos.

-Lo sé, caballero.

-Comprended si debo obrar con ellos como prescriben vuestras instrucciones.

-Comprendo vuestros miramientos.

-Pues bien, permitidme hablar con ellos sin testigos.

-Señor de Artagnan, si accedo a vuestros deseos, si hago lo que me pedís, faltaré a mi palabra; pero, si no lo hago, os daréis por ofendido. Mejor quiero lo uno que lo otro. Hablad con vuestros amigos, y no me despreciéis, señor, por hacer en obsequio de vos solo, a quien mucho estimo y honro, una acción villana.

Artagnan, conmovido, echó rápidamente sus brazos al cuello de aquel joven, y subió adonde estaban sus amigos.

El oficial, embozado en su capa, sentóse sobre los escalones cubiertos de algas húmedas.

-Y bien -dijo Artagnan a sus amigos-, he aquí la posición; juzgad.

Abrazáronse todos tres. Y todos tres permanecieron estrechados en brazos unos de otros, como en los buenos tiempos de juventud.

-¿Qué significa todo ese rigor? -preguntó Porthos.

-Algo podéis sospechar, querido amigo -respondió Artagnan.

-No mucho, os lo aseguro, querido capitán; porque en último resultado nada he hecho, ni Aramis tampoco -apresuróse a añadir el excelente hombre.

Artagnan lanzó al prelado una mirada de reproche, que penetró en aquel corazón endurecido.

-¡Querido Porthos! -exclamó el obispo de Vannes.

-Ya veis lo que se ha hecho -dijo Artagnan-: interceptar todo lo que va y viene a Belle-Isle. Todos vuestros barcos se hallan apresados. Si hubieseis intentado huir habríais caído en manos de los cruceros que surcan el mar y os acechan. El rey os quiere en su poder, y os tendrá.

Y Artagnan arrancóse con rabia algunos pelos de su bigote gris. Aramis se puso sombrío, y Porthos colérico.

-Mi idea era ésta -prosiguió Artagnan-: haceros venir a ambos a bordo de mi barco, teneros a mi lado, y luego poneros en libertad. Pero, ahora, ¿quién me dice que al volver a mi navío, no me encuentre algún superior, o bien órdenes secretas que me quiten el mando para conferirlo a otro que no sea yo, y dispongan de mí y de vosotros sin ninguna esperanza de socorro?

-Es necesario permanecer en Belle-Isle -dijo resueltamente Aramis-, y por mi parte os respondo que no me rendiré con entero conocimiento.

Porthos nada dijo. Artagnan notó el silencio de su amigo.

-Todavía tengo que tantear a ese oficial, a ese valiente que me acompaña, y cuya valerosa resistencia aprecio porque revela a un hombre de honor, el cual, aunque enemigo nuestro, vale mil veces más que un cobarde complaciente. Probemos, y sepamos de él lo que tiene derecho a hacer, lo que su consigna le permite o le prohíbe.

-Probemos -dijo Aramis. Artagnan fue al parapeto, inclinóse hacia los escalones del mueIle, y llamó al oficial, que subió al punto.

-Caballero -le dijo Artagnan, después de cambiar algunas frases de cordial urbanidad, naturales entre hidalgos que se conocen y se aprecian dignamente-, caballero, si Yo llevase conmigo a estos dos señores, ¿qué haríais?

-No me opondría, señor; mas teniendo orden directa, orden formal, de tomarlos bajo mi custodia, así lo haría.

-¡Ah! -exclamó Artagnan.

-¡Se acabó! -dijo Aramis sordamente.

Porthos no se movió.

-Llevaos a Porthos -dijo el obispo de Vannes-; él sabrá probar al rey, en lo cual le ayudaremos vos y yo, que es extraño a este asunto.

-¡Hum! -hizo Artagnan-. ¿Queréis venir? ¿Queréis seguirme, Porthos?'

El rey es clemente.

-Dejadme reflexionar -dijo noblemente Porthos.

-¿Os quedáis aquí, según eso? -¡Hasta nueva orden! -exclamó Aramis con viveza.

-Hasta que tengamos una idea -repuso Artagnan-, y ahora creo que no será tarde, porque tengo ya una.

-Despidámonos, pues -prosiguió Aramis-, pero, en verdad, querido Porthos, deberíais partir.

-¡No! -dijo éste lacónicamente.

-Como gustéis -replicó Aramis algo herido en su nerviosa susceptibilidad, por el tono desabrido de su compañero-. Me tranquiliza la promesa de una idea de Artagnan, idea que creo haber adivinado.

-¡Veamos! -dijo el mosquetero, acercando su oído a la boca de Aramis.

Este dijo al capitán varias palabras rápidas, a las que contestó Artagnan:

-Eso precisamente.

-¡Infalible, entonces! -exclamó gozoso Aramis.

-Durante la primera emoción que deberá producir ese proyecto, arreglaos, Aramis.

-¡Oh! No tengáis miedo.

-¡Ahora, señor -dijo el capitán al oficial-, gracias, mil gracias! Acabáis de ganaros tres amigos para toda la vida, hasta la muerte.

-Sí -replicó Aramis.

Sólo Porthos no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

Artagnan, después de abrazar tiernamente a sus dos viejos amigos, dejó a Belle-Isle con el inseparable compañero que Colbert le había dado.

De suerte que, si se exceptúa la especie de explicación con que el digno Porthos había tenido a bien contentarse, en nada había cambiado en apariencia la suerte de unos y otros.

-Solamente -decía Aramis- tenemos la idea de Artagnan. Artagnan no volvió a bordo de su barco sin madurar bien la idea que había hallado, y sabido es que cuando Artagnan meditaba, jamás era sin fruto.

En cuanto al oficial, volviéndose mudo, le dejó respetuosamente reflexionar a sus anchas.

Así fue que al poner el pie en su navío, acoderado a un tiro de cañón de Belle-Isle, el capitán había reunido ya todos sus medios ofensivos y defensivos.

Al punto reunió su Consejo. Este Consejo se componía de los oficiales a sus órdenes.

Los oficiales eran ocho:

Un jefe de fuerzas marítimas.

Un mayor director de artillería.

Un ingeniero.

El oficial que ya conocemos.

Y cuatro tenientes.

Habiéndolos reunido en la cámara de popa, Artagnan se levantó, se quitó el sombrero, y comenzó en estos términos:

-Señores, he ido a reconocer a Belle-Isle-en-Mer, y he hallado una excelente y fuerte guarnición, con todos los preparativos para una defensa que puede hacerse enojosa. Tengo, pues, la intención de enviar a buscar dos de los principales jefes de la plaza, para que hablemos con ellos. Luego que les hayamos separado de sus tropas y de sus cañones, podremos sacar mejor partido, sobre todo con buenos argumentos. ¿Sois de la misma opinión, señores?

El mayor de artillería se levantó.

-Señor -dijo con respeto, pero con firmeza-, os he oído decir que la plaza prepara una defensa enojosa. ¿Sabéis si la plaza está dispuesta a la rebelión?

Artagnan quedó desconcertado visiblemente con aquella réplica; pero no era hombre que se dejara abatir por tan poco, y tomó la palabra:

-Señor -dijo-, vuestra observación es exacta. Pero no ignoráis que Belle-Isle-en-Mer es un feudo del señor Fouquet, y los antiguos reyes dieron a los señores de Belle-Isle el derecho de armarse por su propia cuenta.

El mayor hizo un movimiento.

-¡Oh! No me interrumpáis -prosiguió Artagnan-. Vais a decirme que el derecho de armarse contra los ingleses no es el derecho de armarse contra su rey. Pero no será ciertamente el señor Fouquet quien manda en Belle-Isle, puesto que anteayer le arresté yo. Los habitantes y defensores de Belle-Isle no saben nada de esta prisión, en vano se la anunciaríais. Es algo tan inaudito, tan extraordinario, tan inesperado, que no os creerían. Un bretón sirve a su amo y no a sus amos; sirve a su amo hasta que le ve muerto. Ahora bien, los bretones, que yo sepa, no han visto el cadáver del señor Fouquet. Por tanto, no es extraño que se sostengan contra todo lo que no sea el señor Fouquet o su firma.

El mayor se inclinó en señal de asentimiento.

-Por eso -prosiguió Artagnan- me propongo hacer venir aquí, a bordo, a dos de los principales jefes de la guarnición. Os verán, señores; verán las fuerzas de que disponemos y sabrán a qué atenerse sobre la suerte que les aguarda en caso de rebelión. Les afirmaremos, bajo palabra de honor, que el señor Fouquet está preso, y que cualquier resistencia no podrá menos de serles perjudicial. Les diremos que disparado el primer cañonazo no tienen que aguardar misericordia ninguna del rey. Entonces, tal es al menos mi cálculo, no resistirán ya. Se entregarán sin combatir, y podremos así apoderarnos, sin derramar sangre, de una plaza, cuya conquista podría costarnos cara.

El oficial que había seguido a Artagnan a Belle-Isle se disponía a hablar, pero Artagnan le interrumpió

-Sí, ya sé lo que vais a decirme, señor; sé que hay una orden del rey que prohíbe toda comunicación secreta con los defensores de Belle-Isle, y por eso precisamente propongo no comunicar sino delante de todo mi Estado Mayor.

Y Artagnan hizo a sus oficiales un signo de cabeza, que tenía por objeto hacer valer aquella condescendencia.

Los oficiales se miraron como para leer su opinión en los ojos unos de otros, con ánimo de asentir evidentemente, después de haberse puesto de acuerdo, a lo que Artagnan proponía. Y ya veía éste con gozo que el resultado de su consentimiento sería enviar un barco a Porthos y a Aramis. cuando el oficial del rey sacó del hecho un pliego sellado que entregó a Artagnan.

Aquel pliego llevaba en el sobrescrito el número 1.

-¿Qué es esto? -murmuró el capitán, sorprendido.

-Leed, señor -dijo el oficial inclinándose con una cortesanía no exenta de tristeza.

Artagnan, lleno de desconfianza, abrió el pliego y leyó estas palabras:

"Prohibo al señor de Artagnan reunir Consejo de ninguna especie, ni deliberar de modo alguno, antes de que sea tomada Belle-Isle y los prisioneros pasados por las armas. Firmado: Luis".

Artagnan reprimió el movimiento do impaciencia que circulaba por todo su cuerpo, y, con una graciosa sonrisa:

-Está bien, señor -dijo-, nos atendremos a las órdenes del rey.

CXVII
CONTINUACIÓN DE LAS IDEAS DEL REY Y DE LAS IDEAS DE ARTAGNAN

El golpe era directo, rudo, mortal. Artagnan, furioso de haber sido burlado por una idea del rey, no desesperó, sin embargo, y dando vueltas a la idea que había traído de Belle-Isle, auguró de ahí un nuevo medio de salvación para sus amigos.

-Señores -dijo súbitamente-, puesto que el rey ha confiado a otro sus órdenes secretas, es que no posea su confianza, y me haría realmente indigno de ella si tuviera valor para conservar un mando sujeto a tantas sospechas injuriosas. Voy, pues, inmediatamente a llevar mi dimisión al rey.

La ofrezco delante de todos vosotros, intimándoos que os repleguéis conmigo sobre las costas de Francia, de modo que no queden comprometidas las fuerzas que Su Majestad me ha confiado. Cada cual a su puesto, y disponed el regreso; dentro de una hora tendremos el flujo. ¡A vuestros puestos, señores! Supongo -añadió, viendo que todos obedecían a

excepción del oficial que lo vigilaba que no tendréis que objetar esta vez orden ninguna.

Y Artagnan triunfaba casi al pronunciar estas palabras. Aquel plan era la salvación de sus amigos. Levantado el bloqueo podían embarcarse al punto y hacerse a la vela para Inglaterra o España, sin temor de ser molestados. Mientras ellos huían, llegaba Artagnan al lado del rey, justificaba su regreso con la indignación que las desconfianzas de Colbert suscitaran en él, le enviaban de nuevo con amplios poderes, y tomaban entonces a Belle-Isle; esto es, la jaula, pero sin pájaros.

Mas a este plan, el oficial opuso una segunda orden, concebida en estos términos:

"Desde el instante en que el señor de Artagnan manifieste el deseo de dar su dimisión, dejará de ser jefe de la expedición, y todo oficial puesto bajo sus órdenes deberá no prestarle obediencia. Por otra parte, habiendo perdido el citado señor de Artagnan su cualidad de jefe de la armada enviada contra Belle-Isle, deberá partir inmediatamente para Francia en compañía del oficial que le haya presentado esta orden, que lo mirará como prisionero, de quien tendrá que responder."

Artagnan palideció, a pesar de su bravura y serenidad. Todo había sido calculado con una profundidad que, por primera vez en treinta años, le recordaba la sólida previsión y la lógica inflexibilidad del gran cardenal. Respirando apenas, apoyó la cabeza sobre su mano, pensativo.

-Si me guardase esa orden en el bolsillo -decía entre sí-, ¿quién lo podría saber, ni quién me lo impediría? Antes de que el rey fuese informado, habría salvado a esa pobre gente de la isla. ¡Audacia, pues! Mi cabeza no es de esas que un verdugo hace caer por desobediencia. ¡Desobedezcamos!

Mas en el momento en que iba a tomar ese partido, vio a los oficiales que le rodeaban leer órdenes semejantes, que acababa de distribuirles aquel infernal agente del pensamiento de Colbert.

El caso de desobediencia estaba previsto como los otros.

-Señor -se acercó a decirle el oficial-, espero vuestro beneplácito para partir.

-Estoy dispuesto, señor -replicó el capitán rechinando los dientes. El oficial mandó inmediatamente disponer una lancha, que vino a recibir a Artagnan.

Al verla, pareció volverse loco de rabia.

-¿Cómo -balbució- se va a hacer para dirigir los distintos cuerpos?

-En caso de marchar vos -respondió el comandante de dos buques-, me confía el rey a mí su escuadra.

-Entonces, señor -replicó el hombre de Colbert dirigiéndose al nuevo jefe-, es para vos esta última orden que me han confiado. Presentadme vuestros poderes.

-Aquí están -dijo el marino mostrando una firma del rey. -Pues aquí tenéis vuestras instrucciones -replicó el oficial entregándole el pliego.

Y dirigiéndose a Artagnan:

-Vamos, señor -dijo con voz conmovida al ver pintada la desesperación en aquel hombre de hierro-; hacedme el favor de partir.

-Al momento -articuló débilmente Artagnan, anonadado y vencido por la implacable imposibilidad.

Y se deslizó en la lancha, que singló hacia Francia con viento favorable, ayudado por la subida de la marea'. Los guardias del rey se habían embarcado con él.

No obstante, el mosquetero conservaba todavía la esperanza de llegar a Nantes bastante pronto, y de abogar con bastante elocuencia en favor de sus amigos para conmover al rey.

La barca volaba como una golondrina. Artagnan veía distintamente la tierra de Francia perfilarse en negro sobre las nubes blancas de la moche.

-¡Ay, señor! -dijo bajo al oficial, a quien no hablaba hacía una hora-. ¡Cuánto daría por conocer las instrucciones del nuevo comandante! Supongo que serán pacíficas, ¿no es verdad? ... Y...

No acabó; un cañonazo lejano rodó sobre la superficie de las olas, al que sucedió otro, y dos o tres más fuertes. Artagnan estremecióse.

-S ha roto el fuego contra Belle-Isle -dijo el oficial.

La lancha acababa de tocar la 'tierra de Francia.

CXVIII
LOS ANTEPASADOS DE PORTHOS

Cuando Artagnan se separó de Porthos y Aramis, entraron estos en el fuerte principal para conferenciar con más libertad.

Porthos, siempre preocupado, atormentaba a Aramis, cuyo espíritu jamás se había visto libre.

-Querido Porthos -dije éste de pronto-, voy a explicares la idea de Artagnan.

-¿Qué idea, Aramis?

-Una idea a la que deberemos la libertad antes de doce horas.

-¡Ah! ¿De veras? -dijo Porthos extrañado-. ¡Veamos!

-¿Habéis observado, por las escenas que muestro amigo ha tenido con el oficial, que hay algunas órdenes que le incomodan respecto a nosotros?

-Sí, lo he notado.

-Pues bien, Artagnan va a presentar su dimisión al rey, y durante la confusión que no podrá menos de resultar de su ausencia, nos pondremos en salvo, u os pondréis vos, Porthos, si no existe posibilidad de salvación más que para uno.

Porthos meneó la cabeza, y replicó:

-Nos salvaremos juntos, Aramis, o permaneceremos aquí juntos.

-Tenéis un corazón generoso -dijo Aramis-; pero me aflige vuestra sombría inquietud.

-No estoy inquieto -contestó Porthos.

-¿Me odiáis, quizá?

-No os odio.

-Pues bien, querido amigo, ¿por qué esa cara lúgubre?

-Voy a decíroslo: hago mi testamento.

Y al decir estas palabras, el buen Porthos miró tristemente a Aramis.

-¿Vuestro testamento -exclamó el obispo-. Pues qué, ¿os creéis perdido?

-Me siento cansado. Es la primera vez, y hay en mi familia una costumbre.

-¿Cuál, amigo mío?

-Mi abuelo era un hombre dos veces más fuerte que yo.

-¡Oh! Oh! -exclamó Aramis-. ¿Era quizá Sansón, vuestro abuelo?

-No. Se llamaba Antonio. Pues bien, sería de mi edad, cuando al marchar un día de caza, sintió que le flaqueaban las piernas, achaque que nunca había tenido.

-¿Qué significaba esa fatiga, amigo mío?

-Nada bueno, como vais a ver; porque habiendo partido quejándose de flojedad en las piernas, tropezó con un jabalí que le hizo frente, erró el arcabuzazo, y fue desplazado por la fiera. Falleció en el acto.

-Eso no es una razón para que os alarméis vos, querido Porthos.

-¡Oh! Vais a ver. Mi padre era doble fuerte que yo. Era un rudo soldado de Enrique III y de Enrique IV; no se llamaba Antonio sino Gaspar, como el señor de Coligny. Siempre a caballo, jamás había sabido lo que era cansancio. Una tarde que se levantó de la mesa, le flaquearon las piernas.

-Habría comido bien -dijo Aramis-. Por eso vacilaría.

-¡Bah! ¿Un amigo del señor de Bassompierre? ¡Vamos! No, no digáis eso. Sorprendióse de aquella lasitud, y dijo a mi madre que le ridiculizaba: "No parece sino que voy a tropezar con otro jabalí, como el difunto señor Du-Vallon, mi padre.

-¿Y qué? -dijo Aramis.

-Pues bien, superando aquella debilidad, mi padre quiso bajar al jardín en lugar de irse a la cama. Faltóle el pie en el primer escalón. y como la escalera era muy pina, fue rodando hasta pegar contra un ángulo de piedra donde había una argolla de hierro. La argolla le abrió la sien, y quedó muerto en el sitio.

Aramis, levantando los ojos hacia su amigo:

-He ahí dos circunstancias extraordinarias -dijo; no se infiera de ahí que pueda presentarse una tercera. No es propio de un hombre de vuestra fuerza ser supersticioso, mi bravo Porthos; y además, ¿dónde está esa debilidad de piernas? Nunca habéis estado tan fuerte y robusto, y a buen seguro que podríais llevar una casa sobre las espaldas.

-En este instante -dijo Porthos- me siento bien dispuesto; pero hace un momento vacilaba, me abatía, y ese fenómeno, como vos decís, se ha repetido cuatro veces. No os diré que eso me infundiera miedo. pero me contrariaba. La vida es cosa agradable. Tengo dinero, buenas tierras, caballos hermosísimos, y amigos a quienes amo, como Artagnan, Athos, Raul y vos.

El admirable Porthos no se tomaba siquiera el trabajo de ocultar a Aramis el lugar que le daba en sus amistades.

Aramis le estrechó la mano.

-Aun viviremos muchos años -dijo para conservar al mundo muestras de hombres raros. Fiad en mí, querido amigo; no tenemos respuesta ninguna de Artagnan, y es buena señal; se conoce que ha dado órdenes a fin de reunir la escuadra y abandonar el mar. Yo he mandado hace poco que

lleven un barco sobre rodillos hasta la salida del gran subterráneo de Locmaria; ya sabéis, donde tantas veces nos hemos puesto al acecho de los zorros.

-Sí, y que termina en la pequeña ensenada por un ramal que descubrimos el día en que se escapó por allí aquel soberbio zorro.

-Precisamente. En caso de desgracia nos ocultarán una barca en aquel subterráneo; debe estar allí. Esperaremos el momento propicio, y durante la noche ¡al mar!

-Esa es una buena idea. ¿Qué ganamos con ella?

-Ganamos que nadie conoce esa gruta, o mejor, su salida, a excepción de nosotros y dos o tres cazadores de la isla; ganamos que, si la isla es ocupada, los explotadores, no viendo barco ninguno en las riberas, ni sospecharán que pueda escaparse nadie, y dejarán de vigilar.

-Comprendo.

-Bien, ¿y las piernas?

-¡Oh! Excelentes, por ahora. -Ya veis que todo contribuye a inspirarnos calma y esperanza. Artagnan despeja el mar y nos hace libres. Ni escuadra ni desembarco tenemos que temer. ¡Vive Dios! Todavía tenemos medio siglo de buenas aventuras, Porthos, y si toco en tierra de España, os juro -añadió el obispo con terrible energía-, que vuestro nombramiento de duque no es tan aventurado como se puede creer.

-Esperemos -dijo Porthos, algo rejuvenecido por aquel nuevo calor de su compañero.

De pronto se dejó oir un grito.

-¡A las armas!

Aquel grito, repetido por cien voces, llevó a la cámara en que estaban los dos amigos, la sorpresa para el uno y la inquietud para el otro.

Aramis abrió la ventana y vio correr una muchedumbre con hachones. Las mujeres huían, los hombres de armas ocupaban sus puestos.

-¡La escuadra, la escuadra! -gritó un soldado que reconoció a Aramis.

-¿La escuadra? -repitió éste.

-A medio tiro de cañón -prosiguió el soldado.

-¡A las armas! -grito Aramis. -¡A las armas! -repitió formidablemente Porthos.

Y los dos se lanzaron hacia el muelle para ponerse al abrigo detrás de las baterías.

Vióse en eso aproximarse las chalupas cargadas de soldados, y tomaron tres direcciones, a fin de desembarcar por tres puntos a la vez.

-¿Qué debemos hacer? -preguntó un oficial de guardia.

-¡Detenedlas! Y si persiguen, ¡fuego! -dijo Aramis.

Cinco minutos después, el cañoneo comenzó.

Esos eran los tiros que el capitán había oído al llegar a Francia. Pero las chalupas estaban demasiado cerca del muelle para que pudieran aprovecharse las balas de los cañones. Abordaron, y el combate empezó casi cuerpo a cuerpo. -¿Qué tenéis, Porthos -dijo Aramis a su amigo.

-Nada... las piernas... realmente, es incomprensible... Se robustecen cargando.

En efecto, Porthos y Aramis pusiéronse a cargar con tal vigor, animaron tanto a su gente que los realistas reembarcaron precipitadamente sin conseguir otra cosa que tener heridos que se llevaron.

-¡Eh, Porthos! -gritó Aramis- ¡Necesitamos un prisionero, pronto, pronto!

Porthos bajó la escalera del muelle y cogió por la nuca a uno de los oficiales de la armada real, que esperaba para embarcarse, a que toda su gente estuviese en la chalupa. El brazo del gigante levantó a aquella presa, que le sirvió de escudo para subir de nuevo, sin que nadie se atreviese a dispararle un tiro.

-He aquí un prisionero -dijo Porthos a Aramis.

-¡Bien! -exclamó éste riendo-. Calumniad todavía a vuestras piernas.

-No le he cogido con mis piernas -replicó Porthos tristemente-, sino con mi brazo.

CXIX
EL HIJO DE BISCARRAT

Los bretones de la isla estaban muy orgullosos de aquella victoria; Aramis no los alentó .

-Lo que sucederá -dijo á Porthos, luego que todo el mundo se retiró- es que se aumentará la cólera del rey, así que tenga noticias de la resistencia, y que esos valientes diezmados o abrasados cuando sea tomada la isla, cosa que no podrá menos de suceder.

-Resulta -dijo Porthos- que nada útil hemos hecho.

-De momento, sí -replicó el obispo-, porque tenemos un prisionero, por el cual sabremos lo que preparan nuestros enemigos.

-Sí, interroguemos al prisionero -dijo Porthos-; el medio de hacerle hablar es sencillo: vamos a comer, invitémosle, bebamos, y él hablará.

Hízose así. El oficial, algo alarmado al principio, tranquilizóse luego que vio las personas con quienes se las había. No temiendo comprometerse, dio todos los pormenores imaginables sobre la dimisión y la partida de

Artagnan, y explicó cómo después de la marcha de éste, el nuevo jefe de la expedición había mandado intentar una sorpresa sobre Belle-Isle. Y allí terminaron sus explicaciones.

Aramis y Porthos cambiaron una mirada que manifestaba su desesperación.

No había, por tanto, que contar con aquella fecunda imaginación de Artagnan, ni quedaba, en consecuencia, recurso alguno en caso de derrota.

Aramis, continuando su interrogatorio, preguntó al prisionero lo que pensaban hacer los realistas con los jefes de Belle-Isle.

-Hay orden -contestó éste de matar durante el combate y ahorcar después.

Aramis y Porthos volvieron a mirarse.

Ambos pusiéronse encarnados.

-Soy muy ligero para la horca -respondió Aramis-; no se cuelga a las personas como yo.

-Y yo -dijo Porthos- soy muy pesado; las personas como yo rompen la cuerda.

-Estoy seguro -dijo galanamente el prisionero- que hubiéramos dejado a vuestra elección el género de muerte.

-Mil gracias -dijo seriamente Aramis.

Porthos se inclinó.

-Vaya todavía ese vaso por vuestra salud -dijo bebiendo el también.

De frase en frase, la comida se prolongó; el oficial, que era un espiritual gentilhombre, aficionado al encanto del genio de Aramis y a la cordial sencillez de Porthos.

-Perdonad -dijo-, si os dirijo una pregunta; mas las personas que están en su sexta botella bien pueden olvidarse un poco.

-Preguntad -dijo Porthos-, preguntad.

-Hablad -dijo Aramis.

-¿No habéis sido los dos, señores, mosqueteros del difunto rey?

-Sí, señor, y de los mejores, si no lo lleváis a mal -contestó Porthos.

-Es verdad; diría hasta los mejores de todos los soldados, señores, si no temiera ofender la memoria de mi padre.

-¿De vuestro padre? -exclamó Aramis.

-¿Sabéis como me llamo?

-No, a fe, señor; pero vos lo diréis, y...

-Me llamo Jorge de Biscarrat.

-¡Oh! -exclamó Porthos a su vez-. ¡Biscarrat! ¿Os acordáis de ese nombre, Aaramis?

-¿Biscarrat...? -hizo memoria el obispo-. Me parece...

-Buscad bien, señor -dijo el oficial.

-¡Diantre! No hay mucho que discurrir -dijo Porthos-. Biscarrat, llamado Cardenal... Uno de los cuatro- que vinieron a interrumpirnos el día en que nos hicimos amigos de Artagnan, espada en mano.

-Precisamente, señores.

-El único -dijo Aramis vivamente- a quien no herimos.

-Duro acero, por tanto -repuso el prisionero.

-Es verdad, ¡oh!, ¡bien verdad! -dijeron ambos amigos a la vez-. ¡A fe, señor de Biscarrat, encantado de conocer a hombre tan bravo!

Biscarrat estrechó las manos que le tendían los dos antiguos mosqueteros.

Aramis miró a Porthos, como para decirle: "Ved aquí un hombre que os ayudará", y acto continuo:

-Convenid, señor -dijo-, en que jamás se siente haberse portado bien.

-Mi padre me lo ha dicho siempre, señor.

-Convenid también que es una triste circunstancia la de hallarse con personas destinadas a ser arcabuceadas o colgadas, y saber que esas personas son antiguos conocidos, viejas relaciones hereditarias.

-¡Oh! No estáis reservados a tan triste suerte, señores míos -dijo con viveza el joven.

-¡Bah! Vos lo habéis dicho.

-Lo dije hace poco, cuando no os conocía, pero ahora que os conozco, afirmo que evitaréis ese destino funesto, si queréis.

-¿Cómo si queremos? -exclamó Aramis, cuyos ojos brillaron de inteligencia, mirando alternativamente al prisionero y a Porthos.

-Con tal -prosiguió Porthos, mirando a su vez, con noble intrepidez, al señor de Biscarrat y al obispo-, con tal de que no se nos pidan cobardías.

-Nada de eso se os pedirá señores -prosiguió. el gentilhombre del ejército real-. ¿Qué queréis que os pidan? Si os encuentran, es cosa segura que os matan; de consiguiente, tratad de que no os encuentren.

-Creo no equivocarme -replicó Porthos con dignidad-, pero se me figura que para encontrarnos, es preciso que vengan a buscarnos aquí.

-En eso tenéis muchísima razón, mi digno amigo -dijo Aramis, interrogando siempre con la mirada la fisonomía de Biscarrat-. Queréis, señor de Biscarrat, decirnos alguna cosa, hacernos alguna revelación y no os atrevéis, ¿no es verdad?

-¡Ah, señores y amigos! Hablando, hablando, traiciono la consigna; pero atended, oigo una voz que me releva de ella, dominándola.

-¡El cañón! -exclamó Porthos. -¡El cañón y la mosquetería! -dijo el obispo.

Oíanse retumbar a lo lejos, en las rocas, los ruidos siniestros de un combate que duró poco.

-¿Qué es eso? -preguntó Porthos.

-¡Diantre! -exclamó Aramis-. Es lo que yo me sospechaba.

-¿Qué?

-El ataque sólo fue una estratagema, ¿no es cierto, señor? Y mientras vuestras compañías se dejaban rechazar, teníais la certeza de efectuar un desembarco al otro lado de la isla.

-¡Oh! Varios, señor. '-Entonces, estamos perdidos -dijo apaciblemente el obispo de Vannes.

-¡Perdidos! Es imposible -replicó el señor de Pierrefonds- pero no cogidos ni colgados.

Y diciendo estas palabras, se levantó de la mesa, se aproximó a la pared, y descolgó fríamente su espada y las pistolas, que revisó con cuidado del veterano que se apresta a combatir, y que ve que su vida descansa en gran parte sobre la excelencia y el buen estado de sus armas.

Al ruido del cañón, a la noticia de la sorpresa que podía entregar la isla a las tropas reales, la multitud alarmada se precipitó en el fuerte. Venía a pedir ayuda y consejo a sus jefes.

Aramis, pálido y vencido, mostróse entre dos hachones en la ventana que daba al patio grande, lleno de soldados que aguardaban órdenes, y de habitantes despavoridos que imploraban socorro.

-Amigos míos -dijo Herblay con voz grave y sonora-. El señor Fouquet, vuestro protector, vuestro padre, vuestro amigo, ha sido arrestado por orden del rey y encerrado en la Bastilla.

Un prolongado grito de furor y amenaza subió hasta la ventana donde se hallaba el obispo y le envolvió en un fluido vibrante.

-¡Venguemos al señor Fouquet! -gritaron los más exaltados-. ¡Mueran los realistas!

-No amigos míos -replicó solemnemente Aramis-; 'no, amigos míos, nada de resistencia. El rey es amo en su reino. El rey es el mandatario de Dios. El rey y Dios han herido al señor Fouquet. Humillaos ante la mano de

Dios. Amad a Dios y al rey, que han herido al señor Fouquet. Mas no venguéis a vuestro señor, no tratéis de vengarle. Os sacrficaríais en vano, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos, vuestros bienes y vuestra libertad. ¡Abajo las armas, amigos míos, abajo las armas! Puesto que el rey os lo manda, retiraos pacíficamente a vuestras casas. Yo soy quien os lo ruega, quien, si es necesario, os lo manda en nombre del señor Fouquet.

La muchedumbre, amontonada bajo la ventana, hizo oir un rugido de ira y espanto.

-Los soldados de Luis XIV han entrado en la isla -prosiguió Aramis-, y no sería ya un combate lo que hubiese entre ellos y vosotros, sino una matanza. Retiraos, retiraos, y olvidad; os lo mando, esta vez, en nombre del Señor.

Los amotinados retiráronse lentamente, sumisos y mudos.

-¿Pero qué estáis haciendo, amigo mío? -dijo Porthos.

-Señor -dijo Biscarrat al obispo-, salváis a todos estos habitantes, pero no a vuestro amigo ni a vos.

-Señor de Biscarrat -dijo con tono singular de nobleza y cortesanía el obispo de Vannes-, recobrad vuestra libertad.

-Con mucho gusto, señor pero...

-Eso nos serviría de mucho; porque anunciando al teniente del rey la sumisión de los isleños, obtendréis tal vez alguna gracia para nosotros, informándole del modo como se ha verificado esa sumisión.

-¡Gracia! -repitió Porthos con ojos llameantes. ¡Gracia! ¿Qué palabra es ésa?

Aramis tocó fuertemente en el codo a su amigo, como hacía en los buenos tiempos de su juventud, cuando deseaba advertir a Porthos que había hecho o iba a cometer una torpeza. Porthos comprendió y callo.

-Iré, señores -repuso Biscarrat algo sorprendido también de la palabra gracia, pronunciada por el orgulloso mosquetero de quien momentos antes contaba y ponderaba con tanto entusiasmo las hazañas heroicas.

-Id, señor de Biscarrat -dijo Aramis saludándole-, y, al partir, recibid la expresión de nuestro reconocimiento.

-Mas vosotros, señores, vosotros, a quienes me honro en llamar amigos, ya que os habéis dignado admitir este título, ¿qué pensáis hacer entretanto? -preguntó conmovido el oficial, despidiéndose de los dos antiguos adversarios de su padre.

-Nosotros nos quedamos aquí. ¡Dios mío!... ¡La orden es terminante!

-Soy obispo de Vannes, señor de Biscarrat, y no se pasa por las armas a un obispo ni se cuelga a un gentilhombre.

-¡Ah! Sí, señor, sí, monseñor -replicó Biscarrat-. Sí, es verdad, tenéis razón; todavía podéis contar con esa probabilidad. Marcho, pues, a presentarme al comandante de la expedición, lugarteniente del rey. ¡Adiós, pues, señores, o mejor, hasta la vista!

En efecto, el digno oficial, montado en un caballo que Aramis le hizo preparar, corrió adonde se oía el fuego, cuyo estrépito, al replegar la multitud hacia el fuerte, había interrumpido la conversación de los dos amigos con el prisionero.

Aramis le vio marchar y, quedando solo con Porthos:

-Vamos, ¿comprendéis ahora? -dijo.

-A fe que no

-¿No os molestaba aquí Biscarrat?

-No; es un valiente mozo.

-Si; ¿pero hay necesidad de que todo el mundo conozca la gruta de Locmaría?

-¡Ah, es cierto! Ya lo entiendo. Nos salvaremos por el subterráneo. -Si os place -replicó gozosamente Aramis-. ¡Adelante, amigo Porthos! Nuestro barco nos espera, y el rey no nos tiene todavía.

CXX
LA GRUTA DE LOCMARIA

El subterráneo de Locmaría se hallaba lo suficiente lejos del muelle para que los dos amigos tuvieran que economizar sus fuerzas antes de llegar allí.

La noche iba avanzando; en el fuerte habían dado las doce. Porthos y Aramis iban cargados de dinero y de armas.

Caminaban, pues, por el erial que separa el muelle de aquel subterráneo, escuchando todos los ruidos y procurando evitar cualquier emboscada. De vez en cuando, por el camino que habían dejado cuidadosamente a su izquierda, pasaban fugitivos que venían del interior de las tierras a la noticia del desembarco de las tropas del rey.

Aramis y Porthos, ocultos detrás de cualquier anfractuosidad de las rocas, recogían las palabras escapadas a los infelices que huían temblando, cargados con sus efectos más valiosos, y procurando deducir de sus quejas lo que más podía convenir a su interés.

Por ultimo, después de un camino rápido, pero interrumpido a menudo por paradas cortas, llegaron a aquellas grutas profundas, adonde el previsor obispo de Vannes había tenido cuidado de hacer transportar sobre rodillos una buena barca, capaz de cruzar el mar en aquella espléndida estación.

-Mi buen amigo -dijo Porthos, después de respirar ruidosamente-. Hemos llegado, a lo que parece; mas, si no recuerdo mal, me hablasteis de tres hombres que debían acompañarnos, y no los veo. ¿Dónde están?

-¿Para qué verlos, querido Porthos? -contestó Aramis-. Estoy seguro que nos esperan en la caverna, e indudablemente descansan después de acabado su penoso trabajo.

Aramis retuvo a Porthos, que se disponía a entrar en el subterráneo.

-¿Queréis, mi buen amigo -dijo al gigante-, permitidme que pase el primero? Conozco la señal que he dado a nuestros hombres; no oyéndola, se verían en el caso de hacer fuego o tiraros su puñal en las tinieblas.

-Pues entrad el primero, querido Aramis, sois todo prudencia y sabiduría; así como vuelvo a sentir la fatiga de que os he hablado.

Aramis dejó a Porthos sentarse en la entrada de la gruta, y agachando la cabeza, penetró en el interior de la caverna, imitando el grito del mochuelo.

Un ligero ronroneo quejumbroso, un grito apenas perceptible, respondió en la profundidad del subterráneo.

Aramis continuó su marcha cautelosa, y pronto fue detenido por aquel grito que él había dado el primero y que, oía ahora a diez pasos de distancia.

-¿Estáis ahí Yves? -preguntó el obispo.

-Sí, monseñor. Goennec está también Su hijo nos acompaña.

-Bien. ¿Esta todo dispuesto? -Sí monseñor.

-Acercaos a la entrada de la gruta, mi buen Yves, y encontraréis allí al señor de Pierrefonds, descansando de las fatigas del camino. Si, por acaso no pudiera andar, cogedlo y traédmelo aquí.

Los tres bretones obedecieron. Pero la recomendación de Aramis fue inútil. Porthos, repuesto del cansancio, había empezado ya a bajar, y sus fuertes pisadas resonaban en medio de las cavidades, formadas y sostenidas por las columnas de sílice y granito.

Luego que el señor de Bracieux se reunió al obispo, encendieron los bretones una linterna de que iban previstos, y Porthos aseguró a su amigo que se sentía ya fuerte como de costumbre.

-Registremos la barca -dijo Aramis-, y asegurémonos ante todo de lo que contiene.

-No acerquéis demasiado la luz -dijo el patrón Ives-; porque, según me encargasteis, monseñor, he puesto bajo el banco de popa, en el cofre que sabéis, el barril de pólvora y las cargas de mosquete que me enviasteis del fuerte.

-Bien -dijo Aramis.

Y tomando por sí mismo la linterna, examinó minuciosamente todos los puntos de la embarcación, con las precauciones de un hombre que no es tímido ni ignorante frente al peligro...

La embarcación era larga, ligera, de poco calado, delgada de quilla; uno de esos barcos que siempre se han construido tan bien en Belle-Isle, alta de bordo, sólida sobre el agua, muy manejable, y provista de tablas que, en tiempo inseguro, forman una especie de puente sobre el que se deslizan las olas, y que pueden proteger a los remeros.

En dos cofres bien cerrados, colocados bajo los bancos de proa y popa, halló Aramis pan, galletas, frutas secas, un pernil de cerdo, y una buena provisión de agua en odres, componiendo el todo las raciones suficientes para gentes que no debían separarse de la costa, y que en caso preciso podían abastecerse de nuevo.

Las armas, ocho mosquetes y otras tantas pistolas de arzón, estaban en buen estado y todas cargadas. Había además remos de repuesto, y la pequeña vela llamada trinquete, que favorece la marcha del barco al mismo tiempo que los remos bogan, tan útil cuando se hace sentir la brisa, y que no pesa en la embarcación.

Luego que Aramis examinó todo aquello, satisfecho del resultado de su examen:

-Consultémonos -dijo-, querido Porthos, para saber si será mejor hacer salir la barca por el extremo desconocido de la gruta, siguiendo la pendiente y la sombra del subterráneo, o llevarla a cielo descubierto sobre rodillos, por los brezos, allanando el camino de la escarpada ribera, que apenas tiene veinte pies de elevación, y presenta a su pie en la marea algunas brazas de agua sobre buen fondo.

-Perdonadme, monseñor -replicó el patrón Ives respetuosamente -; pero no creo que por la pendiente del subterráneo, y en la obscuridad en que nos veremos obligados a maniobrar con nuestra embarcación, sea tan cómodo el camino como al aire libre. Conozco bien la costa-brava, y puedo aseguraros que está llana como la cespedera de un jardín; el interior de la gruta es, por el contrario, escabroso; sin contar, monseñor, con que al extremo encontraremos el ramal que conduce al mar, y por el que quizá no podrá pasar la embarcación.

-Tengo hechos mis cálculos -replicó el obispo-, y estoy seguro de que pasará.

-Sea, y ojalá suceda, monseñor -insistió el patrón-; pero Vuestra Ilustrísima sabe muy bien que para hacerla llegar al término del ramal, hay que levantar una enorme piedra, bajo la cual pasa siempre el zorro, y que cierra el ramal como una puerta.

-Se levantará -dijo Porthos-. Eso no vale la pena.

-¡Oh! Bien sé que monseñor tiene la fuerza de diez hombres -replicó Yves-; pero sería tomaros un trabajo demasiado penoso.

-Creo que el patrón puede tener razón -dijo el obispo-. Probemos a cielo abierto.

-Con tanto más motivo, monseñor -continuó el Pescador- cuanto que no podríamos embarcarnos antes de llegar el día, según lo que hay que hacer, y que, tan pronto como amanezca, hay que establecer un buen vigía en la parte superior de la gruta, para vigilar las maniobras de las chalanas o de los cruceros que nos acechan.

-Sí, Ives, sí, razonas bien; pasaremos sobre la escarpa.

Y los tres robustos bretones iban ya a poner en movimiento la embarcación, metiendo por debajo los rodillos, cuando se oyeron a lo lejos, en el campo, ladridos de perro. Aramis se lanzó fuera de la gruta; Porthos le siguió.

El alba teñía de púrpura y nácar las olas y la llanura; veíase en el crepúsculo a los pequeños y sombríos abetos inclinarse sobre las piedras, largas bandadas de cuervos rozaban con sus negras alas los mezquinos sembrados de alforfón.

Un cuarto de hora más, y el día triunfaría; las aves despiertas lo anunciaban gozosamente con sus cantos a toda la naturaleza.

Los ladridos que habíanse oído, y que detuvieron a los tres pescadores en el acto de mover la barca, haciendo salir a Aramis y a Porthos, se prolongaban en una pro-funda garganta, a una legua corta de la gruta.

-Es una jauría -dijo Porthos-; los perros siguen alguna pista.

-¿Qué es eso? ¿Quién caza en estos momentos? -pensó Aramis.

-Y por aquí sobre todo -continuó Porthos-, donde se teme lleguen los realistas.

-El ruido se aproxima. Tenéis razón, Porthos; los perros siguen una pista.

-¡Yves, Yves, venid acá! -exclamó de pronto Aramis.

Yves acudió, dejando el rodillo que tenía aún en la mano y que iba a colocar bajo la barca, cuando la exclamación del obispo interrumpió su trabajo.

-¿Qué cacería es esa, patrón? -preguntó Porthos.

-No sé monseñor. No creo que el señor de Locmaria se dedique a cazar en estos instantes; y, sin embargo, los perros...

-A menos que se hayan escapado de la perrera.

-No -replicó Goennec-; no son esos los perros del señor de Locmaria.

-Por prudencia -prosiguió Aramis-, volvamos a la gruta; evidentemente, las voces se aproximan, y sabremos a qué atenernos.

Entraron; pero no habían dado aún cien pasos en la obscuridad, cuando resonó en la caverna un ruido semejante al ronco suspiro de una criatura asustada; y jadeante, rápido, asustado, un zorro pasó como relámpago por delante de los fugitivos, saltó por encima de la barca y desapareció, dejando tras él su olor acre, conservado algunos segundos bajo las bóvedas del subterráneo.

-¡El zorro! -pronunciaron los bretones con la gozosa sorpresa del cazador.

-¡Malditos seamos! -exclamó el obispo-. Nuestro retiro está descubierto.

-Pues qué -dijo Porthos-, ¿tendremos miedo a un zorro?

-¡Eh, amigo mío! ¿Qué decís de miedo de un zorro? ¡No se trata de él, pardiez! ¿No sabéis, Porthos que tras el zorro vienen los perros, y tras los perros vienen los hombres?

Porthos bajo la cabeza.

Como para confirmar las palabras de Aramis, se oyó a ¡la gruñidora jauría que llegaba con espantosa velocidad, siguiendo la pista del animal.

Seis galgos corredores desembocaron al mismo tiempo en el pequeño erial, con un ruido de voces
que semejaba la fanfarria de un triunfo.

-Ahí vienen los perros -dijo Aramis, apostado en acecho detrás de una abertura practicada entre dos rocas-. ¿Quiénes son los cazadores?

-Si es el señor de Locmaria -contestó el patrón-, dejará que los perros registren la gruta; porque los conoce, y no penetrará él, en la persuasión de que el zorro saldrá por el otro lado. Allí irá a esperarlo.

-No es el señor de Locmaria el que caza -repuso el obispo, palideciendo a pesar suyo.

-¿Pues quién es? -preguntó Porthos.

-Mirad.

Porthos asomóse por la abertura y vio en la cima del montículo una docena de jinetes que dirigían sus caballos por las huellas de los perros, excitándolos con gritos.

-¡Los guardias! -dijo.

-Sí, amigo mío los guardias del rey.

-¿Los guardias del rey decís, monseñor? -exclamaron los bretones palideciendo a su vez.

-Y Biscarrat al. frente de ellos, sobre mi caballo gris -prosiguió Aramis.

Al mismo tiempo se precipitaron los perros en la gruta como un alud, y las profundidades de la caverna resonaron con sus gritos atronadores.

¡Ah, diablo! -dijo Aramis recobrando toda su sangre fría a la vista de aquel peligro cierto, inevitable-. Bien sé que estamos perdidos, mas aun nos queda una esperanza: si los guardias, que van a seguir a los perros, llegan a

conocer que las grutas tienen otra salida, nos perdemos sin recurso; porque, al entrar aquí descubrirán la barca y a nosotros mismos. Es necesario que los perros no salgan del subterráneo. Es necesario que los amos no entren.
Tenéis razón -dijo Porthos.

-Ya comprenderéis -añadió el obispo con la rápida precisión del mundo-: ahí tenemos seis perros que tendrán que detenerse al llegar a la enorme piedra bajo la cual se ha deslizado el zorro; es necesario que al pasar por la angosta abertura les perros sean detenidos y muertos.

Los bretones se lanzaron allá cuchillo en mano.

Minutos después se oyó un lastimero concierto de gemidos, de aullidos mortales; luego, nada.

-Bien -dijo Aramis fríamente -. ¡A los amos ahora!

-¿Y qué hemos de hacer? -dijo Porthos.

-Esperar su llegada, ocultarse y matar.

-¿Matar? -repitió Porthos. -Son diez y seis -dijo Aramis -, al menos por de pronto.

-Y bien armados -agregó Porthos con sonrisa de consuelo.

-Esto durará diez minutos -dijo Aramis-. ¡Vamos!

Y con aire resuelto, cogió un mosquete y puso su cuchillo de caza entre los dientes.

-Yves, Goennec y su hijo --continuó Aramis-, nos pasarán los mosquetes. Vos, Porthos, haréis fuego a boca de jarro. Nosotros abatiremos a ocho antes que los demás se aperciban de ello. Luego, nosotros cinco, despacharemos a los ocho restantes con nuestros cuchillos.

-¿Y ese pobre Biscarrat? -dijo Porthos.

Aramis reflexionó un momento.

- Biscarrat el primero -replicó fríamente-. Nos conoce.

CXXI
LA GRUTA

No obstante la especie de adivinación que era el lado notable del carácter de Aramis, sujeto el hecho a los azares de la casualidad, no se verifico en un todo como lo había previsto el obispo de Vannes. Biscarrat, mejor montado que sus compañeros, llegó el primero a la boca de la gruta y comprendió que, zorro y perros, habían quedado sumergidos allí. Herido, empero, por ese terror supersticioso que naturalmente infunde al ánimo de los hombres un camino subterráneo y sombrío, se detuvo en el exterior de la gruta, y espero a sus compañeros.

-¿Qué hay? -preguntáronle los jóvenes, desolados, no acertando a comprender su inacción.

-No se oye a los perros; necesario es que zorro y jauría hayan quedado sepultados en ese subterráneo.

-Pues corrían muy bien para haber perdido la pista de una manera tan súbita -dijo uno de los guardias-; además, se les oiría ladrar por un lado o por otro. Preciso es, como dice Biscarrat, que estén en esa gruta.

-Entonces -replicó uno de los jóvenes-, ¿por qué no se les oye ladrar?

-Es raro -dijo otro.

-Entremos en la gruta -dijo un cuarto-. ¿Está acaso prohibido entrar en ella?

-No -replicó Biscarrat-; mas está obscuro como boca de lobo y podemos rompernos la cabeza.

-Testigos nuestros perros -dijo un guardia-, que se la han roto, a lo que parece.

-¿Qué diablo habrá sido de ellos? -se preguntaron a coro los jóvenes.

Y, los respectivos amos, llamaron a sus perros por sus nombres y. les silbaron su aire favorito, sin que ni uno sólo contestase a la voz ni al silbido.

-¿Si será una gruta encantada? -dijo Biscarrat-. Veamos.

Y, echando pie a tierra, dio un paso en la gruta.

-Espera, espera, yo te acompañaré -dijo uno de los guardias, viendo ya a Biscarrat próximo a desaparecer en la penumbra.

-No -contestó Biscarrat-; preciso es que haya aquí algo de extraordinario; no conviene arriesgarnos todos a la vez. Si dentro de diez minutos no tenéis noticias mías, entonces entrad pero todos juntos.

-Bueno -dijeron los jóvenes que no veían gran peligro para Biscarrat en acometer aquella empresa-; esperaremos.

Y, sin apearse de los caballos, formaron círculo alrededor de la gruta. Biscarrat entró sólo, y avanzó en las tinieblas hasta tropezar con el mosquete de Porthos.

Sorprendido de aquella resistencia que encontraba su pecho, alargó la mano y cogió el cañón helado.

En el mismo momento levantaba Yves sobre el joven un cuchillo, que iba a hundirle con toda la fuerza de su brazo bretón, cuando el puño de hierro de Porthos le detuvo a mitad de camino.

Luego, con un sordo gruñido, se hizo oir aquella voz en la obscuridad.

-No quiero que le maten -dijo. Biscarrat se hallaba colocado entre una protección y una amenaza, casi tan terribles una como otra.

Por animoso que fuera el joven, no pudo contener un grito, que Aramis sofocó al punto poniéndole un pañuelo en la boca.

-Señor de Biscarrat -díjole en voz baja-, no os queremos hacer mal ninguno, y .ya os lo podéis presumir, si nos habéis reconocido; pero, a la primera palabra, al primer suspiro, al primer resuello nos veremos precisados a mataros, como hemos hecho con vuestros perros.

-Sí, os reconozco, señores -dijo en tono bajo el joven-. Pero, ¿por qué estáis aquí? ¿Qué hacéis? ¡Desdichado! ¡Desdichado! ¡Yo os creía en el fuerte!

-Y vos, señor, me parece que quedastéis en conseguirnos condiciones.

-He hecho cuanto he podido, señores; pero...

-¿Pero qué?

-Hay órdenes terminantes.

-¿De matarnos?

Biscarrat no contestó; le costaba hablar de la cuerda a gentileshombres.

Aramis comprendió el silencio de su prisionero.

-Señor de Biscarrat -dijo-, ya estaríais muerto a estas horas si no hubiéramos tenido consideración a vuestra juventud y a nuestras antiguas

relaciones con vuestro padre; pero podéis escapar de aquí jurándonos que no hablaréis a vuestros compañeros de lo que habéis visto.

-No sólo juro no hablarles de ello -dijo Biscarrat-, sino hacer cuanto éste de mi parte para impedir que mis compañeros pongan el pie en esta gruta.

-¡Biscarrat! ¡Biscarrat -gritaron desde fuera muchas voces que vinieron a sepultarse como un torbellino en el subterráneo.

-Contestad -dijo Aramis. -¡Aquí estoy! -gritó Biscarrat.

-Marchaos, y fiamos en vuestra lealtad.

Y soltó al joven.

Biscarrat encaminóse hacia la claridad.

-¡Biscarrat! ¡Biscarrat! -gritaron las voces más próximas.

Y se vio proyectarse en el interior de la gruta las sombras de varias formas humanas.

Biscarrat se apresuró a salir al encuentro de sus amigos para detenerlos, y se unió a ellos a tiempo que empezaban a internarse en el' subterráneo.

Aramis y Porthos prestaron oído, con la atención de personas que juegan su vida a un soplo de viento.

Biscarrat había llegado a la boca de la gruta seguido de sus amigos.

-¡Oh'. -dijo uno de ellos luego que llegaron a la claridad-. ¡Qué pálido estás!

-¡Pálido! -murmuró otro-. Di más bien lívido.

-¿Yo? -replicó el joven procurando dominar su sobresalto.

-En nombre del Cielo, ¿qué te ha sucedido? -preguntaron todos a la vez.

-No te ha quedado gota de sangre en las venas, mi pobre amigo -repuso otro riendo.

-Señores -dijo otro-. Esto es cosa seria; nuestro amigo va a desmayarse. ¿Tenéis sales?

Y todos prorrumpieron en una risotada.

Todas aquellas interpelaciones, todas aquellas chanzonetas cruzábanse en torno de Biscarrat, como se cruzan en medio del fuego las balas en una batalla.

Biscarrat recobró sus fuerzas bajo aquel diluvio, de interpelaciones.

-¿Qué queréis que haya visto? -dijo-. Tenía mucho calor cuando entré en esa gruta, y de pronto me acometió frío; no ha habido más.

-¿Pero y los perros? ¿Has visto a los perros? ¿Les has oído ladrar?

-Debemos creer que han tomado otro camino -dijo Biscarrat.

-Señores -dijo uno de los jóvenes-, en lo que está pasando en la palidez y en el silencio de nuestro amigo, hay un misterio que Biscarrat no quiere, o quizá no puede revelar. Lo que sí supongo, y lo tengo por seguro, es que Biscarrat ha visto algo en la gruta. Pues bien, yo tengo la curiosidad de ver lo que él ha visto, aun cuando fuese el diablo. ¡A la gruta, señores, a la gruta!

-¡A la gruta! repitieron todas las voces.

Y el eco del subterráneo fue a llevar como una amenaza a Porthos y a Aramis estas palabras: "¡A la gruta!".

Biscarrat se interpuso entre sus compañeros.

-¡Señores! ¡Señores! -exclamó -. ¡En nombre del Cielo, no entréis!

-¿Pues qué hay en ese subterráneo, que tanto asusta?

-Preguntaron varios.

-Vamos, habla, Biscarrat.

-Decidme ha visto al diablo -repitió el que había aventurado ya aquella hipótesis.

-Pues bien -replicó otro-, si lo ha visto, que no sea egoísta, y que nos deje a nosotros verlo a nuestra vez.

-¡Señores! ¡Señores! ¡Por favor! -insistió Biscarrat.

-Vamos, déjanos pasar. -¡Señores, os suplico que no entréis!

-Pues tú bien has entrado. Entonces, adelantóse uno de los oficiales de más edad que los otros y que hasta entonces había permanecido sin hablar palabra. -Señores -dijo en tono calmoso que contrastaba con la animación de los jóvenes -, ahí dentro hay algo que no es el diablo; pero, sea quien quiera, ha tenido bastante poder para hacer callar a nuestros perros. Es necesario saber quién es ese algo.

Biscarrat tentó un último esfuerzo para detener a sus amigos; pero fue inútil. En vano se puso delante de los más temerarios; en vano se agarró a las rocas para cerrar el paso, la turba de jóvenes internóse en la caverna, siguiendo los pasos del oficial que había hablado el úlitmo, pero que se había lanzado el primero, espada en mano, a fin de arrostrar el peligro desconocido.

Biscarrat, rechazado por sus amigos, no pudiendo acompañarlos, so pena de pasar a los ojos de Porthos y Aramis por traidor y perjuro, fue a apoyarse, con el oído alerta y las manos aún suplicantes, contra una roca escarpada que creyó debía hallarse expuesta al fuego de los mosqueteros.

Respecto a los guardias, penetraban más y más, con gritos que se iban debilitando a medida que se internaban en el subterráneo.

De pronto resonó bajo las bóvedas una descarga de mosquetería que retumbó como un trueno, viniendo a aplastarse dos balas contra la roca en que estaba apoyado Biscarrat.

Al mismo tiempo oyóse un confuso rumor de suspiros, aullidos e imprecaciones, y volvió a aparecer aquella pequeña tropa, unos pálidos, otros vertiendo sangre, y todos envueltos en una nube de humo, que el aire exterior parecía aspirar desde el fondo de la caverna.

-¡Biscarrat! ¡Biscarrat! -gritaban los fugitivos-. Tú sabíais que había una emboscada en esa caverna, y no nos lo has avisado.

-¡Biscarrat! Tu eres causa de que hayan muerto cuatro de los nuestros. ¡Desgraciado de ti, Biscarrat!

-Tú eres causa de que yo esté herido de muerte -dijo uno de los jóvenes, recogiendo su sangre en la mano y arrojándola al rostro de Biscarrat-. ¡Que nuestra sangre caiga sobre ti!

Y rodó, agonizante, a los pies del joven.

-¡Pero a lo menos dinos quién está ahí! -exclamaron varias voces furiosas.

Biscarrat calló.

-¡Dínoslo o mueres! -exclamó el herido incorporándose sobre una rodilla, y levantando sobre su compañero un brazo armado de un hierro inútil.

Biscarrat precipitóse hacia él, abriendo su pecho al hierro; pero el herido volvió a caer para no levantarse más, exhalando un suspiro, el último.

Biscarrat, los cabellos erizados, los ojos salvajes, perdida la cabeza, avanzó hacia el interior de la caverna, diciendo:

-¡Tenéis razón; muera yo que he dejado asesinar a mis compañeros! ¡Soy un infame!

Y, arrojando lejos su espada, con ánimo de morir sin defenderse, se precipitó con la cabeza baja en el subterráneo.

Los otros jóvenes le imitaron. Once que quedaban de los diez y seis, se internaron con él en la sima.

Pero no fueron más alía que los primeros; una segunda descarga tendió a cinco sobre la arena helada, y como era imposible ver de dónde partía aquel fuego mortal, los otros retrocedieron con un espanto más fácil de pintar que de expresar.

Pero Biscarrat, que quedó sano y salvo, lejos de huir como los otros, se sentó sobre un bloque de roca, y aguardó.

No quedaban más que seis gentileshombres.

-Seriamente -dijo uno de ellos -, ¿es el diablo?

-Peor que eso, a fe mía, -dijo otro.

-Preguntemos a Biscarrat; él lo sabe.

-¿Dónde está Biscarrat?

Los jóvenes miraron a su alrededor, y vieron que Biscarrat faltaba.

-¡Ha muerto! -dijeron dos o tres veces.

-No contestó otro-; yo le he visto, en medio de la humareda, sentarse tranquilamente en una roca; está en la caverna, nos espera.

-Necesario es que conozca a los que están ahí.

-¿Y cómo los ha de conocer? Ha sido prisionero de los rebeldes.

-Es verdad. Pues bien. llamémosle, y sepamos por él con quien nos las habemos.

Y todos gritaron:

-¡Biscarrat! Biscarrat! Pero éste no contestó.

-¡Bueno! -dijo el oficial que había manifestado tanta sangre fría en acuellas circunstancias-. No tenemos precisión de él; ahí vienen refuerzos.

En efecto, llegaba una compañía de guardias, dejada a la zaga por sus oficiales, que el ardor de la cacería había arrebatado, compuesta por setenta y cinco a ochenta hombres guiados por el capitán y el primer teniente. Los cinco oficiales salieron al encuentro de sus soldados y, en un lenguaje cuya elocuencia puede concebirse con facilidad, explicaron la aventura y pidieron auxilio.

El capitán les interrumpió:

-¿Dónde se hallan vuestros compañeros?

-¡Han muerto!

-¿Pues no erais diez y seis?

-Diez han muerto, Biscarrat está en la caverna, y aquí tenéis los restantes.

-¿Está prisionero Biscarrat?

-Probablemente.

-No, que viene ahí; miradle. Efectivamente, Biscarrat aparecía a la entrada de la gruta.

-Nos hace señas de que vayamos -dijeron los oficiales-. ¡Vamos allá!

-¡Vamos! -repitió toda la tropa. Y avanzaron al encuentro de Biscarrat.

-Señor -dijo el capitán dirigiéndose a Biscarrat-, me han asegurado que sabéis quiénes son los que están en esa gruta y que hacen una defensa tan desesperada. En nombre del rey, os intimo que declaréis lo que sepáis.

-Mi capitán -dijo Biscarrat-, no tenéis necesidad de intimidarme; me han devuelto mi palabra. y vengo en nombre de esos hombres.

-¿A decirme que se entregan?

-A deciros que están resueltos a defenderse hasta la muerte, si no se les concede una buena capitulación.

-¿Y cuántos son?

-Dos -dijo Biscarrat.

-¿Son dos, y quieren imponernos condiciones?

-Son dos, y nos han matado ya diez hombres -dijo Biscarrat.

-¿Qué gente es? ¿Gigantes?

-Aún más. ¿Os acordáis de la historia del baluarte de San Gervasio, mi capitán?

-Sí, donde cuatro mosqueteros del rey se sostuvieron contra todo un ejército.

-Pues bien, esos dos hombres eran de aquellos mosqueteros.

-¿Y cómo se llaman?

-En aquella época se llamaban Porthos y Aramis. Hoy, señor de Herblay y señor Du-Vallon.

-¿Y qué interés tienen en todo esto?

-Son los que tenían a Belle-Isle para el señor Fouquet.

A las solas palabras de Porthos y Aramis se hizo oír un murmullo entre los soldados.

-¡Los mosqueteros, los mosqueteros! -repetían.

En aquellos intrépidos, la idea de que iban a tener que pelear contra dos de las más viejas glorias del ejército hacía correr un calofrío mitad de entusiasmo, mitad de terror.

Y era que, en efecto, aquellos cuatro nombres, Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, eran venerados por cuantos llevaban espada, como en la antigüedad fueron venerados los nombres de Hércules, Teseo, Cástor y Pólux.

-¡Dos hombres -exclamó el capitán-, nos han matado a diez oficiales en dos descargas! Imposible, señor de Biscarrat.

-Mi capitán -repuso éste-, no quiero decir que no tengan consigo dos o tres hombres, como los mosqueteros del baluarte de San Gervasio tenían también tres o cuatro criados con ellos: pero, creedme. capitán, he visto a esos hombres. he sido hecho prisionero por ellos, y los conozco; bastan ellos solos para destruir un ejército.

-Eso es lo que vamos a ver, y ahora mismo -dijo el capitán. ¡Atención, señores!

A esta voz, nadie se movió ya, y todos se dispusieron a obedecer. Biscarrat fue el único que aventuró una última tentativa.

-Señor -dijo en voz baja-, regidme, sigamos nuestro camino; esos dos hombres, esos dos leones, quienes se va a atacar, se defenderán hasta morir. Ya nos han matado diez hombres; aun nos matarán doble, y concluirán por matarse ellos mismos antes que rendirse. ¿Qué ganaremos en combatirlos?

-Ganaremos. señor, la satisfacción de no haber hecho retroceder a ochenta guardias del rey ante dos rebeldes. Si escuchase vuestros consejos, sería hombre deshonrado, y, al deshonrarme yo, deshonraría al ejército. ¡Adelante, muchachos!

Y marchó el primero hasta la entrada de la gruta.

Llegó allí, e hizo alto.

Aquella parada tenía por objeto dar tiempo a Biscarrat y a sus compañeros para describirle el interior de la gruta. Así que creyó tener las noticias suficientes de los sitios, dividió la compañía en tres cuerpos que debían entrar sucesivamente, haciendo nutrido fuego en todas direcciones. Indudablemente, en aquel ataque se podían perder otros cinco hombres, o quizá diez; pero, de todos modos, acabaríase por coger a los rebeldes, puesto que no había salida, y que, a todo tirar, dos hombres no podían matar a ochenta.

-Mi capitán -dijo Biscarrat-, deseo ir al frente del primer pelotón.

-¡Bien! -respondió el capitán-. Os concedo ese honor; quiero haceros esa distinción.

-¡Gracias! -repuso el joven con toda la energía de su raza.

-Tomad entonces vuestra espada.

-Iré así como estoy, mi capitán -dijo Biscarrat-; porque no voy a matar, sino a que me maten. Y, colocándose al frente del primer pelotón, con la cabeza descubierta y los brazos cruzados: -¡Marchemos, señores! -dijo.

CXXII
UN CANTO DE ROMERO

Hora es ya de pasar al otro bando y describir a la vez los combatientes y el campo de batalla. Aramis y Porthos habíanse internado en la gruta de Locmaria para buscar la barca amarrada, así como los tres bretones, sus auxiliares, y esperaban en un principio hacer pasar la barca por la pequeña salida del subterráneo, ocultando de esa manera sus trabajos y su fuga. La llegada del zorro y los perros les había obligado a estar ocultos.

La gruta se extendía en un espacio de cien toesas, hasta una pequeña escarpa dominando una caleta. Templo en otra época aquella gruta de las divinidades paganas, cuando Belle-Isle se llamaba todavía Calonesa, había visto consumarse más de un sacrificio humano en sus misteriosas profundidades.

Penetrábase en el primer embudo de aquella caverna por una pendiente suave, encima de la cual las rocas amontonadas formaban una arcada baja; el suelo, mal unido, peligroso por las desigualdades rocosas de la bóveda, se subdividía en distintos compartimientos, que iban de unos en

otros y se dominaban por medio de algunos escalones escabrosos, cortados, unidos a derecha e izquierda por enormes pilares naturales.

En el tercer compartimiento, la bóveda era tan baja, el pasadizo tan estrecho, que apenas podía pasar la barca rozando las dos paredes; no obstante, en un momento de desesperación, la madera cedió y la piedra se ablandó al soplo de la voluntad humana.

Tal era el pensamiento de Aramis, cuando, después de haber empeñado el combate, decidióse a huir; fuga peligrosa por cierto, porque no todos los sitiadores habían muerto; aun admitiendo la posibilidad de botar la embarcación, había que huir en pleno día, ante los vencidos, tan interesados en hacer perseguir a sus vencedores así que viesen el corto número de éstos.

Luego que ambas descargas dieron Por resultado la muerte de diez hombres, Aramis, habituado a las revueltas del subterráneo, fue a reconocerlos uno a uno, los contó, porque el humo le impedía ver por fuera, e inmediatamente mandó rodar la barca hasta la gruesa piedra que cerraba la salida libertadora.

Porthos reunió sus fuerzas, cogió la barca en sus brazos y la levantó, en tanto que los bretones hacían correr los rodillos con rapidez.

Habían ya bajado al tercer compartimiento y llegado a la piedra que tapaba la salida.

Porthos tomó aquella gigantesca piedra por su base, apoyó encima su hombro, y dio un golpe que hizo crujir aquella muralla. Una nube de polvo cayó de la bóveda con las cenizas de diez mil generaciones de aves de mar, cuyos nidos se hallaban adheridos a la roca como una argamasa.

Al tercer golpe cedió la piedra, oscilando un minuto. Porthos, recostándose sobre las rocas próximas, hizo de su pie un estribo, que despidió el bloque fuera de las acumulaciones calcáreas que le servían de goznes y de empotramientos.

Caída la piedra, se percibió la luz clara, radiante, que se precipitó en el subterráneo por el marco de la salida, y el mar azul apareció a los bretones admirados.

Principióse entonces a hacer subir la barca sobre aquella barricada. Veinte toesas más y podía resbalar hasta el Océano.

Durante este tiempo llegó la compañía, fue formada por el capitán y dispuesta para el escalo o el asalto.

Aramis todo lo inspeccionaba para favorecer los trabajos de sus amigos. Vio aquel refuerzo, contó los
hombres, y se convenció de una mirada del peligro insuperable en que podía comprometerles un nuevo combate.

Huir por el mar en el instante en que el subterráneo iba a ser invadido, ¡imposible!

En efecto, el día, que acababa de iluminar los dos últimos compartimientos, habría descubierto a los soldados la barca rodante hacia el mar y a los dos rebeldes a tiro de sus mosquetes, y una de sus descargas acribillaba el barco, si no mataba a los cinco navegantes.

Y, aun suponiendo lo más favorable, dado que la barca escapara con los hombres que la tripulaban, ¿cómo podía evitarse la alarma? ¿Cómo no iban a enviar un aviso a las chalanas reales? ¿Cómo la pobre barca, acosada

por mar y acechada por tierra, no había de sucumbir antes de terminar el día? Aramis, mesándose con rabia sus cabellos grises, invocó el auxilio de Dios y la ayuda del diablo. Llamando a Porthos, que trabajaba más él solo que rodillos y acarreadores:

-Amigo -dijo en tono bajo-, nuestros adversarios han recibido un refuerzo.

-¡Ah! -repuso tranquilamente Porthos. ¿Qué hemos de hacer?

-Principiar de nuevo el combate -prosiguió Aramis-, es cosa aventurada.

-Sí -dijo Porthos-; porque es difícil que no maten a uno de los dos, y en ese caso el otro se haría matar también.

Porthos dijo estas palabras con ese natural heroico que realzaba en él toda la fuerza de la materia.

Aramis sintió como un espolazo en el corazón.

-A ninguno de los dos nos matarán, si hacéis lo que os voy a decir, amigo Porthos.

-¿Qué?

-Esa gente va a entrar en la gruta.

-Sí.

-Podremos matar unos quince, pero no más.

-¿Cuántos son? -preguntó Porthos.

-Les ha llegado un refuerzo de setenta y cinco hombres.

-Setenta y cinco, y cinco, ochenta. ¡Ah, ah! -exclamó Porthos.

-Si hacen fuego a un tiempo nos acribillan a balazos.

-Seguramente.

-Sin contar con que las detonaciones pueden producir hundimientos en la caverna.

-Hace poco -dijo Porthos-, un trozo de roca me ha rasguñado el hombro.

-¡Ya veis!

-Pero eso no es nada.

-Tomemos una decisión. Nuestros bretones continuarán arrastrando la barca al mar.

-Muy bien.

-Nosotros dos permaneceremos aquí con la pólvora, las balas y los mosquetes.

-Pero los dos, querido Aramis, nunca dispararemos tres tiros a la vez -replicó ingenuamente Porthos-; el medio de mosquetería es malo.

-Pues a ver si halláis otro.

-¡Lo hallé! -exclamó de pronto el gigante-. Me coloco emboscado detrás del pilar con esta barra de hierro, y, desde allí, invisible, no bien se presenten Por pelotones, dejo caer mi barra sobre sus cráneos treinta veces por minuto. ¿Eh? ¿Qué opináis de mi proyecto? ¿Sonreís?

-Excelente, perfecto, querido amigo. Lo apruebo; pero así los amedrentaréis, y la mitad de ellos permanecerán fuera para sitiarnos por hambre. Lo que hace falta, mi buen amigo, es la destrucción entera de la tropa; un solo hombre fuera, nos pierde.

-Tenéis razón, amigo mío; pero, ¿cómo atraerlos?

-No moviéndonos, mi buen Porthos.

-Pues no nos movamos; pero, ¿y cuando estén todos reunidos?

-Entonces dejadme obrar; tengo una idea.

-Si es así, y como vuestra idea sea buena..., y debe serlo... estoy tranquilo.

-En emboscada, Porthos, y contad los que entren.

-¿Y vos qué haréis?.

-No os dé cuidado; tengo m¡ tarea.

-Me parece que oigo voces.

-Ellos son. ¡A vuestro puesto!... Colocaos al alcance de mi voz y de mi mano.

Porthos entró en el segundo compartimiento, obscuro como boca de lobo.

Aramis deslizóse hasta el tercero; el gigante tenía entre las manos una barra de hierro que pesaba cincuenta libras. Porthos manejaba con maravillosa facilidad aquella palanca que había servido para hacer rodarla barca.

Entretanto, los bretones empujaban la barca hacia la costa brava. En el compartimiento iluminado, Aramis, agachado, escondido, se ocupaba en una maniobra misteriosa.

Oyóse un mandato proferido en voz alta. Era la última orden del capitán comandante. Veinticinco hombres saltaron de las rocas superiores al primer compartimiento de la gruta, y, apostados allí, empezaron a hacer fuego.

Los ecos dejaron oír su sorda amenaza, algunos silbidos surcaron la bóveda, una humareda opaca llenó el espacio.

-¡A la izquierda! ¡A la izquierda! -gritó Biscarrat, que, en su primer asalto, había visto el paso de la segunda cámara, y que, animado con el olor de la pólvora, quería guiar a sus soldados hacia allí.

La tropa se precipitó efectivamente hacia la izquierda; el paso íbase estrechando; Biscarrat, con los brazos abiertos, marchaba a la muerte ante los mosquetes.

-¡Venid! ¡Venid! -gritó-. ¡Veo la claridad!

-¡Herid, Porthos! -dijo Aramis con voz sepulcral.

Porthos exhaló un suspiro, pero obedeció.

La barra de hierro cayó a plomo sobre la cabeza de Biscarrat, que fue muerto sin haber acabado su grito. Luego la formidable palanca se alzó y se abatió diez veces en diez segundos, dejando diez cadáveres.

Los soldados no veían nada; oían gritos, suspiros; tropezaban con cuerpos, pero aún no habían comprendido, y trepaban sobre los muertos.

La implacable barra, sin cesar de caer, aniquiló al primer pelotón; ni un solo grito advirtió al segundo, que avanzaba tranquilamente.

Sólo que este segundo pelotón iba mandado por el capitán, que había roto una endeble rama de un pino que crecía sobre la escarpa, con cuya madera resinosa retorcida había formado una antorcha.

Al llegar a aquel compartimiento donde Porthos, semejante al ángel exterminador, había destruido cuanto había tocado, la primera fila retrocedió horrorizada. Ningún fuego había respondido al de los guardias, y no obstante, tropezaban con un montón de cadáveres, y marchaban literalmente entre la sangre.

Porthos se mantenía detrás de su pilar.

El capitán, iluminando, con la luz. trémula del pino inflamado, aquella horrible carnicería, cuya causa buscaba en vano, retrocedió hasta el pilar que ocultaba a Porthos.

Entonces salió de la sombra una mano gigantesca, y apretó el pescuezo del capitán, que exhaló un sordo estertor; sus brazos se abrieron agitando el aire, cayó la antorcha y se apagó en la sangre.

Un segundo después; el cuerpo del capitán se abatía junto a la antorcha apagada, y añadía un cadáver más al montón que obstruía el paso.

Todo aquello había acontecido misteriosamente, como cosa de magia. Al estertor del capitán, se habían vuelto los hombres que le acompañaban; habían visto sus brazos extendidos, los ojos saliendo de su órbita, la antorcha caída, y se habían quedado en la obscuridad.

Por un movimiento irreflexivo, instintivo, maquinal, gritó el teniente

-¡Fuego!

Seguidamente, una granizada de tiros de mosquete, crepitó, tronó, aulló en la caverna, arrancando enormes fragmentos a las bóvedas.

La caverna se iluminó un instante con aquella fusilería, y luego quedó inmediatamente en una obscuridad más profunda aún por la humareda.

Se hizo entonces un gran silencio, interrumpido únicamente por los pasos del tercer pelotón que penetraba en el subterráneo.

CXXIII
LA MUERTE DE UN TITÁN

En el momento en que Porthos, más habituado a las tinieblas que todos aquellos hombres que venían de la claridad, miraba a su alrededor para ver si en aquella obscuridad le hacía Aramis alguna señal, advirtió que le tocaban suavemente en el brazo, y que una voz, débil como un hálito, murmuraba por lo bajo a su oído:

-Venid.

-¡Oh! -exclamó Porthos.

-¡Silencio! -dijo Aramis aún más bajo.

Y, en medio del ruido del tercer pelotón, que seguía avanzando entre las imprecaciones de los guardias que habían quedado en pie, y de los moribundos que exhalaban su último suspiro, deslizáronse Porthos y Aramis, sin ser notados, a lo largo de los muros graníticos de la caverna.

Aramis condujo a Porthos al penúltimo compartimiento, y le enseñó, en un rompimiento del muro, un barril de pólvora de setenta a ochenta libras, al que acababa de poner una mecha.

-Amigo -dijo a Porthos-, vais a coger ese barril, cuya mecha voy a encender, y lo arrojaréis en medio de nuestros enemigos. ¿Podréis hacerlo?

-¡Ya lo creo! -contestó Porthos.

Y levantó el tonelillo con una mano.

-Encended.

-Aguardad a que se hallen todos bien reunidos -dijo Aramis-, y en seguida, cual otro Júpiter, lanzar vuestros rayos en medio de ellos.

-Encended -repetía Porthos.

-Yo -prosiguió Aramis-, voy a ayudar a nuestros bretones a botar la barca. Os aguardaré en la ribera. Lanzad firme y veníos con nosotros.

-¡Encended! -dijo una vez más Porthos.

-¿Habéis comprendido? -dijo Aramis.

-¡Diablo! -contestó Porthos con una risa que no se cuidaba siquiera de reprimir-. Cuando me explican, comprendo; dadme el fuego, y marchaos.

Aramis dio la yesca encendida a Porthos, que le tendió su brazo para que lo estrechase a falta de la mano.

Aramis estrechó con sus manos el brazo de Porthos, y se replegó a la salida de la caverna, donde le esperaban los tres remeros.

Porthos solo, aplicó con valor la yesca a la mecha.

La yesca, débil chispa, principio primero de un inmenso incendio, brilló en la obscuridad como una luciola volante, y luego fue a pegarse a la mecha, que inflamó, y cuya llama activó Porthos con su soplo.

Habíase disipado un tanto el humo, y, a la luz de aquella mecha chispeante, púdose, durante uno o dos segundos, distinguir los objetos.
Fue un corto, pero espléndido espectáculo, el que presentó aquel gigante pálido, sangrante, con el rostro iluminado por el fuego de la mecha que ardía en la sombra,

Los soldados le vieron. Vieron el barril que tenía en la mano. Y comprendieron lo que iba a pasar.
Entonces, aquellos hombres, llenos ya de espanto a la vista de lo que había sucedido, llenos de terror al pensar en lo que iba a suceder. lanzaron todos a la vez un aullido de agonía.

Unos trataron de huir, pero tropezaron con la tercera brigada que les cerraba el paso; otros, maquinalmente, apuntaron y dispararon con sus mosquetes descargados, y otros. por ultimo, cayeron de rodillas.

Dos o tres oficiales gritaron a Porthos prometiéndole la libertad si les concedía la vida.

El teniente de la tercera brigada mandó hacer fuego; mas los guardias tenían delante de ellos a sus compañeros asustados, que servían de baluarte vivo a Porthos.

Ya lo hemos dicho: la luz producida por el soplo de Porthos sobre la yesca y mecha no duró más que dos segundos; pero. durante ese pequeño intervalo, dejó ver lo siguiente: en primer lugar al gigante, descomunal en la obscuridad: después, a diez pasos de él, un montón de cuerpos ensangrentados.' aplastados, destrozados, en medio de los cuales vivía todavía un último estremecimiento de agonía que levantaba aquella masa, como la postrera respiración levanta los costados de un monstruo informe que agoniza en las tinieblas.

Cada soplo de Porthos, al reavivar la mecha, enviaba a aquel montón de cadáveres un tono sulfuroso, cortado de largas franjas de púrpura.

Aparte de ese grupo principal, algunos cadáveres aislados, esparcidos en la gruta, conforme el azar de la muerte o la sorpresa del golpe les había dejado tendidos, parecían amenazar por sus heridas abiertas.

Sobre aquel suelo formado con fango de sangre, subían, tétricos y centelleantes, los pilares achaparrados de la caverna, cuyas gradaciones, cálidamente acentuadas, prolongaban adelante las partes luminosas.

Y todo esto veíase a la trémula luz de una mecha pegada a un barril de pólvora, es decir, una antorcha que, iluminando los estragos de una muerte anterior, mostraba una muerte venidera.

Durante aquellos dos segundos, un oficial del tercer pelotón reunió ocho hombres armados con mosquetes, y les mandó que dispararan sobre Porthos por una abertura.

Pero los que recibieron la orden de disparar temblaban de tal modo, que de aquella descarga cayeron tres guardias, y las cinco balas restantes fueron silbando, unas a rozar la bóveda, otras a surcar la tierra, otras a desmoronar la superficie de las paredes.

Una carcajada contestó a aquel trueno; en seguida se balanceó el brazo del gigante, y al punto se vio cruzar por el aire, como una estrella errante, un rastro de fuego.

El barril, lanzado a treinta pasos, salvó la barricada de cadáveres, y fue a caer en un grupo ululante de soldados que se arrojaron boca abajo.

El oficial había seguido con la vista el brillante rastro, y quiso precipitarse sobre el barril para arrancar la mecha antes de que llegara el fuego a la pólvora.

¡Arrojo inútil! El aire había activado la llama adherida al conductor; la mecha, que, en reposo, habría durado cinco minutos, fue devorada en treinta segundos, y estalló la obra infernal.

Torbellinos furiosos, silbidos del azufre y del nitro, estragos devoradores del fuego que consume, estruendo espantoso de la explosión, he aquí lo que aquel segundo, que siguió a los dos que hemos descrito, vio producirse en aquella caverna, igual en horrores a una caverna de demonios.

Las rocas hundíanse como tablas de abeto bajo el golpe del hacha. Una lluvia de fuego, de humo, de escombros, lanzóse de en medio de la gruta, ensanchándose a medida que ascendían. Los enormes muros de sílice se inclinaron para tenderse en la arena, y la arena misma, instrumento de dolor, arrojada fuera de su lecho endurecido, acribilló los rostros con sus miríadas de átomos punzantes.

Los gritos, los alaridos, las imprecaciones, y las existencias, todo se extinguió en un inmenso estrépito. Los tres primeros compartimientos convirtiéronse en un abismo, en que fueron a hundirse uno a uno, según su gravedad, los escombros vegetales, minerales o humanos.

Después la arena y la ceniza, más ligeras, cayeron a su vez, extendiéndose, como mortaja grisácea y humeante, sobre aquellos funerales. Búsquese ahora en aquella ardiente tumba, en aquel volcán subterráneo, a los guardias del rey, con su uniforme azul, galoneado de plata.

Búsquese a los oficiales resplandecientes de oro, las armas con que habían contado defenderse, las piedras con que los aplastaron, el suelo que pisaban.

Un solo hombre había convertido todo aquello en un caos más confuso, más informe, y más espantoso que el que existía una hora antes de tener Dios la idea de crear el mundo.

Nada quedó de los tres primeros compartimientos, nada que Dios mismo pudiera reconocer como obra suya.

En cuanto a Porthos, después de haber arrojado el barril de pólvora en medio de los enemigos, había huido, conforme al consejo de Aramis, al último compartimiento, en el que penetraba por la abertura el aire, la claridad y el sol.

Apenas volvió la esquina que separaba el tercer compartimiento del cuarto, distinguió a cien pasos de él la barca movida por las olas; allí estaban sus amigos; allí la libertad; allí la vida tras la victoria.

En seis zancadas estaría fuera de la bóveda; fuera de la bóveda, dos o tres vigorosos impulsos le bastaban para llegar al barco.

De pronto sintió doblársele las rodillas; sus rodillas parecían huecas, sus piernas se blandeaban bajo él.

-¡Oh, oh! -murmuró sorprendido-. Vuelve a acometerme la fatiga; no puedo andar. ¿Qué quiere decir esto?

Aramis le veía a través de la abertura, sin comprender por qué se detenía.

-¡Venid, Porthos! -gritó Aramis-. ¡Venid! ¡Venid pronto!

-¡Oh! -respondió el gigante haciendo un esfuerzo, que tendió inútilmente todos los músculos de su cuerpo-. ¡No puedo!

Y, diciendo estas palabras, cayó de rodillas; pero, con sus robustas manos, se agarró a las rocas y volvió a levantarse.

-¡Pronto! ¡Pronto! -repetía Aramis inclinándose hacia la ribera, como vara atraer a Porthos con sus brazos.

-¡Allá voy! -balbucía Porthos reuniendo todas sus fuerzas para dar un paso más.

-¡En nombre del Cielo, Porthos, venid! ¡El barril va a saltar!

-¡Venid, monseñor! –gritaron los bretones a Porthos, que parecía como si luchase con una pesadilla. Mas no era ya tiempo: la explosión. Estremecióse la tierra; el humo, que se abrió paso por las anchas grietas, obscureció el cielo; el mar retrocedió, como empujado por el soplo de fuego que salió de la gruta, igual que de la garganta de una gigantesca quimera; el reflujo se llevó la barca a veinte toesas: todas las rocas crujieron en su base, y se separaron como bloques desunidos a la _Presión de unas cuñas; se vio una porción de la bóveda lanzarse al cielo, como llevada por unos rápidos; el fuego rosa y verde del azufre, la negra lava de las liquefacciones arcillosas chocaron y se combatieron un instante bajo majestuosa cúpula de humo; luego se vio oscilar, después inclinarse, y por ultimo caer sucesivamente, las enormes aristas de roca que la violencia de la explosión no pudo hacer saltar de sus pedestales seculares, los cuales se saludaban unos a otros como ancianos graves y lentos, prosternándose en seguida. acostados para siempre en su polvorienta tumba.

Aquel terrible sacudimiento pareció devolver a Porthos las fuerzas que había perdido y volvió a levantarse, gigante entre gigantes. Mas. en el momento que huía entre la doble fila de fantasmas graníticos. éstos, que no se hallaban ya sujetos por los eslabones correspondientes. empezaron a rodar con estrépito en torno de aquel titán que parecía precipitado del cielo en medio de las rocas que acababa de lanzar contra él.

Porthos sintió temblar bajo sus pies el suelo sacudido por aquel ancho desgarramiento. Tendió a derecha e izquierda sus vastas manos para rechazar las rocas que se le venían encima, y un bloque gigantesco vino a

apoyarse en cada una de sus palmas abiertas. Dobló la cabeza, y una tercera masa granítica fue a aumentar el peso entre sus dos hombros.

Por un momento cedieron los brazos de Porthos; pero el Hércules reunió todas sus fuerzas, y las dos paredes de la prisión en que se hallaba sepultado se separaron lentamente abriéndole paso. Por un instante, apareció en aquel marco de granito como el ángel antiguo del caos; mas al apartar las rocas laterales, quitó su punto de apoyo al monolito que pesaba sobre sus fuertes hombros, y éste, ejerciendo ya todo su peso, precipitó al gigante de rodillas. Las rocas laterales, separadas momentáneamente, volvieron a juntarse, añadiendo su peso al peso primitivo, que habría bastado para aplastar a diez hombres.

El gigante cayó sin pedir auxilio; cayó contestando a Aramis con palabras animosas y de esperanza, porque un instante, merced al poderoso arbotante de sus manos, nudo creer que, cual otro Encelado, sacudiría aquel triple peso. Pero Aramis vio inclinarse -poco a poco la mole de granito; las manos crispadas y los brazos rígidos por un postrer esfuerzo, cedieron; los hombros, destrozados. fueron debilitando su resistencia, y la roca continuó bajando gradualmente.

-¡Porthos! ¡Porthos! -gritaba Aramis mesándose los cabellos-. ¡Porthos! ¿Dónde estáis? ¡Hablad!

-¡Aquí! ¡Aquí! -exclamaba Porthos con una voz que iba extinguiéndose-. ¡Paciencia! ¡Paciencia!

Apenas acabó esta última palabra: el impulso de la caída aumentó el peso; la enorme roca se abatió, empujada por las otras dos que cayeron sobre ella, y enterró a Porthos en un sepulcro de piedras destrozadas.

Al oír la voz expirante de su amigo, Aramis había saltado a tierra. Dos de los bretones le siguieron con una palanca en la mano, pues uno solo bastaba para guardar la barca. Los ,postreros ronquidos del valeroso luchador les guiaron entre los escombros.

Aramis, fogoso, intrépido, joven como si tuviera veinte años, se lanzó a la triple mole, y con sus manos, delicadas como manos de mujer, levantó por un prodigio de vigor un lado del enorme sepulcro de granito. Entonces columbró, entre las tinieblas de aquella fosa, los ojos todavía brillantes de su amigo, a quien la mole levantada por un momento acababa de devolverle la respiración. Al punto se precipitaron los dos hombres, echándose con todas sus fuerzas sobre la palanca de hierro, reuniendo su triple fuerza, no para levantarla, sino para mantenerla suspendida. Todo fue inútil: los tres hombres cedieron lentamente con gritos .de dolor, y la bronca voz de Porthos, viéndolos agotarse en una lucha inútil, murmuró con tono burlón estas supremas palabras, que llegaron a los labios con el ultimo aliento:

-¡Es mucho peso!

Después de lo cual, los ojos obscurecieronse y se cerraron; el rostro se cubrió de palidez; la mano quedó descolorida. y el titán se acostó exhalando el postrer suspiro.

¡Con él hundióse la roca, que, hasta en medio de su agonía, había podido sostener!

Los tres hombres dejaron escapar la palanca, que rodó sobre la piedra tumular.

Luego, jadeante, pálido bañada la frente en sudor, Aramis escuchó, con el pecho oprimido y el corazón a punto de estallar.

-¡Nada! El gigante dormía el sueño eterno en el sepulcro que Dios le había hecho a su medida.

CXXIV
EL EPITAFIO DE PORTHOS

Aramis, silencioso, helado, tembloroso como un niño, se apartó estremecido de encima de aquella piedra. Un cristiano nunca pisa un sepulcro. Pero, si era capaz de tenerse en pie, no lo era de andar. No parecía sino que algo de Porthos muerto, acaba de fallecer en él.

Rodeáronle sus bretones. Aramis los dejó hacer, y, levantado por los tres marinos, fue conducido a la barca. Después que le colocaron sobre el banco, junto al timón, empezaron a remar con fuerza, prefiriendo alejarse bogando a izar la vela que podía denunciarlos.

En toda aquella superficie arrasada de la vieja gruta de Locmaria, en aquella aplanada playa, sólo había un montículo que llamara la atención. Aramis no pudo apartar de él la vista, y, de lejos, en el mar, a medida que se internaba aguas adentro, la roca amenazadora y orgullosa parecíale que se enderezaba, como en otro tiempo se erguía Porthos, y levantar al cielo una cabeza risueña e invencible como la del bueno y valiente amigo, el más fuerte de los cuatro, y, sin embargo, el primero en morir.

¡Raro destino el de aquellos hombres de bronce! El más sencillo de corazón asociado al más astuto; la fuerza del cuerpo guiada por la sutileza del espíritu; y, en el instante decisivo, cuando sólo el vigor podía salvar espíritu y cuerpo, una piedra, una roca, un peso vil y material, triunfaba del vigor, y, desplomándose sobre el cuerpo, expulsaba de él al espíritu.

¡Digno Porthos! Nacido para ayudar a los demás hombres. siempre dispuesto a sacrificarse por la salvación de los débiles, como si Dios no le hubiera dado la fuerza más para ese uso, había creído, al morir, cumplir las condiciones de su pacto con Aramis, pacto que éste redactara por sí solo, y que Porthos no había conocido sino para reclamar su terrible solidaridad.

¡Noble Porthos! ¿De qué servían los palacios llenos de muebles, los bosques desbordantes de caza, los lagos henchidos de peces y las cuevas atestadas de dinero? ¿De qué los lacayos de hermosas libreas, y, en medio de ellos, Mosquetón, orgulloso del poder delegado por ti'? ¡Oh noble Porthos! Cuidadoso acumulador de tesoros, ¿merecía la pena trabajar tanto en dulcificar y dorar tu vida para venir luego a tenderte. con los huesos quebrantados, bajo una fría piedra, y a los gritos de las aves del Océano, sobre una playa desierta'? ¿De qué te ha servido reunir tanto oro, para no tener ni siquiera un dístico latino de un pobre poeta sobre tu monumento? ¡Valeroso Porthos! Sin duda, duerme todavía, olvidado, perdido bajo la roca que los pastores de la comarca toman por la techumbre gigantesca de un dolmen.

Y tantos brezos friolentos, tantos musgos, acariciados por el viento acre del Océano, tantos líquenes vivaces han soldado el sepulcro a la tierra, que ningún viajero podría imaginarse que semejante mole de granito haya

podido ser levantada por el hombro de un mortal. Aramis. pálido, helado, con el corazón en los labios, miró hasta la postrera claridad del día, la playa que se borraba en el horizonte.

Ni una palabra exhaló su boca ni un sólo suspiro levantó su pecho. Los supersticiosos bretones mirábanle con temor. Aquel silencio no era de un hombre, sino de una estatua.

A las primeras líneas cenicientas que descendieron del cielo, había rizado la barca su vela, que, hinchándose al soplo de la brisa, alejándose rápidamente de la costa, se lanzaba bravamente hacia España a través del terrible golfo de Gascuña, tan fecundo en borrascas.

Pero a la media hora escasa de haberse izado la vela, los remeros suspendieron su faena, conservaron se en sus bancos, y, haciendo una pantalla de sus manos, se mostraron unos a otros un punto blanco, que aparecía en el horizonte, tan inmóvil como lo es aparentemente una gaviota mecida por la insensible respiración de las olas.

Mas lo que habría parecido inmóvil a una vista común, caminaba velozmente a los ojos ejercitados de un marino: lo que parecía estacionario sobre la onda rasaba las aguas.

Durante algún tiempo, observando el profundo entorpecimiento en que estaba sumido el amo, no se atrevieron a llamarle la atención, y se contentaron con cambiar sus conjeturas en voz baja e inquieta. Efectivamente, Aramis, tan vigilante y activo, Aramis, cuyos ojos como los del lince velaban sin cesar y veían mejor la oscuridad que la luz, Aramis se dormía en la desesperación de su alma.

Pasó así una hora, durante la cual descendió el día gradualmente; pero al mismo tiempo el barco que estaba a la vista, avanzó tanto hacia la lancha, que Goennec, uno de los tres marinos, se aventuró a decir en alta voz:

-¡Monseñor, nos dan caza! Aramis no respondió, y el barco se iba acercando.

Entonces, por sí mismos, los dos marineros, a una orden del patrón Yves, arriaron la vela, a fin de que aquel solo punto, que aparecía sobre la superficie de las olas, dejase de guiar al ojo enemigo que les perseguía.
Por el contrario, de parte del barco que estaba a la vista, aceleróse la persecución con dos nuevas velas pequeñas que subieron a la extremidad de los mástiles.

Desgraciadamente corrían los días más largos y hermosos del año, y la luna sucedía en toda su claridad a aquel aciago día. De consiguiente, la balancela que perseguía a la barquilla, viento en popa, tenía aun una media hora de crepúsculo, y toda una noche de semiclaridad.

-¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡Estamos perdidos! -dijo el patrón-. Mirad, nos ven, aunque hemos cargado las velas.

-No es extraño -murmuró uno de los marineros-, porque dicen que, con la ayuda del diablo, la gente de la ciudad fabrica instrumentos con los que se ve lo mismo de cerca que de lejos, de día como de noche.

Aramis sacó del fondo de la barca un anteojo potente, lo armó, y, pasándolo al marinero:

-Tomad -dijo-; mirad por ahí. El marinero titubeaba.

-Tranquilizaos -dijo-, no hay pecado en esto, y si lo hay, yo lo tomo sobre mí.

El marinero se aproximó al anteojo, y arrojó un grito.

Habíase figurado que, por un milagro, el barco, que se presentaba a un tiro largo de cañón, había salvado súbitamente y de un brinco la distancia.

Pero al apartar de su ojo el instrumento, vio que, salvo el camino que la balancela había Podido hacer durante aquel corto instante, estaba aún a la misma distancia.

-Así -murmuró el marinero-, ¿nos ven como nosotros a ellos?

-Nos ven -dijo Aramis.

-Y volvió a su impasibilidad.

-¡Cómo! ¿Nos ven? -exclamó el patrón Yves-. ¡Imposible!

-Tomad, patrón, y mirad -dijo el marinero.

Y le alargó el anteojo de larga vista.

-¿Me asegura, monseñor -preguntó el patrón-, que nada tiene que ver con esto el diablo?

Aramis se encogió de hombros. El patrón púsose a mirar por el anteojo.

-¡Oh! Monseñor -dijo-, aquí hay milagro: están ahí; se me figura que puedo tocarlos. ¡Veinticinco hombres por lo menos! ¡Ah! Delante está el capitán, mirándonos con un anteojo como éste... ¡Ah! Se vuelve, da una orden; arriman un cañón; lo cargan, apuntan... ¡Misericordia! ¡Tiran contra nosotros!

Y por un movimiento maquinal, el patrón retiró su anteojo, y los objetos, rechazados hacia el horizonte se le presentaron bajo su natural aspecto.

El barco estaba aún a distancia de una legua escasa, pero no era menos positiva la maniobra anunciada por el patrón.

Una ligera nube de humo apareció bajo las velas más azul que ellas, extendiéndose como una flor que se abre; luego, a una milla o poco más de la lancha, se vio a la bala descoronar dos o tres olas, trazar un surco blanco en el mar, y desaparecer al final de aquel surco, tan inofensiva aun como la piedra que acostumbran hacer botar los muchachos para divertirse.

Aquello era a la vez una amenaza y un aviso.

-¿Qué hacemos? -dijo el patrón.

-Van a echarnos a pique -dijo Goennec-: dadnos la absolución, monseñor.

Y los marinos se arrodillaron ante el obispo.

-Olvidáis que os están viendo -replicó éste.

-Es verdad -dijeron los marineros avergonzados de su debilidad -. Mandad, monseñor, estamos prontos a morir por vos.

-Esperemos -dijo Aramis.

-¿Cómo que esperemos?

-Sí; ¿no veis que, como decíais poco ha, si intentamos huir van a echarnos a pique?

-Pero, tal vez -se aventuró a decir el patrón-, podamos huir a favor de la noche.

-¡Oh! -repuso Aramis-: no dejarán de tener algún fuego guirgüesco, para iluminar su camino y el nuestro.

Y, al mismo tiempo, como si la embarcación hubiera querido contestar a la observación dé Aramis, una segunda nube de humo subió lentamente al cielo, y del seno de ella partió una flecha inflamada que describió su parábola, parecida a un arco iris y fue a caer en el mar, donde continuó ardiendo e iluminando el espacio a un cuarto de legua de diámetro.

Los bretones miráronse asustados. -Bien veis -dijo Aramis-, que vale más aguardarlos.

Escapáronse los remos de manos de los marineros, y la barca, cesando de avanzar, mecióse inmóvil en la extremidad de las olas.

La noche caía, y la embarcación seguía avanzando.

No parecía sino que redoblaba su celeridad con la obscuridad. De vez en cuando, como un buitre de cuello ensangrentado saca la cabeza fuera de su nido, el formidable fuego guirgüesco brotaba de sus costados y arrojaba en medio del Océano su llama como una nieve incandescente.

Llegó por último a. un tiro de mosquete.

Todos los hombres estaban sobre el puente, arma al brazo, y los artilleros junto a sus cañones; las mechas ardían.

Dijérase que se trataba de abordar una fragata y de combatir a una tripulación superior en numero, y no de apresar una lancha tripulada por cuatro hombres.

-¡Rendíos! -gritó el comandante de la balancela, por medio de su bocina.

Los marineros miraron a Aramis. Aramis hizo una señal con la cabeza.

El patrón Yves hizo enarbolar un lienzo blanco en una percha.

Era aquel un modo de arriar bandera.

El barco avanzaba como un caballo de carreras.

Lanzó un nuevo cohete guirgüesco que fue a caer a veinte pasos de la lancha, iluminándola mejor que hubiera podido hacerlo un rayo del sol más intenso.

-A la primera señal de resistencia -dijo el comandante de la balancela, ¡fuego!

Los soldados bajaron sus mosquetes.

-¡Ya os han dicho que nos entreguemos! exclamó el patrón Yves.

-¡Vivos, capitán! -gritaron algunos soldados exaltados-: ¡Hay que cogerlos vivos!

-Bien, sí, vivos -contestó el capitán.

En seguida, volviéndose a los bretones:

-¡Tenéis salvada la vida, amigos míos! -gritó-. A excepción del caballero de Herblay.

Aramis se estremeció imperceptiblemente.

Fijáronse sus ojos por un instante en las profundidades del Océano, iluminado en su superficie por los últimos resplandores del fuego guirgüesco, resplandores que corrían por los costados de las olas, jugaban en sus cimas como penachos, y hacían más sombríos y terribles aun los abismos que encubrían.

-¡Oís, monseñor? -dijeron los marineros.

-Sí.

-¿Qué mandáis?

-Aceptad.

-Pero, ¿y vos, monseñor? Aramis se inclinó hacia fuera, y acarició con la extremidad de sus dedos blancos y afilados el agua verduzca del mar, a la que sonreía como a una amiga.

-¡Aceptad! -repitió. -Aceptamos -repitieron los marineros-. ¿Qué garantía se nos da?

-La palabra de un caballero noble -dijo el oficial-. Por mi grado y por mi nombre, juro que todo aquel que no sea el caballero de Herblay tendrá salvada la vida. Soy teniente de la fragata del rey Ponwna, y me llamo Luis Constantino de Pressigny.

Con gesto rápido, Aramis, ya curvado hacia el mar, ya medio inclinado fuera de la barca, levantó la cabeza, púsose en pie, y, con los' ojos inflamados, y la sonrisa en los labios:

-Echad la escala, señores -dijo, como si fuera él a quien correspondiese mandar.

Obedecieron.

Entonces Aramis, cogiendo el pasamano de cuerda, subió el primero; mas, en vez del espanto que esperaban ver en su rostro, no fue poca la admiración de los marineros de la balancela al verle dirigirse al comandante con seguro paso, mirarle atentamente, y hacerle con la mano una señal misteriosa y desconocida, a cuya vista el oficial palideció, tembló e inclinó la frente.

Aramis, sin decir palabra,'acercó su mano a los ojos del -comandante, y dejó ver el sello de un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

Y, al hacer aquel además, Aramis, revestido de una majestad fría, silenciosa y altanera, tenía él aire de un emperador que diese su mano a besar.

El comandante, que, por un instante había levantado la cabeza, se inclinó por segunda vez con muestras de mayor respeto.

Luego, extendiendo a su vez la mano hacia la popa, es decir, hacia su cámara, se apartó para dejar pasar delante a Aramis.

Los tres bretones, que habían subido detrás de su obispo, miraban atónicos.

Toda la tripulación guardaba silencio.

Cinco minutos después el comandante llamaba a su segundo, el cual volvió a subir mandando hacer rumbo hacia La Coruña.

Mientras se ejecutaba la orden dada, Aramis reaparecía sobre el puente e iba a sentarse contra el empalletado.

Era ya de noche, la luna no había aparecido aún, y sin embargo, Aramis miraba tenazmente hacia el lado de Belle-Isle. Yves se aproximó entonces al comandante, que había vuelto a ocupar su puesto en la trasera, y, muy bajo, muy humildemente:

-¿Qué rumbo seguimos, capitán? -dijo.

-El que se ha designado mandar monseñor -respondió el oficial. Aramis pasó la noche recostado en el empalletado.

Yves, al aproximarse a él, notó, a la mañana siguiente, que aquella noche debió ser muy húmeda, porque la madera donde el obispo había apoyado la cabeza estaba como empapada de rocío.

¡Quién sabe si aquel rocío eran quizá las primeras lágrimas que hubiesen caído de los ojos de Aramis!

¿Qué mejor epitafio podíais tener, buen Porthos?

CXXV
LA RONDA DEL SEÑOR DE GESVRES

Artagnan no estaba habituado a resistencias como la que acababa de sufrir. Volvió a Nantes profundamente irritado.

La irritación en aquel hombre vigoroso, se convertía en un impetuoso ataque, al que pocas personas hasta entonces, fueran reyes o gigantes, habían sabido resistir.

Artagnan, temblando de cólera, fue derecho al palacio y pidió hablar al rey. Podrían ser las siete de la mañana, y, desde su llegada a Nantes, el rey se había hecho madrugador.

Pero, al llegar a la pequeña galería que ya conocemos, encontró al señor de Gesvres que le detuvo muy cortésmente, recomendándole no hablara alto, para dejar descansar al rey.

-¿Duerme el rey -dijo Artagnan-. Bien, le dejaré dormir. ¿A qué hora suponéis que se levantará?

-¡Oh! Dentro de dos horas, poco más o menos: el rey ha velado toda la noche.

Artagnan tomó su sombrero, saludó al señor de Gesvres y regresó a su alojamiento.

Volvió a las nueve y media. Le dijeron que estaba desayunando.

-Ahora es la mía -replicó-; hablaré al rey mientras desayuna. El señor de Brienne hizo saber a Artagnan que el rey no quería recibir a nadie durante su comida. -Sin duda no sabéis, señor secretario -dijo Artagnan mirando a Brienne de través-, que yo tengo entrada en todas partes y a todas horas.

Brienne tomó afablemente la mano del capitán, y le dijo:

-No en Nantes, querido señor de Artagnan; el rey ha cambiado en este viaje todo el orden de su casa.

Artagnan, serenado, preguntó a qué hora habría terminado el rey de desayunar.

-No se sabe -respondió Brienne.

-¡Cómo que no se sabe! ¿Qué quiere decir esto? ¿No se sabe cuánto tarda el rey en desayunar? ¿De ordinario, es una hora, y admitiendo que el aire del Loira abra el apetito, pongamos hora y media, y es bastante; aquí esperaré.

-¡Oh! Querido señor de Artagnan, hay orden de no dejar a nadie en esta galería; y yo estoy de guardia para eso.

Artagnan sintió subírsele al cerebro la cólera por segunda vez, y marchó precipitadamente por miedo de echar a perder más todavía el asunto con algún rapto de mal humor.

Cuando estuvo fuera, se puso a pensar.

-El rey -dijo- no quiere recibirme, eso es evidente; ese joven está enfadado; teme lo que yo pueda decirle. Sí; pero, entretanto, se sitia a Belle-Isle y prenden o matan tal vez a mis dos amigos... ¡Pobre Porthos! En cuanto a maese Aramis, es hombre de recursos y estoy tranquilo por su persona ... Pero, no, no; Porthos no está todavía inválido, y Aramis no es un viejo idiota. El uno con sus brazos, y el otro con su imaginación, han de dar qué hacer a los soldados de Su Majestad. ¿Quién sabe si esos dos valientes repetirán todavía, para edificación de Su Majestad Cristianísima, la escena del baluarte de San Gervasio?... No desespero de ello. Tienen cañones y guarnición... Sin embargo -prosiguió sacudiendo la cabeza-, creo que sería mejor suspender el combate. Por mí solo, yo no soportaría del rey desprecios ni traiciones; mas, por mis amigos, debo sufrirlo todo, desaires y hasta insultos. ¿Y si viese al señor Colbert? -añadió-. He aquí un sujeto con quien voy a tener que tomar la costumbre de causarle miedo. Vamos a casa del señor Colbert.

Y Artagnan echó a andar resueltamente. Así que llegó, dijéronle que el señor Colbert estaba despachando con el rey en el palacio de Nantes.

-¡Bien! -exclamó-. Heme ya otra vez en los tiempos en que medía las distancias desde casa del señor de Treville a la del señor cardenal, desde la de éste a la cámara de la reina, y desde la cámara de la reina a las cuadras del palacio, y dio órdice que los hombres, cuando envejecen, vuélvense niños. ¡A palacio!

Y volvió a él. El señor de Lyonne salía. Dio sus dos manos a Artagnan y le enteró de que el rey trabajaría toda la tarde, toda la noche, y que había dado orden de no dejar entrar a nadie.

-¿Ni a mí, el capitán que viene a tomar la orden? -exclamó Artagnan-. ¡Eso ya es demasiado!

-Ni a mí -dijo el señor de Lyonne.

-Pues si así es -repuso Artagnan lastimado hasta lo íntimo de su corazón-, una vez que el capitán de mosqueteros, que ha tenido entrada siempre en el dormitorio del rey, no puede entrar en el despacho o en el comedor, es que el rey ha muerto o que ha caído su capitán en desgracia. Tanto en un caso como en otro, no necesita de él. Hacedme el obsequio de entrar y decir; terminantemente al rey, que le envío mi dimisión.

-¡Cuidado, Artagnan! -exclamó Lyonne-. Hacedlo por nuestra amistad.

Y le empujó suavemente hacia el gabinete.

-Allá voy -dijo el señor de Lyonne.

Artagnan esperó recorriendo a grandes trancos la galería. Lyonne volvió.

-¿Qué ha dicho el rey? -preguntó Artagnan.

-El rey ha dicho que está bien -respondió Lyonne.

-¡Que está bien! -estalló el capitán-. ¿Es decir, que acepta? ¡Bueno! Ya estoy libre. Soy paisano, señor de Lyonne, para lo que gustéis mandar. ¡Adiós, palacio, galería, antecámara! Un hombre cualquiera que va a poder respirar al fin, os saluda.

Y, sin aguardar más, el capitán saltó del terrado a la escalera donde había encontrado los pedazos de la carta de Gourville. Cinco minutos después, entraba en la hostería, en la que, según costumbre de los altos

oficiales que tenían alojamiento en Palacio, había tomado lo que se llamaba su habitación de ciudad.

Pero allí, en lugar de quitarse la capa y la espada, cogió las pistolas, puso su dinero en una bolsa de cuero, envió a buscar sus caballos a las cuadras del palacio, y dio órdenes para marchar a Vannes durante la noche.

Todo sucedió según sus deseos. A las ocho de la noche ponía el pie en el estribo, cuando el señor de Gesvres apareció a la cabeza de doce guardias, ante la hostería. Artagnan lo veía todo por el rabillo del ojo; vio a aquellos trece hombres y aquellos trece caballos; pero simuló no observar nada y acabó de montar. Gesvres llegó.

-¡Señor de Artagnan! -dijo en voz alta.

-Hola, señor de Gesvres, buenas noches.

-Parece que vais a montar a caballo.

-No lo parece, sino que he montado, como veis.

-Mucho celebro haberos encontrado.

-¿Me buscábais?

-Sí, por cierto.

-Apuesto que de parte del rey.

-En efecto.

-¿Como yo, hace dos o tres días, buscaba al señor Fouquet?

-¡Oh!

-Vamos, ¿a mí con melindres? ¡Trabajo perdido! Decid de una vez que venís a prenderme.

-¿A prenderos? ¡No, buen Dios!

-¿Pues a qué viene el acercaros a mí con doce hombres a caballo? -Es que estoy de ronda.

-¡No está mal! ¿Y me recogéis en vuestra ronda?

-No os recojo, sino que habiéndoos encontrado, os suplico vengáis conmigo.

-¿Adónde?

-A la cámara del rey.

-¡Bueno! -dijo Artagnan con aire zumbón-. ¿Ya no tiene nada que hacer el rey?

-Por favor, capitán -dijo muy bajo el señor de Gesvres al mosquetero-; no os comprometáis; estos hombres os oyen.

Artagnan se echó a reír y replicó:

-¡Marchad! Los presos van entre los seis primeros guardias y los seis últimos.

-Pero, como no os detengo -dijo el señor de Gesvres-, iréis detrás conmigo, si no lo lleváis a mal.

-Pues bien -dijo Artagnan-, he ahí un bello proceder, duque, y tenéis razón; porque, si me hubiese acontecido hacer rondas por el lado de vuestra habitación de ciudad, hubiera sido cortés con vos, os lo aseguro, a fe de gentilhombre. Ahora un favor nada más. ¿Qué quiere el rey?

-¡Oh! ¡El rey está furioso! -Pues bien, ya que se ha tomado el trabajo de enfurecerse, también se lo tomará para aplacarse, y punto terminado. No me moriré por eso, os lo aseguro.

-No; pero ...

-Pero me enviarán a hacer compañía al pobre Fouquet. ¡Pardiez! Es un hombre de bien. Viviré en compañía y a gusto, os lo juro.

-Hemos llegado -dijo el duque-. ¡Capitán, por favor! Mostraos sereno con el rey.

-¡Qué delicado es vuestro comportamiento conmigo, duque! -dijo Artagnan mirando al señor de Gesvres-. Me habían dicho que ambicionábais reunir vuestros guardias a mis mosqueteros, y creo que es buena ocasión.

-No la aprovecharé, capitán. ¡Dios me libre!

-¿Y por qué?

-Por muchas razones; entre otras, porque, si os sucediera en los mosqueteros después de haberos arrestado ...

-¡Ah! ¿Confesáis que me habéis arrestado?

-¡No, no!

-Entonces, decid encontrado. Si me sucedieseis después de haberme encontrado...

-Vuestros mosqueteros, en el primer ejercicio de fuego, dispararían contra mí por equivocación.

-¡Ah! En cuanto a eso, no digo que no. Esos pillos me quieren mucho.

Gesvres hizo pasar a Artagnan el primero, le condujo directamente al gabinete donde el rey esperaba a su capitán de mosqueteros, y se colocó detrás de su colega, en la antecámara. Oíase claramente al rey hablar en voz alta con Colbert, en aquel mismo gabinete donde, algunos días antes, había podido Colbert oír al rey hablar en voz alta con el señor de Artagnan.

Los guardias se quedaron a caballo delante de la puerta principal, y poco a poco se esparció por la ciudad el rumor de que el capitán de los mosqueteros acababa de ser arrestado por orden del rey.

Entonces vióse a todos aquellos hombres ponerse en movimiento, como en los buenos tiempos de Luis XIII y del señor de Tréville; formábanse grupos, las escaleras se llenaban, y vagos murmullos, que partían de los patios, subían hasta los pisos superiores, parecidos a los roncos lamentos de las olas en la marea.

El señor de Gesvres estaba inquieto, y miraba a sus guardias, los cuales, interrogados primero por los mosqueteros que venían a mezclarse en sus filas, principiaban a separarse de ellos mostrando también cierta inquietud.

Artagnan estaba mucho menos inquieto que el señor de Gesvres, el capitán de los guardias.

Apenas entró, fue a sentarse en el resalto de una ventana, desde donde lo observaba todo con su mirada de águila, sin pestañear siquiera.

No se le había ocultado ninguno de los progresos de la fermentación que se manifestó al rumor de su arresto. Preveía el momento en que habría de tener lugar la explosión, y sabido es que sus previsiones eran seguras.

-Bueno sería -pensaba-, que mis pretorianos me hiciesen esta noche rey de Francia. ¡Cómo me reiría!

Mas, en lo mejor del paso, todo se acabó. Guardias, mosqueteros, oficiales, soldados, murmullos e inquietudes se dispersaron, se desvanecieron, se disiparon; no hubo ni tempestad, ni amenazas, ni sedición. Una palabra había calmado las olas.

El rey acababa de hacer gritar a Brienne:

-¡Silencio! Señores, molestáis al rey.

Artagnan suspiró.

-Se acabó -dijo-; los mosqueteros de hoy no son los de Su Majestad Luis XIII. ¡Se acabó!

-¡Señor de Artagnan, a la cámara del rey! -gritó un ujier.

CXXVI
EL REY LUIS XIV

El rey permanecía sentado en su gabinete, con la espalda vuelta a la puerta de entrada. Enfrente de él había un espejo, en el cual, sin dejar de ojear sus papeles, le bastaba fijar una sola mirada para ver las personas que llegaban.

Al entrar Artagnan no se incomodó por eso, contentándose con echar sobre sus cartas v planos el gran tapete de seda verde que le servía para ocultar sus secretos a los importunos.

Artagnan comprendió el juego y se quedó detrás; de suerte que al cabo de un momento, el rey, que nada oía, y sólo veía con el rabillo del ojo, no tuvo más remedio que gritar:

-¿Es que no está ahí el señor de Artagnan?

-Aquí estoy -contestó el mosquetero adelantándose.

-Y bien, señor -dijo el rey fijando su clara mirada en Artagnan-. ¿Qué tenéis que decirme?

-¿Yo, Majestad? -contestó éste acechando el primer tiro del adversario para contestarle en regla-.

-¿Yo? No tengo nada que decir a Vuestra Majestad, sino que me ha hecho arrestar y aquí me tiene.

El rey iba a replicar que no había hecho arrestar a Artagnan, pero le pareció una excusa esta frase, y calló.

Artagnan guardó obstinado silencio.

-Señor -prosiguió el rey-, ¿qué os mandé que fueseis a hacer a Belle-Isle? Tened a bien decírmelo.

El rey, al pronunciar estas palabras, miraba fijamente a su capitán. Artagnan sintióse contento por la buena jugada que le presentaba el rey.

-Me parece -replicó- que Vuestra Majestad se digna preguntarme qué he ido a hacer a Belle-Isle.

-Sí, señor.

-Pues bien, Majestad, no lo sé, no es a mí a quien es preciso preguntar eso, sino a ese número infinito de oficiales de toda especie, a quienes se les había dado un número infinito de órdenes de todas clases, en tanto que a mí, jefe de la expedición, no se me había dado ninguna precisa.

El rey se sintió herido; lo mostró en su respuesta:

-Señor -replicó-, sólo se han dado órdenes a las personas consideradas como fieles.

-Por eso me extraña, Majestad -repuso el mosquetero-, que un capitán como yo, equivalente a un mariscal de Francia, se haya encontrado a las órdenes de cinco o seis tenientes mayores, buenos si se quiere para espías, pero no para conducir expediciones de guerra. Sobre eso quería pedir explicaciones de Vuestra Majestad, cuando se me negó la entrada; este

último ultraje, hecho a un bravo hombre, me ha impulsado a dejar el servicio de Vuestra Majestad.

-Señor -replicó el rey-, vos creéis siempre vivir en un siglo en que los reyes estaban como os quejáis vos de estar, a las órdenes y a la discreción de sus inferiores. Me parece que olvidáis demasiado que un rey sólo debe dar cuenta a Dios de sus actos.

-Nada olvido, Majestad -replicó el mosquetero, herido a su vez por la lección-. Además, no veo en qué ofende un hombre honrado cuando le pregunta al rey en qué le ha servido mal.

-Me habéis servido mal, señor, tomando el partido de mis enemigos contra mí.

-¿Quiénes son vuestros enemigos, Majestad?

-Esos a quienes os envié a combatir.

-¡Dos hombres! ¡Enemigos del ejército de Vuestra Majestad! Eso no es creíble, Majestad.

-No os toca juzgar mis voluntades.

-Mas sí juzgar mis amistades, Majestad.

-Quien sirve a sus amigos, no sirve a su señor.

-De tal suerte comprendo eso. Majestad, que he ofrecido respetuosamente mi dimisión a Vuestra Majestad.

-Y yo la he aceptado, señor -dijo el rey-, antes de separarme de vos, he querido demostraros que sabía cumplir mi palabra.

-Vuestra Majestad ha hecho más que cumplir su palabra, toda vez que me ha hecho arrestar -dijo el capitán con su aire fríamente burlón-; y eso no me lo había prometido.

El rey desdeñó aquel chiste. y poniéndose serio:

-Ved, señor -dijo-, a lo que me ha obligado vuestra desobediencia.

-¿Mi desobediencia? -exclamó Artagnan, rojo de cólera.

-Esa es la palabra más suave que he podido encontrar -prosiguió el rey-. Mi pensamiento era prender y castigar a los rebeldes. ¿No había de inquietarme si los rebeldes eran amigos vuestros?

-La inquietud me correspondía a mí -respondió Artagnan-. Era una crueldad de Vuestra Majestad ordenarme prender a mis amigos para llevarlos a vuestros cadalsos. -Eso ha sido, señor, una prueba que tenía que hacer con los pretendidos servidores que comen mi pan y deben defender mi persona. La prueba ha salido mal, señor de Artagnan.

-Para un mal servidor que pierde Vuestra Majestad -dijo el mosquetero con amargura-, hay diez que en este mismo día han hecho sus pruebas. Escuchad, Majestad, yo no estoy acostumbrado a esta clase de servicio. Soy una espada rebelde cuando se trata de hacer mal. No era digno de mí perseguir, hasta la muerte, a dos hombres cuya vida os había pedido el señor Fouquet, el salvador de Vuestra Majestad. Además, esos dos hombres eran amigos míos. No atacaban a Vuestra Majestad; sucumbían bajo el peso de una cólera ciega. ¿Por qué no se les dejó huir? ¿Qué crimen habían cometido? Admito que me contestéis el derecho de juzgar su conducta. Mas, ¿por qué se había de sospechar de mí antes de la acción? ¿Por qué rodearme de espías? ¿Por qué deshonrarme ante el ejército? ¿Por qué reducirme a mí, en quien hasta aquí habéis mostrado la más absoluta confianza, a mí, que hace treinta años estoy consagrado a vuestra persona, y os he dado mil

pruebas de adhesión (puedo decirlo, hoy que me veo acusado), por qué, digo, reducirme a ver a tres mil soldados del rey marchar en batalla contra dos hombres?

-¡No parece sino que habéis olvidado lo que esos hombres me han hecho -replicó el rey con sorda voz-, y que no ha estado en su mano el que me viese perdido!

-Majestad, no parece sino que olvidáis que yo estaba allí! -Basta, señor de Artagnan, basta de esos intereses dominadores que vienen a quitar el sol a mis intereses. Estoy fundando un Estado, en el cual no habrá más que un amo, ya os lo prometí en otra ocasión, y ha llegado el momento de cumplir mi promesa. ¿Queréis ser, según vuestros gustos y amistades, libre en entorpecer mis planes y salvar a mis enemigos? Pues rompo con vos y os aparto de mi lado. Buscad otro amo más cómodo. Bien sé que otro rey no se conduciría como yo lo hago, y que se dejaría dominar por vos, a riesgo de enviaros algún día a hacer compañía al señor Fouquet y a los demás; pero yo tengo buena memoria, y para mí, los servicios son títulos sagrados al reconocimiento y a la impunidad. Me contento, señor de Artagnan, con esta lección para castigar vuestra indisciplina y no imitaré a mis predecesores en su cólera, no habiéndoles imitado en su favor. Y luego hay otras razones que me impulsan a trataros con blandura: en primer lugar, sois hombre de juicio, de mucho juicio, hombre de corazón, y seríais un buen servidor para el que os llegase a domar; y luego vais a dejar de tener motivos de insubordinación. Vuestros amigos han sido destruidos o arruinados por mí. Esos puntos de apoyo sobre los cuales, instintivamente, descansaba vuestro espíritu caprichoso los he hecho desaparecer. A estas horas mis soldados habrán preso o muerto a los rebeldes de Belle-Isle. Artagnan palideció.

-¡Presos o muertos! -exclamó-. ¡Oh! Majestad, si pensáis lo que estáis diciendo, si estuviese seguro de que eso es verdad, olvidaría todo lo que hay de justo y magnánimo en vuestras palabras para llamaros rey bárbaro y hombre desnaturalizado. Mas os perdono estas palabras -añadió con orgullo-; las perdone al joven príncipe que no sabe, que no puede comprender lo que son hombres como el señor de Herblay, como Du-Vallon, como yo. ¡Presos o muertos! ¡Ah, ah! Majestad, si la noticia es cierta, decidme cuántos hombres y , dinero os cuesta. Veremos si la ganancia corresponde a la puesta.

Todavía no había acabado de hablar, cuando acercándosele el rey, le dijo encolerizado:

-Señor de Artagnan, esas son respuestas de un insubordinado. Decidme, si lo tenéis a bien ¿quién es el rey de Francia? ¿Sabéis que haya algún otro?

-Majestad -replicó fríamente el capitán de mosqueteros-, recuerdo que una mañana hicisteis esa misma pregunta, en Vaux, a muchas personas que no supieron qué contestaros, mientras que yo sí contesté. Si aquel día reconocí al rey, cuando la cosa no era tan fácil, creo inútil que me lo pregunte hoy Vuestra Majestad estando a solas conmigo.

A tales palabras, Luis XIV bajó los ojos, figurándosele que la sombra del desgraciado Felipe acababa de interponerse entre Artagnan y él, para evocar el recuerdo de aquella terrible aventura.

Casi en aquel mismo momento entró un oficia¡ y entregó un despacho al rey, el cual mudó de color así que lo leyó.

Artagnan lo advirtió. El rey permaneció inmóvil y silencioso; después de leer de nuevo el despacho. y, en seguida, tomando su partido:

-Señor -dijo-, al fin tendréis que saber lo que me participan, y vale más que os lo diga y lo sepáis por boca del rey. Ha tenido lugar un combate en Belle-Isle.

-¡Ah, ah! -exclamó Artagnan con aire tranquilo, mientras su corazón parecía querérsele saltar del pecho-. ¿Y qué. Majestad?

-He perdido en él ciento seis hombres.

Un relámpago de alegría y de orgullo brilló en los ojos de Artagnan.

-¿Y los rebeldes? -dijo. -Los rebeldes han huido -contestó el rey.

Artagnan lanzó un grito de triunfo.

-Pero tengo una escuadra -agregó el rey- que bloqueo estrechamente a Belle-Isle, y tengo la certeza de que no escapará ni una sola barca.

-De modo -dijo el mosquetero, volviendo a sus sombrías ideas que si se logra capturar a esos dos señores...

-Se les colgará -dijo el rey tranquilamente.

-¿Y lo saben ellos? -repuso Artagnan, reprimiendo su emoción.

-Lo saben, puesto que debisteis decírselo vos, como todo el país.

-Entonces, Majestad, no los cogerán vivos, yo os lo aseguro.

-¡Ah! -replicó el rey negligentemente y volviendo a tomar su carta-. Pues bien, los cogerán muertos, señor de Artagnan, y da lo mismo, pues sólo quería que se apoderasen de ellos para hacerlos ahorcar.

Artagnan enjugó el sudor que corría de su frente.

-Os tengo dicho -prosiguió Luis XIV- que algún día sería para vos un amo cariñoso, generoso y constante. Vos sois el único hombre de otros tiempos que sea digno de mi cólera o de mi amistad, y no dejaré de dispensaron una y otra según vuestro comportamiento. ¿Creeríais razonable, señor de Artagnan, servir a un rey que tuviese otros cien reyes iguales a él en el trono? Decidme si con tanta debilidad podría yo hacer las grandes cosas que medito. ¿Habéis visto alguna vez que un artista ejecute obras sólidas con un instrumento rebelde? ¡Lejos de nosotros, señor, esas levaduras de los abusos feudales! La Fronda. que debía perder a la monarquía, la ha emancipado. Soy amo en mi casa, capitán Artagnan, y tendré servidores que, careciendo tal vez de vuestro genio, llevarán la adhesión y la obediencia hasta el heroísmo. ¿Qué importa, decid, que el cielo no haya dado genio a los brazos y piernas? A quien lo da es a la cabeza, y ya sabéis que a ésta es a quien obedece todo lo demás. ¡Y yo soy la cabeza, yo!

Artagnan tembló de emoción. Luis continuó como si nada hubiese visto, aunque aquel estremecimiento no se le escapó.

-Ahora, concluyamos entre nosotros dos aquel trato que os prometí hacer un día que me hallasteis en Blois. Consentid, señor, en no hacer pagar a nadie las lágrimas de vergüenza que derramé entonces. Mirad en torno vuestro; las grandes cabezas están inclinadas. Haced lo propio con la vuestra, o elegid el destierro que más os acomode. Tal vez si lo reflexionáis, conoceréis que este rey tiene un corazón generoso que cuenta bastante con vuestra lealtad para abandonaros sabiéndoos descontento, cuando poseéis

el secreto del Estado. Sois hombre de bien, lo sé. ¿Por qué me habéis juzgado antes de tiempo? Juzgadme desde este día, Artagnan, y sed todo lo severo que queráis.

Artagnan permanecía aturdido, mudo y fluctuante por primera vez en su vida. Acababa de encontrar un adversario digno de él. Aquello no era astucia, sino cálculo; no violencia, sino fuerza; no cólera, sino voluntad; no jactancia, sino consejo. Aquel joven, que había hundido a Fouquet, y que podía pasarse sin Artagnan, trastornaba todos los cálculos algo obstinados del mosquetero.

-¿Qué os detiene? -le dijo el rey con dulzura-. ¿Habéis presentado vuestra dimisión; ¿queréis que os la rehúse? Convengo en que le será duro a un viejo capitán volver de su mal humor.

-¡Oh! -repuso melancólico Artagnan- no es ese mi mayor cuidado. Vacilo en retirar mi dimisión, porque soy viejo frente a vos, y he contraído hábitos difíciles de perder. Lo que necesitáis en lo sucesivo son cortesanos que sepan distraeros, locos que se dejen matar por lo que vos llamáis vuestras, grandes obras. Grandes lo serán, lo presiento. Pero, ¿y si por casualidad no me lo pareciesen? Yo he visto la guerra, Majestad, y he visto la paz; he servido a Richelieu y a Mazarino; me he tostado con vuestro padre al fuego de Rochela, y mi cuerpo, hecho una criba, ha mudado diez veces de piel como las serpientes. Después de afrentas y de injusticias, tengo un mando que era algo en otro tiempo, porque daba derecho a hablar al rey como uno quería. Pero vuestro capitán de mosqueteros será en lo sucesivo un oficial encargado de custodiar las puertas bajas. En verdad, Majestad, que si tal ha de ser de aquí en adelante el empleo, aprovechad esta ocasión para quitármelo. No creáis que os guarde rencor; no, me habéis domado, como decís; pero preciso es confesarlo, al dominarme, me habéis rebajado la talla; al doblegarme, me habéis convencido de mi inferioridad. ¡Si supieseis lo bien que me va llevar erguida la cabeza, y lo mal que me acomodaré a respirar el polvo de vuestras alfombras! ¡Oh! Majestad, echo en verdad de menos, y a vos sucedería lo mismo, aquellos tiempos en que el rey de Francia veía en sus vestíbulos a todos aquellos gentileshombres insolentes, flacos, regañones siempre, huraños, mastines que mordían mortalmente en los días de batalla. Esas gentes son los más excelentes cortesanos para la mano que los alimenta, y la lamen; pero para la mano que les pega, ¡oh, qué buen diente tienen! ¡Un Poco de oro en los galones de las capas, un poco de bulto en las calzas, algunas canas en sus cabellos, y veréis a los hermosos duques y pares, a los soberbios mariscales de Francia; ¿pero a qué viene todo esto? El rey es mi amo, y quiere que yo haga versos, y pulimente con zapatos de raso los mosaicos de sus antecámaras. ¡Diantre! Difícil es, pero otras cosas más difíciles he hecho. Lo haré. ¿Y por qué? ¿Porque quiera dinero? Lo tengo. ¿Porque sea ambicioso? He llegado al término de mi carrera. ¿Porque me agrada la Corte? No. Me quedaré. Porque tengo el hábito de venir a tomar hace treinta años la orden del rey y oírme decir: "Buenas noches, Artagnan", con una sonrisa que yo no mendigaba. Ahora mendigaré esa sonrisa. ¿Estáis contento, Majestad?

Y Artagnan inclinó lentamente su cabeza plateada, sobre la cual puso el rey, sonriendo, su blanca mano con orgullo.

-Gracias, mi viejo servidor, mi fiel amigo -dijo-. Puesto que desde hoy no tengo ya enemigos en Francia, sólo me queda enviarte a suelo extranjero, a fin de que recojas tu bastón de mariscal. Cuenta conmigo para proporcionarte la ocasión. Entretanto, come mi mejor pan y duerme tranquilo.

-¡Enhorabuena! -dijo Artagnan conmovido-. Pero, ¿y esas pobres gentes de Belle-Isle, uno de ellos, sobre todo, que es tan bueno y valiente?

-¿Me pedís tal vez perdón?

-De rodillas, Majestad.

-Pues bien, id a llevárselo, si es tiempo aún. ¿Pero me respondéis de ellos?

-¡Con mi cabeza!

-Id. Mañana marcho a París, y procurad que os halle ya de vuelta, pues no quiero que me abandonéis.

-Estad tranquilo, Majestad -exclamó Artagnan, besando la mano del rey.

Y se lanzó con el corazón henchido de gozo fuera de palacio, tomando el camino de Belle-Isle.

CXXVII
LOS AMIGOS DEL SEÑOR FOUQUET

El rey había vuelto a París, y con él Artagnan, quien en veinticuatro horas, habiendo tomado cuidadosamente todos sus informes en Belle-Isle, nada sabía del secreto que tan bien guardaba la pesada roca de Locmaría, tumba heroica de Porthos.

El capitán de los mosqueteros sabía únicamente lo que aquellos dos hombres valientes, aquellos dos amigos, cuya defensa había tomado tan noblemente e intentado salvar la vida, habían hecho contra un ejército entero, ayudados por tres fieles bretones. Artagnan no pudo ver arrojados en los terrenos próximos los restos humanos que habían manchado de sangre los sílices esparcidos entre los brezos.

Sabía también, que a lo lejos se había visto 'una barca bien entrada en la mar, y que un buque real, semejante a un ave de rapiña, había perseguido, alcanzado y devorado a aquel pobre pájaro que huía con toda la fuerza de sus alas.

Mas allí terminaba todo lo que Artagnan había podido averiguar, y empezaba a abrirse el campo de las conjeturas. Ahora, ¿qué debía pensar? El buque no había vuelto. Cierto es que hacía tres días que reinaba un vendaval, pero la corbeta era a la vez fuerte y velera, hasta el extremo de no temer los vendavales, y la que llevaba a Aramis, había debido, a juicio de Artagnan, volver a Brest o regresar a la embocadura del Loira.

Tales eran las noticias ambiguas, pero tranquilizadoras casi, para él personalmente, que Artagnan llevaba a Luis XIV, cuando el rey, seguido de toda la Corte, volvió a París.

Satisfecho Luis de su buen éxito, y más cariñoso y amable desde que se sentía más poderoso, no había cesado de cabalgar un solo instante a la portezuela de la señorita de La Valliére.

Todo el mundo habíase apresurado a distraer a las dos reinas, para hacerles olvidar aquel abandono del hijo y del esposo. Todo respiraba porvenir; el pasado no era ya nada para nadie. No obstante, ese pasado devoraba como una llaga dolorosa y fresca los corazones de algunas almas tiernas y fieles. Así fue que, apenas se halló instalado nuevamente el rey en su palacio, recibió de ello una prueba evidente.

Luis XIV acababa de levantarse y de tomar el desayuno, cuando se le presentó su capitán de mosqueteros. Artagnan estaba algo pálido y parecía inquieto.

El rey advirtió al primer golpe de vista la alteración de aquel semblante, por lo común tan igual.

-¿Qué tenéis, Artagnan? -dijo.

-Majestad, me ha sucedido una gran desgracia.

-¡Dios mío! ¿Y cuál? –

Majestad, he perdido a uno de mis amigos, al señor Du-Vallon, en el asunto de Belle-Isle.

Y al decir Artagnan estas palabras, clavaba sus ojos de halcón en Luis XIV, para adivinar el primer pensamiento que se revelase en él.

-Ya lo sabía -repuso el rey.

-¿Lo sabíais y no me lo habéis dicho? -replicó el mosquetero.

-¿Para qué? ¡Es tan respetable vuestro dolor, amigo mío! He creído no deber aumentarlo. Informaros de esa desgracia que tanto os aflige, Artagnan, hubiera sido mostrarme triunfante a vuestros ojos, Artagnan. Sí; sabía que el señor de Du-Vallon se había sepultado bajo las rocas de Locmaria, y que el señor de Herblay me había cogido un buque con su tripulación para hacerse conducir a Bayona. Pero quise que supieseis estos acontecimientos de una manera directa, a fin de que quedaseis convencido de que mis amigos son para mí sagrados y dignos de respeto, y de que en mí se inmolará siempre el hombre a los hombres, ya que el rey se ve precisado con tanta frecuencia a sacrificar hombres a su majestad y poderío.

-Pero, Majestad, ¿cómo sabéis?...

-¿Cómo lo sabéis vos, señor de Artagnan?

-Por esta carta, Majestad, que me escribe de Bayona Aramis, libre y fuera de peligro.

-Mirad -dijo el rey sacando de un cofrecito, colocado encima de un mueble inmediato al asiento en que Artagnan estaba apoyado-, una carta copiada exactamente de la de Aramis, que me envió Colbert ocho horas antes de que recibieseis la vuestra. Creo que esto se llama estar bien servido.

-Sí, Majestad -murmuró el mosquetero-; vos sois el único hombre cuya fortuna fuese capaz de dominar la fortuna y la fuerza de mis dos amigos. Habéis usado de ella, pero confío en que no abusaréis, ¿no es cierto?

-Artagnan -dijo el rey con sonrisa llena de benevolencia-, podría hacer arrebatar al señor de Herblay en las tierras del rey de España y hacérmelo traer vivo para ajusticiarle; pero creed, Artagnan, que no cederé a este primer movimiento bien natural. Supuesto que está libre, que continúe así.

-¡Oh! Majestad, no permaneceréis siempre tan clemente y tan generoso como os acabáis de mostrar respecto de mí y del señor de Herblay; pronto tendréis a vuestro lado consejeros que os curarán de esa debilidad.

-No, Artagnan; os equivocáis al acusar a mis consejeros de querer impulsarme a la severidad. El consejo de dejar quieto al señor de Herblay procede del mismo Colbert.

-¡Oh, Majestad! -exclamó atónito Artagnan.

-En cuanto a vos -prosiguió el rey con una bondad poco común-, tengo muchas buenas noticias que anunciaros; pero las sabréis, mi querido capitán, luego que haya ajustado mis cuentas. He dicho que quería hacer y haría vuestra fortuna, y esta palabra va a ser una realidad.

-Gracias mil veces, Majestad; yo puedo esperar. Lo que os suplico, mientras hago uso de mi paciencia, es que Vuestra Majestad se digne oír a esas buenas gentes que hace tiempo asedian vuestra antecámara y vienen a poner humildemente una súplica a los pies del rey.

-¿Quiénes son?

-Enemigos de Vuestra Majestad. El rey levantó la cabeza.

-Amigos del señor Fouquet - añadió el mosquetero.

-¿Sus nombres?

-El señor Gourville, el señor Pellisson y un poeta, Juan de La Fontaine.

El rey detúvose un momento para reflexionar.

-¿Qué quieren?

-No sé.

-¿Cómo vienen?

-De luto.

-¿Qué dicen?

-Nada.

-¿Qué hacen?

-Llorar.

-Que pasen -dijo el rey frunciendo el ceño.

Artagnan giró sobre sus talones, levantó el tapiz que cubría la entrada de la regia cámara, y gritó en la pieza próxima:

-¡Adelante!

Pronto aparecieron a la puerta del cuarto, donde permanecían de pie el rey y su capitán, los tres hombres que éste acababa de nombrar.

Profundo silencio reinaba al pasar aquéllos. Al aproximarse los amigos del infortunado superintendente de Hacienda retrocedían los cortesanos, como para no contaminarse con el contagio de la desgracia y del infortunio.

Artagnan, con paso rápido, fue a tomar por su propia mano a aquellos desgraciados que vacilaban y temblaban a la puerta de la regia cámara, y los llevó delante del sillón del rey, que, refugiado en el hueco de una ventana, esperaba el momento de la presentación, y se preparaba a hacer a los suplicantes un recibimiento absolutamente diplomático.

El primero de los amigos de Fouquet que avanzó fue Pellisson. No lloraba ya; pero sus lágrimas únicamente se habían secado para que el rey pudiese oír mejor su voz y su súplica.

Gourville mordíase los labios para contener sus lágrimas por respeto al rey. La Fontaine ocultaba su cara en el pañuelo, y nadie diría que

estuviese vivo, a no ser por el movimiento convulsivo de sus hombros, agitados por los sollozos.

El rey había conservado toda su dignidad. Su rostro aparecía impasible. Hasta había mantenido el mismo ceño que puso cuando Artagnan anunció a sus enemigos. Hizo un ademán que significada: "Hablad", y permaneció de pie, clavando una profunda mirada en aquellos tres hombres desesperados.

Pellisson se inclinó hasta tocar el suelo, y La Fontaine se arrodilló, como se suele en las iglesias.

Aquel obstinada silencio, turbado solo por suspiros y gemidos tan dolorosos, principiaba a excitar en el rey, no la compasión, sino la impaciencia.

-Señor Pellisson -dijo con tono seco y cortado-, señor Gourville, y vos, señor...

Y no nombró a La Fontaine.

-Veré con un sensible disgusto, que vengáis a interceder por uno de los mayores criminales que debe castigar mi justicia. Un rey no se deja conmover más que por las lágrimas o por los remordimientos, por las lágrimas de la inocencia, o por los remordimientos de los culpables. No creeré ni en los remordimientos del señor Fouquet, ni en las lágrimas de sus amigos, porque el uno está corrompido hasta el corazón, y los otros deben temer venirme a ofender en mi casa. Por estas razones, señor Pellisson, señor Gourville, y vos, señor... Os suplico que nada digáis que no manifieste el respeto que tenéis hacia mi voluntad.

-Majestad -respondió Pellisson temblando ante aquellas terribles palabras-, nada venimos a decir a Vuestra Majestad que no sea la expresión más profunda del más sincero respeto y del más sincero amor debidos al rey por todos sus súbditos. La justicia de Vuestra Majestad es temible, y todo el mundo debe doblegarse ante los decretos que ella pronuncia. Nosotros nos inclinamos respetuosamente ante ella. Lejos de nosotros la idea de venir a defender al que ha tenido la desgracia de ofender a Vuestra Majestad. El que ha incurrido en vuestra desgracia puede ser un amigo para nosotros, pero es un enemigo del Estado. Nosotros le abandonamos llorando a la severidad del rey.

-De todos modos -interrumpió el rey, aplacado por aquella voz suplicante y aquellas palabras persuasivas-, mi Parlamento juzgará. Yo no hiero sin haber pesado el crimen. Mi justicia no tiene la espada sin haber tenido la balanza.

-Por eso ponemos toda nuestra confianza en esa imparcialidad del rey, y podemos esperar que se dejará oir nuestra débil voz, con el beneplácito de Vuestra Majestad, cuando suene para nosotros la hora de defender a un amigo acusado.

-Entonces, señores, ¿qué pedís? -dijo el rey con su aire imponente.

-Majestad -continuó Pellisson -, el acusado deja una mujer y una familia. Los pocos bienes que le quedaban bastan apenas para pagar sus deudas, y la señora Fouquet, desde la cautividad de su marido, se halla abandonada de todo el mundo. La mano de Vuestra Majestad hiere como la mano de Dios. Cuando el Señor envía el azote de la lepra o de la peste a una familia, todo el mundo se aleja de la mansión del leproso o del apestado.

Alguna que otra vez, pero muy rara, se atreve algún médico generoso a aproximarse al umbral maldito, cruzarlo con valor y exponer su vida por combatir la muerte. Ese es el último recurso del moribundo, y el instrumento de la misericordia celeste. Majestad, os pedimos de rodillas, con las manos juntas, como se suplica a la divinidad; la señora Fouquet no tiene ya amigos, ni apoyo alguno; llora en su casa, pobre y desierta, abandonada por los mismos que asediaban su puerta en los tiempos de bonanza; no tiene ya crédito ni esperanza. Al menos, el desgraciado sobre quien pesa vuestra cólera, por culpable que sea, recibe de vos el pan que todos los días humedece con sus lágrimas. Pero la señora Fouquet, triste y más desamparada que su esposo; la señora Fouquet, que tuvo el honor de recibir a Vuestra Majestad en su mesa; la señora Fouquet, la mujer del antiguo superintendente de Hacienda, carece de pan que llevarse a la boca.

En este punto los sollozos interrumpieron el silencio terrible que tenía encadenada la respiración de los amigos de Pellisson, y Artagnan, cuyo pecho se desgarraba al escuchar aquel humilde ruego, se volvió hacia el rincón del gabinete para morderse con libertad el bigote y reprimir sus suspiros.

El rey había conservado sus ojos secos y su semblante severo; pero sus mejillas se habían teñido de encarnado, y la seguridad de su mirada disminuía visiblemente

-¿Qué deseáis? -dijo con voz conmovida.

-Venimos a pedir humildemente a vuestra Majestad -repuso Pellisson, cuya emoción iba siendo cada vez mayor- que nos permita, sin incurrir en su desgracia, prestar a la señora Fouquet dos mil doblones, recogidos entre todos los antiguos amigos de su esposo, para que la viuda no carezca de las cosas más necesarias de la vida.

A la palabra viuda, dicha por Pellisson, cuando Fouquet vivía aún, el rey palideció intensamente; su altivez cayó; la piedad le acudió del corazón a los labios Y dejó caer una mirada enternecida sobre aquellas personas que sollozaban a sus pies.

-¡No permita Dios -respondió- que confunda al inocente con el culpable! Mal me conocen los que dudan de mi misericordia para con los débiles. Yo nunca heriré sino a los arrogantes. Haced, señores, todo lo que vuestro corazón os aconseje para aliviar el dolor de la señora Fouquet. Marchaos, señores marchaos.

Los tres hombres levantáronse silenciosos, con los ojos áridos. Las lágrimas se habían consumido al contacto ardiente de sus mejillas y de sus párpados. No tuvieron fuerzas para mostrar su agradecimiento al rey, el cual, por su parte, puso fin a sus humildes reverencias retirándose con viveza detrás de su sillón.

Artagnan quedó solo con el rey.

-¡Bien! -dijo acercándose al joven príncipe, que le interrogaba con la mirada-. ¡Bien, amo mío! ¡Si no tuvieseis la divisa que adorna vuestro sol, os aconsejarla una, que podríais hacer traducir en latín por el señor Conrart: "Blando con el pequeño, duro con el fuerte"!

El rey sonrió y pasó a la pieza inmediata, después de haber dicho a Artagnan:

-Os doy la licencia de que tendréis necesidad para poner en orden los asuntos del difunto señor Du Vallon, vuestro amigo.

CXXVIII
EL TESTAMENTO DE PORTHOS

En Pierrenfonds todo era duelo. Los patios estaban desiertos, las cuadras cerradas, los jardines descuidados.

En las fuentes deteníanse por sí mismos los surtidores, no ha mucho abiertos, ruidosos y brillantes.

Por los caminos, en torno al palacio, venían algunos graves personajes sobre mulas o jacos de cortijo. Eran los vecinos del campo, los curas y los lugareños de las tierras limítrofes.

Toda aquella gente penetraba silenciosa en el palacio, entregaban su cabalgadura a un palafrenero de triste aspecto, y, conducida por un cazador vestido de negro, se dirigía hacia la sala principal, donde Mosquetón recibía en el umbral a los que llegaban.

Mosquetón había enflaquecido tanto en los dos últimos días, que el cuerno le bailaba en la cara como la espada en una vaina demasiado ancha. Su semblante, borroso de encarnado y blanco, como el de la Madona de Van-Dyck, estaba surcado por dos arroyos plateados que formaban su lecho en aquellas mejillas, tan abultadas en otros tiempos como flacas desde el duelo.

A cada nueva visita, Mosquetón hallaba nuevas lágrimas, y daba compasión verlo apretarse la garganta con su grande mano para no prorrumpir en sollozos.

Todas aquellas visitas tenían por objeto la lectura del testamento de Porthos, anunciado para aquel día, y a la que deseaban asistir todas las codicias o todas las amistades del difunto.

Los asistentes tomaban asiento a medida que iban llegando y se cerró el salón en cuanto sonaron las doce del día, hora prefijada para la lectura.

El procurador de Porthos, que era naturalmente el sucesor del señor Conquenard, comenzó por desdoblar lentamente el grande pergamino sobre el que la potente mano de Porthos había trazado su voluntad suprema.

Roto el sello, puestos los anteojos y oída la tos preliminar, prestaron todos la mayor atención. Mosquetón estaba en un rincón acurrucado, para llorar más y oir menos.

De pronto, se abrió como por un prodigio la puerta de dos hojas del salón, que había sido cerrada, y se presentó en el umbral una figura varonil iluminada por el más vivo resplandor del sol.

Era Artagnan que había llegado solo hasta aquella puerta, y no hallando a nadie que le tuviese el estribo, había atado su caballo al aldabón y anunciábase él a sí mismo.

La claridad del día que penetró en el salón, el murmullo de los concurrentes, y, más que nada el instinto del fiel perro, sacaron a Mosquetón de sus abstracciones. Alzó la cabeza, reconoció al viejo amigo del amo, y, aullando de dolor, fue a abrazarle las rodillas, regando el suelo con sus lágrimas.

Artagnan levantó al pobre intendente, le abrazó como a un hermano, y después de saludar con nobleza a la asamblea, que se inclinó en masa cuchicheando su nombre, fue a sentarse al extremo del salón de encina esculpida, llevando de la mano a Mosquetón, que con el pecho oprimido tomó asiento también en la grada.

Entonces el procurador, tan conmovido como los demás, empezó la lectura.

Porthos, después de una profesión de fe de las más cristianas, pedía perdón a sus enemigos del daño que les hubiera podido causar.

A este párrafo, de los ojos de Artagnan brotó un rayo de indecible orgullo. Recordó al viejo soldado. Calculó el número de enemigos aniquilados por la fuerte mano de Porthos, y se dijo que Porthos había obrado cuerdamente en no enumerar sus enemigos o los daños causados a éstos, pues de lo contrario habría sido el trabajo muy pesado para el lector. Venía luego la enumeración siguiente:

"Poseo actualmente por la gracia de Dios:

"1.° El dominio de Pierrefonds, tierras, bosques, prados, aguas y montes rodeados de buenos muros;

" 2.° El dominio de Bracieux, castillo, bosques y tierras laborables, que forman tres granjas.

"3.º La pequeña tierra de Vallon, llamada así porque está en el vallon.

"4.° Cincuenta alquerías en Turena, de quinientas arpentas de cabida;

"5.° Tres molinos en el Cher, que rentan seiscientas libras cada uno;

"6.° Tres estanques en el Berry, que producen doscientas libras cada uno.

"Respecto a los bienes mobiliarios, llamados así porque pueden moverse, como lo explica tan bien mi sabio amigo, el señor obispo de Vannes...

Artagnan estremecióse al recuerdo lúgubre de aquel hombre.

El procurador continuó imperturbable:

"Estos consisten:

1.° En muebles que no sabría detallar aquí por falta de espacio y que ocupan todos mis palacios o casas, pero cuyo lista ha hecho mi intendente..." Todos volvieron los ojos hacia Mosquetón, que se abismó en su dolor.

2.º En veinte caballos de mano y de tiro que tengo en mi palacio de Pierredonds, y se llaman: Bayardo, Rolando, Carlomagno, Pepino, Dunois, La hire, Ogier, Sansón, Milón, Nemrod, Urganda, Armida, Falstrade, Dalila, Rebeca, Yolanda, Finette, Grisette, Lissette, y Mussette;

3.º En sesenta perros, que forman seis traíllas repartidas como sigue: la primera, para el ciervo; la segunda, para el lobo; la tercera, para el jabalí; la cuarta, para la liebre; y las dos restantes; para la parada o la guarda;

4.° En armas de guerra y de caza, las que se custodian en mi galería de armas;

5.º Mis vinos de Anjou, elegidos por Athos, a quien agradaban mucho antes; mis vinos de Borgoña, Champaña, Burdeos y España que llenan ocho despensas y doce bodegas de mis diferentes posesiones;

6.º Mis cuadros y estatuas, que dicen son de mucho valor y bastante numerosos para fatigar la vista;

7.º Mi biblioteca, compuesta dé seis mil volúmenes, todos nuevos, y que nadie ha abierto;

8.º Mi vajilla de plata, que quizá esté un poco usada, pero que debe pesar de mil a mil doscientas libras, pues me costaba gran trabajo levantar el cofre que la contiene, y no podía dar más que seis vueltas por mi habitación con él a cuestas.

9.º Todos estos objetos, mas la ropa blanca de mesa y de servicio, se hallan repartidos en las casas que más me agradaban.

Aquí detúvose el lector para tomar aliento. Todos suspiraron, tosieron y redoblaron su atención. El procurador prosiguió:

"He vivido sin tener hijos y es muy probable que no los tenga, lo cual me aflige en extremo. Me equivoco, no obstante, pues tengo un hijo que es común a mis otros amigos: Raúl Augusto Julio de Bragelonne, verdadero hijo del señor conde de la Fére.

"Este joven caballero me ha parecido digno de suceder a los tres intrépidos hidalgos de quien soy amigo y humildísimo servidor."

Aquí dejóse oir un ruido agudo. Era la espada de Artagnan, que, escurriéndose de su talabarte, había caído en el sonoro suelo. Todos volvieron los ojos hacia aquel lado, y vieron que de las densas pestañas de Artagnan había rodado una. gruesa lágrima por su nariz aguileña, cuya arista luminosa brillaba como un rastro de plata.

-Por eso -continuó el procurador- he dejado todos mis bienes, muebles e inmuebles comprendidos en la numeración arriba hecha, al señor vizconde Raúl Augusto Julio de Bragelonne, hijo del señor conde de la Fére, para consolarle, de la pena que parece tener, y ponerle en estado de llevar gloriosamente su nombre..."

Un largo murmullo corrió entre el auditorio.

El procurador siguió sostenido por la mirada centelleante de Artagnan, que, recorriendo la asamblea, restableció el silencio interrumpido.

"Queda a cargo del señor vizconde de Bragelonne, dar al señor caballero de Artagnan, capitán de los mosqueteros del rey, lo que dicho caballero le pida de mis bienes.

"Queda a cargo del señor vizconde Bragelonne, satisfacer una buena pensión al señor caballero de Herblay, mi amigo, si tiene que vivir en el destierro.

"Queda a cargo del señor vizconde de Bragelonne mantener a aquellos de mis sirvientes que hayan estado diez años a mi servicio, y dar quinientas libras a cada uno de los restantes.

"Dejo a mi intendente Mosquetón todos mis vestidos de ciudad, de guerra y de caza, en número de cuarenta y siete, seguro de que los llevará por cariño y en memoria mía.

"Además, lego al señor vizconde de Bragelonne, mi viejo servidor y fiel amigo Mosquetón, ya mencionado, encargándole al dicho vizconde de obrar de suerte que Mosquetón declare, al morir, no haber cesado jamás de ser feliz".

Al oir estas palabras Mosquetón, saludó, pálido y temblando: sus anchas hombros estremeciéronse convulsivamente; de su rostro, en que estaba 'impreso un vivo dolor, se desprendieron sus manos heladas, y los concurrentes le vieron tambalearse y vacilar, como si queriendo salir del salón buscara alguna dirección.

-Mosquetón -dijo Artagnan-, mi buen amigo, salid de aquí; id a hacer vuestros preparativos. Vendréis conmigo a casa de Athos, adonde voy desde Pierrefonds.

Mosquetón nada contestó. Apenas respiraba, como si todo en aquella sala debiera serle extraño en lo sucesivo. Abrió la puerta y desapareció lentamente.

El procurador concluyó su lectura, tras de la cual se marcharon frustrados en sus esperanzas, pero llenos de respeto, la mayor parte de los que habían venido a oir la última voluntad de Porthos.

Respecto a Artagnan, quedó solo después de haber recibido la reverencia ceremoniosa que le había hecho el procurador, admirando aquella sabiduría profunda del testador que adjudicaba con tanta justicia sus bienes al más digno, al mas necesitado, con delicadezas que nadie, entre los cortesanos más finos y los corazones más nobles, hubieran podido encontrar más perfectas.

En efecto, Porthos encargaba a Raúl de Bragelonne que diese a Artagnan todo cuanto le pidiera. Bien sabía el digno Porthos que Artagnan no pediría nada; y, en el caso de pedir, a nadie sino a él le había dejado le elección de su parte.

Porthos dejaba una pensión a Aramis, el cual, si tenía deseos de pedir mucho, se hallaba contenido por el ejemplo de Artagnan; y la palabra destierro, deslizada por el testador sin intención aparente, ¿no era la más dulce, la más exquisita crítica de aquella conducta de Aramis que había causado la muerte de Porthos?

Finalmente, no se hacía mención de Athos en el testamento del difunto. ¿Podía éste suponer, en efecto, que el hijo no ofreciese la mejor parte al padre? El gran talento de Porthos había apreciado todas aquellas causas, todas aquellas circunstancias, mejor que la ley, mejor que el uso y mejor que el gusto.

-Porthos era un corazón -se dijo Artagnan con un suspiro.

Y le pareció oir un gemido en el techo. Al punto se acordó del pobre Mosquetón, a quien había que distraer de su pena.

Al efecto, dejó Artagnan la sala apresuradamente, para ir a buscar al digno intendente, una vez que éste no venía.

Subió la escalera que conducía al piso principal, y vio en la habitación de Porthos un montón de trajes de todos colores y de toda clases de tela, sobre los cuales se había echado Mosquetón después de haberlas reunido.
Era aquella la parte del leal amigo. Aquellos vestidos le pertenecían; le habían sido legados expresamente. Veíase la mano de Mosquetón tendida sobre aquellas reliquias, que besaba con toda su boca, con todo su rostro, que cubría con todo su cuerpo..

Artagnan se acercó para consolarle.

-¡Dios mío! -exclamó. No se mueve; está desmayado!

Artagnan se equivocaba: Mosquetón estaba muerto.
Muerto como un perro que ha perdido a su amo y vuelve para morir sobre su ropa.

CXXIX
LA VEJEZ DE ATHOS

Mientras que todos, estos acontecimientos separaban para siempre a los cuatro mosqueteros, unidos en otro tiempo de una manera que parecía indisoluble, Athos, habiendo quedado solo después de la partida de Raúl, empezaba a pagar su tributo a esa muerte anticipada que se llama ausencia de las personas amadas.

Vuelto a su casa de Blois, no teniendo a Grimaud para recoger una pobre sonrisa cuando paseaba por los jardines, sentía debilitarse de día en día la fortaleza de una naturaleza que hacía tanto tiempo parecía inalterable.

La edad, contenida, por decirlo así, hasta entonces por la presencia del objeto querido, llegaba con ese acompañamiento de dolores e incomodidades, que aumentaba a medida que se hace esperar. Athos no tenía ya a su hijo para estudiarse en andar derecho, en levantar la cabeza, en dar un buen ejemplo; ni tenía tampoco aquellos ojos brillantes de joven, foco siempre ardiente donde se regeneraba la llama de sus miradas.
Luego, necesario es decirlo, aquella naturaleza, exquisita por su ternura y reserva, no hallando ya nada que contuviese sus impulsos, se entregaba a la tristeza con todo el abandono de la naturaleza vulgar cuando se entregaba a la alegría.

El conde de la Fére, que habíase conservado joven hasta sus sesenta y dos años, el guerrero que había conservado su fuerza a pesar de las fatigas, su energía de espíritu a pesar de las desgracias, su dulce serenidad de alma y cuerpo a pesar de Milady, de Mazarino y de La Valliére, se había hecho viejo en ocho días, desde el instante en que perdió el apoyo de su prolongada juventud.

Gallardo siempre, pero encorvado; noble, pero triste; afanoso y vacilante bajo sus cabellos blancos, contemp!aba desde su soledad los claros por entre los cuales traspasaba el sol la espesura de las arboledas.

Así que dejó de estar allí Raúl, abandonó el rudo ejercicio de toda su vida. Habituados los criados a verle levantar con la aurora en todas las estaciones, se admiraban al oir las siete en verano sin que su amo hubiese abandonado el lecho.

Athos permanecía con un libro bajo la almohada, y no dormía ni leía. Acostado por no tener que llevar el peso de su cuerpo, dejaba al alma lanzarse fuera de su prisión para volar a su hijo o a Dios.

A veces asustaba verle absorto horas enteras en una distracción muda e insensible; y ni siquiera oía los pasos del sirviente lleno de temor, que venía al umbral del cuarto a espiar el sueño o a despertar al amo.

Sucedíale olvidar que el día estaba mediado, que había pasado la hora de las dos primeras comidas. Entonces despertábanle, se levantaba, bajaba a su sombría arboleda, y luego se exponía un poco al sol como para compartir por un minuto su calor con el hijo ausente. Después el Paseo lúgubre, monótono, comenzaba de nuevo hasta que cansado, agotado, regresaba a su cuarto y a su lecho, domicilio preferido. Durante muchos días el conde no habló palabra. Se negó a recibir las visitas que le llegaban, y por la noche se le vio encender la luz y pasar muchas horas en escribir o examinar pergaminos.

Athos escribió una de aquellas cartas a Vannes, otra a Fointainebleau; ambas quedaron sin respuesta. Ya se comprenderá por qué: Aramis había abandonado a Francia; Artagnan viajaba de Nantes a París, de París a Pierrefonds. Su ayuda de cámara notó que cada día iba haciendo más cortos sus paseos. La gran arboleda de tilos fue muy pronto sobrado larga para los pies que en otro tiempo le recorría mil veces en un día. Vióse al conde andar penosamente hasta los árboles del centro, sentarse en el banco de musgo desde donde arrancaba una arboleda lateral, y aguardar de este modo el retorno de fuerzas o más bien el retorno de la noche.

Muy pronto cien pasos bastaron para dejarle extenuado. Finalmente, Athos no quiso ya levantarse, rehusó todo alimento, y sus criados asustados, a pesar de que aquel no se quejaba y tenía siempre la sonrisa en los labios, a pesar de que continuaba hablando con su voz, fueron a Blois a buscar al viejo doctor del difunto Monseñor, e hicieron que pudiese ver al conde de la Fére sin ser visto de éste.

Al efecto, colocáronse en una pieza contigua al cuarto del enfermo, y le suplicaron que no se dejase ver por temor de desagradar al amo, que no había mandado llamar a médico ninguno.

El médico obedeció; Athos era una especie de modelo para la nobleza del país. y el Blaisois se gloriaba de poseer aquella reliquia sagrada de las viejas glorias francesas; Athos era un gran señor muy noble, comparado con aquella noblezas que improvisa el rey al tocar con su cetro, joven y fecundo, los trozos secos de los árboles heráldicos de la provincia.

Decimos, pues, que Athos era querido y respetado. El médico no pudo sufrir el espectáculo de ver llorar a sus criados y agruparse los pobres al cantón, a quienes Athos daba la vida y el consuelo con sus tiernas palabras y limosnas. Examinó, pues, desde el fondo de su escondite, la marcha de aquel mal misterioso que acababa, más y más de día en día, a un hombre poco antes lleno de vida y de deseos de vivir.

Observó en las mejillas de Athos la púrpura de la fiebre que se enciende y alimenta, fiebre despiadada, nacida en un pliegue del corazón, y que, oculta tras este baluarte, creciendo con el sufrimiento, produce la causa y efecto al mismo tiempo de una situación peligrosa.

El conde no hablaba a nadie, ni aun consigo mismo. Su pensamiento temía el ruido y llegaba al grado de sobreexcitación próximo al éxtasis. El hombre así absorbido, cuando no pertenece todavía a Dios, tampoco pertenece ya a la tierra.

El doctor permaneció varias horas estudiando aquella dolorosa lucha de la voluntad contra un poder superior. Asustóse de ver aquellos ojos siempre fijos, siempre clavados en un objeto invisible, y de ver latir con un movimiento igual aquel corazón cuyas oscilaciones no venían a alterar ningún suspiro; a veces lo agudo del dolor forma la esperanza del médico.

Transcurrió así media hora. El doctor tomó su partido como hombre resuelto y de energía; salió repentinamente de su retiro, y fue derecho a Athos, que no manifestó mayor sorpresa que si nada hubiese comprendido de aquella aparición.

-Perdonad, señor conde -dijo el médico, aproximándose al enfermo con los brazos abiertos-: pero tengo que haceros una reconvención, y vais a oírme.

Y se sentó a la cabecera de Athos, que salió con gran pena de su preocupación.

-¿Qué hay, doctor? -preguntó el conde después de un rato de silencio.

-Vemos que os halláis enfermo, señor, y no tratáis de paneros en cura.

-¡Yo enfermo! -dijo Athos sonriendo.

-¡Fiebre, consumación, extenuación, debilidad, señor conde! -

¡Extenuación! ¿Es posible? -respondió Athos-. No me levanto.

-¡Vamos, vamos, señor conde, nada de subterfugios! Vos sois un buen cristiano.

-De siempre, doctor.

-¿Y seríais capaz de daros la muerte?

-Nunca, doctor.

-Pues bien, señor, camináis hacia ella a pasos acelerados; permanecer así sería un suicidio, ¡curaos, conde, curaos!

-¿De qué? Dad con el mal primero. Yo nunca me he sentido mejor, nunca me ha parecido el cielo tan hermoso, ni nunca he amado más a mis flores.

-Tenéis una pena secreta.

-¿Secreta?... No; la ausencia de mi hijo es todo mi mal, y no lo oculto.

-Señor conde, vuestro hijo vive, es fuerte y tiene todo el porvenir de las personas de su mérito y de su extirpe; vivid para él ...

-Si yo vivo, doctor. ¡Oh! Estad tranquilo -agregó sonriendo con melancolía- en tanto que Raúl viva, no podrá ignorarse; porque, mientras él viva, yo viviré.

-¿Qué decís?

-Una cosa muy sencilla. En este momento, doctor -dijo-, dejo a la vida suspendida en mí. Sería empresa superior a mis fuerzas hacer una vida disipada, indiferente, cuando no tengo a mi lado a Raúl.

No exigiréis que una lámpara arda cuando no se le ha aplicado la llama; no me pidáis que viva en el ruido y la claridad. Yo vegeto, me dispongo y espero. Mirad, doctor, recordad esos soldados que hemos visto juntos tantas veces en el puerto, donde esperaban que los embarcasen; recostados con indolencia, con un pie en un elemento y otro en el otro, ni estaban en el

punto adonde el mar iba a llevarlos, ni el sitio en que la tierra iba a perderlos; los bagajes preparados, el ánimo atento, la mirada fija, esperaban. Lo repito, esta palabra es la que pinta mi vida presente. Recostado como aquellos soldados, con el oído atento a los rumores que llegan hasta mí, deseo estar dispuesto a marchar a la primera llamada. ¿Quién me hará esa llamada? ¿La vida o la muerte? ¿Dios o Raúl? Tengo preparado mi bagaje, mi ánimo dispuesto, y espero la señal... ¡Esperando, doctor, esperando!

El doctor conocía el temple de aquella alma, y apreciaba la solidez de aquel cuerpo; reflexionó un momento, comprendió que las palabras eran inútiles y los remedios absurdos, y partió, encargando a los criados de Athos que no le abandonasen un momento.

Athos, después dé marcharse el médico no manifestó enojo ni cólera de que le hubiesen incomodado; ni aun recomendó que le entregaran inmediatamente las cartas que llegasen; sabía que cualquier distracción que se le proporcionase era una alegría, una esperanza que sus criados le habrían procurado a costa de su misma sangre.

Rara vez llegaba a conciliar el sueño Athos, a fuerza de pensar, abismábase por algunas horas, cuando más, en una distracción más profunda y confusa que otros habrían llamado una pesadilla. El reposo transitorio que aquel olvidado daba al cuerpo, fatigaba el alma, porque Athos vivía doblemente en aquellas peregrinaciones de su inteligencia. Una noche soñó que Raúl se estaba vistiendo en una tienda para ir a una expedición dirigida por el duque de Beaufort en persona. El joven estaba triste, se ajustaba lentamente su coraza, se ceñía lentamente la espada.

-¿Qué tenéis -preguntóle su padre con ternura.

-Lo que me aflige es la muerte de nuestro buen amigo Porthos -contestó Raúl-; sufro aquí el dolor que vos sentiréis allí.

Y la visión desapareció con el sueño de Athos.

Al amanecer entró un sirviente en el cuarto de su amo, y le entregó una carta que venía de España.

"Es letra de Aramis", pensó el conde.

Y leyó la carta.

-¡Porthos ha muerto -exclamó después de recorrer las primeras líneas-. ¡Oh, Raúl, Raúl, gracias! ¡Veo que cumples tu promesa avisándome!

Y Athos, acometido de un sudor mortal, se desmayó en su lecho sin otra causa que su debilidad.

CXXX
VISION DE ATHOS

Luego que cesó aquel desmayo de Athos, avergonzado casi el conde de haber sucumbido ante aquel acontecimiento sobrenatural, se vistió y pidió un caballo, resuelto a marchar a Blois _Para anudar correspondencias más seguras, ya fuese con África o con Artagnan o Aramis.

Efectivamente, aquella carta de Aramis informaba al conde de la Fére del mal éxito de la expedición de Belle-Isle. Le daba, sobre la muerte de Porthos, bastantes pormenores para que el corazón tan bueno y cariñoso de

Athos se conmoviese hasta en sus fibras más recónditas. Athos quiso, en su consecuencia, hacer a su amigo Porthos una última visita. Para tributar este honor a su antiguo compañero de armas, pensaba avisar a Artagnan, inducirle a emprender el penoso viaje de Belle-Isle, llevar a término en su compañía aquella triste peregrinación al sepulcro del gigante, a quien tanto había amado, y volver después a casa para obedecer a aquella secreta influencia que le conducía a la eternidad por tan misteriosos caminos.

Mas apenas los criados, gozosos, habían vestido a su amo, a quien veían con placer prepararse para un viaje que debía disipar su melancolía; apenas había sido ensillado y conducido a la puerta el caballo más dócil de la cuadra, el padre de Raúl, sintió que la cabeza se le trastornaba, las piernas flaqueaban, y conoció que no le era posible dar un paso más.

Pidió que le llevasen al sol, y le transportaron a su banco de musgo, donde pasó una hora larga antes de: recobrar sus energías.

No había cosa más natural que aquella debilidad después del reposo inerte de los últimos días. Athos tomó una taza de caldo para recobrar ánimo, y empapó sus labios secos en un vaso lleno del vino que más le agradaba: aquel añejo vino de Anjou, mencionado por el buen Porthos en su admirable testamento.

Confortado Athos, con el ánimo más libre, se hizo traer su caballo; pero necesitó la ayuda de sus criados para montar penosamente en la silla.
No había andado cien pasos, cuando al llegar al recodo del camino le acometió el calofrío.

-¡Es cosa' extraña! -dijo al ayuda de cámara, que le acompañaba.

-¡Detengámonos, señor, os ruego! -repuso el fiel criado-. ¡Estáis muy pálido!

-Eso no impedirá que continúe mi camino, pues ya lo he emprendido -repuso el conde.

Y aflojó las riendas a su caballo. Pero súbitamente el animal, en lugar de obedecer al pensamiento de su amo, se paró. Un movimiento, de que Athos no pudo darse cuenta, había refrenado la cabalgadura.
-Indudablemente -dijo Athos-quiere alguien que no vaya más lejos. Sostenedme -añadió- extendiendo los brazos-. ¡Acercaos, pronto! Siento aflojarse todos mis músculos, y voy a caer del caballo.

El sirviente había visto el movimiento de su amo al mismo tiempo que recibía su orden. Acercóse con presteza, recibió al conde en sus brazos, y como no se habían alejado de la casa tanto como para que los criados, estacionados en el umbral viendo partir al conde de la Fére, no distinguiesen aquel desorden en la marcha ordinariamente tan regular de su amo, el ayuda de cámara llamó a sus compañeros con ademanes y voces.

Entonces todos acudieron solícitos.

Apenas dio Athos algunos pasos para volver a casa, sintióse mejorado. Parecióle ,que recobraba su vigor, y pensó volver a Blois. Hizo dar media vuelta a su caballo, mas al primer movimiento de éste, volvió a caer en aquel estado de entorpecimiento y de angustia.

-Vamos -dijo-, seguramente alguien quiere que permanezca en mi casa.

Acercáronsele sus criados, le bajaron del caballo y le transportaron entre todos a su casa. En cuanto estuvo preparada la alcoba, le acostaron en su lecho.

-Tened presente -les dijo disponiéndose a dormir- que hoy mismo espero cartas de África.

-El hijo de Blaisois ha montado a caballo para ganar una hora sobre el correo de Blois -contestó el ayuda de cámara.

-¡Gracias! -contestó Athos con su sonrisa de bondad.

El conde se durmió; su sueño agitado se asemejaba a un padecimiento. El que sé quedó cuidándole notó qué, por diferentes veces, sus facciones adquirían la expresión de un tormento interior. Quizá soñaba.

De este modo transcurrió el día. El hijo de Blaisois volvió; pero el correo no había traído noticias. El conde calculaba con desesperación los minutos, y estremecíase cada vez que esos minutos formaban una hora. Asaltóle una vez la idea de que le hubiesen olvidado allá, y esa idea le costó un atroz dolor en el corazón.

Nadie en la casa esperaba que el correo llegara, pues hacia mucho tiempo que había pasado la hora. Cuatro veces, el expreso enviado a Blois, había reiterado su viaje, y nada había venido para el conde.

Athos sabía que aquel correo no venía más que una vez a la semana. Era, pues, un retraso de ocho días mortales. Con esta dolorosa persuasión principió la noche.

Todas cuantas sombrías suposiciones puede añadir un hombre enfermo y angustiado por la pena a probabilidades ya bien tristes, las aglomeró Athos durante las primeras horas de aquella noche mortal.

Asaltóle la fiebre y le invadió el pecho, donde prendió muy pronto el fuego, según la expresión del doctor que habían hecho venir de Blois en el último viaje del hijo de Blaisois.

No tardó en subírsele a la cabeza. El médico practicó sucesivamente dos sangrías que lo despejaron; pero debilitando al enfermo y no dejándole fuerza de acción más que en el cerebro.

No obstante, aquella terrible fiebre cedió. Asedió con sus últimos latidos las extremidades entorpecidas, y concluyó por cesar enteramente a eso de la media noche.

El médico, viendo aquella mejoría incontestable, se volvió a Blois después de haber ordenado algunas prescripciones y declarado que el conde se había salvado.

Entonces empezó para Athos una situación extraña, indefinible. Libre de pensar, su ánimo se dirigió hacia Raúl, hacia aquel hijo querido. Su imaginación le representó los campos de África en los alrededores de

Djidgelli, donde el señor de Beaufort había debido desembarcar con su ejército.

Eran rocas cenicientas, reverdecidas en algunos puntos por el agua del mar cuando azota las playas durante las tormentas y borrascas.

Más allá de la costa, de aquellas rocas semejantes a sepulcro, ascendía en anfiteatro, entre lentiscos y cactos, una especie de aldea llena de humo, de rumores confusos y de movimientos fugitivos.

De pronto, del seno de aquella humareda se desprendió una llama que llegó, bien que rastreando a cubrir toda la superficie de aquella aldea, y que

creció poco a poco, englobando todo en sus torbellinos rojos; lágrimas, gritos, brazos elevados al cielo. Aquello fue por un instante una terrible confusión de maderos que se desplomaban, de aceros fundidos, de piedras calcinadas, de árboles abrasados.

¡Cosa rara! En aquel caos donde Athos distinguía brazos levantados, gritos, sollozos y suspiros, no llegó a ver una sola figura humana.

El cañón resonaba-a lo lejos, la mosquetería crepitaba, el mar rugía, los rebaños huían brincando por las pendientes cubiertas de verde; pero ni había un soldado que acercase la mecha a los cañones, ni un marino que dirigiera la maniobra, ni un pastor para aquellos rebaños.

Arruinada la aldea y destruidos los fuertes que la dominaban, ruina y destrucción consumadas mágica

mente sin la cooperación de ningún ser humano, se extinguió la llama, volvió a subir el humo, y, disminuyendo después en intensidad, fue perdiendo su color hasta disiparse completamente.

Entonces sucedió la noche en aquel paisaje; una noche opaca en la tierra, brillante en el firmamento; las grandes estrellas resplandecientes brillaban sin iluminar más que a ellas mismas en torno suyo.

Reinó un largo silencio que sirvió para dar reposo un momento a la turbada imaginación de Athos, y, como conociese éste que no había terminado aun lo que tenía que ver, aplicó con más atención la mirada de su inteligencia al extraño espectáculo que le reservaba su imaginación.

Pronto continuó para él aquel espectáculo.

Una luna dulce y pálida levantóse detrás de las vertientes, y plateando primero los pliegues ondulantes del mar, que parecía haberse tranquilizado después de los bramidos que había dejado oir durante la visión de Athos, vino a añadir sus diamantes y ópalos a las malezas y matorrales de la colina.

Las rocas grises, como otros tantos fantasmas silenciosos y atentos, parecieron erguir sus cabezas verdosas para examinar también el campo de batalla a la claridad de la luna, y Athos vio entonces que aquel campo, del todo vacío durante el combate, se hallaba ahora sembrado de cadáveres.

Un inexplicable calofrío de temor y de horror sobrecogió su alma, cuando reconoció el uniforme blanco y azul de los soldados de Picardía, sus largas picas y sus mosquetes marcados con la flor de lis en la culata.

Cuando vio todas las heridas abiertas y frías mirar al cielo azulado, como para reclamarle las almas a que habían dado paso; cuando vio los caballos rajados, abatidos, con la lengua colgando de lado fuera de los belfos, dormir en la sangre helada esparcida alrededor suyos, y que manchaba sus gualdrapas y crines, cuando vio el caballo blanco del señor de Beaufort tendido, con la cabeza abierta, en primera línea sobre el campo de los muertos Athos se pasó una mano fría por la frente, que asombró de no hallar ardiendo. Convencióse Por aquel contacto de que asistía como espectador sin fiebre al día siguiente de una batalla librada en la ribera de Djidgelli por el ejército expedicionario, que había visto alejarse de las costas de Francia y desaparecer en el horizonte, y al cual había saludado con el pensamiento y el ademán al ultimo fulgor del cañonazo enviado por el duque, en señal de adiós a la patria.

¿Quién podría expresar la angustia mortal con que su alma, siguiendo como ojo vigilante la huella de aquellos cadáveres, los iba examinando uno tras otro vara reconocer si entre ellos dormía Raúl? ¿Quién hubiese podido reprimir el gozo embriagador, divino, con que Athos se inclinó ante Dios y le dio las gracias por no haber visto al que buscaba con tanta ansiedad entre los muertos?

Efectivamente, todos aquellos muertos caídos en sus filas, rígidos helados, fáciles de reconocer, parecían volverse con complacencia y respeto hacia el conde de la Fére, para que les pudiese ver mejor en su fúnebre revista.

Admirábase, no obstante, al contemplar aquellos cadáveres, de no ver a los supervivientes.

A tal extremo había llegado su ilusión, que aquella visión era para él un viaje real hecho por el padre a África, para obtener informes más exactos del hijo.

Así que cansado de haber corrido tantos mares y continentes, trató de buscar descanso en una de las tiendas levantadas tras de una roca, en cuya cima ondeaba el pendón blanco flordelisado. Para ello buscó un soldado que le condujera a la tienda del señor de Beaufort.

Entonces, mientras que su mirada erraba en la llanura, volviéndose hacia todos los lados, vio aparecer una sombra blanca detrás de los mirtos resinosos.

Aquella figura se hallaba vestida con uniforme de oficial: tenía- en la mano una espada rota. Avanzaba lentamente hacia Athos, quien, deteniéndose repentinamente y fijando en ella su mirada, no hablaba, no se movía, pero quería abrir sus brazos, porque, en aquel oficial silencioso y pálido, acababa de reconocer a Raúl.

El conde intentó lanzar un grito, que quedó ahogado en su garganta. Raúl le indicó con un ademán que callase, poniéndose un dedo sobre la boca y retrocediendo poco a poco, sin que Athos viera moverse sus piernas.

El conde, más ,pálido, más trémulo que Raúl, siguió a su hijo atravesando trabajosamente las malezas y matorrales; piedras y fosos. Raúl parecía no tocar la tierra, y ningún obstáculo entorpecía la ligereza de su marcha.

El conde, a quien fatigaban los accidentes del terreno, detúvose bien pronto agotado. Raúl continuaba haciéndole señas de que le siguiera. El tierno padre, cuyas fuerzas reanimaba el amor, intentó un ultimo movimiento y escaló la montaña en pos del joven, que le atraía con ademán y su sonrisa.

Por ultimo, alcanzó la cima de aquella colina, y vio dibujarse en negro, sobre el horizonte blanqueado por la luna, las formas aéreas y poéticas de Raúl. Athos tendía la mano para llegar al lado de su hijo amado, sobre la plataforma, y éste le tendía también la suya; pero de pronto, como si el joven se sintiese arrebatado a pesar suyo, retrocediendo siempre, abandonó la tierra, y Athos vio brillar el claro cielo entre los pies de su hijo y el suelo de la colina.

Raúl elevábase insensiblemente en el vacío, siempre sonriendo y llamando con sus ademanes en dirección al cielo.

Athos exaló un grito de ternura alarmada, y miró hacia abajo: veíase un campamento destrozado, en el que aparecían como átomos inmóviles todos aquellos cadáveres blancos del ejército real.

Y después, levantando la cabeza, veía siempre, siempre, a su hijo que le invitaba a subir con él.

CXXXI
EL ANGEL DE LA MUERTE

Estaba Athos en aquel punto de su visión maravillosa, cuando el encanto fue repentinamente roto por un ruido que venía de las puertas exteriores de la casa.

Oíase el galopar de un caballo sobre -la arena endurecida de la grande arboleda, y el rumor de las más ruidosas y animadas conversasaciones subió hasta la cámara donde soñaba el conde.

Athos no se movió del lugar que ocupaba, apenas volvió la cabeza hacia el lado de la puerta para percibir más pronto los rumores que llegaban hasta él.

Un paso tardo subía la escalinata: el caballo, que poco antes galopaba con tanta rapidez, iba lentamente hacia el lado de la cuadra. Algunos rumores acompañaban aquellos pasos que poco a poco se acercaban a la habitación de Athos.

Abrióse entonces una puerta, y Athos, volviéndose algo hacia el lado de donde venía el ruido, exclamó, con voz débil:

-Es un correo de África, ¿no es verdad?

-No, señor conde –respondió una voz que hizo estremecer en su lecho al padre de Raúl.

-¡Grimaud! -murmuró.

Y el sudor comenzó a resbalar por sus mejillas hundidas. Grimaud apareció en el umbral. No era ya el Grimaud que hemos visto, joven aún por el valor y la fidelidad, cuando saltaba el primero en la barca destinada a llevar a Raúl de Bragelonne a los buques de la escuadra real.

Era un pálido y severo viejo, con el vestido cubierto de polvo y es- , casos cabellos blanqueados por los años. Temblaba apoyándose en el quicio de la puerta, y estuvo a punto de caer al ver de lejos y al resplandor de la luz el rostro de su amo.

Aquellos dos hombres, que habían vivido tanto tiempo en comunidad de inteligencia, y cuyos ojos, habituados a ahorrar las expresiones, sabían decirse silenciosamente tantas cosas; aquellos dos viejos amigos, tan nobles ambos en cuanto a corazón, ya que desiguales respecto a fortuna y nacimiento, permanecieron mudos mirándose. Con una sola mirada acababan de leer uno a otro en lo más íntimo de su corazón.

Grimaud llevaba en el rostro la huella de un dolor envejecido por un hálito lúgubre; parecía no tener ya para su uso más que una sola expresión de sus pensamientos.

Como se había habituado en otro tiempo a no hablar, se acostumbraba a no sonreír.

Athos leyó de una mirada todas aquellas alteraciones en el rostro de su fiel criado, y con el mismo tono que habría usado para hablar a Raúl en su sueño:

-Grimaud -dijo-, Raúl ha muerto, ¿no es cierto?

Detrás de Grimaud, los demás criados escuchaban sobresaltados, con los ojos clavados en el lecho del amo.

Oyeron la terrible pregunta, y un silencio escalofriante la siguió.

-Sí. -contestó el viejo, arrancando este monosílabo de su pecho con ronco suspiro.

Entonces eleváronse voces lastimeras que gemían sin reserva y llenaban de lamentos y oraciones la habitación donde aquel padre agonizante buscaba con los ojos el retrato de su hijo.

Aquello fue para Athos como la transición que le condujo nuevamente a su sueño.

Sin exhalar un grito, sin derramar una lágrima, paciente, dulce y resignado como los mártires, levantó los ojos al cielo para ver allí, por segunda vez, elevándose por encima de la montaña de Djidgelli, la sombra querida que se alejaba de él en el momento en que Grimaud había llegado. Indudablemente, al mirar al cielo, al reanudar el hilo de su maravilloso ensueño, recorrió los mismos caminos por donde la visión tan terrible y tan dulce a la vez, le conducía poco ha; porque, después cerrando dulcemente los ojos, los volvió a abrir con la sonrisa en los labios. Acababa de ver a Raúl que le sonreía a su vez.

Con las manos juntas sobre el pecho, la cara vuelta hacia la ventana oreado por el viento fresco de la noche que llevaba a la cabecera de su cama los aromas de las flores y de los bosques, Athos entró para no salir ya, en la contemplación de este paraíso que los vivientes no verán jamás.

Dios quiso abrir seguramente a aquel elegido los tesoros de la beatitud eterna, en la hora en que los demás hombres tiemblan de ser severamente recibidos por el Señor, y que agarran a esta vida que conocen, entre el terror de la otra que entrevén en los sombríos y severos resplandores de la muerte.

Athos iba guiado por el alma limpia y serena de su hijo, que aspiraba el alma paternal. Todo para aquel justo fue melodía y perfume, en el áspero camino que emprendían las almas para volver a la patria celestial.

Transcurrida una hora de aquel éxtasis, levantó Athos sus manos blancas como la cera; la sonrisa no abandonó sus labios, y dijo en voz tan baja que apenas pudo oírsele, estas palabras, dirigidas a Dios o a Raúl:

-¡Aquí me tenéis!

Y sus manos cayeron de nuevo lentamente, como si las hubiese descansado él mismo sobre la cama.

La muerte había sido apacible y cariñosa para aquella excelente criatura. Le había ahorrado los desgarramientos de la agonía, las convulsiones del viaje supremo, abriendo con mano favorable las puertas de la eternidad a aquella alma grande, digna de todos los respetos.

Dios habíalo sin duda ordenado así, para que el recuerdo piadoso de aquella muerte tan dulce se conservase en el corazón de los asistentes y en

la memoria de los demás hombres, fallecimiento que haría amable el tránsito de esta vida a la otra a aquellos cuya existencia temer el juicio final.

Athos conservó aún en el sueño eterno aquella sonrisa plácida y franca, ornamento que debía acompañarle al sepulcro. La serenidad de sus facciones, la calma de su fin, hicieron dudar por mucho tiempo a sus criados que hubiese abandonado la vida.

Los sirvientes del conde quisieron llevarse a Grimaud, que, de lejos, devoraba aquel rostro pálido y no se acercaba por el piadoso temor de llevarle el soplo de la muerte. Pero Grimaud, a pesar de lo cansado que estaba, no quiso alejarse. Sentóse en el umbral, guardando a su amo con la vigilancia de un centinela, y codicioso de recoger su primera mirada al despertar, su postrer suspiro al morir.

Los ruidos se extinguían en toda la casa; y todos respetaban el sueño del señor. Pero Grimaud, poniendo atención, notó que el conde había dejado de respirar.

Incorporóse, las manos puestas sobre el suelo, y, desde su sitio, miró si el cuerpo de su amo hacía algún movimiento.

¡Nada! Asaltóle el temor; levantóse de súbito, y en el mismo instante, oyó pasos en la escalera; un ruido de espuelas golpeadas por una espada, sonido belicoso y familiar a sus oídos, le detuvo al ir a acercarse a la cama de Athos. Una voz aún más vibrante que el cobre y el acero resonó a tres pasos de él.

-¡Athos! ¡Athos! ¡Amigo mío! -gritaba aquella voz conmovida hasta las lágrimas.

-¡Señor de Artagnan! -balbució Grimaud.

-¿Dónde está? -prosiguió el mosquetero.

Grimaud le cogió el brazo entre sus dedos huesudos, y le enseñó el lecho, sobre cuyas sábanas dibujábase la tez lívida del cadáver.

Una respiración angustiosa, lo contrario de un grito agudo, oprimió la garganta de Artagnan.

Adelantóse de puntillas, estremecido, asustado del ruido que hacían sus pisadas, con el corazón desgarrado por una angustia sin igual. Acercó su oído al pecho de Athos, su rostro a la boca del conde. Ni ruido ni aliento. Artagnan retrocedió.

Grimaud, que le había seguido con la vista y para quien cada uno' de sus movimientos encerraba una revelación, fue a sentarse con timidez a los pies de la cama, y pegó sus labios sobre la ropa levantada por los pies rígidos de su amo.

Entonces desprendiéronse abundantes lágrimas de sus ojos enroje-cidos.

Aquel viejo en desesperación, que lloriqueaba encorvado sin proferir una palabra, ofrecía el espectáculo más tierno que Artagnan pudo ver en su vida tan rica de emociones. El capitán quedó de pie en contemplación ante aquel muerto son- riente, que parecía haber guardado su último pensamiento para hacer a su mejor amigo, al hombre a quien más había querido después de Raúl, una afectuosa acogida aun más allá de la vida, y, como para corresponder a aquella suprema lisonja de la hospitalidad, Artagnan fue a besar a Athos en la frente, ;i y, con sus dedos trémulos, le cerró los ojos.

Luego se sentó a la cabecera del lecho, sin temor a aquel muerto que tan dulce y benévolo había sido para él durante treinta y cinco años, y trajo a su memoria los recuerdos que el noble semblante del conde le excitaban, floridos y encantadores unos como aquella sonrisa, sombríos, tristes y helados otros como aquel rostro de ojos cerrados para la eternidad.

De pronto, el amargo torrente que subía de minuto en minuto invadió su corazón y le desgarró el pecho. Incapaz de dominar su emoción, se levantó, y, arrancándose violentamente de aquella cámara donde acababa de encontrar difunto a aquel a quien venía a traer la noticia de la muerte de Porthos, prorrumpió en sollozos desgarradores, que los sirvientes, que sólo parecían aguardar una explosión de dolor, contestaron con sus lúgubres clamores, y los perros del amo con sus lastimeros aullidos.

Grimaud fue el único que no levantó la voz. Aun en el paroxismo de su dolor, no se habría atrevido a profanar la muerte, ni a turbar por primera vez el sueño de su amo. Athos, por otra parte, le había acostumbrado a no hablar nunca.

Al punto de la mañana, Artagnan, que había errado por la sala baja mordiéndose los puños para ahogar los suspiros, subió otra vez la escalera, y, acechando el momento en que Grimaud volvió la cabeza hacia él, le hizo seña de que fuera, lo que el fiel servidor ejecutó sin hacer más ruido que una sombra.

Artagnan volvió a bajar seguido de Grimaud.

Luego que llegó al vestíbulo, cogiendo las manos del viejo:

-Grimaud -dijo-, ya has visto cómo ha muerto el padre; dime ahora cómo ha muerto el hijo. Grimaud sacó del pecho una abultada carta, cuyo sobre iba dirigido a Athos. Reconoció el mosquetero la letra del señor de Beaufort, rompió el sello, y se puso a leer midiendo con sus pasos, a los primeros albores del día, la sombría avenida de añosos tilos hollada por las pisadas aun visibles del conde que acababa de morir.

CXXXII
PARTE DE GUERRA

El duque de Beaufort escribía a Athos. La carta destinada al hombre sólo llegaba al muerto. Dios cambiaba la dirección.

"Mi querido conde, escribía el príncipe con su letra grande de escolar inhábil, una desgracia nos ha herido en medio de un gran triunfo. El rey pierde un soldado de los más bravos. Yo pierdo un amigo. Vos perdéis al señor de Bragelonne.

"Ha muerto gloriosamente, y tan gloriosamente, que no tengo fuerzas para llorarle como quisiera.

"Recibid mis tristes expresiones, mi estimado conde. El Cielo nos distribuye las pruebas según la grandeza de nuestro corazón. Esta es inmensa, pero no por encima de vuestro valor.

"Vuestro fiel amigo:

EL DUQUE DE BEAUFORT."

Aquella carta contenía un relato escrito por uno de los secretarios del príncipe. Era la narración más tierna y verdadera de aquel lúgubre episodio que desenlazaba dos existencias.

Artagnan, habituado a las emociones de la batalla, y cuyo corazón estaba ya acorazado, no pudo menos de estremecerse al leer el nombre de Raúl, el nombre de aquel hijo amado, convertido, como su padre, en una sombra.

Por la mañana, decía el secretario del príncipe, monseñor el duque mandó el ataque. Normandía y Picardía habían tomado posición en las rocas grises dominadas por el talud de la montaña, sobre cuya vertiente elévanse los baluartes de Djidgelli.

El fuego del cañón abrió la batalla; los regimientos avanzaron con gran denuedo; los piqueros llevaban las picas levantadas; los que usaban mosquete el arma al brazo. El príncipe seguía atentamente la marcha y el movimiento de las tropas, dispuesto a apoyarlas con una fuerte reserva.

Al lado de monseñor estaban los más viejos capitanes y sus ayudantes. El señor vizconde de Bragelonne había recibido orden de no separarse de Su Alteza.

Entretanto, el cañón del enemigo, que en un principio había tronado indistintamente contra las masas, había arreglado su fuego, y las balas, mejor dirigidas, habían matado algunos hombres alrededor del príncipe. Los regimientos formados en columna, y que avanzaban contra las fortificaciones, sufrieron bastante, notándose alguna vacilación, en nuestras tropas, que se veían mal secundadas por nuestra artillería. Efectivamente, las baterías establecidas el día anterior, sólo tenían una puntería débil e incierta, en razón de su posición. La dirección de abajo arriba dañaba la precisión y el alcance de los disparos.

Monseñor, comprendiendo el mal efecto de aquella posición de la artillería de sitio, 'mandó a las fragatas ancladas en la pequeña rada comenzar un fuego regular contra la plaza.

Para llevar esta orden, el señor de Bragelonne se ofreció inmediatamente; pero monseñor no quiso acceder a la petición del vizconde.

Monseñor hacía bien, porque amaba a aquel joven caballero y no quería exponer su vida; hacía bien, y los acontecimientos vinieron a justificar su previsión y su negativa; porque apenas llegó a la orilla del mar el sargento a quien el príncipe confió el mensaje solicitado por el señor de Bragelonne, dos tiros de escopeta larga partieron de las filas enemigas y lo dejaron tendido.

El sargento cayó sobre la arena mojada que se empapó en su sangre.

Visto lo cual el señor de Bragelonne, sonrió a m monseñor, que le dijo:

-Ya veis; vizconde, que os salvo la vida. Referídselo luego al conde de la Fére, para que, sabiéndolo por vos mismo, sepa el interés que me tomo por su hijo.

El joven sonrió tristemente y respondió al duque:

-Verdad es, monseñor, que, sin vuestra benevolencia, habría sido muerto allá donde ha caído el pobre sargento, con gran tranquilidad.

El señor de Bragelonne dio esta respuesta con aire tal, que monseñor replicó vivamente:

-¡Buen Dios! Joven, no parece sino que se os hace agua la boca; pero, ¡por el alma de Enrique IV!, he prometido a vuestro padre devolveros vivo, y, si Dios quiere, cumpliré mi palabra.

El señor de Bragelonne ruborizóse, y, en voz más baja:

-Monseñor -dijo-, perdonadme, os lo ruego; siempre he tenido deseo de acudir a las ocasiones, y considero muy grato el distinguirse uno delante de su general, sobre nodo cuando el general es el señor duque de Beaufort.

Monseñor se dulcificó algún tanto, y, volviéndose a sus oficiales que se agrupaban en torno suyo, dio diferentes órdenes.

Los granaderos de los dos regimientos llegaron bastante cerca de los fosos y trincheras para arrojar '. sus granadas, que causaron poco daño.

No obstante, el señor de Estrees, que mandaba la escuadra, vista la tentativa del sargento para acercarse a los buques, comprendió que debía romper el fuego sin esperar órdenes.

Entonces los árabes, viéndose acribillados por las balas de la escuadra y por las ruinas y escombrosj de sus malas murallas, prorrumpieron en gritos espantosos.

Sus jinetes bajaron la montaña al galope, encorvados sobre sus sillas, y se lanzaron a rienda suelta contra las columnas de infantería, que, cruzando las picas, contuvieron aquel fogoso ímpetu. Rechazados por la actitud firme del batallón, los árabes volviéronse con gran furia hacia el atado Mayor que en aquel momento no se hallaba prevenido.

El peligro fue grande: monseñor tiró de la espada; sus secretarios y criados le imitaron; los ofificiales de su comitiva empeñaron un combate con aquellos furiosos.

Entonces fue cuando el señor de Bragelonne pudo satisfacer los deseos que manifestaba desde el principio de la acción. Combatió al lado del príncipe con un vigor de romano, y mató tres árabes con su espadín.

Mas echábase de ver fácilmente que su valor no provenía de un sentimiento de orgullo, natural en todos los que combaten. Su bravura era impetuosa, afectada, hasta forzada; esforzábase por embriagarse entre el ruido y la carnicería. "Llegó a enardecerse de tal suerte, que monseñor le gritó que se contuviese.

Sin duda debió oír la voz de Su Alteza, pues nosotros, que estábamos a su lado, la oímos. Sin embargo, no se contuvo, y continuó corriendo hacia las trincheras.

Como el señor de Bragelonne era un oficial muy sumiso, aquella desobediencia a las órdenes de monseñor sorprendió mucha a todo el mundo, y el señor de Beaufort redobló las instancias, gritando:

,-¡Deteneos, Bragelonne! ¿Adónde vais? ¡Deteneos! ¡Os lo mando! "Todos nosotros, imitando el gesto del señor duque, habíamos levantado la mano. Esperamos a que el jinete volviese bridas; pero el señor de Bragelonne, seguía corriendo hacia las palizadas.

-¡Deteneos, Bragelonne! -repetía el príncipe en voz muy fuerte-. ¡Deteneos en nombre de vuestro padre!

A tales palabras, el señor de Bragelonne, se volvió; su rostro expresaba un vivo dolor, pero no se detenía, y juzgamos que lo arrastraba su caballo.

Cuando el señor duque conoció que el vizconde no era ya dueño de su caballo, y le vio más allá de los primeros granaderos, gritó:

-¡Mosqueteros, matad su caballo!

¿Mas quién podía comprometerse a disparar contra el animal sin tocar al jinete? Nadie se atrevía. A1 fin se presentó uno; era un diestro tirador del regimiento de Picardía, llamado La Luzerne, quien apuntó al corcel, disparó y le hirió en la grupa, porque se vio teñido en sangre su pelo blanco. Pero el maldito animal, en vez de caer, púsose a correr con más furia.

Todo Picardía que veía aquel infortunado joven correr a una muerte cierta gritaba desaforadamente: ,"¡Tiraos a tierra, señor vizconde! ¡A tierra, a tierra, tiraos a tierra!"

El señor de Bragelonne era un oficial muy querido en todo el ejército.

Ya el vizconde había llegado a un tiro de pistola del baluarte; una descarga partió y le envolvió en fuego y humo. Nosotros le perdimos de vista; disipada la humareda, le volvimos a ver, de pie: acababan de matarle el caballo.

Los árabes intimaron al vizconde a rendirse; pero hízoles un signo negativo con la cabeza, y continuó marchando hacia las palizadas.

Era una imprudencia mortal. Sin: embargo, todo el ejército le agradeció que no retrocediera, ya que la desgracia le había conducido hasta allí. Dio todavía algunos pasos, y los dos regimientos aplaudieron.

En aquel instante fue cuando conmovió las murallas una segunda descarga, y el vizconde de Bragelonne desapareció por segunda vez entre el torbellino; pero esta vez, aun cuando el humo se disipó, no le volvimos a ver en pie. Hallábase tendido con la cabeza más baja que las piernas, sobre la maleza, y los árabes empezaron a querer salir de sus trincheras para ir a cortarle la cabeza o coger su cuerpo, como es costumbre entre los infieles.

Pero Su Alteza monseñor el duque de Beaufort había seguido todo aquello con la vista, y aquel triste espectáculo le había arrancado profundos y dolorosos suspiros. Viendo entonces a los árabes correr como fantasmas blancos entre los lentiscos:

-¡Granaderos! ¡Piqueros! -empezó a gritar-. ¿Os dejaréis arrebatar ese noble cuerpo?

Y, al decir estas palabras, blandiendo la espada, emprendió a correr él mismo hacia el enemigo. Los regimientos, lanzándose en pos de él, corrieron a su vez prorrumpiendo en gritos tan terribles como salvajes eran los de los árabes.

Comenzó el combate sobre el cuerpo del señor de Bragelonne, y fue tan encarnizado, que quedaron muertos en el sitio ciento sesenta árabes, al lado de cincuenta por lo menos de los nuestros.

Un teniente de Normandía tomó sobre sus hombros el cuerpo del vizconde, y lo transportó a nuestras líneas.

Mientras tanto seguían las ventajas a nuestro favor; los regimientos se unieron a la reserva, y las palizadas contrarias fueron destrozadas.

A las tres cesó el fuego de los árabes; el combate al arma blanca duró dos horas, y fue una matanza.

A las cinco nos hallábamos triunfantes en todos los puntos; el enemigo había abandonado sus posiciones y el señor duque había hecho poner la bandera blanca sobre el punto culminante del montículo.

Entonces fue cuando pudo pensarse en el señor de Bragelonne, que tenía ocho grandes heridas en el cuerpo, y había perdido casi toda su sangre.

Sin embargo, aún .respiraba, lo cual causó una alegría indecible a monseñor, que quiso asistir en persona a la primera cura del vizconde y a la consulta de los cirujanos.

Hubo dos entre ellos que declararon que el señor de Bragelonne viviría. Monseñor les saltó al cuello y les prometió mil luises a cada uno si le salvaban.

El vizconde oyó aquellos transportes de alegría, y, sea que estuviese desesperado, sea que sufriese de sus heridas, manifestó en su fisonomía una contrariedad que dio mucho en qué pensar, especialmente a uno de los secretarios, así que oyó lo que va a seguir:

El tercer cirujano que llegó era el hermano Silvano de San Cosme, el más sabio de los nuestros. Sondó las llagas y no dijo nada.

"El señor de Bragelonne abría
unos ojos fijos y parecía interrogar cada movimiento, cada idea del sabio cirujano.

Este, preguntado por monseñor, contestó, que de las ocho heridas tres eran mortales, pero que tan fuerte era la constitución del herido, tan fecunda la juventud, tan misericordiosa la bondad de Dios, que quizá se salvaría el señor de Bragelonne, siempre que no hiciese el menor movimiento.

El hermano Silvano añadió, dirigiéndose a sus ayudantes: '-Sobre todo no le mováis, ni con el dedo siquiera, o le mataréis. "Y salimos todos de la tienda con alguna esperanza.

Al salir, creyó advertir uno de los secretarios cierta sonrisa pálida y triste en los labios del vizconde, cuando el señor duque le dijo con voz cariñosa:

-¡Oh vizconde! ¡Te salvaremos!

Pero por la noche, cuando se creyó que el herido debía haber descansado, entró uno de los ayudantes en la tienda, y salió lanzando fuertes gritos.

Acudimos todos en tropel, el señor duque con nosotros, y el ayudante nos mostró el cuerpo del señor de Bragelonne en el suelo, debajo del lecho, bañado en el resto de su sangre.

Las apariencias demostraban que había habido alguna convulsión, algún movimiento febril, y que había caído; y que la caída había acelerado su fin, conforme al pronóstico del hermano Silvano.

Levantóse al vizconde; estaba frío y muerto. Tenía un bucle de cabellos blondos en la mano derecha, y esta mano crispada sobre su corazón.

Seguían los detalles de la expedición y de la victoria obtenida sobre los árabes.

Artagnan detúvose al terminar la narración de la muerte del pobre Raúl.

-¡Oh! -exclamó-. ¡Infortunado hijo! ¡Un suicidio!

Y, volviendo los ojos hacia la habitación del palacio donde dormía Athos el sueño eterno:

-Se han cumplido la palabra mutuamente- dijo en voz baja-. Ahora los hallo felices, pues deben haberse reunido.

Y tomó a pasos lentos el camino de la terraza.

Toda la calle, todos los alrededores se llenaban ya de vecinos desconsolados que se contaban unos a otros la doble catástrofe y se preparaban a los funerales.

CXXXIII
ÚLTIMO CANTO DEL POEMA

Al día siguiente se vio llegar a toda la nobleza de las cercanías y de la provincia, a medida que los mensajeros iban llevando la noticia. Artagnan había permanecido encerrado sin querer hablar a nadie. Dos pérdidas tan sensibles que caían sobre el capitán, después de la muerte de Porthos, habían abatido para largo tiempo aquel espíritu hasta entonces infatigable.

A excepción de Grimaud, que entró en su habitación una vez, el mosquetero no vio a criados ni a comensales; pero, en el ruido de la casa, en el movimiento de idas y venidas, creyó conocer que se estaba disponiendo lo necesario para los funerales del conde, y escribió al rey pidiéndole que le prolongase la licencia.

Grimaud, según hemos dicho, entró en el cuarto de Artagnan, se sentó en un escabel como quien medita profundamente, y, levantándose después, hizo una seña a Artagnan para que le siguiese.

Este obedeció en silencio. Grimaud bajó hasta el dormitorio del conde, mostró con el dedo al capitán el lecho vacío, y elevó elocuentemente los ojos al cielo.

-Sí -replicó Artagnan-, sí, buen Grimaud; al lado del hijo a quien tanto amaba.

Grimaud salió de la habitación y llegó al salón, donde, según los usos de la provincia, debía colocarse de cuerpo presente el cadáver antes de sepultarlo para siempre.

Artagnan sorprendióse de ver dos ataúdes abiertos en el salón; acercóse, a una muda invitación de Grimaud, y vio en uno de ellos a Athos, bello hasta en la muerte, y en el otro a Raúl, con los ojos cerrados, las mejillas nacaradas como el Palas de Virgilio, y la sonrisa en sus labios morados.

Estremecióse al ver al Padre y al hijo, aquellas dos almas desgraciadas, representadas en la tierra por dos tristes cadáveres incapaces de unirse, por juntos que estuviesen uno a otro.

-¡Raúl aquí! -murmuró-. ¡Oh! ¡Grimaud, nada me habéis dicho de eso!

Grimaud meneó la cabeza y no respondió; pero; tomando a Artagnan de la mano, le condujo al ataúd y le mostró bajo el delgado sudario las negras heridas por los cuales había debido volar la vida.

El capitán volvió la vista, y juzgando inútil preguntar a Grimaud que no respondería, recordó que el secretario del señor Beaufort había escrito más de lo que él había tenido valor para leer.

Volviendo, pues, a tomar la relación de la batalla que había costado la vida a Raúl, encontró estas palabras que formaban el ultimo párrafo de la carta:

"El señor duque ha ordenado que el cuerpo del señor vizconde sea embalsamado, como se practica entre los árabes cuando sus cuerpos han de ser trasladados a la tierra natal, y el señor duque ha destinado relevos para que un sirviente de confianza, que había criado al joven, pueda conducir su ataúd al conde de la Fére."

Así -pensó Artagnan-, seguiré tus funerales, mi querido hijo, yo, que soy ya viejo y no valgo nada sobre tierra, y esparciré el polvo sobre la frente que besaba aún no hace dos meses. Dios lo ha querido; tú también. No tengo ni derecho a llorar; tú has elegido la muerte, habiéndote parecido preferible a la vida.

Llegó finalmente el momento en que los fríos despojos de aquellos dos caballeros debían ser devueltos a la tierra.

Acudió tal afluencia de hombres de guerra y del pueblo, que, hasta el lugar de la sepultura, una capilla en la llanura, el camino de la ciudad se vio lleno de jinetes y peatones, en traje de duelo.

Athos había elegido para su última morada el pequeño recinto de aquella capilla, erigida por él en los confines de sus tierras. Había hecho venir las piedras, talladas en 1550, de un vetusto castillo gótico, situado en el Berri, y que había albergado a su primera juventud.

La capilla, reedificada y transportada de aquel modo, se ostentaba risueña bajo un grupo de álamos y sicómoros. Hallabase servida todos los domingos por el párroco de la aldea inmediata, a quien Athos tenía señalada una renta de doscientas libras al efecto, y todos lo vasallos, en número casi de cuarenta, los labradores y arrendatarios con sus familias, iban allí a oír misa en vez de ir a la ciudad.

Detrás de la capilla extendíase, encerrado en dos grandes setos de avellanos, saúcos y ojicantos, rodeados de un foso profundo, el pequeño recinto, inculto, pero alegre en su esterilidad, porque los musgos se hallaban en él muy crecidos, los heliotropos y los alelíes amarillos esparcían allí sus perfumes, y bajo los castaños brotaba un manantial, preso en una cisterna de mármol, y sobre los tomillos que había alrededor, venían a posarse millares de abejas de todas las llanuras vecinas, en tanto que los pinzones y petirrojos gorjeaban locamente sobre las flores del seto.

Allí fue adonde condujeron los dos féretros en medio de un gentío silencioso y recogido.

Terminado el Oficio de difuntos y dada la última despedida a aquellos dos nobles muertos, se dispersó la concurrencia, hablando por los caminos de las virtudes y de la dulce muerte del padre, de las esperanzas que daba el hijo, y del triste fin que había tenido en la costa de África.

Y, paulatinamente, se apagaron los rumores como velas encendidas bajo la humilde nave. El párroco saludó por última vez al altar y a las

tumbas recientes todavía; luego, seguido de su asistente, que tocaba una ronca campanilla, volvió lentamente al presbiterio.

Artagnan se quedó solo, y advirtió que la noche se iba echando encima.

Había olvidado la hora pensando en los muertos.

Levantóse del banco de encina donde se había sentado en la capilla, y quiso, como el sacerdote, ir a dar su postrer adiós a la doble fosa que encerraba a sus amigos perdidos.

Una mujer rezaba arrodillada sobre aquella tierra húmeda. Artagnan se detuvo en el umbral de la capilla para no turbar a aquella mujer, y también para tratar de ver quién era la amiga piadosa que venía a cumplir aquel deber con tanto celo y perseverancia.

La desconocida ocultaba el rostro entre sus manos, blancas como de alabastro. En la noble sencillez de su traje adivinábase a la mujer de distinción. A la parte de afuera, varios caballos montados por criados y una carroza de viaje esperaban a aquella dama. Artagnan procuraba inútilmente adivinar lo que la detenía.

La dama seguía rezando, y, a menudo, se pasaba el pañuelo por la cara.

Artagnan comprendió que lloraba. Vio que se golpeaba el pecho con la inflexible compunción de la mujer cristiana, y oyóla proferir repetidas veces este grito nacido de un corazón ulcerado: "¡Perdón! ¡Perdón!"

Y como pareciese entregada enteramente a su dolor, hasta el punto de caer medio desmayada en medio de sus ayes y oraciones, Artagnan, conmovido por amor a sus amigos tan sentidos, dio algunos pasos hacia la tumba a fin de interrumpir el siniestro coloquio de la penitente con los muertos.

Mas apenas se hizo oír su pie sobre la arena, la desconocida levantó la cabeza y dejó ver a Artagnan un rostro inundado en lágrimas, un rostro amigo.

¡Era la señorita de La Valliére!

-¡Señor de Artagnan! -murmuró.

-¿Vos? -respondió el capitán con voz sombría-. ¡Vos aquí! ¡Oh! Señora, mejor hubiera querido veros adornada de flores en la quinta del conde de la Fére. ¡Menos habríais llorado entonces, y ellos, y yo!

-¡Señor! -dijo ella sollozando.

-Porque vos sois -añadió el inflexible amigo de los muertos-, vos sois la que habéis llevado a esos dos hombres al sepulcro.

-¡Oh! ¡Sed indulgente!

-No permita Dios, señorita, que yo ofenda a una mujer, o que la haga llorar en vano; pero debo decir que el sitio del asesino no es la tumba de las víctimas.

La joven quiso contestar.

-Lo que os digo aquí –añadió fríamente-, se lo diría al rey. La joven juntó las manos.

-Sé -dijo- que he causado la muerte del vizconde de Bragelonne.

-¡Ah! ¿Lo sabéis?

-Ayer llegó la noticia a la Corte. He hecho desde esa noche, en dos horas, cuarenta leguas para venir a pedir perdón al conde, a quien creía aún

con vida, y para suplicar a Dios, sobre la tumba de Raúl, que me envíe todas las desgracias que merezco, excepto una sola. Ahora, señor, sé que la muerte del hijo ha producido la del padre; tengo dos crímenes de que acusarme y dos castigos que aguardar de Dios.

-Os repetiré, señorita -dijo Artagnan-, lo que me dijo de vos, en Antibes, el señor de Bragelonne, cuando ya meditaba su muerte:

"Si la han arrastrado el orgullo y la coquetería, la perdono despreciándola. Si el amor la hizo sucumbir, la perdono jurándole que nadie la habría amado nunca tanto como yo.

-Ya sabéis -interrumpió Luisa-, que, por mi amor, iba a sacrificarme yo misma; ya sabéis si he sufrido cuando me encontrasteis perdida, moribunda, abandonada. Pues bien, jamás he sufrido tanto como hoy, porque entonces esperaba, deseaba, y hoy nada tengo que desear: porque ese muerto se lleva toda mi alegría a su tumba; porque no me atrevo a amar sin remordimientos, y porque, lo conozco, aquel a quien amo, ¡oh, ésa es la ley!, me causará los tormentos que yo he hecho sufrir a los otros.

Artagnan no respondió; conocía demasiado que la joven no se engañaba.

-Pues bien -añadió ella-, querido señor de Artagnan, no me abruméis hoy, os lo ruego. Soy como la rama desprendida del tronco: nada hay que me dé apego al mundo, y una corriente me arrastra no sé dónde. Amo locamente, amo hasta el punto de venir a decirlo, impía, sobre las cenizas de este muerto, y no me avergüenzo ni siento remordimientos por ello. Este amor es para mí una religión. Pero como más adelante me veréis sola, olvidada, desdeñada; como me veréis castigada de lo que vos estáis destinado a castigar, sed indulgente en mi efímera felicidad; dejadme por algunos días, por algunos minutos. Tal vez no exista ya la hora en que os estoy hablando. ¡Dios mío! ¡Tal vez ese doble asesinato se halla expiado ya!
Aún estaba hablando la joven, cuando llamó la atención del capitán un ruido de voces y pisadas de caballos.

Un oficial del rey, el señor de Saint-Aignan, venía a buscar a La Valliére de parte de Su Majestad, a quien roían, dijo, los celos y la inquietud. Saint-Aignan no vio a Artagnan medio oculto por el tronco de un castaño que cubría con su sombra las dos tumbas.

Luisa le dio las gracias y le despidió con un gesto. El gentilhombre salió fuera del recinto.

-Ya veis, señora -dijo acremente el capitán a la joven-, que vuestra felicidad dura todavía.

La joven se levantó con aspecto solemne.

-Algún día -dijo- os arrepentiréis de haberme juzgado tan mal, y ese día, señor, seré yo la que pida a Dios que olvide lo injusto que habéis sido conmigo. Por lo demás, tanto sufriré, que vos seréis el primero en compadecerme. No me reprochéis esa felicidad, señor de Artagnan; me cuesta cara y no he pagado todavía mi deuda.

Al pronunciar estas palabras, se arrodilló dulce y afectuosamente.

-Perdón, por ultima vez, mi prometido Raúl -dijo-. Yo he roto nuestra cadena: los dos estamos destinados a morir de dolor. Tú has partido el primero: no temas, te seguiré. Advierte, sin embargo, que no he sido una infame y que he venido a darte este supremo adiós. El Señor me es testigo,

Raúl, de que si hubiese sido necesaria mi vida para rescatar la tuya, la hubiese dado sin titubear. No podía dar mi amor. ¡Por última vez, perdón!

Cogió una rama y la clavó en la tierra, luego, enjugó sus ojos empapados en lágrimas, saludó a Artagnan y desapareció.

El capitán vio cómo se marchaban caballos, jinetes y carroza, y, cruzando los brazos sobre su pecho dilatado:

-¿Cuándo me tocará a mí marchar? -dijo con voz emocionada-. ¿Qué le queda al hombre después de la juventud, del amor, de la gloria, de la amistad, de la fuerza, de la riqueza?... ¡Esa roca, bajo la cual duerme Porthos, que poseyó cuanto acabo de nombrar; ese musgo, bajo el cual reposan Athos y Raúl, que poseyeron mucho más todavía!

Vaciló un momento, atónita la mirada; luego irguiéndose:

-Adelante siempre -dijo-. Cuando llegue la hora, Dios me lo dirá cómo lo ha dicho a los otros. Tocó con la punta de los dedos la tierra humedecida por el rocío de la noche, persignóse como si hubiese tomado agua bendita en una iglesia, y prosiguió solo, solo para siempre, el camino de París.

EPÍLOGO

Cuatro años después de la escena que acabamos de describir, dos jinetes con buenas cabalgaduras atravesaron Blois cierto día y fueron a disponer todo lo indispensable para una cacería en grande que el rey quería hacer en aquella llanura accidentada que divide en dos el Loira, y que confina por un lado con Meung y por el otro con Amboise.

Eran el capitán de los lebreles del rey y el halconero, personajes muy respetados en tiempos de Luis XIII, pero un tanto descuidados por su sucesor.

Aquellos dos jinetes, después de haber recorrido el terreno, regresaban, hechas sus observaciones, cuando vieron unos pequeños grupos de soldados que los sargentos colocaban de trecho en trecho en las entradas de los cercados. Aquellos soldados eran los mosqueteros del rey.

Detrás de ellos venía, sobre brioso caballo, el capitán, fácil de reconocer por sus bordados de oro. Tenía los cabellos grises, la barba algo cana. Parecía un tanto encorvado, a pesar de que manejaba su caballo con desembarazo y todo lo inspeccionaba en torno suyo.

-El señor de Artagnan no envejece -dijo un capitán de los lebreles a su colega el halconero-; con diez años más que nosotros, parece un cadete a caballo.

-Verdad es -repuso el halconero-; veinte años hace que le veo siempre el mismo.

Aquel oficial se equivocaba: Artagnan, en cuatro años, había envejecido doce.

La edad imprimía sus inexorables huellas en cada ángulo de sus ojos; su frente habíase hecho más espaciosa, y sus manos, morenas y nerviosas antes, blanqueaban como si la sangre comenzara a enfriarse en ellas.

Artagnan se acercó a los interlocutores con el aire de afabilidad que distingue a los hombres superiores. A cambio de su cortesanía recibió dos saludos llenos de respeto.

-¡Ah! ¡Dichosa suerte veros por aquí, señor de Artagnan! -exclamó el halconero.

-Más bien me toca a mí decir eso, señores -replicó el capitán-; porque, en nuestros días, se sirve el rey con más frecuencia de sus mosqueteros que de sus aves.

-No es ahora como en los buenos tiempos -suspiró el halconero-. ¿Os acordáis, señor de Artagnan, de cuando el difunto rey corría las urracas en las viñetas del otro lado de Beaugency? ¡Pardiez! En aquellos tiempos no erais capitán de mosqueteros, señor de Artagnan.

-Y vos no erais mas que cabo segundo de terzuelos -replicó Artagnan jovialmente-. Mas no importa, eran los nuevos tiempos, porque los buenos tiempos son siempre los de la juventud... ¡Buenos días, señor capitán de lebreles!

-Reconocido, señor conde -dijo éste.

Artagnan nada respondió. Aquel título de conde no le había afectado: Artagnan era conde hacía cuatro anos.

-¿Estáis muy fatigado del largo camino que habéis hecho, señor capitán? -continuó el halconero-. Me parece que son doscientas leguas las que hay de aquí a Pignerol.

-Doscientas sesenta de ida y otras tantas de vuelta -dijo tranquilamente Artagnan.

-Y... ¿sigue bien? -prosiguió el halconero en voz baja..

-¿Quién? -preguntó Artagnan.

-El pobre señor Fouquet -continuó en voz baja el halconero.

El capitán de los lebreles se había apartado por discreción.

-No -contestó Artagnan-; el pobre hombre se aflige profundamente; no comprende que la prisión sea un favor, y dice que el Parlamento le había absuelto desterrándole, y que el destierro es la libertad. No se figura que se había jurado su muerte, y que, salvar la vida de las garras del Parlamento, es ya deber mucho a Dios.

-¡Ah! Sí, el pobre hombre ha rozado el cadalso -respondió el halconero-; dicen que el señor Colbert había dado ya órdenes al efecto al-alcaide de la Bastilla, y que se había mandado su ejecución.

-¡Al fin! -dijo Artagnan con aire pensativo y como para cortar la conversación.

-¡Al fin! -replicó el capitán de los lebreles acercándose-. Ya tenemos al señor Fouquet en Pignerol, y se lo merece; le ha cabido la suerte de haber sido conducido allí por vos, bastante ha robado al rey.

Artagnan lanzó al oficial de los perros una mirada severa y le dijo.

-Señor, si me viniesen a decir que os habíais comido la corteza de pan de vuestras galgas, no sólo no lo creería, sino que aun cuando fuerais condenado por eso al calabozo, os compadecería y no permitiría que hablasen mal de vos. Sin embargo, señor, por muy honrado que seáis, os aseguro que no lo sois más que el pobre señor Fouquet.

Al oir aquella rociada, el capitán de los perros del rey bajó la cabeza y dejó al halconero que se acercase dos pasos mas que él al señor de Artagnan.

-Está ufano -dijo el halconero por lo bajo al mosquetero-: bien se conoce que los galgos están hoy a la moda; si fuese halconero no hablaría de la misma manera.

Artagnan sonrió melancólicamente al ver resuelta aquella gran cuestión política por el descontento de un interés tan humilde; reflexionó un instante todavía sobre la hermosa existencia del superintendente, el hundimiento de su fortuna, y la lúgubre muerte que le aguardaba, y, para concluir:

-¿Era el señor Fouquet -preguntó-, aficionado a pajareras?

-¡Oh! Señor, apasionadamente -respondió el halconero con un tono de amargo pesar y un suspiro que fue la oración fúnebre de Fouquet.

Artagnan dejó pasar el mal humor del uno y la tristeza del otro, y continuó avanzando en la llanura.

Veíase ya a lo lejos asomar a los cazadores en las salidas del bosque, a los penachos de los escuderos pasar como estrellas errantes por los claros, y a los caballos blancos cortar con sus luminosas apariciones '
las sombrías espesuras de las matas

-¿Pero nos proporcionaréis una larga caza? -preguntó Artagnan- Quisiera que nos echaseis pronto el ave, pues estoy muy cansado. ¿Es un garza real o un cisne?

-Lo uno y lo otro, señor de Artagnan -dijo el halconero-; mas no tengáis cuidado, que el rey no es conocedor; no caza por él, sino porque se diviertan las damas.

Esta palabra damas fue dicha con tal acento, que hizo aguzar el oído a Artagnan.

-¡Ah! -exclamó mirando al halconero con aire sorprendido.

El capitán de los lebreles sonreía, sin duda para congraciarse con el mosquetero.

-¡Oh! Réios cuanto queráis -repuso Artagnan-; pero nada sé en punto a noticias; llegué ayer después de un mes de ausencia. He dejado la Corte entristecida aún por la muerte de la reina madre. El rey no quería divertirse desde que recibió el último suspiro, de Ana de Austria; pero todo acaba en este mundo. ¡Si ya no está triste, tanto mejor!

-Y todo comienza también -dijo el capitán de los lebreles con risa socarrona.

-¡Ah! -exclamó por segunda vez Artagnan deseoso de saber, pero a quien la dignidad prohibía interrogar a un inferior-. Según eso, ¿hay algo que comienza?

El capitán hizo un guiño significativo. Pero Artagnan no quería saber nada de aquel hombre.

-¿Se podrá ver al rey temprano? -preguntó al halconero.

-A las siete, señor, lanzaré las aves.

-¿Quién viene con el rey? ¿Cómo va Madame? ¿Cómo está la reina?

-Mejor, señor.

-¿Es que ha estado enferma? Desde el último pesar que tuvo Su Majestad, ha quedado muy delicada.

-¿Qué pesar? No temáis decírmelo, mi querido señor. Acabo de llegar.

-Parece que la reina, un tanto abandonada desde que murió su suegra, se quejó de ello al rey, el cual le contestó: ¿Es que no me acuesto con vos todas las noches, señora? ¿Qué más necesitáis?

-¡Ah! -dijo Artagnan-. ¡Pobre mujer! Mucho debe odiar a la señorita de La Valliére.

-¡Oh! No, a la señorita de La Valliére, no -contestó el halconero.

-¿Pues a quién?

La bocina interrumpió aquella conversación. Llamaban a los perros y a las aves. El halconero y su camarada picaron espuela inmediatamente y dejaron a Artagnan con la palabra en la boca.

A los lejos aparecía el rey rodeado de damas y jinetes. Toda aquella comitiva avanzaba al paso, con el mayor orden, y las bocinas y trompas animaban a los perros y caballos.

Era aquello un movimiento. un ruido, un espejo de luz del que hoy nada puede dar idea, si no es la vanidosa opulencia y la mentida majestad del aparato escénico.

Artagnan, con vista ya un tanto debilitada, distinguió tras el grupo tres carrozas; la primera era la de la reina. Estaba vacía.

Artagnan, que no vio 'a la señorita de La Valliére al lado del rey, la buscó y la vio en la segunda carroza.

Iba sola con dos mujeres que parecían tan aburridas como su ama. A la izquierda del rey, sobre fogoso caballo, hábilmente manejado, brillaba una mujer de sorprendente belleza.

El rey le sonreía, y ella sonreía al rey.

Cuando aquella joven hablaba, todo el mundo reía a carcajadas.

-Yo conozco a esa mujer -se dijo- el mosquetero-. ¿Quién es?

Y se inclinó hacia su amigo el halconero, a quien hizo la pregunta. Iba éste a contestar, cuando viendo el rey a Artagnan:

-¡Ah, conde! -dijo-. ¿Estáis ya de vuelta? ¿Cómo no os he visto?

-Majestad -contestó el capitán-, porque Vuestra Majestad dormía cuando llegué, y no había despertado cuando entré de servicio esta mañana.

-Siempre el mismo -dijo Luis en voz alta y satisfecho-. Ahora os mando que descanséis, y luego venid a comer conmigo.

Un murmullo de admiración rodeó al capitán como una inmensa caricia. Y todos se agruparon en derredor suyo. Comer con el rey era un honor que Su Majestad no prodigaba como Enrique IV. El rey dio algunos pasos adelante, y Artagnan se vio detenido por otro grupo en medio del cual brillaba Colbert.

-Buenos días, señor de Artagnan -le dijo el ministro con afable cortesanía-. ¿Habéis tenido buen viaje?

-Sí, señor -dijo Artagnan saludando, hasta el cuello de su caballo.

-He oído que el rey os ha convidado a su mesa para esta tarde -continuó el ministro-, y allí hallaréis a un antiguo amigo vuestro.

-¿Un antiguo amigo mío? -preguntó Artagnan removiendo con pena las sombrías ondas del pasado, donde se habían sumido para él tantas amistades y tantos odios.

-El señor duque de Alameda, que ha llegado esta mañana de España -respondió Colbert.

-¿El duque de Alameda? -repuso Artagnan suspenso.

-¡Yo! -exclamó un viejo blanco como la nieve y encorvado en su carroza, que hizo abrir para abrazar al mosquetero.

-¡Aramis! -gritó Artagnan estupefacto.

Y dejó, en su misma inercia, que el flaco brazo del anciano señor rodease trémulo su cuello.

Colbert, después de observar un instante en silencio, espoleó a su caballo y dejó a los viejos amigos frente a frente.

-Así -dijo el mosquetero cogiendo el brazo de Aramis-, vos, el desterrado, el rebelde, ¿estáis en Francia?

-Y como con vos en la mesa del rey -replicó sonriendo el obispo de Vannes-. Veo que os preguntáis, ¿de qué sirve la fidelidad en este mundo? Dejemos pasar la carroza de esa pobre La Valliére. ¡Mirad, qué inquieta está! ¿Cómo sus ojos, marchitos por las lágrimas, siguen al rey, que va por allí a caballo!

-¿Con quién?

-Con la señorita de Tonnay-Charente, ahora madame de Montespán -contestó Aramis.

-Está celosa, y eso me hace creer que se ve engañada.

-Aún no, Artagnan; pero no tardará en suceder.

Conversaron juntos siguiendo la cacería, y el cochero de Aramis los condujo tan hábilmente que llegaron en el momento en que el halcón alcanzando el ave, la obligaba a abatirse y caía sobre ella.

El rey echó pie a tierra, y madame de Montespán le imitó. Habían llegado ante una canilla aislada, oculta entre enormes árboles deshojados ya por los primeros vientos del otoño. Detrás de aquella capilla había un recinto cerrado por una verja.

El halcón había obligado a la presa a caer en el recinto contiguo a aquella capilla, y Luis quiso penetrar en él para coger la primera pluma, según costumbre.

Todos hicieron círculo alrededor del edificio y de los setos, demasiado estrechos para recibir a tantas personas.

Artagnan retuvo a Aramis, que quería bajar de la carroza, como los demás, y con acento cortado:

-¿Sabéis Aramis -dijo-, adónde la casualidad nos ha traído?

-No -contestó el duque.

-Aquí reposan personas a quienes he conocido -dijo Artagnan, emocionado por un triste recuerdo. Aramis, sin adivinar y con paso trémulo, penetró en la capilla por una portecilla que le abrió Artagnan.

-¿Dónde están sepultados? -dijo.

-Allí, en el recinto. ¿Veis una cruz debajo de aquel pequeño ciprés? Ese ciprés está plantado sobre su tumba; no vayáis; el rey acaba de entrar: la garza real ha caído allí.

Aramis detúvose y se ocultó en la sombra. Entonces vieron, sin ser vistos, la pálida figura de La Valliére, que, olvidada en su carroza, había mirado primero melancólicamente a su portezuela; luego arrastrada por los celos, se había adelantado hacia la capilla, donde, apoyada contra un pilar, contemplaba en el recinto al rey sonriente que hacía señas a madame de Montespán para que se acercase sin miedo.

Madame de Montespán se aproximó; asió la mano que le ofrecía el rey, y éste, arrancando la primera pluma de-la garza real que el halcón acababa de estrangular, la prendía al sombrero de su linda compañera.

La joven, entonces, sonriendo a su vez, besó tiernamente la mano que le hacía aquel presente.

El rey enrojeció de placer, y miró a Madame de Montespán con el fuego del deseo y del amor.

-¿Qué me daréis vos en cambio? -dijo él.

Ella cortó uno de los penachos del ciprés y se lo ofreció al rey, ebrio de esperanza.

-Triste es el regalo -dijo en voz baja Aramis a Artagnan- porque ese ciprés da sombra a una tumba.

-Sí, y esa tumba es la de Raúl de Bragelonne -dijo Artagnan en voz alta-; de Raúl, que duerme bajo esa cruz al lado de su padre Athos.

Oyóse un gemido detrás de ellos, y vieron caer desmayada a una mujer. La señorita de La Valliére, que todo lo habla visto, acababa de oírlo todo.

-¡Pobre mujer! -murmuró Artagnan, que ayudó a sus doncellas a transportarla a la carroza-. A ella le toca ahora sufrir!

Por la tarde, en efecto, Artagnan se sentaba a la mesa del rey, entre el señor Colbert y el señor duque de Alameda.

El rey estuvo alegre. Tuvo mil atenciones con la reina y mil ternezas con Madame, sentada a su izquierda y muy triste. Parecían correr aquellos tiempos de calma en que el rey buscaba en los ojos de su madre la aprobación o desaprobación de lo que decía.

En aquella comida no se habló de queridas. El rey dirigió dos o tres veces la palabra a Aramis, llamándole señor embajador, lo cual aumentó la sorpresa que ya experimentaba Artagnan de ver a su amigo, el rebelde, tan bien admitido en la Corte.

El rey, al levantarse de la mesa, ofreció la mano a la reina, e hizo una seña a Colbert, cuyos ojos espiaban los del amo.

Colbert hizo rancho aparte con Artagnan y Aramis. El rey púsose a hablar con su hermana, en tanto que Monseñor, inquieto, conversaba con la reina, sin apartar la vista de su esposa y de su hermano.

La conversación entre Aramis, Artagnan y Colbert, versó sobre diversos temas. Hablaron de los ministros anteriores; Colbert se refirió al ministro Mazarino, y se hizo contar algo de Richelieu.

Artagnan no podía menos de admirar la gran profundidad y el buen humor que se encerraba en aquel hombre de espesas cejas y pequeña frente. Aramis se complacía en ver aquel despejo que permitía a un hombre retrasar ventajosamente el momento de una conversación más seria, a la que nadie hacía alusión, no obstante conocer su inminencia los tres interlocutores.

Adivinábase, en la fisonomía contrariada de Monsieur, lo mucho que le incomodaba la conversación del rey y de Madame. Esta tenía casi encordados los ojos. ¿Iría quizás a quejarse? ¿Iría a armar algún pequeño escándalo ante toda la Corte?

El rey la llevó aparte, y, en un tono tan dulce, que debió recordar a la princesa los días en que la amaban por ella misma:

-Hermana mía -dijo-, ¿por qué han llorado esos hermosos ojos?

-Señor... -dijo ella.

-Monsieur está celoso, ¿no es así, hermana mía?

Ella miró hacía donde estaba Monsieur, señal infalible que advirtió al príncipe que se ocupaban de él.

-Sí... -contestó Enriqueta.

-Escuchadme -repuso el rey-, si vuestros amigos os, comprometen, no es culpa de Monsieur.

Pronunció estas palabras con tal dulzura, que Madame, animada, cuando tantos pesares soportaba hacía tiempo, estuvo a punto de romper en lágrimas, a fuerza de oprimírsele el corazón.

-Vamos, vamos, querida hermana mía -dijo el rey-; referidme vuestros pesares; a fe de hermano, los compadezco, y a fe de rey, pondré término a ellos.

Ella levantó sus lindos ojos; y con melancolía:

-No son mis amigos los que me comprometen -dijo-, por que están ausentes u ocultos, y los han hecho incurrir en la desgracia de Vuestra Majestad, siendo tan adictos, tan buenos, tan leales.

-¿Eso lo decís por Guiche, a quien hice desterrar a petición de Monsieur?

-¡Y que desde ese injusto destierro, busca cada día ocasiones de hacerse matar!

-¿Injusto decís, hermana mía?

-Injusto de tal modo, que si no hubiera profesado a Vuestra Majestad el respeto mezclado de amistad que he tenido siempre...

-¿Qué?

-Habría pedido a mi hermano Carlos, con quien todo lo puedo... Luis se estremeció.

-¿Qué?

-Le habría pedido haceros presente que Monsieur y su favorito, el señor caballero de Lorena, no deben constituirse impunemente en verdugos de mi honor y de mi felicidad.

-¿El caballero de Lorena? -dijo el rey-. ¿Esa sombría figura?

-Es mi mortal enemigo. En tanto que ese hombre viva en mi casa, donde Monsieur le retiene y le da plenos poderes, yo seré la, ultima mujer de este reino.

-De suerte -dijo el rey con lentitud-, que llamáis a vuestro hermano de Inglaterra mejor amigo que yo...

-Señor, los hechos hablan.

-Y preferiríais ir a pedir auxilio a...

-¡A mi país! -dijo ella con orgullo-. Sí, señor.

El rey contestó:

-Sois nieta de Enrique IV como yo, amiga mía. Primo y cuñado vuestro, ¿no vale tanto como ser el cual, lleno de inquietud, iba a su vuestro hermano camal?

-Entonces -repuso Enriqueta-, obrad.

-Hagamos alianza.

-Comenzad.

-¿Decís que he desterrado injustamente a Guiche?

-¡Oh, sí! -dijo la princesa ruborizándose.

-Guiche volverá.

-Bien.

-Y ahora, ¿decís que soy culpable de dejar en vuestra casa al caballero de Lorena, que da contra vos malos consejos a Monsieur.

-Tened bien presente lo que os voy a manifestar: el caballero de Lorena, un día... Mirad, si llegó a tener un fin desgraciado, recordad que de antemano acuso al caballero de Lorena. .. ¡es un alma capaz de cualquier crimen!

-El caballero de Lorena no os incomodará más, yo os lo prometo.

-Entonces eso es un verdadero preliminar de alianza señor; la firmo... Mas, ya que habéis dicho lo que haréis por vuestra parte, decid lo que yo debo hacer por la mía.

-Que en lugar de malquistarme con vuestro hermano. Carlos, sea yo su amigo más íntimo que nunca.

-Eso es fácil.

-¡Oh! No tanto como creéis; porque con la amistad común, se abraza, se obsequia, y eso cuesta solamente un beso o un sarao, gastos fáciles, pero, en la amistad política...

-¡Ah! ¿Es una amistad política?

-Sí, hermana mía, y entonces, en vez de abrazos y festines, lo que hay que proporcionar al amigo son soldados, armados y equipados, buques con cañones y víveres. De ahí resulta que no siempre se hallan los cofres dispuestos para hacer esas amistades.

-¡Ah! Tenéis razón -dijo Madame-. Los cofres del rey de Inglaterra son algo sonoros hace algún tiempo.

-Pero vos, hermana mía, que tenéis tanta influencia con vuestro hermano, obtendréis quizá lo que un embajador no obtendrá jamás.

-Para eso sería necesario que yo fuese a Londres, querido hermano. -Ya lo había pensado -repuso con viveza el rey-, y me había dicho que ese viaje os proporcionaría una distracción.

-No hay más contra -interrumpió Madame-, sino que es posible que yo fracase. El rey de Inglaterra tiene consejeros peligrosos.

-Consejeras, querréis decir.

-Precisamente. Si, por ventura, Vuestra Majestad tuviese la intención... y no hago más que suponer ... dé pedir a Carlos II su alianza para una guerra...

-¿Para una guerra?

-Sí. Pues bien, entonces, las consejeras del rey, que son en número de siete, la señorita Stewart, la señorita Vells, la señorita Gwyn, mis Orchay, la señorita Zunga, mis Dawis, y la condesa de Castelmaine, harán saber al rey que la guerra cuesta mucho dinero, que vale más dar bailes y comidas en Hampton-Count, que equipar navíos de línea en Portsmouth y en Greenwich.

-¿Luego fracasara vuestra negociación?

-¡Oh! Esas damas hacen fracasar todas las negociaciones que ellas no llevan.

-¿Sabéis qué idea se me había ocurrido, hermana querida?

-No. Decid.

-Pues que buscando bien el lado vuestro, tal vez se hallase una consejera que enviar al lado del rey, cuya elocuencia paralizase la mala voluntad de las otras siete.

-Es, en efecto, una idea, señor... y busco...

-Encontraréis.

-Lo espero.

-Sería necesario que fuese una persona hermosa: más vale un rostro agradable que uno deforme, ¿no es cierto?

-Seguramente.

-¿Un genio vivo, despejado, audaz?

-Sí, por cierto.

-En cuanto a nobleza... lo bastante para aproximarse sin cortedad al rey, y no tanto que pueda creer comprometida su dignidad de estirpe.

-Muy exacto.

-Y... que supiera algo de inglés.

-¡Dios mío! -exclamó con viveza Madame-. Una persona como la señorita de Keroualle, por ejemplo.

-Cabal -dijo Luis XIV-; habéis encontrado... habéis encontrado vos, hermana mía.

-La llevaré conmigo. Creo que no tendrá motivos para quejarse. -No; la nombro desde luego seductora plenipotenciaria, y añadiré las rentas al título...

-Bien.

-Que os veo ya en camino, querida hermana, y consolada de toda vuestras penas.

-Partiré con dos condiciones: la primera es que he de saber lo que tengo que negociar.

-Os lo diré. Los holandeses, como sabéis, me insultan cada día en sus gacetas y con su actitud republicana. No me gustan las repúblicas.

-Lo concibo, señor.

-Veo con disgusto que esos reyes del mar, como ellos se llaman, tienen el comercio de Francia en las Indias, y que sus barcos ocuparán muy pronto todos los puertos de Europa, semejante fuerza está demasiado cerca, hermana mía.

-Sin embargo, son vuestros aliados.

-Por eso han obrado muy mal en hacer acuñar esa medalla que ya sabéis. que representa a Holanda deteniendo al sol, como Josué, con esta inscripción: El sol se paró ante mi. Es poco fraternal, ¿no os parece?

-Yo creía que habíais olvidado esa miseria.

-Yo jamás olvido nada, hermana mía. Y si mis verdaderos amigos, tales como vuestro hermano Carlos, quieren secundarme...

La princesa quedó pensativa.

-Escuchad, hay que dividir el imperio de los mares. Prosiguió Luis XIV-. Y en ese reparto que consiente Inglaterra, ¿cerréis que no pueda yo representar la segunda parte tan bien como los holandeses?

-Para tratar de esa cuestión tenemos a la señorita de Keroualle -repuso Madame.

-Veamos ahora vuestra segunda condición para partir, hermana mía.

-El consentimiento de Monsieur, mi marido.

-Vais a tenerlo.

-Entonces, iré, hermano mío.

Al escuchar estas palabras, Luis XIV se volvió hacia el punto de la sala en que se hallaban Colbert y Aramis con Artagnan, e hizo. a su ministro una seña afirmativa.

Colbert cortó entonces la conversación en el punto en que estaba, y dijo a Aramis:

-Señor embajador, ¿queréis que hablemos de negocios?

Artagnan se alejó al punto por discreción. Dirigióse hacia la chimenea, a distancia de poder oír lo que el rey iba a decir a Monsieur, iba a su encuentro.

El semblante del rey estaba animado. Sobre su frente se leía una voluntad cuya temible expresión no encontraba ya contradicción en Francia, y no debía encontrarla tampoco dentro de breve tiempo en Europa.

-Monsieur -dijo el rey a su hermano-, no estoy contento del caballero de Lorena. Vos, que le hacéis el honor de protegerle, aconsejadle viajar durante algunos meses.

Estas palabras cayeron con el estrépito de un alud sobre Monsieur, que adoraba aquel favorito y concentraba en él todas las ternuras.

Así fue que dijo:

-¿Y en que ha podido desagradar a Vuestra Majestad el caballero?

Y lanzó una furiosa mirada a Madame.

-Ya os lo diré cuando haya marchado -replicó el rey impasible-. Y también cuando Madame, vuestra esposa, haya salido para Inglaterra.

-¿Madame a Inglaterra? -murmuró atónito el príncipe.

-Dentro de ocho días, hermano -continuó el rey-; y, entretanto, iremos los dos adonde luego os diré. Y el rey giró sobre los talones, después de sonreír a su hermano, para dulcificar lo amargo de aquellas dos noticias.

Entretanto continuaba hablando Colbert con el señor duque de Alameda.

-Señor -dijo Colbert a Aramis-, éste es el instante de entendernos. Os he reconciliado con el rey, y esto es cosa que se debía a un hombre de vuestro mérito; pero, como algunas veces me habéis manifestado amistad, preséntase ahora ocasión de que me déis una prueba de ello. Por otra parte, sois más francés que español; así, pues, respondedme francamente, ¿podemos contar con la neutralidad de España, en caso de guerra con las Provincias Unidas?

-Señor -replicó Aramis-, el interés de España es bien claro. Malquistar con Europa a las Provincias Unidas, contra quienes subsiste el antiguo rencor de su libertad conquistada es nuestra política; mas el rey de Francia es aliado de las Provincias Unidas. No ignoráis, además, que ésa sería una guerra marítima, y que Francia no creo que se encuentre en estado de hacerla con ventaja.

Colbert se volvió a la sazón, y vio a Artagnan que buscaba un interlocutor mientras conversaban aparte el rey y Monsieur.

Llamó al mosquetero.

Y dijo en tono bajo a Aramis:-Podemos hablar con el señor de Artagnan.

-Sí, por cierto -contestó el embajador.

-Estábamos diciendo el señor de Alameda y yo -prosiguió Colbert -, que la guerra con las Provincias Unidas sería una guerra marítima.

-Es evidente -replicó el mosquetero.

-¿Y qué pensáis de eso, señor de Artagnan.

-Pienso que para hacer esa guerra marítima, necesitaríamos un numeroso ejército de tierra.

-¿Eso creéis -dijo Colbert figurándose haber oído mal.

-¿Por qué un ejército de tierra?

-Porque el rey será derrotado por mar, si no cuenta con los ingleses, y, derrotado por mar, no tardarían en invadir su reino, o los holandeses por los puertos o los españoles por tierra.

-¿Siendo España neutral? -replicó Aramis.

-Neutral mientras el rey sea el más fuerte -replicó Artagnan. Colbert admiró aquella sagacidad que nunca tocaba una cuestión sin profundizarla. Aramis sonrió. Sabía que, en punto a diplomacia, Artagnan no reconocía maestro.

Colbert, que, como todos los hombres de orgullo acariciaba su imaginación con la certeza de un buen éxito, preguntó:

-¿Y quién os ha dicho, señor de Artagnan, que el rey no tenga marina?

-¡Oh! No me he ocupado nunca de esos detalles -repuso el capitán-. Soy un mediocre hombre de mar. Como toda persona nerviosa, aborrezco el mar; no obstante, se me figura que siendo Francia un puerto de mar de doscientas cabezas, con buques se tendrían marinos.

Colbert sacó del bolsillo un cuadernillo oblongo, dividido en dos columnas. En la primera había nombres de buques; en la segunda, cifras que resumían el número de cañones y de hombres que tripulaban aquellos buques.

-He tenido la misma idea que vos -dijo al capitán-, y he hecho formar un estado de los buques que hemos adicionado. Treinta y cinco buques.

-¡Treinta y cinco buques! -¡Imposible! - exclamó Artagnan.

-Unas dos mil piezas de artillería -dijo Colbert-. Eso es lo que el rey posee en este momento. Con treinta. y cinco buques se forman tres escuadras; pero yo quiero cinco.

-¡Cinco! -exclamó Aramis.

-Que estarán para hacerse a la vela antes de terminar el año, señores; el rey tendrá cincuenta buques de línea. Con eso puede hacerse la guerra, ¿no es cierto?

-Construir buques -dijo Artagnan-, es difícil, pero posible, Respecto a armarlos, ¿cómo? En Francia no hay fundiciones, ni astilleros militares.

-¡Bah! -contestó Colbert con aire satisfecho-. Hace año y medio que tengo instalado todo eso, ¿no do sabíais? ¿Conocéis ad señor de Infreville?

-¿Infreville? -repitió Artagnan -. No.

-Es un hombre que he descubierto. Posee una especialidad, la de saber hacer trabajar a dos obreros. Es él quien, en Tolón, ha hecho fundir cañones y talar árboles de Borgoña. Además, quizá no creáis lo que os voy a decir, señor embajador: he tenido también una idea.

-¡Oh! señor -dijo cortésmente Aramis-; yo siempre os creo.

-Figuraos que, pensando en el carácter de nuestros aliados los holandeses, me he dicho: ellos son comerciantes y amigos del rey, de

consiguiente, tendrán un placer en vender a Su Majestad lo que fabrican para sí mismos. Cuando más se compra... ¡Ah! He de añadir una cosa: tengo a Forant... ¡Conocéis a Forant, Artagnan?

Colbert se distraía. Llamaba al capitán Artagnan, simplemente, como el rey.

-Pero el capitán sonrió.

-No -replicó-; no le conozco.

-Es otro hombre que he descubierto, una especialidad para comprar. Ese Forant me compró trescientas cincuenta mil libras de hierro en balas de cañón, doscientas mil de pólvora, doce cargamentos de madera del Norte, mechas, granadas, brea, alquitrán, ¡qué sé yo!, con una economía de siete por ciento sobre lo que me costarían todas esas cosas fabricadas en Francia.

-Es una idea -repuso el capitán-, hacer fundir las balas holandesas que volverán a los holandeses.

-¿Verdad? Con pérdida.

Y Colbert se puso a reír con risotada seca, satisfecho de su chiste.

-Además -añadió-, esos mismos holandeses construyen al rey, en este momento, seis buques por el modelo de los mejores de su marina. Destouches... ¡Ah! ¿No conocéis a Destouches, quizá?

-No, señor.

-Es un hombre que tiene el golpe de vista muy seguro para decir, cuando se bota un buque, cuáles son los defectos y las buenas cualidades de ese buque... ¡Esto vale mucho! La Naturaleza para todo provee. Pues bien, me ha parecido que ese Destouches debía ser hombre útil en un puerto, y vigila la construcción de seis buques de setenta y ocho que las provincias construyen para Su Majestad. De todo esto resulta, querido señor de Artagnan, que el rey, si quisiera malquistarse con las Provincias, tendría una escuadra no despreciable. Respecto al ejército de tierra, vos sabéis mejor que nadie si es bueno.

Artagnan y Aramis se miraron, sorprendidos del misterioso trabajo que aquel hombre había hecho en pocos años.

Colbert des comprendió, y quedó satisfecho de aquella lisonja, la mejor de todas.

-Si no lo sabíamos en Francia -dijo Artagnan-, fuera do sabrán menos aún.

-Por eso decía yo al señor embajador -replicó Colbert-, que apaña, prometiendo la neutralidad, e Inglaterra ayudándonos...

-Si Inglaterra os ayuda -dijo Aramis-, os respondo de la neutralidad de España.

-Os cojo la palabra -se apresuró a decir Colbert, con su brusca campechanía-. Y, a propósito de España, no veo que tengáis aún el Toisón de Oro, señor de Alameda. El otro día oí decir al rey que tendría un placer en veros llevar el gran cordón de San Miguel.

Aramis se inclinó.

"Oh -pensó Artagnan-. ¡Y Porthos ya no existe! ¡Cuántas varas de cinta habría para él en estas liberalidades! ¡Buen Porthos!

-Señor de Artagnan -prosiguió Colbert-, ahora nos toca a los dos. Apuesto a que tendréis el gusto de llevar a vuestros mosqueteros a Holanda. ¿Sabéis nadar?

Y se echó a reír, como un hombre que está de buen humor. -Como una anguila -replicó Artagnan.

-¡Ah! Es que hay allá penosas travesías de canales y pantanos, señor de Artagnan, donde se ahogan los mejores nadadores.

-Ese es mi estado -respondió el mosquetero-, morir por Su Majestad. Pero como en la guerra es muy extraño que se encuentre mucha agua sin un poco de fuego, os declaro desde ahora que haré todo cuanto pueda por elegir el fuego. Me hago viejo, y el agua me hiela; el fuego calienta, señor Colbert.

Y Artagnan mostró tal ardor y orgullo juvenil al decir estas palabras, que Colbert a su vez no pudo menos de admirarle.

Artagnan observó el efecto que había producido. Recordó que el buen comerciante es el que vende a alto precio cuando la mercancía tiene valor, y preparó de antemano su precio.

-Así -dijo Colbert-, ¿iremos a Holanda?

-Sí -replicó Artagnan-; pero...

-¿Pero qué? -interrumpió Colbert.

-Pero -repitió Artagnan-, hay en todo la cuestión de interés y la cuestión de amor propio. No es mal sueldo el de capitán de mosqueteros; pero notad qué ahora tenemos los guardias del rey y la casa militar del rey. Un capitán de mosqueteros debe mandar a todo eso, y entonces absorbería cien mil libras al año por gastos de representación y de mesa...

-¿Suponéis acaso que el rey vaya a regatear con vos? -dijo Colbert.

-¡Eh! Señor, no me habéis comprendido -replicó Artagnan seguro de haber triunfado en la cuestión de intereses-; os decía que yo, viejo capitán, jefe en otro tiempo de la guardia del rey, con salida para mariscal de Francia, me vi, cierto día de trinchera, con otros dos iguales a mí, el capitán de los guardias y el coronel comandante de los suizos. Ahora bien, por ningún precio sufriría yo eso. Tengo viejos hábitos, y estoy muy apegado a ellos.

Colbert sintió el golpe. Pero estaba ya preparado.

-He pensado en lo que decíais hace poco -dijo.

-¿En qué, señor?

-Hablamos de dos canales y lagos en que es fácil ahogarse.

-¿Y qué?

-Y afirmo que el ahogarse en ellos es por falta de un barco, de una tabla, de un bastón.

-De un bastón, por corto que sea -dijo Artagnan.

-Precisamente repuso Colbert-. Así es, que no tengo noticia de que se haya ahogado ningún mariscal de Francia.

Artagnan palideció de alegría, y, con voz poco segura:

-Muy orgullosos estarían de mí en mi país -dijo-, si fuese yo mariscal de Francia; pero para lograr el bastón es preciso haber mandado en jefe una expedición.

-Señor -dijo Colbert-, en este cuaderno, que os ruego examinéis, veréis un plan de campaña que haréis ejecutar al cuerpo de tropas que el rey pone a vuestras órdenes para la campaña de la primavera próxima.

Artagnan cogió temblando el cuaderno, y, encontrándose sus dedos con los de Colbert, el ministro estrechó lealmente la mano del mosquetero.

-Señor -le dijo-, los dos teníamos que tomarnos mutuamente un desquite. Yo ya he comenzado. ¡Ahora os toca a vos!

-Os debo una reparación, señor -replicó Artagnan-, y os suplico digáis al rey que en la primera ocasión que se me ofrezca cuente con la victoria, o con mi muerte.

-Voy a mandar bordar desde ahora -dijo Colbert-, las flores de lis de vuestro bastón de mariscal.

Al día siguiente, Aramis, que marchaba a Madrid a fin de negociar la neutralidad de España, fue a abrazar a Artagnan en su casa.

-Amémonos por cuatro -dijo Artagnan-; no somos ya más que dos.

-Y tal vez no vuelvas a verme más, querido Artagnan -dijo Aramis-. ¡Si supieses cuánto te he querido! Yo soy ya viejo, estoy enfermizo, y, por decirlo así, muerto.

-Amigo mío -dijo Artagnan-, tú vivirás más que yo, pues la diplomacia te manda vivir, al paso que a mí el honor me condena a morir.

-¡Bah! Los hombres como nosotros, señor mariscal -dijo Aramis-, no mueren sino saciados de alegría y de gloria.

-¡Ay! -replicó Artagnan con triste sonrisa-. Es que ahora no me encuentro ya con apetito, señor duque.

Abrazáronse de nuevo, y, dos horas después, se habían ya separado.

LA MUERTE DE ARTAGNAN

Contrariamente a lo que acontece siempre, en política como en moral, todos cumplieron sus promesas e hicieron honor a sus compromisos.

El rey llamó al señor de Guiche y desterró al caballero de Lorena, lo cual ocasionó a Monsieur una enfermedad.

Madame marchó a Londres, donde se aplicó con tanto empeño a hacer apreciables en el ánimo de Carlos II, su hermano, los consejos políticos de la señorita de Keroualle, que se firmó por fin la alianza entre Francia e Inglaterra, y los barcos ingleses, aparejados por algunos millones de oro francés, hicieron una terrible campaña contra las escuadras de las Provincias Unidas.

Carlos II, que había prometido una gracia a la señorita de Keroualle por sus excelentes consejos, la hizo duquesa de Portsmouth.

Colbert había prometido al rey, buques, municiones y victorias; y, como se sabe, cumplió su palabra.

Por último, Aramis, en cuyas promesas podía fiarse menos que en las de los demás, escribió a Colbert la carta siguiente, relativa a las negociaciones de que se había encargado en Madrid:

"Señor Colbert:

"Tengo el honor de enviaros al R. P. Oliva, general interino de la Compañía de Jesús y sucesor mío provisional.

"El reverendo padre, señor Colbert, os enterará de que conservo la dirección de todos los asuntos de la Orden que conciernen a Francia y España; pero no quiero conservar el título de general, que arrojaría demasiada luz sobre la marcha de las negociaciones que se digna

encargarme Su Majestad Católica. Recobraré el título, por orden de Su Majestad, cuando lleguen a buen término los trabajos que, de acuerdo con vos, he emprendido para la mayor gloria de Dios y de su Iglesia.

"El R. P. de Oliva os enterará también, señor, del consentimiento otorgado por Su Majestad Católica a la firma del tratado que afianza la neutralidad de España, en caso de guerra entre Francia y las Provincias Unidas.

"Tal consentimiento será válido aun cuando Inglaterra, en vez de tomar una parte activa, se contente con permanecer. neutral.

"Respecto a lo que ya tenemos hablado concerniente a Portugal, puedo aseguraros que esta nación contribuirá con todos sus recursos a ayudar en la guerra al rey Cristianísimo.

"Os suplico, señor Colbert, me conservéis vuestra amistad, creáis en mi profunda adhesión, y pongáis mis respetos a los pies de Su Majestad Cristianísima.

"Firmado: DUQUE DE ALAMEDA."

Aramis, por tanto, había hecho más que lo que había ofrecido; faltaba saber de qué modo el rey, el señor Colbert y el señor de Artagnan serían fieles unos para otros. En la primavera, como lo había predicho el señor Colbert, el ejército de tierra entró en campaña.

Precedió, en magnífico orden, a la corte de Luis XIV, que a caballo y rodeado de carrozas ocupadas por damas y cortesanos, conducía la flor de su reino a aquella fiesta sangrienta.

Verdad es que los oficiales del ejército no escucharon más música que la artillería de los fuertes holandeses; pero fue suficiente para muchos que encontraron en aquella guerra, honores, ascensos, la fortuna o la muerte.

El señor de Artagnan marchó, mandando un cuerpo de doce mil hombres, caballería e infantería, con los cuales recibió orden de tomar las distintas plazas, que formaban los nudos de aquella red estratégica llamada la Frisia.

Ningún ejército fue llevado con mayor gala a una expedición. Los oficiales sabían que su jefe, tan prudente, tan astuto como bravo, no sacrificaría un hombre ni una pulgada de terreno sin necesidad.

Tenía las viejas costumbres de la guerra: vivir sobre el país, sostener al soldado cantando, y al enemigo llorando.

El capitán de los mosqueteros del rey ponía el mayor esmero en demostrar que sabía bien su oficio.

Jamás se vieron ocasiones mejor escogidas, golpes de mano con tanto acierto apoyados, ni faltas del enemigo tan bien aprovechadas. El ejército de Artagnan tomó doce plazas pequeñas en un mes.

Estaba en la decimotercera, y ésta resistía hacía cinco días. Artagnan mandó abrir brecha sin cuidarse de suponer que los sitiados pudieran sostenerse tanto tiempo.

Los gastadores y los trabajadores eran, en el ejército de aquel hombre, un cuerpo lleno de emulación, de ideas, y de celo, porque los trataba como soldados, sabía hacerles adquirir gloria en las fatigas, y nunca les obligaba a matar sino cuando no podía impedirlo.

Y era de ver el afán con que descuajaba las pantanosas glebas de Holanda. Aquellos turbales y aquellas gredas se fundían, al decir de los soldados, como la manteca en las inmensas sartenes de las amas frisonas.

Artagnan expidió un correo al rey para darle noticia de los últimos triunfos, lo cual redobló el buen humor de Su Majestad, así como sus disposiciones para obsequiar a las damas.

Las victorias del señor de Artagnan daban tanta majestad al príncipe, que madame de Montespán sólo le llamaba Luis el Invencible.

De suerte, que la señorita de La Valliére, que no llamaba al rey más que Luis el Victorioso, perdió mucho en la gracia de Su Majestad. Por otra parte, casi siempre tenía los ojos enrojecidos y, para un invencible, nada es tan fastidioso como una querida que llora, cuando todo sonríe en torno suyo. El astro de la señorita de La Valliére se eclipsaba en el horizonte entre nubes y lágrimas.

Pero el regocijo de madame de Montespán aumentaba con los éxitos del rey, a quien consolaba de las demás desgracias. Todo esto lo debía el rey al señor de Artagnan.

Su Majestad quiso recompensar sus servicios, y escribió lo siguiente:

"Señor Colbert, debo cumplir una promesa al señor de Artagnan, que cumple las suyas. Ha llegado la hora de hacerlo, y al efecto se os facilitarán oportunamente las órdenes precisas.

Luis."

Colbert, en consecuencia, entregó al oficial, enviado de Artagnan, una carta para éste y un cofrecillo de ébano incrustado en, oro, que en apariencia no era muy voluminoso, pero que indudablemente debía pesar mucho, puesto que se dieron al mensajero cinco hombres a fin de ayudarle a llevarlo.

En cuanto llegaron al frente de la plaza que sitiaba el señor de Artagnan, es decir, al 'anochecer, dirigiéronse al alojamiento del general.

Allí supieron que el señor de Artagnan, disgustado por una salida que había hecho el gobernador de la plaza, hombre solapado; y en la cual había logrado cegar las obras, matar setenta y siete hombres, y dar principio al reparo de una brecha, acababa de ponerse al frente de diez compañías de granaderos para comenzar los trabajos.

El enviado del señor Colbert tenía orden de presentarse al señor de Artagnan doquiera que estuviera y a cualquiera hora del día o de la noche.

Por tanto, encaminóse hacia las trincheras seguido de su escolta.

Artagnan se hallaba al descubierto de los fuegos, con su sombrero galoneado, su largo bastón y sus grandes paramentos dorados. Mordisqueaba su bigote blanco, y sólo se ocupaba en sacudir con la mano izquierda el polvo que arrojaban sobre él al pasar los proyectiles que agujereaban el suelo.

En medio de aquel espantoso fuego que llenaba el aire de silbidos, veíase a los oficiales manejar la pala, a los soldados arrastrar los carretones, mientras que enormes faginas, conducidas por diez o veinte hombres, cubrían el frente de la trinchera, vuelta a abrir por aquel esfuerzo del general animando a los suyos.

Todo había quedado restablecido en tres horas. Artagnan empezaba a hablar más dulcemente. Se calmó del todo cuando el jefe de los gastadores fue a decirle, sombrero en mano, que la trinchera se hallaba practicable.

Apenas hubo acabado de hablar aquel hombre, cuando una bala le llevó una pierna y cayó en brazos de Artagnan.

Éste levantó al soldado, y tranquilamente, con toda suerte de halagos, lo bajó a la trinchera, entre los entusiastas aplausos de los regimientos.

Desde aquel momento no fue ardor el de éstos, sino delirio; dos compañías corrieron ocultas hasta las avanzadas, y las destrozaron de una embestida. Cuando sus compañeros, contenidos por Artagnan con gran trabajo, las vieron dueñas de los baluartes, arrojáronse del mismo modo, y al punto se dio un asalto furioso a la contraescarpa, de la cual dependía la salvación de la plaza.

Artagnan comprendió que sólo le quedaba un medio para contener a sus tropas, y era el hacer que se apoderasen de la plaza; por tanto, las lanzó en masa contra dos brechas, que los sitiados se ocupaban en reparar. El choque fue terrible; dieciocho compañías tomaron parte en él, y el capitán se situó con el resto a medio tiro de cañón para sostener el asalto por escalones.

Oíanse claramente los gritos de los holandeses apuñalados sobre sus piezas por los granaderos de Artagnan; la lucha continuaba animada por la desesperación del gobernador, que disputaba palmo a palmo sus posiciones.

Artagnan, con objeto de hacer cesar el fuego y acabar de una vez, envió otra columna, que agujereó como una barrena las puntas más sólidas, y pronto se vio en las murallas, entre el fuego, correr a los sitiados perseguidos por los sitiadores.

Entonces fue cuando el general, respirando y lleno de placer, oyó decir a su lado:

Señor, cuando queráis, de parte del señor Colbert.

Y rompió el sello de una carta redactada en estos términos:

"Señor de Artagnan: el rey me encarga participaros que os ha nombrado mariscal de Francia, en recompensa de vuestros servicios y del honor que añadís a sus armas. "El rey está encantado, señor, con vuestras conquistas, y os ordena principalmente acabar con el sitio que habéis comenzado, con felicidad para vos y éxito para él."

Artagnan estaba de pie, el rostro enardecido la mirada centelleante. Y alzó la vista para ver los progresos de sus tropas sobre las murallas envueltas en torbellinos negros y rojos:

-Acabé -dijo al mensajero-. La ciudad sé entregará dentro de un cuarto de hora.

Y continuó su lectura:

"El cofrecillo, señor de Artagnan, es el presente que yo os envío. No os molestará el ver que mientras vosotros, los guerreros, desenvainái la espada para defender a vuestro rey, anime yo las artes pacíficas adornándoos con recompensas dignas de vos.

"Me recomiendo a vuestra amistad, señor mariscal, y os suplico creáis en la mía.

"COLBERT."

Artagnan, ebrio de contento, hizo una seña al mensajero, que se acercó con el cofrecillo en las manos. Mas, en el instante en que el mariscal iba a examinarlo, una fuerte explosión resonó sobre las murallas y llamó su atención hacia el lado de la ciudad.

-Es raro -dijo Artagnan- que no vea aún la bandera del rey sobre las murallas ni se oiga rendirse.

Lanzó trescientos hombres de refresco, a las órdenes de un oficial lleno de ardor, y ordenó abrir otra brecha.

Luego, más tranquilo, se volvió hacia el cofrecillo que le presentaba el enviado de Colbert. Aquella era su fortuna, la había ganado.

Extendía ya el brazo para abrir el cofrecillo, cuando una bala, disparada de la ciudad, lo aplastó entre los brazos del oficial, hirió a Artagnan en pleno pecho, y lo derribó sobre un montón de tierra, mientras que el bastón flordelisado saliendo de los flancos mutilados de la caja, fue rodando a ponerse en la desfallecida mano del mariscal.

Artagnan procuró levantarse, y aun se creyó que había caído sin herida; pero de pronto resonó un grito espantoso en el grupo de oficiales que le rodeaban. El mariscal estaba cubierto de sangre; la palidez de la muerte subía lentamente a su noble rostro.

Apoyado en los brazos, que de todas partes le tendían para recibirle, pudo todavía dirigir sus miradas hacia la plaza, y divisar la bandera blanca en la cima del baluarte principal; sus oídos, sordos al murmullo de la vida, percibieron débilmente los redobles de las cajas que pregonaban la victoria.

Apretando entonces con su crispada mano el bastón bordado de flores de lis en oro, abatió hacia él los ojos, que no tenían ya fuerza para mirar al cielo, y cayó murmurando estas palabras extrañas, que a los soldados asombrados parecieron palabras cabalísticas, palabras que en otro tiempo habían representado tantas cosas en la tierra, y que nadie comprendía, a no ser el moribundo que las pronunciaba:

-Athos, Porthos, hasta la vista. ¡Aramis, adiós para siempre!

De los cuatro valerosos hombres cuya historia hemos relatado, no quedaba ya más que un cuerpo. Dios había recobrado las almas.